

*JOSÉ ENRIQUE RODÓ*

*OBRAS SELECTAS*

PRÓLOGO DE  
*Arturo Marasso*



LIBRERÍA "EL ATENEO" EDITORIAL  
FLORIDA 340 — BUENOS AIRES

PRIMERA EDICIÓN

*Mayo de 1956*

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

*por*

ARTURO MARASSO

*IMPRESO EN LA ARGENTINA*

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE PREVIENE LA LEY.  
COPYRIGHT BY "EL ATENEO" PEDRO GARCÍA S. A.  
LIBRERÍA, EDITORIAL E INMOBILIARIA.  
FLORIDA 340 - BUENOS AIRES - 1956.



RODÓ influyó benéficamente en nuestra adolescencia. Al saber con lastimada sorpresa su temprana muerte, mientras peregrinaba comunicándonos con inteligencia expresiva las impresiones de su viaje, en un voluntario y estudioso alejamiento por la Europa mediterránea, vimos extinguirse con él un esmerado intérprete en el trabajo de profundidad del estilo, una voz entregada y ya ofrecida como promesa de futuras revelaciones que le era propia, un estímulo en la germinación demorada de las potencias intelectuales, una amistad en el bien, llena de lograda autoridad en su armoniosa vida opuesta a la ambición vulgar y a las disonancias. Era un maestro en quien confiábamos; continuará siéndolo siempre.

Había en Rodó un forjador de sí mismo activamente fiel a su esclarecida conciencia; pudo por sugerencias felices de su educación de autodidacto, superarse por la amplitud de las lecturas y su independiente esfuerzo, hallar desde su iniciación la vía de la belleza moral; en el devenir de Heráclito impuso a la variable imagen humana la perseverancia ascendente y descubridora en el paisaje diferenciado de cada paso que era fin y nuevo comienzo. Reconforta volver a este grande hombre lúcido, que nunca dejó del todo la desprendida ingenuidad de niño; se aconsejó en las anteriores generaciones constructoras de América, templadas e imposibilitadas en parte por la proscripción y las circunstancias adversas, que él estudió en sus primeros ensayos con simpatía filial y clarividencia, en la tradición aleccionadora de todos los tiempos ilustres, que habían depositado en él la palabra imperiosa que debe ser oída y cumplida. Rodó está entre los maestros de América que él concebía en la hermandad y el idioma como una sola patria; era una aspiración a la libre unidad individual en el equilibrio de lo diverso, una apacible aunque enérgica figura de educador que para no retroceder continuamente se acrecentaba; bebió en la Castalia purificadora del ideal

transfigurador del arte, se dedicó en la austeridad de la meditación escrita a la prédica del acercamiento y el hallazgo de los valores perdurables; al encuentro, cuando se busca, en que al intuir lo inesperado se crea en la fusión el advenimiento que es privilegio y virtud de la vida; mentor rodeado de imaginarios discípulos, hablaba con generosidad no limitada. Encontraba inadecuado en la investigación interior un esquema obligatorio; nos proponía, medidos en la dimensión desconocida de la persona, a cada uno de nosotros en la posibilidad de descubrirnos; quizá no nos enseñó nada, donde el enseñar oculta a la mirada, "en la senda segura que va a lo fondo de uno mismo", el misterio individual aún no descifrado, la ineludible dificultad que se opone a la vulgarizada facilidad del hábito; traía el signo de la renovación; trató de despertar los testimonios valederos; iluminó para obligarnos, la responsabilidad inalienable, sin señalar un objeto ya sabido que acorta, en la detención, la distancia.

Advertimos la sinceridad de la metamorfosis que lo obsedía, en sus ídolos mentales: Proteo, Ariel y Próspero. Al intimar con él lo veneramos en su intento; no se siembra en vano la bondad implícita en quien habla; no se consagra como contenido de la existencia una página sin infundirle voluntad animadora; y en el sentido de sus parábolas, en su confidencia, esta dulce persuasión simbólica de Rodó tiene las proyecciones de la convivencia creadora, la eficacia de seguir la vocación en su necesidad fatalmente heroica, no humillada por quien la posee, que se evidencia en el anhelo impostergable con que queremos labrar la obra de nuestras manos.

Quedó Rodó sin llegar a lo que él llamaba "la ancianidad gloriosa", "las cumbres blancas de la vida". En el umbral de la madurez, de edad de cuarenta y cinco años, le impidió el silencio cumplir la promesa de decirnos su "nuevo sentir", su "nueva verdad", su "nueva palabra". Descollaban entre los ensayos, estudios y polémicas, como momentos de su orientación reflexiva, Ariel, Motivos de Proteo, esta impropia labor casi juvenil que anunciaba la arquitectura cumplida de un orden homogéneo incesantemente tentado; la renovación de su ser en el viaje no terminado a la Acrópolis de Atenas y de sí mismo. En el destino de este valeroso trabajador y artífice de simpatía y esperanza se escondía el prematuro término; lo detuvo en la prosecución de lo que llamaba en "la lucha del estilo", "una epopeya que tiene por

campo de acción nuestra naturaleza íntima". Sólo en el ser se encuentra la propiedad innovadora del estilo. No dejó Rodó en la laboriosa enciclopedia de Motivos de Proteo, en el ejemplo biográfico de la vocación, en las vidas entregadas a la ciencia y al arte, de apuntar para cada uno el acicate psicológico, el dominio original que no podía ser alcanzado sin el riguroso análisis propio. Trabajaba Rodó con una materia delicada, donde debe precisarse el ejemplo visible a los ojos que se educan contemplando, con una lengua que todavía no había sido acostumbrada a seguir la percepción inmediata, la apreciación y el dato, a traducirlos con libertad de examen empeñoso en que la noción vislumbrada no debe plegarse a lo que no es aguilatado; en un idioma de filosofía en que no será posible del todo sorprender la verdad, en que, como él dice, "no hay revelación una, cerrada y absoluta, sino cadena de revelaciones"; no tenía a un paso el laboratorio, la escuela del pintor con la conquista en cada atisbo, el museo secular o la biblioteca con la continuidad histórica, la universidad con la galvánica voz viva de los investigadores; no dejaba la línea a medio escribir para escuchar al matemático, al biólogo, al metafísico en la captación repentina, definitiva o móvil, por la que se alcanza la altitud indispensable de ser pensante, en la que se pasa de la escogida imitación formadora a la creación en que se trasmite la capacidad personal; ese ser pensante encontraba para su introspectiva interrogación la indiferencia de quien no se ha desgarrado en la íntegra, desinteresada revelación instantánea o reflexiva, en que instantáneo y reflexivo se complementan como términos inseparables.

Limpio en la entereza de su sensibilidad y sus meditadas convicciones, en su incommovible lealtad a lo que es bello y justo, en su equilibrada tolerancia, perdura Rodó en el reposo del tiempo que pesa y juzga, por la rectitud al oírse en la serenidad responsable de su pensamiento.

Nacido en las postrimerias del romanticismo aún latente, del naturalismo literario y del positivismo filosófico, siguió, con cierta misión socrática de despertador de almas, el movimiento idealista que se intensificó en los poetas de fines de siglo, juntamente con la filosofía, en que la creación literaria se consubstancia en las teorías y en el símbolo; formó parte de una generación que veneró la religión del arte y renovó la eficacia expresiva del idioma. Su curiosidad abierta a todo latido humano,

con noble indagación de estudioso, elaboró, con el saber cosmopolita, un estilo preciosista en el comienzo, a veces de lentitud de largas frases no apresuradas por la viveza de la emoción y del juicio, siempre terso y transparente en el correr del período; creía, con el ejemplo parnasiano, en "el pensamiento cincelado", este trabajo de cincel, aconsejado por Gautier: "esculpe, cincela, lima"; entra en el abondamiento de la persona, en la verdad de su vocación, en la índole descubierta por el examen. Deberá aceptarse el trabajo del estilo como una continua conquista en la totalidad del conocimiento de uno mismo. No olvidó que éramos continuadores en la aspiración docente de los maestros de América. En el Mirador de Próspero reprocha a las jóvenes generaciones la demasiada indulgencia con que se juzgan al creerse iniciadoras de nuestra verdadera actividad literaria. Se inició con la profesión de crítico, que exigía vigilancia experta, documentación directa, estudios de literaturas comparadas. Esta primera labor, de varios años consagrados, abarca históricamente el Río de la Plata, en particular, y la época contemporánea de la literatura hispánica; no pudo por las exigencias de la actualidad desentenderse de su tiempo. Quiso ser un testigo y un analista de su tiempo y hasta cierto punto imponerle, con la medida exigente del arte, una disciplina. Asistía, en la lectura de los ensayistas e innovadores, a la lucha de las escuelas y de teorías en que se daba como norma que cada uno alcanzase su propia originalidad, su fisonomía propia. No era suficiente, aunque sí indispensable en la relación total del espíritu, para descubrirse en las letras, traer como bandera la no discernida novedad de escuelas y prestigios y menos aún imitar, sin capacidad adquisitiva, a los escritores representativos; ni era posible que con juegos de rimas, con una pueril sujeción a la originalidad ajena y el desprecio de la experiencia propia y el estudio, se ofreciese con desdén a la meditación y al análisis, a la tradición humana, una literatura sin raíces seculares y sin orientación individual. Tanto mejor, y siempre fué así, será abarcar el espíritu de todas las grandes épocas, conocer las más lúcidas o arriesgadas manifestaciones intelectuales, pero descubriendo el rasgo propio y específico en el pensamiento y el ritmo, en el idioma, en la auscultación de nuestro ser, y no ir a la imitación fácil, de no vencidas dificultades, variable como las sugerencias de la hora y el modelo que se contempla, ofreciendo antes de todo una originalidad exterior, aprendida en las

palabras, sin reparar, en lo que respecta a la lengua —elemento primordial del arte literario—, que la intransigencia, también fácil, del cómodo purismo que combaten tiene tanto fundamento como el deslumbramiento del no indagado modernismo al cual se entregan. Con el ejemplo de arriesgados exploradores de la finalidad y del estilo, de la verdad y del símbolo, los neofitos apresurados no podrían recorrer las etapas sin haberlas descubierto y creer que el destino les reservaba, absolviéndoles del esfuerzo, una peregrina gloria. La palabra gloria, palabra bella, el culto lírico del laurel, imponía su atracción irresistible. La gloria, como corona del esfuerzo y de la vida, aparece a cada instante en las páginas de Rodó. La gloria del artista y del sabio, consagración conseguida por el duro esfuerzo y la santidad de la maestría. Él había sido, como la generación contemporánea, independiente; pertenecía a su tiempo en la transición al idealismo; sus maestros egregios descendían del positivismo; mejor dicho del idealismo positivista, de la experiencia científica como norma del saber experimental y de la educación. Se forjó en esta escuela y eligió, como los pensadores evolucionistas, por guía esta razón experimental conducida laboriosamente por la reflexión en la verdad y la belleza, sin encerrarse en un límite exclusivo.

Ninguna duda cabe de que todo arte individual, aun la libre copia de un cuadro, una variante característica, expresan una innovación. Al fin toda vida que empieza es un incipit vita nova; en cada obra se renace, trae cada obra la nueva palabra, la nueva verdad, las nuevas revelaciones. Este aparecer de Rodó con *La Vida Nueva*, 1897, tiene mucho de encanto prerrafaelista, del Dante joven del Giotto, con su libro *Vita Nova*. Una fervorosa renovación exigía esta magia amorosa del intelecto. Había que renacer en la verdad verificada en nuestro mundo interior. Rodó vió la contradicción entre el pensar y el obrar, y trató de unificarlos en la concepción socrática o entenderlos en la interpretación de Goethe, que quizá se excluyan; vió esta contradicción entre lo que pensamos y decimos o por temor o por pereza. La transformación de nuestras predilecciones y creencias debe pasar a la obra que se hace; mejor dicho la transformación, el camino, llevan al descubrimiento y a la síntesis creadora. No se podía seguir, ya lo proclamó Rubén, atado a un pasado ilusoriamente visto; y a este asunto debió dilucidarlo menos filialmente en su análisis de los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes,

que escribió Montalvo como "ensayo de imitación de un libro inimitable". Volver a escribir los capítulos de Cervantes, los versos de Góngora, a pintar como Velázquez, significaba volver aparentemente a una raíz que aunque fecundase hojas constantemente nuevas, no podrá conocerse, como no se conoce la esencia de las cosas, y sólo podemos frecuentarlos libremente como lectores y discípulos en la obra consumada que se ofrece a nuestra admiración en sus misteriosas afinidades y en la perennidad de su técnica. No se es cervantista o gongorista imitando frases o versos de Cervantes o de Góngora; se es, entendiéndolos, estudiándolos, intuyéndolos, entrando a ser por nuestra humanidad de su familia. En otra forma no se ve la necesidad de serlo, de extremarse en una perpetua vulgarización sin la participación del arte que los condujo. La reciente catástrofe española y el temido predominio imperialista de Estados Unidos en América latina, unido todo a la influencia europea, especialmente francesa, en nuestra formación intelectual, llevó a los críticos españoles a encarecer como norma necesaria la imitación de lo español y lo castizo, de lo local y legendario, con cierta tendencia a lo exclusivo del color local y lo pintoresco en sus rasgos populares. Rodó tenía que defender "esa patria universal que, por encima de las fronteras y las razas, forman el pensamiento y el arte". Esa patria es el hombre mismo en su espíritu forjado en la anterioridad de los milenios y educado en Grecia que perdura activamente en la filosofía, en la libertad, en el arte y en la ciencia. La diversidad en la autonomía de cada uno, en la sinceridad heroica y sistemática, en el entendimiento de la crítica, en la índole psicológica, por las diferencias y las oposiciones, crea las facetas del poliedro múltiple, concurre a un fin, mantiene en alternativas inclinaciones la corriente de la vida. Nuestras propias teorías divergen muchas veces de la obra que forjamos, de la intuición repentina que nos avasalla, del momento próximo en que el abondamiento repentino crea correspondencias inesperadas. Con religioso respeto de la obra consagrada de los genios perdurables que constituyen el patrimonio heredado, Rodó deja la libertad de la elección y el llamado de la vocación en las manos que trabajan en la tarea que su inclinación les ofrece. No todos entran en esa lucha interior en que se forja el arte; algunos, sin haber querido medir sus fuerzas, se detienen con emoción reverente a admirar la obra ajena; son "los que callan". "Compre-

den —dice Rodó— la obra bella en sus más deliciosos matices, con esa plenitud de inteligencia y de simpatía que es una segunda creación; son el lector o el espectador ideal con que el artista ha soñado." Asisten a una nueva creación; admirar es crear nuevamente. Sólo el sensible y el experto admiran.

Los Pirineos mentales no podían separar la anterior y múltiple unanimidad del ser en el pensamiento. Rodó ha persistido en esta independencia y universalidad del pensamiento, del deber que comporta llegar a la comunicación en que el filosofar y el pensar forman parte integrante del género humano, y digo Rodó para señalar en él esta tradición de independencia. La originalidad no está en lo extraño, sino en la evidente verdad del espíritu, aunque esa verdad pertenezca como lugar común a todos.

A fines del siglo XIX, al par de los maestros españoles contemporáneos del habla, la América latina tiende a renovar la literatura castellana en un renacimiento originado, como todo renacimiento, por universales influencias. En América la literatura moderna suscitó modos de sentir y de pensar que restablecían un nexo con la universalidad del hombre. Los pueblos que se ensimisman decaen irremediamente, les falta el estímulo de la lucha mental; la compenetración forja la actividad trabajada cuando la vitalidad de la tradición da al idioma con su vigor y su rigor el incremento adquisitivo de la sensibilidad receptiva. La prosa de Rodó, clara y sencilla y aun un tanto tímida, no tuvo que arremeter contra la necesaria parcialidad normativa de España, puesto que su idioma es el nuestro y sus artífices seguirían siendo modelos de irremplazable lectura. El problema de la lengua fué siempre inherente al artista, que al escribir la constituye en materia de su preocupación expresiva.

No fué sólo la renovación modernista la que enseñó a las jóvenes generaciones americanas lo que Rodó llama "un movimiento de liberación y aristocracia artística que había triunfado en casi todo país culto". Era el triunfo de la poesía simbolista, del idealismo; se predicó la libertad, la personalidad propia, la individualidad en el trabajo y por la dificultad vencida en la conciencia, el respeto a los maestros y a la dignidad de la Idea. Rodó no fué ajeno a este despertar de la influencia renovadora de Rubén Darío, al cual consagró un juvenil y delicioso ensayo. "Ninguna otra influencia individual —escribió después, al hablar de Darío— se había propagado en América con tal extensión, tal

celeridad y tan avasallador influjo. Durante veinte años no ha habido de uno a otro confín del Continente, poeta que no llevase más o menos honda, en el alma, la estampa de aquella garra innovadora." Rodó se formó en el estímulo de este despertar intelectual y llevaba también "la estampa de aquella garra innovadora", aunque fuese por un camino que conducía más al pórtico filosófico, donde nunca faltaría la reverencia a las musas inspiradoras; quizá retrocedió para mirar de lejos, tomó otros comienzos, se ajustó al método en el estudio de la vocación y la introspección activa, sin permanecer de ninguna manera ajeno a la poesía y al arte, en ese momento en que el simbolismo creía descubrir nuevamente el mundo interior y pedía el análisis del alma. Se atenía Rodó al equilibrio de los polos, al parecer opuestos, que reúne la filosofía platónica, como se desprende de sus expositores: "tradición y renovación, herencia y creación"; bastaba la lectura de la República para encontrar este equilibrio fecundo y respetuoso.

Después de la prosa de Azul, cuyo galicismo, según don Juan Valera, estaba más en la mente que en la forma, aunque, a mi ver, si está en la mente está en la forma, por ser la forma la expresión de la mente, aun en la imitación y el calco; después de algunos estudios de Los Raros, de las memorables páginas de ensayistas castellanos que se consagraron a "obra tan noble y tan fecunda como la de estrechar los lazos de fraternidad intelectual de España y América", según escribe Rodó en 1896, año de la aparición de *Prosas Profanas*, lo que existe es fusión y no galicismo. ¿Y qué era al fin esa relación con lo extranjero que constituye la unidad del pensamiento? ¿Acaso nos es extranjero lo humano? Pensó también Rodó en la gracia, y halló su maestro en Renán, según confiesa. En el ensayo sobre *Prosas Profanas*, tiende Rodó a labrar una obra de arte paciente e inteligentemente trabajada. El período exquisito, se vuelve voluptuosamente hacia la gracia, a la erudición, en que la cita es una ofrecida joya; quiso forjar una prosa leve en la transparencia de historiados cristales, en esas frases que toman su actitud de sonreír, como ciertas intencionadas esatruillas de Tanagra; nos ofrece el concepto y la transposición de arte purificados en alquímicos filtros; así las finas pedrerías traídas de lejanos viajes en las manos que el entusiasmo juvenil colmaba de atributos y emblemas. En estos períodos el número concierta el conjunto de la cláusula con el ritmo de su prolongamiento. Gu-

ya había reconocido los dones que hacen que la prosa moderna, donde incluía la romántica y el poema en prosa, poco tenga que envidiar al verso, puesto que supo arrebatarse sus justificativos tesoros, la armonía y la imagen. Y luego el tentado helenismo animado por Chénier, a quien Rodó admiraba con amor que le honra, y al que mucho debe, da en el siglo XIX el parnasianismo, la impasibilidad escultórica y el fondo perenne, continuamente nuevo, del legado antiguo, homérico y platónico; la filosofía de los griegos con sus clásicos historiadores modernos, cierta atracción conciliadora de Cousin, que Rodó conoció en su juventud, y el ideal partenopeo de la Plegaria de la Acrópolis, de Renán, que se mantiene en la inspiración de Rodó como una aspiración y un símbolo. Estas fulgurantes visiones no le impiden la fruición inmediata de lo agradable y lo cambiante; goza cada verso y cada idea de los poetas y prosistas que lee o analiza; abre sus ventanas a los cuatro vientos y mantiene la devoción de la poesía como si en su esencia hubiese sido su nodriza. No podrá olvidar los poetas que leyó de niño y le inspiraron y enaltecieron. Son como nímenes a los que consagra un recuerdo enternecido.

La crítica literaria, en la interpretación simpática, en la adhesión al autor en la lectura, tal como la entendieron los maestros de Rodó, analistas de almas y sensaciones, se une en él a toda forma de historia, de política y de ciencia. Conoce el valor del ensayo con la penetración de los lúcidos analistas de la personalidad pensante; quiso practicar el anhelo de sus maestros: "el crítico debe ser un artista"; es decir un conocedor sensible; y el que ve, como quiere Renán, las obras en la época en que fueron escritas. Rodó intentó esa materia de recreación de la obra en su medio, aunque no haya sido erudito de profesión ni filólogo. Sus prosa adquiere la familiaridad simpática de la obra que comenta. Se hace más expresiva en su madurez, y con el dominio de una filosofía meditada y escogida, porque Rodó es filósofo, aunque no haya confesado que lo era; fué filósofo del acaecer y la persona; *Motivos de Proteo*, 1909, es labor de filosofía de la evolución en los henchidos aspectos y derivaciones de esta doctrina y es intento sistemático en su prédica de la superación y de la renovación incansantes. El estoicismo senequista, la doctrina biológica de la evolución y el transformismo, y hasta, como se ha supuesto, la Evolución Creadora de Bergson, 1907, acentuaron en él, con la metafísica de la voluntad, el optimismo ascendente de *Motivos de Proteo*; este conocimiento de la vocación

ya discernido por Goethe y los posteriores psicólogos del arte, parece que hubiese sorprendido más vivamente a Rodó en la célebre exclamación descubridora: *Anch'io sono pittore*. La documentación de *Motivos de Proteo*, a veces recargada y no abundada y severamente elegida, que aunque la adquirió en enciclopedias que tenía a mano, en historias de la literatura, del arte y de la ciencia —debía sacar de alguna parte la materia documental—, debió exigirle inmenso esfuerzo. Ensayo preparatorio de dominación de la amplitud del tema y de la valoración de la raza latina que se consideraba en decadencia, ante la actividad anglosajona, no ajeno a la lectura convincente de Ruskin y de Taine, fué Ariel, que le otorgó el inmediato renombre, algo parecido, por el éxito, al *Azul de Rubén*, y que hizo de este libro como una cátedra idealista de educación moral del Continente. Con este ensayo dedicado a la preeminencia de Ariel, Rodó inaugura la serie de motivos puestos después bajo la advocación de Proteo. Tan difícil será precisar la transformación proteica, tal como él la mira, como la significación de motivo, quizá en acepción de móvil, en la suma filosófica y psicológica de esos años, influidos en la estética por la crítica de Ruskin, adversa al materialismo de su patria inglesa. Quizá no le era ajena, en la traducción de Maeterlinck, la obra de Novalis, *Los discípulos de Sais*, donde encontró también, junto al maestro y sus discípulos, la poesía de la ciencia y la unidad del universo, como una criptografía, en la pluralidad de sus manifestaciones.

La primera parte de Ariel, donde se renueva un tema casi mítico en su época, de oposición espiritual de dos razas, la del Septentrion y la del Mediodía, con la exaltación latina, encierra uno de los asuntos de filosofía estética y ética —lo ético y estético tendían en el idealismo a confundirse— que tocará en *Motivos de Proteo*. Ni en la doctrina ni en la antología biográfica y anecdótica de los *Motivos*, Rodó aspiraba a crear un sistema original; sus inspiradores son las corrientes de filosofía de su siglo, las que abarca en síntesis seleccionadora; podemos decir que su iniciación, partiendo de Goethe, abarca el pensamiento europeo moderno, inteligentemente estudiado, sin temer incurrir en contrasentido, tratándose de la aspiración al bien encontrado cambio; su formación, aun en lo filosófico, tiene como un origen parnasiano y simbolista. Y aun en la defensa de la que se creía decadente raza latina, no puede menospreciar a lo "biperbóreo", que es parte indiscernible del conjunto europeo y americano.

Hay, no podía dejar de haberlo, una noble admiración y gratitud de Rodó para Francia, por esta activa continuadora de Atenas a quien tanto debemos. "Hemos devuelto a Francia —escribe— en simpatía vehementísima, esa inmensa irradiación de simpatía que constituye la esencia, la fuerza y el encanto del espíritu francés"; esa penetración francesa que es conjunción de cuanto es universalmente histórico y cósmico, perduración y renovación de lo humano, significa una amplitud indispensable en la totalidad viviente del pensamiento de la que no podemos fragmentarnos para perder la imantación que nos reúne en la mente indagadora.

"Pero yo no puedo negarlo —escribe don Juan Valera, refiriéndose a Rodó como autor de Ariel—; en su libro hay algo que me apesadumbra: el olvido de la antigua madre patria, de la casta y de la civilización de que procede la América que se empeñan en llamar latina." La misma objeción puede hacerse en cualquiera lengua a quien estudia la esencia y la tradición del hombre en la ciencia y en el arte; con más razón agrega: "Lo que dice de los Estados Unidos frisa ya en la injusta severidad contra el supuesto utilitarismo de los hombres de aquella gran República". Al referirse a los autores citados a menudo por Rodó: "el admirable estilista Ernesto Renán, que en nada cree", a Quinet, Taine y Guyau, a Comte y Nietzsche, se pregunta: "¿son acaso muy a propósito para apóstoles de esos nuevos ideales que el señor Rodó quiere que los jóvenes amen?" También advierte "cierta vaguedad en los ideales que para la juventud de su patria desea y que no se ven ni se columbran en nada de cuanto dice".

"Había asistido —escribe Zaldumbide— a la reconstrucción de la posibilidad metafísica con Renouvier, Boutroux, Bergson, y había admirado en el nuevo renacimiento la persistente virtud de la cultura clásica". Así empezó en Rodó lo que llama Zaldumbide "la fatalidad de una misión". Esta misión, con algo de socratismo, de jardín filosófico, de la misión del poeta romántico, tiene alguna semejanza, a mi ver, con la de Emerson, con el estetismo de Ruskin y Walter Pater, en la conciencia inglesa. Justo será confesar el ejemplo ilustre de Menéndez y Pelayo, con su universalidad y su amor fundamental por la cultura clásica. No se puede reprochar del todo a Rodó por "cierta vaguedad en los ideales", ni aun por insistir en la repetida voz de los pensadores y filósofos; dió en sí mismo un sentido legítimo a sus palabras, nos trasmitió un llamado a la santidad interior del entu-

siasmo, la fe en la constancia perseverante, en el descubrimiento por el trabajo. No dudamos que lo que él dijo lo decían muchos —con lo que dicen muchos se forja el patrimonio de la inteligencia—; el secreto está en la sinceridad de quien lo dice y lo hace propio en la fecundidad de su visión del mundo. Tampoco podía señalarnos la realidad adonde nos llamaba; no nos llevó por la obscuridad para mostrarnos un fin conquistado por él para nosotros; nos enseña el fin alcanzado por otros, para que nos atrevamos a alcanzarlo por la senda que va en lo interior de nosotros mismos, con la voluntad en el llamado de la vocación, el nuestro. Quizá esta dirección adolezca de cierta facilidad en el consejo continuamente repetido; en Rodó se realza con la verdad de su vida y la nobleza de su inteligencia. Está dentro de la enseñanza de la herencia platónica. Los mitos de los Diálogos platónicos encontrarán correspondencia con sus parábolas.

La comparación de Proteo con el mar, juntamente con otras cambiantes divinidades marinas, lleva a Rodó a la interpretación de los mitos, con la ciencia mitológica de su época; por eso escribe: "Y por esta plasticidad infinita, siendo divinidad del mar, personificaba uno de los aspectos del mar; era la ola multiforme"; que nos descubre las lecturas de Rodó en la Mitología de Decharme, por ejemplo: "Proteo es la ola fugitiva, la ola inagarrable, que toma las formas más diversas". Estas lecturas de Decharme, confrontadas en Homero y en Virgilio, en el libro IV de las Geórgicas, tienen probable influencia filosófica en Rodó, lo acercan con las metamorfosis al transformismo, a esta enseñanza estoica, epicúrea y también pitagórica y de ciencia moderna, que todo en el universo está presidido por una sola fuerza: "llamándose afinidad, genera las formas armoniosas de los cristales, las estrellas y exágonos en que cuaja la nieve"; "en la nieve, en los cristales", escribe Novalis, con la proporción platónica del Timeo, del alma del mundo; la mirada, con Novalis, Ruskin y los sabios, en la sensibilidad geométrica de los cristales, le ennoblece. La lectura de Decharme le sugirió el título y aun el espíritu de transformación mitológica de Motivos de Proteo. Además, en su casa de Montevideo, Rodó era vecino del mar, aunque fuese de un mar medio río o de un río medio mar, ya mar, ya río; estuvo siempre frente a la inestable fisonomía de la onda, en sus formas inasibles. ¿Acaso no se sentiría Proteo? La explicación de Decharme le descubrió su identidad; Rodó era Proteo; los "motivos" de Proteo,

son los "motivos", los "móviles" de Rodó proteico, del hombre mar, del espíritu que es onda vital siempre cambiante, de la onda marina "que impone —como él dice— a la igualdad inerte, la figura del movimiento y el cambio".

Habla a los jóvenes del entusiasmo y la esperanza; de la fe en el porvenir por la eficacia del esfuerzo; admira al hombre en la afinación de sus facultades enaltecidas por el arte y la acción generosa. Discípulo del Renacimiento, lo venera en el arte y en sus grandes hombres, desde su culto dantesco, hasta Leonardo y Miguel Ángel. La devoción por la mágica universalidad de Leonardo le era común con los descubrimientos de su tiempo. Rodó se inspira en el Renacimiento, asiste a una resurrección de esa época gloriosa de la independencia del espíritu indagador y artífice. Tampoco podemos dejar de señalar que el centro de irradiación, por las traducciones de los autores modernos, era España, y que en ningún momento, Rodó o cualquier otro, podía desligarse de esa corriente extranjera que llegaba en parte principal por vía hispánica, y mucho menos del humanismo, que, aunque descuidado, se mantenía en la Península como en espera de un impostergable florecimiento. En América se producía una fusión en lo posible de la renovación mental del habla. Dentro de esa amplitud que tendió a la unidad del saber, Rodó reaviva las viejas palabras de que nada humano debe sernos indiferente; nos enseña con Menandro y con Guyau que hay una profesión universal, la de ser hombre; desaprueba el mal entendido fin utilitario de la educación moderna que mutila con una especialización prematura la integridad indispensable del espíritu; cree que las grandes cosas son obra de la juventud —en esa glorificación un tanto iniciada por Goethe del prestigio juvenil—, y de la juventud interior, del entusiasmo puesto en la belleza y la verdad, que, al decir de Renán, hace que nunca envejezcamos. Hay que huir del mal y del error como de una disonancia; con los sentimientos estéticos renace el instinto del bien y la justicia. La belleza y la libertad, al mismo tiempo que enaltecen nuestro espíritu, tornan más ágil nuestro cuerpo, imprimen a las razas libres "un sello exterior de hermosura". Democrático, ve un antagonismo entre la democracia y los intereses ideales, y encuentra el remedio de la educación del pueblo para corregir los males que su omnímodo poder acarrea. Teme la falsa igualdad, o mejor dicho, la ferocidad igualitaria en la que

sólo impera la ciega fuerza del número. A eso opone el cultivo de la individualidad propia.

En lo que podemos llamar la estética de Rodó se advierte el tradicional dualismo de espíritu y de forma, inconciliable con la suprema creación artística y que no siempre aparece en su pensamiento: "quisiéramos infiltrar las almas de los héroes de Shakespeare en el mármol de los dioses antiguos; quisiéramos cincelar, con el cincel de Heredia, la carne viva de Musset", concepto de oposición del arte parnasiano con la sensibilidad y el sentimiento; "se juzgó mármol y era carne viva", dirá Rubén con la interrogación verleniana: "¿es de mármol o no la Venus de Milo?" Los héroes de Shakespeare pueden acercarse o no al mármol de los dioses antiguos y a los héroes de la tragedia griega; estos dioses de mármol, en dependencia con sus escultores, descubren en el mármol el sentimiento religioso, el mito, el canon, una tradición revelada, la belleza humana en relación y participación con la divina, en quien los hizo, Fidias o Praxiteles; son voz en el mármol, son la faz de un universo latente; infundir a Shakespeare en Fidias sería destruir la pura individualidad en sus interiores expresiones; lo bello es único en sí mismo; superó las metamorfosis, llegó a lo incambiable, se ha libertado de la cadena de las encarnaciones y escuelas en las que todavía pueden estar Heredia y Musset; nadie más que Rodó advirtió este misterio de la individualidad "y los ignorados combates" del artista y del poeta en lo hondo de su alma; de allí surge, como Afrodita del mar, la obra. La tragedia griega atesora en sí la expresión de todas las formas privilegiadas y casi inaccesibles de la emoción en el arte.

Tampoco Rodó, que no se dedicó a la poesía sino como admirador agradecido y buen crítico y que sólo la buscó en la inspiración de su prosa, pudo volver al idioma y a los temas de los que llamamos clásicos; podía enriquecerle con los cuantiosos elementos que ellos poseyeron como caudal de sabiduría de una época, frecuentar el taller en que labraron su estilo, imitarlos si quisiera; cuando él escribía se debatía el problema del casticismo, no sólo en nuestra lengua. Esta cuestión del casticismo enfrentaba tradición y renovación. Entraban allí la historia y la ciencia. Había que ver el descubrimiento del universo en su realidad y en su teoría; había una tradición local y una aspiración universal; lo pintoresco y lo abstracto, el romántico color local y el pensamiento y el análisis. Rodó se reparte entre la tradición local, con la voz

de la tierra, interiorizada como sangre en el hombre por el naturalismo; el panteísmo de su tiempo, en ninguna manera negado a la espiritualidad, y la conciencia que llegó a lo bello y a lo justo; en el arte como expresión soberana, en que la obra es una parte y un todo si nace de la sincera intimidad de quien estuvo en lo que llama "la gesta de la forma"; esta forma es el espíritu que aparece en la forma; en la fusión de lo pensado y lo expresado se aquilata una calidad sola, su excelencia en lo escrito, pintado y esculpido.

El apotegma reformarse es vivir puede interpretarse en el camino del conocimiento, en la vía que va a uno mismo, diferente-mente en la dirección de la reforma; entraña la ruptura del hábito fácil, el libertarse de la apariencia inconsistente, tender a la dificultad y vencerla; la voluntad abre a esta ascendente renovación de nuestro ser el estudiado e intuido camino de la propia experiencia. Motivos de Proteo viene a ser, con sus parábolas, semejantes a los mitos platónicos y a los libros alegóricos, la obra de la vocación y la voluntad, la explicación discursiva del símbolo, como si también viniera intencionalmente de la Vita Nova del florentino. Insistimos en la imagen de Dante que Rodó conoce por Giotto y el libro de la mia memoria, y que le lleva al comentario, al renacimiento juvenil en la inmanencia de las aspiraciones en donde se inscribe nuestra vida con sus tentativas y a veces con sus victorias. Trae Rodó la validez de su enseñanza en la sinceridad de su anhelo, en la generosidad de la palabra que estimula. Puede decirse que Rodó pensaba en sí mismo cuando escribía refiriéndose a la metamorfosis continua de Goethe: "Incapaz de contenerse en los límites de un sistema o de una escuela; reacio a toda disciplina que trabe el arranque espontáneo y sincero de su reflexión, su filosofía es, como la luz de cada aurora, cosa nueva, porque nace, no de un formulismo lógico, sino del vivo y fundente seno de su alma". No sin fundamento se ha afirmado que Rodó, a pesar de predicarlo a los demás y de referirlo a sí propio, no llegó en "la nueva palabra" a transformarse y enriquecerse con el tiempo, ni en su pensamiento ni en su obra literaria, que no fué coronada con los ensayos definitivos que se esperaban. Llegó a donde pudo; no se olvide que fué autodidacto; que perteneció a un medio donde la enseñanza juvenil no entregaba los indispensables instrumentos de trabajo; que no tenía el acicate del saber colmado de quienes le rodeaban; desde Ariel se manifiesta como un pensador



teórico afirmativo, en ese momento, y que esa partícula definitiva fué su anhelo educador de generaciones, que sigue activamente válido. No puede existir la vocación sin la aspiración animadora. Queda como portaestandarte de una doctrina idealista, como iniciador de una escuela filosófica entonces naciente, escuela de vida para cada uno nueva, en esa aspiración incontentida, regida por un número inspirado, que espera el sucesor que la renueve en las fecundas investigaciones que tienden a un ritmo y orden armónicos; "el que vendrá", los "que vendrán", podrán agregar nuevas vibraciones al latido de su esperanza. Su madurez anticipada pudo ser, en su innegable virtud, un próximo decaimiento, un no poder ir más lejos, un quedarse en el espacio conseguido; pero ese espacio, aunque breve, continúa siendo un bello ámbito y una invitación al viaje.

La obra de doctrina social y legislativa de Rodó, que fué también periodista y parlamentario, y que penetra en la estética de la justicia, se manifiesta en Liberalismo y Jacobinismo, en el trabajo obrero en el Uruguay y en otros estudios y cartas. En el primero enseña a algunos de sus compatriotas el verdadero concepto de liberalismo —él era liberal—, y la obligación de la tolerancia, la necesidad de esta convivencia armónica de todas las voces. El santo respeto a la libertad, al fuero íntimo de cada uno, le guía. En el liberalismo estaba esa profesión universal, la de ser hombre. Y él lo fué en su distinción exquisita, en la capacidad de su desprendimiento.

Rodó no combatió la tradición formadora de su familia y de su patria. Ser moderno no quería decir que se odiase lo pasado. Toda obra noble, nacida de la creación activa del arte, es intemporal y permanente. Nada más falso con apariencia de verdad que ostentar sin examinarse un exagerado apego, con estrechez de secta, a lo anterior arrinconado y negar la época en que se vive. Aun así, si ese apego, esa nostalgia exclusiva del pasado local, nace de la natural inclinación, no merece reproche; debe coexistir la tradición con la renovación. La reforma no podrá negar el patrimonio humano; arrancará de esa fuente perenne donde se resume el hombre. Si para todo es necesario saber bien y sentir mucho y apartarse de la vulgaridad abrumadora, en nada este sentimiento, este saber y esta soledad se necesitan tanto como en la creación del arte.

Una característica de época se define en la llamada literatura

propia cuando se polariza en un valor pintoresco y absorbente. Rodó afirma que no llegó todavía el momento en que podamos prescindir del "magisterio de la cultura europea", y "pretender rechazarlo para salvar nuestra originalidad sería como si, para aislarnos de la atmósfera que nos envuelve, nos propusiésemos vivir en el vacío de una máquina neumática". La sabiduría de la humanidad pertenece en común a todos, es una adquisición definitiva y creciente, un legado de los hombres de genio; pertenecemos a lo que el espíritu ha conseguido en la ciencia, en la moral y en el arte, especialmente en Occidente, sin que esta riqueza, continuamente interpretada y aumentada, cierre ninguna forma literaria regional o nacional, en la extensión del idioma; al contrario, nos facilita su encuentro, nos da la mirada unitiva, la compenetración inteligente y sensible.

La obra póstuma de Rodó: El camino de Paros, está compuesta por ensayos y artículos escritos en su viaje, sorprendentes a veces por su saber del arte del Renacimiento, aunque tenga, naturalmente, a mano a Vasari y Benvenuto; ve, reconoce, advierte las diferencias, vive en la proximidad de lo anteriormente conocido por el estudio; responsable y sagaz, dice lo que siente, sin temor a la hipocresía o a la ignorancia; piensa en la América española, para la que escribe, a la que dedicó, como si cumpliera una misión, su existencia; no teme desgarrar falsas ideas perezosas en las que creemos por no haberlas analizado cabalmente. Pero él no trata de desgarrar sino lo incierto, lo inculto, la tiniebla interior donde se anidan el desconocimiento, la envidia y el odio. Mira con fraternal simpatía toda labor que lleve al aire el brote verde que envían con la savia primaveral las raíces.

La multiforme atracción de Renán llevó a Rodó en su juventud a encontrar en el maestro francés parte de su arte y aun las direcciones psicológicas e históricas que se imponían a su observación y a su juicio. Para tener a la vista un breve panorama de las correspondencias de Rodó con Renán, abramos sus Pages choisies, 1890: El sueño de Próspero, El sacerdote de Nemi; en la página 49: "el niño proyecta en todas las cosas lo maravilloso", que pudo sugerirle: "viendo jugar a un niño"; un comienzo de capítulo: "Teofilacto cuenta que Filípico", le ofrece un principio narrativo. Fué discípulo del aticismo, de la gracia, de la ternura de Renán, de su visión histórica, de su libertad filosófica, de sus símbolos, como lo fué en parte de Shakespeare, pero sin imitarlo,

sin cederle su propio pensamiento, como pudo serlo de Taine y de Guyau; el encadenarse a una opinión o a un sistema no entraba en la norma del cambio que él preconizaba. Escribe con justo enjuiciamiento Zum Felde: "¿Puede ser hoy, Renán, guía de las nuevas generaciones? ¿Puede nuestro tiempo hallar en el autor de El porvenir de la ciencia el sentido de los valores? No, ciertamente; Renán —típico intelectualista del siglo XIX— es hoy un valor histórico; así Rodó, que en él formó sus normas, y cuya actitud filosófica es, en lo esencial, la misma". En Motivos de Proteo, Rodó cuenta el mito de Hylas robado por las ninfas; al enflaquecer el tiempo las voces que anualmente lo llamaban, "generaciones nuevas entregaban el nombre legendario al viento primaveral: ¡Hylas! ¡Hylas!". "Exista —nos dice Rodó— el Hylas perdido a quien buscar en el campo de cada humano espíritu; viva Hylas para cada uno de nosotros". También el mito de Hylas, en otras formas, se encontrará en Renán, en la busca sin fin de la última verdad, de la revelación última. ¿En quién no habrá asomado este anhelo de encontrar lo que parece imposible y a la vez cercano? Ésa es la filosofía de Rodó, la que ha de conducirnos al ideal nunca del todo alcanzado. La historia aparece como un inmenso friso del que se desprende del caos confuso un ritmo de belleza moral e intelectual; las crisis que el hombre crea y de las que participa obedecen a ambiciones inestables, a verdades parcialmente valederas; no podemos decir qué pensaremos mañana, sino prometer únicamente la nobleza en la acción, la adhesión a la enseñanza transformante del bien, transmitida por la conciencia, y esa adhesión no discutible contribuye a lograr en el estilo la resonancia de lo humanamente perdurable, aunque nada se diga de ello. Había en Rodó una visión simbólica de la Acrópolis. La plegaria de Renán fué el testimonio revelador de un siglo, a pesar de que en algún pasaje nos parezca carente del fervor afirmativo, como si relegara a Pallas Atenea al pasado; esa confesión configuraba una Acrópolis definitivamente reconquistada, lo permanente en el cambio, la duración en lo fugitivo, por obedecer a las leyes eternas de la física cósmica, la honradez del trabajo perfecto, la razón y la sabiduría, la belleza en la extrema irradiación conseguida por el arte helénico. No resulta casual que la estética de Rodó se defina en una aspiración partenoniana que es síntesis de unidad, de orden, de elevación y de medida.

En nada se manifiesta tanto el conocimiento como cuando

nos proponemos innovar esencialmente en lo establecido, llevar a la aridez de la facilidad improvisadora o imitadora la fecundidad de una vida nueva. Y ¿cuando el que quiere inspirar y convertir, dentro de la libertad interior, no innova? La retórica fácil insiste en la repetición de los textos, no en el estudio de los estilos y los temas, en la historia de los géneros literarios, de la técnica anterior y de la expresión en la justa riqueza del idioma. Se compenetra el amor de la lengua con el purismo como actuante genio paternal cuando el purismo la recoge con sus antecedentes ilustres. El modernismo no era una ruptura con el pasado, era una revisión individual del destino del hombre en el arte. El modernismo fué cosmopolita. Los modernistas nuestros vieron en Francia la irradiación de las doctrinas y las técnicas posteriores al romanticismo, al encontrarse con la novedad siempre viva de la indagación y el intelecto. "Yo soy un modernista también —escribía Rodó—; yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; a la reacción que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas." No menospreciaba el naturalismo ni el positivismo, con sus "santos laicos" de la ciencia, porque eran una adquisición necesaria. Entraba en la aspiración idealista de fin de siglo que nunca había dejado de existir en los poetas y que se renovaba con el simbolismo y la aparición de la filosofía de Bergson. Difícil será advertir, en el basamento científico de esta trama idealista, las fronteras, aun filosóficas. Evolucionismo, positivismo, ciencia experimental e idealismo, ya no se negaban o se oponían "en concepciones más altas". Una persistente lectura sin cronología une aún los opuestos. Rodó tuvo un filial amor por la juventud de su patria y de la América latina, y trató de conducirla por este camino idealista, donde se requiere mucho la perseverancia difícil. Maestro de austeridad, arrojó en el surco semillas de amor y de bellas promesas. No sembró la cizaña, prefirió el silencio. Él sabía cuál era su responsabilidad de indagador; su obra nos demuestra que es cosa sagrada tomar la pluma; quizá haya un exceso de didactismo aleccionador, insiste en los que triunfaron en su arte, como si el triunfo fuese siempre trascendente. Si objetó, no cerró el camino a nadie; quiso fundar, desde su juventud, "la ciudad ideal que imaginaron en Weimar los dos geniales colaboradores de Las Horas"; dijo atina-

damente lo que pensaba, porque el pensamiento meditado, en cualquiera de sus manifestaciones, tiende a la libertad del espíritu, a la elevación humana; y no sabríamos distinguir su obra escrita de la realidad de su ser de hombre íntegro y auspicioso.

En El Mirador de Próspero recoge ensayos de diferentes épocas, une lo juvenil a la madurez ya un tanto fatigada de los cuarenta años. Estudios, discursos, cartas, se juntan en esta revisada selección. Algunos de sus críticos compararon los textos primeros con las correcciones introducidas posteriormente. Estas refundiciones de las obras primigenias tienen su razón, y había que confrontar las diferencias. Rodó persiste en la tradición americana, aunque no la estudie en conjunto; persiste en el ensayo y no en la historia; se inclina más a ser lector que historiador, o mejor dicho a ser artista que se deja arrastrar por sus afinidades e inclinaciones en los temas que dilucida; un forjador de retratos o de frisos. Asienta el pincel con la mirada en cada rasgo. Podemos valorar su trabajo con nuestra apreciación; él eligió las figuras, se ejercitó en la verdad de los rasgos, en el ambiente de las perspectivas. Encabeza este libro con una confesión de Taine acerca de las obras hechas con una colección de ensayos: "De pronto se puede dejar el volumen al cabo de veinte páginas; comenzar por el fin o por el medio; no sois allí el servidor sino el amo; podéis considerar estos libros como un diario, y en efecto son el diario de un espíritu". Se refiere Taine a los Ensayos de Macaulay. La Literatura inglesa de Taine puso a Rodó en presencia de una interpretación metódica, en que la belleza independiente de la pintura graba el trabajo del autor en el asunto. Las notas sirven para agregar una parte a un todo característico. Se inscribe lo propio de la persona en el medio, en la época, en el paisaje. No siempre el autor estudiado dará más que una expresión de su tiempo incluida en una obra transitoria. La compenetración de la literatura y el arte con los sentimientos en su interioridad altruista, le lleva a una visión conjunta de la vida de la tierra. Se opone a la crueldad con los animales, a la dureza nativa acostumbrada a la sangre, en páginas que obligan la gratitud de los intérpretes fraternales de toda existencia. Ve con la investigación científica reducida "considerablemente la distancia que el orgullo humano imaginara entre nuestra especie y las inferiores". El magisterio civilizador de Sarmiento, cuyo elogio asoma a menudo en la pluma de Rodó, ha de continuarse, y él, Rodó, persevera en esa obra

ingente. Rodeado de libros donde perdura la enseñanza de los maestros, Rodó se instruye en su lectura, la acomoda a la estructura de su pensamiento, nos comunica sus impresiones, con fervor y rectitud, con serenidad y elegancia; no está en su ánimo el imponerlas como un dogma. Podemos aceptarlas o no; lo que sí es dogma en él, en lo que sí es dogmático Rodó, es en afirmar la superioridad del bien, de lo justo, de lo verdadero, de las virtudes educadoras, de la belleza del trabajo. Sigue la línea de los escultores del Partenón, que opusieron al desorden y a la violencia de los instintos desencadenados la lucha interior que los equilibra y los vence; y no se apartaba de su mente esta categoría ideal de la aspiración en que cada paso es estímulo y descubrimiento.

ARTURO MARASSO

## EL QUE VENDRÁ<sup>1</sup>

El despertar del siglo fué en la historia de las ideas una aurora, y su ocaso en el tiempo es, también, un ocaso en la realidad.

Mejor que Hugo, podrían los que hoy mantienen en aras semiderruidas los oficios de poeta, dar el nombre de crepusculares a los cantos en que adquiere voz la misteriosa inquietud de nuestro espíritu, cuando todo, a nuestro alrededor, palidece y se esfuma; y mejor que Vigny, los que llevan la voz del pensamiento contemporáneo, podrían llorar, en nuestro ambiente, privado casi de calor y de luz, el sentimiento de la "soledad del alma" que lamentaba, en días que hoy nos parecen triunfales, su numen desolado y estoico.

La vida literaria, como culto y celebración de un mismo ideal, como fuerza de relación y de amor entre las inteligencias, se nos figura a veces próxima a extinguirse. De la última y gran protesta sólo dura en la atmósfera intelectual que respiramos, la vaga y desvanecida vibración en que se prolonga el golpe metálico del bronce. Sobre el camino que conduce a Medán crece la hierba que denuncia el paso infrecuente. La Némesis compensadora e inflexible que restablece fatalmente, en las cosas del Arte, el equilibrio violado por el engaño, la intolerancia o la pasión, se ha aproximado a la escuela que fué traída por su mano, hace seis lustros, para cerrar con las puertas de ébano de la realidad la era dorada de los sueños, y ha descubierto ante nuestros ojos sus flaquezas, y nos ha revelado su incapacidad frente a las actuales necesidades del espíritu que avanza y columbra nuevas e ignoradas regiones.

<sup>1</sup> Primer capítulo del libro *El que vendrá*.

Quiso ella alejar del ambiente de las almas la tentación del misterio, cerrando en derredor el espacio que concedía a sus miradas la línea firme y segura del horizonte positivo; y el misterio indomable se ha levantado, más imperioso que nunca en nuestro cielo, para volver a trazar, ante nuestra conciencia acongojada, su martirizante y pavorosa interrogación. Quiso ofrecer por holocausto, en los altares de una inalterable Objetividad, todas las cosas íntimas, todas esas eternas *voces interiores*, que han representado, por lo menos, una mitad, la más bella mitad, del arte humano; y el alma de nuevas generaciones, agitándose en la suprema necesidad de la confianza, ha vuelto a hallar encanto en la contemplación de sus intimidades, ha vuelto a hablar de sí, ha restaurado en su imperio al "yo" proscrito por los que no quisieron ver "sino lo que está del lado de fuera de los ojos"; triste reclusa que se rehace, en el día del asueto, del mutismo prolongado de su soledad. Quiso cortar las alas al sueño, y de los hombres ensangrentados por el golpe de la cuchilla cruel y fría, han vuelto a nacer alas.

Allá, sobre una cumbre que señorea, en la cadena del Pensamiento, todas las cumbres, descuella como ayer, la personalidad del iniciador que asombró con el eco lejano y formidable de sus luchas, nuestra infancia; del maestro taciturno y atlético. Suya es todavía nuestra suprema admiración; pero al alzar hacia él la frente, en medio de nuestras ansias y nuestras inquietudes, nosotros hemos visto rotas las tablas de la ley entre sus manos; y separando entonces de entre las muchas cosas caducas de su credo una luz de verdad, que se ha incorporado, definitivamente también, en el campo donde él sembró su palabra, la doctrina y la obra, la fórmula y el genio. Sobre el naufragio del precepto exclusivo, de la limitación escolástica, del canon —frágiles colores que no respeta nunca la pátina del tiempo en las construcciones del espíritu—, queda en pie, y para siempre, la obra inmensa: nosotros la consideramos a la manera de una montaña sobre la cual se ha extinguido la luz que era claridad para las inteligencias y orientación para las almas, pero cuya grandeza adusta y sombría sigue dominando, llena de una misteriosa atracción, allá en el fondo gris del horizonte. Y como un símbolo perdurable, sobre la majestad de la obra inmensa, se tiende, señalando al futuro, el brazo del niño que ha de unimismar en su alma las almas de Pascal y Clotilde; personificando acaso, para los intérpretes que vendrán,

el Euforión de un arte nuevo, de un arte grande y generoso, que ni se sienta tentado, como ella, a arrojar a las llamas los legajos del sabio, ni, como él, permanezca insensible y mudo ante las nostalgias de la contemplación del cielo estrellado por la dulce discípula, sobre el suelo abrasado de la era...

En tanto que en los dominios de la Prosa, y coronando el pórtico austero y grave desde donde señalaron los hombres de la generación que trajo a Taine y a Renán la ruta nueva del saber, se afirmaba un escudo que tenía por inscripciones: Culto de la Verdad, madre de toda belleza y toda vida —único imperio del análisis, substitución del lirismo por la impersonalidad y de la invención por el experimento—, los justadores del Ritmo, que regresaban entonces de la gran fiesta romántica, juntaban sus corceles en derredor de una bandera cuyos lemas decían: odio a lo vulgar —amor a la apariencia bella—, adoración del mármol frío e impecable que mezcla el desdén a la caricia.

Hubo una escuela que creyó haber hallado la fórmula de paz, proscribiendo de su taller, donde amontonó el tributo de luz y de color que impuso regimiento a las cosas, todos los angustiosos pensamientos, todas las crueles dudas, todas las ideas inquietantes, y buscando la *non curanza* del Ideal en brazos de la Forma. —Puso en su pecho las flores que simbolizan el imperio del color sin perfume; colmó su copa del nepente que trae el bien del olvido. —Obedeciendo a Gautier, cerró su pensamiento y su corazón, en los que reinó la paz silente del santuario, al estrépito del huracán que hacía estremecer sus vidrieras; y fué impasible mientras las llamas de la pasión devoraban en torno a su mesa de trabajo las almas y las multitudes; amante del pasado, evocación del hecho vivo; desdeñosa y serena cuando la pestad de la renovación y de la lucha precipitaba más frecuentes e impetuosas sus ráfagas sobre la frente de un siglo batallador. —Pero esta escuela que olvidó que no era posible desterrar del alma de los hombres, como lo soñó el monarca imbécil, "la fatal manía de pensar", fué condenada por los dioses del Arte que no consienten el triunfo del vacío más que los dioses de la Naturaleza, al martirio de Midas. —Quiso saciar su hambre y halló que el manjar de sus vajillas era oro; quiso saciar su sed y halló que las ondas de sus fuentes eran plata. —Entonces, la triste escuela dobló la cabeza sobre el pecho, para morir, guardando aún en la actitud de la muerte la corrección suprema de la línea, porque conoció que el corazón humano

no hubiera querido trocar por las migajas del pan del sentimiento y de la idea sus tesoros inútiles. —Hoy su legado es como una ciudad maravillosa y espléndida, toda de mármol y de bronce, toda de raros estilos y de encantadoras opulencias, pero en la que sólo habitan sombras heladas y donde no se escucha jamás, ni en forma de lamento, la palpitación y el grito de la vida.

Del numen que se cernió sobre el palacio de Medán, pasó, pues, si no la gloria, el imperio; y los que hoy guardan los retales de su enseña negra y purpúrea, suelen mezclar con ellos telas de distintos colores. De las tiendas de orfebres que abrió el "Parnaso", brindando en el alma de una generación de poetas una morada mejor y más suntuosa que la vieja Torre de Nesle a Benvenuto Cellini; de aquellas tiendas que incendiaron los aires en el choque del oro y de la luz, sólo quedó un taller donde el artista de "Trofeos" labra un cáliz precioso que ya no ha de levantar, en los altares del arte, mano alguna.

Voces nuevas se alzaron. Generaciones que llegaban, pálidas e inquietas, eligieron señores. Como en los tiempos en que se acercaba la hora del Profeta divino, apareció en el mundo del arte una multitud de profetas.

Predicaron los unos, contra el culto de la Naturaleza exterior, el culto de la interioridad humana; contra el olvido de sí, en la visión serena de las cosas, "la cultura del yo". —Los otros se prosternaron ante el Símbolo, y pidieron a un idioma de imágenes la expresión de aquellos misterios de la vida espiritual, para los que las mallas del vocabulario les parecieron flojas o groseras. —Éstos alzaron, poseídos de un insensato furor contra la realidad, que no pudo dar de sí el consuelo de la vida, y contra la Ciencia, que no pudo ser todopoderosa, un templo al Artificio y otro templo a la Ilusión y la Credulidad. —Aquéllos se llamaron los demoníacos, los réprobos; hicieron coro a las letanías de Satán; saborearon cantando las voluptuosidades del Pecado descubierto y activo; glorificaron en la historia el eterno impulso rebelde, y convirtieron la blasfemia en oración y el estigma en aureola de sus santos. —Aquellos otros volvieron en la actitud del hijo pródigo a las puertas del viejo hogar abandonado del espíritu —ya por las sendas nuevas que traza la sombra de la Cruz, engrandeciéndose misteriosamente entre los postreros arreboles de este siglo en ocaso, ya por las rutas sombrías que conducen a Oriente—, y buscaron, en la evocación de todas las palabras de esperanza y la

renovación de todas las respuestas que dieron los siglos a la Duda, el beneficio perdido de la Fe.

Pero ninguno de ellos encontró la paz, ni la convicción definitiva, ni el reposo, ni, ante su mirada, el cielo alentador y sereno, ni bajo sus pies el suelo estable y seguro. Artífices de una Babel ideal, hízose entre ellos el caos de las lenguas, y se dispersaron.

El mismo impulso que tenía en otrora, del canto del Poeta al alma de sus discípulos y al alma de la muchedumbre, la cadena magnética de Platón, reconcentra hoy a los que cantan en la soledad de su conciencia. "Para realizar nuestra obra, dice uno de ellos, debemos mantenernos aislados." —El movimiento de las ideas tiende cada vez más al individualismo en la producción y aun en la doctrina, a la dispersión de voluntades y de fuerzas, a la variedad inarmónica, que es el signo característico de la transición. —Ya no se profesa el culto de una misma Ley y la ambición de una labor colectiva, sino la fe del temperamento propio y la teoría de la propia genialidad. Ya no se aspira a edificar el majestuoso alcázar donde una generación de hombres instalará su pensamiento, sino la tienda donde dormir el sueño de una noche, en tanto aparecen los obreros que han de levantar el templo cuyos muros verán llegar el porvenir, dorada la frente por el fulgor de la mañana. —Las voces que concitan se pierden en la indiferencia. Los esfuerzos de clasificación resultan vanos o engañosos. Los imanes de las escuelas han perdido su fuerza de atracción, y son hoy hierro vulgar que se trabaja en el laboratorio de la crítica. Los cenáculos, como legiones sin armas, se disuelven; los maestros, como los dioses, se van...

Entrétanto, en nuestro corazón y nuestro pensamiento hay muchas ansias a las que nadie ha dado forma, muchos estremecimientos cuya vibración no ha llegado aún a ningún labio, muchos dolores para los que el bálsamo nos es desconocido, muchas inquietudes para las que todavía no se ha inventado un nombre. . . . Todas las torturas que se han ensayado sobre el verbo, todos los refinamientos desesperados del espíritu, no han bastado a aplacar la infinita sed de expansión del alma humana. —También en la libación de lo extravagante y de lo raro ha llegado a las heces, y hoy se abrasan sus labios en la ansiedad de algo más grande, más humano, más puro. —Pero lo esperamos en vano. En vano nuestras copas vacías se tienden para recibir el vino nuevo: caen

marchitas y estériles, en nuestra heredad, las ramas de las vides, y está enjuto y trozado el suelo del lagar...

Sólo la esperanza mesiánica, la fe en el que ha de venir, porque tiene por cáliz el alma de todos los tiempos en que recrudecen el dolor y la duda, hace vibrar misteriosamente nuestro espíritu. —Y tal así como en las vísperas desesperadas del hallazgo llegaron hasta los tripulantes sin ánimo y sin fe, cerniéndose sobre la soledad infinita del Océano, aromas y rumores, el ambiente espiritual que respiramos está lleno de presagios, y los vislumbres con que se nos anuncia el porvenir están llenos de promesas...

¡Revelador! ¡Profeta a quien temen los empecinados de las fórmulas caducas y las almas nostálgicas esperan!, ¿cuándo llegará a nosotros el eco de tu voz dominando el murmullo de los que se esfuerzan por engañar la soledad de sus ansias con el monólogo de su corazón dolorido?...

¿Sobre qué cuna se reposa tu frente, que irradiará mañana el destello vivificador y luminoso; o sobre qué pensativa cerviz de adolescente bate las alas el pensamiento que ha de levantar el vuelo hasta ocupar la soledad de la cumbre?; o bien, ¿cuál es la idea entre las que iluminan nuestro horizonte como estrellas temblorosas y pálidas, la que ha de transfigurarse en el credo que caliente y alumbre como el astro del día, de cuál cerebro entre los de los hacedores de obras buenas ha de surgir la obra genial?

De todas las rutas hemos visto volver los peregrinos, asegurándonos que sólo han hallado ante su paso el desierto y la sombra. ¿Cuál será, pues, el rumbo de tu nave? ¿Adónde está la ruta nueva? ¿De qué nos hablarás, revelador, para que nosotros encontremos en tu palabra la vibración que enciende la fe, y la virtud que triunfa de la indiferencia, y el calor que funde el hastío?

Cuando la impresión de las ideas o de las cosas actuales inclina mi alma a la abominación, o la tristeza, tú te presentas a mis ojos como un airado y sublime vengador. —En tu diestra resplandecerá la espada del arcángel. El fuego purificador descenderá de tu mente. Tendrás el símbolo de tu alma en la nube que a un tiempo llora y fulmina. El yambo que flagela y la elegía constelada de lágrimas, hallarán en tu pensamiento el lecho sombrío de su unión.

Te imagino otras veces como un apóstol dulce y afectuoso. En tu acento evangélico resonará la nota de amor, la nota de esperanza. Sobre tu frente brillarán las tintas del iris.—Asistiremos, guiados por la estrella de Belén de tu palabra, a la aurora

nueva, al renacer del Ideal, del perdido Ideal que en vano buscamos, viajeros sin rumbo, en las profundidades de la noche glacial por donde vamos, y que reaparecerá por ti, para llamar las almas, hoy ateridas y dispersas, a la vida del amor, de la paz, de la concordia. Y se aquietarán bajo tus pies las olas de nuestras tempestades, como si un óleo divino se extendiese sobre sus espumas. Y tu palabra resonará en nuestro espíritu como el tañir de la campana de Pascua al oído del doctor inclinado sobre la copa de veneno.

Yo no tengo de ti sino una imagen vaga y misteriosa, como aquellas con que el alma, empeñada en rasgar el velo estrellado del misterio, puede representarse, en sus éxtasis, el esplendor de lo Divino. —Pero sé que vendrás; y de tal modo como el sublime maldecidor de las "Blasfemias" anatematiza e injuria al nunciador de la futura fe, antes de que él haya aparecido sobre la tierra, yo te amo y te bendigo, profeta que anhelamos, sin que el bálsamo reparador de tu palabra haya descendido sobre nuestro corazón.

El vacío de nuestras almas sólo puede ser llenado por un grande amor, por un grande entusiasmo; y este entusiasmo y ese amor sólo pueden serles inspirados por la virtud de una palabra nueva. —Las sombras de la Duda siguen pesando en nuestro espíritu. Pero la Duda no es, en nosotros, ni un abandono y una voluptuosidad del pensamiento, como la del escéptico que encuentra en ella curiosa delectación y blanda almohada; ni una actitud austera, fría, segura, como en los experimentadores; ni siquiera un impulso de desesperación y de soberbia, como en los grandes rebeldes del romanticismo. La duda es en nosotros un ansioso esperar; una nostalgia mezclada de remordimientos, de anhelos, de temores; una vaga inquietud en la que entra por mucha parte el ansia de creer, que es casi una creencia... Esperamos; no sabemos a quién. Nos llaman; no sabemos de qué mansión remota y oscura. También nosotros hemos levantado en nuestro corazón un templo al dios desconocido.

En medio de su soledad, nuestras almas se sienten dóciles, se sienten dispuestas a ser guiadas; y cuando dejamos pasar sin séquito al maestro que nos ha dirigido su exhortación sin que ella moviese una onda obediente en nuestro espíritu, es para luego preguntarnos en vano, con Bourget: "¿Quién ha de pronunciar la palabra de porvenir y de fecundo trabajo que necesitamos para dar co-

mienzo a nuestra obra? ¿Quién nos devolverá la divina virtud de la alegría en el esfuerzo y de la esperanza en la lucha?"

Pero sólo contesta el eco triste a nuestra voz... Nuestra actitud es como la del viajero abandonado que pone a cada instante el oído en el suelo del desierto por si el rumor de los que han de venir le trae un rayo de esperanza. Nuestro corazón y nuestro pensamiento están llenos de ansiosa incertidumbre... ¡Revelador! ¡Revelador! ¡La hora ha llegado!... El sol que muere ilumina en todas las frentes la misma estéril palidez, descubre en el fondo de todas las pupilas la misma extraña inquietud; el viento de la tarde recoge de todos los labios el balbucir de un mismo anhelo infinito, y ésta es la hora en que "la caravana de la decadencia" se detiene, angustiada y fatigada, en la confusa profundidad del horizonte...

1896.

A R I E L <sup>1</sup>*A la juventud de América.*

AQUELLA tarde, el viejo y venerado maestro, a quien solían llamar Próspero, por alusión al sabio mago de *La Tempestad* shakespiriana, se despedía de sus jóvenes discípulos, pasado un año de tareas, congregándolos una vez más a su alrededor.

Ya habían llegado ellos a la amplia sala de estudio, en la que un gusto delicado y severo esmerábase por todas partes en honrar la noble presencia de los libros, fieles compañeros de Próspero. Dominaba en la sala — como numen de su ambiente sereno — un bronce primoroso, que figuraba al ARIEL de *La Tempestad*. Junto a este bronce se sentaba habitualmente el maestro, y por ello le llamaban con el nombre del mago a quien sirve y favorece en el drama el fantástico personaje que había interpretado el escultor. Quizá en su enseñanza y su carácter había, para el nombre, una razón y un sentido más profundos.

Ariel, genio del aire, representa, en el simbolismo de la obra de Shakespeare, la parte noble y alada del espíritu. Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción; la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia, — el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida.

La estatua, de real arte, reproducía al genio aéreo en el instante en que, libertado por la magia de Próspero, va a lanzarse a los aires para desvanecerse en un lampo. Desplegadas las alas; suelta y flotante la leve vestidura, que la caricia de la luz en el bronce damasquinaba de oro; erguida la amplia frente; entreabier-

<sup>1</sup> Texto íntegro.



tos los labios por serena sonrisa, todo en la actitud de Ariel acusaba admirablemente el gracioso arranque del vuelo; y con inspiración dichosa, el arte que había dado firmeza escultural a su imagen, había acertado a conservar en ella, al mismo tiempo, la apariencia seráfica y la lealtad ideal.

Próspero acarició, meditando, la frente de la estatua; dispuso luego al grupo juvenil en torno suyo; y con su firme voz, — voz *magistral*, que tenía para fijar la idea e insinuarse en las profundidades del espíritu, bien la esclarecedora penetración del rayo de luz, bien el golpe incisivo del cincel en el mármol, bien el toque impregnante del pincel en el lienzo o de la onda en la arena, — *comenzó a decir*, frente a una atención afectuosa:

Junto a la estatua que habéis visto presidir, cada tarde, nuestros coloquios de amigos, en los que he procurado despojar a la enseñanza de toda ingrata austeridad, voy a hablaros de nuevo, para que sea nuestra despedida como el sello estampado en un convenio de sentimientos y de ideas.

Invoco a ARIEL como mi numen. Quisiera ahora para mi palabra la más suave y persuasiva unción que ella haya tenido jamás. Pienso que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada. Pienso también que el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación.

Anhele colaborar en una página del programa que, al prepararnos a respirar el aire libre de la acción, formularéis, sin duda, en la intimidad de vuestro espíritu, para ceñir a él vuestra personalidad moral y vuestro esfuerzo. Este programa propio, — que algunas veces se formula y escribe; que se reserva otras para ser revelado en el mismo transcurso de la acción, — no falta nunca en el espíritu de las agrupaciones y los pueblos que son algo más que muchedumbres. Si con relación a la escuela de la voluntad individual, pudo Goethe decir profundamente que sólo es digno de la libertad y la vida quien es capaz de conquistarlas día a día para sí, con tanta más razón podría decirse que el honor de cada generación humana exige que ella se conquiste, por la perseverante actividad de su pensamiento, por el esfuerzo propio, su fe en determinada manifestación del ideal y su puesto en la evolución de las ideas.

Al conquistar los vuestros, debéis empezar por reconocer un primer objeto de fe, en vosotros mismos. La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza; haced que el altivo sentimiento de su posesión permanezca ardiente y eficaz en vosotros. Yo os digo con Renán: "La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la Vida". El descubrimiento que revela las tierras ignoradas necesita completarse con el esfuerzo viril que las sojuzga. Y ningún otro espectáculo puede imaginarse más propio para cautivar a un tiempo el interés del pensador y el entusiasmo del artista, que el que presenta una generación humana que marcha al encuentro del futuro, vibrante con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa un altanero desdén del desengaño, colmada el alma por dulces y remotos mirajes que derraman en ella misteriosos estímulos, como las visiones de Cipango y Eldorado en las crónicas heroicas de los conquistadores.

Del renacer de las esperanzas humanas; de las promesas que fían eternamente al porvenir la realidad de lo mejor, adquiere su belleza el alma que se entreabre al soplo de la vida; dulce é inefable belleza, compuesta, como lo estaba la del amanecer para el poeta de *Las Contemplaciones*, de un "vestigio de sueño y un principio de pensamiento".

La humanidad, renovando de generación en generación su activa esperanza y su ansiosa fe en un ideal, al través de la dura experiencia de los siglos, hacía pensar a Guyau en la obsesión de aquella pobre enajenada cuya extraña y conmovedora locura consistía en creer llegado, constantemente, el día de sus bodas. — Juguete de su ensueño, ella ceñía cada mañana a su frente pálida la corona de desposada y suspendía de su cabeza el velo nupcial. Con una dulce sonrisa, disponíase luego a recibir al prometido ilusorio, hasta que las sombras de la tarde, tras el vano esperar, traían la decepción a su alma. Entonces, tomaba un melancólico tinte su locura. Pero su ingenua confianza reaparecía con la aurora siguiente; y ya sin el recuerdo del desencanto pasado, murmurando: *Es hoy cuando vendrá*, volvía a ceñirse la corona y el velo y a sonreír en espera del prometido.

Es así como, no bien la eficacia de un ideal ha muerto, la humanidad viste otra vez sus galas nupciales para esperar la realidad del ideal soñado con nueva fe, con tenaz y conmovedora

locura. Provocar esa renovación, inalterable como un ritmo de la Naturaleza, es en todos los tiempos la función y la obra de la juventud. De las almas de cada primavera humana está tejido aquel tocado de novia. Cuando se trata de sofocar esta sublime terquedad de la esperanza, que brota alada del seno de la decepción, todos los pesimismo son vanos. Lo mismo los que se fundan en la razón que los que parten de la experiencia, han de reconocerse inútiles para contrastar el altanero *no importa* que surge del fondo de la Vida. Hay veces en que, por una aparente alteración del ritmo triunfal, cruzan la historia humana generaciones destinadas a personificar, desde la cuna, la vacilación y el desaliento. Pero ellas pasan, — no sin haber tenido quizá su ideal como las otras, en forma negativa y con amor inconsciente; — y de nuevo se ilumina en el espíritu de la humanidad la esperanza en el Esposo anhelado; cuya imagen, dulce y radiosa como en los versos de marfil de los místicos, basta para mantener la animación y el contento de la vida, aun cuando nunca haya de encarnarse en la realidad.

La juventud, que así significa en el alma de los individuos y la de las generaciones, luz, amor, energía, existe y lo significa también en el proceso evolutivo de las sociedades. De los pueblos que sienten y consideran la vida como vosotros, serán siempre la fecundidad, la fuerza, el dominio del porvenir. —Hubo una vez en que los atributos de la juventud humana se hicieron, más que en ninguna otra, los atributos de un pueblo, los caracteres de una civilización, y en que un soplo de adolescencia encantadora pasó rozando la frente serena de una raza. Cuando Grecia nació, los dioses le regalaron el secreto de su juventud inextinguible. Grecia es el alma joven. “Aquel que en Delfos contempla la apiñada muchedumbre de los jonios —dice uno de los himnos homéricos— se imagina que ellos no han de envejecer jamás.” Grecia hizo grandes cosas porque tuvo, de la juventud, la alegría, que es el ambiente de la acción, y el entusiasmo, que es la palanca omnipotente. El sacerdote egipcio con quien Solón habló en el templo de Sais, decía al legislador ateniense, compadeciendo a los griegos por su volubilidad bulliciosa: *No sois sino unos niños*. Y Michelet ha comparado la actividad del alma helena con un festivo juego a cuyo alrededor se agrupan y sonríen todas las naciones del mundo. Pero de aquel divino juego de niños sobre las

playas del Archipiélago y a la sombra de los olivos de Jonia, nacieron el arte, la filosofía, el pensamiento libre, la curiosidad de la investigación, la conciencia de la dignidad humana, todos esos estímulos de Dios que son aún nuestra inspiración y nuestro orgullo. Absorto en su austeridad hierática, el país del sacerdote representaba, en tanto, la senectud, que se concentra para ensayar el reposo de la eternidad y aleja, con desdenosa mano, todo frívolo sueño. La gracia, la inquietud, están proscriptas de las actitudes de su alma, como del gesto de sus imágenes la vida. Y cuando la posteridad vuelve las miradas a él, sólo encuentra una estéril noción del orden presidiendo al desenvolvimiento de una civilización que vivió para tejerse un sudario y para edificar sus sepulcros: la sombra de un compás tendiéndose sobre la esterilidad de la arena.

Las prendas del espíritu joven —el entusiasmo y la esperanza— corresponden, en las armonías de la historia y la naturaleza, al movimiento y a la luz. —Adondequiera que volváis los ojos, las encontraréis como el ambiente natural de todas las cosas fuertes y hermosas. Levantadlos al ejemplo más alto: —La idea cristiana, sobre la que aun se hace pesar la acusación de haber entristecido la tierra proscribiendo la alegría del paganismo, es una inspiración esencialmente juvenil mientras no se aleja de su cuna. El cristianismo naciente es en la interpretación —que yo creo tanto más verdadera cuanto más poética— de Renán, un cuadro de juventud inmarcesible. De juventud del alma, o, lo que es lo mismo, de un vivo sueño, de gracia, de candor, se compone el aroma divino que flota sobre las lentas jornadas del Maestro al través de los campos de Galilea; sobre sus prédicas, que se desenvuelven ajenas a toda penitente gravedad; junto a un lago celeste; en los valles abrumados de frutos; escuchadas por “las aves del cielo” y “los lirios de los campos”, con que se adornan las parábolas; propagando la alegría del “reino de Dios” sobre una dulce sonrisa de la Naturaleza. —De este cuadro dichoso, están ausentes los ascetas que acompañaban en la soledad las penitencias del Bautista. Cuando Jesús habla de los que a él le siguen, los compara a los parainfos de un cortejo de bodas. —Y es la impresión de aquel divino contento la que incorporándose a la esencia de la nueva fe, se siente persistir al través de la Odisea de los evangelistas; la que derrama en el espíritu de las primeras comunidades cristianas su felicidad

candorosa, su ingenua alegría de vivir; y la que, al llegar a Roma con los ignorados cristianos del Transtevere, les abre fácil paso en los corazones; porque ellos triunfaron oponiendo el encanto de su juventud interior —la de su alma embalsamada por la libación del vino nuevo— a la severidad de los estoicos y a la decrepitud de los mundanos.

Sed, pues, conscientes poseedores de la fuerza bendita, que lleváis dentro de vosotros mismos. No creáis, sin embargo, que ella esté exenta de malograrse y desvanecerse, como un impulso sin objeto, en la realidad. De la Naturaleza es la dádiva del preciso tesoro; pero es de las ideas, que él sea fecundo, o se prodigue vanamente, o fraccionado y disperso en las conciencias personales, no se manifieste en la vida de las sociedades humanas como una fuerza bienhechora. —Un escritor sagaz rastreaba, ha poco, en las páginas de la novela de nuestro siglo —esa inmensa superficie especular donde se refleja toda entera la imagen de la vida en los últimos vertiginosos cien años— la psicología, los estados de alma de la juventud, tales como ellos han sido en las generaciones que van desde los días de René hasta los que han visto pasar a Des Esseintes. —Su análisis comprobaba una progresiva disminución de *juventud interior* y de energía, en la serie de personajes representativos que se inicia con los héroes, enfermos, pero a menudo viriles y siempre intensos de pasión, de los románticos, y termina con los enervados de voluntad y corazón en quienes se reflejan tan desconsoladoras manifestaciones del espíritu de nuestro tiempo como la del protagonista de *A rebours* o la del Robert Greslou de *Le Disciple*. — Pero comprobaba el análisis, también, un lisonjero renacimiento de animación y de esperanza en la psicología de la juventud de que suele hablarnos una literatura que es quizá nuncio de transformaciones más hondas; renacimiento que personifican los héroes nuevos de Lemaitre, de Wizewa, de Rod, y cuya más cumplida representación lo sería tal vez el *David Grieve* con que cierta novelista inglesa contemporánea ha resumido en un solo carácter todas las penas y todas las inquietudes ideales de varias generaciones, para solucionarlas en un supremo desenlace de serenidad y de amor.

¿Madurará en la realidad esa esperanza? —Vosotros, los que vais a pasar, como el obrero en marcha a los talleres que le esperan, bajo el pórtico del nuevo siglo, ¿reflejaréis quizá sobre

el arte que os estudie imágenes más luminosas y triunfales que las que han quedado de nosotros? Si los tiempos divinos en que las almas jóvenes daban modelos para los dialoguistas radiantes de Platón sólo fueron posibles en una breve primavera del mundo; si es fuerza “no pensar en los dioses”, como aconseja la Forquias del segundo “Fausto” al coro de cautivas; ¿no nos será lícito, a lo menos, soñar con la aparición de generaciones humanas que devuelvan a la vida un sentido ideal, un grande entusiasmo; en las que sea un poder el sentimiento; en las que una vigorosa resurrección de las energías de la voluntad ahuyente, con heroico clamor, del fondo de las almas, todas las cobardías morales que se nutren a los pechos de la decepción y de la duda? ¿Será de nuevo la juventud una realidad de la vida colectiva, como lo es de la vida individual?

Tal es la pregunta que me inquieta mirándoos. —Vuestras primeras páginas, las confesiones que nos habéis hecho hasta ahora de vuestro mundo íntimo, hablan de indecisión y de estupor a menudo; nunca de enervación, ni de un definitivo quebranto de la voluntad. Yo sé bien que el entusiasmo es una surgente viva en vosotros. Yo sé bien que las notas de desaliento y de dolor que la absoluta sinceridad del pensamiento —virtud todavía más grande que la esperanza— ha podido hacer brotar de las torturas de vuestra meditación, en las tristes e inevitables citas de la Duda, no eran indicio de un estado de alma permanente ni significaron en ningún caso vuestra desconfianza respecto de la eterna virtualidad de la Vida. Cuando un grito de angustia ha ascendido del fondo de vuestro corazón, no lo habéis sofocado antes de pasar por vuestros labios, con la austera y muda altivez del estoico en el suplicio, pero lo habéis terminado con una invocación al ideal *que vendrá*, con una nota de esperanza mesiánica.

Per lo demás, al hablaros del entusiasmo y la esperanza, como de altas y fecundas virtudes, no es mi propósito enseñaros a trazar la línea infranqueable que separe el escepticismo de la fe, la decepción de la alegría. Nada más lejos de mi ánimo que la idea de confundir con los atributos naturales de la juventud, con la graciosa espontaneidad de su alma, esa indolente frivolidad del pensamiento, que, incapaz de ver más que el motivo de un juego en la actividad, compra el amor y el contento de la vida al precio de su incomunicación con todo lo que pueda hacer detener el paso ante la faz misteriosa y grave de las cosas. —No

es ése el noble significado de la juventud individual, ni ése tampoco el de la juventud de los pueblos. —Yo he conceptuado siempre vano el propósito de los que constituyéndose en avizores vigías del destino de América, en custodios de su tranquilidad, quisieran sofocar, con temeroso recelo, antes de que llegase a nosotros, cualquiera resonancia del humano dolor, cualquier eco venido de literaturas extrañas, que, por triste o insano, ponga en peligro la fragilidad de su optimismo. —Ninguna firme educación de la inteligencia puede fundarse en el aislamiento candoroso o en la ignorancia voluntaria. Todo problema propuesto al pensamiento humano por la Duda; toda sincera reconvencción que sobre Dios o la Naturaleza se fulmine, del seno del desaliento y el dolor, tienen derecho a que les dejemos llegar a nuestra conciencia y a que los afrontemos. Nuestra fuerza de corazón ha de probarse aceptando el reto de la Esfinge, y no esquivando su interrogación formidable. —No olvidéis, además, que en ciertas amarguras del pensamiento hay, como en sus alegrías, la posibilidad de encontrar un punto de partida para la acción, hay a menudo sugerencias fecundas. Cuando el dolor enerva; cuando el dolor es la irresistible pendiente que conduce al marasmo o el consejero pérfido que mueve a la abdicación de la voluntad, la filosofía que le lleva en sus entrañas es cosas indigna de almas jóvenes. Puede entonces el poeta calificarle de "indolente soldado que milita bajo las banderas de la muerte". Pero cuando lo que nace del seno del dolor es el anhelo varonil de la lucha para conquistar o recobrar el bien que él nos niega, entonces es un acerado acicate de la evolución, es el más poderoso impulso de la vida; no de otro modo que como el hastío, para Helvecio, llega a ser la mayor y más preciosa de todas las prerrogativas humanas, desde el momento en que, impidiendo enervarse nuestra sensibilidad en los adormecimientos del ocio, se convierte en el vigilante estímulo de la acción.

En tal sentido, se ha dicho bien que hay pesimismo que tienen la significación de un *optimismo paradójico*. Muy lejos de suponer la renuncia y la condenación de la existencia, ellos propagan, con su descontento de lo actual, la necesidad de renovarla. Lo que a la humanidad importa salvar contra toda negación pesimista, es, no tanto la idea de la relativa bondad de lo presente, sino la de la posibilidad de llegar a un término mejor por el desenvolvimiento de la vida, apresurado y orientado mediante

el esfuerzo de los hombres. La fe en el porvenir, la confianza en la eficacia del esfuerzo humano, son el antecedente necesario de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo. Tal es la razón por la que he querido comenzar encareciéndoos la inmortal excelencia de esa fe que, siendo en la juventud un instinto, no debe necesitar seros impuesta por ninguna enseñanza, puesto que la encontraréis indefectiblemente dejando actuar en el fondo de vuestro ser la sugestión divina de la Naturaleza.

Animados por ese sentimiento, entrad, pues, a la vida, que os abre sus hondos horizontes, con la noble ambición de hacer sentir vuestra presencia en ella desde el momento en que la afrontéis con la activa mirada del conquistador. —Toca al espíritu juvenil la iniciativa audaz, la genialidad innovadora. —Quizá universalmente, hoy, la acción y la influencia de la juventud son en la marcha de las sociedades humanas menos efectivas e intensas de lo que debieran ser. Gastón Deschamps lo hacía notar en Francia, hace poco, comentando la iniciación tardía de las jóvenes generaciones, en la vida pública y la cultura de aquel pueblo, y la escasa originalidad con que ellas contribuyen al trazado de las ideas dominantes. Mis impresiones del presente de América, en cuanto ellas pueden tener un carácter general a pesar del doloroso aislamiento en que viven los pueblos que la componen, justificarían acaso una observación parecida. —Y sin embargo, yo creo ver expresada en todas partes la necesidad de una activa revelación de fuerzas nuevas; yo creo que América necesita grandemente de su juventud. —He ahí por qué os hablo. He ahí por qué me interesa extraordinariamente la orientación moral de vuestro espíritu. La energía de vuestra palabra y vuestro ejemplo pueda llegar hasta incorporar las fuerzas vivas del pasado a la obra del futuro. Pienso con Michelet que el verdadero concepto de la educación no abarca sólo la cultura del espíritu de los hijos por la experiencia de los padres, sino también, y con frecuencia, mucho más, la del espíritu de los padres por la inspiración innovadora de los hijos.

Hablemos, pues, de cómo consideraréis la vida que os espera.

La divergencia de las vocaciones personales imprimirá diversos sentidos a vuestra actividad, y hará predominar una disposición, una aptitud determinada, en el espíritu de cada uno de

vosotros. — Los unos seréis hombres de ciencia; los otros seréis hombres de arte; los otros seréis hombres de acción. — Pero por encima de los afectos que hayan de vincularos individualmente a distintas aplicaciones y distintos modos de la vida, debe velar, en lo íntimo de vuestra alma, la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza, que exige que cada individuo humano sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de la humanidad, en el que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa. Antes que las modificaciones de profesión y de cultura está el cumplimiento del destino común de los seres racionales. “Hay una profesión universal, que es la de *hombre*”, ha dicho admirablemente Guyau. Y Renán, recordando, a propósito de las civilizaciones desequilibradas y parciales, que el fin de la criatura humana no puede ser exclusivamente saber, ni sentir, ni imaginar, sino ser real y enteramente *humana*, define el ideal de perfección a que ella debe encaminar sus energías como la posibilidad de ofrecer en un tipo individual un cuadro abreviado de la especie.

Aspirad, pues, a desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro ser. No os encojáis de hombres delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, a pretexto de que vuestra organización individual os liga con preferencia a manifestaciones diferentes. Sed espectadores atentos allí donde no podáis ser actores. — Cuando cierto falsísimo y vulgarizado concepto de la educación, que la imagina subordinada exclusivamente al fin utilitario, se empeña en mutilar, por medio de ese utilitarismo y de una especialización prematura, la integridad natural de los espíritus, y anhela proscribir de la enseñanza todo elemento desinteresado e ideal, no repara suficientemente en el peligro de preparar para el porvenir espíritus estrechos, que, incapaces de considerar más que el único aspecto de la realidad con que estén inmediatamente en contacto, vivirán separados por helados desiertos de los espíritus que, dentro de la misma sociedad, se hayan adheridos a otras manifestaciones de la vida.

Lo necesario de la consagración particular de cada uno de nosotros a una actividad determinada, a un solo modo de cultura, no excluye, ciertamente, la tendencia a realizar, por la íntima armonía del espíritu, el destino común de los seres racionales.

Esa actividad, esa cultura, serán sólo la nota fundamental de la armonía. — El verso célebre en que el esclavo de la escena anti-gua afirmó que, pues era hombre, no le era ajeno nada de lo humano, forma parte de los gritos que, por su sentido inagotable, resonarán eternamente en la conciencia de la humanidad. Nuestra capacidad de comprender, sólo debe tener por límite la imposibilidad de comprender a los espíritus estrechos. Ser incapaz de ver de la Naturaleza más que una faz; de las ideas e intereses humanos más que uno solo, equivale a vivir envuelto en una sombra de sueño horadada por un solo rayo de luz. La intolerancia, el exclusivismo, que cuando nacen de la tiránica absorción de un alto entusiasmo, del desborde de un desinteresado propósito ideal, pueden merecer justificación, y aun simpatía, se convierten en la más abominable de las inferioridades cuando, en el círculo de la vida vulgar, manifiestan la limitación de un cerebro incapacitado para reflejar más que una parcial apariencia de las cosas.

Por desdicha, es en los tiempos y las civilizaciones que han alcanzado una completa y refinada cultura donde el peligro de esa limitación de los espíritus tiene una importancia más real y conduce a resultados más temibles. Quiere, en efecto, la ley de evolución, manifestándose en la sociedad como en la naturaleza por una creciente tendencia a la heterogeneidad, que, a medida que la cultura general de las sociedades avanza, se limite correlativamente la extensión de las aptitudes individuales y haya de ceñirse el campo de acción de cada uno a una especialidad más restringida. Sin dejar de constituir una condición necesaria de progreso, ese desenvolvimiento del espíritu de especialización trae consigo desventajas visibles, que no se limitan a estrechar el horizonte de cada inteligencia, falseando necesariamente su concepto del mundo, sino que alcanzan y perjudican, por la dispersión de las afecciones y los hábitos individuales, al sentimiento de la solidaridad. — Augusto Comte ha señalado bien este peligro de las civilizaciones avanzadas. Un alto estado de perfeccionamiento social tiene para él un grave inconveniente en la facilidad con que suscita la aparición de espíritus deformados y estrechos; de espíritus “muy capaces bajo un aspecto único y monstruosamente ineptos bajo todos los otros”. El empequeñecimiento de un cerebro humano por el comercio continuo de un solo género de ideas, por el ejercicio indefinido de

un solo modo de actividad, es para Comte un resultado comparable a la mísera suerte del obrero a quien la división del trabajo de taller obliga a consumir en la invariable operación de un detalle mecánico todas las energías de su vida. En uno y otro caso, el efecto moral es inspirar una desastrosa indiferencia por el aspecto general de los intereses de la humanidad. Y aunque esta especie de automatismo humano —agrega el pensador positivista— no constituye felizmente sino la extrema influencia dispersiva del principio de especialización, su realidad, ya muy frecuente, exige que se atribuya a su apreciación una verdadera importancia <sup>1</sup>.

No menos que a la solidez, daña esa influencia dispersiva a la *estética* de la estructura social. — La belleza incomparable de Atenas, lo impercedero del modelo legado por sus manos de diosa a la admiración y el encanto de la humanidad, nacen de que aquella ciudad de prodigios fundó su concepción de la vida en el concierto de todas las facultades humanas, en la libre y acordada expansión de todas las energías capaces de contribuir a la gloria y al poder de los hombres. Atenas supo engrandecer a la vez el sentido de lo ideal y el de lo real, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo. Cinceló las cuatro facetas del alma. Cada ateniense libre describe en derredor de sí, para contener su acción, un círculo perfecto, en el que ningún desordenado impulso quebrantaré la graciosa proporción de la línea. Es atleta y escultura viviente en el gimnasio, ciudadano en Pnix, polemista y pensador en los pórticos. Ejercita su voluntad en toda suerte de acción viril y su pensamiento en toda preocupación fecunda. Por eso afirma Macaulay que un día de la vida pública del Atica es más brillante programa de enseñanza que los que hoy calculamos para nuestros modernos centros de instrucción. — Y de aquel libre y único florecimiento de la plenitud de nuestra naturaleza, surgió el *milagro griego*, — una inimitable y encantadora mezcla de animación y de serenidad, una primavera del espíritu humano, una sonrisa de la historia.

En nuestros tiempos, la creciente complejidad de nuestra civilización privaría de toda seriedad al pensamiento de restaurar

1 A. COMTE: *Cours de philosophie positive*, t. IV, p. 430, segunda edición.

esa armonía, sólo posible entre los elementos de una graciosa sencillez. Pero dentro de la misma complejidad de nuestra cultura; dentro de la diferenciación progresiva de caracteres, de aptitudes, de méritos, que es la ineludible consecuencia del progreso en el desenvolvimiento social, cabe salvar una razonable participación de todos en ciertas ideas y sentimientos fundamentales que mantengan la unidad y el concierto de la vida —en ciertos *intereses del alma*, ante los cuales la dignidad del ser racional no consiente la indiferencia de ninguno de nosotros.

Cuando el sentido de la utilidad material y el bienestar domina en el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en lo presente, los resultados del espíritu estrecho y la cultura unilateral son particularmente funestos a la difusión de aquellas preocupaciones puramente ideales que, siendo objeto de amor para quienes les consagran las energías más nobles y perseverantes de su vida, se convierten en una remota, y quizá no sospechada, región, para una inmensa parte de los otros. — Todo género de meditación desinteresada, de contemplación ideal, de tregua íntima, en la que los diarios afanes por la utilidad cedan transitoriamente su imperio a una mirada noble y serena tendida de lo alto de la razón sobre las cosas, permanece ignorado, en el estado actual de las sociedades humanas, para millones de almas civilizadas y cultas, a quienes la influencia de la educación o la costumbre reduce al automatismo de una actividad, en definitiva, material. — Y bien: este género de servidumbre debe considerarse la más triste y oprobiosa de todas las condenaciones morales. Yo os ruego que os defendáis, en la milicia de la vida, contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único e interesado. No entreguéis nunca a la utilidad o a la pasión sino una parte de vosotros. Aun dentro de la esclavitud material, hay la posibilidad de salvar la libertad interior: la de la razón y el sentimiento. No tratéis, pues, de justificar, por la absorción del trabajo o el combate, la esclavitud de vuestro espíritu.

Encuentro el símbolo de lo que debe ser nuestra alma en un cuento que evoco de un empolvado rincón de mi memoria. — Era un rey patriarcal, en el Oriente indeterminado e ingenuo donde gusta hacer nido la alegre bandada de los cuentos. Vivía su reino la candorosa infancia de las tiendas de Ismael y los palacios de Pilos. La tradición le llamó después, en la memoria



de los hombres, el rey hospitalario. Inmensa era la piedad del rey. A desvanecerse en ella, tendía, como por su propio peso, toda desventura. A su hospitalidad acudían lo mismo por blanco pan el miserable que el alma desolada por el bálsamo de la palabra que acaricia. Su corazón reflejaba, como sensible placa sonora, el ritmo de los otros. Su palacio era la casa del pueblo. — Todo era libertad y animación dentro de este augusto recinto, cuya entrada nunca hubo guardas que vedasen. En los abiertos pórticos, formaban corro los pastores cuando consagraban a rústicos conciertos sus ocios; platicaban al caer la tarde los ancianos; y frescos grupos de mujeres disponían, sobre trenzados juncos las flores y los racimos de que se componía únicamente el diezmo real. Mercaderes de Ofir, buhoneros de Damasco, cruzaban a toda hora las puertas anchurosas, y ostentaban en competencia, ante las miradas del rey, las telas, las joyas, los perfumes. Junto a su trono reposaban los abrumados peregrinos. Los pájaros se citaban al mediodía para recoger las migajas de su mesa; y con el alba, los niños llegaban en bandas bulliciosas al pie del lecho en que dormía el rey de barba de plata y le anunciaban la presencia del sol. — Lo mismo a los seres sin ventura que a las cosas sin alma alcanzaba su liberalidad infinita. La Naturaleza sentía también la atracción de su llamado generoso; vientos, aves y plantas parecían buscar — como en el mito de Orfeo y en la leyenda de San Francisco de Asís — la amistad humana en aquel oasis de hospitalidad. Del germen caído al acaso, brotaban y florecían, en las junturas de los pavimentos y los muros, los alhelios de las ruinas, sin que una mano cruel los arrancase ni los hollara un pie maligno. Por las francas ventanas se tendían al interior de las cámaras del rey las enredaderas osadas y curiosas. Los fatigados vientos abandonaban largamente sobre el alcázar real su carga de aromas y armonías. Empinándose desde el vecino mar, como si quisieran ceñirle en un abrazo, le salpicaban las olas con su espuma. Y una libertad paradisiaca, una inmensa reciprocidad de confianzas, mantenían por dondequiera la animación de una fiesta inextinguible...

Pero dentro, muy dentro, aislada del alcázar ruidoso por cubiertos canales, oculta a la mirada vulgar — como la “perdida iglesia” de Uhland en lo esquivo del bosque —, al cabo de ignorados senderos, una misteriosa sala se extendía, en la que a nadie era lícito poner la planta, sino al mismo rey, cuya

hospitalidad se trocaba en sus umbrales en la apariencia de ascético egoísmo. Espesos muros la rodeaban. Ni un eco del bullicio exterior; ni una nota escapada al concierto de la Naturaleza, ni una palabra desprendida de labios de los hombres, lograban traspasar el espesor de los sillares de pórfido y conmovier una onda del aire en la prohibida estancia. Religioso silencio velaba en ella la castidad del aire dormido. La luz, que tamizaban esmaltadas vidrieras, llegaba lánguida, medido el paso por una inalterable igualdad, y se diluía, como copo de nieve que invade un nido tibio, en la calma de un ambiente celeste. — Nunca reinó tan honda paz; ni en oceánica gruta, ni en soledad nemorosa. — Alguna vez — cuando la noche era diáfana y tranquila —, abriéndose a modo de dos valvas de nácar la artesonada techumbre, dejaba cernerse en su lugar la magnificencia de las sombras serenas. En el ambiente flotaba como una onda indisipable la casta esencia del nenúfar, el perfume sugeridor del adormecimiento penseroso y de la contemplación del propio ser. Graves cariátides custodiaban las puertas de marfil en la actitud del silencioso. En los testeros, esculpidas imágenes hablaban de idealidad, de ensimismamiento, de reposo... — Y el viejo rey aseguraba que, aun cuando a nadie fuera dado acompañarle hasta allí, su hospitalidad seguía siendo en el misterioso seguro tan generosa y grande como siempre, sólo que los que él congregaba dentro de sus muros discretos eran convidados impalpables y huéspedes sutiles. En él soñaba, en él se libertaba de la realidad, el rey legendario; en él sus miradas se volvían a lo interior y se bruñían en la meditación sus pensamientos como las guijas lavadas por la espuma; en él se despegaban sobre su noble frente las blancas alas de Psiquis... Y luego, cuando la muerte vino a recordarle que él no había sido sino un huésped más en su palacio, la impenetrable estancia quedó clausurada y muda para siempre; para siempre abismada en su reposo infinito; nadie la profanó jamás, porque nadie hubiera osado poner la planta irreverente allí donde el viejo rey quiso estar solo con sus sueños y aislado en la última Thule de su alma.

Yo doy al cuento el escenario de vuestro reino interior. Abierto con una saludable liberalidad, como la casa del monarca confiado, a todas las corrientes del mundo, exista en él, al mismo tiempo, la celda escondida y misteriosa que desconozcan los huéspedes profanos y que a nadie más que a la razón

serena pertenezca. Sólo cuando penetréis dentro del inviolable seguro podréis llamaros, en realidad, hombres libres. No lo son quienes, enajenando insensatamente el dominio de sí a favor de la desordenada pasión o el interés utilitario, olvidan que según el sabio precepto de Montaigne, nuestro espíritu puede ser objeto de préstamo, pero no de cesión. — Pensar, soñar, admirar: de ahí los nombres de los sutiles visitantes de mi celda. Los antiguos los clasificaban dentro de su noble inteligencia del *ocio*, que ellos tenían por el más elevado empleo de una existencia verdaderamente racional, identificándolo con la libertad del pensamiento emancipado de todo innoble yugo. El ocio noble era la inversión del tiempo que oponían, como expresión de la vida superior, a la actividad económica. Vinculando exclusivamente a esa alta y aristocrática idea del reposo su concepción de la dignidad de la vida, el espíritu clásico encuentra su corrección y su complemento en nuestra moderna creencia en la dignidad del trabajo útil; y entrambas atenciones del alma pueden componer, en la existencia individual, un ritmo, sobre cuyo mantenimiento necesario nunca será inoportuno insistir. — La escuela estoica, que iluminó el ocaso de la antigüedad como por un anticipado resplandor del cristianismo, nos ha legado una sencilla y conmovedora imagen de la salvación de la libertad interior, aun en medio a los rigores de la servidumbre, en la hermosa figura de Cleanto; de aquel Cleanto que, obligado a emplear la fuerza de sus brazos de atleta en sumergir el cubo de una fuente y mover la piedra de un molino, concedía a la meditación las treguas del quehacer miserable y trazaba con encallecida mano, sobre las piedras del camino, las máximas oídas de labios de Zenón. Toda educación racional, todo perfecto cultivo de nuestra naturaleza, tomarán por punto de partida la posibilidad de estimular en cada uno de nosotros, la doble actividad que simboliza Cleanto.

Una vez más: el principio fundamental de vuestro desenvolvimiento, nuestro lema en la vida, debe ser mantener la integridad de vuestra condición humana. Ninguna función particular debe prevalecer jamás sobre esa finalidad suprema. Ninguna fuerza aislada puede satisfacer los fines racionales de la existencia individual, como no puede producir el ordenado concierto de la existencia colectiva. Así como la deformidad y el empequeñecimiento son, en el alma de los individuos, el resultado de un exclusivo objeto impuesto a la acción y un

solo modo de cultura, la falsedad de lo artificial vuelve efímera la gloria de las sociedades que han sacrificado el libre desarrollo de su sensibilidad y su pensamiento, ya a la actividad mercantil, como en Fenicia; ya a la guerra, como en Esparta; ya al misticismo, como en el terror del milenarismo; ya a la vida de sociedad y de salón, como en la Francia del siglo XVIII. — Y preservándose contra toda mutilación de vuestra naturaleza moral; aspirando a la armoniosa expansión de vuestro ser en todo noble sentido; pensad al mismo tiempo en que la más fácil y frecuente de las mutilaciones es, en el carácter actual de las sociedades humanas, la que obliga al alma a privarse de ese género de *vida interior*, donde tienen su ambiente propio todas las cosas delicadas y nobles que, a la intemperie de la realidad, quema el aliento de la pasión impura y el interés utilitario proscriben: la vida de que son parte de la meditación desinteresada, la contemplación ideal, el *ocio* antiguo, la impenetrable estancia de mi cuento!

Así como el primer impulso de la profanación será dirigirse a lo más sagrado del santuario, la regresión vulgarizadora contra la que os prevengo comenzará por sacrificar lo más delicado del espíritu. — De todos los elementos superiores de la existencia racional, es el sentimiento de lo bello, la visión clara de la hermosura de las cosas, el que más fácilmente marchita la aridez de la vida limitada a la invariable descripción del círculo vulgar, convirtiéndole en el atributo de una minoría que lo custodia, dentro de cada sociedad humana, como el depósito de un precioso abandono. La emoción de belleza es al sentimiento de las idealidades como el esmalte del anillo. El efecto del contacto brutal por ella empieza fatalmente, y es sobre ella como obra de modo más seguro. Una absoluta indiferencia llega a ser, así, el carácter normal, con relación a lo que debería ser universal amor de las almas. No es más intensa la estupefacción del hombre salvaje en presencia de los instrumentos y las formas materiales de la civilización, que la que experimenta un número relativamente grande de hombres cultos frente a los actos en que se revele el propósito y el hábito de conceder una seria realidad a la relación hermosa de la vida.

El argumento del apóstol traidor ante el vaso de nardo derramado inútilmente sobre la cabeza del Maestro, es, todavía,



una de las fórmulas del sentido común. La superfluidad del arte no vale para la masa anónima los trescientos denarios. Si acaso la respeta, es como a un culto esotérico. Y sin embargo, entre todos los elementos de educación humana que pueden contribuir a formular un amplio y noble concepto de la vida, ninguno justificaría más que el arte un interés universal, porque ninguno encierra —según la tesis desenvuelta en elocuentes páginas de Schiller— la virtualidad de una cultura más *extensa* y completa, en el sentido de prestarse a un acordado estímulo de todas las facultades del alma.

Aunque el amor y la admiración de la belleza no respondiesen a una noble espontaneidad del ser racional y no tuvieran, con ello, suficiente valor para ser cultivados por sí mismos, sería un motivo superior de moralidad el que autorizaría a proponer la cultura de los sentimientos estéticos, como un alto interés de todos. — Si a nadie es dado renunciar a la educación del sentimiento moral, este deber trae implícito el disponer el alma para la clara visión de la belleza. Considerad al educado sentido de lo bello el colaborador más eficaz en la formación de un delicado instinto de justicia. La dignificación, el ennoblecimiento interior, no tendrán nunca artífice más adecuado. Nunca la criatura humana se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirle como una imposición, le sienta estéticamente como una armonía. Nunca ella será más plenamente buena que cuando sepa, en las formas con que se manifieste activamente su virtud, respetar en los demás el sentimiento de lo hermoso.

Cierto es que la santidad del bien purifica y ensalza todas las groseras apariencias. Puede él indudablemente realizar su obra sin darle el prestigio exterior de la hermosura. Puede el amor caritativo llegar a la sublimidad con medios toscos, desapacibles y vulgares. Pero no es sólo más hermosa, sino mayor, la caridad que anhela transmitirse en las formas de lo delicado y lo selecto; porque ella añade a sus dones un beneficio más, una dulce e inefable caricia que no se substituye con nada y que realiza el bien que se concede, como un toque de luz.

Dar a sentir lo hermoso es obra de misericordia. Aquellos que exigirían que el bien y la verdad se manifestasen invariablemente en formas adustas y severas, me han parecido siempre amigos traidores del bien y la verdad. La virtud es también

un género de arte, un arte divino; ella sonríe maternalmente a las Gracias. — La enseñanza que se proponga fijar en los espíritus la idea del deber, como la de la más seria realidad, debe tender a hacerla concebir al mismo tiempo como la más alta poesía.— Guyau, que es rey en las comparaciones hermosas, se vale de una insustituible para expresar este doble objeto de la cultural moral. Recuerda el pensador los esculpidos respaldos del coro de una gótica iglesia, en los que la madera labrada bajo la inspiración de la fe, presenta, en una faz, escenas de una vida de santo, y en la otra faz, ornamentales círculos de flores. Por tal manera, a cada gesto del santo, significativo de su piedad o su martirio; a cada rasgo de su fisonomía o su actitud, corresponde, del opuesto lado, una corola o un pétalo. Para acompañar la representación simbólica del bien, brotan, ya un lirio, ya una rosa. Piensa Guyau que no de otro modo debe estar esculpida nuestra alma; y él mismo, el dulce maestro, ¿no es por la evangélica hermosura de su genio de apóstol, un ejemplo de esa viva armonía?

Yo creo indudable que el que ha aprendido a distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno. No es, por cierto, el buen gusto, como querría cierto liviano *diletantismo* moral, el único criterio para apreciar la legitimidad de las acciones humanas; pero menos debe considerársele, con el criterio de un estrecho ascetismo, una tentación del error y una sirte engañosa. No le señalaremos nosotros como la senda misma del bien; sí como un camino paralelo y cercano que mantiene muy aproximados a ella el paso y la mirada del viajero. A medida que la humanidad avance, se concebirá más claramente la ley moral como una estética de la conducta. Se huirá del mal y del error como de una disonancia; se buscará lo bueno como el placer de una armonía. Cuando la severidad estoica de Kant inspira, simbolizando el espíritu de su ética, las austeras palabras: "Dormía, y soñé que la vida era belleza; desperté, y advertí que ella es deber", desconoce que, si el deber es la realidad suprema, en ella puede hallar realidad el objeto de su sueño, porque la conciencia del deber le dará, con la visión clara de lo bueno, la complacencia de lo hermoso.

En el alma del redentor, del misionero, del filántropo, debe exigirse también *entendimiento de hermosura*, hay necesidad de

que colaboren ciertos elementos del genio del artista. Es inmensa la parte que corresponde al don de descubrir y revelar la íntima belleza de las ideas, en la eficacia de las grandes revoluciones morales. Hablando de la más alta de todas, ha podido decir Renán profundamente que "la poesía del precepto, que le hace amar, significa más que el precepto mismo, tomado como verdad abstracta". La originalidad de la obra de Jesús no está, efectivamente, en la acepción literal de su doctrina —puesto que ella puede reconstituirse toda entera sin salir de la moral de la Sinagoga, buscándola desde el Deuteronomio hasta el Talmud—, sino en haber hecho sensible, con su prédica, la poesía del precepto, es decir, su belleza íntima.

Pálida gloria será la de las épocas y las comuniones que menosprecian esa relación estética de su vida o de su propaganda. El ascetismo cristiano, que no supo encarar más que una sola faz del ideal, excluyó de su concepto de la perfección todo lo que hace a la vida amable, delicada y hermosa; y su espíritu estrecho sirvió para que el instinto indomable de la libertad, volviendo en una de esas arrebatadas reacciones del espíritu humano, engendrarse, en la Italia del Renacimiento, un tipo de civilización que consideró vanidad el bien moral y sólo creyó en la virtud de la apariencia fuerte y graciosa. El puritanismo, que persiguió toda belleza y toda selección intelectual; que veló indignado la casta desnudez de las estatuas; que profesó la afectación de la fealdad, en las maneras, en el traje, en los discursos; la secta triste que, imponiendo su espíritu desde el Parlamento inglés, mandó extinguir las fiestas que manifestasen alegría y segar los árboles que diesen flores, tendió junto a la virtud, al divorciarla del sentimiento de lo bello, una sombra de muerte que aun no ha conjurado enteramente Inglaterra, y que dura en las menos amables manifestaciones de su religiosidad y sus costumbres. — Macaulay declara preferir la grosera "caja de plomo" en que los puritanos guardaron el tesoro de la libertad, al primoroso cofre esculpido en que la Corte de Carlos II hizo acopio de sus refinamientos. Pero como ni la libertad ni la virtud necesitan guardarse en caja de plomo, mucho más que todas las severidades de ascetas y de puritanos, valdrán siempre, para la educación de la humanidad, la gracia del ideal antiguo; la moral armoniosa de Platón, el movimiento pulcro y elegante con que la

mano de Atenas tomó, para llevarla a los labios, la copa de la vida.

La perfección de la moralidad humana consistiría en infiltrar el espíritu de la caridad en los moldes de la elegancia griega. Y esta suave armonía ha tenido en el mundo una pasajera realización. Cuando la palabra del cristianismo naciente llegaba con San Pablo al seno de las colonias griegas de Macedonia, a Tesalónica y Filipos, y el Evangelio, aun puro, se difundía en el alma de aquellas sociedades finas y espirituales, en las que el sello de la cultura helénica mantenía una encantadora espontaneidad de distinción, pudo creerse que los dos ideales más altos de la historia iban a enlazarse para siempre. En el estilo epistolar de San Pablo queda la huella de aquel momento en que la caridad se heleniza. Este dulce consorcio duró poco. La armonía y la serenidad de la concepción pagana de la vida se apartaron cada vez más de la idea nueva que marchaba entonces a la conquista del mundo. Pero para concebir la manera como podría señalarse al perfeccionamiento moral de la humanidad un paso adelante, sería necesario soñar que el ideal cristiano se reconcilia de nuevo con la serena y luminosa alegría de la antigüedad; imaginarse que el Evangelio se propaga otra vez en Tesalónica y Filipos.

Cultivar el buen gusto no significa sólo perfeccionar una forma exterior de la cultura, desenvolver una actitud artística, cuidar con exquisitez superflua, una elegancia de la civilización. El buen gusto es "una rienda firme del criterio". Martha ha podido atribuirle exactamente la significación de una segunda conciencia que nos orienta y nos devuelve a la luz cuando la primera se oscurece y vacila. El sentido delicado de la belleza es, para Bagehot, un aliado del tacto seguro de la vida y de la dignidad de las costumbres. "La educación del buen gusto —agrega el sabio pensador— se dirige a favorecer el ejercicio del buen sentido, que es nuestro principal punto de apoyo en la complejidad de la vida civilizada." Si algunas veces veis unida esa educación, en el espíritu de los individuos y las sociedades, al extravío del sentimiento o la moralidad, es porque en tales casos ha sido cultivada como fuerza aislada y exclusiva, imposibilitándose de ese modo el efecto de perfeccionamiento moral que ella puede ejercer dentro de un orden de cultura en el que ninguna facultad del espíritu sea desenvuelta prescindiendo de su relación con las otras. — En el alma que haya sido objeto de

una estimulación armónica y perfecta, la gracia íntima y la delicadeza del sentimiento de lo bello serán una misma cosa con la fuerza y la rectitud de la razón. No de otra manera observa Taine que, en las grandes obras de la arquitectura antigua, la belleza es una manifestación sensible de la solidez, la elegancia se identifica con la apariencia de la fuerza: "las mismas líneas del Partenón que halagan a la mirada con proporciones armoniosas, contentan a la inteligencia con promesas de eternidad".

Hay una relación orgánica, una natural y estrecha simpatía, que vincula a las subversiones del sentimiento y de la voluntad con las falsedades y las violencias del mal gusto. Si nos fuera dado penetrar en el misterioso laboratorio de las almas y se reconstruyera la historia íntima de las del pasado para encontrar la fórmula de sus definitivos caracteres morales, sería un interesante objeto de estudio determinar la parte que corresponde, entre los factores de la refinada perversidad de Nerón, al germen de histrionismo monstruoso depositado en el alma de aquel cómico sangriento por la retórica afectada de Séneca. Cuando se evoca la oratoria de la Convención, y el hábito de una abominable perversión retórica se ve aparecer por todas partes, como la piel felina del jacobinismo, es imposible dejar de relacionar, como los radios que parten de un mismo centro, como los accidentes de una misma insania, el extravío del gusto, el vértigo del sentido moral, y la limitación fanática de la razón.

Indudablemente, ninguno más seguro entre los resultados de la estética que el que nos enseña a distinguir en la esfera de lo relativo, lo bueno y lo verdadero, de lo hermoso, y a aceptar la posibilidad de una belleza del mal y del error. Pero no se necesita desconocer esta verdad, *definitivamente* verdadera, para creer en el encadenamiento simpático de todos aquellos altos fines del alma, y considerar a cada uno de ellos como el punto de partida, no único, pero sí más seguro, de donde sea posible dirigirse al encuentro de los otros.

La idea de un superior acuerdo entre el buen gusto y el sentido moral es, pues, exacta, lo mismo en el espíritu de los individuos que en el espíritu de las sociedades. Por lo que respecta a estas últimas, esa relación podría tener su símbolo en la que Rosenkranz afirmaba existir entre la libertad y el orden moral, por una parte, y por la otra la belleza de las formas

humanas como un resultado del desarrollo de las razas en el tiempo. Esa belleza típica refleja, para el pensador hegeliano, el efecto ennoblecedor de la libertad; la esclavitud afea al mismo tiempo que envilece; la conciencia de su armonioso desenvolvimiento imprime a las razas libres el sello exterior de la hermosura.

En el carácter de los pueblos, los dones derivados de un gusto fino, el dominio de las formas graciosas, la delicada aptitud de interesar, la virtud de hacer amables las ideas, se identifican, además, con el "genio de la propaganda", —es decir: con el don poderoso de la universalidad. Bien sabido es que en mucha parte, a la posesión de aquellos atributos escogidos, debe referirse la significación *humana* que el espíritu francés acierta a comunicar a cuanto elige y consagra. — Las ideas adquieren alas potentes y veloces, no en el helado seno de la abstracción, sino en el luminoso y cálido ambiente de la forma. Su superioridad de difusión, su prevalencia a veces, dependen de que las Gracias las hayan bañado con su luz. Tal así, en las evoluciones de la vida, esas encantadoras exterioridades de la naturaleza, que parecen representar, exclusivamente, la dádiva de una caprichosa superfluidad, —la música, el pintado plumaje de las aves; y como reclamo para el insecto propagador del polen fecundo, el matiz de las flores, su perfume, — han desempañado, entre los elementos de la concurrencia vital, una función realísima; puesto que significando una superioridad de motivos, una razón de preferencia, para las atracciones del amor, han hecho prevalecer, dentro de cada especie, a los seres mejor dotados de hermosura sobre los menos ventajosamente dotados.

Para un espíritu en que exista el amor instintivo de lo bello, hay, sin duda, cierto género de mortificación, en resignarse a defenderle por medio de una serie de argumentos que se funden en otra razón, en otro principio, que el mismo irresponsable y desinteresado amor de la belleza, en la que halla su satisfacción uno de los impulsos fundamentales de la existencia racional. Infortunadamente, este motivo superior pierde su imperio sobre un inmenso número de hombres, a quienes es necesario enseñar el respeto debido a ese amor del cual no participan, revelándoles cuáles son las relaciones que lo vinculan a otros géneros de intereses humanos. — Para ello, deberá lu-

chase muy a menudo con el concepto vulgar de estas relaciones. En efecto: todo lo que tiende a suavizar los contornos del carácter social y las costumbres; a aguzar el sentido de la belleza; a hacer del gusto una delicada impresionabilidad del espíritu y de la gracia una forma universal de la actividad, equivale, para el criterio de muchos devotos de lo severo o de lo útil, a menoscabar el temple varonil y heroico de las sociedades, por una parte; su capacidad utilitaria y positiva, por la otra. — He leído en *Los trabajadores del mar*, que, cuando un buque de vapor surcó por primera vez las ondas del canal de la Mancha, los campesinos de Jérsy lo anatematizaban en nombre de una tradición popular que consideraba elementos irreconciliables y destinados fatídicamente a la discordia, el agua y el fuego. — El criterio común abunda en la creencia de enemistades parecidas. — Si os proponéis vulgarizar el respeto por lo hermoso, empezad por hacer comprender la posibilidad de un armónico concierto de todas las legítimas actividades humanas, y ésa será más fácil tarea que la de convertir directamente el amor de la hermosura, por ella misma, en atributo de la multitud. Para que la mayoría de los hombres no se sientan inclinados a *expulsar a las golondrinas de la casa*, siguiendo el consejo de Pitágoras, es necesario argumentarles, no con la gracia monástica del ave ni su leyenda de virtud, sino con que la permanencia de sus nidos no es en manera alguna inconciliable con la seguridad de los tejados!

A la concepción de la vida racional que se funda en el libre y armonioso desenvolvimiento de nuestra naturaleza, e incluye, por lo tanto, entre sus fines esenciales, el que se satisface con la contemplación sentida de lo hermoso, se opone — como norma de la conducta humana — la concepción *utilitaria*, por la cual nuestra actividad, toda entera, se orienta en relación a la inmediata finalidad del interés.

La inculpación de utilitarismo estrecho que suele dirigirse al espíritu de nuestro siglo, en nombre del ideal, y con rigores de anatema, se funda, en parte, sobre el desconocimiento de que sus titánicos esfuerzos por la subordinación de las fuerzas de la naturaleza a la voluntad humana y por la extensión del bienestar material, son un trabajo necesario que preparará, como el laborioso enriquecimiento de una tierra agotada, la florescencia de *idealismos futuros*. La transitoria predominancia de esa función

de utilidad que ha absorbido a la vida agitada y febril de estos cien años sus más potentes energías, explica, sin embargo — ya que no las justifique —, muchas nostalgias dolorosas, muchos descontentos y agravios de la inteligencia, que se traducen, bien por una melancólica y exaltada idealización de lo pasado, bien por una desesperanza cruel del porvenir. Hay, por ello, un fecundísimo, un bienaventurado pensamiento, en el propósito de cierto grupo de pensadores de las últimas generaciones — entre los cuales sólo quiero citar una vez más la noble figura de Guyau —, que han intentado sellar la reconciliación definitiva de las conquistas del siglo con la renovación de muchas viejas devociones humanas, y que han invertido en esa obra bendita tantos tesoros de amor como de genio.

Con frecuencia habréis oído atribuir a dos causas fundamentales el desborde del espíritu de utilidad que da su nota a la fisonomía moral del siglo presente, con menoscabo de la consideración *estética* y desinteresada de la vida. Las revelaciones de la ciencia de la naturaleza — que, según intérpretes, ya adversos, ya favorables a ellas, convergen a destruir toda idealidad por su base — son: la una, la universal difusión, y el triunfo de las ideas democráticas, la otra. Yo me propongo hablaros exclusivamente de esta última causa; porque confío en que vuestra primera iniciación en las revelaciones de la ciencia ha sido dirigida como para preservaros del peligro de una interpretación vulgar. — Sobre la democracia pesa la acusación de guiar a la humanidad, mediocrizándola, a un Sacro Imperio del utilitarismo. La acusación se refleja con vibrante intensidad en las páginas — para mí siempre llenas de un sugestivo encanto — del más amable entre los maestros del espíritu moderno: en las seductoras páginas de Renán, a cuya autoridad ya me habéis oído varias veces referirme y de quien pienso volver a hablaros a menudo. — Leed a Renán, aquellos de vosotros que lo ignoráis todavía, y habréis de amarle como yo. — Nadie como él me parece, entre los modernos, dueño de ese arte de “enseñar con gracia”, que Anatole France considera divino. Nadie ha acertado como él a hermanar, con la ironía, la piedad. Aun en el rigor del análisis, sabe poner la unción del sacerdote. Aun cuando enseña a dudar, su suavidad exquisita tiende una onda balsámica sobre la duda. Sus pensamientos suelen dilatarse, dentro de nuestra alma, con ecos tan inefables y tan vagos, que hacen

pensar en una religiosa música de ideas. Por su infinita comprensibilidad ideal, acostumbran las clasificaciones de la crítica personificar en él el alegre escepticismo de los *dilettanti* que convierten en traje de máscara la capa del filósofo; pero si alguna vez intimáis dentro de su espíritu, veréis que la tolerancia vulgar de los escépticos se distingue de su tolerancia como la hospitalidad galante de un salón del verdadero sentimiento de la caridad.

Piensa, pues, el maestro, que una alta preocupación por los *intereses ideales* de la especie es opuesta del todo al espíritu de la democracia. Piensa que la concepción de la vida, en una sociedad donde ese espíritu domina, se ajustará progresivamente a la exclusiva persecución del bienestar material como beneficio propagable al mayor número de personas. Según él, siendo la democracia la entronización de Calibán, Ariel no puede menos que ser el vencido de ese triunfo. —Abundan afirmaciones semejantes a éstas de Renán, en la palabra de muchos de los más caracterizados representantes que los intereses de la cultura estética y la selección del espíritu tienen en el pensamiento contemporáneo. Así, Bourget se inclina a creer que el triunfo universal de las instituciones democráticas hará perder a la civilización en profundidad lo que la hace ganar en extensión. Ve su forzoso término en el imperio de un individualismo mediocre. “Quien dice democracia —agrega el sagaz autor de *Andrés Cornelis*— dice desenvolvimiento progresivo de las tendencias individuales y disminución de la cultura.” —Hay en la cuestión que plantean estos juicios severos, un interés vivísimo, para los que amamos —al mismo tiempo— por convencimiento, la obra de la Revolución, que en nuestra América se enlaza además con las glorias de su Génesis; y por instinto, la posibilidad de una noble y selecta vida espiritual que en ningún caso haya de ver sacrificada su serenidad augusta a los caprichos de la multitud. —Para afrontar el problema, es necesario empezar por reconocer que cuando la democracia no enaltece su espíritu por la influencia de una fuerte preocupación ideal que comparta su imperio con la preocupación de los intereses materiales, ella conduce fatalmente a la privanza de la mediocridad, y carece, más que ningún otro régimen, de eficaces barreras con las cuales asegurar dentro de un ambiente adecuado la inviolabilidad de la alta cultura. Abandonada a

sí misma —sin la constante rectificación de una activa autoidad moral que la depure y encauce sus tendencias en el sentido de la dignificación de la vida—, la democracia extinguirá gradualmente toda idea de superioridad que no se traduzca en una mayor y más osada aptitud para las luchas del interés, que son entonces la forma más innoble de las brutalidades de la fuerza. —La selección espiritual, el enaltecimiento de la vida por la presencia de estímulos desinteresados, el gusto, el arte, la suavidad de las costumbres, el sentimiento de admiración por todo perseverante propósito ideal y de acatamiento a toda noble supremacía, serán como debilidades indefensas allí donde la igualdad social que ha destruido las jerarquías imperativas e infundadas, no las substituya con otras que tengan en la influencia moral su único modo de dominio y su principio en una clasificación racional.

Toda igualdad de condiciones es en el orden de las sociedades, como toda homogeneidad en el de la Naturaleza, un equilibrio inestable. Desde el momento en que haya realizado la democracia su obra de negación con el allanamiento de las superioridades injustas, la igualdad conquistada no puede significar para ella sino un punto de partida. Resta la afirmación. Y lo afirmativo de la democracia y su gloria consistirán en suscitar, por eficaces estímulos, en su seno, la revelación y el dominio de las *verdaderas* superioridades humanas.

Con relación a las condiciones de la vida de América, adquiere esta necesidad de precisar el verdadero concepto de nuestro régimen social, un doble imperio. El presuroso crecimiento de nuestras democracias por la incesante agregación de una enorme multitud cosmopolita; por la afluencia inmigratoria, que se incorpora a un núcleo aun débil para verificar un activo trabajo de asimilación y encauzar el torrente humano con los medios que ofrecen la solidez secular de la estructura social, el orden político seguro y los elementos de una cultura que haya arraigado íntimamente, —nos expone en el porvenir a los peligros de la degeneración democrática, que ahoga bajo la fuerza ciega del núcleo toda noción de calidad; que desvanece en la conciencia de las sociedades todo justo sentimiento del orden; y que, librando su ordenación jerárquica a la torpeza del acaso, conduce forzosamente a hacer triunfar las más injustificadas e innobles de las supremacías.

Es indudable que nuestro interés egoísta debería llevarnos —a falta de virtud— a ser hospitalarios. Ha tiempo que la suprema necesidad de colmar el vacío moral del desierto, hizo decir a un publicista ilustre que, en América, *gobernar es poblar*. —Pero esta fórmula famosa encierra una verdad contra cuya estrecha interpretación es necesario prevenirse, porque conduciría a atribuir una incondicional eficacia civilizadora al valor cuantitativo de la muchedumbre. —Gobernar es poblar, asimilando, en primer término; educando y seleccionando, después. —Si la aparición y el florecimiento, en la sociedad, de las más elevadas actividades humanas, de las que determinan la alta cultura, requieren como condición indispensable la existencia de una población cuantiosa y densa, es precisamente porque esa importancia cuantitativa de la población, dando lugar a la más compleja división del trabajo, posibilita la formación de fuertes elementos dirigentes que hagan efectivo el dominio de la *calidad* sobre el *número*. —La multitud, la masa anónima, no es nada por sí misma. La multitud será un instrumento de barbarie o de civilización según carezca o no del coeficiente de una alta dirección moral. Hay una verdad profunda en el fondo de la paradoja de Emerson que exige que cada país del globo sea juzgado según la minoría y no según la mayoría de sus habitantes. La civilización de un pueblo adquiere su carácter, no de las manifestaciones de su prosperidad o de su grandeza material, sino de las superiores maneras de pensar y de sentir que dentro de ellas son posibles; y ya observaba Comte, para mostrar cómo en cuestiones de intelectualidad, de moralidad, de sentimiento, sería insensato pretender que la calidad pueda ser substituída en ningún caso por el número, que ni de la acumulación de muchos espíritus vulgares se obtendrá jamás el equivalente de un cerebro de genio, ni de la acumulación de muchas virtudes mediocres el equivalente de un rasgo de abnegación o de heroísmo. —Al instituir nuestra democracia la universalidad y la igualdad de derechos, sancionaría, pues, el predominio innoble del número, si no cuidase de mantener muy en alto la noción de las legítimas superioridades humanas, y de hacer, de la autoridad vinculada al voto popular, no la expresión del sofisma de la igualdad absoluta, sino, según las palabras que recuerdo de un joven publicista francés, “la consagración de la jerarquía, emanando de la libertad”.

La oposición entre el régimen de la democracia y la alta vida del espíritu es una realidad fatal cuando aquel régimen significa el desconocimiento de las desigualdades legítimas y la substitución de la fe en el *heroísmo* —en el sentido de Carlyle— por una concepción mecánica de gobierno. —Todo lo que en la civilización es algo más que un elemento de superioridad material y de prosperidad económica, constituye un relieve que no tarda en ser allanado cuando la autoridad moral pertenece al espíritu de la medianía. —En ausencia de la barbarie irruptora que desata sus hordas sobre los faros luminosos de la civilización, con heroica, y a veces regeneradora, grandeza, la alta cultura de las sociedades debe precaverse contra la obra mansa y disolvente de esas otras hordas pacíficas, acaso acicaladas; las hordas inevitables de la vulgaridad, —cuyo Atila podría personificarse en Mr. Homais; cuyo heroísmo es la astucia puesta al servicio de una repugnancia instintiva hacia lo grande; cuyo atributo es el rasero nivelador. —Siendo la indiferencia inmovible y la superioridad cuantitativa, las manifestaciones normales de su fuerza no son por eso incapaces de llegar a la ira épica y de ceder a los impulsos de la acometividad. Charles Morice las llama entonces “falanges de Prudhommes feroces que tienen por lema la palabra *Mediocridad* y marchan animadas por el odio de lo extraordinario”.

Encumbrados, esos Prudhommes harán de su voluntad triunfante una partida de caza organizada contra todo lo que manifieste la aptitud y el atrevimiento del vuelo. Su fórmula social será una democracia que conduzca a la consagración del pontífice “Cualquiera”, a la coronación del monarca “Uno de tantos”. Odiarán en el mérito una rebeldía. En sus dominios toda noble superioridad se hallará en las condiciones de la estatua de mármol colocada a la orilla de un camino fangoso, desde el cual le envía un latigazo de cieno el carro que pasa. Ellos llamarán al dogmatismo del sentido vulgar, sabiduría; gravedad, a la mezquina aridez del corazón; criterio sano, a la adaptación perfecta a lo mediocre; y despreocupación viril, al mal gusto. —Su concepción de la justicia los llevaría a substituir, en la historia, la inmortalidad del grande hombre, bien con la identidad de todos en el olvido común, bien con la memoria igualitaria de Mitridates, de quien se cuenta que conservaba en el recuerdo los nombres de todos sus soldados. Su

manera de republicanismos se satisfaría dando autoridad decisiva al procedimiento probatorio de Fox, que acostumbraba experimentar sus proyectos en el criterio del diputado que le parecía la más perfecta personificación del *country-gentleman*, por la limitación de sus facultades y la rudeza de sus gustos. Con ellos se estará en las fronteras de la *zoocracia* de que habló una vez Baudelaire. La Titania de Shakespeare, poniendo un beso en la cabeza asinina, podría ser el emblema de la Libertad que otorga su amor a los mediocres. Jamás, por medio de una conquista más fecunda, podrá llegarse a un resultado más fatal!

Embragad al repetidor de las irreverencias de la medianía, que veis pasar por vuestro lado; tentadle a hacer de héroe; convertid su apacibilidad burocrática en vocación de redentor, —y tendréis entonces la hostilidad rencorosa e implacable contra todo lo hermoso, contra todo lo digno, contra todo lo delicado, del espíritu humano, que repugna, todavía más que el bárbaro derramamiento de la sangre, en la tiranía jacobina; que, ante su tribunal, convierte en culpas la sabiduría de Lavoisier, el genio de Chénier, la dignidad de Malesherbes; que, entre los gritos habituales en la Convención, hace oír las palabras: —¡Desconfiad de ese hombre, que ha hecho un libro!; y que refiriendo el ideal de la sencillez democrática al primitivo estado de naturaleza de Rousseau, podría elegir el símbolo de la discordia que establece entre la democracia y la cultura, en la viñeta con que aquel sofista genial hizo acompañar la primera edición de su famosa diatriba contra las artes y las ciencias en nombre de la moralidad de las costumbres: un sátiro imprudente que pretendiendo abrazar, ávido de luz, la antorcha que lleva en su mano Prometeo, oye el titán-filántropo que su fuego es mortal a quien le toca!

La ferocidad igualitaria no ha manifestado sus violencias en el desenvolvimiento democrático de nuestro siglo, ni se ha opuesto en formas brutales a la serenidad y la independencia de la cultura intelectual. Pero, a la manera de una bestia feroz en cuya posteridad domesticada hubiérase cambiado la actividad en mansedumbre artera e innoble, el igualitarismo, en la forma mansa de la *tendencia a lo utilitario y lo vulgar*, puede ser un objeto real de acusación contra la democracia del siglo XIX. No se ha detenido ante ella ningún espíritu delicado y sagaz a quien no hayan hecho pensar angustiosamente algunos

de sus resultados, en el aspecto social y en el político. Expulsando con indignada energía, del espíritu humano, aquella falsa concepción de la igualdad que sugirió los delirios de la Revolución, el alto pensamiento contemporáneo ha mantenido, al mismo tiempo, sobre la realidad y sobre la teoría de la democracia, una inspección severa, que os permite a vosotros, los que colaboráis en la obra del futuro, fijar vuestro punto de partida, no ciertamente para destruir, sino para educar, el espíritu del régimen que encontraréis en pie.

Desde que nuestro siglo asumió personalidad e independencia en la evolución de las ideas, mientras el idealismo alemán rectificaba la utopía igualitaria de la filosofía del siglo XVIII y sublimaba, si bien con viciosa tendencia cesarista, el papel reservado en la historia a la superioridad individual, el positivismo de Comte, desconociendo a la igualdad democrática otro carácter que el de "un disolvente transitorio de las desigualdades antiguas" y negando con igual convicción la eficacia definitiva de la soberanía popular, buscaba en los principios de las clasificaciones naturales el fundamento de la clasificación social que habría de substituir a las jerarquías recientemente destruídas. —La crítica de la realidad democrática toma formas severas en la generación de Taine y de Renán. Sabéis que a este delicado y bondadoso ateniense sólo complacía la igualdad de aquel régimen social, siendo, como en Atenas, "una igualdad de semidioses". En cuanto a Taine, es quien ha escrito los *Orígenes de la Francia contemporánea*; y si, por una parte, su concepción de la sociedad como un organismo, le conduce lógicamente a rechazar toda idea de uniformidad que se oponga al principio de las dependencias y las subordinaciones orgánicas, por otra parte su finísimo instinto de selección intelectual le lleva a abominar de la invasión de las cumbres por la multitud. La gran voz de Carlyle había predicado ya, contra toda niveladora irreverencia, la veneración del *heroísmo*, entendiendo por tal el culto de cualquier noble superioridad. Émerson refleja esa voz en el seno de la más positivista de las democracias. La ciencia nueva habla de selección como de una necesidad de todo progreso. Dentro del arte, que es donde el sentido de lo selecto tiene su más natural adaptación, vibran con honda resonancia las notas que acusan el sentimiento, que podríamos llamar *de extrañeza*, del espíritu, en medio de las modernas condiciones



de la vida. Para escucharlas, no es necesario aproximarse al parnasianismo de estirpe delicada y enferma, a quien un aristocrático desdén de lo presente llevó a la reclusión en lo pasado. Entre las inspiraciones constantes de Flaubert —de quien se acostumbra derivar directamente la más democratizada de las escuelas literarias—, ninguna más intensa que el odio de la mediocridad envalentonada por la nivelación y de la tiranía irresponsable del número. —Dentro de esa contemporánea literatura del Norte, en la cual la preocupación por las altas cuestiones sociales es tan viva, surge a menudo la expresión de la misma idea, del mismo sentimiento; Ibsen desarrolla la altiva arenga de su “Stockmann” alrededor de la afirmación de que “las mayorías compactas son el peligro más peligroso de la libertad y la verdad”; y el formidable Nietzsche opone al ideal de una humanidad mediotizada la apoteosis de las almas que se yerguen sobre el nivel de la humanidad como una viva marea. —El anhelo vivísimo por una rectificación del espíritu social que asegure a la vida de la *heroicidad* y el pensamiento un ambiente más puro de dignidad y de justicia, vibra hoy por todas partes, y se diría que constituye uno de los fundamentales acordes que este ocaso de siglo propone para las armonías que ha de componer el siglo venidero.

Y sin embargo, el espíritu de la democracia es, esencialmente para nuestra civilización, un principio de vida contra el cual sería inútil rebelarse. Los descontentos sugeridos por las imperfecciones de su forma *histórica* actual, han llevado a menudo a la injusticia con lo que aquel régimen tiene de definitivo y de fecundo. Así, el aristocratismo sabio de Renán formula la más explícita condenación del principio fundamental de la democracia: la igualdad de derechos; cree a este principio irremisiblemente divorciado de todo posible dominio de la superioridad intelectual; y llega hasta a señalar en él, con una enérgica imagen, “*las antiípodas de las vías de Dios*, —puesto que Dios no ha querido que todos viviesen en el mismo grado la vida del espíritu”. Estas paradojas injustas del maestro, complementadas por su famoso ideal de una oligarquía omnipotente de hombres sabios, son comparables a la reproducción exagerada y deformada, en el sueño, de un pensamiento real y fecundo que nos ha preocupado en la vigilia. —Desconocer la obra de la democracia, en lo esencial, porque, aun no terminada, no ha

llegado a conciliar definitivamente su empresa de igualdad con una fuerte garantía social de selección, equivale a desconocer la obra, paralela y concorde, de la ciencia, porque interpretada con el criterio estrecho de una escuela, ha podido dañar alguna vez al espíritu de religiosidad o al espíritu de poesía. —La democracia y la ciencia son, en efecto, los dos insustituibles soportes sobre los que nuestra civilización descansa; o, expresándolo con una frase de Bourget, las dos “obreras” de nuestros destinos futuros. “*En ellas somos, vivimos, nos movemos.*” Siendo, pues, insensato pensar, como Renán, en obtener una consagración más positiva de todas las superioridades morales, la realidad de una razonada jerarquía, el dominio eficiente de las altas dotes de la inteligencia y de la voluntad, por la *destrucción* de la igualdad democrática, sólo cabe pensar en la *educación* de la democracia y su reforma. Cabe pensar en que progresivamente se encarnen, en los sentimientos del pueblo y sus costumbres, la idea de las subordinaciones necesarias, la noción de las superioridades verdaderas, el culto consciente y espontáneo de todo lo que multiplica, a los ojos de la razón, la cifra del valor humano.

La educación popular adquiere, considerada en relación a tal obra, como siempre que se la mira con el pensamiento del porvenir, un interés supremo<sup>1</sup>. Es en la escuela, por cuyas manos procuramos que pase la dura arcilla de las muchedumbres, donde está la primera y más generosa manifestación de la equidad social, que consagra para todos la accesibilidad del saber y de los medios más eficaces de superioridad. Ella debe complementar tan noble cometido haciendo objeto de una educación preferente y cuidadosa el sentido del orden, la idea y la voluntad de la justicia, el sentimiento de las legítimas autoridades morales.

Ninguna distinción más fácil de confundirse y anularse en el espíritu del pueblo que la que enseña que la igualdad democrática puede significar una igual *posibilidad*, pero nunca una igual *realidad*, de influencia y de prestigio, entre los miembros de una sociedad organizada. En todos ellos hay un derecho idéntico para aspirar a las superioridades morales que deben dar

<sup>1</sup> “Plus l'instruction se répand, plus elle doit faire de part aux idées générales et généreuses. On croit que l'instruction populaire doit être terre à terre. C'est le contraire qui est la vérité”. — Fouillée: *L'idée moderne du droit*, lib. 5<sup>o</sup>, IV.



razón y fundamento a las superioridades efectivas; pero sólo a los que han alcanzado realmente la posesión de las primeras, debe ser concedido el premio de las últimas. El verdadero, el digno concepto de la igualdad reposa sobre el pensamiento de que todos los seres racionales están dotados por naturaleza de facultades capaces de un desenvolvimiento noble. El deber del Estado consiste en colocar a todos los miembros de la sociedad en indistintas condiciones de tender a su perfeccionamiento. El deber del Estado consiste en predisponer los medios propios para provocar, uniformemente, la revelación de las superioridades humanas, dondequiera que existan. De tal manera, más allá de esta igualdad inicial, toda desigualdad estará justificada, porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la Naturaleza o del esfuerzo meritorio de la voluntad. —Cuando se la concibe de este modo, la igualdad democrática, lejos de oponerse a la selección de las costumbres y de las ideas, es el más eficaz instrumento de selección espiritual, es el ambiente *providencial* de la cultura. La favorecerá todo lo que favorezca al predominio de la energía inteligente. No en distinto sentido pudo afirmar Tocqueville que la poesía, la elocuencia, las gracias del espíritu, los fulgores de la imaginación, la profundidad del pensamiento, “todos esos dones del alma, repartidos por el cielo al acaso”, fueron colaboradores en la obra de la democracia, y la sirvieron, aun cuando se encontraron de parte de sus adversarios, porque convergieron todos a poner de relieve la natural, la no heredada grandeza, de que nuestro espíritu es capaz. —La emulación, que es el más poderoso estímulo entre cuantos pueden sobreexcitar, lo mismo la vivacidad del pensamiento que la de las demás actividades humanas, necesitan, a la vez, de la igualdad en el punto de partida, para producirse, y de la desigualdad que aventajará a los más aptos y mejores, como objeto final. Sólo un régimen democrático puede conciliar en su seno esas dos condiciones de la emulación, cuando no degenera en nivelador igualitarismo y se limita a considerar como un hermoso ideal de perfectibilidad una futura equivalencia de los hombres por su ascensión al mismo grado de cultura.

Racionalmente concebida, la democracia admite siempre un imprescindible elemento aristocrático, que consiste en establecer la superioridad de los mejores, asegurándola sobre el consentimiento libre de los asociados. Ella consagra, como las aristo-

cracias, la distinción de calidad; pero las resuelve a favor de las calidades realmente superiores —las de la virtud, el carácter, el espíritu—, y sin pretender inmovilizarlas en clases constituidas aparte de las otras, que mantengan a su favor el privilegio execrable de la casta, que renueva sin cesar su aristocracia dirigente en las fuentes vivas del pueblo y la hace aceptar por la justicia y el amor. Reconociendo, de tal manera, en la selección y la predominancia de los mejor dotados una necesidad de todo progreso, excluye de esa ley universal de la vida, al sancionarla en el orden de la sociedad, el efecto de humillación y de dolor que es, en las concurrencias de la naturaleza y en las de las otras organizaciones sociales, el duro lote del vencido. “La gran ley de la selección natural, ha dicho luminosamente Fouillée, continuará realizándose en el seno de las sociedades humanas, sólo que ella se realizará de más en más por vía de libertad”. —El carácter odioso de las aristocracias tradicionales se originaba de que ellas eran injustas, por su fundamento, y opresoras, por cuanto su autoridad era una imposición. Hoy sabemos que no existe otro límite legítimo para la igualdad humana que el que consiste en el dominio de la inteligencia y la virtud, consentido por la libertad de todos. Pero sabemos también que es necesario que este límite exista en realidad. —Por otra parte, nuestra concepción cristiana de la vida nos enseña que las superioridades morales, que son un motivo de derechos, son principalmente un motivo de deberes, y que todo espíritu superior se debe a los demás en igual proporción que los excede en capacidad de realizar el bien. El antiigualitarismo de Nietzsche —que tan profundo surco señala en la que podríamos llamar nuestra moderna *literatura de ideas*— ha llevado a su poderosa reivindicación de los derechos que él considera implícitos en las superioridades humanas, un abominable, un reaccionario espíritu; puesto que, negando toda fraternidad, toda piedad, pone en el corazón del *superhombre* a quien endiosa un menoscabo satánico para los desheredados y los débiles; legítima en los privilegiados de la voluntad y de la fuerza el ministerio del verdugo; y con lógica resolución llega, en último término, a afirmar que “la sociedad no existe para sí sino para sus elegidos”. —No es, ciertamente, esta concepción monstruosa la que puede oponerse, como lábaro, al falso igualitarismo que aspira a la nivelación de todos por la común vulgaridad. Por

fortuna, mientras exista en el mundo la posibilidad de disponer dos trozos de madera en forma de cruz —es decir: siempre—, la humanidad seguirá creyendo que es el amor el fundamento de todo orden estable y que la superioridad jerárquica en el orden no debe ser sino una superior capacidad de amar!

Fuente de inagotables inspiraciones morales, la ciencia nueva nos sugiere, al esclarecer las leyes de la vida, cómo el principio democrático puede conciliarse, en la organización de las colectividades humanas, con una *aristarquía* de la moralidad y la cultura. —Por una parte —como lo ha hecho notar, una vez más, en un simpático libro, Henry Bérenger—, las afirmaciones de la ciencia contribuyen a sancionar y fortalecer en la sociedad el espíritu de la democracia, revelando cuánto es el valor natural del esfuerzo colectivo; cuál la grandeza de la obra de los pequeños; cuán inmensa la parte de acción reservada al colaborador anónimo y oscuro en cualquiera manifestación del desenvolvimiento universal. Realza, no menos que la revelación cristiana, la dignidad de los humildes, esta nueva revelación, que atribuye, en la naturaleza, a la obra de los infinitamente pequeños, a la labor del nummulite y el briozoo en el fondo oscuro del abismo, la construcción de los cimientos geológicos; que hace surgir de la vibración de la célula informe y primitiva, todo el impulso ascendente de las formas orgánicas; que manifiesta el poderoso papel que en nuestra vida psíquica es necesario atribuir a los fenómenos más inaparentes y más vagos, aun a las fugaces percepciones de que no tenemos conciencia; y que, llegando a la sociología y a la historia, restituye el heroísmo, a menudo abnegado, de las muchedumbres, la parte que le negaba el silencio en la gloria del héroe individual, y hace patente la lenta acumulación de las investigaciones que, al través de los siglos, en la sombra, en el taller o el laboratorio de obreros olvidados, preparan los hallazgos del genio.

Pero a la vez que manifiesta así la inmortal eficacia del esfuerzo colectivo, y dignifica la participación de los colaboradores ignorados en la obra universal, la ciencia muestra cómo en la inmensa sociedad de las cosas y los seres, es una necesaria condición de todo progreso el orden jerárquico; son un principio de la vida las relaciones de dependencia y de subordinación entre los componentes individuales de aquella sociedad y entre los elementos de la organización del individuo; y es, por úl-

timo, una necesidad inherente a la ley universal de *imitación*, si se la relaciona con el perfeccionamiento de las sociedades humanas, la presencia, en ellas, de modelos vivos e influyentes, que las realcen por la progresiva generalización de su superioridad.

Para mostrar ahora cómo ambas enseñanzas universales de la ciencia pueden traducirse en hechos, conciliándose, en la organización y en el espíritu de la sociedad, basta insistir en la concepción de una democracia noble, justa; de una democracia dirigida por la noción y el sentimiento de las verdaderas superioridades humanas; de una democracia en la cual la supremacía de la inteligencia y la virtud —únicos límites para la equivalencia meritoria de los hombres— reciba su autoridad y su prestigio de la libertad, y descienda sobre las multitudes en la efusión bienhechora del amor.

Al mismo tiempo que conciliará aquellos dos grandes resultados de la observación del orden natural, se realizará, dentro de una sociedad semejante —según lo observa, en el mismo libro de que os hablaba, Bérenger—, la armonía de los dos impulsos históricos que han comunicado a nuestra civilización sus caracteres esenciales, los principios reguladores de su vida. —Del espíritu del cristianismo nace, efectivamente, el sentimiento de igualdad, viciado por cierto ascético menosprecio de la selección espiritual y la cultura. De la herencia de las civilizaciones clásicas nacen el sentido del orden, de la jerarquía, y el respeto religioso del genio, viciados por cierto aristocrático desdén de los humildes y los débiles. El porvenir sintetizará ambas sugerencias del pasado, en una fórmula inmortal. La democracia, entonces, habrá triunfado definitivamente. Y ella, que, cuando amenaza con lo innoble del rasero nivelador, justifica las protestas airadas y las amargas melancolías de los que creyeron sacrificados por su triunfo toda distinción intelectual, todo ensueño de arte, toda delicadeza de la vida, tendrá, aun más que las viejas aristocracias, inviolables seguros para el cultivo de las flores del alma que se marchitan y perecen en el ambiente de la vulgaridad y entre las impiedades del tumulto!

La concepción utilitaria, como idea del destino humano, y la igualdad en lo mediocre, como norma de la proporción

social, componen, íntimamente relacionadas, la fórmula de lo que ha solido llamarse, en Europa, el espíritu de *americanismo*. —Es imposible meditar sobre ambas inspiraciones de la conducta y la sociabilidad, y compararlas con las que les son opuestas, sin que la asociación traiga, con insistencia, a la mente, la imagen de esa democracia formidable y fecunda, que, allá en el Norte, ostenta las manifestaciones de su prosperidad y su poder, como una deslumbradora prueba que abona en favor de la eficacia de sus instituciones y de la dirección de sus ideas. —Si ha podido decirse del utilitarismo que es el verbo del espíritu inglés, los Estados Unidos pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario. Y el Evangelio de este verbo se difunde por todas partes a favor de los milagros materiales del triunfo. Hispanoamérica ya no es enteramente calificable, con relación a él, de tierra de gentiles. La poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes, y aun más quizá, en el de las muchedumbres, fascinadas por la impresión de la victoria. —Y de admirarla se pasa por una transición facilísima a imitarla. La admiración y la creencia son ya modos pasivos de imitación para el psicólogo. “La tendencia imitativa de nuestra naturaleza moral —decía Bagehot— tiene su asiento en aquella parte del alma en que reside la credibilidad.” —El sentido y la experiencia vulgares serían suficientes para establecer por sí solos esa sencilla relación. Se imita a aquel en cuya superioridad o cuyo prestigio se cree. —Es así como la visión de una América *deslatinizada* por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir, inspira la fruición con que ellos formulan a cada paso los más sugestivos paralelos, y se manifiesta por constantes propósitos de innovación y de reforma. Tenemos nuestra *nordomanía*. Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consuno.

No doy yo a tales límites el sentido de una absoluta negación. —Comprendo bien que se adquieran inspiraciones, luces, enseñanzas, en el ejemplo de los fuertes; y no desconozco que una inteligente atención fijada en lo exterior para reflejar de

todas partes la imagen de lo beneficioso y de lo útil es singularmente fecunda cuando se trata de pueblos que aun forman y modelan su entidad nacional.

Comprendo bien que se aspire a rectificar, por la educación perseverante, aquellos trazos del carácter de una sociedad humana que necesiten concordar con nuevas exigencias de la civilización y nuevas oportunidades de la vida, equilibrando así, por medio de una influencia innovadora, las fuerzas de la herencia y la costumbre. —Pero no veo la gloria, ni en el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos —su genio *personal*—, para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrifiquen la originalidad irremplazable de su espíritu; ni en la creencia ingenua de que eso pueda obtenerse alguna vez por procedimientos artificiales e improvisados de imitación. —Ese irreflexivo traslado de lo que es natural y espontáneo en una sociedad al seno de otra, donde no tenga raíces ni en la naturaleza ni en la historia, equivalía para Michelet a la tentativa de incorporar, por simple agregación, una cosa muerta a un organismo vivo. En sociabilidad, como en literatura, como en arte, la imitación inconsulta no hará nunca sino deformar las líneas del modelo. El engaño de los que piensan haber reproducido en lo esencial el carácter de una colectividad humana, las fuerzas vivas de su espíritu, y con ellos el secreto de sus triunfos y su prosperidad, reproduciendo exactamente el mecanismo de sus instituciones y las formas exteriores de sus costumbres, hace pensar en la ilusión de los principiantes candorosos que se imaginan haberse apoderado del genio del maestro cuando han copiado las formas de su estilo o sus procedimientos de composición.

En ese esfuerzo vano hay, además, no sé qué cosa de innoble. Género de *snobismo* político podría llamarse al afanoso remedo de cuanto hacen los preponderantes y los fuertes, los vencedores y los afortunados; género de abdicación servil, como en la que en algunos de los *snobs* encadenados para siempre a la tortura de la sátira por el libro de Thackeray, hace consumirse tristemente las energías de los ánimos no ayudados por la naturaleza o la fortuna, en la imitación impotente de los caprichos y las volubilidades de los encumbrados de la sociedad. —El cuidado de la independencia *interior* —la de la personalidad, la del criterio— es una principalísima forma del

respeto propio. Suele, en los tratados de ética, comentarse un precepto moral de Cicerón, según el cual forma parte de los deberes humanos el que cada uno de nosotros cuide y mantenga celosamente la originalidad de su carácter personal, lo que haya en él que lo diferencie y determine, respetando, en todo cuanto no sea inadecuado para el bien, el impulso primario de la Naturaleza, que ha fundado en la varia distribución de sus dones el orden y el concierto del mundo. —Y aun me parecería mayor el imperio del precepto si se le aplicase, colectivamente, al carácter de las sociedades humanas. —Acaso oiréis decir que no hay un sello propio y definido, por cuya permanencia, por cuya integridad deba pugnarse, en la organización actual de nuestros pueblos. Falta tal vez, en nuestro carácter colectivo, el contorno seguro de la "personalidad". Pero en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y autonómica, tenemos —los americanos latinos— una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro. El cosmopolitismo, que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye, ni ese sentimiento de fidelidad a lo pasado, ni la fuerza directriz y plasmante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro.

Se ha observado más de una vez que las grandes evoluciones de la historia, las grandes épocas, los períodos más luminosos y fecundos en el desenvolvimiento de la humanidad, son casi siempre la resultante de dos fuerzas distintas y coactuales, que mantienen, por los concertados impulsos de su oposición, el interés y el estímulo de la vida, los cuales desaparecerían, agotados, en la quietud de una unidad absoluta. —Así, sobre los dos polos de Atenas y Lacedemonia se apoya el eje alrededor del cual gira el carácter de la más genial y civilizadora de las razas. —América necesita mantener en el presente la dualidad original de su constitución, que convierte en realidad de su historia el mito clásico de las dos águilas soltadas simultáneamente de uno y otro polo del mundo, para que llegasen a un tiempo al límite de sus dominios. Esta diferencia genial y emuladora no excluye, sino que tolera y aun favorece en muchos aspectos, la concordia de la solidaridad. Y si una con-

cordia superior pudiera vislumbrarse desde nuestros días, como la fórmula de un porvenir lejano, ella no sería debida a la *imitación unilateral* —que diría Tarde— de una raza por otra, sino a la reciprocidad de sus influencias y al atinado concierto de los atributos en que se funda la gloria de las dos.

Por otra parte, en el estudio desapasionado de esa civilización que algunos nos ofrecen como único y absoluto modelo, hay razones no menos poderosas que las que se fundan en la indignidad y la inconveniencia de una renuncia a todo propósito de originalidad, para templar los entusiasmos de los que nos exigen su consagración idolátrica. —Y llevo, ahora, a la relación que directamente tiene, con el sentido general de esta plática mía, el comentario de semejante espíritu de imitación.

Todo juicio severo que se formule de los americanos del Norte debe empezar por rendirles, como se haría con altos adversarios, la formalidad caballeresca de un saludo. —Siento fácil mi espíritu para cumplirla. —Desconocer sus defectos no me parecería tan insensato como negar sus cualidades. Nacidos —para emplear la paradoja usada por Baudelaire a otro respecto— con la *experiencia innata* de la libertad, ellos se han mantenido fieles a la ley de su origen, y han desenvuelto, con la precisión y la seguridad de una progresión matemática, los principios fundamentales de su organización, dando a su historia una consecuente unidad que, si bien ha excluido las adquisiciones de aptitudes y méritos distintos, tiene la belleza intelectual de la lógica. —La huella de sus pasos no se borrará jamás en los anales del derecho humano, porque ellos han sido los primeros en hacer surgir nuestro moderno concepto de la libertad, de las inseguridades del ensayo y de las imaginaciones de la utopía, para convertirla en bronce imperecedero y realidad viviente; porque han demostrado con su ejemplo la posibilidad de extender a un inmenso organismo nacional la incommovible autoridad de una república; porque, con su organización federativa, han revelado —según la feliz expresión de Tocqueville— la manera como se pueden conciliar con el brillo y el poder de los estados grandes la felicidad y la paz de los pequeños. —Suyos son algunos de los rasgos más audaces con que se ha de destacar en la perspectiva del tiempo la obra de este siglo. Suya es la gloria de haber revelado plenamente —acentuando la más firme nota de belleza moral de nuestra civilización— la gran-

deza y el poder del trabajo; esa fuerza bendita que la antigüedad abandonaba a la abyección de la esclavitud, y que hoy identificamos con la más alta expresión de la dignidad humana, fundada en la conciencia y la actividad del propio mérito. Fuertes, tenaces, teniendo la inacción por oprobio, ellos han puesto en manos del *mechanist* de sus talleres y el *fármer* de sus campos, la clava hercúlea del mito, y han dado al genio humano una nueva e inesperada belleza ciñéndole el mandil de cuero del forjador. Cada uno de ellos avanza a conquistar la vida como el desierto los primitivos puritanos. Perseverantes devotos de ese culto de la energía individual que hace de cada hombre el artífice de su destino, ellos han modelado su sociabilidad en un conjunto imaginario de ejemplares de Robinsón, que después de haber fortificado rudamente su personalidad en la práctica de la ayuda propia, entrarán a componer los filamentos de una urdimbre firmísima. —Sin sacrificarle esa soberana concepción del individuo, han sabido hacer al mismo tiempo, del espíritu de asociación, el más admirable instrumento de su grandeza y de su imperio; y han obtenido de la suma de las fuerzas humanas, subordinada a los propósitos de la investigación, de la filantropía, de la industria, resultados tanto más maravillosos, por lo mismo que se consiguen con la más absoluta integridad de la autonomía personal. —Hay en ellos un instinto de curiosidad despierta e insaciable, una impaciente avidez de toda luz; y profesando el amor por la instrucción del pueblo con la obsesión de una monomanía gloriosa y fecunda, han hecho de la escuela el quicio más seguro de su prosperidad, y del alma del niño la más cuidada entre las cosas leves y preciosas. —Su cultura, que está lejos de ser refinada ni espiritual, tiene una eficacia admirable siempre que se dirige prácticamente a realizar una finalidad inmediata. No han incorporado a las adquisiciones de la ciencia una sola ley general, un solo principio; pero la han hecho maga por las maravillas de sus aplicaciones, la han agigantado en los dominios de la utilidad, y han dado al mundo en la caldera de vapor y en la dínamo eléctrica, billones de esclavos invisibles que centuplican, para servir al Aladino humano, el poder de la lámpara maravillosa. —El crecimiento de su grandeza y de su fuerza será objeto de perdurables asombros para el porvenir. Han inventado, con su prodigiosa aptitud de improvisación, un acicate para el tiempo;

y al conjuro de su voluntad poderosa, surge en un día, del seno de la absoluta soledad, la suma de cultura acumulable por la obra de los siglos. —La libertad puritana, que les envía su luz desde el pasado, unió a esta luz el calor de una piedad que aun dura. Junto a la fábrica y la escuela, sus fuertes manos han alzado, también, los templos de donde evaporan sus plegerias muchos millones de conciencias libres. Ellos han sabido salvar, en el naufragio de todas las idealidades, la idealidad más alta, guardando viva la tradición de un sentimiento religioso que, si no levanta sus vuelos en alas de un espiritualismo delicado y profundo, sostiene, en parte, entre las asperezas del tumulto utilitario, la rienda firme del sentido moral. —Han sabido, también, guardar, en medio a los refinamientos de la vida civilizada, el sello de cierta primitividad robusta. Tienen el culto pagano de la salud, de la destreza, de la fuerza; templan y afinan en el músculo el instrumento precioso de la voluntad, y obligados por su aspiración insaciable de dominio a cultivar la energía de todas las actividades humanas, modelan el torso del atleta para el corazón del hombre libre. —Y del concierto de su civilización, del acordado movimiento de su cultura, surge una dominante nota de optimismo, de confianza, de fe, que dilata los corazones impulsándolos al porvenir bajo la sugestión de una esperanza terca y arrogante; la nota del *Excelsior* y el *Salmo de la vida* con que sus poetas han señalado el infalible bálsamo contra toda amargura en la filosofía del esfuerzo y de la acción.

Su grandeza titánica se impone, así, aun a los más prevenidos por las enormes desproporciones de su carácter o por las violencias recientes de su historia. Y por mi parte, ya veis que, aunque no les amo, les admiro. Les admiro, en primer término, por su formidable capacidad de *querer*, y me inclino ante “la escuela de voluntad y de trabajo” que —como de sus progenitores nacionales dijo Philarète-Chasles— ellos han instituido.

*En el principio de la acción era.* Con estas célebres palabras del “Fausto” podría empezar un futuro historiador de la poderosa república, el Génesis, aun no concluido, de su existencia nacional. Su genio podría definirse, como el universo de los dinamistas, *la fuerza en movimiento*. Tiene, ante todo y sobre todo, la capacidad, el entusiasmo, la vocación dichosa de la

acción. La voluntad es el cincel que ha esculpido a ese pueblo en dura piedra. Sus relieves característicos son dos manifestaciones del poder de la voluntad: la originalidad y la audacia. Su historia es, toda ella, el arrebatado de una actividad viril. Su personaje representativo se llama *Yo quiero*, como el "super-hombre" de Nietzsche. —Si algo le salva colectivamente de la vulgaridad, es ese extraordinario alarde de energía que lleva a todas partes y con el que imprime cierto carácter de épica grandeza aun a las luchas del interés y de la vida material. Así de los especuladores de Chicago y de Minneápolis ha dicho Paul Bourget que son a la manera de combatientes heroicos en los cuales la aptitud para el ataque y la defensa es comparable a la de un *grogard* del gran Emperador. —Y esta energía suprema con la que el genio norteamericano parece obtener —hipnotizador audaz— el adormecimiento y la sugestión de los hados, suele encontrarse aun en las particularidades que se nos presentan como excepcionales y divergentes, de aquella civilización. Nadie negará que Edgard Poe es una individualidad anómala y rebelde dentro de su pueblo. Su alma escogida representa una partícula inasimilable del alma nacional, que no en vano se agitó entre las otras con la sensación de una soledad infinita. Y sin embargo, la nota fundamental —que Baudelaire ha señalado profundamente— en el carácter de los héroes de Poe, es, todavía, el temple sobrehumano, la indómita resistencia de la voluntad. Cuando ideó a Ligeia, la más misteriosa y adorable de sus criaturas, Poe simbolizó en la luz inextinguible de sus ojos, el himno de triunfo de la Voluntad sobre la Muerte.

Adquirido, con el sincero reconocimiento de cuanto hay de luminoso y grande en el genio de la poderosa nación, el derecho de completar respecto a él la fórmula de la justicia, una cuestión llena de interés pide expresarse. —¿Realiza aquella sociedad, o tiende a realizar, por lo menos, la idea de la conducta racional que cumple a las legítimas exigencias del espíritu, a la dignidad intelectual y moral de nuestra civilización? —¿Es en ella donde hemos de señalar la más aproximada imagen de nuestra "ciudad perfecta"? —Esa febricitante inquietud que parece centuplicar en su seno el movimiento y la intensidad de la vida, ¿tiene un objeto capaz de merecerla y un estímulo bastante para justificarla?

Herbert Spéncer, formulando con noble sinceridad su saludo a la democracia de América en un banquete de Nueva York, señalaba el rasgo fundamental de la vida de los norteamericanos, en esa misma desbordada inquietud que se manifiesta por la pasión infinita del trabajo y la porfía de la expansión material en todas sus formas. Y observaba después que, en tan exclusivo predominio de la actividad subordinada a los propósitos inmediatos de la utilidad, se revelaba una concepción de la existencia, tolerable sin duda como carácter provisional de una civilización, como tarea preliminar de una cultura, pero que urgía ya rectificar, puesto que tendía a convertir el trabajo utilitario en fin y objeto supremo de la vida, cuando él en ningún caso puede significar racionalmente sino la acumulación de los elementos propios para hacer posible el total y armonioso desenvolvimiento de nuestro ser. —Spéncer agregaba que era necesario predicar a los norteamericanos el Evangelio del descanso o el recreo; e identificando nosotros la más noble significación de estas palabras con la del *ocio* tal cual lo dignificaban los antiguos moralistas, clasificaremos dentro del Evangelio en que debe iniciarse a aquellos trabajadores sin reposo, toda preocupación ideal, todo desinteresado empleo de las horas, todo objeto de meditación levantado sobre la finalidad inmediata de la utilidad.

La vida norteamericana describe efectivamente ese círculo vicioso que Pascal señalaba en la anhelante persecución del bienestar, cuando él no tiene su fin fuera de sí mismo. Su prosperidad es tan grande como su imposibilidad de satisfacer a una mediana concepción del destino humano. Obra titánica, por la enorme tensión de voluntad que representa, y por sus triunfos inauditos en todas las esferas del engrandecimiento material, es indudable que aquella civilización produce en su conjunto una singular impresión de insuficiencia y de vacío. Y es que si, con el derecho que da la historia de treinta siglos de evolución presididos por la dignidad del espíritu clásico y del espíritu cristiano, se pregunta cuál es en ella el principio dirigente, cuál su *substratum* ideal, cuál el propósito ulterior a la inmediata preocupación de los intereses positivos que estremecen aquella masa formidable, sólo se encontrará, como fórmula del ideal definitivo, la misma absoluta preocupación del triunfo material. —Huérfano de tradiciones muy hondas que le orienten,

ese pueblo no ha sabido substituir la idealidad inspiradora del pasado con una alta y desinteresada concepción del porvenir. Vive para la realidad inmediata, del presente, y por ello subordina toda su actividad al egoísmo del bienestar personal y colectivo. —De la suma de los elementos de su riqueza y su poder podría decirse lo que el autor de *Mensonges* de la inteligencia del marqués de Norbert que figura en uno de sus libros: es un monte de leña al cual no se ha hallado modo de dar fuego. Falta la chispa eficaz que haga levantarse la llama de un ideal vivificante e inquieto, sobre el copioso combustible. —Ni siquiera el egoísmo nacional, a falta de más altos impulsos; ni siquiera el exclusivismo y el orgullo de raza, que son los que transfiguran y engrandecen, en la antigüedad, la prosaica dureza de la vida de Roma, pueden tener vislumbres de idealidad y de hermosura en un pueblo donde la confusión cosmopolita y el *atomismo* de una mal entendida democracia impiden la formación de una verdadera conciencia nacional.

Diríase que el positivismo genial de la Metrópoli ha sufrido, al transmitirse a sus emancipados hijos de América, una destilación que le priva de todos los elementos de idealidad que le templaban, reduciéndole, en realidad, a la crudeza que, en las exageraciones de la pasión o de la sátira, ha podido atribuirse al positivismo de Inglaterra. —El espíritu inglés, bajo la áspera corteza de utilitarismo, bajo la indiferencia mercantil, bajo la severidad puritana, esconde, a no dudarlo, una virtualidad poética escogida, y un profundo venero de sensibilidad, el cual revela, en sentir de Taine, que el fondo primitivo, el fondo germánico de aquella raza, modificada luego por la presión de la conquista y por el hábito de la actividad comercial, fué una extraordinaria exaltación del sentimiento. El espíritu americano no ha recibido en herencia ese instinto poético ancestral, que brota, como surgente límpida, del seno de la roca británica, cuando es el Moisés de un arte delicado quien la toca. El pueblo inglés tiene, en la institución de su aristocracia —por anacrónica e injusta que ella sea bajo el aspecto del derecho político—, un alto e inexpugnable baluarte que oponer al mercantilismo ambiente y a la prosa invasora; tan alto e inexpugnable baluarte que es el mismo Taine quien asegura que desde los tiempos de las ciudades griegas, no presentaba la historia ejemplo de una condición de vida más propia para formar y enaltecer el senti-

miento de la nobleza humana. En el ambiente de la democracia de América, el espíritu de vulgaridad no halla ante sí relieves inaccesibles para su fuerza de ascensión, y se extiende y propaga como sobre la llaneza de una pampa infinita.

Sensibilidad, inteligencia, costumbres, todo está caracterizado, en el enorme pueblo, por una radical ineptitud de selección, que mantiene, junto al orden mecánico de su actividad material y de su vida política, un profundo desorden en todo lo que pertenece al dominio de las facultades ideales. —Fáciles son de seguir las manifestaciones de esa ineptitud, partiendo de las más exteriores y aparentes, para llegar después a otras más esenciales y más íntimas. —Pródigo de sus riquezas —porque en su codicia no entra, según acertadamente se ha dicho, ninguna parte de Harpagón—, el norteamericano ha logrado adquirir con ellas, plenamente, la satisfacción y la vanidad de la magnificencia suntuaria; pero no ha logrado adquirir la nota escogida del buen gusto. El arte verdadero sólo ha podido existir en tal ambiente, a título de rebelión individual. Emerson, Poe, son allí como los ejemplares de una fauna expulsada de su verdadero medio por el rigor de una catástrofe geológica. —Habla Bourget, en *Outre mer*, del acento concentrado y solemne con que la palabra *arte* vibra en los labios de los norteamericanos que ha halagado el favor de la fortuna; de esos recios y acrisolados héroes del *self-help*, que aspiran a coronar, con la asimilación de todos los refinamientos humanos, la obra de su encumbramiento reñido. Pero nunca les ha sido dado concebir esa divina actividad que nombran con énfasis, sino como un nuevo motivo de satisfacerse su inquietud invasora y como un trofeo de su vanidad. La ignoran, en lo que ella tiene de desinteresado y de escogido; la ignoran, a despecho de la munificencia con que la fortuna individual suele emplearse en estimular la formación de un delicado sentido de belleza; a despecho de la esplendidez de los museos y las exposiciones con que se ufanan sus ciudades; a despecho de las montañas de mármol y de bronce que han esculpido para las estatuas de sus plazas públicas. Y si con su nombre hubiera de caracterizarse alguna vez un gusto de arte, él no podría ser otro que el que envuelve la negación del arte mismo: la brutalidad del efecto rebuscado, el desconocimiento de todo tono suave y de toda manera exquisita, el culto de una falsa grandeza, el *sensacionismo* que

excluye la noble serenidad inconciliable con el apresuramiento de una vida febril.

La idealidad de lo hermoso no apasiona al descendiente de los austeros puritanos. Tampoco le apasiona la idealidad de lo verdadero. Menosprecia todo ejercicio del pensamiento que prescinda de una inmediata finalidad, por vano e infecundo. No le lleva a la ciencia un desinteresado anhelo de verdad, ni se ha manifestado en ningún caso capaz de amarla por sí misma. La investigación no es para él sino el antecedente de la aplicación utilitaria. —Sus gloriosos empeños por difundir los beneficios de la educación popular, están inspirados en el noble propósito de comunicar los elementos fundamentales del saber al mayor número; pero no nos revelan que, al mismo tiempo que de ese acrecentamiento extensivo de la educación, se preocupen de seleccionarla y elevarla, para auxiliar el esfuerzo de las superioridades que ambicionen erguirse sobre la general mediocridad. Así, el resultado de su porfiada guerra a la ignorancia, ha sido la semicultura universal y una profunda languidez de la alta cultura. —En igual proporción que la ignorancia radical, disminuyen en el ambiente de esa gigantesca democracia, la superior sabiduría y el genio. He ahí por qué la historia de su actividad pensadora es una progresión decreciente de brillo y de originalidad. Mientras en el período de la independencia y la organización surgen para representar, lo mismo el pensamiento que la voluntad de aquel pueblo, muchos nombres ilustres, medio siglo más tarde Tocqueville puede observar, respecto a ellos, que *los dioses se van*. Cuando escribió Tocqueville su obra maestra, aun irradiaba, sin embargo, desde Boston, la *ciudadela puritana*, la ciudad de las doctas tradiciones, una gloriosa pléyade que tiene en la historia intelectual de este siglo la magnitud de la universalidad. —¿Quiénes han recogido después la herencia de Channing, de Emerson, de Poe? —La nivelación mesocrática, apresurando su obra desoladora, tiende a desvanecer el poco carácter que quedaba a aquella precaria intelectualidad. Las alas de sus libros ha tiempo que no llegan a la altura en que sería universalmente posible divisarlos. Y hoy, la más genuina representación del gusto norteamericano, en punto a letras, está en los lienzos grises de un diarismo que no hace pensar en el que un día suministró los materiales de *El Federalista!*

Con relación a los sentimientos morales, el impulso mecánico del utilitarismo ha encontrado el resorte moderador de una fuerte tradición religiosa. Pero no por eso debe creerse que ha cedido la dirección de la conducta a un verdadero principio de desinterés. —La religiosidad de los americanos, como derivación extremada de la inglesa, no es más que una fuerza auxiliar de la legislación penal, que evacuaría su puesto el día que fuera posible dar a la moral utilitaria la autoridad religiosa que ambicionaba darle Stuart Mill. —La más elevada cúspide de su moral es la moral de Franklin: Una filosofía de la conducta, que halla su término en lo mediocre de la honestidad, en la utilidad de la prudencia; y que, sólo apta para prestar a la conciencia, en los cambios normales de la vida, el apoyo del bastón de manzano con que marchaba habitualmente su propagador, no es más que un leño frágil cuando se trata de subir las altas pendientes. —Tal es la suprema cumbre; pero es en los valles donde hay que buscar la realidad. Aun cuando el criterio moral no hubiera de descender más abajo del utilitarismo probado y medido de Franklin, el término forzoso —que ya señaló la sagaz observación de Tocqueville— de una sociedad educada en semejante limitación del deber, sería, no por cierto una de esas decadencias soberbias y magníficas que dan la medida de la satánica hermosura del mal en la disolución de los imperios; pero sí una suerte de materialismo pálido y mediocre, y en último resultado, el sueño de una enervación sin brillo, por la silenciosa descomposición de todos los resortes de la vida moral. —Allí donde el precepto tiende a poner las altas manifestaciones de la abnegación y la virtud fuera del dominio de lo obligatorio, la realidad hará retroceder indefinidamente el límite de la obligación. —Pero la escuela de la prosperidad material, que será siempre ruda prueba para la austeridad de las repúblicas, ha llevado más lejos la llaneza de la concepción de la conducta racional que hoy gana los espíritus. Al código de Franklin han sucedido otros de más francas tendencias como expresión de la sabiduría nacional. Y no hace aún cinco años el voto público consagraba en todas las ciudades norteamericanas, con las más equívocas manifestaciones de la popularidad y de la crítica, la nueva ley moral en que, desde la puritana Boston, anunciaba solemnemente el autor de cierto



docto libro que se intitulaba *Pushing to the front*<sup>1</sup>, que el éxito debía ser considerado la finalidad suprema de la vida. La revelación tuvo eco aun en el seno de las comuniones cristianas, y se citó una vez, a propósito del libro afortunado, la *Imitación* de Kempis, como término de comparación!

La vida pública no se sustrae, por cierto, a las consecuencias del crecimiento del mismo germen de desorganización que lleva aquella sociedad en sus entrañas. Cualquier mediano observador de sus costumbres políticas os hablará de cómo la obsesión del interés utilitario tiende progresivamente a enervar y empequeñecer en los corazones el sentimiento del derecho. El valor cívico, la virtud vieja de los Hámilton, es una hoja de acero que se oxida, cada día más olvidada, entre las telarañas de las tradiciones. La venalidad, que empieza desde el voto público, se propaga a todos los resortes institucionales. El gobierno de la mediocridad vuelve vana la emulación que realza los caracteres y las inteligencias y que los entona con la perspectiva de la efectividad de su dominio. La democracia, a la que no han sabido dar el regulador de una alta y educadora noción de las superioridades humanas, tendió siempre entre ellos a esa brutalidad abominable del número que menoscaba los mejores beneficios morales de la libertad y anula en la opinión el respeto de la dignidad ajena. Hoy, además, una formidable fuerza se levanta a contrastar de la peor manera posible el absolutismo del número. La influencia política de una plutocracia representada por los todopoderosos aliados de los *trusts*, monopolizadores de la producción y dueños de la vida económica, es, sin duda, uno de los rasgos más merecedores de interés en la actual fisonomía del gran pueblo. La formación de esta plutocracia ha hecho que se recuerde, con muy probable oportunidad, el advenimiento de la clase enriquecida y soberbia que, en los últimos tiempos de la república romana, es uno de los antecedentes visibles de la ruina de la libertad y de la tiranía de los Césares. Y el exclusivo cuidado del engrandecimiento material —número de aquella civilización— impone así la lógica de sus resultados en la vida política, como en todos los órdenes de la actividad, dando el rango primero al *struggle-for-life* osado y astuto, convertido por la brutal eficacia de su esfuerzo en la

suprema personificación de la energía nacional, en el postulante a su *representación* emersoniana, en el *personaje reinante* de Taine!

Al impulso que precipita aceleradamente la vida del espíritu en el sentido de la desorientación ideal y el egoísmo utilitario, corresponde, físicamente, ese otro impulso, que en la expansión del asombroso crecimiento de aquel pueblo, lleva sus multitudes y sus iniciativas en dirección a la inmensa zona occidental que, en tiempos de la independencia, era el misterio, velado por las selvas del Misisipí. En efecto; es en ese improvisado Oeste, que crece formidable frente a los viejos estados del Atlántico, y reclama para un cercano porvenir la hegemonía, donde está la más fiel representación de la vida norteamericana en el actual instante de su evolución. Es allí donde los definitivos resultados, los lógicos y naturales frutos, del espíritu que ha guiado a la poderosa democracia desde sus orígenes, se muestran de relieve a la mirada del observador y le proporcionan un punto de partida para imaginarse la faz del inmediato futuro del gran pueblo. Al virginiano y al yanqui ha sucedido, como tipo representativo, ese dominador de las ayer desiertas Praderas, refiriéndose al cual decía Michel Chevalier, hace medio siglo, que “los últimos serían un día los primeros”. El utilitarismo vacío de todo contenido ideal, la vaguedad cosmopolita y la nivelación de la democracia bastarda, alcanzarán, con él, su último triunfo. — Todo elemento noble de aquella civilización; todo lo que la vincula a generosos recuerdos y fundamenta su dignidad histórica — el legado de los tripulantes del *Flor de Mayo*, la memoria de los patricios de Virginia y de los caballeros de la Nueva Inglaterra, el espíritu de los ciudadanos y los legisladores de la emancipación—, quedarán dentro de los viejos Estados donde Boston y Filadelfia mantienen aún, según expresivamente se ha dicho, “el palladium de la tradición washingtoniana”. Chicago se alza a reinar. Y su confianza en la superioridad que lleva sobre el litoral iniciador del Atlántico, se funda en que le considera demasiado reaccionario, demasiado europeo, demasiado tradicionalista. La historia no da títulos cuando el procedimiento de elección es la subasta de la púrpura.

A medida que el utilitarismo genial de aquella civilización asume así caracteres más definidos, más francos, más estrechos, aumentan, con la embriaguez de la prosperidad material, las im-

<sup>1</sup> Por M. Arisson Swett Marden, Boston, 1895.

paciencias de sus hijos por propagarla y atribuirle la predestinación de un magisterio Romano. — Hoy, ellos aspiran manifiestamente al primado de la cultura universal, a la dirección de las ideas, y se consideran a sí mismos los forjadores de un tipo de civilización que prevalecerá. Aquel discurso semiirónico que Laboulaye pone en boca de un escolar de su París americanizado para significar la preponderancia que concedieron siempre en el propósito educativo a cuanto favorezca el orgullo del sentimiento nacional, tendría toda la seriedad de la creencia más sincera en labios de cualquier americano viril de nuestros días. En el fondo de su declarado espíritu de rivalidad hacia Europa, hay un menosprecio que es ingenuo, y hay la profunda convicción de que ellos están destinados a obscurecer, en breve plazo, su superioridad espiritual y su gloria, cumpliéndose, una vez más, en las evoluciones de la civilización humana, la dura ley de los misterios antiguos en que el iniciado daba muerte al iniciador. Inútil sería tender a convencerles de que, aunque la contribución que han llevado a los progresos de la libertad y de la utilidad haya sido, indudablemente, cuantiosa, y aunque debiera atribuirsele en justicia la significación de una obra universal, de una obra humana, ella es insuficiente para hacer transudarse, en dirección al nuevo Capitolio, el eje del mundo. Inútil sería tender a convencerles de que la obra realizada por la perseverante genialidad del arya europeo, desde que, hace tres mil años, las orillas del Mediterráneo, civilizador y glorioso, se ciñeron jubilosamente la guirnalda de las ciudades helénicas; la obra que aun continúa realizándose y de cuyas tradiciones y enseñanzas vivimos, es una suma con la cual no puede formar ecuación la fórmula *Washington más Edison*. Ellos aspirarían a revisar el Génesis para ocupar esa primera página. — Pero además de la relativa insuficiencia de la parte que les es dado reivindicar en la educación de la humanidad, su carácter mismo les niega la posibilidad de la hegemonía. — Naturaleza no les ha concedido el genio de la propaganda ni la vocación apostólica. Carecen de ese don superior de *amabilidad* — en alto sentido, — de ese extraordinario poder de simpatía con que las razas que han sido dotadas de un comedido providencial de educación saben hacer de su cultura algo parecido a la belleza de la Helena clásica, en la que todos creían reconocer un rasgo propio. — Aquella civilización puede abundar, o abunda indudablemente, en sugerencias y en ejemplos fecundos; ella puede

inspirar admiración, asombro, respeto; pero es difícil que cuando el extranjero divisa desde alta mar su gigantesco símbolo: la Libertad de Bartholdi, que yergue triunfalmente su antorcha sobre el puerto de Nueva York, se despierte en su ánimo la emoción profunda y religiosa con que el viajero antiguo debía ver surgir, en las noches diáfanas del Ática, el toque luminoso que la lanza de oro de la Atenea del Acrópolis dejaba notar a la distancia en la pureza del ambiente sereno.

Y advertid que cuando, en nombre de los derechos del espíritu, niego al utilitarismo norteamericano ese carácter típico con que quiere imponérsenos como suma y modelo de civilización, no es mi propósito afirmar que la obra realizada por él haya de ser enteramente perdida con relación a los que podríamos llamar *los intereses del alma*. — Sin el brazo que nivela y construye, no tendría paz el que sirve de apoyo a la noble frente que piensa. Sin la conquista de cierto bienestar material es imposible, en las sociedades humanas, el reino del espíritu. Así lo reconoce el mismo aristocrático idealismo de Renán, cuando realza, del punto de vista de los intereses morales de la especie y de su selección espiritual en lo futuro, la significación de la obra utilitaria de este siglo. — “Elevarse sobre la necesidad — agrega el maestro — es redimirse.” — En lo remoto del pasado, los efectos de la prosaica e interesada actividad del mercader que por primera vez pone en relación a un pueblo con otros, tienen un incalculable alcance idealizador; puesto que contribuyen eficazmente a multiplicar los instrumentos de la inteligencia, a pulir y suavizar las costumbres, y a hacer posibles, quizá, los preceptos de una moral más avanzada. — La misma fuerza positiva aparece propiciando las mayores idealidades de la civilización. El oro acumulado por el mercantilismo de las repúblicas italianas “pagó — según Saint-Victor — los gastos del Renacimiento”. Las naves que volvían de los países de *Las mil y una noches*, colmadas de especias y marfil, hicieron posible que Lorenzo de Médicis renovara, en las lonjas de los mercaderes florentinos, los convites platónicos. — La historia muestra en definitiva una inducción recíproca entre los progresos de la actividad utilitaria y la ideal. Y así como la utilidad suele convertirse en fuerte escudo para las idealidades, ellas provocan con frecuencia (a condición de no proponérselo directamente) los resultados de lo útil. Observa Bagehot, por ejemplo, cómo los inmensos beneficios positivos de la navegación no exis-

tirían acaso para la humanidad si en las edades primitivas no hubiera habido soñadores y ociosos —¡seguramente, mal comprendidos de sus contemporáneos!— a quienes interesase la contemplación de lo que pasaba en las esferas del cielo. — Esta ley de armonía nos enseña a respetar el brazo que labra el duro terruño de la prosa. La obra del positivismo norteamericano servirá a la causa de Ariel, en último término. Lo que aquel pueblo de cíclopes ha conquistado directamente para el bienestar material, con su sentido de lo útil y su admirable aptitud de la invención mecánica, lo convertirán otros pueblos, o él mismo en lo futuro, en eficaces elementos de selección. Así, la más preciosa y fundamental de las adquisiciones del espíritu —el alfabeto, que da alas de inmortalidad a la palabra—, nace en el seno de las factorías cananeas y es el hallazgo de una civilización mercantil, que, al utilizarlo con fines exclusivamente mercenarios, ignoraba que el genio de razas superiores lo transfiguraría convirtiéndole en el medio de propagar su más pura y luminosa esencia. La relación entre los bienes positivos y los bienes intelectuales y morales, es, pues, según la adecuada comparación de Fouillée, un nuevo aspecto de la cuestión de la equivalencia de las fuerzas que, así como permite transformar el movimiento en calórico, permite también obtener, de las ventajas materiales, elementos de superioridad espiritual.

Pero la vida norteamericana no nos ofrece aún un nuevo ejemplo de esa relación indudable, ni nos lo anuncia como gloria de una posteridad que se vislumbra. — Nuestra confianza y nuestros votos deben inclinarse a que, en un porvenir más inaccesible a la inferencia, esté reservado a aquella civilización un destino superior. Por más que, bajo el acicate de su actividad vivísima, el breve tiempo que la separa de su aurora haya sido bastante para satisfacer el gasto de vida requerido por una evolución inmensa, su pasado y su actualidad no pueden ser sino un introito con relación a lo futuro. — Todo demuestra que ella está aún muy lejana de su fórmula definitiva. La energía asimiladora que le ha permitido conservar cierta uniformidad y cierto temple genial, a despecho de las enormes invasiones de elementos étnicos opuestos a los que hasta hoy han dado el tono a su carácter, tendrá que reñir batallas cada día más difíciles, y en el utilitarismo proscrip-tor de toda idealidad no encontrará una inspiración suficientemente poderosa para mantener la atracción del sentimiento

solidario. Un pensador ilustre, que comparaba al esclavo de las sociedades antiguas con una partícula no digerida por el organismo social, podría quizá tener una comparación semejante para caracterizar la situación de ese fuerte colono de procedencia germánica que, establecido en los estados del centro y del Far-West, conserva intacta, en su naturaleza, en su sociabilidad, en sus costumbres, la impresión del genio alemán, que, en muchas de sus condiciones características más profundas y enérgicas, debe ser considerado una verdadera antítesis del genio americano. — Por otra parte, una civilización que esté destinada a vivir y a dilatarse en el mundo; una civilización que no haya perdido, momificándose, a la manera de los imperios asiáticos, la aptitud de la variabilidad, no puede prolongar indefinidamente la dirección de sus energías y de sus ideas en un único y exclusivo sentido. Esperemos que el espíritu de aquel titánico organismo social, que ha sido hasta hoy *voluntad* y *utilidad* solamente, sea también algún día inteligencia, sentimiento, idealidad. Esperemos que, de la enorme fragua, surgirá, en último resultado, el ejemplar humano, generoso, armónico, selecto, que Spencer, en un ya citado discurso, creía poder augurar como término del costoso proceso de refundición. Pero no le busquemos ni en la realidad presente de aquel pueblo ni en la perspectiva de sus evoluciones inmediatas; y renunciemos a ver el tipo de una civilización ejemplar donde sólo existe un boceto tosco y enorme, que aun pasará necesariamente por muchas rectificaciones sucesivas antes de adquirir la serena y firme actitud con que los pueblos que han alcanzado un perfecto desenvolvimiento de su genio presiden al glorioso coronamiento de su obra, como en *el sueño del cóndor* que Leconte de Lisle ha descrito con su soberbia majestad, terminando, en olímpico sosiego, la ascensión poderosa, más arriba de las cumbres de la Cordillera!

Ante la posteridad, ante la historia, todo gran pueblo debe aparecer como una vegetación cuyo desenvolvimiento ha tendido armoniosamente a producir un fruto en el que su savia acrisolada ofrece al porvenir la idealidad de su fragancia y la fecundidad de su simiente. — Sin este resultado duradero, *humano*, levantado sobre la finalidad transitoria de lo *útil*, el poder y la grandeza de los imperios no son más que una noche de sueño en la exis-

tencia de la humanidad; porque, como las visiones personales del sueño, no merecen contarse en el encadenamiento de los hechos que forman la trama activa de la vida.

Gran civilización, gran pueblo —en la acepción que tiene valor para la historia—, son aquellos que, al desaparecer materialmente en el tiempo, dejan vibrante para siempre la melodía surgida de su espíritu y hacen persistir en la posteridad su legado imperecedero —según dijo Carlyle del alma de sus “héroes”—: *como una nueva y divina porción de la suma de las cosas*. Tal, en el poema de Goethe, cuando la Elena evocada del reino de la noche vuelve a descender al Orco sombrío, deja a Fausto su túnica y su velo. Estas vestiduras no son la misma deidad; pero participan, habiéndolas llevado ella consigo, de su alteza divina, y tienen la virtud de elevar a quien las posee por encima de las cosas vulgares.

Una sociedad definitivamente organizada que limite su idea de la civilización a acumular abundantes elementos de prosperidad, y su idea de la justicia a distribuirlos equitativamente entre los asociados, no hará de las ciudades donde habite nada que sea distinto, por esencia, del hormiguero o la colmena. No son bastantes, ciudades populosas, opulentas, magníficas, para probar la constancia y la intensidad de una civilización. La gran ciudad es, sin duda, un organismo necesario de la alta cultura. Es el ambiente natural de las más altas manifestaciones del espíritu. No sin razón ha dicho Quinet que “el alma que acude a beber fuerzas y energías en la íntima comunicación con el linaje humano, esa alma que constituye al grande hombre, no puede formarse y dilatarse en medio de los pequeños partidos de una ciudad pequeña”. — Pero así la grandeza cuantitativa de la población como la grandeza material de sus instrumentos, de sus armas, de sus habitaciones, son sólo *medios* del genio civilizador, y en ningún caso resultados en los que él pueda detenerse. — De las piedras que compusieron a Cartago, no dura una partícula transfigurada en espíritu y en luz. La inmensidad de Babilonia y de Nínive no representa en la memoria de la humanidad el hueco de una mano si se la compara con el espacio que va desde la Acrópolis al Pireo. — Hay una perspectiva ideal en la que la ciudad no aparece grande sólo porque prometa ocupar el área inmensa que había edificada en torno a la torre de Nemrod; ni aparece fuerte sólo porque sea capaz de levantar de nuevo ante sí los muros

babilónicos sobre los que era posible hacer pasar seis carros de frente; ni aparece hermosa sólo porque, como Babilonia, luzca en los paramentos de sus palacios losas de alabastro y se engrinalde con los jardines de Semíramis.

Grande es en esa perspectiva la ciudad cuando los arrabales de su espíritu alcanzan más allá de las cumbres y los mares, y cuando, pronunciado su nombre, ha de iluminarse para la posteridad toda una jornada de la historia humana, todo un horizonte del tiempo. La ciudad es fuerte y hermosa cuando sus días son algo más que la invariable repetición de un mismo eco, reflejándose indefinidamente de uno en otro círculo de una eterna espiral; cuando hay algo en ella que flota por encima de la muchedumbre; cuando entre las luces que se encienden durante sus noches está la lámpara que acompaña la soledad de la vigilia inquietada por el pensamiento y en la que se incuba la idea que ha de surgir al sol del otro día convertida en el grito que congrega y la fuerza que conduce las almas.

Entonces sólo, la extensión y la grandeza material de la ciudad pueden dar la medida para calcular la intensidad de su civilización. — Ciudades regias, soberbias aglomeraciones de casas, son para el pensamiento un cauce más inadecuado que la absoluta soledad del desierto, cuando el pensamiento no es el señor que las domina. — Leyendo al *Maud* de Ténnyson, hallé una página que podría ser el símbolo de este tormento del espíritu allí donde la sociedad humana es para él un género de soledad. — Presa de angustioso delirio, el héroe del poema se sueña muerto y sepultado, a pocos pies dentro de tierra, bajo el pavimento de una calle de Londres. A pesar de la muerte, su conciencia permanece adherida a los fríos despojos de su cuerpo. El clamor confuso de la calle, propagándose en sorda vibración hasta la estrecha cavidad de la tumba, impide en ella todo sueño de paz. El peso de la multitud indiferente gravita a toda hora sobre la triste prisión de aquel espíritu, y los cascos de los caballos que pasan parecen empeñarse en estampar sobre él un sello de oprobio. Los días se suceden con lentitud inexorable. La aspiración de Maud consistiría en hundirse más dentro, mucho más dentro, de la tierra. El ruido ininteligente del tumulto sólo sirve para mantener en su conciencia desvelada el pensamiento de su cautividad.

Existen ya, en nuestra América latina, ciudades cuya grandeza material y cuya suma de civilización aparente, las acercan

con acelerado paso a participar del primer rango en el mundo. Es necesario temer que el pensamiento sereno que se aproxime a golpear sobre las exterioridades fastuosas, como sobre un cerrado vaso de bronce, sienta el ruido desconsolador del vacío. Necesario es temer, por ejemplo, que ciudades cuyo nombre fué un glorioso símbolo en América; que tuvieron a Moreno, a Rivadavia, a Sarmiento; que llevaron la iniciativa de una inmortal Revolución; ciudades que hicieron dilatarse por toda la extensión de un continente, como en el armonioso desenvolvimiento de las ondas concéntricas que levanta el golpe de la piedra sobre el agua dormida, la gloria de sus héroes y la palabra de sus tribunos, — puedan terminar en Sidón, en Tiro, en Cartago.

A vuestra generación toca impedirlo; a la juventud que se levanta, sangre y músculo y nervio del porvenir. Quiero considerarla personificada en vosotros. Os hablo ahora figurándome que sois los destinados a guiar a los demás en los combates por la causa del espíritu. La perseverancia de vuestro esfuerzo debe identificarse en vuestra intimidad con la certeza del triunfo. No desmayéis en predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios.

Basta que el pensamiento insista en *ser* —en demostrar que existe, con la demostración que daba Diógenes del movimiento—, para que su dilatación sea ineluctable y para que su triunfo sea seguro.

El pensamiento se conquistará, palmo a palmo, por su propia espontaneidad, todo el espacio de que necesite para afirmar y consolidar su reino, entre las demás manifestaciones de la vida. — Él, en la organización individual, levanta y engrandece, con su actividad continuada, la bóveda del cráneo que le contiene. Las razas pensadoras revelan, en la capacidad creciente de sus cráneos, ese empuje del obrero interior. — Él, en la organización social, sabrá también engrandecer la capacidad de su escenario, sin necesidad de que para ello intervenga ninguna fuerza ajena a él mismo. — Pero tal persuasión, que debe defenderos de un desaliento cuya única utilidad consistiría en eliminar a los mediocres y los pequeños, de la lucha, debe preservaros también de las impacencias que exigen vanamente del tiempo la alteración de su ritmo imperioso.

Todo el que se consagre a propagar y defender, en la Amé-

rica contemporánea, un ideal desinteresado del espíritu —arte, ciencia, moral, sinceridad religiosa, política de ideas—, debe educar su voluntad en el culto perseverante del porvenir. El pasado perteneció todo entero al brazo que combate; el presente pertenece, casi por completo también, al tosco brazo que nivela y construye; el porvenir —un porvenir tanto más cercano cuanto más enérgicos sean la voluntad y el pensamiento de los que le ansian— ofrecerá, para el desenvolvimiento de superiores facultades del alma, la estabilidad, el escenario y el ambiente.

¿No la veréis vosotros, la América que nosotros soñamos; hospitalaria para las cosas del espíritu, y no tan sólo para las muchedumbres que se amparen a ella; pensadora, sin menoscabo de su aptitud para la acción; serena y firme a pesar de sus entusiasmos generosos; resplandeciente con el encanto de una seriedad temprana y suave, como la que realza la expresión de un rostro infantil cuando en él se revela, al través de la gracia intacta que fulgura, el pensamiento inquieto que despierta? . . . — Pensad en ella a lo menos; el honor de vuestra historia futura depende de que tengáis constantemente ante los ojos del alma la visión de esa América regenerada, cerniéndose de lo alto sobre las realidades del presente, como en la nave gótica el vasto rosetón que arde en luz sobre lo austero de los muros sombríos. — No seréis sus fundadores, quizá; seréis los precursores que inmediatamente la precedan. En las sanciones glorificadoras del futuro hay también palmas para el recuerdo de los precursores. Edgard Quinet, que tan profundamente ha penetrado en las armonías de la historia y la naturaleza, observa que para preparar el advenimiento de un nuevo tipo humano, de una nueva unidad social, de una personificación nueva de la civilización, suele precederles de lejos un grupo disperso y prematuro, cuyo papel es análogo en la vida de las sociedades al de las *especies proféticas* de que a propósito de la evolución biológica habla Héer. El tipo nuevo empieza por significar, apenas, diferencias individuales y aisladas; los individualismos se organizan más tarde en "variedad"; y por último, la variedad encuentra para propagarse un medio que la favorece, y entonces ella asciende quizá al rango específico: entonces —digámoslo con las palabras de Quinet— *el grupo se hace muchedumbre, y reina.*

He ahí por qué vuestra filosofía moral en el trabajo y el combate debe ser el reverso del *carpe diem* horaciano; una filo-

sofía que no se adhiera a lo presente sino como al peldaño donde afirmar el pie o como a la brecha por donde entrar en muros enemigos. No aspiraréis, en lo inmediato, a la consagración de la victoria definitiva, sino a procuraros mejores condiciones de lucha. Vuestra energía viril tendrá con ello un estímulo más poderoso; puesto que hay la virtualidad de un interés dramático mayor, en el desempeño de ese papel, activo esencialmente, de renovación y de conquista, propio para acrisolar las fuerzas de una generación heroicamente dotada, que en la serena y olímpica actitud que suelen las edades de oro del espíritu imponer a los oficiantes solemnes de su gloria. — “No es la posesión de los bienes —ha dicho profundamente Taine, hablando de las alegrías del Renacimiento—; no es la posesión de bienes, sino su adquisición, lo que da a los hombres el placer y el sentimiento de su fuerza”.

Acaso sea atrevida y candorosa esperanza creer en un aceleramiento tan continuo y dichoso de la evolución, en una eficacia tal de vuestro esfuerzo, que baste el tiempo concedido a la duración de una generación humana para llevar en América las condiciones de la vida intelectual, desde la incipencia en que las tenemos ahora, a la categoría de un verdadero interés social y a una cumbre que de veras domine. — Pero donde no cabe la transformación total, cabe el progreso; y aun cuando supierais que las primicias del suelo penosamente trabajado, no habrían de servirse en vuestra mesa jamás, ello sería, si sois generosos, si sois fuertes, un nuevo estímulo en la intimidad de vuestra conciencia. La obra mejor es la que se realiza sin las impacencias del éxito inmediato; y el más glorioso esfuerzo es el que pone la esperanza más allá del horizonte visible; y la abnegación más pura es la que se niega en lo presente, no ya la compensación del lauro y el honor ruidoso, sino aun la voluptuosidad moral que se solaza en la contemplación de la obra consumada y el término seguro.

Hubo en la antigüedad altares para los “dioses ignorados”. Consagrad una parte de vuestra alma al porvenir desconocido. A medida que las sociedades avanzan, el pensamiento del porvenir entra por mayor parte como uno de los factores de su evolución y una de las inspiraciones de sus obras. Desde la imprevisión obscura del salvaje, que sólo divisa del futuro lo que falta para el terminar de cada período de sol y no concibe cómo los días que vendrán pueden ser gobernados en parte desde el presente,

hasta nuestra preocupación solícita y previsora de la posteridad, media un espacio inmenso, que acaso parezca breve y miserable algún día. Sólo somos capaces de progreso en cuanto lo somos de adaptar nuestros actos a condiciones cada vez más distantes de nosotros, en el espacio y en el tiempo. La seguridad de nuestra intervención en una obra que haya de sobrevivirnos, fructificando en los beneficios del futuro, realza nuestra dignidad humana, haciéndonos triunfar de las limitaciones de nuestra naturaleza. Si, por desdicha, la humanidad hubiera de desesperar definitivamente de la inmortalidad de la conciencia individual, el sentimiento más religioso con que podría sustituirla sería del que nace de pensar que, aun después de disuelta nuestra alma en el seno de las cosas, persistiría en la herencia que se transmiten las generaciones humanas lo mejor de lo que ella ha sentido y ha soñado, su esencia más íntima y más pura, al modo como el rayo lumínico de la estrella extinguida persiste en lo infinito y desciende a acariciarnos con su melancólica luz.

El porvenir es en la vida de las sociedades humanas el pensamiento idealizador por excelencia. De la veneración piadosa del pasado, del culto de la tradición, por una parte, y por la otra del atrevido impulso hacia lo venidero, se compone la noble fuerza que, levantando el espíritu colectivo sobre las limitaciones del presente, comunica a las agitaciones y los sentimientos sociales un sentido ideal. Los hombres y los pueblos trabajan, en sentir de Fouillée, bajo la inspiración de las ideas, como los irracionales bajo la inspiración de los instintos; y la sociedad que lucha y se esfuerza, a veces sin saberlo, por imponer una idea a la realidad, imita, según el mismo pensador, la obra instintiva del pájaro que, al construir el nido bajo el imperio de una imagen interna que le obsede, obedece a la vez a un recuerdo inconsciente del pasado y a un presentimiento misterioso del porvenir.

Eliminando la sugestión del interés egoísta, de las almas, el pensamiento inspirado en la preocupación por destinos ulteriores a nuestra vida, todo lo purifica y serena, todo lo ennoblece; y es un alto honor de nuestro siglo el que la fuerza obligatoria de esa preocupación por lo futuro, el sentimiento de esa elevada imposición de la dignidad del ser racional, se hayan manifestado tan claramente en él, que aun en el seno del más absoluto pesimismo, aun en el seno de la amarga filosofía que ha traído a la civilización occidental, dentro del loto de Oriente, el amor de la diso-

lución y la nada, la voz de Hartmann ha predicado, con la apariencia de la lógica, el austero deber de continuar la obra del perfeccionamiento, de trabajar en beneficio del porvenir, para que, acelerada la evolución por el esfuerzo de los hombres, llegue ella con más rápido impulso a su término final, que será el término de todo dolor y toda vida.

Pero no, como Hartmann, en nombre de la muerte, sino en el de la vida misma y la esperanza, yo os pido una parte de vuestra alma para la obra del futuro. — Para pedirlo, he querido inspirarme en la imagen dulce y serena de mi Ariel. — El bondadoso genio en quien Shakespeare acertó a infundir, quizá con la divina inconsciencia frecuente en las adivinaciones geniales, con la divina inconsciencia frecuente en las adivinaciones geniales, tan alto simbolismo, manifiesta claramente en la estatua su significación ideal, admirablemente traducida por el arte en líneas y contornos. Ariel es la razón y el sentimiento superior. Ariel es este sublime instinto de perfectibilidad, por cuya virtud se magnifica y convierte en centro de las cosas, la arcilla humana a la que vive vinculada su luz, — la *miserable arcilla* de que los genios de Arimanes hablaban a Manfredo. Ariel es, para la naturaleza, el excelso coronamiento de su obra, que hace terminarse el proceso de ascensión de las formas organizadas, con la llamarada del espíritu. Ariel triunfante, significa idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres. — Él es el héroe epónimo en la epopeya de la especie; él es el inmortal protagonista; desde que con su presencia inspiró los débiles esfuerzos de racionalidad del hombre prehistórico, cuando por primera vez dobló la frente obscura para labrar el pedernal o dibujar una grosera imagen en los huesos de reno; desde que con sus alas avivó la hoguera sagrada que el arya primitivo, progenitor de los pueblos civilizadores, amigo de la luz, encendía en el misterio de las selvas del Ganges, para forjar con su fuego divino el cetro de la majestad humana, — hasta que, dentro ya de las razas superiores, se cierne, deslumbrante, sobre las almas que han extralimitado las cimas naturales de la humanidad; lo mismo sobre los héroes del pensamiento y del ensueño que sobre los de la acción y el sacrificio; lo mismo sobre Platón en el promontorio del Súnium, que sobre San Francisco de Asís en la soledad de Monte Alburnia. — Su fuerza incontrastable tiene por impulso todo el movimiento ascendente de la vida. Vencido una

y mil veces por la indomable rebelión de Calibán, proscrito por la barbarie vencedora, asfixiado en el humo de las batallas, manchadas las alas transparentes al rozar el "eterno estercolero de Job", Ariel resurge inmortalmente, Ariel recobra su juventud y su hermosura, y acude ágil, como al mandato de Próspero, al llamado de cuantos le aman e invocan en la realidad. Su benéfico imperio alcanza, a veces, aun a los que le niegan y le desconocen. Él dirige a menudo las fuerzas ciegas del mal y la barbarie para que concurren, como las otras, a la obra del bien. Él cruzará la historia humana, entonando, como en el drama de Shakespeare, su canción melodiosa, para animar a los que trabajan y a los que luchan, hasta que el cumplimiento del plan ignorado a que obedece, le permita —cual se liberta, en el drama, del servicio de Próspero— romper sus lazos materiales y volver para siempre al centro de su lumbre divina.

Aún más que para mi palabra, yo exijo de vosotros un dulce e indeleble recuerdo para mi estatua de Ariel. Yo quiero que la imagen leve y graciosa de este bronce se imprima desde ahora en la más segura intimidad de vuestro espíritu. — Recuerdo que una vez que observaba el monetario de un museo, provocó mi atención en la leyenda de una vieja moneda la palabra *Esperanza*, medio borrada sobre la palidez decrépita del oro. Considerando la apagada inscripción, yo meditaba en la posible realidad de su influencia. ¿Quién sabe qué activa y noble parte sería justo atribuir, en la formación del carácter y en la vida de algunas generaciones humanas, a ese lema sencillito actuando sobre los ánimos como una insistente sugestión? ¿Quién sabe cuántas vacilantes alegrías persistieron, cuántas generosas empresas maduraron, cuántos fatales propósitos se desvanecieron, al chocar las miradas con la palabra alentadora, impresa, como un gráfico grito, sobre el disco metálico que circuló de mano en mano? . . . Pueda la imagen de este bronce —troquelados vuestros corazones con ella— desempeñar en vuestra vida el mismo inaparente pero decisivo papel. Pueda ella, en las horas sin luz del desaliento, reanimar en vuestra conciencia el entusiasmo por el ideal vacilante, devolver a vuestro corazón el calor de la esperanza perdida. Afirmado primero en el baluarte de vuestra vida interior, Ariel se lanzará desde allí a la conquista de las almas. Yo le veo, en el porvenir, sonriéndoos con gratitud, desde lo alto, al sumergirse en la sombra vuestro espíritu. Yo creo en vuestra voluntad, en vuestro esfuer-

zo; y más aún, en los de aquellos a quienes daréis la vida y transmitiréis vuestra obra. Yo suelo embriagarme con el sueño del día en que las cosas reales harán pensar que la Cordillera que se yergue sobre el suelo de América ha sido tallada para ser el pedestal definitivo de esta estatua, para ser el ara inmutable de su veneración!

Así habló Próspero. — Los jóvenes discípulos se separaron del maestro después de haber estrechado su mano con afecto filial. De su suave palabra, iba con ellos la persistente vibración en que se prolonga el lamento del cristal herido, en un ambiente sereno. Era la última hora de la tarde. Un rayo del moribundo sol atravesaba la estancia, en medio de discreta penumbra, y tocando la frente de bronce de la estatua, parecía animar en los altivos ojos de Ariel la chispa inquieta de la vida. Prolongándose luego, el rayo hacía pensar en una larga mirada que el genio, prisionero en el bronce, enviase sobre el grupo juvenil que se alejaba. — Por mucho espacio marchó el grupo en silencio. Al amparo de un recogimiento unánime se verificaba en el espíritu de todos ese fino destilar de la meditación, absorta en cosas graves, que un alma santa ha comparado exquisitamente a la caída lenta y tranquila del rocío sobre el vellón de un cordero. — Cuando el áspero contacto de la muchedumbre les devolvió a la realidad que les rodeaba, era la noche ya. Una cálida y serena noche de estío. La gracia y la quietud que ella derramaba de su urna de ébano sobre la tierra, triunfaban de la prosa flotante sobre las cosas dispuestas por manos de los hombres. Sólo estorbaba para el éxtasis la presencia de la multitud. Un sople tibio hacía estremecerse el ambiente con lánguido y delicioso abandono, como la copa trémula en la mano de una bacante. Las sombras, sin ennegrecer el cielo purísimo, se limitaban a dar a su azul el tono obscuro en que parece expresarse una serenidad pensadora. Esmaltándolas, los grandes astros centelleaban en medio de un cortejo infinito; Aldebarán, que ciñe una púrpura de luz; Sirio, como la cavidad de un nielado cáliz de plata volcado sobre el mundo; el Crucero, cuyos brazos abiertos se tienden sobre el suelo de América como para defender una última esperanza...

Y fué entonces, tras el prolongado silencio, cuando el más joven del grupo, a quien llamaban "Enjolrás" por su ensimisma-

miento reflexivo, dijo, señalando sucesivamente la perezosa ondulación del rebaño humano y la radiante hermosura de la noche:

—Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y obscura, como tierra del surco, algo desciende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador.

1900.



## MONTALVO<sup>1</sup>

### I

Donde las dos hileras de los Andes del Ecuador se aproximan convergiendo al nudo de Pasto, reúnen como una junta de volcanes, sin igual en el mundo, por lo aglomerados y lo ingentes. Allí, rivalizando en altura y majestad, el Chimborazo, el Cotopaxi, el Tunguragua, el Antisana...; y la plutónica asamblea se extiende a la redonda por la vasta meseta que le sirve de Foro; pero no sin que, de trecho en trecho, aquella tierra inflamada, como anhelosa de dar tregua a tanta grandeza y tanta austeridad, se abra en un fresco y delicioso valle, donde vuelca de un golpe todas las gracias que ha escatimado en las alturas, y se aduerme a la sombra de una vegetación que colora, con la luz de los trópicos, sus jardines de magia.

En el fondo de uno de esos valles, mirando cómo se alzan, a un lado, el Chimborazo, que asume en una calma sublime la monarquía de las cumbres; al otro, el Cotopaxi, que inviste el principado de las que se dilatan al oriente; y más de cerca, y a esta misma parte oriental, el Tunguragua; en medio de pingües campos de labor y sotos florentísimos, cuyas márgenes besa la limpia corriente de un riachuelo, prendido todavía a las faldas de la cumbre materna, tiene su asiento una ciudad pequeña y graciosa, que llaman Ambato. Esta ciudad gozó, desde los tiempos coloniales, cierto renombre *geórgico* e idílico. Celebrábanse la pureza de sus aires, la delicadeza de sus frutas, la abundancia de sus cosechas, y era fama que en ella amasaban un pan tan blanco y exquisito, que en ninguna otra parte lograban imitarlo, ni aun cuando llevasen de allí mismo el agua y la harina. Alguna

<sup>1</sup> De *Hombres de América*.

vez, sintió caer sobre sí la garra del vecino volcán; pero pronto resurgió a su vida de paz y sencillez bucólica, y de esta humilde sencillez no hubiera pasado, si no le reservase el porvenir una notoriedad más ilustre que aquélla, primitiva y cándida, ganada con su blanco pan y el fruto de sus vergeles y sus huertas. Habíala señalado el destino para cuna de uno de esos hombres que ennoblecen el obscuro y apartado lugar donde vinieron al mundo, y que atraen sobre él un interés que no pudieron darle, rodando al olvido, silenciosas, las diez o las cien generaciones que les precedieron. En aquella ciudad nació Montalvo; allí reunió en una sola personalidad Naturaleza el don de uno de los artífices más altos que hayan trabajado en el mundo la lengua de Quevedo, y la fe de uno de los caracteres más constantes que hayan profesado en América el amor de la libertad.

Si, con la idea emersoniana de los hombres representativos, se buscara cifrar en sendas figuras personales las energías superiores de la conciencia hispanoamericana durante el primer siglo de su historia, nadie podría disputar a Montalvo la típica representación del Escritor, en la integridad de facultades y disciplinas que lo cabal del título supone. Fué el Escritor entre los nuestros, porque, a la vez que la insuperada aptitud, tuvo, en grado singular y rarísimo dentro de una cultura naciente, la religiosidad literaria; la vocación de la literatura, con el fervor, con la perseverancia, con los respetos y cuidados, de una profesión religiosa. Al elemento inconsciente, activo y eficaz en su inspiración de escritor, se unía un elemento consciente y reflexivo, que nutre sus raíces en el mucho saber y en el acrisolado dominio de su arte. Este fecundo consorcio imprime a Montalvo sello único como prosista americano de su tiempo. Condición de toda literatura americana había sido, hasta entonces, la discordia entre las dos potencias de que depende la entereza y constancia de la obra: la que da de sí la centella elemental y la que preside la ejecución perfecta y madura. Los dos tipos intelectuales antagónicos que respectivamente las personifican, en su oposición más extrema, son aquellos a quienes puso frente a frente, cuando la repercusión de las guerras del romanticismo, la escena literaria de Santiago de Chile; Sarmiento, poderoso y genial, pero de cultura inconexa y claudicante, de gusto semibárbaro, de producción atropellada y febril; don Andrés Bello, de firme y armónica cultura, de acrisolado gusto, de magistral y bien trabada dialéctica, pero falto de aliento creador

y de unción y arranque en el estilo: doctor ilustre a quien si, en verso y prosa, visitaba a veces la gracia, no es aquella que recuerda, por su divinidad, al don teológico. Es menester llegar hasta Montalvo para hallar, entre nuestros escritores, uno en quien se consume el abrazo conyugal de ambas potencias. La obra suya las muestra amorosamente enlazadas, dejando admirar, aunque no siempre en proporción igual y concorde, la inspiración y el arte; la fuerza interna y la habilidad primorosa; la minuciosidad sutil del mosaísta y el aliento vulcánico del forjador.

Mientras en sus procedimientos de artífice se manifiesta lo refinado, lo complejo, hay en su naturaleza de combatiente y de entusiasta, mucho de empuje primitivo e indómito, de heroica y candorosa energía. En la flor de aticismo del humanista aclimatado trasciende la crudeza del terruño de América. Y el efecto es una originalidad sujeta a números y tiempos, pero no domeñada, que, como carácter literario, no tiene semejante en la América de nuestro idioma, y que habrá ocasión de definir más ampliamente en otras partes de este estudio.

Nació don Juan Montalvo en 1833, de familia hidalga por el origen y el crédito. Don Marcos Montalvo, su padre, hombre de temple enérgico y tenaz, procedía de un pueblo del Chimborazo; doña Josefa Villacreces, su madre, de viejo solar ambateño. Tuvo hermanos en quienes las prendas del entendimiento fueron grandes y ejemplar el carácter cívico. Su niñez fué concentrada y *piensosa*: el espectáculo de una naturaleza donde está perenne lo sublime le educó en el gusto de la soledad. Pasó a Quito en la adolescencia, y las aulas del Colegio de San Fernando vieron formarse y desplegarse aquella viva llama de su espíritu. Las letras clásicas, la historia, la filosofía moral, determinaron, desde el primer momento, los rumbos de su vocación. De estudios jurídicos cursó un año; pero si no se adhirió a ellos por inclinación profesional, los prefirió y cultivó siempre en lo que se relaciona con los principios del Derecho y con el gobierno de las sociedades. Cuando la reorganización liberal que tuvo por punto de partida la revolución de 1851, la juventud de la época se congregó en un centro literario y político, donde templó Montalvo sus primeras armas de escritor. Pero para pasar de este punto a su vida y mostrarle descubriendo ya su originalidad y su grandeza, será bien que esboce antes la sociedad en cuyo seno se formó y a la que ha-

bían de aplicarse, en reacción heroica y genial, las fuerzas de su espíritu.

## II

Sesenta leguas de camino abrupto y penoso apartaban del mar y de la comunicación con el mundo el encumbrado asiento de Quito, la vieja corte de Atahualpa, convertida luego, de presidencia sujeta a los virreyes de la Nueva Granada, en cabeza de una de las tres partes de Colombia, y, finalmente, en capital de república.

Se levanta la ciudad sobre las faldas del Pichincha. El paisaje, en torno, abrumador de grandeza, como en toda aquella maravillosa región; el cielo, purísimo en sus calmas, eléctrico y desbordado en la tormenta; el clima, suave aunque con más inclinación de frío. La población, estacionaria desde el tiempo de la colonia, llegaba apenas a los treinta y cinco mil habitantes. De ellos, sólo una octava parte era de blancos; de indios o mestizos los demás. En suelo de ríscosa aspereza, entre quebradas que taján con súbita energía la roca volcánica, está puesta la ciudad, cuyas calles, de violentos declives, no consentían tránsito de carros ni coches, lo que volvía el silencio más constante y la quietud más campesina. Casas comúnmente de barro, con techumbre de teja; pobres, como si las humillara la perenne amenaza del temblor, parecían arrodilladas a la sombra tutelar de los conventos, numerosos, ingentes, los más ricos y amplios del Nuevo Mundo. Acá, el de la Compañía, con su fachada primorosa, del gusto plateresco, para la que no había rival en edificio americano; allá, el de San Francisco, monumental también y suntuoso; y a una y otra parte, el de Santo Domingo, el de la Concepción, el del Carmen, el de la Merced, el de Santa Clara, el de San Agustín. . . Adentro de esos muros convergía toda autoridad, todo pensamiento y toda vida. Las campanas son lo único que suena alto en la ciudad. El depósito de cultura es la biblioteca del convento. La Universidad es una rama que se desprende y vive de ese tronco común. A aquellos claustros se acogerá, cuando haya menester de retiro espiritual, el vecino de solar conocido que cruza, envuelto en su capa, por las calles, donde indios de embotada expresión pasan llevando a las espaldas la carga de leña o de hortaliza,

o el cántaro de agua. Sobre esta plebe indígena reposa todo trabajo servil. Los días de mercado, en la plaza de San Francisco, ella despliega, en curiosa muchedumbre, su originalidad de color; circulantes o sentados debajo de estrechos toldos, los vendedores, indios de la ciudad o del contorno, cuyos trajes de tintas vistosas se mezclan en pintoresco desconcierto, como la variedad de sus mercaderías: los cestos de junco, las tinajas, los pulidos juguetes de corozo, las flautas y vihuelas en que ha de infundirse el alma del pueblo, las tortas de maíz, la caña de azúcar, las fragantes frutas del valle. . . Este comercio bullicioso no tiene correspondencia en cuanto al trabajo del espíritu: la comunicación de las ideas carece, o poco menos, de sus órganos elementales. La librería no existe; la imprenta apenas trabaja. En las tiendas de paños suele venderse, por añadidura, algún libro de oraciones, o algún compendio para la enseñanza. Durante el gobierno liberal de Rocafuerte, de 1835 a 1839, no salió a luz un solo periódico. Publicar un cuaderno impreso es empeño erizado de dificultades.

La vida es triste y monótona. La diversión de la clase culta no pasa de las tertulias de confianza que alguna vez se remontan a saraos; la del pueblo, de las lidias de toros, con bárbaros retoques de invención local, y las riñas de gallos. Pero la diversión suprema, como la suprema meditación, como el arte sumo, se identifican y confunden con la devoción religiosa. El espectáculo por excelencia es el culto. Las fiestas eclesiásticas revisten fausto imponente: la plata, el oro, las piedras preciosas, apuran sus luces en la gloria del altar; muchedumbre de sacerdotes oficia acompañada de ejércitos de acólitos. En las parroquias, es uso realzar las misas solemnes, originales, pomposas, que se suceden a cortos plazos, haciendo de la ciudad como un teatro a pleno sol, donde se representasen graves juegos escénicos: así, la de Viernes Santo, grandiosa mascarada sacra, en la que el pueblo entero ondula componiendo como una plástica y animada alegoría de la Pasión; figurados los actores del drama sublime con disfraces de respeto o de escarnio, o con imágenes de bulto, que se llevan en andas entre el bosque de luces de las miríadas de cirios ardientes. En la procesión de Corpus, indios contratados para este fin, y que llaman *danzantes*, marchan siguiendo con pasos de baile el compás musical. Allí la danza misma recobra su primitivo carácter hierático, como en el tiempo en que David iba danzando delante del arca. Para el día de Reyes, la costumbre popular consagra cierto

género de candorosas representaciones, donde se asocian, como en las primeras fiestas de Dionisos y como en el amanecer del teatro moderno, la imaginación religiosa y el rudo instinto teatral: infantiles *autos* o burdos *misterios*, que consisten en simular, sobre tabladitos al aire libre, el palacio de Herodes, el portal de Belén y la entrada de los Magos, librando a la espontaneidad de los groseros intérpretes el bordado de la acción, que se colora de inocente bufonería como de polichinela o *bululú*.

La mortificación voluntaria, el ofrecimiento exaltado del dolor en acto público y edificante, son complementos que no faltan a esa religiosidad primitiva: siguiendo el paso de las procesiones, marchan los que a sí mismos se flagelan; los que van arrastrando gruesas vigas, sujetas a los brazos por ligaduras que revientan las carnes; los que llevan a cuestras cargas de ramas espinosas, que desgarran sus espaldas desnudas.

Ese pueblo era instintivo artista; conciliaba con su monacal austeridad, el sentido del color, de la melodía y de los trabajos en que entra, como parte fundamental o accesoria, un objeto de belleza y agrado. El don visual se manifestaba ya por el donaire en el vestir, común en el quiteño, con la habilidad para elegir y casar los tonos. De lejano tiempo, florecía en la ciudad toda una escuela de pintores, la "escuela de Quito", que proveía de telas religiosas a los altares de las iglesias, los claustros de los monasterios y los estrados de las casas principales. Uno de estos pintores, Miguel de Santiago, anima la crónica colonial del siglo xvii con su existencia, mitad de turbulento aventurero, mitad de fino artista, a imagen de las del Renacimiento italiano. Había también una tradición de escultura, con sus estatuarios y plateros. La afición a lo plástico y figurativo tenía su infantil esbozo popular en la muchedumbre de las toscas imágenes vestidas, que, mostrando la candorosa maña del indio, comparecían en toda ocasión, para realzar la curiosidad de las fiestas y el aparato de las procesiones. Un arte menos rudo daba muestra de sí en los juguetes y figuritas de talla que se labraban de marfil vegetal. En Cuenca se trabajaba bien la alfarería, y se trataba delicadamente el mármol y el carey. Los galones de oro, de plata y de seda que se bordaban en Quito, tenían nota de primorosos; y en ésa y las demás poblaciones serraniegas, la mano de la mujer era hábil en toda suerte de labores y encajes. De los telares de Otavalo salían, desde el tiempo colonial, alfombras, colgaduras, tapices y chales de finos

colores, que gozaban extendida fama. Allí mismo, los dedos del indio tejían graciosas canastillas de adorno. En nuestros días, los carpinteros de Guayaquil, donde las casas son de madera, lucen su natural disposición esculpiendo, sin arte adquirido y con instrumentos vulgares, fachadas de hermosa apariencia. Pero el don más espontáneo y difundido, es el musical. El indio es delicado músico. El arpa, invención de su raza, que tiene en su rústico albergue; la flauta y la vihuela que le ha comunicado el español, son dulces alivios suyos. En el silencio de la noche, el viajero que, andando por los caminos de la sierra, pasa junto a la cabaña del cholo, o que, en las poblaciones, se va acercando al arrabal, oye un suave tañer, que acaso se acompaña de una trova inventada o aprendida. Es música triste y querrellosa; es el hondo plañir del *yaraví*, la melodía que, en toda la extensión del destruido imperio del inca, entrega a los vientos de los Andes las quejas de una raza marcada con los estigmas del martirio y de la servidumbre.

La tristeza, una tristeza que se exhala, en ráfagas perdidas, sobre un fondo de insensibilidad y como hechizamiento, es el poso del alma del indio. Es triste esa vasta plebe cobriza, caldera donde se cuece toda faena material, escudo para todo golpe; y aun más que triste, sumisa y apática. El implacable dolor, el oprobio secular, le han gastado el alma y apagado la expresión del semblante. El miedo, la obediencia, la humildad, son ya los únicos declives de su ánimo. Por calles y campañas, vestido de la cuzma de lana que, dejando los brazos desnudos, le cubre hasta las rodillas, el indio saluda como a su señor natural al blanco, al mestizo, al mulato, y aun al negro; y sin más que hablarle en son de mando, ya es el siervo de cualquiera. Poco es lo que come: un puñado de polvo de cebada o de maíz hervido, para todo el día; y por vino, un trago de la chicha de jora, que es un fermento de maíz. No cabe condición humana más miserable y afrentosa que la del indio en los trabajos del campo. La independencia dejó en pie, y lo estará hasta 1857, el tributo personal de las mitas, iniquidad de la colonia: un reclutamiento anual toma de los indígenas de cada pueblo el número requerido para cooperar, durante el año, al trabajo de las minas, de las haciendas de labranza o de ganado, y de los talleres donde se labra la tela de tocuyo. Al indio de esta manera obligado se le llama *concierto*. Las formas en que satisface su tributo son las de la más cruda esclavitud. Sobre el

páramo glacial, sobre la llanura calcinada, hay un perenne y lento holocausto, que es la vida del indio, pastor o labrador. El ramal de cuero que ondea en la mano del capataz, está rebozado de la sangre del indio. Azotes si la simiente se malogra, si el cóndor le arrebatara la res, si la oveja se descarría, si la vaca amengua su leche. Gana de jornal el indio un real y medio; cuando la necesidad le hostiga, recurre al anticipo con que le tienta el amo, y así queda uncido hasta la muerte; muriendo deudor, el trabajo del hijo, monstruosidad horrenda, viene a redimir la deuda del padre. En tiempo de escasez, apenas se alimenta al *concierto*, o se le alimenta de la res que se infesta, del maíz que se daña. Si de esto que ocurre a pleno sol, se pasa al encierro de la mina, o al no más blando encierro del obraje, el cuadro es aún más aciago y lúgubre. El hambre, los azotes, el esfuerzo brutal, han envilecido al indio de alma y de cuerpo. Cuando bárbaro, es hermoso y fuerte; en la sujeción servil su figura merma y se avillana. Abundan, entre los indígenas de las poblaciones, los lisiados y los dementes.

Quien consulta las *Noticias secretas*, de Juan y Ulloa, donde el régimen de las mitas está pintado como era en los últimos tiempos de la colonia y como, sin esencial diferencia, fué hasta intermediar el siglo XIX, siente esa áspera tristeza que nace de una clara visión de los abismos de la maldad humana. Indios remisos eran arrastrados a la horrible prisión de los talleres, atándolos del pelo a la cola del caballo del enganchador. De los forzados a esta esclavitud miserable iban diez y volvía uno con vida. Para atormentar al mitayo en lo que le quedara de estimación de sí mismo, solían castigarle cortándole de raíz la melena, que para él era el más atroz de los oprobios. Toda esta disciplina de dolor ha criado, en el alma del indio, no sólo la costumbre, sino también como la necesidad del sufrimiento. Cuando le tratan con dulzura, cae en inquieto asombro y piensa que le engañan. En cambio, se acomoda a los más crueles rigores de la tiranía, con la mansedumbre, entre conmovedora y repugnante, de los perros menospreciados y golpeados. El cholito sirviente se amohina, y a veces huye de la casa, si transcurre tiempo sin que le castiguen. Cuando la abolición del inicuo tributo personal, bajo el gobierno de Robles, muchos eran los indios que se espantaban de ella, como si se vulnerase una tradición veneranda, y sentían nostalgias de la servidumbre. Fuera del acicate y el fustazo del castigo, el indio

es indolente y lánguido. No hay promesa en que crea, ni recompensa que le incite. El trabajo, como actividad voluntaria y ennobecedora, no cabe en los moldes de su entendimiento. Noción de derechos, amor de libertad, no los tiene. El movimiento de emancipación respecto de España, en el generoso e infortunado alzamiento de 1809, como en la efímera declaración de independencia de dos años después, y finalmente en la adhesión al impulso triunfal de las huestes de Bolívar, fué la obra de la fracción de criollos arraigados y cultos, en quienes la aspiración a ser libres era el sentimiento altivo de la calidad y como del fuero. De la rivalidad tradicional, en los hidalgos de las ciudades, entre chape-tones y criollos, se alimentaron la idea y la pasión de la patria. La muchedumbre indígena quedó por bajo de la idea y de la pasión, aunque se la llevara a pagar, en asonadas y en ejércitos, su inamortizable cuota de sangre. La libertad plebeya no tuvo allí la encarnación heroica y genial que tomó esculturales lineamientos en el *gaucho* del Plata y en el *llanero* de otras partes de Colombia. Muchos años después de la Revolución, aún solía suceder que el indio gañán de las haciendas, ignorante de la existencia de la patria, pensase que la mita, a que continuaba sujeto, se le imponía en nombre del Rey.

La Revolución, que no se hizo por el indio, aun menos se hizo para él: poquísimos modificó su suerte. En la república, el indio continuó formando la casta conquistada: el barro vil sobre que se asienta el edificio social. El mestizo tiende a negar su mitad de sangre indígena, y se esfuerza como en testimoniar con su impiedad filial la pureza de su alcurnia. Los clérigos aindiados difícilmente llegan a los beneficios; la Universidad, para el de raza humilde, es madrastra. El indio de la plebe, como una bestia que ha mudado de dueño, ve confirmada su condición de ilota. En las calles, el rapaz turbulento le mortifica y le veja; el negro esclavo, cuando las faenas de la casa le agobian, echa mano del indio transeúnte y le fuerza a que trabaje por él. La crueldad, que tal vez se ha mitigado en las leyes, persevera en las costumbres. Pasó la garra buitrera del corregidor, como antes la vendimia de sangre del encomendero; pero el látigo queda para el indio en la diestra del mayordomo de la hacienda, del maestro del obraje, del "alcalde de doctrina", del cura zafio y mandón, que también acierta a ser verdugo. Hanle enseñado sus tiranos a que, luego que le azoten, se levante a besar la mano del azotador y le diga:

"Dios se lo pague"; y si la mano que se ha ensañado en sus espaldas es la del negro esclavo, por cuenta de su señor, o de su propio odio y maldad, el indio, el pobre indio de América, besa la mano del esclavo. . . Tal permanece siendo su noche, en cuyas sombras la vida del espíritu no enciende una estrella de entusiasmo, de anhelo, ni siquiera de pueril curiosidad. La promesa vana, la mentira, engendros sórdidos de la debilidad y del miedo, son las tímidas defensas con que procura contener el paso a los excesos del martirio. La esperanza del cielo no le sonríe, porque no conoce su aroma, y la religión en que le instruyen no es más que una canturía sin unción. La muerte ni le regocija, ni le apena. Sólo la efímera exaltación de la embriaguez evoca de lo hondo de esa alma maleficiada por la servidumbre, larvas, como entumidas, de atrevimiento y de valor; fantasmas iracundos que representan, sobre el relámpago de locura, su simulacro de vindicta.

Sobre este mísero fundamento de democracia, la clase directora, escasa, dividida, y en su mayor parte, inhabilitada también, por defectos orgánicos, para adaptarse a los usos de la libertad. Lo verdaderamente emancipado, lo capaz de gobierno propio, no forma número ni fuerza apreciable. Hay en aquellas tierras unos termites o carcomas que llaman *comejenes*: en espesos enjambres se desparraman por las casas; anidan en cuanto es papel o madera, aun la más dura, y todo lo roen y consumen por dentro, de modo que del mueble, del tabique, del libro, en apariencia ilesos, queda, finalmente, un pellejo finísimo, una forma vana, que al empuje del dedo cae y se deshace. Si hay expresiva imagen de aquella minoría liberal y culta, con que se compuso allí, como más o menos en lo demás de la América española, la figura de una civilización republicana, es la capa falaz del objeto ahuecado por el termite.

El entono hidalguesco, cifrado en el lustre de la cuna o la excelencia de la profesión, se mantenía en toda la pureza de la tradición española, ya con la preeminencia de las familias descendientes de los fundadores de ciudades y los dignatarios de la colonia, ya con la aureola aristocrática del clero, de las armas y de los grandes académicos. Cualquiera ocupación de otro orden, trae *diminutio capiti*; el trabajo industrial, las artes mecánicas, son cosas que se relegan a indios y mestizos, o a la poca inmigración de extranjeros. La riqueza territorial, vinculada de hecho en la sociedad de raíces coloniales, se distribuye en muy contadas

manos. Aquella montaña, maravilla de la Naturaleza; aquel llano a que no encuentra fin el galope del caballo; aquel valle que daría pan para un Imperio, son, a menudo, propiedad de un solo hombre, pingüe patrimonio feudal donde las encorvadas espaldas del indígena representan las del villano que satisface sus prestaciones al señor. Un clero innumerable, repartido entre la población de los conventos y la muchedumbre de los clérigos seculares, pulula con el permanente hervor de la planta asaltada de hormigas. Inteligencia, virtud, suelen mover, si se la disgrega en personas, esa incontestable fuerza; pero de ordinario la mueven vulgaridad de espíritu, pasión fanática, sensualidad y codicia que arrebatada, en derechos y priestazgos, al dinero del indio, las heces que haya dejado la usura del patrono.

En inmediata jerarquía, el abogado; el abogado hábil y único para toda maestría del entendimiento; político, escritor, poeta, orador, perito en cien disciplinas, y llevando adondequiera, como llaves de universal sabiduría, su peripato y su latín. Completaba el cuadro de los gremios que privilegiaba la costumbre, el militar: personificación de una energía por lo general inculta y grosera, pero que se realizaba con los laureles de la emancipación y tendía al caudillaje político, en el que había de ofrecer algún punto de apoyo a las primeras tímidas reacciones contra lo omnímodo de la influencia clerical. El conjunto de la sociedad de esta manera constituida era el de un vasto convento, que, como en tiempos de los señoríos feudales, tuviese cerca de sus muros un villorrio abadengo, cuyos ecos de trabajo, de disputa o de fiesta, se perdiesen en la alta y austera majestad del silencio monástico.

El temor supersticioso, la disposición penitencial, el tinte melancólico de la vida, se acrecentaban con aquella perpetua inseguridad propia de las tierras en que la misma firmeza del suelo es un bien precario; en que lo edificado por las generaciones suele desplomarse en un día: maldición la más fatal e ineluctable que pueda pesar sobre la casa del hombre. Las poblaciones parecen quintadas para inmolar ya a la una, ya a la otra, en el cercano sacrificio. Sus vecindarios viven gustando el dejo de recuerdos como de justicias movidas por la cólera de Dios: leyendas de terribilidad y de exterminio, en que las ciudades se abisman y desaparecen, como las naves entre las olas de la mar. Quito cayó, en parte destruida, en 1587, y luego, otras espantosas convulsiones la sacuden, en 1660, cuando se precipitó desgajado de la

cumbre un pedazo del Sincholaqua; en 1678, en 1755 y, finalmente, en 1859. La ciudad de Riobamba es la del fúnebre sorteo en 1645; reconstruida, se sobrepone a sacudimientos menores; pasa los meses de abril a junio de 1786 en un continuo baile siniestro; once años después, la misteriosa fuerza subterránea la abate de raíz; reálzase de sus escombros, y no bien repuesta, en 1803, el suelo amenaza con incesantes remesones, y los vecinos piensan, en su desesperación, abandonarla. Ambato sucumbe en 1698; Latacunga, en 1757; Imbabura, en la tremenda catástrofe de 1868. Entre las ruinas de la segunda destrucción de Riobamba quedan, según los cálculos más tímidos, no menos de seis mil cadáveres; tres mil entre las de Ambato; veinte mil, por lo menos, entre las de Imbabura. Las imágenes de estas escenas de horror reviven, año tras año, llamadas por alguno de los infinitos estremecimientos pasajeros, que son otros tantos temerosos amagos. Como un dejo de la espera milenaria parece exacerbar, en aquella religiosidad ascética, el sentimiento de lo deleznable del mundo.

Sobre la costa, Guayaquil, más en contacto con la civilización, más frecuentada de extranjeros, que, en las ciudades de la montaña, eran visitantes rarísimos; oyendo hablar a menudo inglés y francés, tenía, materialmente, aspecto algo más moderno, y en su espíritu, la nota de relativa liberalidad que cumplía a su condición de ciudad porteña y mercantil; pero allí la violencia de un clima abrasador era el obstáculo para que perseverase cualquier florecimiento de energías.

La enseñanza, vinculada, desde el más remoto asiento de la conquista, en las órdenes religiosas, no se diferenciaba esencialmente de la de los primeros centros de instrucción, en que había competido el proselitismo de agustinos, franciscanos, dominicos y jesuitas. Fundación de los dominicos, a fines del siglo xvii, fué el Colegio de San Fernando, que subsistió bajo la república, y en el que Montalvo había de hacer sus estudios. La Universidad, instituida por los jesuitas, y reorganizada cuando la expulsión de esa orden en 1786, gozaba de fama en las colonias e imprimía en Quito prosopopeya de ciudad doctoral. La limitación y los vicios de esta enseñanza eran tales como puede inferirse de los moldes tomados en la decadencia española; de la tardía y escasa comunicación con el mundo, y de la crudeza del fanatismo religioso. A pesar de ello, el reparto sin ley averiguada que distribuye las naturales superioridades del espíritu, había dado a la tradición

de aquellas escuelas hombres ilustres y de mente atrevida. Allí alentó, en el crepúsculo de la colonia, el arrojado pensamiento de Espejo, noble personificación de ese "grupo profético" de criollos desasosegados y estudiosos, que precedió a la emancipación americana; revolucionario de las ideas, que hizo difundirse al mismo seno de la metrópoli su propaganda por la reforma de los métodos de educación. Allí, en la primera mitad del siglo xviii, con los mezquinos medios de la física escolástica, se formó para las ciencias de la naturaleza Maldonado, el precursor de Caldas, el amigo de Humboldt y La Condamine, honrado en academias de Europa. Allí amaneció la elocuencia de Mejía, el orador de las Cortes de Cádiz, no superado en esas Cortes ni en la América de su generación. Allí Olmedo, el poeta de las victorias, gustó el primer sabor de humanidades.

El más temprano asomo de influencias extrañas a la nativa condición de la colonia, que había llegado a aquel ambiente claustral, tuvo por origen, desde los promedios del siglo xviii, el paso de las expediciones científicas que empiezan con la de La Condamine y Bouguer, quienes, acompañados de los españoles Juan y Ulloa, llevaban el objeto de determinar en la región equinoccial la medida de un grado de meridiano; expedición a que siguió la del botánico Mutis, y ya a principios del siglo xix, la de Humboldt y Bonpland. De estas misiones laicas, cuya presencia debió de llamar a sí toda atención e interés en la monótona simplicidad de aquella vida de aldea, quedó en los espíritus más adelantados de la clase culta cierta emulación por algún género de estudios que no fueran teológicos o gramaticales, a la vez que se insinuaban, como de soslayo, con las primeras nociones de ciencia positiva y los primeros anhelos de mejoramiento material, vagos ecos de la filosofía revolucionaria. En la postrera década del siglo xviii fundóse en Quito, con propósitos de desenvolvimiento cultural y económico que revelaban cierta presagiosa inquietud, la asociación que llamaron *Escuela de la Concordia*, bajo cuyos auspicios comenzó a redactar la docta pluma de Espejo un periódico de propaganda. Fué así como cierto fermento de ideas de libertad y de reforma se mezcló a la levadura de rivalidades de origen e instintos de patria que obró para el malogrado movimiento de 1809. La aristocracia de Quito tuvo en aquella época sus espíritus liberales y animosos, como el conde de Casa-Jijón, mantenedor de un noble y entusiástico utilitarismo, al modo de



Jovellanos o de Campomanes, y el marqués de Selva Alegre, que, después de favorecer con su riqueza todo empeño de cultura, contribuyó a glorificar con su martirio el infortunio de aquella primera rebelión. Pero ni estas energías de naturaleza liberal que participaron en la obra de la independencia, ni las que, luego de consumada la obra, perseveraron en el mismo sentido, singularmente durante la memorable administración de Rocafuerte, habían quitado a aquella sociedad, en los tiempos en que Montalvo se educaba, los rasgos esenciales que hacían de ella, en América, el refugio más incontaminado y resistente de la tradición del misionero y el conquistador.

### III

Tal era el medio. Antes de pasar adelante, importa todavía señalar con cierta precisión los precarios alientos de liberalismo político que, desde la independencia, precedieron a los años de la juventud de Montalvo.

Constituyóse la República del Ecuador en 1830, segregada de la primitiva Colombia por la ambición de mando de uno de los tenientes de Bolívar: el general venezolano don Juan José Flores; aquel a quien la arrogante musa de Olmedo tributó, harto generosa, el más soberbio rasgo con que se haya realzado, en lengua castellana, una salutación heroica:

*¡Rey de los Andes!, la ardua frente inclina,  
que pasa el vencedor...*

Hábil, atrevido, dueño de indisputable prestigio guerrero; amigo, no menos que de la realidad del poder, de sus alardes y sensualidades, gobernó como primer presidente del Ecuador, apoyado en las bayonetas del ejército y cuidando de mantener en aquella sociedad la espontánea y fortísima propensión conservadora. Con sus compañeros de armas, casi todos, como colombianos del norte, extranjeros en la nueva república, dió a las provincias próconsules violentos y rapaces, que les hicieron conocer la dureza del despotismo militar. Bajo esta dominación, la más lucida parte de los estudiantes de Quito, un grupo adelantado, que leía a los Enciclopedistas, sabía de los liberales ingleses, y en el que la eterna sugestión de Plutarco excitaba

el sentimiento estoico y tribunicio de la antigüedad, comenzó a orientar en el sentido de la acción de sus ideas de libertad política, en reuniones donde se mecía la cuna del partido liberal ecuatoriano. Consejero y caudillo de esta organización incipiente, vino a ser un hombre singular y de elevados méritos, que allá, en oscura choza, apartada de la ciudad, vivía una vida de ermitaño laico o de filósofo antiguo. Era el inglés Francisco Hall, discípulo de Bentham, que, con recomendación del profeta del utilitarismo para el Libertador Bolívar, había llegado a América en tiempos de la Revolución y militado en las campañas de Colombia, donde ganó las presillas de coronel. Con la dirección de Hall, empezó a publicar aquella juventud *El Quiteño Libre*, que infundió los primeros alientos a la propaganda liberal. Pero no tardó en sobrevenir la represión tiránica, coonestada por el estallido de desórdenes: el grupo juvenil salió proscrito, y Hall, víctima de celada indigna, fué atropellado y muerto en las calles de la ciudad, por la guardia pretoriana de Flores.

El liberalismo ecuatoriano, que había tenido en Hall su primer propagandista, tuvo el primer ejecutor de su programa en el presidente sucesor de Flores: Rocafuerte. Compañero de los Espejo y los Montúfar, en el movimiento intelectual de las vísperas de la Independencia, diputado a las Cortes de Cádiz; viajero observador por la Europa de los días napoleónicos; agitador, en Méjico, contra el imperio de Itúrbide; diplomático mejicano, después, en los Estados Unidos del Norte, Rocafuerte fué saludado, desde que holló de nuevo el suelo de la patria, como esperanza profética del liberalismo naciente. Luego de acaudillar en 1833 la revolución contra Flores y de ser sometido, entró con el vencedor en transacciones que le valieron la sucesión del mando; pero, a pesar de la forma de su encumbramiento, que se ensombrece con la luctuosa página de la rota de los últimos mantenedores del levantamiento liberal, en la sangrienta jornada de Miñarica, su gobierno fué de generosa y enérgica reacción contra los vicios del caudillaje militar. Ese varón insigne, si el medio hubiera opuesto resistencias menos duras a su esforzada voluntad, sería para la historia el Sarmiento o el Montt ecuatoriano; la personificación de la energía de gobierno aplicada, con transfiguradora eficacia, a la obra de la civilización. Intentos suyos, en parte conseguidos, fueron el buen orden de



la hacienda, el fomento de la enseñanza, la dignificación social del trabajo, la educación de la mujer, la moralización del ejército, la reforma de los hospitales y las cárceles, y aun la tolerancia religiosa. Pero no halló correspondencia que le ayudase a remover en lo hondo la enorme inercia de los hábitos y las preocupaciones, y su labor regeneradora fué efímera, como efímera había sido en Buenos Aires la de Rivadavia; lo que no desvirtúa la gloria personal del uno ni la del otro.

Acabado el período de Rocafuerte, volvió a la presidencia Flores, con quien reaparecieron el desarreglo y la arbitrariedad; hasta que la revolución victoriosa en 1845 puso definitivo término a la fortuna del famoso caudillo. Desde aquel año hasta el de 1849, gobernó, a nombre de los liberales, don Vicente Roca, el magistrado que ejercía el poder cuando llegó a Quito, para sus estudios, Montalvo, que admiraba en él "la dignidad estoica y la prosopopeya". A pesar de ciertas sombras de peculado, su administración fué benéfica y de controversia libre. Pero en el gobierno de Novoa, que le siguió después de un intervalo anárquico, la inclinación reaccionaria se anunció por los actos como el que franqueó las puertas del Ecuador a la Compañía de Jesús, alejada desde la histórica cédula de Carlos III. Contra la amenaza de recrudescencia clerical se levantó la revolución de 1851, que arrojó a Novoa del poder en circunstancias en que la admisión de la Compañía provocaba graves conflictos con el gobierno de Colombia, y que señala el tiempo en que llegó a participar de los cuidados cívicos la generación de Montalvo.

Fué ejecutor de aquel movimiento el general don José Urbina, que encabezó la nueva organización, primero como Jefe supremo, y luego como Presidente. El impulso liberal llegó a ser esta vez algo más franco y eficaz que las anteriores. El entusiasmo cívico despertó, con desusada intensidad, para las elecciones de la Convención constituyente, que se instaló en Guayaquil el 17 de julio de 1852. La manumisión de los negros esclavos; la libertad de navegación de los ríos; la renovada proscripción de la Compañía de Jesús, son históricos rasgos de esa Asamblea, donde, por poca diferencia de votos, no se arribó a la supresión del precepto constitucional que establecía la religión del Estado. Algunos años más tarde, el régimen liberal había de completar aquellas reformas con la abolición de las odiosas prestaciones que pesaban sobre el indígena. Al calor de

las ideas liberales, una simpática emulación por todo empeño de cultura, con el brillo exterior de los certámenes y las exposiciones, removió el mortecino ambiente de Quito. La juventud, congregada en un centro social como el que había reunido, veinte años antes, a los discípulos de Hall, emprendió la publicación de *El Iris*, al que Montalvo brindó las primicias de su pluma. Tenía conquistada en las aulas reputación de inteligente y de enérgico; hermanos suyos, disfrutaban, en el nuevo régimen, altas posiciones, y el camino que lleva a los triunfos de la vida pública se abría para él. Pero no era éste el rumbo por donde iban sus pensamientos, y la visión de Europa lejana, con los prestigios de la civilización rebosante de belleza y de ideas, se levantaba sobre cualquier otro anhelo de su espíritu.

A pesar de los positivos aumentos de libertad, la revolución de 1851 se malogró en gran parte. La inclinación militarista, que estaba en sus orígenes, y que ha sido siempre uno de los vicios del liberalismo ecuatoriano, dió por término a aquella revolución el gobierno cuartelario de Urbina, con sus despilfarros y desórdenes, su grosero séquito de *tauras*, y su arbitrariedad, apenas mitigadas por cierta instintiva propensión de bondad y mansedumbre. A la presidencia de Urbina, siguió, en 1858, la de Robles, que muy luego había de desembozar igual carácter de pretorianismo. Cuando ascendió Robles al poder, quiso galar donar a su antecesor y compañero de armas con la Legación en Roma, y a ella fué incorporado, como adjunto, Montalvo; pero, por fortuna para éste, que nunca hubiera llegado a tener duraderas paces con el desordenado caudillo, a quien pintó después con tan enérgicos colores en más de una página de las *Catalinarias*, Urbina hubo de quedar en el Ecuador, y en su lugar fué enviado a Europa uno de los más puros e ilustres ciudadanos con que aquella democracia podía entonces enorgullecerse. Era el don Pedro Moncayo, de vida austera y preclaros talentos; noble personificación del liberalismo civil, cuyo espíritu había difundido desde la prensa y la tribuna, y en cuyo servicio padeció más tarde persecuciones y destierros, que le llevaron a concluir en Chile, pobre y estoico, su inmaculada ancianidad.

Junto a ese maestro vivió en Europa Montalvo. Luego de saludar los mármoles de Italia, los paisajes de Suiza, los recuerdos de España, quedó de asiento, siempre como adjunto diplomático,

en París. Allí se infundió en su alma aquel como patriotismo de adopción a que pocas almas generosas resisten. Allí recibió la confirmación, si no el bautismo, de su saber y su gusto, frecuentando aulas y museos. En casa de Boussingault, el sabio explorador y químico, que había estado en América en tiempo de la emancipación, cultivó el trato de algunos de los hombres de más representativa cultura. Guardó siempre escogida memoria de su visita al decadente y casi abandonado Lamartine, a cuyas puertas llegó precedido del interés y simpatía que despertó en el ánimo del poeta una elocuente página escrita por Montalvo, en idioma francés, y enviada a consolar las soledades del ilustre anciano con la generosa efusión de la juventud enamorada de la gloria y compadecida del inocente infortunio. De estos mismos días de su iniciación europea, proceden otras páginas, que comenzaron a extender la notoriedad del escritor, y que publicó el semanario *El Demócrata*, de Quito: impresiones de viaje, de naturaleza, de arte, donde resplandecen ya los grandes dones de la forma, aunque con cierta languidez romántica, que se dispó después en la viril y marmórea firmeza del estilo.

## IV

Corrían dos años que saboreaba esa dulce vida cuando enfermó gravemente; y sea por haber de pasar la convalecencia en su país, sea porque en aquella misma ocasión le faltara el favor oficial para continuar en el ejercicio de su cargo, volvió, muy a pesar suyo, al Ecuador, a principios de 1860.

Durante su alejamiento, grandes vicisitudes habían trastornado la situación que dejara al partir. El gobierno de Robles, caído en desprestigio desde sus primeros pasos, por su ineptitud y sus desórdenes, había recibido el golpe final en las ulteriores del rompimiento con el Perú, que tuvo origen en el aun hoy subsistente litigio de los territorios amazónicos, y que provocó el bloqueo de los puertos del Ecuador por la escuadra peruana. Frente a la amenaza del extranjero, las discordias internas, lejos de acallar, se exacerbaban con los desaciertos del poder; y sobrevino una situación de anarquía, en que coexistieron por más de un año dos gobiernos: el de Robles, que trasladó su asiento a Guayaquil, y el del triunvirato revolu-

cionario de Quito, del que entró a formar parte un hombre ya por aquel tiempo famoso, pero a quien pronto esperaba celebridad mucho más vasta e intensa: don Gabriel García Moreno. Mandando en persona, aunque hombre civil, el ejército del triunvirato, García Moreno, derrotado por Robles en Tumbuco, el 3 de junio de 1859, hubo de refugiarse en el Perú, donde entabló negociaciones con el presidente Castilla para restablecer la paz entre ambos pueblos, con la condición de la ayuda que Castilla prestara a fin de derribar el gobierno de Robles. En ejecución de este acuerdo, llegó García Moreno frente a Guayaquil, en nave peruana; pero, ya después Robles, por la sedición de los suyos y habiéndole sucedido en Guayaquil el general Guillermo Franco, Castilla prefirió ajustar las paces con éste; y García Moreno, abandonado, pero superior al desaliento, se internó, camino de la sierra, con ánimo de mantener, contra el sucesor de Robles, la bandera revolucionaria. Sus grandes prestigios caudillescos, su energía indómita y sagaz, le llevaron, tras rápida campaña, a entrar de nuevo en Quito, reintegrando con su presencia un gobierno que, a pesar de su composición triunviral, descansó desde entonces en su voluntad exclusiva y celosa. Fué por este tiempo cuando Montalvo volvió al seno de la patria. García Moreno, dedicado a asegurar el gobierno de Quito, reprimió con férrea mano toda señal de inobediencia y desorden. Hubo un rasgo de esta represión que sublevó profundamente al generoso ser de Montalvo y que más de una vez había de evocar en las justicias de su pluma; y fué el bárbaro castigo de Ayarza, el general de raza negra, bravo y leal conmillitón de Bolívar; a quien, con atroz humillación del ejército, condenó la dictadura a pena de azotes, abriendo, por la mano infamante del vapuleador, aquellas carnes consagradas con las cicatrices de las guerras de Colombia.

Enfermo como venía, Montalvo se retiró, desde su desembarco, a humilde lugar de la provincia del Guayas, San Jacinto de Yaguachi, de donde asistió, en forzosa quietud, a la continuación de aquellas discordias. García Moreno, que había llamado en su auxilio al viejo Flores, marchó sobre Guayaquil, asiento todavía del gobierno de Franco, a quien protegía la escuadra del Perú. La ciudad fué tomada tras recio combate; Franco buscó refugio en las naves de sus aliados, y con esto, la autoridad del gobierno de Quito quedó afianzada del uno al otro extremo del país, y García Moreno se irguió con ínfulas cesáreas,

En esa ocasión, Montalvo, desde el lecho donde aun padecía, dirigió al omnipotente vencedor la carta de 26 de septiembre de 1860, que es como el exordio de sus futuras propagandas.

Comedida a un tiempo y orgullosa, esa histórica carta muestra en el fondo el encrespamiento del halcón que, por primera vez, orienta el instinto a la ralea. Confiesa allí que, extraño hasta entonces a las disputas políticas de los suyos, las ha visto desenvolverse sin parcialidad, pero no con indiferencia; declara en palabras de juvenil exaltación su dolor y su vergüenza patriótica ante la impunidad de la afrenta que el Ecuador ha recibido con el protectorado del Presidente del Perú y la invasión de sus ejércitos, y excita al gobernante ecuatoriano a ser el vengador de aquella humillación inulta: "¡Guerra al Perú!". Duélese de que la enfermedad que le paraliza en el lecho le prive de acudir con las armas a donde anhela ver lanzarse a su pueblo. "Si de algo soy capaz, sería de la guerra." En el tono con que se dirige al poderoso, se mezclan, en el más justo punto, la ruda y viril sinceridad y el reconocimiento, no tanto confesado como virtual e implícito, de la incontestable superioridad de aquel hombre, que aun no había descubierto claramente el término a que encaminaba su poder. "Sepárese —le dice— de la miserable rutina trillada aquí por todos." "Si las pasiones de usted son crudas, su razón es elevada." Pero líneas antes le ha enrostrado como acción traidora, de la que ha menester rehabilitarse, el precedente de su alianza con el gobierno del Perú; y líneas después, le apercibe en cuanto a los indicios que ha dado ya de su violencia. "Hay en usted elementos para héroe y para tirano." Y luego añade, con generosa altivez: "Salgo apenas de esa edad de la que no se hace caso, y a Dios gracias, principio abominando toda clase de indignidades. Algunos años vividos lejos de mi patria en el ejercicio de conocer y aborrecer a los déspotas de Europa, hanme enseñado al mismo tiempo a conocer y despreciar a los tiranuelos de la América española. Si alguna vez me resigno a tomar parte en nuestras pobres cosas, usted y cualquier otro cuya conducta política fuera hostil a las libertades y derechos de los pueblos tendrán en mí un enemigo, y no vulgar". El cumplimiento de este voto es, en la parte de civismo y acción, la historia de Montalvo.

La reorganización constitucional de 1861 confirmó en el

poder a García Moreno. El espíritu de la nueva Constitución era medianamente liberal, y no fué en ella donde pudo hallar su fundamento la autoridad despótica y reaccionaria con que desempeñó su presidencia el caudillo conservador. Gobierno fué ése de rigor draconiano, puesto al servicio de la intolerancia religiosa, aunque, en este último respecto, no alcanzase todavía a aquel grado de obsesión fanática del que, ocho años más tarde, había de ejercer el mismo famoso personaje. La imprenta, emudecida por el temor, cuando no amordazada por la fuerza, no daba paso a la protesta cívica, que se resumía en las conciencias, o llegaba, en ecos débiles, del destierro. Montalvo calló durante estos cinco años, pero a la sombra de su silencio maduraban las hierbas de la violencia y concentrada intención con que debía enherbolar los dardos de *El Cosmopolita*.

La libertad de la palabra se recobró con el tránsito a nuevo gobierno. Fué elegido para desempeñarlo don Jerónimo Carrión, que subía en hombros de los conservadores y no desplazaba a los liberales: hombre moderado y benigno, aunque sin las energías de carácter ni la suma de prestigios propios que hubieran sido necesarios para quebrar la influencia personal con que su antecesor permaneció como árbitro de la política y concluyó por restituirse al poder. El cambio dió lugar, sin embargo, a un respiro de libertad, que Montalvo utilizó de inmediato para levantar bandera. En enero de 1866 veía la luz el primer número de *El Cosmopolita*, periódico exclusivamente escrito por él, que, sin término regular de salida y con las dificultades consiguientes a la precaria condición de aquellas prensas, continuó publicando hasta tres años después. Tal como definió desde el principio su posición en la controversia política, entraba en ella a modo de combatiente franco y singular, ni secuaz, ni, hasta aquel momento, guía de otro alguno. Las fuerzas populares se repartían entre el conservatismo clerical y sanguinario de García Moreno, y el liberalismo soldadesco y relajado de Urbina. La reacción contra el primero tendía a buscar brazo y eficacia en los prestigios del último; pero Montalvo repugnó esta solidaridad, y manteniéndose distante de uno y otro partido, encaminó su propaganda a suscitar la acción autonómica de los que entendiesen la libertad en formas orgánicas y cultas.

Avivando con enérgicas tintas los recuerdos del gobierno pasado, para pugnar contra el ascendiente personal que él de-

jaba en pie, tendía al propio tiempo a estimular la emancipación del sucesor, cuyas primeras determinaciones, como el decreto que declaró vigente la ley de Patronato, alentaron ciertas esperanzas, aunque efímeras. Otro clamor de su propaganda era el pedido del levantamiento de la proscripción para los ciudadanos, muchos de ellos ilustres, que había alejado la venganza o la suspicacia del déspota. Además de las inspiraciones que brotaban del despertar de aquella conciencia nacional, una gran ocasión de hablar traían los tiempos, y es la agresión que, por deplorable torpeza de la política española, vino a encender la guerra entre la antigua metrópoli y la República de Chile, provocando una alianza en que entraron a participar con ésta el Ecuador y el Perú. El brutal bombardeo de Valparaíso repercutió en iracundos acentos de *El Cosmopolita*, como, más adelante, la invasión de Méjico por el ejército francés; y estos temas inflaman la pluma de Montalvo de un americanismo áspero, heroico, que sienta bien a su temple natural.

Escribía desde apartado lugar de los contornos del Tanguagua: el pueblo de Baños, donde le mantenía el reparo de su salud y de donde enviaba sus manuscritos a la imprenta. Una naturaleza de Edén, puesta en marco de volcánica fiera, difunde en aquel sitio encantado una sugestión que a veces se le entraba lánguida en el alma, tentándole a dejar por la paz y el olvido de la sociedad las *disputas de los hombres*. Con la prosa de combate alternaba, en *El Cosmopolita*, la de deleite o estudio: casos y figuras que retenía en la imaginación, de sus viajes; ideas de moral, de política, de arte; y dondequiera y siempre, alardes y primores de estilo. Allí aparece el bosquejo de una escena real contada a lo Cervantes, de donde nació después el pensamiento de los admirables "Capítulos". Allí anticipó fragmentos de obras de diversa índole en que entonces pensaba y que no llegó a terminar. Fuerte y colorida página la que le inspira el tormento que asoló, por aquel tiempo, a la ciudad de Imbabura.

Allí suele aparecer también, y es particularidad curiosa, el Montalvo versificador, en composiciones no vulgares, sin duda, como nada que pudiera salir de él, pero que manifiestan que aquella forma de expresión no era la revelada a su estupenda magia verbal. Carecía de ese incommunicable modo de decir y del sentido de esa peculiar especie de ritmo, que hacen que un

hombre sea formalmente poeta; aunque tuviese el imperio, mucho más amplio y soberano, del arte de la prosa, y poseyera, en su más viva plenitud, la vena del sentimiento poético.

## V

Pero antes de continuar con el desenvolvimiento de *El Cosmopolita*, importa ya que nos detengamos un instante frente a la singular figura del hombre en quien concentró Montalvo las hostilidades de su propaganda, del gobernante que, recién descendido del poder y en vísperas de escalarlo de nuevo, hubo de afrontar, en ese interregno de libertad, todos los odios que removía el recuerdo y todos los que engendraba el temor.

Montalvo es, en la faz civil y militante de su historia, el enemigo de García Moreno. Como Sarmiento, para Rozas; para García Moreno, Montalvo. No le era indigno en talla el enemigo, ni se trabó la lucha en campo falto de interés ideal. De cuantos despotismos han pesado sobre la América española, este del gobernante ecuatoriano es de los que ofrecen más originalidad y carácter. Tuvo por fundamento la intolerancia religiosa, y acaso nunca, en pueblos modernos, la reacción a un régimen teocrático se ha realizado con tal franqueza y decisión. El hombre que concibió e impuso a su pueblo esa monstruosidad reaccionaria, distaba mucho de ser un hombre vulgar, ni por la calidad de la energía ni por las prendas del entendimiento. Confundirle con dictadores de cuartel y advenedizos sin más norte que el mando, fuera empequeñecerle de modo que resultaría amenguada la propia magnitud de sus responsabilidades y sus extravíos. Hijo de noble cuna; realzado por su esfuerzo propio, en prestigios cívicos y sociales; dueño de una cultura superior, menos literaria que científica, largamente acendrada en viajes por Europa, y que le habilitó en la juventud para ser el acompañante de Wiese en la ascensión del Pichincha, don Gabriel García Moreno pasó a ser triunviro y Presidente desde una cátedra de la Universidad. En sus propósitos de gobierno hubo cosas grandes, que le han sobrevivido: o en idea o ya cumplidas por él. A vuelta de sus aberraciones de inquisidor, reorganizó la hacienda; multiplicó las instituciones de educación, de beneficencia y de crédito; abrió caminos que llevasen desde los puertos del

Pacífico hasta el corazón de los Andes; dió a su república el ferrocarril, y trató de darle el telégrafo. Tampoco era malvado por instinto, ni por ambición groseramente egoísta. Era fanático religioso, y ésta es la raíz de su maldad, porque es la clave entera de su personalidad de obsesionado. Aquella idea única y sublime que tiene como exaltar el barro humano a las ideales transfiguraciones de la santidad y cómo despeñarlo a los más horribidos abismos del odio y la locura; aquella idea que convertida, mientras América se colonizaba, en polo del pensamiento y de la acción histórica de un pueblo, encarnó en una voluntad y se llamó Felipe II; aquella idea, le hincó la garra en la conciencia. Como el monarca del Escorial, este presidente, en pequeño escenario, se creyó señalado para brazo de Dios, para ejecutor de sus sanciones y vindictas.

La realización de semejante sueño fué un régimen en que parece como que retoñara y creciera algún gajo de la España de los conquistadores, escapado del fuego revolucionario. El Ecuador no es ya una nación cabal y señora de sí misma; es un feudo de Roma. Humillante concordato sella esa sumisión. Restablécese el diezmo en forma nunca vista: la décima parte de las rentas se aparta para costear los gastos del culto y para concurrir a aumentar el dinero de San Pedro. La facultad del patronato, heredada de los Reyes Católicos, que la mantuvieron siempre frente a la potestad de la Iglesia, es abdicada por la República, como cismática abominación. Sobre lo que se lee y escribe, la censura. No pasa libro de la aduana, ni sale de las prensas, sin que un censor de la Iglesia lo autorice. Detrás del Presidente hay como un Senado veneciano, que es la Compañía de Jesús. La escuela pública es cosa de la Compañía, y alguna vez el propio Ministro de Instrucción sale de las milicias tonsuradas. Atraída por aquella Jauja de los clérigos, comparece de cien partes distintas una inmigración monacal, hez y rezago de todos los conventos del mundo, e infesta las ciudades con la plaga de la ociosidad parasitaria, mientras, en los pueblos de los campos, el cura trueca su autoridad espiritual en fueros de *taita* y de caudillo. Las divisiones del Ejército se denominan como las hermandades religiosas: son los soldados del *Niño Dios*, o de las *Cinco Llagas*; los *Ejercitantes voluntarios*, los *Hijos de Su Santidad*, los *Guardianes de la Virgen*. La inmigración que venga de tierras protestantes, se abomina; el gobernante se precia de guardar inmune de esa sangre

impura la que él llama "segunda Jerusalén", destinada a cuidar el "arca de la fe". Cuando las armas de Italia entran triunfantes en Roma, la República del Ecuador envía indignada protesta; más adelante, se piensa en consagrar, por acto solemne, la República al Corazón de Jesús. Para dar forma plástica al espíritu que obra en todo esto, la devoción oficial se ostenta en espectáculos primitivos. El día de Viernes Santo, encabezando la procesión que va por las calles, marcha el jefe del Estado, corvas las espaldas, cargando en ellas una cruz; sus ministros le rodean, y la muchedumbre les sigue disciplinándose y gimiendo. Este candor patriarcal no excluye la horrible contradicción en que culminó, en todo tiempo, la piedad fanática: el furor fratricida por amor de Dios. Cada nuevo amago de sacudir el yugo ominoso, de restituir la patria a la vida de la dignidad humana, acaba en represión crudelísima; el patíbulo consume las preveniciones de la mazmorra y del azote, y sangre de generosas víctimas corre afrentando al noble pueblo de los Rocafuerte y los Moncayo.

Tal ha sido, en parte, o tal había de ser en su próximo resurgimiento, el sistema con que hubo de encararse la vengadora pluma de *El Cosmopolita*. Para el lector de esta parte de América en donde escribo, no será fácil empeño formar idea completa de él. En los pueblos del Plata, la intolerancia religiosa no ha sido, en ningún caso, fuerza de gobierno ni bandera de facciones. Aquí la tiranía no usó nunca la máscara de la fe, y las discordias civiles se movieron siempre por impulso de otras pasiones, otros intereses y otras ideas. Cuando en oportunidad de alguna reforma de la legislación, o cosa análoga que cruzase la trama de la vida real, la controversia religiosa ha trascendido de la tribuna académica a las luchas del Foro, la agitación proveniente de ello ha pasado, sin determinar en lo político deslindes ni organizaciones capaces de prevalecer. Sea por caracteres de nuestro organismo social que tienen ya su antecedente en cierta genialidad liberal y democrática que nos diferenció desde la dominación española; sea por esta exposición continua y franca a los vientos del mundo, que debemos a la situación geográfica y la asiduidad de la inmigración cosmopolita, con los moderadores influjos de la convivencia de tantas disimilitudes y tantas contradicciones, ello es que el hábito de la libertad de pensamiento arraigó sin dificultoso cultivo en el alma de estas sociedades.

Aun dentro del propio campo ortodoxo, y tomando por punto de comparación el temple del fanatismo clerical en otros pueblos de América, se ha respirado aquí siempre una relativa tolerancia, un cierto latitudinarismo, que, por lo menos en la esfera de las aplicaciones a la realidad política y social, han mitigado prudentemente la lógica del dogma. Compruébase esto poniendo en parangón la calidad de espíritu de un Estrada, un Zorrilla de San Martín o un Goyena, con la de alguno de los clericales significativos y famosos del otro lado de los Andes.

La propaganda de Montalvo relampagueaba, pues, entre los palpitantes recuerdos de aquel régimen y los siniestros vislumbres de su cercana y exacerbada restauración. Sólo quien imagine fielmente, de una parte, la magnitud de esta ignominia, y de la otra, el natural vindicativo y generoso del alma de Montalvo, podrá representarse bien la heroica crudeza de aquella guerra de pluma.

Grande y presagiosa inquietud ocupó el año de 1867. Votado para senador García Moreno, que continuaba en la posesión de su influencia, su diploma, viciado por un falso escrutinio, fué objeto de vigorosa impugnación, y finalmente de rechazo. En lugar del aparente vencedor fué citado a jurar el candidato que había contendido con él. La opinión liberal cobró en ese instante nervio y esperanza. Por todos se reconoció en el abatimiento que imaginaban radical, del poderoso, la sanción de la propaganda de Montalvo, el triunfo de *El Cosmopolita*. Pero no se detuvieron aquí las agitaciones de aquel año. La intromisión fraudulenta de que resultaban culpados los representantes de la autoridad en el proceso de aquellas elecciones, dejó en pie, entre el Presidente y el Congreso, un conflicto que llevó más allá de la solución del litigio de candidaturas las pasiones que éste había enardecido. Tentábase la conciliación entre ambos poderes, cuando el destierro y la prisión decretados en la persona de algunos de los mediadores, a pretexto de que alejaban con fines sediciosos el acuerdo, colmaron la medida para que la oposición parlamentaria no demorase ya en llamar al presidente Carrión a juicio de responsabilidades. Se exasperó esta discordia; rondaron en torno del Congreso amenazas de disolución, que él afrontó con altivez en borrascosas sesiones, hasta que el 5 de noviembre salió de su seno una severísima declaración, por la que se calificaba al Presidente de indigno de su alta investidura. En esta

violenta extremidad, acudió García Moreno, para imponer a Carrión la renuncia de una autoridad que se había hecho insostenible en sus manos. Aceptóse esta forzada renuncia, y las pasiones volvieron transitoriamente a su límite.

Al Presidente depuesto reemplazó don Javier Espinosa, ni menos probo ni más enérgico que aquél. La cercana terminación del período que él debía completar, daba ya oportunidad al problema de la presidencia futura. García Moreno parecía tenerla asegurada para sí, con los recursos de su mal encubierto predominio. Frente a su candidatura, aparecieron las de la opinión liberal. La de don Pedro Carbo, que cifraba tendencias de franca y enérgica reforma, y que Montalvo hubiese preferido, tenía por obstáculo su propia radical excelencia. Era menester concentrar las fuerzas capaces de oponerse a la amenaza de reacción, alrededor de un nombre que las conciliase, y a este fin se convino en don Francisco Aguirre, templado en las ideas y alto en el respeto de todos. Quedó así definida la contienda electoral, y al paso que ella se acercaba a su término, veíase más clara la desigualdad de las condiciones de ambos bandos, con la prepotencia del caudillo reaccionario; y la exaltación de los ánimos arreciaba.

Por este tiempo Montalvo venía con frecuencia a la ciudad, o estaba en ella de asiento. Su figura altiva y serena concentraba, en las calles, ya las miradas del odio, ya las de la admiración. Contábale los pasos el espionaje. Más de una vez el brazo fanático o venal anduvo cerca de su pecho. Otra, amenazada su casa del asalto de las turbas, generosa juventud constituyó guardia en ella. Esta excitación heroica, este acicate del peligro y el agravio, avivaban los fuegos de *El Cosmopolita*. Por entonces, dió a la protesta sus más altos y viriles acentos en páginas como las de *El Nuevo Junius*. Allí denunciaba las violencias y las persecuciones, la amenaza del sayón y la infamia del libelista; y tras el encantamiento del Presidente anulado, mostraba en todo ello la mano del omnipotente instigador. Puntualizando la verdad de la candidatura reaccionaria, la señalaba a la abominación, al temor, a la vergüenza; y cuando el candidato hace oír su voz, él multiplica en ecos de escándalo sus palabras, que prometen por norma de gobierno las condenaciones del "Sylabus", y por instrumento el rigor inexorable. Ya se dirigía a los partidos, y los inducía a un acuerdo superior; ya arengaba a los militares, para disputarlos al vértigo con que la sugestión que

governaba de hecho la República los llevaba al abismo de la deslealtad sediciosa. "Militares —les dice—; no soy vuestro enemigo: en una gran nación habría sido yo soldado." También a la piedad inocente, movida con engaño tras la maquinación del fanatismo, buscaba persuadir; y refiriendo una plática, no sé si real o fingida, con el manso varón que era entonces arzobispo de Quito, opone a las instancias de la poquedad escrupulosa, los fueros de la razón, que encuentra ámbito y aliento dentro de la misma entereza de la fe.

Todo esto se embota en el arraigo de un ascendiente personal que la trabazón de las cosas volvía de hora en hora más incontrastable. Urbina amagaba con la revolución desde el destierro, o tal se decía con intencional suspicacia; y este peligro era recurso que utilizaban los secuaces del bando reaccionario para excitar las alarmas del núcleo social amigo del orden, acusar de débil e incapaz la acción del gobierno, y propagar la necesidad de la férrea mano salvadora. García Moreno había dejado las trazas de inerme postulante al favor de los comicios. A sus puertas velaba guardia pretoriana. Los medios de la fuerza material no eran ya sino suyos.

Comenzó el año de 1869, en este improrrogable conflicto de una autoridad sin energía y un poder subversivo que la estrechaba con altaneras franquezas de autoridad. El 17 de enero se pronunciaba finalmente el motín militar que arrojó del gobierno al presidente Espinosa y confirió a García Moreno facultades de dictador. Todo se consumó y quedó quieto en un instante, como preparado por forzoso declive. El restaurado déspota quiso acometer, sin demora, la reorganización constitucional que diese formas de legalidad al sueño autoritario y teocrático que se proponía reencarnar con más cumplida perfección. En mayo de aquel año se reunió la Convención constituyente, que tuvo por principales inspiraciones de su obra reforzar la sujeción del Estado al yugo de la Iglesia, y robustecer las atribuciones del poder público. Sobre estas bases entró a ejercer aquel hombre extraordinario su nueva y más característica dominación. La libertad de escribir, el derecho de vivir en la patria, habían perecido con el aliento de la dictadura. *El Cosmopolita* acabó como la voz que queda trunca en la garganta, y Montalvo tomó el camino del destierro.

## VI

Pasando la raya de Colombia, en lo más alto de una de las mesas que forman, de ambos lados de aquella abrupta frontera, las cumbres andinas, se asienta el pueblo de Ipiales, donde Montalvo halló por siete años su refugio: lugar de hermosas vistas, aunque harto castigado del frío de la altura para embozo del alma de un desterrado.

Allí llegó sin libros, allí permaneció sin tenerlos. Y a pesar de ello, este de su destierro aldeano es el tiempo en que produjo más, y más para su gloria; por lo cual viene aquí la ocasión de hablar del Montalvo literario. Su vida exterior, contenida casi en el cerco de su huertecillo, no tuvo episodios de mayor entidad que tal cual reyerta con algún vecino impertinente, o algún clérigo zafio y rapaz, de esos que fueron eterno blanco de su pluma. En cambio, su imaginación hirvió en soñados lances, en enjambres de ideas, en juegos y músicas de forma.

Hay algo de representativo del destino entero de Montalvo, hay como una imagen abultada de la total desventura de su vida, en esto de la producción de lo mejor y más altamente literario de su obra, en la soledad de un villorrio. Entendedlo bien: no en la soledad del desierto, que es alta y soberana emancipación, amor con la libre inmensidad, por donde vagan los divinos alienatos que pueblan la naturaleza de sátiros y ninfas; sino en la soledad del villorrio, ruin y menguada, donde no tienen su habitación ni el caballero ni el bárbaro, sino el palurdo; donde los gallos cantan para que amanezca la murmuración, y el sol se pone para que ella atisbe más a cubierto; en la soledad del villorrio, sin trato de semejantes y sin libros... Esto lo encarece él en su decir vehemente y gracioso: "¡Sin libros, señores, sin libros! Si tenéis entrañas, derretíos en lágrimas". Obra de escritor como la suya, tan necesitada, por su índole y carácter, de la diaria ablución libresca y del fácil manejo de esos instrumentos de medida y rectificación que traen los libros en sí, tuvo que contentarse, para empresa de tal dificultad como la parodia del *Quijote*, con la biblioteca ideal que su memoria y su imaginación reflejaba sobre las desnudas paredes de una casa de aldeá.

Pero, aun en la ciudad o cerca de ella, y con la compañía de sus libros, grandes hubieron de ser los obstáculos que puso ante él la precaria armazón de cultura de su pueblo. Él nos refiere el heroísmo que era necesario desplegar para valerse de la imprenta: sólo a dura costa, y con ayuda de amigos, pudo dar a luz las entregas de *El Cosmopolita*. Y todo eso es, en su pasión, la parte menor y más liviana, porque queda el aislamiento y abandono espiritual, que es lo verdaderamente doloroso; queda el calvario de la incomprensión común: desde la que se eriza con las púas de la inquina a la superioridad, pasión de demerencias chicas, hasta la que se encoge de hombros con un zafio menosprecio de toda labor desinteresada de estilo y de investigación, y la que, dentro mismo de estas actividades, ensordece a lo nuevo y personal, o afecta comprender y no comprende...; quedan, en fin, aquellos resabios de la aldea, por los cuales, para las altas cosas del espíritu, toda esta América española ha sido, en escala mayor, soledad de villorrio, como la del rincón aquel donde Montalvo compuso la más difícil de sus obras, sin trato con semejantes y sin libros... Bien se siente el resuello de esta herida cruel en la admirable introducción a los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Y apenas hay alto ingenio americano que no haya expresado alguna vez parecido sentimiento, o no lo deje percibir en una callada vibración de sus escritos. El fundamento real de estos agravios de los superiores es de extensión universal y humana; radica en el primitivo barro de Adán; pero ellos recrudecen en las sociedades de América por lo mal asentado y desigual de su civilización, donde, mientras las excepciones personales en ingenio y saber, con las necesidades y los apetitos que uno y otro determinan, pueden subir tan alto como en los grandes centros de cultura, las condiciones de atención y correspondencia sociales quedan muy inferiores, centuplicándose así la desproporción entre el elegido y el vulgo. De aquí el desasosiego de la inadaptación, y cierto impulso de nostalgia, muy común en los hispanoamericanos de vocación literaria y artística, por aquella patria de nuestro abolengo y nuestro espíritu que la civilización europea extiende del otro lado del mar. Expatriarse, como siempre lo anheló Montalvo, suele ser entonces justa y fatal gravitación; pero expatriarse, como él, con el pensamiento y la memoria dando cara a la tierra, más dulce cuanto más lejana, y con el sueño de la vuelta, presidiendo a

los anhelos de asimilación y de cultura que un día traerán cómo pagar a la patria natural el precio de la ausencia... *Quedar* así, en espíritu, o quedar de hecho, es, indistintamente, mantener la vinculación obligatoria y fecunda con la obra común de los hermanos; y sólo han sido grandes, en América, los que han alcanzado a mantenerla, y en la proporción en que la han mantenido. Sólo han sido grandes, en América, aquellos que han desenvuelto, por la palabra, o por la acción, un sentimiento *americano*. Nadie puede cooperar eficazmente al orden del mundo sino aceptando con resolución estoica, aun más: con alegría de ánimo, el puesto que la consigna de Dios le ha señalado en sus milicias al fijarle una patria donde nacer y un espacio del tiempo para realizar su vida y su obra. La incapacidad de adaptarse sólo es condición de progreso, en la evolución social como en la orgánica, si se resuelve en energía de reacción, que acomoda a las necesidades de la propia superioridad el ambiente moral a los inadaptados cuando inferiores o débiles.

A menudo refleja el pensamiento de Montalvo el ritmo de un irrefrenable desapego a la transitoria realidad de la patria y un profundo sentimiento del ser ideal y permanente de ella. Hablando de su forzoso abandono de la secretaría que desempeñó en París, decía: "La suerte se me puso zahareña de repente, y con un fiero ademán me volvió a echar a este rincón". Otra vez agregaba: "Si llega para mí el día de volver a Europa, prometo a mis conciudadanos que no les daré mucho que murmurar en justicia". Hay ocasiones en que manifiesta su desvío con amarga rudeza: "Sólo siento no tener buena, noble y grande patria, donde no ser noble, bueno y gran patriota". Comentando el desorden de los pueblos hispanoamericanos, exclamaba: "¡Ah, repúblicas turcas! El cielo se contrista, el infierno sonríe, cuando echan los ojos a esta parte del mundo". Pero otros rasgos complementan el sentido de aquéllos con palabras de fe y esperanza: "América, joven, robusta, inteligente y amiga de lo grande, cumplirá su destino, se civilizará, será libre, feliz, y gozará sin estorbo de los dones de su gran naturaleza". Mientras estuvo en París, visitador asiduo del Jardín de Plantas, gustaba demorarse, con la ternura del amor reconciliado por la ausencia, frente a todo lo que despertaba en su espíritu la imagen del terruño: "el cóndor de los Andes, la ortiga de América, la coronilla; el gallo tanisario, de canto solemne y melancólico".



La integridad de la conciencia americana; la integridad que comprende el sentimiento profético de la cabal grandeza de nuestros destinos, y, por tanto, de la cabal grandeza de nuestro pasado, está presente en su obra, y ella le mueve, en uno de los *Siete tratados*, a aquella gallarda afirmación de la superioridad de Bolívar sobre Bonaparte, afirmación que hubo de espantar en su tiempo a la gente discreta y partidaria del apocamiento común, y que aún le asombrará hoy mismo, aunque por ventura no tanto. ¿Quién ha consagrado acentos de más honda piedad a la suerte de las domadas razas indígenas?... y en cuánto a la originalidad de la naturaleza, también supo sentirla y fijarla a menudo. Nada más propio para oído por la montaña que la voz con que imprecó a la majestad del Pichincha, de modo tal que imaginamos que aún está retumbando en los contornos del gigante. Nada más penetrado de aroma de la tierra y de divina humildad que aquel elogio del maíz, el trigo del pobre, el acumulador de la energía que ha de desatarse por los brazos del indio labrador, cuando, encorvado sobre el suelo hecho del polvo de los suyos, trueca su dulce paciencia en oro del amo... Cada vez que esta nota de americanismo, en el sentimiento o en el color, se levanta a presidir la armonía de una prosa tan clásica, tan limpia, tan de la antigua hechura, comparece en mi memoria la impresión de aquellos *Comentarios reales*, donde un mestizo que unió a la doble nobleza de la calidad el privilegio del estilo, dejó expresados, en la más pura lengua del conquistador y en la más rica y gallarda prosa de su tiempo, sabrosísimos candores del alma americana, que semejan allí las huellas de la sangre del indio en el lustre de una hoja de Toledo.

Los *Siete Tratados*, que no publicó hasta diez años más tarde en Europa, fueron escritos, o por lo menos bosquejados, durante el año 1872, en aquel retiro de Ipiales. La literatura de Montalvo está allí en su más característica y remontada expresión. Titúlense esas disertaciones: *De la Nobleza, De la Belleza en el género humano, Réplica a un sofista pseudocatólico, Del Genio, Los Héroes de la emancipación sudamericana, Los Banquetes de los filósofos y El Buscapié*, trabajo este que reprodujo, como estudio preliminar, en los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*.

El ensayo al gusto de Montaigne, desordenado y libre de todo plan metódico, extrema en manos de Montalvo su curso

voluntarioso y errabundo. El tema que se anuncia en el título persiste apenas como el hilo tenue y celado por la fronda, que enlaza, alrededor de su eje imperceptible, las vueltas caprichosas de la enredadera. Desde que se ha doblado la primera hoja, se echa de ver que el tema es lo accesorio para el ensayista, y lo principal el alarde continuo y centelleante de ingenio, de lectura y de estilo. Cuando le sale al paso una idea accidental, jamás la aparta, ni la reprime, ni la urge, sino que se le entrega del todo y la sigue mientras ella da pábulo a la fantasía, o mientras no acude una idea nueva a torcer otra y otra vez su camino, como en esas carreras anhelantes y sin rumbo que, en los cuentos de hadas, tienen por guía el vuelo de un pájaro maravilloso o el rodar de una piedra animada de una magia interior. Si se intenta reducirlo a substancias y a orden dialéctico, el pensamiento fundamental comparece, flaco y escaso, de entre el follaje de las digresiones. Sirva de ejemplo el tratado sobre la *Nobleza*. Allí, de una disertación acerca del origen del hombre, se pasa a discretear sobre las diferencias de razas y de clases, y de esto a describir la naturaleza del polo, y la del trópico, y la aurora boreal; y luego a encarecer los extremos de que es capaz el amor a la ciencia, y en la siguiente página a pintar un insecto primoroso, y de esta pintura a las enaguas que usaba Clitemnestra; para volver después al tema original, que no tarda en desviarse hasta dar término el ensayo con un comentario de los crímenes de los comuneros de París... En la entonación de estos tratados no hay más unidad que en el asunto. Ya se mantiene en el carácter de la exposición didáctica; ya se allana a la forma del cuadro de costumbres o de la sátira ligera; ya se remonta al lirismo de la imprecación, del ditirambo o de la alegría.

De Montaigne toma, además, el egotismo, la preocupación constante del "yo", no tanto por estímulos de investigación psicológica, ni por conflictos y tormentos que pasen en su alma, sino como tema de ameno divagar que tiene más de inocente complacencia de amor propio que de la pasión austera del psicólogo empeñado en mirar al fondo de su herida, o en subyugar a la Esfinge del conocimiento interior. Pero aquí las semejanzas concluyen, porque, como carácter de estilo, la espontaneidad natural y suelta de Montaigne es el término opuesto a la artificiosidad preciosa de Montalvo; y como carácter moral, la indo-

lencia contemplativa del bordelés en nada se parece a la disposición militante y quijotesca con que nuestro americano asiste al espectáculo del mundo. Montaigne es prototipo de escépticos; y de este rasgo esencial, que es la raíz de sus superioridades, viene también aquella limitación de su naturaleza, que Sainte-Beuve definía: "la ausencia de la locura santa y del fuego del sacrificio generoso". En Montalvo no falta nunca este fermento: antes rebosa y se derrama, como la más activa esencia de su espíritu. Montalvo, aunque razonador y malicioso, tiene sumergido el pecho en el mundo de los Amadis y Esplandianes.

La singularidad y excelencia de la forma es principalísima parte en la literatura de Montalvo. Tuvo, en esto, por ideal la vuelta a los típicos moldes de la lengua, en sus tiempos de más color y carácter y de más triunfal y gloriosa plenitud. Quiso escribir como lo haría un contemporáneo de Cervantes y Quevedo que profetizase sobre las ideas y los usos de nuestra civilización, y lo cumplió de modo que pasma y embelesa. El fabuloso caudal de vocablos, giros y modos de decir, que rescató de la condena del tiempo, infunde en cada página suya un peculiar interés de sorpresa y deleite. Nunca se trajo a luz, de las arcas del idioma, tan deliciosa antigualla; tanta hoja de hierro tomada de orín, tanto paramento de seda, tanta alhaja, pomposa y maciza, tanta moneda desgastada, de esas donde agoniza en oro un busto de rey y se esfuma, en truncos caracteres, una leyenda ilustre. Aquella prosa semeja un museo; y tiene del museo hasta la profusión que desorienta a la curiosidad y que, dejándola suspensa a cada instante de lo menudo y primoroso, la impide el paso desenvuelto con que guiarse a donde está lo principal.

La ciencia vasta y prolija, el sentimiento profundo del idioma, que semejante evocación supone, son verdaderamente incomparables. La obra de rehabilitación de las buenas y sabrosas tradiciones de la sintaxis y el léxico, realizada en lengua española por Montalvo, no representa mérito inferior a la que en lengua francesa llevó a cabo, algo anteriormente, Pablo Luis Courier, abriendo paso en las lánguidas formas prosaicas de su tiempo al habla rancia y generosa desenterrada de los frescos sótanos de Montaigne y de Amyot. Como el traductor de *Dafnis y Cloe*, a quien, por otra parte, le vincula la común potestad del dardo satírico, Montalvo fué artífice original con piedras de

las ruinas, innovador con aliento de antigüedad. La literatura castellana no ofrece, en el siglo XIX, otra tentativa de restauración arcaica comparable a la suya, por lo viva y orientada en sentido de arte, y no de solaz gramatical o académico, que la de las *Escenas*, de Estébanez Calderón. Pero el costumbrista andaluz, a pesar de su opulencia de color y su caudal de lengua inexhausta y gallardísima, queda como escritor de muchos menos quilates que Montalvo. Faltan en su pintoresco artificio aquella gran alma, aquel arranque hacia arriba, aquel verbo ferviente, que magnifican y realzan el prodigio de forma de nuestro ecuatoriano. Lo que es curiosa habilidad en Estébanez, es en Montalvo maña genial; la prosa de las *Escenas andaluzas* equivale a deleitable exposición de cuadros de género; a multiforme y soberbia galería la de los *Siete Tratados*.

La lengua de Castilla se mira en el estilo de Montalvo como la madre amorosa en el hijo de sus entrañas. Nunca hubo gusto literario de más neto solar español, por lo que tiene y por lo que le falta, que el suyo. Llevó a su realización más definida y concreta las virtualidades y disposiciones características del instrumento verbal de la raza, que componen lo que llamamos el *genio* del idioma; sacando todo el partido posible de sus mayores ventajas y excelencias, sin evitar ninguno de los escollos a que por espontánea propensión se tuerce su curso, ni tender a suplir ninguna de las deficiencias que, en determinados casos, limitan sus medios de expresión: de modo que aquella prosa acrisolada y magnífica es, para el genio del idioma, como una lente de aumento, a través de la cual se viese abultado su relieve, engrosado su tejido, puestas en claro sus desproporciones, o como una artificiosa alquitara, de donde surtiera, en espeso jugo costosísimo, su más concentrada quintaesencia. Allí comparecen, y se desenvuelven hasta sus extremos, la firmeza de la línea, la energía del color, la elocuencia ardiente y pomposa, el elegante discreto, el castizo donaire; y junto a estas riquezas de la herencia común, manejadas habilísimamente, ningún esfuerzo dirigido a probar la eficacia de la lengua para triunfos ajenos de su tradición: nada por aligerarla y afinarla; nada por infundirla el sentido de lo vago, de lo soñado, de lo íntimo; nada por ensanchar la aureola o penumbra de sugestión que envuelve el núcleo luminoso de la palabra y la prolonga en efectos de música; nada, en fin, por poner en manos del idioma la varita mágica con

que se penetra al mundo de las cosas aéreas y flotantes que hoy apetece más allá de la plena determinación de la forma y la idea.

Por sus más soñados caracteres, la prosa de Montalvo, expresión violenta de un ideal de restauración en el habla literaria y de la personal genialidad de un escritor, es mucho más admirable en su singularidad que como norma y tipo adecuado para propagarse. Vulgar y torpe es entender que todo lo que en arte se hace de nuevo, va dirigido a solicitar la imitación, o siquiera la prevé y la supone; cuando el propósito de que se le imite es de los que no conoció nunca la conciencia del artista verdadero y cabal, y se puede afirmar, sin sombra de paradoja, que lo más digno de ser admirado es lo menos capaz de ser imitado. Aquella prosa ha de juzgarse como una bella forma extinguida. En la relación estética, su singularidad es privilegio; porque esa manera de decir, que no podría generalizarse para la comunicación actual de las ideas, gana con ello aquel encendimiento de beldad que se da en las cosas emancipadas del uso, cuando originariamente contuvieron una centella hermosa: como los soberbios templos que se arruinan, las lindas armas con que ya no se combate, y la buena prosa de los libros añejos donde ya no se busca la verdad. Y, sin embargo, de lo dicho, aunque la obra de restauración arcaica que emprendió Montalvo sea, en su conjunto, singular e incommunicable, ¡cuánto que aprovechar en ella; cuánto de mantener y restituir al comercio del habla, en ese vasto tesoro levantado del fondo del tiempo, como del fondo del mar los despojos de un galeón de Indias! A vuelta de prolijidades nada más que curiosas y modos de decir de un sello exclusivamente personal, ¡cuánto hallazgo de valor objetivo; cuánto eficaz conjuro y oportunísima rehabilitación, que nos punzan con el sentimiento de las infinitas cosas expresivas y bellas que el idioma no debía dejar perderse en el proceso de una renovación mal vigilada, la cual no alcanzó nunca a compensar, con lo que granjeó de nuevo, la merma del rico patrimonio!... Por eso, el arcaísmo de Montalvo puede considerarse, en muchos de sus elementos, obra viva; antecedente capaz de felices sugerencias, para el intento en que ahora estamos empeñados, de volver a la prosa castellana color, resalte y melodía, y de henchirla de sangre y encordarla de nervios, consumando una reac-

ción que ni los románticos ni los realistas de la anterior centuria llegaron más que a desmediar, en la sintaxis y en el léxico.

No pudo asistirlo en su empresa de restauración un gusto constante. Algo hay en la pasión que le animaba del fervor del coleccionista; y el gusto, como el discernimiento de cualquier especie de valor positivo, no son medidas para el peculiar criterio del coleccionista, para la valuación de las cosas en que se complace. Pero importa diferenciar la soberana calidad de esa pasión no limitada por el gusto; la naturaleza *genial* que la levanta cien codos sobre la manía sin nervio ni gracia del erudito vulgarmente prendado de lo viejo; sobre la paciencia buscona del pedante huroneador de léxicos y glosarios; porque aquel entusiasmo de las palabras es, en Montalvo, sugestión de un numen, furor casi sagrado, fuego de inspiración que tendría bastante con una sola de sus chispas para devorarse, como sacos de paja, las almas de todos los pedantes del mundo. Se *embriagó* de arcaísmo: ésta es la imagen propia; se embriagó con aquella báquica sensación de lo bello antiguo remozado, con que los heraldos del Renacimiento, al modo como los que trasiegan el mosto suelen marearse del capitoso vaho, se marearon divinamente trasegando el generoso vino de los clásicos y llevaron sobre su nativa lengua la reconquista romana, en aquella prosa, hirviendo de latín, que empezó en el reinado de don Juan II. Donde dije "romana", póngase "española del gran siglo", y ese y no otro es el caso de Montalvo. La prosa de Montalvo, después de Junín y de Ayacucho, es el desquite del Conquistador. Y por cierto que hay en el rebusco y acumulación, que manifiesta esa prosa, de riquezas del tiempo viejo; cierto soplo marcial, cierto ímpetu heroico, como de conquistador que entrase a saco una ciudad antigua y volviera ufano y curioso del botín; cierta exaltación que es todo lo opuesto que pueda imaginarse a la asiduidad linfática del literato de la especie académica.

Para quien guarde diferenciado el sabor de cada uno de los prosadores del gran tiempo de la lengua, la lectura de Montalvo es como múltiple y maravillosa evocación. Un rasgo rememora al uno, otro rasgo al otro; y de esta manera, sobre el fondo de aquella prosa, dorada de gloriosos reflejos, se ven pasar, como procesionalmente, sus sombras augustas, con tanta gracia y reverencia invocadas en la introducción de los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Por allí Granada, por allí León, por allí

Quevedo, por allí Malón de Chaide, por allí Saavedra Fajardo... Esta obra de selección y concierto de las varias riquezas del tiempo antiguo, bajo el imperio arquitectónico de un estilo personal y creador; ese certamen de las suntuosidades de la lengua, se compararía con el alarde de magnificencia colectiva que presidió a la fábrica del Escorial, para cuya edificación dicen que se reunieron, en piedras, maderas y metales, todos los primores de las tierras de España: el mármol de Filabres, el jaspé de Tortosa, el pino de Cuenca y Valsain, el hierro de Vizcaya, la caoba y el ébano de Indias. Nadie hubiera podido manejar con mejor tino aquellos tesoros. Por encima del conocimiento reflexivo y prolijo de la lengua; por encima de la acrisolada lección de sus clásicos maestros, tenía de ella Montalvo el conocimiento intuitivo, el inspirado sentimiento del carácter y naturaleza idiomática, que, como en cifra, reproducía en su propio carácter literario. Se comprende así que, siendo tan moderno y curioso en su pensar y reflejando su obra ideas de tan esparcidos orígenes, mantuviese constantemente inmune la nobleza antigua de las palabras y la frase; porque el sesgo castizo que tomaba, en el primitivo arranque de la forma, cualquiera manifestación de su pensamiento, lo guiaba a completar sin violencia su modo propio y genuino de expresión. No es humanamente posible expresar mayor copia y variedad de ideas ateniéndose tanto a la tradicional integridad y pureza del idioma. La lengua de Montalvo es victoriosa demostración de lo mucho que, a pesar de juicios vulgares, cabe contener en el romance heredado del Conquistador, cuando se le conoce en lo hondo y se le solicita con enamoradas instancias: o es, si se prefiere, demostración de la indefinida amplitud que el genio personal de un gran escritor logra arrancar a los endurecidos moldes de una lengua añeja, sin deformarlos ni descaracterizarlos. En presencia de este soberano dominio, y del amor ferviente que fué su inspiración, pasma averiguar, como sabemos por carta suya dirigida a don Miguel Antonio Caro, que alguna vez pasó por su espíritu, aquejado de la nostalgia de más ancho escenario, la ambición de radicarse en París y escribir para siempre en lengua francesa. ¿Qué hubiera resultado de la realidad de este sueño? ¿Un Heredia prosista? Aquella extraordinaria facultad de expresión, que tan íntima y congenial nos parece con el idioma en que se manifestó, como si a él estuviera votivamente consagrada, ¿pudo, sin des-

virtuarse, buscar nuevo arraigo y nueva adaptación?... La historia literaria testimonia que no hubo nunca gran escritor que lo fuese a la vez en dos lenguas distintas, y Heredia no había llegado a ser gran poeta en castellano cuando optó por serlo en francés.

Para hacer alarde de este absoluto dominio del idioma y del profundo sentimiento de su genio y tradición, en temeraria competencia con el más único y abrumador de los modelos, escribió los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, parodia del *Quijote*, que hasta después de la muerte de Montalvo no conoció la imprenta. La obra es lucidísima, como dechado de lenguaje y como interpretación y nuevo desenvolvimiento de los caracteres de la ficción maravillosa. Pero quien allí aparece y campea es Montalvo, y no Cervantes, o es, si se quiere, el Cervantes de Montalvo, que, reflejando su imagen en lo vivo de tamaño temperamento, muestra hondamente estampados el sello y fisonomía del intérprete. Y Montalvo, en su natural de escritor, se parecía poco al modelo que en esta ocasión trató de imitar. Cervantes, en quien la invención novelesca conserva mucha parte del candor del primitivo épico, tuvo la divina inspiración del estilo, y como su arte infuso; pero careció, en fuerza de su propia absoluta naturalidad, de la *conciencia del estilo*, que es intensísima y predominante en Montalvo, artista refinado y precioso, cuyas afinidades, dentro de la clásica prosa castellana, han de buscarse, mucho más que en Cervantes, en Quevedo o Gracián. Valióle sí a Montalvo para su magnífica parodia, ya que no la espontánea semejanza en medios de expresión, el profundo sentimiento del espíritu y la idealidad de la creación cervantesca; y no sólo manifestó ese sentimiento en la parodia misma, sino también, y aún más si cabe, en las páginas críticas que la preceden. Nadie, en idioma castellano, ha hablado de Cervantes y del *Quijote* como Montalvo en esas páginas. Sin asomo de hipérbole, puede decirse que ellas son el análisis condigno de la creadora síntesis del genio. La más durable estatua de Cervantes está allí, labrado con la unción que un artífice devoto pondría en cincelar una imagen sagrada.

Por lo demás, no hay cosa tan distante de la condición intelectual de Montalvo como la de los "hombres de un solo libro", o de un solo autor, o de un solo círculo de autores. Su cultura era varia y difundida; su comprensión, de amplios alcances;

ágil y melificadora, su curiosidad. Dentro de las letras —y aun en lo que podríamos llamar los alrededores y baluartes de una cultura literaria—, tenía cabal noción de lo moderno, no ignoraba lo exótico, y era capaz de sentir la fuerza de la belleza y la de la persuasión, en otras lenguas que en la propia. Pero el núcleo de su saber, la medida y norma de su gusto, fueron siempre lo clásico; lo clásico de su lengua y las de la materna antigüedad. Comprendió enteramente la belleza antigua, porque empezó por comprender y admirar la vida antigua, en lo esencial de su carácter. Nada más elocuente, nada más revestido de la altivez y majestad de la vieja toga oratoria, que la defensa de la civilización pagana en su réplica a un detractor sacristanesco. El *civis romanus sum* se siente allí encrespando ejemplos y razones. Allí es donde se dice: “No me cerréis las puertas de la antigüedad, porque os las derribaré a hachazos”. La virtud romana le inspiró, en medallas de admirable prosa, figuras como la de Fabio Darso, cuando, ceñidos los hábitos sacerdotales, pasa por medio de los bárbaros; o la del joven Curcio, echándose al abismo; o la de la mujer de Fulvio dándose la muerte para reparar su indiscreción. De Grecia remozó también eternos asuntos. ¿Quién mejor que él ha pintado la escena de la absolución de Friné? Toda la gracia del diálogo ateniense está en los coloquios que animó entre los convidados de Jenofonte y de Platón; y aun del primitivo helenismo, inocente y heroico, cruzan ráfagas por su obra, como en aquella página del tratado del *Genio*, donde evocó la sombra de Homero vagabundo, y aquella otra de los *Banquetes de los Filósofos*, donde mostró al asaeteado ciervo del Ida, presidiendo, en fuente de plata, el candor patriarcal de la mesa de Príamo.

Fuera del residuo genial, extraño siempre a toda determinación del medio, la literatura de Montalvo en sus más señalados caracteres, se vincula al ambiente donde se produjo, por relaciones fáciles de señalar. La fervorosa pasión del idioma, el tono clásico de la cultura literaria, son atributos que han singularizado siempre en América a los pueblos que constituyeron la primitiva Colombia. Allí la pulcritud del lenguaje escrito ha sido estimada como pudiera serlo una nota de limpieza de sangre; allí la teoría del idioma ha tenido, más que en la moderna España, cultivadores aplicados y maestros ilustres, y aun en los más medianos escritores es condición frecuente la pureza

de la elocuencia; allí con la disputa política se mezcla la disputa del vocablo, y el saber gramatical ha sido a veces camino por donde se ha llegado al gobierno. Infúndase en esta pasión colectiva, estrecha y prosaica en sus formas comunes, el soplo de un superior sentido estético y de un gran carácter de escritor, y se tendrá la magnífica pasión verbal de Montalvo, por una transfiguración semejante a la que trueca al crudo barro en la fineza del esmalte, o al hierro bruto en la centella de la daga. En Montalvo, sobre el oficioso afán de la corrección, se encumbra el divino sueño de lo bello.

Tenía, por amor de lo bello, el sentimiento tiránico, implacable, de la forma; la comprensión de lo artístico de la palabra, con aquel extremo de amor capaz de detenerse en mitad del más arrebatado apóstrofe o de la más absorta reflexión, para extasiarse en la cadencia de una frase, en el relampagueo de un epíteto, o en la nobleza de un vocablo añejo. A la conclusión de tal rasgo, al final de tal cláusula, se adivina el grito de orgulloso júbilo del artista que ha llegado a hacer lo que quería y está contento del dios que alienta en él. Un libro suyo se puede abrir por cualquier parte, con la certeza de encontrar alguna cosa bella, original o curiosa; una palabra primorosamente puesta, un decir admirablemente burilado, o un donoso atrevimiento de dición, o un gallardo y personal arranque de estilo. Cualquier pasaje de sus obras tiene, en su mérito y rareza formales, un valor independiente del conjunto y bastante para interesar y deleitar por sí solo; como el capricho ornamental que, aun sin representación alguna de ideas ni de cosas reales, es embeleso de los ojos en los relieves de un friso, en la cinceladura de una copa o en la orla de un manto.

Poseyó, entre sus más señaladas excelencias, el don de describir, y arrancó de las entrañas del idioma cuantos caudales de color, de luz y de plástica energía guardaba él en sus más recónditos y olvidados tesoros para reencarnar en palabras pintorescas las cosas materiales. En pintar la beldad de la mujer era prolijo y primoroso. Rica galería de este género despliega, multiplicando las variantes y contraponiendo los rasgos y tintas, en el tratado sobre la *Belleza*, donde su pincel moroso y sensual se detiene, ya en las clásicas Helenas y Frinés, ya en las aéreas Mornas y Galvinas ossiánicas, ya en las lánguidas Zisis, Nardinas y Delises del harén. Otro alarde de esta misma habilidad

Pocos escritores hay que, analizados en la abstracta entidad de sus ideas, rindan al análisis tan escaso residuo personal, y pocos hay también que, tomados en conjunto y en vivo, tengan un sello de personalidad tan claro y resistente. Leído una vez, en una sola página, Montalvo, ya no se despinta su carácter de escritor, y basta que diez líneas tuyas pasen de nuevo bajo nuestros ojos para obligarnos a decir: "Este es Montalvo".

Si la grandeza y personalidad del escritor se levantan así sobre toda salvedad, hay más lugar a reservas y distingos cuando se le juzga en la condición de pensador. ¿Fué pensador Montalvo? Para llenar cabalmente el concepto faltóle, sin duda, no sólo la superior serenidad que pone su atalaya por encima del tumulto y clamor de las pasiones, sino también la condición, más esencial, de interesarse en las ideas por sí mismas, y no principalmente como tema oratorio o como arena de una justa: faltóle aquel pertinaz afán con que se entra por las reconditeces de una idea, hasta iluminar lo más extraño y secreto; con que se la apura y exprime hasta verla soltar su más espesa substancia. Pero no sería lícito concluir de aquí que toda la obra de Montalvo sea la maravilla plástica y formal de su prosa. ¿Qué hay, entonces, en Montalvo, además del incomparable prosista? Hay el esgrimidor de ideas: hay aquella suerte del pensador fragmentario y militante, a que aplicamos el nombre de *luchador*. Y encarado con esta faz, el valor ideológico de su obra iguala o se aproxima, al que ella tiene en la relación de puro arte.

No se representa bien a Montalvo quien no le imagine en la aetitud de pelear, y siempre por causa generosa y flaca. Alma quijotesca, si las hubo; alma traspasada por la devoradora vocación de enderezar entuertos, desfacer agravios y limpiar el mundo de mandrines y follones. Tocando a esta condición, ponemos la mano en el fondo del carácter; en el rasgo maestro y significativo, que, concertándose con aquel otro, no menos esencial, de la pasión del decir hermoso y pulcro, diseña, como el perfil de una medalla, el relieve de la personalidad. Jactábase él mismo, alguna vez, del poder con que había sido dotado, "de castigar, ya que no de corregir, a los perversos". Túvolo, en verdad; y fué su numen de los que, de tiempo en tiempo, envía a la tierra la Nêmesis de las medidas inviolables, para ejercer, en la conciencia de los hombres, la jurisdicción de la vindicta. No eran el blanco de su preferencia las culpas contra

que basta sonreír; ni el procedimiento de su gusto, la intención que se emboza en los pliegues del acento irónico. Descubierta el jayán, pillado el belitre, arremetía de frente y buscando el centro del pecho, y no había caso en que menos fallara aquella portentosa ciencia del idioma que tratándose de encontrar el vocablo que exprimiera, con más neta precisión, el grado de la infamia o la especie de la villanía. Aun cuando disertar de arte, de ciencia o de literatura; aun cuando más absorto parece en la labor de ataujía de su estilo, suele suceder que la asociación de las ideas le trae de pronto la ocasión de señalar a un bellaco o de sacar a la vergüenza alguna injusticia clamorosa; y entonces, de entre los medidos escarceos de aquella prosa gallarda, brota, sin hurtarle el primor, el golpe instantáneo e infalible, como del cincelado puñal de Benvenuto el relámpago portador de la muerte. . . Mal hice si lo comparé con el artífice-bravo; fuera menester buscar el nombre del artífice-paladín; pero quede la comparación hasta donde signifique el parecido consorcio de una acometividad de primitivo con el más puro y religioso instinto de arte. Y como la difusión y perennidad de lo que el arte unge con su luz aseguran la difusión y perennidad del castigo para el malvado a quien, de otra suerte, escudaría la pequeñez de su escenario en el mundo, pero a quien se condena a inmortal crucifixión en la cruz de la palabra bella, Montalvo, el artista y el honrado, levanta en los puntos de la pluma a su vecino el traficante, el cortesano o el difamador, y con su propio nombre, le fuerza a que desempeñe su papel, o a que se le recuerde por analogía, en la obra de entretenimiento que está trabajando para que dure. Así, en los capítulos de la parodia cervantesca, Don Quijote tropieza en cierta ocasión con un ahorcado, y este ahorcado es Ignacio Veintemilla. Así, en el episodio de "Eutropio", del ensayo sobre *El Genio*, y en el *Banquete de Jenofonte*, y en muchas partes más, otros nombres reales comparecen, ya en la integridad de sus letras, ya muy tenuemente velados, y todos con puntual y terrible oportunidad. Este es fuero de artistas vengadores, que instituyó el más grande de ellos, señalando el lugar de sus contemporáneos, en los círculos del eterno dolor, y que usó también Miguel Ángel cuando puso a los réprobos del *Juicio final* el semblante de sus enemigos.

Y, sin embargo, como es frecuente que suceda en estas conciencias procelosas, había en lo hondo de la de Montalvo

veneros inexhaustos de simpatía, de benevolencia y de piedad; entre las asperezas de aquella alma desgarrada por pasiones volcánicas, arroyos de leche y miel, vallecicos de beato sosiego, que prestan sombra y frescura a no pocos pasajes de su obra, donde, en cerco de amargor y energía, las mansedumbres parecen cobrar más suave encanto, como el panal que creció en la boca del león. Y en estos remansos de la obra, suelen reflejar sus imágenes cándidas, sueños de pureza y amor, bendiciones como de plegaria, delicadezas y ternuras de su sensibilidad moral, que dejan comprender con cuánta verdad dijo de sí propio: "Un tigre para los perversos, para los buenos siempre he abrigado corazón de madre". En ocasiones, la misma imprecación fulminadora brota de sus labios, penetrada de una como ternura sacerdotal, de un como amor querrelloso, que, ablandándola el son, la hacen más excelsa y solemne. "¡Gabriel! — clamaba una vez, en lo más recio de su guerra con García Moreno—. ¡Gabriel! Nombre de ángel, nombre que el Señor pronuncia cuando quiere llamar a su preferido..."

Sazón de sus cóleras como de sus apaciguamientos fueron también las sales de la comicidad. Tuvo el don de reír, y le tuvo de cepa puramente española, como todas las partes de su ingenio, y diversificado en la más rica gama: desde la risa vengadora y mortal, hasta la de inocente regocijo; y desde la sonrisa que punza, y la que compone con una lágrima el agriculce de la melancolía, hasta aquella otra, más vaga y persistente, que significa sólo salud de alma y vigilante apercebimiento del gusto. Porque, además del reír accidental y concreto, su obra entera está acordada a un tono de donaire, de desenfado y jovialidad, que es como un continuo sonreír, a través del cual se filtra la expresión y sale ungida de gracia. Páginas de donde falte ese espíritu, cediendo el paso a una austera gravedad, pocas tiene Montalvo. Cierta vena de gracejo y malicia es elemento que se nos figura indispensable, hasta con relación a los procedimientos y el arte de su estilo. Aquella prosa tan raramente trabajada, tan compuesta y artificiosa, tan pregonera de singularidades y arcaísmos, escollaría, a menudo, en apariencia afectada y pedantesca, si no llevara dentro de sí propia el correctivo, con este mordicante de la gracia, que disipa el sabor de fatuidad retórica, y por el que parece que los mis-

mos amaneramientos y violencias del estilo están puestos allí con *mica salis*, como en la alegre petulancia de un juego.

Otro carácter esencial de su literatura, porque lo fué también de su persona y de su vida, es el tono de nobleza y superioridad. Ese perenne agitador contra autoridades falsas y pequeñas, tuvo el profundo sentimiento de las verdaderas y grandes. Liberal, hasta donde alcanza lo noble del sentido; demagogo ni plebeyo, nunca. En calidad de ideas, como en temple de ánimo, como en gustos de estilo, caballero de punta en blanco. Amó la libertad con el amor del corazón orientado a la justicia y de la inteligencia prendada de un orden: jamás con la pasión lívida y astrosa del que padece hambre de lo que concedieron a los otros la naturaleza o la fortuna. En infinitas partes de su obra se siente vibrar hacia abajo el menosprecio por las que él graduaba, en medida de dignidad y gentileza, de "almas de marca menor". Repugnábale particularmente la ruindad del libelista, del pícaro de pluma, del villano borroncador que unta en babas de la plebe estos generosos moldes en que consagraron el bautismo de nuestra cultura los Stéfanos, Manucios y Elzevirios. Una vez escribió: "La imprenta, esa matrona romana...". Y su natural aristocrático se manifiesta con un sello muy español, muy proveniente de las raíces de la sangre. Cierta entono hidalguesco, cierto ritmo y alarde de castiza altivez, parecen dibujar, en derredor de su persona, la rozagante anchura de la capa. La inmortalidad no ha apodado el *Don* a su nombre, porque es complementario y característico de él. Don Juan Montalvo ha de decirse siempre, y nunca Juan Montalvo. El *Don*, antepuesto a modernos nombres famosos, suena ordinariamente a señal de desestima; y así, ¿quién, sin intención de rebajar, diría don Domingo Sarmiento, o don Gustavo Bécquer? Pero él recobra, en labios de la fama, su condición original de título, dignidad, mando, por cierto temple de la persona ilustre o ciertas peculiares condiciones de su espíritu, cae el *Don* sobre el nombre con la oportunidad de un rasgo de carácter. Nadie lo suprimiría, sin mal tino, al nombrar a ese otro don Juan de noble alcurnia, que se llamó don Juan Valera. Nuestro don Juan ecuatoriano, mucho más recia y andantescamente caballero que aquel sofista delicioso, en la parte grave de la vida, fué, tanto como él, hombre entendedor del vivir bello y regalado, artista en la sensualidad, según lo acreditan desde sus pinturas de mujeres, trazadas con

delectación morosa, en cuadros de salacidad a lo Boucher, hasta aquellas descripciones de manjares y primores de la mesa rica, donde puso la pericial prolijidad de un magnate razonador del paladar goloso, como don Enrique de Villena.

Si, juzgado dentro del ambiente social contra el que reaccionó, fué Montalvo un radical y un rebelde, nos lo parece mucho menos cuando le consideramos en relación al modo de pensar que, en su propio tiempo, prevalecía allí donde llegaban sin obstáculo las corrientes del mundo. Su propaganda liberal, más que difundir ideas que labrasen en las creencias y los sentimientos religiosos, se dirigió a fulminar la realidad viva y concreta de la intolerancia erigida en fuerza política. No fué Montalvo, en el sentido en que lo fué Bilbao, un revolucionario de las ideas, venido a remover en sus mismos fundamentos la conciencia de una generación, franqueando el paso a filosofías de abierta independencia. Montalvo, más que en la doctrina, más que en el dogma, que nunca combatió de frente, se encarnizó en el hecho de la degeneración de la piedad, como sustentáculo de tiranía y como máscara social de vicios y de bajas pasiones; y no sólo dejó a salvo, en su tradicional integridad, la fe religiosa, sino que, en mucha parte, desarrolló su propaganda en son de vindicta y desagravio por la pureza de esa fe. Porque, con cierta vaguedad y libre arranque que le tuvieron siempre fuera de confesión determinada, era creyente y cristiano; nunca ultrapasó los límites de aquel inocente liberalismo que se compadecía, en nuestros padres, con la propia calificación de *católico*, y sentía con intenso fervor la religiosidad y la moral evangélica, que más de una vez fijó su pluma en rasgos de indeleble unción. Su concepto del clérigo ideal le inspiró el episodio de *El cura de Santa Engracia*, que recuerda a monseñor Bienvenido, o al Fracristóforo de Manzoni. Nada tan penetrado del sentimiento de la autoridad sacerdotal como la comparación, desenvuelta en alguno de los *Siete Tratados*, de la palabra del ministro de Dios con el agua que satisface las ansias del sediento. Ese Anticristo, escándalo de sacristanes y beatas, era, en realidad, un alma profundamente religiosa.

La literatura de Montalvo tiene asentada su perennidad, no solamente en la divina virtud del estilo, sino también en el valor de nobleza y hermosura de la expresión personal que lleva en sí. Pocos escritores tan apropiados como él para hacer sen-

tir la condición reparadora y tonificante de las buenas letras. Su amenidad, su deleitoso halago, están impregnados de una virtud más honda, que viene del innato poder de simpatía y del ritmo enérgico y airoso de la vida moral. En horas de abatimiento y displicencia, su lectura levanta y corrobora el ánimo; y para quienes le conocen de cerca y han llegado a ser íntimos con él, cualquiera página suya trae, aun independientemente del sentido, una expresión de sonrisa y de consuelo, como el son de esas dulces voces familiares que llevan su propiedad balsámica en el timbre, más que en la palabra. Hay autores que a sus prestigios y excelencias de orden literario, reúnen un no aprendido don magistral con que instituir la disciplina de la sensibilidad y de la mente y formar el concepto de la vida. Montalvo es de éstos. La abundancia de ideas morales, pintorescas y cálidas; el generoso entusiasmo, la fortaleza y alegría de alma; el temple varonil, le hacen particularmente apto como mentor y amigo en los días de la juventud, cuando el hervor de esas primeras lecturas, que, si son nobles y viriles, infunden en el alma, para el resto de la vida, el dejo inextinguible de un bautismo de fuego o de una iniciación religiosa. Es de aquellos a quienes puede decirse: "Ármame caballero". Tuvo, entre los rasgos que más definen su carácter, la admiración franca y ferviente: el alma abierta a la comprensión plena, entrañable, de todo lo bueno, de todo lo grande, de todo lo hermoso: en la naturaleza y en el arte; en las cosas del pensamiento como en las de la acción; en el alma de los hombres como en el genio e historia de las sociedades. Era un radical optimista por la constancia de su fe en aquellas nociones superiores que mantienen fija la mirada en una esfera ideal: bien, verdad, justicia, belleza; aunque, frente al espectáculo de la realidad, le tentara, a menudo, aquel pesimismo transitorio que es como el lamento de esa misma fe, desgarrada por el áspero contacto del mundo. "Un perverso para cada diez hombres, mucho honor para el género humano." Su potestad satírica, su profética fuerza de maldecir y fulminar, no eran sino como el aspecto negativo de esa virtud de admiración y de amor que fluía, en hirvientes olas, de su alma. Con igual apasionado impulso ensalza a Napoleón el grande y deprime a Napoleón el chico. El sentimiento de la naturaleza era en él tierno y respetuoso. Idea inspirada, y de genuino cuño quijotesco, es la que, en los *Capítulos* agregados a Cervantes,



le lleva a hacer intervenir la activa piedad del caballero en defensa de los árboles heridos por el hacha del leñador. Al comentario y juicio de las obras del arte llegaba con esa a modo de inspiración refleja; con esa lúcida y enamorada simpatía, que participa del estremecimiento y la virtualidad de la creación. Así acertó a reproducir el alma de los colores y las notas hablando de la *Transfiguración*, de Rafael; de *La Flauta Encantada*, de Mozart; de la sinfonía de *El Océano*, de Rubinstein. Así glorificó, en admirables loas, a Byron, a Castelar, a Víctor Hugo. Puso en esta crítica lírica la exaltación del verbo pindárico, y expresó elocuentemente su manera de entender el juicio y el sentido de lo bello, con aquel amplio y generoso concepto de la crítica que, en una página de su parodia del *Quijote*, puso en labios de don Prudencio Santibáñez, en discusión con el marqués de Huará-Luigsa.

Como realización de belleza, como obra de estilo, que es el aspecto principal en ella, la literatura de Montalvo ofrece, en su conjunto, un carácter difícil de comparar y definir. Los símiles comunes, que parten de la simplicidad de una idea de fuerza o de gracia, son por igual insuficientes para sugerir aquel carácter. No es la espontaneidad desordenada e indómita de la selva virgen; la abrupta irregularidad de la montaña enorme. No es la prosa de Sarmiento, sin proporción ni vigilancia de sí misma. Pero no es tampoco el jardín de Italia o de Grecia, la indeficiente sobriedad, el constante imperio de lo gracioso y de lo suave, el simple marco de plátanos y olivos del diálogo platónico. Para buscar a tan personal estilo imagen propia sería necesario figurarse una selva del trópico ordenada y semidomada por brazo de algún Hércules desbrozador de bosques primitivos; una selva donde no sé qué jardinería sobrehumana redujese a ritmo lineal y estupendo concierto la abundancia viciosa y el ímpetu bravío; o bien una montaña recortada en formas regulares, una montaña como aquella que, en tiempos de Alejandro, Dinócrates soñó esculpida para monumento del conquistador. —¿El Cotopaxi!... ¿Por qué recuerdo ahora al Cotopaxi?... —¿No está él allí, junto a la línea equinoccial, cerca de donde Montalvo vino al mundo, y no ofrece en sí mismo la representación de lo que quiero decir? El Cotopaxi es un primor colosal, un alarde arquitectónico de la montaña. Sobre sumiso acompañamiento de cumbres, levanta al éter la

maravilla de su forma, un inmenso cono truncado, de tal perfección como si fuese obra de compás; y revistiéndolo perennemente de diamante, inmaculada nieve dibuja, en el azul intenso del cielo ecuatorial, la pureza de aquellas líneas sublimes. Acaso la singularidad de esta imagen excitó en el contemplativo espíritu del niño un primer sentimiento de la norma de belleza, a un tiempo regular y atrevida, que el hombre había de fijar al arte de su estilo: pocas veces, como en esa montaña y esta prosa, se ajustó a tan precisos números lo grande.

## VII

La encantada labor literaria con que endulzaba el tedio de su proscripción en su pobre refugio de aldea, no era engañoso sueño que apartase del pensamiento de Montalvo la sombra de la tiranía. Cuantas veces tuvo ocasión, desde aquella misma soledad o en sus breves salidas a centros más poblados, hizo resonar la palabra que le evocase, erguido e implacable, en la memoria del tirano; alentador y tutelar, en la de su pueblo. Él continuaba personificando las protestas, él las esperanzas de la libertad.

En la ciudad del Istmo dió a la imprenta, en octubre de 1874, el opúsculo *La Dictadura perpetua*, donde replica al periódico *Star and Herald*, que abogaba por la reelección de García Moreno. Allí se reabre, con impaciencia y nerviosa brevedad, el proceso de la tiranía; allí se sostiene que conspirar es un deber contra el déspota que "dividió al pueblo ecuatoriano en tres partes iguales, y la una la dedicó a la muerte, la otra al destierro, la última a la servidumbre". Rasgos de éstos quedan como en acero, entre las marchiteces de la entonación declamatoria. "El soldado sobre el civil, el fraile sobre el soldado, el verdugo sobre el fraile, el tirano sobre el verdugo, el demonio sobre el tirano."

Esta elocuente invectiva resonaba en momentos en que había de tener tremenda eficacia. Aproximábase la hora del término legal del gobierno y de la reelección indisputable. El largo silencio, la reforzada paz, concentraban en la cavilación de los indómitos la energía estrechada con el cansancio y la adaptación del mayor número. La juventud que abría los ojos

en los claustros universitarios era nueva y virgen conciencia donde imprimía sus imágenes el espectáculo de la opresión. Todo concurría a presagiar el arrebato extremo y febril. Sin carteles en los pilares, la sugestión anónima tentaba el ánimo de Bruto. En la tarde del 16 de agosto de 1875, cuatro conjurados, entre ellos un estudiante de la Universidad, aguardaban, dentro del propio palacio del gobierno, el paso del déspota. Cayó atravesado de bala y de puñal, tiñendo con sangre de sus venas las hojas del mensaje en que venía de escribir la ratificación de su programa.

Crimen heroicamente inspirado, pero inútil, como casi todos los de esta especie, y más que inútil, funesto. Pronto se había de ver que, después de la terrible violencia, no ganaría la causa de la libertad, y perderían la de la civilización, la del orden, la de la formación de la patria. Montalvo, participando de un extravío que ennoblece, ya que no legitima, los extremos del dolor patriótico y de la indignación humana, recibió la noticia en su amargo destierro, y escribió, con mezcla de júbilo y soberbia: "Mía es la gloria; mi pluma lo mató". Luego, anhelando por avivar con su aliento la vindicada libertad, volvió a la patria, de la que le alejaron siete mortales años de oscuridad y abandono. El voto popular había llevado a la presidencia a Borrero, hombre de prestigios cívicos y que gozaba reputación de liberal. Desde que él subió al Gobierno, se aflojaron un tanto los procedimientos y las formas; pero quedaba en pie la Constitución que García Moreno había modelado en su delirante fanatismo: aquella teocrática Constitución de 1869, que negaba el derecho de ciudadanía a los que no se declarasen católicos, y lo suspendía a los afiliados a sociedades prohibidas por la Iglesia. Instado por la opinión liberal a provocar la reforma de esa Constitución, bajo cuyo imperio era legalidad la intolerancia, extranjería el pensar por cuenta propia, Borrero resistió obstinadamente, y la reforma constitucional vino así a ser el símbolo de una oposición que pronto rebose en inquietud revolucionaria. A esta oposición contribuyó Montalvo eficazmente con la propaganda de *El Regenerador*.

No había transcurrido un año de la presidencia de Borrero cuando la revolución liberal cundía desde las costas del Pacífico hasta las faldas del Pichincha. Se pronunció el movimiento en Guayaquil, el 8 de septiembre de 1876, y tuvo por jefe al

general don Ignacio Veintemilla. La personalidad vulgar y siniestra de ese hombre, bien diseñada ya por aquel tiempo —según se desprende de las propias *Catilinarias* de Montalvo—, podría justificar la inculpación que se hiciese a los liberales, de haber buscado o aceptado en él un instrumento de regeneración, si no fuesen tan frecuentes en las angustiosas crisis de estos pueblos, y tan humanas al fin, ese género de transacciones que olvidan o disculpan los antecedentes sombríos de un caudillo, cuando tiene en sus manos la fuerza con que dar impulso a una reacción y levanta por bandera el propósito de consumarla. Triunfante aquella revolución, generosa y justa en sus orígenes, y llegado Veintemilla al poder, no tardó el desengaño para los amigos de la libertad que se habían agrupado en torno suyo y que le vieron desembozar, desde su encumbramiento, una ambición grosera y torpe, ajena a toda mira superior y a todo estímulo ideal. Ese desengaño tronó por boca de Montalvo. De él fué, esta vez como siempre, la más altiva palabra de acusación y de protesta. En 1878 lanzaba, desde Ambato, su opúsculo *La peor de las revoluciones*, donde fustigaba la suspicaz obsesión del gobernante ocupado en fingir, o magnificar, tenebrosas conjuras, que cohonestasen sus abusos de autoridad y sus alardes de fuerza. No demoraron en llegar a la persona del acusador tales excesos: el primer liberal desterrado por Veintemilla fué Montalvo.

Al gobierno reaccionario y despótico, pero inteligente y sabedor de sus rumbos, que se personificó en García Moreno, sucede así, tras breve interregno, el personalismo sin ideas ni orden, que representa Veintemilla. Esta brutal dominación soldadesca no tiene un rasgo que la realce, ni siquiera que la diferencie, dentro de las más bajas formas del despotismo militar, que ha sido el más frecuente remate de las convulsiones de la demagogia hispanoamericana. Es la vulgar historia del audaz improvisado, a quien la aventura del motín, u otra complicidad de la fortuna, franquean el camino de una prepotencia personal, más o menos azarosa y efímera, más o menos sanguinaria y rapaz, que suele disfrazarse, como en este caso, con la grotesca máscara de un liberalismo histriónico y alborotador. Las proscipciones a lo Sila despejaron el campo para mayores desafueros. El amordazamiento de la prensa; el atropello de la cátedra; el látigo azotando en la prisión las espaldas de periodistas

y estudiantes; muertes que dejan dudas y sombras de veneno; y para pagar la perpetua orgía de cuartel, las exacciones y el despilfarro de las rentas públicas, mientras se desmorona, en la incuria y el desorden, la obra de organización con que atenuara las culpas de su férreo despotismo el gobernante clerical. Así se definió en breve tiempo ese régimen de barbarie afrentosa, que había de caer cinco años más tarde, vencido por sus propios excesos más que por las armas de otra revolución, después de haber renunciado a la apariencia de la legalidad proclamando la dictadura, y de haber puesto el colmo a sus rapiñas y violencias con el saqueo de un Banco de Guayaquil, a la luz del mediodía, por los soldados del Ejército. Montalvo, refugiado en Panamá, asilo y tribuna tantas veces del liberalismo ecuatoriano, prepara allí el arco de su palabra vengadora.

Panamá vió nacer las *Catilinarias*. Desde que esta obra salió a luz, hubo, para Veintemilla, América y posterioridad que le mirasen. Nunca gavilanes de pluma se hincaron con más despiadada fuerza en las entrañas de una tiranía y en la fama de un tiranuelo. La prolijidad del odio no es capaz de más codicioso rebusco de afrentas; pero el odio que allí hierve es odio santo, que ennoblece y realza el furor del ultraje personal. Abolengo, figura, antecedentes, vicios y tachas de la vida íntima; defectos de la inteligencia y de la educación; crímenes de la vida pública, puntualizados en cuanto a la opresión, en cuanto a la felonía, en cuanto al asesinato, en cuanto al robo: nada de lo del déspota escapa a la terrible inquisición que lleva adelante la pluma; todo él cuelga a lo largo de ese libro, como de una horca, desgarrado y sangriento con los colmillazos de la sátira. Burla, sarcasmo, execración, infunden alternativamente su soplo a una retórica que, por lo demás, no pierde, ni un momento, la dignidad del ritmo oratorio. Quieren las condiciones a que ha debido adaptarse la obra de la inteligencia en los pueblos de América, que algunas de las cosas mejores de la literatura americana tengan originariamente el carácter de panfletos políticos, y que debajo de estas formas transitorias hayan alentado inspiraciones de pensamiento y de arte, de esas que en un ambiente de cultura adulta florecen en su forma propia y cabal. Así, el *Facundo* es el panfleto que participa de la índole de la historia pintoresca y de la filosofía de la historia; las *Catilinarias* son el panfleto que vincula su naturaleza con la de la obra de estilo y de

clásica literatura. Esa prosa, como el verso de los *Yambos*, de Barbier, y de los *Castigos*, de Víctor Hugo, exprime el zumo mortal en copa cincelada con el primor de un monje orífice; saca de belleza, energía, y cual si anhelase hacer sobrevivir el contagioso ardor de su pasión al tiempo que serena los odios, pide, para el odio suyo, a la magia de la forma, la fianza de la inmortalidad.

## VIII

Consumado ese desquite, quiso Montalvo continuar en Europa su destierro. Allí le llevaban no sólo la natural gravitación de su espíritu y la perspectiva de larga expatriación, sino también el propósito de extender y realzar a una sanción definitiva su fama literaria. Con él iba el manuscrito de los *Siete Tratados*, su obra más característica y soberbia, y la que debía, en efecto, producir el acrecentamiento de su nombre. Llegado a Francia, dió a imprimir el libro en Besanzón. Con cuánta solitud y cuánto anhelo cuidó de él mientras lo imprimían, se ve por el comentario que de los afanes de la impresión hizo en graciosas notas. Publicado el libro en 1882, y llevándolo como de heraldo, se trasladó a Madrid, de donde le sonreía la esperanza del triunfo.

Allí frecuentó por algún tiempo la sociedad literaria, en la que fué su introductor Emilio Castelar. Confirmó admiraciones y simpatías por autores cultivados de lejos; decepcionóle el carácter real de otros, y no faltó ocasión en que su natural altivez de Inca de las letras, nacido en los contornos de la corte de Atahualpa, se encrespase con la acogida displicente de algún ilustre infanzón de la pedantería. En lo verdaderamente alto, halló quienes le hicieran justicia cabal. Leopoldo Alas habló de él con franco homenaje, y don Juan Valera túvole siempre en singular predilección, inclinándose a señalarle el más encumbrado puesto entre cuantos, en verso o prosa, habían escrito en América hasta entonces. El triunfo inmediato de su libro no fué, con todo, tan extenso ni intenso como hubiera sido justo esperar de aquel soberano esfuerzo aplicado a devolver su integridad y resplandor a los tesoros de la lengua. Para privar en ciertos círculos y merecer ciertas sanciones, dañó, sin duda, a

Montalvo, la libre condición de sus ideas, que aun solía ser allí *capitis diminutio* para los tribunales de la literatura oficial. En suma, de las impresiones de este viaje pareció quedar en el fondo de su espíritu cierto dejo de acritud y desengaño.

Volvió a París, donde permaneció hasta su muerte. A poco de su vuelta, hubo de recoger el arco vengador de *El Cosmopolita* y las *Catilinarias* para poner en blanco un dardo de los suyos. Fué el caso que el arzobispo Ordóñez, de Quito, escribió, con motivo de los *Siete Tratados*, toda una Pastoral, en la que señalaba a la execración de los creyentes al libro y al autor. La censura era, por la forma, impertinente y grosera; y desde luego, el hecho de que obra que hoy nos parece de tan inofensiva amenidad suscitase de la intolerancia tal movimiento de escándalo, basta para dar idea de un estado social. Montalvo sintió el agravio en su altivez, y la indignación en su conciencia de libre-pensador y ciudadano; y de entrambos sentimientos tomó impulso la *Memorial eclesiástica*, o el *Libro de las verdades*, violentísima réplica, de donde la persona del provocador sale tan duramente tundida como, en general, el clero de su tiempo, y donde hay rasgos magistrales para satirizar la devoción viciosa y simoníaca y la apocada y servil.

No fué ésa la última de sus publicaciones. Volviendo a la idea que le había inspirado *El Cosmopolita*, comenzó a dar, en 1887, *El Espectador*, nuevo ensayo de revista unipersonal, como la de Addison, de que alcanzó a imprimir, hasta poco antes de su muerte, unos seis números, en otros tantos primorosos tomitos (don Juan gustó siempre de la pulcritud y acicalamiento tipográficos), alternando en sus páginas los juicios de literatura, el comentario de actualidades sociales y políticas, las disertaciones sobre costumbres y legislación y las variedades amenas. De Addison pudo tomar para tal obra el nombre y el plan; no, ciertamente, el carácter, que en nuestro impetuoso y brillante americano tiene poquísimo de aquella estrecha rigidez moral y aquel perpetuo comedimiento de corte, del ensayista del primitivo *Espectador*. El estilo es, en estos opúsculos, más abandonado y corriente que en los demás escritos de Montalvo; el valor e interés del fondo, muy desigual, como de obra, al fin, que participa de la naturaleza y condición del periodismo.

Entre sus papeles inéditos se halló, después de su muerte, un opúsculo, o quizá esbozo de libro de más aliento: la *Geo-*

*metría moral*, dada a la estampa en 1902. El motivo que enlaza las varias partes de este capricho es la ingeniosa interpretación de las líneas y figuras geométricas como símbolos de caracteres y pasiones: allí el alma de Napoleón es el cuadrado, el triángulo la de César, el círculo la del Petrarca. Sobre el fondo de estos sutiles alambicamientos, que paran en la más donosa y pintoresca de las filosofías eróticas, pone Montalvo la novela de un seductor irresistible, a quien llamaba don Juan de Flor: nuevo y exacerbado Tenorio añadido a la incontable posteridad literaria del Burlador de Sevilla, con gran prestigio de la imaginación, aunque con menos de carácter real que de prototipo hiperbólico y tremendo. Cítanse, además, del tiempo de su juventud, ensayos dramáticos que no he visto, como tampoco un poema de viajes, a imitación de *Childe-Harold*, que bosquejó cuando sus primeras peregrinaciones por Europa.

En cuanto a su vida de estos últimos años, muy poco más es lo que sé. De la política de su país túvose por definitivamente apartado, y nunca llegó a ver lucir en él el franco albor de libertad y organización por que anhelaba en vano desde la juventud. Un movimiento revolucionario, para el que aunaron sus fuerzas liberales y conservadores, había derribado, en 1883, la afrentosa dictadura de Veintemilla. Durante los dos gobiernos que, en vida de Montalvo, la sucedieron, si bien el ejercicio de la autoridad guardó mayor decoro y mejoró el orden de la administración, no llevó trazas de desarraigarse aquella lepra de intolerancia y apocamiento clerical que era allí el mal congénito de la patria. No sé si bajo el gobierno de Caamaño, o bajo el de Antonio Flores, fué electo Montalvo senador; pero ni aceptó esa investidura, ni le tentó en ninguna otra ocasión el pensamiento de la vuelta. Y no porque la vida del destierro tuviera para él ventajas de bienestar, ni halagos de especie menos alta que los que cabe suponer en la adaptación de su espíritu a un ambiente superior de cultura. Vivía pobre y con escasos amigos. Sólo las gracias invisibles llevaban risa y embeleso a aquella callada habitación de la Rue Cardinet. Aun en el oasis del arte, hubo de sentirse, a menudo, extraño y solo. Su propensión apasionadamente idealista, su gusto clásico y selecto, le apartaban, con todas las fuerzas de su alma, del neutralismo literario, que estaba en su triunfal plenitud. Abominó, como cualquiera otra simonía, la de la fama que se aumenta siguiendo la corriente

del tiempo. Tampoco recurrió, a pesar de su poca prosperidad, al producir sin alma y por oficio, que jamás conoció en su vida, una de las raras de escritor en que el uso del natural privilegio mantuvo, del primero al último día, su soberana libertad. En cambio, cualquier empeño desinteresado y andantesco halló pronta y voluntaria su pluma, espada nunca emmohecida, como cuando fué la ocasión de salir en desagravio de la mujer americana, que un papel de París trataba torpemente, comentando los matrimonios de aristócratas del Viejo Mundo con ricas herederas de América. Por este mismo tiempo, algún tiranuelo viajante, de esos que las borrascas, o los turnos, de nuestras democracias, suelen enviar a las playas de Europa en blando ostracismo de despilfarro y vanidad, quiso desplegar hacia él un ademán de Mecenas, que él contuvo apenas esbozado. En la oscuridad de aquel solitario retiro no se encendió una luz que no reverberase en la limpieza de la honra.

Sobrevino así el mes de enero de 1889. Este invierno le postró en el lecho, dañado el pulmón con las reliquias de un mal que le aquejara un año antes. Pronuncióse la gravedad desde luego; fué menester operarle, y rechazando el anestésico que le proponían, afrontó con estoica impasibilidad el dolor. Estoico también para la certidumbre de su próximo fin, le vió llegar entero en el ánimo, entero en la mente. —“Me siento capaz—decía a sus amigos— de componer una elegía como nunca la hiciera en los años de mi juventud”—. Cuando lució el postrer día, quiso abandonar el lecho; se vistió con pulcritud y aliño, como quien espera a su enamorada o su señora, y se sentó para morir. Aun tuvo un último deseo, y fué que le rodeasen de flores. —“Un cadáver sin flores —daba por razón de esta voluntad— me ha entristecido siempre”—. Trajéronle las pocas y lánguidas que la estación ponía al alcance de la mano; y temiéndolas consigo, expiró.

Hermoso sueño de inmortalidad es la inmortalidad de los Campos Elíseos, donde las almas bienaventuradas mantenían, como en una tierra mejor, pero no esencialmente distinta de la realidad del mundo, los rasgos característicos de su personalidad terrena y las formas de su envoltura corpórea. Allí los que dedicaron su vida a las ideas podían seguir consagrándose a tan altos amores; iluminados de nueva y más serena luz; en los bosques de laurel donde Virgilio vió, ceñidos de ínfulas blan-

cas, a los poetas y los sacerdotes. ¿Qué ficción más bella que ésta para complacer a aquel nostálgico anhelo con que pensamos en las grandes almas desaparecidas cuya intimidad quisiéramos penetrar, más allá de lo que nos dicen de ellas los recuerdos que dejaron y los libros que escribieron?... Interesante cosa sería encontrar, en tan amable eternidad, la sombra de Montalvo. Conversaríamos allí de la maravillosa condición y divina virtud de las palabras; de la música de su son y la arquitectura de sus ordenaciones; del placer de cuando se nos rinden y el dolor de cuando nos huyen, y del don de evocar y de hechizar que en sí tienen. Conversaríamos también de los heroísmos de la historia, de la evocación de la caballería y del amor de la libertad.

Aquel gran espíritu encarnó, según dicen los que le conocieron, en figura consonante con la realidad de su ser. Yo la represento en mi imaginación por esas noticias: la talla procerosa, relevado el pecho, enhiesto el andar, el color moreno, luengo el torno del rostro; la frente amplia y desembarazada, entre la perpetua rebelión del cabello, montón de negros anillos, y el ignipotente mirar de unos ojos adonde confluían los relámpagos del pensamiento y las llamaradas del ánimo. La nariz, recta y valiente, como que daba testimonio de los atributos de la voluntad; y en las comisuras de los labios, desdeñosos y finos, se posaba aquel género de amargor con que persiste en el orgullo hidalgo el dejo de la ingratitud y la baja del mundo.

Esta señorial imagen tiene ya, no sé si en Guayaquil o en Quito, una estatua donde perdura. Cuando, en un cercano porvenir, los pueblos hispanoamericanos pongan en acervo común las glorias de cada uno de ellos, arraigándolas en la conciencia de los otros, la imagen de Montalvo tendrá cuadros y bustos que la multipliquen en bibliotecas y universidades de América. La posteridad llamada a consagrar los laureles de este primer siglo dirá que, entre los guías y mentores de América, pocos tan grandes como el hijo de Ambato.

## RUBÉN DARÍO<sup>1</sup>

—*No es el poeta de América*, oí decir una vez que la corriente de una animada conversación literaria se detuvo en el nombre del autor de *Prosas profanas* y de *Azul*. Tales palabras tenían un sentido de reproche; pero aunque los pareceres sobre el juicio que se deducía de esa negación fueron distintos, el asentimiento para la negación en sí fué casi unánime. Indudablemente, Rubén Darío no es el poeta de América.

¿Necesitaré decir que no es para señalar en ello una condición de inferioridad literaria, como hago más las palabras del recuerdo?... Me parece muy justo deplorar que las condiciones de una época de formación, que no tiene lo poético de las edades primitivas ni lo poético de las edades refinadas, posterguen indefinidamente en América la posibilidad de un arte en verdad libre y autónomo. Pero así como me parecía insensato tratar de suplirlo con la mezquina originalidad que se obtiene al precio de la intolerancia y la incomunicación, creo pueril que nos obstinemos en fingir contentos de opulencia donde sólo puede vivirse intelectualmente de prestado. Confesémoslo: nuestra América actual es, para el arte, un suelo poco generoso. Para obtener poesía, de las formas, cada vez más vagas e inexpresivas de su sociabilidad, es ineficaz el reflejo; sería necesaria la refracción en un cerebro de iluminado, la refracción en el cerebro de Walt Whitman. —Quedan, es cierto, nuestra Naturaleza soberbia, y las originalidades que se refugian, progresivamente estrechadas, en la vida de los campos.— Fuera de esos dos motivos de inspiración, los poetas que quieran expresar, en forma universalmente inteligible para las almas superiores, mo-

<sup>1</sup> De *Hombres de América*.

dos de pensar y sentir enteramente cultos y *humanos*, deben renunciar a un verdadero sello de americanismo original.

Cabe, en ese mismo género de poesía, cierta impresión de americanismo en los accesorios; pero, aun en los accesorios, dudo que nos pertenezca colectivamente el sutil y delicado artista de que hablo. Ignoro si algún espíritu zahorí podría descubrir, en tal cual composición de Rubén Darío, una nota fugaz, un instantáneo reflejo, un sordo rumor, por los que se reconociera en el poeta al americano de las cálidas latitudes, y aún al sucesor de los misteriosos artistas de Uatatlán y Palenke; como, en sentir de Taine, se reconoce —comprobándose la persistencia del antiguo fondo de la raza— al nieto de Néstor y de Ulises en los teólogos disputadores del Bajo Imperio. Por mi parte, renuncio a tan aventurados motivos de investigación, y me limito a reiterar mi creencia de que, ni para el mismo Taine, ni para Buckle, sería un hallazgo feliz el de tal personalidad en ambiente semejante.

Su poesía llega al oído de los más como los cantos de un rito no entendido. Su “alcázar interior” —ese de que él nos habla con frecuencia— permanece amorosamente protegido por la soledad frente a la vida mercantil y tumultuosa de nuestras sociedades, y sólo se abre al *sésamo* de los que piensan y de los que sueñan... Tal, en la antigüedad, la granja del Tíbur, el retiro de Andes o Tarento, la estancia sabina; todos los seguros de aquel grupo de helenizados espíritus que, con el pensamiento suspenso de las manos de Atenas y sin mezclarse a la avasalladora prosa de la vida exterior, formaron como una gota de aceite ático en las revueltas aguas de la onda romana.

Aparte de lo que la elección de sus asuntos, el personalismo nada expansivo de su poesía, su manifiesta aversión a las ideas e instituciones circunstantes, pueden contribuir a explicar el antiamericanismo involuntario del poeta, bastaría la propia índole de su talento para darle el significado de excepción y singularidad. Hay una línea que, como la que separa de lo azul la franja irisada del crepúsculo, separa en poesía americana el imperio de los colores francos y uniformes —oro y púrpura, como en Andrade; plata y celeste, como en Guido—, del *sens des nuances* de Rubén. Habíamos tenido en América poetas buenos, y poetas inspirados, y poetas vigorosos; pero no habíamos tenido en América un gran poeta exquisito. Joya es esa de

estufa; vegetación extraña y mimosa de savia salvaje en que ha desbordado hasta ahora la juvenil vitalidad del pensamiento americano; algunas veces encauzada en toscos y robustos troncos que durarán como las formas brutales, pero dominadoras, de nuestra naturaleza, y otras muchas veces difusa en gárrulas lianas, cuyos despojos enriquecen al suelo de tierra vegetal, útil a las florescencias del futuro.

Agreguemos, incidentalmente, que tampoco es fruto fácil de hallar, dentro de la moderna literatura española, el de la exquisitez literaria; entendiendo por tal la selección y la delicadeza que se obtienen a favor de un procedimiento refinado y consciente; no lo “delicado”, sentimental e instintivo de las *Rimas*. Suele tener aquella condición la prosa de don Juan Valera, por ejemplo; pero es indudable que ni la genialidad tradicional de la raza, ni mucho menos las actuales influencias del medio sobre la producción, conspiran a favorecer, en el solar de nuestra lengua, tal modalidad de la belleza y del arte. En cuanto a América, la espontaneidad voluntariosa e inconsulta, reñida con todo divino ensueño de perfección, ha sido cosa tan natural en la obra de su pensamiento, como las improvisaciones agitadas en su obra de organización y de desarrollo material. Preferida escuela de sus poetas (como de sus repúblicas) ha sido hasta hoy la que, con intraducible modo de decir, llamarían en Francia *Pécote buissonnière* de la poesía y la política. Por otra parte, los románticos pusieron excesivamente en boga entre nosotros las abstracciones de cierta psicología estética que atribuía demasiada realidad al mito del “numen”. Se creía con una candorosa buena fe en la inspiración que descende, a modo de relámpago, de los cielos abiertos; se tenían para cualquier severa disciplina los rencores del escolar para el latín; se iba a pasear a los prados y los bosques y, como Mathurin Regnier, se “cazaban los versos con reclamo”.

Además, toda manifestación de poesía ha sido más o menos subyugada en América por la suprema necesidad de la propaganda y de la acción. El arte no ha sido, por lo general, sino la forma más remontada de la propaganda; y poesía que lucha no puede ser poesía que cincela. Este *utilitarismo* batallador, que, bien o mal depurado de la inevitable escoria prosaica, aparece en casi todas las páginas de nuestra Antología, basta para que resalte con un enérgico relieve de originalidad la obra, en-

teramente desinteresada y libre, del autor de *Azul*. No cabe imaginar una individualidad literaria más ajena que ésta a todo sentimiento de solidaridad social y a todo interés por lo que pasa en torno suyo. Se diría que *es lo menos Béranger* que puede ser un poeta; lo que, en sentir de algunos, equivaldría a decir que es todo lo poeta que puede ser un mortal. Alguna vez tuvo su musa la debilidad de cantar combates y victorias; pero la creo convencida de que, como en la frente de la Herminia del Tasso, el casco de guerra sienta mal sobre su frente, hecha para orlarse de rosas y de mirtos. Heredia, Olmedo, Andrade, dibujan, más o menos conscientemente, en derredor de sus versos, el circuito de un Forum, las gradas que se dominan desde una tribuna; en tanto que la de Rubén Darío es una mente de poeta que tendría su medio natural en un palacio de príncipes espirituales y conservadores. Yo no le creo incapaz de predicar la buena nueva; pero afirmo que, para hacerle maestro de la verdad, sería necesario prepararle una decoración renovada de los más bellos pasajes del Genesaret de idilio, de Renán; vestir al apóstol con túnica de oro y de seda; unguir de bardo su cabeza y sus hombros... y todavía, conseguir del Enemigo Malo que las prostitutas y los publicanos fuesen gentes delicadamente perversas, sin ninguna emanación de vulgaridad.

Cierta referencia del mismo autor de *La Abadesa de Jouarre*, que glosaremos con una frase de Bacón, nos dará de antemano la síntesis de nuestro estudio de la personalidad y las ideas del poeta. "La verdad de los dioses debe inferirse únicamente por la belleza de los templos que se les han levantado", le decía a Renán un artista amigo. "No hay refinada belleza sin algo extraño en sus proporciones", afirmaba el genial y abyecto Canciller. —Todo Rubén Darío está en la doctrina que puede deducirse lógicamente de esos dos postulados. —El Dios bueno es adorable, porque es hermoso; y será la más verdadera aquella religión que nos lo haga imaginar más hermoso que las otras... y un poco raro además. —*Le rare est le bon*, dijo el maestro. —Satán es digno de ser ponderado en letanías siempre que se encarne en formas que tengan la selección de Alcibíades, los fulgores de Apolo, la impavidez de don Juan, la espiritualidad de Mercurio, la belleza de París. En cuanto a las cosas de la tierra, ellas sólo ofrecen, para nuestro artista, un interés *reflejo* que adquieren de su paso por la Hermosura, y que se desvanece

apenas han pasado. Frente a la realidad positiva, a las que el Evangelio llama *disputa de los hombres*, a todo lo oscuro y lo pesado de la agitación humana, su actitud es un estupor exotérico o un silencio desdeñoso. Nada sino el arte. Y como el arte significa esencialmente la Apariencia divinizada, y pone en las cabezas el mareo fácil de la alondra para ir hacia "todo lo que luce y hace ruido", prefiere un rey a un presidente de república —y a Washington, *Halagabal*. Se reina bien cuando se reina de manera adecuada para proporcionar a una reducida porción de hombres elegidos las más frecuentes e intensas sensaciones de felicidad y de belleza. La acción vale como parodia del ensueño. El gran hombre de acción sería el absoluto y todopoderoso monarca que, considerando la sociedad como el mármol donde él estaría obligado a cincelar una estatua a un tiempo enorme y exquisita, la recortara, la trazase, despiadadamente, para organizarla con arreglo a una suprema idea de originalidad novelesca y de magnificencia exterior.

Nada sino el arte, repito. Su "naturaleza literaria" vibra entera en esa palabra. Su talento la lleva por signo lo mismo en la faz que mira al Capitolio que en la que mira a la Tarpeya: en la de los aciertos y en la de las culpas. Imaginad su mundo íntimo como un horizonte avasallado por una cumbre solitaria, donde la Belleza hace llegar sus rayos de cerca y donde el amor de la Belleza se levanta poderoso, altivo, vencedor. Todo lo demás de la realidad y de la idea queda en el fondo oscuro del valle... Las cosas sólo salen de la oscuridad de la indiferencia cuando un rayo de aquel amor las ilumina. Y del imperio de ese sentimiento único —receloso tirano de su reino interior— ha nacido esta organización de poeta, verdaderamente extraña y escogida, como nace, de la cristalización del carbono puro, la piedra incomparable.

Los que, ante todo, buscáis en la palabra de los versos la realidad del mito del pelícano, la ingenuidad de la confesión, el abandono generoso y veraz de un alma que se os entrega toda entera, renunciad por ahora a cosechar estrofas que sangren como arrancadas a entrañas palpitantes. Nunca el áspero grito de la pasión devoradora e intensa se abre paso a través de los versos de este artista poéticamente calculador, del que se diría que tiene el cerebro macerado en aromas y el corazón vestido de piel de Suecia. También sobre la expresión del sentimiento



personal triunfa la preocupación suprema del arte, que subyuga a ese sentimiento y lo limita; y se prefiere —antes que los arrebatados ímpetus de la pasión, antes que las actitudes trágicas, antes que los movimientos que desordenan en la línea la esbelta y pura limpidez— los mórbidos e indolentes escorzos, las serenidades ideales, las languideces pensativas, todo lo que hace que la túnica del actor pueda caer constantemente, sobre su cuerpo flexible, en pliegues llenos de gracia.

Y ese mismo amaneramiento *voulu* de selección y de medida que le caracteriza en el sentimiento, le domina también en la descripción. Está lleno de imágenes, pero todas ellas son tomadas a un mundo donde genios recelosos niegan la entrada a toda realidad que no se haya bañado en veinte aguas purificadoras. Porque Rubén Darío sería absolutamente incapaz de extraer poesía de las excursiones en que el pie felino de la musa de Baudelaire hollaba, con cierta morbosa delectación, el cieno de los barrios inmundos, y en que ella desplegara sus alas de murciélago para remover la impureza de las nieblas plomizas. Ve intensamente, pero no ve sino ciertos delicados aspectos del mundo material. La intensidad de su visión se reserva para las cosas hermosas. Cierra los ojos a la impresión de lo vulgar. Lleva constantemente a la descripción el amor de la suntuosidad, de la elegancia, del deleite, de la exterioridad graciosa y escogida. Su taller opulento no da entrada sino a los materiales de que, si fuese suya la lámpara de Aladino, habría de rodearse en la realidad. Oro, mármol y púrpura, para construir, bajo la advocación de Scheherazada, salones encantados. Todas las formas que ha fijado en el verso revelan ese mismo culto de la plasticidad triunfal, deslumbradora, que se armoniza en él con el de la espiritualidad selecta y centelleante. El *instinto del lujo* —del lujo material y el del espíritu—, la adoración de la apariencia pulcra y hermosa, con cierta indolente *non curanza* del sentido moral.

Tal inclinación, entre epicúrea y platónica, a lo Renacimiento florentino, no sería encomiable como modelo de una escuela, pero es perfectamente tolerable como signo de una elegida individualidad. De ese modo de ver no nacerán en el arte literario las obras arquitecturales e imponentes (y, desde luego, es indudable que no nacerán poemas cosmogónicos, ni romances sibilinos, ni dramas cejjuntos); pero pacen versos pre-

ciosos; versos de una distinción impecable y gentilicia, de un incomparable refinamiento de expresión; versos que parecen brindados, a quien los lee, sobre la espuma que rebosa de un vino de oro en un cristal de *baccarat*, o en la perfumada cavidad de un guante cuando apenas se lo ha quitado una mano principessa... Todas las selecciones importan una limitación, un *empequeñecimiento* extensivo, y no hay duda de que el refinamiento de la poesía del autor de *Azul* la *empequeñece* del punto de vista del contenido humano y de la universalidad. No será nunca un poeta popular, un poeta aclamado *en medio de la vía*. Él lo sabe, y me figuro que no le inquieta gran cosa. Dada su manera, el papel de *representante de multitudes* debe repugnarle tanto como al poeta de las *Flores del mal*, que, con una disculpable petulancia, se jactaba de no ser lo suficientemente *bête* para merecer el sufragio de las mayorías... Lejos del vano estrépito del circo, en la "sede del arte severo y del silencio", como él gusta decir evocando la grave frase d'annunziana, pule, cincela, a modo de "un buen monje artífice", y consulta a los "habitantes de su reino interior". Recuerdo a este propósito que uno de los personajes de *L'Immortel*, de Daudet, plantea esta cuestión interesante: —Si acaso Robinsón hubiera sido artista, poeta, escritor, ¿hubiera continuado siéndolo en la soledad, hubiera producido? He ahí una duda que, para los artistas de la raza del nuestro, apenas admite explicación. En el individualismo soberbio de este poeta —aunque prive a su poesía de la amplitud humana y generosa que realza a la de los que cantan con vocación y majestad de hierofantes— hay un fondo legítimo que ningún alma dotada de "entendimiento de hermosura" será osada a negar. Cierto: la Belleza soñada es, de todas las cosas del mundo, la que mejor justifica los individualismos huraños y rebeldes; es un santo horror el que tiene el artista a la tiranía de los más, al pensamiento vestido con librea de uniforme; el arte y la multitud están hechos de distinta substancia. El arte es cosa leve, y Calibán tiene las manos toscas y duras. Pero se le puede abominar en el arte y amarle cristianamente en la realidad. Rubén Darío no le ama ni en la realidad ni en el arte. Sé que no se indignará conmigo si, atribuyéndole un sibaritismo de corazón que haría rugir a Edmundo Schérer, cuyas invectivas contra Gautier acabo de dejar de las manos, me creo autorizado a pensar que, como el

personaje de *Mademoiselle Maupin*, sólo se siente inclinado a dar limosna cuando la sordidez y los andrajos tienen aspecto de cuadro de Ribera o de Goya...

Todas las predilecciones que revelan sus versos; todo el grupo favorito de imágenes, de reminiscencias, de nombres que forman un característico *corso e ricorso* alrededor de la obra de cada artista, responden en el nuestro al mismo delicado instinto de selección. La Grecia clásica y la Francia de Luis xv le darán, alternativamente, objetos para sus decoraciones; símbolos todos de una organización espiritual que huye lo ordinario como el armiño lo impuro. Ama prodigar la seda, el oro, el mármol, como términos de comparación. Aun más que la rosa purpurada "en sangre pecadora", es el lirio heráldico y beato la flor con que nos encontraremos al leerle. Y si se nos preguntase por el ser animado en que debería simbolizarse el *genio familiar* de su poesía, sería necesario que citásemos —no al león ni al águila, que obsedian la imaginación de Víctor Hugo, ni siquiera al ruiseñor querido de Heine—, sino al cisne, el ave wagneriana: el blanco y delicado cisne que surge a cada instante, sobre la onda espumosa de sus versos, llamado por insistente evocación, y cuya imagen podría grabarse, el día que se blasonara la nobleza de los poetas, en uno de los cuarteles de su escudo, de la manera como se grabaría en el escudo poético de Poe el cuervo ominoso, y el gato pensativo y hierático en el blasón de Baudelaire.

Toda la complejidad de la psicología de este poeta puede reducirse a una suprema unidad, todas las antinomias de su mente se resuelven en una síntesis perfectamente lógica y clara, si se las mira a la luz de esta absoluta pasión por lo selecto y por lo hermoso, que es el único quicio incommovible de su espíritu. —No es parnasianismo extendido al mundo interior, y en el que las ideas y los sentimientos hacen el papel de lienzos y bronzes. —Teófilo Gautier no tenía reparo en confesar que, consideradas las cosas poniéndose en el mirador del arte, le parecía preferible una magnífica pantera a un ser racional; lo que no impedía que el hombre pudiera hacerse superior a la pantera despojándola de su piel para recortarse una hermosa túnica. Hay en Rubén Darío la virtualidad de una estética semejante.

El pensamiento malo que viene revestido con una pintada

piel de pantera, vale más que el pensamiento bueno que viste de librea o con una corrección afectadamente vulgar. Pero se concede a los moralistas que si el buen pensamiento desnuda de su bizarra piel al animal feroz y se la pone regiamente sobre los hombros, valdrá más que el pensamiento malo.

Y ahora que he tratado de caracterizar a mi manera la genialidad del poeta, y he sintetizado todo lo dicho en ese ejemplo extremo, oigo que me pregunta una voz interior que se anticipa a muchas voces extrañas: ¿No crees tú que tal concepción de la poesía encierra un grave peligro, un peligro mortal, para esa arte divina, puesto que, a fin de hacerla *enfermar de selección*, le limita la luz, el aire, el jugo de la tierra? Seguramente, si todos los poetas fueran así. Pero, ¿caso no existiría un peligro igual para la armonía de la Naturaleza y para la sociedad de los hombres, si todas las plantas fueran orquídeas; diamantes y rubíes todas las piedras; todas las aves cisnes o faisanes; y todas las mujeres sirvieran para figurar en crónicas de Gyp y cuentos de Mendés?

Para proseguir nuestra *esquisse* de la personalidad que estudiamos, de la manera más segura; teniendo ante los ojos el inequívoco trasunto de su obra, elegiremos de ella lo que nos parece más característico y de más alto valor. Es su última colección de versos la que representa —por así decirlo— la plena tensión del arco del poeta. El autor de *Azul* no es sino el boceto del autor de *Prosas profanas*.

Entiéndase que me refiero exclusivamente al poeta, en este parangón de los dos libros; no al prosista incomparable de *Azul*; no al inventor de aquellos cuentos que bien podemos calificar de revolucionarios, porque, en ellos, la urdimbre recia y tupida de nuestro idioma pierde toda su densidad tradicional, y —como sometida a la acción del trozo de vidrio que, según Barbey d'Aurevilly, servía para trocar los fracs de Jorge Brummell en gasas vaporosas—, adquiere la levedad evanescente del encaje.

Tomaremos, pues, la última colección del poeta por punto de partida. Los que conocéis de las nuevas tendencias literarias la parodia y de Rubén Darío la leyenda, podéis alejar todo temor de que os juegue una mala pasada conduciéndoos a través de un libro sombrío, diabólico o impuro. Es un libro casi optimista —a condición de que no confundáis el optimismo poético con la alegría de Roger Montemps. No encontraréis en él una sola

gota del amargo ajeno verleniano, porque el Verlaine que aparece no es el Verlaine que sabe la ciencia del dolor y del arrepentimiento; ni una onda sola del helado *nepbente* de Leconte de Lisle; ni un solo pomo de la farmacia tóxica de Baudelaire. Encontraréis mucha claridad, mucho champaña y muchas rosas. No bien hacemos nuestra entrada en el libro, el poeta nos toma de la mano, como el genio de algún cuento oriental, para que retrocedamos con él a la vida de una época llena de amenidad y de gracia. Vamos en viaje al siglo XVIII francés. Cierta es que a mí, como a muchos de los que se decidan a seguirme, nos agrada de una manera mediana aquel ambiente en que la Naturaleza no era sino un inmenso madrigal; en que un erotismo rococó ocupaba el lugar de la pasión fuerte y fecunda; y en que cierta mitología de abanico hacía de Mercurio un mensajero de billetes galantes, y de Eolo un paje encargado de dar aire a las reinas, y de las butacas de salón los trípodes de Apolo. Pero no importa, por mi parte. Præsumo tener, entre las pocas excelencias de mi espíritu, la virtud, literariamente cardinal, de la amplitud. Soy un dócil secuaz para acompañar en sus peregrinaciones a los poetas, adondequiera que nos llame la irresponsable voluntariedad de su albedrío; mi temperamento de Simbad literario es un gran curioso de sensaciones. Busco de intento toda ocasión de hacer gimnasia de flexibilidad; pláceme tripular, por ejemplo, la nave horaciana que conduce a Atenas a Virgilio, antes de embarcarme en el bajel de Saint-Pol Roux o en el raro yate de Mallarmé. ¿Qué mucho que no me intimide ahora la peregrinación a que convida este desterrado de los jardines de Versalles y los Trianones cucos, aunque él no haya de llevarme precisamente a las regiones por que suspira mi alma cuando toma la actitud de Mignon? La hospitalidad de las Marquesas es, al fin y al cabo, una hospitalidad envidiable, y la presentación será hecha por un poeta de la corte.

*Era un aire suave...*, dice el título de estos primeros versos. Y además del *aire* efectivamente acariciador que simula en ellos el ritmo, ellos os halagarán los ojos con todos los primores de la línea y todas las delicadezas del color. Imaginaos un escenario que parezca compuesto con figuras de algún sutil miniaturista del siglo XVIII. Una noche de fiesta. Un menudo castillo de Le Nôtre, en el que lo exquisito de la decoración resalta sobre una Arcadia de parques. Los jardines, celados por estatuas

de dioses humanizados y mundanos, no son sino salones. Los salones, traspasados por los dardos de oro de los candelabros, arden como pastillas de quemar que se consumen. Un mismo tono, delicado y altivo, femenino y alegre, de la Gracia, triunfa por todas partes, en el gusto de la ornamentación, en los tintes claros de las telas, en las alegorías pastorales de los tapices, en las curvas femeninas de las molduras... Las Horas danzan festivas. Se está en el siglo del ingenio y la conversación ha desatado en leves bandadas sus trasgos y sus gnomos. Declaraciones, risas, suspiros. Pueblan el aire los pastores acicalados de Watteau, repartidos, en grupos que se eclipsan y reaparecen, en los planos de seda de los abanicos, que conversan en el lenguaje de las señas. Se oye la sinfonía de las telas lujosas. Tañe la seda su pífono insectil, el gro rezonga su voluptuosidad, los encajes tiemblan azoradores... Cruzan la sala las mujeres de Marivaux. Por allá pasa Sylvia, por allá Araminta, por allá Angélica y Hortensia. Los rostros, que semejan estampas, y que parecen pedir, sobre las mejillas consteladas de lunares, la firma de Boucher, llevan, ellos también, esa nota de amaneramiento querido que surge en todas partes en el siglo de la artificialidad. El baile luego. Una orquesta de Italia deslíe en el aire la música de un repertorio voluptuoso. Los tacones de púrpura dibujan sobre la alfombra florida la Z del minué, o se abandonan a la fugacidad de la gavota, o hacen la rueda en la pavana. Oro, rosa, celeste, sobre los *paniers* de las danzantes y en los trajes de sus caballeros. Todo el ambiente es una caricia y todo lo que pasa parece salir de la aljaba de la voluptuosidad.

Tal amplifica mi fantasía, dócil a toda poética sugestión, el fondo hechizado del cuadro en que la magia del poeta hace revivir a esa marquesa Eulalia que, colocada entre un abate madrigalista y un vizconde galante, reparte risas y desvíos con una malignidad encantadora. Un paje audaz, de los que pirateaban con la patente de corso de los reyes en los mares mundanos de la Regencia y de Luis XV, sabe el secreto que hará desvanecerse la risa de Eulalia, y la esperará, a la medianoche, en una glorieta del jardín, que duerme envuelta en sombras azules. Pero, entretanto, Eulalia ríe incansablemente; y mientras la graciosa Eco mezcla en la copa del aire las desgranadas perlas de su reír con las notas perdidas que endulzan las ondas

mansas del viento, la fiesta, en torno, continúa: las Horas danzan festivas, como en la pintura matinal de Guido Reni...

¿Tocar así la obra del poeta, para describirla, como un cuadro, con arreglo a un procedimiento en que intervenga cierta actividad *refleja* de la imaginación, es un procedimiento legítimo de crítica? Sólo puede no serlo por la incapacidad de quien lo haga valer. La composición es de un tono enteramente nuevo en nuestro idioma; porque el matiz de la Gracia que hay en ella, no tiene la correcta simplicidad de la elegancia clásica, ni la vivacidad del donaire puramente español, hecho de especias y de zumo de uva, que nuestro propio poeta, con versos de gesticulaciones gitanas, nos ofrece en el *Elogio de la seguidilla*. Es la gracia Watteau, la gracia provocativa y sutil, incisiva y amanerada, de ese siglo XVIII francés, que los Goncourt, que tan profundamente la amaron y sintieron, llamaban "la sonrisa de la línea, el alma de la forma, la fisonomía espiritual de la manera". La originalidad de la versificación concurre admirablemente al efecto de ese capricho delicioso. Nunca el compás del dodecasílabo, el metro venerable y pesado de las coplas de Juan de Mena, que los románticos rejuvenecieron en España, después de largo olvido, para conjuro de evocaciones legendarias, había sonado a nuestro oído de esta manera peculiar. El poeta le ha impreso un sello nuevo en su taller; lo ha hecho flexible, melodioso, lleno de gracia; libertándole de la opresión de los tres acentos fijos e inmutables que lo sujetaban como hebillas de su traje de hierro, le ha dado un aire de voluptuosidad y de molicie por cuya virtud parecen trórcarse en lazos las hebillas y el hierro en marfil. ¡*Tienen su destino los metros!*, podríamos exclamar, a este propósito, parodiando al anónimo poeta de la antigüedad. He aquí que el viejo ritmo del *Libro de las quere-llas* y de la *Danza de la muerte* ha doblado sus petrificadas rodillas de Campeador sobre el almohadón de rosas de la galantería.

El mismo cielo, azul y ópalo, de cuadro de Watteau, el de las verlenianas *Fêtes galantes*, se tiende sobre la *Divagación* que viene luego. El poeta, haciendo gala de un cosmopolitismo ideal, que liba voluptuosidades en la copa de todos los sibaritismos humanos para refundirlas en una suprema quintaesencia, declara que quiere dar a su amor todos los encantos y todos los colores propios del estilo de amar de cada raza. *Curioso merca-*

*dante* del verso, reúne en su tienda, para preparar un escenario nupcial, estatuas de Clodión y bandolines florentinos; copas para el vino teutón y copas para el vino de España; mil tesoros exóticos: tortugas y dragones chinoscos, y joyas de bayaderas de la India, y labrada plata del Japón. Quiere un amor que sea universo. Quiere que, en sucesivos avatares, su amada lo sea todo; desde la Diana de muslos de marfil que blanquea en el rincón de un parque de Luis XV, hasta la negra Sulamita del "Cántico"... Pero fijaos bien, y veréis cómo, por debajo de esa mutación superficial, ella sigue siendo siempre una francesa del siglo *de los duques-pastores*, una joven marquesa, una nieta mimada de Marivaux, como aquella deliciosa Eulalia que parece escapada de una página de los *Juegos del amor y el azar* o de las *Falsas confidencias*. Ella sabe de Grecia por las Arcadias de aquel siglo; de Alemania por Gérard de Nerval; de España por Merimée; de Oriente por Loti... Hay en todas estas estrofas toques realmente incomparables; y se diría que el poeta, al mismo tiempo que hace la corte a su viajera, hace también la corte a todas las exquisiteces del decir y a todas las graciosas petulancias de la forma.

Pienso que la *Sonatina* que desgrana sus notas en la siguiente página, hallaría su comentario mejor en el acompañamiento de una voz femenina que le prestara melodioso realce. El poeta mismo ha ahorrado a la crítica la tarea de clasificar esa composición, dándole un nombre que plenamente la caracteriza. Se cultiva —casi exclusivamente— en ella la virtud musical de la palabra y del ritmo poético. Alados versos que desfilan como una mandolinata radiante de amor y juventud. Acaso la imagen, en ellos evocada, de la triste y soñadora princesa, se ha desvanecido en vosotros, cuando todavía os mece el eco interior con la repercusión puramente musical de las palabras, como el *aire* de un canto cuya letra habéis dejado de saber... Imagináis que os arrulla una *berceuse* muy suave, y que vuestra alma está en la cuna; imagináis que tenéis el alma en la epidermis y que unas manos de hada os la acarician; aquellas leves manos que dibujó un vez Régner —inmunes de "haber hilado el lino de toda vil labor" y que sobre las fiebres en que se posaban "hacían nevar el celeste reposo de su frescura"... Una *berceuse*, nada más; pero, ¿no vale y no se justifica así también la obra de los poetas? No ha mucho tiempo que estuvo más de moda

que hoy saludar a la poesía versificada con el melancólico adiós de cierta heroína del *Ricardo III* a la *reina de los triste destinos*. Pero todavía escuchamos a menudo que, condenada a ser pros-crita —en cuanto alada mensajera del pensamiento, y en cuanto arte descriptiva— por otras formas más amplias de la expresión, lo está también a serlo de los dominio del sentimiento por la potencia infinita de la música, que es la única fuerza capaz de evocar y reunir soberanamente, en el concierto de la Naturaleza, las confidencias de todas las cosas que ríen... *Ceci tuera cela*. Cuando lo oigo decir, *El Cuervo* de Poe, *El Lago* lamartiniano —que son para mí los dos hitos terminales de la armonía verbal—, los sollozos rimados del *Souvenir* y de *Las Noches*, cien cosas más, aletean en mi memoria como pájaros amenazados de muerte... Y juro entonces que, por más que lo infinito se abra tras el horizonte revelado por la magia sublime de los Schumann y los Wagner, ella compartirá perpetuamente el imperio de las vibraciones sonoras con esta otra música que no precisa adherirse a cosas tangibles; la que nace directamente del roce de la idea al entrar en el molde de la palabra; la que, a un tiempo mismo, significa y sugiere; la que tiene instrumentos sutiles y maravillosos en la orquesta de sus letras inmóviles, cuyos rasgos —como tendidas cuerdas o sonoros tubos de metal— parecen plegarse y desplegarse de cien modos extraños, para arrancar a la onda prisionera de aire vibraciones desconocidas... Sí; yo creo que, para que se sostenga el trípode del verso, es suficiente que dure el pie que reposa sobre la música. Muerto para la idea, muerto para el sentimiento, el verso quedaría justificado todavía como jinete de la onda sonora.

Dos composiciones ha consagrado Rubén Darío a glorificar la cándida hermosura del cisne, en quien he dicho que tiene su poesía una especie de genio familiar. *Blasón* se llama la primera, y con el propio nombre del ave la segunda. Son dos homenajes diferentes. Para cantar el cisne pintado sobre azur en el blasón de una condesa española, el poeta parece prepararle en sus versos el claro y espumoso lecho de un lago en un parque de Le Nôtre; y entonces, la imagen que se levanta, dócil al llamado del poeta, en nuestro espíritu, es la del cisne meridional, el cisne de Leda —ese blanco remero del Eurotas—, glorioso en el cuadro de Leonardo, divinamente cantado por Leconte en su evocación

de Helena. Y cuando, para saludar la aurora de Wagner, llama segunda vez al cisne el acento del poeta, desplégase ante nuestros ojos la otra ala del ave legendaria; y es el cisne del Norte el que canta entoces, dominando el estrépito del martillo formidable de Thor y las trompas que celebran la espada de Argentir.

He dicho antes por qué me parece bien que un poeta como el de que se habla en esta confesión de impresiones, ame al cisne y le acaricie en sus versos. Además, una poesía de los caracteres de la suya, que ha hecho sus triunfos invocando un propósito, más o menos bien fundado, de renovación, tiene que reconocer algo propio en el simbolismo clásico del cisne. —El cántico del ave de armiño es, para la leyenda tradicional, símbolo de crepúsculo, símbolo de cosa que muere; pero, en cambio, el cisne sagrado entre cuyas alas el dios de la luz volvió sobre Delfos desde la región helada, ¿no simbolizaba también, dentro de la fábula griega, la revelación de la luz nueva, y no llevaba en la blancura de su plumaje inmaculado el emblema de la claridad que nace?... Aspirando la poesía revolucionaria de Rubén a representar, además de una renovación, un *tamizamiento* de la luz, esta nueva luz, cernida entre espumas, no podría ser anunciada, como la de todas las auroras, por el canto del gallo pregonero, sino por la presencia heráldica de un cisne. —¿Quién duda de que es el cisne la menos terrenal y la más aristocrática de las aves? —Aristocrática por su pureza de nieve no tocada o de blanco lino monacal; aristocrática por su "saudoso" ensimismamiento; aristocrática por su asociación inseparable, en la ficción humana, con las cosas más delicadas de la tradición y con las ensoñaciones más hermosas del mito, desde el episodio de Leda hasta la leyenda blanca de Lohengrin... Las alas diáfanas, la silueta del cuello largo y candidísimo, parecen dibujarse, a través de la transparencia del papel, bajo los versos que nuestro poeta dedica al blasón de la condesa de Peralta. —Delicada, femenina, graciosa, ¿no se podría decir que, como la Helena clásica, su poesía tiene sangre de cisne en las azules venas?

Hay en el libro otras dos composiciones en que el poeta revela la voluntad de ser amable con el ambiente de la ciudad en que su figura literaria ha adquirido rasgos dominadores y

definitivos; con el ambiente en que ha florecido este "último mes de primavera" de su producción, representado por las *Prosas*.

Son ellas una deliciosa canción carnavalesca, y unos elegantes cuartetos alejandrinos, en los que se hace la descripción de una mañana del campo, con la gracia, menos rústica que palaciana, de la jardinería de Versalles. —Una y otra composición son plausibles por el desempeño. La *Canción* es uno de esos graciosos alardes de agilidad y desenfado en que Banville, no pretendiendo ser más que un Debureau, un mimo, de la lírica, encuentra modo de ser, como Debureau, un mimo de talento. No hemos salido sino a medias del ambiente que hasta ahora hemos respirado en el libro y al que volveremos —pasadas pocas páginas— con la cena galante de *El Faisán* y el coloquio de amigos de la *Garçonnière*. Lo mismo bajo la copa del viejito ombú de Santos Vega y entre las ramas de los espinillos en flor, que al confundir su musa, puesta de máscara, en el corso de nuestras carnestolendas de capa caída, el poeta evoca siempre, como por una obsesión tirana de su numen, el *genius loci* de la escenografía de París. —A Guido Spano le pasa algo semejante con ciertas composiciones de motivo local, en que las reminiscencias del Ática se transparentan muy luego bajo los nombres del terruño y en que parecemos ver una enredadera de nuestros bosques salvajes abrazando la fina columna de un templo. — La poesía enteramente *antiamericana* de Darío produce también cierto efecto de inconveniencia, cuando resalta sobre el fondo, aun sin expresión ni color, de nuestra americana Cosmópolis, toda hecha de prosa. Sahumerio de *boudoir* que aspira a diluirse en una bocanada de fábrica; polvo de oro parisiense sobre el neoyorkismo porteño.

Contenta más volver a verla en su medio natural. *El Faisán*, al que hemos aludido hace un instante, nos brinda una ocasión soberbia para ello. Una composición que es la obra maestra de la Frivolidad. Un tema de una fugacidad y una ligereza que parecen hacerla tanto más encantadora. El recuerdo de una aventura galante, de *un posarse en la rama del amor volandero*, la cena de una noche de carnaval en el gabinete de un café parisiense. La estrofa de Brizeux, el monorrismo ternario de los himnógrafos medievales —castellanizado en *El Faisán* de manera propia para hacerle quedar, de esta vez para

siempre, entre las copas y los tirsos de nuestra métrica—, se rinde blandamente para recibir en su seno este oro líquido, excitador y dulce. Describe el poeta, con un vocabulario que se diría seleccionado en un taller de mosaístas curiosos, la escena, acompañada musicalmente por la triunfante sinfonía del carnaval, zahumada por los aromas de los vinos, las rosas y las fresas, y presidida por el ave de oro, símbolo de la mesa exquisita. Él nos cuenta que vestía aquella noche de máscaras la vestimenta blanca de Pierrot, y la melancolía final que suena, como una espuma que se apaga, en estos monorrismos lujosos, se parece a la palidez del enharinado *gourmand*. "No es que nieve por dentro"; es apenas un copo de harina plateada por la luna... Pero ¡qué sugestiva habilidad en el trasunto de la sensación del ambiente! ¡Qué arte adorable en la orfebrería de esta expresión, donde cada palabra se cuida como una faceta de la piedra preciosa, como una vena del nácar, como una inasible chispa de luz de las que han de constelar de diamante el oro bruñido!... Con *El Faisán* vino prisionera una ráfaga del aire fosfórico que hace cosquillas en el talento de Mendés, de Aureliano Sholl, de Halevy... En nuestro idioma severo, ¿cuándo la voluptuosidad ha obtenido del verso, para su carcaj de cazadora, dardos semejantes? Porque la voluptuosidad es el alma misma de estos versos; se hunden, se estiran, ronronean, como los gatos regalones, en los cojines de la voluptuosidad. Versos golosos, versos tentadores y finos, versos capaces de hacer languidecer a una legión de Esparta... Si se tratase de ir a la guerra, yo los proscibiría como a la Maga ofertadora de un filtro pérfido y enervador. Y si —merced al pequeño grano de sal que casi todos hemos recibido de las Gracias— mi incorregible inclinación al arte que combate y que piensa no estuviera lejos de ser pedante como la de los pedagogos, diría que son una mala sugestión...

La capacidad de admirar es, sin duda, la gran fuerza del crítico; pero los que lo somos, o aspiramos a serlo, tenemos nuestro inevitable trasgo familiar, a quien atormenta el prurito infantil de afilar sus dientes menudos hincándolos en carne noble. Cierta amargura mitigada y espiritual es un fermento sin el cual el licor que elaboramos no hace espuma. Yo tomaría mi divisa del título de cierta composición del poeta de los "Esmal-

res": *Bombons et pommes vertes*. Hasta ahora no se ha justificado en estas páginas más que la primera parte del mote. Pero he aquí que siguen a la *Canción de Carnaval* —que es, como he dicho, un juguete que podría haber salido de manos de Banville— y preceden a *El Faisán* —que considero una verdadera golosina de arte—, tres composiciones madrigalescas que parecen intercaladas de intento para complacer a mi deseo de no dejar el capítulo de las censuras.

Reconvengo a Rubén Darío por esas seis páginas triviales de la colección. Ellas están admirablemente en los álbumes donde fueron escritas; pero, quitadas de allí, me parecen indignas de que semejante poeta las confirme y reconozca por suyas; pues *va sans dire* que si le tengo por un espíritu del siglo XVIII francés, no es porque lo crea de la especie poética de los Bertin y los Dorat. No diré yo —¿y quién se atrevería a confesar, aunque lo pensase, ese pecado de galantería?— que los poetas de veras estén moralmente imposibilitados de hacer versos de álbum. Un poeta no ha de ser feroz. Lo que yo pienso es que la fiesta solemne que significa para el poeta el acto de vendimiar entre las fructificantes vides de sus rimas y colmar las cestas doradas de sus Canéforas, debe ser consagrada con la resolución viril del sacrificio, y debe acallar, en su corazón de autor, todas las predilecciones interesadas. —Efectivamente: una antología, aunque ella sea personal, un *Cancionero*, para decirlo a lo siglo xv y a lo Heine, es por naturaleza obra de estricta selección —y si procede, como en este caso de gran poeta— de selección llevada a la crueldad. Pasen las humildes desigualdades en nuestra prosa plebeya, y pasen, también, fuera del libro, las complacencias con la musa. Pero un libro de versos es la delicada fuente de fresas, donde sólo place ver admitidos, sobre el esmalte y el cristal, las frutas perfumadas, el azúcar niveo y bien cernido, los ampos más blancos de la nata...

El Verlaine de las *Fêtes* ha solido dejar la huella de su paso por las páginas que hasta ahora hemos recorrido en la obra del poeta. Las composiciones que se titulan *Mía* y *Dice mía* nos colocan frente a otra faz del grande y raro maestro. Henos ahora en los brumosos dominios del Verlaine de las *Romances sans paroles*; en los dominios del Verlaine convertido por Rim-

baud al culto de su poesía ultraespiritual y sutilísima. Estamos en un país de cosas trémulas, donde debe marcharse reprimiendo el aliento. — Esas cantinelas vagas y como tejidas de hilos de aire; esos versos calificados de *enfantillages amorphes* por Maurras, y en las cuales la sombra de un pensamiento o una emoción se expresa en una forma de balbuceo, tiene en Verlaine un encanto que nace de su propia falta de realidad y contenido; de que nada preciso entra en lo que significan o figuran; porque a la fantasía del lector le basta con la espuela de plata que la hiere, abandonándola luego a su espontaneidad. Cada uno de nosotros pone, a su capricho, la letra de esta verdadera música verbal en la que las palabras hacen de notas. Cada uno tiene derecho a una interpretación personal sobre esta rara clase de versos, que son apenas como un *papirotazo* sugestivo, un resquicio instantáneo abierto sobre una perspectiva ideal, un golpe rápido de filo sobre cristal vibrante...

Acepto el género, legitimado por muy curiosas *naderías* de los decadentes. Pero, ¿será posible usar, como arco, el verso español, sobre esa cuerda de la lira novísima? Pienso que no. — Soberbiamente hermosa nuestra lengua, para el efecto plástico y para la precisión y la firmeza de la forma sonora. Pero ella no ha tenido jamás, por su naturaleza, por su genio, no tan sólo por deficientemente trabajada —esa infinita flexibilidad, esa dislocación de mimo antiguo, que hacen del francés un idioma admirablemente apto para registrar las más curiosas sutilezas de la sensación, un idioma todo compuesto de matices... Está hecho, el nuestro, como para complacer al personaje de Gautier, que, enamorado de lo firme, lo escultural y lo atrevido, soñaba cuadros que parecieran bajos relieves de colores; figuras que resaltan, hercúleamente esculpidas por un sol triunfal, y nubes cuyos contornos mordaces sobre el azul les diesen las apariencias de pedazos de mármol. Por lo demás, el análisis tiene poco que hacer con estas composiciones enteramente *irresponsables* para su índole. Copos de espuma lírica que se desvanecen apenas se les quiere recoger en las manos.

Salvando el *Pórtico* escrito para el libro *En tropel* de Salvador Rueda y que precede, en la colección que recorreremos, a una composición del mismo tono: el *Elogio de la Seguidilla*,

ábrese ante nuestro paso como lo que podríamos llamar el *patio andaluz* de esta ciudad soñada de las *Prosas*. Entremos. Es el mediodía; la caricia del aire deja en las sienas perfumes de azahar; cálidos cantares se diluyen en el silencio; una fuente discreta arrulla el reposo en la frescura de la sombra, y las puertas de ébano de los sueños se abren movidas por un genio infantil que usa turbante y albornoz.

Salvador Rueda es, reconocidamente, en el Parnaso nuevo de España, el dueño del troquel con que están selladas estas composiciones. El lirismo pictórico y lleno de *locuaz* amenidad del autor de los *Cantos de las vendimias* —a cuya briosa evocación parece haber renacido la genialidad de la vieja lírica andaluza, la del Góngora de los buenos tiempos, para conciliarse con el eco lejano de algunas nuevas corrientes literarias— pone su nota característica y vivaz en estas pintorescas *andaluzadas* de Darío.

El *Pórtico* que precedió a la obra del poeta sevillano no tiene otro defecto que el de estar versificado en un metro asaz acompasado y monótono para emplearse en composición de tan largo aliento. Evoca el poeta a la musa de los países amados por el Sol. Nos la muestra primero juvenil y altiva, con su tirso de rosas y su frente dorada por la luz meridional en los pórticos griegos y en las tibias granjas de Venusa; la sigue luego al Oriente encantado, donde habita el rey del país Fantasía, “que tiene un claro lucero en la frente”, y donde ella acompaña las danzas moras y conversa con los viejos califas de las barbas de plata; la ve partir, como una golondrina, a la ventura, con la caravana indolente que un día se detiene en suelo andaluz. Canta entonces el poeta a la musa indígena de España. Arde la estrofa con los ocre y rojos de la plaza de toros, la alegría de las verbenas, el reír de las chulas, el relampaguear de las navajas ebrias de sangre, el cálido son de los instrumentos característicos: la amorosa guitarra, admirablemente dibujada en el verso que le atribuye *talle y caderas de mujer*, los negros crótalos convocadores y el sonoro pandero que, en las brunas y sonrosadas manos, hace de fuente donde recoger los claveles y las guindas. — El canto es nuevo, lleno de garbo, y lo *desenlaza* bien la bizarría del rasgo final, en que el poeta envía su saludo a Hugo, soberano de la monarquía poética, *emperador de la barba florida*, como hermosamente le llama, con la frase

de los cantos de gesta evocada por el propio verso hugoniano en *Aymerillot*:

*Charlemagne, empereur à la barbe fleurie...*

No tiene el mismo Rueda una composición donde tan poderosamente se condense y resume su propio estilo de pintar. —En el *Elogio de la Seguidilla* vibra también la cuerda netamente española; y esa estrofa alada y *balzante*, esa pequeña ánfora lírica donde el pueblo ha derramado todos los jugos de su corazón, está cantada como cifra de españolismo poético y como el alma melodiosa de la vida de España. —Pero, entre tantos nombres significativos e ingeniosos como se dan en esos bizarros versos a la seguidilla, ¿por qué se llama *rosa métrica*, con lo que se ha dado pretexto al lápiz inquieto de mis glosas para recordar que aún existe la crítica ratonil en los desvanes y subsuelos del arte? Tal modo de decir sugiere en mí, por una explicable asociación, una extraña imagen de flor geométrica, angulosa... Y he aquí que mi lápiz ha descendido a imitar, en la margen del libro, la glosa hermosillesca... Que ahora la observación sin borrar, para que no falte ni aun el mordisco hincado en el detalle, en estas páginas donde he puesto en movimiento tantos modos de juicio.

Para hacer su peregrinación a Grecia, para ser fiel a ese precepto del buen gusto, que acaso no desobedecerá impunemente ninguna alma religiosa del arte, nuestro poeta no ha buscado siempre el camino que indican las Arcadias de los Trianones y las diosas de Clodión. Hay veces en que ha seguido una ruta menos sinuosa; porque también la Grecia original y verdadera, la que no se adora en las diosas de Clodión, sino en las de Fidias, le parece digna de ser amada. Su espíritu —sonámbulo para lo actual— se afirma en el pasado sobre dos tripodes: la Francia del siglo XVIII, y la Hélade clásica que aquella Francia imitó caprichosamente, trocando en dominó la túnica antigua. He ahí sus dos patrias. —Siempre he creído que todo verdadero espíritu de poeta elegirá, con más o menos conciencia de ello, su ubicación ideal, su patria de adopción, en alguna parte del pasado, cuya imagen, evocada perpetuamente, será un ambiente personal que lo aisle de la atmósfera de la realidad. —Lo presente sólo puede dar de sí una poesía limitada por los cuatro muros de la prosa. —“No hay poesía —ha dicho Anatole France— sino en el deseo de lo imposible, o en el sentimiento de lo irreparable.” ¡Honda verdad, a



cuya luz aparece la incurable nostalgia de lo que fué como el más immaculado y más fecundo de los sentimientos poéticos!... El porvenir es también tierra de poesía; pero al porvenir le falta concreción, forma evocable, plasticidad y color de cosa que ha existido... El tiempo muerto ha palpitado con vísceras y sangre humanas; es la soledad de la casa que ha tenido habitaciones, el vaso en el que el agotado licor ha dejado su esencia; la vida del pasado tiene el sugestivo desarreglo de un lecho que ha ocupado el amor... Y por sobre todas las prominencias legendarias del pasado —fabuloso Oriente, Egipto o Israel, Edad Media o Renacimiento—, es todavía la atracción de la Hélade, luminosa y serena, la que triunfa cuando se trata de fijar el rumbo de los peregrinos. Nuestro siglo es, después del que vió propagarse sobre el mundo asombrado las mariposas áticas salidas de las larvas de los códices, el que más sincera y profundamente ha amado a Grecia. —El romanticismo tuvo una faz cuya significación es la de un segundo y prestigioso Renacimiento. —Hase hablado del “romanticismo de los clásicos”; y, ciertamente, no se aludiría a una realidad menos positiva en la historia de las letras modernas si, invirtiéndose los términos de la paradoja, se hablase del “clasicismo de los románticos”. Conquista de los primeros revolucionarios del arte y de la estética fué, como todos saben, la verdadera inteligencia de lo antiguo, la penetración de su belleza más escondida y substancial, largo tiempo vedada a los ojos de los que habían hecho vocinglero alarde de clásicos. —Era aún el siglo XVIII; Andrés Chénier cincelaba en el pórtico de la renovada poesía la figura homérica de *El Ciego*, revelador del secreto perdido de la naturalidad de los rapsodas; al par que Goethe, el Goethe transfigurado por el influjo de las ruinas y los vientos de Italia, evocaba, para aplacar la tempestad que se había difundido en su *Werther*, la Helena clásica y el simbolismo de Euforión. —Esta vena de mármol correrá, sin interrumpirse un momento, a través de todas las piedras góticas del romanticismo. La pureza de la limitación auténtica, esencial, será, sin duda, secreto de pocos iniciados; pero la inagotable virtud sugeridora de la poesía y de la fábula se mezclará con las nacientes de toda inspiración. Limitándonos a las corrientes literarias que más imperio han ejercido en la formación del poeta que estudiamos, es indudable que el propio orientalismo de Hugo no impide que el Maestro busque, alguna vez, en esa fábula, el punto de partida de su

perpetua alucinación, y labre, por ejemplo, el *Sátiro* asombroso de la *Leyenda*. De Teófilo Gautier ha podido decirse que, habiendo sido chino de adopción durante seis meses, árabe durante tres, indio por un año, fué griego de toda la vida. En el “Parnaso” el mármol helénico fué el material preferido para la anhelada dureza de la obra. En vano se lamenta Leconte de que hayamos perdido para siempre el camino de Paros. La Grecia rediviva de sus tradiciones y sus poemas, ¿no hace en vosotros, como en mí, la ilusión de unos titánicos hombros que rasgan las ondas del Egeo y se hunden en la profundidad de sus abismos, para resurgir alzando serenamente a los cielos todo el peso de aquella tierra sagrada? —¿Qué es sino griego el Banville de *Les Cariatides* y *Le sang de la coupe*? —Los mitos clásicos, ¿no son hoy mismo objeto de una tenaz evocación que puebla de imágenes y símbolos el fondo poético de la decadencia contemporánea? —El principio grecolatino, ¿no ha sido reivindicado por Moreas y Mauricio Du Plessys, en el seno mismo de esa decadencia, y no ha señalado uno de los rumbos más eficaces en esa aventurera navegación de poetas, que una brújula desordenada impulsa tan pronto al Norte como al Mediodía?

Cabe preguntar con Lemaitre si todos esos helenismos, tan desemejantes en la forma y en la interpretación de la antigüedad, no son más modernos que paganos; pero, aun así, queda como una realidad indudable la persistencia del impulso, del deseo, la tenacidad de la aspiración; y en los transportes de la imitación poética, como en los del misticismo religioso, es lo primero la infinita voluntad de identificarse con el objeto amado.

Del “clasicismo modernista” de Rubén hay varios ejemplos en su libro. El *Coloquio de los Centauros* y el *Palimpsesto*, que son los más hermosos, versan sobre una misma ficción de la inagotable fábula: la ficción del centauro, esculpida, como uno de los grandes bajos relieves de la prosa francesa de este siglo, en la página perdurable de Mauricio de Guérin.

La inspiración del *Palimpsesto* no ha ido a buscarse, ciertamente, en los episodios de la mitología heroica. No son los suyos los ásperos centauros homéricos, como el Eurito que traiciona la hospitalidad de Pirítoo y se enamora de Hipodamia; los monstruos feos y brutales, a cuyo nacimiento cuenta la fábula que se desdijeron las Gracias de asistir, y cuya imagen, esculpida en los frisos del Partenón y las metopas de Olimpia, sugiere una idea de bestia-

lidad y de fiereza. —Las Gracias amarían a estos otros descendientes de Ixión. —Gallardos, correctos, elegantes, los héroes del *Palimpsesto* hacen pensar más bien en aquellos blandos y enamoradizos centauros en que degeneró la enflaquecida posteridad de los monstruos biformes, cuando, proscritos por la venganza de Hércules, fueron guiados por Neptuno a la isla en que las sirenas tendían sus redes de voluptuosidad. No pelean como los héroes de la Centauromaquia, contendores de los Lapitas; ni lamentan con querellas simbólicas el conflicto de su noble naturaleza, cifra tal vez de la prisión del alma en la carne; ni cantan la voluptuosidad salvaje del galope y del contacto con las ásperas fuerzas de la Naturaleza, con la unción panteísta del admirable fragmento de Guérin. — Son unos delicados monstruos. Van al raptó amoroso con una elegancia enteramente humana; retozan como en una fiesta de Eros; y la verdad es que nos parecen dignos de aspirar a la conquista de las ninfas bonitas.

El poeta los presenta dispersos, en bullicioso bando, sobre los prados dorados por el sol, cuando de súbito un ruido de ondas y de joviales gritos los detiene. Diana se baña cerca con sus ninfas. Cautelándose, el inquieto tropel se acerca a las aguas con silencioso paso. —Impera la blanca Desnudez; bullen exasperadas las cantáridas de la tentación. —Una de las divinas *baigneuses* ha avivado la llamarada del sátiro en el más joven y hermoso de la tropa: centauro esbelto y pulcro como el Cillaris descrito por Ovidio, el Cillaris de las *Metamorfosis*, cuya parte humana semejava una estatua y a quien el poeta llama “bello, si cabe nombre de belleza en los monstruos”. Roba el centauro Adonis a la ninfa azorada, y huye veloz con el orgullo y la felicidad de su conquista. Pero Diana le ve. La casta Diva se lanza tras el galope del raptor y envía sobre él un dardo que se hunde, mortal, en sus entrañas, como la flecha de Hércules en el cuerpo de Neso. Huyen dispersos los centauros; llegan las ninfas; y las ninfas, desconsoladas, lloran, porque el dardo de la cazadora celeste ha matado también a la robada. . . Tal es la escena, que me figuro como un bajo relieve de Scopas o de Fidias. Tendido en tierra, el centauro, como el altar de un sacrificio, sobrelleva a la víctima, clavada, exánime, sobre él, por el dardo todavía vibrante. En derredor, el coro gracioso de las ninfas toma actitudes lastimeras. Diana, en último término, se yergue altiva y majestuosa. — La simplicidad de la descripción escénica, y de la del tropel de los

centauros, en pocos rasgos firmes y severos, acentúa la ilusión de un bajo relieve. La forma métrica —el decasilabo repartido por la manera de acentuarse en dos hemistiquios de sonoridad autónoma— imita el gracioso compás del asclepiadeo. Todo es hermoso, fresco, juvenil, en esta encantadora evocación de la fábula, cuyos versos quedan vibrantes en nosotros, con una deliciosa sonoridad, aun después de extinguidos, como un golpear de cascos leves sobre una caja sonora. . .

Los centauros del *Palimpsesto* componen algo parecido a una cabalgata aventurera y galante. En el *Coloquio de los Centauros* —que es quizá el trabajo de más aliento y reposo en la colección que recorreremos— domina una concepción más amplia del mito. Folo y Caumantes, dos de los monstruosos interlocutores, la expresan lapidariamente, cuando atribuyen a su raza el significado de una triple personificación, en que se confunden la privilegiada naturaleza del dios, las pasiones de la naturaleza humana, y el impulso salvaje de la bestia. —Condúcenos el poeta a una playa acariciada por la luz matinal. —Quirón, el sabio centauro —maestro y consejero de Aquiles—, que ha descendido de los cielos y que aun muestra, presas en sus crines, las abejas griegas recogidas en los campos del Ática, reúne a su alrededor a los “crinados cuadrúpedos divinos”. Y entre las frescas galas de la Isla de Oro, invitados por la calma silente que se tiende sobre la arena de la playa, los Centauros departen. Versa el coloquio sobre la pródiga fecundidad de la Naturaleza y sobre el alma universal que se reparte en el alma de las cosas; sobre las apariencias opuestas del enigma, y sobre lo que cuentan las voces legendarias; sobre el pérfido arcano que esconde la belleza de la mujer y la sagrada majestad y la inviolable hermosura de la muerte, que es el único bien a que los Dioses no alcanzan. . . Este coloquio de Centauros es flor de esa poesía graciosamente docta y erudita —para los iniciados, para los entendedores— que, expulsada, con modales groseros, de los dominios del arte, por los que no encuentran inspiración, ni poesía de buena ley, sino en los frutos de una *naïveté* más o menos regresiva, tendrá siempre, para reivindicar su legitimidad, los sufragios de cuantos no se avienen a imaginarse las cosas de erudición y de estudio con la desapacible aridez de los pedantes. . . Lo ha versificado el poeta en los dísticos alejandrinos, a la usanza francesa; y esta forma foránea, que al ser rehabilitada en español, evoca siempre en mi memoria el re-

cuerdo de los viejos ritmos del *Alexandre* y de Berceo, imprime, para mí, a la versificación de ciertos fragmentos, cierto aire de antigüedad, cierto sabor arcaico, que no deja de formar armonía con la índole legendaria de la composición.

Pasemos a los versos del *Friso*, que el autor ha calificado, al par de los del *Palimpsesto*, de *Recreaciones arqueológicas*. — El clasicismo de esos versos es de un género que será más fácilmente reconocido por la generalidad. — La tersura de la elocución; el arte puramente horaciano del epíteto y de la pintoresca elección de las palabras; la versificación enteramente ortodoxa, dentro de la poética tradicional, y la maestría con que se maneja el verso suelto, rescatándose por la gallardía del movimiento rítmico y la pureza escultural del contorno, todo el encanto de que le priva la ausencia de la rima, son otras tantas condiciones que contribuyen a dar un carácter de singularidad a esta composición, en un conjunto donde lo normal y característicos es lo raro. — No es ya la Grecia de parnasianos y *romanistas* la que surge, sino, sencillamente, la que apareció bajo el sol de Italia cuando Pericles revivía en el avatar de los Médicis. Estos sonoros versos tienen todo el aire de la poesía de Sannazaro, de Garcilaso, de Fray Luis, tal como probó a rejuvenecerla en la España de nuestro tiempo el formidable batallador que ha evocado en los endecasílabos de la *Epístola a Horacio* el himno de triunfo de los humanistas de Salamanca y de Sevilla. — El poeta quiere, pues, que reposemos, pasada tan agradable aventura, a la sombra de un mirto tradicional. Pero no olvidemos que se trata en todo caso de obra de un poeta, y que no hay temor de encontrarse con una de esas frías y laboriosas exhumaciones que hacen sobre el antiguo “el efecto de la humedad sobre el fósforo” — para valerme de una feliz imagen de Daudet—; porque la sensación es más bien la de una restaurada habitación de gineceo, donde la gracia clásica sonríe, después de haberse lavado la cara para quitarse el polvo de los estantes, como en esas deliciosas composiciones de Guido que ostentan, a la vez, la pátina del bronce viejo y la húmeda frescura de la espontaneidad.

También debe incorporarse el *Epitalamio bárbaro* que figura en el libro, al número de las composiciones inspiradas en motivos clásicos. — Sagitario, la encarnación celeste de Quirón —el centauro transfigurado en un arquero divino y colocado entre las estrellas después de haber representado, en su biforme raza, la

austeridad y la sabiduría—, es una de las imágenes que se presentan con más complaciente asiduidad al espíritu de nuestro poeta. Brilla en muchas otras de sus composiciones el torso altivo del Arquero; y después de haber evocado en el *Coloquio de los Centauros* la actitud terrena de Quirón, le busca ahora en el cielo, donde resplandece dominado con su ballesta argentina uno de los blancos baluartes de la noche. —Sagitario es, efectivamente, el héroe del *Epitalamio*. —Acordándose de las legendarias aventuras de su estirpe, y olvidado a la vez de la gravedad de su saber y de su dignidad celeste, Quirón ha robado amorosamente una estrella y la lleva a su grupa por el espacio azul, con gran asombro de las Ninfas y de las Náyades. — La originalidad de ese pensamiento es feliz; y en cuanto a la forma, me parece que puede entrar en la categoría de las extravagancias loables. Tiene un singular encanto la gracia tosca de esos versos. La esperanza “querida” de la versificación parece bien en la envoltura de este fragmento curioso y de las apariencias de una vieja medalla, de bordes roídos por el tiempo.

Hemos terminado de recorrer lo que llamaríamos el “repartimiento clásico” en el palacio de ideas y palabras que nos tienen huéspedes. La composición que lleva por epígrafe *El poeta pregunta por Stella*, nos conduce ahora a una estancia en la que el duro mármol ha dejado de reinar; a una sombría y delicada estancia en cuyo testero está esculpido el busto de Edgar Poe...

¿Recordáis a “Ligeia”, la heroína concebida en un sueño por la fantasía de los prodigios y las maravillas; la que en la sobrenatural virtud de sus ojos llevaba el himno de triunfo de la voluntad sobre la muerte que no pudo apagarlos? “Hermana de Ligeia”, ha llamado el poeta a esa “Stella” apenas nombrada fugazmente en sus versos y por cuya alma, que ha volado de retorno al nido celeste, pregunta al lirio que acaso la habrá visto pasar... Y la emoción, que levanta con ese hálito de verdad que no se simula ni remeda, el melancólico verso en que se la evoca, sugiere en nuestro ánimo la sospecha de una historia real; hace pensar en la realidad de una memoria triste y querida sobre la que tienda su sombra esa pálida Astapho, de alas de niebla, que propició obscuramente el amor de la heroína de Poe y que patrocinaba en el país de las Esfinges, el amor malogrado. — Me detengo a señalar en esta composición la probabilidad de una *bonda* realidad personal, que en Rubén Darío no son los más frecuentes ni carac-

terísticos los versos que se sienten brotar así, espontánea y rápidamente, del secreto del sentimiento. La *cadencia* sentimental con que concluye la elegía en que ahora me ocupo, tiene una inefable virtud de sugestión, reforzada por la asociación de ideas merced a la vibración infinita que induce en la memoria el nombre poeniano de "Ligeia". Y "Stella" es también un nombre poeniano, porque se vincula al recuerdo de aquella dulce y generosa poetisa que usó ese nombre de pseudónimo, a quien se recompensó con la dedicatoria de *El Enigma*, y que fué una de las hadas buenas del pobre poeta martirizado por las gruesas Euménides de la vulgaridad.

Otra afortunada visita del Sentimiento a la mansión de este artista, gran señor, que nos tiene entre sus amigos más constantes, es un delicadísimo soneto de alejandrinos, en el que se evoca —así como en la anterior composición el recuerdo de "Ligeia"— el recuerdo de Margarita Gautier. Cantando a un nuevo avatar de la eterna apasionada, el poeta ha hallado medio de comunicar a una imagen que no tiene, en sí misma, el prestigio de la novedad —la de la flor deshojada por la Muerte—, un perfume original, intenso, inefable...

¡Paso ahora a la *Sinfonía en gris mayor* que destaca sus notas vibrantes sobre la blancura del papel! *Rien de plus cher que la chanson grise*... Encuentro que mi lápiz —que es, mientras leo, algo así como el secretario de mis nervios e invade con correrías de colegial las márgenes blancas de los libros— ha marcado la página con esa reminiscencia de Verlaine. — Expreso en ella una preferencia que puede ser exclusivamente personal en mucha parte, porque se asocia con la superioridad intensa de las sensaciones de sorpresa. Fué la *Sinfonía en gris mayor* la primera composición de Rubén Darío que pasó bajo mis ojos, entonces ignorantes de ciertas sensaciones ya definitivamente traídas al idioma, e impresionados, ante aquella revelación de lo original, con la impresión del colorista en el momento en que sorprende una gota inesperada y nueva en el relámpago de una piedra, en el matiz de una flor, en la caprichosa coloración de una tela, en la cristalización luciente de un esmalte... —Y la impresión aún dura. —Desde la blanca *Symphonie* de Gautier, bálsamo indispensable, para la fantasía, creo que poeta alguno ha acertado a convertir tan prodigiosamente en imágenes el poder sugestivo de un color. Henri Mariot osó dar un *pendant* a la misma *Symphonie* del maestro con

las *Variaciones azules*, pero ni en la sonrisa de sus cielos, ni en la inocencia de sus flores, ni en la transparencia de sus aguas, hay para mí la condensación de poesía que en esta cenicienta marina tropical. Poesía que nace, como la mariposa de la larva, del color del tedio. Las playas áridas, el plomo de la ola desvaída, la niebla, el humo del carbón, la espuma sucia de las darsenas, todo eso que en la realidad se llama hastío, se llama, en la contemplación del trasunto, singularísimo deleite —y triunfantes paradojas del arte!—; el iris resulta vencido por la bruma...

Equiparo a mi impresión de la *Sinfonía* la de un alegórico cuadro de *Año Nuevo* que ocupa puesto inmediato en la colección. Apenas lo he citado, cuando lo siento reproducirse, radiante, en mi memoria. Y, sin embargo, es una composición de Rubén Darío que he oído discutir. La opinión se dividía entre los que la tienen por trivial y los que la consideran encantadora. Está dicho que yo me cuento entre los últimos; pero la verdad es que renunciaría a justificarlo en las formas habituales de la crítica. —Leedla vosotros. —Por mi parte, sigo creyendo lo que afirmé en otra ocasión: ese ingrato pelear con la insuficiencia de la palabra, limitada y rebelde, que hizo que el poeta anhelara trocar el idioma mezquino de los hombres por otro que diese a un tiempo sensación "de suspiros y de risas", que fuese color y fuese música, atormentada, más inútilmente aún, al espíritu del juez en cosas literarias, al esforzarse por traducir en vocablos ciertas sutiles reconditeces de la impresión, ciertos matices y delicadezas del juicio. —A las veces, transcribir es una manera de juzgar. —El, para mí, admirable donaire de esa alegoría, es de las cosas que sólo podrían demostrarse por el fácil procedimiento de la transcripción, que considero importuno y ocioso cuando se trata de artículos escritos, como éste, para quienes conocen la obra que se juzga.

Con el título de *Verlaine*, el poeta ha reunido en la colección dos de sus más singulares composiciones. Ellas me inducen a formular aquí una pregunta que me inquieta, desde que he oído vulgarizarse la comparación entre Rubén Darío y el poeta de *Sagesse*; comparación a que Michel de Kaplan se ha adherido con su voto de calidad en uno de los últimos números de *El Mercurio de América*. —¿Es, verdaderamente, el alma del último gran poeta de la Francia el troquel donde se ha fundido el alma poética de Rubén Darío? —No me parece dudoso que pueden reconocerse en la genialidad de nuestro poeta muchos de los ele-

mentos psíquicos y muchos de los elementos literarios que entran en la composición del complejo legajo de Verlaine; pero no creo que pueda verse igualmente reproducido el carácter del conjunto, de uno a otro poeta: esa química virtud del conjunto, que engendra el precipitado de la *personalidad*. — Sellan de una manera peculiarísima, a Verlaine, el consorcio de barbarie y de bizantinismo, de infancia y de caducidad, de perversión y de ternura; el alma cándida, a modo de azorada paloma, engarzada en una garra perversa que brota de los sentidos exasperados del corazón oprimido; la divina inconsciencia, que paradójicamente se calificaría como de un imposible aedo refinado o de un juglar docto en alambicamientos de magias y de amores; todo eso que suele dar a su poesía el aspecto de un cielo límpido, transparente y azul, por donde se arrebató de súbito una nube formidablemente tempestuosa, para volver muy luego el azul y la serenidad. — Y esa dualidad extrañísima, por la que Verlaine, sin dejar de ser la más refinada de las organizaciones literarias y el símbolo viviente de nuestras contradicciones y nuestras dudas, es, al mismo tiempo, el único de los poetas modernos que merezcan el nombre sagrado y religioso de *bardo*, que reclamaba para Shelley el príncipe de los críticos ingleses; esa dualidad no se reproduce, por cierto, en Rubén Darío, artista enteramente consciente y dueño de sí, artista por completo responsable de sus empresas, de sus victorias, de sus derrotas, y en cuyo talento —plenamente *civilizado*— no queda, como en el alma de *Lelian*, ninguna tosca reliquia de espontaneidad, ninguna parte primitiva.

El *Responso* sobre la tumba de Verlaine es, a pesar del nombre austero que lleva, una elegía impregnada de una ideal serenidad; llena de gracia y de luz, como los ritos de las exequias clásicas, y sobre la que se difunde el balsámico aroma de los túmulos griegos. — En cuanto al *Canto de la Sangre*, evoca algunas de las cosas trágicas o conmovedoras que la asociación puede representarse al espíritu frente al encendido jugo de la vida. Cada estrofa lleva su unción sangrienta, y cada mancha de sangre de las que purpuran ese ramillete cosechado entre zarzas, ha sido recogida en la efusión de una herida diferente. Ondeando en el verso la púrpura extendida de las batallas; viértese el vino de fuego de las venas del mártir; florecen las rosas líquidas del sacrificio virginal; y se desborda, como de una fuente impura, la sangre del suicida y el ajusticiado que colora los cuartetos postreros con

el rojo sombrío de la hematites. El poeta ha asociado a cada estrofa —usando un procedimiento semejante al de las primeras estancias de *Les Voix* de Verlaine— el nombre del instrumento adecuado para sugerir musicalmente la idea que se expresa o la escena que se describe en ella.

Pone término al libro una interesante composición simbólica que se titula *El reino interior*, y que puede relacionarse con las que hemos citado últimamente por alguna reminiscencia del *Crimen amoris* verleniano. — Joven cautiva, el alma del poeta mira pasar, desde su castillo carnal —avanzando sobre una senda de color de rosa como las que se pintan en las vidas de santos de Fra Doménico— una procesión de vírgenes, que son las siete Virtudes, y un grupo de mancebos, que son los siete Pecados. Y el Alma, que los sigue desde su soledad, queda pensativa, lo mismo por la satánica hermosura de los Pecados que por la divina gracia de las Virtudes. — Admirable, la originalidad de la ejecución. Hay un hechizo propiamente prerrafaelista en ese cuadro simbólico. La descripción de la blanca teoría virginal es de una encantadora y femenina gracia. Todo color se rinde en ella místicamente desvanecido. La beatitud de la blancura envuelve al cuadro en una sonrisa ideal. Del choque de las rimas brotan ampos de espuma. Parece que se deshojan lirios sobre el verso... Y luego, cuando pasan por él los satanes de la tentación, resplandecientes y fascinadores con la nota violenta de sus púrpuras — se enciende, se ensangrienta admirablemente el fondo del cuadro; diríase que lo azota durante una pedrería de magnificencia infernal; ascuas y carbunclos lo iluminan; y las rimas que chocan hacen, en vez de la cándida espuma de la escena anterior, relámpagos rojos y siniestros. — Me parece de un efecto supremo la oposición de esos dos cuadros. El verso ópalo hace juego con el verso rubí. Y, en cuanto a la íntima significación del fragmento, creo que lo dicho antes sobre la *naturaleza literaria* de Rubén Darío me excusa de reconocer la propiedad de este admirable símbolo del alma del poeta igualmente sensible a los halagos de la Virtud y a los halagos del Pecado, cuando uno y otro se revisten del fascinante poder de la apariencia...

La crítica no ha detenido hasta ahora su atención en un aspecto tan interesante de las *Prosas profanas* como el de las cuestiones relacionadas con la técnica de la versificación y de la forma que este libro promueve, y que conducirían a estudiar una

de las manifestaciones más positivas y curiosas del talento innovador de Rubén Darío.

No aludo, ciertamente, con ello, a originalidades tan poco recomendables como la de la híbrida contextura de *El País del Sol*, composición en prosa que lleva intercalada, al mediar y al concluir de cada párrafo, una frase que consonanta, a modo de informe verso, con la que le precede. — ¿Quién duda ya de que la caricia para el oído, la virtud musical, sean tan propias de la prosa como del verso? Midas no serviría más para prosista que para versificador. Toda frase tiene un oculto número. El párrafo es estrofa. Rubén Darío, que domina con soberana majestad el ritmo del verso, ha probado que domina, sobradamente también, el ritmo prosaico. Ved la *Canción del oro*, *La Ninfa*, ciertos *Raros*, que están hechos en bronce... Pero, por lo mismo que es indudable que hay un ritmo peculiar y distinto para cada forma de expresión, uno y otro ritmo no deben confundirse nunca, y mucho menos debe intentar combinarse la flotante armonía de la prosa con el recurso de la rima para obtener una hibridación comparable a la de ciertos cronicones latinos de la Edad Media; porque esta rima *parvenue*, interrumpiendo el curso libre y desembarazado de la elocución prosaica, hace el efecto de un incómodo choque, y porque le acontece al poeta, que por tal medio ha intentado refundir dos modos diversos de armonía, lo que al enamorado voraz que, presuroso por besar las dos mejillas a un tiempo, no acertó a poner el beso en ninguna.

Al hablar de las novedades técnicas de *Prosas profanas*, me he referido a las que pienso que pueden dejar una huella más o menos durable en el procedimiento poético, y que consisten principalmente en la preferencia otorgada a los metros que llevan menos nota de clásicos y más generosos en virtualidad musical; la consagración de nuevas formas estróficas, como el monorrítmico ternario de dodecasílabos; la frecuencia y la ilimitada libertad con que se interrumpe métricamente la conexión gramatical de la cláusula, deteniéndola aún en palabras de simple relación, y la libre movilidad de la cesura, considerada independientemente de las pausas del sentido; y —como nota *aventurera* de la reforma— las disonancias calculadas, que de improviso interrumpen el orden rítmico de una composición con versos de una inesperada medida, o simplemente con una línea amorfa de palabras.

La evolución amplísima cumplida en la técnica del verso

francés desde que el poeta de las *Orientales* pudo jactarse de haber substituído en él las plumas del volante por las alas del pájaro —evolución cuyo sentido se representaría en el paralelismo de dos fuerzas que se apartasen, con impulso creciente, de la regularidad simétrica, para acercarse a la *variedad* y a la *expresión*—, no ha tenido un movimiento equivalente en las formas generosas y flexibles de nuestro idioma. Apenas si Salvador Rueda ha consagrado a estudiar la cuestión revolucionaria del ritmo algunos ensayos sagaces; y es, seguramente, de poetas como él de quienes puede partir, con el ejemplo, la propaganda de la innovación; porque la forma métrica no será nunca la obra del cálculo profano, labrando artificiosos moldes, sino la obra divina del instinto, el resultado de esa misma economía misteriosa e infalible que ha enseñado a la abeja las ventajas de la forma hexagonal para los alvéolos de sus panales.

Toca a los poetas de América ensayar la no bien bosquejada empresa de reforma. Advierto que no significa nada de esto conceder los honores de la seriedad a las aventuras de Gustavo Kahn, por ejemplo, cuyos *Palais nomades* me hacen el efecto de la laboriosa falsificación de un dibujo troglodita; reprocho a Rueda haber coincidido demasiado con la afición paradójica de Mallarmé, según la cual sería infundada e inútil la distinción del verso y la prosa, y cualquiera antojadiza aglomeración de palabras tendría derecho a que se le reconociesen las franquicias del metro; no es sin reserva como he aplaudido las audaces tentativas de Jaimes Freyre, que ha sido el radical en el propósito de traer a nuestra poesía americana el influjo del *vers librisme* francés contemporáneo. Pero, realmente convencido de que las innovaciones con que las modernísimas escuelas francesas han aguzado y perfeccionado el sentido de la forma, quedarán entre sus conquistas más duraderas, y que no se ha afirmado sin sentido profundo que toda concepción particular de la poesía tiene derecho a crear su métrica propia, me encuentro muy dispuesto al estímulo para tentativa que se encamine a comunicar nueva flexibilidad y soltura a los viejos huesos de esta poesía castellana, cuyo soporoso estado de espíritu se complementa —como dos achaques de una misma vejez— con una verdadera anquilosis del verbo.

No he de extremar la prolijidad, ya impertinente, de este análisis. Queden sin glosas dos sonetos primorosamente cincelados (*Ite missa est*, *La Dea*; llameante de sensualidad el primero; el

último un hermoso símbolo de estética idealista); una alabanza, muy llena de elegante vivacidad, a unos ojos negros, y una original alegoría en la que se pinta la proyección de las figuras de un ensueño sobre el vacío de una página en blanco y se nos muestra el tardo desfilar de los camellos que conducen a través del desierto el bagaje de la caravana de la Vida. Pero al cerrar el libro algo hallo en la portada que me detiene para pedirme una opinión. — Ha hecho hablar la crítica el título de *Prosas profanas*, aplicado a un tomo de versos. La antífrasis aparente del nombre ha disgustado al excelente bibliógrafo americano del *Mercure de France* y le ha parecido de perlas a Remy de Gourmont. Rubén Darío habrá recordado que no es la primera vez que la portada de sus libros se discute. Don Juan Valera tuvo una arruga de su frente de mármol para el nombre de *Azul*, y Enrique Gómez Carrillo halló que no todos los *Raros* eran raros. Y la cuestión no debe parecerle enteramente trivial, si considera que el talento de encontrar títulos buenos es el único que ha querido reconocer Max Nordau a los oficinantes de las nuevas capillas literarias, esos clientes *malgré eux* de su clínica. — En el presente caso, partiendo las voces de censura de los que han entendido la palabra *Prosas* en la acepción que fué preciso enseñarla a M. Jourdain, creo que bastará con recordarles que el adjetivo que la sigue revelaba el propósito evidente de aludir a una de las antiguas formas de la poesía eclesiástica. — Indudablemente, la antífrasis subsiste, a pesar de eso; porque nada podría señalarse de más contrario a la índole esencialmente refinada y erudita de la poesía de este libro goloso, que el balbucir informe y cándido de la poesía de las prosas y las secuencias. Pero yo creo que el autor ha contado muy particularmente, para la invención de su título, con aquella misma interpretación vulgar, y ha sonreído al pensamiento de que el público ingenuo se sorprenda de ver aplicado a tan exquisita poesía el humilde nombre de prosa. — ¿Coquetería de poeta? — ¿O acaso el pudoroso escrúpulo de la virtud en el sacerdote bueno que, por serlo, tiene la obsesión de su indignidad ante el ara? — De cualquier modo, a mí me gusta la originalidad de ese bautismo, como rasgo voluntarioso y como cortesanía de señor que nos invita a que pasemos adelante con un alarde de espiritualidad. Laudable es que la espuma del ingenio suba hasta el título, que es como si subiera hasta el borde.

Mal entenderá a los escritores y a los artistas el que los juzgue por la obra de los imitadores y por la prédica de los sectarios. Si yo incurriera en tal extravío del juicio, no tributaría seguramente, al poeta, este homenaje de mi equidad, que no es el de un discípulo, ni el de un oficioso orador. — Por lo demás, está aún más lejos de ser el homenaje arrancado, a un espectador de mala voluntad, por la irresistible imposición de la obra. — No creo ser un adversario de Rubén Darío. — De mis conversaciones con el poeta he obtenido la confirmación de que su pensamiento está mucho más fielmente en mí que en casi todos los que le invocan por credo a cada paso. Yo tengo la seguridad de que, ahondando un poco más abajo de nuestros *pensares*, nos reconoceríamos buenos camaradas de ideas. Yo soy un *modernista* también; yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; a la reacción que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas. Y no hay duda de que la obra de Rubén Darío responde, como una de tantas manifestaciones, a ese sentido superior; es en el arte una de las formas personales de nuestro anárquico idealismo contemporáneo; aunque no lo sea — porque no tiene intensidad para ser nada serio — la obra frívola y fugaz de los que le imitan, el vano producir de la mayor parte de la juventud que hoy juega infantilmente en América al juego literario de los colores.

Por eso yo he separado cuidadosamente, en otra ocasión, el talento personal de Darío, de las causas a que debemos tan abominable resultado; y le he absuelto, por mi parte, de toda pena, recordando que los poetas de individualidad poderosa tienen, en sentir de uno de ellos, el atributo regio de la irresponsabilidad. — Para los imitadores, dije entonces, ha de ser el castigo, pues es suya la culpa; a los imitadores ha de considerárseles como los falsos demócratas del arte, que, al hacer plebeyas las ideas, al rebajar a la ergástula de la vulgaridad los pareceres, los estilos, los gustos, cometen un pecado de profanación quitando a las cosas del espíritu el pudor y la frescura de la virginidad.

Pero la imitación servil e imprudente no es, por cierto, el influjo madurador que irradia de toda fuerte empresa intelectual; de toda producción puesta al servicio de una idea y conscientemente atendida. — El poeta viaja ahora, rumbo a España. — En-

contrará un gran silencio y un dolorido estupor, no interrumpidos ni aun por la nota de una alegría, ni aun por el rumor de las hojas sobre el surco, en la soledad donde aquella madre de vencidos caballeros sobrelleva —menos como la Hécuba de Eurípides que como la Dolorosa del Ticiano— la austera sombra de su dolor inmerecido. —Llegue allí el poeta llevando buenos anuncios para el florecer del espíritu en el habla común, que es el arca santa de la raza; *destáquese en la sombra la vencedora figura del Arquero*; hable a la juventud, a aquella juventud incierta y aterida, cuya primavera no da flores tras el invierno de los maestros que se van, y enciéndala en nuevos amores y nuevos entusiasmos. — Acaso, en el seno de esa juventud que duerme, su llamado pueda ser el signo de una renovación; acaso pueda ser saludable, en el reino de aquella agostada poesía, su presencia, como la de los príncipes que en el cuento oriental, traen de remotos países la fuente que da oro, el pájaro que habla y el árbol que canta...

1899.

LIBERALISMO Y JACOBINISMO <sup>1</sup>

## LA EXPULSIÓN DE LOS CRUCIFIJOS

## I

Señor\*\*\*

Estimado amigo: Desea usted mi opinión sobre la justicia y oportunidad del acuerdo de la Comisión de Caridad y Beneficencia Pública, que sanciona definitivamente la expulsión de los crucifijos que hasta no ha mucho figuraban en las paredes de las salas del hospital.

Voy a complacer a usted, pero no será sin significarle, ante todo, que hay inexactitud en la manera como usted califica la resolución sobre que versa su consulta, al llamarla "acto de extremo y radical liberalismo".

¿Liberalismo? No; digamos mejor *jacobinismo*. Se trata, efectivamente, de un hecho de franca intolerancia y de estrecha *incomprensión* moral e histórica, absolutamente inconciliable con la idea de elevada equidad y de amplitud generosa que va incluida en toda legítima acepción del liberalismo, cualesquiera que sean los epítetos con que se refuerce o extreme la significación de esta palabra.

Ocioso me parece advertir —porque no es usted quien lo ignora— que, rectamente entendida la idea de liberalismo, mi concepción de su alcance, en la esfera religiosa como en cualquiera otra categoría de la actividad humana, abarca toda la extensión que pueda medirse por el más decidido amor de la libertad. E igualmente ocioso sería prevenir que, por lo que respecta a la personalidad y la doctrina de Cristo —sobre las que he de hablar para poner esta cuestión en el terreno en que deseo—,

<sup>1</sup> Carta publicada en *La Razón* del 5 de julio de 1906.



mi posición es, ahora como antes, en absoluto independiente, no estando unido a ellas por más vínculos que los de la admiración puramente humana, aunque altísima, y la adhesión racional a los fundamentos de una doctrina que tengo por la más verdadera y excelsa concepción del espíritu del hombre.

Dicho esto, planteemos sumariamente la cuestión. La Comisión de Caridad inició, hace ya tiempo, la obra de emancipar de toda vinculación religiosa la asistencia y disciplina de los enfermos; y en este propósito plausible, en cuanto tendía a garantizar una completa libertad de conciencia contra imposiciones o sugerencias que la menoscabasen, llegó a implantar un régimen que satisfacía las más amplias aspiraciones de libertad. Fueron suprimidos paulatinamente los rezos y los oficios religiosos que de tradición se celebraban; fueron retirados los altares, las imágenes y los nichos que servían para los menesteres del culto. Quedaba, sin embargo, una imagen que no había sido retirada de las paredes de las salas de los enfermos, y esta imagen era la del fundador de la caridad cristiana. Un día la Comisión encuentra que no hay razón para que este límite se respete, y ordena la expulsión de los crucifijos. Acaso pensó irreflexivamente no haber hecho con ello más que dar un paso adelante, un paso último, en la obra de liberalismo en que se hallaba empeñada. ¿Era, efectivamente, sólo un paso más, sólo un paso adelante? No; aquello, como he de demostrarlo luego, equivalía a pasar la frontera que separa lo justo de lo injusto, lo lícito de lo abusivo. Aquello tenía, en realidad, un significado enteramente nuevo, y que parecía denunciar, en las mismas supresiones y eliminaciones anteriores, un espíritu, una tendencia, diferentes de los que las habrían justificado...

Y ahora el error, que pudo explicarse cuando se cometió por vez primera como acto inconsulto, adquiere la persistencia de una ratificación laboriosamente meditada, de una ratificación definitiva.

## II

El hecho es sencillamente éste: la expulsión reiterada e implacable de la imagen de Cristo del seno de una casa de caridad.

Un profesor de filosofía que, encontrando en el testero de su aula el busto de Sócrates, fundador del pensamiento filosófico,

le hiciera retirar de allí; una academia literaria española que ordenase quitar del salón de sus sesiones la efigie de Cervantes; un parlamento argentino que dispusiera que las estatuas de San Martín o de Belgrano fueran derribadas para no ser repuestas; un círculo de impresores que acordase que el retrato de Gutenberg dejase de presidir sus deliberaciones sociales, suscitarían, sin duda, nuestro asombro, y no nos sería necesario más que el sentido intuitivo de la primera impresión para calificar la incongruencia de su conducta.

Y una Comisión de *Caridad* que expulsa del seno de las casas de *caridad* la imagen del creador de la *caridad* —del que la trajo al mundo como sentimiento y como doctrina—, no ofrece, para quien desapasionadamente lo mire, espectáculo menos desconcertador ni menos extraño. Aun prescindiendo del interés de orden social que va envuelto en el examen de este hecho, como manifestación de un criterio de filosofía militante que se traduce en acción y puede trascender en otras iniciativas parecidas, siempre habría en él el interés psicológico de investigar por qué lógica de ideas o de sentimientos, por qué vías de convicción o de pasión ha podido llegarse a tan contradictorio resultado: la personificación indiscutida de la caridad, expulsada de un ambiente que no es sino la expansión de su espíritu, por aquellos mismos que ministran los dones de la caridad.

Pero no es necesario afanarse mucho tiempo para encontrar el rastro de esa lógica: es la lógica *en línea recta* del jacobinismo, que así lleva a las construcciones idealistas de Condorcet o de Robespierre como a los atropellos inicuos de la intolerancia revolucionaria, y que, por lo mismo que sigue una regularidad geométrica en el terreno de la abstracción y de la fórmula, conduce fatalmente a los más absurdos extremos y a las más irritantes injusticias, cuando se la transporta a la esfera real y palpitante de los sentimientos y los actos humanos.

## III

La vinculación entre el espíritu de las instituciones de beneficencia que la Comisión de Caridad gobierna, y el significado histórico y moral de la imagen que ella ha condenado a proscripción, es tan honda como manifiesta e innegable.

Si la Comisión de *Caridad* se propone apurar el sentido de este nombre que lleva y evoca para ello la filiación de la palabra, fácilmente encontrará el vocablo latino de donde inmediatamente toma origen; pero a buen seguro que, desentrañando la significación de este vocablo en el lenguaje de la grandeza romana, no hallará nada que se parezca a la íntima, a la sublime acepción que la palabra tiene en la civilización y los idiomas de los pueblos cristianos: porque para que este inefable sentido aparezca, para que el sentimiento nuevo a que él se refiere se infunda en la palabra que escogió, entre las que halló en labios de los hombres, y la haga significar lo que ella no había significado jamás, es necesario que se levante en la historia del mundo, dividiéndola en dos mitades —separando el pasado del porvenir con sus brazos abiertos—, esa imagen del mártir venerando que el impulso del jacobinismo acaba de abatir de las paredes del Hospital de Caridad.

La caridad es creación, verbo, irradiación del fundador del cristianismo. El sentimiento que levanta hospicios para los enfermos, asilos para los menesterosos, refugio para los huérfanos y los ancianos, y los levanta en nombre del amor que identifica al protector y al socorrido, sin condición de inferioridad para ninguno, es —por lo menos dentro de la civilización y la psicología histórica de los pueblos occidentales— absolutamente inseparable del nombre y el ejemplo del reformador a quien hoy se niega lo que sus mismos proscriptores no negarían tal vez a ningún otro de los grandes servidores de la humanidad: el derecho de vivir perdurablemente —en imagen— en las instituciones que son su obra, en las piedras asentadas para dar albergue a su espíritu, en el campo de acción donde se continúa y desenvuelve su iniciativa y su enseñanza.

#### IV

Sentado el derecho que militaba para la permanencia, y militaría para la reposición, de las imágenes de Cristo en las salas del Hospital de Caridad, paso a examinar las consideraciones con que el desconocimiento de ese derecho se autoriza.

«Todos sabemos la razón falaz de libertad y tolerancia que se invoca para cohonestar la real intolerancia de la expulsión: se habla del respeto debido a las creencias o las convicciones de

aquellos que, acogiéndose a la protección del hospital, no crean en la divinidad de la imagen que verían a la cabecera de su lecho. La especiosidad de la argumentación no resiste al más ligero examen. Si de garantizar la libertad se trata, impídase, en buen hora, que se imponga ni sugiera al enfermo la adoración o el culto de esa imagen; prohibábase que se asocie a ella ningún obligado rito religioso, ninguna forzosa exterioridad de veneración siquiera: esto será justo y plausible, esto significará respetar la inmunidad de las conciencias, esto será liberalismo de buena ley y digno del sentimiento del derecho de todos. Pero pretender que la conciencia de un enfermo pueda sentirse lastimada porque no quiten de la pared de la sala donde se le asiste una sencilla imagen del reformador moral, por cuya enseñanza y cuyo ejemplo —convertidos en la más íntima esencia de una civilización— logra él, al cabo de los siglos, la medicina y la piedad, ¿quién podrá legitimar esto, sin estar ofuscado por la más suspicaz de las intolerancias?

Para que la simple presencia de esa efigie sublevase alguna vez el ánimo del enfermo, sería menester que las creencias del enfermo involucrasen, no ya la indiferencia ni el desvío, sino la repugnancia y el odio por la personalidad y la doctrina de Cristo. Demos de barato que esto pueda ocurrir de otra manera que como desestimable excepción. ¿Podría el respeto por ese sentimiento personal y atrabiliario de unos cuantos hombres prevalecer sobre el respeto infinitamente más imperativo, sobre la alta consideración de justicia histórica y de gratitud humana que obliga a honrar a los grandes benefactores de la especie y a honrarlos y recordarlos singularmente allí donde está presente su obra, su enseñanza, su legado inmortal? . . . Fácil es comprender que si el respeto a la opinión ajena hubiera de entenderse de tal modo, toda sanción glorificadora de la virtud, del heroísmo, del genio, habría de refugiarse en el sigilo y las sombras de las cosas prohibidas. Los pueblos erigen estatuas en parajes públicos a sus grandes hombres. Entre los miles de viandantes que diariamente pasan frente a esas estatuas, forzosamente habrá muchos que, por su nacionalidad o por sus doctrinas, o bien por circunstancias y caprichos exclusivamente personales, no participarán de la veneración que ha levantado esas estatuas, y acaso experimentarán ante ellas la mortificación del sentimiento herido, de la convicción contrariada. ¿Quién se atrevería a sostener que esto podría ser motivo para que la admiración y la gratitud de las colectividades humanas se condenasen a

una ridícula abstención de toda forma pública, de todo homenaje ostensible?... Lo que la conciencia de un pueblo consagra —y aún más lo que la conciencia de la humanidad consagra— como juicio definitivo y sanción perdurable, tendrá siempre derecho a imponerse sobre toda disonancia individual para las manifestaciones solemnes de la conmemoración y la gloria.

Hablemos con sinceridad, pensemos con sinceridad. Ningún sentimiento, absolutamente ningún sentimiento respetable se ofende con la presencia de una imagen de Cristo en las salas de una casa de caridad. El creyente cristiano verá en ella la imagen de su Dios, y en las angustias del sufrimiento físico levantará a ella su espíritu. Los que no creemos en tal divinidad, veremos sencillamente la imagen del más grande y puro modelo de amor y abnegación humana, glorificado donde es más oportuna esa glorificación: en el monumento vivo de su doctrina y de su ejemplo; a lo que debe agregarse todavía que ninguna depresión y ningún mal, y sí muy dignificadoras influencias, podrá recibir el espíritu del enfermo cuyos ojos tropiecen con la efigie del Maestro sublime por quien el beneficio que recibe se le aparecerá, no como una obligación que se le debe en nombre de una ley de amor, y por quien, al volver al tráfico del mundo, llevará acaso consigo una sugestión persistente que le levante alguna vez sobre las miserias del egoísmo y sobre las brutalidades de la sensualidad y de la fuerza, hablándole de la piedad para el caído, el perdón para el culpado, de la generosidad con el débil, de la esperanza de justicia que alienta el corazón de los hombres y de la igualdad fraternal que los nivela por lo alto.

Es este criterio y este sentimiento de honda justicia humana el que habría debido mantenerse y prevalecer sobre la suspicacia del recelo antirreligioso. Pero el jacobinismo, que con relación a los hechos del presente tiene por lema: "La intolerancia contra la intolerancia", tiene por característica, con relación a las cosas y a los sentimientos del pasado, esa funesta pasión de impiedad histórica que conduce a no mirar en las tradiciones y creencias en que fructificó el espíritu de otras edades más que el límite, el error, la negación, y no lo afirmativo, lo perdurable, lo fecundo, lo que mantiene la continuidad solidaria de las generaciones, perpetuada en la veneración de esas grandes figuras sobrehumanas —profetas, apóstoles, reveladores— que desde lo hondo de las

generaciones muertas iluminan la marcha de las que viven como otros tantos faros de inextinguible idealidad.

## V

Si la intolerancia ultramontana llegara un día a ser gobierno, mandaría retirar de las escuelas públicas el retrato de José Pedro Varela. ¿Qué importa que la regeneración de la educación popular haya sido obra suya? No modeló su reforma dentro de lo que al espíritu ortodoxo cumplía: no tendió a formar fieles para la grey de la Iglesia; luego su obra se apartó de la absoluta verdad, y es condenable. ¡No puede consentirse su glorificación, porque ella ofende a la conciencia de los católicos! Esta es la lógica de todas las intolerancias.

La intolerancia jacobina —incurriendo en una impiedad mucho mayor que la del ejemplo supuesto, por la sublimidad de la figura sobre quien recae su irreverencia— quiere castigar en la imagen del Redentor del mundo el delito de que haya quienes, dando un significado religioso a esa imagen, la conviertan en paladión de una intolerancia hostil al pensamiento libre. Sólo se ve en el crucifijo al *dios enemigo*, y enceguécese para la sublimidad humana y excelso significado ideal del martirio que en esa figura está plasmado. ¿Se dirá que lo que se expulsa es el signo religioso, el *icono*, la imagen del dios, y no la imagen del grande hombre sacrificado por amor a sus semejantes? La distinción es arbitraria y casuística. Un crucifijo sólo será signo religioso para quien crea en la divinidad de aquel a quien en él se representa. El que lo mire con los ojos de la razón —y sin las nubes de un odio que sería inconcebible por lo absurdo—, no tiene por qué ver en él otra cosa que la representación de un varón sublime, del más alto Maestro de la humanidad, figurado en el momento del martirio con que selló su apostolado y su gloria. Sólo una consideración fanática —en sentido opuesto y mil veces menos tolerable que la de los fanáticos creyentes— podría ver en el crucifijo, *per se*, un signo abominable y nefando, donde haya algo capaz de sublevar la conciencia de un hombre libre y de enconar las angustias del enfermo que se revuelve en el lecho del dolor.

¿Por qué el enfermo librepensador ha de ver en el crucifijo más de lo que él le pone ante los ojos: una imagen que evoca

con austera sencillez el más sublime momento de la historia del mundo y la más alta realidad de perfección humana? ¿Acaso porque ese crucifijo puesto en manos de un sacerdote se convierte en signo e instrumento de una fe religiosa? Pero no es en manos de un sacerdote donde le verá, sino destacándose inmóvil sobre la pared desnuda, para que su espíritu lo refleje libremente en la quietud y desnudez de su conciencia...

## VI

Desde cualquier punto de vista que se la considere, la resolución de la Comisión de Caridad aparece injustificada y deplorabile.

No reivindica ningún derecho, no restituye ninguna libertad, no pone límite a ningún abuso.

Y en cambio hiere a la misma institución en cuyo nombre se ha tomado ese acuerdo, quitando de ella el sello visible que recordaba su altísimo fundamento histórico: que insustituíblemente concretaba el espíritu del beneficio que allí se dispensa, en nombre de una ley moral que no ha dejado de ser la esencia de nuestra civilización, de nuestra legislación y de nuestras costumbres. Y hiere a la conciencia moral, interesada en que no se menoscabe ni interrumpa el homenaje debido a las figuras venerandas que son luz y guía de la humanidad; homenaje que si es un esencialísimo deber de justicia y gratitud humana, es, además, para la educación de las muchedumbres, un poderoso medio de sugestión y de enseñanza objetiva, lo mismo cuando se encarna en los bronceos y los mármoles erigidos en la plaza pública, que cuando se manifiesta por la efigie colgada en las paredes de la escuela, del taller, de la biblioteca o del asilo: de toda casa donde se trabaje por el bien o la verdad.

Esto es lo que sinceramente siento sobre el punto que usted somete a mi consideración; esto es lo que yo propondría a la meditación de todos los espíritus levantados sobre los fanatismos y las intolerancias.

Haga usted de esta carta el uso que le parezca bien, y créame su afectísimo amigo,

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

CONTRARRÉPLICAS <sup>1</sup>

Esperaba con interés la publicación de la conferencia que el doctor don Pedro Díaz consagró a refutar mi crítica de la expulsión de los crucifijos de las salas del Hospital de Caridad. No se mezclaba a ese interés el propósito preconcebido de contrarreplicarle, y hasta deseaba que mi participación personal en la agitación de ideas promovida alrededor de tan sonado asunto quedara terminada con la exposición serena de mi juicio.

No es que no sea para mí un placer quebrar una lanza con inteligencia tan reflexiva y espíritu tan culto como los que me complazco en reconocer, desde luego, en mi adversario de ocasión; pero confieso que, un tanto desengañado sobre la eficacia virtual de la polémica como medio de aquilatar y depurar ideas, me hubiera contentado con dejar persistir, frente a frente, mi argumentación y su réplica, para que, por su sola virtud, se abrieran camino en los espíritus dotados de la rara cualidad de modificar sinceramente sus juicios o prejuicios por la influencia del raciocinio ajeno.

Pero, por otra parte, el grave mal de estas disputas sobre puntos de índole circunstancial y transitoria, es que en sus proyecciones quedan casi siempre envueltos puntos mucho más altos, de interés impercedero y esencial, que las conveniencias accidentales del polemista resuelven en el sentido más favorable a su tesis del momento, propendiéndose con frecuencia así a deformar la verdad, a arraigar la mentira histórica, a fomentar sofismas perniciosos y enormes injusticias, que acaso quedan flotando en

<sup>1</sup> Publicadas en *La Razón* con motivo de la conferencia dada por el doctor don Pedro Díaz en el Centro Liberal, el día 14 de julio, refutando las ideas expuestas en la carta anterior.

el aire y se fijan luego en las asimilaciones inconscientes del criterio vulgar, como el único y deplorable rastro de estas escaramuzas efímeras. No es otro el interés que me mueve a no dejar sin contrarreplica la refutación a que aludo.

Me detendré ante todas las fases de la cuestión que encara el doctor Díaz, y aun ante algunas otras, y le seguiré, paso a paso, en todas las evoluciones y los giros y las vueltas y revueltas de su habilidosa argumentación, por lo cual ha de disculpárseme de antemano si abuso, con más extensión y por más días que fuera mi deseo, de la afectuosa hospitalidad de este diario.

Libre de toda vinculación religiosa, defiendiendo una gran tradición humana y un alto concepto de la libertad.

No miro a mi alrededor para cerciorarme de si está conmigo la multitud que determina el *silent vote* de la opinión y que determinaría el sí o el no en un plebiscito de liberales. Me basta con perseverar en la norma de sinceridad invariable, que es la única autoridad a que he aspirado siempre para mi persona y mi palabra. Recuerdo que cuando por primera vez tuve ocasión de hablar en una reunión política, en vísperas de elecciones y con la consiguiente exaltación de los ánimos, fué para decir a la juventud, en cuyo seno me encontraba, que mi partido debía ceder el poder si caía vencido en la lucha del sufragio. Tal manifestación, hecha en días de gran incertidumbre electoral y en un ambiente de apasionamientos juveniles, no era como para suscitar entusiasmos, y a los más pareció, cuando menos, inoportuna; pero no pasó mucho tiempo sin que pudiese comprobar que más de uno de los que se acercaran a censurármelo en aquel momento, se había habituado a escuchar sin escándalo, y aun a reconocer por sí mismo, que la conservación del poder debía plantearse en el terreno franco y llano del derecho. El más seguro camino, no ya para la aprobación interior, sino también para el triunfo definitivo, es el de decir la verdad, sin reparar en quién sea el favorecido ocasionalmente por la verdad, y nunca habrá satisfacción más intensa para la conciencia leal que cuando se le presente oportunidad de proclamar la razón que asiste del lado de las ideas que no se profesan y de defender el derecho que radica en el campo donde no se milita.

Dicho esto, entremos, sin más dilaciones, en materia.

## LOS ORÍGENES HISTÓRICOS DE LA CARIDAD

### I

Afirmé en mi carta, y repito y confirmo ahora, que la vinculación entre el espíritu de las casas de beneficencia y el significado de la imagen que ha sido expulsada de su seno, es tan honda como manifiesta e innegable; que Jesús es en nuestra civilización, y aun en el mundo, el fundador de la caridad; que por él este nombre de caridad tomó en labios de los hombres acepción nueva y sublime, y que son su enseñanza y su ejemplo los que, al cabo de los siglos, valen para el enfermo la medicina y la piedad.

El estimable conferenciante desconoce rotundamente todo esto; sostiene que "no es por la idea ni por el sentimiento cristiano por lo que el hombre socorre al hombre"; califica de falso mi concepto de la personalidad de Jesús, y añade que este concepto importa atribuir al fundador del cristianismo en la historia de la humanidad una significación que "la ciencia" (así dice) le niega en absoluto.

Escuchemos la severa palabra de la ciencia. La ciencia nos opone, por labios del doctor Díaz, un argumento deductivo y copiosos argumentos históricos. El argumento deductivo consiste en inferir que siendo las revoluciones morales y sociales la obra impersonal de las fuerzas necesarias que se desenvuelven, con el transcurso del tiempo, en el seno de las sociedades humanas, importa una anomalía inaceptable atribuir la iniciativa de un nuevo sentimiento moral a la inspiración personalísima de un hombre: cosa que, de ser cierta, invadiría la esfera del milagro y conformaría para Cristo la naturaleza que le negamos a Dios.

No se necesita mucho esfuerzo para mostrar la inconsistencia de tal razonamiento, aun colocándose dentro del criterio histórico que más lo favorezca. Porque, sin menoscabar la acción de las fuerzas necesarias que presiden a la evolución de las sociedades y preparan en su oscuro laboratorio los resultados ostensibles de la historia humana, cabe perfectamente valorar la misión histórica y la originalidad de las grandes personalidades que, con carácter de iniciadores y reformadores, aparecen personificando en determinado momento los impulsos enérgicos de innovación, aun-

que su obra haya sido precedida por un largo proceso de preparación lenta e insensible y aunque la acción del medio en que actúan colabore inconscientemente con ellas para el triunfo que se manifiesta como exclusiva conquista de su superioridad.

Por mucho que se limitase la jurisdicción de la voluntad y el pensamiento personales; por mucho que se extremara la concepción determinista de la historia, nunca podría llegarse a anular el valor de aquellos factores hasta el punto de que no fuera lícito a la posteridad, en sus rememoraciones y sanciones, vincular a un nombre individual la gloria máxima de una iniciativa, la inspiración capital de una revelación, el mérito superior de una reforma. La invención personal, en la esfera de las ideas morales, representa una realidad tan positiva e importante —según ha mostrado Ribot en su análisis de la imaginación creadora— como en el terreno de la ciencia o del arte<sup>1</sup>.

Pero hay más: para atribuir a Jesús la fundación de la moral caritativa, no sólo no se requiere desconocer las fuerzas históricas que obren por encima de la personalidad humana, para producir los movimientos morales y sociales, sino que no es necesario desconocer siquiera los precedentes, más o menos directos y eficaces, que aquella moral haya tenido dentro mismo de la conciencia y la acción personal de los hombres. El doctor Díaz refuerza su argumento deductivo con abundantes citas históricas, para demostrarnos que el sentimiento de la caridad ha existido en el mundo desde mucho antes de Jesús, y que ya entendían de caridad Confucio, Buda, Zoroastro, Sócrates y cien otros. Muy pronto desvaneceremos la ilusión que pueda cifrar el doctor Díaz en estos recursos de erudición histórica, y reduciremos a su ver-

<sup>1</sup> "En el origen de las civilizaciones se encuentran personajes semi-históricos y semilegendarios (MANÚ, ZOROASTRO, MOISÉS, CONFUCIO, etcétera), que han sido inventores o reformadores en el orden social y moral. Que una parte de la invención que se les atribuye es debida a sus predecesores y a sus sucesores, es evidente, pero la invención, sea quienquiera el autor, no es por eso menos cierta. Hemos dicho en otra parte, y se nos permitirá repetirlo ahora, que esta expresión inventores, aplicada a la moral, podrá parecer extraña a algunos, porque están imbuidos por la hipótesis de un conocimiento del bien y del mal innato, universal, compartido por todos los hombres y en todos los tiempos. Si se admite, por el contrario, como lo impone la observación, no una moral hecha de antemano, sino una moral que se va haciendo poco a poco, preciso es que sea la creación de un individuo o de un grupo." (RIBOT, Ensayo sobre la imaginación creadora, tercera parte, pág. VII.)

dadero valor la congruencia y oportunidad de tales citas. Pero aceptándolas provisionalmente, y concediendo que fuesen exactas y oportunas, ellas no serían un motivo para que Jesús no pudiera ser llamado, en el sentido usual de este género de calificaciones históricas, el fundador de la caridad en el mundo. El mismo argumento que invocaba el doctor Díaz para resistirse a aceptar que la moral del cristianismo haya significado tan excepcional vuelco de ideas; su mismo argumento de que no hay obra humana sin preparación y antecedentes, determinaría el significado de las relaciones que pudieran encontrarse, en la historia anterior al cristianismo, con la obra de Jesús. No hay obra humana sin preparación y antecedentes, y sin embargo de ello, hay y habrá siempre, para el criterio de la historia, iniciadores, fundadores, hombres que resumen en sí el sentido de largos esfuerzos colectivos, la originalidad de una reforma social, la gloria de una revolución de ideas.

Cuatro siglos antes de que Lutero quemase en la plaza de Witenberg las bulas de León X, habían rechazado los albigenses la autoridad del pontífice romano y sostenido la única autoridad de las Escrituras; largos años antes de Lutero, habían sido arrojadas al Tíber las cenizas de Arnaldo de Brescia, y había perecido Juan Huss por la libertad de la conciencia humana. Pero Lutero es y será siempre ante la justicia de los siglos el fundador de la reforma religiosa.

Varias generaciones antes de que Sócrates platicase de psicología y de moral con los ciudadanos de Atenas, había filosofado Tales, y Pitágoras había instituido su enseñanza sublime, y habían razonado los atomistas, y habían argumentado los eleatas; pero Sócrates es y será siempre en la memoria de la posteridad el fundador del pensamiento filosófico.

Mucho tiempo antes de que Colón plantase en la playa de Guanahani el estandarte de Castilla, los marinos normandos habían llegado con sus barcos de cuero, no ya a las costas del Labrador y de Terranova, sino a las mismas tierras donde hoy se levantan las más populosas, más opulentas y más cultas ciudades de la civilización americana; pero Colón es y será siempre ante la conciencia de la historia el descubridor del Nuevo Mundo.

Más de un siglo antes de que la Revolución del 89 proclamara el principio de la soberanía popular y realizase la forma

republicana, los puritanos de Inglaterra habían reivindicado los derechos del pueblo, y el trono de los Estuardos había precedido en la caída al de los Borbones, y a pesar de ello, la Revolución del 89 es el pórtico por donde la sociedad moderna pasa del ideal del absolutismo monárquico al ideal de las instituciones libres.

Siempre habrá un precedente que invocar, un nombre que anteponer, una huella que descubrir en el campo de las más audaces creaciones de los hombres, pero las sanciones de la justicia humana no se atenderán jamás al criterio que parte del rigor de estos fariseísmos cronológicos, miserables cuestiones de prioridad, cuyo sentido se disipa en la incertidumbre crepuscular de todos los orígenes. La predilección en el recuerdo, la superioridad en la gloria, no serán nunca del que primero vislumbra o acaricia una idea, del que primero prueba traducirla en palabras o intenta comunicarle el impulso de la acción, sino del que definitivamente la personifica y consagra, del que la impone a la corriente de los siglos, del que la convierte en sentido común de las generaciones, del que la entraña en la conciencia de la humanidad, como la levadura que se mezcla en la masa y la hace crecer con su fermento y le da el punto apetecido.

Por lo demás, si existe originalidad humana, no que excluya todo precedente, pero sí que se encuentre en desproporción con los precedentes que puedan señalársele, es sin duda la originalidad de la persona y la obra de Jesús. El entusiasta conferenciante manifiesta extrañar, por honor de la humanidad, que se acepte que en las civilizaciones anteriores a Cristo el sentimiento de la caridad no fuera conocido y practicado en formas tan altas, por lo menos, como las que ha realizado la enseñanza cristiana. La extrañeza es absurda en quien tanto habla de fuerzas que gobiernan la historia por determinismo y evolución. Lo que implicaría un concepto evidentemente contradictorio con toda idea de evolución y determinismo, sería imaginar que la razón humana ha podido levantarse, desde el primer instante de su desenvolvimiento, a la concepción de la moral más alta, y que la idea del deber no ha necesitado pasar por adaptaciones y modificaciones correlativas con los caracteres del medio, la raza y los demás complejos factores de la historia, antes de llegar a la moral que constituye el espíritu de nuestra civilización.

Pero entremos a examinar menudamente el valor que ten-

gan las citas históricas del doctor Díaz en la relación con nuestro asunto. Tal será el tema del artículo siguiente.

## II

¿Cuál deberá ser el criterio para graduar la oportunidad y eficacia de las citas con que se disputa a Jesús la originalidad de la moral caritativa y el derecho a ser glorificado en primer término por ella? El criterio no puede ser otro que el de aquilatar la influencia que las doctrinas y los nombres citados representen en la obra de difundir y realizar aquella moral con anterioridad a Jesús. Y como ninguna sociedad humana está obligada a tributar agradecimiento ni gloria por beneficios de que no ha participado, debe agregarse como condición que el alcance de tales influencias llegue, directa o indirectamente, a la sociedad que ha de rememorarlas y glorificarlas. De donde se sigue que la cuestión queda lógicamente reducida a investigar los orígenes del sentimiento de la caridad en cuanto se relacione con la civilización de cuyo patrimonio y espíritu vivimos: la civilización, que, tomando sus moldes últimos y persistentes en los pueblos de la Europa occidental, tiene por fundamentos inconcusos la obra griega y romana, por una parte; la revolución religiosa en que culminó el cometido histórico del pueblo hebreo, por la otra.

No negará el doctor Díaz que ésta es la manera como deben encararse los títulos históricos que se pongan frente a los de Jesús; porque de lo contrario, si se admitiera que la simple prioridad cronológica, fuera de todo influjo real, determinase derecho preferente para la apoteosis, llegaríamos a la conclusión de que, resuelto un día el problema de la comunicación interplanetaria y averiguándose que en Marte o en Saturno empezó a existir antes que en la Tierra una especie racional capaz de virtudes y heroísmos, la humanidad debería posponer la glorificación de sus apóstoles y sus héroes a la de los héroes y los apóstoles saturnianos o marcianos.

Establecido, pues, el criterio con que procederemos, ha de permitirnos, ante todo, nuestro ilustrado contendor, que pongamos un poco de orden en la sucesión tumultuosa de sus citas, disponiéndolas con arreglo a cierta norma, que, a falta de otra menos empírica, será la de su correspondencia geográfica de

Oriente a Occidente. Y ha de permitirnos también que comenzando, según este orden, por Confucio, le neguemos resueltamente el pasaporte, con todo el respeto debido a tan majestuosa personalidad. Del lado de Confucio no es posible que haya venido, para la civilización europea, ni frío ni calor, ni luz ni sombra. Ninguna suerte de comunicación espiritual, ninguna noticia positiva siquiera, habían fijado la idea de la China en el espíritu de Europa antes de los viajeros del Renacimiento. Era aquélla una tierra de leyenda, la Sérica de los antiguos, la Catay semi-soñada de Marco Polo. Apenas cuando los navegantes portugueses llegaron a las extremidades orientales del Asia, comenzó a abrirse a las miradas del mundo el espectáculo de ese pueblo que había permanecido por millares de años en inviolada soledad, tan ajeno a los desenvolvimientos convergentes y progresivos de la historia humana como lo estaría la raza habitadora de un planeta distinto. ¿Por qué grietas de la famosa *muralla* ha podido filtrarse un soplo del aire estagnado dentro de aquella inmensa sepultura, para infundirse en el espíritu de otras civilizaciones y concurrir a formar el sentido moral de la humanidad? . . . Convengamos en que esta piadosa evocación de la gesta mongola de Confucio no pasa de ser un exceso de *dilettantismo* chinesco.

Tras de Confucio, sale a luz la fisonomía, menos pavorosa, de Buda. Nos encontramos en presencia de un ideal moral realmente alto y en algunos aspectos no inferior, sin duda, al cristianismo. Nos encontramos además en un mundo que, desde el punto de vista étnico, puede considerarse más vinculado al origen de los pueblos occidentales que el propio mundo de Jesús. Y con todo, ¿cuál es la influencia histórica positiva del budismo en la elaboración del espíritu de la civilización cristiana?

Absolutamente ninguna. La religión de Sakia-Muni, expulsada, no bien nacida, de su centro por la persecución de la ortodoxia brahmánica, se extiende hacia el Oriente y hacia el Norte, sigue una trayectoria enteramente opuesta a la que hubiera podido llevarla al gran estuario de ideas de Occidente, y queda así sustraída a la alquimia de que resultó nuestra civilización. Si algún esfuerzo hace el budismo para tomar el rumbo de las remotas emigraciones de los arios, ante la certidumbre histórica ese esfuerzo no pasa de manifestaciones obscuras y dispersas. Si ecos menos vagos de su espíritu cabe sospechar en alguna de las sectas gnósticas de los primeros tiempos cristianos, los ecos se

disipan con ellas. Es menester que muchos siglos transcurran, y que el maravilloso sentido histórico del siglo XIX despeje el enigma multiseccular de esa India, que no había sido hasta entonces en la imaginación europea más que una selva monstruosa, para que el foco de infinito amor y de melancólica piedad que había irradiado en la palabra de Buda se revele a la conciencia de Occidente con su poética y enervante atracción, suscitando en el pensamiento germánico las congeniales simpatías que llevaron el espíritu de Schopenhauer al amor del loto de Oriente e indujeron a Hartmann a buscar en el desesperanzado misticismo del solitario de Urulviva el germen probable de la futura religión de los hombres<sup>1</sup>.

Queda cerrado el atajo de Sakia-Muni. Sigamos adelante. Henos aquí en plena Persia, ante el formidable *Zaratustra* de Nietzsche o el Zoroastro de la denominación vulgar. "¿Cómo hablaba Zaratustra?" Según el doctor Díaz, de manera no menos alta y generosa que Jesús. Démoslo de barato y vamos a lo pertinente: ¿ha trascendido de allí al espíritu de nuestra civilización una influencia positiva que menoscabe la originalidad de nuestra ley moral? Éste es, sin duda, un campo histórico más fronterizo que los de Buda y Confucio con los orígenes de la civilización cristiana. Admitamos sin dificultad que el ambiente de la religión de la Persia, respirado por los profetas durante el cautiverio, haya suministrado elementos teológicos y morales a la elaboración del mesianismo judío. Concedamos también que, fuera de esa vía de comunicación, el espíritu occidental haya podido asimilarse, por intermedio de la cultura helénica, partículas que procedan del contenido ideal del mazdeísmo, sea desde los viajes más o menos

<sup>1</sup> *Las conjeturas de HARTMANN sobre el porvenir de la evolución religiosa no excluyen de este porvenir la persistencia de elementos cristianos, ni impiden que el filósofo del pesimismo reconozca explícitamente que la preponderancia y el sentido progresivo de la civilización occidental se deben a la superioridad de la filosofía cristiana, en cuanto afirma la realidad del mundo sobre el idealismo nihilista que ha detenido la evolución de los arios asiáticos. Para HARTMANN la fórmula religiosa del porvenir será una síntesis del desenvolvimiento religioso ariano y el semítico, del budismo y el cristianismo; sólo que concede marcada preferencia al primero, por entender que el panteísmo es una concepción más conciliable con la idea científica del mundo que el deísmo personal trascendente, y por creer en las ventajas del pesimismo, como fundamento ético, sobre el espíritu, optimista en definitiva, de la moral judeo-cristiana. (Véase HARTMANN, La religión del porvenir, caps. VIII y IX.)*



legendarios de Pitágoras, sea desde las expediciones de Alejandro. ¿Quién es el que se atrevería a precisar, aun así, la vaguedad incoercible de estas infiltraciones históricas, de aquellas que no faltan jamás ni alrededor de la obra de más probada espontaneidad, y quién podría demostrar, sobre todo, que ellas se relacionan con el sentimiento moral cuya procedencia discutimos, y que se relacionan hasta el punto de determinar una influencia capaz de considerarse como valor histórico y estimable y de pesar en las sanciones de la posteridad? Por otra parte, o esta cuestión no existe, o se reduce a la de la originalidad de la obra de Jesús con relación al testamento antiguo y a la moral de los filósofos griegos, únicos puentes posibles entre el espíritu del reformador de la Bactriana y la conciencia de la moderna civilización. Ningún otro influjo autoriza a incluir la moral del mazdeísmo entre los precedentes de la moral que profesamos. La religión del Zend-Avesta no sólo perdió en Maratón y Salamina la fuerza necesaria para propagarse e influir en los destinos del mundo, sino que ni aun supo persistir dentro de sus propias fronteras y fué barrida de ellas al primer empuje de proselitismo del Corán, para arrinconarse en las semiignoradas regiones donde aún prolonga su lánguida agonía. La evocación de Zoroastro no tiene, pues, más oportunidad que la de Confucio y Buda.

Análogos razones invalidan la cita del Egipto, cuya intervención veneranda negocia también el distinguido orador, para que le auxilie con la moral del *Libro de los muertos*. Aquí el contacto es evidente por ambas facetas de los orígenes cristianos: evidente el contacto del pueblo de Israel con el imperio de los Faraones, y por tanto muy presumible la influencia de la tradición egipcia en el espíritu de la ley mosaica, y evidente el contacto del pensamiento griego, desde Pitágoras o desde antes de Pitágoras, con la enseñanza de los sacerdotes del Nilo. Pero estas vinculaciones quedan incluídas entre las de la doctrina de Jesús con la antigüedad hebrea y helénica, punto que hemos de considerar en breve, llevados por los pasos de nuestro replicante. Si Cristo se relaciona con los adoradores de Osiris, será por intermedio de Moisés; y si el cristianismo primitivo se asimila elementos de procedencia egipcia, será por intermedio de los pensadores griegos, y singularmente del neoplatonismo de Alejandría. Lo que cabe preguntar, desde luego, es si la originalidad y virtud de la moral cristiana, como ley de amor extendida a todos los hombres, ha podido

venir del seno del *Libro de los muertos*; y para esta pregunta la respuesta negativa se impone con absoluta certidumbre, siendo indudable que lo que la tradición de los egipcios haya proporcionado para la constitución del dogma cristiano podrá referirse a la parte teológica o teogónica, pero nunca al espíritu y la expansión de la moral, que aquel pueblo de formulistas y canonistas, con su inmovilidad hierática y su egoísmo desdenoso y estrecho, jamás hubiera sido capaz de infundir, por su propia eficacia, en el organismo de una fe apta para propagarse e imponerse al mundo.

Vea, pues, nuestro estimable antagonista cómo podíamos habernos ahorrado este paseo por Oriente. No es en aquellas civilizaciones donde se encendió, para la nuestra, el fuego de la caridad. No será allí donde sea posible hallar argumentos que menoscaben la grandeza de la obra de Jesús ni la originalidad de su moral, como títulos para nuestra gratitud y glorificación. Y esta razón decisiva nos exime de entrar en argumentos de otro orden y juzgar el árbol por sus frutos, según enseña el Evangelio: el valor de la doctrina por los resultados de la aplicación; y mostrar a la China de Confucio momificada en el culto inerte de sus tradiciones; al Tibet y la Indochina de Buda durmiendo, bajo el manzanillo del Nirvana, el sueño de la servidumbre; a la Persia de Zoroastro, olvidada de su originalidad y su grandeza, para echarse a los pies del islamismo; y a la Europa y la América de la civilización cristiana, manteniendo en alto la enseña capitana del mundo sobre quinientos millones de hombres, fortalecidos por la filosofía de la acción, de la esperanza y de la libertad.

Mañana relacionaremos la idea cristiana de la caridad con sus inmediatos precedentes, la ley hebrea y la moral helénica, y examinaremos si en este terreno tiene mejor éxito la dialéctica del doctor Díaz.

### III

Admiremos, ante todo, los contradictorios resultados a que lleva la pasión de la polémica. Es indudable que, para quien se proponga negar la originalidad de Jesús, significa una posición mucho más fuerte colocarse dentro del Antiguo Testamento y tender a demostrar la identidad de su espíritu con la moral cristiana, que remontarse, en busca de inoportunos precedentes, a

Confucio, Buda y Zoroastro. Pero como el interés es amenguar a toda costa la fama histórica de Jesús, y como el Antiguo Testamento está demasiado vinculado con Jesús para que allí pueda reconocerse cosa buena siendo el fundador del cristianismo tan insignificante y tan nulo, nuestro replicante presenta lo que debiera haber sido la parte principal de su argumentación, en esta forma displicente y casi despectiva: "En *los mismos* libros del Antiguo Testamento, anteriores a Jesús, hay preceptos de caridad...", etc.

Los hay, sin duda, y en este punto no sólo aceptamos el argumento que se nos opone, sino que, antes de refutarlo, lo ampliamos y reforzamos por nuestra cuenta.

La caridad —puede efectivamente decirsenos— estaba toda en el espíritu y la letra de la Ley antigua. El amor del pobre, del desamparado, del vencido, es la esencia misma de esa clamorosa predicación de los profetas, que constituye el más penetrante grito de la conciencia popular entre las resonancias de la historia humana. No hay más efusión de caridad en las parábolas del Evangelio que en las sentencias del *Deuteronomio* o en la poesía de los Salmos. La glorificación del esclavo, del humilde, no necesitaba ser revelada por Jesús al pueblo que había probado por sí mismo las amarguras del esclavo durante la larga noche de su cautiverio.

¿En qué consiste entonces la originalidad moral de la ley nueva? ¿En qué consiste que la caridad deba llevar el sello de Jesús y no el sello de Moisés o Isaías? Apenas parece necesario decirlo. En que la Ley y los profetas fueron una obra eminentemente nacional, y la obra de Jesús fué una obra esencialmente humana; en que la Ley y los profetas predicaban para su pueblo, y Jesús predicaba para la humanidad; en que la caridad de la Ley y los profetas no abrazaba más que los límites estrechos de la nacionalidad y de la patria, y la caridad de Jesús, mostrando abierto el banquete de las recompensas a los hombres venidos de los cuatro puntos del horizonte, rebotaba sobre la prole escogida de Abraham y llenaba los ámbitos del mundo.

La campaña contra la imagen de Cristo levanta por bandera el postulado de que la caridad prevalece sobre las diferencias religiosas, y desconoce que ese mismo postulado a que se acoge, ese mismo principio en que se escuda, pertenecen, por derecho irrefragable, a quien, oponiéndolos a la tolerancia orgullosa de su

tiempo, los consagró para siempre, con la hermosa sencillez de sus parábolas, en el ejemplo de "el samaritano y el levita"<sup>1</sup>, que minaba las bases de la caridad fundada sólo en la coparticipación de la fe.

Pero abramos campo todavía. Imaginemos que esta extensión universal del espíritu caritativo estuviera ya en germen en los preceptos de la antigua ley y no necesitara sino desenvolverse y propagarse. Aun así, el vínculo por el cual esa escondida virtud de la tradición mosaica se habría comunicado con el mundo y le habría conquistado y redimido, no sería otro que la palabra de Jesús. En Grecia, en Roma, en todo el Oriente del Mediterráneo, las colonias judías precedieron en mucho tiempo a las misiones de los apóstoles; pero su espíritu no fué, antes de la propagación del cristianismo, más que un ánfora cerrada, sin trascendencia real en el ambiente. ¿Qué miserable virtud había de tener por sí solo para mover la corriente magnética de las simpatías humanas? La sinagoga sin Jesús es el fariseísmo: el hedor del sepulcro, la hipocresía de la fórmula. Jamás pudo surgir de almas de fariseos la redención de la humanidad. Lejos de cooperar desde sus reductos a la obra histórica del cristianismo, la ortodoxia ju-

<sup>1</sup> SAN LUCAS, X, 30-37. — *El señor BOSSI, en el libro de que hablará más adelante (Jesucristo nunca ha existido, pág. 173 de la traducción española), invierte los términos de esta notoria diferencia entre la moral del Antiguo Testamento y la del Nuevo, atribuyendo a la fraternidad cristiana el carácter nacionalista o sectario, y a la judía el humanitarismo. La paradoja no tiene siquiera el mérito de la originalidad. Esta es, desde luego, una cuestión palmariamente resuelta por los hechos históricos, que presentan al cristianismo tendiendo, desde su nacer, a universalizarse y fundando la unidad humana más amplia y comprensiva, y el judaísmo confirmandose después de la destrucción de su Templo, y perseverando hasta nuestros días en su exclusivismo de raza y su insociabilidad genial. El señor BOSSI no puede desconocer lo evidente y confiesa (pág. 178) que la fraternidad universal es "la esencia del cristianismo"; sólo que atribuye este resultado a influencias extrañas a la moral, que llama sectaria, del Evangelio. Pero es absurdo pretender que el humanitarismo cristiano proceda, en lo fundamental, de otra parte que de la moral evangélica. Las citas en que apoya la paradoja el señor BOSSI (pág. 116) son unilaterales y contrarias a todo principio de lealtad y corrección en la crítica. No sólo se atiene casi exclusivamente al Evangelio de San Mateo, que, como se sabe, es el más penetrado de judaísmo conservador, sino que toma únicamente de él lo que puede convenir a su prejuicio. Así, menciona la prohibición de entrar en ciudades de gentiles y samaritanos (Mateo, X, 5-7) y el episodio de la mujer cananea (Mateo, XV, 22-26) no sin excluir de la referencia los*

día, que sacrificó al Reformador en nombre de la ley, fué el mortal enemigo que hubo de vencer la fe naciente, no ya fuera, sino dentro mismo de su seno; y el cristianismo necesitó romper los últimos lazos que le sujetaban a la tradición para no parecer consumido por su sombra, como habría perecido, sin duda, si el genio propagador y humanitario de San Pablo no le arrancara de aquella atmósfera de muerte, separando, según el precepto del Maestro, el vino nuevo de las odres que le hubieran agriado.

Cabe aún una última objeción, si es que puede llegarse a la última objeción cuando se tiene enfrente la pertinacia imperdurable de las opiniones sistemáticas. Jesús no se levanta sobre la planicie del fariseísmo como montaña aislada y súbita, a manera de los conos volcánicos. Anhelos e impulsos de reforma; tendencias inconexas, pero inconscientemente convergentes en el sentido de comunicar más efusión de amor al espíritu de la caridad, más amplitud y fuerza íntima al sentimiento religioso, más extensión humanitaria a la idea de la solidaridad social, se

*versículos finales (27-28), que completan, y en cierto modo rectifican el sentido, y el pasaje que presenta a los apóstoles juzgando sólo a las doce tribus de Israel (Mateo, XIX, 28). La refutación de pleiista consistiría en argüir que el significado de esos y otros pasajes debe tomarse en la inteligencia de una simple prioridad cronológica en la conversión de los judíos respecto de la de los gentiles, como cabe sostener fundándose en la versión dada por San Marcos (VII, 27) de las palabras de Jesús a la cananea, y en las de San Pablo y San Bernabé a los judíos en las Actas de los Apóstoles (XIII, 46). Pero la sinceridad crítica y el interés desapasionado en la indagación de la verdad, están en aceptar derechamente el significado judaíta de tales referencias, para argumentar luego con que no es admisible valorarlas sin poner al lado de ellas los lugares en que aparece, de manera clara e inequívoca, el sentido humanitario. Así, en el mismo Mateo, el episodio del centurión de Cafarnán (VIII, 5-13), y la parábola de los labradores sustituidos en el cultivo de la viña (Mateo, XXI, 33-43; Marcos, XII, 1-9; Lucas, XX, 9-16), y la de los caminantes llamados al convite de bodas (Mateo, XXII, 2-10; Lucas, XIV, 16-23), y en Lucas, la citada parábola del samaritano y el levita, y el caso del samaritano agradecido (XVII, 11-16), y en Juan, la hermosísima escena de la samaritana (IV, 5-23), y finalmente los mandatos de que el Evangelio se predique a todas las gentes y naciones, en Mateo (XXIV, 14 y XXVIII, 19), en Marcos (XVI, 15), y en Lucas (X, 1 y XXIV, 47), corroborados en Juan con el anuncio de la glorificación de Jesús por los gentiles (XII, 20-23). Es, pues, inexcusable la necesidad de reconocer en los Evangelios la huella de ambas tendencias —judaísmo y humanitarismo— tal como alternativamente se imponían al espíritu de los evangelistas, y partiendo de aquí, quien se proponga inferir con sinceridad, entre ambas, cuál es la que verdadera-*

agitaban, con la recrudescencia de las esperanzas mesiánicas, en torno de la sinagoga; y en ese desasosiego presagioso el maestro de Nazaret no fué el único ni el primero. Algo aprovecha de este argumento posible el doctor Díaz; y así, aunque con un tanto de incongruencia —furtivamente deslizado entre su Buda, su Zoroastro y su Confucio—, trae a luz el nombre de Filón, el judío de Alejandría que, simultáneamente o con alguna anterioridad a Jesús, obtuvo de la conciliación del deísmo de su pueblo con la filosofía neoplatónica una moral inspirada en un alto sentimiento de la fraternidad humana. Demos paso a Filón, y hasta proporcionémosle cortejo, recordando que aun pudo el conferenciante abonar su tesis contraria a la originalidad del cristianismo con nombres que convinieran mejor a su objeto que el de Filón, siendo así que, respecto del pensador alejandrino, nadie duda que permaneció Jesús en incomunicación absoluta, mientras que es sostenible la influencia de los esenios, con su apartamiento de las observancias exteriores y su sentido semicristiano de la

*mente interpreta la posición original de Jesús, se inclinará, sin género de duda, a atribuirle el sentido humanitario, y hallará para los vestigios de judaísmo, ya la explicación de que el Maestro no llegó probablemente a aquél desde el primer instante de sus predicaciones, ya la de las resistencias que en la mente de los discípulos, sujeta todavía por los vínculos de la tradición y la raza, debía hallar el atrevimiento de un espíritu inmensamente superior al de ellos en amplitud e independencia genial de tales vínculos. Sabido es que la lucha entre la tendencia universalista y la judaica constituye, durante el primer siglo, el conflicto interior del cristianismo naciente, y por mucha parte que deba atribuirse en el triunfo de la expansión humanitaria a la iniciativa de San Pablo, es seguro que esta iniciativa no hubiera prosperado a no tener hondas raíces en la doctrina original. Nadie puede lealmente desconocer que el sentido humanitario es el que se conforma y armoniza con el carácter general de la personalidad y la doctrina de Jesús, y desde luego el que fluye necesariamente de su concepción del sentimiento religioso: separando este sentimiento de la autoridad de la tradición y de la ley, para darle por fundamento único la intimidad de la conciencia, la sinceridad del corazón, no podía menos de llegarse a repudiar la idea del privilegio de un pueblo elegido y de la indignidad de los otros. Los dos grandes historiadores del Jesús humano concuerdan en la interpretación del espíritu del Reformador en este punto: véase RENÁN, Vida de Jesús, capítulo XIV, "Relaciones de Jesús con los paganos y los samaritanos", y STRAUSS, Nueva vida de Jesús, lib. I, XXVI: "Jesús y los gentiles". Consúltese también en STRAUSS la "Mirada retrospectiva sobre los tres primeros evangelios", ob. cit., Introducción, XIX, XX y XXI.*

caridad; y muy sostenible la de moralistas como Hillel, el rabino de las suaves sentencias, más verdadero precursor de Jesús que el tétrico y adusto Bautista. Pero ya se refieran los precedentes a la *utopía* social de los esenios, ya al judaísmo helenizante de Filón, ya a las sentencias de la tradición oral recogida en las páginas de los libros talmúdicos, es indudable que en los últimos tiempos de la antigua Ley cabe encontrar, antes o fuera de la palabra de Jesús, muchos de los elementos en que pueda concretarse la diferencia *literal* de la Ley nueva respecto de la antigua.

¿Qué dificultad hemos de oponer para reconocerlo quienes no vemos en la obra del fundador del cristianismo cosa divina, materia de revelación, sino obra de genio y monumento de grandeza humana? Demuéstrese triunfalmente todo ello; ordénense, en dos columnas paralelas, el Nuevo Testamento por un lado, por el otro extractos del Antiguo, de los tratados de Filón y del *Talmud*; señálense las relaciones, las semejanzas, las coincidencias... y después de esto la originalidad de Jesús quedará siendo tan alta, que jamás obra humana merecerá a más justo título que su obra el nombre de *creación*.

Lo que queda dicho al precisar las condiciones que determinan la calidad histórica de los iniciadores y reformadores, define suficientemente el sentido de esa afirmación, que no será paradójica más que para los que se alleguen a estas cuestiones con la estrechez del criterio legista, apegado a la ruindad de la tierra, incapaz de la mirada que desencarna el alma de los acontecimientos y las cosas.

El genio es esencialmente la originalidad que triunfa sobre el medio, pero esta originalidad en que consiste el elemento específico del genio, no significa la procedencia extratelerúrica del aerolito; no excluye, como lo entendería una interpretación superficial, la posibilidad de rastrear, dentro del mismo medio, los elementos de que, consciente o inconscientemente, se ha valido; los precedentes que de cerca o de lejos le han preparado; el cultivo que ha hecho posible la floración maravillosa. Lo que sobrepasa en el genio todo precedente, lo que se resiste en el genio a todo examen, lo que desafía en el genio toda explicación, es la fuerza de síntesis que, reuniendo y compenetrando por un golpe intuitivo esos elementos preexistentes, infunde al conjunto vida y sentido inesperados, y obtiene de ello una unidad ideal, una

creación absolutamente única, que perseverará en el patrimonio de los siglos, como la síntesis química obtiene de la combinación de los elementos que reúne un cuerpo con propiedades y virtudes peculiares, un cuerpo que no podría definirse por la acumulación de los caracteres de sus componentes.

Así en el arte como en la ciencia, como en la creación moral. Todo Shakespeare puede ser reconstruido con autores que le precedieron, para quien sólo atienda a los argumentos de sus obras, y en cuanto a la originalidad literal, dos mil entre seis mil versos suyos son remedos o reminiscencias; pero no es sino Shakespeare quien, con ese material ya empleado, impone a la admiración eterna de los hombres *Romeo y Julieta*, *Hamlet*, *Macbeth*, *Otelo*.

Y hemos de ver más adelante que cuando se trata de la iniciativa de revoluciones morales, las *ideas* —en cuanto este nombre designa la simple noción intelectual— son, no menos que en el arte, elemento secundario, y la personalidad *viviente* del reformador, la personalidad que siente y obra, es casi todo. Las ideas que el análisis puede disociar en la doctrina de Jesús se hallaban en la ley mosaica, en los profetas, en el *Eclesiástico*, en Hillel, en Antígono de Soco, en Filón, en el Bautista; pero sólo Jesús, sólo su fuerza sublime de personalidad, obtiene de esos elementos flotantes, dispersos o inactivos, esta síntesis soberana: la moral y la religión de veinte siglos, el porvenir del mundo, la regeneración de la humanidad.

Toda argucia fracasa ante la sencillez formidable de este hecho: cualquiera otro nombre a que quisiera vincularse la gloria de la caridad, entre los que hemos citado, sólo tendrá tras sí o el olvido o una fama sin calor ni trascendencia activa en la realidad de lo presente, y el nombre de Jesús es, y seguirá siendo durante un porvenir cuyo límite no se columbra, el núcleo del proselitismo más fervoroso, más expansivo y más avasallador de que haya ejemplo en la memoria de los hombres.

#### IV

Empezaremos hoy agradeciendo al doctor Díaz que nos proporcione ocasión de respirar por una hora el aire que circula entre los mármoles de la Acrópolis y sacude las ramas de los oli-

vos de Minerva. Siempre es grata esta peregrinación a que nos invita. De aquella parte vino lo más noble de nuestro patrimonio intelectual: ciencia, arte, investigación metódica, sentido de lo bello. ¿Vino también de allí un ideal de amor caritativo que, excediendo de la extensión de la ciudad y de la raza, y trascendiendo de la esfera del pensamiento abstracto al sentimiento y a la acción, volviese vana la enseñanza del Redentor del mundo?

Examinemos la nueva provisión de citas de nuestro estimable replicante. Procede descartar, desde luego, la que se refiere (de modo general y sin abonarse concretamente la oportunidad de la cita) a las sentencias que en las epopeyas de Homero y los poemas de Hesíodo reflejan las ideas de conducta que gobernaban el espíritu de aquellas sociedades en tiempos primitivos y semibárbaros, caracterizando un sentido moral que fuera absurdo parangonar con el que orienta la marcha de nuestra civilización<sup>1</sup>. La moral de Pitágoras, si señala un nivel más alto, no pasa de especulación filosófica a ley de conducta, sino en la forma de organización clausurada y conventual, necesariamente efímera en un pueblo a cuyas más íntimas condiciones repugnaba, y que pronto prefirió volverse a atender del lado de los sofistas el juego vano, pero alegre y audaz, de las ironías dialécticas. Más sentido y substancia hay, sin duda, en el recuerdo de Sócrates, por quien un ideal superior al recibido de la tradición aparece al aire libre de la propaganda.

Nadie puede negarse a reconocer en la esencia de la doctrina de Sócrates elementos comunes con los que imprimieron carácter a la revolución moral del cristianismo. —*Saucte Socrate, ora pro nobis*, rezaba el viejo Erasmo—. Emancipando la moral de la tradición y la costumbre, para fundarla sobre la íntima potestad de la conciencia, Sócrates anticipaba en cierto modo la reivindi-

<sup>1</sup> *El espíritu de la moral anterior a la filosofía, puede concretarse de esta manera: "El bien para el amigo; el mal para el enemigo". La venganza era el placer de los dioses. Esta noción espuria de justicia suele reaparecer, aun en la plenitud de la cultura griega, en los filósofos y en los poetas. Véase por ejemplo, en Esquilo, la contestación de Prometeo al coro que le exhorta a cejar. Prometeo encadenado, verso 970. Si la caridad tiene, desde los primeros tiempos de Grecia, un lejano anuncio en las costumbres, éste es la hospitalidad: el agasajo del caminante y el extranjero, hecho en obsequio de Júpiter Hospitalario, con el candor patriarcal cuya poesía embalsama la encantadora fábula de Filemón y Baucis, reproducida por Ovidio, Metamorfosis, lib. VIII.*

cación cristiana de "el espíritu y la verdad", antepuestos a la autoridad tradicional de la ley. Oponiendo al egoísmo receloso de la *ciudad* antigua aquel vislumbre de sentimiento humanitario que inspira las palabras que nos ha transmitido Cicerón: "No soy de Atenas: soy del mundo", anunciaba el sentido de cosmopolitismo con que los estoicos prepararían el escenario del imperio romano a la propaganda de la idea cristiana. Sellando su amor de la verdad con la resolución del sacrificio, daba el ejemplo del testimonio sublime de los mártires, de que el cristianismo recibiría su prestigio y su fuerza.

Pero si injusto sería desconocer la gloria de estos precedentes, aun más injusto sería exaltarla hasta el punto de anular por ella la originalidad de Jesús. Desde luego —y esto bastaría a nuestro propósito—, lo que entendemos por caridad no tiene marco que ocupar en la doctrina socrática. El sentido cristiano de la caridad es el bien practicado sin condiciones, aun a cambio del mal recibido, y aun con la presunción de la ingratitude del mal. Y la moral de Sócrates nunca pasó de la noción de justicia que se define activamente por la retribución del bien con el bien, y que frente al mal sólo prescribe la actitud negativa de no retribuirlo con el mal. No es, en lo que tiene de activo, más que la relación armoniosa que el maravilloso instinto plástico de la fábula griega había personificado en las tres Gracias, la que concede el beneficio, la que lo recibe y la que lo devuelve. Las Gracias formaban un grupo inseparable y la tercera nunca quedó aparte de las otras.

Esta consideración sería suficiente —insisto en ello— para eliminar la oportunidad de la cita; pero aun cuando se concediera que la enseñanza recogida por Jenofonte y por Platón entrañase una moral tan alta como la que se propagó desde las márgenes del Genesaret, siempre quedaría subsistente la diferencia esencialísima que se refiere a la eficacia y la extensión de ambas iniciativas morales. Por más que Sócrates predicase en la plaza pública y hablara al pueblo en el lenguaje del pueblo, su forma nacía destinada a no prevalecer sino en las altas regiones del espíritu. Su ley moral partía de la eficiencia del conocimiento, de la necesidad de la sabiduría como inspiración de la conducta, y esta concepción aristocrática, que limitaba forzosamente la virtud a un tesoro de almas escogidas, llevaba en sí misma la imposibilidad de popularizarse y universalizarse. De Sócrates no hubiera po-

dido surgir jamás, para la transformación del mundo, una pasión ferviente ni un proselitismo conquistador.

Instituyó, sí, una orientación filosófica perdurable, un fundamento racional y metódico que perseveró en las construcciones de la ciencia helénica, y que, en la relación de la moral, produjo ideas que en Platón y sus discípulos se elevan a menudo a una alta noción de la solidaridad humana y a conceptos no distantes de la caridad, desarrollando esa teoría de amor que había de ser el más eficaz elemento que hallaría el cristianismo naciente para asimilarse y apropiarse la obra de la filosofía. Pero nunca esta moral trasciende del ambiente de la escuela y se levanta en llama capaz de inflamar y arrebatar las almas, determinando una revolución que modifique los moldes de la realidad social y convierta sus principios en sentido común de los hombres. Nada era menos conciliable con la íntima serenidad del genio griego que el instinto de la propaganda moral apasionada y simpática, de donde nacen los grandes movimientos de reforma social o religiosa.

En el espíritu romano —tributario, como es bien sabido, del griego, en todo lo que no surgió de su ruda y soberbia espontaneidad—, el hecho histórico es que la caridad no tiene, antes del auge del estoicismo, precedentes más intensos ni extensos, en la teoría ni en la conducta, que los que cabe hallarle dentro de Grecia; a pesar de los conceptos puramente abstractos, sin fuerza de propaganda y realización, que —como el *charitas generis humani* ciceroniano— puedan entresacarse para demostrar la oportunidad con que nuestro replicante haya procedido en sus citas de Cicerón, Horacio y Lucrecio. Y dejemos de lado la extravagancia de incluir al liviano y gracioso espíritu de Horacio, sólo porque haya hablado alguna vez de austeridad y de virtud entre los educadores y propagandistas morales, que es como si a alguien se le ocurriera retratar a lord Byron con el uniforme del “Ejército de Salvación”...

Llegan las vísperas de la regeneración del mundo. La filosofía clásica parece aspirar, en aquella expectativa inconsciente, a un sentido más activo y revolucionario que la convierta en fuerza de sociabilidad y en inspiración de la voluntad individual, y sobre el desborde de todas las abyecciones y todas las concupiscencias, se propaga la moral a que el conferenciante alude con los nombres de Epicteto, Séneca y Lucano: se propaga la moral del estoicismo, por quien la escuela adquiere ciertos visos de religión;

por quien el convencimiento asume ciertos caracteres de fe; por quien la razón teórica tiende a infundirse y encarnarse en la eficiente realidad de la vida. El estoicismo trajo como fermento de su moral la idea más alta que se hubiera profesado nunca de la igualdad de los hombres, lo mismo en la relación del ciudadano al extranjero que en la del señor al esclavo: preconizó la dignidad del dolor; exaltó la aprobación de la conciencia sobre los halagos del mundo, y produjo su magnífica flor de grandeza humana en el alma perfecta de Marco Aurelio. ¿Con qué conquista positiva, con qué adelanto tangible en la práctica de la benevolencia y la beneficencia, contribuyó, entretanto, el estoicismo al advenimiento de la caridad? ... Tal vez con algún alivio en la suerte del esclavo cuando el señor era estoico; tal vez con algún influjo en las modificaciones de la legislación para mitigar las diferencias sociales; pero ningún resultado práctico nació del estoicismo, que ni remotamente se hallara en proporción con la teoría ni prometiese en él la aptitud de realizarla por sus fuerzas. Faltaban a aquella última y suprema fórmula de la moral pagana el jugo de amor y la energía comunicativa, y su virtud apática, su *deber* de abstención y resistencia, capaces de suscitar dechados de austeridad individual; pero, ineptos para remover el fondo de la conciencia común y arrancar de ella el ímpetu de una reforma, permanecían con la inmovilidad del mármol ante el espectáculo de aquel orden moral que se disolvía y de aquel mundo que se desmoronaba. Después, como antes de los estoicos, el pueblo no tuvo norma que seguir del lado de la filosofía: en el espíritu del pueblo la filosofía había destruido y no había edificado, y la corrosión del escepticismo, que apresuraba la fuga de los dioses, no se reparaba con ninguna afirmación que viniere a llenar el vacío de las conciencias sin gobierno y a retemplar la fibra enervada de los corazones.

Esto es todo cuanto el mundo clásico ofrece como precedentes del sentimiento cristiano de la caridad. La dominación espiritual de Grecia dió a la unidad romana el resplandor de las ideas, la selección de las costumbres, el timón del criterio, la aguja magnética del gusto; pero no le dió la regeneración moral. Encárcense en buena hora los elementos con que el espíritu de Grecia contribuyó a desenvolver y dejar constituido en organismo cabal y poderoso el germen de la idea cristiana, desde que este germen tomó vuelo hacia Occidente. Váyase aún más allá, y señálese

en la excitación que concurrió a fomentarlo y madurarlo dentro de su propio terruño la parte que quepa atribuir a las influencias helénicas que hubieren alcanzado a penetrar en el ambiente de Judea por medio de los prosélitos paganos, y si se quiere, de la misma escuela helenizante de Egipto. Todo lo que se diga no alterará la verdad de que la célula central, el germen precioso, donde está la fuerza de vida sin cuya virtud la más pingüe tierra nunca dará de sí un tallo de hierba, vino de otra parte y no tenía en el espíritu de la civilización grecorromana cosa capaz de sustituirlo.

No he de ser yo quien propenda a amenguar la autoridad con que Grecia preside en lo más bello y más sólido de nuestro pensamiento. Aquel pueblo único produjo para la humanidad su obra cien veces gloriosa, y ella dura y durará por los siglos de los siglos. Sin la persistencia de esta obra, el cristianismo sería un veneno que consumiría hasta el último vestigio de civilización. Las esencias más salutíferas, los específicos más nobles, son terribles venenos, tomados sin medida ni atenuante. Es una gota de ellos lo que salva, pero no por ser una gota deja de ser la parte esencial en la preparación con que se les administra. Lo que en la redoma del farmacéutico da el olor aromático, el color, la eficacia medicinal, la virtud tónica es, a menudo, una gota diluida en muchas partes de agua. El agua fresca y preciosísima, el agua pura de la Verdad y la Naturaleza, es lo que Grecia ha suministrado al espíritu de nuestra civilización. Agradecemos esta agua, pero no desconozcamos por eso la gota de quintaesencia que la embalsama, y le da virtud de curar, y la guarda de que se corrompa.

Ambos principios han llegado a conciliarse, más o menos armoniosamente, en la complejidad de nuestro espíritu, en nuestro sentimiento de la vida; pero en cuanto a su origen, ni pudieron brotar juntos, ni era dable que se lograsen sino a condición de crecer en medios diferentes, adecuados a las respectivas leyes de su desarrollo. La obra de Grecia no sólo no arraigó en la conciencia humana el sentimiento de la caridad, sino que implícitamente lo excluía. Cada civilización, cada raza considerada como factor histórico, son un organismo cuyas fuerzas convergen necesariamente a un resultado que, por naturaleza, excluye la posibilidad de otros bienes y excelencias que aquellos que están virtualmente contenidos en el principio de su desen-

volvimiento. No se corona el rosal con las pomos del manzano; no tiene el ave de presa el instinto de la voz melodiosa, ni a las razas que recibieron el don del sentimiento estético y la invención artística fué concedida la exaltación propagadora en materia de moral y de fe. La obra de Grecia era el cultivo de la perfección plástica y serena: la formación de la criatura humana noble, fuerte, armoniosa, rica de facultades y potencias para expandirse, con la alegría de vivir, en el ambiente luminoso del mundo, y en la prosecución de esta obra, el débil quedaba olvidado, el triste quedaba excluido, la caridad no tenía sentido atendible ni parte que desempeñar. Donde la libertad, no acompañada por un vivo sentimiento de la solidaridad humana, es la norma suprema, el egoísmo será siempre la sombra inevitable del cuadro. La compasión, nunca muy tierna ni abnegada, ni aun entre los vinculados por los lazos de la ciudadanía, tocaba su límite en la sombra donde habitaban el esclavo y el bárbaro.

Un día se presentó en el Areópago de Atenas un judío desgarbado y humilde, que hablaba, con palabras balbucientes, de un dios desconocido, de una ley ignorada, de una era nueva... Su argumentar inhábil hizo sonreír a los filósofos y los rétores, iniciados en los secretos de la diosa que comunica los dones de la razón serena y de la irresistible persuasión. El extranjero pasó; ellos quedaron junto a sus mármoles sagrados, y nadie hubiera podido hacerles comprender entonces por qué, con la dirección moral de su sabiduría, el mundo se había rendido a la parálisis que le mantenía agarrotado bajo la planta de los Césares, y por qué Pablo de Tarsos, el judío de la dialéctica torcida y la palabra torpe, llevaba consigo el secreto de la regeneración del mundo.

#### LA PERSONALIDAD EN LOS REFORMADORES MORALES

Hemos examinado una por una las pruebas históricas que se nos oponían, y hemos demostrado la inoportunidad de todas ellas, ya por referirse a influencias que no alcanzan al ambiente de nuestra civilización, ya por aludir a sistemas morales inferiores a la idea cristiana del deber o que carecieron de aptitud de proselitismo y realización. Todo cuanto puede concederse es que preexistiera en las fórmulas de la moral pagana el *concepto in-*



*telectual* de la caridad, de manera más o menos aproximada a la extensión humanitaria y a la categoría moral de deber imperativo que dió a aquel concepto la doctrina cristiana. Y ahora, ¿por qué los que dentro del paganismo o dentro de las tendencias más o menos divergentes de la sinagoga, llegaron intelectualmente al principio del amor caritativo, no dejaron tras sí más que indiferencia o ecos vanos y estériles, y sólo Jesús produjo la revolución moral que le da derecho imprescriptible a la posesión y a la gloria del principio?

Porque una cosa es formular ideas y otra muy distinta sugerir y propagar sentimientos.

Porque una cosa es exponer la verdad, y otra muy distinta entranarla en la conciencia de los hombres de modo que tome forma real y activa.

Lo primero es suficiente en los descubrimientos e invenciones de la ciencia; lo segundo es lo difícil y precioso y lo que determina la calidad de fundador en los dominios de la invención moral.

Las revoluciones morales no son obra de *cultura*, sino de *educación* humana; no se satisfacen con revelar una idea y propagarla, sino que tienen como condición esencialísima suscitar un entusiasmo, una pasión, una fe, que cundiendo en el contagio psíquico de la simpatía, y manteniéndose triunfalmente en el tiempo, concluya por fijarse y consolidarse en hábitos y renueve así la fisonomía moral de las generaciones.

El mecanismo de la psicología colectiva no es diferente del de la psicología individual; y en la una como en la otra, para que la idea modifique el complejo viviente de la personalidad y se haga carne en la acción, ha menester trascender el sentimiento, infalible resorte de la voluntad, sin cuyo calor y cuya fuerza la idea quedará aislada e inactiva en la mente, por muy clara que se haya percibido su verdad y por muy hondo que se haya penetrado en su lógica.

Los grandes reformadores morales son creadores de sentimientos, y no divulgadores de ideas.

La moral de Séneca el estoico se levanta casi tan alto como la del Evangelio, pero Séneca no sólo dejó inmóvil e indiferente el ánimo de sus contemporáneos, sino que su moral, falta del calor que se une a la luz intelectual de la convicción para refundir el carácter, no impidió que la conducta del propio Séneca

siguiese el declive del egoísmo abyecto de su tiempo. Era la suya "moral muerta", como diría Ribot.

¿Cuál es, entonces, la condición necesaria para inflamar este fuego del sentimiento con que se forjan las revoluciones morales? Ante todo, que el reformador empiece por transformar en sí mismo la idea en sentimiento: que se apasione y exalte por su idea con la pasión que arrastra las persecuciones y el martirio, y además, que demuestre la constancia de este amor por medio de sus actos, haciendo de su vida la imagen animada, el arquetipo viviente de su palabra y su doctrina. El verdadero *inventor* de una idea en el mundo moral es, pues, el que primero la transforma en sentimiento propio y la realiza en su conducta.

Pero aun no son suficientes esas dos condiciones para que la iniciativa del apóstol alcance la virtualidad que la convierte en sustancia de los hechos históricos, ya que puede el apóstol apasionarse por su idea, y rendirle la vida en holocausto, y haberla hecho carne en su conducta, y a pesar de ello no dejar en torno de su nombre más que silencio y soledad, sino que la palabra y los actos del reformador han de tener la virtud comunicativa, el irresistible poder de sugestión, el don simpático que solemos llamar *prestigio*, y que hace que, dejando de ser aquellos actos una excepción individual, se difundan por la imitación y el ejemplo, de donde concluiremos definitivamente que el verdadero inventor de una idea, con relación al mundo moral, es el que la transforma en sentimiento, la realiza en conducta y la propaga en ejemplo.

Considerada a esta luz, la personalidad del fundador del cristianismo asume, con preeminencia incontestable, la representación del ideal moral que selló con su martirio. Es por él por quien la caridad descende de la región de las ideas y se convierte en sentimiento universal y perdurable; por él por quien inflama los corazones para traducirse persistentemente en acción, y reserva un lugar, en el organismo de la ciudad, para el hospital, el asilo, el refugio de ancianos, la casa de huérfanos. Apreciando de esta manera la magnitud de su obra, es como se tendrá la medida de su originalidad sublime.

No fué otra la originalidad de Buda en su medio. Cuanto hay de teórico y doctrinario en su enseñanza preexistía, y era el fondo de los libros *sankias* y *vedantas*; pero por él se trans-



formó en sistema activo, en revolución social, en proselitismo religioso.

Concretaremos de manera más simple y breve lo que va expresado si decimos que lo que importa en el origen de las revoluciones morales es, ante todo, la personalidad real y viva del reformador: su personalidad y no abstractamente su doctrina.

El don de atraer las almas, que infundió la palabra de Jesús en el núcleo humilde de sus primeros adeptos, hasta el punto de darles, con esta vocación propagandista, la fuerza necesaria para resistir el peso de un imperio y una ciencia hostiles como la burbuja de aire que, por su fuerza infinita de expansión, equilibra el peso de la columna atmosférica: esta eficacia misteriosa y nunca igualada, no venía directamente de la doctrina del Maestro, sino, ante todo, de la maravillosa sugestión de su personalidad, de la impresión imborrable y fascinadora que dejó en el espíritu de su pobre cohorte, de la *locura de amor* que supo inflamar en torno suyo.

Este era el talismán incontrastable que aquel grupo de hombres sin malicia llevaba consigo. La personalidad del Maestro, viva en su memoria y en su corazón; la doctrina, propagada en alas de ese recuerdo fervoroso, de esa onda magnética de sugestión persistente: tal es el secreto de aquel triunfo único en lo humano: de esta manera fué regenerado el mundo.

No tendrá clara idea de la psicología de las revoluciones morales el que no conceda todo el valor que debe atribuírsele a este factor importantísimo de la *personalidad*.

Sócrates mismo —con no haber sido un fundador moral en el sentido de Jesús o de Buda— debió la mayor parte de su influencia real, no tanto a la profesión de una doctrina determinada y concreta —puesto que fué mucho más lo que sugirió que lo que significó y concretó— cuanto a la atracción que supo ejercer en torno suyo, a la persistencia que acertó a infundir en la impresión causada en el ánimo de los que le rodeaban, por la sugestión de su palabra y el modelo de su vida.

Hay dentro mismo del escenario de los orígenes cristianos, un interesante ejemplo de lo que decimos. El influjo de la personalidad del fundador es hecho tan esencial, que un hombre del genio y la asimilación intuitiva de San Pablo nunca logró compensar del todo la inferioridad en que quedó, en muchos respectos, para con los candorosos discípulos de Galilea, con no

haber vivido como ellos en compañía del Maestro; con no haber presenciado por sus propios ojos las escenas de la Pasión; con no haber escuchado por sus propios oídos el Sermón de la Montaña... Bien se echa de ver en San Pablo, a pesar de toda su grandeza, que no estuvo nunca al lado de Jesús.

Y este valor de la personalidad de los reformadores, independientemente de lo que hay de concreto en su doctrina, adquiere singular oportunidad e importancia cuando se trata de evitar el riesgo de juzgarles con lamentable insuficiencia y estrechez, al apreciar los quilates de su originalidad y la eficacia de su influjo.

La personalidad del genio es un elemento irreductible y necesario en la misteriosa alquimia de la historia. Hay algo de inexacto, pero hay mucho de verdadero, en la teoría de *los héroes* de Carlyle. La fatalidad de las fuerzas naturales; la acumulación de las pequeñas causas; la obra oscura de los trabajadores anónimos; la acción inconsciente de los instintos colectivos, no excluyen el dinamismo peculiar de la personalidad genial, como factor insustituible en ciertos momentos y para ciertos impulsos; factor que puede ser traído, si se quiere, por la corriente de los otros; fuerza que puede no ser sino una manifestación o concreción superior de aquellas mismas fuerzas, tomando conciencia de sí, acelerando su ritmo y concentrando su energía; pero que, de cualquier modo que se la interprete, responde a una necesidad siempre renovada y tiene significado substantivo<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Nadie que siga con algún interés el desenvolvimiento de la filosofía de la historia, desconoce que el problema del valor relativo de la conciencia genial y de la acción inconsciente de la masa, es uno de los que con más animación y persistencia se han discutido y discuten. El influjo de NIETZSCHE, la nueva propagación de las doctrinas de CARLYLE y de EMERSON y otras influencias, han determinado en los últimos tiempos una reacción contraria a la excesiva importancia que se concedió a la acción de la muchedumbre, y favorable al papel histórico del genio. Pero lo que importa hacer notar, sobre todo, es que ninguna tesis autorizada y duradera llegó nunca a la afirmación de uno solo de ambos factores y a la negación del otro, sino que todas ellas aceptan, aunque en diversa proporción y según diferentes relaciones, la necesidad complementaria de ambos. Véase, por ejemplo, cómo el individualismo histórico de HEGEL, no sólo no significa negar el valor de la obra común, sino que implícitamente lo afirma, hasta el punto que, según se considere su tesis, ya lleva a la deificación de los hombres*

No se explican los impulsos enérgicos de innovación que responden a una norma ideal orgánica sin la conciencia de un grande hombre; no se explica el origen de la caridad cristiana sin el corazón y la voluntad de un Jesús. Por eso, los que se empeñan en desconocer la realidad histórica de esta sublime figura, los que niegan la existencia personal de Jesús, no reparan en que su tesis, huyendo de aceptar lo que llaman el milagro de una personalidad tan grande, incide en la suposición de un milagro mayor: el de una obra tan grande realizada por personalidades relativamente tan pequeñas como las que quedan en el medio desde el cual se propaga el cristianismo, si se elimina la personalidad del fundador<sup>1</sup>.

Exclúyanse —si se quiere—, por legendarias o dudosas, de la vida de Jesús, toda determinación biográfica, toda circunstancia concreta: el nacimiento en Belén o en Nazaret, la visita al Bautista, el grupo de pescadores, la crucifixión en el Calvario... y siempre quedará subsistente la necesidad psicológica de la existencia de la personalidad capaz de haber dado el im-

*providenciales, ya conduce a la idea de la pasividad del grande hombre, convertido en dócil instrumento que no hace sino continuar y terminar la obra de todos, y esto mismo sólo porque el azar le coloca en el punto y hora en que ella ha de terminarse.* (HEGEL, Filosofía del derecho, Prefacio.) Y para ejemplo de la posición contraria, nótese cómo LE BON, sostenedor de la preponderante eficacia de las multitudes, encarece la necesidad de la dirección individual que las polarice y oriente. (LE BON, Psicología de las muchedumbres, lib. II, cap. III.)

<sup>1</sup> Esta referencia a la tesis que niega la existencia personal de Jesús es oportuna, porque, a lo que parece, ella ha ganado algún auge en nuestro ambiente, a favor de la divulgación de cierto libro escrito en italiano por el señor EMILIO BOSSI y traducido a nuestro idioma en un volumen de la Biblioteca contemporánea de GRANADA Y PONZINIBBIO, libro que está en todas las manos y explota la común afición hacia los ruidos que se tiene por nuevos, aunque se hallen muy lejos de serlo; libro ilitenario por la forma y vulgarísimo en el fondo, donde la conocida tesis de GANNEVAL —y basta cierto punto, de HAVET— se rebaja a la entonación de esa propaganda efectista y batallona que es en sí misma un prejuicio inconciliable con la indagación histórica de la verdad.

Esta obra, profanación de fuentes muy dignas a menudo de estudio y de respeto, no merecería la menor atención si no entrañase el género de importancia común a todos estos libros escritos ad captandum vulgus, que llevan en su propia inferioridad la condición triunfal de su difusión y su influencia. El autor empieza por declarar ingenuamente en su prólogo que él no entiende mucho de estas cosas... a pesar de

pulso genial, la forma orgánica de los elementos que compusieron la doctrina e inflamado el fuego del proselitismo. Y siempre subsistirá además la noción fundamental del carácter de esa personalidad, testimoniado por la índole de su obra, de su creación, de su ejemplo, tal como éste toma formas vivas en los actos de sus discípulos y en la moral que prácticamente instituyeron. Aseguradas la existencia personal y la sublimidad del carácter, todo lo demás es secundario. Para la justicia de la glorificación hay bastante con ello. La imagen que con más o menos probabilidades de exactitud plástica recuerda esa existencia personal, lleva en sí títulos sobrados a perdurar en la veneración de la posteridad. Si no es efigie, es símbolo. Si no es retrato, es figuración legitimada por el amor de cien generaciones.

Una vez más: las ideas, como agentes morales, sólo cobran eficacia en el caliente regazo del corazón y la voluntad humanos, y el corazón y la voluntad han de empezar por tomar formas personales en el carácter vivo de un hombre, de un apóstol, de un iniciador, para que, instituido con el modelo el ejemplo, se propague a la personalidad de los otros.

Y esto nos lleva como de la mano a examinar lo que haya

*lo cual invade y resuelve, con admirable intrepidez, las más altas y delicadas cuestiones de historia, exégesis y mitología. Fundándose principalmente en el Origen de los cultos, de DUPUIS, dedica el señor BOSSI la tercera parte de su libro a asimilar la idea de Jesús con los mitos del paganismo y las religiones orientales. Allí se saca filo al fecundísimo argumento basado en las analogías de nombres (Xristo y Xresto — Cristo y Cristma — Jez eus y Jesús). Allí se desarrolla, en sugestivos paralelos, la identidad palmaria y decisiva de los más salientes rasgos atribuidos a la personalidad y la vida de Jesús con los más salientes rasgos de la historia o la leyenda de Buda, y de las leyendas de Mitra, de Serapis, de Dionisios, de Adonis... No entra en la oportunidad ni en los límites de esta alusión incidental el comentario —ciertamente tentador— de tan altos portentos de mitología comparada. Sabido es, por otra parte, que este sufrido tema de los paralelos constituye, por excelencia, el burgo libre de la fantasía en los dominios de la especulación histórica. Recordamos haber leído, hace tiempo, una curiosa página, muy espiritualmente urdida, donde, sin ánimo de convencer a nadie, y sí sólo por alarde de ingenio, se demostraba la tesis de la irrealidad legendaria de Napoleón, convertido en una palingenesis del mito griego de Apolo, con su significado solar (como el que atribuyen estos sutiles exegetas a Cristo), y con las hazañas heroicas del dios desenvolviéndose el paralelo a favor de semejanzas y coincidencias que hubieran resultado verdaderamente impresionantes a tratarse de una personalidad*

de substancia en ese aparatoso concepto de caridad *científica*, que caracteriza y expone nuestro replicante para coronar los argumentos históricos de su conferencia, y con el cual se pretende fundar la desvinculación entre la caridad que hoy se profesa y practica, y el legado inmortal del mártir del Calvario.

#### EL SOFISMA DE LA "CARIDAD CIENTÍFICA"

Cualquiera que sea el fundamento que, según las distintas concepciones morales, se reconozca para la idea de la caridad como deber humano, y ya se le dé por origen un dogma religioso, ya una ética espiritualista o un criterio de utilitarismo, esa idea ha de pasar, de todos modos, a ser sentimiento y voluntad, si aspira a convertirse en realidad psicológica y social persistente. Sentado esto, examinaremos si es posible rechazar, en nombre de determinada teoría del deber caritativo, la solidaridad con la obra de Jesús.

*algo remota y de historia no muy precisa, sin excusarse entre tales relaciones las del oportuno cortejo de los nombres (Napoleón y Apolón).*

*Mucha más seriedad implican los conocidos argumentos que se fundan en lo insuficiente y vago de las fuentes históricas de que disponemos, relativas a la persona de Jesús: sea por lo indirecto de las noticias, sea por la autenticidad insegura, sea por la mezcla del elemento milagroso y sobrenatural, sea, en fin, por las discordancias de los cuatro evangelios. Pero ya se indica en el texto el límite a que alcanza esta argumentación y cómo ella no llegará nunca a destruir lo único que en definitiva importa: la infinita probabilidad de la existencia de un fundador personal y la noción fundamental de su carácter, del modo como surge impuesta por el espíritu que infundió en quienes le siguieron y heredaron.*

*De la manera como está escrito el precioso libro del señor BOSSI, dará idea la pintoresca acumulación de adjetivos con que se empenacha el siguiente fin de párrafo: "...el cristianismo intolerante, inmovilista, teocrático, iliberal, reaccionario, místico, ascético y visionario". Las inculpaciones contra la moral evangélica asumen rasgos cómicos en la página 124: "se hace mantener por las mujeres de los demás". "Se rodea de gente hambrienta." "Manda a los apóstoles que no saluden a nadie." El señor BOSSI termina su libro con una invocación patética, para que la humanidad, subyugada por la irresistible persuasión de su palabra, se regocije de haberse librado de la pesadilla de creer en la existencia personal de Jesús, rémora de todos sus adelantos y obstáculo de todas sus aspiraciones generosas.*

No sería necesario un análisis prolijo para encontrar, en la idea de la caridad, que surge *ad litteram* de la enseñanza evangélica, mucho que rectificar, mucho que circunscribir, y por lo tanto, reales diferencias que la separan del concepto de aquella virtud a que se alude cuando se habla de una caridad que tiene por norma la utilidad común y lleva impreso el sello de la ciencia. Como nacida de la exaltación inspirada y absoluta que es, por naturaleza de las cosas, el involucro ígneo de todas las grandes ideas que nacen —a la manera del planeta envuelto en fuego antes de consolidar su corteza—, la idea de la caridad surgió del espíritu de su autor ardiendo en llamas que excluían la posibilidad de toda consideración relativa. Su concepción del bien hacer era el sacrificio de sí mismo sin límites ni diferencias. La pobreza no sólo aparecía a sus ojos como objeto de simpatía y de piedad, sino como supremo objeto de deseo y como la única condición conciliable con la práctica de la virtud. Quien no lo diera todo, no podía entrar en el número de los discípulos ni en el reino de los cielos. En el mendigo se glorificaba la imagen viva de la santidad. La norma de organización social era el comunismo ebionita, tal cual se realizó, con paradisiaco encanto, pero tan efímeramente como todas las organizaciones comunistas, en la primera sociedad cristiana de Jerusalén.

¿Dejará por eso Jesús de ser el fundador humano de la caridad? ¿Dejará de pertenecerle la revelación del sentimiento, la iniciativa del ejemplo eficaz? ¿Se ha suscitado otro principio por ministerio de la ciencia? ¿Convergen las corrientes del mundo moral a otro polo?

Será necesario confundir lamentablemente los términos para atribuir ese carácter a las conquistas de la sabiduría. La ciencia no ha sustituido un principio a otro principio. La caridad que se dispensa en nuestros hospitales no es otra que la que fué enseñada en la parábola de Lázaro el mendigo y en la del lisiado del camino de Jericó. El signo veinte veces secular permanece en lo alto. Lo que la ciencia ha hecho es depurar el concepto, encauzar el sentimiento, organizar la práctica, asegurar los resultados. Y así, en las sucesivas manifestaciones de esta obra, encontrará la ciencia, para el ejercicio de la caridad, otros fundamentos y otras razones que los que sólo nacen de la igualdad fraternal en el seno de un amoroso Padre; reivindicará, contra la negación absoluta de la propia personalidad, el principio del

libre y armonioso desenvolvimiento de todas nuestras facultades capaces de perfección; completará la armonía de los afectos altruistas con el amor de sí mismo, que es el necesario antecedente de aquellos afectos y su límite y copartícipe en el dominio de la obligación moral; demostrará que la caridad practicada sin discernimiento es una influencia desmoralizadora, y que el sacrificio inconsulto de los buenos no tendría más resultado que el triunfo y la supervivencia de los malos; enseñará a proporcionar la caridad a su objeto, establecerá para su práctica diferencias, limitaciones, prevenciones, y llegará, finalmente, a asegurar la fructuosidad del beneficio, lo proficuo de la protección, la eficacia del remedio, con todos los recursos que el estudio paciente de la Naturaleza pone a disposición de los maravillosos instrumentos de la inteligencia humana.

Pero la piedra angular del edificio, el impulso, el estímulo de la obra, no han surgido de las investigaciones de la ciencia, sino que estaban en el núcleo de nuestra civilización; y el origen inconcluso de este principio esencial de nuestra civilización es el sentimiento propagado y sostenido por el ejemplo del Fundador en la vida de cien generaciones, en virtud de la fuerza moral de *imitación* que reproduce una creencia, un amor, un ideal de carácter, al través del espacio y el tiempo, como la imitación inorgánica propaga la forma de una onda en el movimiento ondulatorio, y como la imitación biológica propaga un tipo individual en la reproducción de las especies.

Y ese sentimiento es y será siempre lo fundamental, lo que impulsa a la obra, lo que determina la acción, lo que mantiene vivo el fuego de la voluntad benéfica, por muchas que sean las modificaciones que el saber y la prudencia instituyan en cuanto a la manera de dirigirlo y aplicarlo.

Valgámonos de un ejemplo sugestivo. La experiencia y la ciencia de la política han depurado, en el siglo transcurrido desde la Revolución, que es génesis de la sociedad moderna, el concepto de la democracia y la república; lo han adaptado a una noción más justa del derecho, a un sentido más claro de las condiciones de la realidad, y nuestra idea de la una y de la otra es hoy muy distinta de la que profesaron y ensayaron los hombres del 89. Pero cuando queremos glorificar supremamente aquellas fórmulas de nuestra fe política, es a los hombres del 89 a quienes recordamos y glorificamos, y son sus fechas histó-

ricas las que están universalmente consagradas para el festejo de la libertad; porque, cualesquiera que sean las deformaciones con que las interpretaron, ellos dieron a tales fórmulas el magnetismo, la pasión que las impuso al mundo: magnetismo y pasión sin los cuales no hubieran pasado nunca de entidades abstractas; magnetismo y pasión que jamás hubieran dado de sí las especulaciones severas de los constitucionalistas, el cálculo habilidoso de los hombres de Estado, capaces de rectificar y corregir, de completar la obra con toques prudentes y oportunos, pero incapaces de encender, como el apóstol, como el mártir, como el héroe, el fuego que arrebató los corazones y las voluntades y renueva el mundo por misteriosa transfiguración.

¿Acaso para que la gloria de una iniciativa persevere vinculada a un hombre, a una personalidad, a un hecho histórico, ha de ser necesario que la humanidad quede inmovilizada después de ellos, sin revisar su legado ni complementar su obra?

En el arranque de las revoluciones morales no es un hombre de ciencia el que encontrará quien apele al testimonio de la historia, sino un hombre o una cooperación de hombres, de simpatía y voluntad. No es un Erasmo, es un Lutero el que realiza una Reforma. Puede la ciencia anticipar la idea, pero ya queda dicho que si la *idea*, como quiere Fouillée, es una *fuerza*, lo debe sólo a sus concomitantes afectivos; y a su vez, si el sentimiento es el motor de las transformaciones morales, lo debe sólo a su absoluta potestad sobre los resortes de la acción.

Es de pésimo gusto esta invocación profética y solemne del nombre de la *ciencia* fuera de lugar y de tiempo: género de preocupación apenas tolerable en los coloquios famosos de la rebotica de Homais, con que Gustavo Flaubert levantó estas deformaciones caricaturescas de la ciencia en la picota de la sátira.

Ha de darse a la ciencia lo que es de la ciencia, y a la voluntad inspirada lo que pertenece a las inspiraciones de la voluntad.

El hornillo de Fausto producirá maravillosos resultados mientras se atenga a su esfera peculiar y propia; pero no engendrará más que el homúnculo mezuquino cuando trate de remedar la obra creadora de la vida.

La confusión de tan conocidos límites se revela en su plenitud cuando indica el doctor Díaz la justicia de erigir junto

al crucifijo, en caso de habersele dejado subsistente, un retrato de Kant... ¿Qué he de pensar de esta idea novedosa? Sería una ridiculiz pedantesca colgar la imagen de Kant de las paredes de los hospitales. Y en verdad que mal podía el ilustrado autor de la conferencia haber escogido nombre más apropiado que el de Kant para poner precisamente de relieve la inconsistencia de este género de contraposiciones, que se fundan en la identificación absurda de lo que no puede identificarse jamás: la obra del pensador con la obra del apóstol; la fórmula abstracta con la iniciativa creadora. Porque Kant personifica, por excelencia, la moral abstraída de todo jugo y calor de sentimiento, vale decir: privada de todo dinamismo eficaz, de toda fuerza propia de realización; y en este sentido ofrece el medio de demostración más palpable que pueda apetecerse para patentizar la diferencia que va de la esfera de la ciencia pura a la esfera de la voluntad inspirada.

El moralista de Königsberg podría haber vivido tantos miles de años como los dioses de la mitología brahmánica y haber razonado y enseñado otros tantos en su cátedra de filosofía, admirando, según sus célebres palabras, "el espectáculo del cielo estrellado sobre su cabeza y el sentimiento del deber en el fondo de su corazón"; y podría haber hecho todo esto sin que su moral estoica conmoviese una sola fibra del corazón humano ni hiciera extenderse jamás una mano egoísta para un llamado de perdón o para un acto de generosidad. En cambio, una palabra apasionada y un acto de ejemplo de Jesús o de Buda, de Francisco de Asís o de Lutero, de Mahoma o de Bab, es una sugestión que convierte en dóciles sonámbulos a los hombres y los pueblos. "Aquel que ame a su padre o a su madre más que a mí, no venga conmigo": sólo el que tiene fuerzas para decir esto e imponerlo, es el que funda, es el que crea, es el que clava su gárra de diamante en la roca viva de la naturaleza humana. ¿Cuándo adquiriría derecho el retrato de Kant para figurar frente a la imagen de Jesús en las salas de las casas de caridad? Cuando la moral de Kant hubiera desatado, como la de Jesús, torrentes de amor, de entusiasmo y de heroísmo; cuando hubiera impulsado la voluntad de sus apóstoles a difundirse para la conquista del mundo y la voluntad de sus mártires a morir en la arena del Coliseo; cuando hubiera levantado las piedras para

edificar hospicios y los corazones para el eterno *sursum corda* de una fe.

El ejemplo puede encontrarse sin salir de junto al fundador del cristianismo. Ese Filón, cuyo nombre citaba el doctor Díaz entre los de los precursores de la caridad cristiana, era lo que Jesús no fué nunca: hombre de ciencia, hombre de sabiduría reflexiva y metódica. Ajustó la tradición hebraica a los moldes del raciocinio griego, y su espíritu condensaba el ambiente de aquella Alejandría donde el saber occidental y el oriental juntaron en un foco sus luces. Y por obra de Filón, la ciencia planteó simultáneamente con las prédicas de Galilea su tentativa de legislación moral, para llegar a resultados teóricamente semejantes. ¿Cuál de ambas prevaleció, cuál de ambas dió fruto que aplacase el hambre de fe y esperanza del mundo? El nombre de Filón sólo existe para la erudición histórica, y Jesús gobierna, después de veinte siglos, millones de conciencias humanas.

Nada hay, por otra parte, en las conclusiones de la moderna indagación científica, que ni aun teóricamente menoscabe la persistencia de la obra de Jesús. Si alguna relación debe establecerse entre los resultados de la ciencia, en sus aplicaciones morales y sociales y los principios de la ley cristiana, no es ciertamente la de que los unos anulen o sustituyan a los otros, sino por el contrario, la relación gloriosísima para el fundamento histórico de nuestra civilización, de que buscando la ciencia una norma para la conducta individual y una base para la sociedad de los hombres, no haya arribado a conclusiones diferentes de las que estaban consagradas en la profesión de fe con que se orientó la marcha de la humanidad en el más brusco de los recodos de su senda.

Llámesese al lazo social fraternidad, igualdad o solidaridad; llámesese al principio de desinterés caridad, filantropía o altruismo, la misma ley de amor se impone confirmando como elementos esenciales de la sociabilidad humana, como *substratum* de todas las legislaciones durables, los viejos principios con que se ilumina en la infancia el despertar de nuestras conciencias: "Amaos los unos a los otros." "No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti." "Perdona y se te perdonará." "A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César." La ley moral adoptada en el punto de partida por iluminación del entusiasmo y de la fe, reaparece al final de la jornada, como la

tierra firme en que se realizase la ilusión del miraje... ¿Quién no se arroba ante estas supremas armonías de las cosas que parecen más lejanas y discordes? Hay en la inspiración moral, como en la alta invención poética, un género de potencia adivinatoria; y lo característico, en uno como en otro caso, es anticipar por la síntesis alada de la intuición lo que se recompondrá, tras largos ordenados esfuerzos, con los datos menudos del análisis. Aun los extremos, aun los desbordes del sentimiento de la caridad, tal como su excelso autor quiso generalizarlos, y que constituirían un ideal de vida inconciliable con las condiciones de la sociedad actual, pueden considerarse como el sublime anticipo de un estado de alma cuya posibilidad vislumbran, en la sociedad de un porvenir muy remoto, las conjeturas de la ciencia; cuando la evolución de los sentimientos humanos y la reducción correlativa del campo del dolor y de necesidad en que quepa hacer bien a los otros, deje en los corazones un exceso libre de simpatía, determinándose así una emulación de desinterés y sacrificio que sustituya a la competencia, todavía brutal, de la ambición y el egoísmo<sup>1</sup>.

No existe, pues, una caridad traída por revelación de la ciencia, que pueda oponerse, como entidad autónoma y substancialmente distinta, a la que hemos recibido de los brazos maternos de la tradición. La caridad es una sola; la caridad, como sentimiento, como voluntad, como hábito, como fuerza activa: la que levanta asilos, y recoge limosnas, y vela junto al lecho del dolor, no es sino una; y el fundador de esta caridad en la civilización que ha prevalecido en el mundo, es Jesús de Nazaret; y la conciencia humana lo reconocerá y lo proclamará por los siglos de los siglos.

## EL SIGNO

Pero aun dejando por encima la significación histórica del fundador del cristianismo, y aun cuando quede demostrado lo insoluble del lazo que le une a la idea de la caridad, la argumentación que se nos opone encuentra todavía punto en que estribar, para desconocer el respeto que se debe a su imagen. El

crucifijo, se arguye, no es Jesús. El crucifijo tiene su significado propio independiente del mártir a quien en él se representa, y es en ese concepto en el que se le repudia y proscribire.

Negamos, desde luego, que cualquier otro simbolismo que quepa atribuir al crucifijo pueda prevalecer sobre el que intuitivamente surge de su sencilla apariencia. El signo histórico, el supremo símbolo del cristianismo, es y será siempre la cruz. Cuando se busca una imagen, un emblema que materialice y ponga inmediatamente a los ojos de quien lo mire la idea de la regeneración del mundo, la gran tradición humana del cristianismo, despertando de una vez todas las asociaciones de sentimientos y de ideas que abarca la virtud sugestiva de tan excelsos recuerdos, no se encuentra otra figura que la de los dos maderos cruzados. Y el crucifijo no es más que la última y definitiva forma en el desenvolvimiento iconográfico del signo de la cruz. No importa que el signo completo no surgiera simultáneamente con la expansión y propagación del nuevo espíritu, sino siglos más tarde. Los emblemas que los primitivos cristianos alternaban con el de la cruz, quedaron sepultados en el seno de las catacumbas, y prevaleció el que recordaba plásticamente el martirio con que fué consagrada la idea. Luego al instrumento del suplicio se añadió la figuración del cuerpo del mártir, y el signo adquirió su integridad y plenitud expresiva, para que, llegado el despertar glorioso de las artes, lo perpetuasen en metal, en piedra, en madera, en marfil, en tintas de color, los grandes orfebres, los grandes estatuarios y los grandes pintores de una de las más lozanas primaveras del ingenio humano: Benvenuto Cellini, Donatello, Velázquez, Van Dyck... No se menosprecia con el mote grosero de *fetiches* estas formas sensibles en que cuaja la savia de idealidad y entusiasmo de una fe secular, desenvolviéndose en el espíritu de las generaciones humanas, a la manera como la imaginación inconsciente que combina líneas y colores en las obras de la Naturaleza, remata los laboriosos esfuerzos de un proceso orgánico con la forma inspirada de una flor, con la flámula viva de un penacho de ave. No se inventan, ni reemplazan, ni modifican en un día estos signos seculares: se les recibe de los brazos de la tradición y se les respeta tal como fueron consagrados por la veneración de las generaciones. El crucifijo no estaba en manos de Pablo ni de Pedro, ni sobre el pecho de los mártires del circo,

<sup>1</sup> Véase SPENCER, *Fundamentos de la moral*, cap. XIV.

ni en los altares ante los cuales se amansó la furia de los bárbaros. No por eso deja de significar el crucifijo la gloria de tales tradiciones; estuvo, antes de todas ellas, en realidad y carne humana, en la pelada cima del Gólgota... y aun cuando no hubiera estado, suya es la virtud de evocarlas y animarlas juntas en el recuerdo de la posteridad.

Pero no se repudia sólo al crucifijo por ajeno a la significación del verdadero espíritu cristiano: se le repudia también por execrable. ¿Y en qué consiste el carácter execrable del crucifijo? Aquí el distinguido conferenciante remonta su oratoria al tono de la indignación, abraza de una síntesis arrebatada el espectáculo de los siglos, y se yergue triunfante con las pruebas de que el crucifijo ha presidido a muchas de las más negras abominaciones de que haya ejemplo en la memoria de la humanidad, desde los excesos de las Cruzadas hasta las crueldades de las guerras de religión y de las persecuciones de herejes. ¿Qué importa que en su significación primera —se pregunta— simbolizase o hubiese podido simbolizar una idea de amor, de libertad, de redención? El crucifijo propició el ensañamiento de los cruzados contra los musulmanes de Omar; estuvo en manos de los victimarios de la noche de Saint-Barthélemy: acompañó los desbordes sangrientos de la conquista de América; presenció en las paredes del tribunal del Santo Oficio las sentencias que ahogaban la libertad del pensamiento humano, y es hoy mismo, en los fanáticos de Rusia, el signo que incita a la matanza de los judíos de Bieloostock... Luego el crucifijo ha perdido su significación original; la ha desnaturalizado y pervertido, y lejos de ser emblema de salud y de vida, es sólo signo de opresión, de barbarie y de muerte.

No será necesario apurar mucho los ejemplos para demostrar que con la aplicación de este criterio estrecho y negativo, si ha de entenderse que los grandes símbolos históricos pierden su significado original e intrínseco en manos de quienes los desnaturalizan y falsean en el desborde de las pasiones extraviadas, recordándose exclusivamente, para caracterizarlos, todo lo que se haya hecho de ignominioso y funesto a su sombra, y nada de lo que a su sombra se haya hecho de glorioso y concorde con su genuina significación moral, no habrá símbolo histórico que quede puro y limpio después de apelarse a la deposición tes-

timonial de la historia, porque todos rodarán confundidos en la misma ola de sangre, lágrimas y cieno.

La bandera tricolor, el iris de la libertad humana, la enseña victoriosa de Valmy y de Jemmapes, impulsaba, apenas nacida, el brazo del verdugo, y cobijaba con su sombra las bacanales sangrientas del Terror, no menos infames que la matanza de Saint-Barthélemy, y propiciaba después, en las conquistas de Napoleón el Grande, las iniquidades de la invasión de Rusia y de la invasión de España, y resucitaba para servir un día de dosel, con la traición del 2 de Diciembre, a la consagración cesárea de Napoleón el Chico. Luego la bandera tricolor, el iris de la propaganda revolucionaria, el guión de los ejércitos de Carnot, no es signo de esperanza y de gloria, sino de ferocidad, de opresión y de conquista.

La bandera de Mayo, el cóndor blanco y celeste de los Andes, la enseña gloriosa de San Martín y de Belgrano, militó durante veinte años en los ejércitos de Rozas, y flameaba en Santos Lugares sobre el alcázar de la tiranía, y se encharcaba en sangre en los degüellos de la *Mazorca*, y era destrozada a balazos por los hombres libres que defendían el honor de la civilización americana dentro de los muros de Montevideo. Luego la bandera de Mayo, el *palladium* de la revolución de América, la enseña gloriosa de San Martín y de Belgrano, está imposibilitada de merecer el homenaje de los buenos, maculada ante la conciencia de la historia, prostituída por lo infinito de la posteridad.

¿Adónde nos llevaría la lógica de este puritanismo feroz? A la condena inexorable de toda enseña o símbolo que no hubiera sido secuestrado, desde el momento de nacer, dentro de las vitrinas de un museo. La acción histórica y el contacto con la realidad, implican para la idea que se hace carne en un emblema, en un señuelo de proselitismo, la profanación y la impureza, tan fatalmente como la exposición al aire libre implica para la hoja de acero la oxidación que la empaña y la consume.

El criterio de simpatía, de tolerancia y de equidad, planteará las cuestiones de muy distinta manera, y las resolverá con más honor para la especie humana. ¿Eran los principios programados en la *Declaración de los derechos del hombre* los que se aplicaban en el instrumento de muerte que hizo rodar mil quinientas cabezas humanas en quince días, y los que ama-

rraban a Francia al despotismo de los césares? No, sino absolutamente los contrarios. Luego la bandera en que se propagó la declaración de los derechos del hombre, la tricolor de las victorias de la libertad, permanece en la entera posesión de su significado y su gloria. ¿Eran los principios sustentados en la revolución de Mayo los que encarnaba la tiranía vencida con la alianza extranjera en los campos de Caseros? No, sino absolutamente los contrarios. Luego el símbolo de la revolución de Mayo, la bandera cuya tradición inspiraba a los enemigos de la tiranía, queda firme y sin mácula en la cumbre de su dignidad histórica. ¿Eran los principios sellados con el martirio del Calvario los que se realizaban en la noche de Saint-Barthélemy, y en el atropello alevoso del cortejo de Atahualpa, y son ellos los que se realizan en las matanzas de judíos de Bielostock? No, sino absolutamente los contrarios. Luego el signo del Calvario, la imagen del que anatematizó toda matanza, todo odio, guarda ilesa e intacta su significación sublime, para veneración y orgullo de la humanidad.

Sólo con la aplicación de este criterio amplio y ecuánime podrá salvar la justicia histórica una tradición que no se presente enrojecida con la mancha indeleble de las manos de Macbeth; sólo así podrá instituirse en la memoria de los hombres un Panteón donde se reconcilien todas las reliquias venerandas, todos los recuerdos dignos de amor y de piedad.

Imaginemos que el crucifijo representase, exclusiva o eminentemente, la unidad católica, tal como prevaleció desde el bautismo de los bárbaros hasta la definitiva constitución de las nacionalidades europeas y el impulso de libertad de la Reforma. Aun en este caso, de ninguna manera rehuiría, por mi parte, sostener la tesis afirmativa, en cuanto al respeto histórico que se le debe. Sería el signo que presidió a la asimilación y la síntesis de los elementos constitutivos de la civilización moderna, durante mil años de reacciones y esfuerzos proporcionados a la magnitud de la obra que había de cumplirse. La denigración histórica de la Edad Media es un tema de declamaciones que han quedado, desde hace mucho tiempo, relegadas a los estudiantes de quince años en las clases de Historia Universal. La honda comprensión de las cosas pasadas, con sus consiguientes adelantos de exactitud y de justicia, es una de las impercederas conquistas del siglo de los Thierry, los Macaulay y los

Mommsen. Ya no se infaman épocas enteras de la historia del mundo: se las explica y comprende, y eso vale mucho más. La historia no es ya una forma retrospectiva de la arenga y el libelo, como en los tiempos de Gibbon y Voltaire. La historia es o bien un camposanto piadoso, o bien un laboratorio de investigación paciente y objetiva; y en cualquiera de ambos conceptos, un recinto al que hay que penetrar sin ánimo de defender tesis de abogado, recogiendo en él, a favor de generalizaciones y abstracciones que son casi siempre pomposas ligerezas, armas y pertrechos para las escaramuzas del presente. Quien tenga desinteresado deseo de acertar, ha de acercarse a ese santuario austero, purificado de las pasiones del combate, con un gran fondo de serenidad y de sinceridad realzadas todavía por una suficiente provisión de simpatía humana, que le permita transportarse en espíritu al de los tiempos sobre que ha de juzgar, adaptándose a las condiciones de su ambiente. Las instituciones que han quedado atrás en el movimiento de la civilización, y que ya sólo representan una tradición digna de respeto —y en su persistencia militante, una fuerza regresiva— han tenido su razón de ser y sus días gloriosos, y han prestado grandes servicios al progreso del mundo; y es precisamente en el terreno de la historia donde menos puede vulnerárselas.

Para oponerse a los esfuerzos reaccionarios del clericalismo, no es preciso hacer tabla rasa de la gloria de las generaciones inspiradas por la idea católica, cuando esta idea era la fórmula activa y oportuna, como para combatir las restauraciones imperiales no han menester los republicanos franceses repudiar para la Francia la gloria de Marengo y Austerlitz, y para combatir la persistencia política y social del caudillaje no necesitamos nosotros desconocer la fuerza fecunda y eficaz que representó la acción de los caudillos en el desenvolvimiento de la revolución de América. ¿Imagina acaso el doctor Díaz que diez siglos de historia humana se tiran al medio de la calle bajo la denominación común de ignominia, ignorancia, crueldad, miseria, rebajamiento y servilismo? Los tiempos en que él no ve más que un proceso de “degradaciones tenebrosas”, son en realidad una esforzada lucha por rasgar, para los gérmenes soterrados de civilización, la dura corteza de los aluviones bárbaros, y es sin duda en el transcurso de esa lucha cuando la acción histórica del cristianismo presenta títulos más incontestables a la gratitud de la



posteridad, porque si el naufragio de la civilización fué desastroso, hubiera sido completo sin el iris que el signo de la cruz levantaba sobre los remolinos tenaces de la barbarie; y si el despertar de la cultura intelectual fué difícil y lento, hubiera sido totalmente imposible sin la influencia de la única fuerza espiritual que se alzaba frente a la fuerza bruta, y reservaba, en medio de la guerra universal, un rincón de quietud para la labor de colmena de los escribas monacales, y salvaba el tesoro de las letras y las ciencias antiguas en los códices que, llegada la aurora del Renacimiento, romperían, merced a la invención de Gutenberg, sus oscuras crisálidas para difundirse por el mundo. Relea el doctor Díaz, sin ir más allá, las páginas que el gran espíritu de Taine ha consagrado en su estudio de *El antiguo régimen* a delinear la estructura de la sociedad anterior a la Revolución, y acaso refrescará muy oportunos recuerdos, y acaso reconocerá la necesidad de modificar buena parte de sus prejuicios y de limitar no pocas de sus abominaciones.

Otro tanto podría decirse en lo que respecta a alguna otra alusión de las que acumula el doctor Díaz en su síntesis de las tradiciones infamantes de la cruz, y singularmente a la que se refiere a la conquista de América. Todo en ella fué abominación y exterminio; oprobio y ferocidad; todo en ella fué abominación y exterminio; y cuanto en ella hubo positivamente de condenable a la luz de la razón serena, ¿ha de imputarse a la sugestión maldita de la cruz? ¿Por qué recordar, si se aspira a la severa equidad del juicio histórico, que la cruz representó en Cajamarca la sangüinaria brutalidad de la conquista, y olvidar que representó, en Guanahani, el nacimiento de la América a la vida de la civilización, la primera luz de nuestro espíritu, el pórtico de nuestra historia? ¿Por qué recordar que estuvo en manos de Valverde para excitar al sacrificio de los indios, y olvidar que estuvo en manos de Las Casas para interponer ante el pecho de los indios un escudo de misericordia? ¿Por qué recordar que fué, con Torquemada, el signo oprobioso de las iniquidades inquisitoriales, y olvidar que fué en la mente de Isabel la Católica el estímulo para ganar y redimir un mundo? ¿Por qué recordar al verdugo tonsurado y olvidar al evangelizador capaz del martirio? ¿Por qué recordar al fraile que mata y olvidar al fraile que muere?

Bien es verdad que para la justicia histórica del elocuente

conferenciante, cuyo género de liberalismo recuerda, en esto como en otras muchas cosas, la fórmula absoluta del sectarismo religioso: "Fuera de lo que yo creo, no hay virtud ni salvación", el misionero que se arroja a propagar su fe en climas lejanos, no hace cosa mejor que "imponer por la violencia el crucifijo, como un yugo de servidumbre, sobre la cabeza de las razas inferiores". No lo sospechaba Víctor Hugo cuando, en una página inspiradísima de *Los Castigos*<sup>1</sup>, antes de marcar con el hierro candente de su sátira a los dignatarios del alto clero que agitaban el turíbulo de las alabanzas en la cohorte palaciega del gran corruptor del 2 de Diciembre, entonaba un himno conmovido y conmovedor ante el cadáver del fraile decapitado en las misiones de la China por predicar allí la moral del Evangelio. La espontaneidad del corazón y el criterio de la equidad consisten en honrar la vocación del sacrificio dondequiera que se la encuentre: bajo la sotana del fraile como bajo la blusa del obrero o la pechera deslumbrante del príncipe, y en glorificar la propaganda de la civilización, cualquiera que sea el abanderado de la gran causa humana: así el *pioneer* que se abisma en el fondo del desierto con el hacha que traspasa los bosques como el misionero que, con la biblia católica o la biblia protestante en la mano, se acerca a remover la soporosa conciencia de la tribu.

Por lo demás, no es interpretar fielmente el espíritu de los hechos concretar en la significación del *crucifijo*, como emblema histórico, los motivos que han determinado su condena. Cualquiera otra imagen del fundador de cristianismo, aparte de la que le presenta clavado en la cruz, cualquiera otra imagen, cuadro o estatua, hubiera sido sentenciada indistintamente a proscripción. ¿Es o no cierto? Luego la condena va dirigida contra la glorificación de Jesús, que la suspicacia jacobina no concibe separada del culto religioso ni admite que pueda interpretarse de manera que allí mismo donde el creyente ve el *icono* objeto de su veneración, el no creyente vea la imagen representativa del más alto dechado de grandeza humana.

Juan Carlos Gómez acariciaba en su mente profética un pensamiento que ya se ha convertido en realidad. Soñaba que se levantase un día sobre una de las cumbres de la cordillera, a modo de numen tutelar de la civilización americana, engran-

<sup>1</sup> Les Châtiments, VIII, "A un martyr".

decida por la confraternidad de todas las razas que se acogen a su seno y por la fructificación de las esperanzas y los ideales que ha alentado la humanidad en veinte siglos, una colosal estatua del Redentor del mundo, erguida allí, como sobre un agigantado Tabor, en la eterna paz de las alturas, bajo el signo indeleble del Crucero... Juan Carlos Gómez pensaba como un furibundo ultramontano, y la realización de su sueño implica un privilegio ofensivo para millares de conciencias humanas que ven levantarse en su horizonte la imagen de un dios en que no creen, y lo implicará mientras no se levanten también en las cumbres circunvecinas, formando tabla redonda, otras semejantes estatuas de Buda, de Zoroastro, de Confucio, de Sócrates, de Filón... y de Kant.

### ¿ J A C O B I N I S M O ?

Concluye su refutación el doctor Díaz exponiendo su concepto del liberalismo en relación con la idea de tolerancia que di por característica en mi carta al espíritu liberal. El criterio en que se funda ese concepto es genuinamente jacobino, y confirma este nombre de *jacobinismo* que apliqué a las iniciativas y tendencias cuya defensa ha asumido el conferenciante.

Contestando en esta parte al doctor Díaz, explicaré el porqué de la expansión al joven e inteligente escritor que me ha hecho cargos en las columnas del semanario evangelista, por el empleo, que juzga inadecuado, de tal nombre.

El jacobinismo no es solamente la designación de un partido famoso, que ha dejado impreso su carácter histórico en el sentido de la demagogia y la violencia. El jacobinismo es una forma de espíritu, magistralmente estudiada y definida por Taine en los *Orígenes de la Francia contemporánea*. La índole de la acción histórica y de la dominación del jacobinismo está virtualmente contenida ya en los datos esenciales de su psicología; pero estos caracteres esenciales se manifiestan y reconocen sin necesidad de que su exaltación suprema, en el estallido de las crisis revolucionarias, los pongan en condición de deducir las últimas consecuencias prácticas y activas de su lógica. La idea central, en el espíritu del jacobino, es el absolutismo dogmático de su concepto de la verdad, con todas las irradiaciones que de este abso-

lutismo parten para la teoría y la conducta. Así, en su relación con las creencias y convicciones de los otros, semejante idea implica forzosamente la intolerancia: la intolerancia inepta para comprender otra posición de espíritu que la propia; incapaz de percibir la parte de verdad que se mezcla en toda convicción sincera y el elemento generoso de idealidad y de belleza moral que cabe hallar unido a las más palmarias manifestaciones de la ilusión y del error, determinando a menudo una fraternidad de móviles y sentimientos que se levanta por encima de los deslindes de ideas y vincula con lazos más íntimos que los que establece la escuela, el partido o la secta, a los hombres que militan para el mundo en campos distintos. Y como aptitud igualmente inconciliable con su índole, falta al jacobinismo el sentido *humano* de la realidad, que enseña a olvidar los procedimientos abstractos de la lógica cuando se trata de orientarse en el campo infinitamente complejo de los sentimientos individuales y sociales, cuyo conocimiento certero será siempre la base angular de todo propósito eficaz de educación y reforma.

La misma *facultad dominante* que se halla en el fondo de los excesos brutales, pero indisputablemente sinceros, de la tiranía jacobina, constituye el fondo de la intolerancia puramente ideológica e inerte que inspira una página o una arenga neojacobinas sobre puntos de religión, filosofía o historia, aunque para llegar del uno al otro extremo haya que salvar grandes distancias en el desenvolvimiento lógico de la misma pasión, y aunque para no pasar de cierto grado en la transición del uno al otro, es indudable que sería suficiente en muchos casos la fuerza instintiva del sentido moral. El nombre, pues, clasifica con indistinta exactitud ambas formas de intransigencia fanática, relacionándolas por una analogía más fundamental que las que se basan en la materialidad de los hechos o las apariencias, así como las clasificaciones de los naturalistas ordenan, bajo un mismo nombre genérico, especies aparentemente diferentísimas, pero vinculadas por un rasgo orgánico más hondo que los que determinan la semejanza formal.

El antecedente teórico de la tendencia jacobina es la filosofía de la Enciclopedia: la ideología de Condillac, de Helvecio, de Rousseau, expresión del mismo espíritu de lógica y de dogmatismo que había engendrado, alrededor de ideas aparentemente opuestas, la filosofía católica y monárquica del siglo de

Luis XIV, con la argumentación oratoria de Bossuet y la "razón *razonante*" de Descartes. Y el jacobinismo, como doctrina y escuela, persiste y retoña hasta nuestros días, en este género deseudoliberalismo, cuya psicología se identifica en absoluto con la psicología de las sectas: el mismo fondo dogmático; la misma aspiración al dominio exclusivo de la verdad; el mismo apego a la fórmula y la disciplina; el mismo menosprecio de la tolerancia, confundida con la indiferencia o con la apostasía; la misma mezcla de compasión y de odio para el creyente o para el no creyente.

No cabe duda que la filiación directa de esta escuela seudoliberal se remonta a la filosofía revolucionaria del siglo XVIII, a la filosofía que fructificó en la terrible lógica aplicada del ensayo de fundación social del jacobinismo, y que, por lo que respecta al problema religioso, culminó en el criterio que privaba en las vísperas de la reacción neocatólica de Chateaubriand y Bonald; cuando se escribían y divulgaban *Las ruinas de Palmira*; cuando se admiraba a Holbach y a Le Mettrie; cuando las religiones aparecían como embrollas monstruosas, urdidas calculadamente por unos cuantos impostores solapados y astutos, para asentar su predominio sobre un hato de imbéciles, soporte despreciable de las futuras creencias de la humanidad.

El criterio histórico era en aquella filosofía, como lo es hoy en las escuelas que la han recibido en patrimonio, la aplicación rígida e inexorable de unos mismos principios al juicio de todas las épocas y todas las instituciones del pasado, sin tener en cuenta la relatividad de las ideas, de los sentimientos y de las costumbres; por donde fases enteras de la historia, la Edad Media, la España del siglo XVI, el catolicismo, el feudalismo, eran condenadas de plano, sin la piadosa excepción de un hecho o un nombre, como estériles, perversas, afrentosas y estúpidas. Si renunciando a la implacabilidad de sus odios, aquella filosofía se levantaba alguna vez a la esfera de la tolerancia, jamás pasaba de la tolerancia intelectualista y displicente de Voltaire o de Bayle, que no se funda en intuición de simpatía, en penetrante poder de comprensión, como la de un Renán o un Sainte-Beuve, sino sólo en una fría lenidad intelectual. Y todos estos rasgos característicos se mantienen en las escuelas que representan, más o menos adaptado a las condiciones del pensamiento contemporáneo, el mismo espíritu, con la diferencia —no

favorable, ciertamente, para éstas— de que la filosofía de la Enciclopedia tenía, para sus apasionamientos e injusticias, la disculpa de la grande obra de demolición y allanamiento que había de cumplir para cooperar en los destinos del mundo.

Todo el sentido filosófico e histórico del siglo XIX —si se le busca en sus manifestaciones más altas, en las cumbres, que son puntos persistentes de orientación— concurre a rectificar aquel estrecho concepto del pensamiento libre, y aquella triste idea de las cosas pasadas, y aquel pobre sistema de crítica religiosa. El pensador, en el siglo XIX, es Goethe, levantando la tolerancia y la amplitud a la altura de una visión olímpica, en que se percibe la suprema armonía de todas las ideas y de todas las cosas; es Spencer, remontando su espíritu soberano a la esfera superior, desde la cual religión y ciencia aparecen como dos fases diferentes, pero no inconciliables, del mismo misterio infinito; es Augusto Comte, manifestando a cada paso su alto respeto histórico por la tradición cristiana, y tomándola como modelo en su sueño de organización religiosa; es Renán, obteniendo de la explicación puramente humana del cristianismo el más sólido fundamento de su glorificación, y manteniendo vivo, a pesar de su prescindencia de lo sobrenatural trascendente, un profundo sentido de religiosidad; es Taine, declarando que la civilización europea no podría dejar extinguirse en su seno el espíritu cristiano sin provocar una recrudescencia de barbarie, e instaurando el más severo proceso del jacobinismo práctico y teórico; es Carlyle, llevando su capacidad de simpatía hasta sentir el germen de idealidad y superiores anhelos que despunta en el fetichismo del salvaje; es Max Müller, aplicando al estudio de las religiones tantos tesoros de ciencia como de intuitiva y piadosa sensibilidad, y es Thierry, y es Sismondi, y es Viollet-le-Duc, y es Fustel de Coulanges, reconstruyendo la voluntad, el pensamiento y las instituciones sociales y políticas de los siglos más desdeñados o calumniados de la historia, para concurrir así a demostrar que no se interrumpió en ellos la acción del *missus* secreto que empuja la conciencia de la humanidad a la realización de un orden, al cumplimiento de una norma de verdad y de belleza.

El sentido de la obra intelectual del siglo XIX es, en suma, la tolerancia; pero no sólo la tolerancia material, la que protege la inmunidad de las personas, la que se refiere a derechos y

libertades consiguientes en constituciones y leyes, sino también, y principalmente, la tolerancia espiritual, la que atañe a las relaciones de las ideas entre ellas mismas, la que las hace comunicarse y cambiar influencias y estímulos, y comprenderse y ampliarse recíprocamente: la tolerancia afirmativa y activa, que es la gran escuela de amplitud para el pensamiento, de delicadeza para la sensibilidad, de perfectibilidad para el carácter.

No le agrada esta tolerancia al distinguido portavoz del "Centro Liberal", que ve en ella una suerte de claudicación pasiva, y nada manifiesta mejor la índole sectaria y estrecha de su liberalismo. Dando a la *verdad* y el *error*, en cierto género de ideas, la significación absolutamente precisa con que se ilusionan todos los espíritus dogmáticos; que excluye cuanto hay de subjetivo y relativo en las opiniones de los hombres; que prescinde de la eterna plasticidad y el perpetuo *devenir* de las fórmulas de la verdad, reduciendo la complejión infinita del pensamiento humano a la simplicidad de una lucha teogónica entre un Ormuzd todo claridad y un Ahrimán todo tiniebas, concluye que no hay tolerancia legítima con el *Error* encarnado en ideas o instituciones, sino que la *Verdad* ha de perseguirlo sin tregua ni misericordia, para que no envenene las conciencias, y que esta implacable hostilidad y represión es "una grande obra de amor humano". Criterio permanente de todas las intolerancias; criterio con que se han autorizado y legitimado todas las persecuciones por motivo de ideas, y que constituye, desde luego, la exacta repetición de las razones que han estado siempre en labios de la Iglesia católica para justificar la persecución de la herejía. Porque como nadie que tiene una fe o una convicción absoluta deja de considerar que la verdad está con él y sólo con él, es obvio que, proclamada la vanidad o la culpabilidad de ser tolerante con las instituciones y las ideas erróneas, nadie dejará de reivindicar exclusivamente para sí el derecho de ejercer esa tolerancia lícita, plausible y redentora, en opinión del conferenciante, que consiste en perseguir al error, acorralarlo y extinguirlo, sin consentirle medio de difundirse e insinuarse en las almas. Siempre habrá mil respuestas, absolutamente distintas, pero indistintamente seguras de sí mismas, para la eterna pregunta de Pilatos: "¿Qué significa la verdad?"

¿Por qué inutilizas, monje de la Edad Media, ese precioso manuscrito, para emplear el pergamino en trazar las fórmulas

de tus rezos? Porque lo que dice es falso y lo que yo voy a estampar encima es la verdad. ¿Por qué incendias, califa musulmán, los libros de la biblioteca de Alejandría? Porque si no dicen más que lo que está en mi Ley, que es la verdad, son innecesarios, y si dicen lo que no está en mi Ley, son mentirosos y blasfemos. ¿Por qué rompes, cristiano intolerante de los primeros siglos, esas bellísimas estatuas de Venus, de Apolo, de Minerva? Porque son dioses falsos que disputan su culto al Dios de la verdad. ¿Por qué despedazas, sectario calvinista, las imágenes de ese templo de Orleáns? Porque mi interpretación de la Biblia, que es la verdadera, me dice que son ídolos del error. ¿Por qué profanas, gobierno revolucionario, las naves de Nuestra Señora de París? Porque allí tiene su nido la mentira que estorba el paso a mi verdad. ¿Por qué arrojas al fuego, inquisidor español, esos tesoros de literatura oriental de Salamanca? Porque quien los conociere podría tentarse a abandonar la verdad por el error. ¿Por qué incluyes en tu *index*, pontífice romano, tantas obras maestras de la filosofía, la exégesis y la literatura? Porque represento la Verdad y tengo el deber de guardar para ella sola el dominio de las conciencias.

En el desenvolvimiento de esta lógica, es bien sabido que las personas mismas, en sus inmunidades más elementales y sagradas, no quedan muy seguras... Todo está en que se entenebrezca el horizonte y se desate la tormenta. Y así, todas las intolerancias que empiezan por afirmar de modo puramente ideal y doctrinario: "Soy la eterna, exclusiva e inmodificable verdad", pasan luego, si hallan la ocasión propicia, a auxiliarse del *brazo secular* para quemar libros o romper estatuas, cerrar iglesias o clausurar clubes, prohibir colores o interdecir himnos; hasta que el último límite se quebranta, y las personas no son ya más invulnerables que las ideas y las instituciones; y partiendo por rumbos diametralmente opuestos, se unen en el mismo culto de Moloch —como caminantes que, dando la vuelta redonda, se asombrasen de llegar al mismo punto—, Torquemada y Marat; Jacobo Clemente y Barère; los sambartolomistas y los septembristas; el Santo Oficio y el Comité de Salud Pública; los expulsos de moros y judíos, y los incendiarios de iglesias y conventos.

## CONCLUSIÓN

Falso concepto de la tolerancia que censura tiene el doctor Díaz, cuando supone que ella excluye la acción, en los partidarios de la libertad, dejando libre el campo a los avances enemigos. Las condiciones de la acción no son otras que el derecho y la oportunidad. Lo legítimo de la acción represiva empieza donde se prueba que el derecho de alguno ha ultrapasado sus límites para perjudicar al de otros. Y la hora de una iniciativa ha sonado cuando se demuestra el interés social que la hace necesaria u oportuna. No serán las agitaciones liberales, *per se*, las que puedan disgustarnos, sino lo gratuito e inoportuno de ellas. No es el movimiento anticlerical en sí mismo, sino su vana provocación con actos como el que discutimos, desacertados e injustos, que aun cuando no lo fueran, estarían siempre en evidente desproporción de importancia para con la intensidad de los agravios que causan y de las pasiones que excitan. Dígasenos cuál es la acción fecunda a que se nos convoca en nombre de la libertad; indíquenos dónde está concretamente la reforma que sea necesario, justo y oportuno hacer práctica, y si reconocemos la necesidad y sentimos la justicia y vemos la oportunidad, acompañaremos sin vacilar la iniciativa y ni aun nos importará que ella haya de realizarse a costa de esas turbulencias que son la protesta inevitable de la tradición y la costumbre. Pero suscitar primero la agitación para buscar después pretextos que la justifiquen; tocar primero a rebato para descubrir después el peligro a que deba correrse; componer primero la tonada para después idear la letra que haya que ajustar a su ritmo, eso no puede parecernos más que fuerza perdida y bulla estéril, propia para alborotar a los muchachos y sacar a luz toda la prendería de las declamaciones antipapales y antiinquisitoriales, pero absolutamente vana para cuanto signifique un adelanto positivo en la marcha de las ideas; una conquista sólida en el sentido del pensamiento libre.

¡Pensamiento libre!... He aquí otro motivo de consideraciones que bien merecerían una prolija atención, si estos artículos no se hubieran dilatado ya más de lo justo. ¿Piensa por ventura el doctor Díaz que no hay más que romper el yugo

de los dogmas católicos para adquirir la libertad de pensar? El libre pensamiento es cosa mucho más ardua y compleja de lo que supone la superficial interpretación común que la identifica con la independencia respecto de la fe tradicional. Es mucho más que una fórmula y una divisa: es un resultado de educación *interior*, a que pocos, muy pocos alcanzan. Pensar con libertad, o no significa sino una frase hecha, o significa pensar por cuenta propia, por esfuerzo consciente y racional del propio espíritu, y para consumir esta preciosa emancipación y para adquirir esta difícil capacidad, no basta con haberse libertado de la autoridad dogmática de una fe. Hay muchas otras preocupaciones, muchos otros prejuicios, muchas otras autoridades irracionales, muchos otros convencionalismos persistentes, muchas otras idolatrías, que no son la fe religiosa, y a los cuales ha menester sobreponerse el que aspire a la real y efectiva libertad de su conciencia. Todo lo que tienda a sofocar dentro de una fórmula preestablecida la espontaneidad del juicio personal y del raciocinio propio; todo lo que signifique un molde impuesto de antemano para reprimir la libre actividad de la propia reflexión; todo lo que importe propósito sistemático, afirmación o negación fanáticas, vinculación votiva con cierta tendencia incapaz de rectificarse o modificarse, es, por definición, contrario a la libertad de pensamiento. Y por lo tanto, las organizacionesseudoliberales que entrañan la guerra incondicional y ciega contra determinada fe religiosa, excluyendo la posibilidad de diferenciar, de discernir, de hacer las salvedades y excepciones que la justicia exija, en cuanto a la tradición histórica o en cuanto a las manifestaciones actuales de esa fe —vale decir, excluyendo la posibilidad de un ejercicio leal e independiente del criterio personal—, son en sí mismas una persistente negación del pensamiento libre.

Si para llamarse a justo título *librepensador* bastara con inscribirse en los registros de una asociación de propaganda y participar de los odios anticlericales, dependería de un acto de voluntad —menos aún, de un movimiento reflejo— el ser efectivamente librepensador; pero el hecho es que poder llamárselo con verdad es cosa difícil; tanto, que para que el libre pensamiento pudiera ser la característica psicológica del mayor número, se requeriría en la generalidad de los espíritus un estado de elevación mental que hoy no es lícito, ni aun con el mayor

optimismo, reconocer sino en un escaso grupo. Fácil sería demostrar, en efecto, que la gran mayoría de los hombres, los que forman multitud para echarse a la calle en día de mitin y auditorio numeroso con que llenar salas de conferencias para aplaudir discursos entusiastas, no pueden ser, dado el actual nivel medio de cultura en las sociedades humanas, verdaderos *librepensadores*. Y no pueden serlo —si se da a esa palabra el significado que real e íntimamente tiene, y no el que le atribuye el uso vulgar— porque lo que creen y proclaman y juran, aunque marque el grado máximo de exaltación en punto a ideas liberales, no ha sido adquirido por vía de convencimiento racional, sino por prejuicio, por sugestión o por preocupación. La misma docilidad inconsciente y automática que constituía en lo pasado el populoso cortejo de los dogmas religiosos, constituye en nuestros días el no menos populoso cortejo de las verdades científicas vulgarizadas y de las ideas de irreligiosidad y libertad que han llegado al espíritu de la muchedumbre. Muchísimos son —valga esto de ejemplo— los que, aun en capas muy inferiores, intelectualmente, del vulgo están enterados de que la tierra se mueve alrededor de sí misma y alrededor del sol. Pero entre cien que lo *saben* habrá dos o tres que sean capaces de probarlo. Los demás quedarían absolutamente desconcertados si se les exigiera una demostración de que no tienen noticia o que nunca han analizado por sí mismos para comprenderla; pero no por eso dejan de abrigar la íntima seguridad de lo que dicen, hasta el punto que no vacilarían en aceptar en favor de ello una apuesta en que les fuese la fortuna o la vida. La multitud cree, pues, en la autoridad de la ciencia por fe, por adhesión irracional, por docilidad hipnótica, por motivos absolutamente ajenos a la activa intervención de su raciocinio, como hubiera creído, a nacer dos siglos antes, en la autoridad de la fe religiosa y en los dogmas que esta autoridad impone. Y lo que se dice de las verdades científicas, puede, con doble fundamento, decirse de las ideas morales y sociales. Muy pocos son los que se encuentran en el partido, escuela o comunión de ideas a que pertenecen, por examen propio y maduro, por elección de veras conscientes y no por influencias recibidas de la tradición, del ambiente o de la superioridad ajena. Mientras el nivel medio de cultura de la humanidad no alcance muchos grados más arriba, no hay que ver en ningún género de proselitismo un conven-

cimiento comunicado, por operación racional, de inteligencia a inteligencia, sino una obra de mera sugestión. Si sugestionados son la mayor parte de los que llevan cirios en las procesiones, sugestionados son la mayor parte de los que se burlan de ellos desde el balcón o la esquina. El sueño y la obediencia del sonámbulo, con los que Tarde ha asimilado la manera como se transmite y prevalece la fuerza social de imitación, siguen siendo el secreto de toda propaganda de ideas y pasiones. No hay por qué sublevarse contra esto, que está todavía en la naturaleza de las cosas humanas; pero propender a que deje de ser tal la ley de la necesidad es la gran empresa del pensamiento libre.

Y entendido y definido así el libre pensamiento, ¿qué será necesario para aumentar el número, forzosamente reducido aún, de los que pueden llamarse *librepensadores*? Tratar de aumentar el número de los hombres capaces de examinar por sí mismos antes de adoptar una idea, antes de afiliarse en una colectividad, antes de agregarse a la manifestación que ven pasar por la calle, antes de prenderse la divisa que ven lucir en el pecho del padre, del hermano o del amigo. Y como esta capacidad depende de los elementos que proporciona la cultura y del recto ejercicio del criterio, se sigue que la tarea esencial para los fines del pensamiento libre es educar, es extender y mejorar la educación y la instrucción de las masas, por cuyo camino se llegará en lo por venir, si no a formar una mayoría de *librepensadores* en la plena acepción de este concepto —porque la superior independencia de toda sugestión, preocupación y prejuicio siempre seguirá siendo privilegio de los espíritus más enérgicos y penetrantes—; por lo menos a asegurar en la mayor parte de los hombres una relativa libertad de pensar. Este es el liberalismo para quien atienda a la esencia de las cosas y las ideas; éste es el pensamiento libre, que, como se ve, abarca mucho más e implica algo mucho más alto que una simple obsesión antirreligiosa; y el procedimiento con que puede tenderse eficientemente a su triunfo es, lo repito, el de la educación atinada y metódica, perseverante y segura, que nada tiene que ver con organizaciones sistemáticas conducentes a sustituir un fanatismo con otro fanatismo; la autoridad irracional de un dogma con la autoridad irracional de una sugestión de prejuicios: el amor ciego de una fe con el odio ciego de una incredulidad.

Abandone, pues, el doctor Díaz su generosa ilusión de que

todos los que concurren a oírle son *librepensadores* y de que su aplauso es la sanción consciente del libre pensamiento. Mucho le aplaude ahora su auditorio; pero si extremara la nota y subiera el tono de sus invectivas, no le quepa duda de que aun le aplaudiría mucho más. Lo característico del sentido crítico de la mayoría es no entender de matices. En arte, como en moral, como en cualquier género de ideas, la ausencia de la intuición de los matices es el límite propio del espíritu de la muchedumbre. Allí donde la retina cultivada percibirá nueve matices de color, la retina vulgar no percibirá más que tres. Allí donde el oído cultivado percibirá doce matices de sonido, el oído vulgar no percibirá sino cuatro. Allí donde el criterio cultivado percibirá veinte matices de sentimientos y de ideas, para elegir entre ellos aquél en que esté el punto de la equidad y la verdad, el criterio vulgar no percibirá más que dos matices extremos: el del *sí* y el del *no*, el de la afirmación absoluta y el de la negación absoluta, para arrojar de un lado todo el peso de la fe ciega y del otro lado todo el peso del odio iracundo.

Esto es así, y es natural y forzoso que sea así, desde que la diferenciación de los matices implica un grado de complejidad mental que sería injusto y absurdo exigir del espíritu de la multitud. Es más: quizá conviene en ella esta inferioridad relativa, porque el modo como puede ser eficaz la colaboración de la multitud en los acontecimientos humanos, es el de la pasión fascinada e impetuosa, que lleva con ceguedad sublime a la heroicidad y al sacrificio, y que no se reemplazaría de ninguna manera en ciertos momentos de la historia: semejante la muchedumbre en esto al hombre de genio en la fundación moral o la acción, que también debe su fuerza peculiar a lo absoluto de su fe, a su arrebató y obsesión de alucinado. El día en que intelectualizásemos al pueblo, para que su pensamiento fuera real y verdaderamente libre; el día en que lográsemos darle la aptitud de comparar y analizar, ¿quién sabe, después de todo, si este don del análisis dejaría subsistir la virtud de su omnipotente entusiasmo?...

Pero no se trata aquí de discutir con quien es vulgo, sino con quien se levanta muy arriba del vulgo; y por eso cabe preguntar si la fuerza empleada en adaptarse al ambiente de la vulgaridad no tendría mejor empleo en propender a elevar la vulgaridad al nivel propio.

El doctor Díaz tiene méritos y condiciones con que aspirar

a triunfos mucho más altos que el de estas propagandas y estos discursos.

Su liberalismo es probablemente el de la mayoría: se lo concedo sin dificultad.

¿Será también el que, en el inmediato porvenir, prevalezca y se realice en el mundo?

No es imposible.

No es imposible que se preparen en el mundo días aciagos para la libertad humana. No es imposible que —según augures pesimistas suelen profetizarlo— la corriente de las ideas, precipitándose cada día más en sentido del menosprecio de la libertad individual, sacrificada a la imposición avasalladora de la voluntad y el interés colectivos, lleve al mundo, con acelerado paso, a una de esas situaciones de universal nivelación en que el opresor —persona o multitud, César o plebe— reclama a un tiempo para sí el Imperio y el Pontificado, obligando al pensamiento individual a refugiarse en el íntimo seguro de las conciencias, como las aves que se acogen a los huecos de las torres que se deshacen y de los templos que se derrumban.

Si ése es el inmediato porvenir, habremos de resignarnos a no ser ya entonces hombres de nuestro tiempo. Pero la eficacia inmortal de la idea de la libertad que concretó las primeras convicciones de nuestra mente, que despertó los primeros entusiasmos de nuestro corazón, y que encierra en sus desenvolvimientos concéntricos la armonía de todos los derechos, la tolerancia con todas las ideas, el respeto de todos los merecimientos históricos, la sanción de todas las superioridades legítimas, seguirá siendo, en mayoría o minoría, el paladión del derecho de todos, y allí donde quede una sola conciencia que la sienta, allí estará la equidad, allí la justicia, allí la esperanza para la hora del naufragio y de la decepción.

## APÉNDICE

### EL SENTIMIENTO RELIGIOSO Y LA CRÍTICA <sup>1</sup>

Señor don R. Scafarelli.

Estimado amigo: No me pasó inadvertida, cuando tuvo la amabilidad de poner en mis manos el opúsculo de que es autor <sup>2</sup>, cierta desconfianza suya respecto de la disposición de ánimo con que yo lo leería y juzgaría. Pensaba usted que llegaba a tienda de enemigo, y que su obsequio era la espada que se ofreció caballerosamente por la empuñadura. He de decir a usted en qué acertó y en qué proporción, mucho mayor, no acertó.

Desde el punto de vista de las ideas, grande es la distancia que nos separa. Si sólo como profesión de ideas hubiera yo de considerar su opúsculo, resultaría quizá que no habría en él dos líneas que no suscitasen en mí el impulso de la contradicción, y en ocasiones, el sentimiento de protesta y de angustia con que se asiste al espectáculo de un espíritu capaz de desplegar con amplia libertad su vuelo y a quien contienen y limitan las trabas de dogmas difícilmente conciliables con los fueros de la libre investigación y de la razón independiente.

Pero si en sus páginas no hubiese más que la escueta exposición de las ideas, ellas no tendrían otro interés que el que consistiría en proponer una vez más al debate dogmas cien mil veces confesados, cien mil veces negados, cien mil veces controvertidos. Hay algo más que considerar en lo que usted ha escrito, y algo más hondo y original que las ideas; y es el espíritu personal, el sentimiento *ambiente*, el aroma de la fe que se entreabre en un alma joven y entusiástica y la embalsama e inspira: y éste es el

<sup>1</sup> Por exponer ideas que se relacionan con las de los anteriores artículos, y en cierto modo las complementan, incluyó aquí esta carta.

<sup>2</sup> El Mártir del Gólgota.



interés intenso que su libro entraña, esto lo que le da valor moral y estético, ésta la nota que le redime de la vulgaridad.

Por otra parte, aunque en la clasificación de las ideas ocupemos campos distintos, no hallo en mi espíritu repugnancia ni dificultad para ponerme al unísono del suyo, como lo exige la ley de simpatía, que es fundamento de toda crítica certera, a fin de comprenderle y juzgarle. Nada me irrita más que la religiosidad mentida, máscara que disfraza con la apariencia de una fe propósitos temporales de más o menos bajo vuelo; y la religiosidad tibia, frívola y mundana, sin profundidad y sin unción, *diletantismo* indigno; y la groseramente fanática, que degrada al nivel de las brutales *disputas de los hombres* las ideas que más excelentemente deben levantarse sobre toda baja realidad. Pero crea usted que nada me inspira más respeto que la sinceridad religiosa, dondequiera que ella se manifieste, cualesquiera que sean los dogmas a que viva unida. Ante el fervor que brota del recogimiento del corazón, y presta alas de inspiración al pensamiento, y trasciende a la conducta en caridad y amor, respeto y admiro. Jamás me sentiré tentado a encontrar objeto de desprecio o de burla en lo aparente y literal de un dogma, si por bajo de él, enfervorizando al espíritu que lo profesa, percibo un hondo y personal sentimiento del impenetrable misterio de que son símbolos o cifras todos los dogmas.

La preocupación del Misterio infinito es inmortal en la conciencia humana. Nuestra imposibilidad de esclarecerlo no es eficaz más que para avivar la tentación irresistible con que nos atrae, y aun cuando esta tentación pudiera extinguirse, no sería sin sacrificio de las más hondas fuentes de idealidad para la vida y de elevación para el pensamiento. Nos inquietarán siempre la oculta razón de lo que nos rodea, el origen de dónde venimos, el fin adónde vamos, y nada será capaz de sustituir al sentimiento religioso para satisfacer esa necesidad de nuestra naturaleza moral; porque lo absoluto del Enigma hace que cualquiera explicación positiva de las cosas quede fatalmente, respecto de él, en una desproporción infinita, que sólo podrá llenarse por la absoluta iluminación de una fe. Desde este punto de vista, la legitimidad de las religiones es evidente. Flaquean en lo que tienen de circunscrito y negativo; flaquean cuando pretenden convertir lo que es de una raza, de una civilización o de una era: el dogma concreto y las fórmulas plásticas del culto, en esencia eterna e

inmodificable, levantada sobre la evolución de las ideas, los sentimientos y las costumbres. Y flaquean aun más y justifican la protesta violenta y la resistencia implacable, cuando, descendiendo de la excelsa esfera que les es propia, invaden el campo de los intereses y pasiones del mundo, convertidas en instrumentos de predominio material, que hieren con los filos de la intolerancia y aspiran a imponerse por la represión de las conciencias.

Si tuvieran la noción clara de sus límites, nada faltaría para sellar por siempre su convivencia amistosa con el espíritu de investigación positiva y con los fueros de la libertad humana. "La posición central de las religiones es inexpugnable", ha dicho Herbert Spencer en aquel maravilloso capítulo de *Los primeros principios* que se intitula "Reconciliación", y en el que la austeridad del pensamiento científico llega —sin otra fuerza patética que su propia desnuda eficacia— a producir en nuestro ánimo conmovido el sentimiento de concordia, de paz, de beatitud, con que el espectador del teatro antiguo asistía, en el solemne desenlace de la tragedia, a la solución y purificación de todo conflicto de pasiones: efecto de serenidad ideal que constituye el más alto de los triunfos, así en la esfera del pensamiento especulativo como en la del arte.

Yo, que soy tan profundamente latino en mi concepción de la belleza y de la vida y en mis veneraciones históricas, encuentro en nuestro *libre pensamiento* latino una tendencia a la declamación *forense* —eterna enemiga de la austera *Mens* interior— y una unilateralidad y una ausencia de delicadeza y penetración intuitiva para llegar al espíritu de las religiones y comprender y sentir su eterno fondo inefable, que le dejan a cien leguas de las inspiradas intuiciones de un Carlyle, cuyo sentido profundo alcanza hasta iluminar en germen noble de idealidad y superiores anhelos que despunta en la adoración temblorosa del salvaje ante el grosero fetiche. El pensamiento francés es mi encanto, y con todo, muy rara vez he encontrado en autores franceses, aun los más sutiles, aun los más hondos, página donde se establezca la posición de la conciencia libre frente al problema religioso de manera que plenamente me satisfaga. Ernesto Renán es una excepción. Hay en la manera como este extraordinario espíritu toca cuanto se relaciona con el sentimiento y el culto del eterno Misterio, un tacto exquisito y una facultad de simpatía y comprensión tan hondas, que hacen que se desprenda de sus páginas —es-

*cépticas y disolventes* para el criterio de la vulgaridad— una real inspiración religiosa, de las más profundas y durables, de las que perseveran de por vida en el alma que ha recibido una vez su balsámica unción.

El libre pensamiento, tal como yo lo concibo y lo profeso, es, en su más íntima esencia, la tolerancia, y la tolerancia fecunda no ha de ser sólo pasiva, sino activa también; no ha de ser sólo actitud apática, consentimiento desdénso, fría lenidad, sino cambio de estímulos y enseñanzas, relación de amor, poder de simpatía que penetre en los abismos de la conciencia ajena con la intuición de que nunca será capaz el corazón indiferente.

Y más que cualesquiera otras, son las cuestiones religiosas las que requieren este alto género de tolerancia, porque son aquellas en que por más parte entra el fondo *inconsciente* e inefable de cada espíritu, y en que más se ha menester de esa segunda vista de la sensibilidad, que llega a donde no alcanza la perspicuidad del puro conocimiento.

Con esa tolerancia he leído, sentido y comprendido su libro; yo, que si como objeto de análisis fríamente intelectual hubiera de tomarlo, sólo hallaría motivo en él para una crítica estrecha y negativa. En general, con esa tolerancia encaro cuanto leo, si reconozco en ello sinceridad, ya se trate de religión, de ciencia o de literatura. En la educación de mi espíritu, de una cosa estoy satisfecho, y es de haber conquistado, merced a una constante disciplina interior —favorecida por cierta tendencia innata de mi naturaleza mental—, aquella superior amplitud que permite al juicio y al sentimiento, remontados sobre sus estrechas determinaciones personales, percibir la nota de verdad que vibra en el timbre de toda convicción sincera, sentir el rayo de poesía que ilumina toda concepción elevada del mundo, libar la gota de amor que ocupa el fondo de todo entusiasmo desinteresado.

Por eso, del libro suyo que vino a mí no puede decirse que viniera a real de enemigo. ¿Quién habla de enemistad cuando se trata de las confidencias de ideales y esperanzas que se cruzan de corazón a corazón, de conciencia a conciencia? La enemistad por razón de ideas es cosa de fanáticos: de los fanáticos que creen y de los que niegan. Las almas generosas hallan en la misma diferencia de sus ideas, y en los coloquios que de esta diferencia nacen, el fundamento de una comensalía espiritual. Nos encontramos en el camino; usted me habla de su fe y del amor que le tiene

con sinceridad y entusiasmo; yo le escucho con interés. Cuando me llegue el turno, yo le hablaré, con igual íntima verdad, de la manera como a mi alma se impone la atracción del formidable enigma, y de lo que creo, y de lo que dudo; y usted me escuchará también, y así ambos saldremos ganando; porque lo único que no deja beneficio al espíritu es la falsedad, es la vulgaridad, es la pasión fanática; es el sermón del clerizonte zafio, sin caridad ni delicadeza; es la invectiva del jacobino furibundo, sin elevación ni cultura, mientras que siempre hay algo que aprender en lo que piensa y siente sobre las cosas superiores un alma lealmente enamorada del bien y la verdad.

Créame su affmo. amigo,

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

## MOTIVOS DE PROTEO <sup>1</sup>

...*Todo se trata por parábolas.*  
MARCOS, IV, 11.

### I

REFORMARSE ES VIVIR... Y, desde luego, nuestra transformación personal, en cierto grado, ¿no es ley constante e infalible en el tiempo? ¿Qué importa que el deseo y la voluntad queden en un punto si el tiempo pasa y nos lleva? El tiempo es el sumo innovador. Su potestad, bajo la cual cabe todo lo creado, se ejerce de manera tan segura y continua sobre las almas como sobre las cosas. Cada pensamiento de tu mente, cada movimiento de tu sensibilidad, cada determinación de tu albedrío, y aun más, cada instante de la aparente tregua de indiferencia o de sueño, con que se interrumpe el proceso de tu actividad consciente, pero no el de aquella otra que se desenvuelve en ti sin participación de tu voluntad y sin conocimiento de ti mismo, son un impulso más en el sentido de una modificación, cuyos pasos acumulados producen esas transformaciones visibles de edad a edad, de decenio a decenio: mudas de alma, que sorprenden acaso a quien no ha tenido ante los ojos el gradual desenvolvimiento de una vida, como sorprende al viajero que torna, tras larga ausencia, a la patria, ver las cabezas blancas de aquellos a quienes dejó en la mocedad.

Cada uno de nosotros es, sucesivamente, no *uno*, sino *muchos*. Y estas personalidades sucesivas, que emergen las unas de las otras, suelen ofrecer entre sí los más raros y asombrosos contrastes. Sainte-Beuve significaba la impresión que tales metamorfosis psíquicas del tiempo producen en quien no ha sido espectador de sus fases relativas, recordando el sentimiento que experimentamos

<sup>1</sup> Texto íntegro.

ante el retrato del Dante adolescente, pintado en Florencia: el Dante cuya dulzura casi jovial es viva antítesis del gesto amargo y tremendo con que el Gibelino dura en el monetario de la gloria; o bien ante el retrato del Voltaire de los cuarenta años, con su mirada de bondad y ternura, que nos revela un mundo íntimo helado luego por la malicia senil del demoleedor.

¿Qué es, si bien se considera, la "Atalía", de Racine, sino la tragedia de esta misma transformación fatal y lenta? Cuando la hiera el fatídico sueño, la adoradora de Baal advierte que ya no están en su corazón, que el tiempo ha domado la fuerza, la soberbia, la resolución espantable, la confianza impávida que la negaban al remordimiento y la piedad. Y para transformaciones como éstas, sin exceptuar las más profundas y esenciales, no son menester bruscas rupturas, que cause la pasión o el hado violento. Aun en la vida más monótona y remansada son posibles, porque basta para ellas una blanda pendiente. La eficiencia de las *causas actuales*, por las que el sabio explicó, mostrando el poder de acumulación de acciones insensibles, los mayores cambios del orbe, alcanza también a la historia del corazón humano. Las *causas actuales* son la clave de muchos enigmas de nuestro destino. — ¿Desde qué día preciso dejaste de creer? ¿En qué preciso día nació el amor que te inflama? — Pocas veces hay respuesta para tales preguntas. Y es que cosa ninguna pasa en vano dentro de ti; no hay impresión que no deje en tu sensibilidad la huella de su paso; no hay imagen que no estampe una leve copia de sí en el fondo inconsciente de tus recuerdos; no hay idea ni acto que no contribuyan a determinar, aun cuando sea en proporción infinitesimal, el rumbo de tu vida, el sentido sintético de tus movimientos, la forma fisonómica de tu personalidad. El dientecillo oculto que roe en lo hondo de tu alma; la gota de agua que cae a compás en tus antros oscuros; el gusano de seda que teje allí hebras sutilísimas, no se dan tregua ni reposo; y sus operaciones concordes, a cada instante te matan, te rehacen, te destruyen, te crean... Muertes cuya suma es la muerte; resurrecciones cuya persistencia es la vida. — ¿Quién ha expresado esta inestabilidad mejor que Séneca, cuando dijo, considerando lo fugaz y precario de las cosas: "Yo mismo, en el momento de decir que todo cambia, ya he cambiado"? Perseveramos sólo en la continuidad de nuestras modificaciones; en el orden, más o menos regular, que las rige; en la fuerza que nos lleva adelante hasta arribar a la transforma-

ción más misteriosa y trascendente de todas... Somos la estela de la nave, cuya entidad material no permanece la misma en dos momentos sucesivos, porque sin cesar muere y renace de entre las ondas: la estela, que es, no una persistente realidad, sino una forma andante, una sucesión de impulsos rítmicos, que obran sobre un objeto constantemente renovado.

## II

*Hija de la necesidad es esta transformación continua*; pero servirá de marco en que se destaque la energía racional y libre desde que se verifique bajo la mirada vigilante de la inteligencia y con el concurso activo de la voluntad. Si en lo que se refiere a la lenta realización de su proceso, ella se ampara en la oscuridad de lo inconsciente, sus direcciones resultantes no se substraen de igual modo a la atención, ni se adelantan al vuelo previsor de la sabiduría. Y si inevitable es el poder transformador del tiempo, entra en la jurisdicción de la iniciativa propia el limitar ese poder y compartirlo, ya estimulando o retardando su impulso, ya orientándolo a determinado fin consciente, dentro del ancho espacio que queda entre sus extremos necesarios.

Quien, con ignorancia del carácter dinámico de nuestra naturaleza, se considera alguna vez definitiva y absolutamente constituido, y procede como si lo estuviera, deja, en realidad, que el tiempo lo modifique a su antojo, abdicando de la participación que cabe a la libre reacción sobre uno mismo, en el desenvolvimiento de la propia personalidad. El que vive racionalmente es, pues, aquel que, advertido de la actividad sin tregua del cambio, procura cada día tener clara noción de su estado interior y de las transformaciones operadas en las cosas que le rodean, y con arreglo a este conocimiento siempre en obra, rige sus pensamientos y sus actos.

La persistencia indefinida de la educación es ley que fluye de lo incompleto y transitorio de todo equilibrio *actual* de nuestro espíritu. Uno de los más funestos errores, entre cuantos puedan viciar nuestra concepción de la existencia, es el que nos la hace figurar dividida en dos partes sucesivas y naturalmente separadas: la una, propia para aprender; aquella en que se acumulan las provisiones del camino y se modelan para siempre las energías

que luego han de desplegarse en acción; la otra, en que ya no se aprende ni acumula, sino que está destinada a que invirtamos, en provecho nuestro y de los otros, lo aprendido y acumulado. ¡Cuánto más cierto no es pensar que, así como del campo de batalla se sale a otra más recia y difícil, que es la vida, así también las puertas de la escuela se abren a otra mayor y más ardua, que es el mundo! Mientras vivimos, está sobre el yunque nuestra personalidad. Mientras vivimos, nada hay en nosotros que no sufra retoque y complemento. Todo es revelación, todo es enseñanza, todo es tesoro oculto en las cosas; y el sol de cada día arranca de ellas nuevo destello de originalidad. Y todo es, dentro de nosotros, según transcurre el tiempo, necesidad de renovarse, de adquirir fuerzas y luz nuevas, de apercibirse contra males aún no sentidos, de tender a bienes aún no gozados; de preparar, en fin, nuestra adaptación a condiciones de que no sabe la experiencia. Para satisfacer esta necesidad y utilizar aquel tesoro, conviene mantener viva en nuestra alma la idea de que ella está en perpetuo aprendizaje e iniciación continua. Conviene, en lo intelectual, cuidar de que jamás se marchite y desvanezca por completo en nosotros el interés, la curiosidad del niño, esa agilidad de la atención nueva y candorosa, y el estímulo que nace de saberse ignorante (ya que lo somos siempre), y un poco de aquella fe en la potestad que ungió los labios del maestro y consagraba las páginas del libro, no radicada ya en un solo libro, ni en un solo maestro, sino dispersa y difundida donde hay que buscarla. Y en la disciplina del corazón y la voluntad, de donde el alma de cada cual toma su temple, conviene, aun en mayor grado, afinar nuestra potencia de reacción, vigilar las adquisiciones de la costumbre, alentar cuanto propenda a que extendamos a más ancho espacio nuestro amor, a nueva aptitud nuestra energía, y concitar las imágenes que anima la esperanza contra las imágenes que mueve el recuerdo, legiones enemigas que luchan, la una por nuestra libertad, la otra por nuestra esclavitud.

### III

*Mientras no sea posible* mantener en la sucesiva realización de nuestra personalidad el ritmo sosegado y constante de las transformaciones del tiempo, rigiéndolas y orientándolas, pero sin

quitarles la condición esencial de su medida, impórtanos quedar fieles a ese ritmo sagrado. La antigüedad imaginó hijas de la Justicia a las Horas: mito de sentido profundo. Una vida idealmente armoniosa sería tal que cada día de los que la compusieran significase, mediante los concertados impulsos del tiempo y de la voluntad, a él adaptada, un paso hacia adelante; un cierto desasimiento más respecto de las cosas que atrás quedan, y una cierta vinculación correlativa, con otras que a su vez preparasen aquellas que están por venir; una leve y atinada inflexión que concurriera a determinar el sesgo total de la existencia. Si los combates del mundo, y los mil gérmenes de desigualdad de todo carácter personal, no dificultasen el sostenimiento de ese orden, bastaría tomar nuestra vida en dos instantes cualesquiera de su desenvolvimiento, para de la relación de entrambos levantarse a la armónica arquitectura del conjunto: como por la subordinación de proporciones que faculta a reconstituir, con sólo el hallazgo de un diente, el organismo extinguido; o como por el módulo, que, dado el espesor de una columna, permite averiguar, en las construcciones de los artifices antiguos, la euritmia completa de la fábrica.

El tonificante placer que trae el adecuado cumplimiento de nuestra actividad espiritual se origina de la rítmica circulación de nuestros sentimientos e ideas; no de otro modo que como el placer de la bien trabada danza, en la que puede señalarse la más exacta imagen de una vida armoniosa, tiene su principio en el ritmo de las sensaciones musculares. Danza, en la altura griega del concepto, es la vida, o si se quiere, la *idea* de la vida; danza a cuya hermosura contribuyen, con su *música* el pensamiento, con su *gimnástica* la acción. Cantando el poeta del *Wallenstein* el hechizo de la activa escultura humana, pregunta a quien con ágil cuerpo sigue las sonoras cadencias: —“¿Por qué lo que así respeta en el juego lo desconoces en la acción: por qué desconoces la medida?”

Gracia y facilidad de hacer son una misma cosa; los caracteres del movimiento bello son, al propio tiempo, elementos de economía dinámica. En lo físico como en lo moral, economizamos nuestras fuerzas por la elegancia, por el orden, por la proporción. Pasar de una a otra idea, de uno a otro sentimiento, como a favor de un blando declive, en gradación morosa y deleitable; relacionar entre sí las sucesivas tendencias de nuestra voluntad, de manera que no determinen direcciones independientes e inconexas, en que la acción

acabe bruscamente al final de cada una, para renacer, por nuevo arranque y esfuerzos, con la otra; sino que todas ellas se eslabonen en un único y persistente movimiento, modificado sólo en cuanto a su dirección, como por un impulso lateral que le comunicara de continuo la inflexión necesaria; tal podrían definirse las condiciones de que dependen la facilidad y gracia de nuestra actividad. Así, quien sin cálculo ni ensayo se lanza de súbito a una empresa ignorada, padece desconcierto y fatiga; mientras que el esfuerzo es fácil y grato en el que con sabia previsión lo espera y por ejercicios preparatorios se apercibe de él. Para quien ha de abandonar de improviso una situación de alma en que gozó dicha y amor, la ruptura es causa de acerbo desconuelo; en tanto que aquel otro que se aleja de ideas o afecciones que tuvo, por pasos lentos y graduados, como quien asiste, desde el barco que parte, al espectáculo de la orilla, las ve desvanecerse en el horizonte del tiempo sólo con tranquila tristeza, y aun quizá con delectación melancólica.

El esquema de una vida que se manifiesta en actividad bien ordenada sería una curva de suave y graciosa ondulación. Varía es la curva en su movimiento; la severa recta, siempre igual a sí misma, tiende del modo más rápido a su fin: pero sólo por la transición, más o menos violenta, de los ángulos, podrá la recta enlazarse a su término con otra que nazca de un impulso en nuevo y divergente sentido; mientras que, en la curva, unidad y diversidad se reúnen; porque, cambiando constantemente de dirección, cada dirección que toma está indicada de antemano por la que la precede.

## IV

*Del desenvolvimiento regular y fácil de la vida en esa curva que enlaza sus modificaciones, se engendra la armonía de sus diferentes edades, la belleza inherente al ser propio y genial de cada una; el orden típico que hace de ellas como los cantos de un bien proporcionado poema, en el que cada paso de la acción concurre a la unidad que consagrará majestuosamente el desenlace, o que acaso quedará suspensa, con poético misterio, por la interrupción de la obra, trunca mas no desentonada, cuando la Naturaleza desista, a modo del poeta negligente, de terminar el poema que empezó: cuando la vida escolle en prematura muerte.*

La verdadera juventud eterna depende de esta rítmica y tenaz renovación, que ni anticipa vanamente lo aún no maduro, ni consiente adherirse a los modos de vida propios de circunstancias ya pasadas, provocando el despecho, la decepción y la amargura que trae consigo el fracaso del esfuerzo estéril; sino que acierta a encontrar, dentro de las nuevas posibilidades y condiciones de existencia, nuevos motivos de interés y nuevas formas de acción; lo que procura en realidad al alma cierto sentimiento de juventud inextinguible, que nace de la conciencia de la vida perpetuamente renovada y de la constante adaptación de los medios al fin en que se emplean.

Cuando de tal modo se la guíe, la obra ineluctable del tiempo no será regresión que robe al alma fuerzas y capacidades; ni será como una profanación, por manos bárbaras, de las cosas delicadas y bellas que juntó en sus primeros vuelos el coro de las Horas divinas. Será un descubrimiento de horizontes; será la vida soñada, que, palideciendo, se engrandece. Así, sobre el conjunto de las historias gloriosas de los hombres, domina, como la paz de las alturas, la excelstitud de las ancianidades triunfales; la ancianidad de Epiménides, la ancianidad del Tiziano, la ancianidad de Humboldt; y más alto que todas, la ancianidad de Sófocles, cúspide de la más bella y armoniosa existencia en que encarnó la serenidad del alma antigua, y que, culminando a un tiempo en años y en genio, pone en labios de la vejez, de cuya poesía sabe, sus más líricos metros, que son la apoteosis de su tierra y su estirpe en el himno inmortal de los ancianos de Colono.

Arrobadora idealidad, austero encanto, los de la vida que acaba completando un orden dialéctico de humana perfección... ¿Vamos, por verlo, allí donde nos conduce ese mismo nombre de Sófocles, si remontamos la corriente del tiempo?

## V

*Henos aquí en Atenas. El Cerámico abre espacioso cauce a ingente muchedumbre que, en ordenada procesión, avanza hacia la ciudad, que no trabaja; se interna en ella; la recorre por donde es más hermosa y pulcra y trepa la falda de la Acrópolis. En lo alto, en el Partenón, Palas Atenea aguarda el homenaje de su pueblo: es la fiesta que le está consagrada.*

Ves desfilar los magistrados, los sacerdotes, los músicos; ves aparecer doncellas que llevan ánforas y canastas rituales, graciosamente asentadas sobre la cabeza con apoyo del brazo. Pero allí, tras el montón de bueyes lucios, escogidos, que marchan a ser sacrificados a la diosa; allí, precediendo a esa gallarda legión de adolescentes, ya a pie, ya en carros, ya a caballo, que entonan belicoso himno, ¿no percibes un concierto venerable de formas y movimientos semejantes a las notas de una música sagrada que se escuchase con los ojos; no ves pintarse un cuadro majestuoso y severo: cuadro viviente, del que se desprende una onda de gravedad sublime, en que se embebe el alma como en la mirada serenante de un dios? . . . Grandes y firmes estaturas; acompasada marcha en que la lentitud del movimiento no acusa punto de debilidad ni de fatiga; frentes que dicen majestad, reposo, nobleza, y en las que el espacio natural se ha dilatado a costa de una parte del cabello blanquísimo, que cae en ondas en dirección a las espaldas, levemente encorvadas; ojos lejanos, por lo abismados en las órbitas; olímpicos, por el modo de mirar; barbas de nieve que velan en difusa esclavina la rotundidad del pecho anchuroso. . . ¿qué selección divina ha constituido ese coro de hermosura senil, donde la mirada se alivia del fulgor de juventud radiante que recoge si atiende a la multitud que viene luego? Cada tribu del Ática ha contribuido a él con sus ancianos más hermosos; Atenas las ha invitado a este concurso; Atenas premiará a la que más hermosos los envíe; y coronando el espectáculo en que parece reunir cuanto hay de bello y noble en la existencia, para ostentarlo ante su diosa, señala así en la ancianidad el don de una belleza genérica, que es, en lo plástico, correspondencia de una belleza ideal, propia también y diferenciada de la que conviene a la idea de la juventud, en la sensibilidad, en la voluntad y en el entendimiento.

## VI

*La sucesión* rítmica y gradual de la vida, sin remansos rápidos, de modo que la voluntad, rigiendo el paso del tiempo, sea como timonel que no tuviera más que secundar la espontaneidad amiga de la onda, es, pues, idea en que debemos tratar de modelarnos; pero no ha de entenderse que sea realizable por completo,

mucho menos desde que falta del mundo aquella correlación o conformidad, casi perfecta, entre lo del ambiente y lo del alma, entre el escenario y la acción, que fué excelencia de la edad antigua. Las mudanzas sin orden, los bruscos cambios de dirección, por más que alteren la proporcionada belleza de la vida y perjudiquen a la economía de sus fuerzas, son, a menudo, fatalidad de que no hay modo de eximirse, ya que los acontecimientos e influencias del exterior, a que hemos de adaptarlos, suelen venir a nosotros, no en igual y apacible corriente, sino en oleadas tumultuosas, que apuran y desequilibran nuestra capacidad de reacción.

No es sólo en la vida de las colectividades donde hay lugar para los sacudimientos revolucionarios. Como en la historia colectiva, prodúcense en la individual momentos en que inopinados motivos y condiciones, nuevos estímulos y necesidades, aparecen, de modo súbito, anulando quizá la obra de luengos años y suscitando lo que otros tantos requeriría, si hubiera de esperárselo de la simple continuidad de los fenómenos; momentos iniciales o *palingenésicos*, en que diríase que el alma entera se funde y las cosas de nuestro inmediato pasado vuélvense como remotas o ajenas para nosotros. El propio desenvolvimiento natural, tal como es por esencia, ofrece un caso típico de estas transiciones repentinas, de estas revoluciones vitales: lo ofrece así en lo moral como en lo fisiológico, cuando la vida salta, de un arranque, la valla que separa el candor de la primera edad de los ardores de la que la sigue, y sensaciones nuevas invaden en irrupción y tumulto la conciencia, mientras el cuerpo, transfigurándose, acelera el ritmo de su crecimiento.

Suele el curso de la vida moral, según lo determinan los declives y los vientos del mundo, traer en sí mismo, sin intervención, y aun sin aviso de la conciencia, esos rápidos de su corriente; pero es también de la iniciativa voluntaria provocar, a veces, la sazón o coyuntura de ellos; y siempre, concluir de ordenarlos sabiamente al fin que convenga. Así como hay el arte de la persistente evolución, que consiste en guiar con hábil mano el movimiento espontáneo y natural del tiempo, arte que es de todos los días, hay también el arte de las heroicas ocasiones, aquellas en que es menester forzar la acompasada sucesión de los hechos; el arte de los grandes impulsos y de los enérgicos desasimientos, y de las vocaciones improvisas. La voluntad, que es juiciosa en respetar la jurisdicción del tiempo, fuera inactiva y flaca en aban-

donársele del todo. Por otra parte, no hay desventaja o condición de inferioridad que no goce de compensación relativa; y el cambiar por tránsitos bruscos y contrastes violentos, si bien interrumpe el orden en que se manifiesta una vida armoniosa, suele templar el alma y comunicarle la fortaleza en que acaso no fuera capaz de iniciarla más suave movimiento; bien así como el hierro se templea y hace fuerte pasando del fuego abrasador al frío del agua.

## VII

*Rítmica y lenta evolución de ordinario*; reacción esforzada si es preciso; cambio consciente y orientado, siempre. O es perpetua renovación o es una lánguida muerte nuestra vida. Conocer lo que dentro de nosotros ha muerto y lo que es justo que muera, para desembarazar el alma de este peso inútil; sentir que el bien y la paz de que se goce después de la jornada han de ser, con cada sol, nueva conquista, nuevo premio, y no usufructo de triunfos que pasaron; no ver término infranqueable en tanto haya acción posible, ni imposibilidad de acción mientras la vida dura; entender que toda circunstancia fatal para la subsistencia de una forma de actividad, de dicha, de amor, trae en sí como contrahaz y resarcimiento, la ocasión propicia a otras formas; saber de lo que dijo el sabio cuando afirmó que todo fué hecho hermoso *en su tiempo*: cada oportunidad, única para su obra: cada día, interesante en su originalidad; anticiparse al agotamiento y al hastío, para desviar al alma del camino en que habría de encontrarse con ellos, y si se adelantan a nuestra previsión, levantarse sobre ellos por un *invento* de la voluntad (la voluntad es, tanto como el pensamiento, una potencia inventora) que se proponga y fije nuevo objetivo; renovarse, transformarse, rehacerse... ¿no es ésta toda la filosofía de la acción y de la vida; no es ésta la vida misma, si por tal hemos de significar, en lo humano, cosa diferente en esencia del sonambulismo del animal y del vegetar de la planta?... Y ahora he de referirte cómo vi jugar, no ha muchas tardes, a un niño, y cómo de su juego vi que fluía una enseñanza parábólica.

## VIII

... *A menudo se oculta un sentido sublime en un juego de niño.*

SCHILLER

*Jugaba el niño* en el jardín de la casa con una copa de cristal que, en el líquido ambiente de la tarde, un rayo de sol tornasolaba como un prisma. Manteniéndola, no muy firme, en una mano, traía en la otra un junco con el que golpeaba acompasadamente en la copa. Después de cada toque, inclinando la graciosa cabeza, quedaba atento, mientras las ondas sonoras, como nacidas de vibrante trino de pájaro, se desprendían del herido cristal y agonizaban suavemente en los aires. Prolongó así su improvisada música hasta que, en un arranque de volubilidad, cambió el motivo de su juego: se inclinó a tierra, recogió en el hueco de ambas manos la arena limpia del sendero, y la fué vertiendo en la copa hasta llenarla. Terminada esta obra, alisó, por primor, la arena desigual de los bordes. No pasó mucho tiempo sin que quisiera volver a arrancar al cristal su fresca resonancia: pero el cristal, enmudecido, como si hubiera emigrado un alma de su diáfano seno, no respondía más que con un ruido de seca percusión al golpe del junco. El artista tuvo un gesto de enojo para el fracaso de su lira. Hubo de verter una lágrima, mas la dejó en suspenso. Miró como indeciso, a su alrededor; sus ojos húmedos se detuvieron en una flor muy blanca y pomposa, que a la orilla de un cantero cercano, meciéndose en la rama que más se adelantaba, parecía rehuir la compañía de las hojas, en espera de una mano atrevida. El niño se dirigió, sonriendo, a la flor; pugnó por alcanzar hasta ella; y aprisionándola, con la complicidad del viento, que hizo abatirse por un instante la rama, cuando la hubo hecho suya, la colocó graciosamente en la copa de cristal, vuelta un ufano búcaro, asegurando el tallo endeble merced a la misma arena que había sofocado el alma musical de la copa. Orgulloso de su desquite, levantó, cuan alto pudo, la flor entronizada, y la paseó, como en triunfo, por entre la muchedumbre de las flores.



## IX

¡*Sabia, candorosa filosofía!* —pensé—. Del fracaso cruel no recibe desaliento que dure, ni se obstina en volver al goce que perdió, sino que de las mismas condiciones que determinaron el fracaso toma la ocasión de nuevo juego, de nueva idealidad, de nueva belleza... ¿No hay aquí un polo de sabiduría para la acción? ¡Ah, si en el transcurso de la vida todos imitáramos al niño! ¡Si ante los límites que pone sucesivamente la fatalidad a nuestros propósitos, nuestras esperanzas y nuestros sueños, hiciéramos todos como él!... El ejemplo del niño dice que no debemos empeñarnos en arrancar sonidos de la copa con que nos embelesamos un día, si la naturaleza de las cosas quiere que enmudezca. Y dice luego que es necesario buscar, en derredor de donde entonces estemos, una reparadora flor, una flor que poner sobre la arena por quien el cristal se tornó mudo... No rompamos torpemente la copa contra las piedras del camino sólo porque haya dejado de sonar. Tal vez la flor reparadora existe. Tal vez está allí cerca. Esto declara la parábola del niño, y toda filosofía viril, *viril* por el espíritu que la anime, confirmará su enseñanza fecunda.

## X

*En el fracaso, en la desilusión*, que no provengan del fácil desánimo de la inconstancia; viendo el sueño que descubre su vanidad o su altura inaccesible; viendo la fe que, seca de raíz, te abandona; viendo el ideal que, ya agotado, muere, la filosofía viril no será la que te induzca a aquella terquedad insensata que no se rinde ante los muros de la necesidad; ni la que te incline al escepticismo alegre y ocioso, casa de Horacio, donde hay guirnalda para orlar la frente del vencido; ni la que, como en Harold, suscite en ti la desesperación rebelde y trágica; ni la que te ensorberzca, como a Alfredo de Vigny, en la impasibilidad de un estoicismo desdeñoso; ni tampoco será la de la aceptación inerme y vil, que tienda a que halles buena la condición en que la pérdida de tu fe o de tu amor te haya puesto, como aquel Agripino de que se habla en los clásicos, singular adúlador del mal propio, que hizo el elogio

de la fiebre cuando ella le privó de salud, de la infamia cuando fué tildado de infame, del destierro cuando fué lanzado al destierro.

La filosofía digna de almas fuertes es la que enseña que del mal irremediable ha de sacarse la aspiración a un bien distinto de aquel que cedió al golpe de la fatalidad: estímulo y objeto para un nuevo sentido de la acción, nunca segada en sus raíces. Si apuras la memoria de los males de tu pasado, fácilmente verás cómo de la mayor parte de ellos tomó origen un retoñar de bienes relativos, que si tal vez no prosperaron ni llegaron a equilibrar la magnitud del mal que les sirvió de sombra propicia, fué acaso porque la voluntad no se aplicó a cultivar el germen que ellos le ofrecían para su desquite y para el recobro del interés y contento de vivir.

Así como a aquel que ha menester aplacar en su espíritu el horror a la muerte, y no la ilumina con la esperanza de la inmortalidad, conviene imaginarla como una natural transformación, en la que el ser persiste, aunque desaparezca una de sus formas transitorias, de igual manera, si se quiere templar la acerbidad del dolor, nada más eficaz que considerarlo como ocasión o arranque de un cambio que puede llevarnos en derecha a nuevo bien: a un bien acaso suficiente para compensar lo perdido. A la vocación que fracasa puede suceder otra vocación; al amor que perece, puede sustituirse un amor nuevo; a la felicidad desvanecida puede hallarse el reparo de otra manera de felicidad... En lo exterior, en la perspectiva del mundo, la mirada del sabio percibirá casi siempre la flor de consolación con que adornar la copa que el hado ha vuelto silenciosa; y mirando adentro de nosotros, a la parte del alma que lleva tal vez a revelarse si lo conocido de ésta se marchita o agota, ¡cuánto podría decirse de las aptitudes ignoradas por quien las posee; de los ocultos tesoros que, en momento oportuno, surgen a la claridad de la conciencia y se traducen en acción resuelta y animosa!

Hay veces, ¿quién lo duda?, en que la reparación del bien perdido puede cifrarse en el rescate de este mismo bien; en que cabe volcar la arena de la copa, para que el cristal resuene tan primorosamente como antes; pero si es la fuerza inexorable del tiempo, u otra forma de la necesidad, la causa de la pérdida, entonces la obstinación imperturbable resultaría actitud tan irracional como la conformidad cobarde e inactiva y como el desaliento trágico o escéptico. El bien que muere nos deja en la mano una semilla

de renovación; ya sean los obstáculos de afuera quienes nos lo roben, ya lo desgaste y consuma, dentro de nosotros mismos, el hastío: ese instintivo clamor del alma que aspira a nuevo bien, como la tierra harta del sol clama por el agua del cielo.

## XI

*Don Quijote*, maestro en la locura razonable, y la sublime cordura, tiene en su historia una página que aquí es oportuno recordar. ¿Y habrá de él acción o concepto que no entrañe un significado inmortal, una enseñanza? ¿Habrá paso de los que dió por el mundo que no equivalga a mil pasos hacia arriba, hacia allí donde nuestro juicio marra y nuestra prudencia estorba?... Vencido Don Quijote en singular contienda por el Caballero de la Blanca Luna, queda obligado, según la condición del desafío, a desistir por cierto tiempo de sus andanzas y dar tregua a su pasión de aventuras. Don Quijote, que hubiera deseado perder, con el combate, la vida, acata el compromiso de honor. Resuelto, aunque no resignado, toma el camino de su aldea. "Cuando era —dice— caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y ahora, cuando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras cumpliendo la que di de mi promesa." Llega con Sancho al prado donde en otra ocasión habían visto unos pastores dedicados a imitar la vida de la Arcadia, y allí una idea levanta el ánimo del vencido caballero, como fermento de sus melancolías. Dirigiéndose a su acompañante, le hace proposición de que, mientras cumplen el plazo de su forzoso retraimiento, se consagren ambos a la vida pastoril, y arrullados por música de rabeles, gaitas y albogues, concierten una viva y deleitosa Arcadia en el corazón de aquella soledad amena. Allí les darán "sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas a pesar de la oscuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amar conceptos con que podrían hacerse eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos"... ¿Entiendes la trascendental belleza de este acuerdo? La condena de abandonar por cierto espacio de tiempo su ideal de vida no mueve a Don Quijote ni a la rebelión contra la obediencia que le impone el honor, ni a la tristeza

quejumbrosa y baldía, ni a conformarse en quietud trivial y prosaica. Busca la manera de dar a su existencia nueva sazón ideal. Convierte el castigo de su vencimiento en proposición de gustar una poesía y una hermosura nuevas. Propende desde aquel punto a la idealidad de la quietud, como hasta entonces había propendido a la idealidad de la acción y de la aventura. Dentro de las condiciones en que el mal hado le ha puesto, quiere mostrar que el hado podrá negarle un género de gloria, el preferido y ya en vía de lograrse; mas no podrá restañar la vena ardiente que brota de su alma, anegándola en superiores anhelos; vena capaz siempre de encontrar o labrar el cauce por donde tiende a su fin, entre las bajas realidades del mundo.

## XII

*El desengaño* (sirva esto de ejemplo), respecto de una vocación a la que convergieron, durante largo tiempo, nuestras energías y esperanzas, es, sin duda, una de las más crueles formas del dolor humano. La vida pierde su objeto; el alma, el polo de idealidad que la imantaba; y en el electuario amarguísimo de esta pena hay, a un tiempo, algo de la de aquel a quien la muerte roba su amor, y de la de aquel otro que queda sin los bienes que ganó con el afán de muchos años, y también de la de aquel que se ve expulsado y proscrito de la comunión de los suyos. El suicidio de Gros, el de Leopoldo Robert, y el que en su *Chatterton* idealizó Alfredo de Vigny, son imágenes trágicas de esta desesperación; la que, otras veces, concluye por diluir y desvanecer su amargura en el desabrimiento de la vida vulgar.

Y sin embargo, una vocación que fracasa para siempre, sea por lo insuperable de la dificultad en que tropieza el desenvolvimiento de la aptitud, sea por vicio radical de la aptitud misma, suele ser, en el plan de la Naturaleza, sólo una ocasión de variar el rumbo de la vida sin menguar su intensidad ni su honor. Con frecuencia el hado que forzó a la voluntad a abandonar el rumbo que, prometiendo gloria, seguía, ha puesto con ello el antecedente y la condición necesaria de más alta gloria. Pero aunque no entren en cuenta casos semejantes, yo me inclino a pensar que pocas veces puede tenerse por irreparable en absoluto el fracaso de una vocación, si por irreparable ha de entenderse que no sufre ser compen-

sado con la manifestación de una capacidad, más que mediana, en otro género de actividad; ni siquiera cuando el alma ve extenderse ante sí vasto horizonte de tiempo y dispone aún de poderosas fuerzas de reacción. Difícil es que conozcamos todo lo que calla y espera, en lo interior de nosotros mismos. Hay siempre en nuestra personalidad una parte virtual de que no tenemos conciencia. Una vocación poderosa que ha ejercido durante mucho tiempo el gobierno del alma, reconcentrando en sí toda la solicitud de la atención y todas las energías de la voluntad, es como luz muy viva que ofusca otras más pálidas, o como estruendo que no deja oír muchos leves rumores. Si la luz o el estruendo se apagan, los hasta entonces reprimidos dan razón de su existencia. Aptitudes latentes, disposiciones ignoradas, tienen así la ocasión propicia de manifestarse, y a menudo se manifiestan, en el momento en que pierde su ascendiente la vocación que prevalecía; tanto más cuanto que las mismas condiciones que constituyen una inferioridad sin levante para determinado género de actividad, suelen ser estímulos y superioridades con relación a otro. Rara será el alma donde no exista, en germen o potencia, capacidad alguna fuera de las que ella sabe y cultiva; como raro es el cielo tan nebuloso que jamás la puesta del sol haga vislumbrar en él una estrella, y rara la playa callada que nunca un rumor suceda en ella al silencio del mar.

Yo llamaría a estas disposiciones latentes que inhibe aquella que está en acto y goza de predilección: *las reservas* de cada espíritu. Quiero mostrarte cómo la necesidad de buscar nuevo motivo de acción, que hace recobrase nuestro ánimo después de la muerte de una vocación querida, manteniéndole en vela y atento a los llamados que pueden venir del seno de las cosas, excita, con redentora eficacia, tales capacidades ocultas, hasta sustituir (y en más de un caso sustituir ventajosamente) la aptitud cuya pérdida se deplora como irreparable infortunio.

### XIII

*Nada hay* más intensamente sugestivo para la inteligencia que un inopinado e involuntario apartamiento de la vida de acción. El alma, que cifrando en ésta sus aspiraciones primeras, encuentra ante su paso insalvables obstáculos que la obligan a reprimir aquella inclinación de su naturaleza, experimenta tal vez el melancó-

lico anhelo de tender, por el camino de la especulación y la teoría, y por el de la imitación y simulacro que constituyen la obra de arte, al mismo objeto que no le fué dado alcanzar en realidad; o bien a un objeto diferente, determinado por la espontaneidad de la inteligencia, que sólo entonces declara su propio y personal contenido. Y no es otro el origen de muchas vocaciones de escritor, de pensador y de artista.

Vauvenargues ofrece ejemplo de ello. El amable psicólogo nació con la vocación heroica de la acción. Lanzóse en pos de este género de gloria; pero males del cuerpo se interpusieron, no bien suelta la rienda a la voluntad, entre la vida y la vocación de Vauvenargues, y en el recogimiento de la inacción forzosa nació, fecundando las melancolías del soldado, la inspiración del moralista.

Acaso nunca hubiera amanecido en Ronsard su arrogante numen de poeta si, invalidado por temprana afección para los oficios de la diplomacia, no pasara de mensajero del rey a corifeo de la *Pléyade*. Y Escalígero, como Niepce, como Hartmann, como cien más, que alguna vez soñaron con los lauros del héroe, debieron también a imposibilidad física de perseverar en la vida de acción la conciencia del género de aptitud por que llegaron a ser grandes. No de otra manera la enfermedad que apartó a William Prescott de las disputas del foro le puso en su glorioso camino de historiador, y la herida que entorpeció la mano de Rugendas para el esfuerzo del buril fué la ocasión de que, probándose en mayores empresas, cobrase más fama por sus cuadros que por sus grabados.

Una singular semejanza hay en la historia de dos artistas líricos que, habiendo perdido prematuramente el don natural que los capacitaba para el canto, lucen en la memoria de la posteridad con el resplandor de otros altos dones, manifestados luego. Tales son el pintor Ciceri y Andersen, el cuentista danés. Pedro Carlos Ciceri era en su juventud, allá en tiempos en que Crescentini conmovía con la magia de su garganta a la corte de Napoleón I, una hermosa promesa de la escena lírica, por el privilegio de su voz y su delicado sentimiento del arte. El primor y la enamorada constancia de la vocación convergían de tal manera en él con la elección de la naturaleza, que dedicó largos años de su vida a ejercitar y educar esas disposiciones, antes de que se resolviese a mostrarlas. Cuando estaba a punto de hacerlo, he aquí que una caída violenta le deja lisiado para siempre, y Ciceri pierde sin remedio lo hermoso de su voz. Todo el afán de su existencia era

ido en humo, y ella dejaba de tener objeto que la mereciese... Para olvidar su pena, Ciceri dióse a frecuentar el estudio de un amigo pintor, y allí un interés en que parecía convalecer su alma, le vinculó poco a poco al hechizo de los colores y las líneas. Cuanto más se acogía a este interés, más le sentía trocarse en propensión al ejercicio de aquel arte, y una aptitud maravillosa respondía, con la solicitud de quien acude a un llamamiento largo tiempo esperado, a sus primeras tentativas. Este tesoro oculto, que Ciceri llevaba en lo ignorado de su alma y que quizá no sospechara jamás a no haber perdido aquel otro que más superficialmente tenía, no tardó en definir su peculiar calidad: era el instinto de la pintura escenográfica, de los grandes efectos, de perspectiva y color, de la decoración. Ciceri fué consagrado maestro único de la escenografía en aquella misma sala de la Ópera que, siendo joven, ambicionara para sus triunfos de cantante. La generación que por primera vez aplaudió a Auber, a Mayerbeer, a Rossini, asoció siempre a la memoria de las emociones de arte que conoció por ellos, la del pincel, que dió una portentosa vida plástica a sus obras.

Idéntico es el caso de Andersen, si sustituyes al don de la pintura el de las letras.

## XIV

La imposibilidad de proseguir la comenzada vía por obstáculos de orden moral, no ha sido, ciertamente, menos fecunda en sugerencias dichas. La Rochefoucauld fué uno de los caudillos de la protesta aristocrática bajo la dominación de Richelieu. En el hervor de ambiciones de la Fronza vió naufragar su ascendiente y sus sueños de acción política; y entonces, anhelando el bien del olvido, lo buscó en la vida de sociedad, tan llena, en aquel país y aquel tiempo, de estímulos intelectuales; y allí el acicate de la conversación espiritual despertó en él el talento de observación y de estilo. La Rochefoucauld fué gran escritor por no haber logrado ser gran hombre de Estado. Semejante a éste es el origen que se atribuyó en la antigüedad a la vocación de escritor de Salustio.

La condición de católico de Moore, que le cerraba, como a los demás irlandeses de su credo, las puertas de la vida pública, la cual hubiera él preferido, da lugar a su dedicación a las letras. Catinat, el futuro vencedor de Filipsburgo, abogado novel, frac-

sado cuando su iniciación en la tribuna jurídica, toma de esta mala ventura el impulso que le lleva a aspirar eficazmente a la gloria de las armas.

## XV

¿Qué vienes de buscar donde suena ese vago clamor y pueblan el aire esas cien torres? ¿Por qué tras los ojos humillados y la laxitud del cansancio estéril ahoga en ti la efervescencia de la vida en su mejor sazón?... Muchos vi pasar como tú. Sé tu historia aunque no me la cuentes, peregrino. Saliste por primera vez al campo del mundo; iban contigo sueños de ambición; se disiparon todos; perdiste el caudalito de tu alma; la negra duda se te entró en el pecho, y ahora vuelves a tu terrón sin la esperanza en ti mismo, sin el amor de ti mismo, que son la más triste desesperanza y el más aciago desamor de cuantos puede haber. Donde te atrajo la huella de los otros; donde te detuvo el vocear de los chalanos y te deslumbraron los colores de la feria; donde cien veces te sentiste mover antes de que tu voluntad se moviese, no hallaste el bien que apetecías; y herido en las alas del corazón, "el bien que soñé era vano sueño", vas pensando. Mas yo te digo que, desde el instante en que renunciaste a buscarle del modo como no podías dar con él, es cuando más cerca estás del bien que soñaste. Tu desaliento y melancolía hacen que el mirar de tus ojos, desasido de lo exterior, se reconcentre ahora en lo íntimo de ti. ¡Gran principio! ¡grande ocasión! ¡gran soplo de viento favorable!

Hay, peregrino, una senda, donde aquel que entra y avanza pierde temor al desengaño. Es ancha, lisa, recta y despejada, después de comienzos muy duros y tortuosos. Pasa por medio de todos los campos de cultivo que granjean honra y provecho. Quien por ella llega a la escena del mundo puede considerar que ha cosechado todas las plantas de mirífica virtud, de que hablan las leyendas: la bácara que preserva de la fascinación, el nepente que devuelve la alegría y el hongo que infunde el ardor de las batallas. Tener experiencia en esta senda vale tanto como llevar la piedra de parangón con que aquilatar la calidad de las cosas cuyas apariencias nos incitan. Por ella se sale a desquijarar los leones, tanto como a ceñir la oliva de paz. Cuando por otros caminos se las

busca, todas las tierras son al cabo páramos y yermos; pero si ella fué el camino, aun la más árida se trueca en fértil emporio; su sequedad se abre en veneros de aguas vivas; cúbrese las desnudas peñas de bosque, y el aire se anima con muchas y pintadas aves. Toma, peregrino, esa senda, y el bien que soñaste será tuyo. —¿Alzas los ojos? ¿Consultas, en derredor, el horizonte?... ¡No allí, no afuera, sino en lo hondo de ti mismo, en el seguro de tu alma, en el secreto de tu pensamiento, en lo recóndito de tu corazón: en ti, en ti solo, has de buscar arranque a la senda redentora!

## XVI

¿*Nada crees* ya en lo que dentro de tu alma se contiene? ¿Piensas que has apurado las disposiciones y posibilidades de ella; dices que has probado en la acción todas las energías y aptitudes que, con harta confianza, reconocías en ti mismo, y que, vencido en todas, eres ya como barco sin gobernante, como lira sin cuerdas, como cuadrante sin sol?... Pero para juzgar si de veras agotaste el fondo de tu personalidad, es menester que la conozcas cabalmente. ¿Y te atreverás a afirmar que cabalmente la conoces? El reflejo de ti que comparece en tu conciencia, ¿piensas tú que no sufre rectificación y complemento?; ¿que no admite mayor amplitud, mayor claridad, mayor verdad? Nadie logró llegar a término en el conocimiento de sí, cosa ardua sobre todas las cosas, sin contar con que, para quien mira con mirada profunda, aun la más simple y diáfana es como el agua de la mar, que cuanta más se bebe da más sed, y como cadena de abismos. ¡Y tú presumirás de conocerte hasta el punto de que te juzgues perpetuamente limitado a tu ser consciente y actual!... ¿Con qué razón pretendes sondear, de una mirada, esa complejidad no igual a la de ninguna otra alma nacida, esa *única* originalidad (por única, necesaria al orden del mundo), que en ti como en cada uno de los hombres, puso la incógnita fuerza que ordena las cosas? ¿Por qué en vez de negarte con vana negación, no pruebas avanzar y tomar rumbo a lo no conocido de tu alma?... ¡Hombre de poca fe! ¿qué sabes tú lo que hay acaso dentro de ti mismo?...

## XVII

## LA RESPUESTA DE LEUCONOE

*Soñé una vez* que volviendo el gran Trajano de una de sus gloriosas conquistas, pasó por no sé cuál de las ciudades de Etruria, donde fué agasajado con tanta espontaneidad como magnificencia. Cierta patricio preparó en honor suyo el más pomposo y delicado homenaje que hubiera podido imaginar. Escogió en las familias ciudadanas las más lindas doncellas, y las instruyó de modo que, con adecuados trajes y atributos, formasen una alegórica representación del mundo conocido, donde cada una personificara a determinada tierra, ya romana, ya bárbara, y en su nombre reverenciase al César y le hiciera ofrecimiento de sus dones. Púsose en ensayo este propósito; todo marchaba a maravilla; pero sea que, distribuidos los papeles, quedase sin ninguno una aspirante a quien no fuera posible desdeñar; sea que lo exigiese el arreglo y proporción en la manera como debían tejerse las danzas y figuras, ello es que hubo necesidad de aumentar en uno el número de las personas. Se había contado ya con todos los países del mundo, y se dudaba cómo salvar esta dificultad, cuando el patricio, que era dado a los libros, se dirigió a un estante, de donde tomó un ejemplar de las tragedias de Séneca, y buscando en la *Medea* el pasaje donde están unos versos que hoy son famosos, por el soplo profético que los inspira, habló de la presunción que hacía el poeta de la existencia de una tierra ignorada, que futuras gentes hallarían, yendo sobre el misterioso Océano; más allá (añadió el patricio) de donde situó a la sumergida Atlántida Platón. Este soñado país propuso que fuera el que completase el cuadro, ya que faltaba otro. Poco apetecible destino parecía ser el de representar a una tierra de que nada podía afirmarse, ni aun su propia existencia, mientras que todas las demás daban ocasión para lucir pintorescos y significativos atributos, y para que se las loase, o se las diferenciase cuando menos, en elocuentes recitados. Pero hubo quien, renunciando al papel que ya tenía atribuido, reclamó el humilde oficio para sí. Era la más joven de todas y la llamaban Leuconoe. No se halló el modo de caracterizar, con apropiadas galas, su parte, y se

acordó que no llevara más que un traje blanco y aéreo como una página donde no se ha sabido qué poner... Llegado el día, realizóse la fiesta; y noblemente personificadas, las tierras desfilaron ante el señor de mundo, después de concertarse en variadas danzas de artificio, y cada una de ellas le dedicó sus ofrendas.

Presentóse, primero que ninguna, Roma, en forma casi varonil: éste era el modo de hermosura de la que llevaba sus colores; el andar, de diosa; el imperio en el modo de mirar; la majestad en cada actitud y cada movimiento. Ofreció el orbe por tributo; y la siguió, como madre que viene después de la hija por ser ésta soberana, Grecia, coronada de mirto. Lo que dijo de sí sólo podría abreviarse en lápida de mármol. Italia, vino luego. Habló de la gracia esculpida, en suaves declives, sobre un suelo que dora el sol al son armonioso del aire. Celebró su feracidad; aludió al trigo de Campania, al óleo de Venafro, al vino de Falerno. La rubia Galia, depuesto el primitivo furor, mostró colmadas de pacíficos frutos las corrientes del Saona y el Ródano. Iberia presentó sus rebaños, sus trotones, sus minas. Ceñida de bárbaros arreos, se adelantó Germania, e hizo el elogio de las pieles espesas, el ámbar transparente, y los gigantes de ojos azules cazados para el circo en la espesura de la Carbonaria y de la Hircinia. Bretaña dijo que, en sus Casitérides, había el metal de que toman su firmeza los bronces. La Iliria, famosa por sus abundantes cosechas; la Tracia, que cría caballos raudos como el viento; la Macedonia, cuyos montes son arcas de ricos minerales, rindieron sus tesoros; y se acercó tras ellas la postrera Thule, que ofreció juntos fuego y nieve, con la fianza de Pytheas. Llegó el turno de las tierras asiáticas; y en cuerpo de faunésca hermosura, la Siria habló de los laureles de Dafne y de los placeres de Antioquía. El Asia Menor reunió, en doble tributo, los esplendores del Oriente con las gracias de Jonia, teniendo, entre ambas ofrendas, la flauta frigia, como cruz de balanza. Se ufano Babilonia con el resplandor de sus recuerdos. La Persia, madre de los frutos de Europa, brindó semillas de generosa condición. Grande estuvo la India cuando pintó montañas y ríos colosales, cuando invocó las piedras fúlgidas, el algodón, el marfil, la pluma de los papagayos, las perlas; cuando nombró cien plantas preciosas: el ébano, que ensalzó Virgilio; el amono y el malabatro, braseros de raros perfumes; el árbol milagroso cuyo fruto hace vivir doscientos años... La Palestina ofreció olivos y viñedos. Fenicia se glorió

de su púrpura. La región sabea, de su oro. Mesopotamia hizo mención de los bosques espesísimos donde Alejandro cortó las tablas de sus naves. El país de Sérica cifró su orgullo en una tela primorosa; y Taprobana, que remece el doble monzón, en la fragante canela. Vinieron luego los pueblos de la Libia. Presidiéndolos, llegó el Egipto multiseccular; habló de sus Pirámides, de sus esfinges y colosos; del despertar mejor de su grandeza, en una ciudad donde una torre iluminada señala el puerto a los marinos. La Cirenaica dijo el encanto de su serenidad, que hizo que fuese el lecho adonde iban a morir los epicúreos. Cartago, a quien realizara Augusto de las ruinas, se anunció llamada a esplendor nuevo. La Numidia expuso que daba mármoles para los palacios; fieras para las theriomauquias y las pompas. La Etiopía afirmó que en ella estaban el país del cinamomo, el de la mirra, los enanos de un pigma y los macrobios de mil años. Las Fortunadas, fijando el término de lo conocido, recordaron que en su seno esperaba a las almas de los justos la mansión de la eterna felicidad.

Por último, con suma gracia y divino candor, llegó Leuco-noe. En nada aparentaba formar parte de la viviente y simbólica armonía. No llevaba sino un traje blanco y aéreo, como una página donde no se ha sabido qué poner... En aquel instante, nadie la envidiaba, por más que luciese su hermosura. El César preguntó la razón de su presencia, y se extrañó, cuando lo supo, viéndola tan mal destinada y tan hermosa.

—Leuco-noe —dijo con una benévola ironía—, no te ha tocado un gran papel. Tu poca suerte quiso que la realidad concluyera en manos de las otras, y he aquí que has debido contentarte con la ficción del poeta... Admiro tu dulce conformidad, y me complace tu homenaje, puesto que eres hermosa. Pero ¿qué bien me dirás de la región que representas, si has de evitar el engañarme?... ¿Qué me ofreces de allí? ¿Qué puedes afirmar que haya en tu tierra de quimera?...

—¡Espacio! —dijo con encantadora sencillez Leuco-noe.

Todos sonreían.

—Espacio... —repitió el César—. ¡Es verdad! Sea desahucible o risueña, estéril o fecunda, espacio habrá en la tierra incógnita, si existe; y aun cuando ella no exista, y allí donde la finge el poeta sólo esté el mar, o acaso el vacío pavoroso, ¿quién duda que en el mar o en el vacío habrá espacio?... Leuco-noe

—prosiguió con mayor animación—, tu respuesta tiene un alto sentido. Tiene, si se la considera, más de uno. Ella dice la misteriosa superioridad de lo soñado sobre lo cierto y tangible, porque está en la humana condición que no hay bien mejor que la esperanza, ni cosa real que se aventaje a la dulce incertidumbre del sueño. Pero, además, encierra tu respuesta una hermosa consigna para nuestra voluntad, un brioso estímulo a nuestro denuesto. No hay límite en donde acabe para el fuerte el incentivo de nuestra acción. Donde hay espacio, hay cabida para nuestra gloria. Donde hay espacio, hay posibilidad de que Roma triunfe y se dilate.

Dijo el César; arrancó de su pecho una gruesa esmeralda que allí estaba de broche, y era de las que el Egipto produce mayores y más puras; y prendiéndola al seno de la niña, la dejó, como un fulgor de esperanza, sobre la estola, toda blanca, mientras terminaba diciendo:

—¡Sea el premio para la región desconocida; sea el premio para Leuconoe!

### XVIII

*Espacio, espacio*, es lo que queda, después que la esperanza con color y figura, y el ideal concreto, y la fuerza o aptitud de calidad conocida, te abandonaron en mitad del camino. Espacio: mas no ese donde el viento y el pájaro se mueven más arriba que tú y con alas mejores; sino dentro de ti, en la inmensidad de tu alma, que es el espacio propio para las alas que tú tienes. Allí queda infinita extensión por conquistar mientras dura la vida, extensión siempre capaz de ser conquistada, siempre merecedora de ser conquistada... Imaginar que no hay en ti más que lo que ahora percibes con la trémula luz de tu conciencia, equivale a pensar que el océano acaba allí donde la redondez de la esfera lo sustrae al alcance de tus ojos. Incomparablemente más vasto es el océano que la visión de los ojos; incomparablemente más hondo nuestro ser que la intuición de la conciencia. Lo que de él está en la superficie y a la luz, es comúnmente, no ya una escasa parte, sino la parte más vulgar y más mísera. Dame acertar con la ocasión, y yo sacaré de ti fuerzas que te maravillen y agiganten. Tu languidez de ánimo,

tu desesperanza y sentimiento como de vacío interior, no son distintos de los de miles de almas electas, en las vísperas de la transfiguración que las sublimó a la excelsa virtud, o a la invención genial, o al heroísmo. Si veinte horas antes de consagrarse héroe el héroe, apóstol el apóstol, inventor el inventor, o de tender resuelta y eficazmente a hacerlo, hubiéramos anunciado un zahorí de corazones su destino inminente, ¡cuántas veces no se hubieran encogido de hombros o sonreído con amarga incredulidad! Dame la ocasión y yo te haré grande; no porque infunda en ti lo que no hay en ti, sino porque haré brotar y manifestaré lo que tu alma tiene oculto. De afuera pueden auxiliarte cateadores y picos; pero en ti sólo está la mina. La ocasión es como el artista pintor de quien dijo originalmente uno que lo era: no crea el pintor su cuadro, sino que se limita a descorrer los velos que impedían verlo mientras la tela estaba en blanco. Hallar y traer al haz del alma esa ignorada riqueza: tal es tu obra y la de cada uno. Derramar luz dentro de sí por la observación interior y la experiencia: tal es el medio de abrir camino a la ocasión dichosa, que vendrá traída por el movimiento de la realidad. Empeño difícil éste de conocerse —¿quién lo duda?— y expuesto a mil engaños. Pero, ¿no vale todos los tesoros de la voluntad el término que quien lo acomete se propone? ¿Hay cosa que te interese más que descubrir lo que está en ti y en ninguna parte sino en ti: tierra que para ti solo fué creada: América, cuyo único descubridor posible eres tú mismo, sin que puedas temer, en tu designio gigante, ni émulos que te disputen la gloria, ni conquistadores que te usurpen el provecho?

### XIX

*Abondar* en la conciencia de sí mismo, procurar saber del alma propia; mas no en inmóvil contemplación, ni por prurito de alambicamiento y sutileza; no como quien, desdeñoso de la realidad, dando la espalda a las cien vías que el mundo ofrece para el conocimiento y la acción, vuelve los ojos a lo íntimo del alma, y allí se contiene y es a un tiempo el espectador y el espectáculo. Este continuo análisis de lo que pasa dentro de nosotros, cuando el análisis no va encaminado a un fin trascendente; esa morosidad ante el espejo de la propia conciencia, no tal

cual se detendría a consultar, en clara linfa, el porte y el arnés, el guerrero que marchaba a la lucha, sino por simple y obsesionador afán de mirarse, son, más que vana, funesta ocupación de la vida. Son el sutil veneno que paraliza el espíritu de Amiel y lo reduce a una crítica ineficaz de sus más mínimos hechos de conciencia; crítica disolvente de toda espontaneidad del sentimiento, enervadora de toda energía de la voluntad. ¿Y quién como ese mismo moderno umbilicario; quién como ese confidente oficioso de sí propio, ha expresado cuán fatal sea esa malversación del tiempo y de las fuerzas de la mente? El alma que, en estéril quietud, se emplea en desmenuzar, con cruel encarnizamiento, cuanto, para ella sola, piensa, siente y *no* quiere, es "el grano de trigo que, molido en harina, no puede ya germinar y ser la planta fecunda". Cierito; mas yo te hablo del conocerse que es un antecedente de la acción, del conocerse en que la acción es, no sólo el objeto y la norma, sino también el órgano de tal conocimiento, porque, ¿cómo podrá saber de sí cuánto se debe quien no ha probado los filos de su voluntad en las lides del mundo? . . . ; modo de saber de sí que no es prurito exasperador, ni deleite moroso, sino obra viva en favor de nuestro perfeccionamiento; que no nos incapacita, como el otro, para el ejercicio de la voluntad, sino que, por el contrario, nos capacita y corrobora, porque consiste en observarse para reformarse; en sacar todo partido posible de nuestras dotes de naturaleza: en mantener la concordia entre nuestras fuerzas y nuestros propósitos, y descender al fondo del alma, donde las virtualidades y disposiciones que aún no han pasado al acto se ocultan, volviendo de esa profundidad con materiales que luego la acción aplica a su adecuado fin y emplea en hacernos más fuertes y mejores; como quien alza su casa con piedra de la propia cantera, o como quien forja, con hierro de la propia mina, su espada.

Amiel nos dió un ejemplo de contemplación interior sin otro fin que el del melancólico y contradictorio placer que de ella nace. Recordemos ahora la augusta personalidad de Marco Aurelio y aquel su constante examen de sí mismo, no disipado en vano mirar, sino resuelto en actos de una voluntad afirmativa y fecunda, que van tejiendo una de las más hermosas vidas humanas; y tomemos como puntos de comparación, para discernir, entre ambos modos de íntima experiencia, los *Pensamientos* del inmortal emperador y el *Diario* del triste Hámlet ginebrino.

## XX

*Cuando* te agregas en la calle a una muchedumbre a quien un impulso de pasión arrebatada, sientes que, como la hoja suspendida en el viento, tu personalidad queda a merced de aquella fuerza avasalladora. La muchedumbre, que con su movimiento material te lleva adelante y fija el ritmo de tus pasos, gobierna, de igual suerte, los movimientos de tu sensibilidad y de tu voluntad. Si alguna condición de tu natural carácter estorba para que cooperes a lo que en cierto momento el monstruo pide o ejecuta, esa condición desaparece inhibida. Es como una enajenación o un encantamiento de tu alma. Sales, después, del seno de la muchedumbre; vuelves a tu ser interior; y quizá te asombres de lo que clamaste o hiciste.

Pues no llames sólo muchedumbre a esa que la pasión de una hora reúne y encrespa en los tumultos de la calle. Toda sociedad humana es, en tal sentido, muchedumbre. Toda sociedad a que permaneces vinculado te roba una porción de tu ser y la sustituye con un destello de la gigantesca *personalidad* que de ella colectivamente nace. De esa manera, ¡cuántas cosas que crees propias y esenciales de ti no son más que la imposición, no sospechada, del alma de la sociedad que te rodea! ¿Y quién se exime, del todo, de este poder? Aun aquellos que aparecen como educadores y dominadores de un conjunto humano suelen no ser sino los instrumentos dóciles de que él se vale para reaccionar sobre sí mismo. En el alarde de libertad, en el arranque de originalidad, con que pretenden afirmar, frente al *coro*, su personalidad emancipada, obra quizá la sugestión del mismo oculto numen. *Genio* llamamos a esa libertad, a esa originalidad, cuando alcanzan tal grado que puede tenérselas por absolutamente verdaderas. Pero ¡cuán rara vez lo son en tal extremo, y cuántas la contribución con que el pensamiento individual parece aportar nuevos elementos al acervo común, no es sino una restitución de ideas lenta y calladamente absorbidas! Así, quien juzgara por apariencias materiales habría de creer que es la corriente de los ríos la que surte de agua a la mar, puesto que en ella se vierten, mientras que es de la mar de donde viene el agua que toman en sus fuentes los ríos.



## XXI

*Este sortilegio* de los demás sobre cada uno de nosotros explica muchas vanas apariencias de nuestra personalidad, que no engañan sólo a ojos ajenos, sino que ilusionan también a aquellos íntimos ojos con que nos vemos a nosotros mismos.

Porque a menudo la virtud penetrativa del ambiente nos cala y llega hasta el centro del alma, donde, combinándose con nuestra originalidad individual, que tomaría de ella lo capaz de asociarse sin descaracterizarnos, en un proceso de orgánica asimilación, antes enriquecería que menoscabaría nuestra personalidad; sino que se detiene en lo exterior del alma, como una niebla, como un antifaz, como una túnica; nada más que apariencia, pero lo bastante engañadora para que aquel mismo en cuya conciencia se interpone, la tenga por realidad y sustancia de su ser. Debajo de ella queda la roca viva, la roca de originalidad, la roca de verdad; ¡caso siempre, hasta la muerte ignorada!... En toda humana agrupación componen muy mayor número las almas que no tienen otro yo consciente y en acto que el ficticio, de molde, con que cada una de ellas coopera al orden maquinal del conjunto. Pero no por eso deja de existir potencialmente en ellas el real, el verdadero yo, capaz de revelarse y prevalecer en definitiva sobre el otro —aunque no se singularice por la superior originalidad que es atributo del genio— si cambia el medio en que transcurre la vida, y se sale de aquel a cuyo influjo prospera la falsa personalidad a modo de una planta parásita; o bien si el alma logra apartar de sí, por cierto tiempo, la tiranía del ambiente, con los reparos y baluartes de la soledad.

## XXII

*El primero* y más grande de los Ptolomeos se propuso levantar, en la isla que tiene a su frente Alejandría, alta y soberbia torre, sobre la que una hoguera siempre viva fuese señal que orientara al navegante y simbolizase la luz que irradiaba de la ilustre ciudad. Sóstrato, artista capaz de un golpe olímpico, fué el llamado para trocar en piedra aquella idea. Escogió blanco

mármol; trazó en su mente el modelo simple, severo y majestuoso. Sobre la roca más alta de la isla echó las bases de la fábrica, y el mármol fué lanzado al cielo mientras el corazón de Sóstrato subía de entusiasmo tras él. Columbraba allá arriba, en el vértice que idealmente anticipaba, la gloria. Cada piedra, un anhelo; cada forma rematada, un deliquio. Cuando el vértice estuvo, el artista, contemplando en éxtasis su obra, pensó que había nacido para hacerla. Lo que con genial atrevimiento había creado era el Faro de Alejandría, que la antigüedad contó entre las siete maravillas del mundo. Ptolomeo, después de admirar la obra del artista, observó que faltaba al monumento un último toque, y consistía en que su nombre de rey fuera esculpido, como sello que apropiase el honor de la idea, en encumbrada y bien visible lápida. Entonces Sóstrato, forzado a obedecer, pero celoso en su amor por el prodigio de su genio, ideó el modo de que en la posteridad, que concede la gloria, fuera su nombre y no el del rey el que leyese las generaciones sobre el mármol eterno. De cal y arena compuso para la lápida de mármol una falsa superficie, y sobre ella extendió la inscripción que recordaba a Ptolomeo; pero debajo, en la entraña dura y luciente de la piedra, grabó su propio nombre. La inscripción que, durante la vida del Mecenas, fué engaño de su orgullo, marcó luego las huellas del tiempo destructor; hasta que un día, con los despojos del mortero, voló, hecho polvo vano, el nombre del príncipe. Rota y aventada la máscara de cal y arena, se descubrió, en lugar del nombre del príncipe, el de Sóstrato, en gruesos caracteres, abiertos con aquel encarnizamiento que el deseo pone en la realización de lo prohibido. Y la inscripción vindicatoria duró cuanto el mismo monumento; firme como la justicia y la verdad; bruñida por la luz de los cielos en su campo eminente; no más sensible que a la mirada de los hombres, al viento y a la lluvia.

## XXIII

*Un arranque* de sinceridad y libertad que te lleve al fondo de tu alma, fuera del yugo de la imitación y la costumbre, fuera de la sugestión persistente que te impone modos de pensar, de sentir, de querer, que son como el ritmo isócrono del paso del rebaño, puede hacer en ti lo que la obra justiciera del tiempo

verificó en la inscripción de la torre de Alejandría. Deshecho en polvo leve, caerá de la superficie de tu alma cuanto es allí vanidad, adherencia, remedo; y entonces, acaso por primera vez, conocerás la verdad de ti mismo. Despertarás como de un largo sueño de sonámbulo. Tu hastío y agotamiento son quizá, cual los de muchos otros, cosa de la personalidad ficticia con que te vistes para salir al teatro del mundo: es ella la que se ha vuelto en ti incapaz de estímulo y reacción. Pero por bajo de ella reposan, frescas y limpiadas, las fuentes de tu personalidad verdadera, la que es toda de ti; apta para brotar en vida, en alegría, en amor, si apartas la endurecida broza que detiene y paraliza su ímpetu. Allí está lo *tuyo*, y allí, y no en el esquilmo campo que ahora alumbra el resplandor de tu conciencia. ¿Por qué llamas *tuyo* lo que siente y hace el espectro que hasta este instante usó de tu mente para pensar, de tu lengua para articular palabras, de tus miembros para agitarse en el mundo, cuyo autómata es, cuyo dócil instrumento es, sin movimiento que no sea reflejo, sin palabra que no sea eco sumiso? ¡Ese no eres *tú!* ¡Ese que roba tu nombre no eres *tú!* ¡Ese no es sino una vana sombra que te esclaviza y te engaña, como aquella otra que, mientras duermes, usurpa el sitio de tu personalidad e interviene en desatinadas ficciones, bajo la bóveda de tu frente!

## XXIV

*Hombres bay*, muchísimos hombres, inmensas multitudes de ellos, que mueren sin haber nunca conocido su ser verdadero y radical, sin saber más que de la superficie de su alma, sobre la cual su conciencia pasó moviendo apenas lo que del alma está en contacto con el aire ambiente del mundo, como el barco pasa por la superficie de las aguas, sin penetrar más de algunos palmos bajo el haz de la onda. Ni aun cabe, en la mayor parte de los hombres, la idea de que fuera posible saber de sí mismos algo que no saben. ¡Y esto que ignoran es, acaso, la verdad que los purificaría, la fuerza que los libertaría, la riqueza que haría resplandecer su alma como el metal separado de la escoria y puesto en manos del platero!... Por ley general, un alma humana podría dar de sí más de lo que su conciencia cree y percibe, y mucho más de lo que su voluntad convierte en obra. Piensa,

pues, cuántas energías sin empleo, cuántos nobles gérmenes y nunca aprovechados dones suele llevar consigo al secreto cuyos sellos nadie profanó jamás, una vida que acaba. Dolerse de esto fuera tan justo, por lo menos, cual lo es dolerse de las fuerzas en acto, o en conciencia precursora del acto, que la muerte interrumpe y malogra. ¡Cuántos espíritus disipados en estéril vivir, o reducidos a la teatralidad de un papel que ellos ilusoriamente piensan ser cosa de su naturaleza; todo por ignorar la vía segura de la observación interior; por tener de sí una idea incompleta, cuando no absolutamente falsa, y ajustar a esos límites ficticios su pensamiento, su acción y el vuelo de sus sueños! ¡Cuán fácil es que la conciencia de nuestro ser real quede ensordecida por el ruido del mundo, y que con ella naufrague lo más noble de nuestro destino, lo mejor que había en nosotros virtualmente! ¡Y cuánta debiera ser la desazón de aquel que toca el borde de la tumba sin saber si dentro de su alma hubo un tesoro que, por no sospecharlo o no buscarlo, ha ignorado y perdido!

## XXV

*Este sentimiento* de la vida que se acerca a su término, sin haber llegado a convertir, una vez, en cosa que dure, fuerzas que ya no es tiempo de emplear, ¿quién lo ha expresado como Ibsen, ni dónde está como en el desenlace de *Peer Gynt*, que es para mí el zarpazo maestro de aquel formidable oso blanco? — *Peer Gynt* ha recorrido el mundo, llena la mente de sueños de ambición, pero falto de voluntad para dedicar a alguno de ellos las veras de su alma, y conquistar así la fuerza de personalidad que no perece. Cuando ve su cabeza blanca después de haber aventado el oro de ella en vana agitación tras de quimeras que se han deshecho como el humo, este pródigo de sí mismo quiere volver al país donde nació. — Camino de la montaña de su aldea, se arremolinan a su paso las hojas caídas de los árboles. “Somos, le dicen, las palabras que debiste pronunciar. Tu silencio tímido nos condena a morir disueltas en el surco.” Camino de la montaña de su aldea, se desata la tempestad sobre él; la voz del viento le dice: “Soy la canción que debiste entonar en la vida y no entonaste, por más que, empinada en el fondo de tu corazón, yo esperaba una seña tuya”. Camino de la montaña, el rocío que,

ya pasada la tempestad, humedece la frente del viajero, le dice: "Soy las lágrimas que debiste llorar y que nunca asomaron a tus ojos: ¡necio si creíste que por eso la felicidad sería contigo!" Camino de la montaña, dícele la hierba que va hollando su pie: "Soy los pensamientos que debieron morar en tu cabeza; las obras que debieron tomar impulso de tu brazo; los bríos que debieron alentar tu corazón". Y cuando piensa el triste llegar al fin de la jornada, el "Fundidor Supremo" —nombre de la justicia que preside en el mundo a la integridad del orden moral, al modo de la Némesis antigua—, le detiene para preguntarle dónde están los frutos de su alma, porque aquellas que no rinden fruto deben ser refundidas en la indefensa hornaza de todas, y sobre su pasada encarnación debe asentarse el olvido, que es la eternidad de la nada.

¿No es ésta una alegoría propia para hacer paladear por vez primera lo amargo del remordimiento a muchas almas que nunca militaron bajo las banderas del Mal? ¡Peer Gynt! ¡Peer Gynt! tú eres legión de legiones.

## XXVI

.....  
 ... *Pero admito* que sea algo que nazca del real desenvolvimiento de tu ser, y no un carácter adventicio, lo que se refleja presentemente en tu conciencia y se manifiesta por tus sentimientos y tus actos. Aun así, nada definitivo y absoluto te será lícito afirmar de aquella realidad, que no es, en ninguno de nosotros, campo cerrado, inmóvil permanencia, sino perpetuo llegar a ser, cambio continuo, mar por donde van y vienen las olas. El saber de sí mismo no arriba a término que permita jurar: "Tal soy, tal seré siempre". Ese saber es recompensa de una obra que se renueva cada día, como la fe que se prueba en la contradicción, como el pan que santifica el trabajo. Las tendencias que tenemos por más fundamentales y características de la personalidad de cada uno, no se presentan nunca sin alguna interrupción, languidez o divergencia; y aun su estabilidad como resumen o promedio de las manifestaciones morales, ¡cuán distante está de poder confiar siempre en lo futuro; cuán distante de la seguridad de que la pasión que hoy soberanamente nos domina, no ceda

alguna vez su puesto a otra diversa o antagónica, que trastorne, por natural desenvolvimiento de su influjo, todo el orden de la vida moral! Quien se propusiera obtener para su alma una unidad absolutamente previsible, sin vacilaciones, sin luchas, padecería la ilusión del cazador demente que, entrando, armado de toda suerte de armas, por tupida selva del trópico, se empeñara, con frenético delirio, en abatir cuanta viviente criatura hubiese en ella, y cien y cien veces repetiría la feral persecución, hasta que un ruido de pasos, o de alas, o un rugido, o un gorjeo, o un zumbar cenzalino, le mostrasen otras tantas veces la imposibilidad de lograr completa paz y silencio. *Bosques de espesura* llamó a los hombres el rey Don Alfonso el Sabio.

Hay siempre en nuestro espíritu una parte irreductible a disciplina, sea que en él prevalezca la disciplina del bien o la del mal, y la de la acción o la de la inercia. Gérmenes y propensiones rebeldes se agitan siempre dentro de nosotros, y su ocasión natural de despertar coincide acaso con el instante en que más firmes nos hallábamos en la pasión que daba seguro impulso a nuestra vida; en la convicción o la fe que la concentraban y encauzaban; en el sosiego que nos parecía haber sellado para siempre la paz de nuestras potencias interiores.

Filosofía del espíritu humano; investigación en la historia de los hombres y los pueblos; juicio sobre un carácter, una aptitud o una moralidad; propósito de educación o de reforma, que no tomen en cuenta, para cada uno de sus fines, esta complejidad de la persona moral, no se lisonjeen con la esperanza de la verdad ni del acierto.

## XXVII

... *Pasó que*, huésped en una casa de campo de Megara, un prófugo de Atenas, acusado de haber pretendido llevarse bajo el manto, para reliquia de Sócrates, la copa en que bebían los reos la cicuta, se retiraba a meditar, al caer las tardes, a lo esquivo de extendidos jardines, donde sombra y silencio consagraban un ambiente propicio a la abstracción. Su gesto extático algo parecía asir en su alma: dócil a la enseñanza del maestro, ejercitaba en sí el desterrado la atención del conocimiento propio.

Cerca de donde él meditaba, sobre un fondo de sauces me-

lancólicos, un esclavo, un vencido de Atenas misma o de Corinto, en cuyo semblante el envilecimiento de la servidumbre no había alcanzado a desvanecer del todo un noble sello de naturaleza, se ocupaba en sacar agua de un pozo para verterla en una acequia vecina. Llegó ocasión en que se encontraron las miradas del huésped y el esclavo. Soplabla el viento de la Libia, productor de fiebres y congojas. Abrasado por su aliento, el esclavo, después de mirar cautelosamente en derredor, interrumpió su tarea, dejó caer los brazos extenuados, y abandonando sobre el brocal de piedra, como sobre su cruz, el cuerpo flaco y desnudo: "Compadéceme —dijo al pensador—, compadéceme, si eres capaz de lágrimas, y sabe, para compadecerme bien, que ya apenas queda en mi memoria rastro de haber vivido despierto, si no es en este mortal y lento castigo. ¡Ve cómo el surco de la cadena que suspendo abre las carnes de mis manos; ve cómo mis espaldas se encorvan! Pero lo que más exacerba mi martirio es que, cediendo a una fascinación que nace del tedio y el cansancio, no soy dueño de apartar la mirada de esta imagen de mí que me pone delante el reflejo del agua cada vez que encaramo sobre el brocal el cubo del pozo. Vivo mirándola, mirándola, más petrificado, en realidad, que aquella estatua cabizbaja de Hipnos, porque ella sólo a ciertas horas del sol tiene los ojos fijos en su propia sombra. De tal manera conocí mi semblante casi infantil, y veo hoy esta máscara de angustia, y veré cómo el tiempo ahonda en la máscara las huellas de su paso, y cómo se acercan y la tocan las sombras de la muerte. . . Sólo tú, hombre extraño, has logrado desviar algunas veces la atención de mis ojos con tu actitud y tu ensimismamiento de esfinge. ¿Sueñas despierto? ¿Maduras algo heroico? ¿Hablas a la callada con algún dios que te posee? . . . ¡Oh, cómo envidio tu concentración y tu quietud! ¡Dulce cosa debe de ser la ociosidad que tiene espacio para el vagar del pensamiento!" "No son éstos los tiempos de los coloquios con los dioses, ni de las heroicas empresas —dijo el meditador—; y en cuanto a los sueños deleitosos, son pájaros que no hacen nido en cumbres calvas. . . Mi objeto es ver dentro de mí. Quiero formar cabal idea y juicio de éste que soy yo, de éste por quien merezco castigo o recompensa. . . ; y en tal obra me esfuerzo y peno más que tú. Por cada imagen tuya que levantas de lo hondo del pozo, yo levanto también de las profundidades de mi alma una imagen nueva de mí mismo; una imagen contra-

dictoria con la que la precedió, y que tiene por rasgo dominante un acto, una intención, un sentimiento, que cada día de mi vida presenta, como cifra de su historia, al traerle al espejo de la conciencia bruñida por la soledad, sin que aparezca nunca el fondo estable y seguro bajo la ondulación de estas imágenes que se suceden. He aquí que parece concretarse una de ellas en firmes y preciosos contornos; he aquí que un recuerdo súbito la hiera y, como las formas de las nubes, tiembla y se disipa. Alcanzaré al extremo de la ancianidad; no alcanzaré al principio de la ciencia que busco. Desagotarás tu pozo; no desagotaré mi alma. ¡Ésta es la ociosidad del pensamiento!" . . . Llegó un rumor de pasos que se aproximaban; volvió el esclavo a su faena, el desterrado a lo suyo; y no se oyó más que la áspera quejumbre de la garrucha del pozo, mientras el sol de la tarde tendía las sombras alargadas del meditador y el esclavo, juntándolas en un ángulo cuyo vértice tocaba al pie de la estatua cabizbaja de Hipnos.

## XXVIII

*En verdad*, ¡cuán varios y complejos somos! ¿Nunca te ha pesado sentirte distinto de ti mismo? ¿No has tenido nunca para tu propia conciencia algo del desconocido y el extranjero? ¿Nunca un acto tuyo te ha sorprendido, después de realizado, con la contradicción de una experiencia que fiaban cien anteriores hechos de tu vida? ¿Nunca has hallado en ti cosas que no esperabas ni dejado de hallar aquellas que tenías por más firmes y seguras? Y ahondando, ahondando, con la mirada que tiene su objeto del lado de adentro de los ojos, ¿nunca has entrevisto, allí donde casi toda luz interior se pierde, alguna vaga y confusa sombra, como el de *otro que tú*, flotando sin sujeción al poder de tu voluntad consciente; furtiva sombra, comparable a esa que corre por el seno de las aguas tranquilas cuando la nube o el pájaro pasan sobre ellas?

¿Nunca, apurando tus recuerdos, te has dicho: si aquella extraña intención que cruzó un día por mi alma, llegó hasta el borde de mi voluntad y se detuvo, como en la liza el carro triunfador rasaba la columna del límite sin tocarla; si aquel rasgo inconsecuente y excéntrico que una vez rompió el equilibrio de

mi conducta, en el sentido del bien o en el del mal, hubieran sido, dentro del conjunto de mis actos, no pasajeras desviaciones, sino nuevos puntos de partida, cuán otro fuera ahora yo; cuán otras mi personalidad, mi historia, y la idea que de mí quedara?

## XXIX

*Ni la más alta* perfección moral asequible, que importa la concordia de las tendencias inferiores subordinadas a la potestad de la razón; ni la más primitiva sencillez, que muestra, persistiendo en la conciencia humana, el vestigio de la línea recta y segura del instinto; ni la más ciega y pertinaz pasión, que absorbe toda el alma y la mueve, mientras dura la vida, en un solo arrebatado impulso, tienen fuerza con que prevalecer sobre lo complejo de nuestra naturaleza hasta el punto de anular la diversidad, la inconsecuencia y la contradicción, que se entrelazan con las mismas raíces de nuestro ser.

¿Hay límpida y serena conciencia por la que no haya pasado la sombra de algún instante infiel al orden que componen los otros?... Levantémonos a la cumbre sublime donde se tocan lo divino y lo humano. Subamos hasta Jesús e interroguémosle. En la vía de su amor infinito hubo también cabida para la desesperanza, el desánimo y el tedio. Volviendo de la Pascua, y ya en el umbral de su pasión, el Redentor llegó al monte de los Olivos... y allí una mitad de su alma peleó contra la otra; allí fué la angustia de la duda, y el sudor de muerte, y la rebelión que amaga, desde lo hondo de las entrañas mortales, a la parte que es puro amor y vida; allí fué el hesitar de que estuvo pendiente, en el momento más solemne y trágico del mundo, si el mundo iba a levantarse a la luz o a desplomarse en la sombra. ¿Quién, si recuerda esto, creará accesible a sus fuerzas una eterna lucidez y constancia en la voluntad del bien? La palabra de Kempis enseña a los confiados cómo el desprecio de la tentación es vanidad en los más justos. "Jamás, dice ese penetrante asesor de los que creen, conocí hombre tan piadoso que no tuviera intermisión en el consuelo divino."

Y así como en el orden celeste de la vida del santo, la disonancia se da también en el alma del héroe primitivo y candoroso, que corre desatada, como la piedra por la pendiente, en dere-

chura a su objeto; y en el alma simple del rústico, cuya mente gira dentro de una mínima complejidad de tendencias y necesidades. La fiera de Aquiles se deshace en lágrimas de misericordiosa ternura cuando Príamo se postra a sus plantas. Sancho no parece él mismo, pero lo es —lo es con esa identidad que nace de imitación de la naturaleza, y no de regularidad artificiosa—, en pasos como el del inmortal abandono de su ínsula.

Frente al *becho revelador*, según el cual el entendimiento lógico de Taine pretendió inferir de un acto aislado la noción entera de un carácter, por un solo hilo, la trama completa de una personalidad; frente al *becho revelador* y limitando la eficacia de aquel procedimiento, se reproduce, harto a menudo, en la existencia humana, el *becho* que podemos llamar *contradictorio*: el hecho en que la personalidad de cada uno se manifiesta bajo una faz divergente o antitética de aquella que predomina en su carácter y mira al norte de su vida.

## XXX

*La visión intuitiva* y completa de un alma personal, de modo que, junto con la facultad que constituye su centro, junto con la tendencia dominante que le imprime sello y expresión, aparezca, en la imagen que trae de ella, el coro de los sentimientos e impulsos secundarios; la parte de vida moral que se desenvuelve más o menos separadamente de aquella autoridad, nunca absoluta, es la condición maestra en el novelador y el poeta dramático que imaginan nuevas almas, y en el historiador que reproduce o interpreta las que fueron. Pero sólo hasta cierto punto puede el arte reflejar lo que en la complejidad personal hay de contradictorio y disonante, porque está en la propia naturaleza de la creación artística perseguir la armonía y la unidad, y reducir la muchedumbre de lo desordenado y disperso a síntesis donde resplandezca en su esencia la sustancia que la realidad presenta enturbiada por accidentes sin valor ni fuerza representativa.

La diversidad de elementos que el artista cuida de reunir en torno a la nota fundamental de un carácter, para apartarle del artificio y la abstracción, componen, por necesidad intrínseca del arte, una armonía más perfecta que la que se realiza en el complejo del carácter real. Y sin embargo, cuando un gran crea-

dor de caracteres, dotado del soberano instinto de la verdad humana, presta su aliento a un personaje de invención y hace que hierva en él, abundante y poderosa, la vida, lo disonante y lo contradictorio tienen bríos para manifestarse, como por la propia fuerza de la verdad de la concepción; y se manifiestan sin ser causa de disconveniencia en el efecto artístico, sin menguar su intensidad; antes bien, realzándola por la palpitante semejanza de ficción del arte con la obra de la naturaleza. Tal pasa en el inmenso mundo de Shakespeare, el más pujante alfarero del barro humano, cuyas criaturas, movidas por el magnetismo de una enérgica y bien caracterizada pasión, que las hace inmortalmente significativas, muestran al propio tiempo toda la contradicción e inconstancia de nuestro ser, alternando el fulgor del ideal con la turpitud del apetito, nobleza olímpica con rastrera vulgaridad, impulsos heroicos con viles desfallecimientos.

Te hablaba, hace un instante, del Redentor del mundo. Pues bien; la impresión de realidad *humana*, aunque única y sublime; el interés hondísimo que para nosotros nace de ver cómo de mortales entrañas irradia y se sustenta tan inefable luz, no serían tales, en la figura que esculpe con poética eficacia la palabra candorosa de los evangelistas, sin inconsecuencias que no se concilian con la igualdad inalterable que es la esencia del dios: igualdad capaz de abismar nuestra mente, de exaltarnos a la adoración, de fascinarnos y humillarnos, mas no de suscitar el conmovido sentimiento de humana simpatía con que reconocemos la palpitación de nuestra naturaleza, en aquel que la levantó más alto que todos, cuando su esperanza se eclipsa en el huerto de los Olivos; cuando su constancia padece tentación en la cumbre de la montaña; cuando su mansedumbre se agota, y el látigo movido por su mano, en un arranque que parece de Isaías, restalla sobre la frente de los mercaderes; cuando la desesperación del hambre burlada le muerde en la carne mortal, y lanza un anatema sin razón ni sentido sobre la higuera sin fruto; cuando la esperanza vuelve a huirle, en la cruz, y reconviene al Padre que le ha abandonado. . . Por inconsecuencias como éstas, por disonancias como éstas, hay naturalidad, hay verdad, siéntese el calor y aroma de la vida, en el más grande y puro de los hombres.

## XXXI

*La infinita* y desacordada variedad de las cosas y los acontecimientos multiplica la ocasión de que nuestra desigualdad radical dé muestra de sí. Y a la influencia de lo que ocurre en torno de nosotros, únense acaso, para ello, otras más lejanas y escondidas. . . Nuestra alma no está puesta en el tiempo como cavidad de fondo cerrado e incapaz de dar paso a la respiración de lo que queda bajo de ella. Hemos de figurárnosla mejor como abismal e insondable pozo, cuyas entrañas se hundan en la oscura profundidad del tiempo muerto. Porque el alma de cada uno de nosotros es el término en que remata una inmensa muchedumbre de almas: las de nuestros padres, las de nuestros abuelos; los de la segunda, los de la décima, los de la centésima generación. . . ; almas abiertas, en lo hondo del tiempo, unas sobre otras, hasta el confín de los orígenes humanos, como abismos que uno de otro salen y se engendran; y a medida que se desciende, truécense en dos abismos cada abismo, porque cada alma que nace viene inmediatamente de dos almas. Debajo de la raíz de tu conciencia, y en comunicación siempre posible contigo, flota así la vida de cien generaciones. Todas las que pasaron de la realidad del mundo, persisten en ti de tal manera; y por el tránsito que tú les das al porvenir mediante el alma de tus hijos, gozan vida inmortal, en cuanto perpetúan la esencia y compendio de sus actos, a que se acumulará la esencia y compendio de los tuyos. ¿Qué es el misterioso mandato del instinto que obra en ti sin intervención de tu voluntad y tu conciencia, sino una voz que, propagándose a favor de aquellos pozos comunicantes, sube hasta tu alma, desde el fondo de un pasado inmemorial, y te obliga a un acto prefijado por la costumbre de tus progenitores?

Pero otros ecos, no constantes ni organizados, como los del instinto, y que se anuncian por manifestaciones más personales de la actividad interior, ¿no llegan tal vez a nuestra alma, de abismos remotos o cercanos: los ecos del pensar y el sentir de mil abuelos, esparcidos por diversas partes del mundo, vinculados a distintos tiempos, modelados por los hábitos de cien diferentes vocaciones y ejercicios; pastores y guerreros, labradores y navegantes, amos y siervos, devotos de unos y otros dioses; y estos ecos,

que acaso nunca llegan a fundirse en unidad perfecta y armónica, por enérgica que sea la fuerza concertante de la propia personalidad y por convergentes que acierten a ser alguna vez las virtualidades que se acumulan en herencia; estos ecos, digo, no darán razón de muchas de las disonancias y contradicciones de nuestra vida moral? . . . Yo los imagino de tal modo que, ya alimentan un perpetuo conflicto, que la conciencia refleja sin saber su causa e impulso; ya sólo se manifiestan en lucha sorda y subterránea, que apenas percibe la conciencia, hasta que tal vez un eco, destacado de entre los otros, brota de súbito en idea y mueve el corazón y la voluntad, produciendo una de esas divergencias de nuestro ser usual, a que, adecuada y expresivamente, solemos dar nombre de *ráfagas*, y en las que nos desconocemos a nosotros mismos.

Ráfagas: sugestión melancólica, estremecimiento de religiosidad, arranque de heroísmo, tentación perversa, relámpago de inspiración, asomo de locura: mil cosas vagas e incongruentes, sueños que surgen, de este modo, del secreto del alma, apartándonos por un instante de la pauta de la vida común, para perderse luego en la igualdad y consecuencia de las horas que no conocen ímpetu rebelde. Somos, en esas ocasiones extrañas, como quien, sentado al borde de un abismo, sintiera llegar de sus profundidades misteriosas, rompiendo el silencio en que se escudan, ya un temeroso trueno, ya un vago son de campanas, ya un lastimero ¡ay!, ya un murmullo de alas, ya el rumor de la avenida de un río.

## XXXII

¡Nuestra complejidad, nuestra inestabilidad moral, nuestra multitud de formas virtuales que una leve moción exterior basta a veces para levantar a lo activo y aparente del alma! ¡De cuán diversas maneras puede considerarse este pensamiento, y cuán fecundo y sugestivo es! Para el *dilettante* sólo ofrece alicientes de curiosa delectación y vagabundez agradable; para el asceta y el estoico, es pensamiento de pavor, que trae la imagen de las movedizas arenas sobre las que se asienta nuestra unidad personal, que ellos aspiran a afirmar en base de bronce. Pero quien concibe la vida, a diferencia del *dilettante*, como acción real; a diferencia del estoico y el asceta, como rectificación y tránsito

constantes, valora cuánto hay de propicio y ventajoso en la multiplicidad de nuestro fondo íntimo.

La concurrencia, en una organización individual, de aspectos opuestos, de modos de sensibilidad contradictorios; la manifestación simultánea o la alternada sucesión, dentro de la unidad de una conciencia, de elementos ordinariamente separados, es poderoso fermento de originalidad, del que a menudo vienen visiones nuevas de las cosas; percepción de relaciones imprevistas; estímulos de investigación y libertad; maneras de ver y de sentir que acaso entrañan una innovación consistente y fecunda, capaz de comunicarse a los otros: *variación espontánea* que, en el desenvolvimiento de la sociedad, como se ha supuesto en el de las especies naturales, propone y hace prevalecer un tipo nuevo. La concordia, o la perenne reacción, de los contrarios, suele ser el secreto de las originalidades superiores. Cien espíritus habrá en quienes los divergentes impulsos de la creencia y el deseo mantendrán indefinidamente la estéril anarquía de la indecisión y de la duda; y otros ciento que resolverán esta anarquía por la vuelta a la sugestión más poderosa entre las que obren con la sociedad y la herencia: por el triunfo de una idea o inclinación de esas que rivalizan dentro de ellos sin modificarla ni ensancharla en nada; reduciendo en adelante los atrevimientos de las demás a desviaciones efímeras y vanas; pero habrá un espíritu que, de la lucha y competencia interior, se levantará a un plano más alto, a una posición ignorada y descubridora de horizontes; ya sea esto en la esfera de la inteligencia, por el hallazgo de una síntesis; de una teoría o de un estilo; ya sea en la esfera de la vida moral, por el ejemplo de un sesgo desusado en la acción y la conducta.

## XXXIII

*Para quien siente* en sí la necesidad de una reforma íntima; para quien ha menester quebrantar el hábito o inclinación que tiene bajo yugo a su personalidad moral; para quien ve agotadas las energías que de sí mismo conoce, lo complejo y variable de nuestra naturaleza es prenda de esperanza, es promesa dichosa de levante y regeneración. Porque, supuesto cierto poder avizorador y directivo de la voluntad para contener o alentar los movimien-

tos de esa espontaneidad infinita, es a ellos a quien se debe que seamos capaces de libertarnos y de renovarnos. Cada una de las desviaciones o disonancias de un momento: ráfaga de entusiasmo que calienta el ambiente de una vida apática; acierto o intuición que rasga las sombras de una mente oscura y torpe; vena de alegría que brota en un vasto erial de horas tristes; inspiración benéfica que interrumpe la unidad de una existencia consagrada al mal: cada una de estas desviaciones de un momento, es como un claro que se abre de improviso sobre un horizonte de bonanza, y ofrece, para la reacción redentora de la voluntad, un punto de partida posible. Observar y utilizar tales disonancias, es resorte maestro en la obra del cultivo propio. Y aun cuando la atención y la voluntad no detengan ante ellas el paso... La veleidad dichosa, el momento rebelde, se pierden entonces en el olvido y la sombra, y se reanuda el tenor usual de existencia: —¿Es que han pasado para no volver? —¡Quién sabe! ¡Cuántas veces han vuelto...; han vuelto de esa profundidad ignorada de uno mismo, donde vagaron por misteriosos rumbos; y su reaparición no ha sido sólo el eco que vanamente suena en la memoria, ni nueva veleidad que anima el soplo de un instante, sino ya impulso eficaz, voluntad firme y duradera, nuncio de redención, aurora de nueva vida!

La más hondas transformaciones morales suelen anunciarse, muy antes de llegar, por uno de estos momentos que no dejan más huella que un relámpago, y que confundimos con la muchedumbre de nuestras efímeras inconsecuencias: oscuro y desconocido precursor, profeta sin signo visible, que pasa, allá adentro, envuelto en la corriente del vulgo.

## XXXIV

*Mira la soledad del mar.* Una línea impenetrable la cierra, tocando el cielo por todas partes menos aquella en que el límite es la playa. Un barco, ufano el porte, se aleja, con palpitation ruidosa, de la orilla. Sol declinante; brisa que dice: "¡vamos!"; mansas nubes. El barco se adelanta, dejando una huella negra en el aire, una huella blanca en el mar. Avanza, avanza, sobre las ondas sosegadas. Llegó a la línea donde el mar y el cielo se tocan. Bajó por ella. Ya sólo el alto mástil aparece; ya se disipa

esta última apariencia del barco. ¡Cuán misteriosa vuelve a quedar ahora la línea impenetrable! ¿Quién no la creyera, allí donde está, término real, borde del abismo? Pero tras ella se dilata el mar, el mar inmenso; y más hondo, más hondo, el mar inmenso aún; y luego hay tierras que limitan, por el opuesto extremo, otros mares; y nuevas tierras, y otras más, que pinta el sol de los distintos climas y donde alientan variadas castas de hombres: la estupenda extensión de las tierras pobladas y desiertas, la redondez sublime del mundo. Dentro de esta inmensidad, hállase el puerto para donde el barco ha partido. Quizás, llegado a él, tome después caminos diferentes entre otros puntos de ese campo infinito, y ya no vuelva nunca, cual si la misteriosa línea que pasó fuese de veras el vacío en donde todo acaba...

Pero he aquí que, un día, consultando la misma línea misteriosa, ves levantarse un jirón flotante de humo, una bandera, un mástil, un casco de aspecto conocido... ¡Es el barco que vuelve! Vuelve, como el caballo fiel a la dehesa. Acaso más pobre y leve que al partir; acaso herido por la perfidia de la onda; pero acaso, también, sano y colmado de preciosas cosechas. Tal vez, como en alforjas de su potente lomo, trae el tributo de los climas ardientes: aromas deleitables, dulces naranjas, piedras que lucen como el sol, o pieles suaves y vistosas. Tal vez, a trueque de las que llevaba, trae gentes de más sencillo corazón, de voluntad más recia y brazos más robustos. ¡Gloria y ventura al barco! Tal vez, si de más industriosa parte procede, trae los forjados hierros que arman para el trabajo la mano de los hombres; la tejida lana; el metal rico, en las redondas piezas que son el acicate del mundo; tal vez trozos de mármol y de bronce, a que el arte humano infundió el soplo de la vida, o mazos de papel donde, en huellas de diminutos moldes, vienen pueblos de ideas. ¡Gloria, gloria y ventura al barco!

## XXXV

*Fija tu atención,* por breve espacio, un pensamiento; lo apartas de ti, o él se desvanece por sí mismo; no lo divisas más; y un día remoto reaparece a pleno sol de tu conciencia, transfigurado en concepción orgánica y madura, en convencimiento



capaz de desplegarse con toda fuerza de dialéctica y todo ardimiento de pasión.

Nubla tu fe una leve duda; la ahuyentas, la disipas; y cuando menos la recuerdas, torna de tal manera embravecida y reforzada, que todo el edificio de tu fe se viene, en un instante y para siempre, al suelo.

Lees un libro que te hace quedar meditabundo; vuelves a confundirte en el bullicio de las gentes y las cosas; olvidas la impresión que el libro te causó; y andando el tiempo, llegas a averiguar que aquella lectura, sin tú removerla voluntaria y reflexivamente, ha labrado de tal modo dentro de ti, que toda tu vida espiritual se ha impregnado de ella y se ha modificado según ella.

Experimentas una sensación; pasa de ti; otras comparecen que borran su dejo y su memoria, como una ola quita de la playa las huellas de la que le precedió; y un día que sientes que una pasión inmensa y avasalladora rebosa de tu alma, induces que de aquella olvidada sensación partió una oculta cadena de acciones interiores, que hicieron de ella el centro obedecido y amparado por todas las fuerzas de tu ser: como ese tenue rodrión de un hilo, a cuyo alrededor se ordenan dócilmente las lujuriosas pompas de la enredadera.

Todas estas cosas son el barco que parte, desaparece, y vuelve cargado de tributos.

Y es que nuestro espacio interior, ese de que decíamos que parece acabar donde acaba la claridad de la conciencia, como semeja la espaciosidad del mar tener por límite la línea en que confina con el cielo, es infinitamente más vasto, y abarca inmensidades donde, sin nuestro conocimiento y sin nuestra participación, se verifican mil reacciones y transformaciones laboriosas, que, cuando están consumadas y en su punto, suben a la luz, y nos sorprenden con una modificación de nuestra personalidad, cuyo origen y proceso ignoramos; como se sorprendería, si tuviese conciencia, la larva, en el momento de salir de su clausura y desplegar al sol las alas que ha criado mientras dormía.

Allí, en ese oscuro abismo del alma, habitan cosas que acaso creemos desterradas de ella sin levante, y que esperan en sigilo y acecho: el instinto brutal que, domado, al parecer; en la naturaleza del malvado o el bárbaro, se desatará, llegando la ocasión, en arrebató irrefrenable; y el sentimiento de rectitud de aquel

que, ofuscado por la pasión, cayó en la culpa, y ha de volver al arrepentimiento; y el impulso de libertad del esclavo que se habitúa a la cadena y yace en soporosa mansedumbre, hasta que un día todos sus agravios desbordan en uno de su pecho, y se yergue delante del tirano.

Allí duermen, para despertar a su hora, cosas que vienen de aún más lejos: la predisposición heredada, que, a la misma edad en que ocupó el alma del abuelo o el padre, a la misma edad se manifiesta y reproduce: la fatídica aparición de los *Espectros*, y esas impresiones de la infancia que, desvanecidas con ella, reaparecen en la madurez como centro o estímulo de una conversación que persevera hasta la muerte: así la emoción de Tolstoi niño ante la piedad de Gricha el vagabundo.

De allí, de esa oscuridad, soplan las intuiciones súbitas del genio, las inspiraciones del artista, las profecías del iluminado, que adivinan belleza o verdad sin saber cómo, por una elaboración interior de que no tienen más conciencia que de los cambios que se desenvuelven en las entrañas de la tierra. De allí también vienen esas tristezas sin objeto y esas alegrías sin causa, que el tiempo suele descifrar después, certificando los anuncios del oráculo íntimo, como el presentimiento de una calamidad o la anticipada fruición de una ventura.

"*El mercader de Venecia*. — No acierto a entender por qué estoy triste. Mi tristeza me enfada a mí como a vosotros; pero no sé lo que es, dónde tropecé con ella, ni de qué origen mana. Hasta tal punto me ha enajenado la tristeza, que no me reconozco a mí mismo.

"*Salanio*. — Tu pensamiento se inquieta sobre el Océano, donde tus naves, con sus pomposas velas, como señoras o ricas ciudadanas de las ondas, dominan a las barcas de los pequeños traficantes, que reverentemente las saludan al pasar.

"*El mercader*. — No creas que sea ésa la causa. No he puesto mi fortuna en una sola nave, ni en un solo puerto; ni pende todo mi caudal de las ganancias de este año. No nace de negocios mi melancolía.

"*Salanio*. — ¿Nace entonces de amor?

"*El mercader*. — Calla, calla...

"*Salanio*. — ¿Tampoco nace de amor? Digamos, pues, que estás triste porque no estás alegre, del mismo modo que si dieras

en reír y saltar, y dijese luego que estabas alegre porque no estabas triste.”

Cualquiera idea, sentimiento o acto tuyo, aun el más mínimo, puede ser un punto de partida en ese abismo a que tu vista íntima no alcanza. Lo que, olvidado, se sumerge en él, es quizá como el barco que se desorienta y pierde, y destrozado por las iras del piélago, ya no vuelve más; pero, a menudo también, es como el barco que vuelve, colmado de tesoros. La fuerza de transformación y de fomento que mora en aquella profundidad es infinita. Por eso, en el principio de las más grandes pasiones, y de los empeños más heroicos, no se suele encontrar sino esas indefinibles vaguedades, esos tímidos amagos, esos pálidos vislumbres, esos perezosos movimientos, que aun cuando no los ponga bajo su amparo la atención, ni vengan a excitarlos nuevas provocaciones de las cosas, toman por sí mismos portentoso vuelo con sólo el calor y la humedad de la tierra pródiga y salvaje que se dilata bajo la raíz de nuestra vida consciente.

Son los infinitamente pequeños del pensamiento y la sensibilidad; las pulvículas que flotan, innumerables y dispersas, en nuestro ambiente íntimo; los vagos ecos que la conciencia escucha algunas veces, como venidos de un hervor subterráneo; gérmenes o despojos que representan, con relación al sentimiento neto, actual y definido, lo que para el chorro de agua del surtidor el polvo húmedo que de él se desprende y le rodea.

El sutil y ejercitado atalayador de sí mismo los trae al campo de la observación; y cuando el psicólogo, por los procedimientos del arte, se aventura en las reconditeces de la conciencia y saca a luz lo del más oscuro fondo, ellos aparecen como los corpúsculos del aire si un rayo de sol cruza por entre sus inarmónicas danzas. Así cuando Sterne, el imaginador de *Tristram Shandy*, descubre con su lente humorística la imperceptible operación del hecho nimio y desdeñado, dentro del alma y en la vida de cada uno, y su repercusión en las de los otros, y sus asociaciones, y su engrandecimiento; como quien siguiera a la burbuja levisima desde que se disuelve en el aire y entra a hacer parte de invisible vaporación, hasta que nace y campa, preñada de tormentas, la nube; o bien, cuando Marivaux, docto en mil menudencias arduas y preciosas, observa, como tras un vidrio de aumento, los inciertos albores de una pasión, el relampagueo

de las intenciones, la gradación de los afectos, el vaivén de la voluntad vacilante, las gracias del amor que a sí propio se ignora; el tránsito, apenas discernible, de la indiferencia al amor, o del amor al desvío; todo el *quizá*, todo el *casi*, todo el *apenas*, del alma.

Lo que nos parece instantáneo, improviso, y como comunicado por una potestad superior, en las bruscas transformaciones de nuestra vida moral, no es, la mayor parte de las veces, sino el resultado visible, la tardía madurez, de una acción larga y lentamente desenvuelta en el abismo interior, teniendo por principio y arranque una moción levisima. De aquí que baste, a menudo, otra moción no menos leve, una vaga y sutil excitación, un delicado toque, para provocar el estallido con que se desemboza nuevo modo de ser, nueva existencia: la obra estaba a punto de cuajar y no aguardaba más que un rasguño que la estimulara.

“Nada hay vil en la casa de Júpiter”, decían los antiguos. Parodiándolo, digamos: “Nada hay nimio ni insignificante en la casa de Psiquis”.

### XXXVI

*Pero aun* en lo exterior del mundo, aun en los desenvolvimientos y transformaciones que se verifican dentro de esa capacidad, real o ilusoria, que queda fuera de nosotros, ¿es que existe, en rigor, hecho que pueda ser desdeñado por pequeño? ¿Qué clasificación es esta que nos autoriza a dividir las cosas que pasan en pequeñas y grandes, en trascendentales y vanas, según nuestra limitadísima inferencia? Para graduar un hecho de pequeño, con certidumbre de lo que juzgamos, habríamos de abarcar, y tener presente en su unidad, la infinita máquina del universo, donde tal hecho está incluído y obra de concierto con todo. ¡Pequeño para quien lo mira pasar, es, acaso, un hecho que, en el blanco adonde vuela disparado por la oculta potestad que rige las cosas, ha de embestir y dislocar a un mundo! ¡Pequeño es un movimiento que aparta, en grado infinitesimal, del punto en que tropezarían dos fuerzas cuyo encuentro sería el caos! ¡Pequeña es una arista que, esforzando la atención, des-

cubres en el viento, y que va tal vez enderezada a volcar el trono de un dios! . . . Y cuenta que no hablo ahora del hecho cuya pequeñez, acumulada a la de otros que lo reproducen, como los granos de arena en la clepsidra, se suma, al cabo del tiempo, en cosas grandes; sino de aquel que comparece, solitario y único, y que, por la ocasión en que llega, por el punto del tiempo que ocupa, decide de inmediato, con su impulso levisimo, la dirección de una columna inmensa de destinos humanos: al modo como un suave soplo de viento, o la mano de un niño, cambian de posición a esas rocas movedizas que, sin la inestabilidad de su equilibrio, resistirían al brazo de un titán.

.....  
Allá en el norte de América hay una estupenda fuerza organizada; cuerpo en que participan dos naturalezas: manos de castor, testuz de búfalo; imperio por el poderío, república por la libertad. Este organismo es el resultado en que culminan sentimientos y hábitos que una raza histórica elaboró, del otro lado del océano, en el transcurso de su desenvolvimiento secular. Pero a la raza le eran precisos nuevo ambiente, tierra nueva, y los tuvo. ¿Cómo fué que esta tierra quedó reservada para aquella simiente? ¿Qué hay en la base de esa montaña de la voluntad, pueblo de nuevas magias y prodigios, que, donde no amor, inspira admiración, y donde no admiración, inspira asombro? — Hay un vuelo de pájaros.

SeSENTA días después de la partida, las naves de Colón corcaban el desierto mar con rumbo al Occidente. Quietas las aguas. Nada en el horizonte, igual y mudo, como juntura de unos labios de esfinge. Tedio y enojo en el corazón de la plebe. La fe del visionario hubiera prolongado aquel rumbo a lo infinito, sin sombra de cansancio; y bastaba que lo prolongase sólo algunos días para que las corrientes le llevaran a tierra más al norte del Golfo. Sujetaba apenas las iras de su gente, cuando he aquí que, una tarde, Alonso Pinzón, escrutando la soledad porfiada, ve levantarse, sobre el fondo de oro del crepúsculo, una nube de pájaros que inclina la curva de su vuelo al sudoeste y se abisma de nuevo en la profundidad del horizonte. Tierra había, sin duda, allí donde, al venir la noche, se asilaban los pájaros: las naves, corriendo su ruta, tomaron al instante la dirección que les marcaba aquel vuelo. Sin él, es fundada presunción de Washington Irving, que a la Carolina o la Virginia futuras, y no a la

humilde Lucaya, hubiera tocado recibir el saludo de la flota gloriosa. Entonces, señoreado el pendón de Castilla del macizo inmenso de tierra que quita espacio a dos Océanos antes de estrecharse en la combada columna del suelo mejicano, fuera allí donde se desarrollara preferentemente la epopeya de los conquistadores, que llevó su impulso hacia el sur. Pero Walter Raleigh, los Puritanos, la república, tuvieron, por amparo profético, el paso de unas aves. ¡Leve escudo de gigantes destinos! Si en el desenvolvimiento de esas ondas enormes de hechos e ideas, que marcan los rumbos de la historia, vuelos de pájaros deciden así del reparto y el porvenir de los imperios, ¡qué mucho que, con igual arbitrio sobre los hados de la existencia individual, vuelos de pájaros sean, a menudo, origen de cuanto la encumbra o abate; vuelos de pájaros el encendimiento del amor, la vocación del heroísmo, el paso de la dicha; vuelos de pájaros la gloria que se gana y la fe que se pierde!

## XXXVII

*Imaginemos* en el árbol a punto de dar fruto, una personalidad, una conciencia. La conciencia del árbol escoge entre las semillas que promete la madurez de la flor, y predestina, las unas, a perderse; las otras, a mantener y dilatar en torno suyo su casta. Al lugar de estas últimas hace afluir, con exquisito esmero, lo mejor de la savia, la más delicada industria de la fuerza vital, para tejer al germen escogido cubierta que le abrigue y proteja. Elabora fuerte y acabada semilla; la rodea primorosamente de la carne del fruto. De esta manera piensa haber asegurado el logro de aquel germen, en que fía su esperanza de inmortalidad; mientras los otros, que olvida y desampara, sólo adquieren, por inercia o costumbre de las fuerzas del árbol, débiles y mal provistas envolturas. Pero no es sólo el adecuado acondicionamiento del germen lo que determina sus probabilidades de lograrse: acaso el fruto donde se esconde el germen preferido, es arrancado del árbol por una mano codiciosa, o acaso se deposita la semilla de este fruto en tierra ingrata; mientras el aire, con su soplo, recoge del suelo la semilla desprendida del fruto abandonado y mal hecho, y la lleva a donde ella encuentre tierra propicia, y abrigo y humedad que acojan amoro-

samente el germen desheredado por el árbol y erijan, en aquel sitio, el árbol nuevo; quizá la selva, con el transcurso de los años. Estas semillas, obra de la fuerza inconsciente de mi árbol, y objeto para él de menosprecio y abandono, significan los actos que, cada día de nuestra existencia, realizamos automática o negligentemente y sin ninguna idea de sus vuelos posibles. Apuramos los recursos de nuestra intención para asegurar la eficacia de actos en que ciframos nuestros anhelos y esperanzas; desdeñamos los otros. Pero todo acto tiene entrañado un germen invisible; en todos ellos se encierra el punto vital, minúsculo diseño de la planta futura. El viento, el polvo, el agua, el séquito oficioso de la fatal Naturaleza, deciden de la suerte de las semillas descuidadas, que pueden ser vanos despojos; que pueden ser la selva ingente... ¿A cuál de las semillas estará vinculado, en su nacer, el nuevo árbol? ¿Con qué acto mío arrojo, quizá, al viento que pasa, el germen de mi porvenir?

### XXXVIII

Y así como no hay acto cuya vanidad sea segura con relación a la vida del que, voluntaria o indeliberadamente, lo realiza, tampoco le hay que no pueda dejar huella en la conciencia o el destino de los otros hombres. Con cada uno de nuestros actos, aun los más ligeros, triviales y ajenos de intención, no sólo proponemos un punto de partida para un encadenamiento capaz de prolongarse y conducir a no esperado término de nuestra existencia, sino que le proponemos también para encadenamientos semejantes fuera de nosotros. Porque todo acto nuestro, por nimio que parezca, tiene una potencia incalculable de difusión y propaganda. No hay entre ellos ninguno que esté absolutamente destituido de ese toque magnético que tiende a provocar la imitación, y luego, a persistir en quien lo imita, por esa otra imitación de uno mismo que llamamos costumbre. Hacer tal o cual cosa es siempre propender, con más o menos fuerza, a que la hagan igual todos aquellos que la ven y todos aquellos que la oyen referir. Y esto no es sólo cierto de los actos mínimos de una voluntad grande y poderosa: es una radical virtud del acto, que, sin saberlo ni los que la ejercen ni los que la sufren, puede

estar adscrita a un movimiento del ánimo del niño, del mendigo, del débil, del necio, del vilipendiado.

Además, el valor de aquello que se hace o se dice, como influencia que entra a desenvolverse en lo interior del alma de otro, ¿quién lo calculará con fijeza, si no es conociendo hasta en sus ápices la situación peculiar de esta alma, dentro de la cual una moción levisísima, y en un sentido indiferente para los demás, puede ser la causa que rompa el orden en que ella reposaba, o que, por el contrario, lo restablezca y confirme, por misteriosamente fatal o misteriosamente oportuna?

Hablaban los viejos moralistas del fariseísmo en el escándalo, y lo encontraban allí donde el hecho inocente es acusado de ejemplo tentador. Pero ¿quién sabe qué fondo de verdad personal no habría a menudo en estas acusaciones sospechadas de fingidas y pérfidas, si se piensa en la inextricable repercusión de una palabra o una imagen que entran a provocar los ecos extraños y los falaces reflejos de Psiquis?... Otro tanto pasa con la génesis arcana del amor, de la fe, del odio, de la duda... Porque nada de lo que obra de afuera sobre el alma la mueve como al cuerpo inanimado, cuyo movimiento puede preverse con exactitud, sabidas su resistencia invariable y la energía del móvil. Carácter de las reacciones de la vida es la espontaneidad, que establece una desproporción constante entre el impulso exterior y los efectos del impulso; y esta desproporción puede llegar a ser inmensa...

Una palabra... un gesto... una mirada... El rayo que fulmina no es más certero y súbito que suelen serlo esas cosas sobre el alma nuestra. Y para las mortales lentitudes del remordimiento y el dolor, ¿cuántas veces no son el germen terquísimo que retoña y dura hasta la muerte? ¿Quién agotará su sentido a la imagen que sella el recuerdo de Sully Prudhomme como la empresa de su pensamiento intenso y melancólico: aquel vaso de flores que, herido al paso y sin querer, con un golpe ligero, sobrelleva, como quien siente el pudor del sufrimiento, su apenas visible rasgadura, mientras por ella se escapa, lenta, lentamente, el agua que humedece los cabos de las flores, y éstas se marchitan y mueren?...

## XXXIX

*En el descubrimiento*, en la invención, en el zarpazo con que aferra su presa la atención hipertrófica que, perenne en el fondo de un espíritu, espía el movimiento de la realidad, a modo de pupila felina, dilatada en la sombra, aguardando el paso de la víctima, el hecho nimio ¡cómo se agiganta y vuelve glorioso!... La manzana de Newton, la lámpara de Galileo, no son sino moldes de una inicial con que comienzan muchas páginas en la historia del espíritu humano. Una marmita cuya tapa se mueve a impulsos del vapor pone a Worcester sobre las huellas de la fuerza con que más tarde humillará al espacio la locomotora. Un papel que, por encima de una llama, se sostiene y sube en el aire, inspira a los Montgolfier el principio de la navegación aérea. Haüy deja caer involuntariamente unos prismas de espato al suelo de su laboratorio, observa cómo se parten en pedazos simétricos, y descubre las leyes de la cristalografía. Un burgomaestre de Brujas, Luis de Barken, frota, por pueril distracción, un diamante con otro, y acierta así con el pulimento y la talla de la más noble de las piedras. El caballero de Meré consulta sobre el juego de dados a Pascal; y con su respuesta, Pascal funda el cálculo de probabilidades. En la invención artística, igual grandeza de la pequeñez apresada por las garras de la observación. Leonardo no halla modo de figurar cómo quiere al Judas de *La Cena*; repara un día, yendo por la calle, en la postura de un gañán, y la forma con que en vano soñaba se le imprime en los ojos. Milton asiste, de viaje por Italia, al retablo de un titiritero, y allí germina en su mente sublime la concepción de *El Paraíso perdido*.

## XL

Hay una misteriosa voz que, viniendo de lo hondo del alma, le anuncia, cuando no se confunde y desvanece entre el clamor de las cosas exteriores, el sitio y la tarea que le están señalados en el orden del mundo. Esta voz, este instinto personal, que

obra con no menos tino y eficacia que los que responden a fines comunes a la especie, es el instinto de la VOCACIÓN. Verdadero acicate, verdadera *punzada*, como la que, en su raíz original, significa este nombre de instinto, él se anticipa a la elección consciente y reflexiva y pone al alma en la vía de su aptitud. La aptitud se vale de él como los pájaros del supuesto *sentido de orientación*, por el cual hallarían el camino cierto en la espaciosidad del aire. ¿Adónde va el pájaro sin guía sobre la llanura inmensa, en medio del laberinto de los bosques, entre las torres de las ciudades? A la casuca, al nido, a término seguro. Así, sin conocimiento de la realidad, sin experiencia de sus fuerzas, sin comparación entre los partidos posibles, el alma que ve abrirse ante sí el horizonte de la vida, va por naturaleza al campo donde su aplicación será adecuada y fecunda. A veces se revela tan temprano, y tan anterior a toda moción externa, este instinto, que se asemeja a la intuición de una reminiscencia. Otras veces se manifiesta tan de súbito y de tan resuelta manera, cuando ya el alma ha entrado en el comercio del mundo, que sugiere la idea de una real *vocación*, esto es, de una verdadera voz que llama. "Sígueme, ¡oh Mateo!" Otras veces, en fin, después de indecisiones en que parece revelarse la ausencia del saber inequívoco y palmario del instinto, surge la vocación tan clara y enérgica como si las dudas hubieran sido resueltas por el fallo de una potestad superior: tal se contaba, en la antigüedad, que surgió de la respuesta de la Pythia, para Aristóteles y para Licurgo.

La repentina conciencia que un alma, hasta entonces ignorante de sí misma, adquiere de su vocación, suele acompañarse de un estremecimiento tan hondo y recio en las raíces de la vida moral, en los oscuros limbos donde lo espiritual y lo orgánico se funden, que la emoción semeja un vértigo o un síncope; y a veces dura, como un mal del cuerpo, la huella que deja en la carne esa sacudida o arranque misterioso. Cuando Malebranche sintió anunciársele su genialidad metafísica leyendo el *Tratado del hombre* de Descartes, que puso ante sus ojos la imagen de una aptitud semejante a la que él llevaba, sin conocerlo, dentro de sí mismo, las palpitaciones de su corazón le sofocaban a punto de forzarle a interrumpir la lectura. Wagner nada sabía de su vocación musical antes de oír, por primera vez, en un concierto de Dresde, una sinfonía de Beethoven.

Trastornado por la intensidad de la emoción, llega enfermo, enfermo de verdad, a su casa; y cuando, pasados los días, vuelve a su ser normal, tiene ya plena conciencia de su vocación y se apresta para acudir a ella.

Energía que arraiga en el fondo inconsciente y genial de la personalidad, la vocación prevalece sobre los más altos y categóricos motivos de determinación voluntaria. Un padre moribundo, médico decepcionado de su ciencia, llama junto al lecho a su hijo, y le persuade a jurar que abandonará el propósito de estudiarla. El juramento sagrado hace fuerza, durante cierto tiempo, en el ánimo del hijo; pero, al cabo, la soberana voz interior recobra su ascendiente, y ese inculpable perjuró será Walter, el gran anatomista de Königsberg. Puede la razón del mismo que se siente fatalmente llevado a cierto género de actividad, condenar y aborrecer el objeto de ésta, sin que por ello la vocación pierda un ápice de su fuerza e imperio. El gran capitán de los reinados de Marco Aurelio y de Cómodo, Albino, es fama que, reprobando las armas con toda sinceridad de su pensamiento, perseveraba en ellas por ímpetu irresistible de su naturaleza, lo que le movía a decir que para él fué ideado el verso de Virgilio: *Arma amens capio, nec sat rationis in armis*.

En medio de los obstáculos del mundo; del abandono y la adversidad; del desdén y la injusticia de los hombres, la vocación hondamente infundida se desenvuelve con esas porfías indomables que recuerdan las significativas figuraciones en que la fantasía pagana expresó la tenacidad de un don o carácter que se identifica con la esencia de un ser: tal la repetidora Eco, que, muerta y despedazada, no pierde su facultad; la lengua de Filomena que, cortada por su forzador, sigue murmurando sus quejas; Niobe, que, convertida en piedra, llora todavía; o el ensimismado Narciso, que después de descender al Averno, aún busca, en las negras aguas de la Estigia, la hermosura de su imagen.

Pero si, una vez desembozada y en acto, la vocación profunda manifiesta esta nota de fuerza fatal, no siempre toma franca posesión del alma sin que la voluntad la busque y anime. Suele ser, la vocación, tardía y melindrosa en declarar su amor, aun cuando luego pruebe, con su constancia, cuán verdadero era; por donde se parece en ocasiones al enamorado tímido y al pobre vergonzante, en quienes la vehemencia del deseo lucha

con lo flaco de la decisión. Para consuelo del enamorado y del pobre que sufren por este íntimo conflicto, la naturaleza ha distribuido, entre sus gracias delicadas, un arte fino y sutil, de que suele hacer beneficio tanto a las voluntades sabias en ardides de amor, como a las piadosas. Es éste el arte de provocar el atrevimiento, de modo que no se percate de la provocación el provocado, que le tiene por propio y natural impulso suyo. ¡Cuánta perspicacia y habilidad; qué intuitivo hallazgo de la actitud, el gesto y la palabra; qué justo punto medio entre contrarios extremos de insinuación y de desvío para determinar al labio trémulo a la audacia de la confesión; o a la mano contenida, al recibimiento de la dádiva!... Pues algo de este arte ha menester la voluntad puesta en la obra de vencer la hesitación de ciertas vocaciones: ya para despejar y definir el rumbo de una vocación conocida; ya para que se nos acerque y anuncie una que aún no sabemos cuál es, pero que acaso nos tiene puestos los ojos en el alma y espera así el momento en que la voluntad, cambiando, por la observación y la prueba, las actitudes del espíritu, acierte con aquella que provocara su atrevimiento.

## XLI

*La vocación* es la conciencia de una aptitud determinada. Quien tuviera consciente aptitud para toda actividad, no tendría, en rigor, más vocación que el que no se conoce aptitud para ninguna: no oiría voz singular que le llamase, porque podría seguir la dirección que a la ventura eligiera o que le indicase el destino, con la confianza de que allí donde ella le llevara, allí encontraría modo de dar superior razón de sí; y esto, si bien caso estupendo y peregrino, no sale fuera de lo humano: hay espíritus en que se realiza. Cuando Carlyle escribe: "No sé de hombre verdaderamente grande que no pudiera ser toda manera de hombre", yerra en lo absoluto de la proposición, ya que el grande hombre, el *héroe*, el genio, presenta, a veces, por carácter, una determinación tan precisa y estrecha que raya en el monodéismo del obsesionado; pero acertaría si sólo se refiriese a ciertas almas, en quienes la altura excelsa e igual se une a la extensión indefinida, y de quienes diríase que alcanzaron la

omnipotencia y la omnisciencia, en los relativos límites de nuestra condición.

Puesto que hemos de hablar de vocaciones, demos paso, primero, a estas figuras múltiples de aspectos, tanto más raras cuanto más cerca de lo actual se las busque, y en ningún caso adecuadas para ser propuestas por ejemplo a quien ha de trazarse el rumbo de su actividad; pero que determinan y componen un positivo orden de espíritus, y con magnífica demostración de la suma de fuerzas y virtualidades que pueden agruparse en alrededor del centro único de una personalidad humana.

Place verlas en las eminencias del trono, donde se las suele encontrar alguna vez, reconquistando, por su calidad de vivos símbolos perfectos de cuanto cabe de eficaz y escogido en su raza o su época, la púrpura que invisten. Así prevalece, sobre los hijos de Israel, esa majestuosa figura de Salomón, a quien yo quiero representarme en la tradicional entereza de sus líneas, sin quitarle ni aun el rasgo de final y trascendente decepción, que con tan hondo interés completa su personalidad, y que manifiesta el libro que la moderna exégesis le disputa. En aquel varón sabio, que escudriña los senos de la Naturaleza, y sabe de los pájaros, las fieras y los peces, y de las plantas, desde el cedro del Líbano hasta el bisopo que crece en la pared; que así contesta a los enigmas de la reina de Saba como instruye, en los *Proverbios*, a los ignorantes y los cándidos; en aquel filósofo, que comunica valor universal a su desengaño y hastío, anticipando el acento penetrante de Kempis y la implacable dialéctica de Schopenhauer; en aquel juez, a quien fué dada sabiduría de Dios para discernir lo bueno de lo malo, y resolver intrincadas querellas; en aquel monarca que, mientras el sabio que lleva dentro esquilma el campo del conocimiento teórico, labra, con la soberana energía de la acción, la prosperidad y grandeza de su reino dilatándolo desde el Eufrates hasta el Egipto, sojuzgando naciones, reedificando ciudades, equipando ejércitos y flotas, habilitando puertos, y manteniendo una dulce paz con que cada cual goce de abundancia y quietud "a la sombra de su parra o a la sombra de su higuera"; en aquel hijo de David, que hereda el don poético, para desatarlo en el más ferviente, pomposo y admirable canto de amor que haya resonado en el mundo, y hereda el pensamiento del Templo, para plasmarlo en la madera de los bosques del Líbano, y en la piedra, el bronce

y el oro; en aquel sibarita, que amontona riquezas, y vive en casa revestida de cedro, entre cantores y cantoras y músicos, y tiene jardines donde crece toda especie de plantas, y dice de sí: "No negué a mis ojos nada que desearan ni aparté a mi corazón de ninguna alegría", hay un típico ejemplar de redondeada y cabal capacidad humana, al que nuestro sentido moderno de las cosas del espíritu logra añadir todavía una nota más, un complemento, que la Escritura sólo puede apuntar como flaqueza; y es el *dilettantismo* religioso, la inquietud politeísta, que le mueve, en sus últimos años, a levantar, junto al Templo que él mismo ha erigido al dios de Israel, los altares de divinidades extrañas, desde Astharot, ídolo de los sidonios, hasta Chamós, abominación de Moab, y Moloch, abominación de los amonitas; confundiendo en su reverencia, o en su angustia, del misterio, las imágenes de enemigos dioses, como antes había abarcado, en los anhelos de su amor humano, a la princesa del Egipto y a las mujeres de Ammón y de Moab; a las de Idumea, a las de Sidón, y a las hetheas. Salomón es el *hombre*, en la plenitud de las facultades, de alma y cuerpo, con que cabe arrancar a la vida su virtualidad y su interés; el hombre que, a un mismo tiempo, investiga, ora, canta, gobierna, filosofa, ama y goza del vivir; y que, por suma de esta experiencia, omnimoda, deja, al cabo, deslizarse de su pensamiento la gota de amargura que ha de caer, resbalando sobre la frente de los siglos, en el corazón de Ramsés, como en la cerviz de Carlos V, como en la copa de Fausto.

No ya semivelado por el vapor de la leyenda, como el rey bíblico, sino a pleno sol de la historia, otro monarca de genio orbicular aparece conduciendo a los pueblos, en los últimos días del paganismo. Es Juliano, más vulgarmente famoso por el estigma que agregó a su nombre la vindicta del vencedor que por la estupenda complejidad de su genio, donde alternan rasgos de santo y de poeta, de sabio y de héroe. En esa alma gigantesca hay comprendidos no menos de cuatro hombres superiores, a la manera como el cráter del Pichincha tiene dentro de sí varias montañas. Renovador de una filosofía, la enciende en espíritu de religión, y su frente pensadora luce las ínfulas sacerdotales; poseedor de un cetro, lo ilustra, como Trajano, por la grandeza; como Antonino, por la bondad; vibrador de una espada, la impone al respeto de los bárbaros cuanto a la admi-

ración de sus legiones: la lleva desde las Galias de César a la Persia de Alejandro, y más feliz que Alejandro y que César, esgrimiéndola muere; dueño de un estilo, lo transfigura en la austeridad de Marco Aurelio, en la gracia de Platón, en el arrebatado de Plotino, en las sales de Luciano. Una civilización se infunde entera en él para morir, y mueren juntos. Herido por un golpe sublime, el mundo antiguo se desploma a los abismos de la nada: ese titán rebelde lo recibe en sus brazos extendidos, lo mantiene en alto un instante; y cuando, vencido del peso, lo suelta, se precipita tras él, y su sombra inmensa sirve de cauda, en la memoria de los tiempos, a aquel mundo desorbitado.

Pasando este crepúsculo y su noche, y aproximándose el albor de un nuevo día del espíritu humano, otra real corona ciñe, en Castilla, una frente capaz de infinita suerte de ideas: la del sabio rey de las *Partidas*. Si no tan grande, o si no tan venturoso, en las artes de la acción como en las del pensamiento, no menos emprendedor y altamente inspirado en las unas que en las otras, y en las de la sabiduría tan vasto y comprensivo que la extensión de la ciencia de su tiempo se mide por el círculo de sus aplicaciones, don Alfonso es formidable cabeza, de donde brota, armada de todas las armas, la Minerva de una civilización que se define y constituye. Toma una lengua balbuciente, y como sentándola sobre sus rodillas, la enseña a vincular los vocablos, a modularlos, a discernirlos; y sin quitarle gracia ni candor, le añade orden y fuerza. Entra por la confusión de fueros y pragmáticas donde se entrelazan, disputando, los vestigios de sucesivas dominaciones y costumbres, y de este informe caos trae a luz el más portentoso organismo de leyes que conociera el mundo desde los días de Justiniano. Quiere escribir de lo que fué, y viniéndole estrechos los aledaños de la crónica, sube a la cúspide de la memoria de los hombres, y hace la *grande e general Estoria* que no había. El sentimiento poético presta curvas y claros a tan dilatada gravedad; y como la imponente basílica de piedra se animaba a sus horas con la voz del órgano que en las desiertas bóvedas volcaba las quejas y los ruegos de su melodía, así el alma de don Alfonso lleva dentro de su arquitectónica grandeza los registros de donde fluye en inextinguible raudal la piadosa inspiración de las *Cantigas*, preludios de un sentimiento lírico y mina inagotable de casos legendarios. Pero si la gravedad del entendimiento reflexivo vuelve a él, no

le contentan las sendas donde ya ha estampado su garra; porque, como a los Reyes Magos, le atraen también los secretos de las estrellas, y alza, para atalarlas, aquel ilustre observatorio donde ejecutores de su pensamiento componen las *Tablas Alfonsinas*. A sus instancias comparecen en las escuelas de Toledo las ciencias del Oriente; y el romance ennoblecido por él se abre a las ideas de los libros hebraicos, de los maestros moros de Bagdad y de Córdoba, y aun de los narradores de la India. Y toda esta maravillosa actividad, que se desenvuelve, ya por su personal y única obra, ya teniendo él en sus manos la dirección y el impulso, cúmplela aquel gigante espíritu, no en apartada quietud, sino en medio a la perpetua agitación del gobierno y de la guerra; mientras negocia colgar de sus hombros la púrpura del imperio alemán, contiene los amagos de una nobleza levantisca, o acude en las fronteras a la algarada de los moros.

Estos son reyes que de veras fueron, no en el simple sentido político, sino en el pleno sentido de la civilización, caudillos de su gente. Pero tan soberana amplitud representativa, o una complejidad de facultades que se le asemeje, no han menester, por cierto, de cetro y corona, cuando, respondiendo a singular elección de la naturaleza, se manifiestan en una criatura humana. La gran florescencia espiritual del Renacimiento es, más quizá que cualquiera otra época no inculta ni primitiva, fecunda en estos casos de omnimoda aptitud, porque, debido a un conjunto de circunstancias transitorias, tendió a generalizar, por tipo de los caracteres, una como multiplicación de la personalidad. Al desatarse las energías reprimidas y concentradas durante sueño de siglos, no parece sino que todas las actividades de la inteligencia y de la voluntad fuesen pocas para dar empleo a tal desborde de fuerza, y que cada hombre hubiera necesidad de gustar su parte de vida de muchos y distintos modos, para saciar su anhelo de gozarla. Quien en aquella alta ocasión de la historia busca sólo héroes del pensamiento o sólo héroes de la acción, encuentra casi siempre héroes de dos naturalezas: testa de águila, cuerpo de león, como el Grifo; a quienes el filosofar, o el producir de arte, y el compartir la más ferviente pasión por las puras ideas que haya prendido en humanos pechos después de Atenas y de Alejandría, no estorbaron para confundirse en la inquietud guerrera de su tiempo, y ganar la gloria con la espada; ni para probar los filos de su entendimiento en esa otra



esfera de las trazas e industrias de la sabiduría política, que arraigaba entonces su imperio, suavizando el zarpazo de la fuerza brutal mediante las artes refinadas que redujo a cínica y elegante expresión el libro *Del Príncipe*.

Así resaltan sobre el fondo triunfal del maravilloso siglo xvi, espíritus como el de aquel Cornelio Agripa, que el emperador Maximiliano lució en su séquito de guerrero y de mecenas; extraordinaria unión de escéptico e iluminado, de ocultista quimérico y crítico demoleedor; teólogo, médico, jurisconsulto, ingeniero de minas; maestro de todas ciencias, en Dôle y Colonia, en Turín y en Pavía; auxiliar a quien los reyes se disputaban los unos a los otros, como un preciado talismán o una interesante rareza; y en la vida de acción, tan apto para el alarde heroico, que le vale título de caballero sobre el mismo campo de batalla, como para asistir a los consejos del Emperador, administrar ciudades y participar en conciliábulos cismáticos. Así se ostenta también la genialidad de tan ilustre siglo, si la representamos por figura más estatuaria y clásica, en don Diego Hurtado de Mendoza, el hombre por excelencia significativo y armónico del Renacimiento español: cabeza para primores de estilo y para planes de gobierno, brazo para mandobles, ojo para cazas de altanería; el incomparable, el magnífico don Diego: soldado, embajador, gobernador de Siena, árbitro de Italia; verbo de Carlos V, cuya palabra hace retumbar en el concilio de Trento por encima del pontífice romano, y cuya voluntad tiende redes sutiles alrededor de príncipes y repúblicas; y en el aspecto literario: humanista de los de la hora prima, inflamado hasta la médula de los huesos en los entusiasmos de la resurrección de la belleza y del hallazgo de manuscritos preciosos; a quien el Sultán de Turquía manda una vez, para retribuir cumplidos de Estado, seis arcas llenas de códices antiguos; poeta que lo mismo compone al uso popular, que cultiva el endecasílabo de Garcilaso; escritor que reproduce en la historia pintoresca las tintas de Salustio, y enriquece la prosa castellana con la joya exquisita de *El Lazarillo de Tormes*.

Pero si destaramos las facultades de la política y la guerra, y agrandamos, en cambio, considerablemente, las del pensamiento puro, llevándolo, en sus dos manifestaciones de arte y ciencia, a los más amplios límites de que el genio es capaz, la novadora energía del Renacimiento se infunde en una personificación su-

prema: la personificación de Leonardo de Vinci. Jamás figura más bella tuvo, por pedestal, tiempo más merecedor de sustentarla. Naturaleza y arte son los términos en que se cifra la obra de aquella grande época humana: naturaleza restituída plenamente al amor del hombre, y a su atención e interés; y arte regenerado por la belleza y la verdad. Y ambos aspectos de tal obra deben a aquel soberano espíritu inmensa parte de sí. Con los manuscritos de Leonardo, la moderna ciencia amanece. Frente a los secretos del mundo material, él es quien reivindica y pone en valiente actividad el órgano de la *experiencia*, tentáculo gigante que ha de tremolar en la cabeza de la sabiduría, sustituyendo a las insignias de la autoridad y de la tradición. Galileo, Newton, Descartes, están en germen y potencia en el pensamiento de Leonardo. Para él el conocer no tiene límites artificiosos, porque su intuición abarca, con mirar de águila, el espectáculo del mundo, cuan ancho y cuan hondo es. Su genio de experimentador no es óbice para que levante a grado eminente la especulación matemática, sellando la alianza entre ambos métodos, que en sucesivos siglos llevarían adelante la conquista de la Naturaleza. Como del casco de la Atenea del Partenón arrancaban en doble cuadriga ocho caballos de frente, simbolizando la celeridad con que se ejecuta el pensamiento divino, así de la mente de Leonardo parten a la carrera todas las disciplinas del saber, disputándose la primacía en el descubrimiento y en la gloria. No hubo después de Arquímedes quien, en las ciencias del cálculo, desplegara más facultad de abstraer, y en su aplicación, más potencia inventiva; ni hubo, antes de Galileo, quien con más resuelta audacia aplicase al silencio de las cosas "el hierro y el fuego" de la imagen baconiana. Inteligencia de las leyes del movimiento; observación de los cuerpos celestes; secretos del agua y de la luz; comprensión de la estructura humana; vislumbres de la geología; intimidad con las plantas: todo le fué dado. Él es el Adán de un mundo nuevo, donde la serpiente tentadora ha movido el anhelo del saber infinito; y comunicando a las revelaciones de la ciencia el sentido esencialmente moderno de la práctica y la utilidad, no se contiene en la pura investigación, sino que inquiere el modo de consagrar cada verdad descubierta a aumentar el poder o la ventura de los hombres. A manera de un joven cíclope, ebrio, con la mocedad, de los laboriosos instintos de su raza, recorre la Italia de aquel tiempo

como su antro, meciendo en su cabeza cien distintos proyectos; ejecutados unos, indicados o esbozados otros, realizables y preciosos los más: canales que parten luengas tierras; forma de abrir y traspasar montañas; muros inexpugnables; inauditas máquinas de guerra; grúas y cabrestantes con que remover cuerpos de enorme pesadéz. En medio de estos planes ciclópeos, aún tiene espacio y fuerza libre para dar suelta a la jovialidad de la invención en mil ingeniosos alardes; y así como Apolo Esminteo no desdeñaba cazar los ratones del campo con el arco insigne que causó la muerte de Pythón, así Leonardo emplea los ocios de su mente en idear juguetes de mecánica, trampas para burlas, pájaros con vuelo de artificio, o aquel simbólico león que destinó a saludar la entrada en Milán del Rey de Francia, y que deteniéndose después de avanzar algunos pasos, abría el pecho y lo mostraba henchido de lirios... Nunca un grito de orgullo ha partido de humanos labios más legitimado por las obras, que estas palabras con que el maravilloso florentino ofrecía al duque de Milán los tesoros de su genio: "*Yo soy capaz de cuanto quepa esperar de criatura mortal*". Pero si la ciencia, en Leonardo, es portentosa, y si su maestría en el complemento de la ciencia, en las artes de utilidad, fué, para su época, como don de magia, su excelsitud en el arte puro, en el arte de belleza, ¿qué término habrá que la califique?... Quien se inclinara a otorgar el cetro de la pintura a Leonardo, hallaría quien le equiparara rivales, no quien le sobrepusiera vencedores. Poseído de un sentimiento profético de la expresión, en tiempos en que lo plástico era el triunfo a que, casi exclusivamente, aspiraba un arte arrebatado de amor por las fuerzas y armonías del cuerpo, no pinta formas sólo: pinta el sonreír y el mirar de Monna Lisa, la gradación de afectos de *La Cena*, pinta fisonomías, pinta almas. Y con ser tan grande en la hermosura que se fija en la tela, aún disputa otros lauros su genio de artista: el cincel de Miguel Ángel cabe también en su mano, y cuando le da impulso para perpetuar una figura heroica, no se detiene hasta alcanzar el tamaño gigantesco; el numen de la euritmia arquitectónica le inspira: difunde planos mil, César Borgia le confía sus castillos y sus palacios; sabe tejer los aéreos velos de la música, y para que el genio inventor no le abandone ni aun en esto, imagina nuevo instrumento de tañir, lo esculpe lindamente en plata, dándole, por primor, la figura de un cráneo equino, y acompañado de él,

canta canciones suyas en la corte de Luis Sforza. Cuando a todo ello agregues una belleza de Absalón, una fuerza de toro, una agilidad de Perseo, un alma generosa como la de un primitivo, refinada como la de un cortesano, habrás redondeado el más soberbio ejemplar de nobleza humana que pueda salir de manos de la Naturaleza; y al pie de él pondrás, sin miedo de que la más rigurosa semejanza te obligue a rebajarlo en un punto: *Este fué Leonardo de Vinci*.

.....  
—¿Y si estuviera probado que Bacon y Shakespeare fueron uno?

—Si estuviera probado que Bacon y Shakespeare fueron uno, nunca las espaldas de Atlas habrían soportado tal orbe; pero ¿dónde te quedas, pecho de lirios de Leonardo, limpio y fragante como el de su león?... De aquella cima de dar vértigos, se divisaría, ¡qué tristeza!, el quinto foso de Malabolge, que encierra por la eternidad a los que mercaron con la justicia, y donde hirviente pez abrasa las entrañas de Giampolo, ministro prevaticador del rey Teobaldo.

.....  
Cuando la universalidad de la aptitud se entiende sólo en relación al conocimiento, al saber, abarcado en la medida que cabe dentro de los límites completos de una civilización o de un siglo, engendra el tipo de omnisciencia que en otros tiempos dió lugar al nombre de *sabio*, y que, con semejante significación, ya no se reproducirá: a lo menos en cuanto alcanza a prever la conjetura. El modelo insuperable y eterno de esta casta de espíritus es aquella sombra inmensa que se levanta en el horizonte de la antigüedad, llegando la ciencia helénica a la madurez de la razón, y recoge de una brazada cuanto se piensa y sabe en torno suyo, para fijarle centro y unidad, e imprimirle su sello, después de dilatarlo con nuevas ideas y noticias, que comprenden desde la organización de los Estados hasta la respiración de los hombres; desde las formas del razonamiento hasta los fenómenos del aire. Ni aun se contenta Aristóteles con enseñar para la más noble raza del mundo: la férula de su enseñanza sobrevive a dioses que caducan e imperios que se desmoronan. Su obra austera y desnuda es como esqueleto de ideas en que apoyarán los músculos de su pensamiento tres civilizaciones distintas: la que dijo sus postreras razones con Hipatía; la que

se propagó con el Islam, y la que se desenvuelve, entre luces y tinieblas, desde los primeros claustros monacales hasta las primeras cátedras de los humanistas. Entendimientos de esta trascendencia: moldes del pensar de las edades; no patrimonio de ninguna. Dicen que si el abismo de la mar se secara y hubiesen de volverlo a llenar con el tributo que derraman en él los ríos de la tierra, cuarenta siglos pasarían antes de que lo lograsen: tal me represento yo la proporción entre la capacidad creadora de uno de estos intelectos omnímodos y la labor perseverante y menuda de las generaciones que vienen después de ellos.

Antes de que el eclipse de toda luz intelectual cierre sus sombras, la universalidad aristotélica se reproduce parcialmente, animada de nueva y sublime inspiración, en otro inmenso espíritu, y Agustín, razonador de una fe, difunde la actividad de su sabiduría y su genio por los doce mil estados de la *ciudad de Dios*. Luego, en el lento despertar de la razón humana, la universalidad, aunque desmembrada por la ausencia de vuelo y de acento personal, y por la infantil reducción de todo objeto de estudio, es carácter que fluye de lo simple e inorgánico de la cultura que alborea; y universales son, por la naturaleza de la obra que les está cometida, los mantenedores o restauradores del saber: los Casiodoros e Isidoros, los Alcuinos y Bedas, officiosos Plinios y Varrones de una edad que ha de empezar por recoger las ideas sepultas y dispersas entre los escombros de las ruinas. Pero es en el claro de luz del siglo XIII, al incorporarse pujante el genio de una civilización que quiere dar gallarda muestra de sí antes de pasar su cetro a otra más alta que se acerca, cuando vienen al mundo algunas magníficas personificaciones de saber encíclico, que evocan, en cierto modo, la memoria augusta del humano educador de Estagira. Llegan entonces los ordenadores del tesoro penosamente reintegrado, los artifices de *sumas*: ya, como Tomás de Aquino, concertando en derredor de la idea teológica el pensamiento de la antigüedad, sin dejar punto intacto en aquella esfera a que ciñe los anillos de esta serpiente; ya como Rogerio Bacon, tomando del conocimiento un nuevo modo de sabiduría; ya, como Alberto Magno, abarcando dentro de la capacidad de su ciencia, lo sublime y lo prolijo, la especulación ontológica y el saber experimental.

En la legión de espíritus omniscios que aquel siglo trae, dos columbro cuya complejidad excede de los términos de la

pura sabiduría, y se dilata por círculo aún más vasto de actividades y aptitudes, reuniendo, a múltiples maneras de ciencia, el uno inspiración gloriosa en la acción, el otro grandeza excelsa en el arte, sin que tampoco el arte fuera don negado al primero, ni al segundo faltara el de la acción. Hablo de Raimundo Lulio y Dante Alighieri. Raimundo Lulio, el "doctor iluminado", que, después de desatar sobre su siglo, desde la soledad del monte Randa, inaudito torrente de ideas, que arrastran y consumen todo objeto de conocimiento, baja de allí y aparece como apóstol y héroe de una empresa sublime, corriendo desalado, delirante de amor, los ámbitos del mundo, para predicar la gigantesca cruzada, la redención del Oriente, y alcanzar al fin las palmas del martirio; y Dante Alighieri, el que ganó la cúspide en aquella bandada de enormes águilas; el poeta sabedor de cuanto su tiempo supo, y présago de lo demás; un Leonardo de Vinci (por la dualidad del genio inventor) en quien cuadros y estatuas se transportasen a la verbal imaginaria del verso, y descubrimientos y vislumbres se expresaran entre convulsiones pythónicas; o bien, un realizado fantasma Bacon-Shakespeare, apto, por lo concorde y enterizo de la edad en que nació, para manifestar su doble virtud, no en formas separadas, sino en el único y estupendo organismo de un poema donde revive aquel don de síntesis total que fué atributo de las epopeyas primitivas.

Después que el saber se constituye de manera orgánica y metódica y sus diferentes especies se emancipan y reparten, aún suele resplandecer, como aureola de algunas cabezas peregrinas, la universalidad en el conocimiento hondo y eficaz. Los dos primeros siglos de la edad moderna habían llevado ya la indagación científica a un grado de complejidad muy alto, cuando surgió Leibniz, y tendió la mirada de sus cien ojos de Argos sobre la naturaleza y el espíritu, y dondequiera que eligió su blanco: ciencias físicas, ciencias matemáticas, filología, jurisprudencia, metafísica, reveló oculta riqueza y mantuvo el rango genial de la invención. Aún más adelante en el tiempo que Leibniz; menos creador e inventivo que él en los dominios de la ciencia; pero, en cambio, abarcando, dentro de su abrazo úrdico, inteligencia de verdad e inteligencia de belleza; ciencia y arte, y trascendiendo, además, de la especulación a la acción, por aquella finalidad de la palabra, convertida en máquina de guerra, que toca, en algún modo, al heroísmo de la voluntad,

resalta Diderot, el caudillo de una centuria crítica y demole-dora; el profeta de la Revolución; el Aristóteles ceñido de casco y coraza, de la "Enciclopedia".

Por bajo de los espíritus en que concurren sabiduría, arte y acción; de aquellos en que se concilian dos de esas tres maneras de *heroísmo*, y de los que agotan las diferencias y aplicaciones de alguna de las tres, cuéntanse aún otros espíritus de amplitud superior a la ordinaria, y son aquellos que comprenden, dentro del arte o de la ciencia, un grupo armónico de disciplinas, enlazadas por la semejanza de su objeto y la afinidad de las disposiciones que requieren; así, los que cultivan con fortuna todos los géneros literarios: como Manzoni, Voltaire, Lope de Vega; todas las artes plásticas: como Puget, Bernini, Alberto Durero, Alonso Cano; todas las ciencias naturales: como Linneo, Humboldt, Lamarck.

## XLII

*La ausencia de vocación* una y precisa, por universal difusión de la aptitud, es caso cuya frecuencia disminuye, dentro de la sociedad humana, con los pasos del tiempo. A medida que las sociedades avanzan y que su actividad se extiende y multiplica, como el árbol que crece, dando de sí ramas y ramúsculos, es ley que la vocación individual tome una forma más restringida y concreta. Nacen las vocaciones personales en el momento en que el hombre primitivo deja de bastarse a sí, propio y empieza, correlativamente, a ser útil y necesario a sus semejantes. Disgréganse los músculos del brazo de Adán condenado, elemental e indeterminadamente, al *trabajo*, y se llaman Jabel, el pastor; Tubulcain, el que forja los metales; Nemrod, el que va a caza de las fieras... Y se fija el instinto de cada vocación cuando lo que fué, en su principio, aptitud adquirida por necesidad y asentada por la costumbre, truécase, primero, en afición instintiva del que la adquirió, y se trasmite luego a otros seres humanos, sea por obra de la enseñanza y de la simpatía, sea, más tarde, por la acumulación, en don innato y gracioso, de la virtud de actos ejecutados por los ascendientes.

Las diversísimas disposiciones y actitudes por que se diferencian los hijos de cada generación en la sociedad civilizada,

son como los ecos mil en que se multiplican, repercutiendo en concavidades del tiempo, los cuatro o cinco *llamados* cardinales a que los hombres de la primitiva edad obedecieron, cuando fué menester repartirse y separarse, durante las horas del día, para acudir a diferentes labores: unos a aprender el uso de las armas; otros a tributar las honras del dios; otros a extraer de las yerbas bálsamos y venenos; otros a soplar la caña musical; otros, en fin, a partir la piedra y desbrozar la selva virgen. Y al compás que las necesidades de las generaciones aumentan, aumentan con ellas los modos de aptitud; y con los modos de aptitud, que plasman y adiestran en el tiempo el genio de una raza, la tendencia a trocarse en predisposición innata e instintiva, en *vocación* verdadera, cada nueva y más prolija variedad que el natural progreso determina en el desenvolvimiento de las aptitudes humanas.

Una economía infalible provee a toda sociedad y generación, de los obreros que para cada uno de sus talleres necesitan, y tales como los necesitan. Con los obreros, llegan en número adecuado sus *capataces* naturales. Mientras una actividad de cierto género no se agosta o suspende en la vida de una agrupación social, los espíritus aptos para dirigir esa actividad a sus fines, surgen con admirable puntualidad y eficacia. Diríase que el deseo y la prefiguración de las almas superiores que le son menester para orientarse, obra en las entrañas de la multitud al modo que la representación anticipada del hijo suele plasmarse en las entrañas de la madre, produciendo el parecido real con la imagen del sueño. Una sociedad de alma heroica no permanece largo tiempo sin Héroe grande. Vino al mundo el Mesias cuando todo el mundo pensaba en él y precisaba de él. En punto a hombres superiores, cada sociedad humana dispone, sobre la Naturaleza, de un crédito, cuando mínimo, justamente proporcionado a sus aspiraciones y a sus merecimientos. En la proporción en que ella tiene gestas que realizar y agravios que satisfacer, así suscita altos caudillos que la guíen; en la proporción en que goza de "entendimiento de hermosura", así promueve artistas que lo halaguen; en la proporción en que es capaz de creencia y de fervor, así convoca, de sus siempre vigilantes reservas, profetas, mártires, apóstoles.

## XLIII

El *porvenir* que veremos alborear de nuestro ocaso tendrá, como el presente, su resplandor de almas pensadoras; su fragancia de almas capaces de engendrar belleza; su magnetismo de almas destinadas a la autoridad, al apostolado y a la acción. De entre las nuevas, oscuras muchedumbres, surgirán los infaltables electos; y con ellos vendrán al Mundo nueva verdad y hermosura, nuevo heroísmo, nueva fe. ¡Qué irresistible y melancólico anhelo se apodera de nuestro corazón, anticipando con el pensamiento ese brote ideal que no será para nosotros!... Pero la esperanza tiene, en la realidad que nos rodea, formas más vivas, determinaciones más seguras, que los espectros de nuestra imaginación; y volviendo a esa viva realidad de la esperanza los ojos, la melancolía del anhelo pierde toda acritud y se vuelve aún más suave que el halago del soñar egoístico... Al lado de la humanidad que lucha y se esfuerza, y sabe del dolor y ha doblegado su pensamiento y su voluntad a la culpa, y mira acaso al día de mañana con la melancólica idea de la sombra final y la decepción definitiva, hay otra humanidad graciosa y dulce que ignora todo eso, cuya alma está toda tejida de esperanza, de contento, de amor; hay una humanidad que vive aún en la paz del Paraíso, sin el presentimiento de la tentación y del destierro; sagrada para el Odio, inaccesible para el Desengaño... A nuestro lado, y al propio tiempo *lejos* de nosotros, juegan y ríen los niños, sólo a medias sumergidos en la realidad; almas leves, suspendidas por una hebra de luz en un mundo de ilusión y de sueño. Y en esas frentes serenas, en esos inmaculados corazones, en esos débiles brazos, duerme y espera el porvenir; el desconocido porvenir que ha de trocarse, año tras año, en realidad, ensombreciendo esas frentes, afanando esos brazos, exprimiendo esos corazones. La vida necesitará hacer el sacrificio de tanta dicha y candor tanto, para propiciarse los hados del porvenir. Y el porvenir significará la transformación, en utilidad y fuerza, de la belleza de aquellos seres frágiles, cuya sola y noble utilidad actual consiste en mantener vivas en nosotros las más benéficas fuentes del sentimiento, obligándonos, por la

contemplación de su debilidad, a una continua efusión de benevolencia.

Todas las energías del futuro saldrán de tan preciosa debilidad. En esas encarnaciones transitorias están los que han de levantar y agitar desconocidas banderas a la luz de auroras que no hemos de ver; los que han de resolver las dudas sobre las cuales en vano hemos torturado nuestro pensamiento; los que han de presenciar la ruina de muchas cosas que consideramos seguras e inmutables; los que han de rectificar los errores en que creemos y deshacer las injusticias que dejamos en pie; los que han de condenarnos o absolvernos; los que han de pronunciar el fallo definitivo sobre nuestra obra y decidir del olvido o la consagración de nuestros nombres; los que han de ver, acaso, lo que nosotros tenemos por un sueño, y compadecemos por lo que nosotros imaginamos una superioridad...

Iluminado de esta suerte, un pensamiento, de otra manera exánime por su indeterminación y vaguedad: el de un porvenir que no veremos, adquiere forma y calor de cosa viva; toma contornos y colores capaces de provocar nuestra emoción y vincularnos con el grito de las entrañas. Es el reinado del Delfín de la humanidad presente: es el reinado que el viejo rey, a quien abruma ya el peso del manto, se complace en imaginar como el resultado glorioso de sus batallas fructificando en la apoteosis de su stirpe alrededor de una altiva figura juvenil...

Pero si el futuro misterioso vive y avanza en esa humanidad toda contento y amor, ¿dónde están, dentro de ella, los que en su día han de señalar a los demás el rumbo y personificarlos en la gloria? ¿Cuáles son los que llevan en su brazo la fibra del esfuerzo viril y en el fondo de sus ojos la chispa de la llama sagrada? ¿Dónde están los cachorros del león Héroe, los polluelos del águila genial; dónde están para levantarlos sobre nuestras cabezas, y honrar, unánimes, la elección de los dioses, antes de que se le crucen al paso contradicción, recelo y envidia?

## XLIV

*Vulgo y elegidos* del porvenir se confunden indiscerniblemente en esas leves multitudes, donde reina la más sagrada igualdad: la igualdad de la común esperanza. Sobre todas esas frentes

que el tiempo levanta cada año una pulgada más del suelo; sobre todas esas frentes, aun las más desamparadas, aun las más míseras, se posa una esperanza inmensa, que sustenta la fe del amor. Las leyendas que adornan de significativos augurios la cuna de los que fueron grandes, se reproducen, en la visionaria fe del amor más puro de todos, para cada alma que viene al mundo; y no hay tiernos labios donde una mirada que ve con la doble vista de los sueños, no haya notado una vez las abejas que libaron en la boca infantil de Hesíodo y de Platón, de San Ambrosio y de Lucano, o bien las hormigas oficiosas que amontonaron en los labios de Midas los granos de trigo, anunciadores de que sería dueño de la próspera Frigia.

Pero aun fuera de lo que pinta esta mirada de amor que, sin más razón que el amor mismo, imprime su bendición profética, para la mirada común hay también, entre esos graciosos semblantes, los que parecen llevar estampado el sello de una predestinación gloriosa. ¿Quién, en presencia de alguna fisonomía infantil, no ha propendido, por instantáneo sentimiento, a augurar el genio futuro? Cuéntase que cuando Erasmo era niño, Agrícola de Holanda, que le vió, considerando el despejo de su frente y la elocuencia de sus ojos, le dijo: *Tu eris magnus!* Y en presencia de ciertos poemas de curiosidad, de ciertas originalidades de lógica, de ciertas sorprendentes intuiciones, de ciertas pertinaces inquietudes, de ciertos misteriosos recogimientos, ¿quién no se siente movido a preguntar, como en el *Tentanda via est* de Víctor Hugo: ¿Qué germina para la humanidad detrás de esa frente límpida? ¿Acaso el mundo intacto de Colón, el astro nuevo de Herschel, la mole armoniosa de Miguel Ángel, el mapa transfigurado de Napoleón?...

Para quien sutil y cuidadosamente la observe, la agitación de esos bulliciosos enjambres está llena de revelaciones que permiten columbrar algo del secreto de los futuros amores de la Gloria. Aquel niño de *ojos alegres* que, en las calles de una ciudad de estudiantes, se inclina a recoger del suelo los papeles donde ve letras impresas, y los guarda con esmero solícito, es Miguel de Cervantes Saavedra. Aquel otro que en el patio de una escuela de párvulos improvisa, dentro de un corro infantil, coplas que aún no es capaz de poner por escrito, y las dicta a los que tienen más edad, dándoles, por este auxilio, estampas y rosquillas, es Lope Félix de Vega Carpio. Allá, en el valle de

Chiana, ante las canteras de mármol que dan la carne de los dioses, un niño de seis años pasa horas enteras absorto en la contemplación de la piedra de entrañas blancas y duras. Aquel niño domará a este mármol: se llama Buonarroti. Otro vaga por la Sevilla de la grande época, y, armado de un pedazo de carbón, dibuja toscas figuras en las paredes de las casas. Ese pedazo de carbón es el heraldo que abre camino a un pincel glorioso: el pincel de Murillo. Más allá veo, en la falda de un monte de la Auvernia, una cabaña de pastores, y un pastorcillo que, echado sobre el césped, se ocupa en amasar con el barro figuras de bulto: es Foyatier, y vendrá día en que hará revivir en el mármol el alma de Espartaco rompiendo los hierros de la servidumbre. ¿Y aquel pequeño africano que remeda la ceremonia del bautismo a la vista del patriarca Alejandro, el cual sonríe con lágrimas proféticas? Es Atanasio, a quien está reservada la gloria de confundir a los arrianos: aquél es su juego predilecto, como el de Carlos Borromeo será el de edificar altares. Ahora se ilumina en mi imaginación una casa de Halle, allá junto a un río de Sajonia: es de noche; un niño sube sigilosamente a una buharda, donde tiene escondido un clavicordio; y en imitar los movimientos del ejecutante emplea las horas que hurta al sueño. Este furtivo artista es Haendel. Aún cuenta menos años, porque no pasa de los tres, aquel precoz calculista que, en una casa de Brunswick, está con un lápiz en la mano, y marca líneas y superficies sobre el suelo: se llama Gauss, y dentro de su cabeza aguardan el porvenir cálculos tales, que Laplace los ha de poner sobre la suya. Luego vuelvo la mirada a donde los muchachos de la escuela, en un lugar de Normandía, construyen cañones de juguete con cortezas de sauce: uno de ellos enseña a los demás el modo de graduar la longitud y el diámetro del arma, para asegurar la eficacia del tiro. Este infantil maestro es Fresnel, que más tarde lo será de los hombres en la teoría y aplicación de las fuerzas del mundo físico. Coronemos estos ejemplos con la *verdad* de la tradición legendaria, donde se destila y concentra el jugo de los hechos. Ésta es la choza de un yaquero de Persia. A su puerta los niños del contorno juegan al juego de la *basilinda*, el cual consiste en elegir de entre ellos un rey, que designa a su turno príncipes y dignatarios. Hay uno de esos niños que nunca consintió aquella elección si estuvo presente, porque siempre tomó la autoridad real para sí y la

hizo acatar sin disputa por los otros. Ciro es el nombre de este monarca de afición; y un día el Oriente caerá rendido a sus plantas, desde el mar Índico hasta el Egeo.

## XLV

*Aunque el misterioso* aviso sea tantas veces simultáneo con el amanecer de la razón, y aun con los primeros e inconscientes movimientos del ánimo, no siempre es, en estos casos, suficiente fianza de que la vocación ha de persistir y consolidarse en lo futuro. Al paso que se incorporan en la personalidad nuevos elementos, capaces de torcer el primitivo curso de la naturaleza, tanto más fácil es que la reveladora voz quede ensordecida. Para el desorientado que no tiene conciencia de su vocación; que no halla en sí impulso que le dé camino, aptitud que se destaque sobre otras, la apelación al recuerdo de sus primeras vistas del mundo, de sus precoces tendencias a cierto modo de pensamiento o de acción; de sus primeras figuraciones del propio porvenir, puede, más de una vez, ser un procedimiento que conduzca a recobrar el rumbo cierto, que se perdió desde temprano.

Una afición vehemente y una aptitud precoz que la justifica, suelen pasar y desaparecer con la infancia, no ya cediendo a obstáculos exteriores, sino por espontánea desviación del sentimiento y de la voluntad. Hay existencias, que prologa una *infancia sublime*, comparables a esas raras confervas que se agitan y danzan sobre el haz de las aguas, como dotadas de vida y movimiento animal, hasta que se adhieren a una roca de la orilla, y quedan para siempre inmóviles en su sopor vegetativo... Quizá fué ilusoria la vocación precoz; quizá aquel asomo de aptitud no fué sino imitación sagaz, pero vana, forma escogida al azar en el revuelo de una vivacidad que no tendía de suyo a objeto distinto; quizá, otras veces, el manantial que comenzó de veras a fluir se extenua misteriosamente en manos de la Naturaleza; no está desviado ni oculto el manantial, sino cortado de raíz. Pero quizá también, es sólo la conciencia de la aptitud la que se adormece, extraviando el sentido de la vocación; y por lo demás, la aptitud persiste en lo hondo del alma, capaz de ser evocada, mientras dure la vida, por virtud de una circunstancia dichosa. Ésta es la razón de las infancias que yo llamo

*proféticas*. Califico de tales, no a las que ilumina el albor de una superioridad que continúa después de ellas, sin eclipse, y adelanta simultáneamente con la formación y el desenvolvimiento de la personalidad; sino a las que revelan, por indicios acusados luego de falaces, la presencia de una aptitud superior que soterrándose al cabo de la infancia, reaparece inopinadamente mucho después de constituida la personalidad y probada en las lides del mundo: a veces en la madurez, y aun cuando la existencia se acerca ya a su noche. (...Es el barco que vuelve: ¡gloria y ventura al barco!)

Para suscitar resurgimientos de éstos es para lo que la evocación de los sueños y esperanzas de la primera edad puede valer el ánimo vacilante, operando una sugestión que brota, fecunda, de entre las melancolías del recuerdo: así el naufrago que, desde la desierta playa, contempla, en triste ociosidad, las doradas nubes del crepúsculo, acaso descubre, sin pensarlo, la nave salvadora... Una afición infantil: la de inventar y contar cuentos, manifestada con rara intensidad, ha reaparecido, en dos gloriosos casos, después de una juventud sin brillo, en forma de la facultad creadora del novelador. Richardson, cuya niñez se caracterizó de aquella suerte, produce, ya después de los cincuenta años, su obra primigenia. Walter Scott, también gran cuentista infantil, pasa de su infancia profética a una adolescencia descolorida y nebulosa; y no es sino luego de concluir su primera juventud, cuando corta la pluma peregrina a cuyos conjuros se animará tanta pintoresca tradición y tanta historia deleitable. No ha mucho, Tattegrain refería, consultado al par de otros artistas, su comienzo de tal: cuando niño, mostró vivo amor por el dibujo; desapareció con su infancia esta inclinación; y luego, ya en el tránsito de la mocedad a la edad madura, recoge el lápiz de sus ensayos infantiles y desemboza, con magistral atrevimiento, su personalidad de artista.

Y no es sólo en el sentido de anticipar la vocación como la infancia suele ser profética; el fondo real y estable de un carácter; la orientación fundamental de sentimientos e ideas, que se ha esbozado en la niñez, reaparecen en ciertas ocasiones, después de reprimidos, durante largo trecho de la vida, por una falsa superficie personal, producto del ambiente o de sugestión artificiosa (¿recuerdas la fingida lápida de Sótrato?...); y por esta razón no es caso extraordinario que el estilo, el sesgo

peculiar, que ha de prevalecer definitivamente en la obra de un escritor o de un artista, se relacione, no tanto con los rumbos de su producción de adolescente, guiada a menudo por influencias exteriores, a las que allana el paso la fascinación de su primera salida al aire libre del mundo, sino más bien con las impresiones que lo modelaron en sus primeros años. ¿No hay quien ha considerado al genio como la expresión de la personalidad infantil del elegido, dotada ya de medios poderosos que que traducirse y campar hacia fuera?... Brentano prometía, por las aficiones de su infancia, un alma mística. Luego, convertido a la razón, es escritor escéptico, sin merecer gran nota. Su personalidad literaria se afirma y engrandece, como río suelto de trabas, cuando Brentano, inflamado en la religiosidad que puso sello al romanticismo alemán, recobra aquel tenor de alma de su niñez.

## XLVI

Así, aun cuando la infancia no ponga de manifiesto la promesa de aptitud futura, reúne e incorpora en la personalidad las impresiones que acaso constituirán luego el combustible, o la sustancia laborable, de la aptitud. ¡Cuántas veces no se ha observado que los grandes intérpretes del alma de la Naturaleza, en palabras o colores, salieron de entre aquellos en quienes la niñez se deslizó al arrullo del aire del campo! Tal pasó con La Fontaine, cuya revelación tardía vino a dar lengua locuaz a las impresiones de su infancia, embalsamada por el hálito de la soledad campestre, en un siglo y una sociedad en que casi nadie la amaba.

La misma promesa precoz de la aptitud, ¿no sería hecho casi constante para el observador sagaz que acertara a interpretar y dar su valor propio al indicio sutil, al rasgo esfumado, a la veleidat aparentemente nimia y sin sentido, al relámpago revelador de un momento? Quizá; pero el misterio en que se envuelve una aptitud latente, sin que ni aun la transparencia de la niñez la haya hecho columbrar a la mirada de los otros, ni la conciencia del poseedor, cuando tardíamente la descubre, pueda relacionarla con recuerdos y anhelos de su primera edad, suele no hallar término hasta muy adelantado el curso de la vida;

no ya cuando el medio en que ésta pasa es de por sí inhábil para suscitar la manifestación de la aptitud, porque sería insuficiente para sostenerla; sino aun en medio propicio y cuando la aptitud tuvo a su favor, desde mucho antes de la ocasión en que toma conocimiento de sí misma, las facilidades de la educación y los estímulos del ejemplo. Es cosa semejante a lo que en el ser vegetativo llaman el *sueño de los granos*: la permanencia estática del grano apto para germinar, y que, por tiempo indefinido, queda siendo sólo un cuerpecillo leve y enjuto fuera del regazo de la tierra, sin que por eso deje de llevar vinculada la pertinaz virtud germinadora, la facultad de dar de sí la planta cabal y fecunda, cuando la tierra le acoja amorosamente en su seno. La excitación, el movimiento de la vida, no es capaz de crear una aptitud que no tenga su principio en la espontaneidad de la Naturaleza; pero es infinitamente capaz de descubrir y revelar las que están ocultas.

Sea realmente por este *sueño* de la aptitud virtual, sea por la superficialidad de observación de quienes las presenciaron, la infancia y la adolescencia de los grandes pueden no dejar recuerdo de límites que las separen de las del vulgo. "Tu infancia no era bella —dice en una de sus obras menores el poeta del *Fausto*—; la forma y el color faltan a la flor de la vid, pero cuando el racimo madura, es regocijo de los dioses y los hombres."

Esto pudo aplicarse, en la antigüedad, a Temístocles y a Cimón, de quienes se dijo cuán opuestas fueron sus niñeces al temple de alma que había de valerles la gloria. Las reputaciones de la escuela suelen ser mal descuento del porvenir, lo mismo en lo que niegan que en lo que conceden. ¿No es fama que Santo Tomás y el Dominiquino eran apodados en su primera edad con el nombre del soñoliento y flemático animal que abre, a tardos pasos, el surco? *Il Bue muto di Sicilia; il Bue...*; y andando el tiempo: ¡qué mugidos esos de la Summa! ¡qué embestidas ciertas esas del pincel de *La última comunión de San Jerónimo!*... También *rumiaba* en silencio Jorge Sand. "No creáis que sea imbecil —decía, presurosa, la madre, a las visitas de la casa—: es que *rumia*"... Y cuando el maestro del niño Pestalozzi afirmaba, en lo tocante a este discípulo, la ineficacia de sus medios de instrucción, no sospechaba ciertamente que al mal alumno estaba reservado inventarlos nuevos y mejores.

Hay veces en que no sólo esta engañosa torpeza precede a



la ineptitud, sino que la precede también una aversión manifiesta por el género de actividad en que luego la vocación ha de reconocer el campo que le está prevenido. ¿Quién imaginaria que Beethoven abominó la música en su infancia? ¿Quién llegaría a sospechar que Federico el Grande detestaba el ruido de las armas cuando su padre preparaba para él los ejércitos de Friedberg y de Lissa?

Pero, aun fuera de esos presagios negativos y falaces de la niñez; aun cuando ella es prometedora, o vela en vaguedad e incertidumbre su secreto, la aptitud suele quedar largo tiempo latente después de ella, antes de adquirir la conciencia clara y la resuelta voluntad de que nace la primera obra. Entendido de esta suerte, el *sueño* del germen precioso no terminó, para Virgilio, sino con los años de la adolescencia; para Rousseau y Flaubert, con los de la juventud; para el humorista Sterne y Andrés Doria, el marino insigne, con la primera mitad de la edad madura. Casos como éstos, de tardía iniciación, se reproducen en toda manera activa o contemplativa de existencia, aunque separemos de entre ellos los de sólo aparente morosidad en el despertar de la aptitud, la que desde temprano existe, capaz del fruto y sabedora de sí misma, determinando real y definida vocación: pero no trasciende hasta muy tarde al conocimiento de los otros, por ausencia de medios con que aplicarse a cultivarla, o de aliciente que engendre el deseo de valerse de ella.

#### XLVII

*Por otra parte*, el verdadero impulso de la vocación cede más de una vez, desde sus tempranos indicios, a fuerzas y ardidés que se le oponen. A pesar de lo profética y reveladora que suele ser la espontaneidad de la niñez para quien la observa de cerca, y a pesar de la maravillosa intuición que el amor presta para ver en lo hondo de las almas, es caso común que la enamorada voluntad de los padres milite entre las causas que producen las desviaciones, los malogros y los vanos remedos de la vocación.

No se funda, la mayor parte de las veces, esta contraria influencia, en el desconocimiento de la predilección natural, que, cuando ya se anuncia en la infancia, lo hace en forma sobrado diáfana, viva y candorosa, para quedar inadvertida; sino en la

falsa persuasión de que aquella voz de la naturaleza pueda sustituirse o anticiparse, con ventaja, por otra, elegida a voluntad, que se procura obtener laboriosamente, sin saber si hallará eco que la responda en el abismo interior. La oficiosidad del cariño, que previene peligros y padecimientos en la vía adonde tiende un precoz deseo; el halago de las promesas y los beneficios de otra; quizá el orgullo de la vocación propia y querida, que engendra la ambición de perpetuarla con el nombre; quizá, alguna vez, el amor melancólico por una antigua vocación que defraudó la suerte, y que se anhela ver resurgir y triunfar en un alma exhalada de la propia, ya que no pudo ser en ésta: todas son causas de que la voluntad de los padres se manifieste, a menudo, no para favorecer la espontánea orientación de alma del niño, sino para orientarla sin provocar su libre elección, o para apartarla del rumbo en que ella atinadamente acude a la voz misteriosa que la solicita.

La piedad de otros tiempos rendía a la Iglesia el tributo vivo del *oblato*, consagrado, sin intervención de su voluntad, al sacerdocio, desde antes del uso de razón. En todas las profesiones hay *oblatos*; y aun más habría si la "predestinación" paternal tuviera en ellas la irrevocabilidad de la consagración eclesiástica.

Fácil es de hallar en la infancia de los hombres superiores esta como prematura prueba de la incomprensión y los obstáculos del mundo. Si Haendel y Berlioz hubieron de optar entre la obediencia filial y su amor por la música, en cambio Benvenuto Cellini y Guido Reni, a la música eran destinados por sus padres, y no sólo la rebelión del instinto los encaminó a su género de gloria. La autoridad doméstica, que prometía a Hernán Cortés a las letras, dedicaba a Filangieri a las armas. Menos frecuente, pero no imposible, es el opuesto caso, en que la voluntad del padre, guiada por una segura observación, pone a un espíritu, contra el anhelo y preferencia de éste, en la vía de su verdadera aptitud, ahogando en germen una vocación falsa o dudosa. Ejemplo de ello es Donizetti, que soñaba ilusoriamente, de niño, no con el arte más espiritual, sino con el más material: la arquitectura. Cuando la educación que gobierna los primeros años obra con este acierto, su eficacia es poderosa, casi tanto como el mismo don de la naturaleza: ¿quién tasará la influencia que, para formar y guiar, desde sus tiernos y plásticos comienzos, la natural disposición de un espíritu, puede tener una disciplina tal como la que el padre de Mengs fijó a la infancia del futuro pintor, orde-

nando menudamente, así sus estudios como sus juegos, a la superior finalidad de aquella vocación, cultivada como se haría con una simiente única y preciosa?

Sabemos de los yerros de la oposición paterna por la historia de los que, superándola, lograron salir adelante con su intento. Pero en la "medianía" de todas las actividades y aplicaciones; en los rebaños de almas que cumplen, sin amor y sin gloria, su trabajo en el mundo, ¡cuántos espíritus habrá cuya aptitud original y cierta, sacrificada desde sus indicios más tempranos para forzarla y dar paso a una aptitud ficticia, no tuvo empuje o no halló medios con qué resistir, y quedó ahogada bajo esta vocación parasitaria, que los condena a una irredimible mediocridad!

#### XLVIII

*Suele suceder* que una vocación tempranamente sentida, y a la que el alma, ya en edad de realizar sus promesas, permanece fiel sin un instante de duda o de desconfianza, no corresponda, sin embargo, a indicio alguno de aptitud, y parezca, por mucho tiempo, vana y engañosa. Pero un incontrastable ahinco de la voluntad la sostiene; y un día, cuando el augurio adverso es unánime, la aptitud da razón de sí; y aquella perseverancia se vindica, y manifiesta cuán noble era.

No es esa vocación testimonio de una facultad real y efectiva, sino presentimiento de una facultad que ha de comparecer tardíamente a ocupar el sitio que la constante voluntad le cuida y guarda. Es como anticipado aroma de remota floresta; como vislumbre que atisba el alma con mirada zahorí, y por el cual asegura la realidad de una luz que aún nadie percibe, pero que luego brotará en palmarios resplandores. *Sabe* el alma, por misterioso aviso, que está llamada a tal especie de actividad, a tal linaje de fama; no encuentra en sí fuerzas que muestren, ni aun que prometan, la realidad de su visión; persiste en ello, porfía, espera sin razón sensible de esperanza; y después, el tiempo trueca en verdad la figuración del espejismo. Es, éste, género de obstinación que se confunde, en la apariencia, con la terquedad, no pocas veces heroica y temeraria, de que suelen acompañarse las falsas vocaciones. Sólo al tiempo toca decidir si la terquedad

respondía a ilusión vana o a inspirada anticipación del sentimiento. De tal manera se confunden, mientras el tiempo no decide, que diríase, parodiando lo que el poeta dijo de Colón y el mundo de su sueño, que nunca hubo en ciertas almas la predisposición de las dotes que luego mostraron en el triunfo, sino que el hado se las concedió, por acto de creación, en premio de su fe. Para la posteridad que ve completa la vida de los que aspiran a durar en su memoria, la perseverancia del que se engañó al tomar el camino y avanzó hasta caer, por uno que no le estaba destinado, sólo será objeto fugaz de compasión (o de dolorido respeto, cuando heroica); pero serán sublime prólogo de una vida en que la gloria fué difícil y morosa cosecha, los comienzos de desvalida fe, cuya confianza inquebrantable no se apoyaba en la promesa real, en la objetiva demostración de la aptitud. Porque no hablo ahora de la perseverancia mantenida a través de injustos desdenes, con que el juicio del mundo desconoce merecimientos que existen ya en el desdeñado; sino de la de aquel que nada, aparentemente, promete para quien con justicia haya de juzgarle; pero que, con un íntimo sentimiento de su tesoro oculto, contra la propia justicia persevera, y vence luego a favor de la justicia. Éste yerra tal vez en cuanto a la ilusoria estimación de méritos que aún no tiene, y acierta en cuanto a la profética vista de méritos que adquirirá. El nombre que primero acude a mi memoria, para ejemplo de ello, es el de Luis Carracci: aquel noble, sincero y concienzudo pintor, que con Agustín y Aníbal, vinculados a él por los lazos de la vocación y de la sangre, animaron, en el ocaso del Renacimiento, la escuela de Bolonia. Cuéntase que Luis comenzó a pintar dando de su disposición tan pobres indicios, que Fontana, que le había iniciado en el arte, y el Tintoretto, que vió sus cuadros en Venecia, le aconsejaron que abandonase para siempre el pincel. Obstinóse contra el doble parecer magistral la fe del mal discípulo, y éste llegó a ser el maestro a cuyo alrededor se puso en obra aquel ensayo de síntesis de las escuelas italianas, y por quien hoy admiran los visitantes de la Pinacoteca de Bolonia el cuadro de *La Transfiguración* y el del *Nacimiento del Bautista*.

Semejante es el caso de Pigalle, el escultor que había de reconciliar al mármol, enervado por la cortesania, con la verdad y la fuerza; y cuyo aprendizaje infructuoso y lánguido no mostraba otro indicio de vocación que la perseverancia, igual y tranquila,

que le acompañaba, como la sonrisa de un hada invisible para los demás, cuando despidiéndose, avergonzado, del taller de su maestro, tomaba el camino de Italia con el pensamiento de encomendarse a la intercesión de dioses mayores.

En el actor dramático, cuyo género de superioridad espiritual requiere el auxilio de disposiciones materiales y externas, que no siempre componen graciosamente su séquito: la voz, la fisonomía, la figura, estas exterioridades, si las da insuficientes la naturaleza, forman delante de la íntima aptitud un velo o una sombra que la hurtan a los ojos ajenos, y que ha de quitar de allí el esfuerzo de la voluntad, enrojecida en el fuego de la vocación. Así se despejan triunfalmente esos nebulosos y pálidos albores de cómicos insignes, como Lekain, como Maíquez, como Cubas; obligados a rehacer en dura lid consigo mismos, las condiciones de su envoltura corpórea, y aun de su propio carácter, para abrir paso fuera de su espíritu a la luz escondida bajo el celemin.

No tienen los heroísmos de la santidad, inspirada en el anhelo de aquella otra *gloria* que culmina en el vértice de los sueños humanos, más rudas energías con que vencer la rebelión de la naturaleza, ni más sutiles astucias para burlar al Enemigo, que estas de que se vale la constancia de una aptitud que se siente mal comprendida y grande, y busca, desde la sombra, su camino en el mundo.

## XLIX

*Trae la corriente* de la vida una ocasión tan preñada de destinos; un movimiento tan unánime y conforme de los resortes y energías de nuestro ser, que cuanto encierra el alma en germen o potencia suele pasar entonces al acto, de modo que, desde ese instante, la personalidad queda firmemente contorneada y en la vía de su desenvolvimiento seguro.

Todo el hervor tumultuoso de nuestras pasiones adquiere ritmo y ley si se las refiere a un principio; toda su diversidad cabe en un centro; toda su fuerza se supedita a un móvil único, cuya comprensión sutil implica la de los corazones y las voluntades, aun los más diferentes, y aun en lo más prolijo y lo más hondo; a la manera como, sabido el secreto del abecedario, toda

cosa escrita declara incontinente su sentido: historia o conseja, libelo u oración... ¿Y cuál ha de ser este principio, y centro, y soberano móvil de nuestra sensibilidad, sino aquel poder primigenio que, en el albor de cuanto es, aparece meciendo en las tinieblas del caos los elementos de los orbes, y en la raíz de cuanto pasa asiste como impulso inexhausto de apetencia y acción, y en el fondo de cuanto se imagina prevalece como foco perenne de interés y belleza; y más que obra ni instrumento de Dios, es uno con Dios; y siendo fuente de la vida, aun con la muerte mantiene aquellas simpatías misteriosas que hicieron que una idea inmortal los hermanase?... ¿Quién ha de ser aquel *fuerte, diestro, antiguo y famosísimo señor*, de que habló, con la fervoridad de los comensales del *Convite*, León Hebreo? ¿Quién ha de ser sino el amor?...

## L

...*Es el monarca, es el tirano*, y su fuerza despótica viene revestida de la *gracia* visible, el signo de elección y derecho, que la hace aceptar a quienes la sufren. La diversidad de su acción es infinita, no menos por voluntarioso que por omnipotente. Ni en la ocasión y el sentido en que se manifiesta, muestra ley que le obligue, ni en sus modificaciones guarda algún género de lógica. Llega y se desata; se retrae y desaparece, con la espontaneidad genial o demoníaca que excede de la previsión del juicio humano. El misterio, que la hermosa fábula de Psiquis puso de condición a su fidelidad y permanencia, constituye el ambiente en que se desenvuelve su esencia eterna y proteiforme. Si, abstractamente considerado el amor, es fuerza elemental que representa en el orden del alma la idea más pristina y más simple, nada iguala en complejidad al amor real y concreto, cuya trama riquísima todo lo resume y todo lo reasume, hasta identificarse con la viva y orgánica unidad de nuestro espíritu. Como el río caudal se engrandece con el tributo de los medianos y pequeños; como la hoguera trueca en fuego, que la agiganta, todo lo que cae dentro de ella, de igual manera el amor, apropiándose de cuantas pasiones halla al par de él en el alma, las refunde consigo, las compele a su objeto, y no les deja ser más que para honrarle y servirle. Pero no sólo como señor las avasalla, sino que como

padre las engendra; porque no cabe cosa en corazón humano que con el amor no trabaje de inmediato su origen: cuando no a modo de derivación y complemento, a modo de límite y reacción. Así, donde él alienta nacen deseo y esperanza, admiración y entusiasmo; donde él reposa, nacen tedio y melancolía, indecisión y abatimiento; donde él halla obstáculos y guerra, nacen odio, ira y envidia. Y la fuerza plasmante y modeladora de la personalidad, que cada uno de estos movimientos del alma lleva en sí, se reúne, volviendo al seno del amor, que los recoge a su centro, con la más grande y poderosa de todas, que es la que al mismo amor, como una de tantas pasiones, pertenece; y esta suprema fuerza de acumulación y doble impulso, lo es a la vez de ordenación y disciplina: reguladora fuerza que señala a cada una de aquellas potencias subordinadas, su lugar; a la proporción en que concurren, su grado; a la ocasión en que se manifiestan, su tiempo; por donde inferirás la parte inmensa que a la soberanía del amor está atribuida en la obra de instituir, fortalecer y reformar nuestra personalidad.

## LI

*Infinito en objetos* y diferencias el amor, todas éstas participan de su fundamental poder y eficacia; pero aquel género de amor que propaga, en lo animado, la vida; aquel que, aun antes de organizada la vida en forma individual, ya está, como en bosquejo, en las disposiciones y armonías primeras de las cosas, con el *eterno femenino* que columbró en la creación la mirada del poeta, y la viril energía inmanente que hace de complemento y realce a aquella eterna gracia y dulzura, es el que manifiesta la potestad de la pasión de amor en su avasalladora plenitud; por lo cual, como cifra y modelo de todo amor, para él solemos reservar con preferencia este divino nombre. Y en las consagraciones heroicas de la vocación; en el íntimo augurio con que la aptitud se declara y traza el rumbo por donde han de desenvolverse las fuerzas de una vida, tiene frecuente imperio tan poderosa magia.

Así, el blando numen que encarna en forma de niño, sonrío y maneja en la sombra mil hilos de la historia humana. Si del amor, por su naturaleza y finalidad primera, deriva el hecho

elemental de la civilización, en cuanto a él fué cometido anudar el lazo social, y asentar de arraigo, en el seno de la madre tierra, la primitiva sociedad errante e insólida, que los encendidos hogares ordenan un día en círculos donde se aquieta; la civilización, en su sentido más alto, como progresivo triunfo del espíritu sobre los resabios de la animalidad; como energía que desbasta, pulimenta y aguza; como lumbre que transfigura y hermosea, es al estímulo del amor deudora de sus toques más bellos. Junto a la cuna de las civilizaciones, la tradición colocó siempre, a modo de sombras tutelares, las mujeres proféticas, nacidas para algún género de comunicación con lo divino; las reveladoras, pitonisas y magas; las Déboras, Femonoes y Medeas; no tanto, quizá, como recuerdo o símbolo de grandes potencias de creación e iniciativa que hayan realmente asistido en alma de mujer, cuanto por la sugestión inspiradora que, envuelta inconscientemente en el poder magnético del amor cuando más lo sublima la naturaleza, inflama y alienta aquellas potencias en el alma del hombre. Transformándose para elevarse, a una con el espíritu de las sociedades humanas, el amor es en ellas móvil y aliciente que coopera a la perspicuidad de todas las facultades, a la habilidad de todos los ejercicios, a la pulcritud de todas las apariencias.

Cuando me represento la aurora de la emoción de amor en el fiero pecho donde sólo habitaba el apetito, yo veo un tosco y candoroso bárbaro, que, como poseído de un espíritu que no es el suyo, vuelve, imaginativo, del coloquio en que empezó a haber contemplación, moderadora del ciego impulso, y ternura, con que se ennoblece y espiritualiza el deseo; y que llegado a la margen de un arroyo, donde la linfa está en calma, se detiene a considerar su imagen. Véole apartar de la torva frente las guedejas, como de león, y aborrecer su desnudez; y por la vez primera anhelar la hermosura, y proponerse de ella un incipiente ejemplar, una tímida y apenas vislumbrada forma, en que germina aquella de donde tomarán los bronce y los mármoles la inspiración de los celestes arquetipos. Veo que luego, tendiendo la mirada en derredor, todas las cosas se le ofrecen con más ricas virtudes y más hondo sentido; ya porque le brindan o sugieren, para las solicitudes del amor, nuevas maneras de gala y atraimiento; ya porque hablan, con misteriosas simpatías, a aquel espíritu que le tiene robado, por modo divino, el corazón. Veo que, bajo el influjo de esta misma novedad dulcísima, fluye en

lo hondo de su alma una vaga, inefable música, que anhela y no sabe concretarse en son material y llegar al alma de los otros; hasta que, despertándose en su mente, al conjuro de su deseo, no sé qué reminiscencias de las aguas fluviales y de los ecos de las selvas, nace la flauta de Antigénides, de la madera de loto, o de simples cañas labradas; para reanimarse después con más varia cadencia, la música interior, en la lira tricorde, segunda encarnación de la armonía. Veo que, tentado de la dulzura del son, brota el impulso de la danza, con que cobran número y tiempo los juegos de amor; y se levanta el verso, para dar al idioma del alma apasionada el arco que acrecienta su ímpetu. Veo el brazo del bárbaro derribar los adobes que, cubiertos de entretejidas ramas, encuadraban su habitación primera; y obedeciendo al estímulo de consagrar al amor santuario que le honre, alzar la columna, el arco, la bóveda, la mansión firme y pulidamente edificada, bajo cuyo techo se transformarán los aderezos de la rústica choza en el fausto y el primor que requieren la habilidad del artífice: la escudilla de barro, en la taza de oro y la copa de plata; el mal tajado tronco, en el asiento que convida a la postura señorial; la piel tendida, en el ancho y velado tálamo, que guarda, con el dedo en la boca, el Amor, tierno y pulcro, tal como visitó las noches de Psiquis; y el fuego humoso, en la lámpara de donde irradia la luz, clara y serena, como la razón, que amanece entre las sombras del instinto, y el sentimiento, que cría alas en las larvas de la sensación.

## LII

*Humanidad reducida* a breve escala, es la persona; barbarie, no menos que la de la horda y el aduar; la condición de cada uno como sale de manos de la naturaleza, antes de que la sujeten a otras leyes la comunicación con los demás y la costumbre. Y en esta obra de civilización personal que tiene su punto de partida en la indómita fiera del niño y llega a su coronamiento en la perfección del patricio, del hidalgo, del supremo ejemplar de una raza que florece en una ilustre, altiva y opulenta ciudad, la iniciación de amor es, como en los preámbulos de la cultura humana, fuerza que excita y complementa todas las artes que a tal obra concurren; así las más someras, que terminan en la suavi-

dad de la palabra y la gracia de las formas, como las que toman por blanco más hondas virtualidades del sentimiento y el juicio. En la deleitosa galería del "Decamerón" descuella la bien trazada figura de Cimone de Chipre, el rústico torpe y lánguido, indócil, para cuanto importe urbanizar su condición cerril, a toda emulación, halago y ejemplo, y a quien el amor de la hermosa Efigenia levanta, con sólo el orfeico poder de su beldad, a una súbita y maravillosa cultura de todas las potencias del alma y el cuerpo, hasta dejarle trocado en el caballero de más gentil disposición y mejor gracia, de más varia destreza y más delicado entendimiento, que pudiera encontrarse en mucho espacio a la redonda. Igual concepto de la civilizadora teurgia del amor, inspiró a Jorge Sand el carácter de su Mauprat, en quien una naturaleza selvática, aguijoneada por el estímulo de la pasión, se remonta, con la sublime inconsciencia del iluminado, a las cumbres de la superioridad del espíritu.

## LIII

Por eso la leyenda, significativa y pintora, mezcla esta divina fuerza a los orígenes de la invención, al risueño albo de las artes. ¿Recuerdas la tradición antigua de cómo fué el adquirir los hombres la habilidad del dibujo? Despedíase de su enamorada un mozo de Corinto. Sobre la pared la luz de una lámpara hacía resaltar la sombra del novio. Moviéndose del deseo de conservar la imagen de él consigo, ideó ella tomar un pedernal, o un punzón, o acaso fué un alfiler de sus cabellos; y de este modo, siguiendo en la pared el perfil que delineaba la sombra, lo fijó, mitigando, merced a su arte sencillo, el dolor que le preparaba la ausencia; de donde aprendieron los hombres a imitar sobre una superficie plana la forma de las cosas.

Esta tradición parece que renace en la que, pasados los siglos, viene a adornar la cuna del arte de imprimir. Un flamenco de Harlem distraía, vagando por la soledad campestre, la pena que le causaba la ausencia de su amada. Acertó a pasar junto a unos sauces hinchidos de la savia nueva, y ocurriósele arrancar de ellos unas frescas cortezas, donde talló rústicamente frases que le dictaba el amor o en que desahogaba su melancolía. Renovó la distracción en nuevos paseos; hasta que grabando en una lámina de

sauce toda una carta, que destinaba a la dulce ausente, envolvió la lámina en un pergamino, y se retiró con ella; y desenvolviéndola luego, halló reproducida en el pergamino la escritura, merced a la humedad de la savia; y esto fué, según la leyenda, lo que, sabido de Gutenberg, depositó en su espíritu el germen de la invención sublime. ¡Mentira con alma de verdad! El interés de una pasión acicateando la mente para escogitar un ignorado arbitrio; la observación de lo pequeño como punto de partida para el hallazgo de lo grande; ¿no está ahí toda la filosofía de la invención humana? ¿no es ésa la síntesis, anticipada por candorosa intuición, de cuanto, en los milagros del genio, encuentra el análisis de los psicólogos?

En el Gilliat de *Los Trabajadores del mar* personificó la gigantesca imaginación de Víctor Hugo la virtud demiúrgica del amor, que inspira al alma del marinero rudo e ignorante las fuerzas heroicas y las sutiles astucias con que se doma a la naturaleza y se la arrancan sus velados tesoros.

Siendo padre y maestro de cuantas pasiones puedan hallar cabida en el alma, el amor, por instrumento de ellas, sugiere todas las artes que pide la necesidad o el deseo a que da margen cada pasión que nos subyuga: las invenciones de que se vale la ambición de gloria o riqueza; los artificios e industrias con que se auxilia el propósito de parecer mejor; los ardides que calculan los celos; los expedientes a que recurre la simulación; las redes que urde la venganza; y de esta diligencia que imprime el sentimiento apasionado a la facultad inventiva, surge más de una vez el invento que dura, agregado para siempre a los recursos de la habilidad y la destreza humanas, aunque en su origen haya servido a un fin puramente individual.

Por el estímulo a ennoblecerse y mejorarse que el amor inspira, suyo preferentemente es el poder iniciador en las mayores vocaciones de la energía y de la inteligencia. Movidada del empeño de levantarse sobre su condición para merecer el alto objeto (siempre es alto en idea) a que mira su encendido anhelo, el alma hasta entonces indolente, o resignada a su humildad, busca dentro de sí el germen que pueda hacerla grande, y lo encuentra y cultiva con voluntad esforzada. Ésta es la historia del pastor judío que, enamorado de la hija de su señor, quiere encumbrarse para alcanzar hasta ella, y llega a ser, entre los doctores del Talmud, Akiba el rabino. No de otro modo, de aquel pobre cal-

derero de Nápoles que se llamó Antonio Solario hizo el amor el artista de vocación improvisa, que, ambicionando igualarse en calidad con la familia del pintor en cuya casa tenía cautivo el pensamiento, pone el dardo doble más allá de su blanco, después de traspasarle, porque logra juntos el amor y la gloria. Este caso enternecedor se reproduce esencialmente en la vida de otros dos maestros del pincel: Quintín Métyzys, el herrero de Amberes, transfigurado, por la ambición de amor, en el grande artista de quien data el sentimiento de la naturaleza y la alegría en los cuadros flamencos; y el español Ribalta, que, a exacta imagen de Solario, busca en la casa de un pintor la vecindad de unos ojos al propio tiempo que la norma de una vocación.

De todo cuanto sobre el Profeta musulmán refieren la historia y la leyenda, nada hay acaso que interese y conmueva con tal calor de realidad humana, como la acción que en los vislumbres de su apostolado se atribuye al amor de su Cadija. Cadija es, por pura ciencia de amor, más que la Egeria del profeta: ella le entona el alma; ella le presta fe cuando aún él no la tiene entera en sí misma; ella da alas a la inspiración que ha de sublimarle. . . Pero ¡qué mucho que la pasión correspondida, o iluminada de esperanza, preste divinas energías, si aun del desengaño de amor suele nacer un culto desinteresado y altísimo, que vuelve mejor a quien lo rinde! ¿No es fama que para alentar el pensamiento y la voluntad de Spinoza tuvo su parte de incentivo una infortunada pasión por la hija de Van der Ende, su maestro; la cual, aun negándole correspondencia, le instó a buscar nuevo objeto a sus anhelos en la conquista de la sabiduría; mandato que, por ser de quien era, perseveró quizá, en el espíritu de aquel hombre sin mácula, con autoridad religiosa?

El valor heroico, todavía más que otras vías de la voluntad, se ampara de este dulce arrimo del amor. En uno con la vocación del caballero nace la invocación de la dama; y no hay armas asuntivas donde, ya sea porque excitó la ambición de fortuna, ya porque alentó la de gloria, no estampe el dios que campeaba en el escudo de Alcibíades, la rúbrica de su saeta. Sin que sean menester Cenobias, Pentesileas ni Semíramis, hay un género de heroísmo amazónico contra el que jamás prevalecerán Heracles ni Teseos, y es el que se vale del brazo del varón como de instrumento de la hazaña, y de la voluntad de la amazona como de inspiración y premio a la vez, mientras ella se está quieta, y

sublime, en la actitud de la esperanza y la contemplación. Ésta es la eterna heroicidad de Dulcinea, más lidiadora de batallas desde su Olimpo de la imaginación del caballero, que al frente de sus huestes la soberana de Nínive. Quien ha leído en Baltasar Castiglione la más fina y donosa de las teorías del amor humano, no olvidará aquella página donde con tal gracia y calor se representa la sugestión de amor en el ánimo del guerrero, y tan pintorescamente se sostiene que contra un ejército de enamorados que combatesen asistidos de la presencia de sus damas, no habría fuerzas que valieran, a menos que sobre él viniese otro igualmente aguijoneado y encendido por el estímulo de amor; lo cual abona el deleitoso prosista con el recuerdo de lo que se vió en el cerco de Granada, cuando, a la hora de salir a las escaramuzas con los moros los capitanes de aquella heroica nobleza, las damas de la Reina Católica, formando ilustre y serenísima judicatura, se congregaban a presenciar, desde lo avanzado de los reales cristianos, los lances del combate, y de allí la tácita sanción de sus ojos y las cifras mágicas que pinta un movimiento, un gesto, una sonrisa, exaltaban el entusiasmo de sus caballeros a los más famosos alardes de la gallardía y el valor.

## LIV

*Pero si toda aptitud* y vocación obedece, como a eficacia de conjuro, al estímulo que el amor despierta, ningún don del alma responde con tal solicitud a sus reclamos y se hace tan íntimo con él, como el don del poeta y el artista: el que tiene por norte sentir y realizar lo hermoso. Bajo la materna idea de belleza, amor y poesía se hermanan. Anhelos instintivos de lo bello, e impulso a propagar la vida, mediante el señuelo de lo bello: esto es amor; y de este mismo sentimiento de belleza, cuando le imprime finalidad el deseo de engendrar imaginarias criaturas que gocen tan propia y palpitante vida como las que el amor engendra en el mundo, fluyen las fuentes de la poesía y el arte. Amor es polo y quintaesencia de la sensibilidad, y el artista es la sensibilidad hecha persona. Amor es exaltación que traspasa los límites usuales del imaginar y el sentir, y a esto llamamos inspiración en el poeta. Allí donde haya arte y poesía; allí donde haya libros, cuadros, estatuas o imágenes de estas cosas en memoria

escogida, no será menester afanar por mucho tiempo los ojos o el recuerdo para acertar con la expresión del amor, porque lo mismo en cuanto a las genialidades y reconditeces del sentimiento, que el arte transparente, y en cuanto a los casos y escenas de la vida que toma para sí y hace plásticos en sus ficciones, ningún manantial tan copioso como el que del seno del amor se difunde.

Quien ama es, en lo íntimo de su imaginación, poeta y artista, aunque carezca del don de plasmar en obra real y sensible ese divino espíritu que lo posee. La operación interior por cuya virtud la mente del artista recoge un objeto de la realidad y lo acaricia, pule y perfecciona, redimiéndole de sus impurezas, para conformarlo a la noción ideal que columbra en el encendido de las inspiración, no es fundamentalmente distinta de la que ocupa y abstrae a toda hora el pensamiento del amante, habitador, como el artista, del mundo de los sueños. Por espontánea e inconsciente actividad, que no se da punto de reposo, el alma enamorada transfigura la imagen que reina en el santuario de sus recuerdos; la hace mejor y más hermosa que en la realidad; añádele, por propia cuenta, excelencias y bendiciones, gracias y virtudes; aparta de entre sus rasgos los que en lo real no armonizan con el conjunto bello; y verifica de este modo una obra de selección, que compite con la que genera las criaturas nobles del arte; por lo cual fué doctrina de la antigua sabiduría que el amor que se tiene a un objeto por hermoso, no es sino el reconocimiento de la hermosura que en uno mismo se lleva, de la beldad que está en el alma, de donde trasciende al objeto, que sólo por participación de esta beldad de quien le contempla, llega a ser hermoso, en la medida en que lo es el contemplador. — ¿Cabe que gane más el objeto real al pasar por la imaginación del poeta que lo amado al filtrarse en el pensamiento del amante? ¿Hay pincel que con más pertinencia y primor acaricie y retoque una figura; verso o melodía que más delicadamente destilen la esencia espiritual de un objeto, que el pensamiento del amante cuando retoca e idealiza la imagen que lleva esculpida en lo más hondo y preferido de sí?...

A menudo este exquisito arte interior promueve y estimula al otro: aquel que se realiza exteriormente por obras que conocerán y admirarán los hombres; a menudo la vocación del poeta y el artista espera, para revelarse, el momento en que el amor

hace su aparición virgínea en el alma, ya de manera potencial, incierto aún en cuanto a la elección que ha de fijarse, pero excitado, en inquietud difusa y soñadora, por la sazón de las fuerzas de la naturaleza; ya traído a la luz por objeto determinado y consciente, por la afinidad irresistible y misteriosa que enlaza, en un instante y para siempre, dos almas. Como al descender el Espíritu sobre su frente, se infundió en los humildes pescadores el don de lenguas no aprendidas, de igual manera el espíritu de amor, cuando embarga e inspira al alma adolescente, suele comunicarle el don del idioma divino con que rendir a su dueño las oblaciones del corazón y suscitar, como eco de ellas, los votos y simpatías de otras almas, entre las que propaga la imagen de su culto. Con las visiones y exaltaciones de amor que refieren las páginas de la *Vita nuova* mézclanse las nacientes de la inspiración del Dante, desde que, tras aquel simbólico sueño que en el tercer párrafo del libro se cuenta, nace el soneto primogénito:

*A ciascum alma presa e gentil core...*

Del sortilegio que la belleza de doña Catalina de Ataíde produce en el alma de Camoens, data el amanecer de su vocación poética; como el de la de Byron, de la pasión precoz que la apariencia angélica de Margarita Parker enciende en su corazón de niño. Si la indignación, por quien Juvenal llegó a hacer versos, despierta antes el estro vengador de Arquíloco, esta indignación es el rechazo con que un amor negado a la esperanza, vuelve su fuerza en el sentido del odio. Aun en el espíritu vulgar, raro será que, presupuesto cierto elemental instinto artístico, la primera vibración de amor que hace gemir las fibras del pecho no busque traducirse en algún efímero impulso a poetizar, que luego quedará desvanecido y ahogado por la prosa de la propia alma y por la que el alma recoge en el tránsito del mundo; pero no sin dejar de sí el testimonio de aquellos pobres versos, inocentes y tímidos, que acaso duran todavía, en un armario de la casa, entre papeles que amortigua el tiempo, como esas flores prensadas entre las hojas de los libros; o si de alma simple y rústica se trata, el testimonio de la canción ingenua, no exenta a veces de misterioso hechizo, que, al compás de una vihuela tañida por no menos cándida afición, lleva el viento de la noche, mezclada

con el aroma de los campos... Así como, en lo material del acento, la voz apasionada tiende naturalmente a reforzar su inflexión musical, así en cuanto a la forma de expresión, el alma que un vivo sentimiento caldea, propende por naturaleza a lo poético, a lo plástico y figurativo. ¡Cuántas cartas marchitas e ignoradas merecerían exhumarse del arca de las reliquias de amor, para mostrar cómo del propio espíritu inmune de toda vanidad literaria y nada experto en artes de estilo, arranca la inspiración del amor tesoros de sencilla hermosura y de expresión vibrante y pintoresca, que emulan los aciertos de la aptitud genial!

Amor es revelación de poesía; magisterio que consagra al poeta; visitación por cuyo medio logra instantes de poeta quien no lo es; y en la misma labor de la mente austera y grave, en la empresa del sabio y el filósofo, de él suele proceder la fuerza que completa la unidad armoniosa de la obra del genio, añadiendo a las síntesis hercúleas del saber y a las construcciones del entendimiento reflexivo, el elemento inefable que radica en las intuiciones de la sensibilidad: la parte de misterio, de religión, de poesía, de gracia, de belleza, que en la gran obra faltaba, y que, después de un amor real o soñado, se infunde en ella, para darle nueva vida y espíritu, nuevo sentido y trascendencia: como cuando la memoria de Clotilde de Vaux, obrando, a modo de talismánico prestigio, sobre el alma de Comte, hace transfigurarse el tono de su pensamiento y dilatarse los horizontes de su filosofía con la perspectiva ideal y religiosa, que hasta entonces había estado ausente de ella, y que por comunicación del amor, el antes árido filósofo descubre y domina, llegando casi a la unción del hierofante.

LV

*La natural* espontaneidad de la infancia y la inquietud de la adolescencia aguijoneada por el estímulo de amor, son ocasiones culminantes de que las virtualidades y energías de un alma se transparenten y descubran. Pero, además, frecuentemente el anuncio definido y categórico de la vocación puede referirse a un momento preciso, a una ocasión determinada: hay un *hecho provocador*, que da lugar a que la aptitud latente en lo ignorado de la



persona, se reconozca a sí misma, y tome las riendas de la voluntad. Este hecho ha de clasificarse casi siempre dentro de los términos de esa gran fuerza de relación que complementa la obra de la herencia y mantiene la unidad y semejanza entre los hombres: llámesela imitación o simpatía, ejemplo o sugestión.

Corre en proverbio la frase en que prorrumpió delante de un cuadro de Rafael, sintiéndose exaltado por una aspiración desconocida, el muchacho oscuro que luego fué Correggio: *Anch'io sono pittore*: ¡también yo soy pintor!... Tales palabras son cifra de infinita serie de hechos, en que la percepción directa, o el conocimiento por referencia y fama, de una obra semejante a aquellas de que es capaz la propia aptitud, ha suscitado el primer impulso enérgico y consciente de la vocación. Con el *anch'io sono pittore* da principio, no sólo la historia del Correggio, sino la de otros muchos artistas del color y la piedra: tal Fra Filippo Lippi, que, viendo pintar, en su convento, al Masaccio declara eterno amor a la pintura; el escultor Pisano, que adquiere conciencia de su habilidad frente a un antiguo bajorrelieve de *Hipólito*; y el Verrocchio, que, en presencia de los bronce y mármoles de Roma, adonde le ha llamado, como maestro orfebre, Sixto V, cede a la tentación de dejar el cincel del platero por el del estatuario. Ejemplos de lo mismo se reproducen en cualquier otro género de vocación; ya sea éste la música, como cuando el compositor Charpentier, que se proponía estudiar para pintor, oye cantar en una iglesia un motete, y se convierte al arte de Palestrina; o cuando el cantante Garat siente la voz que le llama a la escena asistiendo a la representación de la *Armida* de Gluck; ya sea la oratoria, donde cabe citar el clásico ejemplo de Demóstenes, arrebatado en la pasión de la elocuencia desde la arenga oída en el tribunal a Calistrato; ya la creación dramática, que manifiesta, en el viejo Dumas, su virtualidad, por sugestión de un drama de Shakespeare; ya la interpretación teatral cuya aptitud se revela en Ernesto Rossi después de oír al actor Módena, y en Adriana Lecouvreur por las impresiones de que la rodea, siendo niña, la vecindad en que vive, del teatro; ya la investigación de los cielos que estimulaba a Herschel, por primera vez, cuando cae en sus manos un planisferio celeste; ya en fin, el arte médico, como cuando Ambrosio Paré viendo, en su infancia, realizar una operación de cirugía reconoce el objeto perdurable de su atención e interés. En la esfera de la vida moral no es menos eficaz el *anch'io*.

La vocación ascética de Hilarión cuando llega delante del eremita Antonio, manifiesta uno de los más comunes modos como obró en los tiempos de fe, el repentino impulso de la *gracia*.

No es menester la presencia material del objeto o el acto, para transmitir la excitación del *anch'io*. Basta el conocimiento de ellos. Tal vez es la resonancia del triunfo obtenido por otro en cierta especie de actividad, lo que determina al ánimo indolente e indeciso, a probar en ella sus fuerzas; así cuando Montesquieu subyuga, con el *Espíritu de las leyes*, la atención de sus contemporáneos y Helvecio se siente movido a emularle, y busca retiro y soledad para abismarse, también él, en la obra. Tal vez es el milagroso prestigio de una invención o un descubrimiento: como cuando la novedad del pararrayos suscita en el ánimo del futuro físico Charles, el primer estímulo de su aplicación. Pero si la conciencia de la aptitud procede de la percepción de un objeto material, puede este hecho no ser clasificable dentro del *anch'io*; no es, en ciertos casos, la obra de otro, sino la Naturaleza misma, la que pone ante los ojos del sujeto aquello que le causa indisipable y fecunda sugestión. No hay en la naturaleza cosa que no sea capaz de ejercer esa virtud súbitamente evocadora respecto a alguna facultad de la acción o del conocimiento. La misma sensación que en el común de las gentes pasa sin dejar huella, encuentra acaso un espíritu donde pega en oculto blanco, y queda clavada para siempre, como saeta que produce escozor de acicate. El espectáculo del mar visto por primera vez; un árbol que cautiva la atención, por hermoso o por extraño, son sensaciones que han experimentado muchos sin que nada de nota se siguiese a ellas; pero la primera visión del mar fué, para Cook, y luego para aquella mujer extraordinaria, amazona de empresas pacíficas, que se llamó Ida Pfeiffer, la revelación de su genial instinto de viajeros; y Humboldt nos refiere en el *Cosmos* cómo de una palma de abanico y un dragonero colosal, que vió, de niño, en el jardín botánico de Berlín, partió el precoz anuncio del anhelo inextinguible que le llevó a conocer tierras remotas.

La *conversación*, ese común y sencillísimo instrumento de sociabilidad humana, con que los necios ponen en certamen su necedad, con que los frívolos hacen competencia a los ruidos del viento, con que los malvados tientan los ecos del escándalo; la conversación, ocio sin dignidad casi siempre, es influencia fecunda en sugestiones, que acaso llegan a fijar el superior sentido de una

vida, cuando vale para que entren en contacto dos *espíritus*. Departían, en la corte de Toledo, Boscán y el embajador Navagero, de Venecia; y como cuadrara hablar de versos, Navagero depositó en el pensamiento de Boscán una idea en que éste halló el objeto para el cual sabemos hoy que vino al mundo: transportar a la lengua de Castilla los metros italianos. Viajaba Buffon, aun sin preferencia definida por algún género de estudio, en compañía del joven duque de Kingston; y de sus conversaciones con el ayo del duque, que profesaba las ciencias naturales, Buffon tomó su orientación definitiva. Dirigiase Cartwright, siendo nada más que muy mediano poeta, a una comarca vecina de la suya; trábó conversación en el camino con unos mercaderes de Manchester; y despertando, a consecuencia de lo que le refirieron, su interés por los adelantos de la mecánica, contrajo a ésta su atención y fué inventor famoso. Estudiaba teología Winslow; era su amigo un estudiante de medicina, con quien a menudo conversara; resultó, de recíproca sugestión en sus coloquios, que cada uno de ellos quisiera cambiar por los del otro sus estudios; y llegó día en que Winslow fué el más grande anatomista del siglo XVIII.

Pero ninguna manera de sugestión tiene tal fuerza con que comunicar vocaciones y traer a luz aptitudes ignoradas, como la *lectura*. Obstáculo a la acción del ejemplo es la distancia que, en el espacio o el tiempo, aleja a unos hombres de los otros; y el libro aparta ese obstáculo, dando a la palabra medio infinitamente más dilatado y duradero que las ondas del aire. Para los espíritus cuya amplitud es la acción, el libro, como instrumento de autoridad y simpatía, es, aún con más frecuencia que el ejemplo real y que el modelo viviente, la fuerza que despierta y dirige la voluntad. No siempre es concedido al héroe en potencia, hallar en la realidad y al alcance de sus ojos, el héroe en acción, que le magnetice y levante tras sus vuelos. Pero el libro le ofrece, en legión imperecedera y siempre capaz de ser convocada, mentores que le guíen al descubrimiento de sí mismo. Así la lectura de la *Iliada* dió a Alejandro, para modelarse, el arquetipo de Aquiles; como Juliano se inspiró en la historia de Alejandro, y la novela de Jenofonte inició a Escipión Emiliano en la devoción de Ciro el grande. Merced al libro, Carlos XII pudo tener constantemente ante sí la imagen del hijo de Filippo; y Federico de Prusia, la de Carlos XII. De los *Comentarios* de César, vino el arranque de la vocación de Folard, y a ellos se debió también

que, permaneciendo en el mundo el espíritu del sojuzgador de las Galias, fuese para Bonaparte y para Condé consejero y amigo.

En otras de las vocaciones de la voluntad: la del entusiasmo apostólico, encendido en las llamas de una fe o de un grande amor humano; la de la práctica ferviente de una concepción del bien moral, también el libro es de las formas preferidas del llamado interior. — *Tolle, lege!*... ¿No fué un mandato de leer lo que trajo la voz inefable que oyó Agustín en el momento de la gracia? Hilario de Poitiers; Fabio Claudio, que en su nueva vida fué Fulgencio, por inspiración de sus lecturas dejaron a los dioses. Este libro que ahora se pinta en mi imaginación, semiabierto, en forma de arca, sobre el globo del mundo; este libro, vasto como la mar, alto como el firmamento; luminoso a veces, más que el sol; otras sombrío, más que la noche; que tiene del león y del cordero, de la onda amarga y del panal dulcísimo; este libro que empieza antes de que nazca la luz y acaba cuando vuelve el mundo a las sombras eternas, ha sido, durante veinte siglos, fuerza promotora, reveladora, educadora de vocaciones sublimes; honda inmensa de que mil veces se ha valido el brazo que maneja los orbes, para lanzar un alma humana a la cumbre desde donde se ilumina a las demás. Por este libro se infundió en Colón el presentimiento del hallazgo inaudito. En él tomó Lutero el viril arranque de la libertad y la razón. En él aprendió Lincoln el amor de los esclavos. — ¿Recuerdas una página de las *Contemplaciones*, donde el poeta nos cuenta cómo en su infancia, jugando, halla en un estante de la casa una Biblia, y la abre, y comienza a leerla, y pasa toda una mañana en la lectura, que le llena de sorpresa y deleite; al modo, dice, que una mano infantil aprisiona un pajarito del campo y se embelesa palpando la suavidad de sus plumas? De una manera semejante a ésta fué como Bossuet niño sintió en los hombros el temblor de sus alas nacientes.

Para la revelación de la aptitud del sabio, del escritor o del poeta, la lectura es el medio por que se manifiesta comúnmente la estimuladora fuerza del *anch'io*. Si la antigüedad dejó memoria de cómo Tucídides descubrió su genialidad de historiador por la lectura (o la audición, que vale lo mismo), de un pasaje de Herodoto; y Sófocles su alma de poeta, por las epopeyas de Homero; y Epicuro su don de filosofar, por las obras de Demócrito, frecuentísimos son, en lo moderno, los casos como el de La Fon-

taine, que reconoció su vocación leyendo, a edad ya madura, una oda de Malherbe; como el de Silvio Pellico, que nació para las letras después que gustó el amargo sabor de *Los Sepulcros* de Fóscolo; como el de Lalande, que quiso saber de los secretos del cielo cuando conoció uno de los escritos de Fontenelle; como el de Reid, que se levantó a la especulación filosófica estimulado por la lectura de las obras de Hume... Y aun entre los que tuvieron casi innata la conciencia de la vocación, ¿habrá quien no pueda referir, de modo más o menos preciso, a una ocasión de sus lecturas, el instante en que aquélla se aclaró, orientó y tomó definitiva forma?

Por el poder de sugestión con que una imagen energicamente reflejada, imita o aventaja al que ejercería la presencia real del objeto, ha solido suceder que una vocación científica o artística deba su impulso a la lectura de una obra literaria. *Nuestra Señora de París*, no el edificio, sino la novela, consagró arqueólogo a Didrón. Agustín Thierry sintió anunciársele su genio de vidente del pasado, por su lectura de *Los Mártires*. Caso es éste del gran historiador colorista, que puede citarse como ejemplo significativo de la intensidad con que una lectura alcanza a obrar en las profundidades del alma, donde duermen aptitudes y disposiciones inconscientes, y a despertarlas, con súbita y maravillosa eficacia. Cuando Thierry, siendo aún un niño, lee en el libro de Chateaubriand el canto de guerra de los francos, un estremecimiento, comparable al de quien fuera objeto de una anunciación angélica, pasa por él. Levantándose de su asiento, recorre a largos pasos la habitación, mientras sus labios repiten con fervor heroico el estribillo del canto. Desde este punto, la reanimación pintoresca y dramática de la muerta realidad constituye el sueño de su vida, y los conquistadores normandos se inquietan en el fondo de la tumba, apercibiéndose a una irrupción con que alcanzarán a ser inmortales.

## LVI

El *anch'io* es, pues, gran provocador de vocaciones; pero no ha de entenderse de modo que implique siempre imitación estricta de la obra o el autor de quienes viene el ejemplo. El carácter constante en el *anch'io* es la emulación que excita al ejercicio

de una cierta aptitud. Por lo demás, dentro de esa amplia semejanza, frecuentemente ocurre (y tanto más, cuando se trate, no ya de descubrir la aptitud, sino de encauzarla y dar la dirección definitiva) que un deseo de *contraste* respecto de las obras ajenas; un estímulo en el sentido de hacer cosa de algún modo divergente u opuesta a la que ha valido en el triunfo de otros, sean la energía que interviene para fecundar la vocación.

Esta diferencia que se apetece y busca puede referirse, ya al género que se ha de usufructuar, dentro de un mismo arte o general manifestación de la actividad; ya a las ideas que han de tomarse por bandera; ya a las condiciones de estilo cuya perfección se anhela llevar a su más alto grado. Frecuente es el hecho de que la excelsa superioridad alcanzada por un gran espíritu en cierto género de arte o literatura, mueva a otro que la cultivaba a desistir de él y a igualar esa gloria mediante el cultivo de un distinto género, en el cual se define dichosamente su vocación, la que, a no ser por este benéfico prurito de diferenciarse, no hubiera tal vez pasado de la relativa inferioridad en que quedó dentro de su aplicación primera. Cuando el estrépito triunfal de las comedias de Lope llenó los ámbitos de la escena, Cervantes deja la pluma de *Los tratos de Argel* y la *Numancia*, con que soñó fijar rumbos al teatro; y la pluma que en adelante maneja es la de Cide Hamete Benengeli. Este caso no es único. Walter Scott comenzó por las leyendas en verso, a la manera de *Marmión* y *La dama del lago*; pero cuando Byron surgió, y de un vuelo fulgurante tomó la cumbre poética, Walter Scott abandonó el camino por donde marchaba a ocuparla, y buscó conquistar una superioridad semejante en la prosa: resolución que significó, para él, el hallazgo de su vocación definitiva y esencial, y para la literatura, el florecimiento de la novela histórica. No es otro el caso de Herculano, el gran historiador y novelista portugués, que abandonó la forma versificada por la prosa, donde debía encontrar su verdadero e indisputado dominio, cuando los ruidosos triunfos de Garrett le decepcionaron de oscurecerle en cuanto poeta.

La fisonomía y el carácter de la obra; sus condiciones de ejecución, de estilo, de gusto, se determinan, con igual frecuencia, por un espíritu de contradicción. El recién llegado dice al que vino antes que él, como Abraham a Lot: "Si tú a la izquierda, yo a la derecha". La reacción contra la molicie y languidez de

los versos de Metastasio extrema la severidad y el estoicismo del estilo de Alfieri. El deliberado pensamiento de quitar la palma al Caravaggio, valiéndose de una manera de pintar que sea la viva oposición de la ruda y fogosa que caracterizó al maestro de Bérnago, da a Guido Reni la norma definitiva de su arte. Y cuando llega el turno, Leonello Spada, herido en su vanidad de principiante por desdeñosas burlas de Guido, se estimula a sí propio con la idea de humillar un día al burlador, arrebatándole, no sólo la preeminencia de la fama, sino también la boga de los procedimientos. Si Guido triunfa por delicado, correcto y primoroso —se dijo Leonello—, yo triunfaré por violento y atrevido.

Para el arrancar de innovador de los grandes reformadores, de los grandes iconoclastas, de cuantos abren vías nuevas al sentimiento o la razón, este acicate, que consiste en la tentación de negar al dominador para emularlo, obra más de lo que parece; y concurre a explicarse por él la persistencia del *ritmo* en las fases sucesivas del pensamiento humano.

Hubo, sin duda, convicción sincera, sentido hondo de las oportunidades de su tiempo, sugestión poderosísima del temperamento propio, en la iniciativa revolucionaria de Zola; pero ¿cuánto no auxilió, seguramente, a esos motivos, para extremar el carácter de su reforma y los procedimientos de su arte, la ambición de emular la gloria de los grandes románticos por la eficacia de una originalidad opuesta; de una originalidad con relación a la cual la novela de Jorge Sand y Víctor Hugo fuera como un *modelo negativo*?

En la vía que el genio escoge para llegar a la gloria que ve lucir, lograda por ya sabidos, rumbos, en derredor del nombre de otros, suele reaparecer triunfalmente la paradoja del Descubridor que se propuso hallar camino para las tierras de donde el sol se levanta, yendo hacia donde el sol se pone.

## LVII

*Acertar* en el género de la vocación y no en la especie; acertar en cuanto a la categoría general dentro de la que debe desenvolverse la aptitud, pero no en cuanto a la determinación particular de ella y la aplicación concreta que conviene a su índole, es caso frecuente en los comienzos de aquel que tienta su vía

personal. El instinto le anuncia una vocación, de modo vago e indeterminado, y la elección reflexiva le induce a error al precisar la sugestión del instinto. Pasa con él como con el ciego que lograra entrar sin guía a su verdadera casa, y se equivoca después pasando la puerta de una habitación que no fuese la suya.

En los espíritus de aptitud literaria es de experiencia común que se empieza casi universalmente por el uso del verso, ensayando de esta manera facultades que luego la mayor parte de los que las llevan a madurez ha de orientar de otro modo. El ejemplo de Fontenelle, poeta nada más que mediano en el primer período de su desenvolvimiento, después escritor y crítico ilustre, es caso que la observación más limitada corroborará con otros numerosos.

El gran Corneille, antes de fundir en el bronce de su alma de romano la tragedia francesa, pensó fijar su vocación teatral, no en la máscara trágica, sino en la cómica. Seis comedias precedieron a la *Medea*; y si aquí no cabe hablar, con entera exactitud, de una falsa elección en el primer rumbo, pues, volviendo accidentalmente a él, Corneille debía cincelar más tarde la rica joya de *El Mentiroso*, por lo menos la elección no interpretaba el radical y superior sentido de la aptitud, que prevaleció con plena gloria en las tragedias. Otro caso que encuadra dentro de este orden de hechos, es el de Bellini. El futuro autor de *Norma* sintió, desde sus primeros pasos, la voz que le llamaba al arte de la música; pero el camino por donde acudió a esta voz no manifestaba, en un principio, conciencia de su verdadera superioridad. Sólo después de ensayar, con desgraciado éxito, ser intérprete de las obras de los otros, ya como cantante, ya como ejecutante, volvió Bellini su interés a la composición dramática. Por lo que toca al arte del color, fácil sería multiplicar ejemplos como el de Julio Clovio, el gran miniaturista italiano, a quien su don de la exquisita pequeñez no se reveló sino luego de probar fortuna, sin lograrla, en los cuadros de tamaño común; o el del menor de los Van Ostade, pobre pintor de género en la adolescencia; después, original y admirable paisajista.

Ocurre que, para precisar ciertos espíritus la verdadera especie de su vocación, hayan necesidad de restringir extraordinariamente el objeto de ella; y sólo mediante esa determinación estrechísima, encuentran el carácter peculiar de su aptitud. Son éstos los espíritus antípodas de aquellos otros, universales y capa-

ces de todo hacer, que antes saludamos. Así, en pintura, los artistas que han sabido pintar flores y nada más que flores: Van Húysum, Monnoyer, Van Spaéndonck; o bien Redouté, que, pintando retratos e imágenes sagradas, nunca pasó de una discreta medianía, hasta que la contemplación de unos ramilletes de Van Húysum le excitó a consagrar a las flores su paleta, y ellas son las que embalsaman con perenne aroma su nombre. En el espíritu de Alfredo de Dreux, la vocación de la pintura nació unida a la impresión con que cautivó su fantasía de niño la belleza de los caballos que veía en las paseatas elegantes; y de tal manera se identificaron aptitud e impresión, que el pincel apenas fué en sus manos más que un medio de fijar, de cien modos distintos, aquella imagen obsesora.

En la composición literaria, es nombre de significado semejante el de Heredia, el supersticioso devoto de un idolillo inaplicable: el versificador absolutamente contraído, con los recursos de una acrisolada cultura y una perseverante labor, a señorear la técnica sutil y preciosa del soneto. Análogo carácter puede atribuirse, en la ciencia, a los naturalistas que han limitado el campo de su observación a una única especie, dedicándole todo el fervor y afán de su vida; ya las abejas, como Huber; ya las hormigas, como Meyer; y a los astrónomos que se han circunscrito a un solo cuerpo celeste: como Fresner a la Luna.

De igual manera que el curso de la civilización presenta épocas de amplitud armoniosa, en que, equilibrándose las ventajas de las primitivas con las de las refinadas, la estructura natural de los espíritus propende, sin mengua de la eficacia de sus fuerzas, a una universal capacidad: como la Grecia de Pericles, el siglo XIII o el Renacimiento, así hay también, en las sociedades que han llegado a una extrema madurez de cultura, tiempos de menudísima clasificación, de fraccionamiento atomístico, en las funciones de la inteligencia y de la voluntad: tiempos y sociedades en que aun los espíritus mejores, parecen reducirse a aquella naturaleza fragmentaria con que encarnan los entes sobrenaturales, según el demonio socrático se los describía a Cyrano de Bergerac: cuerpos condenados a no manifestarse a los hombres sino por intermedio de un sentido único; ya sea éste el oído, como cuando se trata de la voz de los oráculos; ya la vista, como en los espectros; ya el tacto, como en los súcubos; sin poder presentarse nunca en percepción armónica y cabal.

## LVIII

*Cuando algún propósito de la voluntad no trae aparejada a su imagen, por instinto o costumbre, la inspiración del movimiento con que ha de ejecutarse, calcula y prueba el ánimo movimientos distintos, para dar lugar a que se manifieste el que corresponde a aquel fin. De este modo, quien no tiene el conocimiento intuitivo e inmediato de su vocación, la busca, en ciertos casos, por experiencias y eliminaciones sucesivas, hasta acertar con ella. Un sentimiento vago de la propia superioridad; un estímulo de ambición enérgica y emprendedora: esto es todo lo que algunas almas destinadas a ser grandes conocen de sí mismas antes de probarse en la práctica del mundo; y por eso hay muy gloriosas existencias que se abren con un período de veleidades y de ensayos, durante el cual experimenta el espíritu los más diversos géneros de actividad, y los abandona uno tras otro; hasta que reconoce el que le es adecuado, y allí se queda de raíz.*

El abandono de aquellas vocaciones primeramente tentadas nace, a veces, de repulsión o desengaño respecto de cada una de ellas; porque, una vez conocidos sus secretos y tratados en intimidad, no satisficieron al espíritu ni colmaron la idea que de ellas se tenía. Otras veces, menos voluntario el abandono, refiérese el desengaño a la propia aptitud: no halló dentro de sí el inconstante, fuerzas que correspondiesen a tal género de actividad, o no las conoció y estimuló el juicio de los otros. Ejemplo de lo primero: la decepción relativa a cada actividad considerada en sí misma, y no a la propia disposición para ejercerla, lo da, en antigüedad, Luciano. El impávido burlador de los dioses recorrió, antes de hallar su verdadero camino, las más varias aplicaciones; y ninguna logró aquietarle. Empezó por soltar de la mano, considerándole instrumento servil, el cincel del escultor. Se acogió a la jurisprudencia, pero pronto le repugnó aquel connaturalizarse con la disputa y con la mala fe. Profesó luego la filosofía, de la manera ambulante que era uso en su tiempo; y ganó este linaje de fama en Grecia, en las Galias y en Macedonia; pero debajo del filosofar de aquella decadencia palpó la vanidad de la sofística. Entonces, de las heces de esta desilusión pertinaz brotó, espontáneo y en su punto, el genio del satírico demoleedor,

bien preparado para fulminar la realidad que por tantos diferentes aspectos se le presentara abominable y risible: y tal fué la vocación de Luciano. Caso semejante ofrece, con anterioridad, Eurípides, que antes de tener conciencia de estar llamado a ser el continuador de Esquilo y Sófocles, abandonó sucesivamente, durante largo período de pruebas, las coronas del atleta, el pincel del artista, la tribuna del orador y la toga del filósofo. Parecido proceso de eslabonados desengaños precede, al cabo de los siglos, a la orientación definitiva del espíritu de Van Helmont, el gran innovador de los estudios químicos en las postrimerías del Renacimiento; decepcionado del poco fondo de las letras, decepcionado de las quimeras de la magia, decepcionado de las incertidumbres del derecho, decepcionado de las conclusiones de la filosofía, hasta que una inspiración, en que él vió sobrenatural mandato, le lleva a buscar nueva manera de curar los males del cuerpo, y le pone en relación con los elementos de las cosas. La pasión anhelante del bien común, que inflamó, desde sus primeros años, el alma abnegada de Pestalozzi, no tendió desde luego al grande objetivo de la educación sino después de ensayar distintas formas de actividad, ya en los estudios eclesiásticos, ya en los del foro, ya en el cultivo de la tierra.

Pero estos veleidosos comienzos nacen otras veces, como decíamos, de que la natural disposición no se manifiesta con suficiente eficacia allí donde la vocación provisional la somete a experiencia. Así, no fué desencanto del arte, ni desencanto de la acción, sino imposibilidad de llegar, en el uno y en la otra, a donde fingían sus sueños, lo que redujo a Stendhal a aquella actitud de contemplación displicente, que se expresó por su tardía vocación literaria, después de haber buscado la notoriedad del pintor, la del militar y la del político. Análoga sucesión de tentativas defraudadas y errátiles, manifiesta la procelosa juventud de Rousseau: el vagabundo Ahasverus de todas las artes y de todos los oficios: tan pronto grabador como músico; pedagogo como secretario diplomático; y en nada de ello llegado a equilibrio y sazón; hasta que un día, más el acaso que la voluntad, pone una pluma en sus manos, la cual la reconoce al asirla, como el corcel de generosa raza a su jinete; y pluma y mano ya no se separan más, porque las ideas que flotan, anhelando expresión, en el espíritu de un siglo, tienen necesidad de que ese vínculo perdure.

## LIX

*Curioso* es ver cómo, puesta el alma en el crucero de dos caminos que la reclaman con igual fuerza o la convidan con igual halago, libra a veces a una respuesta de la fatalidad la solución de la incertidumbre que no ha sido capaz de disipar por determinación voluntaria. Cuando el *motivo* imperioso no surge de deliberación, se le crea artificialmente mediante un compromiso con el azar. Vocaciones famosas han prevalecido de esta suerte, si no se exagera el valor de rasgos anecdóticos, cuyo fondo de verdad humana tiene a su favor, por otra parte, la incalculable trascendencia de lo que parece más pequeño y más nimio, en la secreta generación de lo grande.

Jacobo Sforza, el fundador de aquella heroica estirpe del Renacimiento, fué, en sus principios, humilde labrador de Romaña. Cuando llegó hasta él el soplo guerrero de su tiempo y hubo de resolver si acudiría a este llamado o continuaría labrando su terrón, fió al azar el desenlace de sus dudas. Sacó un hacha del cinto. Frente a donde estaba, en su heredad, levantábase un grueso árbol. Lanzaría la acerada hoja contra el tronco, y si después de herirle, se desplomaba el hacha al pie del árbol, Jacobo no modificaría el tenor de su existencia; pero si acaso el arma quedaba presa y aferrada al tronco, la espada del soldado sería en adelante su hoz. Partió el hacha como un relámpago, y el tronco la recibió en su seno sin soltarla de sí: Jacobo Sforza quedó consagrado para siempre a la guerra. De semejante modo cuenta Goethe que resolvió vacilaciones de su adolescencia entre la poesía y la pintura: tomó un puñal, y arrojándolo al río orillado de sauces, por donde navegaba, no lo vió sumergirse porque lo velaron las ramas flotantes: lo cual significaba, según de antemano tenía convenido, que no insistiría en el género de vocaciones que rivalizan con aquella que le llevó a ser el poeta del *Fausto*.

Esta apelación a la fatalidad suele encontrarse en la existencia de las almas religiosas, con carácter de providencialismo. San Bernardo fué árbitro de los destinos de la Iglesia, bajo la ruda estameña de sus hábitos, pero desechó, por espíritu de abnegación, dignidades y honores. En Milán, la muchedumbre le ruega con insistencia para que entre a ocupar la silla episcopal que le ofre-

cen. Él se remite a la indicación divina, provocándola de esta forma: si su caballo, abandonado a sí mismo, le conduce a lo interior de la ciudad, aceptará la preeminencia; la rehusará si le lleva rumbo al campo. Pasó esto último. La vida del predicador de las Cruzadas siguió en sus términos de gloriosa humildad.

## LX

*La vaguedad* e incertidumbre de la vocación, cuando no se despeja por virtud de una circunstancia dichosa, que provoque, como a la luz de un relámpago, la intuición de la aptitud verdadera; ni por ensayos sucesivos, que eliminen, una a una, las falsas vocaciones, hasta llegar al fondo real del espíritu; ni por arranque voluntario, que tome, sin elección inspirada, ni paciente observación de uno mismo, un sentido cualquiera, aunque éste no coincida con superior aptitud; la vocación vaga e incierta, prolongándose, suele traducirse, no en abstención e indolencia, sino en una actividad de objeto indistinto: en una falsa universalidad. Es el vano remedo de aquel caso peregrino de ausencia de vocación de terminada por equivalente grandeza en muchas vocaciones. Es la mediocridad a causa de aplicación somera y difusa; el *Panurgo* mediano: no el sublime y rarísimo.

Cuando el ánimo novel que busca su camino en el mundo, no halla alrededor de sí una sociedad cumplidamente organizada, en cuanto a la división de las funciones del espíritu, que indique rumbo cierto para cada diferencia de capacidad y estimule a una dedicación concreta y ahincada, ese género de incertidumbre es caso frecuente. Y aun cuando, por la energía del instinto, la voz interior supla a lo indefinido y vago de las voces exteriores que podrían cooperar con ella; aun cuando el espíritu sea consciente de su peculiar aptitud, aquella vaga difusión de las propias fuerzas suele ser, en tal ausencia de bien diferenciado organismo social, necesidad o tentación a que el individuo concluye por rendirse.

Éste es de los obstáculos que estorban, en sociedades nuevas, la formación de una cultura sólida y fecunda. Porque cuando hablo de falsa universalidad, me refiero a la que se manifiesta en la producción, en la acción, en el *anch'io*; no a la amplitud contemplativa; no a ese fácil y abundoso interés, a esa simpá-

tica y solícita atención tendida sobre el conjunto de las cosas, únicos capaces de salvar al fondo *humano* del alma de las limitaciones de cada oficio y cada hábito; género de amplitud que se predicó junto a la estatua de Ariel, y que es tanto más necesaria para aquel fin de mantener la integridad fundamental de la persona, cuanto más el objeto de la vocación se restrinja y precise. Firme y concreta determinación en la actividad; amplio y vario objetivo en la contemplación: tal podría compendiarse la disciplina de una fuerza de espíritu sabiamente empleada.

## LXI

*Toda aptitud superior* incluye en sí, además del natural privilegio de la facultad en que según su especie radique, un elemento de naturaleza volitiva, que la estimula a la acción y la sostiene en ella. Si la endeblesz de la facultad específica, o la conjuración adversa de las cosas, dan la razón de muchas vocaciones defraudadas, con no menor frecuencia la pérdida de la aptitud, siendo ésta muy real y verdadera en principio, viene de insuficiente o enferma voluntad.

En ese grupo torvo y pálido, que, a la puerta de la ciudad del pensamiento, como el que puso el Dante, entre sombras aún más tristes que el fuego devorador, en el pórtico de la ciudad de Dite, mira con ansia el umbral que no ha de pasar y con rencor a quien lo pasa: en ese torvo y pálido grupo, se cuentan el perseverante inepto, y el que carece de aptitud y de constancia a la vez; pero está también aquel otro en cuya alma pena, como en crucifixión, la aptitud, clavada de pies y manos por una dolorosísima incapacidad para la obra: enervamiento de la voluntad, cuya conciencia, unida a la de la realidad del don inhibido, produce esa mezcla acre en que rebosan del pecho la humillación y la soberbia. Es la sombría posteridad de Obermann, el abortado de genio.

Otras veces, la inactividad de la aptitud no sucede a una inútil porfía sobre sí mismo, que deje el amargo sabor de la derrota. Se debe a una natural insensibilidad para los halagos de la emulación y la fama, y para el soberano placer de realizar la belleza que se sueña y de precisar la verdad que se columbra; o bien se debe a una graciosa pereza sofisticada, que, lejos de tener

la amargura hostil del fracasado trágico, ni el frío desdén del incurioso displicente, se acoge a la condición de espectadora con una benévola ironía, y extiende un fácil interés sobre las obras de los otros, desde su almohada epicúrea. Se ha dicho que el escéptico no es capaz de reconocer a un héroe, aunque lo vea y lo toque: agréguese, para complemento de observación tan verdadera, que ni aun es capaz de reconocerle cuando lleva al héroe dentro de sí mismo.

Las dotes que por estas causas se pierden, quedan, como las que malogra la inconsciencia de la aptitud, en la ignorancia y en la sombra; pero aun en aquellos de cuya aptitud se sabe, porque alguna vez dió razón o indicio de sí, no es infrecuente caso el de la idea ahrojada dentro de la mente por falta de fuerza ejecutiva. El pintor Fromentin, midiendo la desproporción entre sus sueños de arte y la realidad de su obra, prorrumplía a menudo en esta exclamación, poseída de tremenda verdad para quien esté interiorizado en los misterios de la invención artística: "*¡Si yo me atreviera! ¡Si yo me atreviera!...*" Otras palabras significativas, aunque en diverso sentido, para caracterizar las enervaciones de la voluntad en la jurisdicción del arte, son las que se atribuyen a Fogelberg, escultor. Ante el tema que se le proponía, si lo consideraba bueno, argumentaba, a fin de cohonestar su abstención: "*Los griegos ya lo han hecho...*"; si lo consideraba arriesgado: "*Los griegos no lo habrían hecho...*" ¿Cuánta no fué la influencia que el *dilettantismo* indolente de Alfonso Karr ejerció en el espíritu de Gatayés, para convertirle de grande artista probable en mediano crítico real?... Cumplida personificación del estudioso insensible a los estímulos del renombre y a la necesidad de producir, es aquel singularísimo Magliabecchi, que en la Florencia del Renacimiento acumuló, recluso en su taller de platero, una de las más oceánicas erudiciones de que haya noticia, sin que lo sospechara nadie, hasta que el secretario de Cosme de Médici descubrió por casualidad aquel mar ignorado. Amiel, que viviendo en un ensimismamiento de bonzo, nada de vuelo produjo para la publicidad, define en una página de sus *Memorias* la radical ineptitud en que se consideraba para la producción, su incapacidad para elegir entre la muchedumbre de las formas posibles con que se representaba la expresión de cada pensamiento; pero, por fortuna, en esas mismas póstumas *Memorias* dejó, sin proponérselo, la más alta demostración de la

existencia de la aptitud superior que, por vicios de la voluntad, no llegó a manifestar activamente en el transcurso de su vida.

## LXII

A *la falta* de voluntad que ahoga la aptitud en germen y potencia, ha de unirse la que, después de manifiesta la aptitud y ya en vía de su desenvolvimiento, la deja abandonada y trunca; sea por no hallar fuerzas con que apartar obstáculos, cuando se acaban las que suscitó el fervor de la iniciación; sea por contentarse el deseo con un triunfo mediano y dar por terminado en él su camino, habiendo modo de aspirar a un triunfo eminente.

Y estas formas de la flaqueza de voluntad no se traducen sólo por la abstención, por la renuncia a la obra, en plena fuerza de espíritu; no sólo por la decadencia visible de la obra, como cuando la producción negligente y desmañada de autor ya glorioso se satisface con vivir del reflejo del nombre adquirido. A menudo, una producción que en cuanto a la calidad no adelanta, es ya signo, no de que el autor haya llegado a la completa realización de su personalidad, sino de que ha pasado, en él, la excitación del arranque voluntario, la fuerza viva y eficaz del estímulo. Opta quizá, en este caso, por una abundancia que acrecienta la producción, sin añadirle más intensidad, más carácter, más nervio; y es entonces como el Ahasverus de la leyenda, a quien estaba vedado gastar más de cinco monedas de una vez, pero que inagotablemente encontraba en su bolsillo la misma escasa suma.

El amaneramiento, que hace resumir el espíritu del artista dentro de sí propio, es, frecuentemente también, una limitación de la voluntad, más que un vicio de la inteligencia. Viene cuando se enerva o entorpece en el alma la facultad de movimiento con que salir a renovar sus vistas del mundo y a explorar en campo enemigo. Artista que se amana es Narciso encantado en la contemplación de su imagen. La onda que lo lisonjea y paraliza, al cabo lo devora. La plena energía de la voluntad envuelve siempre cierta tendencia natural de evolución, con que la obra se modifica al par que crece. Excelso y soberano ejemplo de esta perpetua modificación de la obra, manifestándose de la manera fácil, graduada y continua, que antes hemos comparado con el desenvolvi-



miento de una graciosa curva, es el arte de Rafael. Desde sus primeros cuadros hasta el último; desde las obras modeladas en el estilo paterno hasta las inmortales creaciones del período romano, cada lienzo es una cualidad de su genio que se desemboza: es una nueva enseñanza adquirida; una nueva y distinta contemplación, provechosamente libada; un nuevo tesoro descubierto, ya sea por sugestión del Perugino, de Masaccio, o de Leonardo; pero todo esto se sucede tan a boga lenta, y se eslabona de tan discreto y delicado modo, subordinándose a la unidad y la constancia de una firme y poderosa personalidad, que apenas hay, de uno a otro cuadro, transición aparente, para quien recorra paso a paso la estupenda galería, que cruza en diagonal la más grande época del arte; aunque sí la hay, y se mide por distancia inmensa, para quien, sin interposición de tiempo, pase de ver el *Desposorio de la Virgen* a admirar la *Escuela de Atenas*, o de admirar la *Escuela de Atenas* a extasiarse con la culminante y portentosa *Transfiguración*.

Este linaje de progreso, igual y sostenido, que, cuando se trata de grandeza tal, produce la impresión de serenidad y de indefectible exactitud, de un movimiento celeste, es más frecuente acompañamiento o atributo de condiciones menos altas que el genio. A semejante pauta obedeció el entendimiento crítico de Villemain, llevado, como por declive suave y moroso, a seguir el impulso de las ideas que llegaban con el nuevo tiempo, sin conceder sensiblemente en nada, pero quedando, al fin, a considerable espacio del punto de partida; a manera de esas aldeas asentadas sobre tierras movedizas y pendientes que, fundadas cerca de la altura, un día amanecen en el valle.

Pero esta disposición a cambiar y dilatarse, en pensamiento o estilo, se desenvuelve, por lo general, menos continua e insensiblemente: por tránsitos que permiten fijar con precisión el punto en que cada tendencia da principio y se separa de la que la precedió, como líneas que forman ángulo. Así en Murillo, cuya obra inmensa se reparte en las tres maneras, tan desemejantes, tan netamente caracterizadas, que dominan, la primera, en los cuadros hechos, durante la juventud, para las ferias de Cádiz; la segunda, en los que pintó viniendo de estudiar las colecciones del Escorial; y la tercera, en las maravillas del tiempo de *La Concepción* y el *San Antonio*. Análoga diversidad ofrece la obra de compositores como Gluck; persuadido, por la plena posesión de

sus fuerzas, a pasar de la molicie y vaguedad de sus primeras óperas al nervio dramático con que expresó la abnegación de Alceste y las melancolías de Ifigenia; y aún la ofrece mayor ese proteico e implacable espíritu de Verdi, transportándose, con facilidad de taumaturgo, del estilo de *Hernani* al del *Trovador* o *Rigoletto*; del de *Rigoletto* al de *Don Carlos*; y que, no contento con imprimir, en *Aida*, sesgo original e inesperado al último vuelo de su madurez, singulariza los destellos de su robusta ancianidad con la nueva y sorprendente transformación de *Otelo* y *Falstaff*.

De naturaleza literaria progresiva y flexible podría ser imagen Jorge Sand, la Tisbe dotada del don de rejuvenecer cuanto tocaba con su aliento, y tan rejuvenecedora de sí misma, en cuanto a estilo y formas de arte, como para mover su espíritu de las febricitantes pasiones y la insólita complejidad del alma de Lelia, y el grito de rebelión de *Indiana* y *Valentina*, al candor idílico de *La Mare au diable* y *La petite Fadette*. Sainte-Beuve figuraría, con justo título, a su lado. El imponente rimero de sus cien volúmenes contiene en sus abismos no menos de cinco almas de escritor, sucediéndose y destronándose en el tiempo, al modo como, en el campo donde Troya fué, halló la excavación de los arqueólogos los rastros de cinco ciudades sobrepuestas, levantadas la una sobre las ruinas de la otra.

Constituyen superioridad estos cambios cuando radican, y se reducen a unidad, en un fondo personal, consistente y dueño de sí mismo: no si sólo manifiestan una fácil e indefinida adaptación, por ausencia de sello propio y de elección característica. Ha de modificarse la obra de modo que en nada menoscabe la entereza de la personalidad, sino que muestre a la personalidad como reencarnándose, merced a esa aptitud de atender y de adquirir, jamás colmada ni desfallecida, que, lo mismo en el artista que en el sabio, es el don más precioso: el don que se exhala en esencia de aquellas últimas palabras de Gay Lussac, las más altas y nobles con que se haya expresado un motivo para la tristeza de morir. —“¡*Qué lástima de irse! Esto empezaba a ser interesante...*”, dijo el sabio, aludiendo a lo que se adelantaba en el mundo, y a poco de decirlo, expiró.

Cuando el autor que ha acaudillado y personificado cierta tendencia de pensamiento o de arte, ganando, bajo sus banderas, la gloria, asiste desde su ocaso al amanecer de las ideas por que

se anuncia el porvenir, ocurre ordinariamente que las mira con recelo y desvío, y se encastilla, con más decisión que nunca, en los términos de su manera o de su doctrina, llevándolas a sus extremos, como si, mediante esta falsa fuerza, pudiera resguardarlas. Pero suele suceder también que, sea por consciente y generosa capacidad de simpatía; sea, con más frecuencia, por el temor de perder los halagos de la fama; sea, más comúnmente aún, por absorción, involuntaria e insensible, de lo que flota en los aires, el maestro cuyo astro declina, ponga la frente de modo que alcance a iluminarla el resplandor de la nueva aurora. Interesante sería detenerse a puntualizar una influencia de esta especie en las obras de la vejez de Víctor Hugo (cuya producción oceánica es, por otra parte, desde sus comienzos, estuendo despliegue de cien fuerzas que irradian en otros tantos diferentes sentidos de inspiración y de arte); mostrando, por ejemplo, cómo la sensación ruda y violenta de la realidad, a que convergían, al declinar el pasado siglo, las nuevas corrientes literarias, domina en la entonación de las *Canciones de las calles y los bosques*, y cómo cierto dejo de acritud pesimista atenúa el férvido idealismo del poeta de las visiones humanitarias, en los finales poemas de *El Papa* y *El Asno*.

La voluntad constante del artista no implica necesidad de producción ininterrumpida e insaciable. Para la renovación y el progresivo desenvolvimiento de la obra, son, a menudo, más eficaces que una actitud sin tregua, esos intervalos de silencio y contemplación, en que el artista recoge las fuerzas interiores, preparando, para cuando rasgue la crisálida en que se retrae, una transfiguración de su espíritu, que se manifestará por la obra nueva. No es éste el melancólico reposo del crepúsculo, precursor de la sombra y tristeza de la noche; es el olímpico reposo del mediodía; el enmudecimiento y quietud de los campos subyugados por la fuerza del sol, en que la antigüedad vió el sueño plácido y la respiración profunda de Pan, a cuya imitación el aire mismo sosegaba su aliento y se interrumpía el afán del trabajador rendido a la fatiga por la labor de la mañana.

## LXIII

*El amor religioso* por un arte o una ciencia puede originar en los que lo llevan infundido en las entrañas, extremos de veneración supersticiosa, que reprime el impulso de la voluntad, mediante el cual aquel amor se haría activo y fecundo; y de este modo, militan, paradójicamente, entre las causas que concurren al malogro de su vocación.

Paralizada el alma entre la sublimidad de la idea que ha formado del objeto de su culto, y su desconfianza de sí misma, reprime con tembloroso miedo la tentación de tocar el material con que realiza la obra. Yo tengo para mí que los más fieles devotos, los más finos y desinteresados amantes con que cuenta la Belleza en el mundo, habían de encontrarse buscándolos dentro de esta legión ignorada y tímida: la de aquellos que llevan en lo hondo del alma, desde el albor de su razón hasta el ocaso de su vida, la predilección ternísima por un arte que adoran en las obras de otros, sin que acaso hayan osado nunca, ni aun en la intimidad y el secreto, descorrer el velo que oculta los misterios de la iniciación, por más que las voces interiores fiaran, más de una vez, a su alma, que allí estaba su complemento y su vía.

¿Quién sabe qué escogida voluptuosidad, qué voluptuosidad de misticismo, se guarece a la sombra de este como pudor immaculado y lleno de amor? ¿Quién sabe qué inefables dulzuras y delicadezas de su aroma guarda, sólo para esas almas, la flor de idealidad y belleza, nunca empañada en ellas por la codicia de la fama ni el recelo de la gloria ajena?...

Otras veces, el supersticioso respeto que nace de exceso de amor, conduce, no a la abstención de la obra, pero sí al anhelo de alcanzar en ella una perfección sublime, anhelo que detiene en el alma el franco arranque de la energía creadora, y quizá trunca, por la imposibilidad de satisfacer su desesperado objeto, el camino de la vocación.

Todos aquellos artistas que, como Calímaco, en la antigüedad; como el Tasso, como Flaubert, han perseguido, con delirante angustia, la perfección que concebían, se han hallado sin duda, alguna vez, al borde del mortal y definitivo desaliento.

¡Cuántas heroicas reacciones de la voluntad; qué taumaturgia evocadora del Lázaro cien veces muerto de desesperanza y de cansancio, no han de ser precisas para volver, otras tantas, del desmayo a que habrá innumerables que sucumban! ¿No es en la fiebre de la perfección inasequible donde está la clave de la insensatez de aquel viejo escultor Apolodoro, de quien la fama cuenta que, acabado cada uno de sus mármoles, no demoraba un punto en destrozarlo a golpes de martillo; y no es ella también la que explica cómo en la divina "obra" de Leonardo quedaron para siempre inconclusas y abandonadas de la mano paterna, cosas que él soñó más bellas que como hubiese podido realizarlas con el espacio y las fuerzas de una vida?...

## LXIV

...Y *sin embargo* ¡ay de aquel que no lleva inoculado en las venas un poco de este veneno estupefaciente!... En porción parca, él no inhibe ni hechiza, sino que presta divino ritmo y perseverancia a las energías indómitas. Imaginar lo perfecto, y esforzarse hasta la heroicidad por alcanzar un rayo de su lumbre, pero no lisonjear este amor contemplativo con la esperanza de la posesión, porque es amor de estrella que está en el cielo; alimentar el sueño de perfección, limitándolo por la experiencia y el sentido de las propias fuerzas, para saber el punto en que la tensión a que las sometemos ha agotado su virtualidad y después del cual toda porfía será vana; y llegado este momento, acallar a los demonios burladores y malignos que, en gárrula banda, nos bullen dentro de la imaginación, mofándose de lo que hemos hecho y excitándonos a romperlo o abandonarlo; quemar en tal instante las naves de la voluntad ejecutiva, y obligarse a terminar la obra y a confesarla por propia ante nuestra conciencia y ante los demás, como se confiesa y reconoce al hijo, sin mirar lo que él valga: éste es el modo como el sueño de perfección puede conciliarse con la actividad resuelta y fecunda.

Pero sin ese místico sueño no se llegará jamás a la obra perenne. Si él impidió salir de la crisálida muchos pensamientos de Leonardo, en los que encarnaron en la forma, ¡cómo la perfección soñada deja su sello y corona la formidable lid del genio trenzado con el material indómito! ¿Y qué perfección era la que

él concebía que, haciendo Vasari la historia del retrato de Gioconda, escribe estas palabras, capaces de helar la sangre en las venas de quien las recuerde frente al cuadro, abismándose en aquel hondor, que no acaba, de ejecución porfiadísima: "*E quattro anni penatovi, lo lasciò imperfetto?*"...

Toda la perseverancia y fervor de la más devota existencia de artista, puede consumirse en dos o tres obras, tanto como en muchas; y aun cabe que no sobre el tiempo. El *Nulla dies sine linea* puede referirse a la línea que se retoca o sustituye, no menos que a la enteramente nueva. Junto al noble linaje de artistas, nunca muy grande en número, para quien la perfección es la *dulce enemiga*, aparecen aquellos otros fáciles, inexhaustos y torrentosos; los que, indistintamente y a manos llenas, derraman, con la derecha, belleza; con la izquierda, trivialidad; acumulando entre ambos materiales tan desigual y vasta obra como la del Tintoretto en pintura; en música la de Donizetti, o la de Lope de Vega en poesía; pero no siempre la mayor realización de fuerza está del lado de quienes más producen, y más considerable suma de energía consagrada al arte representa, sin duda, la vida de un Flaubert, recluso en su encierro y soledad de monje artífice, para dejar por fruto de su esfuerzo titánico unas pocas novelas, que la vida de un Lope, franqueada a todos los vientos de la acción y el placer, y arrojando al mundo, por los resquicios que acertaba a abrir entre unos amores y unas cuchilladas, tal cantidad de invención que, entre veinte autores que se la repartiase, aun pasarían por pródigos.

En medios inhospitalarios y prematuros para el arte, todo género de perseverancia de la voluntad artística es costoso: lo es la que se manifiesta por una producción sin eclipses ni desfallecimientos: lo es más aún, y toma visos de heroísmo, la que persigue un sueño de perfección. Pero sólo lo heroico tiene virtud de rehacer la realidad que lo rodea y adaptarla a sí mismo; lo heroico es cosa necesaria; lo heroico es augusto deber de quien aspira a lauros que son para héroes. Si el arte ha de venir algún día aquí donde suspiramos por él, no será únicamente mediante el general desenvolvimiento de la civilización y la madurez del alma colectiva: no será sin la obra anticipada, y exenta de vulgar recompensa, de algunas almas heroicas.

Hubo un pintor famoso que se llamó, de verdadero nombre, Giordano, pero a quien suele conocerse más por *Luca fa presto*.

Encerrado, de muchacho, en el taller, por su padre, que necesitaba trocar el arte del hijo en pan de la casa, el pobre Giordano había de pintar de prisa; y apenas, cediendo él a su divino instinto, una figura o un rasgo le enamoraban, moviéndole a esmero y primor, la voz del padre acudía para espolear la mano melindrosa. ¡*Luca, fa presto!* le decía; y los que, pasando cerca del taller, oían a toda hora la consigna implacable, pusieron de nombre al apremiado pintor ese *Luca fa presto* que aún lo señala en la posteridad. Tierras hay donde el padre de Giordano es un ente representativo, una personificación, un héroe epónimo; es esa concertada voluntad de las cosas que llamamos *ambiente*. Necesidad de volver pronto a la realidad del combate o del trabajo, puesto que en tales tierras, el producir de arte aún no es oficio, sino ocio y ensueño; subordinación, otras veces, de la pluma que persigue accidentalmente belleza, a las febriles instancias de la pasión: falta de escuela, de método y disciplina; incomprensión de una cultura apenas desbastada, para lo exquisito y perfecto; indolente lenidad de la crítica; alternativas de inacción y arrebató, que, en la labor del pensamiento como en cualquier otro género de actividad, manifiestan la manera y el ritmo de un carácter de raza; absurdo crédito del repentismo: todas son influencias que fluyen de las condiciones de un estado social, y se suman en una gran voz, que clama en el espíritu de aquel que tiene en la mano un instrumento con que realizar arte o poesía: *Luca, fa presto!*

LXV

*La cooperación*, el estudio en común, la disciplina de una liberal autoridad, los estímulos y simpatías de un cenáculo, las confianzas que reparten entre todos la cosecha de observación de cada cual, concurren a guiar la vocación que busca su rumbo. Pero rara vez una asociación de esfuerzos que vaya más allá de lo que es la competencia del método y la escuela, y que intente participar en la generación misma de la obra, será un medio adecuado de dirigir y orientar la aptitud insegura.

Hay, sin embargo, organizaciones personales vinculadas por tan hondas correspondencias, puestas como al unísono por afinidades tan íntimas, que no sólo pueden compartir entre sí la mis-

teriosa acción creadora, sin sacrificio de ese *quid ineffabile* de la personalidad, de donde vienen el empuje y el soplo con que engendra una obra viva, sino que esta acción conjunta es acaso para ellas condición necesaria de todo esfuerzo eficaz. La vocación es entonces un solo *llamado* que oyen simultáneamente dos almas y cuyo fin y propósito sólo puede ser desempeñado entre las dos.

Explícense así los casos de indisoluble sociedad literaria o artística, que reúnen dos nombres, dos personas, en una sola fama, en una única *personalidad*, para la historia del arte y la literatura; verdadera *armonia prestabilita*; fraternidad comparable a la de los nombres inmortalmente enlazados por la tradición en las leyendas del compañerismo heroico: Hércules y Yolaos, Patroclo y Aquiles, Teseo y Piritoo, Pilades y Orestes, Diomedes y Estenelo.

Con frecuencia la hermandad espiritual de dos colaboradores se funda en real y positiva hermandad: los hermanos para la labor lo son también por la sangre y el vínculo de la naturaleza, que da la razón del afecto sin sombras necesario para compartir un bien tan picado de egoísmo y recelo como la gloria del artista, se manifiesta a la vez en la correspondencia de espíritu que vuelve fácil y espontánea la comunidad de la obra. Los hermanos Both, en la pintura flamenca del siglo XVIII; los hermanos Estrada, en la pintura española del mismo siglo; los hermanos Bach: Juan Ambrosio y Juan Cristóbal (éstos, si no en el hecho estricto de la colaboración, por el amor entrañable y la extraordinaria semejanza, que comprendía desde el casi absoluto parecido físico hasta la identidad del estilo musical); Pablo y Víctor Margueritte, en las letras francesas contemporáneas: participan de la notoriedad como de una herencia indivisa. Pero ¿quién no sentirá ya aletear en su memoria los nombres más gloriosos y característicos en que pueda cifrarse este interesante hecho psicológico: Edmundo y Julio de Goncourt, los Menechmos de la pluma, enlazados por una cándida, ternísima fraternidad, de niños que jugasen juntos, bajo el techo paterno, al divino juego del arte?... Otras veces, los hermanos artistas lo son solamente de elección: así Polidoro de Caravaggio y Maturino de Florencia, que, en tiempo de Rafael, partieron la honra y el provecho de comunes cuadros; o para citar ejemplos que todo el mundo reconozca: Erckmann y Chatrian; Meilhac y Halevy.

Puede acontecer que las facultades de ambos colaboradores

sean idénticas en calidad, sin que ninguno de ellos tenga condición que al otro falte: la eficacia de la colaboración se explica entonces por la mayor concurrencia de fuerzas homogéneas, en el acto de producir; por la mayor suma e intensidad de energía aplicada a la obra. Tal fué el caso de los Goncourt, que, escribiendo separadamente una página sobre el mismo asunto, apenas advertían más que accidentales diferencias cuando comparaban ambas versiones, de modo que, rectificándolas la una por la otra, obtenían la expresión más exacta, enérgica y bruñida, de una única idea. Muerto Julio, Edmundo persistió en la producción, y sus escritos unipersonales no se distinguen, por ninguna excelencia ni defecto esencial, de los que compuso en compañía del primero. Son los libros de los Goncourt como la realización literaria de aquella estatua de Apolo, de que dejaron memoria los antiguos, obra de dos amigos escultores: Telecles y Teodoro, que, después de convenir las proporciones de la estatua, se separaron: uno para Samos, otro para Efeso, a hacer el uno la mitad superior, y la inferior el otro; y terminadas, ajustaron y armonizaron a tal punto que un solo artífice no las haría más semejantes y concordes.

Pero puede consistir también la virtud de la colaboración en que, dentro de la fundamental unidad sin la cual sería imposible la participación en el trabajo, haya entre los dos espíritus que se asocian cierta oportuna y dichosa variedad de aptitudes, poniendo cada uno de los colaboradores aquello de que el otro no es capaz, y concertándose así, para la armonía y perfección de la obra común, fuerzas que, separadas, darían sólo una criatura irregular o incompleta. De esta manera fueron pintados los cuadros de los Both. Juan poseía la inteligencia del paisaje; Andrés, la de la forma humana; y mientras el uno contribuía con el fondo del cuadro, el otro trazaba las figuras.

Interesante es ver cómo la fuerza instintiva y fatal que aproxima para la labor a dos espíritus que se reconocen complementarios, puede alternar, en ocasiones, con la enemistad, y aun con la envidia, que los aparta y encona mientras dan tregua al trabajo, y los deja que se unan otra vez, para la ejecución de la obra que ha de moverlos a nuevos celos y disputas. Así me represento yo a Agustín y Aníbal Carracci, sobre el fondo, mitad primitivo, mitad refinado, de aquella vida pintoresca y dramática que hacían los artistas en la Italia del siglo XVI; así

los pinto en la imaginación: peleados siempre; peleados desde las faldas de la madre, como Jacob y Esaú desde el vientre de Rebeca; ardiendo en sordos rencores y en bajas envidias; y sin embargo de esto, buscándose después de cada enojo, por necesidad irresistible, ya para pedirse inspiración o juicio, ya para aplicar sus pinceles a una obra común, como las famosas pinturas de la galería de Farnesio.

Si la colaboración constante es hecho relativamente extraordinario, la amistad radicada en el campo del arte o de la ciencia, y manifestándose en esa comensalía intelectual de dos espíritus que, sin llegar a la colaboración, por lo menos como procedimiento habitual y persistente, cambian entre sí influencias, estímulos y sugerencias, de manera fecunda para ellos y para la disciplina que cultivan, se reproduce en todo tiempo y lugar. Esta amistad predestinada suscita en uno de ambos amigos, por la estimuladora virtud del ejemplo, el primer impulso de la vocación; o bien, reforma y equilibra, ya por recíproco, ya por solo unilateral influjo, la índole de la producción de ambos o de uno de ellos; o bien, finalmente, los enlaza en una misma acción y un único propósito, a que cada uno contribuye con obras personales, y quizá disímiles de las del otro por sus caracteres, pero que convergen y se aúnan con ellas en el blanco de su puntería. Así, la reveladora de su vocación fué para Wordsworth la amistad de Coleridge; y centro de inspiración y fuente de doctrina, fué para el mismo Coleridge la amistad de Southey, como para Fóscolo la de Alfieri. Una amistad gloriosa, en el fin con que confederó las fuerzas autónomas de ambos amigos, es la que unió a Boscán y Garcilaso, y dió por fruto la forma típica y capaz del Renacimiento literario español.

La investigación científica ofrece terreno tan propicio como el arte a esta sugestión de la amistad. Geoffroy de Saint-Hilaire descubre el genio de Cuvier, y desde ese punto sus esfuerzos marchan por cierto tiempo unidos, y aun llegan a confundirse en la colaboración de algunas *memorias*, para apartarse luego cediendo a la originalidad de cada uno, y rematar en la polémica célebre que constituye uno de los más memorables episodios de la historia de las ideas durante el pasado siglo.

Tanto más eficaces y fructuosos suelen ser estos vínculos espirituales cuanto más de semejanza hay entre las aptitudes y aficciones de los unidos por ellos, siempre que tales diferencias puedan

reducirse a una concordia y unidad superior en el definitivo objeto a que trascienda la actividad de uno y otro. Goethe lo expresó, refiriéndose a su amistad con Schiller, cuando dijo que la eficacia de su unión consistía en que *siendo ambos de muy contraria naturaleza, tendían a un fin único*. Y esta famosa amistad de Schiller y Goethe es, en verdad, como ninguna, patente ejemplo de ello. Dotados, por su natural organización, de las facultades e inclinaciones más distintas, dentro de la identidad de un mismo arte y de una misma excelsa aspiración de cultura y de raza; apasionado el uno, olímpico el otro; idealista el imaginador de *don Carlos*, realista el del *Wilhelm Meister*; demócrata el glorificador de la Revolución, aristocrático el consejero de Carlos Augusto; kantiano el autor de las *Cartas Estéticas*, panteísta el lector de Spinoza, empiezan por mirarse con recelo y desvío; y cuando, venciendo estas resistencias, se aproximan a fin de conocerse mejor, la amistad que llega a vincularlos es para cada uno de ellos la más adecuada y fecunda iniciación en que hubiera podido retemplar su pensamiento y su carácter; y cada uno es a la vez maestro y discípulo; y entre ambos edifican para la posteridad el arca de esta alianza, en sus campañas de *Las Horas* y en la colaboración de *Los Xenios*; hasta que, muerto Schiller, su memoria sigue velando, como un numen, sobre Goethe, que la consagra en sublime canto de alabanza y la relaciona con todo cuanto luego piensa y produce.

Otro alto ejemplo de espíritus antagónicos y complementarios, dichosamente unidos para una grande obra ideal, es el de Lutero y Melanchthon. La fuerza vehemente y arrebatada de Lutero necesitaba tener junto a sí la virtud simpática, la gracia persuasiva, la reflexión moderadora, que a él no le fueron concedidas. Halló a Melanchthon; y esos dos espíritus se unieron por un lazo tan indestructible como los que anuda la atracción de los orbes. Fueron como las dos alas de un arcángel. Fueron, mejor, como las dos ruedas de un molino: la *voladora*, en perpetua exhalación, y la *solera*, quieta y segura, que era menester juntar para moler el grano con que se amasaría el nuevo pan de las almas.

## LXVI

*Interesante* objeto de estudio sería el del paso de una vocación a otra: hecho para el que no son obstáculo forzoso, ni la aptitud probada en la primera, ni la honra y el provecho en ella alcanzados, ni el imperio con que un cierto género de actividad tiende a fijar asociaciones y costumbres, cuando se le ha ejercido largo tiempo. Y no falta ocasión en que este trueque de actividades viene como un desenvolvimiento natural, y en que la nueva vocación parece que nace de las entrañas de la otra, o que maneja y beneficia riquezas que ésta ha acumulado.

El tránsito de *Marta* a *María*, de la vida de acción a la de contemplación, es cambio frecuente en el declinar de la existencia que empezó consagrada a las artes de la voluntad; aun dejando de lado los casos de interrupción frustránea o prematura de la aptitud primera, a que ya me referí cuando hablé del niño que jugaba con la copa de cristal. En mucha parte de los espíritus dotados a la vez del ánimo heroico, o el don de gobierno y de la virtud de la expresión literaria, esta virtud se manifiesta y pone en obra, no simultáneamente con aquellos dones, sino después que ellos han completado la órbita de su actividad. Tal sucesión de aptitudes vese, particularmente, en la vida de los grandes historiadores. El historiador insigne suele ser un hombre de acción que, doblando la cúspide de la existencia, se consagra a acuñar su ciencia del mundo en el troquel de una superioridad literaria que sólo entonces descubre, o sólo entonces cultiva como ella merece. Fácil sería indicar ejemplos de ello en los historiadores clásicos: ya Tucídides, que no da vado a su vocación de narrador sino cuando la pérdida de Anfípolis señala el término de su vida pública; ya Tácito, que toma el punzón y las tablillas de Clío después de quitarse de los hombros la toga consular, bajo el despotismo de Domiciano; ya Polibio, que emplea en escribir su *Historia* la proscripción a que le reduce Paulo Emilio. Tras la ruina de la cultura intelectual, la narración histórica renace, en Occidente, en brazos de la experiencia política. Cuando los godos de Vitiges caen vencidos por las armas de Belisario, Casiodoro, que, como hombre de gobierno, no ha logrado evitar la ruina de aquel imperio efímero, se retira al convento de Vi-

viers, y entre otras labores de su pensamiento, acomete la de narrar los hechos de los reyes de quienes ha sido, durante medio siglo, inspirador. Veteranos de la acción política y guerrera, fueron muchos de los cronistas que preceden a la reencarnación de la grande historia clásica. Joinville había acrecentado con la recompensa de sus hazañas, como conmitón de San Luis, las tierras patrimoniales donde, en el reposo de sus últimos días, se contrajo a referir sus recuerdos con el épico y delicioso candor de su crónica... Cuando don Juan II de Castilla aparta de su confianza a aquel hidalgo de la sangre, del carácter y del estilo que se llamó Fernán Pérez de Guzmán, el antiguo privado compone, recluido en su señorío de Batres, la más rica y penetrante prosa histórica del siglo xv. Esta observación resultaría confirmada si se la probase en los historiadores del Renacimiento. Guicciardini vuelve los ojos al tiempo pasado mientras reposa, en su Túsculum de Aratri, de los afanes del gobierno y de la guerra; Hurtado de Mendoza, cuando la ingratitud y suspicacia de Felipe II le retraen a su solar de Granada, después de gloriosísima vida de diplomático y político; Brantôme, hallándose de vuelta de sus dominios de Dordoña, tras largas aventuras de soldado y prolija experiencia de la corte; don Francisco de Melo, el Tácito portugués, cuando su desvalimiento y prisión le obligan a trocar por los libros su espada de las campañas de Flandes y Cataluña. Más adelante, el desengaño y sosiego de Saint-Simon, al cabo del porfiado maquinarse con que consagró su vida a un pensamiento de vindicta aristocrática, valdría para la posteridad las pinceladas soberbias de las *Memorias*. El historiador que sólo sabe del mundo por los papeles que quita del polvo de los archivos, es especie que abunda más desde tiempos más cercanos; pero aún son numerosos, entre los del último siglo, los que proceden del campo de la acción: llámense Grote, que trueca, al término de su juventud, las borrascas del Parlamento por la serena contemplación de las cosas pasadas; llámense Guizot, cuya labor histórica, interrumpida durante veinte años de ilustre acción política, entra en definitiva y fecunda actividad después que el destronamiento de Luis Felipe aparta a su mentor de participar en la historia actual y viva; llámense Niebuhr, que deja su embajada de Roma y se recluye, por el resto de sus días, en el universitario ambiente de Bonn, para dar cima a una idea de su juventud con la obra magna a que dura vinculado su nombre.

La inspiración poética es también, alguna vez, flor que se abre en el ocaso de una vida de acción, por los voluptuosos o melancólicos estímulos del ocio y el recuerdo; tal se reveló en Silio Itálico entre los mármoles de su retiro de Parténope. Y el interés de la especulación filosófica, despertando en la mente, como incitativo dejo del mundo, luego de una juventud, y parte de una madurez, consagradas a la carrera de las armas y a la pasión de los negocios públicos, realizase en la vida de Destutt de Tracy.

Fué teoría de Saint-Simon, no el insigne autor de las *Memorias*, sino el utopista, que las doctrinas del pensador que aspirara a innovar en punto a ideas morales y sociales, no habían de concretarse y propagarse nunca sino en la vejez, viniendo precedidas de un dilatado período de acción, varia y enérgica, que diese lugar al conocimiento directo de las realidades más distintas y veladas; período experimental, en que proveyera el espíritu sus trajes para el retiro del invierno. Él mismo ajustó su existencia, de tan extrañas aventuras, a esta idea del perfecto reformador; o acaso ajustó la idea, a posteriori, al carácter que su existencia tuvo por necesidad; pero hay en ello, de todos modos, un fondo exacto y discreto, que corrobora cuán lógica y oportuna transformación puede ser la de un modo de vida en que desempeña principal papel la voluntad, en otro que dé preferencia al pensamiento.

El tránsito contrario, de la ciencia o el arte, a la vida de acción, es hecho que se reproduce, a menudo, cuando a largos períodos de paz suceden grandes sacudimientos revolucionarios o guerreros. Naturalezas esencialmente activas, a quienes la quietud del ambiente mantiene ignorantes de su radical vocación o sin modo de satisfacerla, permanecen vinculadas hasta entonces a otra, quizá abonada por muy positiva aptitud, pero menos profunda y congenial que la que aguarda silenciosa su tiempo. La voluntad heroica se destaca tal vez, en esas horas supremas, por brazo sólo habituado a manejar una pluma, un compás, un pincel o un escalpelo. La tradición de las guerras de la Edad Media, en la Italia de güelfos y gibelinos, guardó el nombre del médico Juan de Prócida, que, ya famoso como tal, siente un día rebosar de su pecho los agravios de sus paisanos de Sicilia contra la conquista francesa, y va de corte en corte buscando príncipe vengador, y alienta el odio y la esperanza en el corazón de

los suyos; hasta que aparece como personificación arrogante del desquite, iluminado por la siniestra luz de las trágicas *Vísperas*. Cuando el huracán revolucionario hace desbordarse a Francia sobre Europa, sus ráfagas arrancan a Kleber de pacíficas tareas de arquitecto para levantarle, en el término de pocos años, a vencedor de Heliópolis y reconquistador del Egipto; y penetrando en el estudio donde Gouvión de Saint-Cyr adiestra su mano de pintor, le mueven a tomar en ella la espada que ha de valerle, en un cercano futuro, el bastón de mariscal del Imperio.

## LXVII

*Pasar de los dominios de un arte a los de una ciencia, es otra variedad de vocaciones que se sustituyen. Hay veces en que esta transición se verifica de modo que es posible seguir los pasos graduados con que a una actividad ha sustituido otra. Músico era Herschell, y en la vía de esta vocación heredada (porque era, además, hijo y hermano de músicos), quiso tener puntual conocimiento de su arte, y dióse a profundizar la teoría de la armonía. El estudio de la armonía atrajo su atención a las matemáticas puras, y éstas le pusieron en el camino de aquella aplicación de los números y las líneas que constituye la ciencia de los cuerpos celestes. Aquí sintió el pie firme de quien toca en su más honda y radical aptitud; y desde ese instante, dejó la música que se traduce en sonidos, por aquella otra, inefable y altísima, que percibía en la contemplación de los cielos el filósofo de Samos. Del mismo campo de la música había llegado a la ciencia médica el gran Razí, lumbrera del saber arábigo. La fama conquistada por Morse en cuanto pintor, era merecida y grande, cuando vislumbró una senda aún más en relación con sus facultades propias, y tomando por ella, llegó a la invención del telégrafo, gloria que ofusca el recuerdo de sus obras de artista en la memoria de la posteridad. De la pintura procedieron también, para la ciencia, Pirrón, el pensador escéptico; Delandé, el naturalista; Lahire, el matemático; Fulton, el inventor. El tránsito de la aplicación literaria a la científica presenta nombres tan ilustres como el de Cabanis y el de Claudio Bernard, que aspiraron, con vehemente vocación, el uno a la fama de poeta y humanista, el otro a la de autor dramático, antes de echar raíces en las ciencias biológi-*

cas; el de Mascheroni, poeta llegado a una discreta madurez primero que insigne matemático; el de Raynouard, dramaturgo mientras no convirtió su atención a la filología; y desde luego, sería este caso abundantísimo si hubieran de tomarse en el concepto de una vocación provisional las someras e impacientes manifestaciones de la actividad de un espíritu en los albores de la adolescencia. Grande es el hechizo que vinculas, ¡oh belleza que te representas por palabras!, y apenas hay privilegiado entendimiento que no te haya ofrecido su primer amor.

Menos frecuente la transición recíproca, de la ciencia al arte, no deja de evocar en el recuerdo algunos nombres famosos. Del laboratorio donde Reber estudiaba la aplicación de las ciencias experimentales a la utilidad industrial, le apartó la voz que le llevó para siempre al arte de la música. Perrault era médico eminente, cuando un Vitrubio que cayó en sus manos le tentó a nueva vocación, y Perrault fué el gran arquitecto del siglo de Luis XIV, sin que diese al olvido la aptitud primera, pero relegándola a segundo término en su atención y en su gloria.

Una sobreviviente vocación literaria ha apartado del arte espíritus como el de Thackeray, el de Gautier, el de Meilhac: todos ellos habituados al lápiz o al pincel antes que a la pluma. El pasaje de una a otra de las artes plásticas, presenta ejemplos numerosos. Así, Brunelleschi, escultor en sus comienzos, más tarde arquitecto ilustre: caso que reproduce luego Palladio; Bramante, que de pintor pasó a arquitecto; el Ghirlandajo, en quien el hábil orífice precedió al eximio pintor; como, en Verrocchio, al estatuario, el orífice; Blanchet, consagrado a desbastar el mármol antes que a colorear la tela: tránsito opuesto al de nuestro contemporáneo Bartholdi, cuyo numen renunció al amor de la pintura para desposarse con la estatua. Otra especie de evolución se verifica en el espíritu que, dentro de los términos de una misma arte, de productivo pasa a crítico. Quizá no hay, en literatura, ejemplo de intelecto crítico superior que no haya llegado a su definitiva vocación de tal por la vía de esta transición; aunque, en infinitos casos, la facultad productora persista después de ella, si bien cediendo el primer lugar a las de análisis y juicio. Menos común en las artes plásticas que en la de la palabra, porque el crítico es genéricamente un escritor, tal derivación de la aptitud artística se da, sin embargo, en casos como el de Ceán Bermúdez, que, después de ceder, en su juventud, el



*anch'io* del Correggio, consagró definitivamente su atención a la teoría y la historia de la belleza que había soñado realizar; y el de Delécluze, a quien ya había sonreído el renombre del pintor cuando prefirió buscarlo de otro género en el juicio de las obras ajenas. En cambio, Delacroix dió sus primeros pasos, en el arte que había de ilustrar con sus pinceles, escribiendo de crítica pictórica.

Causa no infrecuente de transformación espiritual es la que influye en el hombre de ciencia que, ya porque se desespere o decepcione ante los límites fatales y la morosa adquisición de la verdad accesible a los recursos del conocimiento positivo; ya porque una ocasión sentimental de su vida le lleve delante de la Esfinge que nos interroga sobre el misterio de donde venimos y el misterio a donde vamos, suelta un día los instrumentos de su labor y se lanza tras la idea de la verdad absoluta, bajo la inspiración de un misticismo o de una fe: conversión casi siempre temeraria, delirante y baldía; pero alguna vez, sublime. Sublime es, desde luego, en Pascal, el portentoso géometra que, antes de salir de la infancia, sin libros ni maestros, obtiene, por propia y personal abstracción, toda la ciencia de Euclides y la desenvuelve y aplica en su juventud, dando plena manifestación de uno de los más altos entendimientos científicos que hayan morado en cabeza de hombre; hasta que la palabra de Jansenio, y el accidente que puso en peligro su vida pasando el puente de Neuilly, le hieren en el centro del alma con la obsesión del misterio infinito, y ya no aparta el pensamiento de este género de meditación, revolviéndose en ella con tal angustia de nostalgia, con tales estremecimientos de pavor, con tal melancolía de desesperanza, con tal unción de ruego, que nunca más la elocuencia humana ha hallado términos con que expresar cosa parecida.

A menor precio, sin duda, vendió su vocación de hombre de ciencia Swedenborg. Su aptitud, en la observación de la naturaleza, era de orden soberano, y alcanzaba, en más de una disciplina, a la originalidad y la invención, cuando el fantasma de una verdad revelada que se le pone ante los ojos de la mente, le extravía de su camino, para envolverle, por todo el resto de su vida, en las tinieblas teosóficas de aquella *Nueva Jerusalén* que aún tiene adeptos en el mundo. De semejante modo, Stenon, el gran anatomista danés, cuyo nombre vive vinculado al del canal de las glándulas parótidas, deja interrumpidas, en plena madurez de su

espíritu, sus fecundas investigaciones, no para predicar nueva fe, como Swedenborg, pero para abrazarse y consagrarse absolutamente a la antigua.

Aún más a menudo quizá, alcanza esta influencia engañadora a las almas que han perseguido un sueño de belleza. El Botticelli, a quien aleja del arte la palabra de fuego de Savonarola; Teodoro Kamphuizen, arrebatado fuera de su taller de pintor por los entusiasmos teológicos de su siglo, son ejemplos de ello. Pero la cautividad a que condena las facultades del artista esa seducción de lo sobrenatural, no llega, afortunadamente, en muchos casos, a anular del todo la aptitud, sino que la deja subsistir como vocación subordinada, concentrándola y ciñéndola al objeto en que pueda servir a la nueva vocación que le ha quitado preeminencia. Tal es el caso de Fray Bartolomeo de San Marco, de quien cuenta Vasari que, al tomar los hábitos de religioso, quiso dejar la pintura, pero luego volvió a ella como a un instrumento de piedad, limitándose a fijar en el lienzo imágenes sagradas. Ni es otro el moderno caso de Tolstoi, que, cuando realiza su conversión a un misticismo evangélico, abandona y desconoce su gran obra de novelador artista, pero mantiene la pluma, como medio de propaganda y edificación: permitiendo de esta manera que el espontáneo arranque de su genio dé razón de sí en rasgos de tanto más eficaz cuanto más imprevista belleza.

## LXVIII

*El abandono* de cierto modo de actividad, que corresponde a verdadera y natural disposición, nace, frecuentemente, de que la aptitud no estuvo nunca acompañada y servida de una vocación tan enérgica y leal como la mereciera. No es peregrino caso el de que aquel que posee una habilidad superior y tiene conciencia de ello, lejos de estimarla y honrarla, grato a la dádiva de la Naturaleza, pague esta dádiva con indiferencia y desamor.

Aun en los que desenvuelven y ejercitan consecuentemente su aptitud real, suele el aprecio que hacen de sus dones ser poco más que nulo, y estar muy por bajo del que consagran a otra aptitud inferior de que son dueños, o a una que, ilusoriamente,

piensan poseer. Es fama que en Stendhal la mediana estima que tuvo por su tardía y negligente vocación literaria, contrastaba con la vehemencia de sus sueños y nostalgias de hombre de acción, fascinado por la deslumbradora personalidad de Bonaparte. Igual displicente *non curanza* del propio nombre literario profesaba, o pretendía profesar, Horacio Walpole, que reservaba las complacencias de su vanidad para sus superficiales condiciones de político y de hombre de mundo. La posteridad, que reconoce y honra, en la memoria de Priestley, al ilustre experimentador, no sospecharía que esta aptitud apenas fué en él sino afición para las horas de ocio, y que la mayor vehemencia de su vocación, y su perseverante actividad, se consumieron en disputas teológicas, que no han dejado más huella que el humo. Levantándonos más alto: ¿no es el *Discurso de las armas y las letras* un indicio de que en la predilección y el respeto de Cervantes ocupaba el primer lugar, no la vocación de fantasía novelesca (aunque también la consagrara amor y orgullo), sino aquella otra, nunca llegada a completo desenvolvimiento, que le movió en la juventud a perseguir la gloria militar, hasta caer cautivo después de dejar la mano, compañera de la que había de escribir el *Quijote*, peleando en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros?

La desestima inocente y candorosa por un don superior que se tiene, como de parvulillo que juega con un diamante que se ha encontrado en el suelo, vese en Fray Luis de León, que jamás abrigó el pensamiento de dar a conocer los versos que compuso, y que, cuando en la vejez y a instancia de un amigo, los copia en un cuaderno, pone delante las famosas palabras: "*Se me cayeron, como de entre las manos, estas obrillas...*". Pero no cabe ejemplo tal de desproporción entre la magnitud soberana de la facultad y la desdénosa indiferencia de la vocación, como el ejemplo de Shakespeare. Ese muchacho turbulento, hijo pródigo de familia burguesa; inaplacable corredor de aventuras; casado antes de tiempo para reparar la honra de una mujer de más años que él; gran bebedor; cazador furtivo; que llega a escribir para el teatro por sugestión de su oficio fortuito de cómico de baja estofa, produciendo, con absoluto desgaire y despreocupación del arte y la fama, maravillas de cuyos quilates, ciertamente, nunca tuvo sospecha; y que luego, apenas logra redondear algunos bienes de fortuna, se retira, en plena fuerza de edad, a la aldea,

como cualquier hombre vulgar que asienta el seso después de pasado el hervor de la juventud; y en la aldea lleva vida de juicioso propietario, ejerciendo cargos comunales, administrando su peculio y prestando dinero a logro; sin que nunca más muestre la menor veleidad de invención poética; ni el más mínimo interés por la suerte de sus obras, dispersas y a pique de perderse en abandonados manuscritos; ni la más insignificante afección por el mundo de criaturas ideales a que ha dado vida y gloria perennes: es rareza que sugiere la idea de un cambio de personalidad, como el del magnetizado que, vuelto a su ser autónomico, no guarda impresión ni recuerdo de lo que dijo o hizo mientras lo embargaba una voluntad ajena, que en este caso referiríamos a influjo sobrenatural: a la obsesión de un *numen*. En presencia de tal desamor, no es presunción absurda la de que, si el bienestar que conquistó duramente, hubiera venido a Shakespeare más temprano y por herencia o azar que excusasen su esfuerzo, la facultad monstruosa que había en él hubiera quedado estática y en la sombra. El desdén de la fama no es cosa fácil de concebir, y aun puede tenerse por flor de sabiduría y de exquisita y noble superioridad; pero lo que parece salir fuera de las leyes de la naturaleza es la ausencia, o el estancamiento prematuro, en facultad de tal energía y dotada de los medios de manifestarse, del estímulo de la producción por la producción misma: por la necesidad de desenvolver y realizar la propia fuerza: con natural impulso de la vocación, que ha bastado para sostener en el solitario embeleso de la *obra* a espíritus que nunca conocieron en el mundo el halago del renombre ni de la ajena comprensión: sabios como Copérnico; poetas como Andrés Chénier y como Bécquer; pensadores como el delicado y hondo Joubert.

El general menosprecio en que la concepción ascética de la vida confundió todos los bienes y superioridades de la tierra, ha sacrificado, sin duda, durante muchas generaciones humanas, tesoros cuantiosísimos de genio, de habilidad, de energía, reprimidos en lo interior del alma por los mismos que los poseyeron, juzgándolos vanidad, pérfido señuelo del mundo, tentación de frialdad y apartamiento respecto de la única idea que consideraban digna de amor. A veces, lo que el asceta de genio sacrifica no es, por fortuna, la aptitud, sino sólo la gloria que nace de ella, condenando a eterno olvido al propio nombre, pero salvando para la humanidad el crédito de su genio, siquiera lo manifieste úni-

camente como medio subordinado a la idea que le tiene en sonambulismo. Los artistas de maravillosa inspiración, que, salidos de los claustros de la Edad Media, guiaron a las muchedumbres a levantar, en formas sublimes, las piedras arrancadas para encarnación de la fe, y los maestros organeros que animaron con aladas voces la cavidad de las imponentes catedrales, opusieron a la inmortalidad de sus obras la eterna oscuridad de sus personas. El autor de la admirable *Imitación* escribe en una de sus páginas: *Haz Señor, que mi nombre quede ignorado para siempre*; y cumpliéndose la aspiración de su humildad, ésta es la hora en que el mundo no sabe con certeza su nombre. Pero el mismo sentimiento que movía en él ese ruego, ha conducido, sin duda, infinitas veces, no a la abnegación de la fama únicamente, sino a la represión y el sacrificio de la propia aptitud. Un día, el santo de Asís se ensaya, por distracción, en esculpir una copa, y descubre una habilidad, no sospechada, de su espíritu. La copa se modela gallardamente; el cincel realiza primores; pero la voluntad del santo, celosa de todo género de ocupación que pueda ser incentivo de vanidad, se apresura a hacerle soltar de la mano el instrumento que le ha dado conciencia de su genio de artífice. Estas inhibiciones del fervor religioso pueden producirse también como obra, ya de una filosofía, de una organización social, de una preocupación flotante en el ambiente, que pugnen con ciertas formas de actividad; ya de una pasión o un interés muy vivos, a cuyo paso se interponga, o para cuyo logro quite tiempo, el ejercicio de una aptitud que se tiene y que, por tal manera, llega a ser objeto de desestima y olvido.

¿Podrá esta falta de amor exaltarse alguna vez hasta el odio? ¿Será posible que el desvío para con el don superior que recibimos de la Naturaleza, llegue hasta el aborrecimiento del don y el arrebató iracundo contra él? . . . ¿Por qué no, cuando el instinto de la aptitud se alza y rebela contra la condena injustas; cuando la necesidad, el prurito irrefrenable de expansión, que suele estar en la esencia de las aptitudes grandes, lucha contra el desesperado esfuerzo que hace la voluntad por domeñarlo y reprimirlo? . . .

## LXIX

*Una primera* vocación que desaparece, ya porque se extenua en el alma el impulso espontáneo de que nacía, ya porque la fatalidad exterior opone a su desenvolvimiento obstáculos que la fuerzan a ceder su plaza a otra, suele manifestarse veladamente en el carácter de esta que le sigue y prevalece sobre ella.

No ha muerto, en realidad, la primera vocación, en que la Naturaleza puso acaso su voz más íntima y pura; sólo está soterrada y contenida en lo hondo del alma; y desde allí, logra vengarse del desconocimiento y olvido a que se la condenó, o de la suerte cruel que torció, malogrando la aptitud, el cauce de la vida: se venga de ellos penetrando de su esencia y tiñendo con sus reflejos las obras de la nueva vocación que la sustituye.

Así, en Ignacio de Loyola, la institución del fundador que se desviste la armadura para ceñirse los hábitos, muestra, en su índole y carácter, temple de milicia.

Así, en aquellos escritores cuya inclinación literaria no se ha pronunciado sino después de una tendencia, más o menos duradera y activa, a la profesión de otro arte, suele éste poner de relieve la persistencia de su espíritu en los procedimientos y costumbres de la pluma. Tal es el caso de Gautier, pintor de vocación vehementísima en su adolescencia, pintor no resignado nunca al abandono que hizo de su arte por el de escritor, en que luego fijó para siempre su personalidad; y cuya literatura es una perpetua reproducción del mundo sensible: pinacoteca enorme y varia, en que resplandecen toda la luz, todo el color, todas las formas armoniosas que hubiera podido realizar con el pincel más peregrino. Idéntica transformación se manifiesta en Edmundo y Julio de Goncourt, pintores también antes de plantar su tienda en la novela; y luego, como escritores, maestros en la descripción intensa y animada hasta producir la ilusión de cosa vista; y en el idílico Töpffer, cuyas incomparables descripciones de la naturaleza son un glorioso esfuerzo para obtener por la virtualidad de la palabra lo que la prohibición paterna le apartó, desde su infancia, de obtener por medio del color.

Fácil sería citar muchos ejemplos semejantes; casos todos

de una facultad superior que, no pudiendo manifestarse en su forma natural y espontánea, resurte bajo la apariencia de una aplicación extraña a su objeto. En general, si se conociera menudamente la historia psicológica de todos aquellos artistas cuyo estilo y manera se caracterizan por alguna singularidad que se relacione con la trasposición de los procedimientos de un arte al campo de otro arte, yo creo que se había de encontrar casi constantemente, para ello, la clave de una primera vocación trunca y sustituida.

## LXX

*Mientras la vocación* que se ha adoptado en un principio abone con sus obras la existencia real de la aptitud y no encuentre ante sí obstáculo de los que obligan al ánimo varonil y juicioso, el progresivo desenvolvimiento del espíritu debe continuarse siempre en torno de ella; diversificándola, mejorándola, extendiéndola; complementándola, si cabe, con nuevas, diferentes aptitudes; pero sin quitarle la predilección y preeminencias legitimadas por su prioridad, que hace de ella como el eje, en justo equilibrio, a cuyo alrededor se han ordenado las disposiciones y costumbres íntimas del alma.

El cambio voluntario en la preferente aplicación de la vida; el cambio para el que no obra fuerza de la necesidad, ni transformación natural y evolutiva de una vocación en otra, ni conciencia segura del superior valer de la nueva aptitud descubierta, o de su oportunidad mayor, suele ser forma de engaño y vanidad contra la que importa prevenirse. Todos los motivos de error que conspiran a alentar mentidas vocaciones antes de dejar espacio para que salga a luz la verdadera, tienen también poder con que desviar a ésta de su curso y sustituirla sin razón ni ventaja. Pero, además, el bien de la gloria no se diferencia de los otros bienes humanos en que esté exento de esa herrumbre de la saciedad y del hastío. La posesión de un género de gloria engendra acaso saciedad, y despierta el anhelo de trocarlo por otro de prestigio ignorado y tentador. Agréguese que es sentimiento frecuente en los que descuellan en la cumbre la nostalgia del esfuerzo y la lucha, apetecidos quizá por el triunfador con tan vehemente deseo como el que cifró en

la posesión del bien, cuando aún no lo gozaba. El principiante que envidia la paz, duramente conquistada, del maestro, ignora que el maestro envidia tal vez con intensidad igual, la emoción de sus dulces ansias y las alternativas de su ambición inquieta. Únanse estas causas de error a las mismas que obran para mover, desde un principio, falsas vocaciones: el halago de la prosperidad material, la codicia del vulgar aplauso, la imitación fascinada e inconsulta; y se verá cuán fácil es que, aun en los casos en que el alma ha hallado ya su verdadero camino, se aparte de él cediendo a la tentación de un llamado falaz.

El abandono de la vocación *personal* por otra ficticia, en espíritus de pensamiento y de arte que, hastiados de los ramos sin sabroso fruto con que sólo los recompensa la contemplación, aspiran a aquel género de triunfos que granjean autoridad o fortuna, es caso asaz frecuente; como lo fué, en tiempos pasados, la apostasía de esa misma casta de espíritus, y de los que lucían en la acción heroica, cuando, llegados a cierta edad de la vida, o a ciertos desengaños del mundo, olvidaban el don recibido de la Naturaleza por la estéril sombra del claustro.

Quien sienta en sí el estímulo de un cambio de frente en cuanto al objeto de su actividad, después de una aplicación cuyo acierto haya sido confirmado por obras y para cuya prosecución vea aún despejado el camino, ha de empezar por someter a crítica severa, no sólo la realidad de la nueva aptitud que piensa haber hallado en su alma, sino también las ventajas que pueda aportar, para los demás y para sí propio, esa como expatriación de su mente.

## LXXI

*Pero el abandono* de la vocación verdadera y eficaz puede no ser sino una desviación transitoria, y a veces conducente y benéfica, después de la cual el espíritu vuelve con nuevo ímpetu al cauce que le fué trazado por Naturaleza. Tal, por ejemplo, cuando Choron, el gran teórico de la música, puesto ya en el camino de su vocación artística, convierte un día su atención a las matemáticas; y durante algún tiempo se inclina a cultivarlas por sí mismas, independientemente de sus conexiones con el arte del sonido, y parece arraigar en ellas; hasta que la primera voz, que

era la íntima, recobra su eclipsado imperio y Chorón, dueño de nuevas luces que le valen, restituye para siempre su interés a la teoría de la música: o bien cuando Weber, el compositor, impresionado en la adolescencia, y estando ya en posesión de su genio musical, por la invención del arte litográfico, siente reanimarse veleidades que tuvo en su niñez por las disciplinas del dibujo, y se consagra con entusiasmo a perfeccionar los ensayos de Senefelder, manifestando en ello hábil y original disposición; para volver después, definitivamente, a aquella otra aptitud más alta y más connaturalizada con su espíritu, que le exaltó a la gloria.

La utilidad de estas desviaciones pasajeras consiste a menudo en dilatar, con provecho de la misma vocación de que aparentemente se apostata, el campo de la observación y la experiencia, y proporcionar a la actitud fundamental elementos que la corroboran y amplían: como por un viaje de la mente, de cuyo término tornará ésta al solar propio con mayor riqueza y ciencia del mundo. Éste es el caso de Chorón; y es el que manifiesta, además, la vida de Schiller, cuando, después del período juvenil de su producción dramática, el poeta de *Don Carlos* abandona por cierto tiempo el teatro, y se aplica al cultivo de la historia. Los libros que como historiador produjo Schiller, aunque de alto valer, no hubieran justificado el abandono de su primera y esencial vocación, si hubiese sido olvidada para siempre; pero cuando volvió a esta casa de su espíritu, su nuevo teatro, el que comienza con la trilogía de *Wallenstein*, mostró los beneficios de aquel temporario apartamiento, porque la historia había dado al nobilísimo poeta el sentido de la objetividad y de la verdad humana, ahogadas, en las obras de su juventud, por el desborde de su subjetivismo tumultuoso.

## LXXII

*Y ahora quiero dar voz a un sentimiento que, en el transcurso de este divagar sobre las vocaciones humanas, cien veces me ha subido del corazón, repitiendo por lo bajo una pregunta que viene, en coro, de mil puntos dispersos, y suena en son de amargura y agravio. Dice la pregunta: "¿Y nosotros?..." y me deja una de-*

sazón semejante a la que experimento cuando me figuro los mármoles antiguos que permanecen sepultados e ignorados para siempre...

Cada vez que, por revelación de la casualidad, como cuando se iluminó de hermosura el campo venturoso de Milo; o de la investigación sagaz, que impone a la avaricia de las ruinas sus conjuros, la civilización recupera una obra de arte perdida o ignorada; una estatua, un bajorrelieve, un vaso precioso, un frontón, una columna, el mismo pensamiento me obsesiona. De la idea de ese objeto ganado, para la gloria y la admiración humanas, al reino de las sombras, pasa mi mente a aquellos otros que aún permanecen ocultos, entre el polvo de grandezas concluidas, en soledad agreste o profunda prisión: allá en el Ática, en sus llanos gloriosos y sus colinas purpúreas; en Olimpia y Corinto, ricas de tesoros arcanos; bajo las ondas del mar de Jonia y del Egeo, o bien bajo el gran manto de Roma y las lavas seculares de Nápoles. Transparentando la corteza de la tierra y las aguas del mar, ilumina mi espíritu ese seno oriental del Mediterráneo, donde hundan sus áncoras eternas las rocas sobre que alzó sus ciudades la raza por quien empezó a ser obra de hombres la belleza; y en una rara, hiperbólica figuración, tierra y mar se me representan como una inmensa tumba de estatuas, museo disperso donde la piedra que fué olímpica, los despojos de los dioses que, en seis siglos de arte, esculpieron los cinceles de Atenas, de Sicione y de Pérgamo, reposan bajo la agitación indiferente de la Naturaleza, que un día personificaron, y de la humanidad, que fué suya... Dioses caídos, dioses de mármol y de bronce volcados por el ala del tiempo o el arrebató de los bárbaros; hechos para la luz y condenados a la sombra de un misterio sin majestad y sin decoro, su imagen me suspende en una suerte de angustia de la imaginación. De su actual sepulcro, algunos resurgirán, quizás, en la deslumbradora plenitud de su belleza; intactos, salvados, por misteriosa elección, de los azares que se conjuran para su abandono: como esos pocos que la humanidad ha podido reponer enteros sobre el pedestal, con entereza no debida a restauraciones profanas, y que perpetúan, en la promiscuidad de los museos, la actitud con que ejercieron su soberanía desdeñosa sobre frentes no menos serenas que ellos mismos... Otros, despedazados, truncos, devueltos, como tras el golpe vengador de los Titanes, a las caricias de la luz; vejados por la superstición, tumbados en los derrumbes,

mordidos por el fuego, hollados por los potros que pasaron en la vorágine de las irrupciones, entregarán a la posteridad un adorable cuerpo decapitado, como la Nice de Samotracia; un torso maravilloso, como el Hércules de Belvedere; y su invalidez divina hará sentir a los que sean capaces de reconocer su hermosura, la especie sublime de piedad que experimentaba, en presencia de los infortunios de estirpes sobrehumanas, el espectador de Esquilo o de Sófocles. . .

Pero los que más me conmueven son aquellos que no resucitarán jamás; los que no han de incorporarse ni al llamado de la investigación ni al del acaso; los que duermen un sueño eterno en las entrañas del terrón que nunca partirá el golpe del hierro, o en los antros del mar, donde el secreto no será nunca violado: detentadores de una belleza perdida, perdida para siempre, negada por cien velos espesos a los arrobos de la contemplación, y que, persistiendo en la integridad de la forma, a un mismo tiempo vive y ha muerto. . .

### LXXXIII

La idea de los dones superiores que sacrifica el ciego hado social, se presenta a la mente del poeta inglés en el *cementerio de la idea*, frente a las humildes tumbas anónimas. A mí la triste idea me hiere, más que en ninguna otra ocasión, viendo pasar ante mis ojos el monstruo de la enorme muchedumbre. ¡Las fuerzas capaces de un alto dinamismo que quedan ignoradas, y para siempre se pierden, en el fondo oscuro de las sociedades humanas! ¿Hay pensamiento más merecedor de atención profunda y grave que éste? . . . Cuando nos brota del pecho, al paso del héroe, el vitor glorificador; cuando vertemos lágrimas de admiración y de entusiasmo ante el prodigio del artista o nos embebe en recogimiento casi religioso la especulación de un sublime entendimiento, ¡cuán pocas veces consagramos un recuerdo piadoso y melancólico a las energías semejantes que, no por propia culpa, y sin tener, en su mayor parte, conciencia de su injusto destino, pasan de la vida a la muerte tan en principio y oscuridad como vinieron al mundo!

Però ellas no están sólo en las muchedumbres que carecen de luces y suelen carecer de pan. Aun por arriba de este fondo

de sombra, mil fatalidades sepultan para siempre bajo un género trivial de actividad (donde acaso lo escogido del alma estorbe para la competencia y el medro), nobles aptitudes, que serían capaces de reproducir y reemplazar, sin inferioridad ni sitio vacante, el armonioso conjunto de las que se desenvuelven en acción. Y en la masa informe y opaca del espíritu de la vulgaridad hay, así, en potencia, una primorosa literatura, y un arte excelso, y una ciencia preñada de claridad, y mil batallas heroicas, a la manera que, según la soberana imagen de Tyndall, también los dramas de Shakespeare estaban, como los demás, potencialmente, en el claustro materno de la primitiva nebulosa.

Cada sociedad humana, decíamos, levanta a su superficie almas de héroes en la proporción en que las sueña y necesita para los propósitos que lleva adelante; pero no ha de entenderse que exista la misma equidad entre el número de ellas que pasan de tal manera al acto, y las que el cuerpo social guarda en germen o potencia. Pensarlo así valdría tanto como reducir la cantidad de las semillas que difunde el viento, a la de las que caen en disposición de arraigar y convertirse en plantas. Muchas más son las semillas que la tierra deja perder que las que acoge. La espontaneidad individual lucha por quebrantar el límite que la capacidad del medio le señala; y en alguna medida, logra caer en la multitud que la resiste un aumento de necesidades y deseos *heroicos*; pero nunca este esfuerzo ensancha el campo en la extensión que se requeriría para una cabal y justa distribución de todas las energías personales dignas de noble y superior empleo. En el perenne certamen que determina cuáles serán los *escogidos* en el número de los *llamados*, ya que no hay espacio para todos, prevalece la mayor adecuación o mayor fuerza: triunfa y se impone la superioridad; pero esto sólo no da satisfacción a la justicia, pues aún falta contar aquellos que no son ni de los *escogidos* ni de los *llamados*: los que no pueden llegar a la arena del certamen, porque viven en tales condiciones que se ignoran a sí mismo o no les es lícito aplicarse a sacar el oro de su mina; y entre éstos ¡ay! ¿quién sabe si alguna vez no están los primeros y mejores? . . .

Generaciones enteras pasaron al no ser, cuando la actividad de la inteligencia humana padeció eclipse de siglos, sin que de la luz virtual de su fantasía brotara un relámpago, sin que de la energía estática en su pensamiento partiera un impulso. Y en

todas las generaciones, y en todos los pueblos, el sacrificio se produce para algún linaje de almas, grandes en su peculiar calidad: la calidad de aptitud que no halla acomodo dentro de las condiciones y necesidades propias del ambiente; aun sin considerar esa otra multitud de almas que, por injusta preterición individual, quedan fuera de cada una de aquellas mismas actividades que el ambiente admite y propicia.

La ráfaga de pasión aventurera y sueños de ambición que desató, sobre la España reveladora de un mundo, este horizonte inmenso abierto de improviso, arrancó de la sombra de humildes y pacíficas labores, para levantarlos a las más épicas eminencias de la acción, espíritus cuya garra se hubiera embotado, de otra suerte, en forzosa quietud: agricultores como Balboa, estudiantes como Cortés, pastores como Pizarro. El magnetismo de la Revolución del 89 despertó en el alma de abogados oscuros y de retóricos sin unión el numen del heroísmo militar, el genio de la elocuencia política; y destacó de entre la modesta oficialidad al *condottiere* de Taine, capaz de trocarse, sobre la pendiente de los destinos humanos, en rayo de la guerra y árbitro del mundo. ¿No has pensado alguna vez qué sería del genio de un Rembrandt o un Velázquez nacido en la comunión del Islam, que no consiente la imitación figurada de las cosas vivas?...

Tan doloroso como este absoluto misterio y pasividad de la aptitud por el ambiente ingrato en que yace sumergida, es el rebajamiento de su actividad, orientada a su objeto propio, pero empujada y deformada por los estrechos límites donde ha de contenerse. Cuéntase que, pasando el ejército de César por una aldea de los Alpes, se asombraron los romanos de ver cómo, en aquella pequeñez y aquella humildad, eran apetecidas las dignidades del mezquino gobierno y suscitaban disputas y emulaciones enconadas, tanto como las mismas magistraturas de la ciudad cuyo dominio era el del mundo. Las ambiciones de poder, de proselitismo, de fama, en los escenarios pequeños, no ponen en movimiento menos energías de pasión y voluntad que las que se manifiestan ante el solemne concurso de la atención humana; y en ellas pueden gastarse, sin que se conozca, ni valga para las sanciones de la gloria, tan altas dotes como las que consume el logro de la preeminencia o el lauro que traen consigo el respeto del mundo y el augurio de la inmortalidad. No es otro el interés característico que Stendhal infundió en el Julián Sorel de

*Rujo y Negro*, dando por marco la sociedad de un pueblo miserable a un espíritu en que asiste el instinto superior de la acción.

El ambiente, por las múltiples formas de su influencia negativa: la incapacidad para alentar y dar campo a determinada manera de aptitud; el desamparo de la ignorancia y la pobreza; la adaptación forzosa a cierto género de actividad, que tiende a convertirse en vocación ficticia, hunde en la sombra, lícito es conjeturarlo, mayor suma de disposiciones superiores que las que levanta y estimula.

## LXXIV

*Pocos casos* de tan hondo interés en la historia del espíritu como el de la aptitud genial tomada a brazo partido con la sociedad que la rodea, para forzarla a que conozca y honre su superioridad. Cuando esta lucha se prolonga, y a la mente de elección viene aparejado un ánimo cabal y heroico, surge la inspiración del satírico provocador, que se adelanta a despertar a latigazos la bestia amodorrada que no lo atiende. Cuando la voluntad del incomprendido es débil o está enferma, su soledad y abandono se traducen en un abatimiento de desesperanza y hastío, que acaso asume también la forma de la sátira: de una sátira tanto más acerba cuanto que no la acompaña el optimismo final y paradójico de quien esgrime la burla y el sarcasmo como medios de acción en cuya eficacia cree.

Es éste género de pesimismo que representa mejor que nadie Larra: entendimiento no lejano del genio, voluntad viciada y doliente, a quien deparó su mala estrella un medio social donde el proponer ideas era como vano soliloquio que él comparaba a las angustias de "quien busca voz sin encontrarla, en una pesadilla abrumadora y violenta". ¡Qué inenarrable fondo de amargura bajo la sátira nerviosa de aquellas páginas donde considera Fíguro, en una u otra relación, la decadencia de la España de su tiempo; la limitación de los horizontes; el estupor intelectual; el ritmo invariable, tedioso, de la vida! Su personalidad de escritor reclamaba el grande escenario: la electrizada atmósfera de la sociedad que inspira y estimula al pensamiento de Schlegel en los grandes días de Weimar; la tribuna, de todas partes escuchada, que difunde la oratoria crítica de Villemain, desde el centro donde escribe Balzac

y canta Hugo; la hoja vibrante de la revista que esparce la palabra de Macaulay y los cuatro vientos del mundo literario... Y aquellas críticas incomparables, que reflejaban la irradiación de un espíritu no menos digno de las cumbres, no menos legítimamente ansioso de la luz, nacían destinadas a perderse, como el bólido errante, en el vacío de una sociedad sin atención enérgica, sin *coro*, a ciegas en la orientación del ideal, desalentada y enferma... Este sentimiento de amargura se manifiesta, por la sonrisa melancólica o por la displicencia del hastío, en las más ligeras páginas que arrojaba a aquel abismo de indiferencia el gran escritor, y estalla, con la potente vibración del sollozo, en la crítica de las *Horas de Invierno* y en la *Necrología del Conde de Campo-Alange*.

## LXXV

*Aptitudes* sin cuento, y entre ellas más de una superior, y acaso que el genio mismo magnifica, se pierden ignoradas en la muchedumbre que sustrae a los estímulos de la cultura la aciaga ley de la desigualdad humana. Pero, para redondear la verdad, falta añadir que, si la disciplina y el régimen en que consiste la cultura, son aquéllos estrechos y tiránicos, que hacen de ella un encierro clausttral, o un sonambulismo metódicamente provocado en beneficio de una idea, cabe en la cultura también la responsabilidad, cuando no de la anulación, del empequeñecimiento de aptitudes, grandes tal vez por su fuerza virtual, pero que vinieron unidas por naturaleza a esa débil resistencia del carácter, a esa ineptitud para la negación y la protesta, propia de las almas en quienes las facultades de credulidad e imitación son más poderosas que la fe y confianza en sí mismas.

Las escuelas de espíritu concreto, y si cabe decirlo así, *inmanente*, en ciencia o arte; los métodos de enseñanza calculados para sofocar la libre respiración del alma dentro de un compás mecánico, han rebajado, seguramente, en todos los tiempos, al nivel medio de la aptitud, dotes que, desplegándose en otras condiciones, hubieran excedido los límites que apartan lo mediano de lo alto, y aun lo alto de lo sublime. ¡Qué enorme suma de energía,

de rebelde audacia, ha menester, si se piensa, una conciencia individual, librada a sus fuerzas, para romper el círculo de hierro de una autoridad secular organizada con todos los prestigios de la tradición, del *magister dixit*, del consenso unánime, como la filosofía escolástica, el sistema geocéntrico, o el clasicismo del siglo XVIII!... Suele el genio acompañarse, como característica moral, de la voluntad atrevida y la arrogancia heroica en cuanto a la confesión y profesión de la verdad nueva que ha hallado; pero no es seguro que lo que en el dominio de la inteligencia denominamos *genio*, como aptitud de descubrir lo nuevo, tenga *siempre*, en la esfera de la voluntad, el concomitante de la audacia irrefrenable con que revelarlo y defenderlo. Y en los casos en que falta esta audacia que complementaría la originalidad de la visión genial, lo que puede salvar la independencia del espíritu incapaz de resistir, conscientemente, a la autoridad que prevalece, es *ignorarla*.

La renovación del pensamiento humano, inseparable ley de su vida, debe buenos servicios a los grandes *incultos* y a los grandes *autodidactos*. La observación real y directa, sustituida al testimonio de los libros, donde el iniciado en ellos acude tal vez a buscar la observación, que supone definitiva, de otros; la propia ausencia de un método que contenga los motivos del espíritu dentro de las vías usadas; el forzoso ejercicio de espontaneidad, originalidad y atrevimiento, son causas que concurren a explicar la frecuente eficacia de la cultura personal y libre, para los grandes impulsos de invención y de reforma.

El extranjero, el vagabundo, el incauto, se arriesgan, con facilidad candorosa, en hondos desiertos, en ásperas sierras, en comarcas llenas de espesos matorrales, que los avisados no frecuentan porque es punto convenido que allí sólo crecen vanos sueños, error y confusión, pero donde alguna vez una esquivia senda lleva a averiguar cierta cosa que no estaba en los libros; y por esto Leibniz opinó que la persecución de las tres grandes quimeras —*tria magna inania*—: la cuadratura del círculo, la piedra filosofal y el movimiento perpetuo, ha sido ocasión de esfuerzos y experiencias en que el espíritu humano ha aprovechado más que en gran número de investigaciones donde se marcha derechamente a la verdad con adecuado instrumento y método seguro.

La más grande de las revoluciones morales nació en el seno



de un villorrio de Galilea, adonde no pudo alcanzar, sino en muy débil reflejo, el resplandor de las letras rabínicas. "Y llegado el sábado, comenzó a enseñar en la sinagoga; y muchos oyéndole estaban atónitos, diciendo: —¿De dónde tiene éste estas cosas? ¿Y qué sabiduría es ésta que le es dada?... ¿No es éste el carpintero hijo de María, hermano de Santiago, y de Joseph, y de Judas y de Simón?...". La escena del desconcierto de los doctores de la Ley frente a la ciencia infusa del sublime niño que no ha pasado bajo la férula de su enseñanza, tiene un profundo e imperecedero sentido. Obras y nombres menos altos, pero gloriosos, lo confirman en todo tiempo. La fuerza de originalidad con que Ambrosio Paré sentó los fundamentos de la cirugía moderna, acudiendo a los medios experimentales, algo debe, sin duda, a la relativa independencia, en que permaneció su juventud, de la autoridad de los antiguos, por su desconocimiento de las lenguas sabias, en cuyos caracteres volvía a luz la doctrina de los Hipócrates, Galenos y Albucasis. Bernardo de Palissy fué un desamparado de la escuela, a quien la libertad de su ignorancia permitió pasar los falsos límites de la ciencia de su siglo. Si Burns hubiera estudiado los preceptos de Blair, ¿habría desatado sobre una literatura artificiosa su oleada de fertilizante y oportuna *barbarie*?... Tipo del innovador sin disciplinadas letras es Rousseau. Su intrepidez rebelde; su despreocupación de la verdad inconcusa; su valor para esgrimir la irreverente paradoja; aquel ingenio sofismar, tan lleno de alumbramientos y gérmenes felices, ofrecen juntos todos los excesos y todas las ventajas de la originalidad semiinculta. Otro tanto podría decirse de Sarmiento en nuestro escenario americano. Con este mismo orden de hechos se relaciona el caso de que los espíritus de más fuerza inventiva en una ciencia o un arte, suelen ser extraños a ellos por su consagración profesional, y haber tocado en tal arte o ciencia sólo como pasajera desviación de su camino, ya apurando una particularidad de sus estudios propios, ya por simple curiosidad y esparcimiento.

La cultura de la inteligencia ha de procurar unir a sus intenciones beneficios los que son peculiares y característicos de una relativa ignorancia, apropiándose de éstos por la libertad que, en medio de su disciplina, consienta al espíritu; por los hábitos de investigación personal que en él estimule; y por el don de sugerir y abrir vistas sobre lo que queda más allá de las soluciones y verdades concretas,

## LXXVI

La imitación es poderosa fuerza movedora de energías y aptitudes latentes, mientras deja íntegra y en punto la personalidad, limitándose a excitar el natural desenvolvimiento de ella. Pero cuando la personalidad, por naturaleza, no existe, o cuando un supersticioso culto del modelo la inhibe y anula, la imitación no es resplandor que guía, sino bruma que engaña. Frecuentemente es que ella obre, desde luego, como origen de falsas vocaciones, extraviando el concepto que de su propio contenido y virtualidad forma el espíritu, y estimulando una ilusión de aptitud, que es a la vocación verdadera lo que, a la libre actividad del hombre despierto, el movimiento maquinal con que el hipnotizado realiza los mandatos de la voluntad que lo subyuga.

En el camino de todo género de superioridad, de las que mantienen sobre la conciencia de las sociedades humanas una enérgica y persistente sugestión, corre siempre una muchedumbre de engañados, en quienes el sonambulismo que aquella fuerza superior produce, no se detiene en sus pasivas formas de admiración y de creencia, sino que asume la forma activa de la emulación, del remedo, del *anch'io*... Y si, en los más, esto importa apenas una manifestación de la ausencia de personalidad y sello propio a que de todas suertes estaría sujeto su espíritu, en algunos de esos engañados hay tal vez la virtualidad de una aptitud superior y distinta, que perdió la conciencia de sí ofuscada por el sentimiento ilusorio de la otra, y que acaso no se revelará jamás, ya *perdida* el alma en una dirección que no es la que le fué señalada por la naturaleza.

Entre los antiguos era fama que, cuando Platón llegó a Siracusa, y Dionisio el tirano mostró deseos de iniciarse, con las lecciones del filósofo, en el estudio de la geometría, una legión inesperada de géometras apareció de pronto en la corte de Dionisio, y su palacio se llenaba a toda hora de las nubes de polvo que levantaba la gente cortesana trazando figuras. Luego, hastiado el tirano de la ciencia, los géometras pasaron con la facilidad de aquellas nubes de polvo. Inclinationes de no más firme origen son muchas de las que parecen venir, por su fervor, de hondo e instintivo impulso: el alma enajenada por el magnetismo de la

imitación piensa obedecer a una divina voz que le habla de adentro, y no obedece sino a la voz exterior y grosera de un pastor que reúne su hato...

Pero aun cuando la vocación sea verdadera y nacida de la íntima posesión de la aptitud, para su disciplina y desenvolvimiento suele obrar también la imitación como fuerza excéntrica y perturbadora. Así, en arte, toda gran personalidad que triunfa e impera, arrastra en su séquito, junto con los secuaces que tienen real afinidad con su espíritu, multitud de otros procedimientos que les serían congeniales, por la fascinación de aquel ejemplo glorioso. ¡Cuándo nos persuadiremos de que los caracteres por que se distinguen las escuelas de arte: la propensión a lo real o a lo ideal, a la libertad o al orden severo, al subjetivismo o a la impersonalidad, son diferencias que atañen a la historia y clasificación de los espíritus, mucho más que a la potestad disciplinaria de las ideas; y de tal modo ha de considerárselas, no ya respetando, sino suscitando y favoreciendo en cada cual la espontaneidad del impulso venido de lo hondo de sí mismo! Cuando así se entendiera, la más anárquica, fecunda y deliciosa paz pondría en simultánea eflorescencia la infinita extensión de la fantasía; pero es grande el poder de las fórmulas, y por mucho que se alardee de amplitud, la tiranía del gusto de una época produce al fin, fuera de algunos espíritus solitarios, una falsa uniformidad, que se logra siempre a costa de buena parte de naturalezas violentadas y sacadas de juicio.

Tener conciencia clara del carácter de las facultades propias, cuando una avasalladora norma exterior impone modelos y procedimientos, por todos acatados, es punto de observación difícil; y orientarse según los datos de esa misma conciencia, cuando ellos pugnan con los caracteres que halagan a la afición común y a la fama, suele ser acto de resolución heroica. Pero de esta resolución nace la gloria de bronce que prevalece cuando se han fundido las glorias de cera; tanto más si lo que se ha levantado sobre la corriente no es sólo la natural propensión de las facultades propias, sino también más altos fueros e ideas. La virtud intelectual de más subidos quilates es, sin duda, la que consiste en la sinceridad y estoicidad necesarias para salvar, en épocas de oscurecimiento de la razón o de extravío del gusto, la independencia de juicio y la entereza del temperamento personal, renun-

ciando a transitorias predilecciones de la fama, con tal de llevar la aptitud por su rumbo cierto y seguro: el que dejará constituida la personalidad y en su punto la obra, aunque esto importe alejarse, al paso que se avanza, del lado donde resuenan los aplausos del circo.

## LXXXVII

*Sabemos ya* cómo el medio ingrato deja sin nacer superiores aptitudes, y cómo en ciertos casos empequeñece y deforma, por la adaptación a límites mezquinos, la función de aquellas mismas a que consiente vivir. Otro maleficio de las cosas que clasificamos con el nombre de *medio* es el que se traduce por las vocaciones nobles, que, ya después de definidas y entradas en acto, la indiferencia común interrumpe y hiela, de modo que no reducen sólo su virtualidad y energía manteniéndose dentro de su peculiar actividad, sino que renuncian para siempre a ésta; y habiendo comenzado el espíritu su paso por el mundo con un soberano arranque de vuelo, lo continúa y termina —¡lastimoso tránsito!— sin una aspiración que exceda de la vida vulgar.

Una de las raíces de la inferioridad de la cultura de nuestra América para la producción de belleza o verdad, consiste en que los espíritus capaces de producir abandonan, en su mayor parte, la obra antes de alcanzar la madurez. El cultivo de la ciencia, la literatura o el arte, suele ser, en tierra de América, flor de la mocedad, muerta apenas la Naturaleza comenzaba a preparar la transición del fruto. Esta temprana pérdida, cuando la superior perseverancia de la voluntad no se encrespa para impedir la, es la imposición del hado social, que prevalece sobre la espontánea energía de las almas no bien se ha agotado en ellas el dinamismo de la juventud: ese impulso de inercia de la fuerza adquirida cuando somos lanzados de lo alto a la escena del mundo. Muere el obrero noble que había en el alma, y la muerte viene para él como en la antigua copla, *escondida*:

*Ven, muerte, tan escondida...*

Se extenua o se paraliza la aptitud, a imitación de esas corrientes perezosas que, faltas de empuje y de pendiente, quedan

poco a poco embebidas en las arenas del desierto, o se duermen, sin llegar a la mar, en mansos estanques. El bosquejo como forma definitiva, la promesa como término de gloria: tales han sido hasta hoy, en pensamiento y arte, las originalidades autóctonas de América.

Aun hay, más tristes que las que hiela lo ingrato del ambiente en connivencia con lo flaco de la voluntad, otras esperanzas perdidas. Pero sobre éstas no cabe sino piedad y silencio. Son aquellas ¡ay! que excitan en el alma los sentimientos más graves y angustiosos que puedan conmoverla, en cuanto a la realidad del orden del mundo y de la justicia que cabe en las leyes que lo rigen. Los destinos segados por temprana muerte, esa en que el poeta antiguo vió una prenda del amor de los dioses, son el agravio que nunca olvida la esperanza. Para estos destinos, existe una personificación (ya aletea acaso en tu recuerdo), quizá más típica que cualquiera otra: por la inmensidad de los secretos de belleza que se llevó a las sombras de lo desconocido, y por el modo como inmortalizó, expresándola, la conciencia de su propio infortunio: la personificación de Andrés Chénier, arrastrado a la muerte cuando el albor de su genio; arrastrado a la muerte en el carro de ignominia, donde golpeando su frente, afirmó que *algo había* tras ella, mientras quedaban, de su cosecha en la viña antigua, unas pocas ánforas llenas, que la posteridad desenterró cuando la calma volvió al mundo: así un resto de vino añejado en cántaros de Formio, que los nietos del viñador encontraran, removiendo la tierra, después del paso de los bárbaros.

## LXXVIII

## ÁYAX.

... *Florece* el jacinto en los prados de Laconia y a márgenes del Tíber, y había una especie de él cuya flor tenía estampados, sobre cada uno de los pétalos, dos signos de color oscuro. El uno imitaba el dibujo de una *alpha*; el otro el de una *i* griega. La imaginación antigua se apropió de esto como de toda singularidad y capricho de las cosas. En la égloga tercera de Virgilio, Menalcas propone, por enigma, a Palemón, cuál es la flor que lleva escrito un nombre augusto. Alude a que con las dos letras

del jacinto da comienzo el nombre de Áyax, el héroe homérico que, envuelto por la niebla en densas sombras, pide a los dioses luz, sólo luz, para luchar, aun cuando sea contra ellos.

En tiempos en que Roma congregaba todas las filosofías, vivió en ella Luperco, geómetra y filósofo. De un amor juvenil tuvo Luperco una hija a quien dió el nombre de Urania y educó en la afición de la sabiduría. Imaginemos a Hipatia en un albor de adolescencia: candorosa alma de invernáculo sobre la cual los ojos habían reflejado tan intensamente la luz que parte de las Ideas increadas, y baña la tersa faz de los papiros, como poco y en reducido espacio la luz real que el sol derrama sobre la palpitation de la Naturaleza. Nada sabía del campo. Cierta día, una ráfaga que vino de lo espontáneo y misterioso de los sentimientos, llamóla a conocer la agreste extensión. Dejó su encierro. Desentumida el alma por el contento de la fuga, vió extenderse ante sí, bajo la frescura matinal, el Agro romano. La tierra sonreía, toda llena de flores. Junto a una pared en ruina el manso viento mecía unas de color azul, que fueron gratas a Urania. Eran seis, dispuestas en espiga a la extremidad de esbelto bohordo, cuya graciosa cimbra arrancaba de entre hojas comparables a unos glaucos puñales. Urania se inclinó sobre las flores de jacinto; y más que con la suavidad de su fragancia, se embelesó en aquellas dos letras, que provocaron en su espíritu la ilusión de una Naturaleza sellada por los signos de la inteligencia. Aun fué mayor el hechizo al columbrar que, como impresión de la Idea soberana, era el nombre de Áyax el que estaba así desparramado sobre lo más limpio y primoroso de la corteza del mundo; segura prenda —pensó— de que, por encima de los dioses, resplandece la luz que Áyax pidió para vencerlos... Pero las flores no tenían sino dos letras de aquel nombre, y en Urania dominaba un concepto sobrado ideal del orden infinito para creer que, una vez el nombre comenzado por mano de la Naturaleza, hubiera podido quedar, como en aquellas flores, inconcluso. Ocurrió en vano a nuevos bohordos de jacinto. Quizá las letras que faltaban se hallarían sobre las hojas de otras flores. Grande era lo visible del campo, y en toda su extensión variadas flores lo esmaltaban. Buscando las letras terminales, aventuróse Urania campo adentro. Miró en las margaritas, mártires diezmadadas por la rueda y el caso; en las rojinegras amapolas; en los narcisos, que guardan oro entre la nieve; en los pálidos lirios; en las violetas, amigas de la esquivi-

dad; llegó a la orilla de una charca donde frescos nenúfares mentían imágenes del sueño de la onda dormida. Todo en vano... Tanto se había obstinado en la búsqueda que ya se aproximaba la noche. Contó su cuita a un boyero que recogía su hato, y él se rió de su candor. Cansada, y triste con la decepción que desvanecía su sueño de una Naturaleza sellada por las cifras de las ideas, volvió el paso a la ciudad, que extendía, frente adonde se había abismado el sol, su sombra enorme.

Éste fué el día de campo de Urania. En presencia de los destinos incompletos; de la risueña vida cortada en sus albores; del bien que promete y no madura, ¡quién no ha experimentado alguna vez el sentimiento con que se preguntaba Urania cómo la Naturaleza pudo no completar en ninguna parte el nombre de Áyax habiendo impreso las dos primeras letras en la corola del jacinto!...

## LXXIX

*La aptitud*, en lo que tiene de virtual y primitivo, es secreto de la Naturaleza. El arte de la educación que obre sin conocimiento de este límite, llegará fatalmente a la conclusión de Bernardo el Trevisano, cuando, después de consumir su existencia en los misterios de la crisopeya, afirmó, con desengaño, ante la vanidad de sus ennegrecidas retortas: *Para hacer oro es necesario oro*... Pero el precioso metal no está siempre en el haz de la tierra, ni en las arenas que dejan en sus márgenes las corrientes auríferas, sino, a menudo, retraído de la vista humana, en hondos veneros, en cuevas recónditas y oscuras, donde es menester ir a buscarlo. Ni menos está siempre, en su natural condición, limpio y luciente, sino las más veces impuro, mezclado con la escoria, que lo confunde dentro de su grosera apariencia, antes de que el fuego le hingue la garra y quede apto para que lo consagre el cincel del artífice.

La vocación es el sentimiento íntimo de una aptitud; la vocación es el aviso por que la aptitud se reconoce a sí propia y busca instintivamente sus medios de desenvolvimiento. Pero no siempre vocación y aptitud van de la mano. En aquellas mismas ocasiones en que las enlaza un solo objeto, no siempre guardan

justa correspondencia y proporción. Y si no cabe producir artificialmente la aptitud superior allí donde por naturaleza no existe, cabe despertarla cuando ella no es consciente de sí; cabe formarla donde permanece incierta y desorganizada; cabe robustecerla, mediante la doctrina, la educación y la costumbre; cabe dotarla de la energía de voluntad con que venza los obstáculos del mundo; cabe sustituirla, si acaso pierde su virtud, removiendo el fondo oscuro del alma, donde duermen tal vez disposiciones y gérmenes latentes; cabe dilatarla, por este mismo hallazgo de nuevas aptitudes, aun cuando la primera persista y prevalezca entre las otras; cabe, en fin, suscitar amor por ella, cuando en el alma donde habita la esterilicen indiferencia o desvío, y disuadir el amor vano, y desarraigar la falsa vocación, allí donde la aptitud no sea más que sombra ilusoria.

## LXXX

REFORMARSE ES VIVIR. Aun fuera de los casos en que es menester levantar del fondo de uno mismo la personalidad verdadera, falseada por sortilegios del mundo; y aun fuera de aquellos otros en que un hado inconjurable se opone al paso de la vocación que se seguía, del propósito en que se hallaba norma, la tendencia a modificarse y renovarse es natural virtualidad del alma que realmente *vive*; y esta virtualidad se manifiesta así en el pensamiento como en la acción.

Cuanto más emancipado y fuerte un espíritu, cuanto más señor y dueño de sí, tanto más capaz de adaptar, por su libre iniciativa o por participación consciente en la obra de la necesidad, la dirección de sus ideas y sus actos, según los cambios de tiempo, de lugar, de condiciones circunstantes; según su propio desenvolvimiento interior y el resultado de su deliberación y su experiencia. Y cuanto más pujante y fervorosa la vida, tanto más intenso el anhelo de renovarla y ensancharla. Sólo con la regresión y el empobrecimiento vital empiezan la desconfianza de lo nuevo y el temor a romper la autoridad de la costumbre. Quien en su existencia no se siente estimulado a avanzar, quien no avanza, retrocede. No hay estación posible en la corriente cuyo

curso debemos remontar, dominando las rápidas ondas: o el impulso propio nos saca adelante, o la corriente nos lleva hacia atrás. El batelero de Virgilio es cada uno de nosotros; las aguas sobre que boga son las fuerzas que gobiernan el mundo.

Pero esta renovación continua necesita armonizarse, como todo movimiento que haya de tener finalidad y eficacia, con el principio soberano del orden; nuestro deseo de cambio y novedad ha de someterse, como todo deseo que no concluya en fuego fatuo, a la razón, que lo defina y oriente, y a la energía voluntaria, que lo guíe a su adecuada realización. No siempre una inaplacable inquietud, como signo revelador de un carácter, es manifestación de exuberancia y de fuerza. La disconformidad respecto de las condiciones de lo actual, la aspiración a cosa nueva o mejor, cuando no estén determinados racionalmente y no se traduzcan en acción resuelta y constante, serán fiebre que devora y no calor que infunde vida: el desasosiego estéril es, tanto como la quietud soporosa, una dolencia de la voluntad.

Repara, pues, en que hay dos modos contrarios de ceder a la indefinida sustitución de los deseos. Es el uno propio de espíritus hastiados antes del goce, fatigados antes de la acción; incapaces de hallar su ambiente en ninguna forma de la actividad y ningún empleo de la vida, porque a ninguno han de aplicarse con sinceridad y aliento; espíritus que son como vanas y volanderas semillas que, a la merced del aire, caen cien veces en tierra y otras tantas veces se levantan, hasta trocarse, disueltas, en polvo del camino. En ellos, la ansiedad perpetua del cambio no es más que la señal de un mal interior. Se trata entonces de la desazón del calenturiento, de la incapacidad del enervado, de la imperseverancia del que se agita y consume entre las representaciones contradictorias de la duda. Pero hay también el anhelo de renovación que es signo de vida, de salud; impulso de adelanto, sostenido por la constancia de la acción enérgica, rítmica y fecunda, que, por lo mismo que triunfa y se realza al fin de cada aplicación parcial, no se satisface ni apacigua con ella; antes la mira sólo como un peldaño que ha de dejar atrás en su ascensión, y mide la grandeza del triunfo, no tanto por la magnitud del bien que él le franquea, cuanto por la proporción que le ofrece de aspirar a mayor bien.

Si comparas la angustiada inquietud de los primeros con la agitación del enfermo que busca ansiosamente una postura que

alivie su dolor, y no la encuentra a pesar de sus esfuerzos desesperados y tenaces, reconocerás la imagen del alma a quien la virtud de su firme voluntad renueva, en el viajero que sube una pendiente, un fresco día de otoño; por acicate, la brisa tónica y fragante; y que cada vez que pone el pie en el suelo, con el sentimiento de placer que nace del libre despliegue de nuestras energías, de la elasticidad de los músculos vigorosos y del ímpetu de la sangre encendida en las puras ondas del aire, experimenta el redoblado deseo de subir, de subir más, hasta enseñorearse de la cumbre que levanta, allá lejos, su frente luminosa.

Detestan enfermo y viajero la quietud; sienten ambos la necesidad de modificar, a cada instante, la posición de su cuerpo; de sustituir cada uno de sus movimientos por otro; pero mientras los del enfermo se suceden desordenados, inconexos, y disipan su fuerza en fatiga dolorosa e inútil, ordenados y fáciles los del viajero, son la expresión de una energía que sostiene su actividad sin atormentarse y contenta al deseo sin extinguirlo.

#### LXXXI

*Frecuente es en el vulgo de los caracteres esa misma condición del cambio desconcertado y baldío, que diferenciamos de la plasticidad del carácter superior; pero no manifestándose ya con angustia y pena y por enfermedad del ánimo, como en el caso del febricitante, sino de modo fácil y espontáneo y por natural eficiencia de personalidad. Si distinta del movimiento que lleva adelante a quien lo ejecuta es la agitación que engendra en el alma enferma la fiebre, no lo son menos la inconstancia e inestabilidad de aquel que, no teniendo constituido un carácter propio, se refunde, dócil y variabilísimamente, en deseos, propósitos y gustos, al tenor de las sugerencias de cada tiempo y lugar, sin saber oponerles fuerza alguna de resistencia ni reacción. El carácter así indeterminado y flotante recorre con celeridad pasmosa todo el círculo de la vida moral; pasa por sobre términos de transición que a los demás exigirían laborioso esfuerzo; responde indistintamente a los más varios motivos; pero esta disposición para el cambio instantáneo, sin afán y sin lucha, lejos de ser favorable, es esencialmente opuesta a la aptitud de las modificaciones medidas y orientadas, en que consiste la superioridad del ca-*

rácter capaz de orgánico desenvolvimiento. Ni la iniciativa propia, ni la moción y ejemplo de otros, tendrán poder de suscitar en el alma privada de cierta energía retentiva de su ser personal, una dirección de conducta que no esté expuesta a fracasar y ser sustituida, sin razón ni ventaja, con el más mínimo trueque de influencias. El cambio consciente y ordenado implica, pues, fuerza y constancia de personalidad, con que ésta se habilite para esculpirse y retocarse a sí misma. Las construcciones de la educación han menester de un firme cimiento personal, sin cuyo apoyo equivaldrá a edificar sobre las olas. Echar las bases de una personalidad, si ella no está aún firmemente instruida, es paso previo a la obra de removerla y reformarla.

## LXXXII

El más alto, perfecto y típico ejemplar de vida progresiva, gobernada por un principio de constante renovación y de aprendizaje infatigable, que nos ofrezca, en lo moderno, la historia natural de los espíritus, es, sin duda, el de Goethe. Ninguna alma más cambiante que aquélla, vasta como el mar y como él libérrima e incoercible; ninguna más rica en formas múltiples; pero esta perpetua inquietud y diversidad, dejos de ser movimiento vano, dispersión estéril, son el hercúleo trabajo de engrandecimiento y perfección, de una naturaleza dotada, en mayor grado que otra alguna, de la aptitud del cultivo propio; son obra viva en la empresa de erigir lo que él llamaba, con majestuosa imagen, *la pirámide de su existencia*.

Retocar los lineamientos de su personalidad, a la manera del descontentadizo pintor que nunca logra estar en paz con su tela; ganar, a cada paso del tiempo, en extensión, en intensidad en fuerza, en armonía; y para esto, vencer cotidianamente un límite más: verificar una nueva aleccionadora experiencia, participar, ya por directa impresión, ya por simpatía humana, de un sentimiento ignorado; penetrar una idea desconocida o enigmática, comprender un carácter divergente del propio: tal es la norma de esta vida, que sube en espiral gigantesca, hasta circunscribir el más amplio y espléndido horizonte que hayan dominado jamás ojos humanos. Por eso, tanto como la inacción que paraliza y enerva, odia la monotonía, la uniformidad, la repetición de sí mismo, que son

el modo como la inercia se disfraza de acción. Para su grande espíritu es alto don del hombre la inconsecuencia, porque habla de la inconsecuencia del que se mejora; y no importan las contradicciones flaqueza, si son las contradicciones del que se depura y rectifica.

Todo en él contribuye a un proceso de renovación incesante: inteligencia, sentimiento, voluntad. Su afán infinito de saber, difundido por cuanto abarcan la naturaleza y el espíritu, aporta sin descanso nuevos combustibles a la hoguera devoradora de su pensamiento; y cada forma de arte, cada manera de ciencia, en que pone la mano, le brindan, como en aras de sus amores, una original hermosura, una insospechada verdad. Incapaz de contenerse en los límites de un sistema o una escuela; reacio a toda disciplina que trabe el arranque espontáneo y sincero de su reflexión, su filosofía es, con la luz de cada aurora, cosa nueva, porque nace, no de un formalismo lógico, sino del vivo y fundente seno de un alma. Cuando trae hasta él al través del espacio y el tiempo, el eco de una grande aspiración humana, un credo de fe, un sueño de heroísmo o de belleza, es imán de su interés y simpatía. Y a este carácter dinámico de su pensamiento, corresponde idéntico atributo en su sensibilidad. Se lanza, ávido de combates y deleites, a la realidad del mundo; quiere apurar la experiencia de su corazón hasta agotar la copa de la vida; perennemente ama, perennemente anhela; pero cuida de remover sus deseos y pasiones de modo que no le posean sino hasta el instante en que pueden cooperar a la obra de su perfeccionamiento. No fué más siervo de un afecto inmutable que de una idea exclusiva. Agotada en su alma la fuerza vivificadora, o la balsámica virtud, de una pasión; reducida ésta a impulso de inercia o a dejo ingrato y malsano, se apresura a reivindicar su libertad; y perpetuando en forma de arte el recuerdo de lo que sintió, acude, por espontáneo arranque de la vida, al reclamo del amor nuevo. Sobre toda esta efervescencia de su mundo interior, se cierne, siempre emancipada y potente, la fuerza indomable de su voluntad. Se dilata y renueva y reproduce en la acción, no menos que en las ideas y en los afectos. Su esperanza es como el natural resplandor de su energía. Nunca el amargo sabor de la derrota es para él sino el estímulo de nuevas luchas; ni la salud perdida, la dicha malograda, la gloria que palidece y flaquea, se resisten largamente a las reacciones de su voluntad heroica. Tomado a brazo partido con el

tiempo para forzarle a dar capacidad a cuantos propósitos acumula y concierta, multiplica los años con el coeficiente de su actividad sobrehumana. No hay en su vida sol que ilumine la imitación maquinal, el desfallecido reflejo, de lo que alumbraron los otros. Cada día es un renuevo de originalidad para él. Cada día, distinto; cada día, más amplio; cada día, mejor; cada uno de ellos, consagrado, como un Sísifo de su propia persona, a levantar otro *Goethe* de las profundidades de su alma, nunca cesa de atormentarle el pensamiento de que dejará la concepción de su destino incompleta: ambicionaría mirar por los ojos de todos, reproducir en su interior la infinita complejidad del drama humano, identificarse con cuanto tiene ser, sumergirse en las mismas fuentes de la vida... Llega así al pináculo de su ancianidad gloriosa, aún más capaz y abierta que sus verdes años, y expira pidiendo *más luz*, y este anhelo sublime es como el sello estampado en su existencia y su genio, porque traduce, a la vez, el ansia de saber en que perseveró su espíritu insaciable, y la necesidad de expansión que acicateó su vitalidad inmensa...

## LXXXIII

*Tal es el anhelo* de renovarse cuando lo mueve y orienta un propósito de educación humana y cuando se sanciona y realiza por la eficacia de la acción. Si la finalidad, y el orden que la finalidad impone, faltan; si la realización activa falta también, quédase aquel deseo en el prurito de transformación intelectual característico del *dilettante*. El *dilettantismo* no es sino el anhelo indefinido de renovación, privado de una idea que lo encauce y gobierne, y defraudado por la parálisis de la voluntad, que lo retiene en los límites de la actitud contemplativa.

De lo que el impulso de renovación encierra virtualmente de fecundo y hermoso, nacen todas las superioridades y prestigios que en el espíritu del *dilettante* concurren y que le redimen, para la contemplación y la crítica, de aquello que su filosofía entraña de funesto si se la toma como concepción de la vida y escuela de entendimiento práctico. El don de universal simpatía; el interés por toda cosa que vive, en la realidad o en pensamiento de hombre; la *curiosidad* solícita; la comprensión penetrante y vivaz; la nostalgia de cuanto aún permanece ignorado; la aversión por las

eliminaciones y proscripciones absolutas: tales son los puntos de contacto entre el *dilettante* y el temperamento de veras amplio y perfectible. Y por esta su parte de virtudes el *dilettantismo* nos representa hoy en lo mejor que de característico nos queda, y es, en algún modo, la forma natural de los espíritus contemporáneos, como fueron la intolerancia y la pasión la forma natural de los espíritus en las épocas enterizas y heroicas.

El fondo múltiple, que es propio de la humana naturaleza, lo es en nuestro tiempo con más intensidad que nunca. De las vertientes del pasado vienen, más que en ninguna ocasión vinieron, distintas corrientes sobre nosotros, posteridad de abuelos enemigos que no han cesado de darse guerra en nuestra sangre; almas de esparcidísimos orígenes, en las que se congrega el genio de muchos pueblos, el jugo de muchas tierras, la pertinaz esencia de diferentes civilizaciones. Y aún más compleja y contradictoria que la personalidad que recibimos en esbozo de la naturaleza, es, en nosotros, la parte de personalidad adquirida: aquella que se agrega a la otra, y la complementa e integra, por la acción del medio en que la vida pasa. Cada una de esas grandes fuerzas de sugestión, de esas grandes asociaciones de ejemplos, de sentimientos, de ideas, en que se reparte la total influencia del ambiente donde están sumergidas nuestras almas: la sociedad con que vivimos inmediatamente en relación, los libros que remueven el curso de nuestro pensamiento, la profesión en que se encausa nuestra actividad, la comunión de ideas bajo cuyas banderas militamos; cada una de estas sugestiones, es una energía que a menudo obra divergentemente de las otras. Este inmenso organismo moral que del mundo, para nuestros abuelos dividido en almas nacionales, como en islas el archipiélago, han hecho la comunicación constante y fácil, el intercambio de ideas, la tolerancia religiosa, la curiosidad cosmopolita, el hilo del telégrafo, la nave de vapor, nos envuelve en una red de sollicitaciones continuas y cambiantes. Del tiempo muerto, de la humanidad que ya no es, no sólo vienen a nosotros muchas y muy diversas influencias por la complejidad de nuestro origen étnico, sino que el número e intensidad de estas influencias se multiplican a favor de ese maravilloso sentido de simpatía histórica, de esa segunda vista del pasado, que ha sido, en los últimos años, uno de los más interesantes caracteres, y una iluminación casi profética, de la actividad espiritual. Ninguna edad como la nuestra ha comprendido el alma de las civilizaciones que pasaron y la ha evocado a

nuestra vida, valiéndose de la taumaturgia de la imaginación y el sentimiento; y por este medio también, el pasado es para nosotros un magnetizador capaz de imponernos sugerencias hondas y tenaces, no limitadas ya, como cuando el entusiasmo histórico del Renacimiento, al legado y el genio de una sola civilización, sino procedentes de dondequiera que la humanidad ha perseguido un objetivo ideal y volcado en troquel nuevo y enérgico su espíritu. La anulación de las diferencias sociales suscita, para las aspiraciones de cada uno, vías divergentes y contrapuestos llamados que se lo disputan, en vez del camino raso e invariable prescrito antes por la fatalidad de la condición social y del ejemplo paterno. Tan poderosos motivos de diversidad y competencia interior, entrecruzándose, multiplicándose en virtud de la imitación recíproca, que adquiere eficazísimo instrumento con la prodigiosa difusión del pensamiento escrito, o si decimos mejor: del *alma escrita* (porque lo que se transmite en las letras es también, y con superior dominio, sensibilidad y voluntad): tan poderosos motivos, hacen de nuestro desenvolvimiento personal una perenne elección entre propuestas infinitas. Alma musical es la nuestra; alma forjada como de la sustancia de la música; vaga, cambiante e incoercible; y a ello se debe que ese arte sin vestidura carnal sea el que, mejor que otro alguno, nos resume y expresa: al modo como la firme precisión y la olímpica serenidad de la estatua son la imagen fiel de la actitud de permanencia y sosiego con que nos figuramos, por su menor o menos inarmónica complejidad, el alma de las razas antiguas.

## LXXXIV

*Hay, pues, en el dilettantismo, un fondo que concuerda con la virtualidad más espontánea y noble del espíritu de nuestra civilización. Pero el dilettante, que tiene infinitamente activas la inteligencia, la sensibilidad artística y la fantasía, tiene inactiva y yerta la voluntad; y éste es el abismo que lo separa de aquel superior linaje de temperamentos, que hemos personificado en la grande alma de Goethe. La incapacidad de querer del dilettante, su radical ineptitud para la obra de formar y dirigir la personalidad propia, reducen el movimiento interior de su conciencia a un espectáculo en que ella se ofrece a sí misma como inagotable panorama. Bástale con la renovación y la movilidad que tienen su término en las*

representaciones de la fantasía; bástale con la sombra y la apariencia. Así, todo es digno de contemplación para él; nada lo es de anhelo real, de voluntad afirmativa; todo merece el esfuerzo de la mente puesta a comprender o imaginar; nada el esfuerzo de la voluntad aplicada a obra viva y concreta. No cuida el *dilettante* del desenvolvimiento de su personalidad, porque ha renunciado a ella de antemano: desmenuza y dispersa su yo en el ámbito del mundo; se impersonaliza; y gusta la voluptuosidad que procede de esta liberación respecto de su ser individual; liberación por cuya virtud llega a hacer del propio espíritu una potencia ilimitada, capaz de modelarse transitoriamente según toda personalidad y toda forma. No aspira su razón a una certidumbre, porque, aun cuando reconociera medio de hallarla, se atendería al desfile pintoresco de las conjeturas posibles. No acata un imperativo su conciencia, porque es el instinto del buen gusto la sola brújula de su nave indolente.

En el espíritu activo al par que amplio y educable, el movimiento de renovación es, por lo contrario, obra real y fecunda, limitada y regida mediante las reacciones de una voluntad que lleva por norma la integración de un carácter personal. Mientras, en el *dilettante*, las impresiones, los sentimientos, las doctrinas, a que, con indistinto amor, franquea su conciencia, se suceden en vagabundo capricho, y pasan como las ondas sobre el agua, aquel que se renueva de verdad, *escoge y recoge*, en la extensión por donde activamente se difunde: *cosecha*, para el fondo real de su carácter, para el acervo de sus ideas; relaciona lo que disperso halló, triunfa de disonancias y contradicciones transitorias, y ordena, dentro de la unidad de su alma, como por círculos concéntricos, sus adquisiciones sucesivas, engrandeciendo de esta suerte el campo de su personalidad, cuyo centro, la voluntad que mantiene viva la acción y la dirige, persiste y queda siempre en su punto, como uno permanece el común centro de los círculos, aun cuando se les reproduzca y dilate infinitamente. En tanto que, en la contemplación inmóvil de sus sueños, se anula *Hámlet* para la realidad de la vida, el alma de Fausto, como el espíritu que su magia evoca, *en la tempestad de la acción se renueva; es un torbellino; sube y baja*. No envenena y marchita el alma de este temple las raíces de la voluntad con los sofismas del renunciamiento perezoso: no teme conocer la realidad de lo soñado, ni probar la pena del esfuerzo, ni adelanta y da por cierta la saciedad; sino que, mientras perma-



nece en el mundo, aspira y lucha; y de las sugerencias del desencanto y el hastío, adquiere luz con que emprender nuevos combates. Realiza la concordia y armonía entre el pensamiento y la acción, sin que la amplitud generosa del uno dañe a la seguridad y eficacia de la otra, ni el fervor de la energía voluntaria se oponga a la expansión anhelante del espíritu. Y realiza también la conciliación de las mudanzas y sustituciones propias del que mejora, con la persistencia en la integridad individual. Lejos de descaracterizarse en el continuo cambio de las influencias, no amengua sino que acrece su originalidad cada día, porque cada día es en mayor proporción artífice y maestro de sí mismo. No degenera su poder de simpatía en negación de su persona; no se desvanece y absorbe en cada objeto, para despertar de este como sueño, en que el *diletante* se complace, reducido a una pura virtualidad, devuelto a una fluidez indiferente e informe, apto sólo para otras personificaciones ficticias y otros sueños; sino que se sumerge en el nuevo objeto de amor para resurgir de él transfigurado, dilatado, dueño de nuevos aspectos y potencias, y con todo, más personal y más constante que nunca, como quien saliera de un mirífico baño de energía, inteligencia y juventud.

Remedo es el *dilettantismo*, y desorden; orden y realidad, la vida activa y perfectible. Así como antes discernimos la positiva renovación de la personalidad, del equilibrio inestable en que vive aquel que de personalidad carece, y de la inquietud angustiada y estéril del calenturiento, sepamos discernirla también de la vana y tentadora misión del *dilettante*.

## LXXXV

*Aún hay otro* falso modo de flexibilidad de espíritu, que importa separar de aquella que de veras renueva y enriquece los elementos de la vida moral; y es el que consiste en la aptitud del cambio activo, pero puramente exterior y habilidoso; ordenado a cierto designio y finalidad, pero no a los de una superior cultura de uno mismo; suficiente para recorrer, en movimiento serpienteante, las condiciones y los círculos más opuestos, ganando en destreza y ciencia práctica, pero no en la ciencia austera del perfeccionamiento interior, ni con moción honda de la personalidad; aptitud histriónica, que ninguna relación íntima tiene con la noble

y rara facultad en que se funda el carácter altamente educable; aunque no pocas veces logre la una ennoblecer su calidad, ante los ojos del mundo, con el simulacro y prestigio de la otra.

El talento de acción, rico en diversidad de formas y matices; la inteligencia rápida y aguda; la intuición infalible de las conveniencias de cada papel; el hechizo de una superficial virtud de simpatía; la plasticidad, como de cera, de los distintos medios de expresión, en semblante, modos y palabra: tales son los elementos con que se compone este tipo acomodaticio y flexible, leve y sinuoso, capaz de amoldarse a toda situación, de identificarse con toda sociedad, de improvisar o suplir toda costumbre; apto para las transiciones más variadas y súbitas, no con la obediente pasividad del sugestionado y el *amorfo*, sino por su libre y sagaz iniciativa; tipo que es al trabajador sincero de la propia personalidad lo que al Hermes helénico, dueño de mil mañas y recaudos, pero en sentido religioso y sublime, su avatar, el Mercurio latinizado, astuto y utilitarista... El legendario abuelo de esta casta de almas es Panurgo; su personificación plebeya y andariega se llama Gil Blas; y Figaro, si se la enfervoriza con cierta nota de poesía y entusiasmo.

Pero en la realidad de la historia, y levantándose a mucha más alta esfera de selección y de elegancia, tiene un nombre inmortal: el nombre de Alcibiades.

La gracia del *proteísmo* simulado y hábil fué, en este griego, como una alegre invención de la Naturaleza. Nadie más olímpicamente inmutable en su realidad, de vivo mármol jovial. Nadie de alma más ajena a esos impulsos de rectificación y reforma de uno mismo, que nacen de la sinceridad del pensamiento y de la comunicación de simpatía con los sentimientos de los otros. Nadie, en lo esencial, más impenetrable a toda influencia desvinculada de aquel ambiente que era como una dilatación de su espíritu: el ambiente de Atenas. Pero Alcibiades, uno en el fondo de su natural ligero y elegante, es legión en la apariencia artificiosa y el remedo feliz. Se despoja a voluntad de todo aquello que lo transparenta y acusa; y allí donde está toma al punto la máscara típica de la raza, o de la escuela, o del gremio; de suerte que logra ser hombre representativo entre todos; y si, en Esparta, no hay quien le aventaje en el vivir austero y el temple militar, nadie le supera, en la Tracia, como bebedor y jinete; ni, en las satrapías asiáticas, por el esplendor y pompa de la vida. Si se le observa en el estrado de

Aspasia, es el libertino de Atenas; si cuando asiste a las lecciones de Sócrates, es el dialoguista de *El Convite*; si en Potidea y en Delium, es el hoplita heroico; si en el estadio de Olimpia, es el atleta vencedor. Toma cien formas, usa cien antifaces, arregla de cien modos distintos su aspecto y sus acciones; pero nada de esto alcanza a lo íntimo, al corazón, a la conciencia; en nada se ha modificado al través de tantos cambios lo que hay de real y vivo en su personalidad. Él es siempre Alcibíades, cómico en la escena del mundo, Proteo de parodia, cifra de esa condición sinuosa y falaz del genio griego, que personifica, en la epopeya, Ulises, y por la cual Taine reconoce a este divino tramposo de la edad heroica en el argumentar de los sofistas y en las artes del *greculus* refinado y artero, parásito de las casas romanas.

#### LXXXVI

*La práctica* de la idea de nuestra renovación tiene un precepto máximo: el viajar. Reformarse es vivir. Viajar es reformarse.

Contra las tendencias primitivas e inferiores de la imitación, que consisten en la obediencia maquinal al ejemplo de lo aproximado y semejante a la naturaleza del imitador, de donde toma su primer impulso esa otra imitación de uno mismo que llamamos *hábito*, no hay energía tan eficaz como la imitación que obra en sentido nuevo y divergente de la herencia, de la costumbre y de la autoridad, del temor o el afecto. Fuerza servil si se la compara con la invención y con la soberana espontaneidad de la conciencia, que son superioridades a las que no se llega de inmediato desde la imitación rutinaria, y que no cabe extender nunca a todos los pensamientos y actos de la vida, la sugestión de lo ajeno y apartado es fuerza liberadora en cuanto nos realza sobre la estrecha sociabilidad que circunscriben la familia y la patria; y además, comienza a hacer flexible y ágil el espíritu y ejercita los bríos de la voluntad, para acercarnos a esa completa emancipación del ser propio, que constituye el término ideal de una existencia progresivamente llevada.

Hay en la personalidad de cada uno de nosotros una parte difusa, que radica en las cosas que ordinariamente nos rodean: en las cosas que forman como el molde a que, desde el nacer, nos

adaptamos. Trocar por otro este complemento, mudando el lugar en que se vive, es propender a modificar en mayor o menor grado, por una relación necesaria, lo esencial y característico de la personalidad. Toda la muchedumbre de imágenes que se ordenan y sintetizan en la grande imagen de la patria: el cielo, el aire, la luz; los tintes y formas de la tierra; las líneas de los edificios; los ruidos del campo o de la calle; la fisonomía de las personas; el son de las voces conocidas: todo ese armónico conjunto, no está fuera de ti, sino que hace parte de ti mismo, y te imprime su sello, y se refleja en cada uno de tus actos y palabras: es, cuando más objetivamente se lo considere, una aureola o penumbra de tu yo. Y de esas cosas familiares que el sentir material te pone delante a toda hora, válese el hábito, la tradición, el alma anónima que brota del concierto de una sociedad humana, para uncirte a ciertas maneras de pensar, a ciertas automáticas uniformidades, a ciertas idolatrías, a ciertas obsesiones. Alejadas de tus sentidos aquellas cosas materiales, las fuerzas cautivadoras que se valen de ellas pierden gran parte de su influjo; y aunque persistan los lazos que responden a inclinaciones perdurables y sagradas de la naturaleza, aquellos otros, más endebles, que sólo nacen de hosquedad, preocupación o prejuicios, se rompen y desvanecen, a modo de los hilos de una vasta telaraña, dentro de la cual permanecía impedida, como la mosca prisionera, tu libertad de juzgar y de hacer. La expatriación de los viajes es, por eso, antídoto supremo del pensamiento rutinario, de la pasión fanática, y de toda suerte de rigidez y obcecación. Y aún puede más; y a menudo ejerce, para vencer mayores extravíos morales, si ellos arraigan en la ocasión constante y la costumbre, una inmediata virtud regeneradora; como, en el orden físico, alcanza a contener en su desenvolvimiento males inveterados, que se afirmarían para siempre sin un cambio en el método de vida y en las influencias circunstantes. El prófugo que deja atrás el teatro de su tentación y de su oprobio, presencia el espectáculo del trabajo remunerador, toma la esteva del arado, y es el colono que exprime en paz el suelo fecundo. Un ambiente impregnado de sensualidad prepara, ya desde las entrañas de la madre, el alma de la cortesana; la permanencia en él la lleva a su fatal florecimiento: la novedad del desierto la redime: tal es la historia de Manón.

En lo que siente quien de luengas tierras vuelve a la propia, suele mezclarse a la impresión de desconocimiento de las cosas con que fué íntimo y que ve de otra manera que antes, cierto descono-

cimiento de su misma personalidad del pasado, que allí, en el mundo donde la formó, resurge en su memoria y se proyecta ante sus ojos, como si fuese la figura de un extraño. Aquel cuento de los tratados de San Ambrosio, del amante que, para dar al olvido su pasión, busca la ausencia, y peregrina largo tiempo, hasta que, al volver, es requerido por su antigua enamorada, que le dice: "*Reconócame; soy yo, soy yo misma*", a lo que arguye él: "*Pero yo ya no soy yo*", presta vivos colores a una verdad psicológica que aparece más patente hoy que sabemos cuánto hay de relativo y de precario en la unidad de la persona humana; verdad, la de la respuesta, que confirma, entre tantos otros, Sully, en su admirable estudio de las "Ilusiones de la sensación y del espíritu", mostrando cómo un cambio considerable y violento de las circunstancias exteriores, no solamente tiende a determinar modificaciones profundas en nuestros sentimientos e ideas, sino que llega a conmovier y escindir, aunque sea sólo parcialmente, la noción de nuestra continuidad personal.

## LXXXVII

*Para burlar* la sugestión del ambiente en que se vive y reivindicar la libertad interior, apartándose de él, hay dos modos de apartamiento: los viajes y la soledad. En rigor, los dos son necesarios; y una vida bien ordenada a los fines de su renovación perseverante y eficaz, sabrá conceder lugar dentro de sí a períodos de incomunicación respecto de la sociedad que sea habitualmente la suya, distribuyéndolos con sabiduría entre el recurso de la soledad y el de los viajes.

La soledad es escudo diamantino, sueño reparador, bálsamo inefable, en ciertas situaciones de alma y por determinado espacio de tiempo. Pero como medio único y constante de asegurar la plenitud de la personalidad contra las opresiones y falacias del mundo, marra la soledad, porque le faltan: un instrumento eficazísimo con que desenvolver el contenido de nuestra conciencia: la acción, y una preciosa alianza a quien fiar lo que no logre consumir de su obra: la simpatía. Sólo el sacudimiento de la acción es apto para traer a la superficie del alma todo lo que en el fondo de ésta hay posado e inerte; y sólo el estímulo de la simpatía alcanza a corroborar y sostener nuestra reacción espontánea hasta el punto que

se requiere para emanciparse firmemente de los vínculos de la preocupación y la costumbre. La soledad continua ampara y fomenta conceptos engañosos, no sólo en cuanto a la realidad exterior, de cuya percepción nos aparta, sino también en cuanto a nosotros mismos, sugiriéndonos quizá, sobre nuestro propio ser y nuestras fuerzas, figuraciones que, luego, al más leve tropiezo con la realidad, han de trocarse en polvo, porque no se las valoró en las tablas de la comparación con los demás, ni se las puso a prueba en las piedras de toque de la tentación y de la lucha.

## EL MONJE TEÓTIMO

Acaso nunca ha habido anacoreta que viviese en tan desapacible retiro como Teótimo, monje penitente, en alturas más propias que de penitentes, de águilas. Tras de placer y gloria, gustó lo amargo del mundo; debió su conversión al dolor; buscó un refugio, bien alto, sobre la vana agitación de los hombres; y le eligió donde la montaña era más dura, donde la roca era más árida, donde la soledad era más triste. Cumbres escuetas, de un ferruginoso color, cerraban en reducido espacio el horizonte. El suelo era como gigantesca espalda desnuda: ni árboles, ni aun rastreras matas, en él. A largos trechos, se abría en un resalte de la roca una concavidad que semejava negra herida, y en una de ellas halló Teótimo su amparo. Todo era inmóvil y muerto en la extensión visible, a no ser un torrente que precipitaba su escaso raudal por cauce estrecho, fingiendo llantos de la roca, y las águilas que solían cruzarse entre las cimas. En esta espantosa soledad clavó Teótimo su alma, como el jirón de una bandera destrozada en lides del mundo, para que el viento de Dios la limpiase de la sangre y el cieno. Bien pronto, casi sin lucha de tentación y sin nostálgicas memorias, la gracia vino a él, como el sueño al cuerpo vencido del cansancio. Logró la entera sumersión del pecho en el amor de Dios; y al paso que este amor crecía, un sentimiento intenso, lúcido, de la pequeñez humana, se concretaba dentro de él, en este diamante de la gracia: la más rendida y congajosa humildad. De las cien máscaras del pecado tomó en mayor aborrecimiento a la soberbia, que, por ser primera en el tiempo que las otras, antes que máscara del pecado le pareció su semblante natural. Y sobre la roca yerma y desolada, frente al adusto silencio de las cumbres, Teótimo vivió,

sin otros pensamientos que el de la única grandeza velada allá tras la celeste bóveda, que sólo en reducida parte veía, y el de su propia pequeñez e indignidad.

Pasaron años de esta suerte; largos años durante los cuales la conciencia de Teótimo sólo reflejó de su alma imágenes de abatimiento y penitencia. Si acaso alguna duda de la constancia de su piedad humilde le amargaba, ella nacía del extremo de su misma humildad. Fué condición que Teótimo había puesto en su voto ir, una vez que pasase determinado tiempo de retiro, a visitar la tumba de sus padres, y volver luego, para siempre, al desierto. Cumplido el plazo, tomó el camino del más cercano valle. La montaña perdía, en lo tendido de su falda, parte de su aridez, y algunas matas, rezagadas de vegetación más copiosa, interrumpían lo desnudo del suelo. Teótimo se sentó a descansar junto a una de ellas. ¿Cuántos años hacía que no posaba los ojos en una flor, en una rama, en nada de lo que compone el manto alegre y undoso colgado de los hombros del mundo? . . . Miró a sus pies, y vió una blanca florecilla que nacía de un tallo acamado sobre el césped; trémula, y como medrosa, con el soplo del aura. Era de una gracia suave, tímida; sin hermosura, sin aroma . . . Teótimo, que reparó en ella sin quererlo, se puso a contemplarla con tranquilo deleite. Mientras notaba la sencilla armonía de sus hojuelas blancas, el ritmo de sus movimientos, la gracia de su debilidad, una idea súbita nació de la contemplación de Teótimo. ¡También cuidaba el cielo de aquella tierna florecilla; también a ella destinaba un rayo de su amor, de su complacencia en la obra que vió buena! . . . Y esta idea no era en él grata, afectuosa, dulcemente conmovida, como acaso la tuvimos nosotros. Era amarga, y promovía, dentro de su pecho, como una hesitante rebelión. Sobre la roca yerma y desolada nunca había nublado su humildad el pensamiento que ahora le inquietaba. ¿Todo el amor de Dios no era entonces para el alma del hombre? ¿El mundo no era el yermo sobre el cual, única flor, flor de espinoso cardo, el alma humana se entreabría, sabedora de no merecer la luz del cielo, pero sola en gozar del beneficio de esta luz? Vano fué que luchara por quitar los ojos del alma, de este obstinado pensamiento, porque él volvía a presentársele, cual si le empujase a la claridad de la conciencia de Teótimo una tenaz persecución. Y tras él, sentía el eremita venir de lo hondo de su ser, un rugido cada vez más cercano . . ., un rugido cada vez más siniestro . . . un rugido cuyo son conocía, y

que brotaba de unas fauces que creyó mortalmente secas en su alma. Bastó una débil florecilla para que el monstruo oculto, la soberbia apostada tras la ilusión de la humildad, dejase, con avasallador empuje, su guarida . . . Bajo la alegre bondad de la mañana, mientras tocaba en su pecho un rayo de sol, Teótimo, torvo y airado, puso el pie sobre la flor indefensa . . .

## LXXXVIII

*La reclusión* en el pedazo de tierra donde se ha nacido, es soledad amplificada, o penumbra de soledad. Todos los engaños que la soledad constante e ininterrumpida crea en la imaginación del solitario, en cuanto al juicio que forma de sí mismo, suelen arraigar también en el espíritu del que no salió nunca de su patria; y cuando ha respirado el aire del extranjero, se disipan: ya se traduzca esto en desmerecimiento o en reintegración; ya sea para palpar la vanidad de la fama que le lisonjeaba entre los suyos; ya, por lo contrario, para saber que ha de estimarse en más y que puede dar de sí más que pensaba; ya como el ermitaño cuya ilusión de santidad se deshizo en presencia de la silvestre florecilla; ya como aquel que, viviendo en retraimiento e inacción, se creyera a sí propio débil y cobarde, hasta que, envuelto inopinadamente en la ocasión del peligro, desplegase un valor que él no sospechaba, y una vez adquirida la conciencia de esta superioridad, obrase en adelante estimulado por ella, subiendo el tono de su altivez y extendiendo el vuelo de sus ambiciones.

## LXXXIX

*El viajar* dilata nuestra facultad de simpatía, fuerza que obra en la imitación transformante, redimiéndonos de la reclusión y la modorra en los límites de la propia personalidad. Mientras nuestra figuración de los hombres y cosas distintos de los que nos rodean, no se apoya en el conocimiento de una parte de la realidad infinita que hay más allá de nuestro inmediato contorno, nunca tal vez las imágenes que de ellos concibamos tendrán sobre nuestra sensibilidad la fuerza de que son capaces cuando, nutrida y amaestrada la fantasía con las preseas de una varia y extensa visión real, queda luego en aptitud de representarse, con cálida semblanza de

vida, otras cosas que no han llegado a ella por intermedio de los ojos.

El primer viaje que haces es una iniciación liberadora de tu fantasía, que rompe la falsa uniformidad de las imágenes que has forjado sólo con elementos de tu realidad circunstante. Tu capacidad para prevenir y figurar desemejanzas en el inagotable contenido de la naturaleza se hace mayor desde el momento en que quebrantas, del modo como sólo es posible mediante el testimonio directo del sentido, la tendencia inconsciente a generalizar todo lo de esa estrecha realidad que te circunda. Por eso, no enseña el viajar únicamente a representarse luego con exactitud las cosas que pasen, en ausencia nuestra, en los países que hemos visto: también aumenta la perspicacia y el brío de la imaginación para suplir el conocimiento real de lo demás que hay en el mundo. Y aún más que en el mundo de nuestro mismo tiempo: la propia intuición de lo pasado, la concepción viviente y colorida de otras épocas, de otras civilizaciones, ganan en ti desde que viajas una vez, aun cuando sea por pueblos donde no haya huellas ni reliquias de aquel pasado. Lo que importa es que te emancipes, por la eficacia de tu viaje primero, de la torpeza imaginaria a que, más o menos, nos condena siempre la visión de una sola cara de la realidad: la que hallamos, al nacer, delante de los ojos. De esa manera, desentumecida y estimulada tu fantasía, será ágil para transportarse, ya en el espacio, ya en el tiempo, a la visión de cualquiera realidad distinta de la que el sentir material te pone delante.

En la andantesca escuela del mundo, la facultad de concebir imágenes se extiende, se realza, se multiplica; y como la sensibilidad es potencia sometida al influjo de la imaginación, y siente más quien mejor imagina aquello que siente, cuanto mejor y con más bríos imagines la vida de remotos hombres, tanto más apto serás para participar, por simpatía, de sus dolores, de sus regocijos y entusiasmos; y de este modo se ensanchará el horizonte de tu vida moral, como el de tus ojos cuando subes a una montaña; y conocerás, compartiéndolas, emociones diferentes de aquellas que te han herido en carne propia o de los tuyos; de donde nace que para el hombre de imaginación difundida y adiestrada por el mucho ver, haya siempre mayor posibilidad de aflojar los lazos opresores del hábito y de redimir o reformar su personalidad.

## XC

*Sagrada* es la melancólica voz que, en tu ausencia de la tierra nativa, viene de lo hondo de tu alma a pedirte que tornes a su seno y a despertar el leve enjambre de las dulces memorias. Bella y compasible es la nostalgia. Pero a su idealidad de pena que nace de amor, mézclanse, en realidad, elementos menos nobles y puros; y no siempre es una delicada forma de sentir lo que obra en ella.

¡Cuántas veces lo que tienes por impulso fiel del corazón en tu desvío de las cosas nuevas que ves y de las nuevas gentes que tratas, no es sino la protesta que tu personalidad, subyugada por el hábito, entumecida en la quietud, opone a cuanto importe de algún modo dilatarla y moverla!... Todo lo que nace en ti de limitación, de inactividad, de servidumbre, se disfraza entonces, para tu propia conciencia, con la máscara de aquel amor. Te enoja, inconscientemente, aquello que te pone a la vista tus inferioridades o las de los tuyos; eludes el esfuerzo íntimo que reclama de ti la comprensión de cuanto, en lo humano, te es ajeno; tocas el límite de tu capacidad simpática; resguardas, por instintivo movimiento, los prejuicios con que estás encariñado y las ignorancias lisonjeadoras de tu egoísmo o de tu orgullo; y todo esto se decora o poetiza con la melancolía del recuerdo amante, que es lo más puro y mejor de la nostalgia; aunque en el complejo de ella predominen elementos menos nobles, como son: las resistencias de una personalidad esquiva y huraña; el desequilibrio de su economía a favor de los elementos de conservación y de costumbre; su defecto de aptitud *proteica*, llamando así a la virtud de renovarse y transformarse merced a esa facultad de adaptación que hace del hombre ciudadano del mundo, y que, en su expresión más intensa, engendra otra especie de nostalgia, conocida de las organizaciones bien dotadas de simpatía y amplitud: la nostalgia de las tierras que no se han visto, de los pueblos a que aún no se ha cobrado amor, de las emociones humanas de que nunca se ha participado.

## XCI

*Porque* los viajes son incentivo de renovación; inquietud y laboriosidad enemigas de toda suerte de herrumbre, orín y moho; fuego y martillo con que se rehacen las ideas y los sentimientos, suelen mirarlos con desvío quienes propenden a asegurar la constancia de la personalidad por las cadenas de una idea votiva, huraña e inmutable. La variedad en el escenario de la vida no se compadece con la mortal permanencia de las cosas de adentro. El viajero de instinto es, en la historia natural de las almas, una especie antagónica de las del asceta y el estoico. Recuerda cómo el estoicismo de Séneca truena en las *Cartas a Lucilio* contra los que piensan, viajando, variar de alma, "como si no viajasen en compañía de ellos mismos"; y recuerda a Kempis cuando enseña que "la imaginación y mudanza de lugar a muchos han dado engaño".

Tal vez el solo espíritu comprensivo y curioso que haya mirado con desvío el placer de viajar, es Montaigne; pero en este amable escéptico la vocación sedentaria fué, sin duda, más que rasgo de su naturaleza, persuasión de la enfermedad, que le movía a horror por la agitación y afán de los viajes. Entre los inventores, los revolucionarios, los rebeldes, y los aguijoneados por la perspicacia de la duda y la crítica, compusieron siempre mayor número las almas que guardan algo de los nómadas; las almas para quienes el no ver lo lejano es tedio y melancolía de ceguera; para quienes el cambiar alguna vez de aire y de luz es necesidad vital, cuya insuficiente satisfacción origina una angustia y un padecimiento tan duros de sobrellevar como ese que ha llamado Beaunis, en sus *Sensaciones internas*, "dolor de inacción", si entendemos por tal el que nace de inmovilidad prolongada en una misma actitud, siquiera sea la del mejor dispuesto reposo: género de dolor que vence acaso en extremos de crueldad a las más descompasadas tensiones del movimiento y el esfuerzo.

En esta inclinación ambulativa, a veces tránica y como proveniente de obsesión, radica esa nota del *vagabondaggio*, que incluyen entre los estigmas congéniales al entendimiento superior los que ven en éste una degeneración de cierta forma; *stigma* casi siempre bienaventurado y fecundo, como cuantos dan lugar

a esa asimilación, en que las máculas del empobrecimiento vital participan de nombre con los caracteres de una centuplicada y todopoderosa salud de espíritu; *vagabondaggio* que, en Giordano Bruno, es aquel ir y venir de su batalladora madurez, de ciudad en ciudad, de una a otra escuela famosa, anhelando por la autoridad con quien pelear, por el sofisma y la preocupación que destruir, a modo del lebrél que husmea inquieto el rastro de la pieza; y que, en Byron, es el desasosiego inaplacable, la aspiración nostálgica e inmensa, que, como el Satán de Milton, cuando desde las sombras busca la senda de los cielos, le arrebató al través de tierras y de mares, en pos de un sueño de libertad indómita y sublime, de belleza, de verdad, de amor; más allá siempre, dejando atrás los jardines de la Bética..., atrás los mármoles de Italia..., atrás el Partenón; más allá siempre, mientras no interpone los brazos la pálida cerradora del camino; traslado fiel de la agitación de las olas, que más de una vez mostraron a sus ojos imágenes que hablaban de su destino y de su alma, saltando a los costados del bajel errabundo de Harold y el Corsario:

*Once more upon the waters! yet once more!...*

## XCII

*¡Al Norte! ¡al Sur! ¡al Oriente! ¡al Occidente!* Son las naves que parten; son las naves de la antigua hechura: los galeones y las carabelas, tras cuyo suelto velamen sigue un dios de inflados carrillos; son las gloriosas naves del Renacimiento, que parten a redondear la forma del mundo... Y cuando los redivivos argonautas que van en ellas vuelven de sus Cólquidas, no traen sólo magnificada idea de la tierra y milagrosa riqueza material: traen consigo, también, un alma nueva, una nueva concepción de la vida, una nueva especie de hombres, que se propaga por emulación y simpatía y que consiste, en cuanto a la inteligencia, en el sentido de la observación y la malicia de la duda; en cuanto al sentimiento, en la alegría de vivir y el amor de la libertad, que han de volver estrecho el recinto del claustro; y en cuanto a la voluntad, en el ánimo de las heroicas empresas y la ambición de gloria y fortuna, que alza del polvo la frente en penitencia

y empuja hacia adelante la cavidad del pecho hundido entre los hombros bajo la humilde cota del sayal.

Pero no es en estos épicos viajeros en quienes me propongo figurar la influencia de los viajes sobre el desenvolvimiento del espíritu. Yo quiero figurarla más bien en otra suerte, menos extraordinaria y gigantesca, de almas nómadas, que, por el mismo tiempo, y ya desde otros siglos, aparece encarnada, para la posteridad, en nombres famosos. Aludo al *caminante*, al que viajaba por sus pies: obrero que, para completar su aprendizaje, o curioso que, para dar vado a su pasión, medía a lentos pasos comarcas y naciones enteras; de burgo en burgo, de castillo en castillo; viviendo del trabajo de sus manos o de la misericordia del cielo, y acariciando con miradas morosas la belleza desnuda de la realidad.

La personificación de este viajero libador de saber y "ciencia de mundo"; vago de noble especie; estudioso cuya biblioteca está a lo largo del camino; sabio cuya mano conoce menos la pluma que el bordón, podría ser aquel grande y singular Paracelso. Rebelde alzado, sin otros fueros que su propio juicio, contra la enseñanza de la tradición; alquimista por quien la alquimia pasó a ser conocimiento real y destinado en lo moderno a insigne gloria; renovador de la ciencia médica y el arte de curar, y, por lo exterior y aparente de su espíritu, pintoresco ejemplo de hombres raros. Paracelso trajo como innata en la mente la idea de leer a la Naturaleza en sí misma, más que en las páginas de los libros ilustres. La escuela de este observador y experimentalista instintivo, fué su infatigable viajar, de que la tradición ha hecho leyenda; viajar voluntarioso y errabundo, de pordiosero o de juglar, en que corrió todas las tierras sabidas de su tiempo; el saco al hombro; nunca seguro del rumbo que habría de seguir el día de mañana; atentos los ojos y el oído no sólo al más leve movimiento y al más vago rumor que partiesen del vulgo de las cosas, sino también a todo testimonio y juicio venido del vulgo de las almas: la prédica del fraile, la observación del menestral, el cuento del barbero, la profecía del gitano, la receta del ensalmador, la experiencia del verdugo.

A esta casta de espíritus pertenece siempre, en lo íntimo y esencial, el viajero que lo es por naturaleza; aunque viva siglos después de Paracelso, y viaje en alas de la locomotora, de la cual, por otra parte, sabrá prescindir alguna vez. Porque el mons-

truo flamígero con que hemos vencido a las distancias, es símbolo glorioso si lo juzgamos en cuanto a la utilidad de cambiar rápidamente ideas y productos, y a los lazos que estrecha y los prejuicios que aparta; pero si se le refiriese a la disciplina del viajar, sería símbolo del ver mal y somero y del ser llevado en rebaño por el invariable camino que fijan en la inmensidad del campo dos cintas de hierro, a las ciudades donde luego gobernará los pasos del huésped una oficiosa *guía*, que reúne, en octavo menor, las instrucciones del Sentido común, personificado en un libreto de Leipzig o un impresor de la Street Albemarle. El genuino viajero es aquel que acierta a rescatar, por la espontánea tendencia de su espíritu, todo lo que esos medios de facilidad y bienestar quitan a los viajes, tratándose de la generalidad de las gentes, de su interés original y sabroso, y de la virtud de educar que siempre tuvieron. Por el modo intuitivo de dirigir su observación, como a favor de una aguja magnética que llevase dentro del alma; por la manera de guardar su libertad, y de palpar para creer lo que está escrito, y de tomar por la senda desusada, y de detenerse allí donde se ha convenido que no hay cosa que ver, el viajero de instinto es siempre el *caminante*, el andariego, el vagabundo.

### XCVIII

*Para los superiores* elementos de la sociedad, a quienes está cometido modelarla por lo que proponen a la imitación y la costumbre, debieran ser en todas partes los viajes una institución, un ejercicio de calidad, como el que, en pasados tiempos, cifraba en la pericia de las armas el brillo y honor de la nobleza. Allí donde el hábito educador de los viajes falte a los que prevalecen y dominan, y dan la ley de la opinión y del gusto, todas las aplicaciones de la actividad social se resentirán, en algún modo, de esta sedentaria condición de los mejores o preponderantes.

En el desenvolvimiento del espíritu, en el progreso de las leyes, en la transformación de las costumbres, un viaje de un hombre superior es, a menudo, el *Término* que separa dos épocas, el reloj que suena una grande hora. Vuelve el viajero trayendo fija en el alma una sugestión que irradia de él y se propaga hasta abarcar, en su red magnética, toda una sociedad. El viaje de Voltaire a Inglaterra es hecho en que se cifra la comunicación

de las doctrinas de libertad al espíritu francés, donde ellas debían engrandecerse y transfigurarse para asumir la forma humanitaria y generosa de la inmortal Revolución; como, más tarde, el viaje de Madame de Staël a Alemania indica el punto en que comienza el cambio de ideas que llegó a su plenitud con la renovación literaria, filosófica y política de 1830. Del soplo de los vientos de Italia al oído de Garcilaso, vino, o adquirió definitiva forma, el nuevo estilo de rimar, que dió su instrumento adecuado y magnífico a la gran literatura española; como, pasados los siglos, el duque de Rivas había de traer, de sus viajes de proscrito, el primer rayo de la aurora literaria que devolvió a la fantasía de su pueblo alguna parte de su fuerza y originalidad: viajes, estos del autor del *Don Álvaro*, como paralelos y concordantes con los que Almeida Garrett realizaba al propio tiempo, y también aventado por la discordia civil, para infundir, a su vuelta, en el espíritu patrio, el mismo oportuno fermento del romanticismo. Los legendarios viajes de Miranda, héroe al lado de Washington y héroe al lado de Dumouriez; el viaje de Bolívar por la Europa inflamada en la gloria de las campañas napoleónicas, son los resquicios que dan paso, en la clausura colonial de América, a las auras presagiosas de la libertad.

Estos viajes históricos obran generalmente por la virtud de la admiración y el entusiasmo de que el ánimo del viajero viene poseído; pero no falta la ocasión en que la eficacia de un viaje glorioso consiste, por el contrario, en la influencia negativa de la decepción y el desengaño. Si el caso es el primero, la nueva realidad conocida queda en la mente como un original, como una norma, a la que luego se procura adaptar la vieja realidad a cuyo seno se vuelve. En el segundo caso, las cosas con que se traba conocimiento defraudan y desvanecen el anticipado concepto que de ellas se tenía, o ponen a la vista del viajero males que él no sospechaba; y entonces el modelo que el viajero trae de retorno obtiéndolo por negación y oposición. Ejemplos típicos de estas opuestas formas de la influencia de los viajes, son, respectivamente, el de Pedro el Grande a los países de Occidente, y el de Lutero a la corte de Roma. Sugestionado Pedro por los prestigios de la civilización occidental, vuelve a su imperio concentrando toda el alma en el pensamiento de rehacer esta bárbara arcilla según el modelo que le obsede; y pone mano a la obra, con su feliz brutalidad de Hércules civilizador. Espantado Lutero de las

abominaciones de la Roma pontificia, adonde ha ido sin ánimo de rebelión, compara esa baja realidad con la idea sublime que ella invoca y usurpa; siente despertarse dentro de sí la indignación del burlado, la consternación del cómplice sacrílego, y arde desde ese instante en el anhelo de oponer a aquella impura Babilonia la divina Jerusalén de sus sueños.

## XCIV

*Todo viajero* en quien la observación perspicaz se anima con una centella de la fantasía, tiene, al volver, algo del antiguo aventurero de viajes legendarios; del tripulante de los buques que, allá cuando el mundo guardaba aún el hechizo del misterio, fueron a grandes cosas; del camarada de Marco Polo o Vasco de Gama, que torna de extrañas tierras con mil preseas de los climas remotos y fecundos: oro, y esencias, y marfil, y el tesoro de los cuentos pintorescos flamantes de gloria y de color, que se escuchan en corro por el auditorio suspenso y extasiado.

Para el espíritu inventor del artista el viajar es como, para melificadora abeja, el libre vuelo por prados florentísimos. Uno y otra volverán a su laboriosa celda cargados de botín. No solamente porque la imaginación, provisionada con nuevos despojos de la realidad, podrá descubrir o componer ignotas armonías, dentro de la variedad infinita de las cosas. Los que han sondado los misterios de la invención artística nos hablan de cómo, sin que a menudo lo sepamos, todos los elementos que han de entrar en una obra de nuestra imaginación están presentes y semiordenados en ella. Faltan sólo una impresión, una idea, un objeto visto, que den el toque por cuya virtud se completará y animará aquella síntesis inacabada, apareciendo viva a la conciencia del artífice y a la mirada de los hombres. Es la operación inefable y decisiva de un momento. Mientras él no llega, la obra es como el cuadro en cuarto oscuro; es como Galatea antes del beso de amor. Tal vez no llega nunca, y la obra que pudo ser gloriosa queda abismada y perdida para siempre. Pero cuanto mayor sea el cambio y movimiento de tu sensibilidad; cuantos más objetos diferentes veas; cuanto más percibas de las confidencias sutiles de las cosas, tanto más fácil será que la ocasión del dichoso toque se produzca. Así, una forma que te hiere al pasar, un matiz, un acento, un temblor



de realidad humana sorprendido en la varia superficie del mundo, pueden ser la piadosa mano que salve a una inmortal criatura de tu mente.

Los cuadros de la Naturaleza, el espectáculo de la hermosura difundida sobre lo inanimado y lo vivo, sobre la tierra y las aguas, por virtud de la forma o del color, en la inmensa tela ondulante que el viajar extiende ante tus ojos, no educan sólo tu sentido plástico y tu fantasía; sino que obran en lo más espiritual e inefable de tu sentimiento, y te revelan cosas hondas de ti y del alma humana, en cuya profundidad está sumergida tu alma individual; porque, merced a nuestra facultad de proyectar la sombra del espíritu sobre todo cuanto vemos, un paisaje nos descubre acaso un nuevo estado íntimo, y como que se descifra en la conciencia por una clave misteriosa, y abre nuevas ventanas sobre el alcázar encantado de Psiquis.

Viaje quien sienta en sí una chispa capaz de alzarse en llama de arte. Para el que no ha de saber penetrar en la viva realidad con ojo zahorí, el misterio del mundo se acaba con la estampa y el libro; pero, para el artista, todo viaje es un descubrimiento, y para artistas grandes, más que un descubrimiento, una creación. Cada vez que uno de estos magos vencedores de la Naturaleza mueve los sentidos y el alma por entre la extendida multitud de las cosas, un orbe nuevo nace, rico de color y de vida. Un grande artista que viaja es el Dios que crea el mundo y ve que es bueno. No ve el artista lo que había, creado por la mano de Dios, sino que lo vuelve a crear y se complace en la hermosura de su obra.

#### XCV

*Naturaleza y arte*, el eterno original y el simulacro excelso, la madre joven y amantísima y el hijo lleno de gracia que brinca en su regazo, compiten en provocar, con las señas que nos hacen, la sugestión que despierta las vocaciones latentes y define y encauza las que permanecen en incertidumbre. ¡Qué potestad, como de iluminación extática, puede ejercer la visión de las cosas sublimes del mundo material, en aquel que por primera vez las ve, con el candoroso júbilo, o con el candoroso pasmo, de quien las descubriera! . . . El mar . . . la montaña . . . el desierto . . . En la soledad de la selva americana, Chateaubriand encuentra la espaciosi-

dad infinita necesaria para volcar el alma opresora por las convenciones del mundo; y entonces nace *René*, y en un abrazo inmenso se juntan la grandeza de la tierra salvaje con la grandeza del humano dolor. Y en cuanto a la virtud de las maravillas del arte sobre los espíritus en quienes una facultad superior espera sólo ser llamada y sacudida, hable Italia, que sabe de esto; hablen sus ruinas, sus cuadros, sus estatuas; hablen las salas de sus teatros y los coros de sus iglesias, y si el tiempo tiene capacidad para contener tantos nombres, digan los de aquellos que, en un momento de sus viajes, sintieron anunciarse a su espíritu una vocación que ignoraban, o bien corroboraron y dieron rumbo cierto a una ya sabida; los que, como Poussin, desbastaron allí su genio inculto; los que, como Rubens, fueron a redondear su maestría en la contemplación de los modelos; los que, como Meyerbeer y Mendelssohn, en el divino arte de la música, debieron a la que allí escucharon un elemento indispensable para la integración de su personalidad y de su gloria.

Quien una vez ha hecho esta romería, queda edificado para siempre por ella. Si Milton logró preservar, dentro de sí, del humo de tristeza y de tedio con que el puritanismo enturbiaba su ambiente y su propia alma, la flor de la alta poesía, ¿en cuánta parte no lo debió a la función luminosa que el sol de Italia dejó en las reconditeces de su espíritu, desde el viaje aquel en que trabó conocimiento con la alegría de la Naturaleza y con el orden soberano de la imaginación! La austeridad teológica, la moral desapacible y árida, la limitación fanática del juicio, subyugaron, en él, la parte de personalidad que manifestó en la acción y la polémica; pero su fantasía y su sensibilidad guardaron, para regocijo de los hombres, el premio que recibió su alma de aquella visitación de peregrino.

Aún más hermoso ejemplo es el de Goethe, transfigurado por el mismo espectáculo del arte y la naturaleza de Italia. En el constante y triunfal desenvolvimiento de su genio, esta ocasión de su viaje al país por quien luego hizo suspirar a Mignon, es como tránsito glorioso, desde el cual, magnificado su sentimiento de la vida, aquietada su mente, retemplada y como bruñida su sensibilidad, llega a la entera posesión de sí mismo y rige con firme mano las cuadrigas de su fuerza creadora. Cuando, frente a las reliquias de la sagrada antigüedad y abierta el alma a la luz del Mediodía, reconoce, por contemplación real y directa, lo

que, por intuitiva y amorosa prefiguración, había vislumbrado ya de aquel mundo que concordaba con lo que en él había de más íntimo, es la honda realidad de su propio ser la que descubre y la que, desde entonces, prevalece en su vida, gobernada de lejos por la serenidad y perfección de los mármoles, limpia de vanas nieblas y de flaquezas de pasión.

## XCVI

*En el escritor* y el artista que han pasado con amor y aprovechamiento por esta iniciación de los viajes, hay un soplo inconfundible de realidad, de animación, de frescura, que trasciende de lejos, como el fragante aliento del mar, o como el aroma de la tierra mojada por la lluvia.

Este soplo más se siente que se define. Los libros que lo contienen son ambrosía de la imaginación. Contiénelo el *Quijote*, donde a cada página está transparentándose, bajo lo que se narra o describe, el hombre que ha andado por el mundo; y si nos remontamos al ejemplo original y *arquetípico*, contiénelo, con argumento aún más adecuado, la *Odisea*, en cuyos deleitosos cantos el genuino sentimiento de curiosidad y de aventura y aquella exactitud y precisión que no fallan, en la descripción de rutas y lugares, revelan claramente la experiencia del viajador: del isleño de Quíos o el costeño de Esmirna, que, antes de referir los trabajos de su héroe, ha surcado, en la balsa movida con remos, las ondas "de color vinoso" y ha gozado, entre gentes distintas, las mercedes de Júpiter Hospitalario.

En un mismo escritor es fácil discernir, a menudo, por las condiciones, ya de pensamiento, ya de estilo, la obra que precede, de la obra que sigue, a esta ocasión trascendente de sus viajes. Teófilo Gautier nació para ver y expresar lo hermoso de las cosas; pero mientras no hubo espectáculo real que cautivase sus sentidos, dominados por el instinto de lo extraordinario, su mirada anhelante, vuelta a lo interior de la propia fantasía, se satisfizo en una naturaleza de convención y de quimera. Fué el viaje a España; el viaje que dura en aquel maravilloso libro por quien la prosa entra, como bronce fundente, a tomar las formas de la realidad material, y transparente, mejor que el aire mismo, sus colores; fué el viaje a España el que reveló a Gautier la grande, inmortal

Naturaleza. Ebrío del viento tibio y la esplendente luz; hechizado por la magia oriental de Andalucía; presa de tentaciones pánicas ante los torrentes y abismos de las sierras, Gautier descubrió entonces los tesoros de la realidad, y su imaginación, encendida para siempre en el amor de los viajes, se apercibió a extenderse (así un río que se desborda, ávido de nuevos tintes y reflejos) por la inmensidad gloriosa del mundo.

## XCVII

*Si, tratándose* de la vocación del artista, la variedad de objetos propios para interesarle, favorece el hallazgo del que acertará a despertar el estímulo de la obra, otro tanto sucede con los géneros de aptitud que caen dentro de los términos de la ciencia. Un objeto que la perpetua mudanza de los viajes pone ante los ojos, mueve acaso el impulso original de atención, de curiosidad, de interés, que se prolonga en obsesión fecunda y decide a la actividad perseverante y entusiástica en determinado orden de investigación. Sea éste, por ejemplo, la historia. De paso Gibbon en la Ciudad Eterna, detiénese, un día, allí donde era el Foro; y la contemplación de las ruinas, preñadas de recuerdos, suscita en él la idea de su magno propósito de historiador. Viajando Irving por los pueblos de Europa, sin haber hallado aún la manera como debe concretar una vaga vocación literaria, llega a Castilla; reanímase en su mente, en aquellas muertas ciudades, los grandes tiempos del descubrimiento de América; busca sus huellas en los archivos y los monumentos, y esto le pone en el camino por donde ha de vincular su nombre a la inmortalidad de tanta gloria.

Pero más todavía que en la revelación de la aptitud, vese este influjo en su desenvolvimiento y ejercicio. Los viajes son escuela inexhausta de observación y de experiencia; museo donde nada falta; laboratorio cuya extensión y riqueza se miden por la superficie y contenido del mundo; y dicho esto, huelga añadir en qué grado eminente importan a la cultura y el trabajo del pensamiento investigador. Aun prescindiendo de las ciencias de la naturaleza en las que el viajar es modo de conocimiento sin el cual no se concebiría cabalmente la obra de un Humboldt, un Darwin o un Hœckel; aun en las ciencias del espíritu y de la sociedad, donde la observación sensible no es tanta parte del método, pero

es siempre parte importantísima, fácil será imaginar hasta qué punto puede acrisolarse la eficacia de la observación, en quien ha nacido para ejercitarla, con la infinita diversidad de las circunstancias y los hechos; y el apartamiento de las cosas tras que se amparan la pasión y la costumbre; y el cotejo de la versión vulgar o libresca con el hecho vivo; y el poner a prueba cada día la inducción naciente en nuevas piedras de toque, con que se lleve a sus posibles extremos de rigurosidad las que llamó Bacon *tablas de ausencia y de presencia*.

La tradición antigua, que muestra antecedita de largos y prolijos viajes la labor de los primitivos historiadores, como Herodoto; de los legisladores y educadores de pueblos, como Licurgo y Solón; de los filósofos, desde Tales y Pitágoras, no indica sólo un hecho derivado de las condiciones peculiares de una civilización naciente y menesterosa del impulso extraño: encierra un ejemplo más alto y esencial, para la disciplina del espíritu y la sólida confirmación del saber; y la oportunidad de este ejemplo persiste, aun después que los libros impresos traen al acervo común la averiguación de cada uno, y que la noticia de las cosas se transmite casi instantáneamente a las antípodas de donde se producen o de donde se piensan. Dos ilustres maestros de las ciencias políticas, entre otros que pudieran citarse, dieron prueba de tener en su justo valor la observación real y directa, que en los viajes se aplica, como medio para la originalidad y sinceridad del pensador: —Montesquieu, que cuando vislumbra la idea del *Espíritu de las leyes* dedica años de su vida a recorrer los pueblos de Europa, antes de recluirse en su castillo de Brede, a fin de concentrar el pensamiento en la porfiada ejecución; y Adam Smith, cuya magna obra *De la riqueza de las naciones* fué precedida por los viajes que, en compañía del duque de Buckleng, realizó acumulando los elementos que con la observación de cada sociedad adquiriría, para retirarse luego a elaborar esta preciosa cosecha en su casa de campo de Kirkaldi, que vió nacer a aquella Biblia de la utilidad.

## XCVIII

*Lo mismo* en las regiones de la superioridad de espíritu que en el nivel de la vulgaridad, hállanse almas constituídas para una mayor permanencia que las otras; almas que parecen sustraerse al imperio omnímodo del cambio y la evolución. Tallada su naturaleza de una vez para siempre, los sentimientos e ideas que componen el fondo de su vida se mantienen unidos y constantes, así en su número y especie como en su intensidad y en sus maneras de relacionarse o asociarse. No menos que el ser real, el aparente desconoce en ellas todo arte con que se reduzca a circunstancias distintas. Nada ganan ni pierden en el comercio del mundo, respecto del patrimonio con que entraron en él. El paso del tiempo las deja relativamente íntegras e intactas, diferenciando apenas los matices de su carácter según las condiciones de cada edad, sin llegar a removerlo en lo hondo: así la cúpula de hierro o la pared de granito, donde, a medida que el sol pasa, se pintan los cambiantes de la luz y la sombra, sin que esta modificación exterior alcance en lo mínimo a lo inmutable de su contextura.

Este tipo de almas adquiere su manifestación más característica y completa cuando las tendencias entre que se reparte la extensión de la personalidad son muy pocas y simples, y hay entre ellas una que somete con rigor despótico a las otras; de manera que a la monotonía sucesiva que nace de aquella inalterable igualdad, se une la monotonía simultánea de un conjunto psíquico en que todo se reduce a algunos elementos, muy sencillamente combinados. Pocos sentimientos o ideas, y éstos duraderos cuanto la vida misma, y convergentes dentro de la más rígida unidad: tal es la fórmula extrema de estos caracteres, que ocupan las antípodas de las almas ricas y educables, siempre en vía de formación, siempre capaces de acrecentar su contenido y modificar las relaciones entre unas y otras de las partes que lo constituyen.

Nuestra natural complejidad, que no consiente alma sin alguna lucha interior y alguna inconsecuencia, se opone a la realización perfecta de este tipo, más abstracto que humano; pero la naturaleza suele dar la perfección relativa de él: el monolito ade-

cuado para esculpir la estatua de una sola pieza, y luego la voluntad se aplica a trabajar esa estatua, por el gobierno de sí mismo, por la práctica de la única especie de educación que se aviene con la índole de tales caracteres desde que se consolidan y toman su camino en el mundo: la educación que consiste en restringir, depurar y sistematizar, cada vez más, el campo de la propia conciencia, haciendo, de día en día, más netos y fijos sus aspectos, más tiránicos los principios por que se rige. más indisolubles las asociaciones en que reposan sus costumbres; a diferencia de la educación realmente progresiva, que sistematiza y ordena, pero con cargo de aumentar correlativamente los elementos que reduce a una superior unidad.

Es el concepto de la perfección que inspiró el ideal lacedemonio, la disciplina férrea calculada para reprimir la libre y armoniosa expansión de los instintos humanos, en beneficio de un único e idólatrico deber. Es también la inmovilidad de abstención y resistencia que se predicó en el pórtico de Stoa; y es la idea que, en aquel linaje de espíritus que representan el lado adusto y ascético del cristianismo, responde al anhelo de modelarse a imitación de la absoluta permanencia de lo divino: —*Soy el Señor, y no cambio.*

Visible es la grandeza de esta forma personal en el magnetizado por una idea o pasión de calidad sublime; en el fanático superior; en el iluminado o visionario, en el monomaniaco de genio: en todas esas almas que, yendo en derechura a su objeto, cruzan, como quien anduviese por los aires, sobre los tortuosos senderos de la vida real. Figúrate la prolongación indefinida de dos instantes que en tu existencia no se reproducen sino en contadas ocasiones; figúrate que la sucesión alternativa de ambos dura y persiste, sin solución de continuidad, y que, entre ellos solos, tejen, uno la trama, otro la urdimbre de tu vida. Recuerda, por una parte, aquel momento en que una extrema atención reúne todo el ser de tu alma en un punto; ya sea cuando, deteniendo tu marcha al través de medrosa soledad, pones el oído a un rumor vago; ya cuando, resolviendo arduo problema, llegas al ápice del raciocinio, a la mayor tensión de pensamiento y de interés. Y por otra parte, recuerda aquel instante en que la pasión estalla en ti con su más ciego impulso; en que un movimiento superior a ti mismo, arrollada tu voluntad por tu emoción, junta en una tus fuerzas, las multiplica, si es preciso, con maravillosa

intensidad, y te arrebatara a defender el bien que te disputan; a atacar al enemigo a quien odias; a realizar, o hacer tuyo, el objeto que anhelas.

No de otro modo hemos de representarnos ciertas vidas: un solo término de atención, una solitaria idea, dueña y absoluta señora del alma; y por concomitante afectivo, un solo impulso de entusiasmo y deseo, supeditado a aquella idea para su servicio y ejecución. Ya es el ardor guerrero, ya la fe religiosa, ya la pasión de mando, ya el amor de la ciencia o el arte, la potestad absoluta que excluye del alma cuanto no se acomoda incondicionalmente a su dominio. No quita esto que, aun en las existencias más uniformes y fatales, haya, como en la de toda humana criatura, instantes rebeldes al orden del conjunto, gérmenes de diversidad y novedad, que podrían ser el punto de partida de una ampliación, y aun, quizá, de una sustitución, del carácter; pero si el plan de la voluntad, en vez de estimularlos, los reprime y ahoga en su nacer y no hallan fuerzas con que pasar de tales instantes y gérmenes en el transcurso de la vida, ésta mantendrá hasta el fin su imponente unidad. Ejemplos de semejante concentración anímica son: en lo religioso, San Bruno, el fundador de la Cartuja, como personificación del asceta que sacrifica al inextinguible anhelo de su fe, no ya toda otra forma superior de sentimiento, sino el natural instinto de la libertad y la prerrogativa racional de la palabra; y en lo guerrero, Carlos XII de Suecia, el conquistador que vive a perpetuidad sobre el lomo de su caballo, sin experimentar jamás una emoción de amor, ni una tentación de placer, ni una necesidad de tregua y respiro. Preciso es convenir en que el secreto de la eficacia del genio es, a menudo, esta avasalladora obsesión; la fuerza implacable de una idea que ha clavado la garra en una conciencia humana. Sólo para esa idea tiene entonces capacidad el tiempo. "Mi oración es tan continua —dice Santa Teresa de Jesús— que ni aun en sueños puedo interrumpir su curso". Nada hay que de alguna manera no confirme la idea y se le amolde: todo lo del mundo se derrite y rehace, según ella, como por la operación de un fuego divino. Para las demás ideas, ceguedad, ininteligencia, desprecio. Es la pasión de celos que suele acompañar al entusiasmo de la vocación, al fervor del apostolado: *¡Marta, Marta, una sola cosa es necesaria!*

La faz estética de estos caracteres, si se les toma en lo eminente de su especie, mira, más que a lo bello, a lo sublime. La

igualdad perenne, yendo unida a un don superior del alma; la alteza trágica de esa despiadada inmolación de todas las pasiones a una sola, dan de sí una sublimidad, ya estática y austera, como la del desierto y la montaña: la de la abnegación activa y silenciosa, la de la voluntad firmísima acompañada de poco ímpetu de sensibilidad; ya dinámica y violenta, como la del huracán y el mar desencadenado: la de una formidable pasión en movimiento; la del alma en perpetua erupción de amor o de heroísmo.

## XCIX

... Y *sin embargo*, cabe también cierta gracia peculiar en esta absorción tirana del espíritu por un solo y exclusivo objeto, que, en su grandeza o su pequeñez, circunscribe para aquél el horizonte del mundo. Cuando, por la calidad del alma y la del objeto, éste es capaz de hechizar al alma y serenarla, como *serenaba* el aire el músico ciego con el son melodioso; cuando la actividad que al objeto se consagra se desenvuelve como en rítmica y suave ondulación, sin dificultad ni esfuerzo, y entre sus anhelosos afanes florece el contento de la vida, la gracia está con la despótica idea de estos espíritus estrechos. Recuerda la idea entonces aquella única manzana que, en los versos de Safo, después de esquilado el árbol por los segadores, se ha eximido, por demasiado alta, del esquilmo, y queda sola, en rama eminente, acumulando para sí la savia y la hermosura que se hubieran repartido entre todas. Éste es el pensamiento único, el solo objeto de amor, que se albergan bajo una toca blanca de lino, nunca rizada por el soplo del mundo; o bien, la pertinacia de un curioso artífice que, sin ojos ni oídos para lo demás, gasta los años en cincelar una custodia.

## C

*Grande* es la unidad que enlaza todas las partes de nuestra existencia, bajo una idea soberana; pero más bella y fecunda si, poniendo a prueba la extensión de su fuerza ordenadora, se diversifica por la flexibilidad y la amplitud. Dentro de toda comunión, de toda fe, de toda sociedad ideal, es fácil distinguir dos especies de almas sinceras y entusiastas. Hay la entusiasta inflexible, alma

monocorde y austera; y hay aquel cuyo entusiasmo asume las múltiples formas de la vida, y consiente, generoso con su riqueza de amor, otros objetos de atención y de deseo que el que preferentemente se propone. De aquella pasta están hechos el estoico y el asceta, el puritano y el jansenista; de ésta, los espíritus amplios, comunicativos y curiosos, sin mengua de su fidelidad inquebrantable ni de su férvida consagración. De los unos y de los otros, es decir, de los perseverantes, de los entusiastas, de los creyentes, y sólo de ellos, es el secreto de la acción; pero la más alta forma de la perseverancia, del entusiasmo y de la fe es su aptitud para extenderse y transformarse, sin desleírse ni desnaturalizarse.

## LOS SEIS PEREGRINOS

Cuentan leyendas, que no están escritas, que Endimión, no el que recibió favores de Diana, sino un evangelista de quien nada sabe la Historia, recorría, después de doctrinado en Corinto por Pablo de Tarso, las islas del Archipiélago. En una ciudad pequeña de la Eubea, su palabra tocó el corazón de seis jóvenes paganos que formaron un grupo lleno de adhesión hacia él, no menos que de fe pura y sencilla. Esta comunidad naciente vivió, durante cierto tiempo, en la intimidad afectuosa con que la vida de las iglesias primitivas imitaba los lazos fraternales. Un día, un día del *Señor*, en la expansión cordial de la cena, maestro y discípulos fueron heridos de un pensamiento que les pareció una vocación: partirían a propagar la buena nueva siguiendo la ruta de Alejandro; soldados de una mansa conquista, llegarían, sobre las huellas del conquistador, hasta donde el cielo quisiera; pero juraban que no se detendría, falta de impulso, la divina palabra, en tanto que uno solo de los propagadores quedara con vida y libertad, sobre el camino, que por ellos sería, otra vez y con más pureza, glorioso.

La fe, radiante, ofuscaba la temeridad de la intención. Aún no estaba formulada la idea, y ya la impaciencia por la acción y la gloria hacía aletear las voluntades. Pero como Endimión, el maestro, necesitaba completar ante todo su viaje por la isla, convinieron que, pasado el término que para ello se consideraba menester, él y sus seis discípulos se encontrarían en un vecino

puerto, desde donde atravesarían el mar para emprender la ruta soñada.

El tiempo transcurrió para todos como en el éxtasis de una visión. Llegaron los días de la cita. Una mañana alegre, apenas provistos de pan y fruta los zurroneos, en la dirección de la marcha un claro sol, y dentro de sí, como la mano de Dios en el timón del alma, el entusiasmo, los seis amigos partieron a reunirse al maestro.

Corría, suavísimo y opulento, el otoño. La Naturaleza parecía concertar con la felicidad de los viajeros sus galas; diríase que de cada cosa del camino nacía una bendición para ellos. Sintiéndola, recogiendo en su corazón, se regocijaban y hacían sonar todo el tesoro de su sueño en joviales coloquios, cuando de improviso distrajerón su interés unos lastimeros ayes que venían de las breñas cercanas. Dirigiéronse allí, y viendo tendido entre las zarzas a un pastor que se desangraba, herido acaso por los lobos, se aproximaron a valerle. Sólo uno de los seis, Agenor, laconio, enjuto y pálido, de grandes ojos absortos, había permanecido indiferente, desde el primer momento, a los ayes, atribuyéndolos a uno de los mil rumores del viento; y extraño a todo lo que no fuese la idea sublime a cuya ejecución se encaminaban; en la impaciencia de ver convertirse en realidad las imágenes deslumbradoras de su sueño, se había negado a desviarse y a esperar que se satisficiera la curiosidad de sus amigos. Agenor siguió adelante, como en el ciego ímpetu de una fascinación.

Ellos, en tanto, después de haber lavado y vendado con jirones de sus propias ropas las heridas del rústico, le condujeron a su choza, que descollaba a cierta distancia, sobre una ladera donde se columbraban restos dispersos del hato. Allí, prolongando sus cuidados, les sorprendió la noche. Cuando, abriendo la aurora, llegó el momento de partir, he aquí que Nearco, otro de los seis compañeros, permaneció apartado y melancólico, con el aire de quien no se resuelve a hacer una confidencia dolorosa. Instáronle los demás a confesar lo que sentía. —Sabéis —dijo Nearco—, que, desde que este episodio nos obligó a alterar por compasión el rumbo que llevábamos, me entró en el alma la duda de la inoportunidad de nuestra empresa, y oí una voz interior que me decía: "Si hay tanto y tan desamparado dolor, tanto abandono y tanta impiedad cerca de nosotros donde emplear el fuego de caridad que nos inflama, ¿por qué buscar objeto para él en climas extra-

ños y remotos?" Me dormí con este pensamiento en el alma; y soñé; y así como el apóstol vió en sueños la imagen del macedonio que le llamaba, lo que él interpretó como un ruego de que fuera a redimir a los suyos, a mí se me apareció la imagen de este pastor que, intentando yo continuar el viaje, me cerraba el camino, y lo aparté para avanzar; y entonces, en los enebros y las zarzas a cuyo lado le encontramos, sentí que se enredaban mis ropas y me detenían...

Dicho lo cual, Nearco, en quien un sueño disipó el encanto de otro, abrazó a sus amigos, que ya daban cara al sol para continuar su ruta, y volvióse en dirección a la ciudad.

El grupo siguió, con entusiasmo intacto, adelante. De los cuatro que lo componían ahora, Idomeneo parecía ser el que, por su superioridad, llenaba la ausencia del maestro. Él había sido el primero en percibir y atender los ayes del herido. Era de Atenas; era suave, inteligente, benévolo. En su fisonomía se reflejaba algo de la inquietud con que se significaría la curiosidad espiritual de un estudiante y algo de la ternura con que se expresaría el omnímodo amor de un panteísta. Pero el sello de expresión más hondo lo imprimía el dulce estupor con que aún lo embargaba la inmensidad de la fe nueva que había conquistado su alma.

Cuando en los bordes de algún soto vecino asomaba una lozana flor silvestre, Idomeneo, desviándose, se acercaba a admirar su forma, su color, o a aspirar su perfume. Cuando el viento traía, de cercanas cabañas de pastores, un son de zampoña o caramillo, o bien si una cigarra levantaba su canto, Idomeneo se detenía un instante a escuchar. Cuando una guija pintada lucía entre la arena del camino, Idomeneo, con el afán de un niño, la recogía, y bruñéndola, la llevaba en la mano. Y cuando allá, en la profundidad del horizonte, un ave o una nube pasaban o se descubrían el triángulo blanco de una vela sobre la línea oscura del mar, el alma del neófito parecía tender presurosamente hacia ellos sobre el riel de una mirada anhelante...

Ya el sol había templado la fuerza de sus rayos cuando los viajeros vieron aparecer, en la caída de una loma, las casas dispersas de una aldea.

Gigante encina descollaba, en lo más avanzado del lugar, sobre los techos, que esmaltaba el oro de la tarde; y en derredor del árbol veíase un gran grupo de gente, que formaba corro, con

muestras de atención y respeto. Preguntando a unos labradores que habían interrumpido su trabajo para dirigirse hacia allí, supieron que era un cantor ambulante, mendigo consagrado por la vejez y por el numen, que todos los años recorría, en ocasión de las cosechas, aquella parte de la isla. —¿Oigámosle? —propuso Idomeneo.

Acercándose al corro, los cuatro amigos se empinaron para ver al cantor. Un soplo de antigüedad heroica llegó a ellos. Todo lo del Homero legendario reaparecía en una dulce y majestuosa figura; el continente regio, la luenga barba lilial, la frente olímpica; a la espalda el zurrón, la lira a la cintura, el nudoso báculo en la diestra, el can escuálido y enlodado a sus plantas. Hízose un silencio solemne; y desatando al dios ya inquieto en su seno, el mendigo cantó; y sobre el aliento de sus labios, mientras las manos trémulas tocaban las cuerdas de la lira, flotaron cosas de historia y de leyenda, cosas que estaban en todas las memorias, pero que parecían recobrar, en versos ingenuos (tal como se serena el agua en cántaro de barro), la frescura y resplandor de la invención. Cantó del germinar de los elementos en las sombras primeras; de la majestad de Zeus; de los dioses y sus luchas sublimes; de los amores de las diosas y de los hombres. Cantó de las tradiciones heroicas: Hércules y Teseo lidiando, en el amanecer del mundo, con monstruos y tiranos; la nave que busca el vellocoino; Tebas y su estirpe fatídica... Mostró después la cólera de Aquiles, y a Héctor en los muros de Ilión; y luego, a Ulises errabundo, los encantamientos de Circe; y la castidad de Penélope. Todos escuchaban arrobados; Idomeneo, con la expresión del que contempla una imagen que evoca en él el recuerdo de otra más bella o más querida; Lucio, uno de sus tres compañeros, con gesto en que alternaban el embeleso y la angustia. —Este canto divino —dijo Lucio— me ha hecho sentir de nuevo la hermosura de los dioses que abandonamos. Conozco que mi fe ha sido herida de muerte por el poeta... —Tu fe era débil —contestó Idomeneo—; yo siento magnificada y victoriosa la mía; yo guardo para mí el dulzor del canto, y, como se arroja la corteza de la almendra, desecho la vanidad de la ficción.

Pero, insistiendo Lucio en su arrepentimiento, sólo siguieron viaje Idomeneo, Merión y Adimanto. A mitad de la jornada siguiente, atormentados por la sed, divisaron, no lejos del camino, el mirador de una alquería, y se dirigieron a ella. La casa estaba

ceñida, en ancho espacio, por un huerto frondoso, que vides opulentas, enlazadas por todas partes a los árboles, adornaban con el oro de sus sazones. Cuando los viajeros llegaron, vieron que se preparaba en el huerto la vendimia. Ocupábanse unos en remover toneles y disponer para la obra el lagar. Otros afilaban, para segar los racimos, hoces que llenaban de desapacible música y de rojas chispas el aire. Un grupo de mujeres tejía los cuévanos y las cestas de mimbre para recogerlos. Por dondequiera reinaba la animación comunicativa con que se anuncia el trabajo preparado de buena voluntad; la animación que provoca el desasosiego del estímulo en los corazones y los brazos robustos.

Satisfecha su sed, los viajeros hacían señal de despedirse, cuando el viñador preguntóles si querían quedarse aquella tarde y ayudar a las faenas, porque sus hombres eran pocos, y debía apresurar la vendimia, a fin de terminarla para el día que había indicado su señor. Agregó que hasta la otra mañana no vendrían de los pueblos vecinos los braceros que necesitaba, y que el tiempo que ganaría con el auxilio de los huéspedes sería bastante para evitar la demora y el castigo.

Ellos, que no habían permanecido insensibles a la sana tentación del trabajo; que recordaron la parábola de los pocos obreros para la mucha mies, y que agradecían, además, la hospitalidad que habían recibido, accedieron, y puestos a la obra, no fueron avaros de sus fuerzas. Adimanto contribuyó a recolectar los racimos, Merión a transportarlos, Idomeneo a la faena del lagar. La jornada acabó con tal suma de adelanto, que el viñador, lleno de júbilo, abandonó sus temores. Empezó luego la fiesta con que se celebra la vendimia, junto al báquico altar que descollaba en lo más alto del huerto, bajo grotesca arquitectura de ramas. Los vendimiadores fueron congregándose allí, mientras se distribuía, con prodigalidad, vino de anteriores cosechas. Cuando recibieron su parte, Idomeneo invitó a los suyos a beber, al modo de los festines eucarísticos. Apartándose de los demás algún espacio, levantaron las copas. En alto las miradas extáticas, invocaron el nombre del Señor. Y como dos zuritas, de las que acudían a picar en el suelo granos dispersos de la uva, cruzasen en aquel mismo instante sobre ellos: “¡Irene y Agape!”, dijo con gracia mística el de Atenas, recordando a las dos escanciadoras invisibles, mientras un rayo de sol inflamaba en las copas levantadas al aire el oro burbujeante del vino...

Poco después, siendo ya de noche, y en el deseo de estar en pie con la aurora, los tres amigos buscaron un rincón protegido por los árboles y se tendieron a dormir. Pero en los ojos de Merión, beocio que llevaba en el semblante los rasgos de la sensualidad, el vino había dejado un toque de luz cálida. Sentíase allí cerca la agitación del festejo que congregaba a los trabajadores en derredor del arca del dios. El circular de sarmientos encendidos pintaba de fuego las sombras de la noche. Por todas partes parecía vagar, en libertad, el alma del vino. En el viento, embriagado con las exhalaciones del lagar, venían risas, canciones y el resonar de rústicos instrumentos, que denunciaba alegres danzas. Merión, incorporándose, levantó su copa del suelo y se perdió, con paso sigiloso, en la sombra.

Aún no se había disipado la fiesta cuando sus dos amigos saludaban de pie la bandera de la mañana, que les mostraba la dirección de su camino. No encontraron a Merión junto a ellos. —“¿Estás despierto, Merión?”— Tendido en tierra, desceñido, faunescos, coronado de pámpanos, como Dionysos joven a la sombra de las grutas de Nisa, el beocio les respondió, cuando le hallaron, alargándoles negligentemente su copa. Idomeneo y Adimanto partieron.

Y ¿qué era en tanto de Agenor, el que desde la primera jornada se había adelantado, en su impaciencia, a los otros? . . . Agenor había llegado acaso al término del viaje, o tal vez seguía adelante, como en el ciego ímpetu de una fascinación.

A poco andar, Adimanto e Idomeneo vieron abrir a su paso una hermosísima llanura, por donde el camino serpeaba con deliciosa volubilidad, como atraído a un tiempo por mil cosas. Blancas aldeas, rubias y onduladas mieses; ruidos bosques, a cuyos pies se deslizaba la corriente sosegada de un río, y en lo remoto, el mar azul y profundo. Caminaban absortos en la contemplación, cuando, percibiendo de cerca un aroma de manzanas silvestres, traspusieron, no sin esfuerzo, el natural vallado que orillaba el camino; y el soto más ameno, la más risueña espesura rústica que pueda imaginarse, apareció ante sus ojos y los envolvió en la fragancia de su aliento. Bajo la bóveda que extendían los árboles más altos tejía la vida una gloriosa urdimbre, entre la cual formaba caprichosos cambiantes con la sombra la luz que descendía tenuemente velada. De aquí y de allá partían, buscando el corazón de la espesura, senderos estrechos y tortuosos, y no tardaron en oponerse a

su paso las vigilantes zarzas y las hiedras cuajadas de corimbos. Los frutos, todavía sujetos a la rama, veíanse en tan gran copia como los que, ya desprendidos, yacían en el suelo y le alfombraban de tintes más oscuros que los que desparramaban los otros por el aire. A pesar del otoño, no escaseaban, junto a esta riqueza, galas más tempranas que el fruto. Y todo estaba virgen, radiante, como húmedo aún de la humedad del soplo creador. Fresco aposento de quién sabe qué divinidad esquiva, no había señales de haber tocado en aquel retiro planta humana. A medida que se internaban en lo espeso del soto, Idomeneo sentía cómo iba estrechándole el alma, dulcemente, el abrazo de la Naturaleza, y se abandonaba sin recelos a él. Admiraba, con la admiración que pone húmedos los ojos, todo cuanto le rodeaba; parecía beber con delicia en el ambiente; perdíase de intento allí donde formaban más hondo laberinto las frondas; tenía dulces palabras para las flores que le embalsamaban el camino; se detenía a grabar el signo de la cruz en la corteza de los árboles, como en el corazón de catecúmenos; recordaba, de los libros sagrados, el Paraíso y la tierra que mana leche y miel; los cedros del Líbano y las rosas de Jericó, y el fondo de imágenes campestres del Evangelio. Como en la copa donde se mezclan dos vinos para mitigar los humos del más fuerte, en él el entusiasmo, la embriaguez de la vida, cosa de su raza, que, sin él quererlo, subía de las raíces de su ser, se dulcificaba con el sabor de la fe nueva, con el recuerdo del dios que también había sabido detenerse ante la gracia de un ave, de una colina o de una flor . . . Idomeneo bautizaba toda aquella hermosura al difundirse en ella por obra del amor, que identifica el alma y las cosas.

Pasóse el tiempo en aquel vagar infantil y les sorprendió en la soledad del monte, el crepúsculo. Sus sombras graves parecieron una reconvención a Adimanto. Cuando, a la mañana siguiente, Idomeneo recordó que sólo faltaba una jornada para terminar el viaje, y se echó al hombro el zurrón con renovado júbilo. Adimanto confesó tristemente que no se atrevía a ponerse en presencia del maestro . . . Pensaba que los recibiría con severidad por su tardanza, si es que ya no había partido a la llegada de Agenor; y a pesar de las instancias de su compañero, se despidió y marchó cabizbajo a desandar su camino.

Idomeneo, solo ya, siguió adelante. No tardó en divisar, sobre la playa graciosamente enarcada, las casas blancas y risueñas de una ciudad marina, y las palmeras que la engalanaban agitándose



con señas como de llamamiento, que le parecieron dirigidas a él. Inquirió, por los que se hallaban a la puerta de alguna finca rústica o ejerciendo las labores del campo, si había pasado en aquella dirección Agenor, y conoció que sí, cuando le describieron la prisa, como de quien huye; el gesto estático, que habían admirado días antes en un extraño pasajero; su palidez, el cansancio, inconsciente o desdenado, que revelaba, y la indiferencia con que proseguía, en medio de la curiosidad de los que se detenían a observarle. —¡Parecía un sonámbulo! —decían.

Tal como estas noticias lo pintaban, Agenor había llegado al término del viaje en un solo impulso de deseo desde su partida, insensible a la fatiga de su cuerpo, insensible a los accidentes del camino, insensible al espectáculo de la Naturaleza. No bien llegó, cayó extenuado a las plantas del maestro, aunque, más feliz que el soldado de Maratón, no fué sin vida. Durante tres mañanas y tres tardes, maestro y discípulo consultaron, de lo más alto de la ciudad, como desde una atalaya, la dirección por donde esperaban ver venir a los otros, hasta que apareció Idomeneo, y por él supieron, dolidos mas no desalentados, la inutilidad de esperar más. Endimión puso a Agenor a su derecha, puso a su izquierda a Idomeneo, y, entonando uno de los salmos que cantan la felicidad del caminante, marchó con ellos hacia el mar. Nubes extrañas fingían maravillosas rutas en el confín del horizonte. La vela de la nave que los conduciría palpitaba sobre las aguas turbias e inquietas, a modo de un gran corazón blanco...

Y así, junto al maestro que representaba para ellos la verdad, inmunes a las tentaciones a que habían sucumbido los discípulos que, por veleidosos o cobardes, no continuaron el camino, partieron: Agenor, el entusiasmo rígido y autero, la sublime obsesión que corre arrebatada a su término, con ignorancia o desdén de lo demás; Idomeneo, la convicción amplia, graciosa y expansiva, dueña de sí para corresponder, sin mengua de su fidelidad inquebrantable, al reclamo de las cosas; el convertido de Atenas que, de paso para su vocación, supo atender a las voces con que lo solicitaron la caridad, el arte, el trabajo, la Naturaleza, y que de las impresiones recogidas en lo vario del mundo, formaba, alrededor del sueño grande de su alma, un cortejo de ideas...

## Cí

*A través* de todas las transformaciones necesarias de nuestra vida moral, perdure en ella, renaciendo bajo distintas formas, manifestándose en diferentes sentidos, nunca enervada ni en suspenso, una potencia dominante, una autoridad conductora; principio, a un tiempo, de orden y de movimiento, de disciplina y de estimulación.

En la esfera de la voluntad, sea ella un propósito que realizar, un fin para el que nuestras energías armoniosamente se reúnan. En la esfera del pensamiento, una convicción, una creencia, o bien (no olvides esto) *un anhelo afanoso y desinteresado de verdad que guíe a nuestra mente en el camino de adquirirlas.*

Sólo por la sustitución positiva de ambas potestades será eficaz nuestro desasimiento de las que en determinado instante nos dominan, porque para emanciparse de una fuerza, no hay medio sino suscitar en contra de ella otra fuerza. Y sólo por la función que es propia de ellas, entonaremos nuestra vida, impidiéndola adormecerse en el estancamiento del ocio, o disiparse en la estéril fatiga del movimiento sin objeto.

Vano sería que, con menosprecio de la complejidad infinita de los caracteres y destinos humanos, se intentara reducir a pautas comunes cuáles han de ser tal propósito y tal convicción: bástenos con pedir que ellos sean sinceros y merecedores del amor que les tengamos. No juzguemos tampoco de la realidad y energía de estos principios directores poniéndoles por condición la transparencia, la lógica y la asiduidad con que aparezcan en la parte de vida exterior de cada uno. Aún más: bien pueden ellos asistir en un alma sin concretarse en idea definida y consciente: sin que el alma misma lo sepa; como bien puede ceder a una atracción aquel que piensa que se mueve con voluntariedad; y no por esta causa es fuerza que sea menor la eficacia y poder de tales principios. Así, mientras hay quienes presumen de llevar en sus actos una superior finalidad y de alimentar en su alma una creencia, y todo es vanidad y engaño, porque las que toman por tales no son sino mirajes de su fantasía, sombras que tocan y no mueven los resortes de la voluntad, hay también quienes, alardeando quizá de indiferentes, o acusándose de escépticos, llevan, muy abrigada y en seguro, una

luz interior, una oculta fuerza ideal que, sin que ellos lo sepan, concierta y embalsama su vida, guiando con el tino genial de lo inconsciente, sus pasos, que ellos consideran errabundos, y su corazón, que ellos tienen por santuario sin dios...

## CII

*Dicen de San Pedro de Alcántara* que, por el hábito humilde de llevar siempre puestos en el suelo los ojos, no supo nunca cómo era el techo de su celda. Imaginemos que pueda suceder otro tanto al escritor a quien la continuidad de fijar la vista en el papel acostumbra de mirar a lo alto de su estancia; o bien al hombre apesadumbrado, al reflexivo, al encorvado por enfermedad o vejez. Pues a pesar de este desconocimiento del techo bajo el cual pasan la vida, en cuanto ven y perciben a su alrededor hay una modificación que procede virtualmente del techo. Porque él *domina*, de todas veras, en la estancia; y no se reduce a ser en ella límite y abrigo, ni a completar y presidir la apariencia, sino que, a modo de genio tutelar, asiste en el ambiente y las cosas. Por su color y pulimento, el techo influye en el grado de la luz. Según la especie de su composición, refuerza o atempera el calor. Por su forma y altura, rige en el modo como se propagan los sonidos. La reverberación de ese espejo, el matiz de esa tapicería, el tono de ese bronce, algo, de intensidad o atenuación, le deben. Ejércese su imperio sobre el eco que levanta la voz y sobre el rumor que hacen los pasos: todo está en relación de dependencia con él.

Así, una soberana idea, una avasalladora pasión, que ganan la cúspide de nuestra alma, influyen, en nuestros pensamientos y obras, mucho más allá de su directo y aparente dominio; y si bien no alcanzan nunca a sojuzgar del todo las discordancias y contradicciones que nos son connaturales, participan a menudo en lo que parece ajeno y remoto de sus fines. Y aunque tal idea o pasión permanezcan, como suelen, fuera de la luz de la conciencia, y tú no sepas cuál es la fuerza ideal que tiene mayor poder sobre ti, —nuevo Pedro de Alcántara que desconozcas el techo de tu celda— porque la olvidas imagines que la alejas, ella, mientras no sea arrancada de raíz, influirá constantemente en tu alma; ella dominará—; o aunque sabiéndolo, apartes de esa fuerza el pensamiento, y tu vida espiritual, hasta el punto que no se dará dentro de ti cosa relativamente duradera que no lleve, en algo, su reflejo.

Por esta razón, no es menester que una suprema finalidad a que consagramos nuestra vida, ahuyente, celosa, de su lado, a las otras que quieren compartir con ella, en menor parte, nuestro amor e interés. Déjelas vivir; y secreta y delicadamente, las gobernará y aplicará a su antojo; y lejos de tener en ellas rivales, tendrá amigas y siervas. Tal vimos que pasaba en el espíritu de Idomeneo, que, concediendo su atención a las cosas del camino, en todo lo que sentía y admiraba ponía un recuerdo del móvil superior que le llevaba sin premura a su término.

## CIII

*La imagen* fiel, el caso ejemplar, de esta omnipresencia de una idea que ocupa el centro del alma, es el espíritu del enamorado, que se agita en mil lides y trabajos del mundo, sin que por ello se aparte en un ápice de su pasión. Un grande amor es el alma misma de quien ama, puesta en una honda, original armonía; de suerte que todo lo que cabe dentro de ese vivo conjunto, está enlazado a aquel amor con una dependencia semejante (por no negar palabras a otra imagen que me las pide) a la que vincula a la varia vegetación de una selva con la tierra amorosa de cuyo seno brotan los jugos que luego ha de transformar cada planta según las leyes propias de su generación. Todo lo de la selva: la frondosa copa y la yerba escondida; la planta que compone el bálsamo y la que produce el veneno; la que despidе hedor y la que rinde perfume; la serpiente y el pájaro: todo lo de la selva se aúna y fraterniza dentro de la próspera maternidad de la tierra. Así, a un grande amor no hay recuerdo que no se asocie, ni esperanza y figuración del porvenir que no esté subordinada. Cuanto es estímulo de acción, cuanto es objeto de deseo, viene derechamente de él. Él preside en la vigilia y el sueño, numen del día y de la noche; y si hay un acto o pensamiento en la vida que parezca ajeno a esta concorde unidad, pronto una mirada atenta encontrará la relación misteriosa; como cuando miramos el reflejo de la orilla en el agua, y vemos, entre otras, una forma fluctuante que no parece corresponder a cosa de afuera, hasta que luego la atención descubre que aquello viene, como lo demás, de la orilla.

## CIV

Con esta aptitud de una potencia directora del alma, para avasallar, habilidosa e indirectamente, todo lo que medra en torno de ella, sin necesidad de propender a quedar solitaria y única, tiene congruencia el tema que llamaré de la *asociación* o la *subordinación* de vocaciones. A los casos en que el tiránico y receloso absolutismo de una vocación, como el que indicamos en Carlos XII y en Bruno, hiela y aridece el espíritu para cuanto se aparte de una perenne idea, pueden oponerse aquellos en que una vocación predominante, sin disminución de su fervor, sino, por el contrario, persuadida de este mismo, suscita y estimula otras vocaciones secundarias, conviviendo con ellas y empleándolas como instrumentos suyos, con lo que se resarce de la parte que les cede de fuerza y atención.

La universalidad legitimada por una omnimoda e igual suficiencia es privilegio rarísimo; y aquella falsa universalidad que disipa en aplicaciones vagas y dispersas las energías que pudieran ser fecundas si se las fijara un objeto constante, es como rasero que allana todo relieve del pensamiento y de la voluntad; pero la unión de dos, y aún más, vocaciones, cuando las vincula una correlación orgánica, que hace que se complementen o auxilien entre sí, es eficaz y dichosa armonía que la Naturaleza frecuentemente concierta, y constituye un interesante sujeto a que referir la observación de los espíritus.

Veces hay en que no puede hablarse de asociación de dos vocaciones, ni de subordinación de la una a la otra, sino sólo de coexistencia. Viven ambas en incomunicación, sin que las enlace ni una afinidad esencial, proveniente de su índole y objeto, ni una relación que traben accidentalmente en la unidad personal de quien las reúne. Cada vocación es un sistema autónomo, y como un alma parcial, que se manifiesta por actos a que para nada trasciende el influjo de la otra. Ejemplo de ello hallaríamos en la personalidad de Garcilaso, movida, a un tiempo, por los númenes de la guerra y de la poesía, y en quien el poeta no se acordó jamás de que era a la vez heroico soldado, porque cantó, no glorias épicas, sino escenas pastoriles y tiernos amores. Serían ejemplo de ello, también, los sabios en las ciencias de la naturaleza que, como Arago

y como el químico Dumas, concedieron parte de su tiempo a la acción o la propaganda política. Pero, con mucha más frecuencia, dos vocaciones que coinciden en una sola alma, mantienen entre sí relaciones, más o menos claras y directas, de ayuda y colaboración. Y aún cuando no concurren, ni tengan modo de concurrir, a un objeto común, sino que aparentemente se separen para la obra, esas dos aptitudes que un mismo espíritu abarca, suelen auxiliarse, cada cual desde su campo, de tan eficaz y recíproca manera, que se las compararía con el alga y el hongo contenidos en la unidad maravillosa del líquen: asociación inquebrantable, conmovedor ejemplo de mutuo socorro para las primeras luchas por la existencia, en que el alga toma del hongo la humedad que ella no tiene y necesita, y el hongo toma del alga los principios asimilables que él no podría elaborar por sí. Cada aptitud proporciona a la otra elementos, sugerencias, estímulos, medios de disciplina o de opresión.

Pocas veces este lazo solidario entre dos aptitudes que comparten la extensión y fuerza de un espíritu, está fundado sobre tan justa reciprocidad y tan exacta proporción, que no sea posible señalar cuál de las dos descuella y tiene el mando; aunque no por esta preferencia de una ha de entenderse que el beneficio de la unión sea para ella sola, sino común a entrambas; a la manera como hay común interés en las relaciones entre el amo y el obrero, o entre el maestro por oficio y el alumno. Aun en aquellos espíritus universales en que multitud de aptitudes se congregan, determinando una como ausencia de vocación diferenciada y precisa, no es difícil empeño acertar con la nota fundamental. Así, en don Alfonso el Sabio predomina el carácter del legislador; en el Dante, el del poeta; en Raimundo Lulio, el del filósofo; el del pintor en Leonardo de Vinci.

## CV

Indiquemos algunas de estas subordinaciones de aptitudes. Las distintas formas de vocación *contemplativa*, entendiéndose por tal la que se cifra en el ejercicio del pensamiento y el cultivo de la ciencia o el arte, aparecen frecuentemente en el espíritu del hombre de acción, como medios encaminados al logro del objeto que persigue su voluntad: como auxiliares de esta preponderante vocación activa. Así en los grandes capitanes y en los grandes conduc-

tores de multitudes, a quienes la posesión de cierta facultad literaria ha servido, ya para realzar la influencia de su personalidad y su ejemplo con el poder arrebatador de la palabra caldeada en las fraguas de la pasión y del arte; ya para esculpir ellos mismos, con la narración de sus hazañas, el pedestal de su inmortalidad: Jenofonte, Josefo, Julio César, Bonaparte, Bolívar . . . Así también en los hombres de Estado, consejeros y agitadores, para quienes la aptitud oratoria, incluyendo, como especie de ella, la de la propaganda escrita, propia de nuestra Ágora moderna, ha sido instrumento eficaz de su principal carácter de hombre de acción: Pericles, Lord Chatham, William Pitt, Dantón, Guizot, Thiers . . . ; y aun pudiera decirse que es de la naturaleza de este don de la oratoria elocuente, no manifestarse en su plenitud sino por semejante consorcio o vasallaje; porque el don de la oratoria no es grande por sí: es grande como aptitud subordinada al arte soberano de la acción, de donde toma, no sólo su transitoria utilidad, sino también su perenne y peculiar belleza. Subordinanse igualmente las letras a la acción de aquellos otros hombres políticos que han dejado la sustancia de su experiencia, o la historia de sus recuerdos, en obras que la posteridad lee, no únicamente por su interés histórico, sino por su valer literario: como Maquiavelo, como Antonio Pérez, como Felipe de Comines. Y subordinanse también en los descubridores y exploradores que han sabido reflejar, en páginas donde circula el aire y la luz, la emoción de las aventuras gloriosas, y la palpación de la naturaleza sorprendida en su desnudez y candor: desde el más alto de todos, desde Colón, con la pintoresca e ingenua poesía de ciertos pasajes de su *Diario*.

Relación semejante ofrece el espíritu del apóstol favorecido con la virtud, ya cariciosa, ya flageladora, de la expresión, o que resueltamente penetra en los términos del arte para pedir a la obra bella, alas con que propagar su doctrina. Del anhelo de comunicar la propia fe y de mover el impulso de la caridad, fluye en los siglos ese doble río de elocuencia; poderoso, encrespado y bramador en Crisóstomo, en Tertuliano, en Jerónimo: de cuya casta de espíritus viene el alma de fuego de Lamennais; manso, suave y arrullador en Ambrosio, en Gregorio Nacianceno, en Basilio, que prestan el secreto de su gracia a Fenelón y a Francisco de Sales. Y tanto en el pastor que se auxilia de la palabra para formar o conducir una piadosa grey, como en cualquier otra especie de hombre de acción que sea dueño a la vez del don de

la forma, frecuentemente ocurre que esta aptitud subordinada es la que lleva en sí el superior merecimiento y la promesa de la gloria cierta, por más que la mayor intensidad de la vocación y del anhelo esté de parte de la otra; y quizá cuando ha pasado la virtud de la palabra para mover las voluntades, su hermosura aparece mejor, más limpia y patente; al modo como, quebrada la redoma, trasciende y se difunde el bálsamo.

Pero no es sólo la aptitud de hablar o escribir bien lo que, en los espíritus preferentemente consagrados a las obras de la voluntad, vale como potencia accesoria de la acción. Otras maneras de arte se prestan igualmente a desempeñar ese auxilio. Cómo la facultad de la composición musical, subordinándose a la vocación del apóstol, del reformador, la sirve de instrumento precioso de convocatoria y simpatía, muéstralo el *Choral-Buch* de Lutero, donde la conciencia religiosa emancipada y entonada halla su expresión en el lenguaje sublime a que dos grandes almas, encendidas en igual fuego de original y cándido fervor: Ambrosio, el mismo de la suave elocuencia, y Gregorio Magno, dieron norma y medida cuando los balbuceos de la fe. Y si en las notas de la música cabe el genio de propaganda del apóstol, cabe también en los colores y las líneas; y el apóstol pintor encarna en la figura de Metodio, el monje griego que, poniendo ante los ojos de Bogoris su *Juicio final*, comunicó al pecho del rey búlgaro la llama de piedad que le había movido a pintarlo.

Esta tendencia de la vida de acción, el apostolado religioso, préstase, más que otra alguna, para ejemplo de cómo una vocación que pertenece al orden de la voluntad, suscita y mantiene bajo su amparo y sugestión otras vocaciones, de la voluntad misma o del pensamiento. Cuando la vocación religiosa asume forma ascética y contemplativa, es, por su aciaga fuerza de inhibir y sofocar todo expansivo impulso del alma, ejemplo cabal de lo contrario: ejemplo cabal de vocación que se recoge a su centro y queda en monótona quietud; pero si tiende a la acción y al proselitismo, entonces, por la propia razón de que dispone de los más formidables apasionamientos y las más imperiosas disciplinas que puedan subyugar la naturaleza del hombre, da aliento e inspiración a diversísimas actividades y vocaciones secundarias, que se desenvuelven en el arte, o en la ciencia, o en las más varias direcciones de la vida activa. Una comunión de creyentes ha menester las normas de un culto; y así para la eficacia de este medio de obrar sobre la ima-

ginación y la sensibilidad, como para realzar la dignidad del obsequio que tributa a su Dios, propende a acoger en su regazo los primores y magnificencias del arte: ya levantando las columnas y torres de sus templos; ya tallando en la piedra sus imágenes venerandas; ya fijándolas, por el color, en el lienzo; ya cincelando el oro y la plata para las alhajas del altar; oficios todos que se confundieron con la misma profesión religiosa, en los monjes arquitectos, escultores, imagineros y orífices de los tiempos medios; ya expresando y comunicando la emoción por los sonos de la música, que, hasta después de entrado el siglo xv, fué también oficio de eclesiásticos; ya, finalmente, recurriendo a la virtud de la palabra, en la oratoria y el himno. Pero, no satisfecha con los auxilios del arte, esta idea avasalladora requiere los de la ciencia, y los de distintos géneros de acción. Desde luego, aspira a prevalecer por la enseñanza, y esto determina una vocación pedagógica, que se complementa, para el gobierno perenne y sutil de las conciencias, con la práctica de la observación del psicólogo y el moralista; y además vincula a sus propósitos el ejercicio de la caridad, lo que la pone en fácil relación con la ciencia de curar los males del cuerpo, ciencia que, subordinada a la inspiración caritativa, imprime carácter a la figura del monje cirujano, del famoso Baseilhac. Por otra parte, una fe religiosa tiende, de suyo, a expandirse, a llegar a remotas gentes, a convertir a los que permanecen fuera de la verdad que ella cree poseer: y de aquí nacen dos vocaciones tributarias, que, como las demás de esta especie, trascienden más allá de su inmediata finalidad piadosa: la vocación científica del filólogo y la vocación activa del explorador. El impulso a estudiar las lenguas bárbaras o extrañas, para buscar camino por ellas en el corazón del infiel; impulso que llevó a Raimundo Lulio, en su reclusión del Monte Randa, a sumergirse en las fuentes de la ciencia árabe, y que contribuyó poderosamente a iniciar a la Europa cristiana en el conocimiento del árabe mismo y del hebreo, fué también el que inspiró a los misioneros españoles y portugueses que, yendo tras las huellas de los conquistadores, trajeron a la filología el estudio de las lenguas americanas, y dilataron o perfeccionaron el de las asiáticas. La vocación del explorador de tierras incógnitas, identificada con la del misionero, aparece, aun modernamente, en espíritus como el de Livingstone, que llevaba consigo, a lo ignorado del África, junto con los instrumentos de la observación científica, la Biblia del evangelizador.

Como la vocación religiosa, las demás manifestaciones de la vida de acción: la del soldado, la del navegante, la del político, toman con frecuencia también bajo su protección y tutela, actividades del espíritu, que no se reducen a la que indicamos ya, de la expresión literaria. Documentos de esto son aquellas mismas obras en que marinos, hombres de gobierno y guerreros, han dejado testimonio de sus hechos y de su experiencia; siempre que en las páginas de tales obras predomine, sobre los prestigios de la forma y el arte de la narración, el caudal de observaciones recogidas en el trato con la naturaleza física, o de nociones referentes al arte de la guerra, o la ciencia y el arte de la política. Montalembert es ejemplo de ilustre capitán, cuya eminente aptitud en las ciencias que tienen conexiones con la profesión de las armas, le valió para unir a los lauros de la acción, y aun mejor ganados, los del estratégico teórico. Igual cosa se diría del archiduque Carlos, que después de resistir gallardamente a los ejércitos de Napoleón dejó, por fruto de su experiencia y su saber, dos obras clásicas en la estrategia.

Una patente demostración, social o colectiva, de cómo una apasionada efervescencia de las energías de la acción provoca y estimula, como actividad subordinada, los afanes del conocimiento científico, particularmente en su aplicación a las artes de la utilidad, ofrécela la Francia revolucionaria: cuando, respondiendo la Convención al doble propósito de la defensa nacional y de la consolidación del nuevo régimen político, mantiene, en los espíritus electrizados por los entusiasmos de la libertad, aquella emulación de descubrimientos e invenciones con que poner, en manos del heroísmo, más poderosas fuerzas: de donde nacieron el telégrafo de señales, los primeros ensayos de la aerostación militar, el perfeccionamiento de la fabricación del acero y de la pólvora; mientras en esfera más alta y permanente, el nuevo espíritu alentaba la reorganización de la enseñanza común y de toda suerte de estudios; congregándose, para las distintas manifestaciones de esta obra del saber puesto al servicio de una acción titánica, entendimientos científicos como el de Condorcet y el de Lagrange, el de Berthollet y el de Fourcroy. — En pasados siglos, los romanos de Marcelo habían visto multiplicarse y agigantarse, cual si interviniesen artes de magia, la resistencia de la ilustre Siracusa a sus armas conquistadoras, por inspiración del matemático de genio, que, sublimando su ciencia en el amor de patria, oponía a las naves del sitiador sus espejos ustorios, sus palancas guarnecidas

de garfios y sus catapultas ciclópeas; para luego personificar la trágica fatalidad de la caída al golpe del soldado que le encuentra absorto, mientras raya en el suelo las líneas de un problema.

Así como la acción se vale de la sociedad del pensamiento, las diferentes formas de la vida de acción trábanse, frecuentemente, en aptitudes compuestas, donde una a otra se realzan y estimulan. El genio militar asociado a la superior capacidad del mando civil y la inspiración de las leyes, fulgura en Carlomagno, en Napoleón, en Federico el Grande. La voluntad perfecta del santo, conciliada con un don que, como el de gobernar a los pueblos, parece incluir por necesidad algo de malicia o violencia, se llama Marco Aurelio en el paganismo, Luis IX en los siglos cristianos. La gloria del marino y la del guerrero se confunden en quienes, como Nelson, ganaron fama luchando con las tormentas y los hielos, antes de realzarla luchando con los hombres; y en quienes, como Alburquerque, después de orientarse sobre la mar a tierras remotas, las sojuzgaron por la espada. La compañía del heroísmo guerrero y la vocación del amor caritativo y piadoso de que nace el heroísmo de la santidad, es unión contradictoria y tremenda, como de principios enemigos, que, mientras se abrazan, se repelen, y mientras se socorren, se odian; pero de esta contradicción, comparable a las disonancias con que el músico de genio suele obtener estu-penda y paradójica armonía, nace aquel género de sublimidad que admiramos en el alma ardiente del cruzado, en quien compiten el derretimiento de piedad y el ímpetu vengador.

Asociaciones como ésta, de principios antagónicos que se sintetizan y levantan a una inesperada unidad, suelen producir, en el orden de la vocación como en todas las manifestaciones del espíritu, eficaces y sorprendentes resultados; con los que se corrobora lo que dijimos al hablar de las complejidades y contradicciones de nuestra naturaleza, que, aproximando a veces elementos que nunca estuvieron juntos ni parecerían capaces de estarlo, dan con ello ocasión a una originalidad superior, persistente y fecunda. El ejemplo más alto y significativo que pudiera citarse es el de Colón. Dos vocaciones diversísimas, y aun antitéticas, dentro de la general categoría de la vida de acción, reuniéronse en aquella alma extraordinaria: una vocación de iluminado, de profeta, de apóstol, persuadido de su predestinación para ensanchar los dominios de su fe y rescatar el sepulcro de su Dios; y una vocación de logrero, de mercader, de negociante codicioso y tenaz, como de raza ligu-

ria, que le llevaba en fascinación tras los imaginarios reflejos del oro soñado en sus visiones de lejanas Cólquidas. Acaso, separado y solo cada uno de estos estímulos, no hubiera sido capaz de llevar el hervor de la voluntad al punto necesario para sazonar la perseverancia inquebrantable de la resolución; pero los dos se unieron, y la voluntad tomó su punto.

El sentido común propende a considerar alejados por natural antipatía, el fervor de una apasionada idealidad, y la inteligencia del dinero y el sentido de los intereses materiales. Pero si se piensa en que, aun allí donde el desprendimiento y la abnegación de todo bien terreno resplandezcan más puros, cabe estimar los medios de acción que proporciona la riqueza, para llevar adelante una obra magna o acudir a las necesidades de los otros, se concebirá fácilmente la posibilidad de un espíritu inflamado en un grande amor ideal y que, por instrumento de este amor, pone en ejercicio, no energías heroicas ni inspiraciones remontadas, sino una habilidosa y perseverante aptitud de administración y economía. El cristianismo primitivo, naciendo del seno de una raza donde se unieron siempre la más ferviente religiosidad y el más fino tacto económico, confió la dirección y vigilancia de las cosas temporales, en las comunidades que instituyó, a manos de los *diáconos*; y estos trabajadores prudentes y celosos, a quienes la idea cristiana debe la parte más sólida, aunque menos aparente, de su propagación, fueron hombres de idealidad y de fe, que al servicio de la suprema vocación de su alma pusieron un admirable sentido de la vida práctica, y de conservación y equidad en el cuidado de los bienes comunes y el reparto de sus rendimientos.

#### CVI

*Si una preponderante* vocación activa usufructúa a menudo, como de vocación accesoria, de la aplicación a una ciencia o un arte, dase también la subordinación opuesta: una preponderante vocación de ciencia o arte, que se auxilia, para los fines que le son propios, de la tendencia a determinado género de acción.

Suele la voluntad del héroe hacer compañía al genio del poeta: el cual diríase que arranca entonces, por su propio brazo, de las entrañas de la realidad, el material que luego su genio doma y esculpe. Del rojo cobre heroico fundido con el resplandeciente

estaño de la imaginación del poeta, nació el bronce del alma de Esquilo, y del alma de Camoens, y del alma de Ercilla; y héroe y poeta a la vez, Koerner cae gloriosamente en Mecklenburgo, después de haber exaltado, como el Tirteo de otra Esparta, el sentimiento de la libertad. No menos suele infundirse eficazmente la vocación del heroísmo en un alma de artista, para suscitar el estallido del don de belleza en obra grande y vividora; como cuando la fiebre de entusiasmo bélico desata en Rouget de Lisle la inspiración de su himno inmortal. De la acción puede partir el primer impulso del arte, como del arte el primer impulso de la acción: el anhelo de fijar en forma sensible los recuerdos de sus campañas en la epopeya napoleónica, despierta el numen del pintor en Lejeune; y en orden inverso, la preferencia por las escenas de guerra como objeto de pintura, induce a Adolfo Beaucé a abrazar el género de vida en que podrá observar de cerca la realidad que prefiere para original de su arte.

El instinto de libertad, de aventura, de indagación curiosa, de la vocación del marino, aportando materiales e inspiraciones a una dominante facultad de escritor, produce a Marryat, a Fenimore Cooper; y en nuestra época, y en más alta esfera de arte, al encantador Loti, último y alambicado vástago de la posteridad de Marco Polo.

Una vocación científica puede, igualmente, buscar en la acción instrumento que le valga u objeto que la inspire. Basta, para imaginarlo, comparar la existencia sedentaria, del sabio recluído en la clausura de la biblioteca, del laboratorio o del museo, con la del sabio explorador, con la del viajero por amor de la ciencia: La Condamine, Bonpland, Stanley...; en cuyo espíritu concurren necesariamente, con las facultades propias de la sabiduría, muchas de las condiciones esenciales del hombre de acción: la voluntad resuelta, la familiaridad con el peligro, la experiencia del mundo, la disposición y agilidad para las marchas arduas y penosas; y a veces, el heroísmo sublime y la abnegación del sacrificio. De semejante modo, la vocación del arte médica, vinculándose, por el objeto a que se aplica, con la actividad y las costumbres de la carrera de las armas, produce un cirujano militar como Percy, incorporado a los ejércitos de la Revolución y del Imperio hasta el mismo día de Waterloo, para llevar adelante, paralelamente a los combates de la ambición y del odio, y con táctica no menos vigilante y rápida, los combates de la humanidad y de la ciencia.

## CVII

*Prescindiendo* ya de la acción, las distintas aptitudes de la mente forman, las unas con las otras, vocaciones complejas, en que cada aptitud pone, según el fin que predomina, ya lo fundamental, ya lo accesorio.

Para el genio científico el privilegio anexo de la aptitud literaria es instrumento preciosísimo, con el que vuelve diáfana y comunicable la verdad, por la virtud de la exposición luminosa, y logra la notación distinta y neta de todos los matices del pensamiento. Tal en Galileo, en Buffon, en Humboldt, en Claudio Bernard, en Pasteur... Si las condiciones literarias se levantan a más alto grado, comprendiendo aquellas virtudes esenciales de la imaginación y el sentimiento que invaden los dominios de la creación poética, resultan de ello espíritus como el de un Renán o un Guyau, en quienes el entendimiento de verdad y el don de realizar belleza se compenetran y ensimisman, de modo que no parecen formar sino una única aptitud: una aptitud compuesta, dentro de la cual sería difícil discernir la parte que toca a cada género de facultades. Diríase entonces, usando el lenguaje de la química, que hay entre ambos combinación, no mezcla solamente. ¿Quién apartaría en la *Vida de Jesús*, o en *La irreligión del porvenir*, la obra del pensador de la obra del artista?...

Recíprocamente, la presencia de todas o una parte de las facultades propias del sabio, completando un espíritu en que prevalecen las del poeta, imprime sello peculiar a esas almas que compiten, hasta donde es posible en tiempos de plenitud de cultura, con el carácter del poeta primitivo, revelador y educador: los Homeros y Valmikis de las edades refinadas y complejas; desde Lucrecio, por quien la savia del saber antiguo cuajó en pomposa magnolia, hasta Goethe, que llegó en la ciencia a la originalidad y la invención, y Schelling, a quien deliberadamente cuento como soberano poeta de la prosa, en síntesis *sublimemente didáctica* del mundo, antes que como filósofo. La inspiración de Leopardi, evocando, en su purísima integridad, la más íntima belleza antigua, y exprimiendo en sus formas transparentes la amargura de una propia y personal filosofía, que tiene su lugar bien diferenciado en la historia de las ideas, no pudo nacer sino, como nació, de



espíritu que era el de un filólogo eminente y el de un metafísico de genio. La ciencia de las cosas pasadas, subordinándose a la intuición, por modo artístico, de la misma muerta realidad, concurre a la aptitud peculiar de los novelistas históricos, como Walter Scott, Freytag y Manzoni. Si se invierte el orden de esta subordinación, dando el primer rango a la verdad estricta y comprobable, se pasa a la ciencia de la historia tal como la conciben y ejecutan los historiadores coloristas: Thierry, Barante, Michelet; pero, aunque abstractamente considerado este género, sea ciencia que se auxilia del arte, es más frecuente que, en la obra concreta y en las facultades del autor, el arte prevalezca sobre la otra vía de conocimiento. Ni es menester que se aplique a una de estas formas intermedias entre ciencia y arte, la producción del escritor artista, para que su ciencia, si es honda y potente, trascienda a la belleza que él crea, y circule por bajo de ella como la corriente invisible de la sangre que presta aliento y color a un cuerpo hermoso. La acrisolada sabiduría de un Flaubert o un Merimée ¿qué suma de luces y elementos no habrá aportado a la realización porfiadísima de aquel ideal de belleza fundada en verdad, precisión y limpidez, que ambos persiguieron? ... El modo como el naturalismo literario soñó en identificar el arte con la ciencia, no fué sino transitorio desvarío, porque importaba desconocer la autonomía inviolable y esencial de los procedimientos del arte; pero toda relación es posible y fecunda mientras se contenga en el fondo y sedimento del espíritu, donde hunde sus raíces la obra, y deje libre el sagrado misterio de la generación estética.

El acuerdo de una afición científica circunscrita a un objeto limitado y único, con una inspiración de poeta, aplicada y ceñida al mismo único objeto, de modo que formen entre ambas una simple y graciosa armonía, como fruto y flor que una menuda rama sustenta, vese en la sencilla dualidad de espíritu de Rodrigo Caro, el arqueólogo contraído a las vejeces de su tierra, que, volviendo de remover, en las orillas del Betis, el polvo de las ruinas romanas, supo decir inmortalmente a Fabio la tristeza de los *campos de soledad* donde fué *Itálica famosa*.

En el artista plástico y el compositor de música, no menos que en el escritor y el poeta, un fondo de saber extenso y vario, que se dilate, más allá de lo técnico de la cultura, con honda perspectiva de ideas, que para el artista son visiones, es mina que

enriquece la imaginación, y roca sobre que ella adquiere seguridad y firmeza. Pero, además, en el conocimiento teórico de cada arte, que complementa y acrisola la maestría de la práctica, caben vínculos más directos y constantes con la aptitud en determinado género de ciencia. Así, nadie podría determinar con precisión dónde acaban los términos de la anatomía pictórica dentro de la descriptiva, ni hasta qué punto el cabal dominio de esta última es capaz de fortalecer y afinar las vistas que infunde la primera, cuando, como en Leonardo de Vinci, el estudio de las formas humanas, iluminado por la observación genial del pintor, se apoya en aquella comprensión, más honda y analítica, de nuestro cuerpo, que adquirió de experiencias e investigaciones por las que merece lugar entre los precursores de Vesalio. Alberto Durero señoreó también un fundamento de cultura que excede de los límites estrictos de las disciplinas del pintor y le habilita para escribir, con discreción y originalidad, ya sobre las medidas geométricas, ya sobre las proporciones humanas. El arquitecto artista es, por esencia de su oficio, el ejecutor de una obra de utilidad a que concurren la geometría y la mecánica; y para complemento y realce de lo que hay, en su labor, de ciencia aplicada, pone su intuición de belleza. En el teórico de la música, que frecuentemente lleva en sí, como aptitud accesoria, y aun predominante, la facultad de la creación o de la interpretación, la inteligencia matemática es elemento precioso, y al que le vincula natural afinidad y simpatía, tratándose de un arte que reposa todo él en relaciones numéricas de sonidos e intervalos. Así, es matemático eminente un Chorón; y obra de matemáticos fué, en la antigüedad, desde Architas de Tarento y Pitágoras hasta Boecio, cuanto se razonó sobre la concordia de los números sonoros. Ciencia matemática es la astronomía; y tanto Herschel como Ptolomeo, entendieron de música, y Herschel fué ejecutante y cifró en ello la vocación de su adolescencia.

Por otra parte, dos aptitudes: una, científica; otra, artística, que coexisten en un espíritu, aun cuando no se relacionen de modo persistente y orgánico, que nazca de conexiones reales y objetivas entre la una y la otra, pueden vincularse accidentalmente y con resultado fecundo. La vocación artística interesa y estimula al espíritu para una tarea en que aplique las luces de su ciencia: y éste ha sido el origen de más de un descubrimiento glorioso y más de una eficaz investigación. La antigüedad atribuía



la primera determinación de las leyes de la perspectiva al genio de Esquilo, que, movido del deseo de asegurar el efecto y propiedad de las decoraciones teatrales de sus obras, habría convertido la atención a aquel punto de la matemática. Van Eyck, el gran artista flamenco, a quien pertenece, según toda probabilidad, la invención de la pintura al óleo, era un hombre de ciencia, que fué llevado, por sugestión de su facultad dominante de pintor, a emplear su dominio de la rudimentaria química de entonces, en la búsqueda del procedimiento que diese brillo y gradación a las huellas del pincel. De análoga manera, Daguerre, que halló el modo de fijar las imágenes obtenidas en la cámara oscura, fué un espíritu en que se reunía, a la vocación y la aptitud del experimentador científico, el interés por la reproducción artificial de las formas, propio de su naturaleza de pintor. En memorias del gran Cuvier se hizo el elogio de los sabios trabajos de Bennati, el médico mantuano que, poseyendo una hermosísima voz y una apasionada vocación de cantante, concretó su ciencia fisiológica al objeto que le señalaba la predilección de su facultad artística, en perspicaces investigaciones sobre el mecanismo de la voz humana.

Si de la relación entre arte y ciencia, pasamos a la de las diferentes artes entre sí, siempre en cuanto a la posibilidad de asociarse dentro de la capacidad de un mismo espíritu, la frecuencia de estas asociaciones acrece. De la unión de las tres artes plásticas en un artista dimos ejemplos cuando hablamos de la universalidad de la aptitud. La pintura y la escultura se concilian, ya en quienes fueron ante todo pintores, como Paul Dubois; ya en quienes fueron preferentemente estatuarios, como Millet. Todavía más fácil y común es el consorcio de las dos artes de la piedra: arquitectura y escultura, que, hasta muy adelantado el moderno resurgir del arte, no se separaron, emancipándose la estatua de la unidad del organismo arquitectónico; y que, aun después de consumada esta emancipación, juntan sus luces en artistas como Jacobo Sansovino, Ammanati y Juan de Bolonia. Reunir a la inspiración de un arte plástica, la de la música, ya es caso más singular y peregrino, como que requiere el desposorio de dos formas, en cierto modo antitéticas, de imaginación. La universal facultad de los espíritus del Renacimiento las presenta unidas, sin embargo, aunque en muy desigual proporción de aptitudes, en pintores insignes, como Miguel Ángel, Leonardo y el

Verrocchio; y aun entre los artistas plásticos modernos, no faltan quienes, como Delacroix e Ingres, tuvieron una secundaria aptitud musical, que, si hubiera gozado de preferente vocación, acaso excediera de la medianía. Difícil parece concebir cómo maneras de imaginar tan divergentes podrían auxiliarse o cambiar entre sí estímulos y sugestiones; pero si se considera que, en una imaginación plástica de enérgica virtud, las impresiones del sonido, como cualquier otro género de sensación, sentimiento o idea, propenderán naturalmente a sugerir formas visuales, es fácil admitir que la emoción musical, traduciéndose en el espíritu del pintor por representaciones corpóreas, que expresen correspondencias, más o menos personales y arbitrarias, entre las sensaciones de la vista y del oído, sugiera e inspire motivos de pintar; o que, recíprocamente, la forma plástica con anterioridad concebida, tienda, en el pintor que es al propio tiempo músico, a reflejarse en determinado orden de sonidos. Oportuno es recordar, a este respecto, que uno de los artistas que abarcaron ambos extremos de imaginación: Salvator Rosa, compuso con el mismo nombre de *La Hebricera*, un cuadro y una melodía.

Menos raramente conviven las dotes del artista plástico y del poeta; y esta convivencia toma forma cooperativa y hermanable cuando ambas facultades de un espíritu convergen por distinta vía a un mismo fin (*Ut pictura poësis* . . .), ciñéndose la poesía a la imitación del mundo físico, como en el idílico Gesner, cuyos poemas son la traducción verbal de sus cuadros; o bien, cuando la palabra del poeta se consagra a la devoción de la otra arte, para celebrar su grandeza o acuñar en áureos versos sus preceptos: así en Pablo de Céspedes, una de las más gallardas figuras de las letras y el arte, en la España del gran siglo: pintor en quien la concomitante aptitud poética se dedicó, exclusiva o preferentemente, a cantar de la gloria y hermosura del arte del color. Artistas que, como Fromentin y Guillaument, tuvieron, además del don de colorear el lienzo, el de manejar artísticamente la palabra, hicieron de la pluma, igual que del pincel, un instrumento con que fijar las líneas y colores prisioneros en sus retinas. Poetas como Víctor Hugo y como Bécquer, aplicaron, con verdadera inspiración, una accesoria aptitud de dibujantes, a interpretar y traducir plásticamente las concepciones de su imaginación poética.

La facultad literaria, reunida, dentro de una misma persona-

lidad, con la del músico, para obra en que ambas participan, tiene magnífica realización en el espíritu de Wagner, que persiguiendo, a favor de esta dualidad de su genio, la perfecta concordia de la expresión musical con la inventiva dramática, dió tipo a ese drama bifronte, cuya manifestación cumplida no se logrará sin la conformidad y confluencia de ambas suertes de inspiración, desde sus nacientes en el misterio de una sola alma inspirada. Arrigo Boito, con la doble obra poética y musical del *Mefistófeles*, es otro ejemplo insigne de esta asociación de aptitudes. Unidos en más simple y candorosa armonía, para el leve organismo de la *canción*, música y verso suelen brotar de un solo aliento del alma: así en los cánticos y *lieder* a que Hans Sachs puso la tonada y la letra, o en el himno glorioso de que Rouget de Lisle es doblemente autor; cual si por un momento recobrasen las dos artes del sonido su elemental y primitiva hermandad, volviendo al tiempo en que, de la lira de los Terpandros, Simónides y Timoteos, nacían, como merced de numen único, el son melodioso y la palabra rítmica. Otras veces, coexistiendo dentro de una misma personalidad, pero sin concurrir a obra común, la facultad del músico y la del poeta, únense por simpatías e inspiraciones eficaces, como las que a menudo transparentan las historias fantásticas de Hoffmann, que, escritor más que músico, aunque también lo fué de alto mérito, toma con frecuencia, para sus ficciones, asuntos y motivos que debe a un profundo sentimiento de la sugestión infinita y el poder, como taumatúrgico, vinculados a la vibración musical.

El florecimiento, en la vocación y aptitud de un mismo espíritu, de más de un género literario, es hecho más frecuente que la absoluta consagración del escritor a un género único. Puntualizando esto, se patentizarían relaciones casi constantes. Apenas podrá nombrarse gran poeta que no haya sido, además, notable prosador. Apenas se hallará poeta dramático de primera magnitud que no haya llevado dentro de sí un poeta lírico más mediano. Los oradores escritores (si se les busca en lo alto y verdaderamente superior de la elocuencia) se cuentan, sin duda, en mayor número que los que carecieron de estilo capaz de emanciparse de la tutela de la expresión oral.

En aquellas artes que por su índole requieren, para poner de manifiesto la belleza que crean, el auxilio de otra arte interpretativa, no es raro caso que concurra, con la aptitud creadora,

la aptitud de la interpretación. Grandes compositores excedieron también como ejecutantes: Mozart, Beethoven, Mendelssohn... Grandes poetas dramáticos: Plauto, Shakespeare, Molière, fueron asimismo actores; y Molière lo fué genialmente. Aun fuera del género poético destinado a la representación, esta aptitud de interpretar activamente las propias ficciones, aptitud que, en los orígenes de la poesía, se identificó, quizá, y fué una sola, con la esencial inspiración del poeta, se reproduce a veces en el mismo autor de ficciones narrativas, como en Dickens, cuyas lecturas públicas de sus obras novelescas eran maravillas de declamación y mímica, y en Alfonso Daudet, de quien se cuenta que tuvo prodigiosa gracia para contar, con todos los colores y palpitaciones de la vida, las escenas que imaginaba. La facultad del cómico, como dominante o sustantiva, y la de producción dramática, como accesoria, reúnen en el espíritu de Garrick; y en el de Paganini la soberana capacidad del ejecutante, del *virtuoso*, descuella por encima del positivo ingenio del compositor.

El entendimiento crítico y el don de la propaganda y la polémica, haciendo de auxiliares de la creación literaria, para mantener la doctrina y los procedimientos que ésta ejemplifica, han sido dados, respectivamente, a artistas reflexivos como Goethe, y a innovadores arrebatados como Zola; y a su vez, una facultad crítica eminente suele traer junto consigo dotes relativas de poeta, con que poner en arco tirante las flechas del precepto y la sátira, según vemos en el ritmo preciso y autoritario de Boileau; o con que cultivar, en huerto propio, cierta flor de belleza, que, en Ma-caulay y en Sainte-Beuve, trasciende con la escogida y concentrada esencia de la *Canción del lago Regilo* y de algunas de las *Consolaciones*.

¡Cuántos volúmenes de críticos de oficio y de doctores de la estética podrían cambiarse por fragmentos de crítica nacidos de la conciencia reflexiva de la propia producción, como la *Carta de las unidades dramáticas* de Manzoni; el prólogo del *Cinq Mars* de Alfredo de Vigny; el del *Cromwell* de Víctor Hugo; el de los *Sonetos eclesiásticos* de Wordsworth, y cualquier página teórica o polémica de Carducci!

Vulgar perjuicio es entender que el don y energía de la práctica, en algún orden de generación de belleza, inhiba o reste fuerzas a la aptitud de la teoría. El artista creador tiene, desde luego, para doctrinar sobre su arte y hacer la historia de él, la

superioridad que le confiere, sobre los otros, su iniciación e intimidad en los secretos de la obra, y además, esa segunda vista que el amor ferviente del objeto presta para todo linaje de conocimiento. Es así como la inteligencia teórica, y la apreciación sentida, de lo bello, deben a la contribución personal de los artistas, invaluable tesoro. Dictando, como Alfonso el Sabio, las leyes de su monarquía, Leonardo de Vinci produce su didáctica *Della pittura*, que Rubens había de emular con disquisición de igual género. En páginas escritas por pintores: Vicente Carducci o Palomino, Reynolds o Lebrun, duran observaciones, enseñanzas y juicios de arte, que, cuando no tienen valor definitivo, lo tuvieron histórico. Aún leemos la vida de los artistas del color en libros del pintor Vasari. Aún guarda su interés mucho de lo que sobre el arte de la música teorizaron ejecutantes y compositores, desde Salinas y Rameau, hasta Schumann y Liszt. La obra revolucionaria de Wagner reposa, no menos que en sus maravillas de creación, en la ciclópea columna de sus escritos de propaganda y doctrina; y Berlioz, al propio tiempo que, con sus sinfonías y sus óperas, daba los modelos que debían modificar en Francia los rumbos de la música, mantenía, con la pluma de sus revistas del *Journal des Débats*, uno de los más animados, interesantes y fecundos movimientos de ideas de que haya ejemplo en la crítica de arte.

No es menos fácil de hallar la recíproca subordinación de aptitudes: la facultad de la teoría, como talento capital; la de producción, como aptitud complementaria. Los grandes teóricos de la música tuvieron en su mayor parte, y algunos más que medianamente, la capacidad de producirla: así Matthesson, Martini, Choron, Fetis, Castil-Blaze. Artistas plásticos de nota fueron muchos de los escritores que mejor han doctrinado y juzgado de colores y líneas: baste citar a Gautier, a Delecluze, a Charles Blanc. En Viollet-le Duc, el escritor insigne de arquitectura y arqueología, parte su gloria con el ilustre restaurador de los monumentos góticos. La prédica inspirada de Ruskin, que ha dado cuerpo al más original, al más ferviente, al más religioso entusiasmo por el arte, que en modernos tiempos se haya propagado en el mundo, es la palabra de un pintor.

## CVIII

*Si buscamos* la complejidad de la aptitud dentro de los distintos modos y objetos de conocimiento que abarca el inmenso espacio de la ciencia, no serán menos las vocaciones que hallaremos frecuentemente vinculadas, con lazo orgánico y fecundo. Comenzando por la aptitud científica más sintética y alta: la del filósofo, apenas podrá citarse ejemplo de superior capacidad metafísica que no haya venido acompañado del saber original e inventivo, o cuando menos de la versación vasta y profunda, en algún género de ciencia particular. Éste como punto de apoyo puede ser las matemáticas: así en Platón, en Descartes, en Malebranche; o las ciencias naturales y biológicas, como en Hartmann, Spencer y Bergson; cuando no se fija indistintamente, con la universalidad de Aristóteles o de Leibniz, en las más varias partes de los conocimientos humanos. A su vez, una ciencia particular, dominada con poderosa fuerza de síntesis y pensamiento trascendente, implica una aptitud de generalización filosófica, que habilita a un Lamarck para remontarse, de la labor paciente del naturalista, a una concepción de los orígenes y las transformaciones de la vida en el mundo; y a un Vico, del conocimiento de los hechos históricos, a la idea de las normas que sigue el desenvolvimiento de las sociedades humanas. El genio matemático se manifiesta a veces en su exclusivo e incomunicado campo de abstracción, sin fijar en las líneas y los números otro interés que el que ellos llévan en sí mismos para quienes los comprenden y aman; pero con no menor frecuencia, busca, después de ejercitarse en ese campo, el camino de una realidad concreta, y trasciende, ya a la astronomía, levantándose, con Huygens, Laplace y Leverrier, a medir los movimientos y distancias celestes; ya a la física, para completar, en el examen de las propiedades de los cuerpos, los recursos del saber experimental. Este último caso es patente demostración de dos aptitudes heterogéneas que se unen y tienden, en eficaz compañerismo, a una sola finalidad. La mayor parte de los grandes observadores de la Naturaleza, a quienes se deben, en la indagación de sus leyes o el sometimiento de sus fuerzas al poder del hombre, las más preciadas conquistas, desde

Galileo y Newton hasta Helmholtz, fueron espíritus en que se reunieron la aptitud del experimentador y la del matemático.

La observación del mundo material tiene por objeto abstraer las leyes generales a que obedecen las cosas y los seres, de donde nace la sabiduría del físico, del químico y del biólogo; o bien, estudiar concretamente las cosas y los seres mismos, describiéndolos y caracterizándolos, como hacen el geógrafo y el naturalista. Estos distintos sentidos de la observación se relacionan entre sí de modo que ninguno puede considerarse en absoluto ajeno de los otros; y sus relaciones objetivas se reproducen, a menudo, subjetivamente, en la vocación y la aptitud del sabio. El geógrafo naturalista, favorecido en ambos respectos por la facultad de aproximar dos órdenes de hechos tan fundamentalmente vinculados, se personificaría en la gran figura de Humboldt. Otras veces, el estudio concreto de los cuerpos vivos o inorgánicos tenderá a complementarse por el de las propiedades abstractas de los cuerpos, y el naturalista será físico a la vez, como Reaumur; o se levantará el naturalista, del conocimiento particular de los diferentes organismos, a la consideración general de la existencia orgánica, y será desde ese instante fisiólogo, como Haller y Spallanzani. Aun con la abstracción matemática, de la que la separa el campo intermedio de las ciencias físicas, cabe que se asocie alguna vez, inmediata y eficazmente, la aptitud del observador en las ciencias concretas de la naturaleza; y de este modo, un mineralogista como Haüy necesitó la maestría del geómetra para desenvolver su descubrimiento de las leyes de la cristalografía. Si la relación se circunscribe a las tres ciencias que, por antonomasia, llamamos "naturales", los lazos son tan íntimos, en el objeto y los procedimientos, que el paso de una a otra es aún más fácil y lógico. Un botánico como Linneo extiende a los dominios de la zoología su genio clasificador, y promueve, en cuanto mineralogista, el estudio de los cristales; zoólogos como Buffon y Cuvier, salvan, con gloria, los límites de la geología. — El género de observación del físico y el del químico, después de alternar en espíritus como el de Gay Lussac, se identifican en las experiencias que llevaron a Berthelot a convertir las reacciones de la química en problemas de mecánica molecular, sentando con ello los fundamentos de una ciencia compleja que participa del objeto de las dos. Y si la tarea del químico se enlaza, por un extremo, con la del experimentador de la física, por el otro se enlaza y confunde

con la del fisiólogo y el biólogo, según quedó probado en el laboratorio de Lavoisier y lo corroboraron luego los trabajos del mismo Berthelot sobre la química orgánica, y aún más patentemente, la grande obra de Pasteur, que, para dejar huella indeleble en la fisiología experimental y la ciencia médica, hubo de empezar por ser químico eminente.

Vocaciones científicas de aún más ostensible complejidad arraigan en esas dilatadísimas fronteras entre las ciencias del espíritu y la sociedad, por una parte, y las físicas y naturales, por la otra; fronteras en que la portentosa labor del último siglo encontró campo casi virgen y obtuvo de él pingüe rendimiento; ya buscando en los datos de la biología nueva luz para las ciencias sociales; ya uniendo en apretado lazo los estudios psicológicos con las experiencias de la fisiología; ya tendiendo a modificar por las conexiones entre lo moral y lo físico, el concepto del delito y la pena; ya, en fin, haciendo retroceder los límites de la ciencia del pasado mediante la fundación de la arqueología prehistórica, que, por sus vínculos con el objeto propio del geólogo, ha sido, preferentemente, estudio de naturalistas.

Fuera de las relaciones persistentes entre dos distintas ciencias, cuando de la propia índole y naturaleza de ambas fluye que puedan asociarse para un objeto común, caben relaciones accidentales, suscitadas por un motivo histórico, que hace que, en determinado tiempo y lugar, la vocación de una ciencia implique, necesaria o ventajosamente, la de otra. Así, cuando el renacer de la cultura clásica, y hasta muy adelantada la emancipación del pensamiento científico respecto del magisterio de la antigüedad, la ciencia médica fué tributaria de la filología. La dualidad de aptitudes que luego es excepcional privilegio en el espíritu de un Littré, aparece entonces, con relación orgánica, en los Cornario, los Foes, los Leonicello, los Montano, los Guido Guidi. Todo médico sabio había de ser, en aquel tiempo, filólogo, radicando, como radicaba, el conocimiento de las leyes y preceptos de su disciplina, antes que en la observación y la experiencia, en el dominio de las lenguas en que hablaba la autoridad de los antiguos. Otra vinculación accidental de la filología con las ciencias naturales, ya que su vinculación con las antropológicas e históricas es persistente y clarísima, vese en el maestro de Linneo y precursor de su gloria: en Olao Celsio, que concertó su maestría de filólogo y su sabiduría de botánico, para obra en que tanto se

había menester de ambas disímiles capacidades como la determinación y clasificación precisas de las plantas nombradas en el Antiguo Testamento.

La relación accidental que entre dos diferentes objetos de conocimiento científico establece su coincidencia fortuita en la vocación de un mismo espíritu, aunque objetivamente no sean capaces de asociarse de modo íntimo y estable, puede sugerir el propósito de enlazarlos de esta suerte, y conducir a un ensayo de unión artificiosa y forzada, que se disparará apenas pase la causa meramente personal que la mantiene; pero, aun así, raro será que de esa unión efímera no quede algún recuerdo precioso, alguna sugestión feliz, algún resultado positivo. Un matemático de alto valer, como Borelli, guiado por una secundaria vocación de fisiólogo, intenta unir disciplinas tan separadas, en su naturaleza y su método, como la que considera el orden abstracto de la cantidad y la que estudia el orden concreto de la vida: marra el intento en la fundamental, pero deja de su paso ideas que prevalecen, en una parte capaz de relación con el objeto de la mecánica, como el movimiento muscular.

Asociación de aptitudes que frecuentemente se realiza es la del entendimiento teórico de una ciencia, con la facultad de su aplicación, en invenciones prácticas, o en el ejercicio de algunas de las artes de utilidad que toman su savia de las distintas ramas de los conocimientos humanos. En lugar medio, entre aquellos espíritus que sobresalieron exclusivamente en lo especulativo de la ciencia: desenvolviendo una teoría sin otro objeto que probar la verdad, como Copérnico, o instituyendo un método sin tener la aptitud de aplicarlo, como Bacon; y aquellos, en condición opuesta, de índole únicamente utilitaria, que nunca se remontaron a las generalidades y las leyes: un Watt, un Edison, un Morse... hay lugar para aquellos otros en quienes se reunieron ambas facultades: tanto Arquímedes, que, con el religioso candor de un sacerdote de la ciencia pura e ideal, se acusaba de haber rebajado la alteza de lo verdadero aplicándolo a la realización de lo útil, como Galileo, Pascal y Huygens. Ningún caso más adecuado para poner de manifiesto la verdad de lo que dijimos sobre la mutua-idad de las ventajas de una orgánica correlación de aptitudes: que no beneficia sólo a la mayor y preponderante, ni sólo a la menor y sumisa. El saber teórico y fundamental presta luz e inspiración para la práctica y la utilidad; pero, a su vez, éstas con-

curren a confirmar y precisar aquel saber, pasándolo por el crisol de una experiencia prolija. Palmario ejemplo de ello es la ciencia fisiológica, que se ha desenvuelto paralelamente con el arte médica, debiendo sus mayores adquisiciones y adelantos a la estimulación constante y poderosa del interés de esa nunca interrumpida aplicación. El fisiólogo, y luego el biólogo, son, históricamente, médicos que abstraen y emancipan una parte de sus estudios. Aun en el puro médico, cabe diferenciar del que reproduce y concilia en su aptitud lo que su consagración profesional tiene de ciencia, como una especie dentro de la fisiología, y lo que tiene de arte, aquel que descuella exclusivamente en la teoría y el que exclusivamente luce en los vislumbres, intuiciones y aciertos semiempíricos de la práctica de arte tan conjetural e insegura. La química, no menos que la fisiología, fué, desde un principio, utilitaria, como heredera de los codiciosos sueños de la alquimia; y los Lavoisier, los Guyton, los Priestley, reunieron a su ciencia la inspiración de las aplicaciones útiles. La física experimental, vinculada, en sus orígenes, a espíritus exclusiva o preferentemente teóricos, pasa, desde el último siglo, a ser también, y con preferencia, objeto de los de mera aplicación y utilidad; y en cuanto a las matemáticas y la mecánica, tuvieron siempre, además de los entendimientos fundamentales y especulativos, los consagrados a aplicarlas a las necesidades de la subsistencia social: ya cortando y sobreponiendo las piedras, ya conduciendo las aguas, ya guiando el curso de las naves; pero lo mismo en el matemático que en el físico, reúnen, en mil casos, la facultad de la teoría y la de su aplicación: de esto dimos ya ejemplos encabezándolos con el gran nombre de Arquímedes. Menos frecuente es hallar una relación semejante en el espíritu del naturalista; porque las artes de utilidad que se agregarían teóricamente a sus dominios, en el cultivo de la tierra y el aprovechamiento de sus dones, se desenvuelve, casi siempre, aparte del saber desinteresado y superior.

Interesante facultad accesoria de la sabiduría en determinado género de ciencia, es el don de enseñarla; la virtud de comunicación y simpatía que constituye el genio del maestro, y que, por su valor propio y sustantivo, determina y caracteriza en ocasiones la superioridad de un espíritu, más que lo que hay en él de ciencia original, de modo que es su verdadera facultad dominante; según se manifiesta en profesores que, no ya hablando de letras o de historia, donde brota de suyo la elocuencia, sino

en cátedras de medicina, levantaron la oratoria didáctica a la eficacia y el brillo que hacen famosos los nombres de Fourcroy y Felipe Pelletan; eminentes, sin duda, por calidad de su saber, pero más, por la maestría con que lo transmitieron.

Aun aptitudes de menos aparente valor y trascendencia suelen ser preciosas en el espíritu del sabio, para complementarle o facilitarle camino.

La destreza del dibujante, como aptitud subordinada a un género de investigación que requiera, para comunicar sus resultados, el medio objetivo de la estampa, luce en los naturalistas y anatómicos que, como Camper, Andebert y Lyonnet, fueron, al propio tiempo, grabadores ilustres.

La habilidad de construir por propia mano los instrumentos y mecanismos adecuados al modo de observación o de experiencia de que ha menester la principal aptitud, fué siempre como sierva humilde y oficiosa en los más altos espíritus investigadores: desde Rogerio Bacon hasta Newton; desde Pascal hasta Franklin; desde Galileo hasta Humphry Davy.

## CIX

*Opuesto caso* al de estas eficaces complejidades, es aquel en que coexisten una vocación real y fecunda y otra falsa y baldía. No hay entonces sociedad coadyuvante, lazo vital, como entre el alga y el hongo; antes bien se reproduce la unión del parásito incapaz de fruto que sirva, con el árbol al que quita jugo (puesto que jugo de toda aptitud es la atención), sin compensar en modo alguno el mal que le causa. Así, en Napier, el exegeta delirante junto al genial matemático; y en Lamartine, junto al poeta glorioso el vano político.

No menos importa deslindar de la asociación o subordinación de vocaciones el caso en que la única que realmente existe induce a tomar, sin impulso que nazca del corazón ni responda a la conciencia de nueva aptitud, un estado profesional, una manera de actividad determinada, sólo por las ventajas que esto ofrece, en virtud de circunstancias accidentales y exteriores, para el libre desenvolvimiento de la inclinación verdadera. Tal hubo de pasar a menudo cuando el claustro, o la vida sedentaria y pacífica del clérigo, eran el medio propicio a que solían acogerse

los espíritus de meditación y de estudio: como Copérnico, que toma las órdenes al volver de los viajes de su juventud, acaso más que por fervor religioso, por gozar de la paz, que le permitió contraerse, durante el resto de su vida, a la contemplación del *cielo* real y sensible. Y tal pasa también, para citar otro ejemplo, cuando San Sebastián, el mártir de Narbona, inflamado en la vocación caritativa, sienta plaza de soldado en el ejército del César, sólo por estar en aptitud de tender su mano protectora a los que son objeto de persecución.

## CX

*De otro punto* de vista merecería estudiarse la relación entre dos vocaciones coexistentes en un mismo espíritu, comparándolas, no ya en cuanto al auxilio que se presten, sino en cuanto a la fisonomía y estilo de sus obras, o de los actos en que se traducen.

Por disímiles que sean, si se las considera abstractamente, las dos actividades en que una conciencia divide su atención, y por más separadamente que se desenvuelvan, cabe precisar entre ellas, encarándolas según la manera personal como se desempeñan y caracterizan, semejanzas que revelen que ambas aptitudes están subordinadas a la unidad orgánica de una personalidad en que dominan ciertas propiedades de espíritu. Así, el sabio artista pondrá en las obras de su arte y en las de su ciencia, condiciones comunes: la fineza de la observación, el procedimiento laborioso, la nimiedad y pulcritud; o por lo contrario, la iluminación instantánea, el procedimiento intuitivo, la audacia de la concepción. Pero ¿será tan constante y segura esta relación de semejanza, que pueda convertírsela en ley?

Sainte-Beuve esbozaba, hablando de Pascal, una cuestión interesante: ¿no podría decirse que en este grande espíritu el géometra manifiesta unas mismas cualidades de genio que el escritor, a diferencia de D'Alembert que imprime en sus trabajos matemáticos caracteres, en cierto modo, reñidos con los que muestra en su literatura?

## CXI

*Una potencia ideal*, un numen interior; sentimiento, idea que florece en sentimiento; amor, fe, ambición noble, entusiasmo; polo magnético según el cual se orienta nuestro espíritu, valen para nosotros, tanto como por lo que valga el fin a que nos llevan (y en ocasiones, más) por su virtud disciplinaria del alma; por su don de gobierno y su eficacia educadora.

Aunque su obra no aparezca, desenvuelta exteriormente en acción, y mueran encerrados dentro de sí mismos, como un sueño, su obra es realísima y fecunda.

Cuando falta en tu alma una energía central que dé tono y norte a tu vida, tu alma es un baluarte sin defensa, y mil enemigos que de continuo tienen puestos los ojos sobre él, caen a tomarlo, compareciendo así de la realidad que te circunda como del fondo de tu propia personalidad. Los que proceden de afuera son las tentaciones vulgares, ocultas tras la apariencia de las cosas. Quien no tiene amor y aspiración donde se afirme, como sobre base de diamante, su voluntad, se expone a ceder a la influencia que primero o con más artificiosidad lo solicite en los caminos del mundo, y ésa viene a ser así su efímero tirano, sustituido luego por otro y otros más, con el sol de cada día. Queda su alma en la condición de la Titania de Shakespeare, cuando, durante el sueño, fueron restregados sus párpados con la yerba que tenía virtud de infundir amor por lo que antes se viere. Desconoce el liberal y razonable poder de un sentimiento maestro que la ordenaría como en una bien concertada república, y sufre ser pasto a la ambición de multitud de advenedizos. A los que la acechan en las emboscadas del mundo, únense los que ella esconde en su interior: esos enemigos domésticos que son las propensiones viciosas, los resabios mal encadenados, los primeros ímpetus de nuestra naturaleza. Fácil es ver cuán contradictorio y complejo (y cuán miserable, siempre, en gran parte) es el contenido de un alma. Sólo la autoridad de una idea directora que sujete, aunque sin tiránico celo ni desbordado amor de sí misma, la libertad en sus límites, puede reducir a unidad la muchedumbre de tantas fuerzas opuestas. Faltando esta idea directora, nadie sino el acaso y el desorden suscitarán quien se arrogue su poder,

de entre la encrespada muchedumbre; y es del caos y el desorden hacer prevalecer antes lo malo que lo bueno.

Así como, en lo material, se ha dicho con exactitud que nuestra marcha no es sino una caída continuamente evitada, así, por lo que toca al espíritu, la recta voluntad es la constante inhibición de un extravío, de un móvil tentador, de una disonancia, de una culpa. Una potencia ideal que nos inspira, fija la norma a esa función de nuestra voluntad, y es a menudo como el demonio socrático, que se manifestaba en el alma del filósofo, más por la inhibición de lo que no concordaba con su ley, que no por su capacidad de iniciativa. Dondequiera queelijamos la potencia ideal, y aun cuando nos lleve en dirección de algo vano, equivocado o injusto, ella, con sólo su poder de disciplinarnos y ordenarnos, ya encierra en sí un principio de moralidad que la hace superior a la desorientación y el desconcierto: porque la moralidad es siempre un orden, y donde hay algún orden hay alguna moralidad.

## CXII

*Relaciónase* con esto que digo de la virtud disciplinaria de una potencia interior que nos domina, una proposición llena de dudas: —¿Valdrá más, para el buen gobierno de la vida, ausencia de amor, o amor consagrado a quien sea digno de inspirarle?

En una primera consideración de las cosas, ello se resolvería de acuerdo con la propiedad que el amor tiene de asemejar a quien lo tributa y a quien lo inspira, siendo éste el original y aquél el traslado: de suerte que la virtud del amor no sería en sí mala ni buena, sino relativa a la calidad del objeto en que él pone la mira; y según fuese el objeto, la virtud del amor variaría entre lo sumo de las influencias nobles y lo ínfimo de las causas de abatimiento y abyección: entre lo más alto y lo más bajo; porque tal como el amado es y tal como necesita, para su complemento, a quien le ama, así lo rehace y educa con la más sutil y poderosa de las fuerzas. Condición del alma que, ya por útil a sus propósitos, ya sólo por la complacencia que halla en ella, desea en el amante el amado, o la descubre en él o la crea; y de este modo la sugestión de amor vuelve al amante en hechura del espíritu que le enamora. En la poética expresión del amor es sentimiento frecuente el de refundirse y transformarse, para ser aquello que pueda deter-



minar más íntima vinculación con el ser a quien se ama, o que ofrezca modo de hacerle mayor bien y de rendirle homenaje más singular y fervoroso. Quisiera ser, dice el amante, el aire que se embebe en tu aliento; la flor humilde que huella tu pie; el rayo de sol que te ilumina; la lejana estrella en que fijas la mirada cuando el éxtasis de tus sueños... Natural aspiración del que ama es ser amado; suspira el amador por ser amable; pero como la amabilidad que granjea correspondencia es relativa al parecer y dictamen del amado, para cada objeto de amor la amabilidad es una, y de la calidad de este objeto a quien se ha de complacer toma inspiración y modelo la amabilidad. Si en lo antiguo era sentimiento común que amar a una diosa deificaba, no es menos cierto que aquel amor que se cifre en lo propincuo a la bestia dará por fruto el salto atávico de Nabucodonosor... Sabiduría, torpeza; esperanza, duda; candor, perversidad; luces y sombras del juicio; arrojos y flaquezas del ánimo; todo bien y todo mal, todo desmerecimiento y toda excelencia, son capaces del alma a quien amor posee, según la sueñe y ambicione la otra alma su señora; lo mismo cuando obre ésta por cálculo y voluntad consciente, que cuando domine por fatal y como magnético influjo. En todo amor hay abnegación de misticismo, sea el misticismo divino o diabólico; porque, desposeyéndose de su voluntad y su ser propio el amante, se transporta al objeto de su amor, renace en él y participa de él: "vive en su cuerpo", según el enérgico decir de Eurípides; y si el objeto es ruin o ha menester, para el término que se propone, los oficios de la ruindad, ruin hará al amador, y le hará noble y grande si por afinidad busca estas alturas, o si, para el destino a que, de su natural, gravita, requiere como valedores nobleza y grandeza. Dame que mire al fondo del alma donde está el norte de tu amor, y yo te diré, como visto en cerco de nigromántico, para dónde vas en los caminos del mundo, y lo que ha de esperarse de ti en pensamientos y en obras.

Si esto fuese absolutamente verdadero, una helada impasibilidad valdría más que el amor que se cifra en quien no merece ser amado. Sólo que en la misma esencia de la amorosa pasión está contenido, para límite de esa fatalidad, un principio libertador y espontáneo, de tal propiedad y energía que con frecuencia triunfa de lo inferior del objeto; y así, aun aplicado a objeto ruin, infinitas veces el amor persevera como potencia dignificadora y fecunda, no porque el amor deje entonces de adecuar la perso-

nalidad del enamorado a un modelo, ni porque este modelo sea otro que la imagen de su adoración; sino porque es virtud del alma enamorada propender a sublimar la idea del objeto, y lo que la subyuga y gobierna es, más que el objeto real, la idea que del objeto concibe y por la cual se depura y magnifica la baja realidad, y se ennoblece, correlativamente, el poder que, en manos de ésta, fuera torpe maleficio. Una cosa hay, en efecto, capaz de superar la influencia que el ser real de lo amado ejerce en la persona del amante; y es el ser ideal que lo amado adquiere en el paradigma de la imaginación caldeada de amor, con omnipotente arbitrio sobre la sensibilidad y la voluntad que a aquella imaginación están unidas. Éste es el triunfo que sobre su propio dueño logra a menudo el siero de amor, siendo el amor desinteresado y de altos quilates: redimir, en idea, de sus maldades al tirano, y redimido el tirano en idea, redimirse a sí mismo de lo que habría de funesto en la imposición de la tiranía, valiéndose para su bien de aquella soberana fuerza que en la intención del tirano iba encaminada y prevenida a su mal; vencedor que utiliza las propias armas del vencido, como Judas Macabeo lidiaba con la espada de Apolonio. Porque lo que importa es, no tanto la calidad del objeto, sino la calidad del amor; y más que la semejanza con el ser del objeto, ha de nacer, la belleza de la imagen, de la virtud del amor sincero, generoso y con su sazón de idealidad. Común hazaña de esta estirpe de amor es trocar en oro el barro, en bálsamo el veneno; fecundizar lo vano, mundificar lo inmundo; poner en el corazón del amante la sal preciosa que le guarde de la corrupción, y en sus labios el ascua ardiente que depuró los del profeta. Si en el encarnizamiento y el vértigo del amor bastardo va incluido un principio de descomposición, una *idea febrilis*, cuyo proceso sugirió a Alfonso Daudet las páginas despiadadas de su *Safo*, el amor alto y noble lleva en sí una capacidad de ordenación y de sublime disciplina que corrobora y constituye sobre bases más fuertes todas las energías y potencias de la personalidad. Aun en su manifestación violenta, procelosa y trágica, el escogido amor mantiene su virtud purificadora y el poder de dejar levantada y entonada la voluntad que halló en indigna laxitud: del modo como ha solido suceder que cae un rayo a los pies del paralítico, y lejos de causarle daño, le vuelve en un instante y para siempre la libertad de sus miembros.



## CXIII

*Otra benéfica* influencia de una idea o sentimiento superior, que domina dentro de nosotros, es que se opone a la dispersión y el anonadamiento de infinitas minuciosidades de nuestra actividad interna.

Cuando tu alma no está sujeta a un poder tal, multitud de pensamientos e imaginaciones cruzan cada hora de tu vida por ella, que se pierden, uno tras otro, sin nada que los detenga y ordene a un fin en que sean provechosos; pero si una fuerza ideal domina, activa y vigilante, en tu espíritu, gran parte de esos tus vagos pensamientos, de esas tus fugaces y leves imaginaciones, son atraídos al círculo de aquella fuerza dominante, y si algún valor de utilidad llevan en sí, ella se lo adueña y lo junta con lo demás que tiene dispuesto para su uso y provisión; porque es propio de estas grandes fuerzas del alma allegar su caudal como el avaro, que no desprecia más el ruin maravedí que la moneda de oro. Pasa, en más amplio terreno, como mientras componemos un libro, que cuanto vemos, pensamos y leemos, se relaciona con la idea que preside a la obra de nuestra fantasía, y de uno u otro modo la enriquece y va abriendo campo para ella. Y no se limita la idea que gobierna soberanamente nuestro espíritu a subordinar a su imperio esos elementos que congrega: su poder, más que con el yugo que somete, debe compararse con la simiente que fecunda; porque, al detener y penetrar de su esencia a un pensamiento que pasa por su lado, le excita frecuentemente a dar de sí un orden nuevo de ideas, acaso superior a ella misma, no de otro modo que como la generación vital obtiene del amor de los padres una distinta, autonómica, y quizá más noble, criatura.

Así como en tiempos de cándida y ferviente religiosidad, un resplandor, un rumor, cualquier cosa nimia, adquiere fácilmente para el alma sobreexaltada del neófito un significado místico y una trascendencia profunda, por donde se explican avisos e iluminaciones sublimes, así, para quien lleva en el alma un grande amor ideal, mil pequeñeces de la realidad de cada hora, mil leves impresiones del sentimiento y del sentido, que para el común de los hombres pasan sin dejar rastro de sí, toman un poder movedor de

asociaciones nuevas y fecundas, una sugestiva virtud que abre inopinadas vistas sobre lo útil o lo hermoso.

.....  
 ¡Cuánto pensamiento fecundo, cuánta invención feliz, cuánta verdad nueva, o nueva hermosura, o victoria para el bien, o mejora en la condición de muchos, no habrá perdido la humanidad de este modo: cruzar por una mente, como inesperado relámpago, una idea; negarle, la misma mente que la tuvo, la caridad de su atención; despreciarla, juzgarla paradoja nacida del libre juego de la fantasía; y en la profundidad adonde caen las cosas que desampara la memoria perderse la idea para siempre, cuando, atendida, cuidada, puesta bajo los auspicios de la reflexión, ella hubiera podido recorrer el trecho que va del germen al fruto, y de la quimera a la gloria!

.....  
 En suma, una devoción ideal que prevalece por cierto tiempo en tu vida, aun cuando luego se marchite y pase, deja en ti el bien de la disciplina a que te sometió; de las tentaciones de que te apartó; del empleo que dió a fuerzas errátiles de tu sensibilidad y de tu mente; del entusiasmo con que embelleció tu alma; de la necesidad de orden y armonía que instituyó en ella, para siempre, con la autoridad de la costumbre.

## CXIV

## HYLAS

*Hylas, efebo* de la edad heroica, acompañaba a Hércules en la expedición de los Argonautas. Llegadas las naves frente a la costa de Misia, Hylas bajó a tierra, para traer a sus camaradas agua que beber. En el corazón de un fresco bosque halló una fuente, calma y límpida. Se inclinó sobre ella, y aún no había hecho ademán de sumergir, bajo el cristal de las aguas, la urna que llevaba en la mano, cuando graciosas ninfas surgieron, rasgando el seno de la onda, y le arrebataron, prisionero de amor, a su encantada vivienda. Los compañeros de Hylas bajaron a buscarle así que advirtieron su tardanza. Llamándole, recorrieron las costas y fatigaron vanamente los ecos. Hylas no pareció; las naves prosiguieron con rumbo al país del áureo vellocino. Desde entonces

fué uso, en los habitantes de la comarca donde quedó el cautivo de amor, salir a llamarle, al comienzo de cada primavera, por los bosques y prados. Cuando apuntaban las flores primerizas, cuando el viento empezaba a ser tibio y dulce, la juventud lozana se dispersaba, vibrante de emoción, por los contornos de Prúsiun. ¡Hylas! ¡Hylas!, clamaba. Ágiles pasos violentaban misterios de las frondas; por las suaves colinas trepaban grupos sonoros; la playa se orlaba de mozos y doncellas. ¡Hylas! ¡Hylas!, repetía el eco en mil partes; y la sangre ferviente coloreaba las risueñas mejillas, y los pechos palpitan de cansancio y de júbilo, y las curvas de tanta alegre carrera eran como guirnaldas trenzadas sobre el campo. Con el morir del sol, acababa, sin fruto, la pesquisa. Pero la nueva primavera convocaba otra vez a la búsqueda del hermoso argonauta. El tiempo enflaquecía las voces que habían sonado briosa y entonadamente; inhabilitaba los cuerpos antes ágiles, para correr los prados y los bosques; generaciones nuevas entregaban el nombre legendario al viento primaveral: ¡Hylas! ¡Hylas! Vano clamor que nunca tuvo respuesta. Hylas no pareció jamás. Pero, de generación en generación, se ejercitaba en el bello simulacro la fuerza joven; la alegría del campo florecido penetraba en las almas, y cada día de fiesta ideal se reanimaba, con el candor que quedaba aún no marchito, una inquietud sagrada: la esperanza en una venida milagrosa.

Mientras Grecia vivió, el gran clamor flotó una vez por año en el viento de la primavera: ¡Hylas! ¡Hylas!

#### CXV

*Exista el Hylas* perdido a quien buscar, en el campo de cada humano espíritu; viva Hylas para cada uno de nosotros. Pongamos que él no haya de parecer jamás: ¿qué importa, si el solo afán de buscarle es ya sazón y estímulo con que se mantiene el halago de la vida?

Un supremo objeto para los movimientos de nuestra voluntad; una singular preferencia en el centro de nuestro corazón; una idea soberana en la cúspide de nuestro pensamiento...; no a modo de celosas y suspicaces potestades, sino de dueños hospitalarios y benévolos, a cuyo lado haya lugar para otras manifestaciones de la vida que las que ellos tienen de inmediato bajo su jurisdicción;

aunque, indirecta y delicadamente, a todas las penetren de su influjo y las usen para sus fines.

Ya por el moroso Idomeneo supimos cómo la perseverancia en una alta idealidad, cómo el fervor de un gran designio, puede hermanarse con un tierno interés por las demás cosas bellas y buenas que abarca la extensión infinita del mundo. Fijemos otro aspecto de esta misma virtud de simpatía; pasémosla de la relación entre las distintas vocaciones y formas de la actividad, a la relación entre las diferentes doctrinas y creencias; considerémosla por su influjo en nuestra convicción o nuestra fe. En esta esfera, esa virtud es la fecunda y generosa tolerancia.

La tolerancia: término y coronamiento de toda honda labor de reflexión; cumbre donde se aclara y engrandece el sentido de la vida. Pero comprendámosla cabalmente: no la que es sólo luz intelectual y está a disposición del indiferente y del escéptico, sino la que es también valor de sentimiento, penetrante fuerza de amor. La tolerancia que afirma, la que crea, la que alcanza a fundir, como en un bronce inmortal, los corazones de distinto timbre... No es el eclecticismo pálido, sin garra y sin unción. No es la ineptitud de entusiasmo, que en su propia inferioridad tiene el principio de una condescendencia fácil. No es tampoco la frívola curiosidad del *dilettante*, que discurre al través de las ideas por el placer de imaginarlas; ni la atención sin sentimiento del sabio, que se detiene ante cada una de ellas por la ambición intelectual de saberlas. No es, en fin, el vano y tornadizo entusiasmo del irreflexivo y veleidoso. Es la más alta expresión del amor caritativo, llevado a la relación del pensamiento. Es un transporte de la personalidad (que no se da sin un piadoso prejuicio de benevolencia y optimismo) al alma de todas las doctrinas sinceras; las cuales, sólo con ser creaciones humanas, obra de hombres, trabajada con los afanes de su entendimiento, y madurada al calor de su corazón, y ungida por la sangre y las lágrimas de sus martirios, merecen afecto e interés, y llevan en sí virtud de sugestión fecunda; porque no hay esfuerzo sincero encaminado a la verdad que no enseñe algo sobre ella, ni culto del Misterio infinito, que, bien penetrado, no rinda al alma un sabroso dejo de amor...

## CXVI

Y además de caldearse en las fraguas de esta tolerancia, ha de ser *dinámica* nuestra convicción o nuestra fe; ha de ser modificable y perfectible, capaz de acompañar al progresivo desenvolvimiento de nuestra personalidad: condición, si bien se mira, entrañada en la otra, porque la idea que se relaciona y comunica con las que divergen de ella, por una activa tolerancia, es idea que sin cesar está plasmándose en manos de una infatigable simpatía.

De este modo, la suma de ideas que aquella que fundamenta nuestra convicción reúne y concilia, en determinado instante, en nuestra mente, no ha de ser considerada nunca como orden definitivo, como término y reposo, sino como hito con cuya ayuda proseguir una *dirección* ideal, un rumbo que llevamos: así el viajero que no conoce su camino y pregunta a los que viven junto a éste, se orienta por direcciones sucesivas, y va del árbol a la casa, de la casa al molino, del molino al sembrado.

Para que nuestro pensamiento cumpla esta ley de su desarrollo vital y no se remanse en rutinario sueño, es menester, a la vez que su aptitud de comunicación tolerante, el hábito de la *sinceridad consigo* mismo: rara y preciosa especie de verdad, mucho más ardua que la que se refiere a nuestras relaciones con los otros; mucho más ardua que la que consiste en el acuerdo de lo que aparentamos y decimos, con la inmediata representación de nuestra conciencia: testimonio que puede ser infiel, superficial, o mal depurado. Aquella honda sinceridad interior obliga a rastrear las fuentes de este testimonio; a saber de sí cuanto se pueda y con la claridad y precisión que se pueda, celando las mil causas de error que comúnmente nos engañan sobre nuestros propios pensamientos y actos, y ejercitándose cada día en discernir lo que es real convicción en nuestra mente, de lo que ha dejado de serlo y dura sólo por inercia y costumbre, y de lo que nunca fué en ella sino eco servil o vana impresión. Consagrado a la práctica de este conocimiento reflexivo, buscándose a sí mismo en sus veneros hondos, el pensamiento varonil no teme, aunque ese constante esfuerzo de sinceridad y de verdad perpetúe en su seno las desazones de la agitación y de la lucha, porque desdeña la voluptuosidad de la quietud, con tal de eliminar de sí lo exánime y

caduco y vivir sólo, a ejemplo del trabajador, de lo que gana cada jornada con sus fuerzas.

## CXVII

*Al través* de las dudas, de los desmayos y reanimaciones, de las angustias y porfías de la lucha que se desenvuelve en lo interior de la conciencia y de la que se sostiene al pleno sol de la contradicción humana, la idea que resiste, y triunfa de cuantas ramas se le oponen, se fortalece, acicala y magnifica.

No es la mejor y más acreditada prueba con que pueda abonarse la sinceridad de una fe la que consiste en afirmar su igualdad inalterable, sin borrascas, sin alternativas, sin más y menos de fervor y confianza; como no sea en aquellas almas anticipadas a la celeste beatitud, que, por candor del corazón o simplicidad de la mente, salen fuera de la ley común a las otras. Pero en quien palpita con el turbio torrente de la naturaleza humana, en quien lidia los combates del mundo, una fe perennemente igual sin tentaciones, sin deliquios, una fe que no oyó nunca pasos de enemigo interior, antes suele acusar la escasa profundidad a que ha arraigado en el alma donde asiste, manteniéndose limpia y serena porque no la frecuentan la mente con una atención ahincada ni el sentimiento con un celoso afán de amor.

No estimes, pues, la superioridad de tu fe sólo por la paz que reine en sus ámbitos. Una fe verdadera es como entraña que participa del soplo de tu vida; y la vida no consiente uniformidad, igualdad, paz sempiterna. Sólo en la máscara o la estatua hay una expresión inmutable; la fisonomía real refleja los movimientos desiguales de un alma, que varían y renuevan cien veces la apariencia del color y la línea. No es el amor más libre de nubes el que más dura y ahonda. No es la fe más firme y enérgica aquella en que faltan una discordancia, una ansiedad, un descontento de sí misma, que la estimulan, por el dolor y la inquietud que le causan, como acicate que llevara metido dentro del corazón. Acaso duerme inalterable la fe que no reposa sino en la pasividad de la costumbre, y es comparable al charco que, desdeñado por la furia del viento, permanece en un ser; pero la fe compuesta de la misma substancia que nosotros, la fe de un alma viva, es mar inquieta, que pasa de las calmas de la contemplación a las turbulencias del

pensamiento acongojado, y de la pleamar del místico transporte a las bajantes de la flaqueza y de la duda.

## CXVIII

*¡Con qué pasmosa sutileza* la obra lenta y asidua de sustitución, de que provienen las petrificaciones orgánicas, trueca el despojo vegetal en concreción silíceo, sin cambiar en lo mínimo su forma y estructura!

Esta piedra fué fragmento soterrado de un tronco. Descompuesta la sustancia vegetal, cada molécula que ella perdió en disolución secreta y morosa, fué sustituida al punto, y en su propio lugar, por otra de sílice. Cuando la última partecilla orgánica se hubo soltado, todo fué piedra en el conjunto; mas ni una línea, ni un relieve, ni un hueco, ni un ínfimo accidente de la construcción interna del tronco, faltaron en la conservación de la apariencia. Ésta es la superficie del tronco, con sus grietas y arrugas; éstas son las fibras corticales, y éstas las capas leñosas, y éstos los radios que van del núcleo a la corteza, y éste el oscuro y compacto corazón del árbol. Aun cuando ese artificio de la Naturaleza se hubiera consumado ante un espectador perenne, éste no hubiese reparado en él; tal ha sido la lentitud, tal la perfección, de la obra. Todo está intacto en la apariencia; todo ha cambiado en la sustancia. Donde hubo el resto de un árbol, sólo hay un trozo de piedra.

.....

Ve ahí la imagen de lo que pasa en multitud de almas, que un día tuvieron una convicción que exalta el amor, una fe viva, personal, nutrida con la savia de su corazón y de su pensamiento, apta para renovarse y ganar en capacidad y simpatía. Luego, apartaron su atención del trato íntimo con las ideas, porque la atrajo a lo exterior el bullicio del mundo; o bien, celosos de la integridad de su creencia, la guardaron de cuanto significara una remoción, un arranque innovador; y sea por lo uno o por lo otro, mientras descansaban confiados en la idea que juzgaban con vida para siempre, llegó un tiempo en que ya lo que llevaron dentro de sí fué sólo una seca concreción, imagen engañosa de la fe que antes alentaban; con toda la disciplina que ella estableció, con todas las costumbres que determinó, con todo aquello

que la constituyó formalmente; con todo lo de la fe, menos su jugo y su espíritu. La paz y constancia que el alma toma entonces por signos de la resistente firmeza de su sentimiento no son sino inmovilidad de cosa muerta. La obra lenta y delicada del tiempo, obrando sin perceptible manifestación, ha sido bastante para sustituir el espíritu que creó la forma por la forma vacía de espíritu. El tiempo ha robado al alma la esencia de su fe, y el alma no lo siente. Duerme, soñando en su pasado; tan incapaz de abandonar la creencia a que un día se atuvo, como de sacar de ella nuevo, original amor, nuevo entusiasmo, nueva ternura, nueva poesía, nueva ciencia. . . Así soportan en el alma el petrificado cadáver de una fe, rígidos devotos, graves prelados, apolo-gistas elocuentes; quizá, sabios teólogos; quizá, ilustres pontífices. ¿Puede llamárseles convencidos o creyentes? No, en realidad. ¿Im-postores? Tampoco. Su sinceridad suele ser tan indudable como su ignorancia de lo que ocurre en su interior. *Crean que crean*, según la insustituible expresión de Coleridge.

## CXIX

*Otra forma* de engaño, de las que usurpan la autoridad de la razón en el gobierno de nuestras ideas, es la que podría calificarse, en cierto modo, de contraria a la que acabamos de considerar: el entusiasmo y fervor que se encienden, inopinadamente y con fuerza avasalladora, en la dolosa práctica de una fe mentida.

Empezar por la simulación y concluir por la sinceridad, no es un caso infrecuente en las opiniones de los hombres. Tomas partido, adoptas una idea, sin convencimiento real, quizá por motivo interesado, quizá siguiendo pasivamente huellas de otros. Luego, en la confesión o actividad de esa idea, te ilusionas hasta creerte firme y desinteresadamente convencido; y así lo que primero fué máscara y engaño, pasa a ser, hasta cierto punto, verdad, capaz de inflamarte en llamas de pasión, y aun de arrebatarte al sacrificio generoso.

No implica esto que hayas llegado a convencerte; implica sólo que el simulacro con que engañaste a los demás ha concluído por engañarse a ti mismo, y piensas y sientes como si dentro de ti hubiera una idea que te gobernase por los medios propios de la madura convicción o de la fe profunda, cuando no hay sino una

sombra traidora, a la que, imprudentemente, hiciste camino en tus adentros, pensando tener dominio sobre ella, y que te ha robado tu libertad, obrando en ti como el mandato hipnótico a que se obedece, sin saberlo, después que se ha vuelto a la vigilia. ¿Cuántas veces el mentiroso concluye por creer, con toda ingenuidad, en sus inventos? El discutidor falaz ¿cuántas veces pasa, sin transición consciente, de la artificiosidad de sus sofismas, al apasionamiento cierto y a la ilusión de que rompe lanzas por la verdad? ¿Cuántas el enamorado falso, compadecido de sí mismo, llora como penas de amor las que mueve el despecho de su ambición o de su orgullo? El más vil culpado ¿cuántas halla, en la dialéctica de su interés, recursos con que aplacar a su conciencia, y aun, con que obtener que ella le declare inocente? ¿Cuántas el divino poeta llega a sentir la realidad de lo que finge, hasta tomar, olvidando su personalidad verdadera, el alma de sus criaturas?...

Caso semejante a éstos es este del ilusionado por sus propios fingimientos de entusiasmo y de fe. Quien tenga hecha una mediana observación en los secretos de las opiniones humanas, no dejará de conocer algún ejemplar de este linaje de convencidos y creyentes, que empezaron por un aparentar habilidoso, o cuando más, por una adhesión sin fervor ni madurez reflexiva, y que, después de mezclados en el tumulto de la acción, créense ellos mismos sinceros, lo cual es casi como si lo fueran, y obran al tenor de esta sinceridad, y tal vez se manifiestan capaces de los extremos de constancia, lealtad y valentía, en que muestra su temple la convicción heroica.

La primera palabra que, afirmando falsamente una idea, se dice en alta voz; el primer acto con que se aparenta servirla, ante las miradas ajenas, son ya un paso en el sentido de olvidar lo que hubo, en la intención, de mentira. Después, amores y odios que nacen de la acción; el interés y la vanidad, mancomunados en pro de la perseverancia; la sugestión de la sociedad de que se entra a formar parte; la táctica sutil y poderosa del hábito: todo conspira a redondear la obra. De esta manera, se cría un remedo de convicción que engaña a la propia alma en que se produce; que no es una pura falsedad, un arte de cómico, puesto que arrastra consigo el corazón y la creencia, y tal cual te figuras a ti mismo, así te hace aparecer ante el mundo, siendo tú el primer engañado; pero que dista más aún de la convicción entera y verdadera: aquella que tiene su asiento en la razón y que no llega a ti cautelada por el

interés y la costumbre, sino que te busca de frente y triunfa de ti esgrimiendo, como arma, tu propio y libre pensamiento.

## CXX

*Aun en el revelador*, en el profeta, en el apóstol, en el que amoneda ideas con su busto y leyenda, y sin descender a contar en este número al impostor que lleva adelante la grosera simulación de una fe; aun en aquéllos ¿cuántas veces la idea que es fundamento de su originalidad, talismán de su dominio y su gloria, puede haber tenido por principio, no la intuición inspirada, ni el hondo y laborioso discurso, ni la segunda vista del corazón; no estas vías de sinceridad; sino un cálculo del interés, una volubilidad de la mente, un juego sofisticado, encubridores que dieron paso dentro del alma a la idea; la que, a favor del tiempo, concluye por interesar y cautivar al mismo que la concibió sin creer en ella, hasta el punto de aparecérsese un día como absoluta verdad, y exaltarle a la fe ciega, y ocupando el centro de su alma, de donde ya no habrá fuerza que la quite, servir en adelante de norma y de motor a la actividad de ese grande espíritu para que él la honre y la propague?

Yo no olvidaré nunca la revelación de Marmontel en sus *Memorias*, sobre el origen de la filosofía naturalista de Rousseau: de aquella abominación por los resultados de la cultura, y aquella fe en la bondad de lo espontáneo y primitivo, que fueron como el tuétano de sus obras y dieron nervio y carácter a su pensamiento. Refiere Marmontel confidencias de Diderot, que bien pudieran no discordar con la verdad, aun cuando sabidas enemistades fueran parte a excitarlas. Paseaban juntos el autor de *La Religiosa* y el de *Emilio*, y manifestó éste su propósito de concurrir al certamen abierto por la Academia de Dijón sobre el influjo de las ciencias y las artes en la moralidad de las costumbres. “¿Qué tesis sostendrá usted?”, preguntó el enciclopedista. “La afirmativa”, respondió Juan Jacobo. Observó a esto Diderot que lo común y trivial de la solución afirmativa alejaba toda probabilidad de lucimiento, en tanto que lo audaz e inaudito de la negativa pres-tábase de suyo al interés y la originalidad. “Es cierto... —dijo, después de meditar un instante Rousseau—; a la negativa me atengo”. Y “memoria” del certamen, semilla donde están virtualmente contenidas tantas cosas de su obra futura, fué la famo-

sísima invectiva contra la civilización que destierra de la sociedad humana el candor de la naturaleza.

De aquel pueril y nada austero movimiento de ánimo nació acaso toda una filosofía que, si en el espíritu del apóstol llegó a ser, sin duda, sinceridad y pasión, en el espíritu y la realidad del mundo fué pasión y fuego de incendio.

## CXXI

¡Cuán complejo problema es este de nuestras relaciones con nuestro propio pensamiento! ¡Cómo están ellas sujetas a los mismos engaños y artificios que las relaciones entre unos y otros hombres! ¡Y hasta qué punto es a veces necesario el más hábil, enérgico y pertinaz esfuerzo de sinceridad, para discernir, dentro de la propia conciencia, la idea que realmente *vive*, de la que, con semejanza de vida, yace muerta, y de la que nunca fué en nosotros sino eco vano, remedo sin espíritu!

¿Cuánto tiempo hace, quizá, que no te detienes a mirar frente a frente la idea a que te vincula una pasada elección; el dogma, la escuela o el partido, que da a tu pensamiento nombre público?

Ayúdate de la soledad y del silencio. Procura alguna vez que un impulso íntimo del alma te lleve a esa alta mar del alma misma, donde sólo su inmensidad desnuda y grave se ve; donde no vibran ecos de pasión que te enajenen; donde no llegan miradas que te atemorizan o te burlen, ni hay otro dueño que la realidad de tu ser, superior a la jurisdicción de tu voluntad. Y allí, como si consultaras, a través del aire límpido, la profundidad del horizonte, pregúntate sin miedo: —¿Es verdad, verdad honda, que yo crea en esto que profeso creer? Tal convicción que adquiriré un día y en la que, desde entonces, descanso, ¿resistirá ahora a que, en este centro de verdad, la traiga ante mis ojos? Tal sentimiento que considero vivo aún, porque alguna vez lo estubo, no lo hallaré muerto, si me acerco a moverle? ¿No vivirá mi fe de la inercia de un impulso pasado? ¿Me he detenido a probar si cabe dentro de ella lo que he sabido después, por obra del tiempo? Cuando lo afirmo, ¿la afirmación es sólo una costumbre de mis labios, o es cada vez, cual debe serlo, nuevo parto de mi corazón? Si ahora hubiera de decidir mi modo de pensar por vez primera; si no

existiesen las vinculaciones que he formado, las palabras que he dicho, los lazos y respetos del mundo, ¿elegiría este campo en que milito?... ¿Y aquella duda que pasó un día por mi alma y que aparté de mí por negligencia o por temor?... Si la hubiera arrojado con sinceridad valerosa ¿no hubiera sido el punto de arranque para una revolución de mis ideas? Mi permanencia en esta comunidad, mi adhesión a esta filosofía, mi fidelidad a esta ley, ¿no son obstáculos para que adelante en la obra del desenvolvimiento propio? ¿Me digo la verdad de todo esto a mí mismo?... ¿No se cruza, entre el fondo de mi pensamiento y mi conciencia, el gesto de una máscara?...

Haz esta meditación. Ponla bajo la majestad de la alta noche, o ve con ella al campo, abierto y puro, libre de ficción humana, o junto al mar, gran confidente de meditabundos, cuando el viento enmudece sobre la onda dormida. Ayúdate de la soledad y del silencio.

## CXXII

¡Ab! si todos tuviéramos por hábito esa depuración de nuestro espíritu, ese ejercicio de sinceridad, ¿qué inmenso paso no se habría dado en el perfeccionamiento de nuestro carácter y nuestra inteligencia? Pero la inmensa multitud de los hombres, no sólo ignora en absoluto tal género de meditación, reservado a los que ahincan muy hondo en la seriedad del pensar, sino que espantan y alejan, presurosos, de su pensamiento, la más leve sombra que haya logrado penetrar por sus resquicios a empañar la serenidad del fácil acuerdo en que él reposa. Afrontar la sombra importuna que amaga a nuestra fe, y procurar desvanecerla de modo que arguya raciocinio, esfuerzo, y triunfo bien ganado, es acto de íntima constancia a que no se atreven los más; unos, por indolencia de la mente, que no se aviene a ser turbada en la voluptuosidad con que dormita en una vaga, nebulosa creencia; otros, por la pasión celosa de su fanatismo, que les lleva a sospechar que en cada pensamiento nuevo haya oculto un huésped traidor, y los precave contra el asomo de una idea con la escrupulosidad de aquel gigante de quien decían los antiguos que rondaba, sin darse punto de reposo, los contornos de Creta, para evitar que se estampase en sus playas huella de extranjero.

¿No sería capítulo importante en las prácticas de una comunión de hombres de verdad y libertad, que, al modo de los inventarios que periódicamente acostumbran hacer los mercaderes, o mejor, a la manera del *jubileo* de la antigua Ley, por el cual se apartaba, dentro de cierto número de años, uno destinado a renovar la vida común mediante la remisión de las deudas y el olvido de los agravios, se consagrara, cumplido cada año, en nuestra existencia individual, una semana cuando menos, para que cada uno de nosotros se retrajese, favorecido por la soledad, a lo interior de su conciencia, y allí, en silencio pitagórico, llamara a examen sus opiniones y doctrinas, tal cual las profesa ante el mundo, a fin de aquilatar nuevamente su sinceridad, la realidad de su persistencia en lo íntimo, y tomar otro punto de partida si las sentía agotadas o a reasumirlas y darles nuevo impulso si las reconocía consistentes y vivas?

La primera vez que esto se hiciera, yo doy por cierto que serían superadas todas nuestras conjeturas en cuanto a la rareza de la convicción profunda y firme. ¡Y qué de inopinadas conversiones veríamos entonces! ¡Cuántos remedos de convencimiento y de fe, que andan ufanos por el mundo creyéndose a sí propios hondas realidades del alma, se desharían no bien fueran sacados de la urna donde la costumbre sin reflexión los preserva; como el cadáver que, por acaso, ha mantenido la integridad de su forma en el encierro de la tumba, y apenas lo toca el aire libre se disuelve y avienta en polvo vano!

### CXXIII

*No hay convicción* tal que, una vez adquirida, debas dejar de trabajar sobre ella. Porque, aunque su fundamento de verdad sea para ti el más firme y seguro, nada se opone a que remuevas, aires y retemples tu convicción, y la encares con nuevos aspectos de la realidad, y muestres su fortaleza en nuevas batallas, y la llesves contigo a explorar tierras del pensamiento, mares de la incredulidad y de la duda, que ella puede someter a su imperio engrandeciéndose; ni a que, corroborándola dentro de ella misma, te afanes por hacer más fuerte y armónica la conexión de las partes que la componen.

Pues, si ella es verdad, ¿no es deber tuyo entrar cada vez más

adentro de la verdad y adherirte a ella, en cuanto sea posible, por más motivos de convencimiento y amor? Trabaja, pues, sobre la convicción adquirida; relaciónala con nuevas ideas, con nuevas experiencias, con nuevas instancias de la contradicción, con nuevos espectáculos del teatro del mundo. Si ella resiste y prevalece ¿cuánto más probada no quedará su energía? ¿cuántos más elementos no habrá conquistado y sojuzgado, ordenando a su alrededor, por su propia virtud y eficacia, todas las cosas con que la pusiste en contacto? La convicción más firme será la que más multitud de ideas mantenga en torno suyo y alcance a unir las en más ceñida y concorde relación. Todo lo que vive y progresa se mueve doblemente en el sentido de una mayor complejidad y un mayor orden. Si sólo te preocupa perfeccionar la unidad y el buen arreglo de tu convicción, sin agregarle elementos de afuera que la extiendan y reanimen, caerás en el automatismo de una fe bien disciplinada pero estrecha. Si sólo atiendes a aumentar la provisión de ideas de tu espíritu, y no cuidas de repartirlas y ordenarlas, caerás en la anarquía del pensamiento contradictorio y tumultuoso. Pero cada idea que ganes para tu mente, si aciertas a ponerla en adecuada relación con la idea superior y maestra que ocupa el centro de tus meditaciones, será un lazo más que asegure la estabilidad de esta última, como nueva raíz que se desprende de ella y se entraña en el seno de las cosas.

Aun cuando supieras que nunca habías de abandonar la posición actual de tu espíritu, sino que reposarías de por vida en lo que ahora juzgas la verdad, no por eso deberías soltar de la mano los instrumentos de la investigación y del juicio, como el obrero que da por terminada su tarea: la tarea tuya consistiría, desde entonces, en extender las relaciones de tu verdad; en adaptarla a lo nuevo que trae consigo cada hora; en amaestrarla, como ave de altanería, para la caza del error; en propender a que ella envolviese en sus anillos una completa y bien trabada concepción del mundo.

Pero nadie puede afirmar: "Ésta es mi fe definitiva"; y cuando llevamos adelante ese empeño de airear y ejercitar la convicción de nuestra mente, y se levanta ante nosotros una idea que no sólo se niega a subordinarse en forma alguna a aquella convicción, sino que, planteado el conflicto, la resiste, y la hiere en lo íntimo de modo que no podemos escudarla, ¿qué queda por hacer sino declarar la vieja potestad vencida, y pasar a la idea nueva

el cetro de nuestro pensamiento, si hemos de proceder en estas lides según la viril y caballeresca ordenanza de la razón?...

## CXXIV

*Una convicción* que adquirimos con los afanes y vigili-  
as de nuestro entendimiento es como hacienda que allegamos con el sudor de nuestra frente: trabajo acumulado; pero de igual manera que quien goza de bien ganada hacienda, no por eso, si tiene fuerzas y propicia edad, puede optar por desperdiciarlas en el ocio, enajenando a la corriente activa del mundo la parcela de vida que la Naturaleza infundió en sus entrañas y confió a su voluntad, como crédito con que lo habilitó o armas de que le proveyó para el combate: de igual manera, quien moralmente vive de los réditos de una fe que adquirió y no retempla o reconquista esta fe por el diario trabajo de su pensamiento: si hay en él capacidad de pensar, ¿no es un vano y abandonado ocioso?... Y aún más lo es quien disfruta, no de una convicción que formó en otro tiempo por sí mismo, sino de la creencia que, sin esfuerzo propio, recibió por tradición, o se le transmitió por autoridad: hacienda heredada, que él no cohonesto ni mejora, cual regalón inútil que pasa sin gloria por la vida, mientras, a su alrededor, resuena en los yunques, y vibra en la palabra, y ennegrece con su aliento los aires, el fecundo trabajo de los otros.

## CXXV

*Cada vez* que en tu alma se levanta un anhelo de libertad, un impulso de sinceridad, que te excita a romper la cadena, consumida de herrumbre, con que aún te sujeta una opinión pasada, y a mostrar en estatuaria desnudez tu pensamiento, voces distintas se concertan para disuadirte, para matar en germen tu resolución viril y aprisionarte en el sofisma perezoso del "quiero creer, y no debo detenerme a sutilizar por qué creo".

Esas voces que te amilanan proceden, ya de boca de los otros, ya de lo interior de ti mismo.

Primera voz; voz de las que nacen dentro de ti; voz del orgullo. Ésta tiende, en lo flaco de tu corazón, al punto donde ra-

dican el cuidado de la vana apariencia y los respetos humanos, y de esa flaqueza saca fuerzas con que resistir a la verdad que te busca cual enamorada leal y candorosa.

¿Cuál es la más necia forma del orgullo? —El orgullo de la inmovilidad.

¿Quizá resistes por soberbia a reparar tu error, a abandonar tu parapeto de sofismas? ¿Quizá te envanece tu permanencia inalterable allí donde te puso tu primer vislumbre de las cosas, o donde acaso te encerraron, sin mediación de tu discernimiento, sugestiones del mundo, que tú, ciego, confundes con raíces de convicción y de fe?... ¿Y eso puede ser fundamento de soberbia? ¿Y eso puede oponerse a que restituyas tu alma a la corriente de la vida?...

¡Orgullo por inmovilidad! Nunca estará tan quieta tu alma como la piedra, a quien así concedes, sin saberlo, la superioridad en lo creado. ¿Concibes que la esclavitud engendre orgullo? Pues si esclavitud es enajenación de la personalidad, pérdida del dominio propio, ¿cuál es tu condición, mientras persiste en no tocar con tu pensamiento vivo el yugo que tu inexperiencia te impuso, sino esclavitud aceptada por la voluntad, que es como nace para el esclavo la ignominia?... Esclavo voluntario eres; esclavo de una vanidad, esclavo de una ficción, esclavo de una sombra; esclavo de tu propio pasado, que es lo que ha muerto de ti: esclavo de la Muerte.

## CXXVI

*Otra voz viene* de las gradas de este circo del mundo, o se anticipa en tu conciencia a la que de allí se alzaré si se consuma tu voluntad de emanciparte. "¡Apóstata, traidor!", clama esa voz de reconvencción y de afrenta. Y el dogma o la opinión con que ella se autoriza saben bien cómo es, porque ella sonó de igual manera en los oídos de aquel que los confesó primero que ninguno: "¡Apóstata, traidor!" Ésta es la canción de la nodriza para el alma que nace a la vida del pensamiento personal después de su vegetar inconsciente en el útero de una tradición o una escuela. No hay creencia humana que no haya tenido por principio una inconsecuencia, una infidelidad. El dogma que ahora es tradición sagrada, fué en su nacer atrevimiento herético. Abandonándolo para acu-



dir a tu *verdad*, no haces sino seguir el ejemplo del maestro que, por fundarlo, quebrantó la autoridad de la idea que en su tiempo era dogma. Y si acaso él no hubo menester de apostatar de esta fe, porque no fué educado en su doctrina, sino que vino de afuera a trastornarla, cuando menos formó su séquito e instituyó su comunión con aquellos a quienes indujo a apostatar. Así como remontándose al origen del más alto linaje de nobleza siempre se llegará a un glorioso advenedizo: a un aventurero heroico, a un bárbaro soldado o rudo trabajador, así, buscando en sus nacientes la fe más venerable, la idea más entonada por la majestad y pompa de los siglos, siempre se llegará al apóstata, al heresiarca, al rebelde. Y así como el honor de aquella aristocracia viene todo él del arranque personal del hombre oscuro que, levantándose sobre el polvo, levantó a su posteridad consigo, de igual manera el magnetismo, la fuerza interna, de esta fe, son como la *ondulación* de aquel arranque personal de rebeldía, de desobediencia, de audacia, del hereje que apostató de la fe antigua para tener una fe *suya*.

## CXXVII

## LA DESPEDIDA DE GORGIAS

*Esos que están* sentados a una mesa donde hay flores y ánforas de vino, y que preside un viejo, hermoso y sereno como un dios; esos que beben, mas no dan muestra de contento; esos que suelen levantarse a consultar la altura del sol, y a veces se enjugan una lágrima, son los discípulos de Gorgias. Gorgias ha enseñado, en la ciudad que fué su cuna, nueva filosofía. La delación, la suspicacia, han hecho que ella ofenda y alarme a los poderosos. Gorgias va a morir. Se le ha dado a escoger el género de muerte, y él ha escogido la de Sócrates. A la hora de entrarse el sol ha de beber la cicuta; aún tiene vida por dos más, y él las pasa en serenidad sublime, rector de melancólica fiesta, donde las flores acarician los ojos de los convidados, que el pensamiento enciende con luz íntima, y un vino suave difunde el soplo para el brindis postrero. Gorgias dijo a sus discípulos: "Mi vida es una guirnalda a la que vamos a ajustar la última rosa".

Esta vez, el placer de filosofar con gracia, que es propio de almas exquisitas, se realizaba con una desusada unción. "Maestro —dijo uno—, nunca podrá haber olvido en nosotros, para ti, ni

para tu doctrina". Otro añadió: "Antes morir que negar cosa salida de tus labios". Y cundiendo este sentimiento, hubo un tercero que repuso: "Jurémosle ser fieles a cada una de sus palabras, a cuanto esté virtualmente contenido en cada una de sus palabras; fieles ante los hombres y en la intimidad de nuestra conciencia; siempre e invariablemente fieles!"... Gorgias preguntó al que había hablado de tal modo: "¿Sabes Lucio lo que es jurar en vano?" "Lo sé —repuso el joven—, pero siento firme el fundamento de nuestra convicción, y no dudo de que debemos consolar tu última hora con la promesa que más dulce puede ser a tu alma".

Entonces Gorgias comenzó a decir de esta manera:

—¡Lucio! Ove una anécdota de mi niñez. Cuando yo era niño, mi madre se complacía tanto en mi bondad, en mi hermosura, y sobre todo en el amor con que yo pagaba su amor, que no podía pensar sin honda pena en que mi niñez y toda aquella dicha pasaran. Mil y mil veces la oía repetir: "¡Cuánto diera yo porque nunca dejas de ser niño!" Se anticipaba a llorar la pérdida de mi dulce felicidad, de mi bondad candorosa, de aquella belleza como de flor o de pájaro, de aquel amor único, merced al cual sólo ella existía en la tierra para mí. No se resignaba a la idea de la obra ineluctable del Tiempo, bárbaro numen que pondría la mano graciosa, y amargaría el sabor de la vida, y traería la culpa allí donde estaba la inocencia sin mácula. Menos aún se avenía con la imagen de una mujer futura, pero cierta, que acaso había de darmie penas del alma en pago de amor. Y tornaba al pertinaz deseo: "¡Cuánto daría porque nunca, nunca, dejas de ser niño!" Cierta ocasión ovóla una mujer de Tesalia, que pretendía entender de ensalmos y hechizos, y le indicó un medio de lograr anhelo tan irrealizable dentro de los comunes términos de la Naturaleza. Diciendo cierta fórmula mágica, había de poner sobre mi corazón, todos los días, el corazón de una paloma, tibio y mal desangrado aún, que sería esponia con que se borraría cada huella del tiempo; y en mi frente pondría la flor del íride silvestre, oprimiéndola hasta que soltase del todo su humedad, con lo que se mantendría mi pensamiento limpio y puro. Dueña del precioso secreto, volvió mi madre con determinación de ponerlo al punto por obra. Y aquella noche tuvo un sueño. Soñó que procedía tal como le había sido prescrito; que transcurrían muchos años; que mi niñez permanecía en su ser y que favorecida ella misma con el don de alcanzar una ancianidad extrema, se exta-

siaba en la contemplación de mi ventura inalterable, de mi belleza intacta, de mi pureza impoluta... Luego, en su sueño, llegó un día en que ya no halló, para traer a casa, ni una flor de íride, ni un corazón de paloma. Y al despertarse y acudir a mí, la mañana siguiente, vió, en lugar mío, un hombre viejo ya, adusto y abatido; todo en él revelaba una ansia insaciable; nada había de noble ni de grande en su apariencia, y en su mirada vibraban relámpagos de desesperación y de odio. "¡Mujer malvada —le oyó clamar, dirigiéndose a ella con airado gesto—, me has robado la vida por egoísmo feroz, dándome en cambio una felicidad indigna, que es la máscara con que disfrazas a tus propios ojos tu crimen espantable!... Has convertido en vil juguete mi alma. Me has sacrificado a un necio antojo. Me has privado de la acción, que ennoblesce; del pensamiento, que ilumina; del amor, que fecunda... ¡Vuélveme lo que me has quitado! Mas ya no es hora de que me lo vuelvas, porque este mismo es el día en que la ley natural prefirió el término de mi vida, que tú has disipado en una miserable ficción, y ahora voy a morir, sin tiempo más que para abominarte y maldecirte". Aquí terminó el sueño de mi madre. Ella, desde que lo tuvo, dejó de deplorar la fugacidad de mi niñez. Si yo aceptara el juramento que propones, ¡oh Lucio!, olvidaría la moral de mi parábola, que va contra el absolutismo del dogma revelado de una vez para siempre; contra la fe que no admite vuelo ulterior al horizonte que desde el primer instante nos muestra. Mi filosofía no es religión que tome al hombre en el albor de la niñez, y con la fe que le infunde, aspire a adueñarse de su vida, eternizando en él la condición de la infancia, como mi madre antes de ser desengañada por su sueño. Yo os fuí maestro de amor: yo he procurado daros el amor de la verdad; no la verdad, que es infinita. Seguid buscándola y renovándola vosotros, como el pescador que tiende uno y otro día su red, sin miras de agotar al mar su tesoro. Mi filosofía ha sido madre para vuestra conciencia, madre para vuestra razón. Ella no cierra el círculo de vuestro pensamiento. La verdad que os haya dado con ella no os cuesta esfuerzo, comparación, elección: sometimiento libre y responsable del juicio, como os costará la que por vosotros mismos adquiráis, desde el punto en que comencéis realmente a vivir. Así, el amor de la madre no lo ganamos con los méritos propios: él es gracia que nos hace la Naturaleza. Pero luego otro amor sobreviene, según el orden natural de la vida; y el amor de la novia, éste sí, hemos

de conquistarlo nosotros. Buscad nuevo amor, nueva verdad. No se os importe si ella os conduce a ser infieles con algo que hayáis oído de mis labios. Quedad fieles a mí, amad mi recuerdo en cuanto sea una evocación de mí mismo, viva y real, emanación de mi persona, perfume de mi alma en el afecto que os tuve; pero mi doctrina no la améis sino mientras no se haya inventado para la verdad fanal más diáfano. Las ideas llegan a ser cárcel también, como la letra. Ellas vuelan sobre las leyes y las fórmulas; pero hay algo que vuela aún más que las ideas, y es el espíritu de vida que sopla en dirección a la Verdad.

Luego, tras breve pausa, añadió:

—Tú, Leucipo, el más empapado en el espíritu de mi enseñanza: ¿qué piensas tú de todo esto? Y ya que la hora se aproxima, porque la luz se va y el ruido del mundo adormece: ¿por quién será nuestra postrera libación? ¿por quién este destello de ámbar que queda en el fondo de las copas?...

—Será, pues —dijo Leucipo—, por quien, desde el primer sol que nos ha de ver, nos dé la verdad, la luz, el camino; por quien desvanezca las dudas que dejas en la sombra; por quien ponga el pie delante de tu última huella, y la frente aún más en lo claro y espacioso que tú; por tus discípulos, si alcanzamos a tanto, o alguno de nosotros, o un ajeno mentor que nos seduzca con libro, plática o ejemplo. Y si mostrarnos el error que hayas mezclado a la verdad, si hacer sonar en falso una palabra tuya, si ver donde no viste, hemos de entender que sea vencerte: Maestro, ¡por quien te venza, con honor, en nosotros!

—¡Por ése! —dijo Gorgias; y mantenida en alto la copa, sintiendo ya al verdugo que venía, mientras una claridad augusta amanecía en su semblante, repitió: —¡Por quien me venza con honor en vosotros!

#### CXXVIII

*Desventurado* el maestro a quien repugne anunciar, como el Bautista, al que vendrá después de él, y no diga: "*Él debe crecer; yo ser disminuido*". Funda dogmas inmutables aquel que viene a poner yugo y marca de fuego, de las que allí donde una vez se estampan, se sustituyen por siempre al aspecto de naturaleza; no los funda quien es enviado a traer vida, luz y nueva alma.

La palabra de Cristo, así como anunció la preeminencia del sentido interno y del espíritu sobre la letra, la devoción y la costumbre, dejó también, aun refiriéndose a lo que es espíritu y sustancia, el reconocimiento de su propia relatividad, de su propia limitación, no menos cierta (como, en lo material, la del mar y la montaña), por su grandeza sublime; el reconocimiento de la lontananza de verdad que quedaba fuera de su doctrina declarada y concreta, aunque no toda quedase fuera de su alcance potencial o virtual, de las posibilidades de su desenvolvimiento, de su capacidad de adaptación y sugestión.

Éste es el significado imperecedero de aquellas hondas palabras de la Escritura, que Montano levantó por lábaro de su herejía: "Aún tendría otras cosas que enseñaros, mas no podríais llevarlas". Vale decir: "No está toda la verdad en lo que os digo; sino sólo la suma de verdad que podéis comportar".

Así, contra la quietud estéril del dogma, contra la soberbia de la sabiduría amortajada en una fórmula eterna, la palabra de Cristo salvó el interés y la libertad del pensamiento de los hombres por venir: salvó la inviolabilidad del misterio reservado para campo del esfuerzo nuestro, en las porfías de la contradicción, en los anhelos de la duda, sin los cuales la actividad del pensamiento, sal del vivir humano, fuera, si lo decimos también con palabras evangélicas, "como la sal que se tornara desabrida".

*Aún tendría otras cosas que enseñaros, mas ahora no podríais llevarlas*, significa, lo mismo en lo que es aplicable a la conciencia de la Humanidad que en lo que se refiere a la del individuo: no hay término final en el descubrimiento de lo verdadero, revelación una, cerrada y absoluta; sino cadena de revelaciones, revelación por boca del Tiempo, dilatación constante y progresiva del alma, según sus merecimientos y sus bríos, en el seno de la infinita verdad.

## CXXIX

*Desde el instante* en que una idea se organiza en escuela, en partido, en secta, en orden instituido con el objeto de moverla y hacerla prevalecer como norma de la realidad, ya fatalmente pierde una parte de su esencia y aroma, del libre soplo de vida con que circulaba en la conciencia del que la concibiera o reflejara, antes de que la palabra del credo y la disciplina de las observancias exte-

riores la redujesen a una inviolable unidad. Y a medida que el lazo de esta unidad se aprieta, y que su propaganda y su milicia, confirmandose, han menester de más medido y estrecho movimiento, su espíritu enflaquece, y lo que la idea gana en extensión aumentando la numerosidad de su rebaño, piérdelo de hondar en la conciencia individual.

No es en las tablas de la fórmula, no es en las ceremonias del rito, ni en la letra del programa, ni en la tela de la bandera, ni en las piedras del templo, ni en los preceptos de la cátedra, donde la idea está viva y da su flor y su fruto. Vive, florece y fructifica la idea, realiza la fuerza y virtud que tiene en sí, desempeña su ley, llega a su término y se transforma y da de sí nuevas ideas, mientras se nutre en la profundidad de la conciencia individual; expuesta, como la nave lo está al golpe de las olas, a los embates de la vida interior de cada uno: libremente entregada a las operaciones de nuestro entendimiento, a los hervores de nuestro corazón, a los filos de nuestra experiencia; como entretejida e identificada con la viva urdimbre del alma.

No ya la inmutabilidad del dogma en que una idea cristaliza, y la tiranía de la realidad a que se adapta al trascender a la acción: el solo, leve peso de la palabra con que la nombramos y clasificamos, es un obstáculo que a menudo basta para trabar y malograr, en lo interior de las conciencias, la fecunda libertad de su vuelo.

La necesidad de clasificar y poner nombre a nuestras maneras de pensar, no se satisface sin sacrificio de alguna parte de lo que hay en ellas de más esencial y delicado. De esa necesidad nacen errores y limitaciones que, no sólo adulteran la íntima realidad de nuestro pensamiento en el concepto de los otros, sino que, por el maravilloso poder de sugestión que está vinculado a las palabras, reaccionan sobre nosotros mismos, y ponen como bajo un yugo, o mejor, comprimen como dentro de un molde, el natural desenvolvimiento de la idea que ha hecho su nido en nuestra alma. "¿Qué filosofía, qué religión profesas; cuál es, en tal o cual respecto, la doctrina a que adhieres?" Y has de contestar con un nombre; vale decir: has de vestirte de uniforme, de hábito... Para quien piensa de veras, ¡cuán poco de lo que se piensa sobre las más altas cosas cabe significar por medio de los nombres que pone a nuestra disposición el uso! No hay nombre de sistema o escuela que sea capaz de reflejar, sino superficial o pobrememente, la complejidad de un pensamiento *vivo*. ¡Y cuán necesario es recordar esta verdad

a cada instante! Una fe o convicción de que sinceramente participas es, en lo más hondo de su carácter, una originalidad que a ti solo pertenece; porque si las ideas que arraigan en ti con fuerza de pasión, te impregnan el alma con su jugo, tú, a tu vez, las impregnas del jugo de tu alma. Y además, una idea que *vive* en la conciencia, es una idea en constante desenvolvimiento, en indefinida formación: cada día que pasa es, en algún modo, cosa nueva; cada día que pasa es, o más vasta, o más neta y circunscrita; o más compleja, o más depurada; cada día que pasa necesitaría, en rigor, de nueva definición, de nuevo credo, que la hicieran patente; mientras que la palabra genérica con que has de nombrarla es siempre igual a sí misma. . . . Cuando doy el nombre de una escuela, fría división de la lógica, a mi pensamiento vivo, no expreso sino la certeza intelectual de lo que es en mí fermento, verbo de mi personalidad entera; no expreso sino un residuo impersonal del que están ausentes la originalidad y nervio de mi pensamiento y los del pensamiento ajeno que, por abstracción, identifico en aquella palabra con el mío. La clasificación de las ideas no da, en un nombre, un vínculo aparente de simpatía y comunión con multitud de almas que, penetradas en lo sustancial de su pensar, en lo que éste tiene de innominado e incommunica-ble, fueran para nosotros almas de enemigos. ¡Ay! cuántas veces los que realmente son hermanos de alma han de permanecer para siempre separados por esa pared opaca y fría de un nombre; porque la íntima verdad de su alma, donde estaría el lazo de hermandad, no encuentra nombre que la transparente entre aquellos que las clasificaciones usuales tienen destinados para las opiniones de los hombres!

Y no tan sólo desconocimiento y frialdad: odio y muerte, a raudales, han desatado entre humanos pechos los nombres de las ideas: sus *nombres*, antes que su esencial realidad; y por de contado, muy antes que lo que está aún más hondo que ellas: el *espíritu*, y la intención, y la fe; odio y muerte —¡pena infinita!— entre quienes, si recíprocamente se vieran, por intuitivo relámpago, el fondo del alma, rota esa venda de los nombres adversos, se hubieran confundido, allí, sobre el mismo ensangrentado campo de la lucha, en inmenso abrazo de amor!

## CXXX

*Una inconsecuencia* aparente, un camino que el vulgo toma a prueba de versatilidad, puede ser, muy por lo contrario, acto de ejemplar consecuencia, acto de perseverancia en una idea más honda, en un propósito más fundamental que aquellos en que consiste el cambio: idea y propósito a cuyo natural desenvolvimiento se debe la eliminación de las formas gastadas que se abandonan y la adopción de otras nuevas; no de diverso modo que como el desenvolvimiento consecuente del germen está en pasar de la semilla a la planta, de la planta a la flor, de la flor al fruto: formas sucesivas cuyo impulso no para mientras persiste el principio vital que está presente en todas ellas y las enlaza las unas con las otras.

Inconsecuencia del árbol fuera dejar su vida inmovilizada en la flor, oponiéndose al tránsito de que nace el fruto: inconsecuencia para con la ley de su naturaleza. Quizá, si hubiera quien ignorase esta ley, viendo la flor intacta y permanente, mientras la de otros árboles habían cuajado en fruto, diría: "¡Oh árbol consecuente, que no desampara la leve envoltura de la flor, y emplea, en mantenerla viva, su savia!"; mas nosotros veríamos inconstancia del árbol donde ése, fidelidad y consecuencia.

Así, una vida de hombre puede estar gobernada, de lo más íntimo del alma, por una grande idea, o una inquebrantable pasión, y ser este principio dominante el que, mostrando su constancia y su brío, impone al alma la modificación de sentimientos e ideas menos esenciales que él; aunque quizás más aparentes, quizás más vinculadas a aquella parte de nosotros que perciben las miradas del mundo. Por eso el mundo ve la inconstancia que está en la superficie, y no la firmeza del amor que asiste en lo hondo.

Quando oigas voces malévolas que hablan de apostasía en el pensar, de infidelidad en la conducta, recuerda siempre, antes de dar tu juicio, esto de que por la estabilidad y permanencia del más firme asiento de su alma suele ser por lo que el hombre varía en tal o cual relación de sus afectos e ideas: por la tenacidad de un amor o convicción más altos, cuyo adecuado camino sigue su curso en el sentido de ideas y sentimientos divergentes

de aquellos con que había coincidido, en esa relación, hasta entonces; y de este modo, hay tenacísima voluntad que, vista de lejos, parece errátil vagar sin rumbo distinto, y hay caracteres en apariencia muy contradictorios que son, en el fondo, caracteres muy unos.

Todo está en conocer su resorte central y dominante; su pasión o idea superior: ese "primer móvil" del alma, no siempre manifiesto en las acciones de los hombres, y descubierto el cual vemos tal vez resolverse las disonancias de una vida en unidad y orden supremo: como aquel que, confuso y desconcertado entre sublimes ondas de música, halla de pronto el hilo conductor que ordena el vasto ruido en estupenda armonía.

## CXXXI

*La severidad* del vulgo suele ensañarse sólo con la falsedad de los que mudan de doctrina por inconstantes o venales; y rara vez castiga hasta donde fuera justo esa otra falsedad que se manifiesta por la permanencia ficticia en una idea que no tiene ya raíces vivas dentro del corazón. Menos ostensible y ocasionado a escándalo, este linaje de falsedad es mucho más frecuente y no menos pernicioso que el que reprueba el vulgo. Y si aquel que, obedeciendo a un estímulo que no es el de la sincera convicción, abandona la idea bajo cuyas banderas militaba, merece nombre de apóstata, aquel otro que persevera en la exterioridad de la creencia cuando ha sentido agotarse de ella la sustancia y el brío ¿no apostata de la verdad que se le anuncia por este acabamiento de la fe que tuvo? Sí, por cierto; y aun podría decirse que cuantas veces vuelve del sueño de la noche y recupera la actividad del pensamiento sin emplearla en someterse a esa verdad, otras tantas veces apóstata. Apostasía de muchos y muy altos; apostasía invisible y silenciosa, que se renueva, día a día, bajo altivas frentes, por entre las cuales va lisonjera el aura popular, y que luego los mármoles de soberbias tumbas decorarán, acaso, con los símbolos de la convicción y la firmeza...

## CXXXII

*Si esta falsa* perseverancia, y en general, si el sacrificio de la vigilante libertad de la razón en aras de una inmutable idea, no engendran, en la realidad de la vida de los hombres, todos los extravíos de pensamiento y de conducta que parecerían su inevitable secuela, débese a que, contra la voluntad del obcecado y el fanático, y quizá sin que él mismo lo advierta, el instintivo arranque de su espíritu, o la sugestión del ambiente en que vive, tuercen para muchos de sus actos y juicios, la lógica de aquella permanencia servil.

De Pirrón, padre de los escépticos, se cuenta que, empeñado en negar toda posibilidad de certidumbre, y para demostrar la desconfianza en que debían tenerse los datos del sentido, jamás desviaba el paso de la dirección en que marchaba porque ante él se presentase un obstáculo, ya fuese éste una pared, un pozo o una hoguera. Ocurre preguntar cómo Pirrón no era detenido por la pared, ni se abrasaba en la hoguera, ni se precipitaba en el pozo. Pero Diógenes Laercio, que esto refiere, cuida de agregar que el caminante escéptico iba rodeado de un grupo de officiosos amigos, los cuales le obligaban por fuerza a cambiar de dirección cuando era necesario. Así, sin discordancia entre la voluntad y la filosofía de Pirrón, su filosofía dejaba de aparejar graves riesgos para profesarla al aire libre, y Pirrón podía ser a un tiempo filósofo y paseante. Los dogmáticos y *obsesionados* superiores, inflexibles cuanto se quiera en la profesión de su doctrina, suelen salvarse, merced a dichas inconsecuencias en la vida real, de la funesta lógica de su intolerancia, porque, como Pirrón, tienen solícitos amigos que les siguen de cerca: tan de cerca que van dentro de su propio espíritu. Estos amigos de Pirrón son la lealtad del juicio, la sensibilidad moral, el buen gusto, las fuerzas espontáneas, muchas veces inconscientes, del alma, que, llegado el momento, acuden a evitar el peligro cruzado en el sentido de la marcha, apartándola de la recta fatal.

## CXXXIII

*Sigamos atendiendo* a las voces que se levantan de tu alma cuando, por acudir a la verdad, tientes romper el lazo que te une a lo pasado en la historia de tu espíritu. Ésta que suena ahora es triste y suave; y por suave y triste, poderosa. Mézclanse en ella melancolías del recuerdo, ternuras de la gratitud.

¿Es quizá un sentimiento de fidelidad el que detiene tu impulso de ser libre? ¿Te duele ser infiel con ideas que han sido el regazo donde se adurmió tu alma, el materno seno de que se nutrió, la voz amante que oyó, al despertar, tu pensamiento?... Piensa, en primer lugar, que la separación no obliga al odio, ni aun a la indiferencia y el olvido. La autoridad de la razón puede exigir de ti el abandono del error que ella ha disipado y el amor por la verdad que ella te enseña; pero que en tu corazón quede piedad y gratitud para los sueños en que te mecíó el error ¿qué mal nacerá de esto? Ese sentimiento piadoso, si persiste después de tu desengaño y tu libertad, ¿por qué no lo ha de dejar vivir la razón austera, mientras él no sea obstáculo que impida tu marcha hacia adelante? ¿Y cuántos hay que, emancipados para siempre, conocen la voluptuosidad moral de cuidar, en un refugio de su alma, la imagen y el aroma de la fe perdida?...

Así, un primer amor que malogró la muerte u otro límite de la fatalidad, dura tal vez, en lo íntimo de la memoria, mucho más que como fría representación de lo pasado; dura en aquella parte mejor de la memoria que confina con los términos del corazón y que imprime en él, tiernamente, las figuras que evoca; y aun cuando la vida traiga consigo amores nuevos, aquel amor primigenio es como una caja de sándalo donde todo nuevo amor entra y se acomoda; y sigue viviendo a través de ellos, y nota con encanto correspondencias, semejanzas, miradas y sonrisas que reaparecen en otros ojos y otros labios, uniendo en lazo de inmortal simpatía dos pasiones, libres de conflicto, purificadas de celos y egoísmos de amor, por la distancia que separa a la vida de la muerte.

Para que un amor que ha escollado en la realidad persista en ti idealmente, de manera delicada y profunda, no es necesario que sacrifiques en holocausto a él el resto de tu vida, ni que

selles, resumiéndolas como en la cavidad de una tumba, las fuentes de tu corazón. Si logras, por dicha, hallar otro objeto de amor que te captive, tu fidelidad al primero puede manifestarse aún por los ecos que compone tu alma; por la esfumada lontananza con que el recuerdo completa y poetiza el paisaje del amor nuevo. Y de igual modo, cuando la razón te fuerza a abandonar una fe que te ha llenado el alma de amor, no es menester que cobres aborrecimiento a esa fe, ni aun lo es que dejes de amarla. Puedes serle fiel y grato todavía: fidelidad y gratitud caben en la devoción del recuerdo, que cuida sus reliquias con esmero piadoso, y evoca con melancólico afecto la imagen del perdido candor; y como en el caso de los dos amores de que te hablaba, que, en sublime hermandad, el uno hace revivir memorias del otro, se complace tal vez en notar coincidencias, afinidades, simpatías, entre los sentimientos morales con que la vieja fe te modelara y las enseñanzas en que te inicia la severa razón.

## CXXXIV

*Una fe que verdaderamente* ha arraigado en la profundidad de tu conciencia, tomando allí los principios de su savia, enviada luego a distribuirse e infiltrarse por el alma toda; una fe que concuerda con tu vida, rara es la vez que no deja, después de secarse y morir, algún vestigio inmortal, algún recuerdo de sí que no desaparece, y que en medio de la nueva fe o la nueva convicción que la sustituyen, o de la duda en que para siempre quedas, mantiene vivo un destello de aquel pasado amor de tu alma.

Vestigio inmortal: no huella transitoria, como esa que, en los primeros tiempos de una conversión, acusa, por tal cual ráfaga de inconsecuencia, por tal cual impulso regresivo del sentimiento o de la voluntad, el esfuerzo que la fe que has abandonado hace por rescatar el corazón que fué suyo y el esfuerzo que la nueva fe ha menester aún para reducir ciertos rincones del corazón a su imperio. Este otro vestigio, más íntimo, de que quiero hablarte, es como onda difusa que persiste en todo tu ser, y no se manifiesta irregular y desentonadamente, sino a la manera de la lontananza del paisaje o del fondo del cuadro. Es como una vaga armonía, sombra sonora de una música que,

amortecida por la distancia, llega, en eco perenne, desde lo más hondo de ti.

Dejan este vestigio, sobre todo, la fe, y la apasionada convicción que te poseyeron en la dulce primera edad del pensamiento; cuando las creencias que adquieres cruzan sus estambres en los husos que van urdiendo el tejido más fino y resistente de tu personalidad; cuando la idea traba con las potencias afectivas asociaciones de esas que ya no se disuelven sin entrar a desanudarlas en el mismo centro del alma. La fe, el entusiasmo, la "verdad querida", de entonces, aun después que son reemplazados por otros y parecen desvanecidos hasta en la copia del recuerdo, suelen transparentarse bajo aquellos que han ocupado su lugar, e influir de alguna suerte en su tonalidad y su carácter: que es cuando el vencido en la guerra llega, por su superioridad en artes pacíficas, a dominar suave y calladamente al vencedor.

Perdura en las paredes del vaso la esencia del primer contenido; de modo que el licor nuevo que viertes se impregna de esa esencia; y cuantas veces mudas el licor, tantas otras veces se mezcla con el aroma propio del nuevo, el dejo del que fué servido antes que todos.

Así es como la austeridad cristiana pone su sello al pagamismo de Juliano el Apóstata. Así Renán (y éste es patentísimo ejemplo) logra la extraña armonía de su espíritu: la educación sacerdotal del maestro, la fe de su adolescencia religiosa, van con él, en lo íntimo del alma, cuando él pasa el meridiano de la razón, y aroman y coloran para siempre su vida, y le dan actitud y unción de sacerdote, aun cuando predica la duda y el análisis; porque, muerta la fe como creencia, queda indeleble, en él, como virtud de poesía, como fragancia del ambiente interior, como *timbre* del sentimiento, como hada oculta en el misterio del alma; como fuerza ideal, mantenedora de mil hondas asociaciones y costumbres.

La duda de Renán está impregnada de religiosidad hasta los tuétanos. La iglesia de Treguier tiende hasta el último día de Renán su sombra amiga. ¿No cabe preguntar si algo, si no tan intenso, semejante, no ocurre en todo aquel que ha tenido una fe, una apasionada convicción, realmente *suya*? La esencia que ellas dejan de su paso, se apoca, se enrarece, subordina a otras su intensidad; pero nunca, acaso, se disipa. Nada permanece en

absoluto; pero, tampoco, nada que ha prendido una vez con eficacia, muere del todo, en lo latente de la vida moral.

## CXXXV

... *Y dice otra* de las voces disuasivas: —Teme la soledad, teme el desamparo. Cuando abandonas el dulce arrimo de una fe, cortas la amarra que mantenía tu nave sujeta a lo seguro de la costa, y te aventuras en el mar incierto y sin límites. Contigo van tres cuervos...

Cuentan las crónicas del descubrimiento de Islandia que, partiendo unos navegantes de Noruega a explorar el piélagó que avanza, al Norte, hacia los hielos eternos, llevaron tres de aquellas aves fatídicas consigo. Aún no había brújula entonces. Llegados a alta mar, los navegantes soltaron, como medio de determinar su ruta, a los tres cuervos, de los cuales uno volvió en dirección al punto de partida, quedóse el otro en el barco y se adelantó el restante con misterioso derrotero. Siguió la nave tras el último; y rasgando el secreto de las brumas boreales, la tierra nueva no tardó en destacarse de la confusa lejanía.

También contigo van tres cuervos —sigue diciendo la voz—, cuando, sin brújula, te pierdes mar adentro, en el punto desde cuya soledad no se divisa tierra firme de fe. Quizá vas hacia donde te guía el cuervo aventurado, y arribas, por fin, a nueva costa. Quizá temes lo no sabido de este rumbo, y le dejas, para seguir al cuervo cauto que te devuelve, en arrepentimiento, al puerto que te vió partir. Pero ¡ay! quizá también, sin acertar a ponerte en ninguno de los rumbos contrarios, permaneces en angustiosa incertidumbre, junto al cuervo que ha quedado contigo con fidelidad aciaga y sarcástica. ¿Sacrificarás tu fe a una esperanza aleatoria? El mar por donde se arriesgan los que dudan está lleno de naves inmóviles o errantes, sobre cuyo mástil más alto domina, como grímpola negra, un triste cuervo, posado en desolante quietud.

## CXXXVI

*La fuerza* de esa admonición es poderosa tratándose del flaco espíritu, que no nació para sentir el peso de otra auto-

ridad que la que se le impone de afuera y se contiene en una fórmula encumbrada sobre el tímido vuelo de su razón. Tema éste en buena hora afrontarse con la soledad infinita; y como el niño que esconde los ojos en el regazo de la madre, rehuya la luz y vuélvase a su seguro. Pero en el alma capaz de libertad, en el alma para quien libertad significa lucha y trabajo, no habrá temor de que la renuncia al amparo de una fe caduca sea, en definitiva, desorientación y zozobra, y redunde en ausencia de aquel principio director, como polo magnético del alma, que hemos considerado necesario para mantener el orden de la vida y darle sazón de idealidad. Porque, en el fuerte, la duda no es ni ocio epicúreo ni aflicción y desánimo, sino antecedente de una reintegración, apercibimiento para una reconquista, que tiene por objeto lograr, mediante el esfuerzo indomable de la conciencia emancipada, nueva *verdad*, nuevo centro de espiritual amor, nuevos fundamentos para el deber, la acción y la esperanza. Y este propósito nunca es vano si leal y perseverantemente se lleva adelante. En la generación del convencimiento y la creencia, el socorro de la voluntad suple infinito; y como el reino de los cielos, la verdad *padece fuerza*. Ni aun se podrá decir que, cuando tal propósito no tenga premio inmediato, cuando se prolongue mucho tiempo en búsqueda e incertidumbre, quede el alma, mientras no se arriba a término, sin potestad que la resguarde y ordene. El poder de disciplina moral estará, entretanto, adscrito al anhelo y la porfía por la futura convicción. Este tenaz empeño que concentra y reparte las energías de la mente para arrostrar las proposiciones de la duda, envuelve una potencia no menos eficazmente autoritaria que la vinculada a la fe en que se reposó. Como esta fe, se opone al desconcierto del alma y a la frigididad que la hiela; como ella, impide el vacío de los días sin objeto ideal. ¿Y cuál no será su superioridad para esa función de disciplina, si la pasada fe no era la *personal* y profunda, enamorada y pensadora, sino aquella otra, vegetativa y lánguida, sin calor y sin jugo, que se nutre a los pechos de la costumbre y la superstición?...

## CXXXVII

*Importantísimo* cuidado es este de mantener la renovación vital, el progresivo movimiento, de nuestras ideas, sobre que ven-go hablándote; pero no olvides nunca que para que tal renovación sea positivamente una fuerza en el gobierno de la propia personalidad, y no se reduzca a un mecanismo encerrado como en la caja de un reloj, en el círculo del conocimiento teórico, preciso es que su impulso se propague a los sentimientos y los actos, y concurra así a la orgánica evolución de nuestra vida moral.

La idea que ocupa nuestra mente y la domina, y cumple allí su desenvolvimiento dialéctico, sin dejar señales de su paso en la manera como obramos y sentimos, es cosa que atañe a la historia de nuestra inteligencia, a la historia de nuestra sabiduría, mas no a la historia de nuestra personalidad.

Toma ese guijarro del suelo; ve a abrir un hueco proporcionado a su espesor, en la corteza de aquel árbol, y de este modo, pon el guijarro en la corteza. ¿Podrá decirse que has vinculado a la vida del árbol ese cuerpo sin vida?

Hiere más hondamente en el tronco; ábrelo hasta el centro mismo donde su tejido se espesa y endurece, y en esta profundidad pon el guijarro. ¿Dirás tampoco ahora que forma parte de la vida del árbol ese trozo de piedra?

Adquieres, por comunicación magistral, o por tu esfuerzo propio, una idea, una convicción; la fijas en tu mente; la aseguras en tu memoria; la corroboras y afianzas por el raciocinio; se imaginarás que eso baste para que la idea te renueve; para que modifique, en la relación que le compita, tu manera de ser, convirtiéndose en vida incorporada a tu vida, en fuerza acumulada a esa que mueve las palpitations de tu corazón y ajusta el ritmo de tu aliento?

Como el guijarro en el árbol, así la idea dentro de ti, mientras no la arrastra en su corriente férvida la sensibilidad, única fuerza capaz de cambiar el tono de la vida.

Si tu adhesión a una verdad no pasa del dominio del conocimiento; por mucho que la veas firme y luminosa, por mucho que sepas sustentarla con la dialéctica más limpia y más sutil,



y aun cuando ella traiga implícita la necesidad de una conducta o un modo activo de existencia distinto de los que hasta entonces has llevado, ¿crees, por ventura, que acatarás esa necesidad; crees que dejarás de ser el mismo?

No te reforman de alma la verdad ni el error que te convencen; te reforman de alma la verdad y el error que te apasionan.

Vano será que cambies de doctrina, de culto o de maestro, aun cuando sea con sinceridad, si, al par de la convicción novel, no nace en ti el sentimiento poderoso que toma la idea nueva, y como levadura que se entaña en la masa, la sumerge en lo más hondo de ti, y allí la mezcla y disuelve en la sustancia de tu alma, de suerte que no haya en ti cosa que no se colore, en algún modo, del matiz de la idea, y se impregne de su sabor, y se hinche con su fermento.

Gran distancia va de convencido a convertido. Conversión dice tanto como moción profunda que trastorna el orden del alma; como idea ejecutiva, que operando sobre la voluntad por intermedio del sentimiento, que es su seguro resorte, rehace o modifica la personalidad. Convicción es dictamen que puede quedar, aislado e inactivo, en la mente.

No hablemos ya de aquellos que, sin verdadera convicción, por automatismo o con engaño de sí propios, profesan una idea, una doctrina, a cuyo fondo firme y esencial no descendieron nunca; pero aun los convencidos de verdad, sin excluir de entre ellos los más capaces de desentrañar de una idea, por los bríos de su entendimiento, toda la luz que pueda mostrarla clara y convincente a los otros: si dentro de ellos mismos la idea no despierta el eco misterioso del corazón y no concuerda con los actos, ¿quieres decirme qué vale e importa en ellos la idea para la realidad de la vida, para esa realidad que no es fría lápida donde se inscriben sentencias, sino vivo y palpitante engendro del sentimiento y de la acción?...

#### CXXXVIII

*Fácil es observar* cómo espíritus que, con entera sinceridad de pensamiento, pasan del uno al otro polo en el mundo de las ideas, permanecen absolutamente los mismos si se les juzga por

el tenor de su personalidad sensible y activa, aun cuando las ideas en que consiste el cambio sean de las que interesan al orden de la vida moral. Si judíos primero y luego cristianos, su cristianismo guardará la rigidez y sequedad que comunica al espíritu la férula del testamento viejo; si dogmáticos en un principio y librepensadores después, el libre pensamiento tendrá en ellos la intolerancia propia del que se considera en posesión de la verdad eterna y exclusiva. Éste es el desvalimiento práctico de la conversión puramente intelectual, tan inhábil para traer una lágrima a los ojos como para fundar o disolver una costumbre.

Pero la imaginación y el sentimiento, agentes solidarios de las más hondas operaciones que sufre la sustancia de nuestro carácter, donde la voluntad radica, y por tanto —cuando persistentes y enérgicos—, fuerza de que la idea ha menester para revestirse de imperio y poner a la voluntad en el camino de las conversiones eficaces, son también, por otro estilo que el puro entendimiento, origen de vanas conversiones: más vanas aún que las que el puro entendimiento engendra, porque debajo de ellas no hay siquiera la resistencia racional de un convencimiento lógico, aunque incapaz de traducirse en vida y acción. Tales son las efímeras y engañosas conversiones que vienen de un temblor del corazón apenas rasguñado, o de un lampo de la veleidosa fantasía; las conversiones en que un espíritu de escasa personalidad cede, como cuerpo inestable, a la impresión que se recibe del nuevo hecho que se presencia, del nuevo libro que se conoce, de las nuevas gentes con quienes se vive. Para levantarse sobre cada una de estas impresiones, apreciándola serenamente en su objeto, y propendiendo a retenerla y ahondarla, y a convertirla así en sentimiento duradero y firme voluntad, si es que el objeto lo merece; o por lo contrario, a apartarla del alma, mediante la atención negativa y la táctica de la prudencia, si no hay para ella causa justa, es necesaria la vigilante autoridad de esa misma razón, que por sí sola nunca producirá más que convicciones inertes, pero que, obrando como centro de las potencias interiores, será siempre la irremplazable soberana, sin cuyo poder una creencia que se adquiere no pasará de ciega fe o endeble sentimentalismo.

## CXXXIX

Además, si la idea pura no alcanza a sustituir al sentimiento ni a hacer lo que él, puede, hábil y perseverantemente, provocarlo y suscitarlo: Escogiendo la ocasión; acumulando excitaciones y estímulos; entrando en alianza con el tiempo, que traspasa en sigilo las rocas en connivencia con la gota de agua; evitando la tentación hostil; cuidando la emoción favorable, incipiente y tímida, con esmero solícito, como quien quiere fuego, y para aprovechar una sola chispa que tiene, allega ramillas, y las dispone bien, y distribuye sutil y delicadamente el soplo de sus labios, hasta que la ve levantarse en llamarada: así la idea pura y fría logra arrancar, del corazón remiso, el fuego de amor que la complementa.

Vencer una pasión que nos sojuzga, y criar en lugar de ella, voluntariamente, otra pasión, es empeño heroico, pero no quimérico. Y en el mismo seno de aquella pasión que se ha de desarraigar y sustituir, hallará tal vez la voluntad el punto de partida, la piedra angular, la simiente fecunda, con que arribar a la nueva y contraria pasión. Porque nuestra complejidad personal se reproduce en todo cuanto pasa dentro de nosotros; y un sentimiento, una costumbre, una tendencia de nuestro carácter, son otros tantos complejos, en los que se agregan y organizan elementos de la más varia y disímil condición. Y así, por ejemplo, dentro de la intimidad de la pasión impura, del hábito funesto, de la voluntad extraviada, caben elementos separables, de belleza moral. Ellos no faltan ni en la ferocidad de los odios, ni en la sordidez de las falacias, ni en la brutalidad de las concupiscencias. Pertenece a la intuición del maestro psicólogo y del moralista redentor, descubrir esos aliados suyos contenidos en la pasión o el hábito de que se propone emancipar a un alma, y combatir a éstos en su propio seno, y asentar el cimiento de la regeneración sobre la misma cerviz del enemigo.

Y ¡qué inauditas contradicciones hallaríamos si nos fuera dado sondear a esa complejidad de que hablamos, en lo íntimo de cada sentimiento! ¡Qué estupendos consorcios verifica esta química del corazón!... ¿Hay afinidades que ella no manifieste y realice?, ¿hay aparentes repulsiones que ella no venza? Placer y

dolor, amor y odio, son contrarios más en la esfera de la abstracción y del lenguaje, que en la de la realidad concreta y viva.

¿Cuánto no se ha dicho de la dificultad de clasificar en los términos del dolor o el placer el sentimiento de la contemplación melancólica, del ensueño abandonado y lánguido? ¿La melancolía es gozo, es pena?... Y en el paroxismo de la sensualidad, cuando las células disgregadas mueven el *furor y desesperación* de que hablaba Lucrecio; y en la complacencia con que el espectador de la tragedia deja correr sus lágrimas, herido por los fillos cariciosos del arte; y en la voluptuosidad del paladar propia del *goloso de lo amargo*, y en aquella otra extraña voluptuosidad del que remueve sus heridas para despertar el sufrimiento y gozarse en su encono; y en la sonrisa con que el mártir, sabedor de que el martirio es el pórtico de la bienaventuranza resplandece entre las llamas de la hoguera; y en el sarcasmo con que el poeta maldecidor mezcla el agrio de su ofensa al regocijo de la burla: en todos estos casos, los dos polos de la sensibilidad se tocan y unifican: ya es el placer quien se aprovecha del dolor y le convierte en siervo suyo; ya es el dolor quien se insinúa en el seno del placer y vive allí del jugo que de él toma, como la víbora que, trepando a un lecho de nodriza en el misterio de la noche, se nutre a pechos de mujer.

Amor y odio no se eximen de esta natural fuerza humorística que se complace en aunar las más opuestas determinaciones del sentimiento. Si amor y odio caben en un mismo impulso de alma, sábelo quien tuvo amor capaz de sobrevivir a la traición e incapaz de contener el rugido de la honra o el clamor de la venganza por la felicidad perdida: supieronlo Lancioto mientras Francesca leía en el libro fatal. Oteló ante el sueño de Desdémona. Si la ternura de la madre puede embeberse, sin dejar de ser tal, en la crueldad del homicida, súpolo mostrar aquel pintor antiguo que unió en el semblante de Medea la voluntad que mata y la que implora, la intención aleve y la caricia. Soberbia y humildad son enemigos que he visto abrazarse muchas veces, en palabras y gestos que transparentaban un alma de asceta, de bautista, un alma puritana. Nada más contradictorio que el miedo desolador y el ímpetu iracundo; pero el soldado novel a quien la angustia y confusión de su entrada en la batalla mueven a precipitarse, cerrados los ojos, en lo mortífero del fuego, ¿no saca del exceso de flaqueza el arranque de la

temeridad? Nada aparentemente más inconciliable que el sentimiento de la admiración conmovida y el de la risa burlesca, manera del desprecio; pero ¿tienes más que volver a leer ciertas escenas del *Quijote*, para sentirlos, enlazados en paradoja sentimental, dentro de ti mismo?

La contradicción aparece claramente en esas situaciones de alma, en que intervienen, con proporcionado poder, dos fuerzas antagónicas. Pero en el complejo de cualquier sentimiento personal existe siempre la nota contradictoria, disonante, aunque, por débil y recóndita, no trascienda y quede desvanecida en el acorde del conjunto. ¿Cómo se engendra la pasión en el alma? Como la muchedumbre que se levanta al paso de una bandera o de un profeta. La iniciativa de una emoción dotada de misterioso poder de proselitismo y simpatía, reúne, dentro de nosotros, elementos vagos y dispersos, y los ordena a una finalidad, y los concita a la acción. Entre los elementos de tal manera congregados, los hay fieles, incommovibles y seguros; pero los hay también que no se adhieren sin reserva y no permanecen sin desgano o malicia. Hay, en la heterogénea muchedumbre, el indolente, el forzado, el posible prófugo, el posible traidor. ¿Qué importa que no se les perciba mientras la pasión marcha a su objeto, como la horda que el furor guerrero arrebató? Ellos van dentro de ella; y no hay pasión en cuyos reales no militen de estos soldados sin estímulo. Conclúyese de aquí que toda pasión humana es, en alguno de sus elementos, contradictoria del carácter que prevalece en su conjunto. Medita en esto, y tradúcelo por esta otra proposición, tan sugestiva para cuando te convenga mantener y afianzar cierta pasión, cierta fuerza organizada en tu alma, como para cuando te interese reducirla y vencerla: *Toda pasión humana lleva en sí misma el germen de su disolución.*

En lo hondo del amor más ardiente, de la fe más esclava de su objeto, hay un *resabio de crítica*, una veleidad de desconfianza y de duda: como la salamandra que vivía en el fuego de la hoguera; como el grano de polvo que constituye siempre el núcleo de la gota de agua. En lo hondo del escepticismo más helado y más yermo, más arraigado en la solidez de la razón, más puesto a prueba por la experiencia de la vida, hay un temblor de idealidad inconsciente, hay un hilo de ilusión y de fe, que así puede ser la brizna vana perdida en el suelo del camino, como el vestigio

que dejó de su paso una oficiosa araña que un día volverá a su tarea...

## CXL

## LUCRECIA Y EL MAGO

*Artemio*, corregidor de la Augostólida de Egipto, en tiempo que elegirás dentro del crepúsculo de Roma, era neófito cristiano. A la sombra de su severa ancianidad, vivía, en condición de pupila, Lucrecia, cuyo padre, muerto cuando ella estaba en la niñez, había sido conmitón y amigo de Artemio. No defraudaba esta Lucrecia el esplendor de tal nombre. Antes se le adelantaba por la calidad de una virtud tan cándida, igual y primorosa, que tenía visos y reflejos de beatitud. Un día, llegó a casa de Artemio un religioso de algún culto oriental: bramino, astrólogo o quizá mago caldeo, de los que por el mundo romano vagaban añadiendo a su primitivo saber retazos de la helénica cultura y profesando artes de adivinación y encantamiento. El corregidor le recibió de buen grado: la religiosidad de estos cristianos de Oriente solía darse la mano con la afición a cosas de hechicería. Oyendo decir al mago que, entre las capacidades de su ciencia, estaba la de poner de manifiesto lo que las almas encerraban en su centro y raíz más apartados de la sospecha común, Artemio hizo comparecer a Lucrecia, movido del deseo de saber qué prodigiosa forma tomaba, en lo radical y más denso de su espíritu, la esencia de su raro candor. El mago declaró que sólo precisaba una copa que ella colmase de agua por su propia mano, y que bajo la diafanidad del agua vería pintarse, como en limpio espejo, el alma de Lucrecia: “Veamos —dijo Artemio— qué estrella del inocente fulgor, qué cristalino manantial, qué manso cordero, ocupa el fondo de esta alma...” Fué traída la copa, que Lucrecia llenó de agua hasta los bordes, y hecho esto, el mago concentró en la copa la mirada, y la doncella y su tutor anhelaron oír lo que decía. “En primer término —empezó—, veo, como en todas las almas que he calado con esta segunda vista de mis ojos, una sima o abismo comparable a los que estrechan el paso del viajero en los caminos de las montañas ásperas. Y allá, en lo hondo, en lo hondo...” Interrumpióse, vacilando, un momento. “¿Lo digo?...”, preguntó después. Y como Artemio in-

clinase la cabeza: "Pues lo que veo —continuó—, en las profundidades de ese abismo, es una alegre, briosa y resplandeciente cortesana. Está acostada bajo alto pabellón, de los de Tiro; y duerme. Viste toda de púrpura, con el desceñimiento y transparencia que, más que la propia desnudez, sirven de dardo a la provocación. Un fuego de volupuosidad se desborda de sus ojos velados por el sueño, y enciende, en las comisuras de los labios, como dos llamas, entre las que se abre la más divina e infernal sonrisa que he visto. La cabeza reposa sobre uno de los brazos desnudos. El otro sube en abandono, todo entrelazado de ajorcás que figuran víboras ondeantes, y entre el pulgar y el índice alza una peladilla de arroyo, sangrienta de color, que es de los signos de Afrodita. Eso es lo que esta alma tiene en lo virtual, en lo expectante, en lo que es sin ser aún: en fin, Artemio, en la sombra de que quisiste saber por artes mías..." "¡Vil impostor! —gimió en esto Lucrecia, llenos de lágrimas los ojos—. ¿Tu ciencia es ésa?, ¿tu habilidad es infamia? Traigan una brasa de fuego con que probar si pasa por mis labios palabra que no sea de verdad, y óiganme decir si anida, en mí, intención o sentimiento que guarde relación con la imagen que pretende haber visto dentro de mi espíritu!" "Calla, pobre Lucrecia —arguyó el mago—; ¿acaso es menester que tú lo sepas? Tú dices verdad y yo también." "¿Justo será entonces —dijo Artemio— menospreciar las promesas que nos cautivan y preparar nuestro ánimo a la decepción?" "No pienso como tú —replicó el mago—; ¿quién te asegura que la cortesana despierte?" "Digo por si despierta", añadió Artemio. "Señor —repuso el mago—, yo te concedo que eso pase; pero yo vi también en el fondo del alma de esa he-taira dormida que está en el fondo del alma de Lucrecia; y vi otro abismo, y en el seno del abismo una luz, y como envuelta y suspendida en la luz una criatura suavísima, por la que el ampo de la nieve se holgara de trocarse, según es de blanca. Junto a esta dea, mujer sin sexo, puro espíritu, juzgarías sombra el resplandor de la virtud de Lucrecia; y como la cortesana en tu pupila, ella, en la cortesana, duerme..." "Infierno de ahí —dijo el corregidor— que aun con el despertar de la cortesana, ¿podrían resucitar sahumadas nuestras esperanzas en Lucrecia? Demos gracias a Dios, ya que en el extravío de su virtud hallamos el camino de su santidad." "Sí —volvió a decir el mago—; pero no olvides que, como en las otras, hay en el alma de esa

forma angélica un abismo al cual puedo yo asomarme." "¿Y quién —preguntó Artemio— es la durmiente de ese abismo?" "Te lo diría —opuso el mago— si fuera bien mostrar a los ojos de Lucrecia una pintura de abominación. Piensa en la escena de la Pasifae corintia de Lucio; piensa en mujer tal que para con ella la primera cortesana sea, en grado de virtud, lo que para con la primera cortesana es Lucrecia." "¡Me abismas —prorrumpió Artemio— en un mar de confusiones! ¿Qué extraña criatura es ésta que la amistad confió a mis manos?..." "Cesa en tu asombro —dijo finalmente el mago, acudiendo a reanimar a Lucrecia, que permanecía sumida en doloroso estupor—; ella no es ser extraordinario, ni las que has visto por mis ojos son cosas que tengan nada de sobrenatural o peregrino. Con cien malvados, que durmieron siempre en lo escondido de su ser, subió a la gloria cada bienaventurado; y con cien justos, que no despertaron nunca, en lo hondo de sí mismo, bajó a su condenación cada réprobo. Artemio: nunca estimules la seguridad, en el justo; la desconfianza, en el caído: todos tienen huéspedes que no se les parecen, en lo oculto del alma. Veces hay en que el bien consiste en procurar que despierte alguno de esos huéspedes; pero las hay también (y esto te importa) en que turbar su sueño fuera temeridad o riesgo inútil. El sueño vive en un ambiente silencioso; la inocencia es el silencio del alma: ¡haya silencio en el corazón de Lucrecia!..."

## CXLI

.....

*Ante los muros* que separan de la sociedad humana la sombra de una cárcel, cuántas veces he sentido porfiar, en el fondo de mi mente —en el fondo huraño y selvático donde las ideas no tienen ley—, este pensamiento tenaz: ¿qué no podría hacer *la vida*, el recobro del goce natural de libertad, acción y amor, con muchas de esas almas quitadas de la vida como agua soterrada que no corre ni envía sus vapores al cielo?, ¿qué no podría hacer con ellas un grande impulso de pasión, un grande estímulo, un grande entusiasmo, un horizonte abierto, una *embriaguez* de dicha y de sol?..

Y ante el relato de un crimen que hace que midamos el

abismo de un alma proterva, *trágica* por la fuerza aciaga de la perversidad y del odio, cuántas veces he experimentado, aún más intenso quizá que la abominación por el mal que fué objeto de esa fuerza, un sentimiento de admiración y... ¿cómo lo diré?... de *codicia*; de *codicia* comparable con la que, ante el impulso desplegado por el huracán devastador, o el mar iracundo, o el alud que derriba casas y árboles, experimentaría quien se ocupara en buscar un motor nuevo, una nueva energía material de que adueñarse para magnificar el trabajo y el poder de los hombres.

En la quietud, en la acumulación baldía de la cárcel, hay fuerza virtual de voluntad y de pasión, que, enderezada a un alto objeto, sería bastante para animar y llevar tras sí, con avasallador dinamismo, a ese rebaño humano que veo pasar bajo el balcón si levanto los ojos; en su mayor parte, inútil para el bien, inútil para el mal: ¡polvo vano que solevantan el egoísmo y el miedo!

Está más cerca de aquella noche tenebrosa que de esta pálida penumbra la luz por que se anuncia súbitamente el Espíritu... Y es más fácil hacer un Pedro el Ermitaño o un Jerónimo Savonarola, o un Bartolomé de Las Casas, de un criminal apasionado, que de un hombre recto que no tenga más que la fría rectitud que se funda en interés y discreción. Cuando se pone fuego a una selva, una vegetación del todo diferente de la que había, brota y arraiga entre las cenizas del incendio. Es que gérmenes ocultos, vencidos hasta entonces por los que en la selva prevalecían, se manifiestan y desenvuelven a favor de la fertilidad del suelo, pródigo de sí, que dió esplendente prosperidad a los unos, como la dará, no menos franco y liberal, a los otros. Llámense aquéllos los gérmenes de la maldad heroica; éstos los de la heroica virtud. Vive una esperanza eternamente enamorada del alma en donde hay *fuerza*, condición de todas las superioridades, lo mismo las buenas que las malas. A mucha suerte de gérmenes es propicio el suelo rico de calor y de jugo.

En el conflicto de dos potencias antitéticas, que se disputan el gobierno de un alma, si la una es vencida y la otra prevalece, adquiere realidad la superstición de ciertos salvajes, que imaginan que el valor y fuerza del caído pasan a incorporarse al ánimo del vencedor. ¿Qué otro sentido tiene la observación de que es en el pesar y espanto de la culpa donde la santidad re-

cogió siempre cosecha más opima, y de que la intensidad de la virtud guarda proporción con la causa del arrepentimiento?

Pero además de las poderosas y extraordinarias energías, para siempre anuladas con su primera aplicación al mal: aun en lo que se refiere al vulgo del crimen, ¡cuánto dolor en la fatalidad que unce el destino de una vida al yugo de lo que puede haber de fatal también en la sugestión de una ráfaga perversa! La criminalidad recoge buena parte de su ración de almas dentro de la inmensa multitud de los que cruzan el temeroso campo de la vida sin forma propia y fija de personalidad; de los que en esta incertidumbre e indiferencia vagan, mientras el impulso de un momento no los precipita del lado de su condenación, como otro impulso de un momento los alzaría a lo seguro de la honra. Con frecuencia el culpado fué, hasta el preciso instante de su culpa, lo que yo llamaría una *conciencia somnolienta*, especie abundantísima. Fué, hasta ese instante, el que aún no es malo ni bueno. Fué aquel que, mohino por su desamparo y miseria, marcha una noche, al acaso, por las calles, sin determinación de hacer cosa que tenga trascendencia en su vida. Ve, tras una ventana, un montón de oro que relumbra, y un hombre indefenso junto a él: un mal demonio le habla al oído, y roba y mata. A lo instantáneo de la tentación y de la culpa, sigue la perdurable *necesidad* social de la ignominia. Si el azar le hubiera puesto frente a una casa que fuese presa del incendio, y hubiese visto, allá en lo alto, una mujer o un niño a punto de perecer entre las llamas, quizá un buen ángel le habría hablado al oído, y él se hubiera consagrado de héroe, y después de tal iniciación, perseveraría probablemente en el bien, y suyas para siempre fueran la dignidad y la gloria.

¿Con qué he de comparar lo que siento cuantas veces sé que un hombre joven y fuerte pasa, para ya no salir, o bien para salir con la cabeza blanca, las puertas de la casa de amarga paz, de la casa de esclavitud y de vergüenza? Con el sentimiento de angustia que experimentamos ante la horrenda fatalidad del epiléptico que toma las apariencias del cadáver y es llevado en vida a la tumba. ¡Quizá hubiera despertado, el epiléptico, para vivir mucho más; quizá su vida hubiese sido hermosa y buena! ¿Y su desesperación cuando recobra el sentido en el encierro pavoroso?... Cierto es que esta desesperación dura un instante, un instante no más; porque, si mientras aún no fué sepultado puede

haber duda sobre si en realidad estaba muerto, después de que ha pasado una hora en la clausura adonde no llegan luz ni aire ¿quién dudará de que ha muerto de verdad?...

## CXLI

.....

*Si ya entrado* en la vía de tu conversión, si encaminada tu voluntad en un sentido nuevo, te encuentras alguna vez volviendo a lo antiguo y reparas en que uno de tus pensamientos o tus actos se atraviesa en el curso de aquel propósito, acude sin demora a rectificar ese pensamiento o ese acto, pero no desmayes aun cuando tal contrariedad se reproduzca, ni juzgues perdido el esfuerzo que hayas hecho por abandonar la manera de vida anterior. Una transformación moral que no ha arribado a lentos impulsos del tiempo y la costumbre, sino por inspiración y arranque de la voluntad, impone al alma un apresurado trabajo de disociación, para romper con viejos hábitos, y otro, no menos activo, de coordinación y disciplina, para formarlos nuevos y oficiosos. Esta doble tarea no se realiza sin interrupciones ni sin lucha. Alguna tentación reaccionaria, algún paso atrás, algún recuerdo dotado de fuerza ejecutiva, son, en el transcurso de ella, inevitables tropiezos. La iniciativa de la reforma, el primer durable esfuerzo voluntario, importan ya, sin duda, cierta conexión de tendencias, sin la cual la idea aislada no tendría fuerza para salir fuera de sí misma; pero esta conexión no abarca, ni con mucho, en sus principios, todo el contenido del alma. Cuando la tendencia generadora ha hecho acto posesivo de la autoridad, aún le falta organizar su república y sojuzgar las propensiones reaccionarias o indóciles. Hay, por necesidad, un periodo intermedio, durante el cual el enemigo que va de vencida suele volver la cara y logra tal vez algún efímero triunfo. Ve la imagen de las incertidumbres de ese estado moral, en las propias transformaciones de la naturaleza, cuando se verifican por una transición más impetuosa y súbita que la acompañada que ella prefiere de ordinario; ve cómo en el tránsito de la infancia a la adolescencia, que es un caso natural de repentino cambio, el ser del niño resurte en ciertos momentos a la apariencia del alma del casi adolescente, y se da a conocer por puerilidades graciosas que resaltan

en medio de una seriedad temprana, hasta que, por fin, la fuerza que lleva adelante la vida aparta de su lado esos últimos vestigios de la edad que pasó.

.....

## CXLI

*Reanudando* lo que decíamos, la conversión entera y eficaz arguye convicción racionalmente adquirida y sentimiento hondo y persistente. Suscitar y mantener esta última energía, si por espontánea afluencia no acude, es empeño costoso, pero no superior a las instancias de la voluntad. Cuando uno de ambos elementos falta, la conversión es ciega o paralítica; y cuando uno de los dos es endeble, ella ve sólo como por relámpagos, o sólo se agita como por movimientos espasmódicos.

En el escritor, el orador y el poeta, a un tiempo amos y esclavos de la palabra, la docilidad a las sugerencias cambiantes del ambiente, de donde nacen conversiones efímeras, sin consistencia intelectual, sin verdadero ejercicio del criterio, ni activo acompañamiento de la voluntad, suele ser la desventaja inherente a un amplio e imperioso don de expresión, más apto, por su peculiar naturaleza, para recoger las cosas que en su derredor circulan y devolverlas en vívido reflejo, que para tomar su contenido de fondo de la propia personalidad. La veleidosa dirección del pensamiento, o quizá mejor: de la palabra, se dignifica y magnifica en esas grandes almas expresivas hasta asimilarse a la soberana facultad del primitivo *épico*: del alma casi impersonal puesta, como resonancia fiel y multiforme del pensar y el sentir ajenos, en el centro de un alma colectiva, que se reconoce toda entera en la vibrante voz del intérprete.

De tal modo: de modo que recuerda, hasta donde es posible en tiempos de alma complejísima, la *epifanía* social de los cantos de las edades épicas, que resonó sobre la vasta agitación del pasado siglo el verbo arrebatador de Víctor Hugo, sucesivamente vinculado a las más diversas doctrinas, a las más opuestas direcciones morales que solicitaron la conciencia de sus contemporáneos; no tanto por desenvolvimiento interior del pensamiento y laboriosa evolución personal, cual la que rigió la magna vida de Goethe, cuanto por inmediata y como inconsciente repercusión

de los clamores de afuera. No cabría reconocer sin salvedades, en la inconsecuencia *congenial* de Víctor Hugo, la majestuosa dinámica del pensamiento dueño de sí mismo, que, consagrado a la integración de *su* verdad, la busca en lo hondo de las cosas, y con exclusivo y pertinaz deseo; pero aun así, hay en esa inconsecuencia algo infinitamente más alto que la versatilidad que se reduce a vana impresión: hay la grandeza de un espíritu *cíclico*, que piensa sucesivamente como todos, porque a todos los resume, y atrae a su inmenso órgano verbal todas las ideas, porque de todas es capaz de exprimir la esencia luminosa.

## CXLIV

*Por bajo* de los simulacros, más o menos inanes y superficiales, pero todavía sinceros, de la verdadera y cabal conversión: aquella en que inteligencia, sentimiento y voluntad amorosamente se abrazan, están los que son ya engaño calculado, ficción consciente y artera; están las formas de la menguada apostasía, hija del interés, por quien diríase que las ideas, las *Madres* que dominan en beatitud sublime el movimiento de las cosas, descienden a cónicas terceras en los goces y provechos del mundo.

La idea, encarnándose en la realidad, es la realidad, es la escuela, es el partido, es la academia o el cenáculo: es una activa comunión humana, con su lote de persecución o de poder, de proscripciones o de dignidades; y por entre unos y otros de esos campos donde plantan bandera las ideas, cruza la muchedumbre de los tentados a pasar del infortunio a la prosperidad, del descrédito al auge, o a mantenerse, merced al cambio, en el auge y la prosperidad: desde el decepcionado anónimo que malbarata el generoso entusiasmo de su juventud por las migajas de la mesa del poderoso, hasta el dominador sagaz, el fino hombre de acción, para quien las ideas son indiferentes instrumentos de su dominio, máscaras que la oportunidad de cada día quita y pone: especie ésta de la que Talleyrand podría ser acaso el típico ejemplar. Bueno será no dar al olvido, a pesar de ello, que la apariencia de fidelidad inconvencional a una idea, encubre, multitud de veces, la misma falsedad y el mismo interesado estímulo que se transparentan en la vulgar apostasía.

Quando no es la habilidad de la acción: la ciencia y aptitud

de gobernar a los hombres, el don que el ambicioso infiel rebaja y convierte en vil industria, sino una superioridad más ideal y remontada por esencia sobre las bajas realidades humanas; la superioridad del pensador o el artista, el don de persuadir, de conmover o de crear lo hermoso, más de resalte aparece lo abominable de la infidelidad que el egoísmo alienta. Es la ignominia del escritor venal, del poeta mercenario, llámense Paolo Gioivo, o Monti, o Lebru, y ya prostituyan los favores del numen por el oro que cae de manos del príncipe o por el que se colecta en las reuniones de la plebe.

## CXLV

*Género de infidelidad* no tan innoble cual la que engendra el ansia de vulgares provechos, es la que se inspira en la ambición del prestigio o el renombre; sea desviando la sinceridad del pensamiento en el sentido de una estupefanda novedad, sea desviándola, por lo contrario, para agregarse a la opinión que prevalece por la fuerza de la tradición y la costumbre.

Guardó la antigüedad, y Luciano ató al remo de su sátira, la memoria de aquel filósofo de Pario: Peregrino, imagen viva de este género de inconsecuencia, y que, por lo que hay de símbolo en su fin, podría, levantándole a un significado más alto, representar toda la atormentada legión de las almas que no encuentran contento ni reposo en ninguna determinación del pensamiento, en ninguna forma de la vida. Peregrino trajo en el alma el mal del incendiario de Éfeso: la vana codicia de la fama. Pensó que lograría el objeto de su sueño por la boga de la doctrina que abrazase, o por la ocasión que ésta le diera de poner a la luz su personalidad; y pasó de una a otra de las escuelas de sofistas, acudió luego al clamor con que comenzaba a extenderse la fe de los cristianos, probó después atraer las miradas de las gentes con la zamarra del cínico; hasta que su funesta pasión le llevó a dar la vida por la fama, y en unos juegos públicos, donde la multitud lo viese y se espantase, se precipitó entre las llamas de una hoguera. Arder y disiparse en cenizas fué la muerte del que había disipado a los vientos su alma incapaz de convicción.

La debilidad de Peregrino es de las pasiones que más grave

daño causan a la sinceridad del pensamiento, porque pone su mira, no en aquella noble especie de fama que se satisface con la aprobación de los mejores, mientras espera la sanción perenne del tiempo, certísimo recompensador de la verdad; sino en la fama juglaresca y efímera. Este sacrificio de la probidad del pensar a la tentación de un ruido vano, se manifiesta comúnmente por dos alardes o remedos falaces: la *falsa fuerza* y la *falsa originalidad*.

La *falsa fuerza* consiste en violentar la medida y norma del juicio, llevando una idea que, tal como se la halló, marcaba acaso el fiel de la verdad, a extremos donde se desvirtúa; y esto, no por desbordada espontaneidad de la pasión, que puede ser exceso sublime, sino por busca consciente del efecto: para ponerse en un plano con la multitud, cuya naturaleza primitiva excluye ese sentido del grado y del matiz, que es el don que la Némesis antigua hace a las mentes superiores; porque la fuerza de la mente no es la energía arrebatada y fatal, que corre ignorante de su término, sino la fuerza que se asesora con un mirar de águila, y percibido el ápice donde están la armonía y la verdad, allí reprime el ímpetu de la afirmación, como la mano hercúlea que sofrena, en el punto donde quiere, la cuadriga que rige.

La *falsa originalidad* induce, por su parte, a prescindir del examen leal del raciocinio, para buscar, derechamente y con artificiosa intención, el reverso de la palabra autorizada, o las antípodas de la posición del mayor número; sin reparar en que la originalidad que determina raro y supremo mérito es la que importa presencia de la *personalidad* en aquello que se dice y se hace, aunque este pensamiento o esta acción, reducidos a su ser abstracto de *ideas*, no diverjan de un precedente conocido; porque donde hay hondo aliento de personalidad, donde la idea ha sido pensada y sentida nuevamente con la eficacia de la energía creadora, habrá siempre una virtud y un espíritu que no se parecerán a cosa de antes; como que el alma ha estampado su imagen allí, y sólo en el vulto de las almas las hay de la condición de las monedas de un valor, que puedan trocarse sin diferencia las unas por las otras.

## CXLVI

... Pero ni aun en esas que llamamos vulgares, las hay que se puedan trocar sin diferencia. La originalidad es la verdad del hombre.

Nada más raro que la originalidad en la expresión del sentimiento: pero nada más común y vulgar que la originalidad del sentimiento mismo. Por la manera de sentir, nadie hay que deje de ser original. Nadie hay que sienta de modo enteramente igual a otro alguno. La ausencia de originalidad en lo que se escribe no es sino ineptitud para reflejar y precisar la verdad de lo que se siente.

Figúrate ante el más vulgar de los casos de pasión; ante el crimen de que hablan las crónicas de cada día. ¿Por qué mató el criminal; por qué robó; por qué manchó una honra? ¿Qué fué lo que le movió a la culpa? ¿El odio, la soberbia, la codicia, la sensualidad, el egoísmo?... No; ésas son muertas abstracciones. Di que le impulsó su odio, su soberbia, su codicia, su sensualidad, su egoísmo: los suyos, cosas únicas, únicas en la eternidad de los tiempos y en la infinitud del mundo. Nadie odia, ni ha odiado, ni odiará absolutamente como él. Nunca hubo ni habrá codicia absolutamente igual a su codicia; ni soberbia que con la suya pueda identificarse sin reserva. Multiplíquense las generaciones como las ondas del mar; propáguese la humanidad por mil orbes: nunca se reproducirá en alma creada un amor como el mío, un odio como el mío. Semejantes podrán tener mi amor y mi odio; nunca podrán tener iguales. Cada sentimiento, aun el más mínimo, de cada corazón, aun el más pobre, es un nuevo y diferente objetivo en el espectáculo que el divino Espectador se da a sí propio. Cada minuto de mi vida que cae al abismo de la eternidad rompe un molde que nunca volverá a fundirse. ¿Y qué te asombra en esto? ¿No sabes que en la inmensidad de la selva no hay dos hojas enteramente iguales; que no hay dos gotas enteramente iguales en la inmensidad del Océano?... Mira las luces del firmamento, cómo parecen muchas de ellas iguales entre sí, como otros tantos puntos luminosos. Y cada una de ellas es un mundo: ¡piensa si serán desiguales!... Cuando el pensamiento de tu pequeñez, dentro del conjunto de



lo creado, te angustie, definiéndote con esta reflexión, tal vez consoladora: tal como seas, tan poco cuanto vivas, eres, en cada instante de tu existencia, una única, exclusiva originalidad, y representas en el inmenso conjunto un elemento insustituible: un elemento, por insustituible, necesario al orden en que no entra cosa sin sentido y objeto.

Jamás un sentimiento real y vivo se reproducirá sin modificación de una a otra alma. Cuando digo "mi amor", cuando digo "mi odio", refiriéndome al sentimiento que persona o cosa determinada me inspiran, no aludo a dos tendencias simples y elementales de mi sensibilidad, sino que con cada una de esas palabras doy clasificación a un complejo de elementos internos que se asocian en mí según cierta finalidad; a un cierto acorde de emociones, de apetitos, de ideas, de recuerdos, de impulsos inconscientes: propios e inseparables de mi historia íntima. La total complejidad de nuestro ser se reproduce en cualquiera manifestación de nuestra naturaleza moral, en cualquiera de nuestros sentimientos, y cada uno de éstos es, como nosotros mismos, un orden singular, un carácter.

Fijando los matices del heroísmo antiguo, notaba ya Plutarco cuánta diferencia va de fortaleza a fortaleza, como de la de Alcibíades a la de Epaminondas; de prudencia a prudencia, como de la de Temístocles a la de Aristides; de equidad a equidad, como de la de Numa a la de Agesilao. Pero para que estas diferencias existan no es necesario que el sentimiento que las manifiesta sea superior y enérgico, ni que esté contenido en la organización de una personalidad poderosa. Basta con que el sentimiento sea real; basta con que esté entrelazado en la viva urdimbre de un alma. ¡Cuánta monotonía, aparentemente, en el corazón y la historia de unos y otros hombres! ¡Qué variedad infinita, en realidad! Miradas a la distancia y en conjunto, las vidas humanas habían de parecer todas iguales, como las reses de un rebaño, como las ondas de un río, como las espigas de un sembrado. Se ha dicho alguna vez que si se nos consintiera abrir esos millares de cartas que vienen en un fardo de correspondencia, nos asombraríamos de la igualdad que nos permitiría clasificar en unas pocas casillas el fondo psicológico de esa muchedumbre de documentos personales: por todas partes las mismas situaciones de alma, las mismas penas, las mismas esperanzas, los mismos anhelos... ¡Esta es la ilusión del lenguaje! En realidad,

cada una de las cartas deja tras sí un sentimiento único, una originalidad, un estado de conciencia, un caso singular que no podría ser sustituido por el que deja tras sí ninguna de las otras. Sólo que la palabra (y sobre todo la palabra fijada en el papel por manos vulgares) no tiene medios con que determinar esos matices infinitos. El lenguaje, instrumento de comunicación social, está hecho para significar géneros, especies, cualidades comunes de representaciones semejantes. Expresa el lenguaje lo *impersonal* de la emoción; nunca podrá expresar lo *personal* hasta el punto que no queden de ello cosas inefables, las más sutiles, las más delicadas, las más hondas. Entre la realidad de mi ser íntimo, a que yo doy nombre de *amor*, y la de tu ser, a que tú aplicas igual nombre, hay toda nuestra disparidad personal de diferencia. Apurar esta diferencia por medio de palabras; evocar, por medio de ellas, en mí la imagen *completa* de tu amor, en ti la imagen *completa* del mío, fuera intento comparable al de quien se propusiese llenar un espacio cualquiera alineando piedras irregulares y se empeñara en que no quedase vacío alguno entre el borde de las unas y el de las otras. Piedras, piedras irregulares, con que intentamos cubrir espacios ideales, son las palabras.

La superioridad del escritor, del poeta, que desentrañan ante la mirada ajena el alma propia, o bien, que crean un carácter novelesco o dramático, manifestándolo de suerte que, sobre el fondo humano que entraña, se destaque vigorosamente una nota individual, de la que nazca la ilusión de la vida, está en vencer, hasta donde lo consiente la naturaleza de las cosas, esa fatalidad del lenguaje; está en domarle para que exprese, hasta donde es posible, la *singularidad individual*, sin la cual el sentimiento no es sino un concepto abstracto y frío. Consiste el triunfo del poeta en agrupar las palabras de modo que den la intuición aproximada de esa originalidad individual del sentimiento, merced a la sugestión misteriosa que brota del conjunto de las palabras que el genio elige y reúne, como brota de la síntesis química un cuerpo con nuevas cualidades: un cuerpo que no es sólo la suma de los caracteres de sus componentes.

Si todos los que escriben arribaran a trasladar al papel la imagen clara, y por lo tanto la nota diferencial, de lo que sienten, no habría escritor que no fuera original, porque no hay alma que no sienta algo exclusivamente *suyo* delante de las cosas; no hay dos almas que reflejen absolutamente de igual suerte el

choque de una impresión, la imagen de un objeto. De aquí que la originalidad literaria dependa, en primer término, de la sinceridad con que el escritor manifiesta lo hondo de su espíritu, y en segundo término, de la precisión con que alcanza a definir lo que hay de único y personal en sus imaginaciones y sus afectos. Sinceridad y precisión son resortes de la originalidad.

Por la *llegada* de un gran escritor, de un gran poeta, se determina siempre la revelación de nuevas tonalidades afectivas, de nuevas vibraciones de la emoción. Es que ese hombre acertó a expresar con precisión maravillosa lo *suyo*: otros experimentaron ante el mismo objeto estados de alma no menos ricos, acaso, de originalidad; no menos fecundos, acaso, en interés; pero, por no hallar modo de expresarlos, los condenaron al silencio, o bien pasaron por mediocres escritores y poetas, sólo porque no supieron, como el genio sabe, traducir en palabras *casi todo* lo que sintieron, ya que *todo* hemos de entender que excede de la capacidad de las palabras.

Si la substancia de la lírica y de la psicología novelesca está libre de la posibilidad de consumirse y agotarse con el transcurso del tiempo, débese a la complejidad y originalidad de todo sentimiento real. Porque aunque cualquier manifestación de la humana naturaleza haya de contenerse, hasta el fin de las generaciones, dentro de cierto número de sentimientos fundamentales y eternos; aunque el último poeta muera cantando lo que el primero cantó en la niñez florida del mundo, siempre cada sentimiento tomará del alma individual en que aparezca, no sólo el sello del tiempo y de la raza, sino también el sello de la personalidad, y siempre el poeta de genio, al convertir en imágenes la manera como se manifiesta un sentimiento en su alma, sabrá hacer sensible ese *principio de individuación*, esa originalidad personal del sentimiento.

## CXLVII

Una extrema versatilidad de ideas suele parar en una convicción más firme y segura que una roca. Y es que aquel vagabundear del juicio no era signo de incapacidad de creer, ni ausencia

de personalidad resistente. Era, por lo contrario, ese presentimiento de fe que persuade a no contentarse sino con la fe cabal y recia. Era la inquietud de quien busca su rumbo y no se aquieta hasta encontrarlo.

Toma el caminante un camino, y lo deja al corto trecho por otro, en que tampoco persevera. El espectador le tilda acaso de hombre vago o voluble. Luego, el caminante acierta a hallar la dirección que apetecía, y con la seguridad del sonámbulo, sin desviar siquiera la mirada, sigue imperturbable —aun en la soledad, aun en las sombras— como el *baqueano* en las tierras vírgenes de América.

San Justino, padre de los apologistas cristianos, ofrece ejemplo de este modo de llegar, como por sucesivas pruebas y eliminaciones, al rumbo en que uno se reconoce orientado con fijeza. Ese hombre insigne fué primero pagano. Vagó después, abandonando a los dioses, por la extensión de la antigua filosofía; y pasó de una a otra de las escuelas de su tiempo, sin que le retuviesen ni las ideas de Zenón, ni las de los peripatéticos, ni las de los pitagóricos. Convirtiéndose más tarde a la religión revelada, y esta vez su espíritu arraigó y se reposó para siempre en la creencia, hasta abonar con el martirio la fortaleza de su grande amor. Pero aquel husmear anhelante de su pensamiento no fué inútil para el temple y el sello personal que tomó en él la fe definitiva, porque de todo ello quedó, en lo hondo de su alma, como un fermento, que sazona y enfervoriza a esa fe con la viril audacia de la razón independiente, y que, en la primera "Apología", pone en sus labios este grito sublime, cuyo sentido penetra, como un filo sutil, en la raíz de las intolerancias del dogma: *Todo el que ha vivido según la razón merece nombre de cristiano.*

## CXLVIII

Quien, voluntaria y reflexivamente, contribuye a la renovación de su vida espiritual, ¿qué hace sino llevar adelante la obra, incapaz de término definitivo, que comenzó para él cuando aprendió a coordinar el primer paso, a balbucir la primera palabra, a reprimir por primera vez el natural impulso de fiera? ¿Qué

más es la educación, sino el arte de la transformación ordenada y progresiva de la personalidad; arte que, después de radicar en potestad ajena, pasa al cuidado propio, y que, plenamente concebido, en esta segunda fase de su desenvolvimiento, se extiende, desde el retoque de una línea: desde la modificación de una idea, un sentimiento o un hábito, hasta las reformas más vastas y profundas: hasta las plenas *conversiones*, que a modo de las que obró la *gracia* de los teólogos, imprimen a la vida entera nuevo sentido, nueva orientación, y como que apagan dentro de nosotros el alma que había y encienden otra alma? Arte soberano, en que se resume toda la superioridad de nuestra naturaleza, toda la dignidad de nuestro destino, todo lo que nos levanta sobre la condición de la cosa y del bruto; arte que nos convierte, no en amos de la Fatalidad, porque esto no es de hombres, ni aun fué de los dioses, pero sí en contendores y rivales de ella, después de lograr que dejemos de ser sus esclavos.

Sólo porque nos reconocemos capaces de limitar la acción que sobre nuestra personalidad y nuestra vida tienen las fuerzas que clasificamos bajo el nombre de *fatalidad*, hay razón para que nos consideremos criaturas más nobles que el buey que empleamos en labrar el surco, el caballo cuyo lomo oprimimos y el perro que lame nuestros pies. Por este privilegio, que nos alza a una doble sublimidad: como disciplinados y como rebeldes, reaccionamos sobre nuestras propensiones innatas, y a veces les quitamos el triunfo; resistimos la influencia de las cosas que nos rodean; sujetamos los hábitos naturales o adquiridos, y merced a la táctica de la voluntad puesta al servicio de la inteligencia constituimos nuevos hábitos; adaptamos nuestra vida a un orden social que, recíprocamente, modificamos adaptándolo a nuestros anhelos de innovación y de mejora; prevenimos las condiciones que nos rodearán en lo futuro, y obramos con arreglo a ellas; intervenimos en la ocasión y estímulo de nuestras emociones, y en el ir y venir de nuestras imágenes, con lo que ponemos la mano en las raíces de donde nace la pasión; y aun la fuerza ciega y misteriosa del instinto, que representa el círculo de hierro de la animalidad, se hace en nosotros plástica y modificable, porque está gobernada y como penetrada por la activa virtud de nuestro pensamiento.

Esta capacidad, esta energía, se halla potencialmente en toda alma; pero en inmensa muchedumbre de ellas, apenas da razón

de sí: apenas pasa, sino en mínima parte, a la realidad y la acción; y sólo en las que componen una estricta aristocracia sirve de modo consciente y sistemático a una idea de perfeccionamiento propio. Aparecería en la plenitud de su poder si todos atináramos a considerar nuestra vida como una obra de constante y ordenado progreso, en la que el alma adelantase, por su calidad e íntimo ser, como quien asciende exteriormente en preeminencia o fortuna.

Pero ¡cuán pocos son los que se consagran a tal obra con amor y encarnizamiento de artistas, ya que no se le consagran con devoción de creyentes en una norma imperativa de moralidad! Porque arte verdadero hay en ella; arte superior a cualquier otro. Las grandes existencias, en que la voluntad subyuga y plasma el material de la naturaleza con sujeción a un modelo que resplandece mientras tanto en la mente, son reales obras de arte, dechados de una habilidad superior, a la cual la sustancia humana se rinde, como la palabra en el metro, la piedra en la escultura, el color en la tela. Así, en Goethe la obra de la propia vida parece una estatua; una estatua donde el tenaz y rítmico esfuerzo de la voluntad, firme como cincel con punta de diamante, esculpe un ideal de perfección serena, noble y armoniosa. La vida de San Francisco de Asís está *compuesta* como una tierna y sublime música. Para encontrar imagen a la vida de monarcas como Augusto o como Carlomagno, sería preciso figurarse uno de esos monumentos cíclicos de la arquitectura, que encarnan en la piedra el genio de una civilización: templo clásico o cristiana basílica. El arte de la vida de Franklin es el de una máquina, donde la sabia e ingeniosa adecuación de los medios al fin útil, y la economía de la fuerza, alcanzan ese grado de conveniencia y precisión en que la utilidad asume cierto carácter de belleza.

#### CXLIX

El *primer instrumento* de la regeneración es la esperanza de alcanzarla. Todo propósito y plan de educar, de reformar, de convertir, y aun diré más: toda persona que lo tome a su cargo, han de empezar por ser capaces de sugerir *la fe en ellos mismos*, y obrar, mediante esta fe, en las almas donde ponen su blanco. Es la operación preliminar e imprescindible, del forjador que

calienta el duro metal para hacerlo tratable. Y desde luego, sólo será eficaz y rendidora aquella educación que acierte a infundir en el espíritu a quien se aplica, como antecedente del esfuerzo que reclama de él, la persuasión de que el rasgo fundamental, la diferencia específica, de la criatura humana, es el poder de transformarse y renovarse, superando, por los avisos de su inteligencia y las reacciones de su voluntad, las fuerzas que conspiren a retenerla en un estado inferior, sea éste el sufrimiento, la culpa, la ignorancia, la esclavitud o el miedo.

Menguado antecedente de una empresa de reforma moral, será siempre el de propender a humillar la idea que el sujeto tiene de sí y mostrarle, a su conciencia acongojada, indigno del triunfo. El maestro y el curador de almas que a esto tienden, ya por inhabilidad en que no obra la intención, ya por torcida táctica, destruyen en el alma del discípulo, el pecador o el catecúmeno, el fundamento de su autoridad, que sólo vive de la fe que sugiere; y acaso, por una opuesta sugestión, confirman y vuelven perdurables los males que hallaron tiernos todavía y las resistencias que no supieron vencer, con arte de amor, en sus comienzos. Porque si realmente puede haber una parte muerta e incapaz de reanimación en un alma viva, será aquella parte en que radique la desesperanza, *estigma* comparable al *diabólico*, que disecaba como cosa sin vida, para siempre, la carne donde se asentaba su impresión en el elegido del Mal.

No es, esta que te encarezco, la ciega confianza que consiste en suponer el triunfo, inmediato; llano su camino; rasa la tabla de las disposiciones heredadas; despreciables las potencias enemigas que de todas partes nos asedian; sin valor real la tentación; sin fuerza con que prevalecer, las reacciones posibles... En aquel otro linaje de confianza que muestra el triunfo al final del esfuerzo pertinaz y costoso; y que enaltece el poder de la aptitud virtualmente contenida en nuestra naturaleza para llevar adelante ese esfuerzo; y que obliga a la voluntad, y la asegura, con lo imperativo del deber de intentarlo. Cualquiera otra fe, cualquier otro optimismo, es vanidad funesta, y como la desconfianza pesimista, con quien se identifica a fuer de posiciones absolutas, incide en perezoso fatalismo.

Hay dos voces en el engaño tentador: la que nos insinúa al oído: "Todo es fácil"; la contrapuesta, que nos dice: "Todo es en vano". Sólo que el exceso de confianza puede llevar algunas

veces a término; puede arrebatarnos, en un vuelo, a la cumbre; porque aun cuando la esperanza se vuelva loca, es capaz de cosas grandes, y la locura de la esperanza suele ser la fuerza que obra en el milagro y el prodigio; mientras que por el camino de la duda mortal no es posible llegar más que a la realidad de la decepción que ella anticipa y de la sombra que ella prefigura. Así, coronando el heroísmo de la voluntad, compitiendo con la misma eficacia de la obra, resplandece, para la ciencia del observador, no menos que resplandeció para la fe del creyente, la virtud de la *esperanza viva*.

## CL

LA ESPERANZA como norte y luz; la VOLUNTAD como fuerza; y por primer objetivo y aplicación de esta fuerza: nuestra propia personalidad, a fin de reformarnos y ser cada vez más poderosos y mejores.

Porque, en realidad, ¿qué es lo que, dentro de nosotros mismos, se exime en absoluto de nuestro poder voluntario, mientras el apoyo de la voluntad no acaba con el postrer aliento de nuestra existencia?

¿El dolor? ¿El amor? La invención? ¿La fe? ¿El entusiasmo? ¿El sueño? ¿El sentir corporal? ¿La función de nuestro organismo?

Hechos y potencias son éstos, que parecen levantarse sobre el poder de nuestra voluntad, para obrar o no obrar, para ser o no ser; señalándole límites tan infranqueables como los que las leyes de la naturaleza física señalan al alcance y virtud de un agente material. Pero esta maravillosa energía, que lo mismo mueve una falange de tus dedos que puede rehacer, de conformidad con una imagen de tu mente, la fisonomía del mundo, se agrega u opone también a aquellas fuerzas que juzgamos fatales; y cuando ella se manifiesta en grado sublime, su intervención aparece y triunfa; de modo que da vida al amor o lo sofoca; anonada al dolor; enciende la fe; compite con el genio que crea; vela en el sueño; trastorna la impresión real de las cosas; rescata la salud del cuerpo o la del alma, y levanta, casi del seno de la muerte, el empuje y la capacidad de la vida.

En el vientre del muchacho esparciata, donde el cachorro

oculto bajo el manto muere hasta matar, sin que se oiga un lamento; en el hornillo donde Mucio Scévola pone la mano y ve cómo se quema, "sin retorcer cejo ni labio"; en el martirio donde Campanella, reconcentrado en su idea contumaz, calla y no sufre: la voluntad vence al dolor y le aniquila. No fué otro el fundamento de la soberbia estoica, despreciadora del dolor, que inspiró la gloriosa frase de Arria y la moral de Epicteto, y que resurge en lo moderno con Kant, para asentar, más firme que nunca, sobre la ruina de todo dogma y tradición y de la misma realidad del mundo, el solio de la Voluntad omnipotente.

En la misteriosa alquimia del amor, en la oculta generación de la fe, cosas que se confunden con lo más impenetrable y *demoníaco* del alma, la Voluntad se sustituye tal vez a la espontaneidad del instinto, y crea el amor donde no lo hay, partiendo a golpes de hierro, pues falta fuego que derrita el hielo de la indiferencia; y arranca la fe viva de las entrañas de la duda, como el niño a quien sacan a vivir del vientre de su madre muerta. Así, por la pertinacia de la atención y del hábito, quien quiere creer, al cabo cree; quien tiene voluntad de amar, al cabo se enamora. Ya supo de esto Pascal cuando afirmó la virtualidad de la fórmula y el rito para abrir paso a la fe dentro del alma remisa a sus reclamos.

En la divina operación del genio, la Voluntad no sólo acumula el combustible que luego una chispa sagrada inflama y consume, sino que aun esta chispa puede provenir de su solicitud; y la gracia no muy largamente concedida por la naturaleza, el don incierto, la aptitud dudosa o velada, se transfiguran y agigantan por ella, a punto de semejar una creación de ella misma, y serlo casi, alguna vez. Demóstenes, Alfieri, y aquellos que citamos ya caracterizando la vocación anticipada a todo indicio de aptitud; el pintor Carracci, Máiquez el cómico, son ejemplos del artista vencedor de su primera inferioridad, cuya más peregrina obra de arte parece ser su propio genio. La invención es a menudo un acto de voluntad, ante todo; como el que, según la tradición religiosa, sacó la luz y el mundo de las primitivas tinieblas. Y desde luego este arranque para romper con lo sabido y usado, en que consiste la invención, ¿no es uno mismo, por su carácter y el modo de desenvolverse, con el arranque por el cual se aparta de la uniformidad del instinto y la costumbre el acto plenamente voluntario? ... La Voluntad reúne el material que el genio anima; provoca y da lugar a aquella chispa misteriosa; y

luego, hallada la idea en que consiste la invención, toma otra vez su férula y rige la labor paciente que desenvuelve y apura el contenido de la idea, ya en el desarrollo dialéctico, ya en el perfeccionamiento mecánico, ya en la ejecución literaria; última, esforzada lid, que Carducci compara hermosamente, por lo que toca a la invención del poeta, con los afanes del sátiro, perseguidor de la ninfa leve y esquiva en el misterio de los bosques.

Aun a lo connatural y orgánico del cuerpo, llega la jurisdicción de la voluntad. De cómo las ansias más esenciales ceden a su influjo, habla aquel rasgo de Alejandro, cuando, atormentado su ejército, y él mismo, por las angustias de la sed, logra un poco de agua que una avanzada le trae, dentro de un casco, de una fuente no muy próxima; y para animar a los suyos a soportar el sufrimiento hasta llegar a ella, en vez de beber vuelca el casco en el suelo, mientras sus labios abrasados se tienden tal vez, por instintivo impulso, al agua que se evapora en el ardor del aire... Sabido es el poder que Weber tenía para contener o acelerar, por el esfuerzo consciente, las palpitaciones de su corazón. Goethe, no menos grande que por el genio, por la vida, ensalza la eficacia de la voluntad para baluarte de la salud del cuerpo, hablándonos de cómo piensa haber escapado una vez de contagioso mal sólo por la concentración imperiosa de su ánimo en la idea de quedar inmune. El sueño: obra de una magia que se desenvuelve en nosotros sin nuestra participación ni consentimiento, usa un hermoso modo de rendir parias al poder voluntario, y en las ficciones de esa magia es observación de psicólogos que un acto enérgico de voluntad, soñado dentro de lo que la imaginación pinta y simula, suele rasgar de inmediato el velo del sueño, y volver, al que duerme, a la realidad de la vida. Así, aun el remedo, aun el fantasma, de la Voluntad, es eficiente y poderoso, y vence a lo demás de las sombras que el sueño extiende y maneja sobre la íntima luz de nuestras noches.

## CLI

## LA PAMPA DE GRANITO

*Era una inmensa pampa de granito; su color, gris; en su llaneza, ni una arruga; triste y desierta; triste y fría; bajo un cielo de indiferencia; bajo un cielo de plomo. Y sobre la pampa estaba*

un viejo gigantesco, enjuto, lívido, sin barbas; estaba un gigantesco viejo de pie, erguido como un árbol desnudo. Y eran fríos los ojos de este hombre, como aquella pampa y aquel cielo; y su nariz, tajante y dura como una segur; y sus músculos, recios como el mismo suelo de granito; y sus labios no abultaban más que el filo de una espada. Y junto al viejo había tres niños ateridos, flacos, miserables; tres pobres niños que temblaban junto al viejo indiferente e imperioso, como el genio de aquella pampa de granito. El viejo tenía en la palma de una mano una simiente menuda. En su otra mano, el índice extendido parecía oprimir en el vacío del aire como en cosa de bronce. Y he aquí que tomó por el flojo pescuezo a uno de los niños, y le mostró en la palma de la mano la simiente, y, con voz comparable al silbo helado de una ráfaga, le dijo: "Abre un hueco para esta simiente"; y luego soltó el cuerpo trémulo del niño, que cayó, sonando como un saco mediado de guijarros, sobre la pampa de granito.

"Padre —sollozó él—, ¿cómo le podré abrir si todo este suelo es raso y duro? "Muérdelo", contestó con el silbo helado de la ráfaga; y levantó uno de sus pies, y lo puso sobre el pescuezo lánguido del niño; y los dientes del triste sonaban rozando la corteza de la roca, como el cuchillo en la piedra de afilar; y así pasó mucho tiempo, mucho tiempo; tanto que el niño tenía abierta en la roca una cavidad no menor que el cóncavo de un cráneo; pero roía, roía siempre, con un gemido de estertor; roía el pobre niño bajo la planta del viejo indiferente e inmutable, como la pampa de granito.

Cuando el hueco llegó a ser lo hondo que se precisaba, el viejo levantó la planta opresora; y quien hubiera estado allí hubiese visto entonces una cosa aún más triste, y es que el niño, sin haber dejado de serlo, tenía la cabeza blanca de canas; y apartóle el viejo con el pie, y levantó al segundo niño, que había mirado temblando todo aquella. "Junta tierra para la simiente" —le dijo—. "Padre —preguntóle el cuitado— ¿en dónde hay tierra?" "La hay en el viento, recógela", repuso; y con el pulgar y el índice abrió las mandíbulas miserables del niño; y le tuvo así contra la dirección del viento que soplaba, y en la lengua y en las fauces jadeantes se reunía el flotante polvo del viento, que luego el niño vomitaba, como limo precario; y pasó mucho tiempo, mucho tiempo, y ni impaciencia, ni anhelo, ni piedad, mostraba el viejo indiferente e inmutable sobre la pampa de granito.

Cuando la cavidad de piedra fué colmada, el viejo echó en ella la simiente, y arrojó al niño de sí, como se arroja una cáscara sin jugo, y no vió que el dolor había pintado la infantil cabeza de blanco; y luego levantó al último de los pequeños, y le dijo, señalándole la simiente enterrada: "Has de regar esa simiente"; y como él le preguntase, todo trémulo de angustia: "Padre, ¿en dónde hay agua?" "Llora; la hay en tus ojos", contestó; y le torció las manos débiles, y en los ojos del niño rompió entonces abundosa vena de llanto, y el polvo sediento la bebía; y este llanto duró mucho tiempo, mucho tiempo, porque para exprimir los lagrimales cansados estaba el viejo indiferente e inmutable, de pie sobre la pampa de granito.

Las lágrimas corrían en un arroyo quejumbroso tocando el círculo de tierra; y la simiente asomó sobre el haz de la tierra como un punto; y luego echó fuera el tallo incipiente, las primeras hojuelas; y mientras el niño lloraba, el árbol nuevo criaba ramas y hojas, y en todo esto pasó mucho tiempo, mucho tiempo, hasta que el árbol tuvo tronco robusto, y copa anchurosa, y follaje, y flores que aromaron el aire, y descolló en la soledad; descolló el árbol, aun más alto que el viejo indiferente e inmutable, sobre la pampa de granito.

El viento hacía sonar las hojas del árbol, y las aves del cielo vinieron a anidar en su copa, y sus flores se cuajaron en frutos; y el viejo soltó entonces al niño, que dejó de llorar, toda blanca la cabeza de canas; y los tres niños tendieron las manos ávidas a la fruta del árbol; pero el flaco gigante los tomó, como cachorros, del pescuezo, y arrancó una semilla, y fué a situarse con ellos en cercano punto de la roca, y levantando uno de sus pies juntó los dientes del primer niño con el suelo; juntó de nuevo con el suelo los dientes del niño, que sonaron bajo la planta del viejo indiferente e inmutable, erguido, inmenso, silencioso, sobre la pampa de granito.

## CLII

*Esa desolada pampa es nuestra vida, y ese inexorable espectro es el poder de nuestra voluntad; y esos trémulos niños son nuestras entrañas, nuestras facultades y nuestras potencias, de cuya debilidad y desamparo la voluntad arranca la energía todopode-*

rosa que subyuga al mundo y rompe las sombras de lo arcano.

Un puñado de polvo, suspendido por un soplo efímero sobre el haz de la tierra, para volver, cuando el soplo acaba, a caer y disiparse en ella; un puñado de polvo: una débil y transitoria criatura, lleva dentro de sí la potencia *original*, la potencia emancipada y realenga, que no está presente ni en los encrespamientos de la mar, ni en la gravitación de la montaña, ni en el girar de los orbes; un puñado de polvo puede mirar a lo alto, y, dirigiéndose al misterioso principio de las cosas, decirle: "Si existes como fuerza libre y consciente de tus obras, eres, como yo, una Voluntad: soy de tu raza, soy tu semejante; y si sólo existes como fuerza ciega y fatal, si el universo es una patrulla de esclavos que rondan en el espacio infinito teniendo por amo una sombra que se ignora a sí misma, entonces yo valgo mucho más que tú; y el nombre que te puse, devuélvemelo, porque no hay en la tierra ni en el cielo nada más grande que yo!"

## CLIII

*Omnipotente* fuerza, luz transfiguradora, en los hombres, no lo es menos en los pueblos. Allí, en el mapa que tengo frente adonde escribo, veo una mancha menuda, que abre un resquicio para su pálido verde, entre la gran mancha amarilla de Alemania y el celeste claro que representa al mar. Esa mancha menuda es el más pasmoso toque de pincel que se haya impreso sobre la superficie del mundo, desde que este cuadro infinito fué originalmente pintado. ¿Sabes las maravillas de voluntad que significa para el pueblo cuya obra es, esa pinta humilde del mapa? ¿Sabes hasta qué punto ella es efectivamente su obra? No ya la riqueza, ni la fuerza, ni la libertad, ni la cultura: la tierra, el suelo que pisa, el solar sobre que está puesta la casa, el limo en donde arraiga el árbol, el terrón que desmenuza la reja, son invenciones de su genio, artificiosidades de su industria, milagros de su querer. Palmo a palmo, ese pueblo quitó su tierra a las aguas; ola por ola, rechazó el embate del mar; día por día, sintió que faltaba para sus movimientos el espacio; bajo sus pies, el sustento; en torno suyo, el hálito y el calor: del terruño: como despierta el huérfano y busca en vano el regazo de la madre; y día por día, los rescató con esfuerzo sublime; día por día,

tuvo tierra de nuevo; como si, al amanecer de cada sol, hundiera el brazo bajo el agua, y allá, en el fondo del abismo, tomase a la roca por sus crestas, y la alzara en un arranque titánico, y la pusiese otra vez sobre el haz de la onda... ¡Tierra del suelo sin consistencia y del color sin contornos; baja, húmeda, lisa: tú eres el mayor monumento que la voluntad del hombre tiene sobre el mundo! Pueblo manso y tenaz, grande en muchas tareas; tejedor y hortelano, pintor y marino; pueblo donde se da culto a las flores, que manos blancas y oficiosas cuidan en competencia tras las ventanas de donde acaso se ve, si aclara la bruma, partir las naves que van a tierras caras al sol, por ébano y naranjas y fragantes especias! Como las vacas de tus establos, así tu voluntad es fuerte y fecunda; en el desvaído azul de tus ojos hay reflejos de acero que vienen de tu alma; nadie como tú, pueblo ni hombre, se debió tanto a sí mismo; porque tal como el pájaro junta su nidamenta con las briznas de heno, y las ramillas, y la tierra menuda, y de este modo va tejiendo, hebra por hebra, su nido, de igual manera juntaste tú ese flaco barro que huellas: pueblo donde se ama a las flores, donde el candor doméstico aguarda la vuelta del trabajador en casas limpias como plata, y donde ríos morosos van diciendo, si no el himno, el salmo de la libertad!

## CLIV

*Cuanto se dice* de la unidad consciente que llamamos *personalidad* en cada uno de nosotros ¿no puede extenderse, sin esencial diferencia, al genio de un pueblo, al espíritu de una raza, igualmente capaces del nombre de *personalidad*? ¿No se reproduce en esos grandes conjuntos todo lo que la observación del psicólogo halla en el fondo de nuestra historia íntima, y no se dan en ellos también todos los grados de armonía y continuidad con que cabe que se manifieste esta síntesis viva que la conciencia individual refleja? ¿No hay pueblos cuya personalidad, compacta y fortísima, se acumula en una sola idea, en una sola pasión, y para lo demás son sordos y ciegos, como el fanático y el obsesionado; otros, en cambio, cuya unidad personal es una complejidad con corde y graciosa; otros en que dos tendencias reñidas se alternan, o mantienen un conflicto perenne, como en los temperamentos

que llevan dentro de sí mismos la contradicción y la lucha; otros, incoherentes, disueltos, descaracterizados por un anárquico individualismo que es como la dispersión de su personalidad; otros que no la tienen propia y viven de la ajena, en la condición del sonámbulo, bajo el influjo de la admiración o del miedo; otros que, extáticos en la contemplación de su pasado, parecen fuera de la realidad de la vida, como el que logra revivir con su personalidad de otro tiempo merced a la fascinada atención de la memoria; otros que, en su entusiasmo, furor o desconcierto, remedan la alteración personal de la embriaguez; otros, fáciles para modificar su personalidad mediante su desenvolvimiento progresivo; otros propensos a inmovilizarla en la costumbre; otros, en fin, cuyo carácter sufre profunda desviación desde cierto punto de su historia, como quien, volviendo de una honda crisis moral, tórname en todo distinto de lo que era? . . .

## CLV

Si a la *continuidad* de las generaciones se une la persistencia de cierto tipo hereditario, no ya en lo físico, sino también en lo espiritual, y una suprema idea dentro de la que pueda enlazarse, en definitiva, la actividad de aquellas sucesivas generaciones, el pueblo tiene una personalidad constante y firme. Esta personalidad es su arca santa, su paladión, su fuerza y tesoro; es mucho más que el suelo donde está asentada la patria. Es lo que le hace único y necesario al orden del mundo: su originalidad, dádiva de la naturaleza, que no puede traspasarse a otro, ni recobrase, si una vez se ha perdido, a no ser abismándose en la profundidad interior donde está oculta. Porque toda alma nacional es una agrupación de elementos ordenada según un ritmo que ni tiene precedentes en lo creado, ni se reproducirá jamás, una vez roto aquel inefable consorcio.

Mantener esta personalidad es la epopeya ideal de los pueblos. Veces hay en que el carácter colectivo se eclipsa y desaparece, no disuelto por la absorción de la raza en otra más populosa o más enérgica; sino replegado sólo bajo una personalidad de imitación y artificio. Como suele suceder en los hombres, la verdad de la naturaleza cede entonces sus fueros a un amaneramiento que arraiga, más o menos someramente, en la costumbre. Tal, por ejem-

plo, cuando la civilización descolorida y uniforme del siglo XVIII, extendiéndose desde la corte de Francia, ahoga la originalidad, el genio tradicional de cada pueblo; y así en usos y leyes como en literatura, sustituye un modelo de convención al espontáneo palpitar de la vida; hasta que despiertan aquellas *voces de las naciones* que oyó Herder, y la savia estancada vuelve a subir por el árbol de cada terruño, y en todas partes el corazón y la fantasía buscan el materno calor de la memoria.

Otras veces, aún no existe personalidad, como en el temperamento del niño, maraña de tendencias anárquicas; y un gran impulso de proselitismo y pasión, que representa lo que la crisis de la pubertad, en los pueblos, levanta y fija para siempre la forma personal que no existía; como cuando a la voz del Profeta las tribus nómadas de Arabia se alzan de súbito a la dignidad de la historia; o cuando la palabra de Lutero llega a países, aún sin alma, del septentrión, y los sacude e inflama, y hace que su alma se anuncie, y que estampen su sello en la corteza de la tierra.

## CLVI

Pero sin *abdicar* de esa unidad personal; sin romper las aras del numen que se llama *genio* de la raza, los pueblos que realmente *viven* cambian de amor, de pensamiento, de tarea; varían el rito de aquel culto; luchan con su pasado, para apartarse de él, no al modo como el humo fugaz, o la hoja y la pluma más livianas que el viento, se apartan de la tierra, sino más bien a la manera que el árbol se aparta de su raíz, en tanto que crece y va como concibiendo y bosquejando la idea de la fronda florida que ha de ser su obra y su cúspide.

No siempre, para juzgar si será posible en cierto sentido o dirección este desenvolvimiento, ha de darse paso a la duda por que apariencias del pasado finjan una fatalidad ineluctable y enemiga. No siempre el fondo de disposiciones y aptitudes de un pueblo debe considerarse limitado por la realidad aparente de su historia. Nuevas capacidades pueden suscitarse mientras la vida dura y se renueva; unas veces, creándolas por sugestión y ejemplo de otros, y fundiéndolas en lo íntimo a favor de un fuego de heroísmo y pasión que encienda el alma y la disponga para



operar en ella; otras veces, evocándolas de misterioso fondo ancestral, donde duermen y esperan, como la aurora en el fondo de las sombras: porque también en el alma de los pueblos hay de esas reservas ignoradas de facultades, de vocaciones, de aptitudes, que aún no se manifestaron en acto, o que, no bien manifestadas, se soterraron, y tienden, lenta y calladamente, al porvenir, por la oculta transmisión de la herencia. De este modo, el genio poético y contemplativo del sajón surge otra vez en la Inglaterra del Renacimiento, después de ahogado bajo el férreo pie del normando conquistador.

Cambian los pueblos mientras viven; mudan, si no de ideal definitivo, de finalidad inmediata; pruébanse en lides nuevas; y estos cambios no amenguan el sello original, razón de su ser, cuando sólo significan una modificación del *ritmo* o estructura de su personalidad por elementos de su propia sustancia que se combinan de otro modo, o que por primera vez se hacen conscientes; o bien cuando, tomado de afuera, lo nuevo no queda como costra liviana, que ha de soltarse al soplo del aire, sino que ahonda y se concierta con la viva armonía en que todo lo del alma ordena su impulso.

Gran cosa es que esta transformación subordinada a la unidad y persistencia de una norma interior, se verifique con el compás y ritmo del tiempo; pero, lo mismo que pasa en cada uno de nosotros, nunca ese orden es tal que vuelva inútiles los tránsitos violentos y los bruscos escapes del tedio y la pasión. Cuando el tiempo es remiso en el cumplimiento de su obra; cuando la inercia de lo pasado detuvo al alma largamente en la incertidumbre o el sueño, fuerza es que un arranque impetuoso rescate el término perseguido, y que se alce y centellee en los aires el hacha capaz de abatir en un momento lo que erigieron luengos años. Ésta es la heroica eficacia de la revolución, bélica enviada de Proteo a la casa de los indolentes y al encierro de los oprimidos.

## CLVII

*El Invierno*, viejo fuerte, se acerca. Su impetuoso resuello llega en ráfagas largas al ambiente de esta tarde de otoño, y roba a todo lo que hay de movable en el paisaje, su quietud o la

suave ondulación con que se adormecía. Ahora se inquieta, como malcontento de su lugar, cuanto es capaz de movimiento: las ramas, sacudidas desde su raíz; las aspas del molino, que se persiguen entre sí con furia vana; la cadena del pozo; las ropas tendidas a secar en el cercado vecino; el polvo yacente, que se levanta en gruesas nubes. Por el cielo vagan esos blancos vellones que el viento suele agitar, como enseña, en sus combates. El balcón de la casa de enfrente no se ha abierto. Tras sus cristales asoma una cara dulce y pensativa, más pálida que de costumbre. En cambio, de esa otra cara, casi infantil, que, junto a la enorme y bondadosa de la vaca, veo pasar todas las tardes, el soplo recio hace brotar dos frescas rosas.

Sentado a la ventana, empleo mi ocio en la contemplación. Mientras en mi chimenea se abre un ojo cíclope que desde hace tiempo permanecía velado por su párpado negro, y junto a mí mi galgo ofrece sus orejas frías y sedosas a las caricias de su amo, se fija mi atención en una muda sinfonía: la de las hojas que, desprendidas, en bandadas sin orden, de los árboles, que van dejando desnudos, pueblan el suelo y el aire, a la merced del viento. Me intereso, como en una ficción sentimental, en sus aciagas aventuras. Ora se alzan y van en vuelo loco; ora, más al abrigo, ruedan solitarias, breve trecho, y quedan un momento inmóviles, antes de trazar, lánguidamente, otro surco; ora se acumulan y aprietan, como medrosas o ateridas; ya se despedazan y entregan en suicidio a la ráfaga, deshechas en liviano polvo; ya giran sin compás alrededor de sí mismas, como poseídas danzantes... Su suerte varía es pasto de mi fantasía, cosquilleo de mi corazón. Me parecen en ocasiones los despojos volantes de un sacrificio de papeles viejos, con los que se avientan cartas de amores idos y vanidades de la imaginación, obras que no pasaron de su larva. Las imagino después el oropel de una corona destrozada de cómico. Se me figuran otras veces manos exangües y amarillas; manos de moribundo, que buscan vanamente tañer, en una lira que no encuentran, una melodía triste que saben... Caen, caen sin tregua, las hojas; y el alma del paisaje éntrase, en tanto, por las puertas del sentido, al ambiente de mi mundo interior. Me reconcentro, sin dejar de atender a las aladas moribundas. Comienza a cantar, dentro de mí, esa elegía marchita que, en el *pathos* romántico, hay para la caída y el murmullo de las hojas secas. Abandono; voluptuosidad de melancolía; complacencia en lo amargo fino

y suave... ¿Dónde está ahora, respecto de mí mismo, el objeto de mi contemplación? ¿Adentro? ¿Afuera?... Caen, caen sin tregua, las hojas; y por un instante siento que su tristeza de muerte se comunica a todo lo visible, y sube al cielo, y le entristece también, y alcanza hasta la línea lejana en que una niebla tenue empieza a tejer su veste de lino. Pero luego, muy luego, la expresión mortal que se había extendido en el paisaje como sombra de nube, se concentra y fija nuevamente en las hojas, que son las que de veras se van y perecen, y que no volverán nunca a su árbol... En lo demás queda sólo una esfumada aureola de esa tristeza, como dolor que nace de simpatía. Las hojas son lo único que muere. El sentimiento de mi contemplación de otoño no llega a producir en mi alma esa ilusión de sueño en que la apariencia triste y bella cobra el imperio de la realidad y nos persuade casi de la universal agonía de las cosas. Sé que este desmayo de la vida no dura. La idea de la resurrección próxima y cierta vela dentro de mí, como en penumbra o lontananza, y mantiene mi sentimiento de la escena en la clave de un recogimiento melancólico. No de otra manera, sobre el desconcierto de las hojas caídas se yergue la armazón escueta de los árboles, firme y desnuda como la certidumbre, y en el acero claro del aire graba una promesa, simple y breve, de nueva vida.

## CLVIII

*Éste es mi espíritu* cuando toca a su término la corriente de las ideas que para pasar a tu espíritu tenía. El alma del paisaje me da el alma de la última página; y como infusa y concentrada en ella, el alma de las otras; y mi alma misma se reconoce en la pintura de la naturaleza, y por la pintura ve, en imagen, que el libro es un verbo fiel y tiene su acento. El libro y ella son uno: un libro que se escribe, o es papel vano, o es un alma que teje con su propia sustancia su capullo. Mientras vuela esta alma mía en el viento que remueve las hojas y conduce las voces de los hombres, mensajero del mundo, lazo que no se pierde, yo quedaré aprestándome otra alma, como el árbol otro follaje, y otra cosecha la tierra de labor; porque quien no cambia de alma con los pasos del tiempo, es árbol agostado, campo baldío. Criaré

alma nueva en recogimiento y silencio, como está el pájaro en la muda; y si llegada a sazón, la juzgo buena para repartirla a los otros, sabrás entonces cuál es mi nuevo sentir, cuál es mi nueva *verdad*, cuál es mi nueva palabra.

1908.

## JUAN CARLOS GÓMEZ<sup>1</sup>

El 25 de Mayo, el día de América, trae envuelto en sus resplandores de gloria un recuerdo de solemne tristeza, al que no debe permanecer indiferente el espíritu de los orientales. Hace hoy once años que la desaparición eterna de un hombre que era un símbolo, una personificación, la forma viva de los dolores de la historia de un pueblo y de los más caros anhelos de su alma, perseguidos en estériles luchas, acongojaba el corazón de ese pueblo en días sombríos, como el eclipse de una luz que es orientación y esperanza, y difundía por América un eco de veneración y de dolor<sup>2</sup>.

La vibración sonora de la apoteosis que congregaba alrededor de la tumba de Juan Carlos Gómez a los enviados del pensamiento y la sensibilidad de ambas sociedades del Plata, para consagrar en impercedero concurso de elocuencia la gloria de su nombre, no parece haber repercutido, al través de tan breve espacio de tiempo, en el corazón de la más cercana posteridad. Se busca, sin hallarla, una duradera sanción de ese homenaje, una manifestación sensible de esa gloria, y se espera en vano escuchar, cada vez que se levanta en el horizonte el sol del último día del tribuno, la palabra sentida de un recuerdo.

Glorificar la memoria de Juan Carlos Gómez sería, entretanto, evocar del fondo de nuestra historia la fuerza moral e intelectual de sus días más fecundos en hermosas inspiraciones y en elevados ejemplos.

Llevaba el gran ciudadano, en el melancólico ocaso de su vida, la representación más pura de una época que asistía en él

<sup>1</sup> Incluyo en la colección este lejano artículo, uno de los primeros que salieron de mi pluma, porque puede servir de complemento al discurso que le sigue.

<sup>2</sup> De *El mirador de Próspero*.

a la progresiva desaparición de sus creencias, sus hábitos y sus hombres, pero a la que su espíritu volvía con amor invencible, con inquebrantable fidelidad, presa de ese sentimiento de desolado abandono dentro del ambiente modificado por las ideas que pasan y se renuevan, que es a las ausencias del tiempo como la nostalgia a las ausencias del espacio.

Por eso en su recuerdo reviven el color y el alma de un glorioso pasado, y se identifica su existencia con la de aquella generación viril y luminosa que, nacida, como primogénita de la libertad, entre el fragor de la epopeya de América, llegó a la vida pública cuando se desplegaban las divisas de los bandos para la lucha de nueve años, y modeló su espíritu en las inspiraciones de la revolución literaria y filosófica de 1830: generación sobre la que ya es posible fijar las vistas serenas de la historia y que deja tendidas sus más nobles personificaciones a lo largo del tiempo, como grupo de bronce que empieza a revestirse, a los ojos de la posteridad, del tono luciente y realzador de la pátina.

Del despertar de las energías de su mente, ansiosa de luz; de los que representaron su pensamiento y su palabra, en días heroicos, data en realidad el abolengo intelectual de nuestro pueblo y el primer espacio franqueado, dentro de su tumultuosa actividad, para la vida del espíritu.

Faltaban a Montevideo tradiciones propias de cultura. Había dormido en la sombra, oprimida por sus arreos de plaza fuerte, el largo sueño colonial. Había permanecido privada, en el transcurso de las luchas de la independencia, de la supremacía de la acción y del pensamiento con que otras ciudades americanas centralizaban las fuerzas de la Revolución, encauzándolas por el impulso de la propaganda escrita y la tribuna.

Con la presencia de los emigrados de las dos generaciones argentinas que representaban, frente al entronizamiento de la fuerza brutal, la una los recuerdos de la grande época de Rivadavia y los principios de su política civilizadora, y la otra el porvenir, anunciado por los entusiasmos y las iniciativas de 1837, que trazaron en la mente argentina el perfil definitivo de la nacionalidad, coincide de este lado del Plata la aparición del grupo de hombres nuevos a quienes tocaba rasgar, con la germinación inteligente de su espíritu, la áspera corteza de una cultura aun no formada.

No fué Juan Carlos Gómez el primero en anunciar la pre-

sencia de su generación en el campo de la actividad literaria ni en el de los cuidados cívicos. Adolfo Berro, levantando, bajo la inspiración de la nueva poesía, el ara de las devociones del sentimiento, y Andrés Lamas, ensayando la pluma del doctrinador y el polemista, para impugnar los preliminares de Alberdi a la exposición de Lermnier, y renovar, con *El Nacional*, el espíritu y las formas del diario, precedieron al poeta adolescente que se acercaba, en 1841, a una tumba prematuramente abierta, y re-producía allí la escena famosa que vincula el recuerdo de la muerte de "Fígaro" a una inmortal revelación.

Sólo aparece la fisonomía del poeta en este primer período de la juventud de Juan Carlos Gómez, que termina con la expatriación en 1843. No le contó en su seno la acción de la Defensa; pero una de las páginas más llenas de interés de la historia literaria y política de su tiempo: la que se refiere a la participación de los desterrados de ambos pueblos del Plata en la vida pública de Chile, sirve de fondo luminoso a la plena manifestación de su personalidad.

La iniciativa de reforma social y de emancipación literaria que parte, como anuncio de una época nueva, del seno de la juventud congregada por el autor de *La Cautiva* bajo los pliegues de la última bandera de Mayo que debía flamear dentro de la capital argentina hasta la caída del régimen brutal que profanó sus colores, fué obligada a continuarse en el destierro y afirmó sus focos de luz en esta margen del Plata y sobre las costas del Pacífico.

Así, la fuerza de expansión y de propaganda que había sido una de las glorias de la revolución política iniciada por la generación anterior e impulsada por ella hasta llevar a latitudes remotas, dilatándose como en el sucesivo desenvolvimiento de las ondas concéntricas que levanta el golpe de la piedra sobre el agua dormida, el brazo de sus héroes y la palabra de sus tribunales, realiza también esta iniciativa de renovación de las ideas, que se formula en el programa de la "Asociación de Mayo", vibra en la prensa de Montevideo sus entusiasmos ardorosos y tiene su más alta expresión en las polémicas de Santiago de Chile.

A fines de 1840 atravesaba la Cordillera, después de ser befado y torturado por la "Mazorca", un prófugo de San Juan, que había llevado allí la voz del patriciado culto y de la juventud inteligente en el movimiento suscitado por la repercusión de la

propaganda de Echeverría, y trazaba, en un descanso del camino, bajo las armas de la patria que abandonaba, estas palabras de Fortoul: ON NE TUE POINT LES IDÉES.

Aquel proscripto, cuyo nombre debía en breve fulgurar al pie del *Facundo*, era el mensajero de una emigración que Chile vería pronto afluir a sus ciudades, donde los estremecimientos de la máquina de imprimir anunciaron ruidosamente su presencia; y aquel lema profético iba a tener la confirmación de la realidad en una propaganda de dos lustros, que hizo descender de lo alto de los Andes, sobre el suelo argentino, la voz de protesta de la cultura y la libertad vilipendiadas.

Santiago y Valparaíso reflejan, desde el terror de 1840, las luces proscriptas de su centro por la barbarie vencedora, y al amparo de su hospitalidad se continúa, en las múltiples manifestaciones de la prensa, el libro y la cátedra, la obra en que colaboran el pensamiento de Alberdi, la crítica de López, los panfletos de Frías, la investigación erudita de Juan María Gutiérrez.

Con el anatema incesantemente lanzado sobre la tiranía, comparte la actividad de esta emigración gloriosa la revelación de la nueva idea literaria. El numen del romanticismo llega envuelto en los pliegues de la bandera de Mayo al otro lado de la Cordillera, y lucha allí con la resistencia que personificaba aquel don Andrés Bello, en quien reconoce la cultura de Chile al primero de sus educadores, y cuyo espíritu, abierto a todas las luces del saber y favorecido con los dones del entendimiento más difícilmente conciliables, flexible y múltiple como el de un humanista del Renacimiento, era santuario de la tradición intelectual. En el brillante torneo que estas polémicas mantienen luce en todo su brío la gentileza literaria de los jóvenes desterrados que el romanticismo tuvo por justadores; el generoso entusiasmo con que llevaban a aquella lucha puramente ideal todo el ardor de las luchas reales y efectivas. Impulsada por ellos, una cuestión de arte llegó a agitar los espíritus con fuerza de pasión, y una de las sociedades hasta entonces menos espirituales de América fué acaso el escenario más movido que tuvo en el continente la gran querrela literaria. La relativa incipiencia de la vida intelectual de aquella sociedad, un tanto encadenada a la tradición de la colonia, un tanto adusta y espartana en sus lineamientos, sirvió de fondo opaco para que se destacase aún más el

brillo de esa propaganda, en la que nuestros románticos solían poner cierta arrogancia candorosa, cierta conciencia de su superioridad, que le comunicaba a menudo los aires de un magisterio altanero.

Pero hay todavía otra manifestación de la huella imborrable impresa por los desterrados en la vida del pueblo que les concedió generosa hospitalidad; y es su intervención en la política interna de ese pueblo, aun cuando sólo les era dado llevar a ella el concurso platónico de su palabra, desnuda del influjo vehemente y prestigioso que adquieren las ideas del publicista y el tribuno del relieve de su personalidad en la acción.

Bajo este aspecto, la figura juvenil de Juan Carlos Gómez se destaca quizás como la más activa y gallarda. Llegado a Chile en las postrimerías del primer gobierno de Bulnes, tomó de manos de Alberdi la redacción de *El Mercurio* de Valparaíso, que era la representación más alta de la prensa, y la mantuvo durante los cinco años del renovado gobierno, ya para estimular la obra de organización que llevaba éste adelante, ya para defender contra él la libertad de imprenta, o para oponerse en una campaña electoral que dió por resultado el primer triunfo que se obtuviera sobre el poder en los comicios. Por igual apartado de la demagogia turbulenta y de la oligarquía reaccionaria, sostuvo en Chile la libertad vivificada por el orden, "la política que construye y educa", como la definía y predicaba Sarmiento, y acompañó con su propaganda a preparar la solución que tuvo, en tal sentido, la lucha presidencial de 1851.

Poco después, con el fracaso de la tiranía de Rozas, llega a su término esta brillante participación de nuestros emigrados en la historia literaria y política de uno de los más interesantes períodos de la vida chilena. El renacimiento de la prensa libre y la tribuna reclama en Buenos Aires la presencia de los proscriptos argentinos, al par que un horizonte nuevo parece abrirse, disipada la humareda de la lucha, de este lado del Plata; y Juan Carlos Gómez pasa entonces su pluma de *El Mercurio* a la mano de don Ambrosio Montt, el Aramis de las voluptuosidades de la ironía sutil y refinada, tan singularmente opuesto, en el género de las armas que traía a la panoplia del famoso diario, a aquella inflexibilidad de la palabra y la actitud, a aquella entonación vehemente y amplísima, que dieron contornos al "carácter de

Athos", a quien venía a reemplazar en el concierto de las inteligencias.

Vuelto a la patria, asume Juan Carlos Gómez la dirección del elemento culto y pensador de uno de los dos partidos que entonces se reorganizaban para proseguir su duelo interminable; vibra su pluma de polemista en las columnas de *El Orden*, y luego en las de *El Nacional*; resuena su palabra en el Congreso de 1853, el más ilustre y representativo que haya cooperado a nuestros ensayos de organización, al par del que reunió en su seno, bajo los auspicios de una nueva paz, veinte años más tarde, a los enviados de otra generación de noble y turbulenta historia; y termina, no sin un pasaje fugaz por las alturas del gobierno, la actividad de su civismo, con la definitiva proscripción que aun se prolonga en el sueño de la muerte.

Incorporado desde entonces a la vida argentina, mantiene, sin embargo, su fidelidad de ciudadano sobre la poderosa tentación de un escenario que le brinda éxitos y honores. Su tribuna es, de nuevo y para siempre, la prensa. El alejamiento de la acción a que le condena el voluntario ostracismo veda otras formas de manifestación a su palabra y no consiente más alto pedestal a su figura; pero en aquel que las condiciones de su vida le depararon y donde las tempestades de medio siglo le vieron descollar sin que flaquearan sus viejos bríos un momento, fijó con rasgos indelebles su parte de representación y de obra. Personifica, en los anales de nuestras democracias del Plata, el periodista, el tribuno del pueblo constantemente identificado con las palpitaciones de su corazón y atento al rumor de sus oleajes; a la manera como personifica Juan María Gutiérrez el hombre de letras, Alberdi el pensador, Sarmiento el estadista. Hubo en la prensa quienes atesoraran más caudal de doctrina, más honda reflexión, mejor sentido de las oportunidades del presente; pero su palabra se impone sobre todas y llega, como la voz altiva de su época, al recuerdo de la posteridad, por el poder de transmitir la emoción y el entusiasmo; por la avasalladora energía de la afirmación, que imprime en ella la solemnidad de la del inspirado o el apóstol; por esa fuerza de la sinceridad que no se remeda, porque es como el aliento del alma condensándose en la palabra del escritor.

Además, todas las turbulencias de la lucha en que la palabra tiende a la acción inmediata y efectiva; todas las huellas que

imprime el hábito de la producción precipitada en el cauce áspero e inestable de las pasiones del momento, no alcanzaron a empañar en su alma el culto innato de la forma. Su escuela de diarista puede condensarse en las palabras, que él mismo invocaba, de Renán: "Todo es literatura cuando se habla con amor de las cosas buenas, bellas y verdaderas". Llevó la pluma como un cincel destinado a fijar en el alma de la multitud inscripciones e imágenes, y supo mantener constantemente firme ese cincel, sin que los estremecimientos de la pasión enardecida lograsen apartarle de la esbelta limpidez del contorno.

Así campea el señorío de la forma en su postrera campaña de *El Nacional* de 1879, sobre la que se tienden las melancolías de creciente nostalgia; y así se le vió resplandecer en las cartas con que defendió su sueño último, su grande y generosa quimera, en la controversia levantada alrededor del monumento de La Florida: conmovedores arranques de su alma, verdaderos modelos de literatura de polémica, páginas de las más poderosas, más vibrantes, más llenas de flúido nervioso, que hayan brotado, acaso, de la pluma de ningún escritor.

Por este don del estilo prodigado en la labor ingrata de la prensa, puede representarse en él el espíritu literario sacrificado a la necesidad suprema de la acción y la lucha, en la existencia de sociedades forzosamente inhospitalarias para las manifestaciones desinteresadas del espíritu; así como puede representarse en su faz de ciudadano, dando expresión a sacrificio aun más doloroso, la *injusta inutilidad* frecuentemente prescrita por la desorganización de nuestras democracias a la indomable porfía de la convicción, a los rasgos firmes del carácter, a la inquebrantable tenacidad de la virtud.

Junto a una apreciación más detenida de la varonil personalidad del escritor, habría interés en considerar la suave fisonomía del poeta.

La escuela literaria a que puso sello el autor de *La Cautiva* tuvo un carácter esencialmente relacionado con los heroísmos de la época, y modelóse en el concepto, que el mismo Echeverría formuló, de una literatura social y revolucionaria. La poesía cobraba nueva inspiración, después de haber flotado sobre la epopeya de la independencia y consagrado sus victorias, para ser otra vez, en medio de las luchas por la libertad, como la cincelada empuñadura del acero o como el lampo que arrojaba

de sí la misma espada estremecida. Pero la cuerda heroica partió entonces su imperio con las primeras manifestaciones del subjetivismo poético y de la melancolía romántica, y el verso ahondó en la intimidad de la conciencia, al mismo tiempo que continuaba siendo un medio de acción.

No era en Juan Carlos Gómez la naturaleza del tribuno la que se imponía con superior intensidad a la entonación del poeta. En el silencioso recogimiento de la inspiración tributaria de los ensueños y las lágrimas, que desata el aura del sentimiento individual, libre de la presión niveladora e imperiosa del ambiente colectivo, y no manifestándose este sentimiento en el arranque súbito de la emoción ni con la fuerza que estalla en el sollozo de Musset o en la imprecación byroniana, sino cuando se ha tendido sobre él el velo de una suave melancolía, y vagan sigilosas las sombras de la meditación o del recuerdo, era cómo la íntima naturaleza de nuestro poeta desempeñaba su ley, y acertaba con la nota pura, sencilla, la que llega al centro del alma; ya diese voz a las tristezas de la ausencia, ya espaciara el espíritu en los arrobos de la contemplación.

Su poesía refleja así la exquisita suavidad de los sentimientos, que constituía el fondo velado de su personalidad. Nunca entregó a las pasiones de la vida pública sino una parte de su espíritu, y supo guardar constantemente intactas del polvo abrasador de la lucha todas las delicadezas del pensamiento y la sensibilidad, el culto de las cosas íntimas, que constituye el más preciado de esos bienes del alma que el hombre perpetuamente confundido en las tempestades de la acción suele sacrificar a la devoradora intensidad de la idea que le absorbe o de la pasión que le avasalla.

He de terminar, sobreponiéndome a la atracción de un tema gratísimo; pero no será sin antes insistir acerca de la alta oportunidad con que se autoriza, en este silencio del olvido que parece ser la póstuma condenación de nuestras glorias más puras, toda palabra encaminada a una reparación.

Lucio Vicente López, en una oración universitaria que merece eterno recuerdo, señalaba, hace pocos años, como suprema inspiración regeneradora, en medio del eclipse moral que veía avanzar en el horizonte de América, la obra patriótica de fortalecer, en la mente y el corazón de las generaciones que se levantan, el amor a la contemplación de aquellas épocas en que el

carácter, la personalidad nacional de nuestros pueblos y las fuerzas espontáneas de su intelectualidad, vibraban con la energía que hoy les falta<sup>1</sup> y con el sello propio de que les priva el cosmopolitismo enervador que impone su nota a la fisonomía de estos tiempos.

El sentimiento de la tradición, el culto del pasado, es una fuerza insustituible en la conciencia de los pueblos, y la veneración de las grandes personalidades en que se encarnan sus porfías, sus anhelos, sus glorias, es la forma suprema de ese culto.

Entre nosotros, merecen ser honradas las generaciones que han precedido a las que tienen la representación oscura del presente, no sólo a nombre de aquella solidaridad histórica inquebrantable, sino también por un claro derecho de superioridad. El interés del porvenir se une a la "sagrada voz de la historia" —siempre vibrante en el corazón de los pueblos que son algo más que muchedumbres—, para exigirnos, cuando se trate de esas generaciones, un homenaje de amor y de justicia, que sea, a la vez, inspiración de fecundas enseñanzas, y nos lleve a familiarizarnos con los ejemplos de su acción y las confidencias de su espíritu.

1895.

<sup>1</sup> Esto se escribía en 1895.

## LA VUELTA DE JUAN CARLOS GÓMEZ <sup>1</sup>

Señores:

Hace sesenta años, cuando las sombras de una legendaria tiranía se levantaban a entenebrecer el horizonte de los pueblos del Plata, doblaban las cumbres de la Cordillera, toda vibrante todavía con los ecos triunfales de la epopeya de América, los prófugos y los proscritos de una generación dispersada en la adolescencia por el trágico naufragio de la libertad.

Templada el alma en precoces pruebas e infortunios; hechos a la costumbre de lo grande y de lo heroico, como arrullados que fueron en la cuna por el estruendo de las armas emancipadoras; llenos de las inspiraciones del entusiasmo generoso que caldeaba entonces las corrientes del mundo en la más espléndida resurrección de idealidad y de arte que haya exaltado la mente humana desde los tiempos del Renacimiento, aquellos emigrados llevaban consigo a Santiago y Valparaíso esa singular virtud de casi todas las emigraciones históricas, que, como si acrisolasen las almas por el desamparo y el dolor, infunden en ellas dobles bríos, así para el pensamiento como para la acción.

Junto a Mitre, a Sarmiento, a Juan María Gutiérrez, a Alberdi, a López, iba también en aquella luminosa pléyade —que encontraría allí, para contender en los torneos de la inteligencia, rivales de la talla de Bello y de Lastarria, de Bilbao y de Montt— un hijo de Montevideo, salido de las filas de la juventud que desplegaba entonces, tímidamente, las primeras fuerzas de nuestra embrionaria intelectualidad. Este joven de veinte años era

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*. Discurso pronunciado en representación del "Ateneo" y la prensa de Santiago de Chile en el Cementerio de Montevideo, al ser traídos a la patria los restos de Juan Carlos Gómez, el 8 de octubre de 1905.



Juan Carlos Gómez, y acaso era el primer ciudadano de su país que llevaba a extrañas tierras, para que irradiasen fuera del horizonte del terruño, las luces de su espíritu.

De cómo irradiaron estas luces; de cómo se destacó gallarda la figura del escritor de Montevideo, desde que tomó de manos de Alberdi la pluma de *El Mercurio*, habla, señores, la ondulación de simpatía que, cruzando los Andes, viene a incorporar al homenaje que nos congrega los recuerdos y los saludos de un pueblo.

Interpretando esta adhesión, he de hablaros de Juan Carlos Gómez. Yo no puedo traer su nombre a mis labios, representarme su personalidad subyugadora, sin que vea surgir simultáneamente con ella y ordenarse a su alrededor, a la manera de un imponente fresco histórico, un espectáculo en que se resume la febril y dramática actividad de una generación que nació destinada colectivamente a la gloria. Toda una época me parece que despierta hoy y se reanima en presencia de este cadáver venerando, como por una evocación que transfigurase de súbito nuestro ambiente amortecido, llenándole de resplandores, músicas y aromas; toda una época, con sus ideas y sus pasiones, sus rudezas y sus ensueños, sus heroicidades y sus martirios. Y es que nadie tiene, respecto del alma de sus contemporáneos, más nitidez y fuerza representativas que Juan Carlos Gómez. De nadie con tal verdad puede decirse que quedó fiel, hasta morir, a los númenes de su juventud. Así, la tristeza nostálgica de sus últimos años no era sólo la del expatriado, sino también la del que se siente fuera de una época con la que se identificó absolutamente en espíritu. Medió siglo ha pasado ya desde que Juan Carlos Gómez partía para el destierro que debía prolongarse hasta después de la tumba. Si volviese a la vida, vería cómo el vertiginoso movimiento que impulsa hacia adelante los hombres y las cosas, ha renovado la fisonomía moral y material de su pueblo, participe de las transformaciones del mundo. No es ya Montevideo la ciudad humilde, ceñida por los arrees de su guerrear interminable, que él dejara al partir. En vano sus ojos buscarían aquel viejo "Fuerte del Gobierno", que él recordaba una vez, en su apenada ancianidad, con las melancolías y ternuras del proscrito; el viejo Fuerte, que los hombres de mi generación no hemos alcanzado a conocer, y entre cuyos muros de piedra se asentó el sillón presidencial de don Joaquín Suárez y se dió la norma

de tanto valor y abnegación sublime. En la esfera de las ideas, si descendiera al fondo de nuestro espíritu, no se sentiría, ciertamente, menos desorientado. Derruidas o desiertas hallaría las aras de sus dioses. Esta selva que entretejen las almas se ha deshojado y ha brotado, desde su tiempo, muchas veces. Sólo como el son de una armonía lejana percibimos ya los ecos de aquella fulgurante revolución de las ideas que, en el primer tercio del pasado siglo, hechizó al pensamiento humano. Otra es hoy nuestra filosofía, otra nuestra literatura, otra nuestra concepción de infinitas cosas; otros son nuestros mentores y nuestros libros.

Pero lo que perpetúa, al través de tantos cambios, la oportunidad de homenajes como éste; lo que preserva en el tiempo la continuidad solidaria de las generaciones; lo que debe decirse, para honor de esta civilización cristiana, que mantiene, por encima de las mudanzas y los siglos, la enseña capitana del mundo, es que todas las escuelas, todos los criterios, todas las doctrinas, que con predominante y duradero influjo se han sucedido en su seno, arriban en definitiva a una misma conclusión; cuando se trata de fijar merecimientos y sanciones; y se transmiten la misma insustituible consigna: sólo la voluntad que realiza el bien es sólido fundamento de gloria; sólo de la inteligencia, y nunca de la fuerza brutal, irradia luz y vida; sólo los hombres que han sido virtud, carácter, inteligencia, merecen el homenaje de los pueblos y el recuerdo de la posteridad!

Esas tres superioridades eternas: inteligencia, carácter y virtud, honramos en la apoteosis que hoy nos reúne. Sobre esa base triangular no hay pedestal de estatua que no resista a todas las fuerzas de la tierra! No ignoráis, señores, cómo, a pesar de ello, se ha discutido y se ha negado la razón de esta apoteosis. Quien tantas tempestades desató en vida, no podía incorporarse sobre su lecho de muerte sin provocar una vez más la tempestad. Entretanto, hemos oído la palabra de los acusadores, y no sólo la declaramos vana e irreverente, sino contradictoria de imprescriptibles fueros de la conciencia humana. Jamás, jamás, en un pueblo libre, la profesión sincera de un modo personal de concebir la grandeza, el porvenir, los destinos de la patria, puede justificar el ostracismo, ni el anatema, ni el olvido de los más altos títulos y las más legítimas superioridades que enaltezcan a los hombres. El fecundo amor patrio es el que exige del ciudadano, no el sacrificio de la libre profesión de su pensa-

miento, en cuanto a las conveniencias e intereses del patrimonio común, sino la sinceridad del amor, y el desinterés con que esa sinceridad se abona, y el cumplimiento del cívico deber. Toda otra concepción del amor patrio no será sino estrecho e irracional fetichismo.

Nuestro pueblo ha purgado su historia de leyendas falaces; hemos reivindicado memorias gloriosas que obscureciera el fallo ajeno, y los altares del culto nacional están puestos sobre granito. Quien siga el desenvolvimiento de esa empresa de reivindicación, encontrará muy a menudo opuestos a sus reparadoras conclusiones los juicios históricos del escritor a quien hoy se glorifica. Pues bien: es cierto que Juan Carlos Gómez fulminó a personalidades a quienes el pueblo oriental ha decretado estatuas; pero no es menos cierto que Juan Carlos Gómez tendrá estatuas sobre el suelo oriental; y cuando el execrador y los execrados se confunden en la fraternidad sublime de la gloria, nadie tiene derecho de recordar las impiedades que les separaron en vida. Ni el uno ni los otros son ya miserables criaturas humanas, sino estatuas que perduran sobre el paso de las generaciones; y las estatuas, señores, no se odian entre sí; los mármoles y los bronzes no se odian: en su serenidad olímpica, levantados sobre el nivel vulgar de los hombres, se miran y se comprenden!

Una concepción unilateral, y por lo tanto, falsa, de los hechos históricos, propagó un tiempo, en el Río de la Plata, que la obra de los grandes caudillos y la obra de los pensadores y organizadores civiles eran antinómicas e inconciliables. Del punto de vista de una de ellas, se condenaba inexorablemente a la otra. Pero si en la perspectiva engañosa, o mejor, en la ausencia de perspectiva de los contemporáneos, no era posible hallar la oculta armonía que relacionaba para el porvenir aquellas fuerzas contrapuestas —y por igual necesarias— de nuestro génesis, en las conmemoraciones glorificadoras de la posteridad hay cabida para el esfuerzo heroico del caudillo y para la labor austera del pensador. Y si la desconfianza, y el odio acaso, los separó mientras vivían, pacifiquémoslos y reconciliémoslos en la muerte; para que así como la misma tierra los abraza y el mismo cielo extiende sobre ellos la bendición de su serenidad infinita, la misma gratitud los arraigue en el recuerdo de las generaciones y el mismo culto los levante sobre las aras de la inmortalidad. Ésta es la filosofía del amor aplicada a la crítica

de las cosas humanas, que es, en suma, también, la filosofía de la equidad y la verdad; y cuando en cercanos pueblos ella ha triunfado definitivamente sobre la inercia de los odios; cuando los patricios de Buenos Aires y los caudillos de las épicas *montoneras* se han reconciliado para el historiador en la armoniosa síntesis de la revolución de Mayo, bien podemos nosotros, al formar el trofeo de la patria, en esta hora de las póstumas justicias; bien podemos nosotros cruzar, en el trofeo de la patria, con la espada de Las Piedras y con la espada del Rincón, la pluma gloriosa de Juan Carlos Gómez!

Un día, la Convención francesa mandó que fueran quitados del Panteón Nacional los restos mortales de Mirabeau. Pasado cierto tiempo, dispuso que esos restos volvieran a ocupar su lugar entre los de los grandes hombres de Francia. Y Michelet, comentando estos dos actos, aparentemente contradictorios, declara que, si justa fué la Convención cuando expulsó de su pedestal de gloria al coloso de la tribuna, en castigo de las culpas que le imputaba, aún fué más justa cuando ordenó reponerle, porque aquella proscripción transitoria bastaba para sanción penal de tales culpas, y cumplida la severa condena, el varón preclaro debía levantarse de nuevo y para siempre en los altares de la patria agradecida. Yo me atrevo a afirmar que, si en el alma de los detractores de Juan Carlos Gómez hay un fondo de piedad histórica, de esa piedad histórica, señores, sin la cual los juicios de la posteridad no serían más que una lapidación insensata de las generaciones vivas, ellos han de convenir alguna vez, por mucho que agiganten los que consideran sus desvaríos y que deformen las que llaman sus crueldades —ya que nadie ha podido enterarnos de sus culpas—, ellos han de convenir alguna vez en que sus treinta años de destierro y abandono, no figurado, como el de Mirabeau, sino real y rebosante de amargura, son suficiente pena para que, desarmados ya todos los odios, creamos llegada la hora de traerle a reposar en el panteón de nuestros muertos ilustres!

Hay, por otra parte, un deber de reparación que nos obliga, con doble imperio, a la glorificación de nuestros hombres de pensamiento y de carácter civil. Ellos —aún más que nuestros hombres de guerra— padecen hambre y sed de justicia! Porque el héroe de la acción, el caudillo de alta talla, el gran conductor de multitudes, si bien pudo merecer a veces campo más amplio

para su intrepidez y su heroísmo, mayores empresas que aquellas que le deparó la condición del medio social y de la época: en que tocó actuar; si pudo ser que encontrase estrecho ante su mirada el horizonte, mezquino el pedestal bajo su planta, tuvo a lo menos la compensación del valor y la obediencia de la muchedumbre; la compensación de la actividad entusiasta, febril; del triunfo ruidoso; del perfume de gloria aspirado entre el olor de la pólvora y los vahos de la sangre; la compensación del que se siente comprendido, estimulado, seguido, identificado con ese corazón gigante del pueblo, cuyo ritmo resuena en los vítores de la plaza pública y en el estrépito marcial de las batallas. Pero los hombres de pensamiento, señores, en aquellos tiempos rudos y apenas suficientes para la acción instintiva y tumultuosa, ¡cuántas veces hubieron de experimentar las angustias del inadapto y el incomprendido!... Teniendo fuerzas con que dominar desde las altas cumbres adonde converge la atención humana, sintieron sofocado su vuelo por la atmósfera estrecha de democracias semialdeanas, mal educadas y enfermizas; mereciendo el séquito alentador y el coro inteligente, vieron con frecuencia naufragar su palabra, cuando no en las sirtes del desconocimiento sañudo, en la desolación de la indiferencia silenciosa; palparon el desvalimiento de la idea inerme frente a la pasión desenfrenada; pasaron por todas las torturas de la soledad moral, de la asfixia, del desequilibrio entre la superioridad personal y la insuficiencia del ambiente; y por eso, señores, por lo que sufrieron, por lo que su tiempo les fué ingrato, la posteridad vindicadora debe traer al homenaje que tribute a estos hombres doble suma de amor, doble suma de piedad; y por eso venimos a esta apoteosis con el corazón conmovido, aquellos que, por sobre la admiración de glorias menos puras, profesamos el culto y la fe del pensamiento.

Nadie como Juan Carlos Gómez personifica en nuestro pasado ese destino doloroso e injusto: en parte, por el estoicismo abstinentemente en que le enclaustró, desde antes de la madurez, una filosofía política más generosa que ceñida a las realidades del mundo; pero en mayor parte, ciertamente, por la cruel fatalidad de las cosas. Pudo ser el jefe civil de un gran partido, y apenas si fué, primero, su timonel precario e infortunado, en raras horas de borrasca; y luego, desde lejos, su tribuno sin acción, su amonestador, y casi su heterodoxo. Pudo ser un gran escritor, dotado

de todas las seducciones y todos los prestigios con que la palabra que maneja el arte burila sentimientos e ideas en el corazón y el pensamiento de los hombres; y lo fué, sin duda, pero de la manera esbozada y fragmentaria como cabe serlo en la vertiginosa improvisación del diarismo. Pudo gobernar; levantar sus ideas, de la tribuna al Capitolio; gozar la satisfacción legítima del encumbramiento anhelado para hacer el bien y dejar obra memorable; y se inmoló, con abnegación antigua, en voluntario destierro, hasta morir semiolvidado y pobre, procurando en la labor oscura de una cátedra el pan escaso de sus últimos días, pero aferrado con fidelidad inquebrantable al amor del suelo natal, a pesar de los triunfos y los honores con que brindaba a sus dotes eminentes la escena cívica de un grande y próspero pueblo.

Personificó, por la feliz armonía de sus dotes, su propio ideal de democracia culta, no reñida, sino connaturalizada con el orden y la selección. En nuestra historia, no hallo figura que con tal brillo represente al *gentilhombre*, al patricio, de una sociedad republicana. Porque él lo tuvo todo: el pensamiento penetrante y la palabra que lo esculpe en forma que no perece; el corazón generoso y la voluntad que convierte sus palpitaciones en impulsos eficaces y enérgicos; la austeridad estoica y la delicadeza exquisita; el favor de las Gracias y las armas del combate: soberbio ejemplar de superioridad humana, que, en escenario más vasto, hubiera dejado esculpida su figura en el mármol que contemplan con arrobamiento las naciones y los tiempos.

Aun para aquellos que no acierten a ver la superioridad del hombre de acción y del político, siempre se destacará avasalladora la faz del escritor. Su palabra de fuego es de las que parecen capaces de conmover y entusiasmar a los mismos contrayentes van dirigidas. Yo no conozco publicista del Río de la Plata que haya tenido en más alto grado que Juan Carlos Gómez la unción del inspirado, del apóstol. Todo lo que salía de su pluma venía envuelto en ese poder magnético que se impone instantáneamente y por medios superiores a los de la reflexión y el análisis; que subyuga, más que convence; que arrebató, más que adoctrina. Lo que en otros es convicción, en él era fe; lo que en otros es raciocinio, en él era inspiración; lo que en otros es faena de crítico, en él era fervor de iluminado. Nadie más distante de aquella serenidad reflexiva, y aquella igualdad de ánimo; y

aquella expresión sobria y desnuda, que caracterizaron a Flotencio Varela, su precursor en la propaganda de la libertad. La polémica era el campo donde se agigantaba. En cuanto polemista, sólo Sarmiento, entre los escritores que fueron sus conmlitones o sus enemigos, podría disputarle el primer puesto. Pero en Sarmiento la fuerza rara vez se armoniza con la gracia y la medida escultural. Hay algo de abrupto, de desproporcionado, de inarmónico, en la formidable clava de ese Hércules debelador de monstruos y tiranos. En Juan Carlos Gómez, el golpe, no menos irresistible y certero, guarda constantemente el ritmo de la elegancia gladiatoria. Así como, ni aun en las mayores vehemencias de su alma apasionada, pierde el sentido de una caballerescas dignidad, así, aun en el ímpetu de la contradicción y el encarnizamiento de la lucha, mantiene la nota escogida del buen gusto. Y cuando exhumamos sus escritos, por entre aquello que el tiempo ha inevitablemente marchitado, nos sorprenden a menudo un pensamiento, una imagen, una frase, de inolvidable y escultórica belleza, como en las despedazadas ruinas atrae tal vez la mirada del viajero una columna trunca o el torso divino de una estatua.

Tal fué el escritor; tal fué el luchador; tal fué el apóstol.

Señores: Alta es la idea de la patria; pero en los pueblos de la América latina, en esta viva armonía de naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición, de la raza, de las instituciones, del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo aún más alto que la idea de la patria, y es la idea de la América: la idea de la América, concebida como una grande e imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, con sus héroes, sus educadores, sus tribunales; desde el golfo de Méjico hasta los hielos sempiternos del Sur.

Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una u otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana.

Significando, pues, esa íntima solidaridad, por la cual lo que enaltece y honra a alguno de nuestros pueblos los honra y enaltece a todos; significando también el afecto y la gratitud que perpetúan en la memoria de Chile los esfuerzos con que el proscripto de Montevideo contribuyó, desde su cátedra de *El Mercurio*, a dilucidar los problemas de la organización de aque-

lla culta y poderosa República, que hoy se levanta tan alto en la civilización y la riqueza del Continente, yo, honrado con la representación de la prensa y el Ateneo de Santiago, dejo las flores que me envían para la tumba de Juan Carlos Gómez.

## RUMBOS NUEVOS <sup>1</sup>

Con motivo de la publicación de *Idola Fori*,  
de Carlos Arturo Torres.

El fanático y el escéptico, personificaciones de dos puntos extremos, entre los que oscila con inseguro ritmo la razón humana, son caracteres que presentan notas peculiares de superioridad y de desmerecimiento, de alteza y de ruindad. Caben en el fanático el prestigio avasallador del entusiasmo, la sublime capacidad de crear y aniquilar, de idolatrar y maldecir; la grandeza de la acción heroica; la suprema abnegación del martirio. Tiene, en cambio, la estrechez de juicio y sentimiento; la ceguera para cuanto no sea el punto único a que, con fatal impulso, gravita; la incomprensión, la inflexibilidad, la brutalidad. Caben en el escéptico superior la amplitud alta y generosa; la benevolencia fácil; el sentido de lo relativo y transitorio de toda fórmula de la verdad; la cultura varia y renovable; la gracia y movilidad del pensamiento. Deslúcenle, como reverso de estos dones, la ineptitud para la acción; la fría esterilidad de la duda; la limitación y la pobreza de lo que exige de la realidad; la influencia enervadora y corrosiva. Entre estos dos tipos opuestos, y en su perfecta realización, extraordinarios, halla su posición y carácter el espíritu de la mayoría de los hombres que, de uno u otro modo, se interesan por las ideas; aproximándose a un extremo o al otro, pero guardando casi siempre la correlación de superioridades y defectos propios de la naturaleza del tipo a que respectivamente se aproximan, y dejando graduar la intensidad con que adolecen de los defectos por la proporción en que participan de las superioridades. Cuanta más energía de convicción, menos virtud de tolerancia; cuanta mayor disposición de hacer, menor profundi-

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

dad de pensar; cuanta más sutil inteligencia crítica, menos dinámico y comunicativo poder de sentimiento.

¿Es ésta, sin embargo, ley fatal e inflexible? ¿No pueden conciliarse, en un plano superior, las excelencias de ambos caracteres y determinar uno nuevo y más alto? . . . Yo creo que sí. Yo creo que es posible, no sólo construir idealmente, sino también, aunque por raro caso, señalar en la realidad de la vida, una estructura de espíritu en que la más eficaz capacidad de entusiasmo vaya unida al don de una tolerancia generosa; en que la perseverante consagración a un ideal afirmativo y constructivo se abraza con la facultad inexhausta de modificarlo por la propia sincera reflexión y por las luces de la enseñanza ajena, y de adaptarlo a nuevos tiempos o a nuevas circunstancias; en que el enamorado sentimiento del propio ideal y de la propia fe no sea obstáculo para que se reconozca con sinceridad, y aun con simpatía, la virtualidad de belleza y amor de la fe extraña y los ideales ajenos; en que la clara percepción de los límites de la verdad que se confiesa no reste fuerzas para servirla con abnegación y con brío, y en que el anhelo ferviente por ver encarnada cierta concepción de la justicia y del derecho parta su campo con un seguro y cauteloso sentido de las oportunidades y condiciones de la realidad.

Éste es, sin duda, el más alto grado de perfección a que pueda llegarse en la obra de formar y emancipar la propia personalidad, bajo la doble relación de la inteligencia y del carácter. De más está decir que si el fanático y el escéptico puros, en el sentido de la pureza o simplicidad psicológicas, son tipos de excepción, aun lo es más este tipo en que se resuelve la oposición de aquellos otros, no por neutralizado y vulgar término medio, sino por participación activa y fecunda de las superioridades y capacidades de entrambos. No sólo es extraordinaria esta superior manera de ser, sino que, a diferencia de aquellas de que la deslindamos, escapa casi siempre a la comprensión y aplauso del vulgo. La mayoría del vulgo compónese de los *semifanáticos* y los *semiescéticos*, y cada una de estas especies desmedradas y borrosas siente la sugestión magnética del tipo que realiza, con plenitud eficaz, los caracteres que sólo en parte y sin eficacia tiene ella. A los semifanáticos les subyuga la bárbara energía del fanatismo personificado en un carácter uno, enterizo y presa de ímpetu ciego; a los escépticos a medias les fascina aquel como

prestigio diabólico que nace, en el pleno escepticismo, de la resistencia invariable de la duda y del alarde impávido de la ironía. No queda séquito, o queda muy limitado, para el espíritu de libertad y selección, que afirma y niega, obra y se abstiene, con racional medida de cada una de sus determinaciones. Pero si su acción sobre el mayor número no es inmediata ni violenta, ni asume las formas triunfales del proselitismo, su influencia en esferas superiores a la vulgaridad es la única de que nace positivo progreso en las ideas y la que, en definitiva, fija el ritmo que prevalece sobre los desacordes impulsos de esas distintas ordenaciones del rebaño humano que llamamos escuelas, sectas y partidos.

Creo que se acertaría con una de las notas fundamentales del libro que me da ocasión para este estudio, si se dijera que es un poderoso esfuerzo en el sentido de propagar ese tipo superior de carácter que he procurado definir; y lo es porque la personalidad misma del autor, tal como se stampa, con enérgico sello de verdad, en sus páginas, realiza en sí dicho tipo, por natural disposición, y también, sin duda, por perseverante disciplina propia, y es uno de los más perfectos ejemplares de él que conozco dentro del actual pensamiento hispanoamericano.

Quien siga con atención el movimiento de ideas que orienta y rige, en el presente, la producción intelectual de la América Española, percibirá, en parte de esa producción por lo menos, ciertos rasgos característicos que parecen converger a una obra de conciliación, de armonía; de síntesis de enseñanzas adquiridas y adelantos realizados, con viejos sentimientos que recobran su imperio e ideas generales que reaparecen, con nueva luz, tras prolongado eclipse. Uno de estos sentimientos e ideas es la idea y el sentimiento de la raza. Aquel género de amor propio colectivo que, como el amor de patria en la comunidad de la tierra, toma su fundamento en la comunidad del origen, de la casta, del abolengo histórico, y que, como el mismo amor patrio, es natural instinto y eficaz y noble energía, pasó durante largo tiempo, en los pueblos hispanoamericanos, por un profundo abatimiento. Los agravios de la lucha por la emancipación y el dolorido recuerdo de las limitaciones y ruindades de la educación colonial, movieron en la conciencia de las primeras generaciones de la América independiente un impulso de desvío respecto de todo sentimiento de tradición y de raza. Parecía buscarse una absoluta desvincula-

ción con el pasado y pretenderse que, con la independencia, surgiese de improviso una nueva personalidad colectiva, sin el lazo de continuidad que mantienen, a través de todo proceso de regeneración o reforma personal, la memoria y el fondo del carácter. En su impaciente y generoso anhelo por agregar el espíritu de estas sociedades al movimiento progresivo del mundo, recuperando el camino que perdieran a la zaga de la retrasada metrópoli, aquellas generaciones creyeron que para emanciparse de los vínculos de la naturaleza y de la historia que estorbaban a la inmediata ejecución de tal anhelo, bastaba con desconocerlos y repudiarlos: ilusión comparable a la del que imaginara evitar al enemigo volviéndole la espalda para no verle. Este fundamental error privó de firmeza a la obra constructiva de aquellas colectividades de héroes, demasiado grandes e inspiradas en la guerra para que sea justo hacerles cargo de que no fuesen más sabias y cautas en la paz. Convirtieron en escisión violenta, que había de parar en forzosa desorientación y zozobra, lo que pudo ser tránsito ordenado, tenaz adaptación, enlace armonioso. Aun después que los rencores de la guerra se disiparon y que el instinto de simpatía por el propio linaje y por los hechos de los mayores recobró en parte sus fueros, esta reconciliación se manifestó mucho más por protestas elocuentes y jaculatorias líricas que como inspiración de una labor encaminada a restablecer la unidad interna de la historia. Los partidos liberales, sucesores directos del espíritu de la Independencia en cuanto obra de fundación social y política, persistieron en el yerro original de tomar de afuera ideas y modelos sin tener más que olvido o condenación para un pasado del que no era posible prescindir, porque estaba vivo, con la radical vitalidad de la naturaleza heredada y la costumbre. Los partidos conservadores se adhirieron a la tradición y a la herencia española, tomándolas, no como cimiento ni punto de partida, sino como fin y morada; con lo que, confirmándolas en su estrechez, las sustrajeron al progresivo impulso de la vida y cooperaron a su descrédito. En aquellas partes de Hispanoamérica donde una continua y populosa inmigración, procedente de distintos pueblos de Europa, acumuló en poco tiempo, sobre el fondo nativo, elementos extraños bastantes para sobreponerse a la fuerza asimiladora de una personalidad nacional que no se sostuviese con gran brío, fué éste un nuevo factor que conspiró a nublar la conciencia de la raza propia;

y ninguna enérgica acción social, ningún plan orgánico de gobierno, acudieron a levantar, por cima del aluvión cosmopolita, el principio de unidad que hubieran dado de sí los sentimientos de la tradición y de la raza, celosamente estimulados con los mil medios de educación y propaganda que el Estado es capaz de desenvolver.

Pero no hubo sólo desviación relativa a las tradiciones de raza, tomando ésta en su directo y más concreto sentido de la nación colonizadora. Momento llegó en que el desapego tendió a más, si no en la conciencia del pueblo, en la de las clases directivas y cultas. Por influjo de corrientes de filosofía histórica que tuvieron universalmente su auge y que convirtieron en desalentado pesimismo de raza la impresión de decaimientos y derrotas que coincidían con el encubramiento intelectual, económico y político de pueblos a quienes parecía transmitirse por tal modo la hegemonía de la civilización, la desconfianza hacia lo castizo y heredado de España se extendió a la grande unidad étnica e histórica de los pueblos *latinos*, cuya capacidad se juzgó herida de irremediable decadencia, y cuyo ejemplo y cuya norma, en todo orden de actividad, se tuvo por necesario desechar y sustituir, para salvar de la fatal condena que virtualmente entrañaban. No creo engañarme si afirmo que éste era, aun no hace muchos años, el criterio que prevalecía entre los hombres de pensamiento y de gobierno, en las naciones de la América latina; el criterio ortodoxo en universidades, parlamentos y ateneos: la superioridad absoluta del modelo anglosajón, así en materia de enseñanza, como de instituciones, como de aptitud para cualquier género de obra provechosa y útil, y la necesidad de inspirar la propia vida en la contemplación de ese arquetipo, a fin de aproximarse, mediante leyes, planes de educación, viajes y lecturas, y otros instrumentos de imitación social. Los Estados Unidos de Norte América se aprecian como viviente encarnación del arquetipo; como la imagen en que tomaba forma sensible la idea soberana. Absurdo sería, desde luego, negar, ni la grandeza extraordinaria de este modelo real, ni las positivas ventajas y excelencias del modelo ideal: el genio de la raza que en aquel pueblo culmina; ni siquiera lo que de practicable y de fecundo había en el propósito de aprender las lecciones de su bien recompensado saber y seguir los ejemplos de su voluntad victoriosa. Pero el radical desacierto consistía, no tanto en la

excesiva y candorosa idealización, ni en el ciego culto, que se tributaba por fe, por rendimiento de hipnotizado, más que por sereno y reflexivo examen y prolija elección —como en la vanidad de pensar— que estas imitaciones absolutas, de pueblo a pueblo, de raza a raza, son cosa que cabe en lo natural y posible; que la estructura de espíritu de cada una de esas colectividades humanas no supone ciertos lineamientos y caracteres esenciales, a los que han de ajustarse las formas orgánicas de su cultura y de su vida política, de modo que lo que es eficaz y oportuno en una parte no lo es acaso en otras; que pueden emularse disposiciones heredadas y costumbres seculares, con planes y leyes; y finalmente, que, aun siendo esto realizable, no habría abdicación ilícita, mortal renunciamento, en desprenderse de la personalidad original y autónoma, dueña siempre de reformarse pero no de descaracterizarse, para embeber y desvanecer el propio espíritu en el espíritu ajeno.

Me he detenido, tal vez con demasía, a recordar estas tendencias divergentes del sentido de la tradición y la raza, a fin de que aparezca el carácter de reacción que tienen sentimientos e ideas dominantes ya, y que suben con creciente impulso en la vida intelectual de la América Española. Diríase que del misterioso fondo sin conciencia donde se retraen y aguardan las cosas adormidas que parecen haber pasado para siempre en el alma de los hombres y los pueblos, se levantan, a un conjuro, las voces ancestrales, los reclamos de la tradición, los alardes del orgullo de linaje, y preludian y conciertan un canto de *alborada*. Muchos son los libros hispanoamericanos de estos últimos tiempos en que podrían señalarse las huellas de ese despertar de la conciencia de la raza; no vinculada ya a una escuela de estrecha conservación en lo político y de pensar cautivo y receloso, sino abierta a todos los anhelos de libertad y a todas las capacidades de adelanto; henchida de espíritu moderno, de amplitud humana, de simpatía universal; como gallarda manifestación característica de pueblos que aspiran a estampar su personalidad, diferenciada y constante, en la extensión continental cuya mitad ocupan y en el inmenso porvenir donde hallarán la plenitud de sus destinos, y que buscan para ello sentar el pie en el pasado histórico donde están las raíces de su ser y los blasones de su civilización heredada. Ni es sólo en una vaga idealidad como da muestra de sí este sentimiento. Cuestiones sociales y políticas se consideran por su incen-

tivo y a su luz; y así, en reciente y notable libro, *La restauración nacionalista*, Ricardo Rojas, argentino, refiere el problema de la educación a la necesidad de mantener los vínculos tradicionales, y lo estudia en la particularidad de la enseñanza de la historia, medio efficacísimo de simpatía y comunión en el culto de la patria.

Pues bien: *Idola Fori* se relaciona, en mi sentir, por su más íntima tendencia, con ese movimiento de *restauración*, si usamos la palabra del autor argentino, y es como la expresión generosa del sentido político que debe adquirir tal movimiento, manifestándose en el espíritu y la obra de los partidos liberales. Porque el mensaje que sus páginas llevan es mensaje de conciliación, de armonía, de evolución racional y orgánica, tan ajena de yertas inmovilidades como de vanos desasosiegos; de serenidad encumbra da sobre “los fanatismos de la tradición y los fanatismos de la revolución”; y quien quisiera reducir estas fórmulas a una, la hallaría en el mandamiento de enlazar los impulsos de reforma, que modelan lo porvenir, con el respecto del pasado, en su persistente unidad característica. Conjuraremos los ídolos del Foro; lograremos, según las palabras de Torres, “el equilibrio hermoso y estable que resulta de las mutuas concesiones de los asociados”, si cuidamos de adecuar las cosas nuevas que proponemos y adquirimos, a la realidad de nuestra vida y nuestra historia, edificando sobre el propio solar y sembrando en el propio terrón. Y así lo entiende y declara, en no pocos pasajes de su libro, el escritor lombiano. Contra el vulgar sentir de que la relación de lo pasado a lo presente es, por esencia, oposición y discordia, levanta, con Kidd, el principio de su solidaridad y continuidad indestructibles; y contra el concepto biológico que sólo ve en la evolución las desviaciones del tipo originario, reivindica, con Quintón, la ley de fijeza, constancia y unidad “que rige la intimidad del fenómeno vital, inmutable en su esencia, mudable en su estructura”. Realza la sagrada eternidad de la idea de la patria, como “vinculación ideal de tradición, sentimientos y aspiraciones”; y en el sintético y hermoso capítulo final *Hacia el futuro* encarece el valor del tesoro que aportan al presente “con sus acopios fisiológicos, la herencia; con sus acopios morales, la tradición”, representando la armonía perenne que integran las generaciones humanas por las tres mujeres que, en el bajorrelieve de Frémieux, tripulantes de la misma barca, mira la una con aire melancólico a



la playa que dejaron; sondea la otra, con impaciente anhelo, la opuesta lejanía, y rige la tercera, en medio de las dos, con firme y sereno pulso, los remos que las llevan adelante.

Otro de los rasgos fisonómicos del pensamiento hispanoamericano, en el momento presente, es la vigorosa manifestación del sentido idealista de la vida; la frecuente presencia, en lo que se piensa y escribe, de fines espirituales; el interés consagrado a la faz no material ni utilitaria de la civilización. Corresponde esta nota de nuestra vida mental al fondo común de sentimientos e ideas por que nuestro tiempo se caracteriza en el mundo. No cabe dudar de que las más interesantes, enérgicas y originales direcciones del espíritu contemporáneo, en su labor de verdad y de belleza, convergen dentro de un carácter de idealismo, que progresivamente se define y propaga. Así lo reconoce, en más de una ocasión, el escritor colombiano; ya refiriéndose, al empezar, a la "sutil esencia de idealismo" que se evapora del conjunto de la actividad filosófica y científica de nuestra época, ya finalizando con la afirmación de la existencia de un "renacimiento idealista" que aspira a producir una "superior conciencia de la humanidad", como resultado de una múltiple corriente de revaluación de valores intelectuales y morales.

Si retrocedemos a señalar el punto de donde esta universal revolución del pensamiento toma su impulso, en parte como reacción, en parte como ampliación, lo hallaremos en las postreras manifestaciones de la tendencia netamente positivista que ejerció el imperio de las ideas, desde que comenzaba hasta que se acercaba a su término la segunda mitad del pasado siglo. Expone Taine que cuando, en determinado momento de la historia, surge una "forma de espíritu original", esta forma produce encadenadamente y por su radical virtud, "una filosofía, una literatura, un arte, una ciencia", y agreguemos nosotros, una concepción de la vida práctica, una moral de hecho, una educación, una política. El positivismo del siglo XIX tuvo esa multiforme y sistemática reencarnación; y así como en el orden de la ciencia condujo a corroborar y extender el método experimental, y en literatura y arte llevó al realismo naturalista, así, en lo que respecta a la realidad política y social, tendió a entronizar el criterio utilitario, la subordinación de todo propósito y actividad al único o supremo objetivo del interés común. La oportunidad histórica con que tal "forma original de espíritu" se manifestaba, es evidente; ya en

el terreno de la pura filosofía, donde vino a abatir idealismos agotados y estériles; ya en el de la imaginación artística, a la cual libertó, después de la orgía de los románticos, de fantasmas y quimeras; ya, finalmente, en el de la práctica y la acción, a las que trajo un contacto más íntimo con la realidad, contribuyendo, por ejemplo, a vencer el espacio que en Francia separa la vana agitación de la segunda República, de la sabia firmeza del oportunismo republicano que llegaba al poder confesándose, por labios de Gambetta, "libre y desinteresado servidor del positivismo".

Es indudable, además, que si el espíritu positivista se saborea en las fuentes, en las cumbres, un Comte o un Spencer, un Taine o un Renán, la soberana calidad del pensamiento y la alteza constante del punto de mira infunden un sentimiento de estoica idealidad, exaltador, y en ningún caso depresivo, de las más nobles facultades y las más altas aspiraciones. Pero sin detenernos a considerar de qué manera y en qué grado pudo el positivismo degenerar o estrecharse en la conciencia europea, como teoría y como aplicación, y volviendo la mirada a nuestros pueblos, necesario es reconocer que aquella revolución de las ideas fué, por lo general, entre nosotros, tan pobremente interpretada en la doctrina como bastardeada en la práctica. El sentido idealista y generoso que comtianos como Lagarrigue infundieron en su predicación, más noblemente inspirada que bien comprendida y eficaz, no caracteriza la índole del positivismo que llegó a propagarse, y aun a divulgarse, en nuestra América. Fué éste un empirismo utilitarista de muy bajo vuelo y de muy mezquina capacidad, como hecho de molde para halagar, con su aparente claridad de ideas y con la limitación de sus alcances morales y sociales, las más estrechas propensiones del sentido común. Por lo que se refiere al conocimiento, se cifraba en una concepción supersticiosa de la ciencia empírica, como potestad infalible e inmutable, dominadora del misterio del mundo y de la esfinge de la conciencia, y con virtud para lograr todo bien y dicha a los hombres. En lo tocante a la acción y al gobierno de la vida, llevaba a una exclusiva consideración de los intereses materiales; a un concepto rebajado y mísero del destino humano; al menosprecio, o la falsa comprensión, de toda actividad desinteresada y libre; a la indiferencia por todo cuanto ultrapasara los límites de la finalidad inmediata que se resume en los términos de lo *práctico* y lo *útil*.

Estas dos nociones, tan interesantes y necesarias dentro del orden y trabazón de ideas en que se encuadra una voluntad bien regida, son ídolos groseros si se las observa campear, sueltas y emancipadas de todo principio superior, en la conciencia del vulgo. En general, nada debe temerse más que los efectos de la deformación de ciertas ideas arriesgadas y confundibles, o ya originariamente viciosas, cuando se apoderan de ellas la mediocridad de espíritu y la mediocridad de corazón, para disfrazar de conceptos capaces de sostenerse y propagarse a plena luz, las condiciones de su personal inferioridad. Esto, de que puede señalarse actualmente un ejemplo en la deplorable boga del egoísmo aristocrático de Nietzsche, convertido en patente de corso para la franca expansión de la desatinada soberbia de los necios y de la miseria de alma de los viles, pasó también con la difusión entusiástica de la idea de utilidad. Las medianías ineptas, por su pobreza de vida espiritual, para comprender aspiración más alta que las que circunscriben el interés positivo, acogieron con júbilo un criterio que interpretaban como la confirmación de que, allí donde nada veían ellas, nada existía sino vanidad; y creyendo predicar la filosofía que habían aprendido, predicaban la imitación de su propia naturaleza. Imaginaron que descubrían un mundo, y que este mundo era la tierra misma: el suelo firme y seguro de la realidad, de donde las generaciones anteriores habían vivido ausentes, y que era menester rehabilitar como habitación de los hombres. La energía interior, la *facultad dominante*, que para ello preconizaban, era un *sentido práctico* abstraído de toda noción ideal que lo refiriese, como instrumento o medio de hacer, a algún supremo término de desinterés, de justicia o de belleza; *sentido práctico* que orientándose, como el buen sentido de Sancho, en exclusiva persecución de lo útil, si alguna vez padecía quiebras y eclipses había de ser, como en el inmortal escudero, para desviarse en dirección de esos quijotismos de la utilidad que fingen ínsulas y tesoros donde el quijotismo de lo ideal finge Dulcineas, castillos y gigantes.

Relativamente a la peculiar situación de nuestros pueblos, estas tendencias encerraban peligros que no era bastante a compensar el efecto de saludable eliminación que, por otra parte, producirían (ya que no falta nunca alguna relación benéfica en lo fundamentalmente pernicioso) sobre idealismos quiméricos y sueños impotentes y vagos. Desde luego, toda obsesión utilitaris-

ta; todo desfallecimiento de las energías que mantienen el timón de la nave social en derechura a un objeto superior al interés del día que pasa, habían de ejercer tanto más fácil y avasallador influjo en el espíritu de democracias nuevas, donde la marea utilitaria no encontraría la resistencia de esas poderosas fuerzas de idealidad immanente que tienen fijadas, en los pueblos de civilización secular, la alta cultura científica y artística, la selección de clases dirigentes y la *nobleza* con que *obliga* la tradición. A esto hay que agregar, todavía, circunstancias de época. Comenzaba en estas sociedades el impulso de engrandecimiento material y económico, y como sugestión de él, la pasión de bienestar y riqueza, con su cortejo de frivolidad sensual y de cinismo epicúreo; la avidez de oro, que, llevando primero a la forzada aceleración del ritmo del trabajo, concluía en el disgusto del trabajo, como hartado lento prometedora, y lo substituía por la audacia de la especulación aventurera. Eran los años en que las líneas enérgicas y airovas de la tradicional personalidad colectiva empezaban a esfumarse, veladas por un cosmopolitismo incoloro, y en que, en medio de la confusión de todo orden de prestigios y valores sociales, se apresuraba la formación de una burguesía adinerada y colecticia, sin sentimiento patrio, ni delicadeza moral, ni altivez, ni gusto. El gran Sarmiento, que alcanzó en su titánica vejez el despuntar de esos tiempos, los llamó *la época cartaginesa*. En semejante disposición de las conciencias y las cosas, una corriente de ideas que ya llevaba en sí misma cierta penuria de energías enaltecedoras, no podía menos de empobrecerse y de extremarse en sentido utilitario y *terre á terre*; y no fué otro, en efecto, el carácter de nuestro positivismo.

Entretanto, generaciones nuevas llegaban. Educadas bajo el dominio de tales direcciones, se asomaban a avizorar fuera de ellas, con ese instinto que mueve a cada generación humana a separar de lo anterior y aceptado, alguna parte de sus ideas. Ponían el oído a las primeras vagas manifestaciones de una transformación del pensamiento en los pueblos maestros de la civilización; leían nuevos libros, y releían aquellos que habían dado fundamento a su criterio, para interpretarlos mejor y ver de ampliar su sentido y alcance. Hay en *Idola Fori* un capítulo donde se indican algunas de las fuentes de la transición que siguió a esto, comentándose el estudio que de la evolución de las ideas en la América Española, hizo, no ha mucho, Francisco García

Calderón, en trabajo digno de su firme y cultivado talento. La *lontananza* idealista y religiosa del positivismo de Renán; la sugestión inefable, de desinterés y simpatía, de la palabra de Guyau; el sentimiento *heroico* de Carlyle; el poderoso aliento de reconstrucción metafísica de Renouvier, Bergson y Boutroux; los gérmenes flotantes en las opuestas ráfagas de Tolstoi y de Nietzsche; y como superior complemento de estas influencias, y por acicate de ellas mismas, el renovado contacto con las viejas e inexhaustas fuentes de idealidad de la cultura clásica y cristiana, fueron estímulo para que convergiéramos a la orientación que hoy prevalece en el mundo. El positivismo, que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es ya la cúpula que la remata y corona; y así como, en la esfera de la especulación, reivindicamos, contra los muros insalvables de la indagación positivista, la permanencia indómita, la sublime terquedad del anhelo que excita a la criatura humana a encararse con lo fundamental del misterio que la envuelve, así, en la esfera de la vida y en el criterio de sus actividades, tendemos a restituir a las *ideas*, como norma y objeto de los humanos propósitos, muchos de los fueros de la soberanía que les arrebatara el desbordado empuje de la utilidad. Sólo que nuestro idealismo no se parece al idealismo de nuestros abuelos, los espiritualistas y románticos de 1830, los revolucionarios y utopistas de 1848. Se interpone, entre ambos caracteres de idealidad, el positivismo de nuestros padres. Ninguna enérgica dirección del pensamiento pasa sin dilatarse de algún modo dentro de aquella que la sustituye. La iniciación positivista dejó en nosotros, para lo especulativo como para lo de la práctica y la acción, su potente sentido de relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia e insistencia del espíritu crítico; la desconfianza para las afirmaciones absolutas; el respeto de las condiciones de tiempo y de lugar; la cuidadosa adaptación de los medios a los fines; el reconocimiento del valor del hecho mínimo y del esfuerzo lento y paciente en cualquier género de obra; el desdén de la intención ilusa, del arrebatado estéril, de la vana anticipación. Somos los neoidealistas, o procuramos ser, como el nauta que yendo, desplegadas las velas, mar adentro, tiene confiado el timón a brazos firmes, y muy a mano la carta de marear, y a su gente muy disciplinada y sobre aviso contra los engaños de la onda.

También por esa parte se enlaza el libro que me da pie para

estas observaciones, con la fisonomía general que la literatura de su índole presenta en la actualidad americana. Es el libro de un idealista, y es el libro de un hombre que sabe de la realidad por la cultura y por la acción. El consorcio fecundo del sentido de lo ideal y el de lo real luce en la armonía y madurez de esta obra y es de las excelencias de espíritu de su autor. No le abandonan un punto ni la inspiración de altas ideas ni el cuidado del modo como cabe arraigarlas en el polvo del mundo. Y asistido de ambas facultades, penetra a señalar en el carácter de la actividad política, principalmente tal como ella suele ser en nuestros pueblos, los *ídolos del Foro*, las supersticiones que persisten contra la sentencia de la razón o que se adelantan a su examen sereno.

¿Quién que alguna vez haya participado de esa actividad, en su habitual manifestación de los *partidos políticos*, no recuerda, si tiene alma un tanto levantada sobre el vulgo, las torturas de la adaptación; la resistencia de su personalidad a las uniformidades de la disciplina; aquella angustia intelectual que produce la imposibilidad de graduar y depurar las ideas en la expresión grosera de las fórmulas inteligibles para los más; las repugnancias del contacto forzoso con lo bajo, con lo torpe, con lo servil; la sensación vivísima de las profundas diferencias de sentir y pensar que cautelaba la unidad falaz de un programa y un nombre? . . . Y sin embargo, esas organizaciones colectivas, a las que no en vano se tiene por nervio de las democracias, son fatales necesidades de la acción. No pudiendo pensar en suprimirlas, aspiramos, en lo posible, a educarlas.

Denuncia Torres la sinrazón de los impulsos fanáticos y la vanidad de las convicciones absolutas; enseña cómo la constancia y unidad de una vida enderezada a un fin ideal puede avenirse con las racionales modificaciones de la inteligencia, y cómo los partidos, conformándose con esta misma ley de variedad, se readaptan y transforman, a menos de disolverse o desvirtuarse; protesta contra repulsivas glorificaciones del egoísmo y de la fuerza; discierne el genuino concepto de la democracia de los sofismas de la falsa igualdad; flagela la ilusión aciaga de la guerra civil como medio de arribar a algún orden; y con franco optimismo y fundada altivez, que yo aplaudo y comparto, sostiene que, fuera de las superioridades individuales de excepción, "el nivel medio intelectual y moral de la humanidad civilizada en nuestros jóvenes Estados no es, ni con mucho, inferior al de las viejas socie-

dades europeas". En todo esto muestra el autor de *Idola Fori* admirable acierto, penetración y equilibrio. Sólo me parece a mí que, al impugnar la superstición aristocrática, no reconoce todo su valor de oportunidad a la obra de instituir, en el alma de estos pueblos, el sentimiento de la autoridad vinculada a las legítimas aristocracias del espíritu, para la orientación y el gobierno de la conciencia colectiva. Yo entiendo que ésta no es tarea de mañana, sino de hoy; porque si en unas partes de América, el desenvolvimiento material, que es el carácter del presente y del inmediato porvenir, trae en sí los declives de una igualdad utilitaria contra la que urge reaccionar, en otras partes, y en las mismas quizá, urge desarraigar y sustituir tanto prestigio menguado y tanta vergonzosa autoridad como han recogido de botín, en los saqueos del desorden, la energía brutal, la medianía insolente o la caprichosa fortuna.

Atinadísima observación apunta el escritor colombiano en el capítulo *Corrientes políticas de la América Española*, cuando, al hablar de pasiones que subsisten sólo por el poder de la costumbre, encarece la necesidad de que fijemos el centro de las fuerzas políticas en el terreno de "los nuevos problemas que surgen, de las nuevas necesidades que apremian, de los nuevos peligros 'que amenazan", es decir: de aquellos motivos de atención que, en nuestras tierras y en nuestro tiempo, guardan correspondencia con la realidad. Los más funestos *ídolos del Foro* (si bajo este nombre comprendemos toda superstición política) no son los ídolos cuya falsedad es más patente porque consiste en grosera ilusión o bastardo interés, sino aquellos otros que se refieren a ideas y objetivos que alguna vez tuvieron real fundamento y oportunidad imperiosa, y que los conservan hoy mismo en ciertas partes, pero que en otras, donde se les mantiene, han perdido, por ya resueltos y logrados o por desviados del sentido que lleva el desenvolvimiento de la vida, toda razón de ser, lo que no es obstáculo para que una maquinal inercia o una galvanización artificiosa los represente con el carácter de lo actual, y motiven proselitismos, y susciten pasiones, y defrauden de esta manera energías que se sustraen a la aplicación eficiente y fecunda de los problemas de la realidad. Muchos podrían ser ejemplos; yo no citaré sino uno.

En algún pueblo hispanoamericano, la libertad y la tolerancia religiosas han culminado hasta un punto que, seguramente,

ningún otro pueblo supera, dentro de la civilización contemporánea; no sólo porque, en el terreno de la ley, ha tiempo que se han reivindicado ampliamente, y con arraigo incommovible, todas las libertades de ese orden que pueden ser objeto de limitación por la intolerancia o la parcialidad del Estado, sino porque en la sociedad, en las costumbres, en la vida doméstica, el sentimiento religioso no incide sino por raro caso en pasión perturbadora y fanática, y tiende a contenerse en su inviolable santuario de la conciencia individual. A pesar de ello, la sugestión de campañas anticlericales, que, en los pueblos de Europa de donde se las reflejaba, tenían acaso natural impulso en las peculiares condiciones de la realidad, fué bastante (y no escribo historia antigua) para traer al primer plano de la atención y el apasionamiento político un género de propaganda que estaba lejos de ocupar el mismo rango en el orden real de las necesidades sociales; retrocediéndose, sin ventaja visible, a la conmixción abominable y anacrónica de las más delicadas cuestiones de conciencia con las pasiones violentas de los bandos. Y apenas me parece necesario advertir que si abomino de esa conmixción, allí no la haga forzosa el desequilibrio de un régimen de intolerancia, sólo quiero negar la oportunidad del debate religioso en los estrechos límites de la vida política, en las disputas de la plaza pública; de ningún modo en el intercambio espiritual, en la verdadera comunicación del pensamiento, donde la controversia de esa índole responde a un perdurable interés humano y donde siempre será oportuno y siempre será noble propender, por los medios de la razón y de la simpatía, a emancipar las conciencias capaces de libertad, del yugo de los dogmas que tenemos por falsos y tiránicos.

Pero sería tarea interminable la de indicar todas las particularidades y todos los problemas de la vida actual de nuestros pueblos a que pueda tener aplicación el profundo sentido de esta obra, destinada, sin duda, a realizar la ya justa fama de su autor.

Por la índole de sus facultades y la orientación de sus tendencias, Carlos Arturo Torres es de los escritores hispanoamericanos que mejor responden a las necesidades actuales de nuestra sociedad y de nuestra cultura, en lo intelectual como en lo moral; de los que están en condiciones de hacer mayor bien con la pluma; de los que en más alto grado merecen ejercer *cura de*

*almas*. Es, además, de los que, por sus cualidades de forma y de gusto, y por la variedad y elección de sus lecturas, manifiestan una personalidad literaria más emancipada de las sugerencias caprichosas de la novedad. El equilibrio superior, la amplitud simpática y benévola, la alta y noble equidad de su pensamiento, enciñen un adecuado medio de expresión en la severa elegancia de un estilo inmune de toda vana retórica. Como escritor y como pensador tiene por carácter la selección desdeñosa del vulgar efecto; la elevada sinceridad, que, en el pensar, es justicia fundada sobre propia y personal reflexión, y en el escribir, es sencillez escogida. Y este espíritu tan encumbrado sobre la vulgaridad no participa de las limitaciones de caridad ideal que suelen venir juntas con las excelencias y ventajas de los espíritus de selección: el desprecio por la muchedumbre, la soberbia egoística, la tendencia al atesoramiento de la verdad como patrimonio de pocos. Siente la mayor obligación de amor humano que toda superioridad espiritual determina, y aspira a que la parte de verdad que no alcance a ser comprendida por los más, sirva, a lo menos, para aplicarse al bien de todos.

Hay libros de bien como hay hombres de bien. El libro de que hablo es uno de aquéllos. Y cuando a la viva voluntad del bien se une, en el hombre o en el libro, el sentimiento delicado y el superior discernimiento de él y la facultad de expresarle con las palabras de belleza y simpatía que le abren fácil paso en el corazón de los otros, entonces la superioridad moral adquiere sus más nobles complementos. *Idola Fori* ofrece ejemplo de esa cumplida superioridad. ¿De cuántos libros hispanoamericanos podrá decirse otro tanto?...

1910.

## LA GESTA DE LA FORMA <sup>1</sup>

¡Qué prodigiosa transformación la de las palabras, mansas, inertes, en el rebaño del estilo vulgar, cuando las convoca y las manda el genio del artista!... Desde el momento en que queréis hacer un arte, un arte plástico y musical, de la expresión, hundís en ella un acicate que subleva todos sus ímpetus rebeldes. La palabra, ser vivo y voluntarioso, os mira entonces desde los puntos de la pluma, que la muerde para sujetarla; disputa con vosotros, os obliga a que la afrontéis; tiene un alma y una fisonomía. Descubriéndolos en su rebelión todo su contenido íntimo, os impone a menudo que le devolváis la libertad que habéis querido arrebatarse, para que convoquéis a otra, que llega, huracán y esquiva, al yugo de acero. Y hay veces en que la pelea con esos monstruos minúsculos os exalta y fatiga como una desesperada contienda por la fortuna y el honor. Todas las voluptuosidades heroicas caben en esa lucha ignorada. Sentís alternativamente la embriaguez del vencedor, las ansias del medroso, la exaltación iracunda del herido. Comprendéis, ante la docilidad de una frase que cae subyugada a vuestros pies, el clamoreo salvaje del triunfo. Sabéis, cuando la forma apenas asida se os escapa, cómo es que la angustia del desfallecimiento invade el corazón. Vibra todo vuestro organismo, como la tierra estremecida por la fragorosa palpitación de la batalla. Como en el campo donde la lucha fué, quedan después las señales del fuego que ha pasado, en vuestra imaginación y vuestros nervios. Dejáis en las ennegrecidas páginas algo de vuestras entrañas y de vuestra vida. ¿Qué vale, al lado de esto, la contentadiza espontaneidad del que no opone a la afluencia de la frase incolora, inexpressiva, ninguna resistencia propia; ninguna altiva terquedad a la rebe-

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

lión de la palabra que se niega a dar de sí el alma y el color?... Porque la lucha del estilo no ha de confundirse con la pertinacia fría del retórico, que ajusta penosamente, en el mosaico de su corrección convencional, palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma. Eso sería comparar una partida de ajedrez con un combate en que corre la sangre y se disputa un imperio. La lucha del estilo es una epopeya que tiene por campo de acción nuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de nuestro ser. Los poemas de la guerra no os hablan de más soberbias energías, ni de más crueles encarnizamientos, ni, en la victoria, de más altos y divinos júbilos... ¡Oh *Iliada* formidable y hermosa; *Iliada* del corazón de los artistas, de cuyos ignorados combates nacen al mundo la alegría, el entusiasmo y la luz, como del heroísmo y la sangre de las epopeyas verdaderas! Alguna vez has debido ser escrita, para que, narrada por uno de los que te llevaron en sí mismos, durara en ti el testimonio de algunas de las más conmovedoras emociones humanas. Y tu Homero pudo ser Gustavo Flaubert.

1900.

EL RAT - PICK<sup>1</sup>

Una vez, en tiempo que, como todos los pasados, "fué mejor"; cuando estrenaba mis armas literarias, se requirió mi parecer en una encuesta relativa a si debía o no levantarse la prohibición de las corridas de toros. Pasaba yo entonces por esa crisis de *diletantismo*, desdén de la acción y de las ideas, ebrio del arte puro, que suele ser como el prurito de la dentición en los espíritus de naturaleza literaria (aunque en mí nunca caló muy hondo). Por aquel tiempo había descubierto a Gautier, y este sol me tenía deslumbrado. Con tales antecedentes, no será difícil comprender que hiciese, hasta cierto punto, la defensa de la pintoresca barbaridad, en nombre de la belleza, del color y de la originalidad característica de tradiciones y costumbres. No necesito decir que hoy mi respuesta sería otra.

Recordaba esto, pocos días ha, volviendo de satisfacer mi curiosidad en cuanto al espectáculo que, con el nombre de *rat-pick*, anuncian los carteles y que ya goza de cierta popularidad. ¿En qué consiste el *rat-pick*?

El *rat-pick* no es sino la caza de la rata por los grifos rateos que llaman *fox-terriers*. Esta caza da pretexto a un juego de *sport*. Frente a las gradas de los espectadores, un recuadro, cercado de madera, sirve de palenque. Tres *fox-terriers* aguardan encerrados en otras tantas casillas, cuyos colores distintivos corresponden a los de las boletas del juego. Ábrense las casillas simultáneamente con la trampa en que traen a la rata, la cual, despavorida, busca huir, mientras los perros se lanzan en competencia sobre ella: el que primero la atrapa es el ganador. Veces hay en que la rata se resiste y muerde; pero claro está que no llega el caso de que escape a las mandíbulas de sus perseguidores.

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

Pronto los canes, disputándose, arrancándose uno a otro, la truecan en piltrafas sangrientas: dase, con esto, por terminada una tanda, y a los breves minutos se entra a otra.

El *rat-pick*, como casi todo espectáculo de *sport*, es invención de ingleses y ocasión frecuentemente elegida entre ellos para despuntar el vicio de la apuesta, por la gente del vulgo y también por la ociosa juventud aristocrática. Excluiré, desde luego, de mi comentario, lo que se refiere a esta intervención del juego de azar; no sólo porque nos llevaría a moralidades muy triviales, sino porque confieso que no es la nota reprochable que más subleva mi espíritu en esta baja diversión. Mis soliloquios de espectador repugnado fueron de distinto género, y voy a ponerlos ahora por escrito. Razonemos acerca de las cosas pequeñas, puesto que no nos favorecen con su presencia las grandes.

Inútil me parece advertir que si ya va tiempo que me despedí del *dilettantismo* indiferente, dispuesto a perdonar y consagrar de lícita toda apariencia amable, no he renegado de la religión de la belleza, ni he dejado de comprender las inmunidades y exenciones que ésta regiamente instituye para los seres y las cosas que señala con su favor. Y en su relación con la moral, no sólo en los dominios del arte propenso a conceder a cuanto es bello una irresponsabilidad olímpica, sino que, dentro de la misma realidad y de la misma acción, concedo que allí donde lo bello es el fin o la forma de lo malo, lo malo no se cohonesto, pero sí se atenúa. Si esto es resabio de *dilettantismo*, yo me declaro impenitente. El sentimiento que nos dominaría ante la Bacante en furor, inspirada y bella, que desgarraba entre sus manos convulsas las entrañas crudas de las víctimas, no se confundirá jamás con el que experimentaríamos en presencia de un acto semejante realizado sin el encrespamiento orgiástico y de modo vulgar. La apariencia bella es hechizo que, aun en la contemplación de la maldad y del odio, brinda gratas mieles; como, en las representaciones plásticas o poéticas de la sensualidad, la belleza es la sal que evita la maloliente podredumbre y separa una página de Lucio o de Petronio del fangal de las vulgaridades obscenas. La perversidad pagana, que imaginó las crueldades del Coliseo, nunca olvidó revestirlas de belleza; y esta preocupación no falta, aunque depravada y retorcida, ni aun en las más atroces demencias de Nerón. Una pasión de lo bello, de lo magnífico y lo raro, que, como la que concurrió a inspirar las invenciones satánicas

del circo, pasa por encima de toda valla de moral y de todo instinto de humanidad y simpatía, para realizar su inaudito sueño de arte, es cosa que impone un asombro rayano de la admiración, y aun cierto sentimiento de respeto, como toda energía avasalladora y soberbia que corre arrebatada en dirección a un fin único. Las escenas que el *velárium* de púrpura cobijó en la pista enorme, enrojecida por oleadas de sangre: las hecatombes, los suplicios, las cacerías monstruosas, los encuentros de gladiadores, constituían un espectáculo perverso, pero no mezquino. Y cuando los seiscientos leones que Pompeyo echó una vez a la arena, hacían temblar, de un trueno espantable, los cimientos del circo, se comprende que este trueno tuviese fuerza para ensordecer la protesta del sentido moral.

Algo semejante cabe decir, guardando distancias, de algunos de los espectáculos de crueldad que todavía duran. Las corridas de toros son fiestas de brutal barbarie; pero el sentimiento artístico encuentra en ellas dónde detenerse. Prescindo de que exista un arte de torear, que tiene su técnica y sus entendidos. Quiero sólo ver en la lidia de toros la fiesta circense, el espectáculo de decoración grandiosa y ruda, pintoresca *epifanía* de un ambiente y de una imaginación y una sensibilidad colectivas; el espectáculo en que naturaleza y público entran por tanta parte como lo que ocurre en la arena; en que el prestigio fluye, en suma sinfónica, del sol y el cielo abierto; de los colores y marchas de la cuadrilla; de la alegre música y el clamor popular; del valor temerario, la agilidad y la destreza; de los ojos negros, las mantillas y las rosas; y acaso también de la relación *dionisiaca*, si recordamos a Nietzsche, entre el desborde de tanta sensualidad y tanta vida y el vaho embriagador de la sangre. Y digo que, para quien no tenga alma de cuáquero o anabaptista, esto encierra un interés estético, y que no hay que extrañar que, vencidas las primeras repugnancias, la sugestión del espectáculo llegue, si no a sobreponerse absolutamente al recto juicio, sí a producir una escisión de la personalidad, en que la conciencia moral, que reprueba, quede de una parte, y de la otra la imaginación fascinada se incorpore al himno triunfal, al coro estrepitoso y ardiente, que estalla, en música de Bizet, como la sangre que salta de la arteria rota: "*La voici, la voici la quadrille!*".

En las riñas de gallos no falta su migaja de estética, y ello se concibe con sólo recordar al gallardísimo animal, como mode-

lado plásticamente para el alarde y el combate. El aspecto armado y soberbio; la reluciente pluma; el ojo centelleante; la cola que se alza en arco pomposo; la pata toda nervio con que dar empuje al espolón, y en la altanera cabeza la roja insignia heráldica, vuelta más roja por la ira: todo esto compone un admirable conjunto, al que la actividad del combate agrega, en actitudes, ímpetus y acometimientos, un arte gladiatorio capaz de interesar a la mirada que atesora belleza. Cuando Temístocles, en vísperas de batalla, quiere excitar la bravura de la juventud, en aquel mundo donde el sentido de la belleza plástica no se apartó jamás de ninguna manera de pensamiento o acción, la imagen que pone ante sus ojos es la del gallo de pelea, apercebido y vibrante.

En cambio, este abominable *rat-pick* no se ilumina con el más tenue rayo de gracia o hermosura. En tan bajo espectáculo, todo es feo, todo es desagradable, todo es ruin. Fea es la víctima, feo el victimario, feo el aspecto de la lucha, o más exactamente, de la caza. Y la inferioridad estética no está compensada por ninguna ventaja de orden moral. En las lidias de toros no es posible negar que la barbarie tiene cierta atenuación de nobleza, que consiste en la exposición que el hombre hace de su vida. Cualquiera que sean la vulgaridad y el insufrible amaneramiento del lidiador de toros, considerado fuera de la arena, como *arquetipo* chulesco, como modelo que polariza, con sugerencias de gustos y costumbres, la admiración popular, es indudable que el desafío oficioso del peliero, la voluntaria vecindad con la muerte, reflejan sobre él alguna luz de simpatía, cierto prestigio marcial, cierta elegancia heroica, que en antiguos tiempos tentó a que se probasen en el hoy plebeyo ejercicio los brazos más capaces de sublimes empresas, desde Rodrigo de Vivar, si hemos de creer a la fama, hasta el propio César Carlos V. Y con un poco de imaginación, cabe percibir en el arte del toreo un valor significativo o representativo de ese triunfo de la destreza humana sobre la fuerza bestial, que inspira, cuando el despertar de las energías y potencias del hombre, las leyendas de las victorias de Heracles sobre el jabalín de Erimanto y el león de Nemea. En las riñas de gallos el hombre es pasivo espectador, sanguinario a mansalva, y esto contribuye a envilecerlas; pero, cuando menos, la competencia se entabla allí entre fuerzas proporcionadas por naturaleza y por ley del juego. Al espolón se opone el espolón; al pico, el pico; y el mismo interés venal del deporte interviene

para que, antes de la riña, se comparen cuidadosamente las fuerzas de los combatientes y se depure, en lo posible, la decisiva superioridad de mérito o fortuna.

Pero en la lucha entre los dientes ratoniles y la mandíbula del *fox-terrier*, la víctima está indicada de antemano. Es la inmolación del débil por el fuerte; del condenado, por el verdugo; es decir: lo más antipático que cabe como objetivo del sentido moral. Y quien arguya que en este caso el débil es una alimaña repulsiva y dañosa, demostrará no darse cuenta del carácter de la inmoralidad, la cual procede, no del exterminio en sí mismo, que puede ser necesario o útil, sino del exterminio abstraído de la utilidad y convertido en juego; de la indignidad del goce que se obtiene en la contemplación del exterminio. Aun ateniéndonos a la pura consideración de gusto con que nos autorizamos a tildar de repulsiva a la rata, más repulsivo y de perverso gusto es el espectáculo de su sacrificio. Por lo demás, en esto de distribuir repugnancias y reprobaciones entre los seres que tripulan, junto con nuestra aristocrática especie, la nave del mundo, ha de andarse con tiento. La víbora, que nos repugna, era el animal mimado de Goethe; el escarabajo pelotero tuvo en Egipto adoradores; las orejas de asno fueron, durante siglos, en Oriente, el venerando emblema de la sabiduría...

Hay una forma o especie de la imaginación creadora, que bien merecería ser estudiada por Ribot, y mejor aún, por quien reuniese la potencia analítica y los cálidos colores de un Taine. Es la imaginación aguijoneada e inspirada por el sentimiento de crueldad, para desarrollar la fuerza inventiva que crea castigos, suplicios, máquinas de tormento y de muerte, y también juegos, fiestas y deportes en que el dolor ajeno es motivo de deleite. ¡Qué interesante historia sería ésta! Cuando se piensa que en la Roma de los Antoninos, dentro de uno de los más espléndidos florecimientos de la cultura de espíritu y las ideas liberales que presenta la historia de la humanidad, la arena del circo se teñía, ante un concurso en gran parte aristocrático, con la sangre de los gladiadores y las fieras, y por fin del espectáculo, algunos de los espectadores, para mostrar su *archicorazón*, como diría Gracián, solían bajar a la arena, y metían la mano en las heridas de las víctimas, y les arrancaban las entrañas palpitantes, no puede menos de conceder el más optimista que las exterioridades de benevolencia y pulcritud con que la civilización decora la naturaleza



del hombre, son una corteza muy liviana, y que por bajo de ellas, pronta a incorporarse al más leve rasguño, la fiera duerme o dormita... ¿La fiera? No. ¿Por qué hemos de calumniar a las fieras? Esto de la crueldad como espectáculo, como deleite inútil, como "finalidad sin fin", según la célebre fórmula del arte, es privilegio humano; y toca a la materna Roma el triste honor de haberlo asimilado a las costumbres y embellecido con las pompas de la civilización, comunicando a la maldad un carácter de *diletantismo* que no tuvo en los más sangrientos delirios del Oriente. El animal es cruel. La fatalidad universal de la lucha no admite exención ni tregua, y la eterna dualidad de la víctima y el victimario se manifiesta en la naturaleza con rigores a menudo atroces; por más que sea justo agregar que la observación humana se ha detenido hasta ahora, casi exclusivamente, en este aspecto de las relaciones entre los seres vivos, y no en los rasgos de mutua cooperación y mutuo auxilio entre aquellos seres: rasgos que atenúan la crudeza de la guerra natural con toques de piedad y simpatía. Pero en las mayores crueldades de la bestia el acicate es la necesidad individual, o bien el estímulo de las necesidades de la especie, cuya sugestión se acumula y asienta en odios insintivos. Cuanto puede acontecer de más es que, en el ejercicio de la caza de que se alimenta, el animal, a quien la obtención de su presa cuesta menos gasto de energías que las que es capaz de desplegar, emplee el exceso dinámico en prolongar y complicar la caza como diversión o juego, ocasionando así la angustia y padecimiento de la víctima.

De observación común es el juego del gato, cuando, ya atrapado el ratón, lo revuelve mañosamente entre las uñas, y le concede escapatorias precarias y fugaces alientos, solazándose en atraparlo cien veces antes de comérselo. Pero si el animal llega a cultivar la crueldad como activo juego, no llega, como el hombre, a hacer de ella objeto de contemplación morosa, objeto de ese juego inactivo o contemplativo que denominamos *espectáculo*. Esta maldad pasiva y cobarde, esta maldad de contemplación, es, lo repito, propia del fuero humano. Acaso tan innoble placer germina ya en emociones que aparentemente se confunden con las que proporciona el arte, como las que el vulgo incapaz de poesía experimenta en la lectura de truculentos novelones y crónicas de criminalidad. Cuando se ha dicho que entre el placer del espectador de una tragedia y el del criminal por temperamento, en el

instante de ensangrentarse con su crimen, no hay más que diferencia de grado, se ha dicho verdad, pero a condición de que en el ánimo del espectador no asista el sentimiento de lo bello, que todo lo purifica y ennoblece. Siendo axiomático en psicología que toda imagen trae consigo una fuerza elemental de ejecución, un cierto impulso a realizarse, se sigue que, si apartamos de las imágenes del crimen y la sangre el timón con que las guía, al través de nuestra sensibilidad, la emoción realmente artística, desviándolas de toda innoble excitación —a la manera como, conducido por el pararrayos, el flúido eléctrico atraviesa sin peligro la pólvora—, aquellas representaciones tenderán a ejercer un influjo desmoralizador; por lo menos, cuando no las inhiben la natural delicadeza de alma y la cultura de que el vulgo carece. Y si el conjuro de la ficción teatral y de la simple lectura es suficiente para provocar, en las almas no muy desbastadas, el hormigueo de la afición sanguinaria, ¿cuánto más no lo serán aquellos espectáculos en que la muerte no se representa, sino que se consuma de verdad? . . . Cuando la penúltima exposición de París, en uno de los simulacros de lidias taurinas que se realizaban, con toros y *diestros* verdaderos, llegada la ocasión en que el *espada* señalaba la acción de matar, se vió que doña Isabel II salía a la barandilla de su palco para gritarle, ardiendo de impaciencia: "¡Mátalo, mátalo!" Y "¡mátalo!" coreó la alborotada muchedumbre, y el lidiador no se hizo de rogar, y las cañas se volvieron lanzas, a despecho de la ley Grammont y de las conveniencias de la oportunidad y del ambiente. No es dudoso que hay en estas cosas una manifestación degenerada de ese extraño placer de la crueldad, de esa terrible sensualidad del derramamiento de sangre o del sufrimiento impuesto a otro, que nos repugna en las demencias feroces de las degollaciones de vencidos, en el frenesí de los tiranos sanguinarios, en el encarnizamiento de los capataces de esclavos y de los carreteros y arrieros, y que monstruosamente se complica con la misma voluptuosidad de amor, en aquellas perversiones del instinto genésico a que el marqués de Sade vincula su cantaridada memoria. Y después de todo, entre estos impulsos de excitación brutal, pero venida del fondo inconsciente e irrefrenable de la sensibilidad, y la frialdad repugnante de los que, en los circos de gallos, ya terminada la riña, traban nuevas apuestas, según he oído referir, sobre el número de convulsiones que tendrá el gallo moribundo antes de rendir el último aliento, me quedo

cien y cien veces con aquellas palpitaciones de franca y viril ferocidad. He hablado con quien, en los combates de gallos, confesaba participar de la excitación, de la calentura de la pelea, hasta el punto de retirarse ebrio y extenuado y de atribuir a la frecuencia de este linaje de emociones el origen de un mal cardíaco. Lo comprendo. Sin perjuicio de comprender también que hubiese quien, con un látigo en la mano, llegase a las gradas del refugio o a la *mosquetería* del *rat-pick*, y atropellase, azotase y desparramase a latigazos al concurso que goza de su día o su noche de honesta diversión. Esto sería quijotesco, admirablemente quijotesco; y no tengo duda de que, presenciando Don Quijote escena tal como la de los últimos pasos de una riña, cuando el gallo vencido clava el pico y el vencedor, con gran complacencia de la muchedumbre, se obstina en humillarlo y rematarlo, él, que desbarató los títeres de Maese Pedro por socorrer a Don Gaiferos, promovería la más sonada y ejemplar de las suyas. ¿Por qué el Maestro de la buena locura no hará de vez en cuando alguna providencial aparición en nuestro mundo de gentes cuerdas y chiquitas?...

Por lo que toca a las relaciones con el irracional, bien puede decirse que la torpeza y la crueldad humanas son cosa más característica de la civilización y la cultura que del estado de naturaleza. Es posible que, según aquel verso de Ovidio parafraseado por Montaigne en su capítulo "De la crueldad", la primera hoja de hierro que salió forjada de mano de los hombres haya servido para teñirse en la sangre de la bestia; pero, sin embargo de ello, en el hombre aun no apartado de las sugerencias leales del instinto, el reconocimiento de su vinculación fraternal con los seres vivos que halló a su lado al despertar del sueño misterioso que precede a la vida, ha debido imponerse por sobre la fiereza de su condición; y la idea o el sentimiento de ese vínculo se manifiesta, efectivamente, en hechos tales como las zoolatrías, la creencia en las metamorfosis y transmigraciones, el vegetarianismo de que hay huella en los Vedas, y la efusión de piedad por los sufrimientos de los animales, de que aun dura testimonio en el célebre hospital de Surata. Si, por una parte, la necesidad de la caza, o de la inmolación del animal domesticado, y por la otra, los artificios de la vida de civilización, que aleja al hombre del seno de la naturaleza, han podido relajar aquel lazo de hermandad, la civilización, en su más alto punto, por obra del conocimiento cientí-

fico, lo restablece, teóricamente por lo menos; y en esto, como en otras muchas cosas, las conclusiones de la sabiduría vienen en confirmación de los vislumbres del primitivo candor. La investigación científica, reduciendo considerablemente la distancia que el orgullo humano imaginara entre nuestra especie y las inferiores; patentizando entre una y otras las similitudes de organización y el parentesco probable, tiende a rehabilitar aquellas simpatías, nacidas del natural instinto, por cuanto ofrece, como ellas, fundamento para la piedad y compasión respecto de seres que reconocemos dotados de todas las capacidades elementales de nuestra sensibilidad, muy ajenos del automatismo sin alma que en un tiempo se atribuía al animal, identificado casi por los cartesianos con los muñecos de resorte.

En esta parte del mundo hay razón para conceder a las cosas de que conversamos especial interés. Como descendientes de pastores, y pastores hoy mismo, adaptados a la labor cruenta en que la bestia perece, nuestra sensibilidad para con el irracional está embotada por la herencia y la costumbre. Cuando las invasiones inglesas, un viajero europeo hacía resaltar, en página que se transcribe en la *Historia de Belgrano*, el contraste entre la lenidad con que el criollo de Buenos Aires trataba a sus esclavos, y la crueldad de que hacía gala con el animal. Es la huella de la ferocidad del *matadero*; el sedimento de los usos brutales que fomenta esta industria de impiedad y matanza, a diferencia de los suaves hábitos que maduran, con la dorada mies y el dulce fruto, en la vida del agricultor.

No en balde aquel manso y sedentario pueblo de Egipto, donde el respeto por el animal llegó a los extremos de la superstición zoolátrica, profesaba a los ganaderos y pastores el odio que conocieron duramente las espaldas del israelita. De las faenas pastoriles vino Rozas a la ciudad, y es circunstancia de que supo sacar razones el autor del *Facundo*. La puñalada que parte la garganta de la res se transporta al *modus operandi* de la "Mazorca"; y los excesos de la guerra civil, que han alimentado las leyendas trágicas de medio siglo, se iluminan de un relámpago, revelador cuando consideramos, en una *estancia* al uso antiguo, los procedimientos, los hábitos y el ambiente afectivo que ellos crean. El valor de estas relaciones sólo será dudoso para el que ignore que el pueblo, como el niño, son sonámbulos naturales, en cuanto a

su docilidad para la sugestión que, mediante un acto imitado y repetido, funda la ciega fatalidad de la costumbre.

En suma: la prohibición que pesa sobre las riñas de gallos y las lidias de toros, no hay razón para que no se extienda a este repulsivo deporte del *rat-pick*, que a todas las condiciones de inmoralidad propias de aquellos espectáculos, une su inferioridad estética, su exhibición de lo feo; la cual no deja de ser, si se desmenuzan las cosas, otro género de inmoralidad. Por mucho que teóricamente y como ideal propendamos a un libérrimo individualismo, sería insensato que en la práctica quitásemos de manos del Estado estos resortes de higiene moral, que, como las demás aplicaciones de su atribución educadora, se justifican e imponen doblemente en pueblos nuevos, necesitados de consolidar sus cimientos de civilización. Tratándose de sociedades tales, las insignias de la autoridad han de tener mucho de la férula del magisterio; y bien lo conoció y aplicó aquel enorme argentino que después de haber empuñado en su mocedad la palmeta del maestro de párvulos, supo hacer —maestro de muchedumbres— de su bastón presidencial algo así como una palmeta hercúlea y gloriosa. Y este magisterio, lo mismo comprende la faz afirmativa de fomentar lo que educa, lo que civiliza, lo que dignifica la sensibilidad y forma el gusto, que la faz negativa de proscribir o dificultar lo que embrutece, desmoraliza y deprava.

1907.

## LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA <sup>1</sup>

Uno de los intentos meritorios en que podrían probarse el desinterés y la abnegación de un espíritu de alta cultura literaria, sería el de escribir, para los estudiantes, un texto elemental de teoría de la literatura. Extiendo la observación a todos los idiomas, a todos los pueblos cultos, hasta donde yo alcanzo a saber de ellos: en parte alguna ese humilde libro que sueño se ha hecho tal como lo imagino y como sólo podría realizarlo quien, teniendo el criterio, el sentimiento y el gusto de un verdadero entendedor de la belleza literaria, tuviese al propio tiempo la vocación *evangélica* de hacer a las almas nuevas e ignorantes esa obra de misericordia que consiste en abrir los ojos ajenos a la luz de lo bello. Y no en vano he hablado del desinterés y abnegación que tal empresa importaría, a lo menos en cuanto a la ambición de nombre y fama. No sólo la producción de obras didácticas se considera; en general, tarea subalterna y adaptada a un mero fin de utilidad, sino que suele ocurrir que el género de popularidad que alcanza el autor de ellas por el hecho de que su libro corra, año tras año, en manos de preceptores y estudiantes, tiende a sobreponerse a la reputación que merece por obras más altas y fundamentales, cuando, además de un autor didáctico, hay en él un verdadero hombre de ciencia o un verdadero escritor. El concepto común que se tiene formado en América de Víctor Duruy es el de juzgarle un meritorio ordenador de textos de historia para los párvulos de las escuelas y los jóvenes de los liceos. La fama de su obra de investigador y crítico de la historia, permanece ensordecida por el estrépito de su formidable popularidad escolar, y alguna vez me ha pasado que se me objetase la autoridad de un juicio de Duruy con la displicencia irónica que provocaría la

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

apelación a una cita de los beneméritos compendios de Drioux.

Tratándose de textos de literatura, la *diminutio capitis* que, en el criterio vulgar, apareja el oficio de autor didáctico, se manifiesta aún más patentemente. El nombre de cualquier preceptista de retórica suscita, por inevitable asociación, en nuestro espíritu, la figura de don Hermógenes, o por lo menos, la figura de Hermosilla... Esta particular prevención tiene su fundamento, y es que no existe género de obras didácticas donde la pobreza, la insipidez, la frialdad, la inmovilidad rutinaria, que suelen desvalorizar los libros de esa índole, aparezcan con tan desconsoladora plenitud como en los textos de retórica y teoría de la literatura.

Hay en esto uno de los casos más curiosos que puedan señalarse de la inercia de ideas y costumbres que, proscriptas de todas partes donde circulan libremente el aire y el sol, permanecen adheridas, sin embargo, a ciertos rincones de la vida intelectual o social, de donde nadie se cuida de desterrarlas. Para los tratadistas de retórica, el arte literario no se ha modificado esencialmente desde Boileau, Luzán y La Harpe. Cederán, no lo dudo, a la influencia de una crítica menos estrecha y mezquina, en muchos juicios, en muchas particularidades; pero, en general, el tipo de literatura de que nos hablan es el que prevalecía hace más de un siglo (y que ya entonces era convencional y artificioso), y tiene muy pocas correspondencias con la literatura que cultivamos y sentimos. El escritor vive en un mundo; el retórico vive en otro distinto. El escritor aprende, se rectifica, se transforma. El retórico es impenetrable e inmutable. Víctor Hugo se jactaba, en algún verso de *Las Contemplaciones*, de haber puesto al diccionario de la lengua francesa el gorro frigio. Nadie puede jactarse de haber puesto a un tratado de retórica, no ya el gorro simbólico de la libertad, pero nada que sustituya al bonete del dómene.

Ningún retórico se ha detenido a pensar, por ejemplo, que, variando la importancia relativa de los géneros literarios según las condiciones de las diferentes épocas, caducando o decayendo unos, suscitándose o realizándose otros, las clasificaciones de las retóricas clásicas deben ser revisadas y adaptadas al orden de la realidad literaria actual. Graduará el retórico la importancia de cada género, no por lo que representa para nuestro espíritu, sino por el lugar que tiene en la "Poética" aristotélica o en la "Epístola a los Pisones".

La epopeya es un género muerto, a lo menos en su forma

clásica; las actuales condiciones de la sociedad lo repudian; nadie lo cultiva; nadie puede soñar en cultivarlo...; pero el retórico consagrará largas y nutridas páginas a estudiar la construcción orgánica de la epopeya, el desenvolvimiento de su acción, los caracteres de sus personajes, las condiciones de su estilo y de su forma métrica, como si en todo esto pudiera haber algo más que un interés de erudición o de arqueología literaria. La épica inexhausta y proteiforme de nuestro tiempo es la novela, orbe maravilloso donde caben todo el infinito de la imaginación y todo el infinito de la realidad, con su abreviada imagen: el cuento, que es una novela menor, más alada, más leve, más primorosa...; pero para el retórico la novela y el cuento seguirán siendo especies secundarias, porque lo son dentro de la jerarquía que tiene por tipo supremo a la epopeya; y para legislar sobre aquellas dos especies prescindirá, o poco menos, de la experiencia inagotable en originalidades y rectificaciones, que ofrecen la evolución romántica y la evolución naturalista, aun sin contar las tendencias que han venido después.

La magnífica explosión de subjetivismo poético, que es uno de los grandes caracteres literarios de la pasada centuria, desde Leopardi y Musset hasta Verlaine, ha dado a la lírica una extensión y una variedad que nunca tuvo, en formas y en sentimientos, y las clasificaciones de la lírica clásica resultan notoriamente mezquinas para encauzar esa caudalósima corriente; pero el retórico no ensayará una clasificación nueva y tan fiel como lo consienta la multiplicidad incoercible de las modificaciones líricas, sino que se atenderá a las divisiones que bastaron para la homogeneidad y sencillez de la lírica del Renacimiento o del siglo XVIII, y nos hablará de la oda, de la anacróntica y del madrigal como de formas típicas y florecientes todavía. El convencionalismo pastoril y bucólico está tan muerto y sepultado como las novelas de caballería; pero para el retórico existe, sólo porque alguna vez existió. En cambio, en esas dilatadas fronteras de la ciencia y el arte, donde se entrelazan de mil modos distintos verdad y belleza, el pensamiento moderno ha suscitado riquísimos modelos de obras *intermedias*, singularmente adecuadas a nuestro gusto y a nuestras necesidades espirituales; obras que, como las de Quinet, como las de Guyau, como los *Diálogos* de Renán, como cien otras, anticipan acaso las formas que tendrán preferencia en la literatura del porvenir...; pero el retórico no se

sentirá tentado a penetrar en este campo inmenso y florentísimo, y se excusará de ello señalando el obscuro rincón que dedicará en su tratado a hablar de las obras *didácticas* y *doctrinales* concebidas a la antigua manera.

Abatir esa armazón vetusta de clasificaciones y jerarquías; probar a distribuir el variadísimo contenido de la actividad literaria propia de la civilización y la cultura modernas, según un orden fundado en las formas que realmente viven y en la subordinación que les señala su grado de importancia actual, su mayor o menor adaptación a las condiciones de nuestro espíritu y de nuestro medio; podar la parte convencional y estrechamente *retórica* de la preceptiva, y vigorizar la que reposa sobre alguno de los dos seguros fundamentos de la ciencia estética y de la historia de las literaturas; adaptar a la exposición didáctica los principales resultados y adquisiciones de esa labor inmensa y prolija que la crítica del pasado siglo ha realizado en el estudio de la obra literaria y de sus vinculaciones con el ambiente social y físico en que se produce: tales serían los lineamientos generales de un texto de teoría literaria que hablase al estudiante, no, como los textos actuales, del concepto clásico de las letras, sino del tipo de literatura que el natural desenvolvimiento de la vida ha modelado para nosotros.

Pero inútil parece añadir que todo eso no constituiría sino el molde o el esqueleto de la obra; porque siendo, tal como yo la concibo, libro de verdadera *iniciación* literaria: libro, no sólo de *instrucción*, sino también de *educación* de la sensibilidad estética y del gusto, habría que infundir en él el *espíritu*, vale decir: la virtud sugestiva, el donde de interesar, la simpatía pedagógica; y cuando así fuese realizado, su campo de acción podría traspasar los límites de la cátedra y servir de lectura popular que difundiese la buena nueva de lo bello y preparase el espíritu de la generalidad para recibir la influencia civilizadora y dignificadora de las buenas letras.

Agregaré que la perfecta realización de tal obra implicaría la de otras dos que la complementasen: una "Antología" compuesta con objeto y plan esencialmente didácticos y ajustada al ordenado desenvolvimiento del libro de teoría, para corroborarlo con la eficacia irremplazable de los ejemplos; y un texto de historia literaria, parco en nombres y en juicios bibliográficos, y en el que se atendiese debidamente a la relación de la actividad litera-

ria con los caracteres de raza, de país, de sociabilidad, de instituciones, que concurren a imprimir el sello en la literatura de cada nación y cada época.

Pero tratar de esas obras complementarias excede del propósito de este artículo. Sólo he querido en él indicar una vez más la deplorable insuficiencia y *petrificación* de los textos usuales de literatura, y apuntar ligeramente la idea de ese libro humilde y benéfico con que sueño y que se escribirá cuando alguno de los que son capaces de escribirlo tenga la abnegación de quererlo escribir.

1909.

## GARIBALDI <sup>1</sup>

*Prólogo a la obra "La Bandera de San Antonio", de don Héctor Vollo.*

Un trabajo de investigación sobre la autenticidad de una reliquia histórica: reliquia de una historia que parece un mito; de un hombre que parece un numen . . .

¿Para contribuir, acaso, a reducir la leyenda a los términos de la realidad? ¿Para quitar a aquélla alguna parte de su hechizo? ¿Es la obra implacable del análisis que reivindica los fueros de la razón, pasado el poder fascinador de la leyenda?

No; la crítica que se hace en estas páginas se concreta a la realidad del objeto material. La substancia del glorioso episodio queda intacta.

Intacta e incommovible, la leyenda garibaldina, en la que está engarzado, como una piedra fulgurante, ese episodio, desafía los embates de la negación y de la duda. Afortunado caso, en que la investigación, trocando su oficioso papel propició al desencanto, no hace sino confirmar y acrisolar las maravillas de la realidad, transfigurada esta vez, no por resplandores ajenos, sino por su luz propia e infusa.

Cuando el héroe legendario, dominador de la imaginación popular, se pierde en la esfumada vaguedad de remotos tiempos, este maligno crítico que se complace, dentro de cada uno de nosotros, en destejer la tela de nuestra fe y nuestro entusiasmo, nos argumenta con la idealización de la realidad en la mente candorosa del pueblo; con la obra lenta e instintiva que libra al personaje real de las escorias de lo insignificante y de las sombras de lo impuro, y lo levanta a la esfera de lo ideal y semidivino,

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

como en las alas que nacen con la transfiguración de la larva en mariposa. De esta manera, el Cid de la leyenda se convierte, por la impiedad del análisis, en el caudillo que lidiaba por su yantar; quizá cruel y perjuro; quizá aliado alternativamente de moros y cristianos. Aquiles, el de los pies ligeros, no es sino el reyezuelo semibárbaro que arrastra el cadáver del vencido Héctor e injuria soezmente a Agamenón. Guillermo Tell tal vez no existió nunca.

Pero en el héroe de la Italia nueva la legendaria realidad triunfa de la contradicción por su proximidad en el tiempo y por la lucidez de una vida franqueada, del uno al otro extremo, a las miradas pertinaces.

Es la verdad y es la leyenda, que concurren en un mismo punto; es la leyenda que aparece delante de nosotros, viva, contando la realidad como un claro que se abre entre dos rocas, en la travesía de la montaña, sobre el cielo luminoso e inmenso; es la alucinación dotada de la consistencia del bronce, del latido y el calor de las entrañas humanas, verificable por la experiencia de todos, a plena luz del mediodía.

¡Admirable leyenda real! Una de las últimas y más radiantes apariciones de *lo heroico* en la historia. Nos asombra aún más, en el tiempo en que vivimos, por lo que se aparta y disuena de las condiciones de la realidad circunstante. El pasado siglo, que empezó entre los fuegos de la epopeya napoleónica, es rico de esos formidables nombres en que Carlyle y Émerson cifraron su filosofía de la historia. El nuestro empieza como en un vago estupor, como en una fría reserva; apáganse los luminaires que orientaron la marcha de otras generaciones, y no se ve encenderse los que los sustituyan. ¿Estará cercano el día en que podamos decir con más exactitud que Rémusat: "Nuestro tiempo carece de grandes hombres"? ...

Así como sobre la tumba de Hugo pudo inscribirse: "Aquí yace el último Poeta", si este nombre de *poeta* ha de tomarse en sentido homérico o dantesco: de algo hierofántico, épico, secular, así sobre la tumba del libertador de Italia yo inscribiría: "Aquí yace el último Héroe". Pero entiéndase la acepción que yo doy a tal palabra. Mi concepto del *Héroe* no se identifica con el de hombre superior por su voluntad y su brazo; no porque exprese siempre, dentro de este género, una mayor intensidad y grandeza, sino en razón de una *calidad* distinta. El *Héroe* es, para mí, el *iluminado* de la acción. La acción heroica es la que toma su im-

pulso en aquellos abismos insondables del alma, de donde vinieron el demonio de Sócrates, la convulsión de la sibila, la visión del extático; en donde se engendra todo lo que obra de un modo superior a la razón: la palabra que avasalla, el gesto que electriza, el golpe que abate o levanta por instantánea y portentosa fuerza. Bolívar es *Héroe*; San Martín no es *Héroe*. San Martín es grande hombre, gran soldado, gran capitán, ilustre y hermosísima figura. Pero no es *Héroe*. Falta para que lo sea, a su alrededor, la aureola deslumbradora, el relámpago, la vibración magnética, el misterioso soplo que, ya se le tome en sentido sobrenatural, ya en sentido puramente humano, pero instintivo e inconsciente, es, de todas maneras, algo que viene de lo *desconocido*.

Garibaldi: tipo de héroes; personificación, la más cumplida y fiel, del *quid* heroico.

Después que pasa nuestro entusiasmo de los quince años por las *teatralidades* de la acción y las garrulerías de la libertad vociferante y callejera, ¡cuántos ídolos de barro vemos caer de los altares de nuestra devoción! ¡cuántas glorias efímeras pierden la fuerza con que nos atrajeron y el brillo con que nos deslumbraron! La solidez del fondo heroico se reconoce en que el hechizo del héroe y su leyenda sobreviva, fuera de nosotros, a los acontecimientos en cuya esfera se circunscribieron; y dentro de nosotros, a la obra del tiempo, que nos alivia el alma de ese sobrante de entusiasmo que, no encontrando objeto propio, lo crea fuera de la realidad: el tiempo, que nos enseña a separar el oro de la alquimia. Así, si dejáis a la intemperie la imagen vestida de trapos de colores y ornada de abalorios, pronto el viento y la lluvia la desnudarán, y bajo las galas destrozadas descubrirán un pedazo de madera. Pero la estatua de desnudo y firme mármol mantiene imperturbable, al aire libre, su gesto augusto; el sol la bruñe, el agua del cielo la lava, y después de cada tempestad la estatua aparece más resplandeciente y más hermosa.

Tal pasa con la épica figura del más universal de los modernos héroes. A pesar del abuso de su efigie y de su nombre en litografías coloreadas y en invocaciones liberalescas a lo Homais, entero y fascinante dura su prestigio. Yo lo comparo con la virtud de esa sublime "Marsellesa", que, profanada de mil maneras por la vulgaridad, torturada en las músicas de los festejos, humillada en el cieno de las calles, guarda intacta la frescura de su estu-penda melodía, y aun nos estremece, y nos levanta, y nos arranca

lágrimas, como cuando surgió de la copa desbordante de Rouget de Lisle para inflamar al mundo en la embriaguez de la libertad y de la gloria.

Pero además del Garibaldi universal; de aquel que está tan alto que de todas partes se divisa su sombra veneranda, erguida, como un genio benéfico, sobre la esperanza de los oprimidos y el miedo de los opresores, hay el que los hijos de esta parte de América conocemos y sentimos; el evocado gloriosamente en nuestra memoria por el nombre de este opúsculo; el Garibaldi conciudadano nuestro y general de nuestro ejército; el soldado de la inmortal Defensa; el que peleó contra Rozas; aquel a quien recordamos como a un gran viejo de la casa y nombramos con orgullo.

Yo nunca fui *chauvinista*. No ha mucho tuve ocasión de indignarme, a solas, leyendo la noticia de que un gran diario parisiense había propuesto a los más altos y escogidos espíritus de Francia una *enquête* que formulaba en estos términos: *Entre la humanidad y la patria ¿a cuál preferís?* Me indignaba por el solo hecho de que se hubiera propuesto tal cuestión. Me parecía increíble que, en el centro del mundo, en la capital del orbe civilizado, pudieran aún plantearse, dirigiéndose a los grandes espíritus, problemas de esa especie. Pasados pocos días, leí la crónica de una entrevista de Tolstoi con un periodista que fué a verle para saber lo que pensaba de la guerra de Oriente. El gran antipatriota, después de maldecir los odios y egoísmos nacionales que hacen posible la ignominia de la guerra, confesaba que, a pesar de sus esfuerzos, no lograba arrancar del todo, de su espíritu, el sentimiento que lo llevaba a considerar, dentro de la humanidad, a su tierra y su pueblo como cosas *suyas*. Y esto me sirvió después de justificación, de defensa de mí mismo, ante aquella odiosa parte de nuestro ser que, según Benjamín Constant, hace de espectadora de la otra; porque un día tomé de mi biblioteca las *Memorias* de Garibaldi, y al llegar a cierta página me *descubrí* experimentando ese cosquilleo de la espina dorsal y ese relámpago que pasa tras la frente —cosas que todos habréis experimentado, leyendo, alguna vez—, cuando leí de nuevo lo que el Héroe decía de la ciudad en que nació... ¿Alcanzará algún día nuestro humanitarismo a suprimir estas *vejeces*, estas *preocupaciones*, estos *estigmas atávicos* de nuestra naturaleza?... Glorifiquemos en buen hora, y en primer término, al Garibaldi de la humanidad; pero

comprendamos que los que ven en el Héroe la personificación de su Italia resucitada y redimida, se extasien ante esta faz de su gloria; y déjese a mí entusiasmar con el Garibaldi que vistió a la usanza del gaucho.

Una vez que se me encomendó escribir una convocatoria con objeto de que el pueblo de Montevideo adhiriese a la conmemoración anual de la unidad italiana, recordé ya, no sólo lo que Garibaldi representaba para ese pueblo, sino lo que él había representado para Garibaldi. Recordé que con tal conmemoración se glorificaba la memoria del que, hablando con orgullo del compañerismo que le unió a los nuestros, llamó al Montevideo de la Defensa "*la ciudad de los milagros*", "*asombro y admiración del mundo*"; del que afirmó que su resistencia heroica "*serviría de norte en las generaciones venideras a todos los pueblos que no quisieran rendirse a la voluntad de los poderosos*", y del que dirigiéndose a la juventud italiana, en días de amarga incertidumbre, cuando aún faltaba consumir la obra emancipadora, instábalas a inspirarse en la enseñanza y el ejemplo del pueblo oriental, "*en su valor sublime*", para saber al precio de qué sacrificios sobre-humanos conquistan los pueblos dignos de mejorar de suerte los bienes de la libertad.

Y partiendo de esta indeleble impresión que la grandeza guerrera y moral de la Defensa dejó, como un sello de fuego, en el espíritu del Héroe, y teniendo en cuenta, además, la inmensa parte que a su prestigio personalísimo hay que atribuir en los sucesos preparatorios de la unidad y la libertad italianas, no se forzaría ciertamente el alcance de las relaciones históricas si se afirmara que hubo influencias de la Defensa de Montevideo en el movimiento liberal de 1848, que hizo levantarse a Italia de su tumba; que hubo recuerdos de la Defensa de Montevideo en cada página de la leyenda garibaldina y en las abnegaciones espartanas de Caprera; que hubo plomo de la Defensa de Montevideo en los fuegos de los mil de Marsala, en la campaña homérica de las Sicilias, en Volturmo, en Aspromonte, en Mentana; en todo lo que abrió camino al episodio que consagró definitivamente la realidad de la utopía secular, con la reivindicación de Roma intangible para la Italia una.

Gracias sean dadas al libro que nos da oportunidad de remover tan gloriosísimos recuerdos; o mejor, sin traslación retórica, gracias sean dadas al autor de ese libro. Bien está *la bandera de*



*San Antonio* (aquella que existió sin duda: la de tela inmaterial e invisibles colores) en manos del que la sustenta en las páginas que van a leerse.

Es seguramente Héctor Vollo uno de los espíritus más cultos y mejor dotados entre aquellos con que su país ha contribuído a las fuerzas activas de nuestra sociedad, en lo que se refiere a la labor del pensamiento. Por el entusiasmo de sus convicciones liberales y la pasión generosa con que adhiere a cuanto signifique adelanto, cultura, mejora moral o material, es un valioso obrero de toda noble propaganda. Consagra además a esta segunda patria suya hondo y sincero afecto: afecto en que intervienen, sin duda, no sólo los vínculos formados en la larga y amigable estada, sino también un sentimiento que debe estar, que acaso está, en el corazón de todos los liberales italianos: un sentimiento de cariñosa predilección por el pueblo donde el Héroe recogió tan altos ejemplos, y los pagó con tantos heroísmos, y dejó para la historia las más bellas páginas de cuantas trazó fuera de su patria *concreta*.

Ha encauzado Vollo su actividad en la única forma que el ejercicio de la pluma tiene de profesional en nuestro ambiente: el diario. Más de uno de los nuestros guarda en sus columnas la huella de su producción, abundante, ágil, fácil siempre de reconocer, aunque el anónimo o el seudónimo velen su origen. No importa que esta producción sea aquella que concibe la mente mientras hay que hacer *trotar la pluma*, usando un decir de Mme. de Sévigné. Con frecuencia, en Vollo, el periodista deja paso, sin quererlo, quizá sin saberlo, al hombre de real preparación y al escritor de forma artística. Hace lo que suele hacer el transeúnte en su Venecia, donde —como las casas tienen indistintamente acceso por tierra y por agua, por la calle y por el canal—, para dondequiera que el transeúnte vaya y en el momento en que quiera, puede tomar, en el canal cercano, la góndola, y continuar, romancescamente embarcado, su camino, que empezó vulgarmente a pie. Vollo, a mitad de un artículo de ocasión, de una crónica efímera, de una reseña trivial por su objeto, toma de improviso su góndola, y concluye en disertación espiritual y primorosa literatura el tema que empezó en prosa pedestre.

¿Cómo es que este verdadero escritor, este *iniciado* de la escogida minoría a que fueron concedidas las gracias del estilo; este temperamento de artista y de estudioso, no se ha arrimado

al yunque y ha cuidado de dar plena razón de su valer, en obras que vivan? Culpad de ello a muchas causas. Quizá a su natural modestia. Quizá a esa *non curanza* de la notoriedad y de la fama, que es una de las influencias con que el ambiente poco propicio a cosas de arte embarga al espíritu que en él se sumerge, a la manera como la perspectiva desolante del desierto lleva en sí el germen del fatalismo musulmán... Pero atribuid la mayor responsabilidad a la labor en que el diario le ha tenido *secuestrado* y sometido a la necesidad de ganar el pan de cada día, si no con el sudor de su frente, con el sudor, al menos, de la pluma... ¡Ah periodismo, periodismo! ¡de cuántos secuestros de esa especie tendrías que dar cuenta si se te llamara a juicio ante el tribunal donde se examinasen, para distribuir responsabilidades y penas, las vocaciones perdidas y las aptitudes malogradas!...

Pero no se perderán ni malograrán la vocación y las facultades de Vollo. Desde luego, éste es un libro que lo comprueba. No aparece en él plenamente la faz del estilista, pero aparece sí la del investigador concienzudo, y, lo que vale más que la aptitud investigadora, aparece también el sentido crítico que realza y fecunda los resultados de la investigación. Quien sin prejuicio lea este trabajo, no podrá menos de considerar definitivamente resuelto el interesante punto histórico sobre que versa.

La obra futura sobre Garibaldi, que Vollo prepara con amor y dedicación dignos de tan magno tema, manifestará de cuerpo entero la personalidad literaria del autor, y será un título más que le vinculará a la ciudad de que es ciudadano, más que huésped.

Hemos decretado a Garibaldi una estatua. Pero para completar el homenaje que la ciudad de la Defensa, la ciudad de Suárez y Pacheco, debía al general de sus tiempos heroicos; al que le dió una Legión, levantando sobre ella —porque la Italia estaba muerta— una enseña de luto; al que venció en San Antonio; al que peleó en Europa con el *poncho* oriental y la camiseta de los Legionarios, era preciso que un libro sobre Garibaldi se escribiese en Montevideo.

Se escribirá ese libro, y será la extensa leyenda de la estatua de mármol.

Cuando murió Horacio Greely, los publicistas norteamericanos resolvieron erigirle una estatua, y desechando el mármol y

el bronce, determinaron que ella fuera de plomo y que, para fundirla, cada diario de Nueva York contribuyese con tipos de su imprenta. Funda el autor de este opúsculo la estatua de su Héroe, de nuestro Héroe, en el mismo noble material.

1904

EL CRISTO A LA JINETA <sup>1</sup>

Después del Cristo de paz, hubo menester la humana historia del Cristo guerrero, y entonces naciste tú, Don Quijote. Cristo militante, Cristo con armas, implica contradicción, de donde nace, en parte, lo cómico de tu figura, y también lo que de sublime hay en ella.

Atribuyeron a Cristo casta real, dijeron que era de la sangre de David; y tú conjeturaste que había de pasar igual cosa contigo: "Podría ser, ¡oh Sancho! —dijiste—, que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto o sexto nieto de rey". Nació Cristo en aldea humilde, a la que para siempre levantó de la obscuridad su cuna. Lugareño fuiste también tú, y sólo por ti vive en la memoria del mundo tu Argamasilla. Cuando se aludía a él por su nacimiento, no se vinculaba a su nombre el de su pueblo, sino el de su región: *el Galileo* se le llamaba; como tú tomaste para añadir a tu nombre el de la comarca de que eras, el del viejo Campo Esportuario: la *Mancha* de los moros. Él, antes de poner por obra nuestra redención, quiso ser consagrado por manos del Bautista; como tú, antes de arrojarte a no muy menores empresas, quisiste recibir, del castellano de tu castillo, la pescozada y el espaldarazo. Cuarenta días y cuarenta noches pasó él en el retiro del desierto; y tú, en tu penitencia de Sierra Morena, pasaras otros tantos, a no sacarte de allí maquinaciones de los hombres. Rameras hubo a su lado y las purificó su caridad; como a tu lado, y transfiguradas por tu gentileza, maritornes y mozas del partido. Él dijo: "Bienaventurados los que padecen persecución de la justicia"; y tú, pasando del dicho inaudito al hecho temerario, trozaste la cadena de los galeotes. Él atraía y retenía a su cohorte

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

con la promesa del reino de los cielos; como tú a la cohorte tuya —unipersonal, pero representativa del pululante *coro* humano—, con la promesa del gobierno de la insula. Si enfermos sanó él, tú valiste a agraviados y menesterosos. Si él conjuró los espíritus de los endemoniados, a ti te preocupó el remediar encantamientos. Ni a él quiso reconocerle el sentido común como Mesías, ni a ti como andante caballero. Burla y escarnio hicieron de su mesianismo como de tu caballería; y si la madre y los hermanos del Maestro le buscaban para disuadirle y él hubo de decir: “No tengo madre ni hermanos”, bien se te opusieron y te obstaculizaron en tu casa, tu ama y tu sobrina. Cuando desbaratas el retablo del titiritero, donde lo heroico se rebajaba a charlatanería de juglar, haces como el que echó por tierra las mesas de los mercaderes y las sillas de los vendedores de palomas. Indignanse los sacerdotes de Jerusalén, porque ven que festeja la multitud a Cristo; y porque a ti te festejan en casa de los Duques, se indigna un ensoberbecido y necio clérigo... Y es tu Jerusalén la casa de los Duques: allí, después de festejarse, padeces persecución; allí te befan, allí te llenan de ignominia. Como Pedro al Maestro, Sancho, hechura tuya, te niega, cuando con cobarde sigilo llega a confesar a la Duquesa lo que el vulgo llama tu locura. El letrado que en Barcelona cosen a tu espalda, es el “*Éste es Rey de los Judíos*”, con que se te expone a la irrisión. Sansón Carrasco es el Judas que te entrega. Un publicano, San Mateo, escribió el Evangelio de Cristo; y otro publicano, Miguel de Cervantes, tu Evangelio. Dos naturalezas había en ti, como en el Redentor: la humana y la divina; la divina de Don Quijote, la humana de Alonso Quijano el Bueno. Murió Alonso Quijano, y para otros quedaron su hacienda, y las armas tuyas, y el rocín flaco y el galgo corredor; pero tú, Don Quijote, tú, si moriste, resucitaste al tercer día: no para subir al cielo, sino para proseguir y consumir tus aventuras gloriosas; y aun andas por el mundo, aunque invisible y ubicuo, y aún deshaces agravios, y enderezas entuerzos, y tienes guerra con encantadores, y favoreces a los débiles, los necesitados y los humildes, ¡oh sublime Don Quijote, Cristo ejecutivo, Cristo-León, Cristo a la jineta!

1906.

IMPRESIONES DE UN DRAMA <sup>1</sup>

Dejé de las manos el drama de Payró, y mirando a través de los cristales, el aire, en que una lluvia triste se destejía en trémulos hilos, me pareció como si el agua lenta y menuda dijera el alma musical, el lírico acompañamiento, de aquel poema de dolor y miseria.

Se llama *El triunfo de los otros*, y es el cuadro conmovedor de los sufrimientos de una vida en que la vocación, desamparada por el medio, el pensar y soñar por oficio, es castigo que hiere como las negras elecciones de la Moira trágica. Es la historia de un alma escogida, generosa, ingenua, que pasa en el trabajo a que la estimulan sus sueños los años de la juventud; que llega a la madurez sin fama ni fortuna, y que, tras de gastar lo mejor de su espíritu en avalorar con su ayuda la obra de otros, siente apagarse su razón, vencida por la constante tensión del pensamiento y por las angustias de la lucha en que el enemigo es el hambre.

Se trata, pues, del interés dramático contenido en el precario vivir que suelen llevar las gentes que, contraviniendo o sofisticando el precepto de Dios, ganan el pan, no con el sudor de su frente, sino con el sudor negro de la pluma... El tema, universalmente interesante, lo es en doble grado si se le concreta a la relación de nuestro ambiente con las cosas del espíritu y con los devotos de estas cosas, a quienes llamamos escritores y artistas. Excelente ocasión para filosofar. Filosofemos. Filosofemos ahuyentando la elegía sentimental que se nos entraba en el alma bajo el ala gris de la lluvia, y guardando, mientras podamos, la serenidad olímpica, que no descompone las líneas del estilo. Imagi-

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

nemos que el mismo Alcibiades y el propio Chármidas nos escuchan.

En pasados tiempos, ¡oh atenienses que oís!, cuentan que el problema económico del escritor se resolvía merced a la generosidad del Mecenas individual y aristocrático. El príncipe o magnate dado a letras, ya por sincera vocación, ya por amigo de lisonjear su vanidad con el cortejo del ingenio famoso, pagaba la vida, cuando no el decoro de la vida, al hombre herido de la divina invalidez de ser poeta. A la sombra de esta protección palatina, más o menos frondosa, dieron su flor muchos de los más gloriosos espíritus que han contribuido al tesoro de verdad y belleza de la humanidad; y si Mecenas vive en versos de Horacio, y Carlos Augusto de Weimar se ilumina del reflejo de Goethe, el *Ingenioso hidalgo* sirve de zócalo a la memoria del conde de Lemos y el *Morgante* de Pulci perpetúa un eco de los convites de Lorenzo de Médicis. Desde que los príncipes de la sangre han dejado de presidir en muchas de las cosas del mundo, los príncipes del ingenio se enorgullecen de haber dejado de ser sus vasallos, y la afirmación de que los Mecenas han pasado a la historia suele vibrar con entonación de libertad, y aun de regocijo, no sé si un tanto retórico, no sé si otro tanto irónico, en labios de los pobres artistas. Sobre esta emancipación de la pluma respecto del protector encumbrado se ha escrito y filosofado mucho, y el adusto Alfieri tiene páginas en que se desentraña la moralidad de tan preciosa liberación, y en que, a la luz de la dignidad humana, se manifiesta la vergüenza de la condición del áulico poeta, pájaro enjaulado al que se alimenta con cañamones de oro para que regale el oído de los grandes.

Sin negar yo lo que tan generosas declamaciones tienen de justo y oportuno, me doy a sospechar, rememorando una página de don Juan Valera, y lo diré aunque sólo sea de paso, que los inconvenientes de los Mecenas de antaño se han exagerado no poco, y que el sacrificio de libertad en el pensar o de audacia en gusto y estilo, que la protección aristocrática haya impuesto al espíritu del poeta, es cosa más aparente que real. La obligación del protegido por Mecenas solía saldarse con la dedicatoria pomposa e inocente, tanto más inocente cuanto más pomposa, después de la cual Pegaso soltaba el vuelo a su albedrío, y, si la ocasión era propicia, la vengadora ironía quedaba en libertad de urdir sus telas sutiles. Pero sea de esto lo que quiera, pasó el

Mecenas individual y aristocrático y vino a substituirlo el colectivo y plebeyo. A la pensión que se cobraba en la mayordomía del palacio, ha sucedido el manuscrito descontable en el mostrador del librero. La multitud lectora alimenta a sus elegidos. Fama y dinero llegan juntos. Si las cosas pasaran absolutamente así ¿podría llamarse a esto una emancipación? Ciertamente, en el sentido en que puede ser una emancipación política pasar de la tiranía autocrática u oligárquica a la tiranía de los muchos. Así como la democracia pura, la democracia del Ágora y el Foro, significa en realidad la más brutal tiranía, el discrecional dominio del gusto vulgar en la esfera del arte sería, para el artista, una tiranía tan dura, por lo menos, como la del magnate protector, con la diferencia, en desventaja de la primera, de la natural inferioridad de cultura y gusto en el amo de múltiples cabezas. Sólo que, del mismo modo que a la democracia política hémosle puesto modernamente el límite o contrapeso del sistema representativo, tendiendo a que el gobierno de la voluntad popular pase por tamiz que garantice cierta selección de capacidad y decoro, así la democracia literaria tiene, en los pueblos cultos, el contrapeso de la autoridad de la crítica, cuyo ministerio de censura y dirección respecto de las predilecciones literarias del público, es, si no tan eficaz como fuera de desear, suficiente, por lo menos, para mantener cierto relativo orden, cuando no en la proporción de las ganancias de dinero, en la proporción del crédito y la fama. Si Ohnet levanta millones, también los levantan Zola y Víctor Hugo; y los millones de Ohnet no tienen magia con que forzar el "¡Sésamo, ábrete!" de la gloria, ni siquiera de la *gloriola* del momento.

El problema económico de las letras no se diferencia, pues, modernamente, del relativo a cualquiera industria o trabajo que se apoye en la demanda común. Bien es verdad que ni la gloria ni el provecho llaman al reparto de sus recompensas sino después de un proceso de selección que puede considerarse como una de las más terribles formas sociales de la *struggle for life*. Por cada nombre que se alza a la luz, caen a la urna opaca del anónimo cientos de ellos con las alas quebradas; y aquel mismo nombre electo que surge, deja acaso tras sí una juventud amargada por la lucha cruel, una salud perdida en el esfuerzo, un tejido de afectos desgarrado por la envidia... ¡Cuán a menudo se ofrece ocasión de recordar la enérgica imagen con que Southey deploró

la arrebatada muerte de Kirk White: "El caballo ganó, pero murió después de la carrera". A pesar de todo: oficio, aunque duro, es el de escribir, allí donde se escribe para ser leído; y entre el tugurio en que muere de frío y hambre Imberto Galloix y el palacio resplandeciente que hace de marco a la ancianidad de Víctor Hugo, queda ancho campo donde dedicarse a parafrasear el *aurca mediocritas* de Horacio.

Pero todo esto pasa en un mundo apartado de nosotros; todo esto pasa en un mundo que nuestra gente de letras puede contemplar, océano por medio, un poco a la manera como, calle por medio, contemplará el pobre diablo de la buhardilla el baile que reluce tras los balcones del señor... Desde el momento en que el problema se transporta a tierra americana; desde que se le considera en relación con nuestro ambiente y nuestras cosas, sus condiciones se modifican fundamentalmente, y su solución favorable se aleja en términos que va a ocupar la región de los sueños de color de rosa. Como la producción literaria no responde, entre nosotros, a una necesidad espiritual de la mayoría, ni siquiera de una clase poco numerosa pero de arraigada cultura y con medios para sostener, a modo de las viejas aristocracias, su *clientela* de artistas, aquel género de producción carece casi por completo de valor económico. No hay lugar a temer que la codicia de dinero lleve a nuestros autores a un aplebeyamiento reprehensible; no es el caso de recordar que "el vulgo es necio, pues lo paga...", etc. No porque se trate de un vulgo que haya dejado de ser necio, sino porque se trata de un vulgo que no paga. Libre queda el escritor, de manera que pueda gustar la voluptuosidad aristocrática de escribir para sí y de sentir que su altivo y remontado espíritu vive emancipado del espíritu vulgar, contentándose con esto, mientras resuelve cómo podría consumarse también su emancipación respecto de aquellas imposiciones de la naturaleza que obligan a poner la olla al fuego, y de aquellas imposiciones de la sociedad que excluyen de la realidad de la vida el *desnudo* estatuario.

Cierto es que los que triunfan —con el triunfo ideal de la reputación *ad honorem*— suelen hallar la solución, si no dentro de las letras, por el camino de las letras, mediante la adaptación a la política, la cual tiene cómo recompensar a los espíritus que le hacen don de su belleza. Pero, ¿son tan pocos los que triunfan! La perseverancia de la vocación ¡tan difícilmente subsiste, sobre

obstáculos e indiferencias, hasta obtener la madurez del renombre!... Y lo que importa más: la política, mujer celosa, rara vez deja de exigir el absoluto olvido de la novia que se tuvo antes que ella. ¿Diréis que queda el periodismo? En sus rangos de retribución alentadora, el periodismo no es más que una manifestación de la política. En inferiores rangos, no constituye solución. Cuando se habla de la vida difícil, de la necesidad que ronda con su gesto de angustia, la imagen que acude a nuestro pensamiento es la del obrero de blusa y manos callosas. Justo es este recuerdo, aun tratándose de tierras donde el menestral no vive precisamente en círculos del Dante; pero ¡ay! (y ya sospecho que bajé de mi Olimpo): ¿y los obreros que no llevan blusa: el pequeño empleado, el periodista subalterno?... El pequeño empleado, sostén quizá de su casa, que, con la palanca de su sueldo humildísimo, ha de levantar la carga, ajena al obrero, de una dignidad social que le obliga en el modo de vestir y en el modo de alojarse; y el periodista subalterno, en quien la pluma no es más que la herramienta de un trabajo oscuro y precario, tras del cual no es infrecuente que se oculte un alma de escritor malograda y nostálgica...

El Julián de Payró sabe de estas tristezas. Ha derramado en la corriente de tinta de imprimir que huye con el paso de cada día, la savia de sus años mejores: los de entusiasmo, los de empuje, al cabo de los cuales sólo tiene la oscuridad y la pobreza. Y cuando sacude el yugo de esta esclavitud, hartado desencantado para poner su esperanza en el libro, que no se vende; hartado desconocido e inexperto para llevar a los altares de la política su pluma, Julián recurre a este arbitrio de suicida: renunciar a su personalidad, escribir para otros, convertirse en el proveedor de la mediocridad y la ambición necesitadas de palabras, en el *memorialista* de la ignorancia presuntuosa, de la ineptitud que busca toga de guardarropía con que representar en la comedia del mundo... Y la veta de oro mental, de que el poseedor inocente no ha sabido sacar provecho, encuentra cateadores que la olfateen y utilicen. Porque esta facultad del estilo, esta potestad de domeñar la palabra, que en el verdadero escritor es vocación ideal, amor entrañable, la codicia el ambicioso embaucador por lo que ella puede tener de instrumento con que captar voluntades y esgrimir mentiras, y la envidia el inficionado de falsa vocación literaria, por el halago de la vanidad. Ambos móviles de parasitismo es-

quilador del talento llaman a las puertas del escritor miserable, con Bermúdez, que es el aspirante político, y con Cienfuegos, que es el falso literato. Bermúdez apela a la pluma de Julián por manifiestos y discursos. Cienfuegos, por un poco de alma para las *marionetas* de sus dramas. Que la ayuda los ponga en buen camino no es razón para que la paguen de otro modo que con miserables dádivas y amistosas protestas: conducta que, por lo demás, no arguye un grado de maldad que exceda en mucho del vulgar egoísmo. En Bermúdez no ha querido caracterizarse a un malvado. No es seguro que lo sea el mismo Cienfuegos. Ni siquiera es forzoso suponer que una ilusión de vanidad contribuya a que no reconozcan su valer legítimo al favor que reciben. Bien puede mediar sólo para ellos la creencia sincera del ningún sacrificio que el favor importa, lo que encuadra muy bien en el modo de ver de la generalidad. El criterio común rara vez atribuye su verdadero equivalente de tiempo y energía a la obra de la inteligencia. ¿Qué puede costarle el escribir y pensar al que lo profesa por oficio? ¿No ha nacido con el don de estas cosas? ¿No lleva dentro de sí mismo la mina? Si escribe para otro, ¿hará más que dar algo de lo que le sobra?...

Quien no debe de opinar así es la inflexible naturaleza, que castiga con la enfermedad todo esfuerzo sin medida prudente. Porque Julián, extenuado, se enferma..., y he aquí otro interesante sesgo para nuestras filosofías. Nadie niega, en tesis general, que el abuso en el esfuerzo del escritor implique una laceración orgánica; de donde vienen pérdidas de salud tan calificables de profesionales como las que determina el exceso del obrero en el género de trabajo que acostumbramos llamar material. Pero el hecho es que, cuando el pobre trabajador de la pluma se rinde a la enfermedad que lo acecha, la índole de su mal no aparece, a los ojos comunes, tan clara y patentemente vinculada al resultado de la dura labor, como los males profesionales del obrero, ni obliga, por lo tanto, a igual conmiseración e igual piedad. No hay quien desconozca, por ejemplo, que la tuberculosis de los tejedores a brazo tenga por causa la posición forzada de su cuerpo; que la caquexia de los cigarreros sea debida a la acción lenta del tabaco; que la inflamación de los ojos de los fogoneros proceda del fuego de la máquina; que el *esputo negro* de los que trabajan en la hulla venga del polvo del carbón; que el cólico de los molenderos de colores y los fabricantes de objetos de plomo se deba a la into-

xicación saturnina; que los picapedreros se vuelvan tísicos por la inhalación de las partículas de piedra, y las lavanderas reumáticas por el contacto con el frío del agua. En cambio, el jornalero del pensamiento que, tras el exceso de labor mental y la tortura implacable del espíritu en busca del sueldo con que interesar la sensibilidad ajena, cae herido de mal que lo mismo puede ser la neurastenia de su vecino el ocioso burgués, que la locura de Maupassant o la parálisis de Heine, ése no suele lograr siquiera que su infortunio se dignifique, en la conciencia de los demás, con el reconocimiento de que es realmente la herida noble adquirida en lides del trabajo. ¡Cabe atribuir tantas otras causas a las neuropatías del pobre artista; a la locura del mísero escritor, exprimido y lacerado! Por ejemplo: el vivir bohemio, los paraísos artificiales, los vampiros del vicio, o, simplemente, la negra elección de la fatalidad, que sumerge en las mismas aciagas sombras a tantos que no son artistas... Y luego, el argumento que está a menudo en labios de Mr. Bouvard y de Mr. Pécuchet: “¿Se volvió loco a fuerza de forjar quimeras, o será más bien que se dió a forjar quimeras porque ya era medio loco?”

Pero Payró no se ha propuesto hacer de su Julián un puritano: Julián aparece, por ráfagas, desordenado y bohemio; el círculo que le rodea suele precipitarle consigo, de modo que la noche de borrascoso placer alterna a veces con la de sus nobles insomnios; y éste es rasgo de verosimilitud y de lógica humana que concurre a acentuar el carácter genérico del tipo. La vida del artista miserable, amargado, abandonado, no es ni puede ser, por regla común, un ejemplo de austeridad. La *bohemia* sigue prevaleciendo en la real existencia de los vencidos del arte y de los perturbados por la perfidia de este divino y capitoso licor; por más que esté ya despoetizada y marchita como motivo de figuración poética. Sabido es que ella tuvo su edad de oro, cuya vibración aún suena en los más finos cristales de poesía con la amargura trágica del *Chatterton* y con la gracia melancólica de Mürger. La disipación era admitida y justificada entonces, casi como una necesidad, en aquel que teniendo por mandato exprimir, en la copa de la forma bella, la quintaesencia de la vida, precisaba conocer la vida en sus más intrincados laberintos y gustarla en sus más quemantes sabores. Por otra parte, una concepción aristocrática de la jerarquía humana de la gente de letras, llevaba a facilitar su emancipación respecto de la ley moral. “Todo le es permitido al genio”,

se decía. Y así como en los primitivos tiempos cristianos hubo sectas heréticas que predicaron la ascensión a la suprema virtud por el camino del vicio cínico y perverso, porque del extremo del vicio se pasa al arrepentimiento, padre de la santidad, y al hastío de los goces, fiador de la perseverancia, así la gloria literaria era, para los bohemios románticos, presea que sólo se alcanzaba al costo de una existencia aventurera, orgiástica y rebelde. Esto pasó, y ya el bohemio no se nos aparece consagrado por una elección fatídica, ya no es el "personaje reinante"; y la fe en la virtud viril del trabajo, la confianza en la voluntad rítmica y fuerte, en la eficacia de la disciplina de la vida para todo género de aplicación mental, han recuperado sus fueros. Pero librémonos de extremar esta reacción, que confina con las más antipáticas limitaciones del sentimiento y el juicio. Librémonos de negarnos, con rigidez fría y necia, a la comprensión de lo que la *bohemia* tiene de interesante, de conmovedor y de humano. Y esta comprensión estriba en reconocer las fuerzas que atraen al artista, con superior intensidad que al hombre común, fuera de la órbita regular de la vida. En primer término, la profesional hipertrofia de la sensibilidad y la imaginación, con sus excitaciones, con sus desequilibrios, con sus hiperestesias, y con la correlativa reducción de toda aptitud de gobierno práctico y de orden, ya que es ley de economía orgánica que nuestras facultades se desenvuelvan a expensas las unas de las otras. Luego, el anhelo de exceder en la competencia de originalidad y verdad, mediante la aplicación de un experimentalismo artístico que opere, con el corazón y los sentidos propios, en los hornillos del sentimiento y en los alambiques de la sensación. Y además, las mismas condiciones precarias del oficio, que, si por una parte niegan a la vida el eje consistente a cuyo alrededor ordenarla, por otra parte tientan a la angustiada busca del olvido y al apresamiento de la hora de forzada, violenta y fugitiva dicha.

Salpicado de barro, nos interesa más el mártir que Payró nos presenta con cruda y bella realidad... Y a medida que la acción avanza, vemos cómo la miseria estrecha su cerco, cómo la usura aprieta sus anillos, cómo la enfermedad madura su ponzoña. El drama que Julián envía al empresario; la obra compuesta, al fin, por cuenta propia, para la reputación, para la vida, escolla en la repulsa. Y es la hora en que los parásitos, los *otros*, triunfan, en el parlamento y en el teatro, con la savia quitada al ingenio

inhábil y convertida en fruto por su habilidad sin ingenio. De los parásitos sólo llega, en esta hora, para el árbol caído, la ingratitud procaz o la compasión tardía y vana. La expresión dramática luce a menudo, en el drama de Payró, toques de real inspiración y energía. ¡"Soberbio gusano devorador de cadáveres!" dice Julián al seudoescritor que, tras de alimentar sus falsos triunfos con el auxilio obtenido de las últimas fuerzas que quedan al escritor verdadero, se yergue ante él, en actitud de orgullo. Cuando Julián, ya en los umbrales de la imbecilidad, habla con Ernesto, el *débauché* imbécil sin mal del cerebro, imbécil como el cualquiera que pasa, Inés prorrumpie en este grito de angustia: "¡Qué horror! ¡Ahora se parecen!"

El desenlace llega. En el abandono que culmina, se aceleran los pasos de la vesania: lo de Maupassant, lo de Feval: la pluma que se inmoviliza en la mano, la atención que se esfuerza y se disipa, y en pos del escape de excitación falaz, la indiferencia, el estupor, y luego el aniquilamiento, la abolición casi absoluta de la inteligencia y la sensibilidad. "—¿Es para siempre?— preguntan al médico. —Para siempre, sí... —¿Podrá siquiera desempeñar un empleo? —Muy modesto, casi mecánico, nada intelectual...". Murió, pues, el artista, murió de la más negra muerte... Pero vive Inés, el amor, la voluntad, la discreción que le sostuvieron en la lucha, que recogerán ahora su ideal abatido; y en manos de Inés queda el inédito drama en que él cifraba sus anhelos de rescatar su personalidad usurpada por la vanidad y ambición de los mediocres. "—¡Oh —dice ella, dirigiéndose al pobre enfermo—. Tu pensamiento vivirá, yo te lo juro. Tu «Anónimo» rasgará la noche, será luz. ¡El triunfo de los otros es el tuyo, Julián!". Así termina el drama, como entreabriendo un horizonte de reparación y esperanza. Sí; no dudemos de ello: merced a Inés, el "Anónimo" tendrá nombre y se llamará Inmortalidad. Pero ¿y los que caen vencidos como él, sin dejar el hada benéfica que vele por su nombre y sus sueños? ¿Y los que sucumben después de dispersar sus fuerzas, sin haber alcanzado a concretar la obra que, desconocida o desdeñada hoy, pueda revelarse un día como la "botella del naufrago" en el poema de Vigny: la botella en que el naufrago encierra, antes de hundirse con su nave, la revelación de los secretos que ha arrancado a lo desconocido, arrojándola a las olas que acaso la depositarán en playa habitada?... ¡Encarna, encarna, alma encantadora de Inés, en

infinitos avatares, para animar el divino fuego de la esperanza en el alma del artista que duda; para alentar la apelación que envía a la justicia del porvenir el trabajador que se rinde sin gloria!

Todas estas cosas pasaron por mi mente mientras la lluvia triste caía en hilos menudos, después que admiré el pedazo palpitante de vida que ha desentrañado, en su última obra dramática, ese fuerte y noble espíritu que honra a la intelectualidad argentina y se llama Roberto Payró.

1907.

## DIVINA LIBERTAD<sup>1</sup>

*Al margen de "Bajorrelieves", de Leopoldo Díaz.*

"¡Culto del verso por el verso; adoración estéril de la forma!", siento clamar, condensándose las voces de reprobación y de desvío que he oído levantarse al paso de este libro nuevo. "¿Dónde está la palabra que nos adoctrine en nuestras dudas, que nos consuele en nuestras penas, que nos estimule con sus esperanzas, en esta poesía de contornos perfectos, que sólo deja en nuestros labios, ansiosos del licor refrigerante, el contacto glacial del vaso cincelado y vacío? ... El poeta, abanderado en nuestras luchas, pertenece a la idea, pertenece a la acción, y la poesía que merece los triunfos y la gloria es aquella que aspira a representar, como algún día, en la vida de las sociedades humanas, una fuerza fecunda, una fuerza civilizadora." Yo, que he participado, y aún participo, de esta fe en el sublime magisterio de la palabra de los poetas, creo, antes que en ninguna otra cosa, en la libertad, que Heine proclamó *irresponsable*, de su genio y de su inspiración. Cuando veo que se les exige, con amenazas de destierro, interesarse en lo que llama la Escritura *las disputas de los hombres*, recuerdo a Schiller narrando la historia de *Pegaso bajo el yugo*. El generoso alazán, vendido por el poeta indigente, es uncido por groseras y mercenarias manos a las faenas rústicas, símbolo de la inmediata utilidad y del orden prosaico de la vida. Él se revuelve primero para sacudir el yugo que desconoce, y desmaya después de humillación y de dolor. En vano se fatigan sus amos: le desuncen, convencidos de la imposibilidad de domarlo, y le arrojan con desprecio como cosa inútil. Pero el antiguo

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.



dueño, que vagaba triste como él, lo encuentra un día en su camino; sube, lleno de júbilo, entre sus alas desmayadas, y entonces un estremecimiento nervioso hace hervir el pecho del corcel rebelde a la labor; se despliegan sus alas, sus pupilas flamean, y tiende el vuelo hacia la altura con el soberbio brío, con la infinita libertad de la inspiración levantada sobre las cosas de la tierra...

¡Hermoso símbolo de la soberana independencia del arte! Comprendiéndolo en su sentido profundo, dejemos al corcel alado la voluntariedad de sus vuelos, a la poesía la fuerza de su libertad, y seamos siempre gratos al beneficio de sus dones divinos, ya se nos aparezca, como deidad armada y luminosa, en nuestras luchas; ya se retraiga en la dulce intimidad del sentimiento; ya extinga en sí la llama de la vida, como adurmiéndose sobre lecho de mármol, y deje sólo en nuestro espíritu la *caricia helada* de la forma.

1895.

BOLÍVAR <sup>1</sup>

Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio; grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobre-llevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza. Muchas vidas humanas hay que componen más perfecta armonía, orden moral o estético más puro; pocas ofrecen tan constante carácter de grandeza y de fuerza; pocas subyugan con tan violento imperio las simpatías de la imaginación heroica.

Cuando se considera esa soberbia personificación de original energía, en el medio y la hora en que aparece, se piensa que toda la espontaneidad reprimida, toda la luz y el color escatimados en la existencia inerte de las diez generaciones sujetas al yugo colonial, se concentraron, por instantáneo desquite, en una vida individual y una conciencia única. Virtualidad infinita, el genio está perennemente a la espera en el fondo de la sociedad humana, como el rayo en las entrañas de la nube. Para pasar al acto, ha menester de la ocasión. Su sola dependencia es la del estímulo inicial que lo desata y abandona a su libertad incoercible; pero ese estímulo es la condición que se reserva el hado, porque la trae a su hora el orden de la sociedad que tienta y solicita el arranque innovador. Larga sucesión de generaciones pasa, acaso, sin que la extraordinaria facultad que duerme velada en formas comunes tenga obra digna en que emplearse; y cuando, en la generación predestinada, el rebosar de una aspiración, la madurez de una necesidad, traen la ocasión propicia, suele suceder que la respuesta al silencioso llamamiento parta de una vida que ha empezado a correr, ignorante de su oculta riqueza, en un sentido extraño a aquel que ha de transfigurarla por la gloria.

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

Algo de esta súbita exaltación hay en el heroísmo de Bolívar. Desde que su conciencia se abrió al mundo, vió acercarse el momento de la Revolución, participando de los anhelos que la preparaban en la secreta agitación de los espíritus; pero ese vago hervor de su mente no imprimió carácter a una juventud que, en su parte expresiva y plástica, tuvo un sello distinto del que se buscaría como anuncio de las supremas energías de la acción. Su primer sueño fué de belleza, de magnificencia y de deleite. Si las fatalidades de la historia hubieran puesto fuera de su época la hora de la emancipación, habría llevado la vida de gran señor, refinado e inquieto, que prometía mientras repartió su tiempo entre sus viajes, el retiro de su hacienda de San Mateo y la sociedad de las Caracas palaciana y académica de los últimos días de la colonia. Algún destello del alma de Alcibíades parece reflejarse en el bronce de esa figura de patricio mozo y sensual, poseedor inconsciente de la llama del genio, en quien la atmósfera de la Europa inflamada en el fuego de las primeras guerras napoleónicas excitó el sentimiento de la libertad política, como una inclinación de superioridad y de nobleza, llena del tono clásico, y hostil, por su más íntima substancia, a toda afición demagógica y vulgar. Aun no anunciaba en aquel momento la gloria, pero sí el brillo que la remeda allí donde no hay espacio para más. Uníanse en la aureola de su juventud el lustre de la cuna, los medios del pingüe patrimonio, todos los dones de la inteligencia y de la cortesanía, realizados por el fino gusto literario y la pasión del bello vivir. Y esta primera corteza de su personalidad no desapareció enteramente con la revelación de su profunda alma ignorada: "Varón estético", como se dijo de Platón y como puede extenderse a toda una casta de espíritus, continuó siéndolo cuando el genio lo llevó a sus alturas; y héroe, tuvo la elegancia heroica: la preocupación del gesto estatuario, del noble ademán, de la actitud gallarda e imponente, que puede parecer histriónica a los que no hayan llegado a una cabal comprensión de su personalidad, pero que es rasgo que complementa de manera espontánea y concorde la figura de estos hombres de acción en quienes el genio de la guerra, por la finalidad visionaria y creadora que los mueve, confina con la naturaleza del artista y participa de la índole de sus pasiones. — ¿No ha asimilado Taine, en riguroso análisis de psicología, la espada de Napoleón al cincel escultórico de Miguel Ángel, como instrumentos de una misma facultad soberana, que ejercita el uno en las entrañas

insensibles del mármol y el otro en las animadas y dolientes de la realidad? . . .

Así aparece desde el día en que selló sus esponsales con la vocación, que ya le enamoraba e inquietaba, cuando, de paso por Roma, sube, como arrebatado de un numen, a la soledad del Aventino, a cuyos pies mira extenderse el vasto mar de recuerdos de libertad y de grandeza; y como hablando a la conciencia de esta antigüedad, jura libertar un mundo. Así aparece luego, en Caracas, cuando entré el espanto del terremoto que despedaza la ciudad en vísperas de la Revolución, levanta, sobre las ruinas convulsas de la iglesia de San Jacinto, su figura nerviosa y alta, y allí, en presencia de un español despavorido, prorrumpe en las soberbias palabras, a cuyo lado palidece la imprecación famosa de Ajax de Telamón: "¡Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y la someteremos!" — En la batalla, en el triunfo, en la entrada a las ciudades, en el ejercicio del poder o entre las galas de la fiesta, siempre luce en él el mismo instintivo sentimiento de esa que podemos llamar la forma plástica del heroísmo y de la gloria. Concertando la febril actividad de una guerra implacable, aún queda huelgo en su imaginación para honrar, por estilo solemne, la memoria y el ejemplo de los suyos, en pompas como aquella procesión, semejante a una ceremonia pagana, que llevó triunfalmente el corazón de Girardot, en urna custodiada por las armas del Ejército, desde el Bárbula, donde fué la muerte del héroe, hasta Caracas. En la memoria de sus contemporáneos quedó impresa la majestad antigua del gesto y el porte con que, constituida Colombia, penetró al recinto de la primera asamblea, a resignar en ella el mando de los pueblos. Ante las cosas soberanas y magníficas del mundo material experimenta una suerte de emulación, que le impulsa a hacer de modo que entre él mismo a formar parte del espectáculo imponente y a señorearlo como protagonista. En su ascensión del Chimborazo, que interpreta la retórica violenta pero sincera, en su énfasis, del "Delirio", se percibe, sobre todo otro sentimiento, el orgullo de subir, de pisar la frente del coloso, de llegar más arriba que La Condamine, más arriba que Humboldt, a donde no haya huella antes de la suya. Otra vez, se acerca a admirar la sublimidad del Tequendama. Allí su espíritu y la naturaleza componen un acorde que lo exalta como una influencia de Dionysos. Cruzando la corriente de las aguas, y en el preciso punto en que ellas van a

desplomarse, hay una piedra distante de la orilla el justo trecho que abarca el salto de un hombre. Bolívar, sin quitarse sus botas de tacón herrado, se lanza de un ímpetu a aquella piedra bruñida por la espuma, y tomándola de pedestal, yergue la cabeza, incapaz de vértigo, sobre el voraz horror del abismo.

Era la continuación, transfigurada según conviene a la grandeza heroica, de aquel mismo carácter de su juventud que le hizo escribir, mientras deshojaba en las cortes europeas las rosas de sus veinte años, esta confesión de una carta a la Baronesa de Trobriand: "Yo amo menos los placeres que el fausto, porque me parece que el fausto tiene un falso aire de gloria". Y esto venía tan del fondo de su naturaleza que, en rigor, nunca hubo carácter más inmune de todo amaño y remedo de afectación. Nunca le hubo, en general, más espontáneo e inspirado. Todo es iluminación en sus propósitos; todo es arrebató en su obra. Su espíritu es de los que manifiestan la presencia de esa misteriosa manera de pensamiento y de acción, que escapa a la conciencia del que la posee, y que, sublimando sus efectos muy por arriba del alcance de la intención deliberada y prudente, vincula las más altas obras del hombre a esa ciega fuerza del instinto, que labra la arquitectura del panal, orienta el ímpetu del vuelo, y asegura el golpe de la garra. Así, para sus victorias le valen el repentino concebir y el fulminante y certero ejecutar. Y en la derrota, una especie de don *anteico*, como no se ve en tal grado en ningún otro héroe; una extraña virtud de agigantarse más cuanto más recia fué y más abajo la caída; una como asimilación tonificante de los jugos de la adversidad y del oprobio: no en virtud del aleccionamiento de la experiencia, sino por la reacción inconsciente e inmediata de una naturaleza que desempeña en ello su ley. Su fisonomía guerrera tiene en este rasgo el sello que la individualiza. Bien lo significó el español Morillo en pocas palabras: "Más temible vencido que vencedor". Sus campañas no son el desenvolvimiento gradual y sistemático de un plan de sabiduría y reflexión, que proceda por partes, reteniendo y asegurando lo ya dejado atrás, y proporcionando las miras del arroyo a la juiciosa medida de las fuerzas. Son como enormes embestidas, como gigantes oleadas, que alternan, en ritmo desigual, con tumbos y rechazos no menos violentos y espantables, desplomándose de súbito el esfuerzo que culminaba avasallador, para resurgir muy luego, en otra parte y de otro modo, y con más brío, hasta

que un impulso más pujante o certero que los otros sobrepasa el punto de donde ya no puede tomar pendiente el retroceso, y entonces la victoria persiste, y crece, y se propaga, como las aguas de la inundación, y de nudo en nudo de los Andes cada montaña es un jalón de victoria. Nadie ha experimentado más veces, ni en menos tiempo, la alternativa del triunfo con visos y honores de final, y el anonadamiento y el desprestigio sin esperanzas —para los otros—, de levante. Revolucionario fracasado y proscrito, falto de superior renombre y de medios materiales de acción, se alza de un vuelo al pináculo de la fama militar y de la autoridad caudillesca con aquella asombrosa campaña de 1813, que inicia a la cabeza de medio millar de hombres, y que le lleva, en ciento y tantos días de arrebató triunfal, desde las vertientes neogranadinas de los Andes hasta el palacio de los capitanes de Caracas, donde, sobre lo transitorio de honores y poderes, vincula para siempre a su nombre su título de Libertador. Aun no ha transcurrido un año de esto, y las costas del mar Caribe le miran fugitivo, abandonado y negado por los suyos; vuelta en humo, al parecer, toda aquella gloria, que ni aun le defiende de la ira con que le acusan y de la ingratitud con que le afrentan. Y cuando se busca adónde ha ido a abismar su humillación, vésele de nuevo en lo alto, empuñando el timón de la Nueva Granada que desfallecía, entrando con la libertad a Bogotá, como antes a Caracas...; y apenas se ha doblado esta página, aparece otra vez desobedecido y forzado a abandonar en manos de un rival obscuro las armas con que se aprestaba a entrar en Venezuela; y entonces su reaparición es en Haití, de donde, con el mismo propósito, sale acaudillando una expedición que por dos veces toma tierra cerca de Caracas y las dos veces acaba en rechazo, y la última, en nueva ruina de su poder y de su crédito, entre denuestos de la plebe y altanerías de la emulación ambiciosa.

Pero la natural autoridad que emana de él es una fuerza irresistible, como toda voluntad de la Naturaleza, y poco tiempo pasa sin que aquella grito se acalle, sin que sus émulos le reconozcan y obedezcan, sin que los destinos de la Revolución estén de nuevo en sus manos, desde la Guayana, donde Piar ha asegurado el respaldar de las futuras campañas, hasta los llanos del Apure, donde hierven las montoneras de Páez. Funda gobierno, guerrea, sofoca todavía rebeliones de los suyos; la adversidad le persigue implacable en La Puerta, en Ortiz, en el Rincón de los

Toros; y una noche, después de la última derrota, un hombre, sin compañero ni caballo, huye escondiéndose en la espesura de los bosques, hasta que, a la luz de la aurora, reúne una escolta de jinetes dispersos, con los que orienta su camino. Es Bolívar, que, perdidos su ejército y su autoridad, marcha —¿qué mucho, siendo él?— a forjarse nueva autoridad y nuevo ejército. No tardará en conseguir lo uno y lo otro: la autoridad, robustecida por la sanción de una asamblea que le da el sello constitucional; el ejército, más regular y organizado que cuantos tuvo hasta entonces.

Éste es el momento en que su constancia inquebrantable va a subyugar y volver en adhesión firmísima las desigualdades de la suerte. La iluminación de su genio le muestra asegurados los destinos de la Revolución con la reconquista de la Nueva Granada. Para reconquistar la Nueva Granada es menester escalar los Andes, luego de pasar ciénagas extensas, ríos caudalosos; y es la estación de invierno, y tamaña empresa se acomete con un ejército punto menos que desnudo. Otros pasos de montaña puede haber más hábiles y de más ejemplar estrategia; ninguno tan audaz, ninguno tan heroico y legendario. Dos mil quinientos hombres suben por las pendientes orientales de la Cordillera, y bajan por las de Occidente menor número de espectros, y estos espectros son de los que eran fuertes del cuerpo y del ánimo, porque los débiles quedaron en la nievó, en los torrentes, en la altura donde falta el aire para el pecho. Y con los espectros de los fuertes se gana Boyacá, que abre el camino de la altiplanicie donde Colombia ha de fijar su centro, y de vuelta de la altiplanicie se gana Carabobo, que franquea hacia Oriente el paso de Caracas; y desde ese instante el dominio español ha perecido en cuanto va de las bocas del Orinoco hasta el istmo de Panamá. Desde ese instante, a los altibajos de aquella guerra de angustiosa incertidumbre, sucede como un declive irresistible que la victoria, rendida y hechizada, hace con sus brazos, inclinados al Sur, para que el torrente de las armas emancipadoras corra a confundirse con aquel otro que avanza, desde los Andes argentinos, anunciando su avenida por los ecos de las dianas triunfales de Chacabuco y de Maipo. Colombia ha completado sus fronteras, después que ha puesto bajo "el manto del iris" los volcanes del Ecuador, y es libre para siempre. Pero aún queda para Bolívar lidiar por América, que es más su patria que Colombia. San Martín está frente a él, lauro para lauro. La gloria de lo que falta por hacer no es ambición compartible.

Cuando se trata de determinar cuál ha de gozarla de los dos, bastan, de una parte, la conciencia de la superioridad, y de otra parte, el leal y noble acatamiento de ella. Bolívar será quien corone, como las campañas del Norte, las del Sur. Y como en Bogotá, como en Caracas, como en Quito, entra en Lima, en el Cuzco, en La Paz, el libertador de América; y mientras el último ejército español, numeroso y fuerte, se apresta a esperarle, y él se consagra a aperebir el suyo, enferma, y doliente todavía oye que le preguntan: —“¿Qué piensa usted hacer ahora?” —“Triunfar”, contesta con sencillez de esparciata. Y triunfa; triunfa después de cruzar las gargantas de los Andes, a la altura del cóndor, como en las vísperas de Boyacá, que ahora reproduce Junín; y con el impulso de Junín triunfa, por el brazo de Sucre, en Ayacucho, donde catorce generales de España entregan, al alargar la empuñadura de sus espadas rendidas, los títulos de aquella fabulosa propiedad que Colón pusiera, trescientos años antes, en manos de Isabel y Fernando. Cumplida está la obra de Bolívar, pero aún rebosan sobre ella la aspiración y los heroicos alientos. Aún sueña el héroe con más; aún querría llegar a las márgenes del Plata, donde padece bajo la conquista un pueblo arrancado a la comunidad triunfante en Ayacucho; ser, también para él, el Libertador; arrollar hasta la misma corte del Brasil las huestes imperiales, fundar allí la república, y remontando la corriente del Amazonas, como Alejandro los ríos misteriosos de Oriente, cerrar la inmensa elipse de gloria en suelo colombiano, e ir a acordar y presidir la armonía perenne de su obra, en la asamblea anfictiónica de Panamá.

El conjunto de este tempestuoso heroísmo es de un carácter singular e inconfundible en la historia. Lo es por el energético sello personal del propio héroe, y lo es también por la vinculación estrecha e indisoluble de su acción con cien íntimas peculiaridades del ambiente en que se genera y desenvuelve. Y ésta constituye una de las desemejanzas que abren tan ancho abismo entre Bolívar y el que con él comparte, en América, la gloria del libertador. San Martín podría salir de su escenario sin descaracterizarse, ni desentonar dentro de otros pueblos y otras epopeyas. Su severa figura cambiaría, sin disconveniencia, el pedestal de los Andes por el de los Pirineos, los Alpes o los Rocallosos. Imaginémoslo

al lado de Turena: valdría para heredero de su espada previsor y segura y de su noble y sencilla gravedad. Transportémosle junto a Washington: podría ser el más ilustre de sus conmlitones y el más ejemplar de sus discípulos. Pongámosle en las guerras de la Revolución y del Imperio: llenaría el lugar del abnegado Hoche, cuando se malogra, o del prudente Moreau, cuando sale proscrito. Es, considerado aparte del gran designio a que obedece, el tipo de abstracción militar que encuentra marco propio en todo tiempo de guerra organizada, porque requiere, no la originalidad del color, sino el firme y simple dibujo de ciertas superiores condiciones de inteligencia y voluntad, que el carácter humano reproduce sobre las diferencias de razas y de siglos. En cambio, la figura de Bolívar no sufre otra adaptación que la real. Fuera de la América nuestra y lidiando por otra libertad que la nuestra, quedaría desvirtuada o trunca. Bolívar, el revolucionario, el *montonero*, el general, el caudillo, el tribuno, el legislador, el presidente... todo a una y todo a su manera, es una originalidad irreducible, que supone e incluye la de la tierra de que se nutrió y los medios de que dispuso. Ni guerrea como estratégico europeo, ni toma, para sus sueños de fundador, más que los elementos dispersos de las instituciones basadas en la experiencia o la razón universal, ni deja, en su conjunto, una imagen que se parezca a cosa de antes. Por eso nos apasiona y nos subyuga, y será siempre el héroe por excelencia representativo de la eterna unidad hispanoamericana. Más en grande y más por lo alto que los caudillos regionales, en quienes se individualizó la originalidad semibárbara, personifica lo que hay de característico y peculiar en nuestra historia. Es el barro de América atravesado por el soplo del genio, que trasmuta su aroma y su sabor en propiedades del espíritu, y hace exhalarle de él, en viva llama, una distinta y original heroicidad.

La revolución de la independencia sudamericana, en los dos centros donde estalla y de donde se difunde: el Orinoco y el Plata, manifiesta una misma dualidad de carácter y de formas. Comprende, en ambos centros, la iniciativa de las ciudades, que es una revolución de ideas, y el levantamiento de los campos, que es una rebelión de instintos. En el espíritu de las ciudades, la madurez del desenvolvimiento propio y las influencias reflejadas del mundo, trajeron la idea de la patria como asociación política, y el concepto de la libertad practicable dentro de instituciones regulares. Deliberación de asambleas, propaganda oratoria, milicias

organizadas, fueron los medios de acción. Pero en los dilatados llanos que se abren desde cerca del valle de Caracas hasta las márgenes del Orinoco, y en las anchurosas *pampas* interpuestas entre los Andes argentinos y las orillas del Paraná y el Uruguay, así como en las *cuchillas* que ondulan, al oriente del Uruguay, hacia el Océano, la civilización colonial, esforzándose en calar la entraña del desierto, el cual le oponía por escudo su extensión infinita, sólo había alcanzado a infundir una población rala y casi nómade, que vivía en semibarbarie pastoril, no muy diferentemente del árabe beduino o del hebreo de tiempos de Abraham y Jacob; asentándose, más que sobre la tierra, sobre el lomo de sus caballos, con los que se señoreaba las vastas soledades tendidas entre uno y otro de los *hatos* del Norte y una y otra de las *estancias* del Sur. El varón de esta sociedad, apenas solidaria ni coherente, es el *llanero* de Venezuela, el *gaucho* del Plata, el centauro indómito esculpido por los vientos y soles del desierto en la arcilla amasada con sangre del conquistador y del indígena; hermosísimo tipo de desnuda entereza humana, de heroísmo natural y espontáneo, cuya genialidad bravía estaba destinada a dar una fuerza de acción avasalladora, y de carácter plástico y color, a la epopeya de cuyo seno se alzarían triunfales los destinos de América. En realidad, esta fuerza era extraña, originariamente, a toda aspiración de patria constituida y toda noción de derechos políticos, con que pudiera adelantarse, de manera consciente, a tomar su puesto en la lucha provocada por los hombres de las ciudades. Artigas, al Sur, la vinculó desde un principio a las banderas de la Revolución; Boves y Yáñez, al Norte, la desataron a favor de la resistencia española, y luego Páez, allí mismo, la ganó definitivamente para la causa americana. Porque el sentimiento vivísimo de libertad que constituía la eficacia inconjurable de aquella fuerza desencadenada por la tentación de la guerra, era el de una libertad anterior a cualquier género de sentimiento político, y aun patriótico: la libertad primitiva, bárbara, crudamente individualista, que no sabe de otros fueros que los de la naturaleza, ni se satisface sino con su desate incoercible en el espacio abierto, sobre toda valla de leyes y toda coparticipación de orden social; la libertad de la banda y de la horda; esa que, en la más crítica ocasión de la historia humana, acudió a destrozarse un mundo caduco y a mecer sobre las ruinas la cuna de uno nuevo, con sus ráfagas de candor y energía. La sola especie de autoridad conciliable con

este instinto libérrimo era la autoridad personal capaz de guiarlo a su expansión más franca y domeadora, por los prestigios del más fuerte, del más bravo o del más hábil; y así se levantó, sobre las multitudes inquietas de los campos, la soberanía del *caudillo*, como la del primitivo jefe germano que congregaba en torno de sí su vasta familia guerrera sin otra comunidad de propósitos y estímulos que la adhesión filial a su persona. Conducida por la autoridad de los caudillos, aquella democracia bárbara vino a engrosar el torrente de la Revolución, adquirió el sentimiento y la conciencia de ella, y arrojó en su seno el áspero fermento popular que contrastase las propensiones oligárquicas de la aristocracia de las ciudades, al mismo tiempo que imprimía en las formas de la guerra el sello de originalidad y pintoresco americanismo que las determinase y diferenciara en la historia. Frente al ejército regular, o en alianza con él, aparecieron la táctica y la estrategia instintivas de la *montonera*, que suple los efectos del cálculo y la disciplina con la crudeza del valor y con la agilidad heroica; el guerrear para que son únicos medios esenciales el vivo relámpago del potro, apenas domado y unimismándose casi con el hombre en un solo organismo de centauro, y la firmeza de la lanza esgrimida con pulso de titán en las formidables cargas que devoran la extensión de la sumisa llanura.

Bolívar subordinó a su autoridad y su prestigio esta fuerza, que complementaba la que él traía originariamente en ideas, en espíritu de ciudad, en ejército organizado. Abarcó dentro de su representación heroica la de esa mitad original e instintiva de la Revolución americana, porque se envolvió en su ambiente y tuvo por vasallos a sus inmediatas personificaciones. Páez, el intrépido jefe de llaneros, le reconoce y pone sobre sí desde su primera entrevista, cuando él viene de rehacer su prestigio perdido con la infausta expedición de los Cayos; y en adelante las dos riendas de la Revolución están en manos de Bolívar, y la azarosa campaña de 1817 a 1818 muestra, concertados, los recursos del instinto dueño del terreno y los de la aptitud guerrera superior y educada. En los extensos llanos del Apure, el Libertador convive y conmlita con aquella soldadesca primitiva y genial, que luego ha de darle soldados que le sigan en la travesía de los Andes y formen la vanguardia con que vencerá en Carabobo. Tenía, para gallardearse en ese medio, la condición suprema, cuya posesión es título de superioridad y de dominio, como es su ausencia

nota de extranjería y de flaqueza: la condición de maestrísimo jinete, de insaciable bebedor de los vientos sobre el caballo suelto a escape, tras el venado fugitivo, o por la pura voluptuosidad del arrebató, tras la fuga ideal del horizonte. El Alcibiades, el escritor, el diplomático de Caracas era, cuando cuadraba la ocasión, el gaucho de las pampas del Norte: el llanero.

Este contacto íntimo con lo original americano no se dió nunca en San Martín. El capitán del Sur, apartado de América en sus primeros años y vuelto a edad ya madura, sin otra relación con el ambiente, durante tan dilatado tiempo, que la imagen lejana, bastante para mantener y acrisolar la constancia del amor, pero incapaz para aquel adobo sutil con que se infunde en la más honda naturaleza del hombre el aire de la patria, realizó su obra de organizador y de estratégico sin necesidad de sumergirse en las fuentes vivas del sentimiento popular, donde la pasión de libertad se desataba con impulso turbulento e indómito, al que nunca hubiera podido adaptarse tan rígido temple de soldado. La accidental cooperación con las *montoneras* de Güemes no acertó estas distancias. En el Sur, la Revolución tiene una órbita para el militar, otra para el caudillo. El militar es San Martín, Belgrano o Rondeau. El caudillo es Artigas, Güemes o López. Uno es el que levanta multitudes y las vincula a su prestigio personal y profético, y otro el que mueve ejércitos de línea y se pone con ellos al servicio de una autoridad civil.

En Bolívar ambas naturalezas se entrelazan, ambos ministerios se confunden. Artigas más San Martín: eso es Bolívar. Y aún faltaría añadir los rasgos de Moreno, para la parte del escritor y del tribuno. Bolívar encarna, en la total complejidad de medios y de formas, la energía de la Revolución, desde que, en sus inciertos albores, le abre camino como conspirador y como diplomático, hasta que, declarada ya, remueve para ella los pueblos con la autoridad del caudillo, infunde el verbo que la anuncia en la palabra hablada y escrita, la guía hasta sus últimas victorias con la inspiración del genio militar, y finalmente la organiza como legislador y la gobierna como político.

---

Valióle para tanto su natural y magnífica multiplicidad de facultades. El genio, que es a menudo unidad simplísima, suele ser también armonía estupenda. Veces hay en que esa energía

misteriosa se reconcentra y encastilla en una sola facultad, en una única potencia del alma, sea ésta la observación, la fantasía, el pensamiento discursivo, el carácter moral o la voluntad militante; y entonces luce el genio de vocación restricta y monótona, que, si nació para la guerra, guerrea silencioso, adusto e incapaz de fatiga, como Carlos XII, el de Suecia; si para el arte, pasa la vida, como Flaubert, en un juego de belleza, mirando con indiferencia de niño las demás cosas del mundo; y si para el pensamiento, vive en la exclusiva sociedad de las ideas, como Kant, en inmutable abstracción de sonámbulo. La facultad soberana se magnifica restando lugar y fuerza a las otras, y levanta su vuelo, como águila solitaria y señera, sobre la yerma austeridad del paisaje interior. Pero no pocas veces, lejos de obrar como potestad celosa y ascética, obra a modo de conjuro evocador o de simiente fecunda; para su confidencia y complemento, suscita vocaciones secundarias que rivalizan en servirla, y como si tras el águila del parangón se remontaran, de los abismos y eminencias del alma, otras menores que la hicieran séquito, la potencia genial se despliega en bandada de aptitudes distintas, que rompen concertadamente el espacio en dirección a una misma cúspide. A esta imagen corresponden los genios complejos y armoniosos; aquellos en quienes toda la redondez del alma parece encendida en una sola luz de elección; ya ocupe el centro de esa redondez la imaginación artística, como en Leonardo; ya la invención poética, como en Goethe; ya, como en César o Napoleón, la voluntad heroica. Tanto más gallardamente descuella la arquitectónica mental de estos espíritus múltiples, cuando la vocación o facultad que lleva el cetro en ellos —el *quilate-rey*, si recordamos a Gracián— halla cómo orientarse, de manera firme y resuelta, en una grande y concentrada obra, en una idea constante que le imprima fuerte unidad y en la que puedan colaborar a un mismo tiempo todas las aptitudes vasallas, de suerte que aparezca operando, en el seno de aquella unidad enérgica, la variedad más rica y concorde.

De esta especie genial era Bolívar. Toda actividad de su grande espíritu, toda manera de superioridad que cabe en él, se subordina a un propósito final y contribuye a una obra magna: el propósito y la obra del libertador; y dentro de esta unidad coparticipan, en torno a la facultad central y dominante, que es la de la acción guerrera, la intuición del entendimiento político, el poder de la aptitud oratoria, el don del estilo literario.

Como entendimiento político, nadie, en la revolución de América, lo tuvo más en grande, más iluminado y vidente, más original y creador; aunque no pocos de sus contemporáneos le excedieran en el arte concreto del gobierno y en el sentido de las realidades cercanas. Él, con más claridad que el presente, veía el porvenir. Desde Jamaica, en 1815, aun lejano y oscuro el término de la Revolución, escribe aquella asombrosa carta, ardiente de relámpagos proféticos, en que predice la suerte de cada uno de los pueblos hispanoamericanos después de su independencia, vaticinando así la vida de ordenado sosiego de Chile como el despotismo que ha de sobrevenir en el Plata con Rozas. El sistema de organización propuesto en 1819 al Congreso de Angostura manifiesta, a vuelta de lo que tiene de híbrido y de utópico, la crítica penetrante y audaz de los modelos políticos que proporcionaba la experiencia, y una facultad constructiva, en materia constitucional, que busca su apoyo en la consideración de las diferencias y peculiaridades del ambiente a que ha de aplicarse. Esta facultad toma aún mayor vuelo y carácter en la constitución boliviana, extendida luego al Perú, obra del apogeo de su genio y de su fortuna, donde los sueños de su ambición forman extraño conjunto con los rasgos de una inventiva innovadora que ha merecido la atención y el análisis de los constitucionalistas, como la idea de un "poder electoral", seleccionado del conjunto de los ciudadanos, en la proporción de uno por diez, al que correspondería elegir o proponer los funcionarios públicos.

Con estos planes constitucionales compartía la actividad de su pensamiento, en los días de la plenitud de su gloria, la manera de realizar su vieja aspiración de unir en firme lazo federal los nuevos pueblos de América, desde el Golfo de Méjico hasta el Estrecho de Magallanes. No concurre en el Libertador merecimiento más glorioso, si no es la realización heroica de la independencia, que la pasión ferviente con que sintió la natural hermandad de los pueblos hispanoamericanos y la inquebrantable fe con que aspiró a dejar consagrada su unidad ideal por una real unidad política. Esta idea de unidad no era en él diferente de la idea de la emancipación: eran dos fases de un mismo pensamiento; y así como ni por un instante soñó con una independencia limitada a los términos de Venezuela ni de los tres pueblos de Colombia, sino que siempre vió en la entera extensión del Continente el teatro indivisible de la Revolución, nunca creyó tampoco que la

confraternidad para la guerra pudiese concluir en el apartamiento que consagran las fronteras internacionales. La América emancipada se representó, desde el primer momento, a su espíritu, como una indisoluble confederación de pueblos: no en el vago sentido de una amistosa concordia o de una alianza dirigida a sostener el hecho de la emancipación, sino en el concreto y positivo de una organización que levantase a común conciencia política las autonomías que determinaba la estructura de los disueltos virreinos. En el Istmo de Panamá, donde las dos mitades de América se enlazan y los dos océanos se acercan, creía ver la situación predestinada de la asamblea federal en que la nueva anficiónía erigiese su tribuna, como la anficiónía de Atenas en el Istmo de Corinto. Desde que, ocupando a Caracas después de la campaña de 1813, gobierna por primera vez en nombre de América, asoma ya en su política esta idea de la unidad continental, que ha de constituir el supremo galardón a que aspire cuando vencedor y árbitro de un mundo. La realidad inmediata negóse a acoger su sueño: mil fuerzas de separación que obraban en el roto imperio colonial, desde la inmensidad de las distancias físicas, sin medios regulares de comunicación, hasta las rivalidades y las desconfianzas de pueblo a pueblo, ya fundadas en una relativa oposición de intereses, ya en el mantenimiento de prepotencias personales, volvían prematuro y utópico el grande pensamiento, que aun hoy se dilata más allá del horizonte visible; y ni siquiera la unidad parcial de Colombia alcanzó a subsistir. ¿Qué importa? La visión genial no dejaba de anticipar por ello la convergencia necesaria, aunque haya de ser difícil y morosa, de los destinos de estos pueblos: la realidad triunfal e ineluctable de un porvenir que, cuanto más remoto se imagine, tanto más acreditará la intuición profética de la mirada que llegó hasta él. En lo formal y orgánico, la unidad intentada por Bolívar no será nunca más que un recuerdo histórico; pero debajo de esta corteza temporal está la virtud perenne de la idea. Cuando se glorifica en Mazzini, en D'Azeglio o en Gioberti, la fe anunciadora y propagadora de la Italia una, no se repara en las maneras de unión que propusieron, sino en el fervor eficaz con que aspiraron a lo esencial del magno objetivo. Con más o menos dilación, en una u otra forma, un lazo político unirá un día a los pueblos de la América nuestra, y ese día será el pensamiento del Libertador el que habrá resurgido y triunfado, y será su nombre el que merecerá, antes que otro alguno, cifrar la

gloria de tan alta ocasión. El régimen del consulado vitalicio, que Bolívar preconizaba, no podía resolver, ni el problema de la confederación de estos pueblos, ni el de su organización interior. Era un desvirtuado simulacro de república; pero en este punto debe decirse que si Bolívar no llegó a la aceptación franca y cabal del sistema republicano, con su esencialísimo resorte de la renovación del cargo supremo, sostuvo siempre —y es indisputable gloria suya— el principio republicano en oposición a la monarquía, de cuyo lado lo solicitaban las opiniones más prudentes y valiosas, y que era el ideal de gobierno con que venía del Sur, en cumplimiento del programa político de Buenos Aires, la triunfadora espada de San Martín. La república íntegra y pura tuvo en la América revolucionaria, y desde el primer momento de la Revolución, un partidario fidelísimo y un mantenedor armado: nada más que uno, y éste fué Artigas; pero aun no se sabe bien, fuera del pueblo que vela dentro de su alma esa tradición gloriosa, porque acontece que algunos de los aspectos más interesantes y reveladores de la revolución del Río de la Plata, o no están escritos o no están propagados. Yo lo pensaba hace poco leyendo el resumen, admirable de perspicuidad y precisión, que de los orígenes de la América contemporánea hizo, en sus recientes conferencias de Madrid, el alto y noble talento de Rufino Blanco Fombona. Dícese allí que la revolución del extremo sur nació y se mantuvo en un ambiente de ideas monárquicas; y es relativa verdad, porque no se cuenta con Artigas, y la revolución del extremo sur, es, en efecto, una revolución monárquica, sin la acción excéntrica de Artigas, el removedor de la democracia de los campos, hostilizado y perseguido, como fiera en coso, por la oligarquía monarquista de los Posadas y los Pueyrredones, y despedazado e infamado luego, en historias efímeras, por los escritores herederos de los odios de aquella política oligárquica. Una fundamental revisión de valores es tarea que empieza en la historia de esta parte del Sur; y cuando esa revisión se haya hecho, mientras pasarán a segundo plano figuras pálidas y mediocres, se agigantará, como figura de América, la del caudillo de garra leonina que en 1813 levantaba, por bandera de organización, íntegra y claramente definido, el sistema republicano, que Bolívar opuso luego, aunque en menos genuina forma, al programa monárquico de San Martín.



Tratándose del Bolívar político, llega de suyo el tema de su ambición. Este rasgo es capital e inseparable de su imagen. Siempre formaré tan pobre idea del discernimiento histórico de quien se empeñe en presentar a Bolívar inmune de la pasión de mandar, como del grado de comprensión humana de quien le inicie por tal pasión un proceso que tire a empequeñecerle o macularle. Importa recordar, desde luego, que la perfección negativa, en el orden moral, no puede ser la medida aplicable a ciertas grandezas de la voluntad creadora, de igual manera que no lo es, en el orden estético, cuando se está delante de aquella fuerza de creación que da de sí *La Divina Comedia* o las estatuas de Miguel Ángel. La naturaleza no funde en sus moldes caracteres como los que cabe obtener por abstracción, eliminando y añadiendo rasgos, para componer el paradigma a un cuerpo de moral que satisfaga las aspiraciones éticas de una sociedad o de una escuela: funde la naturaleza caracteres orgánicos, en los que el bien y el mal, o los que luego ha de clasificar como tales el criterio mutable y relativo de los hombres, se reparten según una correlación en que obra una lógica tan cabal e imperiosa como la lógica del pensamiento discursivo, con que se construyen los sistemas de ética, aunque la una y la otra no se asemejen absolutamente en nada. Y si bien el análisis del criterio moral puede llegar lícitamente al carácter que modela la naturaleza, para señalar lo que halle en él de imperfecto, transportado al mundo de la libertad, nunca deberá extremarse en ese fuero cuando se encuentre frente a los grandes temperamentos personales, de eficacia avasalladora, ni deberá aspirar a ver desintegrada o enervada por un molde ideal de perfección facticia esa original estructura del carácter, cauce de piedra de la personalidad, donde reciben el pensamiento su troquel, y la acción el impulso con que se desata. Hay una manera de heroísmo en que la ambición es natural atributo. Quien dijera que la energía genial y el desinterés no caben en un centro, afirmaría una oposición sin sentido entre dos vagas abstracciones; pero quien dijera que cierto género de energía genial y cierto género de desinterés son términos naturalmente inconciliables, pondría la mano en una relación tan segura como la que nos autoriza a sentar que ningún animal carnívoro tendrá los dientes ni el estómago de los que se alimentan de hierbas, o que nunca pudo haber una especie en que se unieran, como en el grifo mitológico, la cabeza del águila con el cuerpo del león. Y si la energía genial es de aquel temple

que supone, como condición específica, la fe indomable en la virtud única y predestinada de la propia acción, y si con el nombre de desinterés se clasifica, no el fácil desarrimo respecto de egoísmos sensuales, sino el apartamiento de la obra cuando está inconclusa, y el desdén de la autoridad que trae en sí los medios de desenvolver la parte de obra que aún está oculta y recogida en las virtualidades de una iluminación visionaria, entonces es lícito afirmar que la convivencia de ambos caracteres implica contradicción. Un Bolívar que, después de la entrevista de Guayaquil, abandonara el campo a su émulo, o que, una vez consumada su obra militar, renunciara a influir decisivamente en los nuevos destinos de América, sería un contrasentido psicológico, un enigma irresoluble de la naturaleza humana. En cambio, estos desenlaces de renunciamiento son cosa espontánea y congruente en los héroes de la especie moral de San Martín. Espíritus de vocación limitada y reflexiva, la abnegación de un poder al que no les atrae ningún alto propósito que realizar viene después de la segura constancia con que han dado cima a un pensamiento único y concreto; y aquella condición encima de ésta cae como esmalte. Así, nada más natural, en uno y otro de los dos capitanes de América, que el voluntario eclipse y el mayor encendimiento de gloria con que resuelve sus opuestos destinos la histórica entrevista de 1822. Tiene el alejamiento de San Martín explicación en su noble y austera virtud, pero, en no menor parte sin duda, tiénela en las indeliberadas reacciones del instinto, y la había anticipado Gracián en el "Primor" décimocuarto de *El Héroe*, donde define el "natural imperio" y dice: "Reconocen al león las demás fieras en presagio de naturaleza, y sin haberle examinado el valor le previenen zalemas: así a estos héroes, reyes por naturaleza, les adelantan respeto los demás, sin aguardar la tentativa del caudal". Fuera de la actividad de la guerra, en la aspiración o el ejercicio del gobierno civil, la ambición de mando de Bolívar deja más libre campo a la controversia y a la crítica; pero aun en esta parte, nunca será legítimo juzgarla sino levantándose a la altura de donde se alcanza a divisar, infinitamente por encima de egoísmos vulgares, al héroe que persigue, con el sentimiento de una predestinación histórica, un grande objetivo, que estimula y realza su ambición personal. No significa este criterio que toda voluntad y todo paso del héroe hayan de concordar necesariamente con el fin superior que él trae al mundo, sin que la fe en sí mismo pueda

inducirle a aberración. No significa tampoco sostener la irresponsabilidad positiva del héroe ante la justicia de sus contemporáneos, ni su irresponsabilidad ideal para el fallo de la posteridad. Significa sólo conceder todo su valor a la indivisible unidad del carácter heroico, de modo que aquella parte de impureza que se mezcla acaso en el fermento eficaz no se presente a juicio abstraída de las otras, como el elemento material que, disociándose de un conjunto donde es virtud o sazón, para en crudo veneno. La muchedumbre que, válida de su instinto, a veces tan seguro como el mismo instinto del genio, se encrespa frente al héroe y le cruza el paso; el grupo de hombres de reflexión o de carácter, que opone a las audacias de la voluntad heroica las previsiones de su sabiduría o las altiveces de su derecho, tendrán o no razón contra el héroe: frecuente es que la tengan; pero el historiador que luego tienda la vista por el proceso de acciones y reacciones que entretejen la complejidad del drama humano, verá en la voluntad disparada del héroe una fuerza que, con las que se la asocian y las que la limitan, concurre a la armonía de la historia, y jamás confundirá los mayores excesos de esa fuerza con la baldía o perturbadora inquietud del héroe falso, que disfraza una ambición egoística y sensual en la mentida vocación de un heroísmo, simulando las guedejas del león sobre el pelo atusado de la raposa.

Tan interesante como la aptitud política es, entre los talentos accesorios del Libertador, la facultad de la expresión literaria. Su nombre, en este género de gloria, vive principalmente vinculado a la elocuencia ardiente y pomposa de sus proclamas y arengas, las más vibrantes, sin duda, que hayan escuchado, en suelo americano, ejércitos y multitudes. Pero ya, sin negar nuestra admiración a tan espléndida oratoria, muchos somos los que preferimos gustar al escritor en la literatura, más natural y suelta, de sus cartas. Las proclamas y arengas, como cualquiera análoga especie literaria, en que el énfasis del acento y el aparato de la expresión son caracteres que legitima la oportunidad, tratándose de solicitar el efecto presentáneo y violento en la conciencia de las muchedumbres, se marchitan de estilo mucho más que la obra acrisolada y serena y que la íntima y espontánea. Por otra parte, en la trama de esos documentos oratorios suele mezclar sus hebras desteñidas y frágiles el vocabulario de la retórica política, que es la menos

poética de las retóricas, con sus vaguedades y abstracciones y sus maneras de decir acuñadas para socorro común en las angustias de la tribuna; y así, en las proclamas y arengas del Libertador, el relámpago genial, la huella leonina, la imagen, la frase o la palabra de imperecedera virtud, resaltan sobre el fondo de esa declamaciónseudoclásica, adaptada al lenguaje de las modernas libertades políticas, que, divulgándose en los libros de Raynal, de Marmontel y de Mably y en la elocuencia de montañeses y girondinos, dió su instrumento de propaganda a la revolución de 1789 y lo dió después, de reflejo, a nuestra revolución hispanoamericana. Este inconsistente barro, en manos de Bolívar, es material que modela un artífice de genio, pero barro al fin. En cambio, en las cartas la propia naturaleza del género mantiene un aire de espontaneidad, que no excluye, por cierto, ni la elocuencia ni el color. Ya abandonadas y confidenciales; ya acordadas a un tono algo más lírico u oratorio, si la ocasión lo trae de suyo; ya dando voz a las concentraciones de su pensamiento, ya a los aspectos de su sensibilidad, radiante o melancólica, las cartas forman interesantísimo conjunto. La imagen nueva y significativa realza a menudo la idea: "Estábamos como por milagro (escribe en 1826) sobre un punto de equilibrio casual, como cuando dos olas enfurecidas se encuentran en un punto dado y se mantienen tranquilas, apoyada una de otra, y en una calma que parece verdadera, aunque instantánea: los navegantes han visto muchas veces este original". — Hay soberanos arranques de personalidad, como éste de la carta en que repudia la corona real que le ha propuesto Páez: "Yo no soy Napoleón, ni quiero serlo. Tampoco quiero imitar a César; menos aún, a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, me es imposible degradarlo". — Otras veces, subyuga la atención el brío con que está sellada la sentencia: "Para juzgar bien de las revoluciones y de sus actores, es preciso observarlas muy de cerca y juzgarlos muy de lejos". — "Sin estabilidad, todo principio político se corrompe y termina por destruirse." — "El alma de un siervo rara vez alcanza a apreciar la sana libertad: se enfurece en los tumultos o se humilla en las cadenas."

Pérdidas de que nunca nos consolaremos han mermado este precioso tesoro de sus cartas; pero tal como se le conserva, es, no sólo el indeleble testimonio del grande escritor que hubo en

Bolívar, sino también el más entero y animado trasunto de su extraordinaria figura. El poema de su vida está allí. Y en verdad ¡qué magnífico poema el de su vida, para esa estética de la realidad y de la acción que hace de una vida humana un poema plástico!... Nadie la vivió más bella, y aun se diría, en sublime sentido, más dichosa; o más envidiable, por lo menos, para quien levante por encima de la paz del epicúreo y del estoico su ideal de vivir. Los ojos de la virgen fantasía, por donde llega la luz del mundo a despertar la selva interior, abiertos en el maravilloso espectáculo de aquella aurora del siglo XIX, que desgarró la continuidad realista de la historia con un abismo de milagro y de fábula; para temple del corazón, un amor malogrado, en sus primicias nupciales, por la muerte: una pasión insaciada, de esas que, dejando en el vacío el desate de una fuerza inmensa, la arrojan a buscar desesperadamente nuevo objeto, de donde suelen nacer las grandes vocaciones; venida de aquí, la revelación íntima del genio, y para empleo e incentivo de él, la grandiosa ocasión de una patria que crear, de un mundo que redimir. Luego, el arrebato de diez años de esta gigantesca aventura, mantenida con satánico aliento: la emoción del triunfo, cien veces probada; la de la derrota, cien veces repetida; el escenario inmenso, donde, para imagen de esas sublimes discordancias, alternan los ríos como mares y las montañas como nubes, el soplo calcinante de los llanos y el cierzo helado de los ventisqueros; y al fin, el flotante y fugitivo sueño que se espesa en plástica gloria: el paso por las ciudades delirantes, entre los vítores al vencedor; las noches encantadas de Lima, donde un lánguido deliquio entreabre la marcialidad de la epopeya, y la hora inefable en que, desde la cúspide del Potosí, la mirada olímpica se extiende sobre el vasto sosiego que sigue a la última batalla... ¿Queda más todavía? La voluptuosidad amarga que hay en sentir caer sobre sí la Némesis de las envidias celestes: la proscripción injusta e ingrata, de donde sabe exprimir la conciencia de los fuertes una altiva fruición: cuerda de ásperos sonos que no pudo faltar en esa vida destinada a que en ella vibrase la más compleja armonía de pasión y belleza. Almas para estas vidas trajo aquel asombroso tiempo suyo, que renovó con un soplo heroico y creador las cosas de los hombres y dió a la invención poética el último de sus grandes momentos que merezcan nota de clásicos. Cuando la explosión de personalidad y de fuerza halló cómo dilatarse en el sentido de la acción, suscitó los prodigios

del endiosamiento napoleónico, con sus reflejos de soldados que se coronan reyes. Cuando hubo de consumirse en imágenes e ideas, engendró el ansia devoradora de René, la soberbia indómita de Hércules, o la majestad imperatoria de Goethe. Jamás, desde los días del Renacimiento, la planta humana había florecido en el mundo con tal empuje de savia y tal energía de color. Y el Renacimiento ¿no se llama, para la historia americana, la Conquista? Y entre los hombres del Renacimiento que conquistaron a América, o la gobernaron todavía esquiva y montaraz, ¿no vinieron hidalgos del solar de los Bolívares de Vizcaya, cuyo blasón de faja de azur sobre campo de sinople, había de trocarse, en su posteridad, por un blasón más alto, que es la bandera de Colombia?... Cuando se ilumina este recuerdo, la vocación heroica lanzada a destrozar el yugo de la Conquista se representa en la imaginación como si el genio de aquella misma sobrehumana gente que puso por sus manos el yugo despertase, tras el largo sopor del aquietamiento colonial, con el hambre de la aventura y el ímpetu en que acaba el desperezo felino. El Libertador Bolívar pudo llamarse también el Reconquistador.

Corría el final de 1826. En la cúspide de los encumbramientos humanos, numen y árbitro de un mundo, volvía Bolívar a Colombia para asumir el mando civil. Pronto la embriaguez del triunfo y de la gloria había de trocarse en la "embriaguez de absintio" de que hablan los trenos del Profeta. Todo lo que resta de esa vida es dolor. Aquella realidad circunstante, que él había manejado a su arbitrio mientras duró su taumaturgia heroica; ple-gándola, como blanda cera, al menor de sus designios; sintiéndola encovarse, para que él se encaramara a dominar, como sobre el lomo de su caballo de guerra, y viéndola dar de sí la maravilla y el milagro cuando él los necesitaba y evocaba, se vuelve, desde el preciso punto en que la epopeya toca a su término, rebelde y desconocedora de su voz. Antes las cosas se movían en torno de él como notas de una música que él concertaba, épico Orfeo, en armonía triunfal: ahora quedarán sordas e inmóviles, o se ordenarán en coro que le niegue y denigre. Lógica y fatal transición, si se piensa. Esa realidad social que le rodeaba, esa América amasada a fuego y hierro en las fraguas vulcánicas del Conquistador, escondía, cuando sonó la hora de su revolución, bajo el aparente

enervamiento servil, un insondable poso de voluntad heroica, de virtualidades guerreras, acrisoladas por su propio letargo secular, como el vino que se añeja en sombra y quietud. Apenas llegó quien tenía la palabra del conjuro, toda aquella efervescencia adormida salió a luz, capaz de prodigios: en el genio agitador y guerrero halló entonces la realidad el polo que la imantase según las afinidades de su naturaleza; y allí adonde el genio fué, la realidad le siguió y obedeció con anhelo filial. Pero, consumada la parte heroica, la obra que esperaba al héroe, a la vuelta del triunfo, como las preguntas de la Esfinge, era la manera de asimilar, de organizar, el bien conquistado: de desenvolver, por la eficacia del valor civil y de la sabiduría política, aquel germen precioso, aunque en pura potencia, que el valor militar y la inspiración de las batallas habían conquistado, menos como premio disfrutable que como promesa condicional y relativa. Y para semejante obra no había en la realidad más que disposiciones adversas; no había en el carácter heredado, en la educación, en las costumbres, en la relación geográfica, en la económica, más que resistencia inerte u hostil. Fundar naciones libres donde la servidumbre era un tejido de hábitos que espesaban y arreciaban los siglos; naciones orgánicas y unas, donde el desierto ponía entre tierra y tierra habitada más tiempo y azares que la mar que aparta a dos mundos; infundir el estímulo del adelanto donde confinaban con la hosquedad de la barbarie el apocamiento de la aldea; formar capacidades de gobierno donde toda cultura era una superficie artificial y tenuísima; hallar resortes con que mantener, sin la represión del despotismo, un orden estable: tal y tan ardua era la obra. El conflicto de fin y medios que ella planteaba, a cada paso, en la realidad externa, no perdonaba al mismo espíritu del obrero, del Libertador, mucho más predestinado para héroe que para educador de repúblicas; mucho más grande, en sus designios políticos, por la iluminada visión del término lejano y la soberana potencia del impulso inicial, que por el esfuerzo lento y oscuro con que se llega de este a aquel extremo en las empresas que son de resignación, de cautela y de perseverancia. Junto a estos obstáculos esenciales, quedaban todavía los que accidentalmente encrespaba la ocasión: quedaba aquella impura hez que deja al descubierto la resaca de las revoluciones: las energías brutales que se adelantan a primer término; los calenturientos delirios que se proponen por ideas; la ambición, que pide el precio usurario

de su anticipo de valor o de audacia, y la exacerbada insolencia de la plebe, que recela el más legítimo uso del poder en el mismo a quien ha tentado, o tentará mañana, con los excesos brutales de la tiranía.

Desde sus primeras horas de gobierno, Bolívar tiene en torno suyo la desconfianza, el desvío, y muy luego, la conspiración que le amaga; mientras en el fondo de su propia conciencia él siente agitarse aquella sombra que, excitada por la hostilidad prematura y violenta, pone en sus labios la confesión viril del mensaje en que ofrece al Congreso su renuncia: "Yo mismo no me siento inocente de ambición". No habían pasado de esto dos años y la autoridad que investía no era ya el mandato de las leyes, sino el poder dictatorial. La organización política que dejara fundada, con el omnipotente prestigio de sus triunfos, en el Perú y Bolivia, se deshace en su ausencia; los intereses y pasiones toman allí otros centros, que tienden al desquite de aquella sumisión servil a las ideas y las armas del Libertador, encelando el espíritu de autonomía, y la guerra estalla entre Colombia y el Perú. Él había soñado en congregar las naciones creadas por su genio, en nueva liga anfictiónica; y aun no bien constituidas, peleaban entre sí, como desde el vientre de la madre pelearon los hijos de Rebeca. Entretanto, en Colombia, la exacerbación de la discordia civil llegaba hasta armar el brazo de los conjurados que, en la noche del 25 de septiembre de 1828, asaltando la casa de Bolívar, intentan dirigir sus puñales al pecho del Libertador. Y mientras la frustrada conspiración de sus enemigos deja en su pecho, si no la herida sangrienta, la amargura de tamaña iniquidad, el conciliábulo de sus propios parciales hace relucir afanosamente ante sus ojos tentaciones monárquicas que él sabe rechazar con imperturbable conciencia de su dignidad y de su gloria. Merced a esta firmeza, no surge de tanto desconcierto una completa ruina de las instituciones democráticas; pero persiste la aciaga fatalidad de la dictadura, donde por fuerza había de amenguarse la talla del héroe, en ministerio indigno de su altura moral. La rebelión contra el gobierno de hecho se desata en Popayán, con López y Obando; más tarde en Antioquia, con Córdoba; y no es reducida sino a costa de sangre, que fomenta los odios. Ni acaban las calamidades en esto. En 1829, lograda ya la paz con el Perú, cosa aún más triste y cruel sucede a aquella guerra fratricida: Venezuela se aparta de la unión nacional que, diez años antes, completó los

laureles de Boyacá; la unidad de Colombia perece, y el grito de esa emancipación llega a los oídos de Bolívar coreado por el clamor furioso y procaz con que, desde la propia tierra en que nació, enceguecidas muchedumbres le acusan y exigen de la Nueva Granada su anulación y su destierro. La estrella de Bolívar ha tocado en la sombra que la anegará; su ruina política es, desde ese momento, inconjurable. En enero de 1830 abría sus sesiones la asamblea llamada a restaurar el orden constitucional, y el Libertador abandonaba el poder y se retiraba, aunque todavía sin franco ánimo de obscurecerse, a su quinta de las vecindades de Bogotá, de donde salió muy luego para Cartagena, en alejamiento que había de ser definitivo. Ni la salud ni la fortuna iban con él, como prendas salvadas del naufragio. Flaqueábale el cuerpo, herido de irremediable mal del pecho, que estampaba ya en su exterior los signos de una vejez prematura. De la heredada riqueza no quedaba nada: toda la habían consumido entre la abnegación y el abandono. En cuanto a penas del alma, cruzaban sus dardos sobre él las del dolor desinteresado, como de padre o de maestro, y las del dolor egoístico de la ambición rota y afrentada. Y ni aun en el pensamiento del porvenir había refugio a tanto dolor, porque lo más triste de todo es que Bolívar vivió el escaso resto de sus días en la duda de la grandeza de su obra y la desesperanza de los destinos de América. Por si alguna chispa de fe pudiera alentar bajo estas cenizas, no tarda mucho tiempo en persuadirse de que su ostracismo no tendrá siquiera la virtud de restablecer el sosiego. Harto a menudo, un ruido de armas removidas, allí donde hay guarnición de soldados, anuncia, no, como un día, la gloria de la guerra, sino la vergüenza del motín: los restos del ejército que había libertado un mundo se disolvían en esa agitación miserable. De los vecinos pueblos hispanoamericanos llegaba el eco de parecidas turbulencias. Y como si todo este espectáculo de la América anarquizada y en delirio, necesitara, para herir a Bolívar más de agudo, condensarse en un solo hecho atroz, que colmase las ingratitudes y las subversiones y le traspasara a él en el centro de sus afectos, pronto había de saber el vil asesinato de Sucre, el preclaro mariscal de Ayacucho, cazado, como un vulgar malhechor, en un desfiladero de los Andes, sin que fuese escudo a la saña de la demagogia la gloria militar más austera y más pura de la revolución de América. Amarguísima carta escrita en aquella ocasión por Bolívar trasluce hasta qué punto extremó su desaliento

ese crimen. Tal es la situación de su ánimo, cuando se oye llamar de Bogotá, donde el gobierno de Mosquera ha sido derribado y el motín triunfante quiere la vuelta del Libertador. Un último encrespamiento de su instinto de dominación y de su fe en sí mismo le estremece, y por un instante vuelve los ojos a los que le llaman; pero luego que advierte como es la sedición militar la que, sin conocida sanción de los pueblos, le tienta con un poder arrebatado a sus poseedores legítimos, recobra su voluntad de apartamiento y su actitud estoica, y altivo arranque de su dignidad le libra de romper aquel solemne ocaso de su vida con las vulgares pompas de un triunfo de pretor. Agravado su mal, trasládase en el otoño de 1830 a Santa Marta. Allí, donde dieciocho años antes tomó el camino de sus primeras victorias; allí, arrullado por el trueno del mar, espera la cercana muerte, epilogando como el mar, con la tristeza de una calma sublime, la sublimidad dinámica de sus desates tempestuosos. Su espíritu, purificado y aquietado, sólo tiene, en aquellas últimas horas, palabras de perdón para las ingratitudes, de olvido para los agravios, y votos de concordia y amor para su pueblo. Pocos hombres vivieron, en el torbellino de la acción, vida tan bella; ninguno murió, en la paz de su lecho, muerte más noble. Comenzaba la tarde del 17 de diciembre de 1830 cuando Simón Bolívar, Libertador de América, rindió el último aliento.

Había dado a los nuevos pueblos de origen español su más eficaz y grande voluntad heroica, el más espléndido verbo tribunicio de su propaganda revolucionaria, la más penetrante visión de sus destinos futuros, y concertando todo esto, la representación original y perdurable de su espíritu en el senado humano del genio. Para encontrarle pares es menester subir hasta aquel grupo supremo de héroes de la guerra, no mayor de diez o doce en la historia del mundo, en quienes la espada es como demiurgo innovador que, desvanecida la efímera luz de las batallas, deja una huella que transforma, o ha de transformar en el desenvolvimiento de los tiempos, la suerte de una raza de las preponderantes y nobles. ¿Qué falta para que en la conciencia universal aparezca, como aparece clara en la nuestra, esa magnitud de su gloria? Nada que revele de él cosas no sabidas ni que depure o interprete de nuevo las que se saben. Él es ya del bronce frío y perenne, que ni crece, ni mengua, ni se muda. Falta sólo que se realce el pedestal. Falta que subamos nosotros, y que con nuestros hombros

encumbrados a la altura condigna, para pedestal de estatua semejante, hagamos que sobre nuestros hombros descuelle junto a aquellas figuras universales y primeras, que parecen más altas sólo porque están más altos que los nuestros los hombros de los pueblos que las levantan al espacio abierto y luminoso. Pero la plenitud de nuestros destinos se acerca, y con ella, la hora en que toda la verdad de Bolívar rebose sobre el mundo.

Y por lo que toca a la América nuestra, él quedará para siempre como su insuperado Héroe Epónimo. Porque la superioridad del héroe no se determina sólo por lo que él sea capaz de hacer, abstractamente valoradas la vehemencia de su vocación y la energía de su aptitud, sino también por lo que da de sí la ocasión en que llega, la gesta a que le ha enviado la consigna de Dios; y hay ocasiones heroicas que, por trascendentes y fundamentales, son únicas o tan raras como esas celestes conjunciones que el girar de los astros no reproduce sino a enormes vueltas de tiempo. Cuando diez siglos hayan pasado; cuando la pátina de una leyendaria antigüedad se extienda desde el Anáhuac hasta el Plata, allí donde hoy campea la naturaleza o cría sus raíces la civilización; cuando cien generaciones humanas hayan mezclado, en la masa de la tierra, el polvo de sus huesos con el polvo de los bosques mil veces deshojados y de las ciudades veinte veces reconstruidas, y hagan reverberar en la memoria de hombres que nos espantarían por extraños, si los alcanzáramos a prefigurar, miríadas de nombres gloriosos en virtud de empresas, hazañas y victorias de que no podemos formar imagen: todavía entonces, si el sentimiento colectivo de la América libre y una no ha perdido esencialmente su virtualidad, esos hombres, que verán como nosotros en la nevada cumbre del Sorata la más excelsa altura de los Andes, verán, como nosotros también, que en la extensión de sus recuerdos de gloria nada hay más grande que Bolívar.

1911.

## UNA NOVELA DE GALDÓS<sup>1</sup>

*A Eduardo Ferreira.*

La más excelsa de las facultades del artista es la que, haciéndole sólo partícipe, entre los hombres, de un sublime atributo de la Divinidad, le convierte en generador de seres vivos, sobre los que no tiene poder la codiciosa mano de la Naturaleza y que no han de ser gobernados por otra ley que la que en el instante de la concepción les fija e impone el creador impulso de su albedrío. Arrebatarse el fuego sagrado que enciende la llamarada de la vida será siempre la insaciable aspiración, la martirizadora inquietud del arte grande, titán rebelde para quien la Naturaleza, dueña de la vida, desempeña el papel del tirano Júpiter del mito. Si se concede que las almas de artistas componen, dentro de la humanidad, una aristocracia, un patriciado de las almas, la aristocracia mejor, la superioridad jerárquica entre esas almas, fuerza es reconocerla a las que crean, a aquellas a quienes ha sido concedido el don genial de la invención. Hay las que alcanzan a crear un héroe inmortal, o una acción imperecedera en la que intervienen varios héroes, dotados todos ellos de eterna vida; y hay, por encima de éstas, las que vivifican series enteras de ficciones, "multitudes de almas"; las que realizan, con su inmensa obra, un mundo dentro del mundo; aquellas que parecerían inspiradas por una sublime envidia de la Naturaleza y de su infinita capacidad creadora.

Comunicar individualidad y ser inextinguible a un alma distinta de la nuestra, en la que no reproduzcamos, al idearla, ni nuestro carácter ni nuestras pasiones, y cuya vida ficticia haya de ser tan palpitante y tan intensa como la de las criaturas de la realidad, y aun, sin llegar a tanto, volcar el alma propia en la en-

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

voltura de un héroe imaginado que la perpetúe y la levante sobre la miserable fragilidad de la arcilla de que estamos hechos, como se perpetúa el alma satánica de Byron en sus Corsarios y sus Laras, es ya ser un creador. Pero llamarse Shakespeare, Molière, Walter Scott, Dickens, Balzac, y dar ser y movimiento, con soberano empuje, a una multitud entera, en la que, como en abreviada imagen o compendio del conjunto humano, aparezcan, con todos los caracteres de lo real, las fases luminosas de la existencia y sus sombras, la virtud y el vicio, el odio y el amor, las pasiones buenas y las malas, es para mí tan alto y portentoso triunfo, que pienso que el orgullo humano no puede aspirar a una más completa y deslumbradora realidad de la tentación del Paraíso: *Seréis como dioses*, porque dentro de nuestra condición no cabe mejor ni más cumplida manera de crear.

Dos clasificadores laboriosos —Mrs. Cristophe y Cerfber— penetraron, no ha mucho tiempo, en profundidad de la obra inmensa del creador de *Eugenia Grandet* y *El padre Goriot*, y presentaron luego a los dos mil personajes que tejen la trama de aquella inmortal epopeya de la realidad, cuidadosamente ordenados, estudiados y descritos, como en los diccionarios biográficos de hombres célebres, en un voluminoso *Repertorio de "La Comedia humana"*. Algo semejante se hará en el futuro ordenando la multitud varia y enorme de *Les Rougon Macquart*; algo semejante se ha hecho ya acaso con Dickens; y análoga tarea de clasificación y de estudio realizará algún día la erudición española con ese otro mundo formidable e inmenso de Galdós, que abarca, desde la pintoresca muchedumbre de los *Episodios*, hasta el revuelto mar de la vida contemporánea, palpitante en la cavidad de cien novelas.

¡Mundo verdaderamente inmenso y formidable! Respecto de Galdós, y limitando esta observación a los contemporáneos nuestros, yo sólo me atrevería a señalar en Zola y en Tolstoi (invertid, si os place, el orden en que he escrito esos dos nombres, y acaso haréis justicia) ejemplos de una superioridad de fuerza creadora. Y avanzando más, yo no me comprometería a encontrar en la novela contemporánea, nombres que, fuera de esos dos, merezca estar más alto. Es cierto que esta superioridad podría ser victoriosamente impugnada, valga el ejemplo, por los adoradores de Daudet (ídolo mío, aunque no para las ocasiones de las plegarias grandes), en cuanto a la espiritualidad, a la gracia, a la

fineza, al hábil arte de contar, a todas esas condiciones que, dentro de la novela española, podríamos llamar *alarcomianas*, consagrando de nuevo un calificativo que ya tiene su significación distinta y peculiar en la tradición del viejo teatro; pero para mí es indudable que el arte de Galdós respira en un ambiente más amplio y más abierto que el del autor de *Numa Roumestan*; en un ambiente donde se escucha más cercano aquel soplo de augusta y bienhechora libertad que azota las ásperas cumbres de Cervantes y Shakespeare. — Es cierto, también, que en su filosofía de moralista y de *sociólogo* echará acaso de menos el lector devoto de Tolstoi, la originalidad profunda, la innovadora audacia, el sello personal, la profética intuición de lo distante; pero hay en ella un hermoso sentimiento de amor, un grande instinto de justicia, y hay un criterio constantemente límpido, un criterio ecuánime y sereno, en el que el *buen sentido* deja de ser vulgar y se convierte en fuente de sana y apacible hermosura. — Es cierto, todavía, que fuera vano buscar, en los procedimientos de su estilo, la cultura preciosa, el estudio hondo y sutil de los secretos musicales de la expresión, ni de la plasticidad virtual de la palabra; o aquel trabajo de perfección y exactitud que conduce, por ejemplo, a la prosa tersa y transparente de *Madame Bovary* o de *Pépita Jiménez*; pero sería difícil hallar, entre los contemporáneos, quien tuviese más identificado con la esencia de su naturaleza literaria, ese grande arte de la "naturalidad exterior", no concedido a muchos de los más jurados naturalistas; el arte de la grande, humana y conmovedora sencillez, que habla a todos embelleciendo el lenguaje de todos, y que llega a inspirar, aun a los refinados y los exquisitos, el envidioso sentimiento de Diógenes, cuando arrojó de sí la copa hermosamente trabajada, viendo al pastor beber el agua en el hueco de su mano.

Y en la grandeza cuantitativa, y en el inmenso efecto de conjunto, de la obra, sólo el maestro de Medán puede reivindicar, sobre Galdós, el primado entre los contemporáneos. Con nunca interrumpido impulso, la ciudad interior de esa estupenda fantasía se puebla de nuevas torres y de nuevas gentes. La fecundidad, que es la más relativa de las cualidades literarias, equivale a la posesión de un don altísimo cuando escribir significa crear. Mediana condición en el viejo Dumas, es maravilla en Balzac y en Dickens. La fecundidad de Galdós es de la alta calidad de la de estos últimos; es de las positivas y las grandes, porque es de las

que responden a esa irresistible necesidad de producción que se manifiesta con el poderoso empuje de un organismo que desempeña la ley de su naturaleza.

Plantea uno de los personajes de *L'Immortel* de Daudet esta cuestión interesante: —Si acaso Robinsón hubiera sido artista, poeta, escritor, ¿hubiera creado en la soledad, hubiera producido? — Y al doblar de la página, otro de los personajes de la novela —el artista Vedrine— resuelve la cuestión contestando a quien le pregunta por qué trabaja si no ama el aplauso ni la gloria. “—Pues por mí —dice el noble escultor—, por mi gusto personal, por la necesidad de crear, de espontanearme.” — He ahí la brava respuesta de un artista de raza. Imaginad al autor de los *Episodios* en la isla desierta, y su vena asombrosa podría agotarse por la imposibilidad de la observación social, perenne venero de su arte, pero no por falta de estímulos creadores. Don Pedro Antonio de Alarcón personificó en el triste ocaso de su vida, y personifica Tamayo en las contemporáneas letras de España, ese raro dominio de la voluntad sobre la energía instintiva de la vocación, que es necesario para que se condene o se resigne a la inactividad y al silencio el artista que todavía es capaz de producir. Perdamos el temor de que Galdós, aun cuando un día la decepción llegue a su espíritu, encuentre en su voluntad la misma fuerza. ¡Ah, no! El grande y querido maestro no se llevará consigo a la tumba —como se jactaba de hacerlo, en su retraimiento soberbio y melancólico, el autor de *El sombrero de tres picos*— personajes íntimamente delineados que no se hayan hecho carne en el papel. Galdós se acompañará siempre de nosotros, los lectores, para las confidencias de su fantasía.

Aun duraba en nosotros la vibración de la lectura de *Nazarín* y de *Halma*. Y he aquí que un grupo nuevo y pintoresco, lleno de resalte, de color y de vida, desciende ahora de las fraguas del gran novelador, a incorporarse en el conjunto de su muchedumbre imaginada. Observémoslo.

Señala un crítico sagaz, a propósito también de *Misericordia*, y entre las similitudes que enlazan el genio del profundo observador de las *Novelas contemporáneas* con el de las *Escenas de la vida parisiense*, el interés concedido por ambos grandes artistas de la realidad al problema de las dificultades materiales de la vida, como anchuroso campo de observación y rica materia

*novelable*, siempre fecunda en dramática virtualidad. Muchas son, efectivamente, las novelas de Galdós que giran alrededor del problema económico en la vida burguesa. *Misericordia* puede contarse entre las más originales y más hermosas novelas de este grupo; pero, además, están comprendidos, en la extensión de realidad en que se desarrolla, ciertas extremas regiones de la inferioridad social, ciertos círculos del infierno de la humillación y el abandono, a que había descendido pocas veces el espíritu del autor de *La Desheredada*.

Considerándola con el criterio realista, es el poema prosaico de la escasez y la miseria; de la miseria, en sus manifestaciones, moral y materialmente, más despiadadas y más duras: desde la osada y franca que se personifica en *Almudena*, en *Pulido*, en la *tía Burlada* —en la turba famélica “que acecha, a la puerta de los templos, el paso de la caridad”—, hasta la tímida y vergonzante que se oculta en el desolado retiro de doña Francisca Juárez de Zapata —la empobrecida señora que vive, sin saberlo, de la caridad que implora para ella a los feligreses de San Sebastián una criada compasiva—; o se parapeta tras la elegancia marchita y la mal simulada distinción de don Francisco Ponte, curiosísimo ejemplar de *lyon* caduco, tragicómico traicionado de la fortuna, galán venido a menos, que disfraza los rigores de su decadencia lastimosa salvando con esfuerzo heroico las apariencias de su dignidad pasada y recordando, melancólicamente, sus aventuras de mundano y sus buenos éxitos de declamador en las románticas tertulias de los tiempos de *Flor de un día*.

Pero, además de llevar en sus entrañas la prosa verdadera de la pobreza miserable, lleva también la nueva novela de Galdós la balsámica poesía de la misericordia. Encarna esta poesía en la figura, a veces vulgar, a veces sublime, de una anciana humilde y piadosa, que, con la abnegación del oscuro y anónimo soldado para quien no se cosechan, después del combate, los laureles, es heroína y mártir en la batalla de la vida. Yo no vacilo en poner esta grande alma imaginada en el número de las más preciosas creaciones de quien ha dado al arte tantas otras que no morirán. Sí; la *Nina* de Galdós es una figura que yo igualaría, sin vacilaciones, a las más originales, a las más nuevas, a las más llenas de interés y más radiantes de hermosura, que sea dado encontrar en el *santoral* realista...; porque también tiene el realismo su santoral: el de los héroes moralmente hermosos



que han sido amasados con el barro de la verdad y la vulgaridad humanas. Como en la "Félicité" de Flaubert, la vulgaridad tiene en ella el artístico precio que da valor a la tosquedad del material en que ha de trabajarse, cuando esa tosquedad es necesaria o conveniente al efecto que se procura. La ignorancia de la propia sublime abnegación; la naturalidad en la práctica del sacrificio, como en la de cualquier acto trivial y usado de la vida; la conformidad, de mártir o de inconsciente, para admitir la ingratitud y resignarse a la injusticia de la pena, son otros tantos elementos que, empujando intelectualmente la figura de Nina, la realzan, por lo mismo, y la engrandecen moralmente, hasta tocar en los límites de la sublimidad.

Nunca de manera más oportuna que a propósito de esta figura de Galdós podría señalarse —como Menéndez Pelayo en la del *Pae Apolinar* que imaginó el gran novelador de la Montaña— "aquel sello de primitiva grandeza que realza a la fuerza del bien cuando se desenvuelve sin conciencia de sí propia". Y la absoluta y constante sencillez, la nunca interrumpida llaneza del cauce prosaico en que esta mansa onda de belleza moral se desenvuelve, hacen que ella penetre y se insinúe de tan suave y tan callada manera en el ánimo del lector, que no es sino después de haber avanzado un tanto en la acción de la novela, cuando él repara que ha debido adorar, desde las primeras páginas, la adorable santidad del alma de Nina. ¡Arte grande y hermoso —aun para los que nos encontraríamos, haciendo examen de conciencia, un poco amigos de lo refinado y de lo extraño—, el que consiste en obtener y realizar, sin salirse de los medios sencillos que ofrecen los aspectos comunes de las cosas, las grandes energías dramáticas y los grandes efectos! ¿No ha definido Galdós uno de los caracteres y uno de los secretos peculiares de su talento poderoso, cuando habla, a propósito de la singular fachada del templo en que comienza la acción de su novela, de la necesidad de encontrar y percibir "el encanto y la simpatía que fluyen, a modo de tenue fragancia, de las cosas vulgares, o de algunas de las infinitas cosas vulgares que hay en el mundo"?

Después de la de Nina, la figura dominante del cuadro es, sin duda, la del moro ciego y mendicante, para quien ella, en medio de las angustias con que atiende al socorro de su propia ama desvalida, encuentra todavía tesoros de amor, tesoros de

caridad, en su infinita espontaneidad piadosa. Bien trazado está este personaje, aparentemente fácil de presentar y virtualmente rico en fuerza e interés, pero, en realidad, difícil y de delicado empeño, si se atiende a la obra magistral que ha sido necesaria para conciliar, en su sencillo carácter, con la exactitud del estudio la belleza moral y la simpatía, y en su propio informe lenguaje, la naturalidad y la verdad con el efecto artístico que no marra nunca en la pintoresca incorrección de sus palabras. El nuevo libro llega así a valer tanto, en las páginas que Nina y Almudena motivan, como la obra de su grande stirpe novelista a que más íntimamente se parece: tanto como *Nazarín*. Y la pasión del ciego por la anciana misericordiosa —de la que sólo puede adorar el alma abnegada, a la que acaso imagina dueña de una envoltura digna de ella por la juventud y la hermosura— hace pensar en la idea de que fluye la profunda belleza ideal de *Marianela*. Como Pablo Penáguilas, el moro de *Misericordia* cree instintivamente en la armonía necesaria de la belleza del alma y la del cuerpo. Y ciego para la realidad corpórea, la sombra eterna de sus ojos se convierte para él, como para el enamorado de Marianela, en la dicha de poder amar plenamente —con el alma, con los ojos, únicos en él sensibles, del espíritu— lo que sólo para el espíritu es amable.

Son, sin duda, esos dos magistrales caracteres, lo más hermoso, lo más profundamente interesante, lo de mayor empeño en el libro; pero además, en lo accidental, en lo formal, en los episodios, en el diálogo, en las descripciones —lo diré antes de señalar el mérito y verdad de algunas de las figuras secundarias—, ¡cuánto hay que notar y que aplaudir; cuánto hay que irresistiblemente detiene la atención de la crítica *acusadora* de bellezas! Admirable es, en las primeras páginas, la descripción de la estampa caricaturesca de la iglesia de San Sebastián, "fea y pedestre como un pliego de aleruyas, o como los romances de ciego"; risible preciosidad arqueológica, ante la cual el Galdós que recibió en herencia del "Curioso Parlante" la pasión local y la manía escudriñadora del viejo Madrid, encuentra, para abogar por la conservación de aquella vieja reliquia, la razón ingeniosa de que "la caricatura monumental también es un arte". Prodigiosos, como imitación artística del lenguaje zafio y plebeyo, son algunos de los *parlamentos* de las mendigas, y están divinamente trazadas sus figuras. Hay grande habilidad en el

relato del pavoroso descenso de la empobrecida ama de Nina. Tiene un brillante colorido, legendario y fantástico, la relación de las visiones y las ceremonias supersticiosas del moro. Y admirables de estudio y de observación, y llenas de gracia, entre melancólica y burlona, son las páginas en que Ponte alienta los nostálgicos anhelos de opulencia de Obdulia, y ambos disfrazan, en sus coloquios, la miserable realidad, gracias a los sueños dorados tejidos con las reminiscencias de los tiempos buenos y las vanas esperanzas de un futuro imposible... ¡Naturalidad gloriosa! Para la realidad de esta manera reflejada; para la observación que de tal manera penetra en las entrañas de la realidad, y para el arte poderoso que con semejante energía la representa, ¿quién se atreverá a decir que haya pasado la oportunidad, o que haya de pasar alguna vez; ni quién dejará de sentirse —cuando así se entienden las cosas— tan enamorado de lo real y verdadero como en los tiempos en que equivalía pronunciar, en literatura, esas palabras, a reivindicar un derecho y a desafiar para una lucha? Porque es realista de la realidad inmortal y porque nunca vinculó su arte con lo que en el naturalismo de escuela hubo de exclusivo, de falso y transitorio, e hizo de ese naturalismo una de las más inexplicables —iba a decir una de las más odiosas y más absurdas— entre las intolerancias humanas, nada tiene que temer el arte de Galdós de las *oportuni-dades nuevas*, de las reacciones justicieras y fatales del criterio, el sentimiento y el gusto; y puede ahora conciliar perfectamente con la consecuencia a su firme *tradición* de realismo, el “espíritu nuevo” que penetra todas sus últimas creaciones y les comunica una alta significación ideal.

Creo haber aludido, en alguna parte de este artículo, a la profunda verdad de observación y al arte primoroso que hay en algunas de las figuras secundarias que en la obra intervienen. La de Doña Francisca Juárez y la del a un tiempo lastimero y graciosísimo Ponte, no pueden quedar sin un encarecimiento excepcional, por mucha que sea la superficialidad y rapidez del examen que se haga del conjunto. Ambas rivalizan en vida y en relieve, y están armónicamente enlazadas en el cuadro por la identidad de los motivos de que adquieren su interés novelesco y por el fondo común sobre que sus caracteres se destacan, sombreado por los reverses de la suerte y la infidelidad de la fortuna tornadiza. Para pintar estas fases prosaicas y desconsoladoras de

la vida burguesa: las que proceden de los efectos morales de la escasez en las almas formadas en el hábito de la abundancia, o torturadas, por la tentación, con la ansiedad febril de poseerla, fué siempre maestro el pincel del gran observador a quien debemos los dos magistrales estudios de *Lo prohibido* y *La de Bringas*. En tal intento, la figura de Obdulia tiene también rasgos felices. Y magistralmente dibujado está, asimismo, el carácter de Juliana, cuya mediocridad *burguesa* de virtud presta a la abnegación de Nina el realce de su contraste con las poco simpáticas limitaciones del “prudente equilibrio” y del “término medio”, y cuya entrevista —tan admirable y concisamente narrada— con la criada misericordiosa, en la escena final, es de una intensa sugestión y de un hermoso sentido. Aun en las figuras más subordinadas del cuadro —v. gr., la de los mendigos que aparecen en las páginas primeras, sobre el fondo de aquella tan donosa descripción de la iglesia de San Sebastián—, rara vez deja de poner la mano del maestro el trazo primoroso que la denuncia.

Pero el grande interés y la escogida belleza, el perfume de íntimo encanto que se desprende de esta novela de Galdós, y la significación peculiar que la hará destacarse dentro del grupo novelesco que mantiene, a partir de *Realidad* y de *La Incógnita*, una tendencia nueva en la constante transformación de su talento, están en esa admirable creación de Nina: ejemplo, que será inmortal, de cosas grandes obtenidas en el arte por medio de cosas vulgares y pequeñas; ejemplo de *lo sublime en lo vulgar*, que, a la manera de la vieja criada candorosa de *Un cœur simple*, carece iluminado por una sonrisa *evangélica*, piadosa, del arte grande y humano, al inclinarse, desde las alturas, para reflejar un rayo de su luz sobre los pobres, sobre los débiles y los humildes; sobre aquellos cuya virtud es opaca y cuyo bien realizado no aparece; sobre los desamparados y los ignorados del mundo!

## DECIR LAS COSAS BIEN... 1

Decir las cosas bien, tener en la pluma el don exquisito de la gracia y en el pensamiento la inmaculada linfa de luz donde se bañan las ideas para aparecer hermosas, ¿no es una forma de ser bueno?... La caridad y el amor ¿no pueden demostrarse también concediendo a las almas el beneficio de una hora de abandono en la paz de la palabra bella; la sonrisa de una frase armoniosa; el “beso en la frente” de un pensamiento cincelado; el roce tibio y suave de una imagen que toca con su ala de seda nuestro espíritu?...

La ternura para el alma del niño está, así como en el calor del regazo, en la voz que le dice cuentos de hadas; sin los cuales habrá algo de incurablemente yermo en el alma que se forme sin haberlos oídos. Pulgarcito es un mensajero de San Vicente de Paúl. Barba-Azul ha hecho a los párvulos más beneficios que Pestalozzi. La ternura para nosotros —que sólo cuando nos hemos hecho despreciables dejamos enteramente de parecernos a los niños— suele estar también en que se nos arrulle con hermosas palabras. Como el misionero y como la Hermana, el artista cumple su obra de misericordia. Sabios: enseñadnos con gracia. Sacerdotes: pintad a Dios con pincel amable y primoroso, y a la virtud en palabras llenas de armonía. Si nos concedéis en forma fea y desapacible la verdad, eso equivale a concedernos el pan con malos modos. De lo que creéis la verdad ¡cuán pocas veces podéis estar absolutamente seguros! Pero de la belleza y el encanto con que lo hayáis comunicado, estad seguros que siempre vivirán.

Hablad con ritmo; cuidad de poner la unción de la imagen

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

sobre la idea; respetad la gracia de la forma, ¡oh pensadores, sabios, sacerdotes!, y creed que aquellos que os digan que la Verdad debe presentarse en apariencias adustas y severas son amigos traidores de la Verdad.

1899.

## EL CENTENARIO DE CHILE <sup>1</sup>

*Discurso pronunciado, en representación del Uruguay, en la sesión solemne celebrada por el Congreso chileno, durante las fiestas del Centenario, el 17 de septiembre de 1910.*

Señores:

La solemnidad de esta ocasión, la dignidad de esta tribuna, la calidad de este auditorio, hacen que nunca, como en este instante, haya deplorado que, en vez de tener el hábito de fijar mi pensamiento en los signos fríos e inanimados de la forma escrita, no tenga la vocación ni la aptitud de expresarlo en esa otra forma que brota, cálida y sonora, de los labios, como emanación directa del espíritu, y conducida por las ondas del aire, llega a lo más íntimo de los corazones para enlazarlos en un acorde unísono de simpatía.

Yo debiera ser aquí la voz de un pueblo. Yo debiera ser capaz de infundirla y contenerla en mi palabra, para transmitir toda la intensidad de la emoción con que mi pueblo participa de los entusiasmos de este centenario: por lo que este centenario tiene de americano, y por lo que tiene de chileno.

Por lo que tiene de americano: permitidme que conceda preeminencia a este carácter sobre el otro. Más arriba del centenario de Chile, del de la Argentina, del de Méjico, yo siento y percibo el centenario de la América Española. En espíritu y verdad de la historia, hay un solo centenario hispanoamericano; porque en espíritu y verdad de la historia, hay una sola revolución hispanoamericana. Y la unidad de esta revolución con-

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

siste, no sólo en la armonía de los acontecimientos y los hombres que concurrieron a realizarla y propagarla por la extensión de un mundo, sino, principalmente, en que el destino histórico de esa revolución no fué alumbrar un conjunto inorgánico de naciones, que pudieran permanecer separadas por estrechos conceptos de la nacionalidad y de la patria, sino traer a la faz de la tierra una perenne armonía de pueblos vinculados por la comunidad del origen, de la tradición, del idioma, de las costumbres, de las instituciones; por la contigüidad geográfica, y por todo cuanto puede servir de fundamento a la unidad de una conciencia colectiva.

Éstos son, pues, en América, los días del magno centenario, que, único y múltiple, ha de prolongarse por más de dos decenios, evocando, hora tras hora, en cada pueblo americano, los recuerdos de la independencia y la organización: aquel género de memorias que quedan, para siempre, como las más altas y sagradas, en la historia de las naciones.

Diríase que un concurso imponente nos mira y atiende, incorporándose desde el pasado: el concurso de las generaciones que crearon, para el porvenir eterno, la América libre. Y en tamaña ocasión, las generaciones del presente pueden hacer, ante ese heroico pasado redivivo, dos afirmaciones que las satisfagan y conforten.

Testimonio de la primera de ellas son lo universal y lo solemne de las adhesiones internacionales que el centenario americano provoca: hoy en Chile, ayer en la Argentina; y consiste esa afirmación en decir que esta América Española, tan discutida, tan negada, tan calumniada por la ignorancia y el orgullo ajenos, y aun por el escepticismo de sus propios hijos, empieza a existir para la conciencia universal; empieza a traer a sí la atención y el interés del mundo: no todavía por el brillo y la espontaneidad de su cultura, ni por el peso de su influencia política en la sociedad de las naciones; pero sí ya por la virtualidad y la realidad de su riqueza, por el brío y la pujanza de su desenvolvimiento material, lo que no constituye, ciertamente, un término definitivo de civilización, pero es, cuando menos, el sólido cimiento, y como la raíz tosca y robusta, en la formación de pueblos que algún día han de ser grandes por el espíritu.

Mucho tiempo después de emancipados, el mundo nos des-

conocía, o, conociéndonos mal y desdeñando conocernos mejor, dudaba de nosotros. Quizá, alguna vez, amargados por la aparente esterilidad de tantos esfuerzos angustiosos y tantos sacrificios oscuros, dudábamos de nosotros mismos; y esta duda cruel no perdonó, en el Getsemaní de Santa Marta, al alma lacerada del Libertador. Pues bien: hemos domeñado a la duda. Hoy nuestra esperanza en el inmediato porvenir es firme y altiva, y la fe del mundo empieza a recompensarla y confirmarla. Éramos, hasta ayer, poco más que un nombre geográfico: empezamos a ser una fuerza. Éramos una promesa temeraria: empezamos a ser una realidad.

Otra alentadora afirmación permite hacer la manera como este primer siglo concluye. Y es que los pueblos hispanoamericanos comienzan a tener conciencia, clara y firme, de la unidad de sus destinos; de la inquebrantable solidaridad que radica en lo fundamental de su pasado y se extiende a lo infinito de su porvenir. Augusto Comte expresaba su profunda fe en la futura conciencia de la solidaridad humana, diciendo que la humanidad, como ser colectivo, no existe aún, pero existirá algún día. Digamos nosotros que América, la nuestra, la de nuestra raza, principia a ser —como persona colectiva consciente de su identidad. Congresos que se reúnen, vías férreas que se tienden de nación a nación, litigios internacionales que se resuelven, vínculos intelectuales que se estrechan: todo concurre a esa manifestación de una plena conciencia americana.

Yo creí siempre que en la América nuestra no era posible hablar de muchas patrias, sino de una patria grande y única; yo creí siempre que si es alta la idea de la patria, expresión de todo lo que hay de más hondo en la sensibilidad del hombre: amor de la tierra, poesía del recuerdo, arrobamientos de gloria, esperanzas de inmortalidad, en América, más que en ninguna otra parte, cabe, sin desnaturalizar esa idea, magnificarla, dilatarla; depurarla de lo que tiene de estrecho y negativo, y sublimarla por la propia virtud de lo que encierra de afirmativo y de fecundo: cabe levantar, sobre la patria nacional, la patria americana, y acelerar el día en que los niños de hoy, los hombres del futuro, preguntados cuál es el nombre de su patria, no contesten con el nombre del Brasil, ni con el nombre de Chile, ni con el nombre de Méjico, porque contesten con el nombre de América.

Toda política internacional americana que no se oriente en dirección a ese porvenir y no se ajuste a la preparación de esa armonía, será una política vana o descarriada.

Renuevo aquí lo que dije en ocasión reciente: cuando América surgió a la vida de la historia, no fué sólo una nueva entidad geográfica lo que apareció a la faz del mundo. Debemos pensar que surgieron con ella un nuevo espíritu, un nuevo ideal: el espíritu, el ideal del porvenir. La Europa civilizadora, que nos ha adoctrinado, que nos ha amamantado en sus ideas de libertad y de justicia, fruto de su experiencia y de su genio, tiene el derecho de esperar que nosotros, aliviados de la carga abrumadora de la tradición, hagamos algo más que repetir las: tiene el derecho de esperar que las encarnemos en la realidad, o por lo menos, que tendamos enérgicamente a realizarlas. Si esta originalidad no cupiese en nuestra civilización; si nada hubiéramos de agregar, en el orden real de la vida, a lo imitado y heredado, ¿qué significaría, en definitiva, la revolución de 1810, sino una convulsión superficial, indigna de tales glorificaciones? ¿Qué sería esto sino seguir siendo colonias por el espíritu, después de haberlo dejado de ser en la realidad política?...

Los que consideran milagro irrealizable que los pueblos se relacionen alguna vez según otras normas que las de la tradición internacional fundada en el dolo y en la fuerza, y que sea en América donde ello se logre, olvidan que un milagro mayor está, vivo y tangible, en el hecho de este centenario. Si hace poco más de un siglo, es decir, si antes de la emancipación norteamericana y de la Revolución francesa, se hubiera asegurado que la democracia y la república, como formas permanentes de organización social y política, no sólo se realizarían en naciones poderosas y grandes, sino que se extenderían por todo un continente, y que este prodigio surgiría de las oscuras colonias europeas, sumergidas entonces en el sueño soporoso de la primera infancia, la afirmación hubiera parecido a los más risible paradoja. Pues bien: cuando la virtualidad de las ideas y la energía de razas jóvenes y fuertes han tenido eficacia para transfigurar colonias oscuras en naciones dueñas de sí mismas, y para implantar, del uno al otro extremo de un continente, las formas avanzadas de organización y de gobierno que, hace poco más de un siglo, parecían al sentido común de los hombres vanas utopías, ¿por qué dudar de que esa misma virtualidad de

las ideas y esa misma energía de razas jóvenes y fuertes, alcanzan en América a realizar, en la vida internacional, lo que los escépticos de hoy tienen por sueños y quimeras opuestos a leyes fatales de la historia: una magnificación de la idea de la patria; un porvenir de paz y de amor entre los pueblos; una armonía internacional fundada en el acuerdo de los intereses de todos por el respeto leal de los derechos de cada uno?

Ésta es, en mí, la más intensa sugestión del centenario americano. Pero hay en los recuerdos que glorificáis, junto al carácter continental, el nacional; junto a lo que es gloria de América, lo que es gloria de Chile; y si lo primero me ha dado pie para afirmar la unidad hispanoamericana, la comunidad de nuestras tradiciones y nuestros destinos, esto otro me impone la grata obligación de decir de la labor nacional de vuestro pueblo lo que, sin mengua de la justicia, no podría callarse en ocasión como ésta.

Celebráis vuestro centenario con algo más que con el orgullo de los recuerdos heroicos de que procede vuestro ser de nación: lo celebráis con el orgullo de haber realizado, por la labor perseverante y eficaz, las promesas y las esperanzas de vuestro glorioso abolengo de héroes.

Anhelar la libertad es un instinto humano. Tener la energía suficiente para conquistarla, es hermoso y grande, sin duda, pero es, todavía, una energía del instinto. Poseer el carácter necesario para mantenerla, arraigarla, justificarla como un bien merecido, y hacerla noble y fecunda, es lo difícil y lo verdaderamente superior. Hay la voluntad heroica, la voluntad que gana batallas, y es un atributo de todo pueblo digno de este nombre, y todos los pueblos de nuestra raza la tienen al par vuestro. Pero hay otro género de voluntad, disciplinada, rítmica, paciente; hay un género de voluntad que es como la mano firme y segura de la razón: la voluntad que construye, que organiza, que educa, que siembra, que legisla, que gobierna. Éste es el género de voluntad con que se edifican naciones, y éste es el género de voluntad en que os reconocemos preferentemente maestros.

Mediante él, llegasteis a constituir, con anterioridad a los demás pueblos hispanoamericanos, una nación de orden, un organismo de nación. Durante mucho tiempo, en América, en medio de las turbulencias de nuestro duro aprendizaje de la libertad,

cuando la severidad del juicio extraño, o la inquietud de la propia conciencia, nos tentaban al desaliento sobre los resultados de nuestros esfuerzos y la madurez de nuestros destinos, el ejemplo que primero acudía a nuestra mente, queriendo afirmar la aptitud de nuestra raza para la vida de las instituciones regulares, era el ejemplo de Chile.

Ninguna ocasión mejor que ésta para recordar y agradecer ese ejemplo. Vuestra historia es una gran lección de energía y de trabajo. Vuestro desenvolvimiento nacional tiene la ascensión graduada y armoniosa de una amplia curva arquitectónica; la serena firmeza de una marcha de trabajadores en la quietud solemne de la tarde. Diríase que habéis sabido transportar a los rasgos de vuestra fisonomía moral ese mismo carácter de austera y varonil grandeza que el viajero siente imponerse a su ánimo, en la contemplación del aspecto y la estructura de vuestro suelo: férreamente engastado entre la majestad de la montaña y la majestad del mar; sellado por la expresión de la energía, más que por la expresión de la abundancia, de la voluptuosidad o de la gracia.

Señores:

Interpretando el sentimiento de mi pueblo, yo, antes de descender de esta tribuna, os dejo aquí mis votos por que la estrella de Chile se levante en cielos cada vez más serenos; por que su resplandor ilumine glorias cada vez más puras, leyes cada vez más sabias, cosechas cada vez más opimas, generaciones cada vez más fuertes, más libres y más dichosas; y por que, concertando su luz la estrella de Chile con las demás de la constelación hispanoamericana, dentro de la armonía perenne que reposa en el amor y la justicia, mantengan entre todas, para la humanidad de los futuros tiempos, un orden mejor, más bello, más grande, que los que el mundo ha visto formarse y disolverse en el desenvolvimiento de los siglos!

## "LA RAZA DE CAÍN" <sup>1</sup>

*Carta a Carlos Reyes*

Aunque la pequeñez de nuestro mundo literario hace que las impresiones y los juicios que manifestamos verbalmente se difundan con asombrosa facilidad, y aunque creo, por eso, que no necesitaba usted recibir estas líneas mías para saber con cuánta sinceridad y cuánto aplauso le he acompañado en su reciente merecidísimo triunfo, yo quiero enviárselas, siquiera sea para llenar una fórmula de cumplimiento y para no dejar sepultadas en las márgenes del ejemplar de *La raza de Caín* con que usted me ha favorecido, las rápidas anotaciones en que, según acostumbro, apunté los comentarios íntimos de mi lectura.

Escribo para usted como si departiésemos en uno de nuestros coloquios literarios. El público tendría quizás derecho a que yo le hablase, con más detenimiento y mayor precisión crítica, de su obra; pero es el caso que a mí me urge menos cumplir con el público que con usted: de manera que, defiriendo hasta la ocasión más próxima el compromiso que acepto para con los lectores de *La raza de Caín*, me apresuro a anticipar al autor un boceto de mi juicio, y sobre todo, mi abrazo amistoso y cordial de enhorabuena.

Lo primero que yo haría resaltar y señalaría a la admiración de sus lectores, si se tratase ahora de escribir ese juicio, sería la doble y excepcional calidad de obra *inspirada* y obra *perfecta* (perfección literaria: orden, regularidad, conveniencia formal), con que se nos impone la última novela de usted. Para los que creen, vanamente, que hay una oposición y discordia casi irresolubles entre la energía de la inspiración creadora y el arreglo

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

y primor de la ejecución artística; entre la fuerza interna de una obra y la justa proporción de sus apariencias, me imagino que la lectura de esta novela ha de ser una prueba abrumadora de lo falso de tal preocupación. El color y el dibujo lidian a una en tan admirable esfuerzo de arte. *La raza de Caín*, que es obra de inspiración y de fuerza, es, a la vez, un hermoso modelo de corrección y de *factura*. De corrección en lo que la forma literaria tiene de más interno, de inmediato a la concepción original: en el plan, en el orden, en la armonía de las partes; y de corrección, también, en lo más exterior y plástico de la forma: en el lenguaje, en el estilo, en la expresión.

Desde luego, hay en toda la obra una perfecta regularidad de estructura. Sabe usted *componer*; tiene usted una admirable intuición del desenvolvimiento lógico de un argumento, de la *arquitectura* de la obra novelesca; y de esta cualidad, que ya se dejaba percibir en su primera novela, tanto más notablemente cuanto que parece ser una condición de experiencia más que de instinto, se manifiesta ahora con magistral intensidad. Bien sabe usted cuánto significa el reconocimiento de tan preciosa condición literaria. Sin ese claro sentido del orden y la proporción, no hay novelista verdadero. Habrá, a lo sumo, cuentistas, "costumbristas", autores de cuadros o *episodios* más o menos relacionados, por una agregación inorgánica y desproporcionada, dentro de una novela aparente; pero faltarán siempre al conjunto la entereza y la vida que sólo se dan cuando la obra es un verdadero organismo: cuando es un ser animado, sujeto, como todos, a la ley de las correlaciones orgánicas.

La acción de su novela sigue la progresión armoniosa, el movimiento fácil de la curva, que es la línea expresiva de la agilidad y de la gracia, porque, cambiando constantemente de dirección, cada dirección nueva está indicada por la que la precede. Y no sólo sería imposible señalar episodios inútiles en su obra, o rasgos deficientemente acentuados, o partes que pudieran suprimirse sin perjuicio de la naturalidad o el interés, sino que hay siempre en ella una feliz y atinada correspondencia entre la fuerza y eficacia de la inspiración y la importancia relativa de los episodios; de manera que el más subido valor artístico en el desempeño corresponde constantemente a los pasajes más significativos e importantes la acción.

Todo esto representa gran mérito, sin duda; pero mucho

más que el acierto que usted ha demostrado al correlacionar los elementos de su novela, atendería yo, en el juicio que escribiese, al valor propio de estos elementos, y muy particularmente, al de los caracteres, que es donde la crítica que quiera hacer a usted plena justicia ha de agotar el capítulo de las alabanzas. No hay facultad artística superior a la de la invención de caracteres. El novelista lo es en más o menos alto grado según la fuerza de su poder característico; y el raro don de crear seres imaginarios que vivan y perduren, como si a la realidad de los que engendra la naturaleza unieran la inmarcesible juventud y frescura de los dioses, es concedido sólo a los que pueden levantarse, como pájaros sobre corrales, por encima del vulgo novelador.

Ha creado usted, por lo menos, *dos* almas que vivirán, que resistirán muchos aletazos del tiempo. La crítica, que las ha llevado ya a su laboratorio y las ha sometido a todas las pruebas del análisis, ha tenido que reconocer la presencia del indefinible *soplo* vivificador en esas dos criaturas de su fantasía. Extrañas y singulares criaturas, pero vivas y reales, y menos raras quizá —aun limitando la observación a nuestro propio ambiente— de lo que la mayoría de sus lectores ha de imaginarse; aparte de que la índole misma de su obra las requería de otra arcilla que la arcilla común y otro modelo que el modelo corriente. Observa con acierto Bourget que para el interés y la fuerza de la novela psicológica, los caracteres medios, normales —del punto de vista del relieve del carácter mismo, y de la moralidad—, que pueden suministrar tan abundante materia de observación como cualesquiera otros tratándose de la novela de costumbres, valen menos que cualquier tipo de excepción, ya en el de lo excepcional en el sentido de la superioridad, ya en el de lo degenerado, mórbido o abyecto. La psicología novelesca se alimentará siempre, preferentemente, de lo raro y excepcional, en materia de caracteres humanos.

Guzmán y Cacio son almas de excepción; y además, es fácil descubrir en ellos, sobre su carácter individual, bien determinado y concreto, un significado ideal, de personificaciones o tipos; pero, por magia de su arte, que ha pasado de esta manera sobre la más ardua dificultad de los grandes caracteres dramáticos y novelescos, la *verdad real*, el fondo humano, de ambos caracteres, no aparecen en lo más mínimo empañados por



la representación típica e ideal con que resaltan a los ojos de quien penetra en lo íntimo de su concepción. Ha esculpido usted estatuas representativas en carne palpitante: ¡grande hazaña de arte! Y al desenvolver ante nosotros la tela oscura y rara de esas almas fingidas; al descender a los abismos de este mundo infinito que se abre en la intimidad de cada conciencia, e iluminar sus honduras espantables, y descubrirnos la convulsa y desordenada rotación del pensamiento que ha sido arrebatado por monstruoso egoísmo a todo centro de atracción exterior, ¡qué fuerza y qué fineza de análisis; qué justo atrevimiento en los grandes rasgos y qué incisiva delicadeza al herir en ciertas reconditeces; cuánta verdad y cuánta eficacia en la expresión!

El siglo que concluye, siendo en cierta manera el de los grandes y heroicos esfuerzos de la voluntad, el de la triunfal expansión de las energías interiores, es a la vez, por singular antinomia, el que legará a la historia de los males humanos más abundante acopio de observación en cuanto a las enervaciones y enfermedades del carácter, que extinguen o desencaminan aquellas energías. La raza novelesca a que pertenecen sus dos raros y desventurados *protvervos* no es otra que la que, con más o menos profundas modificaciones, ha dado a la literatura de este siglo —como expresión de uno de los grandes tipos reales que en él se reproducen— toda una doliente multitud de enfermos de la voluntad, de egoístas desorbitados y rebeldes, almas sin equilibrio y sin luz, llevadas por la dilatación morbosa del propio yo y por la rebelión insensata contra las leyes de la vida, a todos los tormentos del fracaso y la desesperación. Ese tipo fundamental tiene toda la talla mensurable por el ámbito del mismo siglo. Cien años de distancia separan al René de Chateaubriand del Des-Essintes de Huysmans; la mirada vulgar no alcanzará a percibir las semejanzas en medio de las diferencias; pero restableciendo la sucesión de héroes imaginarios que se tiende entre ellos, al través de la novela y el drama contemporáneos, sería fácil manifestar claramente su parentesco espiritual, y comprobar que una herencia, acrecentada siempre, de miseria y de culpa, los vincula como el primero al último eslabón de una viva cadena de condenados.

Con acentuada fisonomía individual, con personalidad bien característica y propia —porque sus criaturas espirituales son verdaderamente suyas, y usted las ha forjado con jugos de su

alma y alientos de su fantasía—, Cacio y Guzmán pertenecen a esa misma multitud inmensa y llorosa, que marcha al porvenir, escudada por la inmortalidad del arte que la ha consagrado, para llevar a la posteridad que nos juzgará, la confesión sincera de nuestras flaquezas y las sombras de esta extraña alma de nuestro tiempo, tan contradictoria en su complejidad, tan irreducible, para nosotros, a toda clasificación y todo juicio.

Contribuyen eficazmente, en su obra, a la intensidad del efecto, la justeza y solidez de la expresión. La forma en que está escrita —austera y *mate* quizá, pero de una adaptación y una conveniencia perfectas respecto a lo que, por sujeción a los términos consagrados, llamaremos *el fondo*— tiene la fuerza del músculo y el calor de la sangre. Su *escritura* —como hoy suele decirse— revela que tiene usted siempre presente la relación de dependencia del estilo respecto de la idea, y que la forma literaria se rige para usted, como en el concepto spenceriano, por un principio de economía dinámica. Y sin embargo, en ciertos momentos internos de la acción, en los fuertes rasgos característicos de un personaje, en los toques vivaces de la descripción o el sentimiento, su *manera* llega a adquirir a veces, independientemente de aquel valor de relación, notas y vibraciones de las que dan a la palabra y a la frase un valor propio e intrínseco, un valor comparable con el que tienen, antes de ser colocadas en sus joyas, las piedras raras que centellean, dispersas, sobre la mesa del artífice que ha de engarzarlas en el oro o la plata.

La trascendencia ideal, el pensamiento íntimo de su obra, merecerían ser estudiados tanto más prolijamente cuanto que usted nos la presenta sino con un propósito declarado y prosaico de enseñanza, con el de *ejemplo* capaz de sugerir ideas saludables. Yo encuentro justificado ese propósito. Aquellos que quieran sostener que hay en el libro una tesis pesimista, una idea de predestinación fatal, que tiende a poner de relieve lo inevitable de la humillación y el sufrimiento en la *raza* maldita, nacida para ofrecer, con sus serviles espaldas, vivo escabel a los llamados al triunfo y a la gloria, no carecerán de razones atendibles para justificar esa interpretación, ya que es característico de casi toda tesis trascendental velada en forma de arte la posibilidad de atraerla en más de un sentido y resolverla a favor de más de una idea. Pero aquel mismo valor de saludable ejemplo

que usted supone en *La raza de Caín* es ya una prueba de que, por lo menos, la interpretación personal, la conciencia artística del autor, van por otros caminos; y el examen atento de la relación de los caracteres con el término de la acción conduce, en mi sentir, a un resultado ideal menos desconsolador y más verdadero.

Atendiendo, preferentemente, al carácter de Guzmán, es como aparece ese resultado, claro y distinto. Ha querido y ha conseguido usted enseñar que el cultivo egoísta del propio yo, no dominado por la conciencia de nuestra subordinación a las leyes de la vida y de nuestra solidaridad con la obra de todos; la perversión de la voluntad, enervada por la ausencia de un objetivo real, viril y fecundo, y por la disconformidad cobarde con la naturaleza y el deber; el engrandecimiento ficticio y vanidoso de la personalidad propia a costa de nuestra ineludible condición de seres sociales, son los seguros antecedentes de la derrota sin honor, en los combates del mundo. Ha querido y ha conseguido usted enseñar que cada destino individual tiene su única posibilidad de paz y de dicha en la adecuada relación de los intentos y las aspiraciones con la fuerza real del propio ánimo, y en la transacción generosa de nuestra voluntad con lo inevitable y lo fatal. Nos ha mostrado usted cómo la estéril soberbia de los egoísmos rebeldes es un motivo de disolución que concluye por destruir y anular la misma voluntad que se consideraba engrandecida y fortificada por la virtud del aislamiento.

Así interpreto yo el sentido de su obra, y por eso creo que no va usted descaminado cuando considera que nuestra impresión será sana y benéfica, aunque amarga. Quizás hubiera sido bien, para que ese sentido apareciese, a los ojos de todos, claro y patente, que hubiera usted opuesto al cuadro de enervación y de egoísmo que ha querido dejar severamente en pie, como una dura lección, un cuadro, un episodio, un personaje, una escena accidental siquiera, que significaran, por contraste, la apoteosis de la vida, del esfuerzo viril, de la actividad valiente, generosa y fecunda. El grupo de los Crocker, con su perfecta y a las veces antipática mediocridad, no es suficiente para producir ese efecto de contraste, aunque tiene su significación necesaria y oportuna dentro del conjunto de la acción. Pero, aun sin eso, yo creo que quien quiera interpretar recta-

mente la filosofía de su obra, tendrá que hacerlo en un sentido poco diferente del que yo le atribuyo; con lo cual la oportunidad de su dedicatoria quedará plenamente justificada, y el valor de enseñanza de su libro resultará tan claro a los ojos del pensador como su valor de ficción a los del artista.

Pongo punto a esta carta, ya larga para lo que es, y que usted sabrá tomar en su exclusivo carácter de esbozo de un estudio futuro, y le estrecho afectuosamente la mano.

1900.

## A ANATOLE FRANCE<sup>1</sup>

*Discurso pronunciado en el  
banquete ofrecido a Anatole  
France, a su paso por Montevi-  
deo, el 16 de julio de 1909.*

Ilustre maestro:

Un pueblo joven, que aspira a orientar su espíritu en dirección a las nobles superioridades de la inteligencia, flor exquisita y tardía de la civilización, saluda en vos al embajador glorioso de esa patria universal que, por encima de las fronteras y las razas, forman el pensamiento y el arte.

Hermoso triunfo de la solidaridad humana es que las sociedades vinculadas por los principios esenciales de una civilización común, aunque se interpongan entre ellas la distancia material o las diferencias de la raza y la lengua, constituyan ya, para las altas manifestaciones del espíritu, un vasto y único escenario, donde se difunden, del uno al otro extremo, la voz propagadora de verdad o belleza y el coro de simpatía y entusiasmo que responde a esa voz y la multiplica. Las naciones latino-americanas, últimas, por su poca edad, en incorporarse a esa grande unidad ideal, componen, dentro de ella, un grupo atento y entusiasta, el más entusiasta quizá, porque lo inspira el fervor del noviciado y porque pone en su atención e interés la secreta esperanza de que surgirán de su seno las voces soberanas del porvenir.

Del pueblo en que os encontráis, acaso sólo había llegado hasta vos, en rumor apagado y confuso, el eco de las discordias civiles que, renovándose con porfiado encono, han dado tan claras pruebas de nuestro valor como dudosas de nuestra ma-

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

durez política. Éste ha sido ante el mundo el testimonio de nuestra existencia. ¡Testimonio demasiado violento, sin duda! Pero nosotros, que queremos la organización y la paz, y que marchamos definitivamente, y con fe profunda, a conquistarlas, no nos avergonzamos ni nos desalentamos por esos revoltosos comienzos, porque sabemos que ellos son, en los pueblos como en los hombres, la condición de la niñez. Tuvimos el arranque atrevido de optar por la libertad; hacemos su duro aprendizaje: tal es nuestra historia. Y como, entre las cualidades excelsas de vuestro espíritu pensador, cuéntase la de la comprensión amplia y generosa, que mira de lo alto y llega hasta el fondo de las cosas y de las almas, sabemos ya que aplicáis a nuestra indómita inquietud, tan duramente juzgada de ordinario, ese criterio de benevolencia y de esperanza.

Podría personificarse el genio de esta turbulenta América latina, tal como se ha manifestado hasta hoy, en aquel belicoso niño griego que el poeta de las *Orientales* imaginó entre las ruinas calcinadas de Chío, después de pasar el invasor, y que, preguntado por el pasajero sobre la prenda que lograría contentarle —flor delicada, sabroso fruto o ave melodiosa—, contestaba pidiendo, con ademán heroico, “pólvora y balas”. “Pólvora y balas” nos habéis oído pedir, aquejados de fatal e inaplacable deseo. Pero lo que acaso no conocíais suficientemente es que, a pesar del vértigo que nos ha arrebatado, y aprovechando las treguas precarias y luctuosas, hemos aspirado, con incesante y no siempre estéril afán, a saber, a comprender, a admirar, y también a producir; hemos reconstruido cien veces los fundamentos de cultura arrebatados por el huracán de las discordias; hemos tendido, en una palabra, a la luz, con la fidelidad inquebrantable de la planta que, arraigada en sitio oscuro, dirige sus ramas anhelantes hacia el resquicio por donde penetra, pálida y escasa, la claridad del día. Y bien: esta conciencia de los deberes de la civilización, este sentimiento de dignidad intelectual, que, a pesar de todo, ha velado en nuestro espíritu, es lo que nos asegura que el triunfo será nuestro en la lucha con los fieros resabios del pasado. *Ceci tuera cela*: esto matará aquello; y ya está cercana la hora en que el niño heroico del poeta no pedirá más al pasajero, con airado gesto, “pólvora y balas”, sino que aceptará, sonriente, de sus manos, la flor delicada y el ave melodiosa, símbolos de belleza y mansedumbre.

En su obra lenta y penosa de cultura, estos pueblos de América han sido forzosamente, hasta hoy, tributarios del espíritu europeo. El faro orientador que razas predestinadas fijaron, hace millares de años, en las costas del Mediterráneo, azul y sereno, orlándolo con las ciudades creadoras de la civilización, permanece aún allí, sin que otra luz haya eclipsado sus fulgores. Somos aún, en ciencia y arte, vuestros tributarios; pero lo somos con el designio íntimo y perseverante de reivindicar la autonomía de nuestro pensamiento, y hay ya presagios que nos alientan a afirmar que vamos rumbo a ella. Aspirando eficazmente a alcanzarla os demostraremos a los que ejercéis desde vuestras cátedras ilustres el magisterio de nuestra cultura, que hemos aprovechado vuestras lecciones y vuestros ejemplos. Consideramos los americanos que nuestra emancipación no está terminada con la independencia política, y la obra en que hoy esforzadamente trabajamos es la de completarla con nuestra emancipación espiritual. Os escuchamos y admiramos, pues, a vosotros, los maestros lejanos, no como el siervo que ha abdicado su personalidad, ni como el hipnotizado que tiene su personalidad inhibida, sino como el alumno reflexivo y atento, para quien la palabra magistral, lejos de ser yugo que oprime, es, por el contrario, impulso y sugestión que estimulan a investigar y pensar por cuenta propia.

Maestro: representáis entre nosotros la patria universal del pensamiento y el arte, pero representáis también una patria más concreta y definida: representáis el espíritu de Francia. Acaso no imagináis toda la vibración de amor y de entusiasmo que ese nombre despierta en nuestra mente y en nuestro corazón. Cuando se habla de Francia, no podemos hablar como extranjeros. En el raudal de sus ideas hemos abrevado, de preferencia, nuestro espíritu; con los ejemplos de su historia hemos retemplado constantemente nuestra admiración del heroísmo y nuestra pasión de la libertad. Nos hemos habituado —con justicia, sin duda— a representar en su nombre cuanto hay de más noble en la criatura humana: la claridad de la razón, el sentimiento del derecho, la belleza del arte, la generosidad del sacrificio. Vemos en ella la suprema florescencia de esta alma latina que vela, en los siglos, sobre el mundo, para mantener, sobre los desbordes de la fuerza y sobre los incentivos de la utilidad, la enseña augusta del ideal desinteresado. En nuestro culto de

la historia, en nuestra figuración del porvenir, en lo mejor de nuestro pensamiento, en lo más íntimo de nuestro corazón, vive y alienta el alma de Francia: musa, sacerdotisa, conductora inmortal, vibrante de simpatía como Antígona, bella y fuerte a la vez como Atenea Victoriosa.

Y ese fascinador espíritu de Francia que, en su manifestación de arte, es gracia, proporción, gusto exquisito, claridad de ideas y de formas; ese espíritu que encarnó en Montaigne, en Voltaire, en Renán, tiene hoy en vos su más alta personificación literaria. La más alta y la más típica. No por vano capricho ostentáis como nombre vuestro el nombre de vuestra nación. La representáis en las cualidades más características de su inteligencia y de su sensibilidad. Vuestro pensamiento es como la flor preciosa y leve en que concentra su escogida esencia la savia espiritual de una raza. Si como escritor tenéis la gracia del estilo, como filósofo tenéis un género de gracia aún más raro y difícil: tenéis la gracia del pensamiento. Veis el mundo al través de la ironía, pero la expresáis por una sonrisa tan fina y tan dulce que ella pierde toda su crueldad. Vuestra ironía vale tanto como el entusiasmo. Es aquella amable y piadosa filosofía de la buena sonrisa, que se traduce en una inagotable indulgencia para todas las debilidades humanas, en un vasto perdón para todas las miserias de nuestra naturaleza pecadora, para todas las vanidades de nuestros sueños. Enseñáis a dudar, pero derramáis un óleo balsámico sobre la duda, porque enseñáis también a comprender y tolerar. Salimos de vuestra dulce cátedra sintiendo que, a pesar de todas las ilusiones de nuestra inteligencia y de todos los enigmas de nuestro destino, es hermoso ser justo, es hermoso ser sabio, es hermoso ser bueno. La admiración que os consagramos está mezclada de afecto y agradecimiento. Y aunque nada más extraño, ciertamente, a vuestra naturaleza intelectual que las líneas rígidas y austeras del apóstol, bien puede decirse que en tierras como éstas por donde pasáis, donde los caracteres y las pasiones suelen tener la aspereza bravia de los bosques vírgenes, vuestra literatura es propia para ejercer, sin proponérselo, un verdadero apostolado: el apostolado de la tolerancia, de la benevolencia y de la delicadeza, dones supremos de la civilización.

Maestro: no podemos ofrecer nada para vuestra gloria, porque vuestra gloria está completa, y porque, rudos trabajado-

res de un suelo que es necesario desbrozar, no hemos cosechado todavía las flores con que se tejen las guirnaldas para las frentes elegidas. Pero os ofrecemos, de lo íntimo de nuestro corazón, algo más suave y sencillo que la gloria: la simpatía; la simpatía que quedará, como huella indisipable de vuestra presencia, en la memoria de un pueblo que marcha al porvenir con la aspiración de ennoblecerse por la virtud de las ideas y por el culto de la belleza y la verdad.

## MIRANDO AL MAR <sup>1</sup>

¡Cuánto muda de color el mar inmenso!... ¿Quién habló de la monotonía del mar? La dura tierra sólo varía en el espacio; el mar cambia y se transforma en el tiempo. Allí donde hace un instante tuvo una fisonomía, ahora tiene otra diferente. Esa inmensidad es un perpetuo *devenir*, sin punto de reposo, sin veleidad de fijeza. ¿Qué gama como la gama de sus sonidos? ¿Qué paleta como la que le surte de matices? ¿Qué imaginación más rica en formas que la ola, nunca igual a sí misma?... Yo quiero que detengáis el pensamiento en un aspecto, nada más, de esa variedad infinita: en la mudanza del color. ¡Cuán maravillosamente cambia de piel el monstruo enorme! ¡Y qué raras invenciones de tintas las que saca a luz sobre el lomo, ya cresco, ya sumiso! Para estos cambios suele bastar un instante: lo que se tarda en quitar la mirada y devolverla; y ¿qué es lo que obra en ellos como causa?, ¿qué es lo que colora de nuevo, y de improviso, la sublime extensión? A menudo, sólo una nube que cruza por el cielo; sólo un rayo de sol que, rasgando el seno de las brumas, toca el haz de la onda: cosas de allá, de la región de lo leve, de lo vago, de lo inaccesible...

Tengo la imaginación hecha de tal modo que toda apariencia material tiende en mí a descifrarse en idea. La Naturaleza me habla siempre el lenguaje del espíritu. Observando, desde la playa, esto que ahora apunto, yo pensaba en ese otro mar, extraño y tornadizo, que es la multitud de los hombres; y pensaba luego en las mil cosas ligeras, aéreas, ideales, que flotan a toda hora sobre el mar humano, allá donde no alcanza la furia de sus olas: concepciones de almas ilusas, candideces de almas puras, ensueños de almas bellas... Y me producía una suerte

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

de embeleso considerar que basta a veces el toque, leve y sutil, de una de esas cosas delicadas, sobre el lomo del salvaje monstruo inquieto, para colorearlo de nuevo en un instante: para que la muchedumbre —la formidable fuerza real— se rinda, como la cera al sello, a la todopoderosa debilidad de una palabra del poeta, de una promesa del visionario, de un ¡ay! del desvalido.

1911.

LA TRADICIÓN INTELECTUAL ARGENTINA<sup>1</sup>

Aquella generación que llegó a la juventud bajo las sombras de la tiranía de Rozas, trajo, entre los maestros de su grupo intelectual, un espíritu ático y fino, en quien todos los refinamientos del gusto, todas las delicadezas de la sensibilidad literaria, se conciliaban con la aplicación infatigable y nimia del investigador. Tenía además —y he nombrado a Juan María Gutiérrez— la intuición del pasado, el precioso secreto de devolver el movimiento de la vida y el color de la realidad a las cosas muertas. Favorecido por tan altas dotes, escribió sobre la historia literaria argentina páginas que se leerán siempre con interés y provecho, y alguna, entre ellas, que seduce por el encanto del estilo y por la animación dramática, como una resurrección histórica de Taine.

Desde entonces, nadie ha renovado, con tenacidad y amor suficientes para continuar tan luminosas huellas, el estudio de los orígenes del pensamiento argentino y de su desenvolvimiento paralelo al de las energías de la vida activa y del progreso material, hasta la definitiva constitución de la nacionalidad. Nadie ha mostrado gran empeño porque, en este campo de las producciones del espíritu, más fácil de cuidar que los de aquellas actividades que no son, como él, patrimonio de unos pocos, se mantenga la continuidad, el espíritu informante de la tradición, ya perdido y disuelto en otras manifestaciones de la vida, descharacterizadas en toda esta parte de América por un cosmopolitismo sin crisol y sin norte. La tradición podría ser, sin embargo, y limitándonos ahora a lo que se refiere a la actividad del pensamiento, una fuente de inspiraciones fecundas, que, armonizadas con las influencias legítimas de innovación, darían por resultado el mantenimiento de una originalidad nacional dota-

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

da de fuerte energía asimiladora, con la que imprimiría sello propio a todo lo nuevo y extraño que adquiriera.

El encadenamiento, la unidad sucesiva de esa tradición, se perciben fácilmente desde la época en que clarean los albores de la inteligencia argentina, hasta el término del largo proceso de formación de la nacionalidad. Y si se pregunta cuál es el rasgo dominante que reúne en una expresión característica las manifestaciones literarias de tan dilatado espacio de tiempo, yo procuraría mostrarlo en la vinculación estrecha y constante de la obra del escritor y del poeta con las ideas, los afectos y los intereses de cada jornada de la existencia nacional. Toda aquella literatura es milicia; y este carácter permitirá afirmar, acaso, al historiador que la abarque en su conjunto, no su superioridad artística sobre la de otros pueblos de América, donde se trabajó más pulcra y serenamente la forma, donde hubo ambiente más ático para la producción del todo desinteresada; pero sí que fué una literatura más *de acción* y más *de ideas*.

Carecía el pensamiento argentino, cuando la independencia le puso en aptitud de manifestarse con sinceridad, del precedente de una cultura literaria formada, dentro de la tradición de la colonia, como la había, con arraigo dos veces secular, en el Perú y en México. Pero la ausencia de ese precedente fué para él un beneficio. Así como, en la fisonomía social, no se vieron en las colonias del Río de la Plata los rasgos cortesanos que, en otros pueblos de América, opondrían resistentes relieves al cincel de la Revolución, al ser transformados en lineamientos de nuevas democracias, así en el uso de la palabra y de la pluma no existía el hábito de la producción huera, ficticia, única conciliable con un régimen de opresión y aislamiento, al que se agregaban los viciosos influjos de la decadencia metropolitana.

La más remotas manifestaciones del pensamiento argentino se anticipan en pocos lustros al día de la emancipación; y esas mismas no son sino notas dispersas y triviales, que sólo se dignifican y acuerdan en una expresión armónica cuando llegan las vísperas de Mayo. Entonces, las páginas de los primeros periódicos, movidas por una vaga repercusión de la tempestad de ideas que propagaba, del otro lado del mar, el huracán revolucionario, reflejan un interesante estímulo de *curiosidad* y animación intelectual. Comienza a delinearse el esbozo de una producción literaria. Esta literatura principiante, infantil, en que

lo trasparente del alarde erudito, la excesiva e ingenua facilidad de entusiasmo, y el remedo inexperto de la aparatosa retórica que daba entonces el tono del buen gusto, nos impresionan hoy como un certamen de colegio, tiene un sentido histórico que la ennoblece y levanta extraordinariamente sobre su valer de realización artística. Es la venerable literatura de los versos de Labardén, de los artículos de Vieytes, de las memorias consulares de Belgrano. Y toda ella manifiesta tan intensamente la ambición generosa de saber, la noble impaciencia en el ejercicio del pensamiento propio, la intuición y el sentimiento de las responsabilidades que traería consigo la obra de un futuro inmediato, que yo no la cambiaría, como punto de arranque de una tradición intelectual, por la biblioteca varia y copiosa que la Salamanca mexicana de Ruiz de León y la Bizancio limeña de Peralta y Barnuevo habían acumulado, con sus propios autores, en dos siglos de literatura gongórica y vacía, pomposa máscara de la inanidad del pensamiento.

Cuando la vida monótona y pálida de la colonia experimenta por primera vez una conmoción capaz de engendrar alta poesía, inflamándose en el sentimiento de resistencia a un invasor extranjero, levántase un tanto el vuelo mediocre de los versificadores, y el lenguaje de las proclamas alinea en cláusulas palpitantes de vida los tipos de aquella "Imprenta de Expósitos", que dió publicidad a todos estos memorables y candorosos balbuceos. Y cuando la hora suprema va a sonar; cuando el esfuerzo triunfante de la Reconquista ha servido de gimnasia heroica para preparar las voluntades y desentumecer los brazos, el pensamiento de la colonia, sobreponiéndose, en un arranque audaz, a sus tentativas inciertas, se remonta a la plenitud del raciocinio viril y de la exposición maestra con la *Representación de los Hacendados*, que es la tarima sobre que se afirmó muy luego la tribuna de la Revolución.

La gigantesca iniciativa de Mayo, no bien se produce, se levanta sobre la materialidad del hecho, con un programa consciente, en el que la difusión de las luces y el anhelo de adquirir todas las formas intelectuales de la civilización, entran como elementos preferidos. En la trágica solemnidad del primer momento, cuando toda la atención del espíritu debía parecer insuficiente para dirigir la acción marcial, y todas las fuerzas, escasas para ejecutarla, la Junta de Gobierno resuelve con inopor-



tunidad aparente —que se convierte para el juicio póstumo en la más alta y significativa oportunidad— la fundación de la Biblioteca Pública. Y esta confianza enaltecedora en la eficacia de la cultura y de la instrucción popular sigue iluminando invariablemente, en medio de las borrascas del entusiasmo y el peligro, la marcha de aquella revolución azarosa.

Buenos Aires mantiene con sus tribunos, con sus publicistas, con sus poetas, la propaganda, el pensamiento, el nervio de civilización y cultura de la Revolución, mientras, con no menor grandeza sin duda, la guerra de los campos, que a los orientales tocó principalmente representar y abanderar, complementa y rectifica la magna obra con el empuje de sus energías instintivas. Para la eficiencia de aquel alto ministerio social, bien puede decirse que no fué inútil la palabra alada del poeta, que entonces, en la América estremecida de uno a otro extremo por el impulso revolucionario, como en Europa —donde la resistencia a las conquistas napoleónicas reanimaba la conciencia nacional de los pueblos—, volvía a ser, como en los tiempos heroicos, el verbo del alma colectiva.

No es su valer de arte, nunca o rara vez superior, lo que realza a la poesía argentina de esta primera hora. Ella no produjo nada que pueda resistir parangón con la alteza lírica de ciertas ráfagas de Olmedo; ni con el clasicismo primoroso del cuadro de naturaleza tropical que Bello trazó, rescatando en él la palidez de los colores por la maestría del dibujo; ni con el grito del alma que anunciaba en los versos tormentosos de Heredia —inquietos ya bajo el entono de la máscara clásica— la proximidad de una poesía nueva por el sentimiento y por la forma. La condición superior de la poesía argentina de aquel tiempo está en que ninguna otra sostuvo, en América, un comentario lírico tan asiduo y constante de la acción revolucionaria, con sus encendimientos y desmayos, con sus triunfos y derrotas, desde el himno de 1813 hasta los cantos de Varela, de Lafinur y de Luca. Aquella poesía que hoy sentimos tan poco y consideramos tan artificial y fría, en su tiempo fué verbo palpitante, fué sugestión eficaz. El propio clasicismo solemne de sus formas no era sólo un amaneramiento retórico. Él se relacionaba con las inspiraciones más íntimas del genio de la Revolución americana, modelada, como la francesa, en la evocación de las sombras del civismo antiguo. Recuerdo que don Vicente

Fidel López dió alguna vez luminosa idea de esta influencia real y honda del modelo clásico, que no domina sólo en las formas de la poesía de la Revolución, sino también en la marcialidad de sus héroes y la actitud estatuaría de sus tribunos.

La intensidad de la tendencia de cultura y de noble idealidad que había movido, desde el primer instante, el espíritu de la revolución de Mayo, se comprueba plenamente cuando, llegada ésta, con el triunfo, a edificar sobre lo que había destruido, produce el breve pero magnífico florecimiento que se personifica en Rivadavia. Acaso, en la historia de América, no haya ejemplo de un período de gobierno en que las ideas hayan ejercido fuerza tan eficiente e imperiosa en la dirección de la sociedad. Y la manifestación escrita y oral de las ideas adquirió de ello superior importancia. Pareció entonces revestir formas reales en la vida de un pueblo aquella imagen de una cultura intelectual vivificada por el sentimiento cívico y la austeridad republicana; por la dignidad de las costumbres y la seriedad de las inteligencias, que había soñado para el porvenir, cuando las pasajeras esperanzas del Directorio, el alma apasionada de Madame de Staël. Toda manifestación del espíritu convergía al centro ideal que fijaba aquel plan superior de gobierno. Adquiría el periodismo político las formas cultas de la impersonalidad y la doctrina. La tribuna se dignificaba al par de él. La instrucción quebrantaba el molde colonial de las viejas aulas de San Carlos, para impregnarse de ideas nuevas. Y la expresión literaria, enaltecida por aquel hermoso y altivo sentimiento de los progresos humanos que había inspirado a la poesía del siglo XVIII el *Hermes* de Chénier y que vibraba en las odas *cíviles* de Quintana, cantaba con Juan Cruz Varela las Geórgicas de la tierra fecundada por la paz. Penetradas del mismo espíritu, hasta las formas exteriores y usuales de la sociabilidad desplegaban una elegancia áulica, que, sin quitar a aquel ensayo de republicanism perfecto su sello de severidad genial, modificaba, en este rasgo también, la fisonomía de la colonia.

La generación que estaba en la infancia o en la primera juventud, cuando así fructificaba la obra de la que la había precedido, ofrece en su figuración histórica ejemplo de esa misma vinculación estrecha y constante entre el pensamiento y la acción. Ella hizo la guerra a la formidable tiranía, con la pa-

labra de sus escritores y el canto de sus poetas. Ella identificó sus entusiasmos literarios con sus propósitos de regeneración política, bajo la enseña gloriosa de aquella "Asociación de Mayo", de donde surgieron a la vez la iniciativa poética de *La cautiva* y la idea de organización nacional que debía prevalecer sobre los odios de bando de la época. Ella dió su obra de mayor arranque genial, la más alta y duradera nota de su literatura, en un panfleto caldeado por los entusiasmos del combate: el *Facundo*, que siendo para la posteridad, principalmente, un libro de historia pintoresca, un cuadro de admirable color americano, fué ante todo, en el propósito del autor, la denuncia de la barbarie de la tiranía y el golpe destinado a conmovérsela. Ella hizo más aún: cuando salvó, proscripta en sus hombres representativos, las fronteras de la patria, aportó a la libertad y a la cultura intelectual de otros pueblos un concurso que podría relacionarse, como signo de una persistente vocación nacional, con el que el genio expansivo de la Revolución de 1810 había llevado a la causa de la emancipación, en lejanas latitudes de América.

Nunca será inoportuno insistir en traer a la luz estas tradiciones de la cultura argentina. Sería bastante por sí solo el rango que en la civilización y la riqueza de América está reservado necesariamente a ese gran organismo nacional, cuyo desenvolvimiento no parece muy lejano de la edad de plenitud viril de los pueblos, para que las manifestaciones de su inteligencia y su carácter tengan ya un interés que afecta a la comunidad de las naciones de su origen, y para que en todas ellas merezca ser estudiada, entre los factores del porvenir, la posible influencia de su espíritu.

El pensamiento, la palabra, la pluma, han sido, pues, en las grandes épocas de ese pueblo, fuerzas positivas que han mantenido la perseverancia de su civilización en un derrotero de altivez e idealidad. Esta condición tradicional *obliga*, como todo timbre de *nobleza*. La energía de las generaciones jóvenes tiene un precioso estímulo en la necesidad de confirmar ese noble rasgo del pasado; y gloria de ellas sería dejar demostrada su permanencia característica, su persistencia en lo íntimo, impidiendo que él se desvanezca y confunda en la vaguedad del cosmopolitismo invasor, como un perfil augusto que se apaga en una vieja moneda por el codicioso roce de las manos.

1903.

## EN LA ARMONÍA, DISONANCIAS <sup>1</sup>

*De una carta a Alberto Nin Frías.*

.....

La labor intelectual de usted me interesa tanto más cuanto que me ofrece, a menudo, ocasión de ejercitar mi pensamiento, familiarizándolo con ideas distintas de las que le imprimen sello y carácter.

Nuestros puntos de partida son diferentes, casi opuestos. Usted procede del protestantismo, yo del helenismo. Usted espera ver salir el nuevo día de las biblias sin notas, de los templos de paredes desnudas; mientras que yo me atengo a las palabras de Juliano, que usted cita en su libro y que Ernesto Renán, moribundo, murmuraba en el delirio de la agonía: *Que salga el sol del lado del Partenón*... Pero nuestros espíritus se acercan más cada día; convergemos a un mismo término, porque toda grande ruta ideal, no importa cuál sea, lleva en dirección a la armonía, a la amplitud, a la comprensión de todo lo bueno, a la amistad con todo lo hermoso. Un culto de que ambos somos fieles nos reconcilia especialmente: nuestro culto por Taine, que supo unir en su gigante alma el amor de Atenas y la admiración de Inglaterra.

Por mi parte, a medida que vivo, siento mi espíritu más amplio y más sereno. Vínculo mi alma a nuevas cosas bellas. Venzo nuevas limitaciones dentro de mí mismo. Veo dilatarse, con nuevas y singulares perspectivas, el horizonte de la contemplación, de esa contemplación que ambos tenemos por suficiente objeto de la vida... ¿Ha olvidado usted a Thomas Graindorge?

Tendemos, pues, a la armonía. No deseemos, empero, con-

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

vertirla en identificación que anule toda peculiaridad individual, toda diferencia. Reservémosnos del fondo de nuestras ideas algo propio e indeclinable, con que se sustente el placer de la contradicción. *Las divisiones convienen*, dijo ya San Pablo, a quien usted debe de reverenciar, porque fué, por el espíritu, una especie de protestante profético. Sin alguna discordia y contradicción, la vida del pensamiento sería una vida muy monótona y triste, donde, al cabo, la discordia renacería del seno del fastidio: nos pelearíamos entonces de puro fastidiados.

Su nuevo libro viene lleno de ideas. Hace pensar; hace sentir. ¿Conquistará usted con él muchas almas para su tierra santa y sus profetas? De eso no estoy seguro.

De lo que sí estoy seguro es del aprecio que tengo por su talento; de lo mucho que me complacen y animan su entusiasmo, no vano, sino equilibrado y consciente; la tendencia reflexiva y severa de su espíritu; su perseverancia; el temple de su naturaleza intelectual, sana y fuerte, como educada en país de robustos y tenaces trabajadores.

Su labor de usted, tan sincera, tan progresiva, tan noblemente inspirada, merece citarse como ejemplo. Si yo tuviera autoridad para indicar ejemplos, la indicaría como tal.

1904.

"DE LO MÁS HONDO" <sup>1</sup>*Colección de poesías de Emilio Frugoni.*

No ha mucho tiempo que procuraba yo expresar, a propósito de un libro de versos, la sensación que produce en la mayoría de nosotros la comunicación espiritual con un temperamento lírico suficientemente dotado de vida y fuerza interior para limitarse a buscar sus inspiraciones en ellas, sin abrirse a la repercusión de lo exterior y colectivo. Aquellos que tenemos dispersa entre las cosas del mundo una buena parte del alma, y no podemos acariciar por mucho tiempo las dulces emociones de la concentración sin que nos inquieten y sacudan los hilos espirituales que nos vinculan a esas cosas de afuera, envidiamos aquel privilegio y admiramos aquella facultad del poeta íntimo. Honda y delicada voluptuosidad debe de ser la de vivir perpetuamente sumergido en esas aguas serenas, y llegar a hacer así del propio corazón un alga rara, que, siendo cosa viva, parece flor de artificio o extraño adorno compuesto de sutiles encajes! Los demás sólo disfrutamos por excepción dichosa, tal cual vez, a la manera de regalado convite o paseo encantador, los halagos de esa absorción escogida; pero en el poeta íntimo ella nos parece única y constante.

Tengo ahora ante mí los originales de un nuevo libro de poesía, casi exclusivamente personal, ensimismada, *dulcemente egoísta*, y aquella impresión se reproduce, y se reproduce más intensa, porque me sorprende sumergido del todo en un gran clamoreo de voces exteriores, que acalla el rumor de las profundas y sumisas que cada uno lleva —como la música de que hablaba Porcia— dentro de sí.

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

Libro de intimidad; poesía de recogimiento y confianza. No sé si habrá quien, después de conocida la obra, aconseje al autor que atienda a lo que pasa en torno suyo; que confunda su personalidad de poeta con la personalidad colectiva de su pueblo, o con la de una comunión ideal, a la que muevan hondos intereses humanos. Tal hubiera hecho buena parte de la crítica en un tiempo. Pero no lo haré yo, que, en presencia de un temperamento u obra de poeta, nunca me he sentido inclinado sino a apreciarlos en sí mismos, tal cual la naturaleza desempeña en ellos su ley. Siendo el instinto poético una *vocación*, en rigurosa etimología, esto es: un llamamiento, el poeta sabe bien de dónde procede para él la misteriosa voz y cuál es la dirección que ha de tomar para acudir a ella, sin que los rumbos que le indiquemos nosotros puedan darle más fija y feliz orientación. Nuestro deber de críticos es limitarnos a juzgar la obra realizada en el campo adonde el poeta nos lleva.

Y adviértase que es, quizá, este de las intimidades el único campo que la poesía podrá reivindicar eternamente como *suyo*. Si yo creo en la perennidad de la forma métrica es porque no concibo cómo sería posible eliminarla de la expresión del sentimiento individual, en lo que ésta tiene de puramente lírico y no adherido accesoriamente a la descripción o al relato. Imaginemos que la querella de la prosa y el verso haya de resolverse definitivamente de la manera como ella está resuelta con relación a las actuales condiciones de oportunidad literaria, y que persista para siempre la superioridad actual de la primera como instrumento de la narración, del diálogo dramático y de la imitación descriptiva. Concedamos aún que, por lo que toca a la expresión entonada de los grandes afectos colectivos, quepan, sin inferioridad, dentro de la elocuencia de la prosa, el himno, la imprecación, el credo de fe, el ditirambo y el *pean* de victoria. Pero, aun cuando lo por venir haya de ser eso, la forma poética conservará el imperio inmutable de las confesiones del sentimiento individual, cuyo interés perecerá, fatalmente, desvanecido en trivialidad y falta de substancia, cuantas veces intente privársele del *quid ineffabile* del ritmo, de la misteriosa virtud que el ritmo pone en los ápices de la expresión: a la manera como hay vagos y delicados aromas cuyo encanto se disiparía si se les separase del tejido tenue y transparente de las flores de que se exhalan.

Por otra parte, hay veces en que, a pesar de buscar su poesía dentro de sí mismo, el poeta íntimo llega a ser el más universal —casi diría el más impersonal— de todos los poetas. Sucede esto siempre que las emociones, los afectos, los estados de alma, que en sus versos encuentran expresión, no son los excepcionales de una naturaleza poética caracterizada por extraña y anómala, ni presentan muy acentuada la *nuançe* individual que cada humano corazón imprime al sentimiento. Entonces, dentro de los vagos contornos con que el poeta dibuja la imagen de su vida interior, a todos nos parece ver algo de la propia; reconocemos allí nuestras sensaciones actuales, o aquellas de que sabemos por el recuerdo, o por lo menos nuestras sensaciones virtuales y posibles; y es así como la elegía de Musset, o el *liéder* heiniano, constituyen una poesía más *de todos*, más *impersonal*, más cercana a la universalidad que un día tuvieron las epopeyas y los cantos de gesta, que el himno sagrado de Manzoni o la imprecación política de Barbier.

Íntima de esa manera; íntima y general a la vez, por la índole de los sentimientos que expresa, es la poesía de este hermoso libro. Las impresiones, las tristezas, los sueños, que se dicen en él, son de aquellos que están en la trama misma de nuestra sensibilidad y que aparecen a nuestra mirada apenas la hundimos en la profundidad azul que tenemos dentro. Este género de poesía transparente, como el fondo de su corriente límpida, la identidad fundamental de nuestras almas. En cambio, aquel —no menos legítimo, sin duda— en que el relieve de la fisonomía individual alcanza a la singularidad y la excepción, hace sensible la idea de la complejidad infinita de que es capaz nuestra naturaleza a pesar de esa fundamental identidad. Perteneció a este último género la mayor intensidad de dominio sobre cierto número de almas, distintas para cada poeta, y que éste agrupa a su alrededor por afinidad electiva; pero el dominio más extenso es del primero. Cada uno siente y admira en la proporción en que es capaz de identificarse con el objeto de su admiración. El sentimiento justo y eficaz, como la plena inteligencia crítica, de una obra, sólo se dan a condición de desprenderse provisionalmente, el lector o el crítico, de una parte de su propia personalidad, para embeberse en la del poeta. En presencia de una naturaleza moral hondamente distinta de la suya, esa mutación relativa de personalidad exige de ellos un

esfuerzo, una tensión de simpatía, que no siempre logra ponerlos al unísono con aquella alma discordante. Pero cuando lo que el poeta se propone es desentrañar, del sentimiento de todos, el interés y la virtud comunicativa que lo convierten en sustancia poetizable, tal modificación personal no es casi necesaria, o bien es casi insensible. El poeta, entonces, reina sin opresión sobre sus súbditos.

Frugoni interpreta con nativa verdad este género universal de sentimiento, y lo interpreta en algunas de sus manifestaciones más hermosas y delicadas. Tonos suaves y de crepúsculo son los de su lírica. La unidad sentimental de esta colección de versos está en un vago dejo melancólico. Sabido es que el dolor es un voluptuoso *dilettantismo* de la adolescencia. Sabido es también que a la sugestión de las tristezas reales, como impulso generador de poesía, se une entonces, en el dolor imaginado, algo de ese hechizo de misterio y leyenda que tienen, para el alma sedienta de aventuras, las tierras raras, desconocidas y remotas. No hay mucha sombra en la expresión de sus tristezas. Diríase que entre el sentimiento y la expresión, deja pasar —siguiendo un consejo magistral— el tiempo necesario para contemplar en la perspectiva del alma, con mirada serena, la elegancia de las tristezas apacibles o de las emociones de amor, o el desfilar de los sueños, como nubes, o un vuelo de recuerdos, como aves de paso que rozan el horizonte indeciso. Pero hay veces en que la intensidad del sentimiento llega a la nota de la tristeza apasionada, como sucede en las composiciones que llevan por título *Mi tortura* y *Tus rigores*.

Dominada, casi exclusivamente, la atención del poeta por el interés de lo que pasa en su escenario íntimo, poco es lo que le preocupa el escenario de la naturaleza. Sus rasgos descriptivos son, sin embargo, verdaderos y hermosos; pero ellos están subordinados constantemente, como elemento accidental, al personalismo lírico, y no sólo reflejan la naturaleza al través de un estado de alma determinado, sino que señalan ese modo, aun más estricto, de subordinación, en que la naturaleza aparece participando ella misma de los afectos del espíritu que la contempla. Así en *La Choza*, *Primaveral*, *El regreso* y *Llanto de rosas*.

Todo lo que se refiere a la ejecución, manifiesta en este poeta nuevo, un sentido muy fino de lo plástico y de lo musical

de su arte. Sabe escoger en el vocabulario poético, y rige con pulso firme y seguro el movimiento de la estrofa. Esculpe el endecasílabo del serventesio o de la silva con clásica limpieza, y el romance se desata, al impulso de su mano, con la desenvuelta gallardía que recuerda los escarceos y arrogancias de un corcel de torneo. Para apreciar, a la vez, la delicadeza de sentimiento y expresión, y la destreza en el gobierno del verso, que es justo reconocer a nuestro poeta, nada más apropiado que la lectura de composiciones como *Súplica*, *Tus pupilas*, *Resurrección*, *Fénix*, *Tus ojos*, o aquella que ocupa el segundo lugar en los *Aleluzos* y a la que el autor no ha puesto nombre. Menos me agrada cuando vuelve a los metros y al estilo románticos, como en sus esproncedianas *Siempre vivas*.

Si se me preguntase cuál es, de las composiciones de Frugoni, la que me parece mejor y más característica de las buenas cualidades de su estilo poético, quizá optaría por la *Súplica*. Hay aquí sentimiento intenso y acendrado, belleza de expresión, y el movimiento rítmico da a un mismo tiempo una sensación de gracia y de fuerza. La sensación de palpar el mármol firme y pulido, o de ver ondear en el aire la espada del brazo vencedor.

En ésta y algunas otras de sus composiciones, es fácil reconocer el paso de suaves vientos de Italia. Me parece laudable y digna de ser estimulada, esta influencia, que es nueva en nuestro ambiente. A pesar de las similitudes de prosodia y de métrica entre ambas lenguas (lo que importa muchísimo, tratándose de cosa tan subordinada como la expresión poética a los caracteres de la forma); a pesar del paralelismo tradicional en el desenvolvimiento de la poesía de entrambas, desde que al sol del Renacimiento tendieron, como dos velas amigas, su vuelo, y a pesar, también, de la proporción considerable en que contribuyen el espíritu y la sangre de aquel pueblo glorioso a la formación del bronce de nuestra raza futura, sólo como notas excepcionales y perdidas pueden señalarse las influencias de la poesía italiana en la de los poetas de la América de habla española. Por otra parte, todo lo que importe contraponer sugestiones y modelos es una fuerza de originalidad —porque es una fuerza de emancipación—, cuando se mantienen tan invariables y únicas, no tanto las fuentes de lo antiguo, sino las de lo nuevo y revolucionario.

Verdad de sentimiento; elegancia y delicadeza de expresión;

manejo hábil y espontáneo del ritmo; tales son las condiciones con que se adelantan a la luz las armas de este nuevo poeta, que es, en ese y otros conceptos, uno de los espíritus mejor dotados de su generación. Si, como el paladín de la leyenda, hubiera él de poner en la mesa del hada propicia su homenaje, que debía ser también un símbolo de lo que el alma del ofrendador llevaba dentro, pondría, no piedras ricas, tributo de la vanidad, ni flores, don efímero, sino, como el paladín, estas ofrendas, cuanto más sencillas más hermosas: un vaso del agua intacta de un torrente y una hoja límpida y flexible de acero.

1902.

TUCUMÁN<sup>1</sup>

*En un álbum publicado en ocasión del centenario de Mayo.*

Tucumán es de las pocas ciudades hispanoamericanas cuyo nombre suena a distancia con ese prestigio de leyenda, con esa vibración de idealidad y simpatía que queda en el espíritu cuando se deja repercutir dulcemente, dentro de él, el nombre de las cosas lejanas con que se ha soñado mucho y que ignoramos si llegaremos a ver... No es principalmente la aureola de los recuerdos históricos; no es el patrimonio de gloria que la ennoblece, lo que determina esa sugestión vinculada a su nombre. Cierto es que ella llevará siempre en el blasón nobiliario de su tradición heroica un título de escogida superioridad, que bastaría para diferenciarla de los centros de improvisada civilización cosmopolita y mercantil, con que nuestra democracia americana dilata sus victorias sobre la bárbara poesía del desierto. Pero por encima de este prestigio de la tradición, descuella el de la naturaleza: la leyenda paradisíaca que, tejida por los relatos y las *saudades* del viajero, comunica a quienes la escuchan algo como una nostalgia de aquella tierra encantada, antes de haber estado en ella. Ni siquiera falta a esta nombradía de belleza la consagración de la página de perenne poesía que le dé una suprema expresión en el lenguaje humano. El beso transfigurador con que el arte toca la frente de la naturaleza virgen y la deja como hechizada, fué puesto en la frente de Tucumán por aquellos gruesos labios de primitivo que diseminaron, a los vientos de América, tanta robusta verdad y tanta estupenda paradoja y tanta desigual belleza: los labios de Sarmiento. El

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

formidable titán civilizador tuvo para los encantos de Tucumán una página de fragancia exquisita, que asoma, entre las agrestes asperezas del *Facundo*, como una flor delicada en medio del matorral bravío. Yo no sé si las impiedades de la civilización han desgarrado, en torno del Tucumán de hoy, el velo de inefable poesía con que aparece en aquella página imperecedera; pero si acaso fuese así, yo pido a mis amigos de Tucumán que no me lo digan, y que me perdonen la crueldad de desear que su ciudad adelante poco y lentamente, si ha de adquirir su mayo intensidad de civilización a costa de su patrimonio magnífico de poesía.

1910.

## MAGNA PATRIA <sup>1</sup>

Cuando, universalmente, la noción y el sentimiento de la patria se engrandecen y depuran, abandonando entre las heces del tiempo cuanto encerraban de negativo y de estrecho, aquí, en los pueblos hispanoamericanos, bien puede afirmarse que la identificación del concepto de la patria con el de la nación o el Estado, de modo que la tierra que haya de considerarse extraña empiece donde los dominios nacionales acaban, importaría algo aún más pequeño que un fetichismo patriótico: importaría un fetichismo regional o un fetichismo de provincia. Porque si la comunidad del origen, del idioma, de la tradición, de las costumbres, de las instituciones, de los intereses, de los destinos históricos; y la contigüidad geográfica, y cuanto puede dar fundamento real a la idea de una patria, no bastan para que el lenguaje del corazón borre, entre nuestros pueblos, las convencionales fronteras y dé nombre de "patria" a lo que no lo es en el habla de la política ¿dónde hallar la fuerza de la naturaleza o la voz de la razón, que sean capaces de prevalecer sobre las artificiosas divisiones humanas?

Patria es, para los hispanoamericanos, la América española. Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural e indestructible, a la provincia, a la región, a la comarca; y provincias, regiones o comarcas de aquella gran patria nuestra, son las naciones en que ella políticamente se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así, o mejor, siempre lo he sentido así. La unidad política que consagre y encarne esa unidad moral —el sueño de Bolívar— es aún un sueño cuya realidad no verán quizá las generaciones hoy vivas. ¡Qué importa! Italia no era sólo la "expresión geográfica" de

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

Metternich, antes de que la constituyeran en expresión política la espada de Garibaldi y el apostolado de Mazzini. Era la idea, el numen de la patria: era la patria misma, consagrada por todos los óleos de la tradición, del derecho y de la gloria. La Italia una y personal existía: menos corpórea, pero no menos real; menos tangible, pero no menos vibrante e intensa, que cuando tomó color y contornos en el mapa de las naciones.

1905.

SAMUEL BLIXEN<sup>1</sup>

*Discurso pronunciado, en representación del "Círculo de la Prensa", al inhumarse los restos de Samuel Blixen, el 23 de mayo de 1909.*

Señores:

Cumpro, en nombre del "Círculo de la Prensa", el penoso deber de dar la eterna despedida al que fué nuestro vicepresidente, al que fué nuestro compañero, al que fué el amigo personal y carísimo de todos los que le tuvimos a nuestro lado en las tareas iniciales de nuestra institución.

No es éste un duelo de la prensa; es un duelo más alto, es un duelo más hondo: es el duelo de toda una sociedad. Pocas veces la crueldad de la muerte ha elegido una víctima que por más distintos conceptos mereciera ser lamentada. En la ansiedad angustiosa con que hemos seguido el rápido proceso de esa inesperada, de esa brutal agonía, y en el clamor de consternación que ha levantado el anuncio del aciago desenlace, mézclanse notas que manifiestan muy diversos motivos de dolor. Es la prensa de Montevideo, que deplora la pérdida de un periodista insigne; es la literatura nacional, que ve trozada la pluma de un escritor inimitable; es un partido político, que lamenta el vacío que ha dejado en sus filas uno de sus grandes elementos de porvenir, destinado a ser fuerza preciosa de moderación y de cultura; es la vida de sociedad, que pierde el ornamento de un espíritu favorecido con todas las atracciones y todas las gracias; y por sobre todo eso, es la amistad, señores, es la amistad, que no tiene consuelo, porque ha sido herida en quien merecía su más apasionada adhesión.

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.



No se incurriría esta vez en una vulgaridad, mil veces repetida, si se dijera que la desaparición de Samuel Blixen es de aquellos infortunios cuya intensidad sólo se mide exactamente después que se producen. Habíamos identificado de tal modo con el ambiente que respiramos la presencia de aquel espíritu luminoso, jovial, pródigo siempre de inteligencia y simpatía, que ha de pasar mucho tiempo antes de que nos habituemos a no verle en su encarnación corpórea, a no escuchar el encanto de su palabra; y nuestra sensación será como si hubiese en torno de nosotros menos luz, menos color, menos belleza... Es que la personalidad de Samuel Blixen tenía una significación tan escogida como rara a nuestro alrededor: representaba al hombre de talento que ha logrado salvar la libertad de su espíritu frente a las tentaciones de la pasión política y de la utilidad, y que se consagra, con entusiasmo impenitente, al culto de las imágenes de belleza y de espiritualidad que le cautivaron al ver abrirse ante sus ojos el espectáculo del mundo.

Pudo aspirar, en la vida pública, a todos los éxitos y todos los honores que le aseguraban su talento incomparable y los prestigios y seducciones de su persona. Pero él hizo abnegación de las ambiciones de poder y fortuna: y prefirió pasar por la vida, fiel a los sueños desinteresados de su juventud, cosechando las flores del camino, como en un alegre paseo, con ese soberano desdén de las ventajas materiales que halagan y esclavizan al vulgo de los hombres, pero que acaso no son capaces de proporcionarles las íntimas venturas con que los sueños de alas impalpables favorecen a estos privilegiados del espíritu.

Para caracterizar su naturaleza moral habría que imaginar una eterna alma de niño, con todo el candor, con toda la alegría, con toda la gracia, con toda la levedad ideal de una infancia respetada por el tiempo. Había esculpida en su fisonomía espiritual una dulce y bondadosa sonrisa. Dotado de todos los refinamientos y todas las exquisiteces de una naturaleza aristocrática, complementada por la educación y por los hábitos de la sociabilidad, tenía, al propio tiempo, la sencillez y la llaneza de un hombre del pueblo, y su don de simpatía se comunicaba a los pequeños y a los grandes, a los poderosos y a los humildes. Era un espíritu admirablemente organizado para ser dichoso, porque llevaba la condición de la felicidad en sí mismo: en su despreocupación infantil, en su placidez, en su opti-

mismo, en su benevolencia; y por esto es tanto más cruel y tanto más injusta la fatalidad, que interrumpe, en lo mejor del camino, una vida que parecía destinada a coronar la plata de su vejez con las rosas de Anacreonte.

El nombre de Samuel Blixen vivirá en nuestra tierra mientras quede en ella un rastro de interés por la cultura del espíritu y los deleites superiores del arte. Su actividad continua y entusiástica en la propaganda del amor de lo bello, de lo selecto, de lo desinteresado, bastaría a asegurarle la perennidad del recuerdo, porque esa propaganda tiene, en sociedades como la nuestra, toda la significación de un Evangelio, casi siempre mal comprendido y mal agradecido, pero de una eficacia civilizadora mucho más radical y profunda de lo que imagina la vulgaridad. Su gran pasión literaria fué, como todos sabéis, el teatro, y su nombre será glorificado siempre como el del fundador del teatro nacional. En ambiente más propicio habría desenvuelto ampliamente las admirables facultades de gracia, de delicadeza y espiritualidad que resplandecen en las obras primorosas que nos ha dejado y que sobrevivirán a todos los cambios de escuelas y de gustos. En nuestro periodismo fué un invalorable elemento de cultura, de interés, de originalidad, que decidía por sí solo, con los fascinadores prestigios de su pluma, el éxito del diario a que se vinculaba. En la crítica de literatura y de arte, la obra de Blixen señala en nuestro país un punto de partida, una iniciación caracterizada por la fineza del criterio, la erudición selecta, la caballeresca impersonalidad y la singular belleza de la forma. La maravillosa facilidad de aquel estilo transparente y ágil, como un manantial intacto, será igualada alguna vez, nunca superada. Era un cultivador de la ironía; y, observación que enaltece tanto el temple moral del hombre como el gusto exquisito del escritor: nunca puso en su ironía, ni aun en el enardecimiento de la polémica, ni aun repeliendo el ataque personal, una sola gota de veneno. La benignidad de su ironía brotaba de la superior cultura de su gusto, pero brotaba también de una fuente más honda: brotaba de la bondad del corazón.

Tenía el supremo don de la crítica: el don de admirar. Y admiraba sin restricciones, sin reservas, con la efusión generosa de un entusiasmo siempre pronto a fluir en raudales de elogio, donde la benevolencia infinita no era obstáculo para que se transparentase la delicadeza de su juicio y de su gusto. La virtud

de estímulo y animación que ejerció su crítica, en nuestro medio, es inmensa. Si entonar las voluntades indecisas y fortalecer las esperanzas de los que empiezan, en literatura y en arte, es una forma de hacer el bien —¿y quién puede dudar de que lo sea?—, la crítica de Blixen fué una grande obra de bien. A muchos, a muchísimos alentó: no puso estorbos a nadie. En la gratitud personal que yo le debo, interpreto la de mi generación y la de los que han venido después de ella. Todos los que manejamos una pluma, o un instrumento de arte, todos le debemos un estímulo, todos le debemos una esperanza, todos le debemos una parte de nuestro nombre y de nuestra consagración.

Una sociedad entera le llora, pero hay una parte de la sociedad que singularmente debe llorarle. Para nosotros, escritores y artistas, los que hemos consagrado lo mejor de nuestro espíritu y de nuestra existencia a labrar, en el alma de un pueblo nuevo e inestable todavía, un refugio para el pensamiento desinteresado, un refugio para la meditación, un refugio para el arte, la extinción de esta vida es una gran fuerza que nos falta, una gran voz alentadora que muere en el silencio, una gran soledad que nos desconcierta... Pero en las compensaciones ideales de la muerte, que acrisola y baña de perenne luz las realidades queridas que nos arrebató, el recuerdo de Samuel Blixen será perdurable inspiración de nuestros esfuerzos, estrella propicia en las horas del desaliento y de la decepción.

Duerme en paz, amigo y maestro en el culto de las cosas bellas, delicadas y amables de la vida! ¡Y si de la infinita profundidad misteriosa donde se ha abismado tu espíritu algo puede descender sobre la tierra, sigue irradiando, desde allí, sobre nosotros, tu gran sueño de belleza, tu gran sueño de arte, tu gran sueño de idealidad!

## RICARDO GUTIÉRREZ<sup>1</sup>

*En ocasión de su muerte.*

Siempre he soñado que la mejor recompensa de los poetas —mejor y más llena para ellos de divinos halagos que las formas ruidosas y deslumbrantes de la gloria— sería la de que se hallasen dotados de la virtud de percibir y atraer a sí todos los clamores de entusiasmo, todas las lágrimas de melancolía, todos los impulsos de admiración, que sus cantos, peregrinando entre las almas jóvenes y buenas, arrancan bajo los astros de cada noche y bajo el sol de cada día. ¡Qué hermoso arrullo hubiera llenado de consolaciones y armonías los últimos instantes del poeta querido que hoy lloramos, si a su espíritu hubiera sido otorgado ese beneficio, en la hora suprema, y hubieran convergido, en un inmenso acorde, hacia él, todas las vibraciones de las almas heridas por la noble y dignificadora virtud de sus estrofas!

Gritos de trémula emoción que de mi pecho brotaron en algunas de las horas más bellas de mi vida, se hubieran mezclado en el coro de triunfo del poeta. Lo leí de niño, y su poesía, que desde entonces quedó vibrando en lo hondo de mi alma, tiene para mí el secreto encanto de las cosas que evocan recuerdos dulces y queridos. Yo no la podría juzgar como se juzga la de un genial poeta que admiramos pero a quien no reconocemos como *nuestro*, que no nos habla del pasado, y cuya poesía no hunde sus raíces en las reconditeces de nuestra vida espiritual y la viste y enlaza como la enredadera a la columna. La poesía de Ricardo Gutiérrez tiene una historia en el proceso de mi vida interior. Cada uno de sus cantos es para mí como una

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

de esas melodías que, escuchadas en momentos dichosos o solemnes, se asocian inevitablemente, después, al despertar del instante escogido en que vibraron. Cuando una estrofa suya hago pasar ante mis ojos siento en el alma un ala mustia y aterida que se estremece. Por eso la desaparición del poeta produce en mí la sensación de un abandono y me parece como la extinción de una luz sobre mi espíritu.

¡Cuán pocos de nuestros poetas de hoy, aun cuando haya de ser grande y duradera la gloria de sus triunfos, alcanzarán esta devoción de los sentimientos! El poeta, hoy, es, ante todo, el artista, es el orfebre, es el cincelador paciente y empeñoso. Detiéndose ante sus puertas el viandante para admirar, en aquella fiesta de la luz, los finos contornos del oro cincelado. Pero, cuando se aleja, lleva sólo la impresión de un deslumbramiento, porque no reconoce ya, en el artifice enamorado del ritmo y del color, a aquel ser —comparable con el pelícano del mito— que arrancaba de sus entrañas palpitantes la imagen viva de lo que llevaban los demás dentro de sí.

Y ninguno entre nuestros poetas ha personificado esta entera condensación del alma de los suyos, este seguro imperio ejercido sobre el sentimiento de una generación, como el del *Libro de los Cantos* y *La Fibra Salvaje*. Era el poeta de todos, sin dejar de ser, intensa y predominantemente, el poeta de sí mismo. Había brindado la hospitalidad de su corazón a todas las cosas buenas, a todas las cosas bellas. Naturaleza esencialmente lírica la suya, siempre en sus cantos el impulso del vuelo partía de la intimidad. Pero en su intimidad refundía, convirtiéndole en sentimiento propio, en dolor propio, el dolor de todos los que sufren; en fuerza de su vida, el alentar de todos los que esperan, la exaltación de todos los que batallan; en calor de su sangre, el ansia de todos los que padecen hambre de justicia y el entusiasmo de todos los que persiguen sobre la tierra un ideal.

La individualidad, la vida misma del poeta, límpida y fuerte como el mármol, eran, además, un nimbo de luz sobre su obra. ¡Cuántas veces, corriendo, llenos de emoción, el velo que oculta a nuestros ojos la intimidad de la existencia de donde parte la palabra inspirada, sólo nos es dado encontrar el fondo gris de una personalidad moralmente indiferente o borrosa! En nuestro poeta, personalidad y arte, vida y ensueño, se confunden y

forman un solo trazo de luz. Huella por la que puede seguirse el rumbo de su marcha son sus versos. Cantó a la fe en el ideal que regenera, y tuvo fe; cantó a la caridad, y fué piadoso; cantó al heroísmo, y fué soldado. En esta luminosa existencia, la poesía es acción, la acción es poesía. Evocando la imagen del varón bueno y abnegado, es como adquiere sobre nosotros toda su avasalladora virtud el canto del poeta.

Dueño era su numen por igual de las dos grandes manifestaciones del sentimiento lírico: la que se reconcentra en el recogimiento y la meditación, tímida del tumulto humano, y la que alienta en las inspiraciones del alma colectiva y es tribuna de donde arengar y espada con que lidiar en nombre de todos. Vibraban alternadamente en sus cantos los acentos del hombre íntimo y los del soldado del pensamiento y de la acción. Unas veces, la suave estrofa modelada para el amor y el ruego; la que se ampara bajo aquellas frondas, propicias al misterio, del alma, donde los sentimientos delicados y afectuosos anidan. Otras veces, el verso amplio y fulgurante, el verso de grandes alas, lleno de sol, erguido sobre una cúspide. Nacían de esta audacia épica, el grito de guerra de la Libertad que envía al país del trópico sus legiones; la vigorosa imprecación de *Montevideo*; el diálogo de *El Poeta y el Soldado*. Brotaban de aquella reconcentración melancólica, la carta, húmeda en lágrimas, a *Lucía*; el contemplativo sentir de *La Oración*, y la querrela apasionada de la *Magdalena*.

No era el poeta de *Lázaro* un devoto de la plasticidad y melodía de la forma, no era un cincelador paciente y obstinado del verso, ni a él alcanzaron los influjos de la evolución, posterior al romanticismo, de la lírica, que levantó sobre las ruinas de las aras de la emoción y el pensamiento, las consagradas al culto de la perfección exterior. Pero tenía un admirable don instintivo de armonía, un seguro y natural imperio del ritmo, que le autorizaban para sustituir, en la ejecución, los afanes del procedimiento laborioso con la confianza y la audacia de la libertad. Y el verso brotaba de su mente, alado, ágil, espontáneo, con ímpetu como de lampo de luz que rasga de improviso las sombras; como de vena de agua que salta de la roca herida por el pico; como de anchurosa bandera que se despliega de un golpe y flota en los aires a favor de un viento pujante.

Hase observado que uno de los más constantes modos de

manifestación del genio lírico está en el don de crear o modificar algún metro, que es como "la nueva copa en que se exprime el jugo generoso de un ingenio nuevo". Fué otorgado a Ricardo Gutiérrez este signo escogido de originalidad. Él cinceló su copa para el vino de su vendimia, y creó su estrofa propia, su estrofa admirablemente modelada sobre el tono íntimo de su sentimiento, llena a la vez de fuerza y de gracia, como el cuerpo del púgil, y que quedó consagrada en la lírica argentina, donde Gervasio Méndez la eligió para mensajera de su abandono y su dolor y la ungió nuevamente con la unción de las lágrimas<sup>1</sup>. En ella están sus composiciones que muchos tienen por mejores; las que son, por lo menos, las más sentidas, las más ingenuas, las más íntimas; y ella llegará a la posteridad, perpetuándose en la métrica de la poesía americana, como forma sensible de la inmortalidad de quien la añadió al Cancionero de la lengua.

Ya había empezado la sanción de la posteridad, en cierto modo, para la figura literaria de Ricardo Gutiérrez, y ella se nos presentaba como una noble figura de otros tiempos, a los ojos de los que le admirábamos en mi generación. Años hacía que la lira del poeta estaba muda. ¿Era acaso el hastío, el cierto helado de la vida?... ¿Era, más bien, la amarga protesta contra el ambiente ingrato, la desolación ante el irresistible avanzar de la ola turbia y plebeya que clamoreaba los triunfos de nuestro "período cartaginés"?... ¿Quién sabe? El silencio del poeta, que puede ser una forma del desaliento, de la decepción, del desengaño, ¿no puede ser también el signo de su iniciación en una poesía más alta, más gloriosa, más pura? Por encima de la que se traduce en palabras y se comunica al sentimiento de los hombres, ¿no podrá él alcanzar una poesía superior, una poesía que sólo irradie y florezca en su mundo íntimo, donde la rodee la nube impenetrable con que quería velar la mística ciudad de sus elegidos cierto poeta moderno? Ella será como

<sup>1</sup> Es la del ejemplo siguiente:

*Como la estrella errante de los cielos,  
que en los espacios infinitos vaga  
y, al tocar en la atmósfera del mundo,  
cae en él luminosa y abrasada,  
así en su atmósfera  
tocó mi alma,  
y así, encendida en el amor sublime,  
como una exhalación cayó a sus plantas.*

la música de los astros, que el sabio oyó pero que nosotros no oímos; será como la imperceptible luz que vibra allí donde la pupila humana no ve sino la obscuridad.

Ahora este silencio durará para siempre, pero el nombre del poeta se engrandecerá en la memoria de las generaciones y su poesía adquirirá vida nueva. Andrade tuvo de los contemporáneos apoteosis más ruidosas, pero en su obra, osada e inmensa, verá acaso más ruinas la posteridad. Para lo que edifica la deslumbrante fantasía hay en el tiempo base menos estable y segura que para lo que labra el sentimiento, siempre uno en esencia. Cuando han perdido su color las pompas de Lucano, aún nos habla el verso de Virgilio del *llanto de las cosas*.

¿Quién me recordará que no es una página de crítica la que he trazado al escribir sobre la muerte de Ricardo Gutiérrez? Si así como el corazón tiene su memoria, y su memoria es la gratitud, también tiene el corazón su juicio, será éste solo el que yo podría ofrecer para juzgar al noble espíritu que acaba de ascender a la luz. Fué, cuando yo empecé a saber de poesía, uno de mis poetas. Si le hubiera encontrado alguna vez en los caminos del mundo, le habría estrechado la mano y le habría dicho: "Gracias..." Y él me hubiera entendido. Pero desde hoy, que sé que no he de verte ya en la realidad, yo te tendré conmigo, ¡oh poeta!, para siempre, en aquella consagrada región de la memoria donde se reúnen, como en un cielo que va cuajándose de luces, las cosas bellas y los seres benéficos y amados que hicieron menos ingrato para nosotros este peregrinaje de la vida y se abismaron en la decepción y en el misterio.

## BOHEMIA<sup>1</sup>

*En la revista juvenil de ese nombre.*

Aún hay "bohemos"; aún hay quien quiere ser "bohemo"... Y el mote, que, en labios del burgués espeso y acorazado de fariseísmo, equivale a una descalificación, bien puede ser recogido y reivindicado por los muchachos entusiastas, a cuya cabeza sube la savia que estalla en las primeras flores: a manera de aquel otro calificativo, originariamente injurioso, de "los *gueux*", que, levantado del suelo por los flamencos de Guillermo de Orange, llegó a quedar como el nombre vibrante y altanero de los gallardos revoltosos de la libertad.

Haya, pues, "bohemos", y sean benevolentes para juzgarlos los rígidos secuaces del acreditado señor Al-pie-de-la-letra. Entiendan y perdonarán. "Bohemio" no es el que tiene la voluntad enervada y la cabeza en desequilibrio. "Bohemio" es el que vive su juventud con un exceso de entusiasmo, que se le desborda del alma, por las cosas bellas y las cosas raras y las acciones generosas, y con mucho de ese *embujamiento* interior que, en tiempos de acción y de heroísmo, empujaba a las aventuras y las cruzadas, pero que, en tiempos de monótona prosa, sólo tiene salida en los simulacros de la imaginación, en las campañas incruentas del arte, y en esa terrible vocación de las paradojas y las irreverencias, que, aun en los casos en que son desatinadas o injustas, permanecen siendo simpáticas, porque llevan el aroma de la juventud.

1908.

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

## JUAN MARÍA GUTIÉRREZ Y SU ÉPOCA <sup>1</sup>

### I

Tan grandes en interés heroico y áspera energía como los mismos tiempos de la Independencia, aquellos que vinieron inmediatamente después prevalecen en nuestra imaginación con un prestigio más complejo, y en cierto sentido, más humano, como tiempos de más varia sensibilidad y de más armónico concurso de actividades y de sueños. Con la psicología guerrera concertóse en ellos la psicología romántica. Y este universal fermento del romanticismo, exaltando el amor de la literatura, que sólo en desiguales ráfagas había cruzado por el alma de la anterior generación, inspira entonces los primeros eficaces anhelos de una cultura literaria propia y constante <sup>2</sup>.

La armoniosa y serena figura de escritor que me propongo bosquejar, concentra en sí, en algún modo, esa vehemente aspiración de sus contemporáneos, aunque dominándola con cierto sosiego magistral. En el espontáneo florecimiento de aquella producción candorosa y precoz, Juan María Gutiérrez personifica la tendencia a convertirla en obra consciente de sus fines y dueña de sus rumbos, como informada por la asiduidad de la crítica. Sólo en nombre de Alberdi podría disputársele, entre los escritores de su tiempo, el más completo dominio de esa función de análisis y reflexión. Acaso el ilustre émulo de Larra fué superior en apreciar las relaciones morales y sociales de la obra de

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

<sup>2</sup> He refundido algunos de mis primeros trabajos, relativos a literatura del Río de la Plata, alrededor de uno de ellos: el consagrado a Juan María Gutiérrez. A pesar de las inevitables rectificaciones y ampliaciones, he procurado mantener, en las ideas como en el estilo, lo característico de la primera forma.

literatura; llevó más hondo, tratándose de éste como de cualquier otro género de ideas, la penetración del pensador; pero, en cambio, la crítica de Juan María Gutiérrez luce más desinterés artístico, más pasión por la pura belleza literaria.

El magisterio intelectual, en los primeros pasos de aquella generación gloriosa, fué compartido por dos grandes personalidades dirigentes, que tendieron a orientar en opuestos sentidos la virtualidad poética de la juventud sobre que ejercieron su influencia; así como de ellas también recibieron la inspiración de su propaganda distintos ideales de reorganización política. Tocó a Florencio Varela, el heredero y mantenedor, entre sus contemporáneos, del blasón intelectual de la grande época unitaria, dar voz a la severa autoridad del clasicismo en que había modelado aquella época su verbo poético y oratorio; en tanto que Esteban Echeverría alentaba, con la prédica y el ejemplo, la libertad romántica, comprendiendo en la soñada obra que llamó de *fundación de creencias*, junto con la renovación de las ideas de nacionalidad y de gobierno, el pensamiento de una nueva y emancipada poesía.

Juan María Gutiérrez representa, entre ambas posiciones literarias, el término de transición. Mientras que, por una parte, le mantuvieron siempre en fiel amistad con la antigua literatura lo acrisolado y persistente de su cultura clásica y ciertas naturales afinidades de su espíritu, por la otra fué un principal cooperador en los propósitos de libertad y de verdad que despertaba el impulso revolucionario, a cuyo desenvolvimiento asistió, si no con la pasión romántica, con interés asimilador y benévola amplitud.

En cuanto a esto, la significación de su figura literaria es semejante a la que tuvo, en el romanticismo español, la personalidad de otro argentino ilustre: la personalidad de Ventura de la Vega, a quien correspondió representar, en el seno de la generación que Lista había educado en el culto de los clásicos y que olvidó después, cediendo a los prestigios del romanticismo triunfante, la fidelidad a las devociones de su primera juventud, el equilibrado consorcio de ambas influencias, dentro de la unidad de un temperamento literario dueño de esa clara visión del orden artístico, de esa vigilante lucidez del buen gusto, de esas delicadezas del pensamiento y de la forma, que fueron también el privilegio de Gutiérrez entre los argentinos de su generación.

No han faltado quienes atribuyeran a éste, en el movimiento de ideas de su tiempo, el papel de un clásico rezagado y vergonzante; pero lo cierto es que el sentido de su doctrina y de su obra le aproximaban más a la fe nueva que a la adoración de los viejos dioses. Hubo también en la revolución de la literatura la Gironde y la Montaña; y acaso no podríamos escoger un medio más exacto de figurarnos la peculiar significación de nuestro crítico, que imaginarlo como un girondino de esa revolución: como un representante de la idea de fraternidad en la república literaria, extraño siempre a las iracundias montañesas con que el formidable luchador del *Facundo*, en las polémicas del otro lado de los Andes, arremetía contra los dogmas de la tradición intelectual personificada en Andrés Bello, a quien trataba, según frase de Lucio Vicente López, "con modales de Atila".

Nadie como él realizó, en su medio incipiente, esa serenidad superior, que parece secreto de las civilizaciones maduras; esa capacidad de comprender que, a diferencia de la falsa amplitud nacida de la incertidumbre escéptica o de palidez de alma, deja percibir, como fondo, las preferencias de gusto, de admiración y de ideal, que imprimen carácter y dan nervio a la personalidad del escritor.

Era una naturaleza de crítico, en cuanto esta palabra expresa, esencialmente, una idea de simpatía y no de resistencia; de solidaridad de la imaginación, antes que de frío análisis. Era de los que saben por sí propios que en la complejidad del alma del crítico grande y eficaz fué siempre indispensable elemento aquella misma substancia etérea, vaga, dotada de virtualidad infinita, apta para ajustarse a toda acción y a toda forma, que veía el gran Diderot en el alma inconsecuente del cómico. Pertenecía al grupo escogido que puede reivindicar los fueros de la ciudadanía en la *ciudad ideal* que, como aquella con que soñaban en Weimar los dos geniales colaboradores de *Las Horas*, reúne a los espíritus verdaderamente emancipados, bajo el lábaro único de la verdad y la belleza.

Por eso hay en la mayor parte de sus juicios una seguridad que ha respetado el tiempo, y por eso también su figura es, mejor que cualquiera otra, el centro adonde transportarse para abarcar el cuadro literario de su época, porque él mismo lo con-

sideró con esa visión amplia y serena que anticipa, sobre las pasiones de los contemporáneos, la mirada de la posteridad.

## II

El 6 de mayo de 1809 nació en Buenos Aires, de padre español y madre argentina, Juan María Gutiérrez. Recibió, desde niño, aquella insustituible unción literaria que se adquiere en el hogar doméstico, cuando en él hay biblioteca escogida y se oye hablar con interés y gusto en cosas de letras; género de iniciación que rara vez suplen del todo las influencias del colegio ni de la lectura hecha en plena juventud. Sin apartarse un solo instante del cultivo de esa temprana vocación, siguió estudios de matemáticas, hasta completar los cursos de ingeniería, bajo la dirección de aquellos Senillosas, Fernández y Mossottis, de cuyas venerables figuras había de trazar tan amorosas semblanzas en su curioso libro sobre la historia de la Enseñanza Superior.

En los últimos tiempos del ensayo de organización republicana que empieza, en Buenos Aires, con el sosiego de 1821, la juvenil generación de que formaba parte Juan María Gutiérrez henchía los claustros de la Universidad que acababa de erigir el genio civilizador de Rivadavia, sustituyendo en ella los moldes de la vieja enseñanza colonial, no modificados fundamentalmente hasta entonces, con un orden de estudios que recibía su inspiración de la necesidad de adaptar todo organismo social al armónico desenvolvimiento de los principios y trascendencias del gobierno propio. Por la eficacia de la educación así regenerada, aquella grande época tendía a asegurar los triunfos del presente con la conquista del porvenir, y estampaba en sello en la mente de una generación a la que tocaría custodiar el arca de la cultura patria, llevándola consigo en largo y proceloso destierro, mientras duró el régimen bárbaro que había de prosperar sobre las ruinas de aquel glorioso alarde de civilización.

Esos que trasapaban entonces los lindes de la infancia; los hombres nuevos a quienes Juan Cruz Varela, el poeta consagrado del sentimiento liberal y cívico de sus contemporáneos, saludaba, con la emoción de la esperanza, en uno de sus cantos solemnes<sup>1</sup>, no debían ver jamás, o debían verlo sólo cuando treinta años

<sup>1</sup> *A la juventud argentina*, 1822.

de luchas e infortunios los separasen de aquel radiante amanecer de su vida, un predominio tal de la inteligencia, informando el organismo social como soplo animador y plasmante; resplandeciendo como supremo prestigio de la personalidad, y acatada como fuerza efectiva de gobierno. La prensa y la tribuna, que se transfiguraban por la adquisición de un carácter adoctrinador y digno; las tendencias nacientes de asociación intelectual, que levantaban centros de propaganda y de cultura, estimulando al pensamiento en todas sus actividades generosas; la cátedra, que se adaptaba a nueva ciencia y nuevos métodos; el canto mismo de los poetas, que aspiraba a ser también un fuerza de acción, arraigada en la sensibilidad, para valer a la empresa de regeneración que lo inspiraba, concurrían, como otros tantos toques de cincel, a transformar la fisonomía heredada de la sociedad de la colonia, y creaban una atmósfera de emulación y de entusiasmo, en la que aquella juventud pensó asistir a la definitiva realización de la obra de sus padres, consumándose para que ella la mantuviera y dilatara en el cercano porvenir.

Pero cuando llegó para ella la edad de la autonomía y de la acción, la escena había cambiado. La discordia civil había dado en tierra con los someros fundamentos de tanta construcción benéfica. Una emigración de estadistas y escritores mantenía consigo, fuera de la patria, el alma de la época de organización y de cultura. El bárbaro aliento de la Pampa soplaba vencedor sobre el desmayo de la ciudad que había sido el vibrante taller de Rivadavia. Toda manifestación de libertad y de adelanto se había extinguido o estaba próxima a extinguirse. El parlamento, exánime; la cátedra, en languidez; la prensa, envilecida o muda. Al gobierno de las ideas había sucedido el gobierno de la fuerza brutal. Bajo sus auspicios revivían todos los gérmenes de reacción ocultos en el seno de la sociedad que la fracasada obra de reforma había empezado a despojar de los resabios de la tradición colonial. Aquella juventud se hallaba, pues, sola y desorientada en tal ambiente. La realidad que se presentaba ante sus ojos era como impenetrable barrera que la negaba a los horizontes que una educación llena de alientos y esperanzas había descubierto a su espíritu.

Ella reproducía, en medio del estéril sosiego del régimen dictatorial, en medio de aquel silencio y aquella sombra, las mal comprimidas inquietudes, la nostalgia de acción, los anhelos hon-

dos y ardientes, de la juventud que se levantó, privada también de campo y de tribuna, en las postrimerías de la colonia, y que, excitada por los ecos lejanos de la Europa revolucionaria; por la presagiosa agitación de la propaganda de la libertad de comercio; por los aplausos del mundo, que convergían al Foro de Buenos Aires para saludar el esfuerzo glorioso de la Reconquista, llevaba en el alma un hervor que auguraba un destino diferente del de las generaciones extinguidas en el letárgico sueño colonial. No era menos capaz de quebrantar los límites que se le oponían, esta otra juventud, a la que estaba reservado completar, con la reivindicación de la libertad política, la obra de la independencia. No pudo por mucho tiempo el régimen despótico demorarla en la expansión de su espíritu. Cuando más arreciaban las brutalidades de la fuerza, ella se congregaba en derredor de Esteban Echeverría, con quien llegó, del otro lado de los mares, el fuego de la gran revolución ideal que embellece y exalta las primeras décadas del pasado siglo; y levantaba, como una triple afirmación del porvenir, una idea de emancipación literaria, un propósito de regeneración social y una norma de organización política.

Pero con anterioridad al año de la memorable protesta, ya ciertas figuras juveniles habían ganado algún relieve y prestigio; y entre ellas, la de Juan María Gutiérrez. En el precario movimiento de publicidad y discusión a que dió lugar el pasajero gobierno de Balcarce, hizo Gutiérrez sus primeras armas en la prensa, colaborando, como Marcos Avellaneda, el futuro mártir de Metán, en *El Amigo del País*. Vinculó también sus esfuerzos a poco durables tentativas por arraigar el periódico ilustrado y de variedades; y así en *El Museo Americano* como en *El Recopilador*, que se editaron de 1835 a 1836, aparecieron traducciones y otros ligeros trabajos suyos. Por aquel tiempo, Juan Bautista Alberdi producía la *Memoria descriptiva de Tucumán*, la *Refutación a "El Voto de América"*, el comentario a Lerminier. Los *Consuelos* de Echeverría, publicados en 1834, empezaban a hallar imitadores, y el verso campesino de Hidalgo había renacido en Ascasubi, que enherbolaba, como Béranger, con la intención política, el dardo alado de la canción. Rivera Indarte, el futuro publicista de *El Nacional*, ensayaba, en el panfleto y la invectiva, su prosa ardiente y plebeya.

El movimiento que, concentrando en una fuerza común



esas energías dispersas, fijó la orientación en que perseveraron, imprimiendo carácter a la voluntad y al pensamiento de una generación, llegó con el histórico año de 1837, y se manifestó, en su aspecto literario, por la aparición de *La Cautiva*, y en su aspecto social por la profesión de fe que al propio autor de *La Cautiva* tocó formular en su memorable *Dogma*.

Aquel poema daba el primer ejemplo de emancipación de la fantasía poética, que se encaminaba a una originalidad inspirada en la naturaleza y en el pueblo. El "Salón Literario", que Marcos Sastre fundó, también en 1837, fué como el centro de donde se propagó la iniciativa, y contribuyó principalmente a uniformar, en la juventud que animaba sus veladas, las aspiraciones y las ideas. En cuanto al pensamiento de regeneración social y política, hízose carne en la secreta actividad de la "Asociación de Mayo", de la que podría decirse que contuvo en sí la simiente de la patria futura. Levantándose sobre la discordia de los bandos, cuya ciega violencia había abierto paso al despotismo, tendíase allí a reintegrar en su original pureza el sentido de la revolución de 1810, mediante la fundación de una democracia orgánica, liberal y culta, como la que Rivadavia había ensayado realizar; pero emancipada de las limitaciones de partido y de ciudad a que no pudo sustraerse el ensayo del gloriosa estadista. Era, en lo esencial, el anticipo de la norma de organización que había de presidir, tras dilatadas vicisitudes, a la reconstitución definitiva de la nacionalidad.

Quiso cooperar en ese doble movimiento político y social, un periódico de vida efímera, que Alberdi dirigió, y cuyas inspiraciones, fundamentalmente serias y fecundas, estaban en curiosa oposición con el trivial significado de su título: *La Moda*. Juan María Gutiérrez, que por este mismo tiempo escribía la introducción para el *Cancionero argentino*, coleccionado por don José Antonio Wilde con trozos líricos adaptables a la música, fué de los más asiduos colaboradores de aquel periódico, como de los más animados disertantes del "Salón Literario", donde dejó largo eco su discurso sobre la *Fisonomía del saber español*.

Todas estas manifestaciones de actividad y de entusiasmo debían forzosamente atraer sobre la inquieta juventud que las producía, las desconfianzas de una dominación que necesitaba, para consolidarse, del abatimiento y el silencio que había creado en torno suyo. Penetró la "Mazorca" en el secreto de las reunio-

nes donde, bajo apariencias de simple esparcimiento literario, se deliberaba sobre la nueva idea política y social. Ellas, por otra parte, tendían a un carácter activo, más apremiante a medida que los rigores del régimen de fuerza mostraban la imposibilidad de toda propaganda libre de reforma. A la dispersión de los asociados, en quienes el sueño idealista y generoso daba ya su punzante fermento de energía, siguió bien pronto el destierro voluntario o impuesto. Una segunda emigración fué a unirse con la que mantenía fuera de la patria, hacía dos lustros, la gloria viva y la intelectualidad de generaciones anteriores.

Montevideo fué el centro preferido de la nueva emigración, como lo había sido de aquella que la precedió en el camino del destierro. De 1838 a 1840 llegaron a este lado del Plata, Alberdi, Mármol, Tejedor, Mitre, Cantilo, Frías, Domínguez, Rivera Indarte. Poco después, en 1841, llegó también Echeverría, que aquí permaneció hasta su muerte prematura, sin alcanzar a ver lucir para su patria los albores de la libertad. Juan María Gutiérrez, como uno de los más activos movedores del grupo juvenil, fué de los primeros en quienes se encarnizó la persecución. Luego de sufrir tres meses de cárcel, pena de que participaron otros de los reos de igual delito, buscó el refugio de Montevideo, al promediar el año de 1839. Nuestra pequeña y graciosa ciudad de aquellos tiempos convirtiéndose así en único escenario de la cultura argentina.

El elemento pensador de la primera emigración se personificaba en dos hermanos ilustres: Juan Cruz y Florencio Varela. Tenía el mayor de ellos la representación de la aristocracia intelectual de la época de Rivadavia. Representaba el segundo la persistencia del mismo ideal político y literario, dentro de una generación que había de caracterizarse, en uno y otro sentido, por ideales nuevos y emancipados de la tradición.

Juan Cruz mantuvo, en los comienzos del destierro, su actividad de publicista, acompañando los esfuerzos iniciales de la organización oriental, con la propaganda de *El Patriota*, bajo el ministerio reformador de don Santiago Vázquez. Su inspiración de lírico, que había despertado al calor de una época gloriosa en la guerra y en la paz, y estaba hecha a ser la consagración de sus triunfos, quedó, por algunos años, como en mudo estupor, con el fracaso del gran período de civilización que había celebrado. En la severidad espartana de su poesía no halló

una nota que se acordase con las amarguras de la proscripción. Pero cuando la juventud de la época nueva llegó a Montevideo, el poeta que había saludado en ella, en días mejores, al porvenir y la esperanza, y a quien muy corto plazo separaba de la tumba, alcanzó a participar en el movimiento literario que esa juventud inició, con sus últimos versos<sup>1</sup>, que tienen ya la entonación de la elegía, aunque áspera y varonil, como encastada con la grave sátira lírica, y que serán, entre los suyos, los que más respete el paso del tiempo, porque son los que manifiestan, en una forma más ingenua y humana, un sentimiento más profundo.

En cuanto al magisterio intelectual de Florencio, que fué, sin duda, eficaz y poderoso sobre parte de la emigración juvenil, no se manifestó tanto en forma pública y escrita, hasta la aparición del diario que vive vinculado a su trágica gloria, como por el adoctrinamiento íntimo y oral. Su casa de Montevideo fué cátedra familiar y salón académico. En su primera juventud, había soñado con los lauros del poeta. Su poesía resonó al par de la del cantor de Ituzaingó, en las mismas formas solemnes y austeras de la lírica; templada un tanto la arrogancia oratoria de Juan Cruz por un tono algo más sobrio y horaciano. Cantó como él a los triunfos de la guerra con el Imperio, a los esfuerzos de la obra de organización liberal, y saludó la resurrección de Grecia, en nombre de la América libre, después de Navarino. En el destierro, dedicó cantos de noble, si no muy alta inspiración, a la concordia, a la paz, a la prosperidad del nuevo Estado, que debía ser el campo de su propaganda gloriosa y el suelo amigo de su tumba. Abandonó después el cultivo del verso, y concentró su espíritu en el estudio de la historia de América, a la que pensaba dedicar todos los afanes de su madurez. Su influjo literario fué de resistencia primero, de moderación más tarde, para la corriente innovadora, en cuanto ella discordaba de aquella severa disciplina que estaba en la educación y en la propensión instintiva de su mente. Su naturaleza intelectual era firmeza, sosiego, exactitud. Desconoció como publicista otras inspiraciones que las de la razón que domina, austera e inmutable, desde su altura superior a la tormenta; y aun en una propaganda que vibró en atmósfera inflamada por las más nobles exaltaciones de la indignación y los más justificados extremos del odio, no se caracterizó su palabra por la inectiva ni el sar-

<sup>1</sup> El 25 de Mayo de 1838, en Buenos Aires.

casmo que calienta la pasión impetuosa, sino por la ecuanimidad, por la serenidad, por la justicia; por todas aquellas condiciones que son el sello de la tranquila fortaleza del ánimo, unida a las vistas límpidas y seguras de la inteligencia.

A la llegada de estos primeros proscritos, nuestra cultura propia daba escasas muestras de sí. Constituída la nacionalidad, el signo de su autonomía literaria se personificaba en Francisco Acuña de Figueroa, a quien se hubiera podido llamar, aun más que el poeta de la nueva República, el poeta de Montevideo: la encarnación del carácter de una ciudad y de su crónica, animados por cierta poesía, risueña y apacible, que tenía algo del aspecto de esa misma ciudad. Cuando la plaza fuerte dentro de cuyos muros había dado expresión, con el *Diario del Sitio*, a las últimas resistencias del espíritu urbano y español, se alzaba al rango de capital de un pueblo independiente y a la dignidad republicana, cobró de súbito el acento del versificador que hasta entonces había militado en las humildes filas de la tradición prosaica de Iriarte, o de la vulgar y villanesca de Lobo, cierto brío, cierta elevación, cierta nobleza, y tendió a ser el comentario lírico de las armas y de las leyes. Al propio tiempo, en otras formas de su copiosa producción, más adecuadas a sus dotes nativas, interpretaba el poeta jovialmente la crónica menuda de la ciudad, los rasgos característicos de su vida social y doméstica. En el tono remontado y solemne no era sólo su voz la que sonaba. Carlos Villademoros, Manuel y Francisco de Araújo, entre otros que aún les son inferiores, buscaban inspirarse en los acontecimientos de la época. Eran sus cantos como un remedo aldeano o infantil de la genialidad de aquel solemne y arrogante lirismo que había resonado en América, durante la Revolución, para propagar sus entusiasmos y saludar sus triunfos. En tan endeble poesía de circunstancias, se asociaban, de contradictoria manera, la ingenuidad, el abandono, el candor, todas aquellas condiciones del gusto y el estilo que manifiestan la inexperiencia literaria, con el amaneramiento y el artificio propios de una retórica que señalaba el último grado de afectación y decadencia en una escuela moribunda.

La organización incipiente y precaria concedía muy poco espacio a las tareas del espíritu que no se relacionasen directamente con las porfías y las pasiones de la acción. La imprenta apenas existía más que para el periódico político. Ciudad nueva

y atribulada, sin tradición intelectual ni reposo para haber constituido las formas fundamentales de una cultura, Montevideo recibió de aquella doble inmigración de escritores el impulso que, perseverando con ellos y despertando a la vez la emulación de los nativos, la levantó en diez años más a la condición de uno de los centros literarios más interesantes y animados de la América española.

Una nueva generación presentó sus intérpretes y voceros a rivalizar con la gallarda juventud argentina. El nombre que primero acude, en orden de tiempo, cuando se trata de personificar esa generación innovadora, es el de Marcos Sastre, benemérito amigo de la educación popular. Pero radicado éste, desde la adolescencia, en Buenos Aires, fué allí donde se desarrolló su entusiasta acción intelectual, con la que prestó servicios eficaces a la evolución de 1837 como fundador del "Salón Literario". Es, en realidad, Andrés Lamasquien, antes que otro alguno, quien anuncia en Montevideo la renovación del grupo dirigente y la renovación de las ideas. Su participación en las contiendas de la vida pública se adelanta a la de los demás hombres de su generación. Su palabra es la primera de escritor uruguayo en que se sienta el influjo de las tendencias de emancipación espiritual formuladas para estos pueblos por Echeverría.

Casi niño, ensayó sus armas en la prensa. *El Nacional* de 1836 fué una bandera prestigiosa en sus manos. Sus dotes de escritor se acrisolaron tempranamente en esa ruda campaña opositora, que terminó, para el diarista adolescente, con el silencio forzoso y el destierro. Y luego, cuando Alberdi pensó por un momento atraer a la obra de regeneración social y política en que aquella juventud soñaba, la voluntad de Rozas, invitándole, en el prefacio de su exposición de Lerminier, a ser el brazo que llevase a ejecución aquel pensamiento, publicó Lamas un opúsculo de impugnación, donde hacía resaltar lo incompatible de todo ideal de instituciones con la tendencia lógica y fatal de la tiranía. Vuelto a la prensa en 1837, la persecución no demoró en alejarle de nuevo. Cuando regresó con el ejército triunfador del Palmar, y recobró la pluma, mostró ya la figura juvenil del escritor rasgos completos y definitivos, que le presentaron como el publicista de su generación, como el publicista de un espíritu nuevo. En abril de 1838 escribía Lamas el prospecto de *El Iniciador*.

## III

Miguel Cané, llegado en 1834 a Montevideo, donde completaba sus estudios jurídicos en el bufete de Florencio Varela, compartía con Lamas la dirección de esa hoja juvenil.

El prospecto es una valiente afirmación de la obra de libertad y de reforma a que se sentía llamada aquella juventud. "Dos cadenas —decíase en un pasaje de él —nos ligaban a España: una material, visible, ominosa; otra no menos ominosa, no menos pesada, pero invisible, incorpórea, que, como aquellos gases incomprendibles que por su sutileza lo penetran todo, está en nuestra legislación, en nuestras letras, en nuestras costumbres, en nuestros hábitos, y todo lo ata, y a todo le imprime el sello de la esclavitud, y desmiente nuestra emancipación absoluta. Aquella, pudimos y supimos hacerla pedazos con el vigor de nuestros brazos y el hierro de nuestras lanzas; ésta es preciso que desaparezca también si nuestra personalidad nacional ha de ser una realidad; aquella fué la misión gloriosa de nuestros padres, ésta es la nuestra". Hay, nada menos —agregábase—, que conquistar la independencia inteligente de la nación, su independencia civil, literaria, artística, industrial; porque las leyes, la sociedad, la literatura, las artes, la industria, deben llevar, como nuestra bandera, los colores nacionales, y ser, como ella, el testimonio de nuestra independencia y nacionalidad."

En su aspecto social, la ejecución de este programa fué el desarrollo —más o menos velado por las condiciones de una propaganda que había de contenerse en los límites de la abstención política—, de la fórmula regeneradora de 1837.

En su aspecto literario, significaba la asimilación de las influencias románticas orientadas en un sentido nacional. Importa ya que nos detengamos a considerar los antecedentes de estas influencias dentro de nuestra cultura literaria, y el modo como ellas llegaron a prevalecer.

Antes de la universal repercusión de las jornadas triunfales de 1830, no era aún bastante para alcanzar hasta nuestra remota e incipiente cultura la virtud de expansión del romanticismo, que, habiendo atravesado desde el Norte las fronteras de Francia, permanecía allí en incierto crepúsculo y apenas si reflejaba algún

tímido rayo de su luz en el lánguido imaginar de la decadencia española. Por otra parte, los ecos vagos y confusos de la revolución literaria que pudieron llegar al oído de los pueblos de América, no traían consigo la manifestación de un ideal capaz de hallar propicia resonancia en el ambiente americano, ni de acordarse con los estímulos de nuestro creador heroísmo de aquel tiempo. Sabido es que el romanticismo literario, en su relación con las ideas sociales y políticas, era, en su origen, escuela de reacción. Miraba hacia el pasado; amaba la tradición y la leyenda; había ceñido sus armas y afirmado su escudo para tentar el desagravio de las cosas caídas.

Cierto lazo simpático es fuerza que vincule las aspiraciones, las ideas, los sentimientos de libertad, en todas sus manifestaciones; y en tal sentido es indudable que la revolución literaria, expresión de libertad, debía ser grata a los ojos de aquellos que acababan de consumir su revolución política. Por más que la nueva escuela hubiera nacido solidaria, en cierto modo, de la protesta que se alzaba, en nombre de la Europa tradicional, contra la transformación de las ideas y las instituciones, una tendencia lógica debía empujar, a la larga, a los soldados de la libertad a militar bajo las banderas insurrectas de la literatura. Aquella misma radical transformación, que al propagarse, desde Francia revolucionaria, por el mundo, aparecía vinculada, en el orden estético, a la inflexible permanencia de lo clásico, se había relacionado en sus orígenes con un impulso de emancipación de las ideas literarias. No fué otra cosa, en las postrimerías del siglo xvii, la célebre querrela de *antiguos* y *modernos*, sino un torneo donde los brazos que concluirían por trastornar el eje de la sociedad humana se acostumbraron a romper el cetro de la autoridad. Discutiendo a los clásicos se había preparado el camino para discutir a las aristocracias y a los reyes. Defendiendo la perfectibilidad de la literatura, se había arrojado el germen de la idea de perfectibilidad de las costumbres y las instituciones. Perrault precede a Condorcet. La rebelión literaria de aquellos románticos proféticos precede a la rebelión social y religiosa de los enciclopedistas. Pero no es menos cierto que hasta tanto se restablecía ese nexo lógico y llegaba, para conciliar la libertad estética con la libertad política, el romanticismo liberal y democrático de 1830, lo nuevo, lo indisciplinado, en literatura, procedió de quienes representaban, en otro género de ideas, la autoridad y la tradición.

La república jacobina y los mantenedores de su espíritu confesaron siempre, por ideal literario, el clasicismo más austero; la preceptiva de Boileau duraba en todo el rigor de su tiranía, mientras los templos se habían quedado sin oficios y la cabeza de los reyes rodaba por las gradas del cadalso. La idea de la libertad llegó, pues, identificada con la afectación antigua de las formas, a los pueblos de nuestra América. Su revolución fué exteriormente clásica. Lo fueron su poesía y su tribuna. La disciplina retórica y poética era profesada con aquel grado de severidad e intolerancia de que un documento literario muy curioso: el manifiesto que acompaña a los Estatutos de la sociedad llamada *del buen gusto del Teatro*, que se fundó en Buenos Aires en 1817, puede servir de ejemplo significativo.

Ciertas auras muy leves de innovación empiezan a remover el ambiente literario en la época de Rivadavia. El clasicismo de Juan Cruz y Florencio Varela, eco del degenerado clasicismo del siglo xviii, en toda su entereza dogmática, en toda su intolerancia esencial, aparece atrasado, con relación a su propio ambiente, si se consulta al testimonio que de las ideas literarias en circulación lleva en sí la prensa de entonces. La crítica teatral, en algunos de los periódicos de aquella época, ofrece ciertos atrevimientos felices, cierta ansiedad de cosas nuevas; rasgos de curiosidad y libertad, cuyo origen debe atribuirse, ya a los primeros y vagos ecos de la crítica innovadora de principios del siglo, ya a las protestas que el recuerdo de la grande tradición romántica mantuvo en la crítica española posterior a Luzán; y aun al mismo contacto con la doctrina del siglo xviii francés, si se considera que, para espíritus algo dados de suyo a tolerancias e innovaciones, aquella propia escuela de clasicismo, que tan rígida y adusta se nos aparece en su perspectiva histórica, no carecía de asidero donde apoyar ciertas irreverentes osadías y ciertas aspiraciones de libertad, que tienen precedentes tales como los del Voltaire del *Ensayo sobre lo épico* y las *Cartas inglesas*, y los relámpagos de genio de la crítica de Diderot.

En poesía, Juan Crisóstomo Lafinur había dado entrada a los vagos presagios románticos de Cienfuegos. Cuando, en 1821, se premiaba oficialmente uno de los cantos de Luca y se otorgaba al poeta, como premio, una colección de los mayores épicos clásicos, se incluyó entre ellos a Ossian, cuyo romanticismo, falsificado pero lleno, en su hora, de sugestiones felices, fué, sin

duda, de los más activos elementos de renovación que prepararon universalmente el nuevo gusto poético.

A este principio de evolución de las ideas literarias contribuyó eficazmente, por aquel mismo tiempo, la presencia de un escritor de no vulgar ingenio y vasta cultura, para cuyo nombre debe existir, aun más que en la tierra de su nacimiento, en nuestra América, recuerdo respetuoso y durable. José Joaquín de Mora, miembro de aquella viril generación que, arrojada de España por el despotismo de Fernando VII, abrevó su mente, fuera de la patria, en las corrientes nuevas que a su regreso salvaron con ella los Pirineos; publicista, crítico, versificador, algo poeta; propagandista de adelantadas ideas de enseñanza, de literatura y de organización, durante sus diez años de permanencia en varios pueblos americanos; espíritu del que pudo decir, cuando su tránsito supremo, la palabra elocuente de Ríos Rosas, que "embotó las espinas de la proscripción con el asiduo culto de la inteligencia", tomó a su cargo la dirección oficial de *La Crónica*, llamado a Buenos Aires por el gobierno de don Bernardino Rivadavia, en 1827. El olvidado autor de las *Leyendas españolas* no era, en el rigor de la palabra, un romántico. Desde luego, era francamente hostil al romanticismo reaccionario y retórico de Chateaubriand, contra quien tuvo su crítica páginas de detracción apasionada e injusta. Pero sus doctrinas, más esenciales y sólidas, de libertad literaria, habían sido adquiridas al contacto con el pensamiento inglés, de cuyo espíritu puede considerársele, entre los escritores de lengua española, uno de los emisarios primeros. Él traía consigo a Buenos Aires el influjo de aquel animado movimiento de publicidad y de asimilación de ideas que sostuvieron por algunos años, en Londres, concentrando allí la más adelantada representación de la literatura castellana de la época, una parte de los españoles desterrados por la reacción absolutista de 1823 y algunos de los americanos que mantenían en Europa el servicio de los intereses diplomáticos de la Revolución, o que padecían el ostracismo originado en las primeras luchas civiles. Y aunque en punto a los fueros del idioma y a ciertos elementos de orden y pureza formal, era Mora conservador e intolerante, como lo anunciaba él mismo en el varonil prospecto de *La Crónica*, era, en lo íntimo y substancial de su doctrina, más independiente y más laxo que su futuro contendor don Andrés Bello, con quien comparte en Chile la gloria del magisterio literario que presidió, en el período anterior a la llegada de

los proscritos argentinos, al desenvolvimiento cultural de aquel pueblo.

Rápido como fué su paso por Buenos Aires, dejó, sin duda, algunos gérmenes felices, que contribuyeron a formar el ambiente en que tomó los rumbos de su vocación literaria la nueva generación. La autonomía y espontaneidad del pensamiento americano, lo mismo en lo que se refiere a la literatura que en su aplicación a la realidad política y social, fueron ideas que no permanecieron ignoradas para la crítica y la propaganda de José Joaquín de Mora.

Espesábanse las sombras de la reacción que siguió a aquel período de adelanto, cuando volvió del otro lado del Océano el gran innovador por quien esos vagos precedentes se convirtieron en acción resuelta y constante. Esteban Echeverría, que llevaba en París una afanosa vida de observación y de estudio desde 1826, había asistido allí a la última etapa de la revolución de las ideas, que precipitaba entonces sus pasos hacia el glorioso desenlace de Julio. Empapada su mente en la irradiación de aquellos días luminosos, cuando puso el pie sobre la nave que le restituiría al seno de la patria el joven e ignorado escritor se consideraba a sí mismo el mensajero de una nueva vida intelectual. Llegó, mediando el año de 1830, y halló en la ciudad que dejara jubilosa y altiva, el silencio y la sombra, la soledad moral, la enervación de las voluntades, el ostracismo de las inteligencias. Sobreponiéndose al desaliento que comunicaba el ambiente, publicó, en 1832, su primera tentativa poética: la leyenda que llamó *Elvira o la Novia del Plata*. En aquella atmósfera sin eco, su publicación no fué un triunfo; no fué tampoco el merecimiento de un triunfo. Tratábase apenas de un tributo pagado al más artificioso amañamiento romántico, en el género espectral de las leyendas de Hoffmann, de los cuentos de Nodier; en el género que el gusto de aquel tiempo tenía de más exótico e inoportuno para adaptado a la radiante luz y al aire diáfano de nuestros climas. Pero la histórica significación de ese temprano ensayo de romanticismo ha de señalarse en que, merced a él, la nueva escuela literaria repercutía directamente en estos pueblos cuando ella apenas había salido en España, con la aparición de *El Moro Expósito*, de sus presagios indecisos y oscuros.

Un silencio de dos años precedió a la primera obra eficaz de Echeverría: en 1834 vieron la luz los *Consuelos*. Mediano era el libro, pero el poeta de una generación estaba allí. Un

numen ignorado amanecía en aquellas páginas, para nosotros tan lánguidas y tan marchitas, y que parecieron entonces llenas de vibración, llenas de color y de vida. Era la musa nueva, dispensadora de los deliquios de la meditación y del recogimiento; la confidente cariñosa de la personalidad; la poética revelación del mundo íntimo; el espacio franqueado, junto a la poesía que se inflama en las pasiones de la multitud, para la poesía que canta los sentimientos de uno solo. La época era favorable, por su propio abatimiento cívico, para los abandonos de la melancolía, como lo fuera en tiempos cercanos para la altivez y virilidad de lo épico. Una aureola de interés y simpatía rodeó, desde el primer instante, al nuevo libro; reconoció la juventud al poeta suyo, al poeta que le estaba destinado, y la crítica clásica, que representaban los Varela, aplaudió. Bien es verdad que el espíritu relativamente romántico y novador de los *Consuelos*, encarnado en una forma que no se singularizaba todavía por ninguna de las novedades de métrica y de estilo que revistieron a la lírica romántica con su túnica propia, se presentaba en versos más arreglados y tímidos que audaces, que podían pasar como una tentativa de restauración de las tradiciones clásicas de sobriedad y de medida, frente a aquel otro clasicismo que la escuela dominante hasta entonces, en los poetas de América, había llevado a los extremos de la solemnidad oratoria y de la difusión. En la propia carta donde tributaba sus aplausos al poeta que se revelaba, Florencio Varela, fijando su atención en el movimiento literario europeo, aparecía desconcertado por el declinar de los dioses de su culto; pedía el desagravio para las sombras de Horacio, de Racine y de Molière; profetizaba con segura convicción que "Hugo pasaría", y se negaba a reconocer en la revolución literaria otra cosa que una pasajera desviación y una recrudescencia gongórica. Años más tarde, cuando tocó al publicista del *Comercio del Plata* juzgar *El Peregrino* de Mármol —y aun cuando escribió el informe relativo al memorable Certamen de 1841—, dejó notar que la revolución de las ideas había labrado cierto surco en su espíritu. En cuanto a Juan Cruz, tampoco permaneció reacio a toda influencia innovadora, y en 1836, escribiendo a don Bernardino Rivadavia para exponerle los principios de crítica a que se proponía ajustar la traducción, que entonces reanudaba, de la *Eneida*, tenía observaciones de un sentido profundo, que manifiestan el influjo de

una crítica nueva y levantan su juicio muy sobre el pensar del falso clasicismo del siglo XVIII.

Entretanto, la juventud que por aquellos años entregaba a la vida pública la decaída Universidad, donde la palabra dulce y persuasiva de Alcorta mantenía, ella sola, la tradición de un glorioso profesorado, empezaba a poetizar al modo nuevo y a interesarse en otras ideas que las que se le habían comunicado en las aulas. Se generalizaba el conocimiento de los modelos románticos. En 1835, una edición emprendida por don Patricio Basavillbaso divulgaba la traducción que el argentino Miralla dejó hecha, en Cuba, de las *Cartas de Jacobo Ortís*, el wertheriano epistolario de Hugo Fóscolo. Abriánse paso, al par de las nuevas ideas literarias, las corrientes nuevas de la filosofía y del derecho. Lermnier era resumido y comentado, en interesante opúsculo, por Alberdi. José Tomás Guido había dado a la estampa, en 1834, una versión de la *Historia de la Filosofía* de Cousin.

El arribo a tierra firme, la orientación definitiva después del período de ensayos, se anuncia por la memorable profesión de fe de 1837 y tiene, como signo literario, la aparición de *La Cautiva*. Si no la madura realización poética, se había logrado con aquellos versos definir el propósito para siempre oportuno. Tendiendo a desatar los vínculos que supeditaban la nueva dirección de las ideas a una norma de imitación, en que el principio de obediencia que se había abandonado con respecto a los clásicos parecía sancionarse otra vez con relación a los maestros del romanticismo, se ponía al pensamiento en el camino de una franca emancipación; se refundía el concepto de aquella escuela literaria dentro de molde americano, y se la convertía en obra propia, en el sentido de interpretarla y adaptarla según las condiciones de nuestra naturaleza y de nuestro medio social.

Sabemos ya que el movimiento de asociación y propaganda que estas ideas promovieron en Buenos Aires fué interrumpido, al nacer, por la suspicaz persecución de la tiranía, y que, con el destierro de la juventud que le comunicaba sus alientos, se trasladó a esta margen del río, donde tuvo inmediatamente su periódico. *El Iniciador* de Montevideo representa para esa juventud como la última jornada del aprendizaje, como el último día del aula. Después de él, las ideas literarias y sociales que, nuevas y débiles aún, le habían inspirado, se levantan con rápido vuelo a dirigir la actividad espiritual de la época, y los que habían sido sus

precoces conversos hablan ya; más que como insurrectos que proclaman, como vencedores que dominan.

Cooperando con la difícil propagación del libro europeo, el periódico procuraba difundir, desde sus páginas, a los maestros de aquella grande aurora intelectual. Hugo, Manzoni, Lamartine, Espronceda; "Figaro", de cuyas críticas se hizo, en el mismo año de 1838, una edición por las prensas de Montevideo; Lamennais, cuyo apasionado estilo fué a menudo imitado en los escritos de la época; Cousin, Saint-Simon, Lerminier, se divulgaban en las transcripciones o resúmenes de *El Iniciador*. Al propio tiempo, la escena teatral se abría a la irrupción romántica, y en nuestro viejo "San Felipe" triunfaban *Don Álvaro*, *Macías*, *Catalina Howard*, *La torre de Nesle*, *Los amantes de Teruel*.

Interesante es atender al desenvolvimiento de *El Iniciador* en los escritos propios de sus redactores. De don Andrés Lamas —que en la declaración de propósitos del periódico había trazado valientemente los rumbos de su propaganda, pero que contribuyó al desenvolvimiento de ella con escasa asiduidad, solicitado bien pronto por las agitaciones de la política activa— debe recordarse un diálogo lleno de brío e intención<sup>1</sup>, donde recoge los ecos de desdén, de desconfianza o de burla, que manifestaban cómo aquella iniciativa autonómica de la juventud había herido, ya los sentimientos de inercia, las raíces aún vivas del pasado, ya la superioridad recelosa de los círculos.

Más asidua fué la colaboración de Cané. Citemos de su pluma el hermoso juicio sobre *Alejandro Manzoni*, lleno de apasionado entusiasmo por el poeta y de anhelantes votos por la resurrección de Italia; el atinado examen de las nuevas tendencias de la *Literatura*, donde, sobreponiéndose a todo lo que había de convencional y transitorio en el romanticismo, señalaba como la idea definitivamente adquirida por aquella gran revolución, la de la variabilidad de la obra literaria, en cuanto "atributo del estado y condición de los pueblos", "sometido a la doble ley del tiempo y del espacio"; los diálogos festivos en que, bajo el título común de *Mis visitas*, desplegó certeras dotes de crítica y observación; las meditaciones, a menudo profundas, sobre el estado social y los problemas propios de la América recién emancipada. En una de ellas realizaba, con sentida elocuencia, el urgente interés de la

<sup>1</sup> ¿Quiénes escriben "El Iniciador"?

propagación de la enseñanza como suprema virtud regeneradora; glosaba en otro de esos artículos doctrinarios, dirigiéndose a los hombres de su generación, las palabras póstumas de Saint-Simon a sus discípulos: "El porvenir es vuestro"; hablaba en otros —*El Pueblo*, *La Aristocracia en Sur América*, *Fiestas públicas*— de la dificultad de convertir en fuerza orgánica y autónoma la mole inerte de las multitudes que la educación colonial y la semibarbarie del desierto habían preparado para la servidumbre o para el ciego desplome de la anarquía.

La aplicación del pensador, del político y del moralista aparece con más frecuencia que la del crítico propiamente literario, en esas páginas. Y sin embargo, era la de don Miguel Cané una organización moral profundamente sellada por pasiones de artista. La vocación, aunque nunca llegó en él a realidad madura, le llamaba a una de las más inmunes consagraciones de escritor literario que hubiesen podido florecer en aquella generación. Su crítica suele ofrecer, por esto, manifestaciones de un desinteresado sentimiento de belleza, que no es cosa fácil encontrar en una literatura de periodistas y tribunos; aunque no se eximiese, como queda dicho, de la imposición común de un ambiente que obligaba a convertir la misma contemplación y el mismo reposo en medios y maneras de lucha. Así, formulando un excelente juicio sobre Larra, supo reconvenir a "Figaro" el criterio, del todo extraño a la pura apreciación estética, que le dictó su condenación de *Antony*.

A Cané, según todas las apariencias, pertenece, en efecto, el más hermoso y magistral fragmento de crítica que realce las páginas de *El Iniciador*: el estudio de la personalidad y la obra de Mariano José de Larra, que, publicado en ocasión de la muerte del gran escritor, constituye un juicio definitivo y perfecto, que hoy podría figurar, sin alteraciones, en el texto de una historia literaria.

Cultivó también, en su período de *El Iniciador*, el cuento sentimental y poético. Más tarde, fijó su dedicación literaria en la novela, aunque sin asomo de originalidad americana ni de estudio de la realidad. Concertó esta vocación con la de *dilettante* en artes plásticas, mediante cierto género seminovelesco, que es conversación artística al par que narración<sup>1</sup>. Lienzos y mármoles

<sup>1</sup> V. gr.: *Esther*, *La Familia de Scomer*.

constituyen el fondo del relato, como en las novelas de viajes los cuadros de la naturaleza. La crítica de arte alterna con el desenvolvimiento de la acción, a la manera del libro en que Mme. de Staël dió por escena los museos y las ruinas de Italia a las figuras de Osvaldo y Corina. El modo de contar manifiesta en Cané cierta animación y elegancia; el fondo es tan reflejo y pobre como en casi todo el novelar romántico trasplantado a tierras de América.

Entre los colaboradores de *El Iniciador*, ninguno de personalidad más resaltante que Alberdi. La crítica satírica de costumbres, instrumento de los más eficaces para los fines del periódico, fué, en la literatura de su tiempo, iniciativa suya. No es que la sátira careciese de memorables precedentes en los escritos de la anterior generación. Aquella prensa turbulenta que controvertió, durante la *reforma* de Rivadavia, las ideas de la organización social y política, lo mismo con la gravedad del razonamiento doctrinario que con la intención irónica y mordaz, acreditó la realidad del rasgo que señalaba don Juan Cruz Varela en la genialidad del pueblo, cuando afirmaba que, como el caracterizado en la expresión del gran satírico, *nacía burlón*. Algún durable elemento literario podría sacarse tal vez de entre aquellas encontradas muchumbres de vocablos que combaten riendo: no, ciertamente, por la fina espiritualidad, por la elegancia, por el aticismo; sino en el género de aquella sátira española del siglo XVIII, tan cerril y tan tosca, pero tan varonil, tan sazónada con las especies fuertes del ingenio, que aun nos convida a franco y alegre reír en las páginas gruesas del *Gerundio*, y que podría tener el símbolo de sus procedimientos en el manto de Sancho o en las tribulaciones del Buscón en la Universidad de Salamanca.

El P. Castañeda es la personificación militante de esa que podemos llamar *edad de piedra* del donaire argentino. Tiene para nosotros su sátira, como la de las réplicas de Varela y la de quienes participaron con el uno o el otro en aquellas jornadas de Fronda del panfleto y el diario, la curiosidad de ofrecer algo así como una cómica refracción de los hombres y las cosas de uno de los períodos más trascendentes y solemnes en el desenvolvimiento orgánico de estos pueblos; y hoy las leemos con aquel género de interés con que se recorre una página de caricaturas de Cham o de Nadar, donde aparecen, entregando sus rasgos a la travesura del lápiz, aquellas figuras de otros tiempos que estamos

habitados a mirar en las actitudes dignas y nobles con que las fija el grabado y nos las representamos en la contemplación de la historia.

La sátira, pues, era personal o política, cuando dejaba de ser indeterminada y abstracta. Alberdi le infundió carácter social; la animó con su sentido profundo de las necesidades y los intereses de la sociedad en que escribía; le imprimió el colorido de la localidad y de la época. Duraba en las formas de la sátira el dejo aldeano de la pendencia estrepitosa y procaz. Alberdi la familiarizó con las sutilezas de la sonrisa inteligente y con las delicadas voluptuosidades de la ironía. Él realizó, dentro de pequeño escenario, la obra que, en escenario mayor, hizo glorioso el nombre de Larra, mentor y maestro suyo. Para recoger su pluma le valían, no sólo las nativas dotes de su espíritu, sino también la condición del ambiente a que hubo de aplicarse su crítica y en el que se renovaban las impresiones de la contemplación, a un tiempo reflexiva y sonriente, con que había asistido el crítico ilustre al desconcierto de una sociedad que vacilaba entre la atracción de un ideal que moría y la de un ideal que no había acabado de nacer.

*Caracteres, Figarillo en Montevideo, La cartera de F., Sociabilidad, Doña Rita Material, El Sonámbulo*<sup>1</sup> —los cuadros de costumbres que, prosiguiendo la labor comenzada en *La Moda* de 1837, publicó Alberdi en *El Iniciador*—, son, sin duda, de las mejores y más duraderas páginas que por aquel tiempo inspiró, en España y América, la imitación de las de "Fígaro", y constituyen el más aproximado trasunto de la manera del genial escritor, en su parte de observación y de ironía, aunque ningún parentesco presenten con otros aspectos, quizá más característicos y dominantes, de su obra. Faltaba en Alberdi aquel fermento romántico que entró por mucha parte en la complejidad del alma de "Fígaro"; el pesimismo ingénito con que solía desleír en lágrimas acerbas la pastilla de color de la sátira. En la naturaleza literaria de nuestro escritor no era nota que vibrase muy alto el sentimiento; y por otra parte, su profunda fe en la virtud de las ideas que dieron inspiración y norma a su crítica no parece quebrantarse jamás, como en el maestro, por la desconfianza o la duda.

En la crítica literaria, Alberdi debe ser considerado el más

<sup>1</sup> Algunos de estos artículos de Alberdi se han reproducido en el tomo I de sus *Obras*.



eficaz cooperador del gran propósito de Echeverría. La idea de emancipación espiritual que, en la producción poética, inició el autor de *La Cautiva*, él la expresó en la doctrina y el análisis, y la aplicó con criterio más consecuente y más seguro. Tuvo más precisa noción que el poeta, de los caracteres que debería asumir una literatura americana, una vez sentado el principio de su posible originalidad. Trazó mejor que él el deslinde que, entre los elementos oportunos y los exóticos, reclamaba la adaptación de la nueva escuela de arte al ambiente de los pueblos de América. Se levantó más alto sobre las limitaciones escolásticas del romanticismo. Fué, de los nuestros, el primero en hacer de la crítica literaria, no el simple análisis retórico, sino la consideración de la obra bella en sus relaciones morales, en su función social; consideración que domina, a veces exclusiva, en sus juicios, menos de artista que de pensador, con detrimento del puro y desinteresado amor del arte, que no tuvo en su espíritu la intensidad con que prevalece en el alma ardorosa de Cané o en el alma diáfana y serena de Gutiérrez. Estudios tales como *¿Qué nos hace la España?*, *La emancipación de la lengua*, *De la poesía íntima*, *Del arte socialista*, *La generación presente a la faz de la generación pasada*, reflejan bien esa aplicación de la crítica de Alberdi, en su campaña de *El Iniciador*. Allí aparecen, como notas constantes, la liberalidad, un tanto desconcertada, del criterio, en puntos de lenguaje y de forma; el afán por la asimilación inmediata de lo nuevo y adaptable; la guerra tenaz llevada a los reductos de la tradición española, y una apasionada inclinación a buscar la trascendencia positiva, social, de la literatura, considerada, ante todo, como medio de propaganda y de acción.

Aunque Juan María Gutiérrez llegó a Montevideo algo después de haber cesado la publicación de *El Iniciador*, colaboró asiduamente en él desde Buenos Aires. Su personalidad juvenil aparece claramente estampada en sus escritos del periódico. Ya le singularizaban, entre los representantes de aquella juventud, ciertas selectas dotes de su espíritu: la delicadeza, la pulcritud del gusto, el *sens des nuances*, que eran como el aire de su aristocracia intelectual; la serenidad, que estaba lo mismo en los veredictos de su crítica que en el ambiente luminoso y puro de sus versos; la amplitud afirmativa, que era su virtud literaria, y que place encontrar en un tiempo de entusiasmos innovadores. Quien lee sus primeros trabajos no reconoce en ellos a un revolucionario

de las ideas, como en los de Alberdi; ni a un romántico de la imaginación y el sentimiento, como en los de Cané. Campea allí el asimilador difundido, pero cauto. No sólo propendía a un natural eclecticismo porque conciliaba, de dichosa manera, el amor de la libertad con la inclinación al refinamiento y al orden, sino también porque poseía ese don de insaciable *curiosidad*, en el sentido más alto, que lleva a quien le tiene a gustar todo sabor de naturaleza y de espíritu y a familiarizarse con las más diversas formas de lo bello. Considerado por esta preciosa faz de su carácter, es la gallarda y cumplida personificación de la genialidad de una época de iniciación literaria; de despertar de las energías juveniles de la mente, ávida de toda ciencia, enamorada de toda luz.

Principia la colaboración de Gutiérrez en *El Iniciador* con una semblanza moral y literaria de Silvio Péllico, que precede a la traducción del décimocuarto capítulo de los *Deberes del hombre*. La figura del cautivo de Spiéllberg, destinado desde la juventud a la persecución, al fracaso, al infortunio; personificando en la prisión la suerte ingrata de la patria, y trazando sobre sus losas frías la resignada afirmación del deber; hundiéndose, cuando liberto, en triste y silenciosa penumbra, para llevar el duelo de su idea, debía presentarse iluminada por la aureola de una simpatía irresistible a los ojos de aquella juventud que, como él, sentía hambre y sed de libertad; que concentraba el alma entera en el anhelo de una regeneración difícil y lejana, como la realidad del sueño patriótico de Péllico, y que desplegaba en el destierro su *Iniciador*, en cuyas páginas alternaban sus pasiones cívicas y sus ingenuos sueños de arte, como el evocador de Francesca de Rímini desplegara en Milán *El Conciliador* que, bajo las formas de una propaganda literaria, ocultaba el pensamiento de redención política.

Otra interesante página de este período que podemos llamar de iniciación, en la crítica de Juan María Gutiérrez, es su estudio de Meléndez Valdés. Levantándose con original arranque su juicio sobre la vulgarizada preocupación que vinculó casi exclusivamente el nombre del poeta al repertorio erótico, hoy para siempre marchito y olvidado, glorificó en su obra lo que la crítica de nuestro tiempo reconoce como el más alto merecimiento de Meléndez: la iniciación de la poesía social, revolucionaria, pensadora, que, atravesando por el alma apasionada de Cienfuegos y por la grave razón de Jovellanos, dió en el cantor de Guttenberg

el modelo de aquel lirismo que consagró los guerreros triunfos de América y poetizó los principios de su revolución. Una atinada referencia al horizonte inmenso que ofrecía para la regeneración de la poesía española, como expresión del alma de un pueblo preferido por las hadas de la tradición y la leyenda, la escuela literaria que reveló desde otros pueblos de Europa la virtud inspiradora de aquellos prestigios del pasado, realza el interés de ese estudio juvenil, donde se imprime, al mismo tiempo, la huella sangrienta del alma del proscrito, en dolorosas reflexiones sobre el ingenio perseguido del odio de los déspotas y sobre la superioridad que se convierte en causa de infortunios.

Hay otro aspecto de la colaboración de Gutiérrez en *El Iniciador*, que manifiesta dotes luego descuidadas de su espíritu: la observación de costumbres, para la que se probó en cuadros que no carecen de gracia e intención; del género de los de Alberdi, e inspirados, como éstos, en el pensamiento de reforma liberal y civilizadora<sup>1</sup>. Más había de perseverar en la vocación poética, que allí también ensayaba. Gutiérrez y Florencio Balcarce —que dejó de su malograda juventud versos vivaces y risueños, muy de otro estilo que aquella lánguida melopea de *La Partida*— fueron los primeros en dar eco a la iniciación de una poesía a un tiempo culta y popular, *lírica* en el sentido antiguo, en el sentido de cantable; iniciación que partió de ciertas melodiosas composiciones de Echeverría, y que era como una artística depuración del canto plebeyo, representado por las rudas estrofas de Ascasubi, a fin de no hacerlo ingrato y desapacible a los oídos urbanos, sin quitarle por eso el aire ni el sabor de la tierra. Tal es el género a que pertenece la más hermosa de las composiciones que dió Gutiérrez a *El Iniciador*, si de entre ellas se descuenta *La flor del aire*, a cuyo colorido, genuinamente americano también, únese un tono menos popular y más íntimo. Me refiero a la delicada *Eudecha del gaucho*, donde, sin perder su carácter ni su propiedad, se tamiza el acento del paisano al través de una elegancia ática de expresión. Pero la originalidad regional de esos ensayos no hizo apartarse resueltamente al poeta, que estaba vinculado por una admiración y un entusiasmo muy sinceros al lirismo de Varela y de Luca, del artificio *clásico*, a la manera convencional de aquella escuela, que suele aparecer en otras de sus composiciones. Así, su musa, a un

<sup>1</sup> *El Hombre-hormiga, El Encendedor de faroles.*

tiempo refinada e ingenua, se balanceaba, como en la hamaca la *Irupéya* de su primoroso romance, entre la academia y la naturaleza, entre el amor a lo antiguo y el deseo de lo original.

Junto a los de Alberdi y Gutiérrez, luce la mayor parte de los nombres en que hoy personificamos el recuerdo de aquella generación. De Félix Frías se leen muy elocuentes páginas de exhortación moral y de doctrina austera, inspiradas en la sugestión del cristianismo democrático, que apasionaba las almas en la prosa ardiente de Lamennais y de Lacordaire. Habló, asimismo, sobre *Poesía nacional*, pidiendo de ella la tendencia activa, varonil, militante, *didáctica* en el más alto sentido, que formuló en estas palabras: "Queremos ciudadanos. Queremos la *ciudadanía* en poesía, en arte, en política, en literatura". Luego, con el título de *La Espontaneidad*, defendió este principio, en el doble significado de la natural expresión de la conciencia colectiva y del carácter personal del escritor y el poeta.

La frase concentrada, incisiva, nerviosa, de Carlos Tejedor, diseña, en los artículos que intituló *Linajes de hombres y La Guerra*, el rígido perfil de su figura de publicista y de repúblico. Bartolomé Mitre, casi un niño entonces, dió al periódico de la juventud sus más tempranos versos, y escribió, con la común pasión del arte doctrinador y militante, el elogio de Quintana. Juan Cruz Varela, Figueroa, Echeverría, contribuyeron alguna vez, con sus prestigios magistrales, a acreditar las páginas de *El Iniciador*. Nombres olvidados, de esos con que cada generación literaria paga el pontazgo del tiempo, pero que en su hora significaron un esfuerzo más, una aspiración generosa, un valor de entusiasmo y estímulo, alternan con los que permanecen famosos.

El último número de *El Iniciador*, que lleva fecha de enero de 1839, reprodujo, como la fórmula final que sintetizaba el espíritu de su propaganda, la profesión de fe redactada por Echeverría para la agrupación de la juventud que le reconoció por maestro.

Menos recordado de lo que debiera, el varonil periódico representa un momento muy digno de interés en la labor espiritual de su tiempo. Si de la "Asociación de Mayo" y de *La Cautiva* fué el programa, de *El Iniciador* fué el primer desenvolvimiento de aquel grande y fecundo arranque de ideas, que imprimió su sello a una época política y literaria, y dilató su órbita del uno al otro Océano, doblando las cumbres de la Cordillera con un

grupo juvenil de proscriptos, para llevar al seno de otras sociedades de América su impulso innovador.

Como al hogar paterno, remoto e ignorado, tal vez de formas toscas y miserables, que dejó atrás el viajador que marcha al triunfo y a la gloria, a aquellas formas primeras de su producción y de su propaganda intelectual ha debido de volverse, en la vejez gloriosa, el recuerdo de esa generación de escritores, que, destinada a fulgurar en lo alto de la cumbre, encendía entonces su luz como la luciérnaga perdida en el fondo obscuro del valle. Hay un interés y una emoción peculiares en la consideración de los orígenes humildes de las cosas que después se engrandecieron y magnificaron: el interés y la emoción con que se atiende a las anécdotas de la vida del niño que llevó en su alma la chispa destinada a transformarse luego en la llama del genio; o a la descripción del aduar que encerró en sí las primeras palpitaciones del pueblo a que estaba reservada la predilección de la historia. Y habrá algo de esa emoción y ese interés en el sentimiento que ha de conmovér, en el futuro, el espíritu del investigador literario y del bibliófilo que despejen del polvo de las bibliotecas las páginas olvidadas de *El Iniciador*.

#### IV

El estímulo de publicidad no tardó en renovarse, en periódicos de pobre cabida y de precarios alientos, pero que simultánea y sucesivamente se complementaban, prolongando, en el ambiente de sencillez guerrera, una vibración de juvenil y desinteresado idealismo. El propio año de 1839 salió a luz la *Revista del Plata*, donde Alberdi publicó su "Crónica dramática de la Revolución", y el movimiento persistió con *El Porvenir* de Cané, *El Corsario* de Alberdi, *El Correo* de Domínguez, *El Álbum* de Mármol... A esta legión animosa agregaron Juan María Gutiérrez y Rivera Indarte *El Talismán*, que apareció durante el segundo semestre de 1840. En el prospecto, se preconizaba la oportunidad social del periodismo literario, junto al que refleja sólo la agitación de la vida cotidiana. Colaboraron en *El Talismán* casi todos los escritores de aquel grupo memorable; y entre ellos, se entreabría un espíritu casi infantil, por su edad y por el candor de su literatura: Adolfo Berro, cuya arrebatada muerte, exaltando las melan-

colías del gusto de la época, fué en el siguiente año una fecunda ocasión de poesía, en la que deshojó su más temprana flor de sentimiento lírico la juventud romántica de Juan Carlos Gómez. Tocaba, por este tiempo, la dominación de Rozas en sus extremos de atroz ferocidad. Los insurrectos de Paz y de Lavalle, desamparados por la alianza francesa, apuraban sus esfuerzos. Gutiérrez e Indarte sintieron llegada la hora de exacerbar la propaganda contra la tiranía, a que ya el último dedicaba en la prensa diaria su pluma; pero, para no abandonar la dulce afición ni aun en la práctica de la rigurosa milicia, imaginaron conciliarlas mediante cierto género de *yambos* o *Castigos* en forma periódica; y de esta original idea nació en 1841 *El Tirteo*, semanario escrito, todo él, en versos fulminantes, y en cuanto a la intención, no sólo buenos sino heroicos; donde centellean los primeros acentos de aquel odio lírico que había de tener manifestación más vibrante y eficaz en los famosos alejandrinos de Mármol. Bajo del título aparecía, como lema, el terceto con que se acerca el Gíbelino a las almas azotadas por lluvia de fuego:

O vendetta di Dio, quanto tu dei  
Esser temuta da ciascun che legge  
Ciò che fu manifesto agli occhi miei!

Catorce números llegaron a publicarse de *El Tirteo*. Sólo desapareció para renacer de inmediato, y sin la traba del verso perpetuo, en el *Muerta Rosas*, donde, con Gutiérrez, colaboraban Cané, Alberdi, Echeverría y otros emigrados, uniéndose a la sátira de pluma la del lápiz, en dibujos que, desde Buenos Aires, enviaba ocultamente su autor, el coronel don Antonio Somellera. Duró el nuevo sagitario antirroquista hasta abril de 1842. Así, entre estas hojas efímeras, pero movedoras, y el esforzado *Nacional* de Indarte, preparaban la aparición de aquel glorioso *Comercio del Plata*, cuyo nombre se identifica en la posteridad con la heroica resistencia a la tiranía, como el de *El Nacional* de Armand Carrel con la democracia de 1830 y el de *La Gaceta* de Mariano Moreno con la hora inicial de nuestra Revolución.

Mientras tanto, el anhelante amor de cultura perseveraba en la hospitalaria plaza fuerte, por sobre las asperezas de la pasión y del peligro. Aproximándose, en 1841, el aniversario de Mayo, el gobierno de Montevideo quiso celebrarlo de manera que fuese estimulada y honrada aquella animación intelectual que mantenía

la presencia de los desterrados argentinos. A este fin, llamó a concurso para un canto donde se glorificase al gran día de América. El interés de ese torneo literario fué por mucho tiempo memorable en la crónica de la ciudad. Aspiraron al triunfo los más acreditados versificadores de la época: Figueroa, Mármol, Rivera Indarte, Domínguez. Dió forma al dictamen Florencio Varela, Juan María Gutiérrez, vencedor, obtuvo, con el premio, la consagración definitiva de su nombre y como el derecho a vestir, literariamente, la toga viril. Hoy apartamos de su memoria ilustre aquellos lauros marchitos. Su canto victorioso, que no es vulgar, se queda en no serlo. Falta la vibración genuinamente poética en el tono, a veces elocuente, y falta en la versificación, laboriosa y correcta, el don de melodía natural, que acredita la garganta del pájaro; si bien redimen a esa composición de la vulgaridad la abundancia de ideas y la tendencia a sustituir, por un modo más intenso y jugoso, aquel vacío estrépito guerrero de los cantos heroicos que había inspirado hasta entonces la emancipación americana.

Sobrevinieron los días en que Montevideo vió avanzar hacia sus muros las triunfadoras armas de Rozas. El contraste entre aquella debilidad y esta fuerza generalizaba la impresión de que toda resistencia sería vana y de que la ciudad sucumbiría al primer empuje; porque no se previó lo que es milagro del heroísmo y la constancia. Fué así como, no bien establecido el asedio por el ejército de Oribe, Juan María Gutiérrez y Alberdi abandonaron clandestinamente la ciudad, confundidos en un grupo de marinos franceses, y se embarcaron para Europa. Era esto en abril de 1843.

Durante la travesía, compusieron en colaboración fragmentos de un poema inspirado en las impresiones del viaje; poema que había de titularse *Edén*, del nombre del bergantín que los conducía. Alberdi apuntaba en prosa la idea original, que Gutiérrez trasladaba al verso.

Un año, o poco más, permaneció este último en Europa. La escasez de sus medios, que no el deseo, forzóle a poner fin prematuro a aquella peregrinación espiritual, soñada, entonces como ahora, de todo americano culto; y se volvió, después de recorrer a grandes pasos Francia, Italia y Suiza. Llegado a América, hizo una corta estación en Río de Janeiro y Porto Alegre. Montevideo ardía en lo más premioso del sitio. Buenos Aires continuaba encorvada bajo la férula de la tiranía. El refugio donde ganar el pan

del destierro sólo estaba del otro lado de los Andes, y allí se dirigió el necesitado escritor, que había de quedar en Chile hasta que, siete años más tarde, su patria volvió a serlo de veras para los que, como él, no la diferenciaban de la libertad.

Un grupo de emigrados argentinos se amparaba, desde 1841, a la hospitalidad de Santiago y Valparaíso. Componían ese grupo una parte de los anteriormente asilados en Montevideo, y otros que, ya cuando los eligió la persecución, buscaron por escudo la Cordillera. Fué el primero en llegar, Sarmiento, que por entonces tentaba su vía, probando la vocación desasosegada e incierta, como en un husmeo leonino. Tras él llegaron Vicente Fidel López, Félix Frías, Alberdi, Mitre, Piñero, y uno de mi país: Juan Carlos Gómez. La influencia de estos emigrados fué, desde el primer momento, intensísima en la vida cultural de Chile. Por ellos se anunció en las letras el renovador impulso romántico; por ellos, ideas de reforma y emancipación intelectual penetraron en aulas y tertulias y se difundieron largamente en la prensa. Un movimiento de la juventud nativa, encabezada por Lastarria, contribuyó a la obra de los desterrados; pero de éstos fué siempre la superioridad de acción y de prestigio. La resistencia clásica y el espíritu de autoridad tenían la más alta representación a que hubieran podido acogerse en América: don Andrés Bello. En el bando revolucionario, Vicente Fidel López, con su *Curso de Bellas Letras*, que tendía a liberalizar la disciplina retórica, y sus ensayos de la *Revista de Valparaíso*, era el razonador, el hombre de ideas; Sarmiento, el combatiente arrebatado e implacable. Un actor argentino, que fué a la vez, entre los compañeros de Lavalle, un soldado de la libertad: Casacuberta, animaba en el teatro los héroes fulgurantes del romanticismo. Se hablaba de literatura como de negocios; de idealidades como de política. Allí, en 1845, apareció, en folletín de *El Progreso*, el *Facundo*. Allí también había de publicar Alberdi sus *Bases* para la reorganización argentina.

La sugestión de tal ambiente no era, por cierto, la que hubiera podido adormecer en el espíritu de Juan María Gutiérrez el amor de la literatura; por más que la ley de la necesidad le impusiese, a su llegada, valerse de sus estudios de ingeniero y aceptar del gobierno de Bulnes la dirección de la "Escuela Naval". Quedaban las treguas del trabajo remunerador y prosaico, y fueron para el trabajo *gracioso*, en la doble acepción. La querrela de clásicos y románticos había perdido ya, cuando llegó Gutiérrez,

mucho de la violencia de las primeras jornadas; y por otra parte, ni la naturaleza de su espíritu ni la índole de sus ideas le movían a participar apasionadamente en aquellas guerras de pluma. Su emulación se concretó en obra más serena. Investigó, compiló; se propuso fundar la bibliografía y la biblioteca americanas. En 1846 dió a las prensas de Valparaíso su famosa *América poética*, donde por primera vez aparecía, con algún criterio de elección, nuestra modesta literatura rimada de aquel tiempo. Fines de utilidad didáctica le guiaron para una breve antología de prosa y verso: *El Lector americano*. Bajo su dirección se reunieron en libro las composiciones líricas de Olmedo, el cantor de Junín. Pero el más durable recuerdo de su paso por Chile fué, sin duda, el hallazgo y publicación del *Arauco domado* de Pedro de Oña, que estudió con fina inteligencia histórica y crítica.

Completó allí su actividad literaria como miembro de la redacción de *La Tribuna*, diario que vió la luz en 1849. Poco después, un viaje a Guayaquil y Lima brindóle la ocasión de ejercitar en nuevas bibliotecas su instinto de zahorí de tesoros desconocidos u olvidados. De aquel viaje nacieron sus estudios sobre Juan Bautista Aguirre, sobre Fray Juan de Ayllón, sobre Caviedes, sobre Peralta y Barnuevo, que enriquecerían las páginas de una de sus obras futuras. Hallábase de vuelta en Valparaíso cuando un eco de júbilo y gloria vino a repercutir dichosamente en su vida. Era el mes de febrero de 1852. La tiranía de Rozas acababa de caer con estrépito, y un claro de luz se abría iluminando la patria cercana, la ciudad soñada con melancólicos recuerdos en la dura ausencia de catorce años. Juan María Gutiérrez tomó el camino de la Cordillera.

Como él, los demás emigrados argentinos se restituyeron a la patria, donde la acción política había de solicitar, con más ardiente halago que el juvenil sueño de arte, los afanes de su edad madura. La virtualidad literaria de aquella generación estaba ya realizada en lo esencial, y había dado, entre las espinas del destierro, sus frutos mejores.

Con los trabajos de crítica, de investigación y de historia de la cultura americana, que emprendió Gutiérrez durante su permanencia en el Pacífico, se puso en obra la parte fundamental y más preclara de sus talentos: la parte que verdaderamente le caracteriza y le atribuye su significado propio y eminente en el conjunto de sus contemporáneos. Pero, antes de volver a él y

a su aplicación de historiador y de crítico, quiero detenerme a considerar el aspecto general de la labor de aquella época, por lo que se refiere a la literatura, valorando de paso algunas de las aplicaciones secundarias con que concurrió él mismo a esa labor.

## V

## EL AMERICANISMO LITERARIO

La idea dominante, el propósito tenaz, aunque desigualmente realizado, que infunde carácter y unidad a la obra literaria de la generación de Juan María Gutiérrez, es la reivindicación de una autonomía intelectual; es el anhelo de imprimir a las primeras tentativas de una literatura americana sello peculiar y distinto, que fuese como la sanción y el alarde de la independencia material y complementara la libertad del pensamiento con la libertad de la expresión y de la forma.

De los ensayos de aquel tiempo procede el impulso original de americanismo que, persistiendo hasta nuestros días, ha compartido con las más exóticas tendencias de la imitación el interés de nuevas generaciones, y mantiene, en todas partes de América, un movimiento literario que se propone dirigir principalmente la atención del escritor a los cuadros e impresiones de la naturaleza, a las formas originales de la vida en los campos donde aun lucha la energía del retoño salvaje con la savia de la civilización invasora, y a las leyendas del pasado, en que infunden su cándida y heroica poesía los albores históricos de cada pueblo.

Atribuir el significado de una afirmación del espíritu de nacionalidad a la preferencia otorgada a esos y otros análogos motivos, no envuelve una idea falsa, pero sí una idea que requiere extensión y complemento. Es indudable que el carácter local de una literatura no ha de buscarse sólo en el traslado de los colores de la naturaleza física, ni en la expresión pintoresca o dramática de las costumbres, ni en la idealización de las tradiciones con que teje su tela impalpable la leyenda para decorar los altares del culto nacional. Más extensa, más varia, es la raíz que anuda la creación del poeta al suelo donde se produce. En la representación de las ideas y los sentimientos que flotan en el ambiente de una época y determinan la orientación de la marcha de una sociedad

humana; en la huella dejada por una tendencia, un culto, una afección, una preocupación cualquiera, de la conciencia colectiva, en las páginas de la obra literaria; y aun en las manifestaciones del género más íntimo y personal cuando, sobre los signos de la genialidad del poeta, se estampan los de la índole afectiva de su pueblo o su raza, el reflejo del alma de los suyos, puede buscarse, no menos que en las citadas formas, la impresión de aquel sello característico. Además, no es tanto la forzosa limitación a ciertos temas y géneros, como la presencia, en lo que se escribe, de un espíritu autónomo, de una cultura definida, y el poder de asimilación que convierte en propia substancia cuanto la mente adquiere, la base que pueda reputarse más firme de una verdadera originalidad literaria.

No desconocían ni ignoraban esto los directores de aquella generación. No desconocían ni ignoraban que la interpretación estrecha de la idea de americanismo que desplegaban por bandera, apenas habría dado de sí una originalidad obtenida al precio de incomunicaciones y desconfianzas; originalidad que, tratándose de pueblos sin madurez para educar aparte de todo magisterio extraño su pensamiento, valdría tanto como pobreza de fondo e ingenuidad pueril o aldeanega. Ellos sabían bien que una cultura novel y fundada en libertad sólo va en camino de ser fuerte cuando ha franqueado la atmósfera que la rodea a los *cuatro vientos del espíritu*, y que la manifestación de independencia que puede reclamársele es el criterio propio que discierna de lo que conviene adquirir en el modelo, lo que hay de falso e inoportuno en la imitación.

Propendiendo, con el impaciente amor del neófito, a asimilar cuanto fuese arte, saber, selección de hábitos e ideas, no podía ocultárseles que el desenvolvimiento de la vida de ciudad exigiría progresivamente entre nosotros, del escritor y el artista, una profunda atención para nuestras inquietudes espirituales, que son, no las de una determinada latitud de la tierra, sino las de todos los pueblos vinculados por el genio de una misma civilización; y que, a medida que nuestra capacidad literaria adelantase, había de adquirir superior importancia, sobre la espontánea sencillez del tema nativo, aquel elemento de interés que denominaba Ixart la *vitalidad intelectual* de los asuntos.

Pero, entonces como ahora, el americanismo de paisajes, tradiciones y costumbres, si bien era incapaz de dar la fórmula de una

cultura literaria que abarcase toda la substancia poética e ideal de nuestra existencia, que satisficiera todas las aspiraciones legítimas de nuestro espíritu, representaba una parte necesaria, y la más fácilmente original, dentro de la complejidad de una literatura modelada en un concepto más amplio; y aun con mayor oportunidad ahora que entonces, él se adapta a un interés de la realidad social, por lo mismo que aumenta progresivamente el arraigo de los temas más universales, y que en esas ráfagas de antigüedad y de naturaleza puede venir cierta virtud tónica y salubre para la conciencia de pueblos un tanto descaracterizados por el cosmopolitismo y un tanto negligentes en la devoción de su historia.

Interesa a nuestro objeto examinar hasta qué punto aquella generación iniciadora pudo hallar, en su esfuerzo de originalidad nacional, precedentes que lo facilitaran; refiriendo estos precedentes, no sólo a la circunscrita idea de americanismo que hemos precisado, sino a cualquiera otro reflejo directo de la realidad y a cuanto importe dar expresión a las espontaneidades y energías del sentimiento colectivo.

---

Vano sería buscar en el espíritu ni en la forma de la literatura anterior a la Emancipación una huella de originalidad americana. No eran influencias de escuela las que principalmente se oponían a la aparición de esa originalidad, sino, ante todo, las condiciones de la vida y el tono de los caracteres.

El principio de imitación de modelos irremplazables, base de las antiguas tiranías preceptivas, era, con relación al pensamiento y a la sociabilidad de la colonia, una fuerza que trascendía de su significado y alcance literario, para convertirse en la fatal imposición del ambiente y en el molde natural de toda actividad, lo mismo se tratara de las formas de la producción intelectual que de otra cualquiera de las manifestaciones del espíritu. La colonia, privada de toda espontaneidad en la elección de las ideas y la confesión de los sentimientos; enteramente extraña al poder que gobernaba sus destinos y al magisterio que modelaba su cultura; dócil arcilla dentro de una mano de hierro, no pudo sino imitar el modelo literario que venía sellado por la autoridad de que recibía leyes, hábitos, creencias. El remedo servil estaba en la naturaleza del terreno de que se nutría aquella lánguida vegetación literaria, como lo estaba el gusto prosaico y enervado, que, sin

dejar de explicarse por las influencias y por los modelos de la decadencia española, era, también, el reflejo de la monotonía tediosa de la vida y del tímido apagamiento de la servidumbre.

Nacida de ocios fríos, la obra del escritor no respondía a un interés social ni lo suscitaba. Poco tenía aquella paz, sin belleza ni espíritu, de la superior serenidad en que da su flor una cultura. Aún tenía menos del ambiente propicio a aquel género de pensamiento y de arte, rudo pero intenso y sanguíneo, que brota de los entusiasmos de la acción y de "las disputas de los hombres".

Sin duda, uná gran parte de la literatura de la colonia era la expresión de los sucesos reales y actuales de la sociedad en que se producía; v. gr.: la abominable literatura de recepciones, de exequias, de fiestas reales, que arropaba vistosamente la lisonja servil y añadía un son vano al decoro de las ciudades donde se asentaba la autoridad de los virreyes; pero la constante trivialidad de aquellos sucesos quita todo valor significativo a las páginas que los reflejan. Es el diario de una travesía sin percances, en sempiterna calma, bajo inmutable toldo de bruma.

Y si el carácter de la producción literaria no podía originarse de la presencia de un alma colectiva, que imprimiera a la sociedad colonial sello peculiar y distinto, tampoco era posible que brotara de la dilatación del alma española al través del Océano que dividía el inmenso imperio, ni que recogiera su inspiración en los recuerdos y los sentimientos de raza simbolizados en la bandera que tendía su sombra desde las columnas de Hércules hasta el Golfo de Méjico y el Estrecho de Magallanes.

El progresivo desvanecimiento de la conciencia de esa unidad moral, en las colonias americanas, y la pérdida de todo sentimiento de la gloria y la tradición de la metrópoli, son hechos que inspiraron al gran viajero, de quien ha podido exactamente decirse que realizó a principios del pasado siglo un segundo descubrimiento de nuestra América, observaciones llenas de interés. "Las memorias nacionales —afirma Humboldt— se pierden insensiblemente en las colonias, y aun aquellas que se conservan no se aplican a un pueblo ni a un lugar determinado. La gloria de Pelayo y del Cid Campeador ha penetrado hasta las montañas y los bosques de América; el pueblo pronuncia algunas veces esos nombres ilustres, pero ellos se presentan a su imaginación como pertenecientes a

un mundo puramente ideal o al vacío de los tiempos fabulosos"<sup>1</sup>.

En cuanto a las memorias y las leyendas de las razas que representaban la tradición de libertad salvaje de América junto a la posteridad del conquistador, sólo con las protestas de la Independencia pudo venir la reivindicación de tales reliquias del pasado como cosa propia de la tierra, como abolengo de su historia. "El colono de la raza europea —añade Humboldt— se desdeña de cuanto tiene relación con los pueblos vencidos. Colocado entre las tradiciones de la metrópoli y las de la tierra de su cuna, considera las unas y las otras con la misma indiferencia, y muy raras veces arroja sus miradas sobre lo que fué."

Mudo y sin alma lo pasado; ajena la realidad actual a todo estímulo de pasión e interés, y cerrado, por una fatalidad que excluía todo objetivo de la voluntad, el horizonte del porvenir, no era posible para la vida colectiva la expresión literaria, ni para la obra del pensamiento individual la repercusión de simpatía que la trocase en idea y sentimiento de todos. La contemplación de una naturaleza cuya poesía desbordante no había sido traducida al lenguaje humano jamás; los rasgos propios que determinaba en las costumbres la lucha de la civilización y el desierto, sólo hubiera sido posible que brindaran inspiraciones de originalidad a la lírica y la narración, si estas formas de arte hubiesen reposado, para las escuelas de aquel tiempo, en la imitación de la vida.

Con la proximidad de la Revolución, ciertas audacias e inquietudes del pensamiento aceleran las pulsaciones de la imprenta colonial, como herida de la emoción del presagio y el apercibimiento. Uno de los signos reveladores de la fundamental transformación que se operaba en el espíritu público es, en los últimos tiempo de la colonia, la vibración creciente de los afectos, las preocupaciones y las necesidades sociales en la palabra escrita; el movimiento de publicidad que iniciaron en Buenos Aires las memorias de Belgrano y los trabajos de Vieytes, para la propaganda de la libertad económica, y que debía tener su más resonante manifestación de elocuencia en el *Memorial de los Hacendados*, y su nota de sentimiento en el canto de triunfo con que el Rouget de Lisle de las futuras victorias de la Revolución ungía la frente de la poesía inspirada en las altiveces del honor popular y en los

<sup>1</sup> HUMBOLDT, *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, cap. V, libro II.

arrobamientos de la gloria, sobre las calles donde aun no se había oreado el riego de sangre de la Reconquista. Y como elemento de este ejercicio de aprendizaje del pensamiento propio, en vísperas del tiempo en que él sería el motor de la marcha de la colonia emancipada, nace el amor al estudio de los orígenes históricos del Virreinato, que no se manifiesta sólo por la investigación erudita y la exposición indiferente, sino que se colora ya, en los escritos de Funes, de Araujo, de Rivarola, y en las monografías locales que los primeros periódicos acogen en sus páginas, con ciertos toques de sentimiento tradicional y patriótico; al paso que se generalizaban, entre los temas preferidos de aquellos mismos periódicos, las descripciones geográficas del suelo, con que se contribuía a fijar y definir la noción material de la patria que se esbozaba. Pero aun tuvo una manifestación más genuinamente literaria ese sentimiento naciente de las cosas propias, y es el bosquejo de una poesía inspirada en la originalidad de *la tierra*, que Labardén trazó, remontando a la entonación del lirismo la imagen de la naturaleza y probando calzar con el coturno trágico la leyenda de la América primitiva.

Sobrevino la época en que pudo manifestarse sin reatos el espíritu de la colonia transfigurada en pueblo autónomo. La literatura de la Independencia americana, como la actividad de los tiempos a que dió expresión, fué absorbida por un sentimiento y una idea. Reflejando esta inalterable unidad del espíritu de una época heroica, fué aquella literatura eminentemente nacional; pero no pudo serlo si por nacionalidad literaria ha de entenderse una expresión más compleja y armónica de la vida de un pueblo, ni, aun menos, si se exige la condición de la forma propia y espontánea.

La poesía de la revolución argentina, que Juan María Gutiérrez pudo justicieramente enaltecer en el conjunto de la de los pueblos de América, como la que más estrechamente vinculada se mantuvo a la épica realidad de los tiempos; la que lleva en sí una expresión más sostenida del sentimiento de la libertad y una glorificación más constante de sus triunfos, hubo de compensar esta superioridad marcial con una fisonomía más austera y monótona, menos complementada por otros elementos y formas de poesía, que se agruparan, como notas armónicas, en torno de la nota guerrera, descubriendo, por decirlo así, la carne bajo la coraza; destacando un relieve personal, de amor, de tristeza o de aban-

dono, sobre la uniforme expresión de los entusiasmos comunes. Cualquier persistente propósito de tributar, en otros altares que los de la acción, pensamiento o belleza, habría parecido, durante aquellos veinte años, signo de extranjería y egoísmo: tal como si, en Esparta, se hubiera osado modificar, con los sonos de la molición y el deleite, la inmutable simplicidad del ritmo dorio, el tono sugridor de la altivez viril y del impulso del combate.

Dentro de esta unidad monocorde, el espíritu nacional de la poesía de la Independencia se hubiese manifestado plenamente si para ello bastara con la índole del tema y la sinceridad de la emoción. En la conciencia del poeta, aquella poesía era toda ingenuidad y toda sentimiento: pero era artificial en su realización, y sus imágenes clásicas de libertad y de heroísmo lo figuraban todo menos el cuerpo real, colorido y viviente de la patria, por más que se caldearan en su amor y se aplicasen a sus victorias y a sus héroes.

Había, sin duda, cierto carácter de oportunidad y de verdad interna en este propio clasicismo de la forma, que no llegaba sólo por abstracta influencia literaria a la fantasía del poeta, sino que se relacionaba con las inspiraciones más activas y eficaces de la Revolución, sellada, desde su origen, por la pasión del genio clásico, que, como ideal, mejor o peor interpretado, de gloria y de grandeza moral, había presidido al desenvolvimiento de aquella otra revolución humana a cuyo ejemplo se modeló, en gran parte, la de 1810. Pero la sinceridad del entusiasmo con que los hombres de la generación creadora de América se transportaban en espíritu a la antigüedad y aspiraban a que se les considerase los discípulos de sus guerreros, de sus legisladores y de sus tribunos, si bien levanta el clasicismo de esa poesía sobre la condición de un vano amaneramiento retórico, no la mantiene con ello menos desarraigada del suelo firme y resistente a la sugestión colectiva. Faltos de la percepción, o del aprecio, de las originalidades de la realidad que los rodeaba, aquellos poetas sacrificaron la fisonomía natural y el elemento distintivamente pintoresco de la lucha, a la imitación del mundo soñado donde tenían cautivo el pensamiento; sin una pincelada que diese la nota singular del escenario y la actitud y el gesto peculiares del actor; sin una estrofa, olvidada de lo antiguo, que guardara la repercusión del galope de la *montonera* al través de las *cuchillas* y las pampas; que reflejase una imagen



de los Andes por donde cruzaron los cóndores de San Martín, y modelara en bronce la escultura heroica del gaucho.

Germinaba, en las trovas del *payador*, del gaucho guitarrero y vagabundo, una hermosa poesía popular, que el poeta clásico consideraba con el desdén del trovador palaciano por el romance del juglar villanesco; pero este desdén mantenía desvinculada del movimiento literario y del espíritu del hombre de ciudad esa espontánea floración de los campos. El clasicismo del siglo XVIII, en que tuvo la escuela de los poetas de la Independencia su modelo, había profundizado, hasta hacerlo irreconciliable, el divorcio entre la inspiración popular y la erudita, obstinándose en el propósito de formar alrededor del poeta noble y selecto una atmósfera diferente de aquella en que respiraba la multitud. De este lado del Plata, donde la vida pastoril y gauchesca halló su origen; donde la Revolución adquirió el áspero fermento democrático que la salvó para la libertad, un payador semiculto: Hidalgo, ensayó interpretar en forma escrita el balbuceo de la imaginación del paisano. Pero esta poesía, ni pasó de diálogos festivos que sólo muy superficialmente reflejaban el sentimiento popular, ni tuvo el más mínimo contacto con el raudal de aquella otra que, después de cantar al modo clásico las victorias guerreras, apuraba la solemnidad de sus acentos para servir de olímpica corona al liberalismo entonado y patricio de Rivadavia.

No era posible dentro del gusto de la época la obra de reconciliación que había de ser el significado prestigioso de *La Cautiva*, su mérito de oportunidad, tan superior a su valer de arte: la obra de nacionalizar el espíritu de la poesía en que florece la cultura urbana y ennoblecer la forma del verso inspirado en el sentir agreste del pueblo. Para que pudiera ser escrita aquella obra de iniciación; para que el canto del poeta adquiriera cierta originalidad expresiva de las cosas propias, era menester que un vuelco radical de las ideas literarias se verificara y que salvase los mares el influjo de una revolución que debía ofrecerse al pensamiento de América con los halagos de una nueva sanción de su autonomía en cuanto propagaba a los dominios de la forma el aura bulliciosa de la libertad.

Estaba en las afirmaciones y en los ejemplos del romanticismo la benéfica idea de la nacionalización de las literaturas. Reaccionando contra la unidad del modelo insustituible y del precepto inviolable, aquella gran revolución reemplazaba con la esponta-

neidad que condujese a cada pueblo a la expresión de su carácter propio, la imitación que a todos los identificaba en la misma falsedad; y oponía la filial vinculación del verbo literario con lo del suelo, la época y el uso, a la abstracción de un clasicismo que, indiferente a toda realidad determinada, presentaba el tipo universal por norma de arte y aspiraba, no a la reproducción directa y concreta de las cosas, sino a la significación de la verdad ideal depurada de todo accidente, vale decir, de todo rasgo local, de toda peculiaridad histórica, de todo relieve de originalidad.

La poesía dejaba de ser considerada como el patrimonio de ciertas selectas civilizaciones que hacían durar su espíritu en la herencia de perennes modelos, y pasaba a ser un don universal, un don humano, cuya originalidad daba, en cada una de sus formas históricas, la medida de su valor, y cuya crítica había de fundarse en el modo de pensar y sentir propio de cada raza y cada pueblo, en el estudio de su naturaleza, sus costumbres y sus tradiciones.

A aquel impulso igualitario con que la hegemonía del clasicismo francés había derribado en Europa las aras de los viejos dioses nacionales, en arte y poesía, sucede, dondequiera que repercute el grito de guerra de los innovadores, la altiva afirmación del propio abolengo literario. Shakespeare, la Comedia española, el Romancero, las Canciones de gesta, los Nibelungos y las Sagas, reverdecieron con el aroma y la virtud del terruño.

Levantábanse así las *voces de los pueblos*, que Herder percibía en el hervor de ideas de aquel comienzo de siglo, y por primera vez se aspiraba de manera consciente a que las literaturas fuesen la expresión de la personalidad de las naciones, como el estilo es la expresión de la personalidad del escritor. Un centenar de colores se alzaba sobre el blanco frontón de la antigüedad.

Muchas de las notas características de aquella revolución espiritual, del modo como ella prevaleció en Europa, discordaban con el ambiente americano. Ni entendido el romanticismo como movimiento de reacción artística, que buscaba sus inspiraciones en el espíritu de una edad cuya evocación no hubiera tenido en América sentido razonable; ni como escuela de falso idealismo, que llegó a desdeñar, no menos que el sistema de imitación contra que había protestado, los fueros de la realidad; ni como manifestación literaria de aquellos estados de conciencia que reflejaron sobre la frente de las generaciones románticas sus sombras, y que tradujeron los poetas de la época en clamores de re-

belión individual y de conflicto íntimo, traía consigo una fórmula satisfactoria y oportuna con relación al carácter y a la expresión natural de pueblos que vivían su niñez; que no podían participar, como signo social persistente, de las nostalgias y congojas nacidas de la experiencia de las sociedades, y que necesitaban, ante toda cosa, de aquel "conocimiento de uno mismo", que, como fué la inscripción del templo clásico, debía ser la heráldica empresa de su literatura. Pero podían esos pueblos tomar por punto de partida y por estímulo eficaz de la formación del pensamiento propio, el principio de libertad que el romanticismo propagaba con sus victoriosas banderas, y podían modelar en el ejemplo de la enérgica reivindicación de nacionalidad literaria, que la nueva escuela suscitó en todas partes, un ideal de poesía capaz de desenvolvimientos fecundos.

La variedad de formas, de sentimientos, de modelos, abría, además, un campo de elección mucho más vasto, dentro de la imitación misma; y el impulso que, reaccionando contra la reserva aristocrática del espíritu literario, lo difundía, como por una evangelización de la belleza, entre todos los hombres, no podía menos de facilitar la expresión de la índole propia de nuestras sociedades.

La literatura descendía de la academia y el liceo para poner la mano sobre el corazón de la muchedumbre, para emparar su espíritu en el hábito de la vida popular. El poeta americano contó, en la obra de crear una expresión nueva y enérgica para la naturaleza y las costumbres, con otra gran conquista del romanticismo: la democratización del lenguaje literario, el *bill* retórico que concedió los fueros de la ciudadanía a esa "negra muchedumbre de las palabras", que Hugo, en las *Contemplaciones*, se jactaba de haber confundido con "el blanco enjambre de las ideas", anonadando la distinción entre vocablos patricios y vocablos plebeyos. Dentro de los límites del lenguaje poético del siglo XVIII, con su veneración de la perífrasis y su desprecio del habla popular: la escuela de lenguaje que hacía del Homero de Mme. Dacier un poeta de la corte y llevaba a Shakespeare a la alquitara de Ducis, no hubiera sido posible el sabor de naturalidad de *La Cautiva* ni la palpitante crudeza del *Facundo*.

La narración rompía los moldes estrechos y convencionales de la épica de escuela, y se dilataba por la franca extensión de la poesía legendaria, del cuento popular, de la novela histórica o de

costumbres, formas mucho más adaptables a la expresión de las peculiaridades de región y de época, y mucho menos difíciles de tratar con inspiración personal e innovadora.

Manifestábase en la lírica el sentimiento de la naturaleza, parte necesariamente principal en toda literatura genuinamente americana, y la descripción animada por la presencia del espíritu, por la poesía de la contemplación, traía a la luz uno de los más hondos e inexplorados veneros de belleza con que hubiera podido enriquecerse la palabra artística.

Tantos estímulos de originalidad, tantos ejemplos e influencias que convidaban a la libre expresión de las cosas propias, concluyeron por prevalecer sobre los amaneramientos de escuela; y después de las primeras tentativas de imitación desencaminada y exótica, romanticismo y emancipación literaria nacional fueron términos que se identificaron en el espíritu innovador de Echeverría. La juventud que le reconoció por maestro entendió, aun con más consecuencia y precisión, la identidad de ambas ideas; y así, la conquista de una originalidad americana fué, en materia de arte, el gran sueño de la generación que hizo de aquella desigual y embrionaria *Cautiva* el símbolo de sus entusiasmos literarios y la amó como una poética representación de la patria ausente, que evocaba, en las horas amargas del destierro, imágenes queridas y músicas de la memoria.

Juan María Gutiérrez, Mármol, Magariños Cervantes, continúan el camino iniciado por Echeverría, en la descripción lírica del suelo y la reproducción de tipos y costumbres; la prosa descriptiva amanece en páginas de Alberdi y Marcos Sastre; el *Facundo* da la expresión dramática de la vida del desierto, y los *Recuerdos de Provincia* la de la interioridad local y doméstica en los centros urbanos; Vicente Fidel López prueba a encerrar en la forma narrativa con que el imaginador de *Ivanhoe* había ensanchado los límites de la historia por los procedimientos peculiares del arte, su visión del pasado de América; la poesía popular renace personificada en Ascasubi, que trasmite la guitarra del payador a las manos donde ella había de vibrar con la sabrosa relación de *Martín Fierro*; y el mismo Alberdi, que consagró las primicias de su pluma a la descripción de la naturaleza física, refleja en animados cuadros de costumbres la fisonomía de la vida de ciudad, y lleva a la propaganda de cuanto importe una

tendencia de emancipación del pensamiento americano, todas las fuerzas de su crítica valerosa y sagaz.

Consideraremos esta obra de reivindicación de la autonomía literaria, en sus dos caracteres principales: el sentimiento de la naturaleza y el sentimiento de la historia.

## VI

## EL SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA

En los comienzos del pasado siglo, rasgando inesperadamente la atmósfera de afectación y de frialdad de la literatura de su tiempo con el soplo de la naturaleza y la pasión, un libro se publicaba en Francia, que los corazones acongojados todavía por el horror del apocalipsis revolucionario acogieron con íntima y ansiosa gratitud. Tenía la oportunidad de la palabra que lleva al oído del enfermo acentos de piedad y ternura. Hablaba, en medio de una sociedad sacudida en sus cimientos por el desborde de todas las violencias humanas, del encanto de la soledad, del misterio reparador de los desiertos infinitos, y era como un soplo balsámico venido de Occidente para dulcificar el ardor del ambiente inflamado en el olor de la sangre y de la pólvora.

Aquel libro: *Atala* —precediendo al que, por obra del mismo grande escritor, asoció a la palabra del hastío y la desesperación, la poesía, también, de la soledad—, traía consigo al mundo literario la revelación de la naturaleza de América.

Y esta virgen naturaleza, estudiada como escenario de pasiones insólitas y hondas melancolías, por el escritor de Bretaña, se manifestaba, poco tiempo después, como objeto de distinto género de contemplación y distinto sentimiento, en las obras del gran viajero cuya figura domina la historia geográfica de su siglo desde alturas que tienen la majestad del Chimborazo, que fué una vez su pedestal. En 1807, Alejandro Humboldt comenzó a publicar el *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*, donde están comprendidos los *Paisajes de las Cordilleras*.

El poeta-sabio del *Cosmos* no había llevado en su espíritu, al seno de las selvas y los desiertos americanos, el acicate del dolor, ni la inquietud de una personalidad desbordada y rebelde, como la que se expresó por la elocuencia lírica de René; sino la huella

de aquel ambiente sereno y luminoso que imprimió en la cultura de los grandes días de Weimar un sello de universalidad y de armonía que no ha vuelto a presentarse en el mundo, y que hizo de sus sabios, hombres de fantasía y sentimiento; de sus poetas, hombres de ciencia.

Con la obra de la observación y del análisis armonizó el gran viajero, merced a esa norma de educación íntegramente humana y a la complejidad de su genio propio, una nota contemplativa, que, realzando la elemental idealidad de toda investigación elevada, inflama a la ciencia en espíritu poético. Grande y fecunda poesía, que desciende, al modo de las corrientes majestuosas nacidas en las cumbres donde reina la perpetua paz, no del sentimentalismo egoísta que hace girar el espectáculo del mundo en torno a sus cuitas y dolores, sino de la visión amplia y serena, en que se conciertan todos los dones superiores del pensamiento y de la sensibilidad, como para contraponer al enseñoreado orden de las cosas el orden soberano del espíritu que las contempla.

Humboldt y Chateaubriand convirtieron, casi simultáneamente, la naturaleza de América en una de las más vivas y originales inspiraciones de cuantas animaron la literatura del luminoso amanecer del pasado siglo; el uno, por el sentimiento apasionado que tiende sobre la poética representación del mundo exterior la sombra del espíritu solitario y doliente; el otro, por cierto género de transición de la ciencia al arte, en que amorosamente se compenetran la observación y la contemplación, la mirada que se arroba y la mirada que analiza.

En la naciente literatura de América debía despuntar bien pronto la misma generosa inspiración, como una de las formas inmediatas que asumiría la espontaneidad del sentimiento sustituida al tema convencional y a la imitación de lo extraño. La nota más intensa de originalidad que pueda señalarse en los albores de la poesía americana, con relación a los antecedentes y los modelos de la literatura española, es, sin duda, la que procede de la directa comunicación con la naturaleza física: no sólo por lo real y poderosa originalidad de esta naturaleza, bastante a comunicar sello distinto y vida propia a la poesía que se acogiese a su seno, sino también porque el entendimiento poético del paisaje y la simpatía profunda con las cosas no fueron nunca de los más ricos veneros en la tradición de aquella literatura.

Descartados los cuadros de égloga e idilio por su falsedad o

su indeterminación; no de otro tono que ellos las descripciones de la novela, y circunscrito a las mismas reminiscencias pastoriles y al sentimiento horaciano de la soledad el amor de la naturaleza en la lírica, sólo por excepción puede notarse en aquella delicada ternura con que los místicos solían considerar la obra de su Dios en las bellezas del mundo; en la opulenta vena de lirismo que corre abrazada a las ficciones del teatro, y en la frescura agreste de algunas de las canciones populares que asoman entre el follaje de los Cancioneros, la impresión directa y sentida de la realidad natural.

Los que aspiraron a épicos de la conquista americana apenas pararon su atención en la virgen naturaleza que les brindaba su copa de poesía rebosante. El mayor de ellos, Ercilla, si puso a prueba su maestría pictórica, no fué para tomar de la realidad la sublime grandeza de la Cordillera, sino para fantasear el valle fabuloso<sup>1</sup> que compite con las más bellas descripciones convencionales de los clásicos, como la de la isla embalsamada de Camoens y la del alcázar encantado que el Tasso imaginó para su Armida. Los otros, que no fueron poetas, no tuvieron tampoco el mérito del intento en esta parte. Las más grandes cosas que puede ofrecer el espectáculo del mundo se embotaban en su sensibilidad: la contemplación de la noche en el desierto, que sólo sugería a nuestro Arcediano Centenera el pretexto de un vano sueño mitológico<sup>2</sup>; la esplendidez orgiástica de la vegetación tropical, que era apenas, en la *Lima fundada* de Peralta y Barnuevo<sup>3</sup>, objeto de una enumeración de herbolario.

Hubo de esperar la poesía de la naturaleza al amanecer de una conciencia americana.

En los años en que Humboldt visitó la Caracas espiritual y pensadora de las postrimerías del régimen colonial, brillaba en sus tertulias literarias la figura de un poeta adolescente, que cultivó el trato del sabio y le acompañó en algunas de sus excursiones científicas. Estaba reservado a aquel poeta, en cuyo espíritu no debía desvanecerse jamás la huella dejada por la palabra del viajero, la gloria de ser uno de los dos ilustres heraldos del sentimiento de la naturaleza de América en su literatura propia; y

<sup>1</sup> *La Araucana*, canto XVII.

<sup>2</sup> *La Argentina*, canto XIII.

<sup>3</sup> *Lima fundada*, canto IV.

fué, en gran parte, obra de la virtud inspiradora de aquella amistad intelectual y del ejemplo de los *Paisajes* y los *Cuadros* de Humboldt, el sentimiento estético que, acendrado por una larga preparación del pensador y el artífice, y estimulado por la inteligencia delicada y profunda de las descripciones de los clásicos, produjo, como fruto moroso, la *Silva* limpia y severa en que Bello armonizó con la exhortación a la labor y la paz, dirigida a los pueblos del Nuevo Mundo, el loor de la naturaleza que les brindaba sus dones.

Poco antes de que la *Silva a la agricultura de la zona tórrida* viese la luz en las páginas de aquel *Repertorio Americano* que fué tan gallarda ostentación de la inteligencia y la cultura precoces de la América libre, en el seno de la vida europea, se habían publicado en Nueva York los versos de un desterrado de Cuba, cuyo nombre debía tener para la posteridad la resonancia del torrente a que aquellos versos dieron ritmo. Llamábase el desterrado José María de Heredia, y *El Niágara*, el más hermoso de sus cantos.

El sentimiento de la naturaleza en poesía americana era una realidad consagrada por dos obras de alto valer, y se manifestaba por dos modos de contemplación esencialmente distintos. En la una, de serena objetividad; de pasión intensa, en la otra.

La naturaleza es para Bello la madre pródiga y fecunda que inspiró, por la idealización de la abundancia y la labor, el utilitarismo delicado de las *Geórgicas*. Para Heredia es el fondo del cuadro que dominan la desesperación de René o la soberbia de Hárold; la soledad bienhechora del que sufre; una armonía cuya nota fundamental se desprende del sentimiento asomado a los ojos que contemplan.

Bello nos da la perfección en la poesía estrictamente descriptiva; en la representación de las formas sensibles de la naturaleza por la imagen que reproduce todas las modificaciones de la línea y todos los tonos del color; pero Heredia, poeta de la intimidad, poeta del alma, sabe traducir al lenguaje de la pasión las voces de la naturaleza, y muestra reflejados en el colorido de la imagen los resplandores o las sombras del espíritu.

A esta superioridad de sentimiento e inspiración, debe aún agregarse la superioridad pictórica que resulta de haber Heredia reproducido un cuadro determinado y concreto, y haberse limitado el autor de la *Silva a la agricultura* a decorar una composición de índole predominantemente didáctica con ciertos toques descrip-

tivos, que no se ordenan en un conjunto armónico y viviente, ni adquieren la unidad de un paisaje real.

Por otra parte, una inspiración derivada del eco blando y sumiso de las *Geórgicas* no era la más apropiada para trasuntar la poesía de los desiertos de América en su magnificencia salvaje, en su majestad primitiva. Bello entona su canto a los dones generosos de Ceres, a la labor futura que hiciese esclava del esfuerzo humano la naturaleza indómita y bravía; no a la selvática espontaneidad de esta naturaleza, donde estaba eminentemente su poesía peculiar.

En nuestras letras del Sur, el período clásico no dió una nota merecedora de recuerdo, en cuanto al sentimiento literario de que hablamos. Quedó este sentimiento para originalidad y tesoro de la época de Echeverría. Labardén había cantado, con mediano aliento, al Paraná, en los últimos tiempos de la colonia. Los rasgos descriptivos que puedan señalarse en algunas composiciones de los poetas de la Revolución, como simples accesorios del cuadro, se refieren a la perspectiva de la *edad de oro* que ellos imaginaban en el futuro, presagiando los dones de la tierra fecundada por la paz. Así, Luca en su visión del porvenir de Buenos Aires, y el poeta de Ituzaingó tratando análogo tema<sup>1</sup>. La observación de las peculiaridades de la naturaleza indígena sugirió a nuestro sabio Larrañaga la idea de infundir el sabor del terruño en las sencillas ficciones del apólogo.

Juan Cruz Varela, en un discreto examen de la labor tramitada por la generación literaria que tuvo en él su más conspicua personificación, a la que se anunciaba ya por los primeros ensayos de la juventud que había de rimar *La Cautiva* y escribir el *Facundo*, deploraba, en 1828<sup>2</sup>, la completa ausencia del tema descriptivo en las composiciones de los poetas de su tiempo, y lo señalaba como una de las notas destinadas a prevalecer algún día en el carácter de la poesía americana.

Quien primero se adelantó a expresar en lenguaje literario el sentimiento de la naturaleza, fué un prosista, fué Alberdi, cuya actividad juvenil estuvo llena de precoces ensayos y vislumbres. La tierra encantadora de su nacimiento brindaba al escritor tucu-

<sup>1</sup> Luca: *Al pueblo de Buenos Aires*, 1822. — Juan Cruz Varela: *Profecía de la grandeza de Buenos Aires*, 1822.

<sup>2</sup> *Literatura nacional*: artículo V de la serie publicada en *El tiempo* de Buenos Aires de aquel año.

mano el más hermoso de los motivos de descripción con que pudiera haberse desflorado el nuevo género, y la novedad y frescura de la inspiración obtenida de un tema inexplorado comunicaron a la *Memoria descriptiva sobre Tucumán* cierta agradable e ingenua lozanía. Pero aquel gran propagador de ideas no tuvo nunca, entre sus condiciones eminentes, el sentido del color, ni la vena del sentimiento contemplativo; y aun dejando de lado lo inocente e infantil de la forma, esas páginas quedaron muy distantes de lograr un trasunto duradero de la maravillosa realidad.

Con todo, el influjo de aquella mezcla de directa observación y sincero sentimiento que había convertido, desde Rousseau y Bernardino de Saint-Pierre, el amor de la naturaleza física en una de las más fecundas inspiraciones del arte literario, se manifestó por vez primera, en literatura argentina, por la *Memoria descriptiva* de Alberdi, quien también probó a expresar la admiración de las bellezas naturales, acompañada de una reflexión grave y profunda, en las *Impresiones de una visita al Paraná*, con que abrió camino a la descripción de aquella virgen naturaleza que Marcos Sastre había de reflejar, años más tarde, en páginas de idílico candor.

La renovación poética vagamente esbozada, en 1834, por los *Consuelos* de Echeverría, anticipaba ya, en ese libro inseguro, toques fugaces de naturaleza americana. "*Leyda, Regreso, Flor del aire* —observó Alberdi exactamente—, dejaban entrever, ya en el fondo, ya en los accesorios, la fisonomía peculiar de nuestra naturaleza." Pero el verdadero impulso innovador, y con él la primera nota penetrante arrancada a la música de las cosas, vinieron de la aparición de *La Cautiva*. Esta leyenda, trivial en la concepción; pobre y apenas rasguñada, en la forma, debe a la descripción preliminar del desierto la superioridad que la rescata, y que da, a la vez, su más incommovible fundamento a la fama poética del autor.

En Echeverría, el poeta de la generación política y social vivirá, más que por la discutible calidad de su arte, por la grandeza del propósito y la originalidad del pensamiento que propagó y en el que germinaba la solución futura del problema fundamental de su pueblo, la idea que determinó su forma orgánica. El poeta individual de los *Consuelos* y de alguna parte de las *Rimas* no despertará en el porvenir, como no la despierta ya en nuestros eorrazones, la resonancia que en el espíritu de la generación a cuyo

ser interno dió la expresión de las primeras notas que inspiró, en poesía americana, el numen de la confianza y el ensueño románticos. Pero la gloria del colorista vive la vida inmortal de la naturaleza, y está afianzada en la inmutabilidad del aspecto más característico del suelo donde ha de afirmarse un día el mármol que perpetúe su imagen y su memoria.

Mientras exista sobre la faz de la tierra el alma argentina, serán una parte de su ser y un elemento de la poesía que arraigue en sus entrañas, la sensación y el sentimiento de la infinita llanura; y mientras ellos sean peculiaridad de su existencia nacional e inspiración de sus poetas, el pórtico de *La Cautiva* tendrá la eterna oportunidad de la forma que los condensa en molde típico y primero; a la manera como eternamente durará la imagen de las Praderas en el canto de Bryant, o la de la selva del trópico en el poema de Araujo.

Y con la realidad y la intensa vida del cuadro, por las que vive unido indisolublemente a la objetividad de la naturaleza, se armonizan en esa descripción un sello personal, una nota de sentimiento íntimo, que la vinculan, con igual nexo indisoluble, a la idea que nos formamos del autor, y que hacen de aquellas pinceladas la más cumplida expresión de su carácter poético, de su fisonomía moral, de su índole afectiva.

Para quien haya estudiado, en Echeverría, al hombre, al poeta, al pensador, es cosa fácil reconocer en su imagen del desierto *el tinte de su alma*, y es lícito afirmar, a la vez, que cuando reprodujo aquella escena grave y solemne en su inmensidad penetrada de tristeza infinita, trazó inconscientemente un trasunto del cuadro que su vida austera y melancólica, pasada en la penumbra del reflexivo destierro, alejada de las tempestades de la acción, vibrante en la propaganda de un pensamiento grande y único, ofrecería, en la perspectiva de los tiempos, a la contemplación de la posteridad.

No de otra manera el vuelo majestuoso y el apacible colorido de la silva de Bello, parecen ser el símbolo de la noble serenidad, del desenvolvimiento sosegado y fecundo de su existencia transcurrida en los afanes de un magisterio ejercido sobre hombres y pueblos. No de otra manera ofrece el Niágara, en el vértigo de su caída, la imagen de la existencia procelosa que armonizó con el eco de los hervores del torrente la confesión de su nostalgia y su dolor.

El poeta de la desnudez austera de la Pampa aspiró a ser también el poeta de la altiva majestad de la Cordillera y de la vida lujuriosa del Norte. Para glorificar la memoria del prócer tucumano sacrificado en Metán, compuso el poema *Avellaneda*, obra tan descuidada y desigual como todo lo suyo, pero que, a la enérgica afirmación del credo de humanidad y libertad, por la que merece recordársela entre las más generosas inspiraciones de su época, une las galas del fondo pintoresco tomado de los paisajes de Tucumán. El canto voluptuoso, lleno de luz, como flotante en una atmósfera de aromas, y rimado con una gallardía que estuvo lejos de ser el atributo constante de la versificación de nuestro poeta, con que da principio la narración, puede contarse entre los más vivos reflejos literarios de las bellezas naturales del Nuevo Mundo. Hay en la forma una visible reminiscencia del *contorno* de la descripción pomposa de Abydos en el poema de Byron: "¿Conocéis la tierra encantadora donde el ciprés y el mirto son emblemas de dones diversos de sus hombres?", pero en la precisión de los rasgos, el cuadro no revela sino la imitación de la naturaleza, y se armonizan dignamente con él los que, en otros pasajes del poema<sup>1</sup>, reproducen la majestad del Aconquija, la vegetación tropical iluminada por la aurora, y el desmayar del ocaso en las montañas.

Ese carácter de intimidad que asoma, bajo apariencias de objetivismo, en la descripción de la Pampa, imprime, más definitivamente, su sello a otra de las cosas mejores de Echeverría: el *Himno al Plata*, que incluyó en su difuso y embrollado poema *El Ángel caído*; canto que redime al poema; ejemplo de contemplación esencialmente lírica, sin más que algún rápido toque de descripción; más lírica y menos descriptiva que el *Niágara* de Heredia, para citar un modelo en que la expresión del sentimiento personal y la imagen de la naturaleza que lo mueve, están proporcionalmente repartidas; porque allí aparecen, casi únicos y sin imagen que dure, el sentimiento, la impresión, el eco que despierta en el alma el mensaje de los ojos.

Aun nos queda por añadir, en la obra del memorable innovador, como intérprete del sentimiento de la naturaleza, ciertos fragmentos del *Peregrinaje de Gualpo*, boceto en prosa de un poe-

<sup>1</sup> Echeverría, *Avellaneda*: canto primero, I; canto segundo, II y III; canto tercero, VI.

ma, modelado en el plan del *Cbilde Harold*, que no llegó a versificar, y las *Cartas íntimas*<sup>1</sup> en que manifestó las impresiones de un período de desengañada reclusión en la soledad de la Pampa: cartas éstas acerbas y conmovedoras, que hoy nos parecen más empapadas en la humedad del sentimiento que la mayor parte de la obra lírica de su autor, y en las que el propio abandono de la pluma, librada a la soltura sin trabas de la confidencia, vuelve más penetrante la ingenuidad con que se traduce en palabras la expansión del ánimo inquieto y dolorido en el seno de la reparadora soledad.

Pero el gran estilo pintoresco, y como la plena revelación estética de la geografía argentina, sobrevinieron el día en que Sarmiento publicó en Chile su *Facundo*. Ese extraordinario libro, mezcla de historia anovelada y de intuitiva ciencia social; de arenga demoledora y de poema mítico, en que Civilización y Barbarie contienden como los semidioses de una edad heroica, trajo también consigo el grande álbum de naturaleza subtropical. La consideración del medio físico es allí un elemento positivo de conocimiento histórico y de psicología colectiva; pero es, sobre todo, una opulenta vena de color.

La imagen de la Pampa infinita que extiende "su lisa y velluda frente" desde los hielos del Sur hasta el imperio de los bosques, interrumpida apenas su taciturna soledad por el galope del *malón* o el paso tardo de la caravana de carretas, circunda, desvaneciéndose en insondable perspectiva, el escenario; y dentro de ese marco aparecen el encantado país de Tucumán, como nunca bello, en un cuadro donde la gracia y limpieza del contorno rivalizan con la magnificencia del color; la árida *travesía*, sobre cuya superficie desolada, como Mácbeth en páramo siniestro, surge a la acción del drama la sombría figura de Facundo; el grave aspecto de la Córdoba monástica y doctoral; la apariencia austera y desnuda de los llanos y las serranías de La Rioja.

La imaginación del paisaje fué una de las más características potencias de aquel genial instinto de escritor. Tuvo, para los grandes cuadros descriptivos, la pincelada resuelta y soberana, que deja, en rápido toque, el conjuro evocador de la extensión inmensa. No hubo verso americano en su tiempo que igualase la inmor-

<sup>1</sup> Incluidas, como todas las producciones antes citadas de Echeverría, en la colección de sus *Obras*, tomo V.

tal eficacia de esa prosa. El Tucumán de Echeverría, y aun su misma Pampa, desfallecen junto al Tucumán y la Pampa de Sarmiento. Y si en el *Facundo* reveló su admirable poder de descripción objetiva y en grande, los *Recuerdos de Provincia* mostraron cuánto era capaz de colorear las cosas de la naturaleza con el reflejo del sentimiento personal: como en la pintura del patio doméstico donde cayó, herida por el hacha, la vieja higuera, "descolorida y nudosa", que había visto correr año tras año los husos del telar materno...

Gran popularidad gozó en su época *El Tempe argentino*, obra descriptiva de las islas del Paraná, que escribió Marcos Sastre, después de gustar, en el seno de aquella intacta naturaleza, el olvido y la paz que le alejaran de la discordia civil.

Es un libro que, en su lugar humilde, puede agregarse a la descendencia de las *Geórgicas*, en cuanto une, como ellas, al propósito útil, hermosado por la idealización del retiro y la labor, el fondo poético y la aspiración al sentimiento delicado. Abundan en sus páginas los rasgos de trivialidad, de mal gusto, de candor pueril, de declamación sentimental, y ninguna belleza de orden superior se contrapone a ellos; pero las hay modestas y estimables, y la impresión de la lectura se resuelve en agrado para quien tiene en cuenta el valor relativo de la temprana iniciación. Más que por las páginas donde prevalece la vaguedad contemplativa, importa el libro por aquellas en que se manifiesta la observación de la naturaleza indígena, vista con sincero amor y precisión cuidadosa del detalle. Cierta ternura, cierta efusión de sentimiento, que pone Marcos Sastre en la descripción de la vida irracional, parecen reflejar la influencia de *El Insecto* y *El Pájaro* de Michelet; aunque, por otra parte, no disuenen de la espontaneidad de un alma ingenua y bondadosa, que, en la acción más que en la literatura, dejó dulce recuerdo de sí, por su amor perseverante y fecundo a la causa de la educación popular.

Habíase propagado, entretanto, y determinaba la nota más intensa y distinta en la poesía de la época, la nota de americanismo que tuvo origen en la obra de Echeverría. Hora es ya de que unamos al nombre del iniciador de este rumbo, el del intérprete inspirado del odio que fué suprema energía, estímulo supremo, en el alma de aquella generación.

Cúmplase en la gloria de Mármol la ley de reacción inevitable; la "ley de Némesis", de que habló Bourget, a propósito del

poeta de las *Meditaciones*; y al desbordado entusiasmo de sus contemporáneos ha sucedido dura indiferencia. La separan de nuestro gusto la afectación declamatoria, la verbosidad desleída, el desaliño habitual, ciertas galas de retórica candorosa; cierta tendencia musical primitiva, que se traduce por el martilleo monótono del ritmo; y su lectura parece haberse trocado, salvo acaso algunos fragmentos, en tarea de erudición. Lícito es creer, sin embargo, que en las sanciones definitivas del futuro habrá un despertar de buena parte de aquella gloria; sin duda, engrandecida en la opinión de los contemporáneos por la suprema oportunidad que tuvo la evocación del yambo de Arquíloco y Chénier, falto de precedentes en la poesía de habla española y renovado para sellar la execración de la tiranía en la forma más alta e ideal del verbo humano; pero suficientemente justa para durar aun después que se ha desvanecido la pasión que congregaba alrededor del canto del poeta un coro de vibrantes entusiasmos. La lava de aquellos odios llegará, fría pero consistente, a la posteridad; y entre las más tempranas manifestaciones del sentimiento de la naturaleza americana, se recordarán siempre ciertas páginas del poema en que el bardo de las iras patrióticas vinculó a sus nostalgias e indignaciones de proscripto, sus impresiones de viajero. Titúlase este poema, o mejor, los fragmentos de él que llegaron a encarnar en la forma, los *Cantos del Peregrino*.

Menos contemplativa y melancólica que la de Echeverría, la índole descriptiva de Mármol es más sensual y ostentosa. Hay más intensidad de sentimiento en la manera propia del autor de las *Rimas*, y en la de Mármol más brío de imaginación. Diríase que la descripción del uno refleja la naturaleza como las aguas tocadas, en el lago sereno, por la penumbra de la tarde; la del otro, como las del mar bruñido e inflamado por el incendio de la puesta de sol.

Degenerando a menudo, cuando se propone la expresión de lo íntimo, en remedos vulgares o mediocres, el poema de Mármol se levanta a mayor altura en la descripción, y ofrece, como motivo de interés para nuestro objeto, no sólo aquel canto verdaderamente esmaltado por la luz de los trópicos, que en casi toda antología americana se ha reproducido<sup>1</sup> y que se complementa, en otros pasajes de la obra con la imagen de las "coronas de es-

<sup>1</sup> Canto tercero, parte II.

meralda" y la "arquiería de torrentes" del Tijuca<sup>1</sup>, sino también ciertos fragmentos de lirismo brillante, inspirados en la contemplación del mar y el cielo, y una vigorosa síntesis de la "región del Sur"<sup>2</sup>, adonde se vuelven anhelantes las miradas del desterrado.

Eficaz propagador del americanismo poético fué, en aquella generación, don Alejandro Magariños Cervantes, de memoria grata a los hijos de Montevideo, para quienes tiene su figura lejana cierto prestigio patriarcal. Su obra no le ha sobrevivido, y es sanción inapelable del tiempo; pero su ferviente pasión por la literatura, su gran virtud de iniciación, de estímulo y de propaganda; las muchas ideas que sugirió, y sus perseverantes esfuerzos por alentar la llama del ideal en el seno de una sociedad embrionaria e inestable, mantienen y mantendrán siempre bendecido su nombre.

La nota peculiar que puso Magariños Cervantes en la contemplación de la naturaleza, tal como luce en las páginas de aquellas obras de su juventud con que ejerció positiva influencia literaria, consiste en cierta interpretación simbólica, inspirada en un alto didacticismo y atenta siempre a traducir la imagen de lo externo en una idea o un precepto moral.

Así, la onda petrificadora del río que envuelve en malla de sílice firmeza cuanto cae en sus aguas, expresa para él la inmortalidad del nombre que la gloria redime del olvido; y el fuego que provoca el incendio inmenso de la selva cuyos despojos fertilizarán el suelo arrasado, la obra destructora de las revoluciones que preparan en las sociedades humanas el orden verdadero y fecundo. Así, las improvisaciones de la cultura triunfante que invade el seno del desierto y levanta, como por una mágica evocación, la ciudad altiva y poderosa sobre los vestigios del aduar, tiene su imagen en la isla repentinamente formada del *camalote*; y la virtud tenaz que triunfa de la multitud indiferente y egoísta, en el manantial de aguas dulces que brota, rasgando el seno de las ondas amargas, en la inmensidad del Océano. Así, también, la marcha lenta y segura de la idea que labra inaparentemente su alvéolo en la conciencia humana, hasta revelarse súbita e irresistible en la acción, se simboliza por la subte-

<sup>1</sup> Canto sexto, "Súplica".

<sup>2</sup> Canto undécimo, II.



rránea corriente del *Tucumano*, al parecer voraz y poderoso en la superficie y el mandato providencial de la perdurable unidad de nuestra América, como suelo de una patria única, se cifra en la ciclópea trabazón de los Andes<sup>1</sup>.

Una consideración de la naturaleza, fundada en ese constante propósito ideal, no podría generalizarse sin llevar al amaramiento prosaico del símbolo y la alegoría, sustituyendo a la desinteresada visión de las cosas, que se complace en su propia realidad y belleza, un procedimiento de interpretación puramente intelectual; pero como peculiaridad y rasgo característico de un poeta, no carece de interés y prestigio la idea de asociar así a las formas naturales de América, la profesión de fe de su cultura; al sentimiento de su naturaleza, la figuración de sus destinos.

Fué Juan María Gutiérrez de los primeros en tentar la expresión del sentimiento poético cuyos orígenes hemos bosquejado. Apenas había difundido sus ecos *La Cautiva*, ya él buscaba comunicar el aliento de la naturaleza al verso esbelto y primoroso de que tuvo el secreto y que fué en sus manos una forma flexible a toda influencia nacional y a todo ejemplo innovador, sin mengua de aquella serenidad, constantemente prevenida, de su gusto.

Dentro de la originalidad americana, su sello personal consistió en hermanar con la directa expresión de las cosas propias y con el sabor de la tierra, cierto suave aticismo, cierta maestría de delicadeza plástica e ideal, que decoran la agreste desnudez del tema primitivo con la gracia interior del pensamiento y el terso esmalte de la forma. Evocó de la leyenda indígena figuras de mujer que descubren, bajo sus plumas de colores, la morbidez del mármol preciosamente cincelado, y que llevan en sus melódicos acentos algo de las blandas melancolías de la *Ifigenia* de Racine o la *Cautiva* de Chénier. En el paisaje, puso la misma nota de deleitosa poesía, la misma suavidad acariciante en el toque e igual desvanecimiento apacible del color. Dueño de un pincel exquisito, se complació en reproducir las tintas tornasoladas del crepúsculo, los cuadros de líneas serenas y graciosas, las marinas estáticas de la calma. Robó a la naturaleza regional

<sup>1</sup> Pueden verse las composiciones a que me refiero en las *Brisas del Plata*, *Violetas y Ortigas* y *Palmas y Ombúes*.

los más encantadores secretos de su flora, y supo representar hermosamente la sensibilidad sutil del *caicobé*; el trémulo balanceo de la *flor del aire*, a quien la rama agitada por los vientos sirve de columpio, y la lluvia de oro del *aroma*, cayendo sobre el suelo abrasado por los rigores del estío.

Las composiciones a que acabo de aludir, y otras donde se unen, como en ellas, los rasgos de naturaleza física con la descripción de costumbres o con la lírica interpretación del alma popular, forman la parte más interesante y hermosa de la colección de *Poesías*<sup>1</sup> que reunió el autor en 1869, pero que proceden todas del tiempo de su juventud. ¿Qué le faltó para merecer cabalmente el nombre de poeta? Sin duda, cierta exaltación de sentimiento y un grado más férvido de fantasía; acaso también, cierto espontáneo arranque de la forma, que precediera al delicado complemento del arte. Pero tal como es su libro de versos, se cuenta entre los pocos libros de su generación que hoy se puedan leer hasta el final sin atención violenta y con deleite, ya que no con impresión profunda... Del raudal de bullente poesía donde beben, a pleno sol, en el declive de la roca, los de la raza divina que ha aprendido en el cielo, suele partir alguna acequia que lleva la onda sumisa a fluir, de fuente de mármol, en un jardín sobre el que abre sus ventanas una sala de estudio. Faltan allí la fragancia de la montaña y el hervor del torrente, pero el agua aquella todavía es fresca y deliciosa.

## VII

### EL SENTIMIENTO DE LA HISTORIA

No hay historia sin patria, y cuando en los últimos tiempos de la colonia los primeros periódicos testimoniaban cierto afán de investigación sobre los orígenes de las ciudades y la población de las comarcas, en que el trémulo albor de una conciencia colectiva asomaba ya entre las sombras del letargo ser-

<sup>1</sup> *Poesías de Juan María Gutiérrez*. Buenos Aires. Carlos Casavalle, editor, 1869. — Como expresión del sentimiento de la naturaleza, véanse: *Caicobé*, *El árbol de la llanura*, *Los espinillos*, *La flor del aire*, *Las flores de Lilpu*, *Los amores del payador*, *A un gajo de aguapey*, etc. Casi todas estas composiciones fueron escritas en el período de 1838 a 1845.

vil. Más tarde, en plena vibración revolucionaria, una tentativa de síntesis histórica del desenvolvimiento de estos pueblos tomó formas en el *Ensayo* de Funes. Pero ni esta obra de mera erudición anunciaba cosa semejante a una filosofía o un arte de la historia, ni fuera del trabajo propiamente histórico las representaciones del recuerdo podían ser motivo más que de ira y aversión entre el fragor de una lucha en que el pasado era el tiránico enemigo contra que se había alzado bandera. El esfuerzo por infundir en la contemplación del pasado, ya capaz de comunicar orgullo y amor, el interés poético y la reflexión profunda, llegó con la generación romántica, y el sentimiento de la historia fué uno de los caracteres de su literatura.

Los dos grandes espíritus dirigentes de los primeros pasos de aquella generación: Florencio Varela y Esteban Echeverría, procuraron norma y fundamento para su obra en el estudio de la historia de América y tendieron, con igual ahinco, a estimular, en la conciencia de la juventud que adoctrinaban, la vocación de los estudios históricos. Echeverría, en su fecundo anhelo de un programa político y social, tuvo constantemente ante sí la tradición y el pensamiento de Mayo, para interpretarlos y buscar en ellos, y en su relación con los antecedentes coloniales, los principios que presidieran a la organización de las sociedades recién emancipadas. Entretanto, Florencio Varela ocupaba, en su refugio de Montevideo, las treguas del trabajo forense y del combate cívico, atesorando los materiales que deberían valerle para escribir la historia de los pueblos del Plata, tarea a que pensaba dedicar el periodista mártir las energías de su madurez. Y la vocación alentada en la juventud por ambas magistrales influencias no demoró en dar algún fruto de positiva significación literaria.

La *Crónica dramática de la Revolución de Mayo*, publicada por Alberdi en la *Revista del Plata* de 1839, representaba ya un estimable esfuerzo en el sentido de reconstituir la verdad de la historia, al mismo tiempo que por la sutil penetración en el proceso íntimo de los sentimientos y de las ideas, por la animada reproducción de la exterioridad característica de los hechos. Debe considerarse esa *Crónica*, no sólo como el primer ensayo eficazmente encaminado a desentrañar la filosofía de la Revolución, sino también, lo que interesa más a nuestro tema, como

el primer intento de proceder con cierto auxilio del arte en el estudio y reconstrucción de lo pasado.

Pero la grande y triunfal iniciación de una *poesía pintoresca* y una *filosofía* de la historia, en la literatura de esta parte de América, nació algunos años después, en el destierro de Chile; y nació, no de la reflexiva preparación del libro que se acrisola y depura largamente en el recogimiento del pensador y del artista, sino de genial inspiración, que hizo surgir aquellos elementos preciosos y durables del seno de un panfleto templado al calor de la pasión actual; que hacía obra de acusación y propaganda contra la formidable tiranía, y que, para asegurar su eficacia, tomó instintivamente la vía de la expresión transfigurada por el arte: a la manera como en *La cabaña del tío Tom* se buscó difundir la idea redentora del esclavo por el poder conmovedor de una invención novelesca, o como se encaminó a las almas, bajo las galas de la *Historia de los girondinos*, el sentimiento que abrió paso a la democracia de 1848. Nació, en una palabra, del *Facundo*, libro para el que no había precedentes en lengua castellana, ni como cuadro de historia pintoresca, ni como ensayo de filosofía social.

La clave de la revolución americana y de la tiranía de Rozas tuvo allí, si no su manifestación puntualizada y analítica, la intuición original que la iluminó de una vez y dejó, diseñada pero indeleble, la imagen que luego podría complementarse y retocarse por los esfuerzos de la investigación y el raciocinio. Nadie sino Sarmiento estaba llamado a aquella obra, de adivinación más que de estudio, entre los hombres de su generación, porque ninguno como él tuvo el pensamiento iluminado y profético, la audacia que procede con ignorancia de la duda. Nadie tampoco pudo revestirla así de la forma potente y original que a ella cuadraba, porque, en América, ninguno de los pro-sistas de su tiempo poseyó tanto como él la soberanía del color, de la energía dramática y de la crudeza verbal; ninguno, en tal grado, el don de "concordar las palabras con la vida", según la fórmula de Séneca, y convertir cada imagen de las cosas en palpitante encarnación de la verdad.

Discútase cuanto se quiera la cabal exactitud histórica del *Facundo*; sepárense de los que ha puesto la realidad los que ha puesto la fantasía en los filamentos de su trama: la historia de una época no dejará de reconocer en esa simbólica querrela de

la Civilización y la Barbarie su más intensa y característica expresión. Sustituya la crítica al semilegendario Quiroga de Sarmiento un Quiroga que complazca mejor a la minuciosa severidad del analista, y siempre quedará, inmovible y soberbio, para afrontar los rigores de la crítica, el valor representativo del personaje: la arrogante escultura del caudillo amasado con el mismo barro de la Pampa. Cualquiera otro Facundo que la erudición incube en la redoma de Wagner, concluirá por humillarse a la energía avasalladora de aquel Facundo inmortal, al modo como el Cid Campeador de las leyendas triunfa y prevalece sobre la desvanecida realidad del Cid de las crónicas y vive por su carácter significativo. Y ahora, con no menos incontestable superioridad que en el tiempo en que fué creado, permanece el Facundo de Sarmiento como el tipo artístico más alto en que hayan tomado formas plásticas la poesía de la historia de estos pueblos y los originales caracteres de su sociabilidad.

Es peculiar en Sarmiento la inspiración de la anécdota histórica; y verdaderas o entremezcladas de ficción, encierran siempre las suyas una verdad ideal superior a la autenticidad del hecho estricto. Hay concentrada en el *Facundo* virtualidad poética bastante para vivificar una larga prole literaria, en la novela, en el drama, en la leyenda. Cada una de sus páginas podría dar cien otras de su sangre y está destinada a ser legión. Porque la anécdota histórica, en aquel instintivo arte de narrar, es como un relámpago que alumbrá, con reverberaciones infinitas, ya la profundidad de la conciencia de un personaje, ya el secreto de una armonía o un conflicto social, y como un soplo poderoso que inunda de sugestivas simientes el pensamiento del lector.

No menos rico tributo recibieron la imaginación y el sentimiento de la historia con los *Recuerdos de Provincia*, donde, por primera vez, la crónica de una de las obscuras ciudades de tierra adentro, estanques casi intactos del espíritu de la colonia, se enternece al suave calor de la tradición doméstica y de las memorias personales, infundiendo en el tono de la narración el sabroso encanto de la plática familiar e iluminando, en la nube de polvo de las vejece removidas, figuras de indeleble expresión y carácter.

Como material disperso y enorme, que encerraba, aguardando el conjuro de la imaginación americana, los elementos de

una poesía del pasado, permanecían los testimonios escritos de la conquista y la colonización. Allí la ingenuidad de la crónica acreditaba realidades cercanas de la leyenda y el prodigio; allí se estampaba la huella de muchas de las cosas más heroicas, más sublimemente aventureras, de la historia humana.

Verdad es que el esfuerzo guerrero y fundador de los conquistadores no podía despertar fácilmente la inspiración tradicional en aquel momento de la conciencia americana, porque el arranque de la emancipación aun no había moderado su ímpetu y se oponía a que se diera un enérgico sentimiento de la continuidad de raza y civilización. Pero del pasado fluía, además, el manantial poético de la inocencia y los dolores de las razas indígenas, y este orden de motivos concordaba con la celosa pasión de autonomía que era el carácter de aquel tiempo.

La interpretación poética del indio tenía, en idioma castellano, entre otras cosas falsas y mediocres o de poesía apenas en potencia o en bruto, dos precedentes de subido valor: los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso y *La Araucana* de Ercilla. En los *Comentarios* quedó la tradición sentida y vibrante de la originalidad y el esplendor de la despedazada civilización de los Incas; el tesoro de los recuerdos de la raza, contados con encanto y amor por uno de los suyos, que participaba al propio tiempo de la sangre de los conquistadores y que, valido de un soberano dominio de la lengua, hizo de su obra un fruto único, donde al jugo de sentimiento americano se mezcló el clásico sabor de la más rica prosa del Renacimiento. Aquella historia es un poema, en que forman armonía singular las voces de dos sangres enemigas, prevaleciendo la del español en lo declarado y aparente, pero la del indio en lo virtual y profundo.

En cuanto a *La Araucana*, merece en América recuerdo y gratitud, aunque la corriente del tiempo la haya apartado de la lectura capaz de divulgarse. A despecho de lo convencional y artificioso de aquellos moldes clásicos, es lo cierto que la resistencia bárbara no ha adquirido aún en manos de poeta americano personificaciones más épicas que la inquebrantable constancia de Caupolicán, el brillo heroico de Lautaro y la estoicidad de Galvarino. En el episodio romancesco de Glaura ha de reconocerse el más remoto abolengo del cuento y la leyenda inspirados por el sentimiento del salvaje candor, de la inocencia primitiva, que encantaron las vírgenes soledades de América con

la sombra melancólica de Atala y el destello de infinito amor de Cumandá. El desenlace en que la soberbia araucana arroja al rostro del esposo cautivo el hijo de sus amores, en arrebatos de ira y de dolor, tiene la grandeza intensa y ruda de un pasaje de gesta o de romance, y merecería quedar consagrado, multiplicándose en la interpretación del artista y del poeta, como el símbolo perdurable de la indómita naturaleza de la raza vencida, que concentra en altivo corazón de mujer, cuando el brazo varonil ha flaqueado, el odio supremo que convierte la humillación en causa de locura, y la sublime desesperación de la derrota.

Por el espíritu, además, por el sentimiento que se infunde en el poema y preside a su concepción y se trasluce bajo la impersonalidad del tono épico, Ercilla es poeta de América, y el primero, en orden de tiempo, que obtuvo inspiración de algún amor por su ser original y autonómico. La poesía del soldado de Millarapué no es el eco triunfal de los conquistadores, no es la traducción de sus pasiones en ley, ni guarda la repercusión de la rudeza despiadada con que se asentó la planta del vencedor sobre el pecho exánime del vencido. La idealización, la glorificación de la conquista española, débennle poco. La vena de transparente simpatía corre en dirección al indio, a su valor y a su infortunio. "El héroe es Caupolicán; el tema, el heroísmo araucano", afirmó la crítica clásica por boca de Bello. Y bien puede agregarse que, antes del amanecer de la poesía revolucionaria, la palabra acusadora de la iniquidad de la conquista y la expresión del sentimiento de una libertad americana, estaban sólo en aquellas valentísimas arengas de los indios de Ercilla, donde el impulso de resistencia al invasor se remonta a las cumbres más altas de la elocuencia poética, con el vibrante entusiasmo de la alocución del paje de Valdivia y con la severa entonación de Colocolo.

En lo que se refiere a las tribus de la cuenca del Plata, la literatura de la conquista no dejó otra imagen poética del indio que los borrones del Arcediano Centenera. Más tarde, cuando en el período final de la colonia cruzaron por el espíritu de Labardén ciertos vislumbres de una originalidad obtenida del amor por las cosas del terruño, el famoso episodio de Lucía Miranda dióle argumento para su tragedia de *Siripo*, con la que el indígena guaraní reivindicó el derecho de aparecer en la más

noble de las formas literarias que consagraba el gusto de aquel tiempo.

Ya la tragedia clásica, que en manos de Voltaire había adquirido, entre otros elementos de innovación y de sentido moderno, no despreciables toques de color de época y de color local, que diversificaban la convencional uniformidad de la escena trágica con la reproducción de costumbres de pueblos extraños y remotos, había intentado en *Alzira* conceder a la historia de los indios de América la dignidad literaria del coturno. Concebida esa obra bajo los dictados del mismo espíritu filantrópico que inspiró *Los Incas* de Marmontel y el *Camiré* de Florián, y forma artística, al par de ellos, del severo proceso instaurado por los hombres de la Enciclopedia a la conquista española, hubo de escollar, por otra parte, en cuanto al propósito de fidelidad histórica (que suele revelarse por aciertos fugaces) en la índole fatalmente abstracta e inflexible de aquel género de teatro y en su radical incapacidad para la evocación viviente de los tiempos y las cosas, evocación que era triunfo reservado al drama de las pasadas realidades en algunos de los maestros del romanticismo.

Igual pecado original de la ejecución, no redimido en parte, como sucede en *Alzira*, por la virtualidad del ingenio de primer orden, priva de todo color y de todo carácter de raza al fragmento que poseemos de la obra del poeta colonial. Otro ensayo, no menos descolorido, de tragedia indígena, ofrece el período clásico de nuestras letras, y es el que, con el título de *Molina*, escribió en 1823 Manuel Belgrano, sobrino del héroe, imaginando amores de un guerrero español de los que sojuzgaron a Quito, con una de las vírgenes vestales consagradas al Sol.

En los orígenes del romanticismo fué personaje de universal predicamento el indio americano. Chateaubriand adquirió de su paso por las tribus de la Florida el sentimiento de la originalidad exótica, y lo infundió en la novela, franqueando el camino que luego había de recorrer, con más escrupulosa observación, Fenimore Cooper. Al indio de la filantropía y de las ficciones patriarcales, sucedió el del amor interesante y melancólico; al indio de *Los Incas* y *Alzira*, el de *Atala* y *Los Natchez*.

Nuestra literatura del tiempo de Echeverría fué, sin embargo, pobre de contribución a este género de americanismo. En *La Cautiva* tentó reproducirse el color siniestro y brutal de la furia del *malón* y de la orgía de salvajes, aunque quizá con

más visos de fantasía romántica, en que obra el recuerdo de festines sabáticos y lúgubres visiones, que de característico traslado de la realidad. Otros buscaron, en la poesía de la raza vencida, los tonos idílicos de la leyenda; la gota de miel que imaginamos en el fondo del bárbaro candor; el poético cuento de amores que refleja en sus ondas el torrente de la Conquista, como en los romances de moros y cristianos. Así, la sencilla inspiración de Adolfo Berro, apartando de los prosaicos eriales del Arcediano Centenera el episodio de Liropeya y Yandubayu, esencialmente más interesante, por cierto, que, en *La Araucana*, los de Glaura y Tegualda. Así también, Juan María Gutiérrez, con *Las flores de Lilhu*, *Irupeya* y *Caicobé*, donde la idealización del primitivo americano encarna en ingeniosos metamorfoseos, relacionados con la flora indígena. Pero la verdadera interpretación poética del alma del indio y de su historia quedó sin revelar, y balbuceando tímidamente en las querellas del espontáneo *yaraví*, permaneció a la espera del artista que, por aviso atávico o por simpatía de la imaginación, acertase con el conjuro poderoso que saca a luz lo peculiar e inconfundible de una raza.

Al lado del puro indio, o por encima de él, la tradición histórica, y la misma escena contemporánea, ofrecían un tipo humano de incomparable virtualidad artística: el gaucho, el centauro concebido por la ruda sociedad pastoril, de su abrazo con el ambiente del desierto.

El gaucho era, para cualquier artista observador, una realidad que ostentaba a flor de aire, casi sin corteza prosaica, su porción natural de poesía. Pocas veces civilización y barbarie han contrastado sus colores en tan pintoresca originalidad como la de ese hermosísimo tipo de nuestra edad heroica. Hegel hubiera reconocido en él la plena realización, de aquella nota de libérrima personalidad, de fiereza altiva e indómita, que él consideraba como el más favorable atributo de los caracteres que han de ser objeto de adaptación estética: el que palpita en la violenta poesía de *Los bandidos* del trágico alemán y rodea de irresistible luz la frente de los héroes satánicos de Byron; y en su figura, ya belicosa y arrogante, con la avasalladora simplicidad de un paladín de gesta, ya legendaria y melancólica, como una sombra errante en la infinita soledad, sentirá siempre la fantasía del poeta uno de los más gallardos y enérgicos modelos que el

genio de la especie haya impuesto jamás a las creadoras manos de la vida.

La poesía original del gaucho tenía un principio de manifestación que eran sus propias y espontáneas canciones, las décimas errantes por pampas y *cuchillas*. Hilario Ascasubi, en la extensa narración de *Santos Vega*, rica de elementos descriptivos y de lances dramáticos, y en obras fragmentarias, como las *Trovas de Paulino Lucero*, intentó ganar carta de naturaleza literaria para la ingenua inspiración campesina, sin quitarle el complemento de su lenguaje propio: empeño en gran parte defraudado en sus obras por la frecuente confusión de lo popular y característico con lo vulgar; por la liga deleznable de la intención política de circunstancias, y por el mismo remedo, no depurado ni adaptado artísticamente, sino nimio y lleno de inútiles escorias, del modo de decir del hombre de campo: género de preocupación seudorrealista que más tarde había de afejar también la realización formal del *Martín Fierro*.

Entretanto, la poesía de forma culta rondaba el mismo intacto tesoro. Juan María Gutiérrez, en la pastoral criolla de *Los amores del payador*, en *Los dos jinetes*, *Los espimillos*, *Amor del desierto*, y algunas otras de sus composiciones, probó a fijar, quizás antes que nadie, la colorida apariencia del gaucho y los acordes íntimos de su sensibilidad; pero, dejando aparte el primor de algún rasgo, nunca logró definitivamente, ni la precisión plástica que erige en la imaginación la figura, ni el intenso carácter melódico que sugiere lo profundo e inefable del alma en el tono de la canción.

Más resuelto propósito de originalidad americana y mayor caudal de observación directa guiaron a Alejandro Magariños Cervantes en sus dos tentativas de interpretación poética del gaucho: el poema *Celiar* y la novela *Caramurú*, ensayos ambos que, en su significación provisional y relativa a su tiempo, merecen estima, por la tendencia a reproducir, con fiel prolijidad, cuadros de la naturaleza, faenas campestres, usos y costumbres, y que la merecerían sin reservas si la forma estuviera en ellos más limpia de trivialidad y desaliño y el fondo fuese menos sentimental y falsamente romántico.

La característica y eficaz representación del tipo gauchesco que puede hallarse en medio de esa literatura transitoria, es, sin duda, la de los admirables bocetos del *Facundo*: *El rastrea-*

*dor, El baqueano, El gaucho malo y El cantor*, con el complemento de *La Pulpería*: rasguños de mano de león, en los que la espontánea fuerza poética parece proceder por el mismo impulso rápido y certero que ponía los ojos de Calíbar sobre el rastro del prófugo y orientaba el paso del baqueano al través de la llanura infinita.

Con la reproducción de tipos y costumbres tradicionales alternaba la expresión literaria de hechos de la realidad política y social, expresión que para nosotros participa del carácter histórico, aunque en el momento en que fueron reflejados careciesen de la perspectiva de tiempo. En la sugestión potente de esa realidad contemporánea; en las escenas trágicas de la guerra civil, ennoblecida por el heroico sentimiento de la libertad, se inspiraron poemas, o si se quiere, cronicones rimados, donde, sobre las arideces de declamación oratoria o periodística, suele cruzar por ráfagas la tremenda poesía de la pasión, de la venganza y del martirio. Tal el *Avellaneda* y la *Insurrección del sur* de Echeverría; el *Don Cristóbal* de Indarte, el *Querer es poder* de Magariños, etc. El mismo apasionado estímulo de los hechos actuales, infundiéndose en forma más capaz que el poema para la reproducción característica de la realidad, dió a la novela americana una de sus más divulgadas y triunfadoras concepciones en la *Amalia* de Mármol, obra compuesta sin la menor preocupación de estilo ni de arte, pero con cierto prestigio de imaginación y cierto interés novelesco, que hubo de acrecentarse, para la fama universal, con el de la revelación febril y alucinada, de los misterios de la tiranía.

Además de esta literatura de origen político, contribuía a integrar la representación concreta del medio social otro género de testimonios literarios. Sabemos ya que en los cuadros de costumbres de Alberdi se estampó la fisonomía de aquel momento de la vida urbana, con sus mal desvirtuados dejos coloniales, ya en la intimidad doméstica, ya en la comunicación social y los hábitos de cultura. El crudo color de las escenas populares en la misma vida de ciudad; el ambiente de suburbio y de plebe, en que la originalidad poética de la pura sencillez de los campos degenera en originalidad prosaica, pero llena siempre de sabor y carácter, nadie acertó a expresarlos con el realismo valeroso y la eficacia de observación de Echeverría en páginas como la descripción de *El matadero*, que muestran cuánto era

capaz de abrazarse cuerpo a cuerpo con la más brutal y desnuda realidad aquella imaginación tan a menudo malograda, en sus intentos de americanismo, por el remedo exótico o por la expansión inoportuna de sus vaguedades y sus sueños.

En la literatura propiamente histórica, en la reproducción artística de épocas pasadas, el romanticismo había aportado universalmente riquísimos veneros, comunicando nuevas formas a la inventiva novelesca y dramática con la inspiración del sentimiento tradicional. Las novelas de Walter Scott habían revelado un arte pintoresco complementario de la historia. El gran Schiller había llevado al teatro la misma simpatía evocadora de lugares y tiempos. *Los novios* de Manzoni y el *Cinq-Mars* de Alfredo de Vigny trasplantaron la rama rica de savia generosa a la literatura de los pueblos latinos. Era como un sueño en que aparecían con ilusión de actualidad los recuerdos de la conciencia colectiva. Por las triunfantes intuiciones del arte, se llegaba, en la comprensión de las edades muertas, adonde los medios del conocimiento analítico no habían alcanzado nunca. Esos ejemplos convidaban a intentar, en la crónica de América, la misma transfiguración maravillosa, y no faltaron esfuerzos que se dirigieran a tal fin.

Por la mente de Echeverría cruzó más de una vez la idea del drama y la novela inspirados en la poesía de la historia, como fuentes fecundas de literatura americana. Florencio Barcarce dejó, entre los frutos de su malograda juventud, alguna tentativa de ese género, y un escritor olvidado, Manuel Luciano Acosta, había escrito ya *La guerra civil entre los Incas*, adaptando al molde novelesco la discordia de Huáscar y Atahualpa. Un ensayo de mayor aliento vió la luz en el destierro de Chile: allí Vicente Fidel López, que desde temprana juventud acariciaba la vocación de la historia, fomentada, durante su paso por Montevideo, en el trato con Echeverría, publicó como folletín de diario *La novia del hereje*.

Esta novela, que aspira a ser el cuadro de la sociedad de Lima a fines del siglo XVI, cuando las correrías de los piratas de Drake, arguye un meritorio estudio de la época y no carece de alguna habilidad para cautivar el interés, ni de algún carácter atinadamente esbozado; pero el color de la pintura histórica es vulgar y violento; la expresión, aunque a menudo viva y eficaz, corre enturbiada por infinitas escorias de lenguaje y de estilo;

y el juicio póstumo alabará en el conjunto, antes que otra cosa, la cualidad relativa del intento oportuno.

Más que la desigual realización de la obra, valía el pensamiento que en ella comenzó a ejecutarse y que aun hoy tendría plausible novedad. *La novia del hereje* era, en el propósito del autor, la novela inicial de una serie, con la que, emulando en el Sur el americanismo de Cooper, daría formas pintorescas al desenvolvimiento de la historia argentina. Las empresas guerreras de Zeballos y su influjo en la evolución política y comercial de la colonia; el período precursor de la Revolución, con los episodios heroicos de las invasiones británicas; las agitaciones íntimas de la metrópoli porteña en el transcurso de las campañas por la emancipación; la propaganda armada de la idea de libertad, adelantándose con la espada de San Martín hasta las faldas de los Andes ecuatoriales; la insurrección de las masas campesinas, que añadió a la epopeya revolucionaria la original y ruda poesía del heroísmo bárbaro: tales habían de ser los asuntos con que se relacionaran las sucesivas novelas de la serie. Pero apartado, desde su madurez, de las letras puras, ese Walter Scott no salió de su *Waverley*, y prefirió aplicar directamente su sentimiento del pasado a la historia política, que cultivó, con admirables condiciones de vivacidad pintoresca y de generalización brillante y audaz, aunque sin el más mínimo respeto por la equidad de los juicios ni la exactitud de los hechos, en libros cuyo verdadero carácter oscila entre la novela histórica y el panfleto de partido.

Al género de *La novia del hereje* contribuyó Juan María Gutiérrez con una breve narración: *El capitán de Patricios*, que escribió cuando su paso por Europa y publicó años después en Buenos Aires<sup>1</sup>. *El capitán de Patricios* es la idealización de aquella juventud llena de prestigio poético que, formada entre los arrobamientos triunfales de la Reconquista y los presagios y vislumbres de un sentimiento nacional, resplandecía de entusiasmo y de esperanza en las milicias del primer momento de la Revolución. Y este crepúsculo del día de libertad está trasladado al cuadro por un pincel que siempre fué maestro en reproducir las tintas suaves del crepúsculo. El narrador presenta al héroe con una reminiscencia de Racine, y a la heroína con una imagen

<sup>1</sup> En el *Correo del Domingo*, y luego en folleto, por la Imprenta del Siglo, 1864.

de Virgilio; y hay, en verdad, algo de las blandas melancolías que envuelven a Dido, a Ifigenia o a Andrómaca, en el ambiente de aquel cuento casto y primoroso, donde la pureza ideal de los afectos y la gracia ingenua del relato tienen su más adecuado complemento en la elegancia clásica de la expresión.

Mientras tanto, cobraba creces el estímulo e interés por las tareas encaminadas a sentar los fundamentos de la historia política. Dos considerables esfuerzos de acumulación de materiales propios a ese fin, señalan el punto de partida de la labor histórica de aquella época: la *Colección de obras y documentos* ordenada por don Pedro de Angelis de 1836 a 1837, y la *Biblioteca del "Comercio del Plata"*, que, bajo la dirección de don Florencio Varela, apareció en Montevideo desde 1845 y siguió publicándose, por algunos años, después de la muerte del ilustre escritor: ambas colecciones, ricas de elementos de primera importancia. El vivo sentimiento de la necesidad literaria y política de la historia inspiró, en 1843, al gobierno de Montevideo, donde se asilaba, en su mayor y mejor parte, la cultura argentina, la fundación del "Instituto histórico-geográfico", para dar solidaridad y eficacia a las primeras tentativas en este género de estudios. Apenas pasó del acto inaugural el iniciado centro; pero de la comunicación de ideas y propósitos entre los escritores de la juventud reunida dentro de la heroica plaza fuerte, nació entonces la dedicación de muchos de ellos a los trabajos de investigación histórica, que en algunos, como Mitre, López y Domínguez, habían de fructificar, perseverando, con obra más o menos duradera. Fué activísimo en la influencia estimuladora, en la información y en el consejo, para alentar los ensayos de esa índole, don Andrés Lamas, a quien el gobierno de la Defensa encomendó, en 1849, la obra, nunca cumplida, de escribir la historia de esta banda del Plata. Allá en Chile, Sarmiento incluía en su vasta siembra de ideas la del conocimiento del pasado americano, y con su memorable artículo de "Chacabuco" abría camino a la definitiva vindicación de San Martín.

El primer indicio de madurez de toda esa consagración estudiosa, interrumpida a menudo, pero nunca desalentada, por las borrascas familiares a aquella generación de hombres fuertes, se manifestó, en 1857, con la aparición de la *Galería de celebridades argentinas*, donde compitieron, ensayando el dibujo biográfico, las mejores plumas de la época. La *Historia de Belgrano*,

ampliación de uno de los trabajos de aquella *Galería*, con el movimiento de crítica y polémica a que dió lugar, abre un nuevo período en la bibliografía histórica de estos pueblos.

No permaneció indiferente a tan alto interés de sus contemporáneos, Juan María Gutiérrez: antes por el contrario, participó principalmente en él, y al llegar a este punto tocamos la razón más firme de su fama. Escogió para sí, en las tareas de la historia, la parte que se refiere al desenvolvimiento de la literatura, y en general, de toda aplicación desinteresada del espíritu; y se consagró a reivindicar, para la América de su tiempo, en la obra de las generaciones que precedieron a la suya, los títulos de un abolengo intelectual desconocido o desdeñado. La afirmación de la existencia y del relativo valor de ese abolengo fué inspiración constante de su vida, inagotable estímulo de su labor.

Sin que el refinamiento de su sensibilidad literaria fuera motivo a retraerle del trato cotidiano con los más oscuros antecedentes y los más ínfimos anticipos; sin que flaquearan su tenacidad ni su entusiasmo de investigador por la impresión de tedio, frecuente en el contacto con la palabra escrita de tiempos de enervación moral e intelectual, de decadencia o definitiva pérdida del gusto, se soterró entre los casi ignorados materiales de la literatura de la colonia; los trajo a plena luz; obtuvo de ellos revelaciones inesperadas y curiosas: ya intensamente significativas en el proceso de las ideas o de las costumbres, ya positivamente honrosas para los orígenes literarios de estos pueblos; y puso un noble ahinco en que resaltara todo aquello que significase un rasgo de espontaneidad y atrevimiento de la conciencia americana, levantándose, por sus propias fuerzas, sobre el remedo sin alma a que la condenaban los moldes de la educación y sobre los límites del horizonte ideal que le estaba contenido.

He dicho ya que de su paso por Chile y el Perú quedó la publicación del poema épico de Oña, que exhumó de los archivos de Lima para llevarlo a imprimir a la patria colonial del poeta. En Lima también, en los papeles de la vieja Universidad de San Marcos, desentrañó recuerdos preciosos de la tradición académica de la Ciudad de los Reyes. Pero consagró, sobre todo, sus esfuerzos a la historia de la inteligencia y la cultura en los pueblos del Río de la Plata, y la siguió con minucioso amor,

con el nimio afán erudito que ennoblece un interés profundo, tomándola desde la crónica de Schmidel y el poema de Centenera, cuyas páginas despejó del polvo secular en dos prolijos estudios<sup>1</sup>; lleno de amenidad y colorido el de la obra del Arce-diano rimador; excelentes ambos. Pasó de los testimonios de la Conquista a los documentos de la instituida servidumbre, rastreando siempre la noticia que reflejara alguna luz de ideas sobre los períodos más lejanos y humildes de la existencia colonial, como aquellos desabridos comienzos del siglo XVIII, sobre cuyo fondo opaco hizo destacarse la inteligente fisonomía de Neira<sup>2</sup>, apenas recordado hoy mismo e ignorado de muchos; Neira, el dominico viajero, el observador tolerante, que, en los antecedentes de la evolución liberal de la colonia, precede en varias décadas a la obra de relativa emancipación respecto del formalismo escolástico, que emprendió en la enseñanza Maziel, y en más de media centuria a la repercusión de las ideas de la Enciclopedia en las memorias de Belgrano y las oraciones de Funes.

Investigando, en interesantísimo libro<sup>3</sup>, la historia de los estudios públicos de Buenos Aires, obscurecidos hasta entonces en el aprecio póstumo por la tradición universitaria de Córdoba y de Chuquisaca, puso de manifiesto en ellos adelantos precoces y rasgos de cierto espíritu liberal, que no había trascendido a todas partes de América. Se detuvo con particular interés ante aquel movimiento de vago despertar de las energías de la mente y de diversificación de las actividades sociales, que se inicia con el período gubernativo de Vértiz y Salcedo, cuya noble figura dejó diseñada, como las de Maziel y Labardén, el primer asomo de un educador y el primer asomo de un poeta<sup>4</sup>. Y transmitió, finalmente, a la atención del historiador futuro, en su laboriosa

<sup>1</sup> *Nuestro primer historiador Ulderico Schmidel; su obra, su persona y su bibliografía*: "Revista del Río de la Plata", tomo VI. *Estudio sobre la "Argentina y conquista del Río de la Plata"*, y sobre su autor don Martín del Barco Centenera: ídem, tomo VI y siguientes.

<sup>2</sup> *El padre dominico Neira, del convento de predicadores de Buenos Aires*, "Revista de Buenos Aires", n.º 20.

<sup>3</sup> *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires*, Buenos Aires, Imprenta del Siglo, 1868.

<sup>4</sup> *Celebridades argentinas en el siglo XVIII*. Don Juan José de Vértiz y Salcedo, *Revista de Buenos Aires*, N.º 25. El doctor don Juan Baltasar Maziel, ídem, números 23 y 24. Don Juan Manuel de Labardén, *Correo del Domingo*, números 51 y siguientes.



*Bibliografía de la Imprenta de Expósitos*<sup>1</sup>, que comentó con observaciones amenas y profundas, un guía invaluable para el estudio de la progresiva transformación de las ideas y los sentimientos comunes, desde la época que refleja tímidamente su espíritu en versos cortesanos y opúsculos de devoción, hasta las ya cuantiosas y vibrantes manifestaciones de publicidad que motivaron, en las vísperas de 1810, los entusiasmos de la Reconquista.

Aun con mayor solicitud, y desbrozando terreno mucho más grato y generoso en estímulos, como que era el del espontáneo florecer del alma americana abriéndose a los vientos de la libertad, siguió los pasos de la literatura viril y militante del quindenio revolucionario; la estudió en sus vinculaciones con la acción y en sus inspiraciones sociales; fijó en el lienzo biográfico la imagen de sus hombres, completando la historia de los hechos guerreros y políticos con la de la actividad del pensamiento, manifestada en la prensa, en la instrucción, en el libro, en las asociaciones de fin intelectual, y poniendo a la vista aquel seguro crédito de las influencias morales, aquella fe profunda en la virtud de las ideas, con que los gobernantes y los publicistas de la Revolución atendieron a favorecer el desenvolvimiento del espíritu y la adquisición de nuevos medios de cultura, en sus empeños de dirección y propaganda. Lícito es afirmar que una gran parte de la energía intelectual que se vincula a la gloria de esa época ha vivido sólo por él en el recuerdo de las generaciones posteriores.

Desde el amanecer del sentimiento laudatorio de la libertad en las canciones populares de Mayo<sup>2</sup>, hasta la lírica consagración de las victorias por los poetas de escuela, y las exhortaciones del remontado didacticismo social que sucedió a los cantos heroicos cuando del esfuerzo guerrero se pasó a la obra de organización, trazó, en fragmentos, la historia de la poesía de la Independencia. Sus estudios sobre fray Cayetano Rodríguez, sobre Luca, sobre Rojas, complementan el extenso y magistral que consagró a Juan Cruz Varela, la más alta personificación literaria de aquel tiempo<sup>3</sup>. A la luz de su crítica inspirada, el cla-

<sup>1</sup> En la "Revista de Buenos Aires", números 29 y siguientes.

<sup>2</sup> Véase La literatura de Mayo, en la "Revista del Río de la Plata", tomo II.

<sup>3</sup> Don Esteban de Luca. Noticias sobre su vida y escritos. "Revis-

sicismo de la literatura de la Revolución, en el que un superficial examen vería sólo artificio sin alma, fría exornación retórica, se nos representa como fué en realidad: como una idea dinámica; como la imagen de un ideal de gloria y de grandeza moral que contribuyó eficazmente a caracterizar el espíritu revolucionario, apacentándolo en los ejemplos del genio heroico y tribunicio de la antigüedad. El resplandor de ideas que ilumina la grande época de Rivadavia, trascendiendo al carácter de la producción poética desde la cátedra, la prensa y la tribuna, tiene vivo reflejo en las semblanzas de algunos de los esforzados obreros de aquel período de reforma, con que termina el interesante libro de la *Enseñanza superior*, y en el estudio sobre Juan Cruz Varela, que es quizá, de los trabajos críticos de Gutiérrez, el de más primor y madurez.

No es posible imaginar merecimiento más puro y noble de respeto intelectual, que el adquirido de esa porfía tenaz contra el olvido, la ingratitud y la indolencia; de esa perseverante restauración de un fundamental elemento de la vida de generaciones pasadas, restauración que realizó Gutiérrez, no sólo con acierto de diligente y sagaz indagador, sino también, en ciertas páginas, con verdadera inspiración de historiador artista, de cabal iniciado en los secretos de la narración que reproduce formas y colores y palpitación de entrañas vivas.

Estéril y tedioso es el empeño de la erudición vulgar, que ama la investigación por la investigación, el pasado por el pasado, el dato nimio y escondido por la sola virtud de su rareza; pero es hermosa y fecunda entre todas las aplicaciones del espíritu la obra inspirada del investigador que, levantando la curiosidad erudita a la condición de una simpatía inexhausta, y guiado por aquella luz intuitiva que no se suple con la prolijidad de los documentos ni con la certidumbre de las cosas externas, penetra en la profundidad del tiempo muerto como para restituírle su alma, y acierta a reconstruir idealmente, en presencia de las mudas ruinas de lo que fué, la vida intelectual

ta del Río de la Plata", tomo XIII. El coronel don Juan Ramón Rojas, soldado y poeta, *idem*, tomo XIII. El sueño de Eulalia contado a Flora, y noticias sobre su autor (FRAY CAYETANO RODRÍGUEZ); *idem*, tomo VI. Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino don Juan Cruz Varela, *idem*, tomo III y siguientes.

y afectiva de una generación, la fisonomía moral de una sociedad o la genialidad literaria de una época.

Iniciador en el estudio de una tradición de cultura casi por completo desconocida u olvidada, a la que no era posible aplicar las formas orgánicas de la exposición histórica ni el metódico análisis de la crítica sin antes atender a la ausencia, con que para ello se luchaba, de fundamentos seguros y materiales ordenados de investigación, hubo de consagrar forzosamente Gutiérrez a esta ingrata tarea porfías que encaminara, de otro modo, a empresas más altas. Hay en su vasta obra muchas páginas de descarnada erudición; insistentes esfuerzos empleados en lo que tiene de más desapacible la crónica solamente útil, y en lo que la bibliografía ofrece de más árido. Pero cuando a la significación puramente relativa de la personalidad o del objeto sobre que recaen sus miradas de investigador, se une más alto interés, capaz de cautivar el sentimiento o la fantasía; cuando, trazando la imagen de famoso polígrafo del siglo XVIII<sup>1</sup>, nos hace penetrar, por ejemplo, dentro del ambiente hechizado de aquella Lima colonial, que constituye una de las más romancescas perspectivas de la historia de América, y aparece con todos los caracteres de la vida, en el panorama de su narración, el singular aspecto de aquella sociedad en que tan extrañamente se mezclaban refinamientos bizantinos y pequeñeces lugareñas, ingenuidades de pueblo niño y rasgos de decrepitud social, sórdidas manifestaciones de abyección y timbres preclaros de cultura, entonces vemos reflejarse la inspiración del verdadero y grande historiador sobre la asiduidad del erudito, y reconocemos que había dotes en él para llevar al estudio del pasado esa poderosa visión del movimiento dramático de la realidad, que hace de aquel estudio una nigromancia de la fantasía evocadora.

Rasgos de valor semejante realzan las páginas sobre Juana Inés de la Cruz y sobre Pablo de Olavide, que, justo con las consagradas a fray Juan de Ayllón, a Labardén, a Caviedes, al padre Juan Bautista Aguirre, a Ruiz de Alarcón y a Pedro de Oña, publicó, en 1865, en el volumen titulado *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX*. Si le hubiera sido dado redondear su obra de investigación, abarcando el conjunto de la cultura colonial en los pueblos

<sup>1</sup> Escritores americanos anteriores al siglo XIX: Doctor don Pedro de Peralta, "*Revista del Río de la Plata*", tomo VIII y siguientes.

de la América española y levantándose luego a la libre y serena visión de puro arte, para la que mostró su capacidad en frecuentes aciertos, habría podido intentar el vasto cuadro histórico, no realizado todavía, del desenvolvimiento de la inteligencia americana y de la evolución de sus ideas, desde la primera simiente de civilización hasta los anhelos de libertad y los precoces ensayos del pensamiento propio.

Conciliaba con el oficioso amor del hecho depurado y preciso, que es lastre de la historia, la aptitud de generalizar y el poder de la interpretación colorida; pero sentía la obligación de cimentar, ante todo, sólidamente, sobre aquel árido y seguro cuidado de los hechos, la ciencia del pasado, y abominaba en ella los vuelos errabundos y arbitrarios de la imaginación, las vanas anticipaciones de la inferencia y del juicio. Sobre la necesidad de imprimir a las tareas de preparación de la historia de los pueblos de América "un carácter particularmente erudito y cronológico", que compensase la tendencia que predomina en nuestro espíritu a la síntesis vaga y prematura "con las rémoras que dan pulso y gravedad a la historia", versa una hermosa página dirigida a don Alejandro Magariños Cervantes con motivo de la fundación de la *Biblioteca Americana*<sup>1</sup>; página que merecería encabezar, como exposición del criterio que le guió en la extensa obra, una ordenada colección de sus trabajos históricos.

A la referida *Biblioteca Americana*, que empezó a publicarse en 1858, dió Gutiérrez, el siguiente año, un tomo de *Pensamientos, máximas y sentencias*, entresacados de escritos y discursos de argentinos ilustres: tomo que complementó, en 1860, con otro de *Apuntes biográficos* de algunos de los autores que había puesto a contribución en el primero. Incluyó entre esos breves *Apuntes* un trabajo de mayor detención: el consagrado a Rivadavia, que publicó también en la *Galería de celebridades argentinas* y que constituye el ensayo de más aliento realizado por él fuera de la historia literaria y cultural, si se exceptúa el substancioso bosquejo biográfico de San Martín que, con extensa ilustración de documentos, copiosos datos de bibliografía e iconografía y una *Corona poética*, hizo imprimir en 1862, en ocasión de erigirse la estatua del Capitán de los Andes.

Pero su permanente dominio fué la historia de la produc-

<sup>1</sup> Carta publicada al final del tomo IV de esa *Biblioteca*.

ción intelectual y de todo desenvolvimiento de cultura. En cuanto al carácter crítico de los comentarios que aplicó, trayendo a luz autores y obras, nadie dejará de reparar en ellos un exceso de encomio, que se justifica, sin embargo, como reacción oportuna. Predominaba un espíritu de exagerada detracción en lo que se refiere a las condiciones intelectuales y morales de la vida americana bajo el régimen colonial. Por otra parte, el impulso de innovación triunfante en las ideas literarias sugería el desdén por cuanto se vinculase a las formas vencidas; y esto influyó para que pocos escritores de su tiempo participaran de aquel sentimiento de filial interés por el recuerdo y la obra de los que les habían precedido. Juan María Gutiérrez fué a menudo extremoso en tal sentimiento, pero esta explicable y bien inspirada benevolencia, esta generosa facilidad de entusiasmo, no impidieron que su diestra guardara casi siempre la rienda firme del buen gusto, ni que fluctuase constantemente sobre sus juicios literarios el reflejo de aquella ática sonrisa que era como el sello de su fisonomía intelectual.

Las mismas delicadas facultades llevó a la crítica de contemporáneos. En esta parte de su labor, descuella el sentido y juicioso, aunque no suficientemente severo, ensayo sobre Echeverría, que ilustra la edición publicada, de 1870 a 1874, por el propio Gutiérrez, de las *Obras* del poeta. Pero el preferente objeto de su atención fué siempre la literatura de tiempos pasados, en cuyo estudio la crítica va de la mano con la historia. Y acaso no fué extraña a los estímulos que determinaron su vocación de crítico-historiador una tendencia universal de la erudición de su época. El romanticismo, alentando el sentimiento de la tradición, la poesía del pasado, como seguro medio de llegar a lo más característico y hondo del alma popular, en su gloriosa empresa de vincularla a la literatura, comunicó el mismo impulso al espíritu de investigación y despertó el interés y el amor por el estudio histórico de la espontaneidad literaria de los pueblos.

Juan María Gutiérrez, que sintió intensamente la aspiración de americanismo poético, en que él mismo fué de los más eficaces colaboradores de Echeverría, hubo de experimentar emoción semejante a la de los críticos y arqueólogos románticos, cuando rescataba del olvido las viejas crónicas que guardaban la repercusión de los épicos sonos de la Conquista o reflejaban con

prosaica languidez el sueño de la larga noche colonial. No era posible volver a la luz los lejanos antecedentes de la producción literaria americana en el sentido en que lo hiciera, con las reliquias de arte y poesía anteriores al influjo del Renacimiento, la erudición tributaria del romanticismo. El movimiento reivindicador de la originalidad literaria nacional había de desenvolverse en América sin precedentes cercanos ni remotos. Pero para la visión cabal del pasado en que tenía sus ocultos veneros la poesía de la tradición, era indispensable conocimiento el de aquella humilde literatura, donde, además del testimonio histórico de las cosas y de los hechos a que debía adaptar el poeta las invenciones de su fantasía, no es raro caso encontrar, ya medio rota la crisálida, ya casi a punto de cuajar en color y aroma de belleza, una leyenda heroica, o un paso novelesco, o un cándido y gracioso idilio, que, sin más que la última iluminación de la forma, llegarían a la plenitud poética.

## VIII

Esa vasta y lucidísima obra de investigación y de crítica ocupa densamente los años de fecunda plenitud para el espíritu de Juan María Gutiérrez; plenitud duradera, que llega muy más allá de la madurez de la vida, y persiste, sin decadencia ni desfallecimientos, desde su vuelta del destierro de Chile hasta su muerte, ocurrida en 26 de febrero de 1878. He citado los libros que en tan largo espacio de tiempo dió a la imprenta y los principales estudios que, para complemento de aquéllos, publicó en revistas como la *de Buenos Aires*, que dirigió Navarro Viola, y el *Correo del Domingo*; pero debo nueva mención al memorable esfuerzo de publicidad y de disciplina estudiosa representado por aquella *Revista del Río de la Plata*, que él fundó en 1871, en unión de don Andrés Lamas y don Vicente Fidel López, y de la que él fué verdaderamente el director, alcanzando a dejar realizados, en sus trece interesantísimos volúmenes, uno de los grandes ejemplos de revista americana y el más victorioso ensayo que se hubiera hecho en Buenos Aires para arraigar publicaciones de tal índole.

Además de la perseverante vibración de su pluma, contribuyó Juan María Gutiérrez al desenvolvimiento de la cultura

de su patria con las funciones públicas de trascendencia intelectual que desempeñó: ya de rector de la Universidad de Buenos Aires, en 1861; ya de jefe del departamento de Escuelas, en 1875; ya en su carácter de miembro de la Facultad de Matemáticas y de la de Humanidades y Filosofía; ya, finalmente, cooperando en planes de reorganización, como el de la enseñanza universitaria y el del Archivo General, ambos en las postrimerías de la administración de Sarmiento.

De su vida política no me compete hablar aquí. Diré sólo que dejó uno de los nombres más respetados y más puros entre cuantos se vinculan a la porfiada labor de la organización nacional argentina. Pero ni su acción de hombre de gobierno, como ministro del de don Vicente López y Planes, y luego, de la presidencia de Urquiza; ni sus servicios diplomáticos, para restablecer o confirmar las relaciones con España y el Brasil; ni la participación que le cupo en el Congreso constituyente de Santa Fe y en la Convención de 1870, forman más que un rasgo secundario de su apacible figura. El que sobre todos prevalece es que "las Gracias fueron constantes compañeras de su vida", como para la suya deseaba el dulce Teócrito. Y si se quisiera expresar cuál es el fundamento de su originalidad personal y de su gloria, se diría: fué el estudioso desinteresado, en una generación de combatientes y tribunos; fué, en ella, el que se mantuvo fiel hasta morir al sueño literario, concebido antes de la juventud, inmune entre los afanes de la edad madura, y acariciado todavía con el amor de la vejez: a modo de la primorosa flor silvestre que, escogida en el paseo de la mañana, sirve de embeloso a todo el día y queda aún fragante, por la noche, junto al libro que se cierra para dormir.

## LA ESPAÑA NIÑA <sup>1</sup>

En su reciente y admirable libro *Camino de perfección*—digno, en verdad, del glorioso recuerdo que su nombre evoca, por la indeficiente gracia del estilo y la serenidad, de sombra y frescura, de la meditación—, apunta Díaz Rodríguez, el gran novelador venezolano, una idea tan henchida de persuasión como de esperanza; una idea honda y preciosa, que me ha quedado en el alma, prendida como una estrella, ungiéndomela de luz y diciéndome por lo bajo cosas de consuelo y de fe...

Yo no he dudado nunca del porvenir de esta América nacida de España. Yo he creído siempre que, mediante América, el genio de España, y la más sutil esencia de su genio, que es su idioma, tienen puente seguro con que pasar sobre la corriente de los siglos y alcanzar hasta donde alcance en el tiempo la huella del hombre. Pero yo no he llegado a conformarme jamás con que éste sea el único género de inmortalidad, o si se prefiere, de porvenir, a que pueda aspirar España. Yo la quiero embebida, o transfigurada, en nuestra América: sí; pero la quiero también aparte, y en su propio solar, y en su personalidad propia y continua. Mi orgullo americano—que es el orgullo de la tierra, y es, además, el orgullo de la raza—no se satisface con menos que con la seguridad de que la casa lejana, de donde viene el blasón esculpido al frente de la mía, ha de permanecer siempre en pie, y muy firme, muy pulcra y muy reverenciada. Por eso me deja melancólico lo que a otros conforta y alegra: el esforzarse en vencer la tristeza de que *España se va* con el pensamiento de que no importa que se vaya, puesto que queda en América; y por eso no he concedido nunca, ni concedo, ni espero conceder, que *España se va...* Y cuando me parece que vislumbro algún signo sensible de que *vuelve*: de que

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

torna a ser original, activa y grande, me alborozo, y empeño en el crédito de ese augurio todos mis ahorrillos de fe. Me he habituado así a borrar de mi fantasía la vulgar imagen de una España vieja y caduca, y a asociar la idea de España a ideas de niñez, de porvenir, de esperanza. Creo en *la España niña*. Ésta es la razón por que me interesó y halagó tanto la referida página del autor de *Ídolos rotos*. Piensa Díaz Rodríguez que "en vez de pueblo degenerado, como tontamente proclaman algunos, del pueblo español puede afirmarse más bien que es un pueblo primitivo". "Así nos lo dice —agrega— aquella sensación que el hombre del pueblo español nos produce, de una reserva intacta de fuerzas." Y después de señalar dos caracteres notorios de esa condición primitiva, uno exterior, otro interno, en la rudeza española de las maneras y en la españolísima virtud de la generosidad, infiere, de aquel defecto como de esta virtud, la existencia de frescos rincones del alma popular "donde la savia originaria duerme, soñando quién sabe en qué magníficos renacimientos futuros".

Abramos el corazón a este vaticinio, que viene de poeta. Acaso la defensa de una grande originalidad latente, que aguarda su hora propicia, imprima hondo sentido a esa resistencia, aparentemente paradójica, contra el *européismo* invasor, predicada hoy por el alto y fuerte Unamuno. *Soñemos, alma, soñemos* un porvenir en que a la plenitud de la grandeza de América corresponda un milagroso *avatar* de la grandeza española, y en que el genio de la raza se despliegue así, en simultáneas magnificencias, a este y a aquel lado del mar, como dos enredaderas, florecidas de una misma especie de flor, que entonasen su triunfal acorde de púrpuras del uno al otro de dos balcones fronteros.

1911.

#### CARLOS GUIDO SPANO<sup>1</sup>

... Titúlase el libro *Ecós lejanos*, y lleva a su frente un nombre de poeta que es un ilustre guión en toda lid de sentimiento y de arte. Carlos Guido Spano ha reunido las páginas dispersas de su producción de los últimos años, y nos ofrece un libro nuevo. Excelente ocasión para detenerse a bosquejar una de nuestras más características fisonomías literarias.

Mme. de Staël llamaba a la ancianidad de los varones ilustres "la aurora de la inmortalidad". Digamos nosotros que si alguna vez puede hablarse de una ancianidad que tenga semejanzas de aurora es cuando se trate de este poeta luminoso, sereno, eterno adolescente del alma, cuya mano se tiende desde las cumbres blancas de la vida para brindarnos con un libro de versos que ostenta toda la espontaneidad, todo el candor y toda la frescura de la más intacta juventud.

Tan natural y suave como es, fué a su modo un original y casi un rebelde. Su figura resalta, dentro de su época, con el interés peculiar de los que no se parecen a sus contemporáneos y llevan en su sensibilidad, en su fantasía o en su gusto, un carácter esencial que los singulariza. Llegó a la escena literaria cuando alcanzaba entre nosotros a triunfal plenitud la renovación romántica, y vió pasar la corriente de las nuevas formas con cierto apartamiento señoril, aunque no incapaz de simpatía y asimilación. Puede, en algún sentido, afirmarse que fué su musa la Cordelia fiel al clasicismo entre las que aquí respiraron el aliento impetuoso de la tempestad hugoniana. Pero éste de clasicismo es un término de harta vaguedad. Con él se clasificaba hasta entonces la manera de los que habían saludado en versos precoces, arrogantes, mezcla de infantil ingenuidad y de laboriosa retórica,

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

las glorias de la Revolución; y con los poetas de la Revolución no tiene, seguramente, el imaginador de *Amira* y de *Marmórea* más afinidad de tendencias que con los que tremolaron en el torneo de nuestra vida literaria los colores del romanticismo. Aquellos poetas profesaban, por ideal de la forma, el remedo pindárico, la elocuencia lírica; buscando efectos semejantes a los de la arenga y la proclama, pagaban pleno tributo a la afectación declamatoria, que era la ficticia inspiración de la época; en tanto que una de las calidades de la poesía de Guido es su serenidad, su aristocrática templanza, y lo característico en su forma es todo lo contrario del lirismo elocuente: es la línea pura y correcta en breves límites. Ellos no hallaban medio de desprenderse de la altisonancia de la oda académica, especie de pedestal a cuya planta abandonaba el poeta, como fardo innoble y pesado, su naturaleza de hombre, para asumir la gravedad solemne de un numen, sino cuando procuraban la falsa sencillez madrigalesca o bucólica, en tanto que la elevación ideal y la forma pura y escogida conviven hermanablemente con la verdad de los afectos en el autor de *Ecós lejanos*.

Independiente el estilo poético de Guido de estrechas tradiciones de escuela; formado en esa inteligencia de la imitación que no excluye, sino que estimula y fecundiza, el impulso de la libertad; concretando mucho de lo íntimo y esencial del gusto clásico en formas personales y propias, sólo pudo llegar a ser por influjo de aquella misma renovación literaria, que de tan distinta manera inspiraba a los contemporáneos del poeta; y en este sentido, cabe también dentro del carácter de su tiempo. La gracia alada y serena, la fresca visión de las cosas, el don de la armonía plástica e ideal, que ciframos en el sentimiento de lo clásico, nunca como del romanticismo acá se comprendieron y gustaron, a no ser en los días del Renacimiento. Mientras el clasicismo de colegio y academia era herido de muerte por la crítica de los novadores románticos, la pasión de la belleza antigua floreció como una de las innúmeras virtualidades de aquella revolución complejísima. Desmoronóse el templo alzado a la sabia regularidad y la artificiosa corrección por el soberbio reinado que el clasicismo del siglo dieciocho proclamaba, sobre los tiempos de Pericles y los de Augusto, edad de oro del ingenio; pero el culto de la antigüedad se instauró a pleno sol, y ella fué, y ha continuado siendo más que nunca, Tierra Santa de peregrinaciones ideales. Así, desde

Andrés Chénier hasta Leconte de Lisle, se oyeron sonos como de rapsodias homéricas y de cantos de Atenas o de Alejandría; así Goethe, domeñada la tempestad que el *Werther* propagó por el mundo, trajo a nuevo ser la Elena clásica, y enseñó el arte de infundir en versos modernos el divino sosiego de los mármoles paganos.

Nada hay, seguramente, en nuestro poeta que se asemeje a una de esas intuiciones de lo antiguo, en que la poesía, flor de humanidades, obra con el prestigio de una evocación arqueológica, y acierta a exprimir, de las reliquias de un arte muerto, la más recóndita belleza. Su antigüedad consiste sólo en simpatías de la imaginación; su clasicismo no pasa de ciertas líneas generales de gusto y estilo, nacidas de natural propensión y afinidad, más que de iniciación profunda, y acrisoladas, antes que en el modelo original, en los que, en distintos tiempos, hicieron retoñar sus formas al sol de España y de Italia. Pero haya sumergido más o menos distante de las fuentes, la urna; haya rasgado más o menos de cerca el velo del santuario, es indudable que de aquella fe poética es devoto, y que por virtud de ella ha merecido el favor de las Gracias. Como epígrafe de sus versos vendría bien el hemistiquio de *La Invención* de Chénier, que pide pensamientos nuevos labrados en el mármol antiguo. Tiene del ateniense inmolado por los escitas del Terror, el aticismo en que ha puesto aún más la naturaleza que la escuela; y cuando su numen, no satisfecho ya con el ara en que se ofrecen los sacrificios de la forma, aspira al triunfo que se consagra con tributo de lágrimas, es para penetrar, como Chénier, en esa zona crepuscular del sentimiento donde flotan las sombras de las heroínas de Eurípides, y el eco de las quejas de Dido, y extienden sus alas blancas y sedosas los alejandrinos de Racine. Bajo el *tişoy* de la paraguaya de *Nenia* se siente latir un corazón hermano de *La Joven Cautiva*. *Marmórea* tiene la triste languidez de *Neera*.

De este abolengo ático de su naturaleza poética y su arte, nace, entre otros caracteres que contribuyen a imprimirles sello singular y distinto dentro de su tiempo, el dominio de toda exquisitez de la dicción y toda delicadeza del ritmo. El noviciado de la libertad literaria se caracterizó, para la generalidad de nuestros poetas de América, por la voluptuosa *non curanza* de la forma; por el desdén, más o menos consciente y confesado, de ese "culto del material" que, en posteriores escuelas universales, llegó a la

superstición e indujo al delirio. Eran los tiempos en que solía tenerse por consubstancial a la naturaleza del poeta, el don divino de la composición enteramente fácil y espontánea y de la producción abundosa. Confiábase demasiado en las abstracciones de cierta psicología estética que atribuía una sobrada realidad al mito del *numen*, y acaso era tildada de prosaica la porfía difícil y tenaz de la labor. Diríase que el romanticismo se inclinó a no reconocer sino la *magia negra*, la magia no aprendida, en la tau-maturgia del arte. Era adorado el misterio de la inspiración que descende al espíritu del poeta envuelta en lampos y nubes. Hoy encontramos más poesía en los afanes de esa lucha hermosa y viril que empeña con el material rebelde el espíritu enamorado de la perfección: la lucha que llevaba la razón del Tasso a la locura; que torturaba el pensamiento de Flaubert, con alternativas de angustia y júbilo infinitos, y que el autor de *Levia Gravia* ha simbolizado en una imagen soberbia: los afanes del sátiro, perseguidor de la ninfa leve y esquiva, en el misterio de los bosques.

Fué concedida a nuestro poeta la gloria del triunfo alcanzado más de una vez en esa lucha, cuando respiraban, los que con él compartieron la representación literaria de su época, vientos de tempestad, vientos de desordenada inspiración, y eran sus versos como soldados vencedores que vuelven del combate, desaliñados y altivos. Tuvo entre ellos el indisputado dominio de la forma. No ciertamente porque sea el labrado y blanquísimo panal lo que nos seduzca por única excelencia en su obra; hay también miel regalada que gustar en sus transparentes alvéolos; suele acertar también, si no con el intenso grito de la pasión, con el lenguaje de las delicadezas del alma, que piden propagarse en mansas ondas de luz; con la expresión eficaz de los afectos blandos, puros, apacibles; exhalaciones de suavísimo aroma que percibirán en sus versos, sin necesidad de una aspiración esforzada, aquellos que no hayan enervado su sensibilidad en el abuso de los perfumes capitosos y ardientes. La poesía es irradiación de todas las faces del espíritu, y como la naturaleza para cada una de las regiones del mundo, ella tiene, para cada determinación del sentimiento, manifestaciones peculiares de vida y hermosura. Al lado de la poesía de la pasión y del dolor, que lleva el alma a las asperezas de la cumbre, admitamos, como la vegetación risueña de los valles, la que se debe a una serena y plácida concepción de la existencia; tal vez mecida por los deliquios de voluptuosidad que embalsa-

maron la amena granja del Tíbur y la estancia sabina; tal vez velada transitoriamente por el celaje de las melancolías más suaves y graciosas. Pero el aspecto que manifiesta toda la superioridad de la obra poética de Guido, aquel en que principalmente puede ser ejemplar es, sin duda, el de las exterioridades plásticas del verso; el que admiramos en las cuartetos de *Amira*, en las de la inolvidable bendición paternal, en el verso libre de *La Noche*, en las briosas octavas de *Adelante*.

Hay dos supremas manifestaciones de la belleza poética en la forma, y cada una de ellas prevalece según la poesía, que reúne y armoniza en cierto modo las calidades de las demás artes bellas, y se inclina a participar de la determinación de las artes del dibujo o de la vaguedad del espiritualismo melódico. Por una parte, la línea firme, el ritmo vencedor de la inmaterialidad de la palabra, el culto de las apariencias materiales y tangibles del verso, que dan la sensación de contornos mórbidos de estatua; el arte de la imagen precisa, dotada de relieve, que puede hacerse pasar de la estrofa al mármol o al bronce; el procedimiento, en fin, que pone en manos del poeta, ya el martillo y el cincel del escultor, ya —para símbolo de los primores de un Gautier o un Heredia— el diamante del grabador de piedras finas. Por otra parte, el tejido tenue y aeriforme de los líricos en quienes la poesía tiende a la sugestión sentimental de la música; el de las rimas de Bécquer, el del líeder heiniano: semiclaridad de crepúsculo, levedad etérea, graciosa suavidad de una forma desdeñosa del efecto plástico y el "número sonoro", pero que, modelada para expresar las vaguedades del ensueño y la aspiración de lo inefable, encuentra su arte propio rehuyendo la severa precisión de la línea, espiritualizando los contornos de la idea y de la imagen, como la onda de incienso que, al paso que más alto sube, más gana en inmaterialidad. Carlos Guido es de los que sienten y señorean la primera manifestación de poesía; de los que trabajan el ritmo como el mármol, el pensamiento como inscripción lapidaria, y la imagen como escultura.

Tal se caracterizó, dentro de una generación romántica, este poeta, que, en más de un aspecto de su arte, se vincula mejor con el mundo nuestro que con el de los días de su juventud. Personificó el culto indeficiente de la forma, cuando las condiciones de la obra de improvisación de una literatura, y las influencias de la escuela, conspiraban para imponer cierto vicioso amor al

desaliño; la amable serenidad del sentimiento, cuando vibraba en toda lira la repercusión de universales tempestades del ánimo; el desinterés de un ideal de poesía levantado sobre los rudos afanes de la acción e inmutable entre el hervor pasajero de las muchedumbres, en un tiempo en que los propios fantasmas de los sueños bajaban a partir la arena del circo y era la canción como vaso de bronce que recogía y amplificaba las resonancias del combate.

Y el nuevo libro del poeta, sea cual fuere su desigualdad, nos le muestra en esa misma actitud graciosa y noble, sobre ese mismo fondo que colora un celeste diáfano y suave; presidiendo al melodioso fluir de una poesía siempre joven, de una idealidad siempre serena, de un espíritu que es todo luz y todo armonía.

1899

MI RETABLO DE NAVIDAD <sup>1</sup>

## I

## EL NIÑO DIOS

De toda la pintoresca variedad del Nacimiento vistoso —con el divino Infante, la Madre doncella, el Esposo plácido, las mansas bestias del pesebre—, no venía a mí más dulce embeleso ni sugestión más tenaz, que los que traía en sí esta idea inefable: “Dios, en aquel día, era niño...” Niño en el cielo, niño de verdad, como lo representaba la figura. Mientras yo contemplaba el inocente simulacro, un celeste niño gobernaba el mundo, oía las plegarias de los hombres, distribuía entre ellos mercedes y castigos... ¿Cuándo la idea del Dios humanado, del Dios hecho hombre por extremo de amor, pudo mover en corazón de hombre tan dulce derretimiento de gratitud, mezclado a la altivez de tamaña semejanza, como en el corazón de un niño la idea del Dios hecho niño?...

Hoy, que convierto en materia de análisis los poemas de mi candor (el hombre es el crítico; el niño es el poeta), se me ocurre pensar cuán apetecible sería que Dios fuese niño una vez al año. En la “política de Dios” hay, sin duda, inexcrutables razones, arcanos planes, propósitos altísimos, a los que se debe que su intervención en las cosas del mundo se reserve y oculte con frecuencia, y que su justicia, mirada desde este valle obscuro, parezca morosa, e inactivo su amor. El día del Dios-niño, toda esa prudencia de Dios desaparecería. Al Dios sabio y político sucedería el Dios sencillo y candoroso, cuya omnipotencia obraría de inmediato, en cabal ejecución de su bondad. En ese día de gloria no habría inmerecido dolor que no tuviese su consuelo.

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.



ni puro ensueño que no se realizase, ni milagro reparador que se pidiera en vano, ni iniquidad que persistiera, ni guerra que durara. A ese día remitiríamos todos la Esperanza, y el mayor mal tendría un plazo tan breve que lo sobrellevaríamos sin pena. ¡Oh, cuán bella cosa sería que Dios fuese niño una vez al año, y que éste fuera el bien que anunciase las campanas de Navidad!...

Pero no... Ahora toman otro sesgo mis filosofías del recuerdo del niño-Dios. Antes que lamentarse porque Dios no sea niño de veras durante un día del año, acaso es preferible pensar que Dios es niño siempre, que es niño *todavía*. Cabe pensar así y ser grave filósofo. El Dios en formación, el Dios *in fieri* en el virtual desenvolvimiento del mundo o en la conciencia ascendente de la humanidad, es pensamiento que ha estado en cabezas de sabios. ¿Y hemos de considerarla la peor, ni la más desconsoladora, de las soluciones del Enigma?... ¡Niño-Dios de mi retablo de Navidad! Tú puedes ser un símbolo en que todos nos reconciliemos. Tal vez el Dios de la verdad es como tú. Si a veces parece que está lejos o que no se cura de su obra, es porque es niño y débil. Ya tendrá la plenitud de la conciencia, y de la sabiduría, y del poder, y entonces se patentizará a los ojos del mundo por la presentánea sanción de la justicia y la triunfal eficiencia del amor. Entretanto, duerme en la cuna... Hermanos míos: no hagamos ruido de discordia; no hagamos ruido de vanidad, ni de feria, ni de orgía. Respetemos el sueño del Dios-niño que duerme y que mañana será grande. ¡Mezamos todos en recogimiento y silencio, para el porvenir de los hombres, la cuna de Dios!

## II

## EL ASNO

Asno del pesebre donde el Señor vino al mundo: yo te quería y te admiraba. Tú eras, en aquel espectáculo, el personaje que me hacía pensar. Iniciación preciosa que te debo. Tú, abanicando con los atributos de tu sabiduría, diste aliento a la primera chispa de libre examen que voló de mi espíritu. Tú fuiste mi Mefistófeles, ¡oh Asno! Por amor a ti, por caridad y compasión con que me inundabas el alma, me hiciste concebir los primeros asomos de duda sobre el orden y arreglo de las cosas del mundo, y aun

sospecho que, por este camino, me llevaste, con ignorancia de los dos, a los alrededores y arrabales de la herejía.

Verás cómo. Yo, prendado de la gracia inocente y dulce que hay en ti, y que no suelen percibir los hombres, porque se han habituado a mirarte con la torcida intención de la ironía, me interesaba por tu suerte. Viéndote allí, junto a la cuna de Dios, me figuraba que te era debido algún género de gloria. Entonces preguntaba cuál fué tu destino ultratelúrico, y me decían que para los asnos no hay eternidad. Para los asnos no hay en el mundo sino trabajo, burla y castigo, y después del mundo, la nada... La Nueva Ley no modificó en esto las cosas. El sacrificio del Hijo de Dios no alcanzó a ti. El viejo esclavo de Pompeya que debió trazar, bajo tu imagen dibujada en la pared, la inscripción de amarga ironía: —*Trabaja, buen asnillo, como yo trabajé, y aprovéchete a ti tal como a mí me aprovechó*—, dijo la desventura del asno pagano y del cristiano. De poco te valió estar presente en el nacimiento del Señor, ni, más tarde, llevarlo sobre tus lomos, en la entrada a Jerusalén, entre palmas y vítores. Ni mejoró tu suerte en la tierra, ni, lo que es peor, se te franqueó el camino del cielo. A mí, este privilegio de la promesa de otra vida para el alma del hombre, con exclusión de la candorosa alma animal, capaz de inmerecido dolor remunerable y capaz también de una bondad que yo no había aprendido todavía a discernir de la bondad humana, porque aún no había estudiado libros de filosofía, se me antojaba un tanto injusto y me dejaba un poco triste. ¡Cómo! El perro fiel y abnegado que muere junto a la tumba del amo, acaso torpe y brutal; el león hecho pedazos en la arena infame; el caballo que conduce al héroe y participa del ímpetu heroico; el pájaro que nos alegra la mañana; el buey que nos labra el surco; la oveja que nos cede el vellón, ¿no recogerán siquiera las migajas del puro festín de gloria a que nos invita el amor de Dios después de la muerte?... — De esta manera me acechaba la pravedad herética tras el retablo de Navidad.

Quedábamos en que para ti no hubo Nochebuena, Asno amigo; pero siglos después estuviste a dos dedos de la redención. Un paso más y te ganas los fueros de la inmortalidad, con el suplemento de alguna tregua y alivio en tu condición terrena. Fué cuando, en humilde pueblo de la Umbría, apareció aquel hombre vago, y tal vez loco, que se llamó Francisco de Asís. ¡Venturoso momento! La piedad de este hombre se extendía, como los

rayos del sol, sobre todo lo creado. Sentía, presa de exaltadas ternuras, su fraternidad con las aves del cielo, con las bestias del campo y hasta con las fieras del bosque. Hablaba amorosamente del Hermano Lobo, del Hermano Cordero y de la Hermana Alondra. Era como el corazón de Cristo rebotando sobre su amor por nosotros y derramándose en la naturaleza. Era un Sakiamuni menos triste y austero, más iluminado de esperanza. Parecía venido a predicar un Testamento Novísimo, ante el cual el nuevo pasase a viejo. ¡Yo creo, y Dios me perdone, que a él también le acechaba la herejía!... Pero se detuvo, o no le comprendieron del todo, y la naturaleza siguió sin Nochebuena. Tú, Asno hermano, perdiste con ello tu redención, y acaso no perdimos menos los hombres.

¡Ah, si el dulce vago de Asís se hubiera atrevido!...

### III

#### SUEÑO DE NOCHEBUENA

En Nochebuena era el soñar despierto, girando la mariposa interior en torno a la imagen de luz pura, que ya aparecía, infantil, en el regazo de la Madre; ya a márgenes del lago o sobre el monte, con sus rubias guedejas de león manso; ya, trágica y sublime, entre los brazos de la Cruz. Mi imaginación era invencionera; la fe le daba alas. Cuentos, leyendas, ficciones de color de rosa, nacían de aquel soñar. Una recuerdo. No sabría reproducirla con su tono, con el metal de voz de la fantasía balbuciente. Será una idea de niño dicha con acento de hombre; será un verso de poeta que ha pasado por manos de traductor.

Era en la soledad de los campos, una noche de invierno. Nevaba. Sobre lo alto de una loma, toda blanca y desnuda, se aparecía una forma, blanca también, como de caminante cubierto de nieve. En derredor de esta forma flotaba una claridad que venía, no de la luz de una linterna, sino del nimbo de una frente. El caminante era Jesús.

Allá donde se eriza el suelo de ásperas rocas, un bulto negro se agita. Jesús marcha hacia él; él viene, como receloso, a su encuentro. A medida que el resplandor divino lo alumbraba, se define la figura de un lobo, en cuyo cuerpo escuálido y en cuyos ojos de siniestro brillo está impresa el ansia del hambre. Avanzan; párase

el lobo al borde de una roca, ya a pocos palmos del Señor, que también se detiene y le mira. La actitud dulce, indefensa, reanima el ímpetu del lobo. Tiende éste el descarnado hocico y aviva el fuego de sus ojos famélicos; ya arranca el cuerpo de sobre la roca... ya se abalanza a la presa... ya es suya... cuando Él, con una sonrisa que filtra a través de su inefable suavidad la palabra:

—Soy yo —le dice.

Y el lobo, que lo oye en el rapidísimo espacio de atravesar el aire para caer sobre él, en el mismo rapidísimo espacio muda maravillosamente de apariencia: se transfigura, se deshace, se precipita en lluvia de blancas y fragantes flores. A los pies de Jesús, entre la nieve, las flores forman como una nube mística, sobre la que el divino cuerpo flotara. Y todo mi afán de poeta consistía en que se entendiese que no fué voluntad del sagrado caminante, ni intervención de lo alto, lo que movió la transformación milagrosa, sino que fué virtud del propio sentir del lobo, espantado, loco, al reconocer a aquel a quien iba a destrozar con sus dientes: virtud en que arrepentimiento, dolor, vergüenza, ternura, adoración, se aunaron como en un fuego de rayo, y derritieron las entrañas feroces, y las refundieron en aquella forma dulcísima, todo ello mientras declinaba la curva del salto que tuvo por arranque la intención de hacer daño... Agregaba mi cuento que el Señor, mirando a las flores que a sus plantas había, hizo sonar los dedos como quien llama a un animal doméstico. Entonces, de bajo el manto de flores se levantó, cual si despertara, un perro grande, fuerte y de mirada noble y dulce, de la casta de aquellos que en las sendas del Monte San Bernardo van en socorro del viajero perdido.

Algunas veces asocio al recuerdo de mi ficción candorosa la idea de esas súbitas conversiones de la voluntad, que, por la devoradora virtud de una emoción instantánea, consumen y disipan para siempre la endurecida broza de la naturaleza o la costumbre: Pablo de Tarso herido por el fuego del cielo, Raimundo Lulio develando el ulcerado pecho de su Blanca, o el Duque de Gandía frente a la inanimada belleza de la Emperatriz Isabel.

## LOS QUE CALLAN...<sup>1</sup>

Una de las impresiones más altas de respeto que yo haya experimentado en el mundo, es la que me produce cierto linaje de espíritus, seguramente muy raros, y aun más que raros, difíciles de reconocer sin haber llegado a su más escogida intimidad; cierto linaje de espíritus que unen al sentimiento infalible, perfecto, aristocrático, de la belleza, en las cosas del arte, el absoluto desinterés con que profesan calladamente su culto, inmunes de todo estímulo de vanidad, de todo propósito de crítica o de producción, de toda codicia simoníaca de fama. Comprenden la obra bella en sus más delicados matices, con esa plenitud de inteligencia y simpatía que es una segunda creación; son el lector o el espectador ideal con que el artista ha soñado; dan su alma entera en el sacrificio religioso de la emoción artística, en esa absoluta inmolación de la personalidad, de donde toma su vuelo el misticismo del arte. Guardan dentro de sí el eco perenne en que se prolonga el acento verdadero, original, del poeta, que el vulgo no percibe sino enturbiado y trunco; el reflejo clarísimo en que se reproduce, con la frescura matinal de la inspiración creadora, la imagen del cuadro o de la estatua. Son la compensación de la vulgaridad triunfante y ruidosa; del alarde inferior; del abominable *snobismo*. Salvan, en el puerto abrigado y calmo de su piadosa memoria, nombres y obras que la injusticia o la indolencia de una época han condenado al olvido común. Para ellos no tiene curso la mentira acuñada en moneda falsa de renombre y de gloria. Llevan en sus desdenes secretos y animados de una serena y terrible certidumbre, el infierno de que no logran eximirse los que triunfan delinquiendo contra la belleza, contra el gusto, contra la noble altivez. Y callan... Y pasean por el mundo

<sup>1</sup> De *El mirador de Próspero*.

una apariencia indiferente, acaso vulgar. Y a modo de la capilla de un culto misterioso y prohibido, encierran, en lo más hondo de sí, el tabernáculo de ese amor ideal, que embellece el misterio como el pudor de una novia.

¿Dudas de que existan almas así? . . . Yo he llegado a conocer algunas, después de conocer sólo la opaca apariencia que me las velaba. Y desde que las descubrí, su presencia me domina y subyuga con el sentimiento de una superioridad que no reconozco, tan imperiosa y de tan alta especie, ni en el artista creador que más admire ni en la sabiduría magistral que más respeto me infunda. Porque esas almas de silencio celeste son las únicas que me han dado la completa intuición de cuánto hay de vulgar y mezquino en esta brega por la notoriedad, en este sensualismo de la admiración y del aplauso, grosera liga que mezclamos nosotros, los de la comedia literaria, al oro de idealidad del amor de lo bello. Sólo ellas saben amarte, Belleza, como tú ¡oh, Dios! mereces. En la sociedad de esas almas se apodera de mí no sé qué noble vergüenza de ser autor, escritor de oficio. Y cuando vuelvo a esta faena, ellas componen el público, incógnito e incognoscible, que más me exalta y que más me tortura. A él me remito, con una austera y melancólica esperanza, como quien se remite a la justicia de una posteridad que no ha de ver, cuando creo que una palabra mía no ha sido entendida en su virtud o su beldad; cuando una criatura de mi imaginación no ha hallado el regazo amante que la acoja. Y en él pienso, lleno de íntima inquietud —como aquejado del imposible deseo de saber la verdad de labios de un dios de mármol—, cuando aplausos y loas quieren persuadirme de que ha brotado de mi alma algo bueno o hermoso.

¡Ah, cuántos de estos abnegados monjes de belleza pasan acaso junto a ti, y tú no los reconoces, y quizá los desdeñas! . . . Tal vez hay uno de ellos en ese espectador, indeterminado e incoloro, que ocupa su butaca en el teatro, no lejos de la tuya, y aplaude cuando los demás, y asiente con trivialidades a los comentarios del vecino, y se disipa, esfumándose, en el rebaño de la retirada. Tal vez otro se oculta bajo la máscara de ese viajero que, con apariencias de comisionista, lee, frente a tu asiento del tren, un libro que lo mismo puede ser la guía de Baedeker que un poema de Wilde o una novela de D'Annunzio. Tal vez descubrirías uno más en aquel otro a quien el juicio popular —¡cruel ironía!— gradúa de poeta fracasado y con hoscos desechos de

impotencia; porque no sabe que su renunciamento prematuro fué espontánea y altísima religiosidad, y que en su repugnancia a hablar de arte con los que fueron sus émulos y amigos no hay sino las delicadezas de una sensibilidad transfigurada y la conciencia de una soledad de *extraño*. . . Con uno u otro disfraz, ellos pasan en su irrevocable silencio. Y este silencio ni es humildad ni es orgullo. No es más que la cumplida posesión de un bien que lleva su fin y recompensa en sí mismo, y que por eso se contiene dentro de su propia amplitud, sin aspirar a salir de sí con ímpetu y alarde: como el vino que, cuando ha llegado a sazón, olvida los desasosiegos y hervores de su fermentar, o como el resplandor de la noche serena, que, extasiándose en la suave gloria de sus luces, no la publica ni con los pregones del relámpago ni con la música del sol.

1912.

## RUBÉN DARÍO<sup>1</sup>

La grandeza de los destinos literarios, como de todos los destinos humanos, tiene una parte que procede de circunstancias exteriores, independientes de la voluntad y del genio. Es la armonía dichosa entre el momento en que se llega y el género de obra de que se es capaz; es la cumplida adecuación de la índole de las propias facultades a la oportunidad del tiempo y del lugar en que ellas han de revelarse, lo que asegura al escritor y al artista la plenitud de su destino y la culminación de su gloria. Aquellos que llegaron demasiado temprano o demasiado tarde; aquellos que, nacidos en el seno de otra generación, hubieran sido grandes y gloriosos, y vieron rebajada su talla por la discordia entre la naturaleza de su genio y el carácter de la obra artística o social que la necesidad de su época reclamaba, forman legión entre los incomprendidos y los fracasados a medias. En cambio, hay seres de elección que vienen cuando son esperados; que traen dentro de sí la respuesta para la pregunta que encuentran en los labios de todos; la manera de verdad o belleza en que han de reconocer sus contemporáneos la parte de ideal que les estaba reservada en el tiempo.

El gran poeta que hoy lloramos fué de estos bienvenidos a la realidad del mundo. Llegó a la hora en que su portentosa fuerza personal podía realizar obra más oportuna y conquistar fama más excelsa. En días de poesía apasionada o de poesía tribunicia; en días como los de Ricardo Gutiérrez o de Andrade, su numen se hubiera amenguado en la violenta adaptación a tonos que no eran los suyos; o bien, cediendo a lo espontáneo de su instinto y permaneciendo solo, hubiera quedado sin correspondencia ni eficacia. Vino cuando la necesidad temporal, en poesía de habla española, era la tendencia a la selección, al refi-

<sup>1</sup> Publicado en la revista *Nosotros*, 1916.

namiento; la reacción contra la espontaneidad vulgar y la abundancia viciosa; el predominio de lo que en la poesía hay de arte sobre lo que hay en ella de confesión sentimental o de energía de propaganda y de combate. Apareció cuando era necesario que repercutiese, en lengua de Góngora y Quevedo, un movimiento de liberación y aristocracia artística que había triunfado en casi todo idioma culto. Y nunca se vió tan preciso acuerdo entre las condiciones de la obra que había de cumplirse y la natural disposición del llamado a ejecutarla. Jamás hubo poeta americano que como él anticipase los caracteres propios de un ambiente de cultura multiseccular; que tuviera como él el sentido de lo precioso y exquisito; que manejara el oro de los ritmos con tan sutil primor de artífice, que concibiera y dibujara y colorease la imagen con tal delicadeza y tal entendimiento del matiz.

Grande es el poeta por su obra personal; pero el agitador en el campo del arte y propagador de formas nuevas, el pontífice lírico, el César de dos generaciones subyugadas por la extraordinaria simpatía de su imaginación, vincula aún, si cabe, mayor prestigio de triunfo y maravilla. Ninguna otra influencia individual se había propagado en América con tal extensión, tal celeridad y tan avasallador imperio. Durante veinte años, no ha habido, de uno a otro confín del Continente, poeta que no llevase, más o menos honda, en el alma, la estampa de aquella garra innovadora. Su dominio trascendió más allá, y por vez primera, en España, el ingenio americano fué acatado y seguido como iniciador. Por él la ruta de los Conquistadores se tornó del ocaso al naciente. Y esta soberanía irresistible es tanto más excepcional y peregrina cuanto que fué alcanzada por la virtud del arte puro, sin la fuerza magnética de un ideal de humanidad o de raza, de esos que convierten el canto del poeta en verbo de una conciencia colectiva.

Su nombre, que ya tenía, en vida de él, cierta vibración de nombre ideal y legendario, resonará en el tiempo con el poder evocador de un símbolo de renovación y poesía, como el del Apolo Hiperbóreo, que el mito clásico representó sobre aéreo carro de cisnes, difundiendo nueva belleza y nueva vida en el seno de la naturaleza arrancada al letargo del invierno.

## LA ESTATUA DE CESÁREA <sup>1</sup>

¿Qué misteriosa generación es esta del personaje épico, novelesco o dramático? ¿Qué divina virtud obra para este acto de creación —el más calificable de tal entre todos los actos de los hombres— que consiste en dar al mundo una criatura imaginaria inmortal: D. Quijote o D. Juan, Otelo o Hámlet; en arrancar de las entrañas del alma propia otra alma, no reflejo de ella, sino autónoma y distinta; hecha de la tela de los sueños, y con todo, dotada de espíritu más brioso, de vida más intensa y pertinaz que los mismos héroes de la historia; individual y una, no con la unidad artificial de la abstracción, sino con la lógica viviente de la naturaleza; “persona” e “idea” a la vez; alma que, en la sucesión de los tiempos, obsesionará como un numen al pintor, para que interprete y fije su encarnación corpórea; al músico para que destile su más íntima esencia; al pensador, para que alumbre y analice sus reconditeces, alma capaz de imponerse a la imitación de las que realmente viven en el mundo, de modo que, después de tener vida ideal, maravillosamente tejida de palabras, adquiera real ser y cuerpo tangible, modelando según su imagen la personalidad de hombres de carne y hueso, y siendo como el típico ejemplar en que tienen puesta la mirada generaciones enteras? ¿Qué portentoso secreto es este de la imaginación, que “crea”, que arrebató al cielo, como el titán filántropo, la chispa con que se anima a los hombres?...

Cómo habría sido el semblante de Jesús, de que no había imagen conocida, desvelaba a un eremita del Sceto en tiempos de los primeros ermitaños. Unos imaginaban al Redentor en cuerpo hermoso, transparente forma de su espíritu. Otros, por el con-

<sup>1</sup> De *El camino de Paros*.

trario, le atribuían, con la fealdad del cuerpo, la intención de alentar el menosprecio de los hombres, por cuanto cae bajo del sentir material. De tradición sabía el eremita que en Cesárea, ciudad del Antilibano, cerca de donde el Jordán toma sus fuentes, uno de los enfermos a quienes volvió el Maestro, con la salud del cuerpo, la del alma, había consagrado a perpetuar su imagen una estatua de mármol. Era aquella de que luego habló en su "Historia Eclesiástica" el obispo Eusebio. Hondo impulso de amor sublimaba la curiosidad del eremita, y fué en él vocación irresistible y ardiente de piedad determinarse a ir en peregrinación hasta la estatua de Cesárea. Duras fatigas padeció, sin que decayera su ánimo, desde su salida del desierto. Llegó a Cesárea, preguntó, y le mostraron los trozados muros que quedaban de una casa en abandono, y junto a estos muros, plantas silvestres que tejían brava y extendida maraña. Aquí, en la esquividad de la maleza, debía encontrar la imagen de su Dios, si es que ella duraba todavía: poco había preocupado a Cesárea la imagen de un Dios más.

Nunca con tal pavor penetra un niño en la nocturna sombra del bosque, cual se internó el eremita entre las plantas; sólo que este pavor tenía dulzuras de deliquio. Se halló de pronto ante un pedestal de piedra. Alzó los ojos... La estatua estaba allí, pero ya no guardaba vestigios de su fisonomía. Donde el cincel había esculpido los rasgos del semblante, quedaba apenas una superficie rasa, como la cara de los Hermes arcaicos, oscura y vil profanación del tiempo. El cansancio, que había cedido a la esperanza, se apoderó, con la decepción, del eremita, que cayó sumergido en hondo sueño, junto al ruinoso pedestal. Inmenso anhelo se exhaló, durante el sueño, de su alma, y difundióse por el ámbito del mundo, convocó a las partículas de piedra que habían sido de la estatua, para que, juntándose de nuevo, recompusieran la máscara divina. Ellas vinieron, alzadas del polvo de la tierra, surgidas del fondo de las aguas, suspensas en las ondas del aire... En breve nube, comparable a la que forma el aliento del caballo después de la carrera, se acumulaban ante el eremita y flotaban con vago y desmayado ritmo. Luego, las particillas fueron más y parecieron la nube de tierra que levanta del camino el carro que pasa. Pero nada nacía de ellas que prometiese la imagen por la que su evocador había deseado reunir-las. Él, sin embargo, las consideraba con emoción profunda, sólo

porque alguna vez habían compuesto la imagen adorable. Fuego de amor derretía la substancia de su corazón; todo era amor, mientras contemplaba el eremita; inmenso amor que se desbordó a través de la lágrima, la mirada, que era rayo de amor, fué como daba de sus ojos. Tembló una lágrima en ellos. Y entonces, al fuego que hace llama, y a su contacto la nube de leves particillas se estremeció, como si toda se incendiase de amor. Su agitación incierta cobró brío; acorde impulso distribuyó, cual si los moviera un soplo sabio, los átomos de piedra; formaron éstos líneas y contornos; y como el mundo de la nébula, surgió, del seno de la nube, la imagen. Amor era la norma que, en la estatua, había concertado a aquellos átomos de piedra, en la expresión del semblante de que componían simulacro; este semblante, en la realidad, como en la estatua, había sido pura forma sensible del amor. Y penetrados ahora de la misma alma, por la mirada de amor que los sujetaba a su hechizo, el orden renació entre ellos, y, con el orden, la divina apariencia. Dulce premio de la contemplación conmovida, la veneró el soñador, en éxtasis que no duró más que un instante. Despertó. La mutilada estatua mostraba su faz, llana e informe; pero el eremita no miró ya para ella, porque en lo hondo de su alma, allí donde lo que el recuerdo estampa es indeleble, llevaba —más patente que como quedó en el cendal de la Verónica— la imagen, milagro de su amor.

Éste es el proceso en la invención del artista; ésta la "misteriosa generación" de lo bello, de que habló el Sócrates platónico: una belleza entrevista, que enciende amor, deseo de tenerla, anhelo de fijarla; una congregación de infinitas partes, menudas y dispersas, que el magnetismo del amor atrae, y la perseverancia del amor apura; y por fin, un inspirado acto de amor, que estrecha en abrazo ardorosísimo esos mil distintos elementos, y del acuerdo y animación que entre ellos pone, saca la apetecida imagen, limpia y luciente, rica de color y de vida.

Allá, en lo hondo del alma de cada uno, duermen las tendidas aguas de la memoria. Sólo un rayo de luz cae sobre esas aguas sombrías; sólo en mínima parte aparecen a la claridad de la conciencia; pero su capacidad es insondable, e indefinida su aptitud de revelar lo que más íntimo guardan. Cuanto ha pasado una vez por los sentidos, cuanto ha brotado de operación interior, cuanto ha tenido ser en la mente, deja por bajo de ella un rastro

de su peso, capaz de revivir otra vez, y convertirse en representación actual y luminosa. No ya lo que la conciencia alumbró claramente cuando su presentación primera; no ya lo que labró hondo surco en la atención o la sensibilidad; sino aun lo vislumbrado, lo apenas advertido, lo semiignorado, lo visto al pasar, lo que en un punto mismo es y se disipa, desciende a aquel abismo de la memoria latente, y yace en esa profundidad jamás colmada. De esta manera, líneas, colores, sonidos, armonías, palabras, ideas, emociones, duermen en el inmenso depósito, comparable al caos donde está en potencia una creación y guardan su turno para resurgir, ya como recuerdo concreto, ya como imagen no referida a lo pasado, si logran el favor de un pensamiento que tienda hasta ellos el hilo de una asociación eficaz, y los levante al círculo de lo consciente. Cuanto más vario y copioso sea ese íntimo museo en el alma del artista, cuanto más se le acrezca por la experiencia, y se le haga accesible y dócil a las artes evocadoras de la asociación, tanto más fácil será la inventiva del artista, y más fecunda.

Cierto día, una percepción o representación dichosa suscita en el alma dotada del sentimiento de hermosura la idea original, la primitiva célula, vago y levísimo esbozo de un personaje imaginario. Un acto de ilusa insensatez o vano arrojo, presenciado de paso por un pueblo; o la fugitiva visión de algún hidalgo escuálido, que lee un libro de caballerías junto al estante de sus armas; o bien una anécdota leída sobre la singular monomanía de un loco; o, simplemente, un rasgo recordado en las soledades de la cárcel, del Amadís o el Esplandián, son la chispa por la que comienza a iluminarse, en la mente de Miguel de Cervantes, la portentosa figuración de su héroe. Esta primera idea enamora al alma del artista; y del amor, que es padre del deseo, nace el de completarla y realizarla. Acicateada por el deseo de amor, la idea se sumerge y abisma en aquel inmenso depósito de los recuerdos, y como quien remueve el lecho de dormido estanque para traer a la superficie lo del fondo, hace que surja de allí hirviente remolino de imágenes. Todo lo que tiene alguna afinidad con la idea, y es propio para enriquecerla y nutrirla, y formar cuerpo con ella, y levantar su relieve, y reforzar su color, y determinar su espíritu, todo despierta y obedece al poderoso conjuro. Mil recuerdos del tesoro de observación consciente e inconsciente que en su azarosa existencia ha acopiado, mil noticias

de su ciencia del mundo, acuden al pensamiento de Cervantes, para reunirse a aquel esbozo que de su héroe concibió, y añadirle algún toque de verdad y de vida. Estos recuerdos, estas representaciones, son las partículas de piedra que, de los ámbitos del mundo, concurren a reconstituir el semblante de la estatua, para el contemplador que permanecía ante ella en mudo anhelo. Lucha acaso el alma del artista en este momento de la concepción; lucha acaso y se angustia, en su impaciencia de evocar todos los elementos que le interesan y hacen falta, como ardía en ansia y pena de amor la contemplación del eremita. No le basta buscar en lo ya acumulado, en el mundo de sus recuerdos, sino que, mientras le inquieta aquel germen precioso que lleva en las entrañas, tiene los ojos muy abiertos a la realidad, para cosechar en ella nuevos rasgos de expresión y carácter, y embeberse en vivos reflejos de hermosura al modo como la madre antigua se rodeaba, cercana al parto, de formas perfectas. Ni le basta tampoco recordar y observar, sino que ha menester meditar sobre lo recordado y observado, de suerte que la inconexa pluralidad de sus imágenes se traduzca en síntesis armónica. Pero la meditación que digiere y ordena, el orden que la meditación es apta para instituir en la obra de la fantasía, no son suficientes aún. Nunca pasaría este orden de orden lógico, de disposición artificiosamente calculada, si, magnificando el acierto con que lo compone el raciocinio, no perseverase la inconsciente fuerza de amor, que, como cálido y plasmante sople, circula por entre las relaciones y junturas que establece la mente. Y nunca arribaría a *vivir* el personaje imaginario, nunca su imagen se movería con la vida personal y enérgica que emula la de los más netos caracteres que veamos en la realidad, si el amor del artista, llegado a su más alto punto, al éxtasis en que culmina, inspirado y victorioso, abrazando de un raptó los elementos que ya ha puesto en acuerdo, compenetrándolos y traspasándolos, como por el "golpe intuitivo" de que hablaban los Plotinos y Jámblicos en la iluminación de lo divino, no suscitase finalmente la visión una, simultánea, completa, de la criatura soñada; la alucinación que la pone a pleno sol de la conciencia del artista, y después de la cual, ya no es menester sino la voluntad que ejecute y la mano que obedezca. Cuando la llama de amor, desbordando de los ojos que esperan la suspirada forma, ha prendido en la nube fluctuante donde se la busca, la imagen es, de definitiva manera y



con vida inmortal. La virtud plástica de la concepción depende de la eficacia de este último acto, instantáneo e insustituible, en el que los que le antecedieron hallan su recompensa y su fruto.

Todo es presidido por una misma fuerza, en la actividad creadora de la imaginación: el primer deseo que excita a la realización de lo hermoso; la convocatoria enérgica y tenaz que allega los elementos con que ha de componérselo; el raptó inspirado que lo vivifica, y aun la obstinación y perseverancia de la voluntad, que consume y deja la obra en su punto. Todo ello es presidido por una sola fuerza: aquella misma que, llamándose afinidad, genera las formas armoniosas de los cristales, las estrellas y exágonos en que cuaja la nieve; y llamándose atracción, rige la sublime concordia de los mundos; y llamándose amor de los sentidos, reproduce la proporción y belleza de los seres vivientes; y llamándose amor desinteresado e ideal, florece en la divina hermosura de las cosas del arte.

## DIÁLOGO DE BRONCE Y MÁRMOL <sup>1</sup>

ESCENA:

*La "Plaza de la Signoria" de Florencia.*

PERSONAJES:

*El "David", de Miguel Ángel. El "Perseo", de Benvenuto Cellini. — Coro de vestales.*

PERSEO

Soy el orgullo heroico. En mi frente de bronce resplandece la heredada majestad de Zeus, y mi gesto y mi ademán esculpen la voluptuosidad sublime del triunfo. Sé que soy fuerte, augusto y hermoso, y deseo saborear la gloria, y provocar el amor, y difundir el miedo. En la fruición de mi hazaña trasciende como un anticipado desdén de los peligros que querrán limitar el desate de mi fuerza y de mi ambición. Llevaré la cortada cabeza de la Medusa, que levanto en la mano, a que campee en el escudo de Atenea. De la hirviente sangre de la furia nacerá el caballo alado, fiel a los poetas, que me dará la velocidad del relámpago. Mío será cuanto sueña la imaginación de glorioso, de noble, de divino. Seré debelador de monstruos, rey por mi esfuerzo, conquistador de tesoros legendarios, libertador caballero de princesas cautivas. Cástigará la inhospitalaria soberbia de Atlas; arrebataré las manzanas de oro al jardín de las Hespérides, y gozaré después de la más alta presea, la más dulce sanción del heroísmo, en el enamorado seno de Andrómeda. Todo ello lo columbro en este instante de mi vida, y todo se refleja en la expresión de mi olímpico ensimismamiento. Bello es el mundo para escenario de

<sup>1</sup> De *El camino de Paros*.

los Héroes; bella la participación del hombre y del dios, la juventud eterna, la energía radiante y soberana!

## DAVID

Soy el heroísmo candoroso. Veo que hay en mí una fuerza y una gracia que imperan sobre los demás; veo que los hombres me rodean para que los guíe a la victoria, y que, cuando paso, las mujeres se vuelven a mirarme. Pero yo ni lo busco, ni sé en qué consiste esta atracción que tengo en mí. Hoy es un día de prueba. La mañana está clara; el aire, fresco y animador. Mis rebaños quedan pastando en el desierto. Voy al encuentro del gigante que desafía al pueblo de Israel. Para ejecutar esta vindicta, no he querido casco ni coraza. Frente y pecho desnudos, y ardiendo en ellos una llama de fe; por armas, las piedras que he recogido del torrente y la honda que llevo al hombro, voy a batir la soberbia de Goliat. Confío en el brazo del Señor, porque Él puso ya en los míos fuerza para exterminar al oso y al león que acechaban mis rebaños. Proféticos vislumbres me hablan de un trono que me espera, de una Sión que he de magnificar, de un imperio que se abrirá a mi paso: pero yo sólo sé que únicamente Dios es grande, y que para ensalzarlo, nací con dos virtudes: una que me impulsa a combatir, como las fieras del bosque, sin escudo ni espada, y otra que me mueve a cantar, como las aves del cielo, sin reflexión ni vanidad.

## PERSEO

Hermano mío, hablamos como si nos poseyera el encantamiento del arte. ¿Quién te trocó en mármol eterno?

## DAVID

Quien me encantó en el mármol fué un hombre en el cual reconocí mucha parte de mí mismo. Era de la casta de los que pelean con gigantes y saben la manera de publicar la grandeza de Dios. Apareció en la corte de los Médicis cuando ella irradiaba sobre Italia el nuevo amor de belleza, y desató su genio a encrespar el mármol con figuras titánicas y el color en oleadas sublimes. Era el revelador de las formas gigantescas, de las fuerzas sin humana medida, de las visiones proféticas y trágicas. Un mundo le obsedía; el de mi raza y de mi edad, el del pueblo de

Dios y la peregrinación del desierto y la Ley de justicia, porque este mundo era fuerte y austero como él. Su avasalladora energía se dilataba, como la inspiración de los Profetas, en la sombra y el dolor. Aquel soberano dueño de la gloria pasó por la vida real en soledad y tristeza, sin sonreír ni aun a las imágenes de su fantasía; y esta tristeza era la de la reminiscencia platónica, era la nostalgia infinita del que ha contemplado en otra esfera la belleza ideal y no encuentra cómo quietarse en el polvo de la tierra: ¡*Oh, che miseria e dunque l'esser nato!*... Al bajar la pendiente de la vida, encarnó ese sueño de belleza en el recuerdo póstumo de una de las más nobles figuras de mujer que haya divinizado el barro humano; en el recuerdo de Victoria Colonna, y este contemplativo amor le ungió poeta, y de sus cantos se levantó una nueva personificada Idea al coro Angélico de Beatriz y de Laura. Cuando toda su generación se había rendido a la muerte, él quedaba de pie, como el roble que desafía las tormentas; favorecido con el don de una homérica vejez, y siempre inclinado sobre el mármol, y siempre solo, y siempre triste. Llamábase Miguel Ángel Buonarroti.

## PERSEO

Miguel Ángel... Mi encantador le decía *el Divinísimo*.

## DAVID

¿Quién fué tu encantador?

## PERSEO

Quien me encantó en el bronce fué un hombre de dos naturalezas: mitad enviado de las Grecias, mitad aborto de las Furias. El día en que nació este hombre, los escondidos gnomos, los genios elementales que, en las entrañas de la tierra, guardan las cuevas de las piedras preciosas y las vetas de metal, celebraron danzando la Navidad del venido para su gloria. Cuando niño, recibió de las potencias ocultas el favor de ver una salamandra en la transparencia de fuego. La maravillosa virtud que en sí taía se mostró apenas tuvo cerca un cincel: era este hombre el predestinado para extender a las substancias preciosas el yugo de la Forma, ya impuesto a los mármoles y bronces. De sus hechizadas manos saltaban, como las chispas de la hoguera,

medallas, copas, relicarios, anillos, candelabros, de nunca vista beldad. Entrelazada con esta llama de oro, ardía en su alma la llama sangrienta de la venganza y de la ira. Con el primor que cincelaba el mango de un puñal, hundía la hoja en el pecho de un hombre. Era un arrebatado asesino, cuyos dedos habían sido hechos para un hada. Su maléfico instinto se remontaba alguna vez hasta el impulso heroico, como en su defensa cuando el saco de Roma, y hasta la astucia épica, como en su evasión del castillo de Sant'Angelo. Pontífices y reyes se lo disputaban. En la corte donde él asistía, circulaban las tazas más preciadas y las monedas más bellas. Y con los fieros ímpetus del energúmeno, alternaban en aquella alma monstruosa las contriciones del penitente, los transportes del mítico, los alumbramientos del visionario. Concluyó en ministro del Señor, sin dejar de esgrimir ni la daga del *bravo*, ni el cincel del orfebre. Se llamaba Benvenuto Cellini.

#### DAVID

¡Por qué no durarán como este mármol y ese bronce las manos que nos encantaron!

#### PERSEO

¿Recuerdas cómo fué tu encantamiento?

Fué cuando aún se dilataba en Florencia el resplandor de los primeros Médicis. El gonfaloniero Soderini quería emular su munificencia y su pasión de arte. En la "Opera" de Santa María de Fiore yacía un enorme bloque de mármol, donde cierto escultor, Simón de Fiesole, había intentado labrar una estatua colosal, sin estampar más que las huellas de su impotencia y de su desaliento. Soderini anhelaba por ver arrancado a aquella mole el coloso que allí había por crear, y dudaba entre valerse, para acometer la empresa, de Leonardo de Vinci o de Andrea Contucci. Pero por aquel tiempo volvió a Florencia Miguel Ángel; vió la montaña de mármol, miró luego adentro de sí y prometió la obra. La idea que brotó en la mente del artista, colocado entre la enormidad de piedra, y el sentimiento de su fuerza interior, fué mi imagen juvenil. Me evocó en la más bella hora de mi vida; en la vaga conciencia de mi predestinación; en la esperanza del triunfo, ¡cuánto mejor que el triunfo cumplido! Obtuvo así la imagen de la energía inmaculada, del candor

heroico. Luego, se abrazó con la piedra, y por espacio de tres años sentí cómo el golpe del cincel inoculaba cada día en la blanca entraña del mármol una chispa de mi ideal. Cuando se consumó el encantamiento, conocí que esta inmortalidad en la forma bella es la verdadera beatitud. Me levanté a una paz que no podría expresarse en el lenguaje de los hombres. Aquel Miguel Ángel casi adolescente, que me había llamado a mi nuevo ser, llevaba aún en el alma el beso de la Florencia medicea, el sello de un ambiente impregnado de la serenidad platónica, sello de serenidad al que pronto había de sobreponerse la reacción de su genio impetuoso y sombrío. Por eso renací trayendo en la frente algo de la calma de los dioses y los héroes aqueos. Por eso me parezco a Apolo. Más tarde, en la bóveda de la Sixtina, el Miguel Ángel de la madurez me figuró de nuevo; pero allí participo del soplo de una tempestad de formas y colores: allí tengo el arrebatado de la acción, aquí el sosiego de la idea. Y ahora, cuéntame tú tu encantamiento.

#### PERSEO

Me levantó en el vuelo de su fantasía Benvenuto Cellini, obedeciendo a un mandato de Cosme de Médicis. La gloria del escultor, que le buscaba, fascinó al artífice del oro, y él se consagró a mi imagen con toda la vehemencia de su alma. Fuí primero un fantasma en su imaginación; luego me dió una vida pálida en el modelo de yeso, y se dispuso por fin a cautivarme en el duro y sempiterno metal. Abrió espacio para el molde en su jardín de la calle de la Pérgola, desarraigando árboles y viñas: la obra comenzó. ¡Oh, qué vulcánico trabajo, qué conmovedora historia la de mi encarnación en el bronce! Benvenuto, poseído de la furia creadora; solo al principio, con unos pocos obreros después, siempre sin medios suficientes para la faena material, se movía dirigiendo la influencia del fuego, y pasaba cientos de veces del entusiasmo a la desesperación y del embeleso a la ira. En ciertos momentos, lágrimas de sus ojos se evaporaban en el líquido bronce. Yo asistía, desde el fondo de su pensamiento, a aquellas convulsiones de inspiración, de rabia, de dolor, y en verdad te digo que era una hermosa tempestad. Con ternísimas plegarias por el logro de la sobada imagen, alternaban en sus labios juramentos de muerte para enemigos a quienes atribuía los tropiezos de su obra. Había llegado a idolatrarme

como a un hijo que hubiera de defender contra mortales peligros. A veces necesitaba apartarse de mí para montar un diamante o cincelar una copa. Un Ganimedes de mármol vi nacer y formarse cerca de mi cuna de fuego. Pero a mí volvía siempre con anhelante ardor. Un día, inclinado sobre la hornalla, aureolado del rojo resplandor como un cíclope, manejaba gruesos leños de pino, con que avivar el adormido elemento, cuando he aquí que una llamarada inmensa se levanta y el taller entero se incendia. Con desesperados esfuerzos llega a reparar el daño, pero pronto la angustia y la fatiga le postran rendido de la fiebre. Piensa que va a morir, y sus palabras son para confiarme a sus amigos y pedirles que yo le sobreviva. En esto alguien viene a decirle que la obra se pierde, que el bronce se ha cuajado falto de calor. Benvenuto salta instantáneamente del lecho; recobra por encanto salud, agilidad y fuerza; viene a mí, remueve el fuego mortecino; arroja, trastornado, en la mezcla campanil los platos, las fuentes, la vajilla de estaño de su mesa y ve correr el bronce otra vez, y respira, y triunfa. La estatua se ha logrado: con milagrosa proporción, la suma de metal ha sido la justamente requerida para completar el óvalo de mi cabeza. Dos días después, una clara mañana de primavera, yo recibía el beso del sol en la Logia de las Lanzas. Cosme de Médicis me asomaba a una de las ventanas del Palacio. Anhelante multitud se aglomeraba frente a mí y me admiraba. ¡Ah, jamás dejará de resonar en mis oídos de bronce el eco de aquella inmensa aclamación del pueblo de Florencia, saludando el triunfo de la Forma armoniosa como la entrada de un rey o el botín de una batalla! Al paso de Benvenuto la multitud se descubriría, como al paso de un héroe. Por muchos días persistió el entusiasmo, y los maestros y estudiantes de Pisa, que entonces gozaban de sus vacaciones, llenaban, cada mañana, de versos laudatorios las columnas vecinas a mi pedestal. Bello, bellissimo tiempo...

DAVID

Yo presencié tu triunfal epifanía.

PERSEO

Dulce tiempo que fué... ¿Te acuerdas de aquel hervir pintoresco de la vida en las abiertas logias, centros de conversión, de arte y de filosofía, como los pórticos de Atenas? ¿Te

acuerdas de aquel zumbar, como de abejas officiosas, en derredor de un antiguo mármol recobrado, de un amarillo códice devuelto a la luz? ¿Te acuerdas de las procesiones, de las máscaras, de las pompas mitológicas, cuando la juventud representaba en las calles, inmenso teatro descubierto, la apoteosis de la alegría y de la fuerza?

DAVID

Tú no viste más que el ocaso; yo vi la radiante luz del mediodía. Yo asistí en su plenitud al imperio de la renovada antigüedad. Yo oí flotar en el viento el rumor de los convites platónicos, en torno al simulacro del Maestro, en los jardines de Fiesole, coreado el dulce razonar de los iniciados por la vibración armoniosa de los pinos. Ante mí se detuvieron Rafael, Leonardo de Vinci, Andrea del Sarto. Vi, antes de que tú vinieras, cincuenta años de gloria, con mis verdaderos ojos, que aquí reflejaron por tres siglos el sol; porque yo, que te hablo, no soy sino una sombra, una sombra de piedra: mi "yo" de verdad padece prisión en un museo.

PERSEO

¿Qué cosa es un museo?

DAVID

Una cárcel para nosotros; una invención de las razas degeneradas para juntar, en triste encierro común, lo que nació destinado a ocupar, según su naturaleza, ambiente y marco propio, cuando no a dominar en el espacio abierto, en la libertad del aire y el sol.

PERSEO

¿Qué resta, sino es vuestra inmortalidad, de aquel divino tiempo?

DAVID

La idea, en el imperecedero espíritu del hombre.

PERSEO

El hombre ya no existe. La criatura armoniosa que dió con su cuerpo el arquetipo de nuestra hermosura, y con su alma el dechado de nuestra serenidad, pasó, como los semidioses de mi

raza y como los profetas de tu gigantesco Israel. Los que hoy se llaman hombres, noble título que quisieron llevar tu Dios y los míos, no lo son sino en mínimas partes. Todos ellos están mutilados, todos están truncos. Los que tienen ojos, no tienen oídos; los que ostentan dilatado el arco de la frente, muestran hendida la bóveda del pecho; los que tienen fuerza de pensar, no tienen fuerza de querer. Son despojos del hombre, son vísceras emancipadas. Falta entre ellos aquella alma común de donde nació siempre cuanto se hizo de duradero y de grande. Su idea del mundo es la de un sepulcro triste y frío. Su arte es una contorsión histriónica o un remedo impotente. Su norma social es la igualdad, el sofisma de la pálida Envidia. Han eliminado de la sabiduría, la belleza; de la pasión, la alegría; de la guerra, el heroísmo. Y su genio es la invención utilitaria, y conceden las glorificaciones supremas al que, después de una vida dedicada a hurgar en la superficie de las cosas, regala al mundo uno de esos ingeniosos inventos con que el Leonardo de nuestro siglo jugaba, como con las migajas de su mesa, entre un cuadro divino y una teoría genial.

DAVID

¿Cuál es tu consuelo en la nostalgia?

PERSEO

Lo que no han mudado los hombres: el cielo, el aire, la luz.

DAVID

¿Y tu mayor suplicio?

PERSEO

Oír el comentario de los viajeros.

DAVID

¿Cuáles, de los que te miran, te comprenden?

PERSEO

Los de muy arriba y los de muy abajo: los que vienen trayendo en el alma una idea con que compararme, y que generalmente permanecen mudos, y los niños vestidos de harapos

que, en los brazos de las mendigas, se acercan a tocar las estatuas de mi pedestal y manifiestan, sonriendo, su alegría: ¡Come é bello!

DAVID

¿En qué reconoces a los que son dignos de mirarte?

PERSEO

En que cuando ellos me miran siento como si el fuego de la fragua volviera a arder en mis arterias de bronce, y me transmitiera otra vez el soplo creador, y me comunicara de nuevo los estremecimientos sobrehumanos, las angustias feroces, los júbilos sublimes, de la forma que va a *ser*, que va a infundirse en las entrañas de la materia oscura y rebelde. Después, en una especie de sueño, veo que renazco en tierras lejanas, entre gentes que no vi jamás, reencarnado en palabras armoniosas, o en doctas lecciones de belleza, o en figuras heroicas que brotan de la piedra y el color, o simplemente en una blanca idea que se queda, con el pudor de las vírgenes vestales, en la soledad de un noble pensamiento.

DAVID

Perseo: ¿volverán al mundo la alegría, la abundancia de la invención, la jovial alegría creadora?

PERSEO

Cuando los hombres vuelvan a creer en los dioses.

DAVID

¿Con fe de belleza?

PERSEO

No, con fe de religión. El mundo se dará nuevos dioses. A la fe de la divinidad omnipotente e infinita sucederá otra vez la fe en divinidades parciales, númenes benéficos y activos, pero de poder limitado, que ejercerán en ordenada jerarquía el gobierno de las cosas, y con los que se entenderán más fácilmente los hombres, porque la limitación de su poder explicará la de su favor y su justicia. Y dioses y mortales colaborarán en la misma obra universal.

## DAVID

De mi posteridad nació el que vino a redimir el mundo y es el solo Dios verdadero. Cristo no morirá jamás.

## PERSEO

¿Y por qué ha de morir? Bajo el claro cielo de Florencia se conciliaron ya la luz del Evangelio y la filosofía que dictaron los dioses. ¿Ves ese resplandor que dora la frente de mármol de Neptuno? Es el sol que viene de iluminar la altura del Calvario y las ruinas del Partenón.

## LAS VESTALES DE MÁRMOL DE LA LOGIA DE ORCAGNA

¡Apolo! ¡Apolo! Tráenos, para Florencia, nueva inspiración y nueva gloria.

*Florencia, 1916.*

Y BIEN, FORMAS DIVINAS...<sup>1</sup>

*(Pensado en la "Sala de la Niobe",  
de la Galería de los Oficios.)*

... Y bien, formas divinas, Ideas de mármol, dioses y diosas, semidioses y héroes, ninfas y atletas, ¿qué os falta para la plenitud del ser, para la realidad entera y cabal? ¿Por qué un glorioso entendedor de vuestra belleza sintió exhalar de vuestros labios inmóviles la melancólica nostalgia de la conciencia y de la vida? ¿Para qué el beso de Pígmalión? ¿Para qué el martillazo de Miguel Ángel en la frente de Moisés? ¿A qué vivir, a qué cambiar, cuando se ha llegado a una serena perfección? ... Si la vida os hubiera arrebatado en su corriente, el tiempo habría marchitado vuestra juventud, el pensamiento habría quemado vuestra serenidad, la lujuria habría mancillado vuestra carne, vuestra belleza no hubiera sido sino una sombra fugaz, y hoy compartiríais la muerte con la multitud de generaciones humanas que habéis visto pasar y deshacerse, como nubes de polvo que el viento arremolinara en derredor de vuestro pedestal.

Vuestro ser está perenne en una expresión, en un gesto, en una actitud. Sois un momento eternizado; la inmortalidad del momento en que vuestro carácter-idea, se manifestó por entero en una apariencia y en un acto. Todo lo demás de la vida no es sino redundancia o declinación. Cada criatura humana tiene en su desenvolvimiento real un dichoso momento en que culmina; en que sus facultades y potencias llegan al más equilibrado punto; en que la realidad circunstante le ofrece como marco la situación capaz de destacar plenamente la fuerza que trae dentro de sí y que da el porqué de su existencia. Si en

<sup>1</sup> De *El camino de Paros*.

ese momento se detuviera para cada uno de nosotros el vuelo de las Horas y quedaríamos así eternamente, ¿no valdría esto más que el torbellino de formas sucesivas con que nos precipitamos a la final disolución? Todos merecemos la estatua en alguna ocasión de nuestra vida; todos, hasta los que llevan más hondamente soterrada su chispa celeste bajo la corteza de la vulgaridad, tenemos un instante en que seríamos dignos de quedar encantados en el mármol, con el semblante, con el ademán, con el alma plástica en que volcamos lo más íntimo de nosotros y que no llegaremos a reproducir jamás. Pasado ese instante, vértice en que coinciden, como a la luz de un relámpago, la realidad y la idea, volvemos al dominio de las formas borrosas, de las que sólo puede redimirnos la interpretación del artista, restituyéndonos, por milagro y para siempre, a aquel momento único. Vosotros sois los redimidos, los que gozáis de libertad; nosotros, los galeotes amarrados a los remos del tiempo.

No hay manera mejor de soñar para los hombres la inmortalidad de ultratumba, que imaginarla como vuestro estado: una supervivencia de la personalidad, reducida a sus líneas esenciales, a su valor característico, sin la mezcla de lo accidental y disonante, y eternizada en el momento representativo en que trascendió, toda entera, a la acción. Yo me figuro el mundo que se abre al otro lado de la muerte, como una galería de infinitos mármoles; como una asamblea de miríadas de estatuas, que resplandecen en la luz sin aurora ni crepúsculo. Cada alma, sublime o abyecta, angélica o diabólica, perdura allí en la actitud estatuaria que la determina y diferencia: el santo, en el éxtasis de la oración; el poeta, en el vuelo de la fantasía; el héroe, en el ímpetu de la batalla; el asesino, en el arrebató del crimen. Y de la conciencia de cada una de esas actitudes inmóviles nace la eterna sanción: el testimonio perenne de la culpa en el sentimiento íntimo del réprobo; el merecimiento, en el del justo: infierno y cielo mil veces más eficaces que los de abrasadoras llamas y paradisiacos deleites.

¿Qué os falta, pues, si no necesitáis la sucesión de la vida? ¿La luz de la conciencia que ilumine vuestra eternidad de perfección, para que podáis complaceros en ella?... Pero, ¿es que falta en realidad? Esta luz interior que nos hace espectadores de nosotros mismos, ¿es singularidad del hombre, o es un radical atributo del ser que, en gradaciones y modos diferentes, abarca

desde la conciencia del átomo hasta la del humano pensamiento, para remontarse acaso a luces más altas y puras? ¿Qué sabemos nosotros de lo que pasa dentro del animal, de la planta y de la piedra? Sólo comprendemos el género de conciencia que nos fué concedido, y cuando ideamos las perfecciones de la Divinidad la hacemos consciente a la manera de nosotros. Y si la posibilidad de las formas de conciencia es infinita, ¿quién puede imaginar el género de luz que cabe en el oculto ser de la obra bella? ¿Quién afirma ni niega el contemplativo arrobamiento, la inefable beatitud, que cautela acaso la impasibilidad helada del mármol donde perdura la Belleza?

¡Formas divinas, arquetipos de mármol! Si la gota de agua que se desploma confundida en la curva del Niágara mira, al pasar, las inmutables rocas de la orilla, no las verá con otro sentimiento que el que yo, gota de agua en el torrente que rueda a la muerte y al olvido, os consagro a vosotros, inmutables en vuestra ideal serenidad. Devorará el tiempo su periódica ración de cosas nobles. Se apagará el color en las telas donde fijó el Renacimiento sus visiones radiantes, y ya sólo vivirán en la copia y en el recuerdo. Dejarán de hablarse los idiomas en que hoy se expresan los hombres; y así, de la palabra del poeta no restará sino la idea mutilada en sus connaturales alas de armonía. Pero para vuestra juventud no habrá desmedro, para vuestra gloria no habrá ocaso. Hombres nuevos, cuya concepción de la vida y de las cosas nos produciría, si alcanzáramos a vislumbrarla, el vértigo de lo incomprensible, se detendrán ante vuestra hermosura, que es la hermosura humana en su más genérica y simple idealidad, y la sentirán cabalmente, como sentirán la belleza de la puesta del sol y la del mar, y la de la montaña. Y luego pasarán esos hombres, y sus imperios serán humo, y sombra sus pasiones, sus verdades, sus leyes y dioses, y vosotras quedaréis, serenas como las estrellas del cielo. ¡Formas divinas, arquetipos de mármol!

*Florenca, 1916.*

## RECUERDOS DE PISA<sup>1</sup>

Hay un particular matiz de tristeza que me parece propio de los pueblos que un día fueron poderosos y grandes y que han perdido la actualidad de la gloria, pero no la dignidad de los hábitos ni la idea de sus tradiciones. Es la tristeza de la casa de hidalgos de donde ha desertado la fortuna sin llevarse consigo la distinción ni la altivez. Es un sentimiento melancólico que se filtra al pasar por los "dejos" de la grandeza secular, por la costumbre adquirida del respeto ajeno; por la conciencia, a un tiempo abrumadora y enaltecedora, de una historia que no ha de superarse nunca... Algo de esto se me figuró percibir en Portugal, donde las *saudades* de la gloria pasada ponen como una suave penumbra en el carácter de las gentes y de las cosas. Y algo de esto también percibo en el silencio y la quietud de Pisa.

Pisa la batalladora, la hacendosa, la inspirada; la que custodió, por tres siglos, contra la barbarie sarracena, al *mare nostrum* de la civilización, y reconquistó a Cartago para los herederos de Roma; la que soltó a los vientos de Oriente las velas de sus barcos y llevó a los cruzados al rescate del sepulcro de Cristo; la que, con los mármoles de sus arquitectos y sus estatuarios, anunció en la noche la aurora del Renacimiento; la que, ya abatida de su prosperidad, ganó aún otro género de gloria y enseñó al mundo, con el más grande de sus hijos, los secretos del cielo... Ahora duerme... pero su sueño es admirable.

Todo concuerda armoniosamente en ella para sugerir una impresión de tristeza noble, de elegía en tono heroico. El Arno, atravesado a largos trechos por los puentes que unen los dos barrios de la ciudad, pasa lento y opaco. Parece que recuerda, parece que piensa... La soledad, el silencio, dulces númenes por

<sup>1</sup> De *El camino de Paros*.



que suspiráis en otras partes, no necesitan ser buscados en esta sede de meditación: ellos os esperan a la puerta. Las maravillas monumentales que atraen el paso del viajero, están reunidas todas en el punto más apartado y desierto de la ciudad. El Campo Santo es, artísticamente, la mitad de Pisa, y él os presenta la idea de la muerte en su forma más sencilla y austera. La inclinación del Campanile es también, a su modo, expresión de abatimiento, de laxitud meditabunda. El mismo cielo, este cielo ideal de la Toscana, contribuye aquí al carácter que señaló, porque manifiesta su más divina transparencia en la agonía de la luz. Yo no he visto en parte alguna morir la tarde de manera tan soberanamente bella como en Pisa. Mirando desde la curva del Lugaro, veis al Oriente, sobre la ciudad oscura, la montaña, que se envuelve en un suavísimo velo de rosa, mientras, como cincelada en el oro del ocaso, resalta la vieja "Torre de la Ciudadela" y se aureola con la última llamarada de sol, de modo que las encendidas troneras de la torre semejan las dos pupilas de un gigante, que os miran... os miran... hasta apagarse en un *morendo* de adiós.

Junto a toda grandeza caída veréis alzarse el improvisado favor de la fortuna. El mar, también infiel con Pisa, la dejó paulatinamente sin puerto, retirándose empujado por las arenas del Arno; y sobre la ruina de su florecimiento comercial, se levantó a la animación y la riqueza la cercana Liorna, ciudad de tiendas y almacenes; ciudad sin arte, ni recuerdos, ni sugestión ideal, aunque con playas balnearias muy hermosas, que no bastan para conquistarme a mí, de la margen oriental del Río de la Plata. Mientras Liorna trafica y lucra, Pisa *la morta* reconcentra la melancólica mirada en su gloriosa Plaza del Duomo, lugar de hierba y de sol, campo de soledad, donde guarda sus cuatro alhajas de mármol: el Duomo majestuoso, el incomparable Baptisterio, el oblicuo Campanile y el Campo Santo, historia de piedra y tesoro de arte. No incurriré en la trivialidad de pintaros estas cosas, que entran en el orden de las que son familiares a toda persona de alguna lectura, descritas como están, desde las reseñas de las guías hasta los comentarios de los maestros. Duomo, Baptisterio y Campanile tienen por carácter común los cordones de columnas sobrepuestas, formando remon-tados pórticos; y nada iguala la levedad, la gracia, la armonía de ese desenvolvimiento aéreo de las columnas, que multiplican,

sobre el fondo de radiante luz, sus esbeltos fustes blancos, y parecen levantar en su vuelo todo el cuerpo de la obra, de modo que no aparente pesar sobre la tierra.

Si se tratara de encarecer la belleza de este Campanile preferiría, sin duda, no haber visto luego el de Florencia, joya finísima que el César Carlos V hubiera deseado preservar bajo un fanal; estupendo alarde de Giotto, en que el mármol adquiere la delicadeza y el primor del marfil pulido y taraceado. En cambio, pienso que Florencia trocaría sin vacilar el Baptisterio de su Duomo, a pesar de las puertas de Ghiberti, por ese prestigioso Baptisterio de Pisa, agigantada copa de Benvenuto; rotonda la más bella y majestuosa que hayan visto mis ojos ni conciba mi imaginación. El dibujo del Campo Santo cabe en pocas palabras: cuatro muros de mármol y un recuadro de tierra, rodeado de otras tantas galerías, que abren sobre él sus arcos ojivales. En las galerías, pinturas desvanecidas por el tiempo y mármol de estatuas y sepulcros. Nada más que esto. Pero ¡qué digno y penetrante sentimiento en esa suprema sencillez! ¡Qué feliz abandono en el florecer desordenado y libre de ese montón de tierra sagrada, a los pies de los cuatro gigantescos cipreses, tan admirablemente puestos en los ángulos del patio inundado de luz! Y en las esculturas funerales y los apagados frescos ¡qué mundo de evocaciones, de emociones, de ideas, para quien se acerque a ellos, ya con el entendimiento del arte, ya con el entendimiento de la historia!

Por la noche, recorrida esta ciudad añeja y triste, en la medio obscuridad a que se reduce el alumbrado desde el principio de la guerra, completa admirablemente su carácter. Abandonándose entonces, sin rumbo, por aquellas callejuelas tortuosas, entre aquellos muros de castillo, bajo aquellas arcadas vetustas, yo experimentaba la ilusión de que bogaba contra la corriente del tiempo. En este andar contemplativo, cualquier insignificante accidente, un ruido de pasos, el temblor de una luz detrás de una ventana, el acorde de un instrumento musical, que el eco diluye en el silencio, surten en la imaginación el efecto de mágico conjuro, y bandadas de recuerdos acuden a desenvolver la impresión real en una soñada perspectiva. Yo sentía iluminarse en mi interior, con más fuerte colorido que nunca, todo el cuadro de esta maravillosa Italia del crepúsculo de la Edad Media; toda la vida legendaria y dramática, cívica y guerrera, enamo-

rada y devota, de estas ciudades donde el mundo feudal dió de sí los primeros fulgores de la civilización moderna. Me representaba, viendo cómo todo habla, en la estructura de la ciudad, de la prevención para el peligro y la defensa, el perenne hervor de discordia, el implacable desgarramiento de los bandos, blancos y negros, güelfos y gibelinos, y la imagen de nuestro reciente pasado americano se levantaba en mi memoria como término de comparación. Con la América de la primera mitad del siglo XIX, con las alternativas del tumulto popular y de la tiranía aquietadora; con el mal donado fondo de barbarie, sobre el que cruzan magníficos relámpagos de heroicidad y sacrificio, de virtud y abnegación; con la soberanía natural del caudillo, del conductor de multitudes, que aquí era el *capitano del pópolo* o el *podestá*, encaramado por un golpe de audacia, para mostrar alguna vez, como sucedía en el caudillo nuestro, la garra leonina, y levantarse, con los Burlamaschi y los Castruccio Castracani, por sobre la línea que separa al *condotiero* del César. Claro está que pone una diferencia, en medio de las semejanzas, el creador aliento de arte que soplabá entre las convulsiones de aquel caos.

Dos sombras flotan a mi alrededor desde mi primera mañana de Pisa: la sombra de Dante y la de Byron. — En la Plaza de los Caballeros, que antes se llamó “de los Ancianos”, oro de la vieja república, una inscripción en una casa ruinosá, que hoy ocupa humilde taller de imprenta, dice así:

*Qui sorgeva la torre del gualandi.  
La trágica morte  
del conde Ugolino della Gerardesca  
le die il titolo della Fame  
e suscitó nel divino Alighieri  
lo spegno ed il canto  
donde il ricordo del miserando caso  
si eterna*

La pavorosa torre que vió al caudillo güelfo y a sus hijos perecer de hambre; el proscenio de la más trágica de las escenas que arrancó a la realidad de su tiempo al soberano poeta de lo divino y de lo humano, no existe desde hace más de dos siglos. Pero la imaginación reconstruye la torre fácilmente, inspirándose, allí donde estuvo, en la plástica energía del episodio dan-

tesco. Las cosas circunstantes no se oponen a esa representación. Al lado véis el que fué “Palacio de los Ancianos”, transformado, al gusto del Renacimiento, por Vasari, y convertido ahora en Escuela Normal. A la derecha, la Iglesia de los Caballeros ocupa el lugar de la “de San Sebastián”, donde se reunió el consejo que pronunció la infame sentencia. Gozo, pues, de la visión en su alucinante plenitud. Oigo el chirriar de la llave que se cierra tras los sepultados vivos; veo el grupo macilento que pide pan, y se me figura que retumba en los aires la imprecación desgarradora:

*¡Abi dura terra, perché non t'apristi!*

Horas más tarde, me muestran, al través del Arno, sobre la margen izquierda del río, la casa donde, según la tradición, se hospedó el altísimo poeta, acogido en Pisa por el vencedor Ugocione della Faggiola, cuando lo más recio de la lucha entre güelfos y gibelinos. Durante su permanencia aquí, escribió gran parte de su tratado político “De la Monarquía” y aquella carta suya, de tan vibrante “italianidad”, a los electores del sucesor de Clemente V. Por entonces también, mecía en su pensamiento el *Purgatorio*: no la parte más llena de fuerza, pero sí, quizá, la más empapada de suave y comunicativo sentimiento, en la sublime trilogía; la parte en que dió ser poético a sus más nobles y encantadoras criaturas, amables sombras que me parece ver vagar entre las copas de los árboles que circundan la casa donde, posiblemente, fueron concebidas: Pía la infortunada, Nella la fiel; Lía y Matilde, dulcísimas maestras, y sobre todas, la celeste Beatriz.

En cuanto a Byron, sabido es que vivió diez meses en Pisa, poco antes de ir a doblar la frente en el regazo de la Hélade materna. Una lápida que veo sobre un muro, en el Lungarno Mediceo, evoca en mi memoria la figura del misántropo lord y los recuerdos de su paso por la ciudad de la inclinada torre:

*Giorgio Gordon Noel Byron*

*qui*

*dimoró dell'autunno del 1821 all'estate del 1822  
e scrisse sei canti del “Don Giovanni”.*

Esta vieja mansión, que consagró la presencia del poeta, es el Palacio de Lanfranchi, nombre que los tercetos dantescos envuelven en su imperecedera resonancia, citándolo entre los de los cómplices del terrible arzobispo Ruggiero. Atribuyen el diseño del palacio a Miguel Ángel. El mármol de la fachada tiene ese color indefinible, que no sé cómo llamar, si no me dejáis que diga "color de tiempo". De allí, pues, salió para el mundo la más bella de las reencarnaciones de Don Juan. Y allí vivió Byron mismo su más interesante episodio de amor. Esas paredes, que parecen de una tétrica cárcel, fueron testigos de su famosa aventura con la condesa de Guiccioli, la única mujer que, por algunos años, encadenó su inconstancia; flor de delicadeza, de gracia y de melancolía, cuyo aspecto casi infantil sugirió la leyenda de la amante impúber, que aún se suele repetir vanamente a pesar de los veintitrés años cumplidos que, a la fecha de estos amores, se le han contado a la heroína de la historia. — La Condesa de Guiccioli, que tenía un escogido sentimiento literario, prefería inspirar hermosos versos a escribirlos, y la *Profecía de Dante*, que es de las obras menores contemporáneas del *Don Juan*, fué sugestión venida de ella. Por lo demás, la vida del romanesco personaje, durante su temporada de Pisa, no dejó otros recuerdos que el de un lord castizamente metódico y fiel a los *sports*. Al declinar la tarde, salía, en cabalgata de amigos, por la "Porta delle Piagge", prolongación del Lungarno Mediceo, o con rumbo a las "Cascine di San Rossore", donde se adelantan hacia el mar hermosos bosques de pinos. Antes de la vuelta, solía detenerse para tirar a la pistola, ejercicio en el que cifraba uno de esos piques de vanidad que los grandes ponen a menudo en sus habilidades pequeñas. Cuando regresaba del paseo, la jovial expresión o la displicente frialdad de sus saludos mostraban a las claras si había ganado o perdido la partida.

Fué aquí donde pasó por la mente del autor de "Don Juan" la idea de ir a buscar libertad y sosiego en la recién emancipada América Española. Pero se cruzó la insurrección de Grecia: Grecia fué nuestra rival y quedó de preferida. Y fué asimismo aquí donde concertó con Shelley, que viajaba como él por Italia, y con otro escritor amigo, Leigh Hunt, la publicación de un periódico en Londres. — Sabedlo, compañeros de profesión, los que no lo sabíais. El espíritu más rematadamente aristocrático de la literatura del siglo XIX militó también en nuestro gremio. ¡Lord

Byron redactor de periódicos! (Recuerdo el tono despectivo de Momsen para caracterizar a Cicerón: ¡Era un "periodista!"...) Si, por cierto; y su periódico se tituló como el de cualquier moderno paladín del librepensamiento provinciano: se tituló *El Liberal*. El liberalismo estaba entonces en su fresca aurora, y tenía para las almas de elección el singular prestigio de las ideas que aún no han pasado a incorporarse a los bienes mostrencos del sentido común. Los micifuces y zapirones de 1822 eran, por lo general, conservadores. El rebelde Harold, aunque no hubiera opinado contra ellos por su generosa pasión de libertad, se les hubiera opuesto por soberano instinto de contradicción. — ¿Y a qué no acertáis cuánto duró el periódico de Byron?... ¡Tres números! Bien es verdad que sobrevino, para malograr la empresa, la arrebatada muerte de Shelley.

Shelley, el pagano por el pensamiento y por el arte; el intérprete del furor de Prometeo, el no superado precursor de la apología satánica, que conoció nuestra generación en las letanías de Baudelaire y el himno de Carducci, halló la muerte, con el vuelco de la barca que le conducía, en el golfo de Spezia. Byron quiso tributar al hermano en rebelión y en genio un funeral antiguo. A la orilla del mar homicida, sobre la desierta playa de Viareggio, con las montañas apuanas por fondo, hizo encender la hoguera mortuoria. En ella vió consumirse el cuerpo del poeta, menos su corazón, que resistió a las llamas y fué conservado en espíritu de vino. Terminada la austera ceremonia, se lanzó de un ímpetu al mar y, nadador intrépido como era, llegó braceando hasta su *schooner*, anclado a varias millas de la costa. — ¿Qué lector americano habrá que no recuerde con orgullo que el yate de Byron se llamaba *Bolívar*?

Pero aún esperaba al indomable Harold, en este sombrío palacio de Lanfranchi, un dolor más agudo. Pocos días antes de alejarse de él, supo la muerte de su hijita de cinco años, Allegra, que educaba en el convento de Bagno Cavallo. La paternidad fué siempre como un hilo de aguas dulces en aquel corazón de soberbia y amargura. Cuando volvió del doloroso estupor que la Condesa de Guiccioli refiere en sus memorias, escribió a un amigo de Londres para que su ángel fuera enterrado en el cementerio de Harrow, donde él solía vagar en su niñez mediatibundo, y quiso que en la lápida se inscribiesen estas palabras,

tomadas al Libro de los Reyes: *Yo iré hacia ella: ella no vendrá más a mí!*

Esos recuerdos se despertaban en mi espíritu mientras, antes de abandonar a Pisa, la recorría de nuevo en serena tarde de Otoño. — Me inclino con el pensamiento al pasar por una casa cuyo frente reparan: es la vieja casa "Sapienza", donde enseñó Galileo y estudió Carducci y que aún mantiene sus prestigios; admiro, cruzando uno de los puentes de filigrana de mármol de "Santa María de la Espina"... y vuelvo, una vez más, a la Plaza del Duomo, y me extasio ante el Baptisterio, que cada vez encuentro más hermoso, y me sumerjo en la divina serenidad del Campo Santo, cuyos cuatro cipreses me parecen ya viejos amigos a cuya sombra no sería ingrato dormir.

Noble es la tristeza de Pisa, pero por noble llega más a lo hondo del alma; y como penetrado del llanto de las cosas —*sunt lacrimæ rerum*— empezaba a sentirme excesivamente melancólico, cuando he aquí que, de vuelta a mi alojamiento, me envuelve de improviso una onda fervorosa de juventud, de alegría, de entusiasmo y de patria. Es un grupo de jóvenes venezolanos, que siguen en esta ilustre Universidad sus estudios de Medicina y que, conocedores de mi presencia, me forman, para mis restantes horas de Pisa, el más afectuoso y grato acompañamiento que yo hubiera podido imaginar. "Arielizamos" en sobremesa platónica; recordamos largamente la América lejana y querida, y les oigo, con íntimo deleite, sobre aquel fondo de grandezas muertas, levantar los castillos de las tierras del porvenir.

En la ribera izquierda del Arno, donde está el barrio relativamente moderno y donde, en correspondencia con esa modernidad, se levanta la estatua de Víctor Manuel, la ciudad adquiere cierto movimiento, cierto ruido, cierto resplandor de vidrieras, y por lo mismo, se caracteriza un tanto. Allí podrían holgar los futuristas de Marinetti, que piden, según acabo de leer entre los lemas de su periódico, la "modernizzazione violenta delle citá *passatiste*". ¡Y no hay duda que esta ciudad entra en el número de las señaladas de ese modo!

Un aspecto callejero de la Pisa actual: pisanos y pisanas gustan extraordinariamente de la bicicleta. Estas modernas máquinas, no rara vez dirigidas por leves pies femeniles, cortan en raudos zigzagues la soledad de la vetusta Vía del Borgo o de la Plaza de los Caballeros, donde aún se figura la imaginación en

tiempos de Ugolino. No me parece mal. Pero confieso que preferiría, dentro de tal marco, literas y carrozas, o los caballos de la paseata que interrumpe "el triunfo de la Muerte", en el famoso fresco del Campo Santo.

*Florenca, octubre 1916.*

tiempos de Ugo. No me parece mal. Pero confieso que parte-  
vía, desde de tal modo, para y con una a las cosas de la  
para a la ciudad. El título de la ciudad, en el fondo  
para a la ciudad.

Pisa, octubre 1916

Los Angeles, California, U.S.A. -  
una de las cosas de la ciudad, en el fondo  
para a la ciudad. El título de la ciudad, en el fondo  
para a la ciudad.

### CIUDADES CON ALMA <sup>1</sup>

Dentro de una unidad nacional tan característica y enérgica, Italia ofrece la más interesante y copiosa variedad de aspectos y maneras que pueblo alguno pueda presentar a la atención del viajero; y esta variedad se manifiesta por la armonía, verdaderamente única, de sus ciudades. No hay en el mundo nación de tantas ciudades como Italia. Grandes naciones existen que no cuentan con una sola ciudad; grandes naciones con capitales populosas y desbordantes de animación y de riqueza. Porque una "ciudad" es un valor espiritual, una fisonomía colectiva, un carácter persistente y creador. La ciudad puede ser grande o pequeña, rica o pobre, activa o estática; pero se la reconoce en que tiene un espíritu, en que realiza una idea, y en que esa idea y ese espíritu relacionan armoniosamente cuanto en ella se hace, desde la forma en que se ordenan las piedras hasta el tono con que hablan los hombres.

Así entendida la ciudad, madre de toda civilización, foco irradiador de toda patria, digo que no hay pueblo moderno en que las ciudades sean tantas y tan "personales" y sugeridoras como en este pueblo de Italia. De las heladas cumbres de los Alpes a la incendiada cumbre del Etna; del "amarguísimo" Adriático al Tirreno adormecedor, ¡qué maravilloso coro de ciudades, cada una con tradición y genio inconfundible, con color, relieve y melodía singular, dentro de la suprema consonancia que a todas las vincula, como las cuerdas de una lira! Qué inagotable diversidad de impresiones y recuerdos (nombrando sólo los centros que hasta ahora conozco) de la Génova mercantil y democrática, pero llena de pintoresco carácter en su codicioso hervor, a la silenciosa, nobiliaria y taciturna Pisa, y Florencia arrobada en la visión de sus divinos mármoles, y esas pequeñas ciudades de

<sup>1</sup> De El camino de Paros.

Toscana, como Luca y Pistoja, donde cada piedra es una crónica que os cautiva; y la Bolonia de la prosopopeya doctoral, y Módena, la de las anchas calles inundadas de luz, y Parma la sosegada, y la semifrancesa y grave Turín, y Milán la resonante con el aliento de sus usinas y talleres, y esta gigantesca Roma, ciudad orbe, ciudad-arquetipo, donde todas las demás de nuestra civilización están potencialmente, como los astros del cielo en el claustro materno de la primitiva nebulosa!

Ignoro hasta qué punto la obra política de la unificación italiana se ha realizado respetando, en lo jurídico, en lo administrativo, en lo oficial, esa fecunda variedad de personalidades sociales; pero ella subsiste y aparece en todo lo que es de la naturaleza, sin que por eso deje de aparecer también el fundamento cultural de la unidad política. Y la tardía realización de esta unidad, el apartamiento deplorado durante siglos, favoreció, sin duda, la plena florescencia de esos caracteres locales, de esas ciudades con alma personal y semblante indeleble, a las que una centralización prematura hubiera restado gran parte de su fuerza y espíritu, si la formación nacional se hubiese consumado, como en Francia y España, por el impulso avasallador de los monarcas del Renacimiento.

Nada más lleno de interés que observar cómo se refleja en la inmensa amplitud del arte italiano esta múltiple originalidad del ambiente, y cómo cada ciudad produce, de su propia substancia, su inconfundible forma artística, al modo que cada casta de pájaros su canto y cada especie de planta su flor. Pasáis de admirar la levedad alada, el desenvolvimiento aéreo de las columnas, en los sobrepuestos arcos de Pisa, a la desnuda y austera majestad de los palacios florentinos, que parecen obra de cíclopes; de las arrogantes fachadas de Génova, a los abiertos pórticos y el ornamentado ladrillo de Bolonia. El alma de Luca inspira el cincel de Civitali, como la de Parma el cincel de Correggio, como la de Milán a los discípulos del divino Leonardo, mientras la de Módena manifiesta su plástica originalidad en sus pintadas terracotas.

El patriotismo de ciudad, energía tan vital y creadora como puede serlo el patriotismo de nación, es un sentimiento que aún no encuentra en nuestra América condiciones que le den el arraigo hondo y pertinaz que requiere para ser fecundo. Tenemos sólo esbozos, larvas de ciudades, si se atiende al espíritu, al carácter de la personalidad urbana; aunque sean a veces larvas o esbozos

gigantescos, con capacidad material para que se infunda dentro de ellos un espíritu gigante. Los centros que un día desplegaron vigoroso sentimiento local, que actuó como una fuerza histórica, y donde se diseñó una enérgica fisonomía de ciudad, han perdido del todo estas líneas tradicionales o tienden a perderla, por obra de la irrupción cosmopolita que materialmente los ha magnificado. La extinción de aquel celoso amor propio comunal es un hecho que puede haber facilitado graves problemas y reportado claros bienes, pero no sin el precio de grandes desventajas. Formar "ciudades", ciudades con entera conciencia de sí propias, y color de costumbres, y sello de cultura, debe ser uno de los términos de nuestro desenvolvimiento. No hay "civilización" ni "ciudadanía" sin "ciudad". La educación municipal es el seguro fundamento de toda educación política.

La tendencia a regularizarlo e igualarlo todo, que es uno de los declives de nuestro tiempo, induce en la legislación y el gobierno de los pueblos a perniciosos sofismas. Allí donde aparece una excepción, una disonancia, un rasgo diferencial, la propensión instintiva de nuestra democracia es clamar a la injusticia y aplicar el rasero nivelador. Unificar, armonizar socialmente, es, sin duda, obra de bien, y más oportuna que en ninguna parte en nuestra América, donde necesitamos formar la magna patria que a todos nos reúna ante el mundo; pero la armonía ha de proponerse conciliar las diferencias reales, no desvirtuarlas y anularlas. El cultivo del carácter local no contradice a aquel designio de unidad. Mantener, en cada ciudad de las nuestras, todo lo que importe, material o moralmente, un relieve de carácter, capaz de convertirse en hábito vivaz y en evocadora tradición; respetar las formas espontáneas y graciosas que el natural desenvolvimiento de la vida torna en cada sociedad humana, por encima de artificiosos remedos, leyes abstractas y simétricos planos, es una norma que siempre deberán recordar entre nosotros los que legislan, educan o gobiernan. Llegaremos así a tener ciudades que merezcan toda la dignidad de este nombre, y haremos que al federalismo convencional que hoy se estila en algunos de los mayores pueblos hispanoamericanos, suceda, con el andar del tiempo, un federalismo real, viviente, dolorido, que reconozca por razón de ser y por energía inspiradora ese principio de civilización a que llamo el "alma de las ciudades".

*Roma, enero de 1917.*

## ÍNDICE

	<u>PÁG.</u>
JOSÉ ENRIQUE RODÓ, por Arturo Marasso . . . . .	7
El que vendrá . . . . .	29
Ariel . . . . .	37
Montalvo . . . . .	103
Rubén Darío . . . . .	163
Liberalismo y jacobinismo	
La expulsión de los crucifijos . . . . .	199
Contrarréplicas . . . . .	207
Los orígenes históricos de la caridad . . . . .	209
La personalidad en los reformadores morales . . . . .	229
El sofisma de la "caridad científica" . . . . .	236
El signo . . . . .	242
¿Jacobinismo? . . . . .	250
Conclusión . . . . .	256
Apéndice. — El sentimiento religioso y la crítica . . . . .	263
Motivos de Proteo . . . . .	269
Juan Carlos Gómez . . . . .	557
La vuelta de Juan Carlos Gómez . . . . .	567
Rumbos nuevos . . . . .	577
La Gesta de la Forma . . . . .	593
El Rat-pick . . . . .	595
La Enseñanza de la Literatura . . . . .	605
Garibaldi . . . . .	611
El Cristo a la jineta . . . . .	619
Impresiones de un drama . . . . .	621
Divina libertad . . . . .	631
Bolívar . . . . .	633

	<u>PÁG.</u>
Una novela de Galdós . . . . .	659
Decir las cosas bien . . . . .	669
El Centenario de Chile . . . . .	671
"La Raza de Caín" . . . . .	677
A Anatole France . . . . .	685
Mirando al mar . . . . .	691
La tradición intelectual argentina . . . . .	693
En la armonía, disonancias . . . . .	699
"De lo más hondo" . . . . .	701
Tucumán . . . . .	707
Magna patria . . . . .	709
Samuel Blixen . . . . .	711
Ricardo Gutiérrez . . . . .	715
Bohemia . . . . .	721
Juan María Gutiérrez y su época . . . . .	722
La España niña . . . . .	799
Carlos Guido Spano . . . . .	801
Mi retablo de Navidad . . . . .	807
Los que callan . . . . .	813
Rubén Darío . . . . .	817
La estatua de Cesárea . . . . .	819
Diálogo de Bronce y Mármol . . . . .	825
Y bien, formas divinas . . . . .	835
Recuerdos de Pisa . . . . .	839
Ciudades con alma . . . . .	849

ESTE LIBRO  
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EN ARTES GRÁFICAS  
BARTOLOMÉ U. CHIESINO  
AMEGHINO 838 - AVELLANEDA  
BUENOS AIRES  
EL DÍA 4 DE MAYO  
DE 1956.